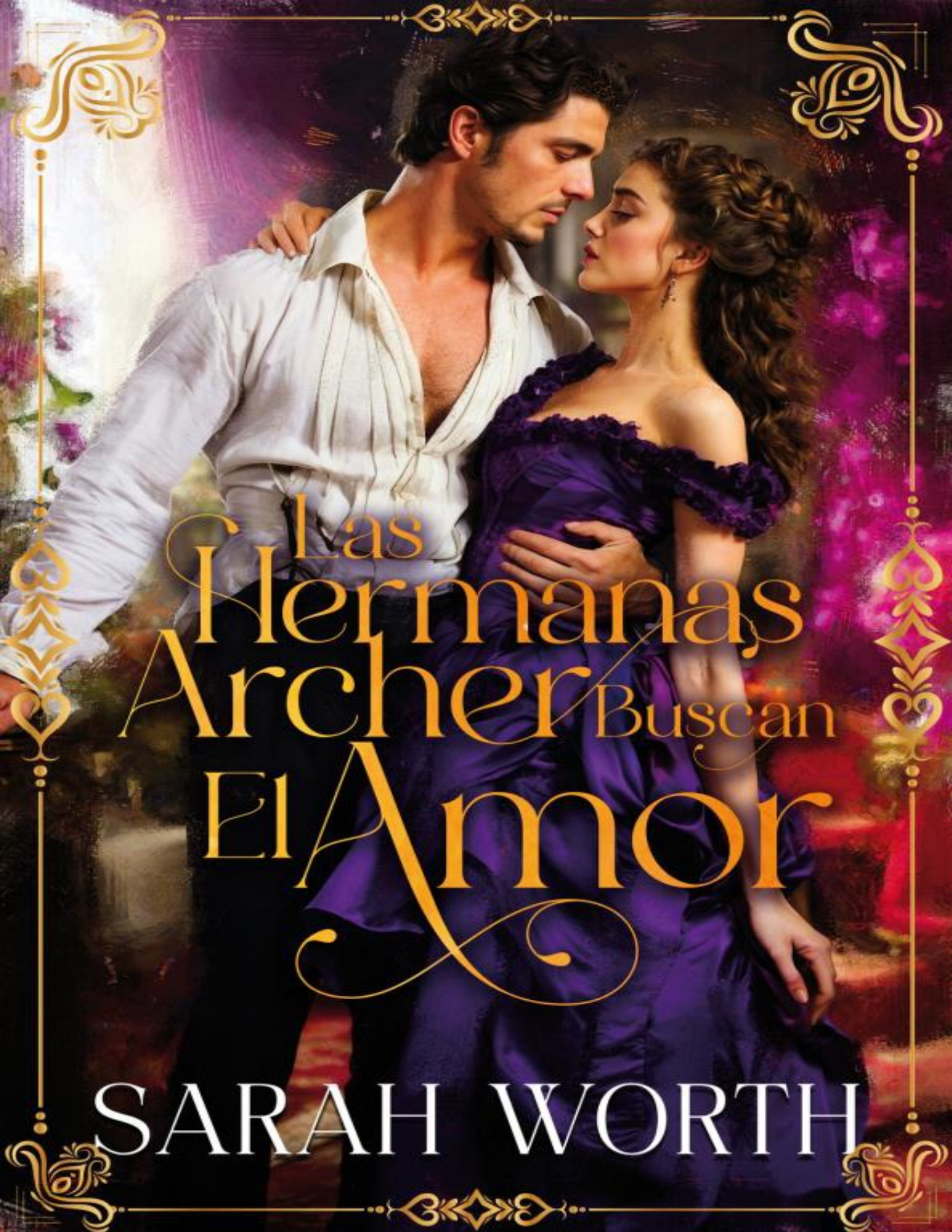
Las Hermanas Archer Buscan El Amor
SARAH WORTH

© Sarah Worth
LAS HERMANAS ARCHER BUSCAN EL AMOR
ASIN: B0DPFKHKNK
Sello: Independently published
Primera edición, diciembre de 2024.
Impreso en España.
Diseño de portada: Sarah Worth.
Reservados todos los derechos.
Inscrito en Safe Creative: 2409309647547.

# Las hermanas Archer buscan el amor

Historias de amor y desamor

aliñadas con mucho humor

*Sarah Worth*

Índice General

**DAMA SEDUCE A CONDE**

**DAMA ENCANTA A MARQUÉS**

**DAMA ATRAPA A VIZCONDE**

**DAMA ENFADA A DUQUE**

**(BONUS)**

**DUQUESA POR NAVIDAD**

# Dama seduce a conde

Freyja

*Sarah Worth*

*«Cuando el deber impone más que las verdaderas necesidades,*
*un ser humano se arruina y se sume en la miseria.*
*La felicidad debe ser la base de todo».*
**Sarah Worth.**

# Sinopsis

Lady Freyja Archer hace tiempo que dejó atrás su juventud, entre otras cosas porque las obligaciones la asediaban y tuvo que crecer a toda prisa.

Con sus padres muertos, tres hermanas menores y un tutor ausente, la hija del conde Luff ha tenido que lidiar sus propias batallas. La tranquilidad del campo la enamora, por lo que estar lejos del bullicioso Londres ha sido un consuelo. Sin embargo, su paz está a punto de terminar, dado que el tutor que su difunto padre les asignó llega para proponer una serie de medidas encaminadas a desembarazarse de las hermanas Archer.

Se inicia así una batalla de voluntades. Freyja tendrá que combatir contra un tirano acostumbrado a salirse con la suya. Un hombre serio, de agrio carácter, endurecido por la guerra que pondrá a prueba toda su paciencia y buen carácter.

Ah, pero los besos no deberían tener cabida en una guerra cruenta. La única solución parece ser sacrificarse en favor de su familia, pero el precio que tendrá que pagar será tan alto, que tal vez la dama olvide que seducir a un conde no es tan fácil como había previsto. En especial cuando se dé cuenta de que el deber no siempre está por encima de la felicidad.

Llega una historia al más puro estilo de la Regencia Inglesa, con amor, humor, celos, drama y una pareja entre la que saltarán chispas. Todo aderezado con una pizca de sufrimiento.

Siempre con final feliz, por supuesto.

Índice

**CAPÍTULO 1**
**EL COMIENZO**
**CAPÍTULO 2**
**INVITADOS**
**CAPÍTULO 3**
**CONVIVENCIA**
**CAPÍTULO 4**
**COMPLICACIONES**
**CAPÍTULO 5**
**LA INCOMODIDAD**
**CAPÍTULO 6**
**LA CONFIANZA**
**CAPÍTULO 7**
**EL DESPERTAR**
**CAPÍTULO 8**
**LONDRES**
**CAPÍTULO 9**
**UN TORBELLINO**
**CAPÍTULO 10**
**EL ESCARMIENTO**
**CAPÍTULO 11**
**LA BÚSQUEDA**
**CAPÍTULO 12**
**UN TORBELLINO**
**CAPÍTULO 13**
**LAS DECISIONES**
**CAPÍTULO 14**

LA INTERVENCIÓN
CAPÍTULO 15
EL FUTURO
EPÍLOGO
UNA DECISIÓN

# Capítulo 1
# El comienzo

Brighton, 1820.

—Eres una mujer amargada, Freyja. Amargada, cruel e infeliz. Por eso no deseas que ninguna de nosotras seamos dichosas. ¡Te odio! —gritó Charlize Archer, la benjamina de las cuatro hermanas, antes de salir corriendo entre llantos por el pasillo central y encerrarse en su habitación, tras dar un sonoro portazo.

Lady Freyja se pasó una mano por el rostro y negó un par de veces con la cabeza.

A esas acusaciones de Charlize también pudo haberse incluido la de insatisfecha. Y ya puestos la de santa, porque su paciencia era la más grande de la cristiandad. Ser una hermana mayor, de veintiséis años, no era algo agradable cuando se tenía toda la responsabilidad de la familia. A Freyja se le habían quitado las ganas de soñar con lo que toda dama aspiraba: ser madre.

Se había ocupado de Caliope, Cleopatra y Charlize desde hacía tantos años, que ya no recordaba un pasado en el que sus complicadas hermanas no hubiesen estado a su cargo. Por descontado que la más pequeña siempre resultaba ser la problemática. Charlize deseaba ir a Londres. Por supuesto, esa era la meta de toda joven dama que cumpliese los dieciocho años: debutar. Ser presentada a la reina, disfrutar de grandes bailes, tener un guardarropa repleto de caros y nuevos vestidos y encandilar a un hombre de alto copete.

Para la mayor de las Archer, eso a lo que aspiraba Charlize era una pesadilla. Luffgarden era su mayor pasión, eso era la preciosa finca campestre donde las cuatro habían crecido, con libertad, apreciando las pequeñas cosas que deparaba la vida y que podían dar tanta felicidad.

Aunque Freyja tenía que reconocer que uno de los puntos de la discusión que había tenido con Charlize sí debería haber sido tenido en cuenta. Ellas cuatro eran las hijas de los

difuntos condes de Luff, y por tanto tenían título por derecho de nacimiento, así que estaban llamadas a casarse con un buen partido. A la mayor de las Archer se le revolvió el estómago con ese último pensamiento. Aborrecía el compromiso, y ya puestos el matrimonio, porque en su vida ambas cosas habían sido sinónimo de obligación. Ninguna unión debería celebrarse a causa de honor, deber o presiones.

La vida era injusta y la salud algo delicado y precioso. Lord y lady Luff habían enfermado. Primero partió su padre y Freyja consideraba que su madre falleció poco después debido a la tristeza más insoportable. Así que el amor entre dos personas era algo también del todo cuestionable, dado que se llevó a la condesa a la tumba.

No obstante, las adversidades no habían logrado que la hermana mayor Archer careciese de un excelente sentido del humor, que sus risas siempre fuesen frescas y su actitud de lo más optimista. Aunque su jovialidad era más que patente, su temperamento también estaba ahí, bajo su piel. Con tres hermanas a las que gobernar, Freyja no había tenido tiempo de bajar la guardia, pero se consideraba a sí misma amorosa, paciente y sensata cuando se trataba de Caliope, Cleopatra y Charlize.

Llevarse tantos años con ellas parecía haberla convertido también en una madre, más que en una hermana. Caliope contaba con veinte años, era considerada como la belleza de la familia, por su pelo rubio y sus ojos dorados. Cleopatra, de diecinueve, con el pelo castaño claro con hebras más claras del color del sol y ojos marrones oscuros llenos de brillo, le iba a zaga en cuanto a belleza. Charlize era modesta, si se la comparaba con ambas hermanas, porque era de pelo cobrizo y aunque sus ojos color caramelo eran muy bonitos, lo que más afeaba a su hermana pequeña, era su carácter dramático.

Y luego estaba ella. Freyja. Considerada la menos deseable de las cuatro. Su nariz sin gracia y demasiado ancha, su pelo marrón y sus ojos del mismo tono no decían mucho. Además, tenía una cicatriz en su labio superior que la hacía todavía más imperfecta. Eso fue un recuerdo de una caída de un árbol cuando tenía poco más de dieciséis años. Freyja podría calificarse como una mujer que no había aspirado a sacarse partido de sí misma porque no lo necesitaba. Era feliz con lo que tenía y no precisaba de nada más, así que su aspecto no era fundamental para lograr su propio placer. Tenía poder, puesto que estaba al mando de su familia. Su padre había confiado tanto en su sensatez que la había nombrado su heredera… Heredera de todo lo que no estaba ligado al título de lord Luff, desde luego. La suma financiera era muy considerable, lo bastante como para no pasar penurias, ni sus hermanas ni ella. Freyja tenía cabeza para administrar las monedas sin despilfarros. Las había provisto de una dote según los deseos de su difunto padre. Se había ocupado de la educación de sus hermanas, con institutrices, profesores de baile y demás cuestiones que las pequeñas habían necesitado. Como heredera del difunto conde estaba capacitada para administrar su patrimonio… salvo Luffgarden. La finca. La casa que amaba con todo su ser, porque otra suma considerable de libras y dicha propiedad habían ido a parar a manos del conde de Ross, su tutor. El heredero de su padre. Un familiar muy lejano que no conocía y que ostentaba, además de su propio título como lord Ross, el de conde Luff. Un hombre con dos títulos.

En honor a la verdad era el tutor de sus hermanas menores, porque ella se pasaba de la mayoría de edad con creces. Ese doble conde no se había presentado en casa ni para conocerlas, por lo cual Freyja había dado las gracias al cielo. ¿Por qué las mujeres tenían que depender siempre de un hombre? Freyja no lo entendía. Hacía cinco años que había esperado a que un desconocido, que por ley era el heredero único de Luff, apareciese pero ese hombre desconocido tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Cuatro hermanas solteras serían un dolor de cabeza para el distinguido lord Ross y Luff.

No se había preocupado del tutor de sus hermanas desde hacía mucho, pero una carta llegó a Luffgarden días atrás. Nada bueno, seguro.

—¿Qué desgracia sucede ahora? —Magnus Robinson, el jefe de cuadras, un hombre de unos veintiocho años con apariencia salvaje debido a su descuidada barba y su pelo oscuro, entró en casa.

Ambos figuraban a los pies de la escalinata principal.

—¿Has escuchado los gritos de Charlize? —Qué tontería de pregunta. Seguro que sí. Charlize destrozaba los nervios con sus berrinches.

—Se habrán oído de aquí a Júpiter, Freyja —alegó él, con una sonrisa.

Freyja y Magnus se conocían desde que llegó a Luffgarden hacía cinco años, cuando fallecieron sus padres, por lo que se trataban con informalidad.

—¿Qué haré con ella? Todo lo hago mal…

—¿Qué gran calamidad le has hecho esta vez? —se interesó el señor Robinson.

—Quiere ir a Londres para la temporada. Con la hija de los señores Wall, Susan, creo que se llama.

Vio a Magnus erguir la espalda, pero de inmediato se mostró sereno como de costumbre.

—Es comprensible que Charlize desee ver más mundo, a parte del que hay aquí. ¿Por qué no le das el capricho? Un mes y se cansará de todo aquello. Podrías pactar un arreglo con ella. Estoy seguro de que desea tanto esa salida que se avendrá a un trato razonable.

—No soy la villana de esta historia, por más que mi hermana pequeña me haya atribuido ese papel desde… ¡Ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que no discutimos!

—Le dijiste que este año estabas dispuesta a ir a la ciudad. Le diste tu palabra —tuvo que recordarle Magnus.

—Lo sé, pero me es imposible acompañarla y no puedo…

—¿Qué le has hecho a Charlize esta vez, Freyja? —Su hermana Caliope acababa también de hacer acto de presencia en el recibidor de la casa.

—¿Por qué siempre tengo yo la culpa de todos los males del mundo? —se quejó Freyja mientras resoplaba.

—Tu hermana pequeña —tomó la palabra Magnus mientras miraba a Caliope— quiere ir a Londres y…

—¡No tendremos un momento de silencio, Freyja! —exclamó la recién llegada al comprender la situación. Si la mayor de las Archer había vuelto a romper su promesa, Charlize convertiría Luffgarden en un infierno—. Le dijiste que iría y tiene que ir.

—Eso mismo le estaba diciendo yo —se reafirmó Magnus.

Freyja se quedó pensativa. La próxima visita que esperaba en breve había trastocado todos sus planes. El dueño legítimo de Luffgarden no tardaría en aparecer. Freyja no podía marcharse a Londres aunque quisiera. Cosa que por otro lado no le apetecía. Cuando le dijo a Charlize que tal vez deberían aplazar el viaje para disfrutar de la temporada, la Archer más pequeña se puso furiosa. Por supuesto se acababa de desatar el infierno. ¿Qué hacer?

Freyja se quedó pensativa un instante y tuvo una idea.

—Hay asuntos importantes que me impiden acompañar a nuestra hermana a la ciudad, Caliope. Se lo he dicho y Charlize afirma que podría ir con una amiga, pero no me fío de ella sin supervisión.

—¿Qué amiga? ¿Con los Wall? —se interesó Caliope.

—Los mismos.

—¡Deja que vaya, por amor del cielo! —saltó su hermana.

—Bien. ¿Tú qué opinas, Magnus? —Trató de averiguar Freyja.

—Te lo he dicho antes. No habrá un segundo de paz hasta que se salga con la suya. Si no le permites ir, yo mismo me marcharé hasta dentro de un siglo, cuando Charlize se haya calmado definitivamente. —Lo peor de todo era que él no estaba exagerando. Charlize era capaz de provocar una auténtica guerra familiar.

—Ya… De acuerdo. La dejaré ir, siempre y cuando tú —señaló a Caliope— y tú —movió el dedo en dirección a Magnus —la acompañéis también.

—¡No!

—¡Jamás! —se negó el señor Robinson al mismo tiempo que Caliope.

—Muy bien —dijo con indiferencia Freyja—. En tal caso, el infierno en el que Charlize convertirá nuestras vidas, no será solo culpa mía —apuntó despreocupadamente.

—¡Lo que dices es imposible! No tengo nada preparado para ir a la ciudad. No quiero ir… —se excusó su hermana.

—Y yo desde luego aborrezco Londres y todo lo que representa —aludió Magnus.

—No hay de qué preocuparse. Lo dispondré todo para que los dos acompañéis a Charlize durante las primeras semanas, de tal modo que en cuanto haya terminado mis asuntos… —Despachar a un tutor que no necesitaban. Eso no lo diría en alto—… entonces iré de inmediato con Cleopatra para reunirnos todos juntos. Nos vendrá bien un cambio de aires —supuso ella.

—¿Por qué Cleopatra tiene un indulto? —preguntó con enfado Caliope.

—Porque ella no está aquí y tú sí.

—¡Condenación! —expresó en alto la aludida.

—¡Esos modales, Cali! —la regañó la mayor de las Archer—. No querrás ahuyentar a tus posibles pretendientes con esas expresiones tan poco adecuadas. —Freyja le sonrió.

Ambas escucharon resoplar a Magnus.

—Te odio… —murmuró con irritación su hermana, antes de salir de escena airada.

—Sí, es algo que me dicen a menudo… —respondió Freyja, al tiempo que veía a Magnus marcharse de estampida con enfado.

No estaba mal. Eran poco más de las diez de la mañana y ya había logrado hacer que se enfadasen tres de las cuatro personas a las que Freyja solía tomar en suma consideración.

Al menos el asunto estaba arreglado por el momento.

Se había quedado con Cleopatra cerca, pues estaba visitando a una amiga en la finca vecina, porque era la menos belicosa de las cuatro y sospechaba que cuando llegase lord Ross y Luff necesitaría una aliada.

—Dimito. —El ama de llaves, la señora Parks se colocó frente a Freyja en cuanto esta última se dio la vuelta. La hija mayor del conde Luff vio a la rechoncha señora apretando los

labios y sosteniendo las llaves delante de su rostro. ¿No iba a tener ni un segundo de paz? Freyja acababa de solucionar una complicación y enseguida parecía haberse topado con otra. ¡Un poco de paz! Merecía tranquilidad.

—Señora…

—Ni señora ni nada —zanjó el ama de llaves—. Esta vez, esa niña mimada ha agotado toda mi paciencia. Está sola, milady, y le deseo suerte.

—Le doblaré su asignación, señora Parks, pero se lo suplico, no me deje…. —Freyja suspiró y no terminó de hablar. La mujer se había dado la vuelta con desdén y se alejaba de su posición. No sabía qué maldad le habría hecho Charlize motivada por un arranque de su conocida furia, pero si había logrado acabar con la paciencia de su ama de llaves… Era la tercera que se despedía en menos de cinco años.

La hermana mayor miró la bóveda de la entrada y optó por reírse a pierna suelta. Sin contención. ¿Qué más iba a hacer? ¿Llorar? ¿Lamentarse? ¿Quejarse de su suerte? No serviría de nada, pero una risa franca sí le aliviaría su pesado corazón.

Pese a que no tenía ningún motivo para jactarse o celebrar nada, Freyja estuvo varios minutos riéndose ella sola.

Un inicio nada halagüeño para lo que sospechaba que vendría, pero como para llorar siempre había tiempo, optó por ser optimista.

Le gustaban poco los cambios, y sospechaba que se avecinaban demasiados.

Afrontaría los problemas de uno en uno y sin perder la sonrisa y su jovialidad. Costase lo que costase lo haría de ese modo.

Fue una promesa hecha a sí misma, que desde luego no dependía de ella, pero a testaruda no la ganaba nadie.

# Capítulo 2
# Invitados

Freyja estaba sola en casa. Todo Luffgarden para ella sola. Bendito silencio. ¡Por fin! Los astros se habían alineado para confluir en una perfecta armonía. Su suerte comenzaba a cambiar.

Charlize, junto con Caliope y el señor Robinson —estos dos muy malhumorados, por cierto— habían partido en compañía de los señores Wall y su primogénita hacia Londres. Charlize había abandonado su hostilidad en cuanto supo que se le había concedido su deseo y se convirtió en todo un ángel de lo más solícito y razonable.

La providencia también había hecho que Cleopatra prolongase su visita a casa del vizconde Bedford, puesto que su esposa, Theresa, era íntima amiga suya y estaba en un avanzado estado de buena esperanza. Era del todo normal, puesto que hacía cinco años que se conocían y siempre habían hecho buenas migas.

Toda la finca para ella. Sin disputas. Sin gritos. Sin desavenencias. ¡El paraíso! Al menos durante un par de días. Hasta que se personase el heredero de su padre.

Tanto había querido disfrutar de la reciente paz que reinaba en su casa que le había dado días libres a buena parte del servicio doméstico. Se habían quedado el mayordomo, la cocinera y poco más. Solo lo esencial. Incluso había prescindido de los servicios de la doncella que compartía con sus hermanas, puesto que la mandó a casa con su familia. Disfrutaría del respiro con el que se había encontrado, gracias a Dios, y luego procedería a contratar a un ama de llaves.

Si su padre la viese en ese instante, subida a una larga escalera, tras la puerta principal, tratando de quitar unas pesadas cortinas… Se reiría de ella, después de acusarla de ser un poco temeraria. ¡Pero resultaba que Freyja no podía estar quieta! Su energía era desbordante y amaba tanto su casa que era incapaz de ver algo mal y no preocuparse ella misma.

Había aprendido a dirigir su casa, entre otras cosas de gran importancia. No solo porque esas enseñanzas fuesen inherentes al hecho de ser la primogénita de un conde, sino porque Charlize hacía huir a sus empleados con suma facilidad. La primera vez que su hermana

pequeña tuvo una rabieta a causa de una comida que no le gustó, cuando apenas tenía trece años, Freyja se vio obligada a aprender a cocinar. Suerte que en el pueblo había una buena mujer, esposa de un granjero, que le dio algunas nociones que fueron más que bienvenidas.

Quitar unas cortinas que tenían demasiado polvo y que afeaban la bonita entrada de Luffgarden no iba a suponer un gran trabajo para alguien como Freyja.

Se quedó parada sobre la escalera cuando la puerta de la entrada se abrió sin haber llamado a la campana o la aldaba. La madera maciza golpeó la escalera y se tambaleó de lado a lado. Ella se tragó un pequeño grito.

Dos hombres, impecablemente vestidos a pesar de que posiblemente habían llegado a casa montados desde lejos a lomos de un par de corceles muy potentes, aparecieron ante su vista. Si ambos hubiesen acudido en carruaje los habría escuchado mucho antes de que hubiesen aparecido.

Se aclaró un poco la voz y el polvo hizo que tuviese ganas estornudar, pero se le pasó enseguida. Los caballeros, ajenos a la presencia de ella —puesto que Freyja estaba justo detrás de la gran puerta— se quedaron en la entrada inspeccionando la casa principal de la finca.

—Has sido del todo negligente, Ross —dijo unos de los intrusos.

Freyja se dio cuenta de inmediato quien era uno de esos desconocidos. Ross. El heredero de su padre. Se calló incapaz de pensar en nada. ¡No debería estar vestida con un harapo ni haciendo labores domésticas! ¡Madre del amor hermoso! Con un poco de suerte ambos pasarían de largo y ella podría escabullirse.

—¿Lo dices porque la puerta está abierta y el lugar se ve descuidado? —Freyja vio que el heredero de su padre miraba al frente para poner de manifiesto que condenaba el aspecto de Luffgarden. Freyja apretó los labios con fuerza. No gritaría.

—No tienen ni servicio, amigo mío. Esas niñas habrán vivido en la miseria porque tú te dedicabas a pasearte por el Continente.

—No creo que esa definición tuya sea la adecuada, Sutherland. Si hubiese sido un paseo, como apuntas, no habría acabado con una bala alojada en el pecho —respondió el aludido.

—Aquel disparo fue un rasguño —replicó Sutherland.

—Un disparo es un disparo —objetó el heredero del padre de Freyja.

—¡Vamos, Ross! Eres uno de los pocos tipos que tendrá sobre sus espaldas dos títulos. Primero fuiste el conde de Ross y poco después te convertiste también en lord Luff. Debe haber alguna ley que prohíba que te muestres dramático. Disfrutemos de nuestra visita —le dijo

el otro hombre, mientras la daba un par de golpes sobre la espalda en señal de ánimo.

—Una herencia envenenada, Sutherland. Una propiedad destartalada, una suma ridícula y cuatro primas no son lo que un hombre que no necesitaba ya nada, desease heredar.

—¿Primas, Ross? No son tus primas.

—Debo aludir a algún parentesco con las muchachas. Estoy seguro de que serán primas, aunque muy lejanas, mías. Me aseguraron que tenían una renta anual nada desdeñable y que no precisaban de mi apoyo. Creo que he estado equivocado y mucho me temo que debí haber venido antes —advirtió mientras daba otra mirada al lugar.

—¿Cuántos años dices que tiene la mayor?

—No tengo la menor idea. Ese paseo por el Continente, del que alegremente hablabas con anterioridad, me ha tenido muy entretenido y no he podido atender nada más.

—Hasta la fecha.

—Así es.

—Lo que no alcanzo a entender, Ross, es qué diantres hago yo aquí.

—Eres un duque. Necesitas esposa para perpetrar tu linaje, tengo entendido que tres de ellas están consideradas como auténticas beldades. Podrías ser un buen amigo y arrebatarme de las manos a una, así mi obligación sería solo de tres.

—Ni lo sueñes. Tú te casarás antes que yo. Me queda mucho para pensar en matrimonio. No obstante… ¿has dicho tres bellezas?

—Eso me han dicho.

—¿Qué sucede pues con la cuarta?

—Me han informado de que es sencilla.

—¿Sencilla? —preguntó el duque de Sutherland con el ceño fruncido.

Freyja deseaba esfumarse. Meterse bajo tierra. ¡Qué bochorno! Quedarse callada y quieta era su mejor salida. ¿Por qué no se marchaban ambos de inmediato? ¿Por qué tenían que quedarse en la entrada de la casa juzgando su hogar y a ella misma?

—He deducido que es una manera elegante de decir que es poco agraciada.

—¿Es fea?

—No me importa que carezca de atractivo, quiero a las cuatro niñas casadas antes de que acabe esta temporada.

El duque de Sutherland comenzó a carcajearse.

—Eres bueno en muchas cosas, Ross, especialmente cuando te llevas ese monóculo tuyo al ojo derecho para regañar, gritar, acusar o debatir lo que sea sin necesidad de hablar, pero casar a cuatro damitas que muy posiblemente se hayan asilvestrado por no estar en digna compañía… ¡No obrarás un milagro! —se mofó el duque.

—Si mi carácter fuese más permisivo, te retaría a apostar, querido amigo. Estoy seguro de que si tres de esas muchachas son tan hermosas como he escuchado decir, las tendré acomodadas rápidamente.

—¿Y qué harás con la cuarta? ¿Quedártela? ¡Sí, eso es! Cásate con ella y así podrás, tal y como me has recomendado a mí hace un momento, fabricar un heredero. ¡Qué hijo tan afortunado será ese! Recibirá el título de conde por partida doble, como su padre.

—Me la quedaría, como apuntas, si tú te agenciases a otra. Podrías llevarte a vivir a una de las hermanas solteras, yo me quedaría con la otra y en un pestañeo las tendríamos casadas a las cuatro.

A Freyja lo que más le molestaba de toda esa ridícula conversación no era que hubiesen dicho que ella era la Archer sencilla, o que hubieran decidido casarlas para tener un dolor de cabeza menos. Nada de eso, porque a ser molesto e insultante, el mayor problema que tenía Freyja era luchar contra ese tedio, esa frialdad desmesurada que detectaba en la voz del heredero de su padre. Se mostraba tan aburrido con la situación que ella sentía ganas de atizarle sobre la cabeza y destrozar su elegante sombrero.

—Estoy tentado a hacer ese arreglo contigo, Ross, pero te conozco bien y sé que bromeas. Tienes treinta años y dudo que alguna mujer paciente pudiese llegar a soportar tu rigidez.

—¿Paciente? ¿No me harás desposar en tu imaginación con una dama bonita? ¿Solo debe ser paciente? Sabes bien que para que yo valore positivamente el matrimonio debería producirse un milagro. —No mentía, casarse no estaba en sus planes.

El conde de Ross y Luff, Aidan Rufus Anthony Andrews, percibió el modo en el que su acompañante lo examinaba. Sutherland y él se conocían desde que ingresaron en el colegio de Eton y Sutherland nunca sabía cuándo bromeaba, porque Ross era tan correcto, tan regio y serio, que para llegar a conocerlo realmente hacía falta un verdadero milagro.

Ross tenía un carácter más malhumorado que otra cosa. Un aspecto agradable a la vista, puesto que era un gladiador de amplio pecho, con un pelo oscuro ligeramente ondulado en la base, cortado perfectamente a la moda y unos preciosos ojos grises, tan gélidos que podrían congelar todo lo que observaba.

El duque de Sutherland, conocido como Tristan Dankworth, sabía que los años que su amigo había pasado al servicio de la Corona lo habían endurecido —si era que eso podía conseguirse más— por todo lo que había visto mientras ayudaba en el frente con misiones diplomáticas que no implicaban un uniforme, pero sí el mismo riesgo que si hubiese sido un oficial del ejército. La guerra contra Napoleón había cambiado el mundo de Aidan, y su visión, por completo.

—Te lo diré. Debe ser paciente y ardiente. Sí, eso es lo que creo. Porque para fundir las capas de hielo que tienes, ella tiene que ser puro fuego. Desinhibida en la cama, y conseguir que suspires con fuerza. Eso me gustaría verlo, de verdad que sí. —El duque le sonrió al conde.

—Eres un depravado y te censuro, Sutherland. Estamos en casa de mis pupilas y hablas de asuntos indecorosos. Eso sin olvidar que pones en mi mente pensamientos del todo escalofriantes. ¿Crees que podría darle placer a una dama mientras tú me observas?

No fue el tono, porque era gélido como la apostura misma de Ross, sino el modo en el que su amigo se sacó el monóculo del bolsillo de su chaqueta para llevárselo al ojo a fin de mirar severamente al duque, lo que hizo a este último comenzar a reírse sin pudor. No era habitual que Ross hiciese una broma.

—¿Y quién nos escucha? Pobres y desamparadas. Si las pobres damitas no tienen ni un miserable mayordomo… Estoy tentado de rescatar a una. Tal vez incluso opte por sacarte de encima a la que dices que es sencilla.

Ross frunció el ceño. Eso no se lo esperaba.

—¿Por qué desearías a la más fea de las hermanas Archer? Se te considera un hombre de un gusto impecable. Aunque bien pensado, la belleza está en el ojo del que mira, la muchacha podría gustarte.

—Ahí tienes tu respuesta.

—Ilústrame, Sutherland, te lo ruego. —El conde de Ross no seguía su razonamiento.

—Porque mi propia experiencia me dice que las mujeres más interesantes son las que no tienen un encanto evidente a simple vista. ¿Recuerdas a mi cantante de ópera?

—¿A cuál de todas, amigo mío? Has tenido por lo menos tres de esa categoría —inquirió en ese tono tedioso que tan bien empleaba el conde de Ross, cuando estaba hastiado y no

le interesaba la conversación.

—Eres del todo insoportable, Ross. No sé cómo me he dejado convencer para venir hasta el fin del mundo. Aunque es cierto que hemos salido a toda prisa, sin carruaje y con poquísimo equipaje y no he tenido tiempo de negarme.

—Esto es Brighton, Sutherland, no el fin del mundo —lo rectificó. No tenía ganas de rememorar su rápida salida de la ciudad.

—No es Londres, así que es el fin del mundo. —El duque vio a su amigo abrir la boca para replicar—. No perdamos más tiempo, anunciemos nuestra…

—¡Achís! —se escuchó un fuerte estornudo, por lo que los dos caballeros se giraron para ver desde su posición, en lo alto de una escondida escalera a su espalda, a una mujer ataviada con un delantal, un pañuelo o algo similar en el pelo que se tambaleaba de lado a lado.

—¡Ross! —gritó Sutherland, mientras se disponía, al igual que su amigo a correr hacia donde la mujer estaba cayendo hacia el suelo.

Aidan llegó el primero. Con la carrera había perdido por el camino el sombrero, los guantes y la fusta, pero llegó justo a tiempo para proteger a la desconocida de un feo golpe contra el suelo.

Freyja se quedó en sus brazos y la mirada que el conde le dio hizo que se estremeciese. ¿Cómo un hombre podía decir tanto sin emitir una sola palabra? Porque con sus ojos la estaba acusando, censurando, regañando y varias cosas más. Todas malas.

—Buen trabajo, amigo mío —apuntó Sutherland, con una brillante sonrisa al ver que el conde de Ross había salvado a una mujer, que se veía adorable, de romperse un brazo o una pierna.

—¿No le han dicho nunca, señora, que es de muy mala educación espiar conversaciones privadas? —La voz era helada. Tanto que había sentido su aliento en la mejilla derecha y Freyja creyó que le se le formaría un carámbano ahí.

—¡No seas duro con la pobre mujer, Ross! —lo sermoneó el duque—. Se ha llevado un susto de muerte. Además, sospecho que tu… —Tristan observó que la mujer llevaba colgadas en la cintura las que debían ser todas las llaves de la casa—… ama de llaves hará gala de lo que dicen sobre la discreción del servicio. ¿Me equivoco, señora?

La voz de uno de los desconocidos hizo que Freyja dejase de observar esos ojos grises sin expresión ninguna y se centrase en el que era duque, si mal no recordaba. Ella seguía estando en brazos del conde de Ross, con las manos echadas sobre su cuello, incapaz de moverse. Temía que ese hombre pudiese… No sabía el qué, pero podría hacerle algo que la

hiciese congelarse. Sí. Eso era, porque era tan frío como un glaciar.

Freyja se negó a mostrarse débil. Recuperó su aplomo de inmediato. Comenzó a reírse con franqueza. La situación resultaba del todo grotesca. Observó que el caballero, que debía ser el heredero de su padre seguía rígido, pero cuando se giró para observar al duque, lo vio sonreírle. Una preciosa y perfecta sonrisa de un adonis que le llegó hasta los ojos.

—Soy la discreción personificada. Se lo aseguro — habló por fin Freyja. No mentía. Tampoco iba a enfadarse por haber escuchado una conversación que la había hecho fruncir los labios y ponerse de muy mal humor durante unos instantes. Hasta que recordó que era del todo natural que el pobre lord Ross no desease hacerse cargo de cuatro mujeres. Sobre todo, cuando conociese a Charlize. Si era verdad que el conde había estado al servicio de la Corona, hubiese podido usar a su hermana pequeña como un arma mortífera.

—¿Dónde están mis pupilas? —le preguntó el heredero de su padre. Eso hizo que Freyja se tuviese que concentrar en el hombre de mirada gélida.

Le sonrió a lord Ross, aunque él la miraba mortalmente aburrido. Con tedio. Eso no le impidió observarlo con afabilidad.

—Ha sido todo un caballero, milord. Deduzco que debe ser usted lord Ross y Luff. —Él afirmó con la cabeza—. Encantada de saludarle y le doy las gracias por haber evitado una caída que habría resultado ser… —Ella ladeó el rostro para ver la escalera. Se hubiese podido haber hecho mucho daño—. He salido ilesa gracias a su heroica acción, pero no deseo causarle más molestia, por lo que puede dejarme usted en el suelo en cuanto… ¡Oh! —dijo ella con sorpresa cuando la dejó caer sin miramientos.

El duque, tan galán como se apreciaba, se acercó en dos pasos y la sostuvo por la cintura para estabilizarla. Sutherland le dio una mirada reprobatoria a su amigo por el gesto tan duro que había tenido, casi la hizo caer de nuevo.

Freyja le sonrió al amigo del heredero de su padre con afabilidad.

—Dos galantes caballeros. Gracias…

—Sí, sí —intervino Ross—. Ahora, Sutherland, suelta a mi ama de llaves para que convoque a mis pupilas. —El duque la había tenido sujeta por la cintura y la dejó al momento.

—Se acostumbrará a su patrón, señora. Solo trate de no acabar asesinándolo como haríamos el resto de los comunes mortales, porque solo Ross es capaz de hacer que un duque se sienta como una hormiga cuando está ante su presencia. ¡Ármese de paciencia! —le recomendó lleno de humor.

Ella se rio de nuevo alto.

—Estoy completamente segura de que el conde es del todo agradable —apuntó. Y tras decir eso, buscó la mirada del aludido para observarlo mirándola con el monóculo en alto y con un claro gesto desaprobatorio.

—Si ha acabado ya de coquetear, señora, deseo saber el paradero de mis pupilas —le dijo con dureza.

—¿Coquetear? —Freyja comenzó a reírse de nuevo—. Le juro por mi vida, milord, que no tendría la menor idea de cómo comenzar a flirtear con dos apuestos caballeros.

—Pues yo creo que lo hace perfectamente, señora —opinó el duque con una brillante sonrisa.

—¿Dónde están las hermanas Archer? —insistió en tono tedioso y aburrido Ross, mientras sin discreción se metía en medio de Freyja y de su amigo para separarlos todavía más. Sutherland se tragó una sonrisa ante el gesto.

—Por supuesto, disculpe, milord. Las hermanas se marcharon a Londres para disfrutar de la temporada.

—¿Cómo ha dicho?

—Están en Londres —repitió Freyja.

—¡Bueno! Es del todo lógico —intervino el duque cuando se hizo un silencio muy incómodo—, que no te hubiesen estado esperando en el campo durante un lustro, amigo mío. No te deprimas. Podrían acabar prometidas en un par de semanas y tus obligaciones ya no serían necesarias. Ahora, como veo que no necesitas un escudo entre un cuarteto de hermanas y tú, creo que ha llegado el momento de marcharme.

—Solo dices tonterías, Sutherland.

—Pero no por ello dejan de ser verdad, Ross. Es pronto y esta noche podré dormir en mi casa si me doy prisa. ¿Vas a quedarte o te vendrás conmigo a la ciudad para localizarlas y mostrarles tu apoyo?

—Supongo que debería irme…

—¡Qué gran idea! —dijo Freyja, sin poder reprimirse.

Él, que había guardado ya su monóculo, lo volvió a subir hasta su ojo.

—¿Es todo el servicio así de impertinente, señora?

Ella le ofreció una cálida sonrisa, que desde luego él no la aprobaba en absoluto. Sería una mortificación sacarlo de su error. Mejor no decir nada al respecto, dado que todo apuntaba a que lord Ross y Luff se marcharía con su amigo de inmediato.

—Puede ser, pero sobre todo somos discretos. —La muy desvergonzada se permitió guiñarle un ojo. Dado que el heredero de su padre iba a marcharse a la ciudad para dejarla libre de su presencia y, con un poco de suerte, tardase en volver a verlo, no perdía nada por mostrarse poco elegante.

—Haga el favor de preparar mi habitación, señora. —Luego Ross se giró para observar a su amigo—. Puedes marcharte si gustas, Sutherland, me quedaré aquí y convocaré a las niñas para que regresen lo antes posible.

Freyja se tragó un aullido. ¡Qué desastre!

—Ross, creo que…

—No debería preocuparse, milord —saltó Freyja dirigiéndose al conde y deseando perder a los intrusos de vista—. La hermana mayor de las muchachas las atiende muy bien. Tanto que ha llegado a ser como una madre —evitó decir que en toda la extensión de la palabra, incluida la de hacer de mediadora de múltiples disputas—, por lo que no precisan de nada. Usted debe ser un hombre importante y seguro que está ocupado con sus asuntos, le doy mi palabra de honor de que las hijas del anterior lord Luff tienen todo lo que necesitan. No les hace falta ningún tutor, por más espléndido y capaz que este sea.

—No use lisonjas sin fundamento conmigo, señora. Es una pérdida de tiempo.

—Constato eso —atestiguó el duque.

—¿No te ibas, Sutherland? —lo despachó.

—Eres un desagradecido. Te dejaré solo porque observo que estás en buena compañía y que la señora… ¿Cómo se llama usted? —preguntó al darse cuenta de que no se habían hecho las presentaciones adecuadamente, pero que ella al haber estado escuchando sí conocía las identidades de ellos.

—Señora Archer —respondió Freyja sin apenas meditación.

—¿Cómo las hermanas? —se interesó lord Ross.

—Una casualidad, se lo aseguro. —Era una pequeña mentira que se permitió Freyja. No deseaba darse a conocer como la fea y vieja hija del conde Luff. Aunque no tenía un orgullo desmedido, sí era consciente del ridículo y la incomodidad que se formaría entre ellos. Un poco de dignidad sí que le quedaba. Sería mejor no sacarlos de su error cuando era obvio que la habían

confundido como el ama de llaves de la mansión.

—Un placer, señora Archer —retomó la conversación inicial el duque—. Como decía, me marcho y dejo a mi amigo a su cuidado. Por favor, no acabe asesinándolo. Puede verse frío, calculador, incluso gélido y severo, pero su fallecimiento sería una gran pérdida para mí. Así que haga lo que le pido solo para contentar a un duque que le ofrecerá su amistad si lo protege.

Ella se quedó parada por las palabras dichas. No había previsto una aseveración igual.

—Es evidente que la señora Archer no te conoce suficiente como para apreciar tu peculiar humor. —Ross se giró hacia la mujer y luego le dijo—: Haga como yo, escúchelo y luego deseche sus recomendaciones. Es un duque y se cree capacitado para decir todas las tonterías que le place.

Ella sonrió al darse cuenta de que eran tan amigos como para permitirse bromear incluso delante de desconocidos.

—Tomo su recomendación en cuenta, pero lo cierto es que Su Excelencia me parece simpático y estoy convencida de que sus palabras, aunque llenas de humor…

—Pensadas para ridiculizarme, se lo aseguro —la interrumpió con tedio el conde.

—Y aun así me suenan sinceras, por lo que afirmo rotundamente que se preocupa mucho por usted.

—Me tolera porque soy su único amigo capaz de escupirle una verdad sin tapujos. Ya sabe, por todo eso de que es duque y todos le temen.

—Creo que ambos hacen eso mismo. Hablar sin medir sus palabras porque les une una profunda amistad. En cuanto al temor… No estoy capacitada para hablar de Su Excelencia, porque solo lo he conocido hoy, pero me arriesgaré y diré que dudo mucho que sea un hombre que dispense pánico cuando se le mira.

—¿Y qué le infunde mi amigo, señora Archer?, si no es indiscreción —se vio motivado a preguntar sin medir las palabras.

—Es pronto para decirlo, pero creo que afabilidad es una cualidad que podría definir al duque.

—¿Afabilidad? —Él levantó el monóculo para mirarla. Como si ella hubiese dicho una gran mentira—. La señora Archer te acusa de ser amable, cuando no lo eres si no deseas sacar nada a cambio… ¿No vas a decir nada, Sutherland?

El conde de Ross miró hacia el lugar donde se suponía que debía estar su amigo. Vacío. Un hueco vacío.

Freyja soltó una sonora carcajada.

—Supongo que lo hemos aburrido hasta la saciedad con nuestro debate, milord. ¿Está seguro de que no desea regresar a Londres con su amigo? Le juro nuevamente que las hijas de Luff gozan de buena salud, tienen la protección de su hermana mayor y han estado sanas y salvas desde que sus padres fallecieron. —No había mentira alguna ahí.

Él negó con la cabeza.

—Es mi deber como heredero del anterior conde. Debo cumplirlo ahora que soy libre de hacerlo, señora Archer.

La solemnidad con la que el heredero de su padre habló fue tan fuerte que ella se quedó sin palabras. Suspiró. No iba a poder mandarlo de regreso a la ciudad, no al menos tan pronto.

Por su parte, si Aidan Rufus Anthony Andrews, hubiese sido menos dado a cumplir con sus obligaciones y compromisos, hubiera tomado como buenas las palabras ofrecidas y hubiese dado media vuelta. Si en cinco años las muchachas habían sobrevivido sin su ayuda, el relato que la recién conocida señora Archer le había dado era más que factible. Y todavía con la casi certeza de que ella no mentía, no pudo moverse de allí e ir a buscar a su amigo a las cuadras para acompañarlo de regreso.

El servicio en el campo se tomaba muchas libertades con quienes ostentaban un rango mucho mayor. Él mismo, en el campo, acababa de cambiar su actitud porque en una situación normal, que no incluyese a una mujer delgada de una edad que rondaría la suya propia y que acababa de caer literalmente del cielo, la habría llamado al orden por no saber ocupar su lugar en la escala social. Y sin embargo la había sostenido en brazos más tiempo del recomendable y no la había refrenado cuando interactuó con ellos como si fuese una igual, cuando en verdad se trataba de una simple empleada en el hogar de las hermanas Archer.

Ni tan siquiera era preciosa a simple vista. Si la comparaba con las mujeres con las que solía sociabilizar, ella sería la última en su listón. No era demasiado alta, tampoco baja, sus ojos eran aceptables, su pelo… No lo veía por ese espantoso pañuelo o lo que fuese que tenía sobre él. Su cuerpo no tenía nada reseñable, aunque no podía decirlo con exactitud porque solo lo había sostenido unos instantes y ese viejo y harapiento delantal no le dejaba imaginarla con exactitud. Y aun así no podía dejar de fijarse en la denominada señora Archer y había declinado el ofrecimiento de Sutherland de regresar a Londres, donde estaban las pupilas que él había ido a conocer.

Ante el rumbo que estaban llevando sus pensamientos, lord Ross se reprendió a sí

mismo. El ama de llaves era solo una sirvienta y él no tenía necesidad alguna de examinarla como si estuviese tentado a llevársela a la cama. Cosa que por otro lado no haría porque la criatura estaba bajo su protección como miembro del servicio.

En especial porque era un hombre muy capaz de mantener sus sentimientos, eso incluía también su lascivia, bajo control.

# Capítulo 3
# Convivencia

Un nuevo día. La llegada de un carruaje la había despertado a primerísima hora. Cuando se asomó a la ventana para ver a qué se debía el ajetreo, vio que el vehículo se detenía para bajar varios baúles. Pertenencias que debían ser de lord Ross. Como Freyja ya no tenía más sueño optó por levantarse.

Suspiró. Había previsto tener dos días completos sin que nadie la molestase para disfrutar de la tranquilidad. Aidan Andrews. Él se había adelantado en su visita y poco podía hacer ya. Lamentarse no iba a solucionar el asunto.

Pensaba salir a pasear esa misma mañana para ver cómo se desentendería del enredo en el que, sin ninguna maldad, sin querer, se había metido. Acababa de desayunar y se encontraba en la puerta principal a punto de iniciar su cometido.

Llevaba un sencillo vestido de paseo que había visto días mejores, pero hasta que decidiese una buena forma de explicarle su verdadera identidad, se sentía inclinada a seguir con el papel del ama de llaves que tanto lord Ross como su amigo le habían otorgado.

—Señora Archer —la llamó el conde, justo cuando se disponía a atravesar la puerta principal. Él estaba en lo alto de la escalera, justo en el primer piso.

Freyja se giró para observarlo y le hizo una pequeña reverencia. Estaba impecablemente vestido, supuso que el mayordomo, el viejo y amable señor Smith, le habría hecho las veces de ayuda de cámara. Seguramente no tardaría mucho en sugerir la contratación de un hombre que se ocupase de afeitarlo, vestirlo y de todas sus comodidades íntimas.

Se fijó en la pulcritud que exhibía. Pantalones oscuros que abrazaban sus anchos muslos, un chaleco en tono crema con bordados negros y una chaqueta gris clara. Sus botas tenían un brilló único. Su invitado inesperado iba muy a la moda. Era un hombre grande. Se asemejaba a un gladiador poderoso. Solo le fallaba en su apostura esa seriedad gélida que lo hacía casi inmortal. Era un conde soberbio acostumbrado a mandar, ordenar y hacer cumplir sus deseos. Ella estaba segura de eso. Lord Ross contrastaba mucho con su padre, puesto que el anterior conde Luff había sido muy relajado en la aplicación de las normas y la etiqueta en el

campo. Las cuatro habían crecido en un ambiente más progresista, no tan conservador, aunque habían sido criadas como verdaderas damas.

Se notaba a las mil leguas que al hombre que tenía en esos momentos frente a ella lo habían criado con las más altas exigencias, conforme a su posición y título, y que posiblemente nunca lo hubiesen dejado salirse del redil.

—Buenos días, milord. Confío en que sus aposentos —le había tenido que ceder los de su padre— hayan cumplido con sus exigencias. —Él afirmó con la cabeza.

—¿Dónde va? —No tenía ganas de emprender una conversación cortés sobre los muebles o los colores de dicha habitación.

Un ama de llaves dando un paseo… Estaba segura de que si le contaba sus planes al conde podría darle un ataque de apoplejía, dado que el servicio tenía mil y una obligaciones. Era menester que inventarse algo rápido.

—Verá, milord, aquí en el campo todo es menos rígido. Pretendía salir a estirar las piernas. —No era mentirosa por naturaleza, así que no pudo engañarlo más de lo que en verdad lo estaba haciendo ya.

—¿A pasear? —graznó, tal y como ella sospechó que lo haría. Una sirvienta paseando como si fuese la hija de un conde… Se tragó las ganas de reír al verlo fruncir el ceño.

—Las hermanas Archer no están. La casa se encuentra en un estado perfecto. ¿Me censura por desear dar un paseo enérgico? Tengo entendido que el ejercicio regular es, en estos tiempos, una recomendación que muchos galenos hacen. Previene multitud de dolencias.

—Ah, así que es una prescripción médica. —No era una pregunta, pero ella sospechaba que él estaba valorando esa opción.

—Podría decirse que sí. —La última vez que el doctor las visitó, las alentó a ser más activas así que eso no podía considerarse una mentira propiamente dicha.

Cuando vio que él no añadía nada más se dispuso a tratar de cruzar el umbral.

—Señora Archer —la volvió a llamar. De nuevo se giró para atenderlo.

—¿Sí, milord? —preguntó con diligencia.

—La acompañaré.

Ella le sonrió. Por descontado él no movió ni un solo músculo del rostro. Sus modales eran exquisitos, aunque su severidad resultaba terrorífica. Todo un caballero que se

sentía en la obligación de ofrecer su compañía a una mujer, pese a que esta solo fuese parte del servicio doméstico de la finca.

—Le agradezco el gesto, milord. Será un gran placer contar con su escolta, sin embargo, entiendo que puede tener asuntos más importantes que atender. De hecho, he dado orden para que le preparen el despacho del antiguo conde para que lo use conforme estime oportuno.

—Un ofrecimiento excelente que dejaré para otro momento. Hace mucho tiempo que no disfruto de un paseo campestre. ¿Cree que podríamos solicitar a la cocinera que nos preparase un tentempié para cuando deseemos detenernos?

Ella se quedó con la boca abierta. Sabía que la tenía de par en par. Había esperado muchas cosas, pero no una sugerencia similar. Incluso se había preparado para defenderse de un ataque directo cuando le llamase la atención por desatender sus obligaciones como ama de llaves. Sugerir una especie de pícnic no había entrado en sus expectativas.

—¿Usted pretende acompañarme a dar un paseo y también considera que sería oportuno llevarnos una cesta con un refrigerio? ¿Conmigo, milord? —Estaba atónita.

—He entendido, según su conversación de hace unos escasos minutos, que en el campo todo era un poco menos rígido. ¿Le incomodará mi persona? Le aseguro que soy una compañía muy educada. ¿Acaso podría sentirse cohibida por compartir un pedazo de pan y queso con un conde? Porque no la conozco todavía, señora Archer, pero dudo mucho que sea usted la clase de mujer que se amedrente ante un conde.

Ella se rio con franqueza. La había calado hasta los huesos.

—Ciertamente no lo soy en absoluto. Iré a la cocina y prepararé un pequeño tentempié. Tal vez pueda proveer también de una botella de vino si es que gusta.

—La aguardaré aquí, señora —afirmó con su habitual tono gélido y tedioso.

La hija del anterior lord Luff se quitó el bonete, lo dejó sobre una mesa próxima para ir a la cocina a disponerlo todo.

Ross se quedó mirando por la ventana el paisaje. Nunca sabría de dónde vino la inesperada sugerencia de salir a dar un paseo con una sirvienta. Todavía menos esperó haberle sugerido participar en un improvisado pícnic. Tal vez fuese debido a la soledad. Había traído a Sutherland para no estar en desventaja contra cuatro muchachitas. Su amigo lo había abandonado y lo único que tenía al alcance de su mano era a esa intrigante mujer, que no conocía su lugar en la esfera social, para que le diese cierto entretenimiento. Sano entretenimiento. No del tipo inapropiado.

Unos minutos después, con una cesta de mimbre en cuyo interior había pan, queso, una botella de un buen vino que su padre guardaba en la bodega, y un par de copas, ambos se dispusieron a salir. Aunque en cuanto el conde la tuvo a la vista le arrebató la cesta de las manos para llevarla él mismo.

Modales exquisitos, aunque su actitud no era familiar. Un hombre del todo distante, consideró Freyja.

La dama se colocó de nuevo su modesto bonete para protegerse del sol. En el campo o no, las pecas o la tez más oscura de lo habitual no estaba bien vistas por el resto.

En opinión de la dama, el paseo acaba de tornarse de lo más interesante. También sería incómodo. Él le ofreció su brazo derecho en cuanto iniciaron el camino. No se sentía preparada para tener un contacto con él, menos todavía después de haber caído directamente en sus brazos el día anterior. Así que miró hacia el otro lado con disimulo, colocó los brazos a la espalda y esperó para ver si él se daba por aludido y así retiraba su oferta de escoltarla de su brazo.

—Hay pocas personas que me miren a los ojos, señora Archer, cuando están en mi presencia. Y son muchas las que se encogen cuando dispongo una orden. No me hace falta alzar la voz para que se me atienda de inmediato. Mi buen amigo, el duque de Sutherland, incluso a veces aparta la mirada cuando lo observo con el monóculo en mano, y él está en el escalafón más alto, dado que soy solo un conde.

—Es usted un hombre que impone, milord. No puedo negarlo, pero sí rebatiré que sea usted solo un conde. Con la herencia de Luff, es usted conde por partida doble, eso tal vez lo equipare a un duque. ¿No cree? —Ella, que lo estaba mirando con atención, le ofreció una pequeña sonrisa. Él no hizo nada al respecto. Seguía quieto y sin quitarle la vista de encima.

—Usted no tiene reparo alguno al dirigirse a mí como a un igual, señora Archer —le informó.

Ah. Ahí estaba. Ya venía. La reprimenda que estaba esperando desde que entró en su casa. Freyja no perdió la sonrisa ni por un momento.

—Soy mujer, milord. Incluso aunque se me permitiese heredar un título y fuese duquesa por partida doble y por derecho de nacimiento, seguiría estando en el primer peldaño de ese escalafón al que ha aludido usted con anterioridad. Soy muy consciente de la posición que ocupo en el mundo —explicó con suavidad, sin acritud. En tono muy humilde.

—Lo dudo mucho, señora Archer. Tiene usted una particular manera de explicarse, de moverse, de mirar a las personas que ve por primera vez.

—No le sigo, milord. ¿Qué quiere decir?

—Sospecho que está acostumbrada a gobernarlo todo. Eso a buen seguro incluye a mis cuatro pupilas. En caso de vivir en una sociedad con otras normas, con unas que no distinguiesen a hombres y mujeres, sería usted una reina, como ha dicho, por derecho propio. No me cabe la menor duda.

Ella le sonrió con profundidad. El gesto le llegó a los ojos.

—No se equivoca, he sigo la guardiana de las hermanas durante un buen lapso de tiempo.

—Pero coincidirá conmigo en que, aunque yo no le inspiro el más mínimo temor, como pueden sentir algunas de las personas que me rodean…

—No —lo cortó—. No está en mi naturaleza temer a nadie. Hombre o mujer.

—Lo suponía. —Él se molestó por la interrupción, ella se había dado cuenta por el tono de su voz, más gélido todavía si era que eso fuese posible—. Como le decía, señora Archer, la sociedad es la que es, nos avenimos a sus normas. Yo soy un hombre…

—Y yo una mujer —lo interrumpió para ver si seguía molesto. Lo estaba. Vaya que sí. La mirada que le dispensó pudo haber congelado el tártaro.

—Soy muy consciente de su condición, señora mía —dijo en ese mismo tono tedioso—, y dado que soy además un hombre de alto rango estoy habituado a que mis decisiones sean siempre atendidas.

Ella se quedó un momento con el ceño fruncido. Hasta que vio que él volvió a ofrecerle el brazo derecho.

—¿Toda esta conversación ha sido para que tome su brazo, milord?

—Todo esto, señora Archer, ha sido para hacerle ver que siempre me salgo con la mía. De un modo u otro. Por ser hombre y, además, usando sus propias palabras, conde por partida doble. La etiqueta es lo que nos separada de los seres inferiores como los animales, por ejemplo. Y un hombre de mi posición es muy susceptible con el modo en el que se le trata. No sería correcto estar al lado de una mujer y no ofrecerle la debida cortesía.

—¡Pero esto es el campo, milord! Aquí…

—Lo sé, señora —le tocó el turno a él de cortarla—. Aquí somos todos menos rígidos, pero yo sigo siendo Aidan Andrews, conde de Ross y Luff, y usted se ha convertido, por azares del destino, en mi acompañante en esta cálida mañana.

—¿Debo entender que no daremos ni un solo paso hasta que aprecie su gesto,

milord? —Él seguía con el brazo inclinado, aguardando para que la mujer hiciese lo que suponía que debía.

—Sería conveniente comprender, señora mía, que soy la máxima autoridad en Luffgarden. Soy la ley.

Ah. Una orden directa. Dicha en tono tedioso, sin rastro de exasperación, pero una amenaza en toda regla. Un hombre de exquisitos modales, pero muy, demasiado, peligroso.

—Por supuesto, milord —apuntó, a la vez que colocaba su mano con suavidad sobre la chaqueta del conde y le ofrecía una gran sonrisa.

Comenzaron a caminar. El sol lucía espléndido.

No trató de fruncir los labios, ni de mostrarse ofendida ante el claro aviso que le había acabado de dar. En realidad, no lo estaba. Llevaba demasiados años conviviendo con Charlize como para que un conde que le acababa de mostrar su lugar, la hiciese enfurecerse.

Freyja por fin veía los beneficios de haberse enfrentado a una fiera como su hermana pequeña. Eso y que, además, ella tenía su futuro completamente asegurado. Era la rica heredera de su padre. De haber sido una desvalida ama de llaves a la que su patrón le acababa de dar un gran toque de atención, sin alzar la voz, sin reprenderla de modo directo, y usando un tono muy gélido, posiblemente sí habría sentido pánico.

Las circunstancias de Freyja eran otras muy diferentes. Aidan. Así se llamaba él. No lo había recordado hasta que él lo volvió a mencionar. Un nombre precioso, agradable, pero poco acertado para un gladiador, que podría ser todo un César del imperio romano debido en especial a su severidad.

Mientras caminaban por el sendero hacía una especie de arboleda, Aidan la miró de reojo. ¿Habría sido demasiado duro? Porque ella no había abierto la boca desde hacía por lo menos diez minutos y él no tenía la menor idea de lo que hablar. El silencio le estaba molestando. Extraño. A Aidan le gustaba mucho la falta de conversación. ¿Qué le decía un conde a una ama de llaves a la que acababa de invitar a dar un paseo y hacer un pequeño pícnic, y a la que luego había sermoneado con su habitual indiferencia?

Se sentía contradictorio. Aidan no tuvo que haberse molestado cuando ella estiró los brazos hacia atrás para dejar bien claro que no iba a aceptar su galantería. ¿Por qué se irritó de pronto por ese pequeño menosprecio que, a buen seguro, habría sido producido con el único fin de no incomodarlo más? Ella, como sirvienta, tuvo que haber comprendido lo ridículo que sería que un hombre de su posición le ofreciese su brazo, pero él, con todo su orgullo había querido obligarla a cumplir sus deseos.

No era ningún secreto que su carácter era gélido. Sutherland mismo ya la había

avisado en el breve interludio producido el día anterior. Por si la advertencia hubiese sido tomada con cautela, le acababa de dejar más que claro el tipo de hombre que era. Inflexible. Un conde severo. No tenía la habilidad de sociabilizar con sonrisas ni tampoco le interesaba aprender a cultivar esa tontería.

—¿Está molesta? —se escuchó a sí mismo preguntar. No soportaba más el silencio que se había extendido entre ambos.

Ella dejó de contemplar el lado izquierdo del paisaje y tuvo la deferencia de girarse a mirarlo.

—¿Por qué debería estarlo? ¿Qué le induce a pensar que me encuentro irritada, milord?

Aidan entrecerró los ojos tratando de buscar un signo de burla, o ironía, algo que le indujese a pensar que ella no se había tomado a bien su correctivo. Fue incapaz de determinar si en verdad estaba genuinamente sorprendida por la cuestión planteada.

—Está muy callada.

La señora Archer le sonrió.

—Estaba ensimismada en el canto de los pájaros, contemplando la belleza de la naturaleza misma. ¡Oh, cielos! Me doy cuenta de que acabo de sonar como si estuviese recitando un poema desastroso. Pero la verdad es que hacía mucho tiempo que no tenía un momento para disfrutar de la tranquilidad, milord, y he olvidado mis modales.

Si la respuesta de ella lo tranquilizó o no, Freyja no tuvo la menor idea.

—No es necesario que me entretenga, señora. Soy capaz de disfrutar del silencio también. —Acababa de mentir descaradamente, porque en esos momentos no deseaba solo pasear, quería conocerla.

—No lo he dudado ni un solo momento. Un hombre con su posición y obligaciones debe estar inmerso en reuniones día sí y día también. Enterrado entre documentos, cartas y demás papeles trascendentales. Todo ello sin olvidar la ajetreada vida social que ofrece Londres. Me había mantenido callada para dejarle descansar de sus obligaciones, pero encantada mantendré una conversación sobre lo que desee tratar. Soy bastante ducha en política, aunque no lo crea.

Él sacó su monóculo y lo sostuvo en la otra mano, aunque no se lo llevó al ojo. Lo guardó.

—Puede que le haga demostrar la veracidad de su afirmación, señora.

Ella observó que la acababa de retar. Le sonrió más ampliamente.

—Muy bien. El rey George tiene en la figura del conde de Liverpool a un gran vasallo. Me refiero al primer ministro, Robert Jenkinson —le aclaró, aunque suponía que él habría reconocido el nombre del político de inmediato—. Ambos tienen grandes retos. Y por suerte lord Liverpool es un hombre con mucha experiencia en el cargo, si no me falla la memoria llegó hace unos ocho años al gobierno y sospecho que no se marchará con facilidad. Después de las guerras napoleónicas la sociedad ha cambiado como de la noche a la mañana. No podemos ser el mismo reino que éramos antes de 1793. Nos encontramos en un momento de posguerra duro, donde las fábricas del norte del reino podrían dar a nuestra economía un gran soplo de aire fresco. La mayor parte de nuestros recursos son las cosechas y hemos sufrido numerosas pérdidas en dicho sector. Así que los granjeros están intranquilos y bastante enfadados. Personalmente, y con humildad, me atrevo a sostener que nos encontramos tan vigilantes sobre los movimientos reaccionarios que puedan surgir en nuestra sociedad, especialmente los que se refieren a las agitadoras que reclaman el sufragio, tal y como se las tacha en los periódicos, que perdemos de vista el gran cambio que tenemos frente a nosotros. Uno que deberíamos aprovechar para evolucionar.

Él no sonrió, ni se movió. A cambio dijo:

—Me siento tentado a cederle mi escaño en el Parlamento, señora.

Y eso, dicho en tono mortificantemente aburrido, iba a ser todo el reconocimiento que Freyja iba a recibir, en caso de que hubiese estado buscando admiración por la lucidez de su mente.

Ella soltó una larga carcajada.

—Sospecho que allí todos los hombres serán como usted, milord —dijo ella en tono de humor.

—¿Cómo? —preguntó con cierto aburrimiento.

—Acostumbrados a salirse con la suya. Si me viesen llegar y sentarme en la cámara de los lores, me armarían un consejo de guerra y luego decidirían quemarme en la hoguera.

—Es poco común que una mujer esté al tanto de la situación política, social y económica del reino. Pero ya hemos debatido que usted no es corriente, señora Archer.

Ella abrió los ojos con sorpresa y le sonrió con franqueza. Un cumplido velado, tal vez con un toque de censura, pero un cumplido que tenía que valorarse en gran medida porque venía de alguien muy estirado.

Se dio cuenta, demasiado tarde, de que estaban parados y muy juntos. Demasiado

cerca el uno del otro. Freyja tragó saliva cuando, por instinto, su mirada se concentró en las facciones tan severas de él, en su mandíbula cuadrada, tan impecablemente afeitada. Sus ojos azules eran grandes y helados, y sus labios bastante gruesos. Se le aceleró el corazón debido a esa proximidad tan inapropiada. Se fijó en las reacciones del conde, pero él parecía natural, como si nada importante estuviese sucediendo.

Con un gesto suave, Freyja se movió hacia atrás para alejarse de quien al parecer sí era un témpano de hielo. Su cercanía no lo había afectado lo más mínimo. Por supuesto estaba frente a un hombre habituado a tratar con el género opuesto, con muchas mujeres, supuso. Le sonrió.

—Disfruto de la lectura. Siempre me ha gustado leer el periódico a primera hora de la mañana. Veía hacerlo a mi padre y me habitué a estar con él mientras lo escuchaba leerme los asuntos de estado. También lo atendía mientras me narraba la opinión que todo le merecía.

—¿Es usted hija de un caballero, señora Archer? —preguntó con interés. Decir que ella era poco corriente era quedarse muy corto en sus apreciaciones. Una rara avis. Sí. Eso era lo que en verdad estaba descubriendo de su acompañante. Por suerte ella había reculado hacía unos minutos, cuando sus cabezas se quedaron demasiado cerca la una de la otra. Era muy atrayente, y eso era más peligroso que una hermosura detectada a simple vista.

Comenzaron a caminar porque él así lo dispuso.

—Soy hija de un hombre excepcional que ya no se encuentra entre nosotros, lord Ross. Para mí no era un caballero, en asuntos de rango, mi padre era un rey. El rey de todo mi universo.

Él afirmó varias veces con la cabeza.

—Si alguna vez llegase a tener una hija, señora, me sentiría alabado y pletórico si ella llegase a hablar de mí en los términos en los que acaba de expresarse sobre su progenitor. No me importaría, por ejemplo, que yo hubiese descubierto un Nuevo Continente, porque en mi lápida haría tallar la leyenda de que para mi hija fui un rey.

A continuación, vio que él se paraba, dejaba la cesta en el suelo, sacaba un blanco y perfecto pañuelo de lino blanco y se lo tendía.

—¿Qué…? —No llegó a terminar la pregunta. Freyja se descubrió con las mejillas empapadas. Estaba llorando sin haber sido consciente de haberlo hecho.

Abandonó el brazo de conde y se dispuso a darse la vuelta, con vergüenza, por haberse mostrado como una llorona sensiblera.

—Dije poco corriente, señora Archer, cuando debí decir que es usted completamente

inusual. Se aparta de mi vista para que no vea las lágrimas de orgullo que caen al recordar al rey que rigió su mundo, pero no titubea, ni se esconde al negarse a aceptar mi brazo para poder así deleitarme y convertirme en un hombre útil para mi acompañante, para usted —añadió—. Nos hemos detenido justo a tiempo —siguió hablando Aidan—. Aquí hay sombra y me parece el lugar indicado para tomar asiento y deleitarnos con una copa de vino. La ocasión lo merece. Brindaremos por su rey, dejaremos a un lado asuntos delicados del reino, también los más sentimentales que la han hecho llorar por el recuerdo de lo que sin duda era un gran hombre, y procederá a explicarme qué clase de muchachas son mis pupilas —decretó, al tiempo que sacaba de la cesta una pequeña manta para extenderla en el suelo y se disponía a ayudarla a tomar asiento.

Un mandato condal que la libraba del ridículo. Freyja se colocó a su lado derecho, luego, cuando la crisis del sentimentalismo terminó, plegó con gran cuidado el pañuelo y se lo colocó en el bolsillo superior izquierdo de la chaqueta, lugar del que lo había sacado él previamente.

El gesto fue del todo íntimo. Tanto que Aidan, que jamás se quedaba paralizado, lo hizo. También se sintió asombrado. En especial cuando la mujer comenzó a arreglar más finamente el pañuelo que ya se encontraba en su bolsillo.

El gesto le recordó a una vez, cuando siendo niño, Aidan observó a su madre anudarle la corbata a su padre. Cuando todavía creía en la santidad del matrimonio. Frunció el ceño. Ella estaba demasiado cerca. Él era muy consciente de su condición de mujer, se lo había hecho antes, además le llegaba ese perfume, colonia u olor jabón que ella desprendía. Jazmín. Un aroma dulce y fresco a la vez.

Freyja lo vio tan quieto y estirado —mucho más de lo que había estado durante el paseo— junto a ella que le sonrió.

—No se alarme, su pañuelo solo está un poco mojado por mis lágrimas sensibleras. No me he limpiado la nariz, está a salvo de mancharse con esas indecorosas sustancias que producen las mujeres cuando se echan a llorar. —A continuación, cuando Freyja vio que el pañuelo quedaba perfectamente sobresaliendo en ese bolsillo, delicadamente dispuesto, le dio un par de palmaditas en ese lugar, como si estuviese aprobando su propia obra.

Hacía mucho tiempo que nadie lo tocaba. Ni tan siquiera por encima de las numerosas capas de ropa. La completamente inusual mujer, que conoció justo el día anterior, había tenido más contacto físico con él que el propio Sutherland, por poner un ejemplo. No era que ambos estuviesen todos los días manoseándose, pero de vez en cuando se tendían la mano y el duque tenía ese espantoso vicio de palmearle la espalda cuando algo se le antojaba gracioso.

La señora Archer sujetó las copas y las llenó con el vino. Le pasó una a él y colocó la suya, con menos cantidad de líquido que la del conde, a su lado sobre el mantel que los separaba de la tierra, con cuidado de que no se vertiese. Partió el pan y le tendió un pedazo a él,

para completar luego la acción haciendo lo mismo con el queso.

—¿Cómo son mis pupilas? —preguntó Aidan.

—La pequeña, Charlize, es un torbellino, demasiado inteligente para su propio bien y muy acostumbrada a ganar todas las batallas que lucha. Las demás la han mal acostumbrado a salirse siempre con la suya porque era la más joven cuando sus padres fallecieron. Primero se marchó el conde y poco después la condesa. Tenía apenas trece años y estaba muy apegada a su madre. Lloró, gritó, pataleó, incluso se negó a ir al funeral porque insistía una y otra vez en que su madre no había podido ser tan egoísta como para dejarla en la tierra y salir corriendo hacia el cielo para seguir a su esposo. En casa se nos partió a todos el corazón. No sabíamos cómo darle consuelo. Charlize pasó en ese momento de ser una jovencita buena, agradable y dulce a convertirse en una persona muy difícil.

—Cada uno reacciona a la pérdida de un modo u otro. ¿Cuántos años tiene la pequeña? ¿Dieciséis?

—Es su primera temporada en Londres, milord.

—¿Dieciocho ya? —preguntó sorprendido. Había pensado que la más pequeña no estaría en edad casadera.

Ella afirmó.

—Un año más mayor que ella es Cleopatra. Esa hermana es relativamente sensata. Se encuentra pasando unos días en casa de su mejor amiga, con nuestros vecinos, con el vizconde Bedford y su esposa. Cleopatra es de naturaleza tranquila, comedida y sabe muy bien cuál es su lugar.

—Entendí que estaban todas en Londres.

—No, no. Cleopatra no quiso salir con el resto.

—Ah.

Ella no supo cómo interpretar esa breve expresión.

—Después se encuentra Calíope, tiene casi veinte años. Está considerada como la beldad de la familia, aunque las tres tienen algo especial que las diferencias del resto. Podría decirse que es la perfecta rosa inglesa.

—Suena como si fuese muy bonita.

—Lo es. Cabellera lustrosa, rubia y sedosa, unos ojos de un dorado tan claro que

parecen oro puro. Sin embargo, cuando habla, especialmente cuando algo la contraria, pese a que no es ni la mitad de temperamental que Charlize, la pequeña de las Archer, Caliope puede parecer en verdad la mismísima hija de Zeus, porque sus arrebatos y elocuencias convierten su lengua en un látigo del que muchos deberían guarecerse. Es sin duda, la Archer más peligrosa y menos predecible de todas. Esos son a grandes rasgos las características de sus pupilas, milord. No le van a poner las cosas fáciles. —Freyja sabía bien de lo que hablaba.

—Son cuatro hermanas y usted ha hablado de tres. ¿Qué hay de la que falta? ¿Es la mayor?

—La mayor, milord, tengo entendido que no es su pupila.

—¿No lo es? ¿Acaso había una cláusula en el testamento que me exoneraba de la responsabilidad de la hermana más longeva?

—Ha cumplido la mayoría de edad, milord. Es la heredera de todos los bienes que no estaban ligados al título, por lo tanto, hasta donde yo sé, la hermana mayor no es su responsabilidad. Como tampoco lo serían las pequeñas, si usted decidiera seguir dejándolas en manos de esta Archer, puesto que es muy capaz de controlarlas por su propia cuenta. De hecho, considero que lo ha hecho muy bien hasta el momento.

—No importa, hasta que se case, esa dama deberá estar bajo mi ala. Háble me de ella.

—Hay poco que decir con respecto a ella. No es tan interesante como las otras tres más jóvenes. Sus rasgos, como se afirma en el pueblo y por quienes la han llegado a conocer, no son nada del otro mundo.

El conde no se puso nervioso al recordar lo que conversó con su amigo, y tampoco ante lo que acababa de escuchar. La llamaron poco agraciada y la señora Archer los había escuchado.

—Ayer, cuando Sutherland y yo creímos que nadie nos escuchaba aludimos a que…

—No tiene que disculparse, ni sentirse incómodo, milord.

—No es algo que yo haría, señora Archer.

—Mejor entonces. ¡Oh, cielos! —Un golpe de viento se llevó su bonete por los aires. Debió haber anudado las cintas.

Caballeroso pero con rostro adusto, lord Ross se levantó y salió a toda carrera tras él.

Justo en ese momento, mientras su paladín peleaba contra el viento y luchaba por lograr atrapar el molesto bonete de paja, Freyja escuchó los cascos de un caballo acercándose.

Se levantó. Colin Ferguson, el vizconde Bedford, se acercaba hacia su posición.

—Freyja —la saludó.

—Colin —correspondió ella con media sonrisa bondadosa.

El vizconde, que tenía sus mismos años, era un hombre muy jovial, alto y más delgado que lord Ross, con unos hermosos ojos negros y un cabello dorado muy llamativo. No bajó de su corcel, porque el vizconde era agradable con todos salvo con Freyja, con quien siempre mostraba una actitud de tirantez.

Examinó la manta sobre la que ella estaba incorporada, la botella de vino, las copas, y los restos de un pedazo de queso. Luego los ojos regresaron hasta ella, pero al ver movimiento a su derecha, movió ligeramente al animal para ver de quién se trataba.

—¿Calíope está bien? —se le ocurrió preguntar a Freyja, puesto que su hermana estaba residiendo en su casa.

—Muy bien. Atiende muy diligentemente a mi esposa. Esperamos que el niño nazca muy pronto. ¿Quién es él? —preguntó, un momento antes de que Aidan llegase hasta ellos.

—Te lo presentaré. —Y cuando el conde estuvo a su lado, ella se dispuso a hacer lo que acababa de proclamar—: Lord Ross tengo el placer de presentarle a nuestro vecino, el vizconde Bedford.

—Milord. —Colin agachó brevemente la cabeza en señal de saludo cortés.

El conde sacó de su bolsillo el monóculo agarrado por el mango y se lo puso en el ojo. Ella se tragó una carcajada. El examen estaba siendo del todo completo.

—Bedford, ¿cierto?

—Eso es.

—Ah. —Tanto ella como Colin esperaron para ver si él decía algo más. Dado que eso no sucedió, el vizconde se giró para mirarla.

—Debo regresar a mi casa. Freyja, milord —se despidió, para poner al trote a su caballo.

El conde tomó asiento y ambos siguieron hablando de asuntos menos

trascendentales. Como el tedio de Londres, el clima y otras cosas similares. Pasaron así varias horas, hasta que una nube cubrió el cielo y él decidió que la salida debía concluir.

# Capítulo 4
# Complicaciones

—¿Señora Archer? —Hizo la pregunta mientras observaba a Freyja, porque así se llamaba ella, puesto que Aidan se lo había escuchado decir al vizconde, sacar la cazuela o el enser ese sobre el que reposaba su supuesta cena del hornillo mientras se acercaba a la mesa para dejarlo en ese lugar sobre un trapo húmedo.

—Milord, perdone que no me gire para saludarlo adecuadamente, pero no quiero que el pastel de carne acabe en el suelo. Estaré en un segundo con usted.

—¿Qué hace en la cocina?

—La señora Pots, la cocinera, ha tenido que partir a toda prisa hoy.

—¿Por qué? ¿Qué la ha obligado a desentender sus obligaciones y ha hecho que usted tenga que sustituirla?

Luffgarden era un desastre en cuanto a su funcionamiento, pensó Aidan.

—La muerte, milord. Ha recibido una carta de su hermano en la que se le informaba que su madre ha fallecido. La he mandado de regreso a su hogar para que pueda reunirse con su familia y poder llorar la pérdida rodeada de quienes ama y la aman. Lamento que eso haya supuesto un terrible retraso para su cena. En un momento le serviré.

—No diga tonterías, señora Archer. Si he decidido hacer acto de presencia en la cocina es solo porque el joven que cuida las cuadras y que se ve que emplean también de lacayo ha comenzado a balbucear y sudar cuando le he preguntado el motivo por el que no se había servido la cena. Decidí venir a averiguar el problema. ¿No hay nadie más en la casa que pueda sustituir a la cocinera?

—Nadie salvo yo tiene experiencia manejando el hornillo. Además, como ha comprobado hay poco servicio. Las hermanas Archer se marcharon y se decidió dar unos días de merecido descanso a buena parte del personal. Se lo merecían y como me informaron de que su

llegada sería más tarde de lo acontecido… En fin, me he propuesto ser capaz de poder atenderle como merece su rango aunque tengamos pocos recursos a mano. No había esperado tener una contrariedad tan inesperada como la muerte de la querida madre de nuestra señora Pots.

Él había llegado hasta su lado dispuesto a ayudarla. Cuando Freyja levantó la cabeza lo observó una vez más. Estaba muy cerca. La mirada de ella se concentró en sus labios. ¡Madre del amor hermoso! Tenía una boca muy bonita. Tragó saliva y se obligó a mirarlo a los ojos. No se veía alterado por su presencia, o porque con un pequeño movimiento sus cabezas pudiesen chocar.

—Es usted una caja llena de sorpresas —expuso, mientras daba un paso atrás que ella agradeció.

La ponía muy nerviosa. ¿Por qué? No era más que un hombre del que deseaba librarse para que no interfiriese en sus asuntos. La severidad inicial que detectó en él le había impedido darse cuenta de que era apuesto. La masculinidad en sí misma. Un conde muy viril pese a ser muy esnob. ¡Viril!, que palabra tan inapropiada en la que pensar.

—No vea nada significativo en mi proceder. Es mi obligación estar al tanto de todo lo que ocurre en Luffgarden y solventar cualquier eventualidad. Es lo que siempre he hecho y lo hago además con sumo gusto.

—Entiendo que las hermanas han tenido una gran protectora en usted. Me hace sentir menos culpable por no haber podido presentarme antes aquí. Mis obligaciones, sospecho que como las suyas, no han sido pocas. Estoy convencido de que las ha cuidado como si fuesen de su propia familia y me honra, señora.

—Podría decirse que así ha sido, milord —afirmó con una sonrisa—. Ahora… si es tan amable de regresar al comedor, en unos pocos minutos tendrá la cena lista. Se lo garantizo.

—¿Ha cenado ya, señora Archer?

—Lo haré en un momento, milord. En cuanto le sirva.

—Cuando era solo un niño, me aficioné a comer en la cocina con algunos criados. —No le diría que eso ocurrió una sola vez y que fue un castigo—. ¿Por qué tendría que ir al fastuoso comedor, sentarme solo y engullir un pastel que huele a cielo, mientras usted lo hace aquí en soledad?

—¿Está sugiriendo que cenemos aquí? ¿Los dos? ¿Usted en la cocina y no en el comedor? —Ella estaba pasmada.

—No quisiera pecar de engreído, señora, pero me ha parecido que mi compañía no le disgustaba esta mañana.

—En absoluto —corroboró ella.

—Entonces no veo problema en que cenemos aquí mismo. Podría incluso sentirme tan agradecido que la ayudaría a fregar y secar los platos cuando terminemos.

Ella se carcajeó. No lo veía haciendo nada como eso. Él. Un hombre acostumbrado a un gran séquito, uno que estaría aguardándole en la ciudad, seguro que estaba bromeando. Pese a que el humor no se filtrase a través de su tono tedioso y gélido consideró que le había hecho gracia su propio ofrecimiento.

—¿Sonríe alguna vez? —se preguntó en alto sin haberse dado cuenta de lo que decía.

—Usted parece hacerlo por los dos, señora —dijo con seriedad.

Ella se sintió como si lo acabase de herir de muerte y por eso él le acababa de devolver la ofensa. No era mentira que solía reírse más de la cuenta. Freyja lo encontraba más práctico que ponerse a sollozar o lamentarse. Charlize en muchas ocasiones, cuando trataba de pelearse con ella y Freyja se ponía a reírse en alto, la acusaba de hacer precisamente eso para irritarla todavía más. No. En absoluto. Solo se reía y sonreía porque su padre le enseñó que era capaz de combatir cualquier cosa con una sonrisa en el rostro.

—Dispondré los platos y cenaremos aquí, milord. Tome asiento en la mesa, se lo ruego.

—No quise ser brusco, señora Archer. —Se vio en la obligación de disculparse pese a que ella no había cambiado su acostumbrada actitud jovial—. Discúlpeme, por favor.

—Hagamos un trato, milord.

—¿Qué sugiere? —preguntó mientras servía el vino para ambos.

—Consideremos que cuando hablemos el uno con el otro, no lo estamos haciendo para irritar, molestar o contrariarnos mutuamente. De esa forma valoraremos la franqueza y no tendremos que disculparnos.

—Dudo de que usted haya molestado a alguien en toda su vida. Se ve demasiado servicial.

—¿Demasiado servicial, milord? Nadie puede ser demasiado algo si se le une un adjetivo bueno.

Freyja estaba sirviendo el plato de carne.

—No quisiera que se aprovechasen de usted, señora Archer. Se ve demasiado buena —dijo con sinceridad.

Ella se rio con suavidad.

—No puede decirme que soy demasiado buena. Hay algunas personas que no apoyarían su punto de vista.

—Nombre a una.

—Lady Charlize. Le dirá de mí que llegué a este mundo con la única misión de atormentarla.

—¿Cuántos años tiene, señora?

—¿Le parezco vieja? —preguntó sorprendida.

—Conozco las normas, no es una pregunta que se le deba a hacer a una mujer, pero hemos acordado que seremos francos. No me parece vieja, porque no me lo considero yo mismo. No puede ser mucho más mayor que las hermanas Archer y sin embargo creo que tiene una edad parecida a la mía.

—Tengo veintiséis años, milord. ¿Le escandaliza que hable abiertamente de los años que llevo pululando por la tierra? Una mujer coqueta lo hubiese amonestado por su pregunta con vehemencia.

—Una mujer que no fuese usted, seguramente sí, señora. Yo tengo treinta años. Solo soy mayor cuatro años más que usted. ¿Me considera un anciano?

—No. La edad siempre resulta un atractivo en un varón. Se espera que un hombre de su condición busque una muchacha recién salida del cascarón, que la despose y la haga madre. Si cree que alguna de las Archer podría ser la adecuada, siento decirle que se llevará una sorpresa. Ninguna está decidida a casarse todavía. Por más que tratase de persuadir a alguna sobre la conveniencia de su unión, alegando a su posición, fortuna y título, no creo que tuviese el menor éxito.

—Ah, regresamos a aquella conversación que mantuve con Sutherland y que creíamos privada.

—Un poco sí, pero es más para que comprenda la situación. Fueron criadas en un entorno amoroso. Creen en que una unión con el hombre que pasarán el resto de su vida debe basarse en la confianza, en el amor. Ninguna precisa seguridad económica, dado que la fortuna que el conde le dejó a la hermana mayor les garantiza su futuro, por ende, no están obligadas a seguir los cánones que llevarían al resto a buscar a toda costa un buen partido. Esa es la ventaja

de haberse criado en el campo.

—Y sin embargo hay tres de ellas disfrutando de Londres, donde se encuentra el mayor mercado matrimonial del mundo. Creo que sí que podrían sentirse inclinadas a buscar un esposo.

—Solo si se enamoran, se lo aseguro sin ápice de duda.

Él tomó la copa, le dio un largo sorbo, la dejó sobre la mesa y desplegó la servilleta para ponérsela sobre los impolutos pantalones. El conde se había cambiado para la hora de la cena. Ella se había adecentado también, pero llevaba un vestido muy común, poco favorecedor, además.

—¿No me encuentra capaz de hacer que una joven dama pueda llegar a amarme, señora Archer? ¿No seré capaz de ofrecer amor en la misma medida?

—¿Cree usted en el amor, lord Ross?

—Se nos enseña que eso es algo inherente a las mujeres.

—¿A quiénes se les enseña? ¿A los condes?

—A los hombres, señora Archer. Se nos habla de obligaciones, deberes, rectitud moral…

—No a toda la mayoría, por desgracia. Si todos tuviesen entre sus mayores a unos padres, tutores o mentores, que les dijesen lo satisfactorio que es hacer el bien, este mundo estaría menos plagado de maldad. Pero no ha contestado a mi pregunta.

—Yo creo que sí.

—No. Le he preguntado si Aidan Andrews cree en el amor.

—Ah. Usted trata de separar al conde del hombre. Somos lo mismo, lord Ross y yo.

—No del hombre, si no de la persona que hay bajo su doble rango y obligación.

Él dejó su tenedor suspendido en el aire con el trozo de comida. La miró durante un largo rato.

—No lo sé, señora Archer. Me crie en un entorno hostil e inadecuado que no llegué a comprender hasta que fui más mayor. No creo en el matrimonio, pero tal vez exista el amor, aunque no me he topado nunca con él.

—Una respuesta honesta, se lo agradezco. —No quiso preguntarle por su niñez. Pese a su tono helado, ella sospechaba que había mucho ahí y no quería confraternizar con él más de lo debido. Aunque posiblemente ya era tarde para eso.

—¿Cree usted en el amor?

—Sí —manifestó sin ponerse a pensarlo.

—Su esposo debió ser un hombre muy afortunado. No hay la menor duda. ¿Cuánto tiempo hace que partió hacia una mejor vida?

Ella se tragó un gemido. Por supuesto que su mentira por omisión seguiría dándole más quebraderos de cabeza. No solo se había convertido en el ama de llaves sin haberlo deseado, sino que además al ser la señora Archer, daba por supuesto que era viuda. ¡Claro! No había ningún señor Archer en casa y él debió haber supuesto que su esposo falleció.

—Mucho —dijo escuetamente. ¡Qué lío más cruel! ¡Madre del amor hermoso!

—Lo que sí conozco es la soledad, señora Archer.

—Me cuesta imaginarlo, es usted un conde y no le faltarán grandes amistades.

—Me refiero a la compañía de una mujer. Consuelo íntimo —puntualizó.

Las palabras hicieron que Freyja buscase su mirada de inmediato. Lo vio atravesarla con sus ojos grises cristalinos. No había mucho hielo en ellos, aunque su seriedad estaba más patente que nunca. ¿Por qué?

—No estoy segura de que esta conversación sea apropiada, milord.

—Usted no es una beldad.

—¡Gracias! —ironizó mientras se llevaba a los labios la copa de vino.

—Entendí que habíamos acordado hablar con franqueza para que ninguno de los dos se molestase. ¿La incomodo, señora Archer? Di por supuesto que se necesitaría mucho más que honestidad para que se sintiese acorralada.

—¿Qué está planteando, lord Ross?

—No tiene una belleza patente a simple vista, señora, pero es usted hermosa en muchísimos aspectos.

—No ha contestado a mi pregunta una vez más.

—He planeado mandarles una carta a las hermanas Archer para que regresen de inmediato al campo. He descubierto que me gusta Luffgarden. Me gusta mucho —añadió con seguridad y seriedad.

Ella tomó otro largo sorbo de vino para templar los nervios. La ponía muy, pero que muy, nerviosa. Suspiró.

Una misiva. Pero Charlize no volvería. Menos por orden de un hombre que no se había preocupado por ellas durante largos años, por lo que de un modo u otro convencería a Caliope y a Magnus para hacer cumplir su voluntad y permanecer en Londres. Solo quedaba esperar a que el conde de Ross y Luff se cansase de aguardar el regreso de ellas y se marchase convencido de que no necesitaban nada. Tenía que convencerlo.

—La finca es magnífica. A todo el mundo le agrada residir aquí. A mí incluida. —Desviar la conversación sería acertado.

—Lo que no me gusta en absoluto es la soledad. Usted ha llenado en un solo día el hueco que vengo soportando desde hace años. Estoy gratamente sorprendido y a la vez asombrado por mi reconocimiento, lo confieso. No somos unos jovencitos sin experiencia, señora. Somos adultos que han pasado los primeros sonrojos de la juventud. Le aseguro que estoy convencido de que residir en Londres con todas las comodidades le fascinaría más que vivir aquí. Tendría su propia casa, bonitos vestidos, joyas, un carruaje y todo lo que demandase de mí.

Se hizo un silencio de lo más ensordecedor. Freyja se obligaba a mantener la compostura pese a que estaba muy nerviosa.

—Comprendo. —Mentira. No lo hacía. No entendía nada, pero ¿qué más podría decir? La conversación había sido del todo imprevista.

«Me casaré contigo si quieres, Freyja». Esa frase, dicha en otro tiempo, por alguien muy distinto al interlocutor frente al que se encontraba, comenzó a resonar con fuerza en su cabeza. La había enterrado en lo más profundo de su ser. No podía creerse que después de tantos años aquellos recuerdos volviesen a despertarse.

—Sería una mejora sustancial a su situación actual, señora Archer.

—Estoy convencida de que así lo cree, milord. Pero yo lo veo de una forma diferente. Sería su prostituta —le dijo mirándolo directamente a los ojos. Estaba más que claro que le acababa de proponer que mantuviesen una relación inapropiada.

—Le aseguro que hay una gran diferencia entre ser lo que usted alude y convertirse en la amante de un conde, señora Archer.

—¿Acaso no tendría que estar disponible para usted en todo momento? ¿Para acostarme con usted siempre que lo desease?

—Insisto en que su posición sería de prestigio. Más que eso. Habría respetabilidad, tendría mi protección y su vida social sería animada.

—Pero no podría dejarme ver en la alta sociedad. Menos con usted. —No fue una pregunta.

—No, por supuesto que no. —Él respondió de todos modos.

Freyja se tocó la frente.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación. Usted llegó apenas ayer.

—La deseo, Freyja —dijo sin titubear con su frialdad habitual—. Desde que la sostuve en mis brazos he fantaseado con tenerla en la cama. Disculpe la vulgaridad de mis palabras, pero le hablo con suma franqueza. La deseo —repitió— y estoy convencido de que puedo hacer que me desee fervientemente.

—¿Le he dado yo indicios para que afirme semejante frase, milord? —le preguntó sin su habitual sonrisa.

Ah. Ella estaba irritada por su petición y sugerencia. Mucho más que eso. Lo dejó patente cuando se comparó con una prostituta, pero acababa de darse cuenta de que estaba a un paso de ponerse furiosa. No era tan mundana y progresista como sospechó.

—No tengo ninguna falta que atribuirle —dijo con veracidad.

—Entonces declino su amable oferta, milord —dijo con el mentón en alto.

—¿No va siquiera a considerarlo mínimamente? —Él no le era indiferente. Aidan se había dado cuenta por el modo en el que se había quedado mirando sus labios un par de veces.

La gota que colmó el vaso cayó. Freyja comenzó a reírse con fuerza ante un quieto y severo conde que no había cambiado ni un ápice su apostura seria. Un témpano de hielo absoluto.

Si le causó extrañeza ese ataque de risa, no dijo una palabra ni lo demostró con ningún gesto. Solo la contemplaba y aguardaba.

—Estoy más cerca ya de los treinta que de los veinte, milord. Soy una mujer que conoce bien su propia mente. Hago alarde de poseer moralidad y ser virtuosa, tengo medios económicos suficientes para comprarme ropa, joyas, carruajes y una casa en Londres si eso fuese

lo que desease hacer. Vivo en Luffgarden solo por el placer de hacerlo. Con toda esta explicación y, habiendo advertido en mí un carácter un tanto liberal, milord, espero que no se sorprenda, y estoy segura de que no lo hará, cuando le diga que en caso de buscar un amante, consuelo, compañía o como desee llamarlo, lo haría por el simple deseo de compartir la cama. Sin normas, sin acuerdos, ni expectativas. Sería algo libre, entregado libremente —insistió—. Me saltaría todas las normas por amor o por un ferviente deseo, como usted lo llamó, siempre y cuando fuese el hombre adecuado —recalcó con seguridad.

—Ah. ¿Y yo podría ser ese hombre? —preguntó con seguridad y con el porte completamente regio y severo.

—No, no podría —reconoció sin tan siquiera tomarse una fracción de segundo para pensar en dicha respuesta—. Además, estamos hablando de un asunto muy íntimo, cuando no ha mediado entre nosotros ni un beso. Me parece absurdo todo esto. —Expuso sus pensamientos en alto.

—¿Entiendo que debería tratar de besarla?

Ella arqueó las cejas ante la pregunta. ¿Había escuchado algo de lo que ella le había dicho? Su frialdad la tenía al borde del llanto y del grito. Ella jamás lloraba en un enfrentamiento. Tampoco gritaba.

—Yo si fuese usted me abstendría, podría salir con un ojo morado de aquí. —Decidió mostrarse igual de desprovista de emoción que él, aunque sus palabras eran bastante claras para dejar patente cómo se sentía.

—Definitivamente la he ofendido.

—Estoy segura de que es una gran proposición, lord Ross, pero nunca aspiré a convertirme en la querida de un noble. No lo haré, menos con un hombre como usted.

Si le dolió la respuesta, no dio tampoco indicios. Seguía pétreo como una escultura de mármol. Frío y expectante.

Aunque en honor a la verdad, Aidan sabía con certeza que ella estaba furiosa con él.

—Comprendo. Lamento haberla incomodado con mi franqueza, señora. Le daré las buenas noches ahora si me libera de ayudarla a recoger la cocina. Sugiero que esta conversación se quede aquí y ahora en el olvido por nuestra comodidad. Me doy perfecta cuenta del terrible error que he cometido al hablar tan apresuradamente de mis necesidades y deseos sobre usted. Acepte mis sinceras disculpas.

No esperó respuesta. El conde se levantó y salió de allí a paso tranquilo. Sin mostrarse enfurecido por su negativa o avergonzado.

Freyja sintió unas tremendas ganas de echarse a llorar. No lo haría. Ross había sugerido que se olvidasen de la conversación. Era la única cosa sensata que había dicho en toda la velada. Y también una mentira. Ninguno de los dos olvidaría ese momento jamás. Esa proposición.

Su posición era mortificante. Y las mentiras o, mejor dicho, la ocultación de la verdad, o malentendidos —como quisiera llamarse a todo el enredo—, no dejaban de hacerse grandes como una gran pelota de hierro forjado que comenzaba a aplastarla.

Mientras Freyja comenzaba a arreglar la cocina, Aidan llegaba a su habitación. Entró allí y cerró la puerta con un ligero clic, tras haber despedido al mayordomo que también actuaba como su ayuda de cámara. El conde se dispuso a pensar en lo que acababa de ocurrir en la cocina.

La señora Archer no era una mujer sin recursos. Por lo visto disponía de una fortuna capaz de darle todos los privilegios que se le antojasen. No tenía motivos para dudar de su veracidad y por tanto no lo haría porque la mujer era muy franca. Lo había sido del todo.

Tampoco era un ama de llaves al uso, disponía de todas las comodidades de la casa y se comportaba como si estuviese en su hogar, en su propia casa. Seguramente había sacrificado mucho para cuidar a sus pupilas y se merecía conservar la escalada social que había consolidado en Luffgarden.

«En caso de buscar un amante, consuelo, compañía o como desee llamarlo, lo haría por el simple deseo de compartir la cama», había dicho ella, poniendo en claro que si él hubiese sido de su agrado habría tratado de seducirlo.

Esas palabras, en otro hombre, uno que fuese débil hubieran causado un gran daño a su orgullo, sumiéndolo en el dolor. Ella no le había hecho daño, se convenció. Solo había expresado sus propias opiniones.

«¿Y yo podría ser ese hombre?», preguntó sin meditarlo. «No, no podría», continuó ella con su exposición, ante una pregunta que jamás debió haber formulado. Pero Aidan no era un hombre cobarde, así que tuvo que preguntar.

Y no contento con esa negativa, luego pensó que ella tal vez estaba demandando un beso. Seducción. «Además, estamos hablando de un asunto muy íntimo, cuando no ha mediado entre nosotros ni un beso. Me parece absurdo todo esto», fue lo que él escuchó. Mentiría si no dijese que tuvo el impulso animal de levantarse, sujetarla por nuca y darle un beso tan ardiente capaz de desatar el infierno en la tierra.

Aidan comenzó a negar con la cabeza y a toda prisa. ¡Qué estupidez! Cómo si él fuese un hombre pasional. Ah, pero lo era. Porque el deseo que ella le inspiraba era incontrolable, hasta el extremo de haber hecho un ridículo espantoso al confesar cómo se sentía

con ella.

Todo tenía que deberse a que la había sostenido entre sus brazos nada más llegar a Luffgarden y hacía demasiado tiempo que practicaba el celibato. No le habían faltado ocasiones para disfrutar de una mujer en los últimos… ¿meses? Casi hacía un año de su abstinencia sexual. Nunca había mantenido a una amante. Se había visto en Europa con varias actrices, algunas cantantes, viudas respetables, pero su carrera como amante no era muy extensa, más bien discreta.

Trabajar para la Corona, de incógnito, no le había dado demasiado tiempo libre. La guerra tampoco era un lugar como para detenerse a disfrutar a fin de cubrir sus sanos apetitos sexuales.

¿Por qué le había lanzado sin meditarlo demasiado una proposición similar a la señora Archer?

Por ese sueño perturbador de la noche anterior. Se había acostado con ella. En su sueño, por descontado. Le había hecho el amor con tal ardor que se había despertado para comprobar que se había derramado con fuerza entre las sábanas, mientras soñaba que acariciaba, tocaba y se hundía en su cuerpo caliente. Era toda una mujer. Una viuda que jugaba con otras normas diferentes a las que se les exigía a las jóvenes debutantes. Experimentada. Conocía los secretos de alcoba. No le agradaba cómo le hacía sentir el hecho de ser consciente de que ella había estado con otro hombre. La posesividad y los celos eran del todo impropios. Eran para los hombres con inseguridades y con desconfianza. Ah, pero él los sentía. La inseguridad, la desconfianza y los celos.

Un simple vistazo, un abrazo inocente cuando ella se resbaló de la escalera, una conversación sencilla y… ¿ya se había prendado de ella? ¿Qué tenía esa mujer que lo hacía sentirse diferente? Fácil. Le ofrecía cercanía y no mostraba temor alguno cuando la había mirado con esa mirada gélida que todos le decían que ponía. Su monóculo tampoco la hacía retroceder. El mundo entero retrocedía cuando él sujetaba su monóculo.

Aidan se sentó en un cómodo sillón ante la chimenea y procedió a desembarazarse de las botas.

Ella tenía luz en la mirada Alegría desmedida. Afabilidad. Era cordial. Unas cualidades que le había dejado ver sin ocultarse. ¿Cómo no iba a fijarse en ella en medio de la nada?

¿Habría reaccionado la mujer del mismo modo si le hubiese hecho una petición de matrimonio? ¿Por qué no se la había hecho? Los condes no se casaban por debajo de su posición. Su padre se revolvería en su tumba solo con el pensamiento. Ah, pero su padre había hecho muchas cosas censurables que habían hecho a Aidan aborrecer esa santa institución. Su madre no era menos culpable.

¡Por todos los demonios! Era una criada a su servicio…

—Malditos sean los infiernos de Lucifer —susurró mientras se reclinaba en el sillón y observaba las llamas de la chimenea y se concentraba en el crepitar del fuego.

# Capítulo 5
# La incomodidad

Habían pasado tres días desde aquella infernal noche. Freyja lo había esquivado como si fuese una bala. Él a ella, como si fuese una flecha. No habían vuelto a coincidir ni a verse porque cuando escuchaban las pisadas del otro optaban por marcharse por otro camino.

Había contratado temporalmente a la hija de una vecina del pueblo más próximo para que atendiese la cocina. Aunque la joven no residía en Luffgarden. Freyja no podía cocinar para él o servirle. Se moriría de vergüenza en cuanto se cruzase en su campo de visión.

Una situación incómoda.

Las noches eran un martirio, porque desde que lord Ross habló de soledad, Freyja se había dado cuenta de lo vacía que estaba su vida. Sus hermanas llenaban todos los recovecos. Había sido así desde que sus padres falleciesen, pero tarde o temprano ellas saldrían del nido y la hija mayor del difunto conde Luff se quedaría atrás, como una vieja solterona y amargada.

Había rechazado la opción del matrimonio hacía cinco años. Y ya no podía casarse pese a haber querido. Lo hecho, hecho estaba. Freyja no se había lamentado nunca de sus decisiones, y era una contrariedad haber deseado quedarse sola en Luffgarden, que sus hermanas dejasen la mansión para irse a Londres y a casa de su vecino, para disfrutar de la paz, y haber acabado dándose cuenta de lo sola que estaba en verdad.

Freyja apoyó la cabeza sobre la madera del árbol que tenía detrás y se sostuvo las rodillas con ambas manos. El roble que le daba cobijo esa mañana se sentía espinoso y molesto al contacto. Tal y como toda ella se sentía.

Amante. Podría haber sido la amante de un hombre que no le era del todo indiferente. Por más que hubiese querido que él le repugnase, que su oferta fuese una vil calumnia de la peor clase, lo cierto era que se había sentido tentada a valorar dicha posibilidad. En especial cuando llegó a su habitación después de esa discusión y se sintió sola. Terriblemente sola. Anhelando algo que no creyó volver a sentir.

Era habitual que se fundiese en un abrazo con sus hermanas, incluso Charlize,

cuando no se convertía en una arpía de dos cabezas, era susceptible de darle uno. Estar en los brazos de un hombre era algo muy diferente. Y deseó, que Dios la perdonase, haber estado aquella fatídica noche rodeada por el abrazo de un compañero, de un amigo… de un amante. Lo peor era que la cara del hombre imaginario que la sostenía y le daba apoyo era la de un hombre frío, con unos ojos gélidos grises y una pose altiva y segura. Aidan. Cada vez que cerraba los ojos y repasaba aquella conversación tan desconcertante, con esa petición tan desacertada, no podía más que pensar en cómo sería estar bajo el amparo de ese cuerpo viril, amplio y seductor.

Soledad. Una palabra cuyo significado había comprendido aquella noche.

¿Por qué no había atraído la atención de ningún hombre que en verdad quisiera casarse con ella?

No había sido una muchacha diferente a sus hermanas. Tenía sus sueños, sus metas: haberse casado por amor. Ser la mayor de las cuatro resultó ser una pesada carga que se agravó con el fallecimiento de sus padres.

Ella era muy diferente del resto de las Archer. Incluso su nombre lo era. Las tres tenían un nombre que empezaba por la misma letra. Freyja no. ¿Por qué le habían hecho incluso esa distinción sus padres? ¿Por qué habían tenido que nacer sus hermanas tanto tiempo después? ¿Habría estado su padre enfermo durante una larga temporada? ¿O simplemente Dios les envió más descendencia cuando lo consideró oportuno?

Nunca la habían excluido de nada. Eran sus amados familiares. Todos ellos. Incluso su padre la premió con una herencia de lo más suculenta cuando dejó ese mundo. Sus hermanas no se habían quejado tampoco cuando supieron que ella era la heredera de todo lo que no estaba vinculado al título.

Estaban unidas. Las cuatro, con sus desacuerdos o encontronazos, pero se amaban todas. Eran iguales. Y, no obstante, no lo eran del todo. Freyja siempre se había sentido distinta.

Calíope y Cleopatra eran divinas. Preciosas. Se alegró cuando Charlize nació más parecida a ella que a las otras beldades, pero también fue convirtiéndose en una preciosa flor, aunque con un carácter bastante belicoso.

Era la fea de las hermanas Archer. Lord Ross y el duque de Sutherland lo habían dicho y ella fue testigo de esa humillante conversación. Su humillación era descomunal. Se calló y no se dio a conocer como la fea hermana mayor. Todo se complicó a partir de ahí.

Pero pese a ser poco agraciada, él le había dicho que era hermosa en todos los aspectos. Incluso había reconocido abiertamente, con honestidad, a viva voz, que la deseaba. La deseaba para compartir intimidad en la cama. Para ser uno. Para unir sus cuerpos. Para entrar dentro de ella y hacerla suya. ¿Suya? ¡Madre del amor hermoso! ¿A qué venía ese pensamiento tan poco progresista? Una mujer como Freyja, que tenía libertad e independencia para hacer lo

que quisiera, no podía desear ser la posesión de un hombre. Ah, mas la posesión que ella tenía en mente era la carnal. Un hombre que le dispensase certeros besos en la boca, dos lenguas luchando por saborearse, besos húmedos en el cuello y en la oreja, mientras la acariciaba y la preparaba para que lo recibiese en su interior. Esa sí sería una posesión interesante. Había leído demasiados libros poco apropiados.

Gimió. No solo por sus pensamientos, sino porque un jinete se acercaba hacia su posición para interrumpir sus pensamientos.

No se puso de pie. No se movió. Con un poco de suerte no la vería y pasaría de largo.

No. No tuvo suerte, porque pasados unos escasos segundos, Colin Ferguson, el vizconde Bedford, paró su semental frente a ella y desmontó.

—¿Estás sola? —le preguntó sin un saludo previo. El hombre miró a derecha y a izquierda después de haber emitido la cuestión.

—Sí —contestó, sin moverse de debajo del roble.

—Va a llover.

El día estaba gris. Se había oscurecido el cielo y ella ni tan siquiera se había dado cuenta.

Los ojos de Freyja dejaron de observar a Colin y miró las nubes que se veían cargadas de agua, listas para descargar con furia.

—Eso parece.

—Deberías volver a tu casa ya mismo.

—Lo haré en un momento. —No se movió de su posición—. ¿Cómo está Cleopatra?

—Mi esposa y Cleopatra han convertido mis dominios en los suyos propios. Hablan del niño a todas horas y tu hermana hace planes para ayudar a mi vizcondesa.

Colin no había sido nunca altivo. Nunca, antes de *aquello*. Hablaba con todo el mundo de manera sosegada y agradable. Con todos, menos con ella.

—Me alegro de que Cleo sea de ayuda. Deberías irte, Colin, antes de que caiga el diluvio.

—Tú también.

—No me importa mojarme un poco.

—¿Y acatarrarte y morir? Hay tres personas que dependen de ti. O de ese hombre con el que estabas sola el otro día. Reconocí el título. ¿Es su heredero? ¿El dueño de Luffgarden?

—Sí. Es el conde de Ross y Luff.

—¿Te pareció oportuno hacer un pícnic con él? ¿Consideras apropiado residir en la misma casa con él sin ninguna acompañante adecuada? Sé que tus otras hermanas están fuera. Deberías sentir vergüenza por haberte puesto en semejante posición, Freyja. —Al contrario que Aidan, Colin hablaba sin la rabia contenida. Con enfado, incluso tenía los puños apretados.

—No soy una jovencita recién salida del cascarón que deba proteger su virtud. ¿No te parece?

Él le dio una larga mirada y apretó los labios.

—No. Lo recuerdo muy bien. ¿Está dispuesto a casarse contigo? ¿O mejor debería preguntar si tú lo aceptarás, Freyja?

—Hace cinco años de aquello, Colin. Tienes una preciosa y amable esposa, un hijo que llegará muy pronto. ¿Alguna vez serás capaz de olvidar lo que ocurrió? El rencor no es bueno.

—Algunos tenemos alma, Freyja. Sentimos dolor cuando nos vapulean.

—Te liberé de una situación incómoda, Colin. Dos semanas después regresaste con una flamante vizcondesa, creo que en vez de estar enfadado conmigo, deberías darme las gracias por cómo es tu vida.

—¿Eso debería hacer? —preguntó con rabia.

—Todo el mundo sabe que estás enamorado de tu esposa. Sí. Eso es justo lo que deberías hacer, darme las gracias.

—No puedo negar que amo a Theresa, pero tampoco olvidar que me convertiste en un canalla, Freyja. Y no me arrepiento de cómo acabó todo, pero no consigo olvidar lo que pasó. Me despojaste de mi honor con tu negativa.

—No estoy de acuerdo contigo. Además… ¿por qué debemos tener esta conversación ahora? Han sido cinco años de indiferencia, donde sepultamos los recuerdo. ¿No podemos seguir así, con un trato cordial?

—Estás residiendo con un hombre sin la debida vigilancia, Freyja. Ambos sabemos

que eres una mujer débil y aunque lo nuestro no tuvo mayores consecuencias, no me gustaría verte sufrir, por el cariño que una vez nos tuvimos. —Ella comenzó a reírse con fuerza—. Veo que las cosas no cambian. Sigues haciendo eso.

—¿El qué?

—Reírte cuando algo te disgusta y te incomoda.

—Me disgusta sí, mucho, que me hayas llamado débil y pongas en duda mi decencia.

—Pero ambos sabemos que no tienes virtud, Freyja, yo te la arrebaté —zanjó.

—Me consolaste. En ningún momento me forzaste y fui parte activa de lo que sucedió.

—Incitadora —se reafirmó en su acusación—. Me besaste, nos dejamos llevar y luego, cuando te ofrecí matrimonio me echaste como a un perro.

Ella torció el gesto con desolación. No se había dado cuenta antes de cuánto sufría él por lo sucedido cinco años atrás.

—¡Oh, Colin! No. No fue así. —Él estaba tan equivocado.

—Tal vez tengamos recuerdos diferentes, pero es así como sucedió todo.

—Te liberé de un deber. Yo estaba abatida, triste, no veía nada más además a parte de mi dolor. Mi padre había muerto…

—Y yo fui lo que tuviste más a mano. Suficientemente bueno para un revolcón, pero no para considerarme digno. Te comportaste como una fulana.

Ella se levantó a toda prisa. Se colocó delante de él cojeando, levantó la mano y le asestó un bofetón. Él no se movió. Ambos se quedaron mirándose a los ojos. Freyja respiraba con dificultad.

—¿Recuerdas acaso tus palabras después de lo que sucedió, Colin?

«Me casaré contigo si quieres, Freyja», le había dicho Colin después de consolarla. Aquello no fue hacer el amor. Fue algo extraño, precipitado, más parecido al alivio que otra cosa. Y en verdad le tocó el alma, pero eso debía ser porque fue su primera, única y última vez. No la amaba. Ella se había sentido culpable poque lo besó en primera instancia, y luego él se veía mortificado y abatido. Estaba convencida de que si pudiese retrasar las agujas del reloj Colin habría salido huyendo. Dos jóvenes en medio del campo, sobre una manta de pícnic…

—Recuerdo que me partiste el corazón, Freyja, cuando te negaste a ser mi esposa. Salí a toda prisa de mi casa con mi orgullo hecho añicos. Encontré a Theresa y ella me recompuso. No me arrepiento de nada, pero me convertiste en un canalla.

Ella respiró y miró al cielo. Se dio la vuelta cojeando. Las primeras gotas de lluvia estaban cayendo ya.

—Tú crees que me burlé de ti y te despojé de tu honor, yo pensé que no me querías y que solo hiciste la pregunta por tu sentido del deber. Dos semanas después, cuando me había convencido de que un matrimonio podría empezar sin un amor demencial por parte de uno de ambos cónyuges, regresaste casado. Soy la hermana Archer que sujeta el mundo sobre sus hombros. Con la que todos pueden contar. No soy invencible. Aquel día, en un lugar parecido a este, me vine abajo y tú me encontraste en mi peor momento. Mi amigo, un hombro sobre el que llorar. No quería pensar en que mi padre ya no hablaría más conmigo. En que no estaría nunca más para mí. Me eché en tus brazos y tu abrazo fue un manto protector. Cuando nos separamos y te miré a los ojos, me sonreíste y me trajiste paz. Te besé, nos dejamos llevar y cuando todo terminó te vi desanimado, arrepentido.

La tomó por el brazo, aunque no la hizo darse la vuelta. Colin cerró con fuerza los ojos. Por supuesto ella no le habría permitido tenerla íntimamente si no hubiese estado enamorada de él. No lo había visto en ese momento. ¿Qué habían hecho ambos? Él se marchó herido. La dejó sola.

—Freyja… —susurró—. Porque no era el modo en el que quise que todo empezase para nosotros. Estaba avergonzado por mi comportamiento y te eché la culpa a ti por no acceder a casarnos… No sabía la fuerza de tus sentimientos.

Colin Ferguson había esperado que ella se quedase soltera el resto de su vida, solo por haberlo despreciado de un modo tan cruel. No había esperado verla acompañada de un hombre la última vez que la vio. A solas con el heredero del anterior conde. Eso le provocó un choque de emociones no esperado, haciendo que el pasado regresase para atormentarlo.

Haberla visto unos minutos antes, en el claro, sola, no pudo refrenarse y la buscó para arreglar cuentas. La herida tenía que sanar. Él merecía una explicación, conocer lo que sucedió porque llevaba demasiado tiempo resentido con ella.

Se habían evitado desde que el vizconde regresase a casa bien acompañado por Theresa. Se trataban solo lo justo, con cortesía e indiferencia. Él más que ella. Lo que empezó siendo una venganza contra la hija de lord Luff cuando se prometió con Theresa, terminó por ser un matrimonio lleno de cariño, de amistad y fantástico, por lo que dejó de pensar en el daño que Freyja Archer le había causado. No había querido pensar en ello nunca… hasta ese momento.

—Sufrí, Colin. Éramos demasiado jóvenes, lo comprendí luego. Con el paso del tiempo te vi feliz y supe que lo que ocurrió había sido lo mejor para ambos.

—Tu terquedad fue lo que…

—¡No! —lo frenó—. Hay asuntos de los que es mejor nunca hablar. Nos olvidamos de lo que sucedió y también olvidaremos esta lamentable conversación, Colin. Por el bien de nosotros mismos y de todos los que nos rodean.

—¿Te has acostado con él?

Ella suspiró con fuerza. Él. El conde de Ross y Luff.

El vizconde Bedford no la vería jamás como a una mujer de recta moral. No, porque había traspasado todos los límites aceptables con él y cuando una mujer era tachada de casquivana, nunca se desprendía de esa consideración.

Se dio la vuelta y le sonrió.

—Vete a casa con tu familia, Colin. No soy responsabilidad tuya.

—No estoy celoso. Soy feliz, pero no puedo desentenderme de ti, Freyja. Siempre te he considerado mi amiga y si tengo que retar a duelo al heredero de tu padre por agraviarte, lo haré.

—Somos amigos, Colin. Tú y yo.

—Sí, lo somos.

Ambos sabían que estaban diciendo una mentira. Lo que había sucedido entre ambos los había separado para siempre, en especial cuando él se casó con una buena mujer que lo hacía feliz. Nada podría ser como antes.

—Ve a casa —insistió.

El agua descargaba con fuerza. Estaban empapados.

—Está lloviendo mucho. —Un trueno resonó con fuerza seguido de un relámpago —. Deja que te lleve. ¿Qué te ocurre en el pie? —Se había dado cuenta de que cojeaba.

—Me he caído. Nada grave, te lo aseguro, mañana estaré como nueva, pero hoy siento molestias. En un momento podré volver a ponerme en marcha. —Le dolía al caminar, no mucho, pero sí lo suficiente como para necesitar un poco de descanso.

Había dado un paseo tan enérgico que resbaló con una piedra y su pie sufrió, de tal modo que tuviese que buscar un lugar para descansar.

—Te dejaré en casa —dijo, mientras la sostenía en volandas.

—¡No es necesario, Colin!

—Sí, sí lo es. No discutas, Freyja, deja que por una vez haga lo correcto por ti sin mostrar oposición —añadió mientras se encaminaba hacia ella.

La ayudó a subirse al caballo y luego montó. La mujer tuvo que sostenerse por la cintura de él.

¿No iban a terminarse las humillaciones jamás?

Minutos después, cuando llegaron a la entrada de la puerta principal, con una lluvia un poco menos copiosa, Colin desmontó, la sostuvo por la cintura y la levantó en volandas. Freyja, azorada, tuvo que ponerle las manos tras la nuca para sostenerse.

En el momento en el que entraron vieron al conde de Ross en la puerta.

—Me disponía a salir a buscarla —dijo él.

—Se ha caído —explicó Colin—. Me he topado con ella cuando regresaba a mi finca. Se trata de una torcedura del tobillo.

—No es nada serio —terció la aludida.

—Yo me haré cargo en este momento, lord Bedford. —Aidan desplegó los brazos para que él se hiciese una idea de lo que pretendía llevar a cabo. Iba a transportarla en sus brazos.

—¡Puedo andar! —saltó sonrojada—. Por favor, Colin déjame en el suelo.

El vizconde la bajó de sus brazos. Ross no esperó ni un segundo. La alzó en los suyos. Ella emitió un pequeño grito de sorpresa.

—Es bienvenido a calentarse en el fuego de mi despacho, milord, llevaré a…

—Tengo que irme —dijo con tirantez Colin, mientras se daba la vuelta para salir de escena.

No se sentía celoso. El vizconde tenía todo lo que un hombre desease. Una esposa preciosa, amable, bondadosa a la que amaba con locura. Un heredero en camino que había tardado más de cinco años en llegar. Así que lo consideraban un milagro. Y pese a todo, se sentía inquieto por dejarla en compañía de un hombre que se veía fiero, distante y con unos ojos del todo inexpresivos.

Freyja se quedó a solas con Aidan.

—Llamaré al galeno en cuanto amaine.

—No hará nada de eso, milord. No es la primera vez que un tobillo me causa problemas. Ha sido un resbalón tonto. El médico tiene cosas importantes que atender, mi pie no es importante.

—Lo es para mí. No discuta.

—No lo haré, si no lo llama.

Aidan la sintió temblar.

—Haré que alguien le prepare un baño caliente.

—Tampoco hará eso. Me secaré y me meteré en la cama.

—¿No le quedó claro que soy un hombre que siempre se sale con la suya, señora Archer? La verá un médico y tomará un baño caliente, aunque yo mismo tenga que encadenarla a la cama para que aguarde pacientemente la visita del especialista y tenga que bañarla yo mismo. ¿He sido claro?

—Es usted un tirano.

—A estas alturas, esperaba que eso no supusiese una gran revelación, señora.

Ella se rio con franqueza.

—Ciertamente no lo es.

—Es una suerte que su vecino la encontrase, y decidiese traerla a casa en sus brazos.

Ella suspiró. Su aliento le hizo cosquillas en el cuello. ¿Era su imaginación o Ross iba especialmente lento mientras la trasladaba?

Llegaron al primer piso y ella frunció el ceño al darse cuenta de que él no necesitaba ninguna indicación sobre cuál era su habitación.

—Milord, no es necesario que…

—Abra la puerta, señora. No tenga miedo de que la fuerce. He olvidado todo lo que dije y está a salvo de mí, de mis impulsos. La dejaré en sus aposentos y me marcharé.

Ella se pegó a su cuerpo cuando un nuevo temblor helado la recorrió. Estaba calada hasta los huesos.

—Estoy segura de que es usted un caballero.

—¿Lo está? —preguntó él con seriedad.

—Sí.

—Entonces abra la puerta.

La mano derecha de ella sostuvo el picaporte y la puerta quedó de par en par. Aidan contempló la magnífica habitación que ella tenía para su uso privado. Una prueba más de que sus atribuciones en Luffgarden iban más allá que las de una sirvienta común. Montaba los caballos de las cuadras a placer, se alojaba en el ala familiar y si sentía ganas de salir a pasear aunque ello supusiera desentender sus tareas, lo hacía sin pestañear. Una mujer desconcertante por completo.

—Lo siento…

—¿Qué es lo que siente? —inquirió al ver que ella no siguió hablando.

—Desmayarme, pero por suerte estoy en sus poderosos brazos…

Freyja acusaba el frío, una conversación muy incómoda con Colin que no debió haber tenido, un pie con molestias, y para colmo estaba en los brazos de un hombre que no le era indiferente. Las emociones pudieron con ella. El frío, el cansancio y la emoción de haberse enfrentado al pasado, junto con la presencia de un conde apuesto y autócrata hicieron que no pudiese soportar más la ansiedad.

Aidan la buscó con la mirada porque no había entendido una sola palabra. Cuando la divisó, figuraba con la cabeza colgando y las manos ya no le rodeaban el cuello.

Efectivamente. Se había desmayado.

La dejó en el sillón más próximo y cuando la vislumbró, no puedo evitar acariciarle la mejilla. Su sencillo vestido estaba empapado y dejaba entrever todos los encantos de su suntuoso cuerpo. El maldito Bedford también había sido testigo de semejante plácida visión.

Su sentido de la posesividad se arremolinó. No deseaba que nadie más la contemplase de ese modo. Sus pezones se dibujaban muy claramente. ¿Por qué no había cogido un abrigo para salir? ¿Por qué un vizconde se había tomado tantas molestias para traerla a casa? Porque era un caballero. Ella dijo que él estaba felizmente casado y con un hijo en camino… ¿Había algo indecoroso entre ambos? ¿Por eso lo había rechazado cuando le propuso ser amantes? No. Seguramente le había dicho que no a su estúpida propuesta porque… ¡Maldita sea!

Dejó de admirarla y salió a toda carrera para buscar a una doncella que la desvistiese.

—¡Maldición! —exclamó al darse cuenta de que ella era la única mujer en la mansión. La nueva cocinera que sustituía a la señora Pots ya se habría marchado a su casa. Sin embargo, se marchó al despacho en busca de un vaso de whisky para hacerla entrar en calor.

Cuando regresó con el vaso en la mano, la escuchó hablando. Freyja seguía donde la había dejado.

—Aidan… Aidan… —El conde agudizó el oído. Ella lo estaba llamando en sueños. A él. Su nombre en sus labios.

Se colocó a frente a ella, acuclillado, y la observó con los ojos abiertos. Pues lo estaba llamando por su nombre de pila y parecía estar bien despierta, aunque en verdad no parecía ella misma. La obligó a ingerir el licor.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó en un tono angustiado. La formalidad no tenía cabida. Y la vio tan necesitada que no pudo evitar usar ese cálido apelativo.

—Tengo frío… —Se sentía como si estuviese flotando. Como en un sueño. Como si no fuese ella misma, seguro que estaba soñando.

—Hay que quitarte esa ropa mojada —dijo mientras trataba de incorporarla.

Freyja levantó la mano y le acarició la mejilla. Una caricia que hizo que él cerrase los ojos y se apretase contra la mano de la mujer.

—Me siento extraña cuando estás cerca —dijo sin poder contenerse. Si eso era la realidad la sentía cercana, sin soledad.

Aidan colocó su mano sobre la de ella y la aguantó unos pocos segundos ahí. Luego la hizo dejar de acariciarlo y él bajó la mano.

—Voy a desvestirte y prometo que no miraré. ¿De acuerdo? —Ella afirmó con la cabeza—. Mañana saldré a contratar más personal. No puedes ser la única mujer en Luffgarden, Freyja.

—Los obligué a casi todos a tomarse unas pequeñas vacaciones para tener un poco de paz. Mi casa no es un desastre. Soy buena llevando las riendas, te lo juro. —Deseaba su aprobación.

—Lo sé.

—Me siento sola… Muy sola —dijo con el corazón en la mano.

—Yo también, cariño. Estás cansada, mojada y te duele el pie. Deja que te ayude a desvestirte.

La levantó en sus brazos y la estabilizó para poder comenzar a quitarle la ropa.

—¿Me deseas? —Estaba como si hubiese asaltado el decantador de su padre, cuando en verdad había bebido medio vaso de whisky. Mareada, fría pero con una calidez extraña en su interior. Valiente. Falta de vergüenza. Muy audaz. Su cuerpo necesitaba proximidad. La compañía de Aidan. Era extraño saber que no estaba soñando aunque la escena se sentía como una preciosa ensoñación donde ella tenía el control de la situación.

—Sabes que sí.

—Soy fea.

—No lo eres en absoluto. —El vestido terminó de ser desabotonado por las capaces manos de Aidan y acabó en el suelo. Ella se quedó con la camisola.

—Soy la menos agraciada de mis hermanas. Siempre lo he sido.

—Entonces deben ser preciosas, porque tú eres espectacular, Freyja. Ahora me giraré, te quitarás la última puntada de ropa que te queda y… —Se quedó con la boca abierta y sin poder seguir hablando. Freyja se había desprendido de la fina camisola. Si su cuerpo ya había sido más que evidente con el vestido mojado pegado a su carne… ¡Qué maravilla de mujer!

—No soy una libertina.

Él le sonrió. Por primera vez le mostró su sonrisa.

—También lo sé.

Después de la primera mirada por su cuerpo, se obligó a ser un hombre de honor y mantenía los ojos en los femeninos. Si la miraba más de la cuenta… No debía. Aunque si fuese un caballero se hubiese dado la vuelta. No podía hacerlo.

—Deberías sonreír más —le recomendó.

—No es algo que sepa hacer con naturalidad. Tú eres una de las pocas personas que ha obrado un milagro al arrancarme semejante gesto. Abriré la cama y te meterás ahí hasta que…

—Bésame, Aidan —lo interrumpió.

—Freyja…

—Hazlo antes de que pierda el valor —pidió en un murmullo, con los ojos cerrados.

Se aproximó hasta ella, la envolvió en sus brazos y buscó su boca con desespero. Tanteó los labios. Una pequeña caricia. Un toque ligero. Segundos después le lamió los labios, un gesto para pedirle que abriese la boca. Para conocer el gusto de su lengua. Para poder besarla como ansiaba.

La escuchó gemir. O tal vez fuese él. Pero ese sonido perturbador le hizo poner los pies en el suelo. Se separó de su boca y observó que ella iba detrás, con los ojos cerrados, en busca de más besos. Volvió a sonreír. Dos veces en poco tiempo. Un nuevo milagro.

—Estás helada y el whisky está haciendo demasiado efecto.

—Ya no tengo frío. Y nunca me he sentido mejor.

—Vamos a meterte en la cama.

—Sí. Vayamos a la cama —estuvo ella de acuerdo.

De nuevo sonrió. Esa vez emitiendo un pequeño sonido de diversión. Ella figuraba con los párpados muy apretados como si no pudiese enfrentar la realidad de sus palabras y actos. Él no iba a censurarla por más que su virilidad estuviese a punto de reventar sus pantalones.

La alzó en brazos y se dispuso a recorrer la distancia hasta la cama. La chimenea ardía con bastante intensidad, pero ella tenía que abrigarse.

—Puedes abrir los ojos, Freyja. No voy a comerte.

—Esto es demasiado embarazoso para afrontarlo. Prefiero tenerlos tal y como están.

—Como desees.

La acostó. La manejó perfectamente para taparla hasta la barbilla, arrullándola como si fuese un bebé y le dio un beso en la frente.

Freyja escuchó unos pasos, luego la puerta abriéndose. De pronto despegó los ojos y lo buscó por la habitación.

—¿Te marchas?

Se giró despacio y la mirada de uno y otro se encontró. Ah. No había nada gélido en los ojos grises del conde. Freyja entreabrió la boca y se lamió los labios. La deseaba. Lo mismo

que ella a él.

—Descansa un poco.

—Pero…

—Haz lo que te digo —le ordenó, antes de marcharse de allí.

Cuando Aidan cerró la puerta tras de sí, se apoyó sobre la gruesa madera y tomó una gran bocanada de aire. Lo convertirían en un mártir, porque salir de la habitación de la tentación había sido lo más complicado que había hecho alguna vez.

—Malditos sean los infiernos de Lucifer —murmuró entre dientes, mientras se acomodaba el pantalón para que no le doliese tanto su hombría.

# Capítulo 6
# La confianza

Un nuevo día amanecía. Uno que sería espectacularmente incómodo. ¡Cómo no! Freyja recordaba perfectamente lo sucedido el día anterior con el heredero de su padre. ¿Nunca iban a terminar los enredos con él? ¿La humillación?

Las cosas estaban yendo demasiado lejos. ¿Qué, en nombre del Altísimo, la había poseído para comportarse como una pícara desvergonzada? Se había expuesto de un modo tan claro… Lo más mortificante de todo el asunto no fue mostrarle su desnudez, fue haberlo hecho después de aquel fastuoso discurso en el que lo condenó por el atrevimiento de haberle hecho una proposición indecente. ¿¡Cómo iba ella a convertirse en la amante de nadie!? Ah, pero lo había deseado con intensidad la noche anterior y se mostró vulnerable y con una pizca de seguridad ante él, pero no. Aidan Andrews se tomó la revancha y la dejó expuesta, sola y sintiéndose morir de pura vergüenza.

No la deseaba. No la quería para compartir la cama. Y si la situación no fuese ya suficiente penosa, a primera hora de esa mañana había llegado una carta donde su hermana Cleopatra le informaba que, durante la larga noche, Theresa, actual vizcondesa Bedford, había dado a luz a un precioso varón. Colin, el amor de su juventud tenía al fin su heredero. Su milagro después de tantos años sin haber podido tener descendencia.

Se alegraba de la suerte de Colin y su esposa, pero se sentía tan perdida en el mundo que su humor estaba casi negro. Se vistió con cuidado nada más salir de la cama, porque el pie todavía le molestaba y se encaminó hacia las cuadras para dar una cabalgada que le hiciera olvidarse de todo.

Así que un joven de unos quince años, a quien Magnus Robinson había tomado bajo su ala y le estaba enseñando cómo ser un mozo de cuadras, le preparó su caballo y salió en busca de libertad para olvidar lo lamentable que era su vida.

Azuzó su montura como nunca lo había hecho. Se atrevió incluso a saltar un par de matorrales lo suficientemente altos como para haberse roto el cuello en caso de caída. Estaba siendo temeraria, pero los recuerdos de lord Ross, marchándose de su habitación, junto con la carta que llevaba en los pantalones que usaba habitualmente para montar y que le pesaba como si

fuese el ancla de una embarcación, la hacía sentirse… triste. Sola. Estúpida. Su vida parecía estar perdiendo el rumbo. A Freyja no le gustaban los cambios. En los últimos días se había enfrentado a demasiados.

El ruido de unos cascos a su espalda le hizo ladear la cabeza. Aidan. El conde de Ross estaba montado sobre su corcel y se dirigía hacia su posición a toda prisa. Freyja gimió en alto. ¿Cuándo se iría de Luffgarden? Deseaba echarlo a patadas. ¡Qué pensamiento tan irrespetuoso! Luffgarden era la finca de él. Freyja no tenía ninguna potestad sobre la casa porque no había nacido hombre. ¡Qué diferente sería su vida de haber sido uno de ellos! Un hombre con título, con fortuna y libertad para hacer lo que se le antojase cuando quisiera.

Tuvo que descender el ritmo del trote y pronto el conde se colocó a su lado para tomar sus riendas.

—¿Te has vuelto loca, mujer? ¿Acaso te perseguían los demonios del inframundo? —preguntó sin alzar la voz, pero lleno de ira.

Cuando ambos caballos estuvieron parados, Aidan dio un salto y bajó, para después sujetarla por la cintura y hacerla desmontar sin ninguna ceremonia.

—Disculpe, milord, pero ¿qué más le dará a usted mi propia seguridad? —respondió ella, tratando de mantener bajo control su temperamento.

Ella era algo así como la castellana de Luffgarden. Era la reina en su propio mundo. Nadie, a excepción de Charlize, solía ponerla a prueba.

Estaban uno frente al otro. Enfadados. El pie ni le dolía debido a la gran cantidad de sentimientos que se agitaban en su interior.

—¿Te das cuenta de lo que podía haberte pasado? ¡Ese seto que pretendías saltar tan alegremente, pudo haber sido tu final y haber dejado a tu caballo listo para ser sacrificado! —Aidan gritó con furia.

—¿Y qué? ¿Qué importaría? ¿Qué tendría usted que decir al respecto? —Ella no levantó la voz, pero le plantaba cara con arrogancia y sin miedo.

—La formalidad. Ya veo —de pronto se sintió muy molesto por el trato tan distante que ella le proporcionaba—. Ayer mismo me tentaste con tu cuerpo y hoy paso a ser solo un conde. De acuerdo, como dueño de Luffgarden estoy al cargo de todos los que moran en mi casa, en mis tierras.

—¡No son sus tierras! —chilló. Tomó una bocanada de aire y buscó un poco de tranquilidad, pero estaba enfadadísima—. No tiene derechos sobre nada de lo que aquí hay. Solo es un intruso que se aprovecha de una ley injusta que determina que es el hombre quien debe

heredarlo todo. ¡No le necesitamos! Debería marcharse y olvidarse de todo lo que hay aquí. No le costará. En cinco años se ha despreocupado por completo. Vuelva por donde ha venido, milord. ¡Yo no le necesito! —le escupió.

—Estás frustrada. Sé lo que es eso. Yo mismo me acosté igual ayer y hoy no me he levantado mejor.

—¿Frustrada? —Ella se rio en alto y dio un paso atrás. Se giró e inspiró con fuerza para después darse de nuevo la vuelta. Levantó el dedo índice y le apuntó con él sobre el pecho —. Si fuese usted un caballero se habría marchado de mi casa hoy mismo y nos hubiese ahorrado la vergüenza de volver a vernos. ¡Pero no! El conde de Ross y Luff no lo es, desde luego que no. Me ha tenido que perseguir y ponerme en mi lugar. ¿Se siente satisfecho, milord? —preguntó con arrogancia.

—No. Estoy frustrado, te lo he dicho, y me doy perfecta cuenta de que tú presentas el mismo estado que yo, pero además estás enfadada, supongo que por lo que interpretas que fue un claro rechazo por mi parte hacia ti.

—¡Nada de eso, milord! —negó tajantemente.

—Sí. Y estoy comenzando a enfadarme yo también, Freyja. Una mujer debería saber que cuando un hombre ha observado a placer todo su cuerpo desnudo, la etiqueta y la formalidad en sus conversaciones es ofensiva. Estás molesta y frustrada porque no te hice el amor ayer.

Ella levantó la mano para abofetearlo por sus palabras. Ross la interceptó y frenó. Sostuvo la mano femenina en el aire.

—¿Esa es la educación de un conde? ¿Es así como un par del reino deja en evidencia a una dama? Usted me desprecio ayer, seguramente para castigarme por mi negativa cuando me propuso aquel horrendo pacto sobre ser su amante. Tuve un momento de debilidad, uno solo. Y me echó a un lado sin titubear. ¡Un caballero se habría marchado esta mañana para dejar que me regodearse en la vergüenza en soledad! —insistió alzando de nuevo la voz.

—¿Es eso lo que piensas de mí?

—Sí —dijo con convicción.

—¿Crees que obtuve mi pequeña venganza por tu negativa a ser mi amante?

—Por supuesto. Y eres un mentiroso. No me deseabas, me mentiste —aseveró mientras afirmaba con la cabeza. Se olvidó de los modales y de la formalidad.

La enredó entre sus brazos mientras ella luchaba contra esa acción, pero Aidan no le dejó escaparse de sus garras. Cuando la tuvo pegada a su pecho le sostuvo otra vez la mano y se

las apañó para llevar sus finos dedos hasta donde su hombría estaba amotinada y la hizo palparlo.

—Ahora puedes afirmar que no soy un caballero. Has palpado la evidencia de mi deseo. Y… Maldita sea, Freyja. Ayer no eras tú misma. Estabas en un estado de suma vulnerabilidad y me hubieses odiado, y yo también a mí mismo, si hubiera abusado de ti. Usé toda mi fuerza de voluntad para salir de tu habitación sin tocarte un solo pelo de la cabeza. Te deseo. Te deseo desde que te dejaste caer sobre mí cuando llegué a Luffgarden. Si me marché de tu habitación fue para hacer lo correcto.

—¿Lo correcto? Lo correcto no es dejarme sola cuando yo te necesitaba. Lo correcto no es dejarme a mi suerte para luego volver y traicionarme. Lo correcto no es haberme arrebatado la vida con la que yo soñaba. Tenía derecho a formar mi propia familia. A tener un hijo, yo debía ser feliz. Tú tenías que estar conmigo… ¡Amor! ¿Por qué no soy digna de ser amada? ¿Por qué nadie me quiere? ¿Por qué no puedo tener lo que tanto ansío? ¿Por qué siempre me equivoco? ¿Por qué la vida me ha arrebatado todo lo que deseaba?

Freyja estalló en un gran sollozo y se abrazó a Aidan con fuerza. El conde le acariciaba el pelo mientras le susurraba murmullos incoherentes. Se había dado cuenta de que la señora Archer no hablaba solo de la situación que habían vivido la noche anterior. Había algo más. Ella sufría y se sintió despreciable por no saber qué debía hacer.

—Hablas de amor, Freyja, y no sé lo que es eso. En mi familia no lo había. Te horrorizaría conocer mi historia. Soy un hombre solitario que entiende, y muy poco, de deseo, pero no sé nada acerca de tiernos sentimientos. Sé que sufres y no tengo la menor idea de qué decir o cómo comportarme para no hacerte más daño. Incluso tengo miedo de estar hablado y complicar más nuestra situación. Te aseguro que de haber sabido que ninguno de los dos nos hubiésemos arrepentido por dejarnos llevar anoche, nada, ni nadie me habría podido sacar de tu habitación. Creí estar haciendo lo correcto por ti.

Llegados a ese punto, Aidan la separó un poco de su abrazo y le levantó la barbilla con un par de dedos. A continuación, le sostuvo el rostro y con los pulgares borró todo signo de lágrimas. Ella lo miraba a los ojos. Aidan vio los suyos muy rojos a consecuencia del lloro

—Lo siento… —murmuró Freyja—. Soy una estúpida. No tenía que haber hecho este espectáculo.

—No lo sientas. No eres ninguna estúpida. ¿Te arrepientes de lo que sucedió ayer entre nosotros, Freyja? —Ella tragó saliva y negó con la cabeza—. Bien. Yo tampoco. Estás alterada y yo debería llevarte a casa, tal vez llamar al médico y luego alejarme de ti. No lo haré si estás completamente segura de que deseas que yo…

—Sí —susurró.

El cabeceó.

—¿Dónde podemos ir a…?

—Aquí. Bajo la luz del sol. Ámame, Aidan, porque yo lo merezco, porque soy lo suficientemente buena para ti.

—Lo eres, cariño. Todo eso y mucho más, pero no quiero exponerte, alguien podría…

—Nadie nos molestará aquí. Estamos muy apartados.

Aidan afirmó con la cabeza. La dejó un momento atrás mientras tomaba las riendas de los caballos y los anudaba a una rama para que no saliesen corriendo.

Se giró para mirarla. Ella no había apartado los ojos de él ni un instante. Se veía tan bonita… Incluso con los ojos llorosos y rojos, estaba deslumbrante a la tibia luz del sol. Era el día perfecto para el romanticismo, y sin embargo lo que iban a hacer no era una cita para el romance.

Le sostuvo la mano y sin soltarla se la llevó hacia la izquierda, para llegar a una zona que daba mucha intimidad, pues estaba totalmente oculta. Acto seguido, Aidan se detuvo. Se colocó frente a ella y se apoderó de sus labios.

Ya no había nada más que un hombre y una mujer deseosos de conocerse íntimamente. Con franqueza. Él le había dicho que la deseaba, ella había dicho que sí, así que ahí estaban. Un acuerdo tácito entre ambos.

Freyja le colocó los brazos al cuello y él le rodeó la cintura. La mujer fue consciente de que le introducía la lengua en la boca y la recibió con la suya. El deseo era puro, era impulsivo. Comenzó a gestarse en su boca, para ir bajando por su garganta, sus pechos y hacer que su feminidad se humedeciese. Freyja agradeció el apoyo de los fuertes brazos de Aidan, porque de otro modo hubiese caído al suelo. Una de las manos del donde se posó sobre su trasero y la pegó aún más a él, convenciéndola de que se deseaban en la misma medida. Mucho. Muchísimo.

En ese instante dejó de abrazarla, aunque su boca no se apartó de ella en ningún momento, mientras se desembarazaba de su chaqueta. Cuando el conde completó la acción tuvo que separarse de su boca para extender la prenda sobre la mullida hierba.

—Ven conmigo, Freyja —le dijo—. Túmbate.

Era el heredero de su padre, un hombre al que no había sacado de su error todavía sobre su identidad. Un conde apuesto, en ocasiones, muchas, gélido, arrogante, duro y severo. Pero parecía que no había ni un solo rastro de ese noble, solo estaba el hombre. Uno que sería vulnerable, de carne y hueso. Serían iguales cuando estuviesen desnudos. Solos. Se amarían. Se

darían consuelo. Se darían satisfacción. Esos pensamientos sirvieron para que ella sintiese cómo se avivaba el deseo por él.

Freyja se colocó en el suelo, sobre la chaqueta que olía a él. A toques de bergamota. Aidan la siguió sin demora. El conde introdujo las manos bajo su ancho pantalón para ayudarla a bajarlo lo suficiente para poder maniobrar con comodidad. Luego fue subiendo las manos con el fin de buscar su sexo. Freyja notó cómo se desabrochaba la presilla del pantalón y al momento le colocó un brazo bajo la cabeza y le sostuvo la barbilla con la otra mano para inmovilizarla mientras devoraba su boca de nuevo. Se sentía deseada. Mujer. Amada.

Hubo delicadeza y ternura en las muestras que Aidan le dispensaba. Tanta que Freyja pensó que en algún punto ese conde había intercambiado el lugar con otro hombre.

Freyja se preparó para el asalto. Todo acabaría en breve, pero al menos se habría sentido consolada. Poderosa. Seductora. Arrebatadora durante unos breves momentos. La penetraría en breve y todo acabaría muy pronto.

Los labios del conde abandonaron los suyos y se deslizaron hasta su barbilla. Descendieron por su garganta y se detuvieron en el pecho izquierdo. En ese momento, notó que le subía la camisa hasta el cuello, para dejar sus pechos ante su vista. Su atuendo de montar no solo era conveniente para subirse sobre un caballo sin silla de amazona, sino también para menesteres más placenteros

Sus labios se cerraron en torno al pezón y lo chuparon al tiempo que lo lamía con la lengua con ansia. Freyja arqueó la espalda y emitió un sonoro jadeo entusiasta. Eso le dio alas a Aidan, quien, con su otra mano fue en busca de su feminidad. La tanteó y exploró a placer. Caricias certeras que le provocaban sensaciones desconocidas, la hacían sentirse codiciosa, ansiosa, deseosa.

Freyja apretó sus dedos en su cuello, sobre la camisa blanca de batista. Aunque no tardó demasiado en mover las manos para acariciarle el cabello. Se estaba volviendo loca por el dulce dolor de las caricias que su amante le propiciaba en su feminidad. Estaba húmeda y resbaladiza por lo que cuando Aidan le introdujo un par de dedos se sintió cálidamente llena. Mientras sus falanges salían y volvían a entrar en su cuerpo, un pulgar malvado acariciaba su nudo de nervios con un ritmo que la hacía gemir, suspirar y jadear con fuerza. Desconocido. Todo era nuevo. Delicioso y perverso.

—Por favor… —pidió, sin saber en verdad lo que pedía.

—Lo sé, cariño, solo un poco más y te haré besar el cielo. Deja que fluya. Estás cerca. Siente mi mano, mis caricias —señaló antes de buscar de nuevo el pezón y volver a lamerlo y engullirlo.

Freyja no pudo contenerse más. Estaba ardiendo. Inflamada. Llena de necesidad.

—Síííííí —jadeó mientras su espalda se arqueaba para dejar salir todo el torrente de placer que la embargaba.

Un par de segundos después, el conde se colocó entre sus muslos y le separó las piernas con las suyas propias y la penetró sin obstáculo ni demora. En cuanto Freyja fue consciente de la acción, en cuanto percibió que su virilidad se apoyaba en su entrada, esperó dolor. Pero su cuerpo estaba húmedo y preparado, y a pesar de llenarla hasta el fondo, y a pesar de la dureza de su envite, lo único que sintió fue un fuerte placer desconocido, agradable y perturbador. Inimaginable hasta ese instante.

—Dios santo, Freyja —susurró en su oreja—. Estás demasiado estrecha, temo hacerte daño —dijo agónico. Se había metido en el cuerpo femenino motivado por la cruda lujuria y no había sido consciente de lo que hacía hasta que escuchó un pequeño quejido por parte de ella.

—Más, necesito esto, más… No te atrevas a detenerte —pidió con voz ronca, casi irreconocible para sus propios oídos—. Por favor, por favor… —volvía a suplicar.

Aidan comenzó a moverse con delicadeza al principio. Pero ella parecía estar tanto o más ansiosa que él mismo. Freyja volvió a estallar tan pronto como él comenzó a moverse en su interior con embestidas rítmicas, profundas y firmes. Salía de su cuerpo casi por completo y luego se volvía a hundir hasta la empuñadura.

Todo su cuerpo se estremeció, presa de algo que podría calificarse como el éxtasis mismo, y después se relajó durante lo que le parecieron varios minutos mientras escuchaba los sonidos que la rítmica penetración de Aidan producía, mientras se deleitaba en la gloriosa sensación de plenitud. Sin embargo, esos escasos minutos de placentera pasividad desembocaron en una liberación. Lo vio tensarse de repente al tiempo que se quedaba inmóvil en su interior, mucho más adentro que antes, y al instante notó que la regaba con una cálida humedad.

Antes de apartarse, se relajó unos instantes sobre ella y la besó en los labios. Ella correspondió al gesto. Luego Freyja percibió un cambio en él. No sabría decir a qué obedecía ni de lo que se trataba, pero la atmósfera entre ambos era otra. Se erizó al recordar el pasado. Sacudió la cabeza. Lo que ella había tenido con Colin no se asemejaba en nada a lo que acababa de compartir con Aidan.

Vio que el conde se movía. Se quedó sentado a su lado, pero solo durante unos segundos, porque se puso de pie y se alejó un poco. Entonces se dio cuenta de que ninguno se había llegado a desnudar por completo. Había sido algo apresurado pero muy completo. A plena luz del día. Se sintió tímida.

De espaldas a ella, Aidan se colocó la ropa, seguía a unos metros de distancia, con la mirada al frente. Tenía ante sí misma una estampa extraña, con un hombre alto, de fuertes hombros que además era apuesto como el que más.

Ella comenzó también a adecentarse como buenamente pudo. Se colocó los pantalones en su lugar, alzó las rodillas, colocó las plantas de los pies en el suelo y se abrazó las piernas. Le temblaban un poco y los efectos de lo que acaba de hacer resbalaban por sus muslos. Además, sentía los pezones muy sensibles, con una pequeña irritación en su zona íntima. Aunque estaba en la gloria eterna de la satisfacción.

El placer que él le había hecho sentir era algo inigualable, tan bello que no debería estar considerado como un pecado. Si todas las mujeres supieran que existían hombres capaces de lograr lo que había hecho Aidan, se armaría una revuelta social, porque todas las damas deberían sentir alguna vez en su vida algo tan fascinante como lo que Freyja había vivido.

Lo miraba embelesada. Una tontería, por supuesto, porque Freyja era consciente de que no mediaba entre ambos ni ternura, ni romance, ni amor, ni promesas, ni un futuro. ¿Por qué se había lanzado a la aventura con él? ¿Cuál fue el motivo por el que se había levantado herida por su rechazo? ¿Había sospechado ella que Aidan sería un hombre más mundano y que le mostraría algo nuevo?

Lo último era imposible, porque no había previsto disfrutar tanto como lo acababa de hacer. ¡Madre del amor hermoso! Lo había disfrutado, tanto que lo repetiría. Se mordió el labio cuando se dio cuenta de que él seguía mirando al horizonte con fijación.

Por supuesto que esta cuestión de la intimidad era diferente para un hombre que para una mujer. Aidan acababa de poner todo su mundo patas arriba, pero para él era muy probable que no hubiese cambiado nada.

No estaba enamorada de él. ¡Qué tontería! Qué pensamiento tan incómodo. Sería una revelación del todo impactante que no era cierta. No lo amaba. Solo había sido un acto físico. Consuelo. Aliviar la soledad. ¿Entonces por qué se sentía tan sola e inquieta? ¿Tan anhelante?

El conde de Ross y Luff se giró en ese instante para mirarla. Guardó silencio unos minutos mientras parecía debatirse entre lo que debía hacer o decir. Ella se sintió mortificada, porque no había previsto que habría tanta incomodidad después de que ambos hubiesen unido sus cuerpos para convertirse en uno solo.

—Freyja —dijo al fin con la voz más gélida y arrogante que nunca—, creo que es necesario que reconside…

—¡No! —lo contradijo con convicción, interrumpiéndolo a mitad de la frase. No quería escuchar lo que iba a decir—. No, no estoy de acuerdo con usted y no voy a reconsiderarlo.

—Hemos estado retozando… ¿no vas a dejar a un lado la formalidad? ¿Tampoco me permitirás hablar?

—Lo que acaba de suceder vino motivado por una charla que no debimos haber tenido, milord. —Le pareció factible no abandonar la etiqueta, porque era más fácil establecer distancia así—. Aquella noche me di cuenta de que mi vida era solitaria. No lo había pensado y luego… Bueno, usted estaba cerca, y habló de consuelo y yo… Ayer… Usted tenía razón no era yo misma y… —Mientras hablaba, era consciente de las estupideces que estaba diciendo, pero no podía refrenar su lengua.

—¿Y hoy, señora Archer? —debatió con el mentón alzado tratando de hablar con suma formalidad.

—Hoy hemos terminado lo que nunca debimos haber iniciado. Esto tenía que pasar, pero es solo el final. Entre nosotros ha habido algo, no sé muy bien el qué, pero… Bueno, creo que a partir de aquí, después de haber dejado de lado esa atracción, o este… lo que sea que haya habido, nos lo hemos quitado de encima y podremos seguir adelante. —¡Qué humillación! No había previsto que después de haberse entregado el uno al otro, la cosa se volvería tan… ¡Qué humillación!

—¡Ah! —exclamó Aidan—. ¿Usted lo cree así?

—No seré su amante —le aseguró—. He hecho esto porque lo necesitaba. Ha sido agradable y nada más. Aquí se acaba todo.

Se abrazó las piernas con más fuerza. Él volvió a girarse para mirar al frente.

—¿Qué hay de las consecuencias de nuestro acto?

—Soy una mujer libre, de veintiséis años, hace tiempo que tomo mis propias decisiones. No voy a lamentarme por haber correspondido a lo que también yo quería.

Él ladeó la cabeza, que no el cuerpo, para mirarla.

—¿Se le ha ocurrido pensar, señora Archer, que tal vez la haya dejado embarazada? —preguntó.

¡Madre del amor hermoso! No. No se le había ocurrido, como tampoco se le ocurrió la otra vez. Cerró los ojos un segundo. Se negaba a mostrarse insegura.

—Estoy segura de que no ha sido así —aseguró con convicción.

Hubo un silencio del todo incómodo.

—En ese caso —dijo finalmente Aidan—, ¿no hay nada que pueda decir para persuadirla de que cambie de opinión? ¿Tan poco importa lo que hemos compartido? ¿No tiene ningún valor entregarse a otro?

—Sabes que eso no es cierto, Colin —respondió, sintiéndose al borde de las lágrimas otra vez, olvidando la formalidad, e incluso con quién estaba hablando.

Freyja se fijó en que la vista de él se quedaba clavada en un punto a su derecha. Comenzó a andar y ella frunció el ceño. Lo observó agacharse y recoger un papel plegado del suelo. Lo vio desplegarlo y comenzar a leerlo. Freyja, llena de pánico, buscó en su bolsillo la carta de Cleopatra. No estaba. La releyó en la memoria por si algo en las líneas la delataba sobre su identidad. Colin siempre encabezaba la correspondencia llamándola Freyja. No había nada que Aidan pudiese leer para que la situación se pusiese más complicada de lo que ya era.

Cuando él acabó de leer la miró. Ojos llenos de hielo. Estaba segura de que entre su pelo habría carámbanos por la mirada que le acababa de dar.

—¿Eres su amante? —le preguntó sin dilación. Olvidando la formalidad.

—¿Qué? —Ella se había perdido. Aidan movió la carta de arriba abajo.

—¿Lo amas?

—¿Disculpe? —No lo seguía en su razonamiento.

—Me considero un hombre extremadamente inteligente. Me has llamado Colin hace escasos segundo. Te he hecho el amor y has olvidado el nombre del hombre que te ha poseído. El mío. Tus palabras de antes, cuando has explotado en llanto, no las había entendido, pero es evidente que cuando hablaste de familia, de un hijo, estabas pensando en el hijo de Colin, del vizconde Bedford —volvió a levantar la carta en alto—. Es evidente —repitió— que hay algo entre vosotros. Mucho, sospecho. Me tenía que haber dado cuenta cuando te trajo a casa en brazos y trató de asesinarme con la mirada cuando le obligué a dejarte ir. ¿Qué clase de persona eres, Freyja Archer? ¿Te acuestas con dos hombres a la vez mientras la esposa de uno está a punto de dar a luz? ¿Me seduces y te atreves a decirme, días antes, que no serías mi prostituta, cuando, ya te habías convertido en una? Has sabido engañarme bien o yo he sido un necio de la peor clase. Tal vez haya un poco de ambas cosas. ¿Qué pesabas lograr con esta artimaña? Los condes no se casan con amas de llaves, menos cuando son inmorales, mentirosas y saben abrir las piernas con suma rapidez.

El dolor la consumió por las duras palabras de él. No deseaba plantar batalla. No podía hacerlo. Estaba… desolada.

—Las cosas no son sencillas, si me deja explicarle… —señaló en un susurro mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Dos veces. Había tropezado dos veces con la misma piedra. ¿De verdad, había usado otro nombre con Aidan? ¡Dios!

—No hay nada que explicar, solo una respuesta a la que debería responder. Es sencilla. ¿Tienes algo con Bedford o no? —preguntó sin informalidad.

—Si se calmase yo podría explicarle que… —Freyja cerró los ojos. Necesitaba encontrar las palabras adecuadas para que el incendio se sofocase, y sin embargo su mente parecía ser un torbellino sofocante.

Libertina. Pícara. Había seducido a dos hombres creyéndose capaz de ser una mujer mundana que podía manejar sus propios sentimientos. Había entre ambas escenas un lustro de diferencia, pero a la vez la discusión se parecía tanto la una a la otra que era impensable no haberse dado cuenta de que tenía que haberse tomado un par de minutos extra para meditar con consideración sus propios deseos para con lord Ross.

El conde al ver que ella no hablaba decidió que era momento de marcharse antes de ser más cruel.

—Bien. Es mejor que no haya esperado de mí otra cosa —la formalidad le parecía excelente en esos instantes— que no fuese la de ofrecerle un puesto como mi amante. Claramente esa opción acaba de ser retirada por motivos que son evidentes. Me marcharé de inmediato, pues tengo asuntos que atender que no debí haber dejado de lado. Cuando regrese a Luffgarden espero que no sea usted una moradora en mi propiedad, señora Archer. Puesto que dijo usted que contaba con una sustanciosa fortuna, cuya procedencia comienzo a atisbar, no le será difícil instalarse cómodamente en otra parte. Habrá muchos protectores que estén dispuestos a pagarle una fortuna por sus… servicios. Yo ya no soy uno de ellos.

Dicho lo cual, comenzó a alejarse de allí, no sin antes alzarla, coger su chaqueta, tenderle la carta y dejarla plantada en medio de la vasta propiedad de Luffgarden.

Freyja se sentó en el suelo y lloró. Con fuerza, con angustia. Nada le salía bien nunca. Nunca. Siempre sería la mujer que jugaba a ser liberal, que se jactaba de poder manejar a quienes tenía a su alrededor, a la que los hombres abandonaban después de que ella hubiese mostrado sus deseos.

Se sintió asqueada al acordarse de cada una de las palabras de Ross. Le había tratado abominablemente mal. Lo comprendía hasta cierto punto, pues él había dicho que lo llamó Colin. Y, sin embargo, había deseado levantarse y darle una gran patada en sus condales posaderas a medida que con sus palabras le propinaba latigazos cada vez más fuertes y sonoros.

Prostituta. Ni los condes ni los vizcondes acababan casados con Freyja Archer.

No le gustaban los cambios y pese a todo tenía que salir al mundo y buscar un nuevo hogar en otra parte. Con un poco de suerte no volvería a ver al conde de Ross. Rezaría para que así fuese. Sería humillante toparse de frente con el hombre de quien estaba un poco enamorada y él le diese el corte directo. O peor, la expusiese públicamente por su libertinaje. ¡Dios! ¿Qué había hecho al cometer tal imprudencia?

Mientras, Aidan tenía un pensamiento similar. Era una suerte haberla

desenmascarado a tiempo y que sus sentimientos no se hubieran visto involucrados, solo su cuerpo. Con un poco de suerte no la vería jamás. No deseaba volver a toparse con esos ojos del color del caramelo que tan bien lo habían engañado.

Tenía que haberse largado a Londres cuando su amigo, el duque de Sutherland, se marchó.

Puso a correr a su semental a gran velocidad y repasó en la cabeza lo que le acababa de espetar en su habitual todo gélido y arrogante a la señora Archer. Al menos eso sí lo pudo mantener, porque deseaba mostrarse indiferente, cosa que seguramente no logró debido a sus duras palabras. No importaba.

Había sido despiadado, cruel incluso. No lo lamentaba. No. Ella había jugado con él. Nadie jugaba con un conde, menos que con todos, con Aidan Rufus Anthony Andrews. No era una mujer débil, ella tenía que haberse dado cuenta de la clase de hombre que era él. Inflexible. Y pese a que nunca había sentido celos de nadie, la sensación no era agradable, porque cuando lo llamó Colin… Él podía haber tenido al maldito vizconde ante sí y lo habría molido a palos.

La señora Archer había dejado tan tocado su orgullo, que Aidan no sabía si alguna vez se recuperaría del golpe. Pero eso no lo reconocería ni en su fuero más íntimo e interno.

¡Infierno! Le había hecho el amor y ella lo llamó por el nombre de su otro amante minutos después… ¡Infierno y condenación! ¡Tenía que haberse dado cuenta de que entre Bedford y ella había algo fuerte!

Su ceguera lo había hecho ponerse en ridículo. Y pensar que estuvo a punto de hincar la rodilla para pedirle que se convirtiese en su condesa… Suerte que había descubierto la carta que le dio sentido a todo. Un poco de dignidad todavía le quedaba, porque después de haber descubierto lo bien que podían entrar con esa unión íntima, después de ver el carácter lleno de luz de una mujer que había resultado ser una bruja oscura, había considerado desafiar a la buena sociedad y convertir a su ama de llaves en condesa. Condesa por partida doble. ¡Suerte que escapó de esa temeridad a tiempo!

Solo Dios sabía lo que había podido salir de esa insensatez. Aidan se dijo que con el tiempo vería lo bueno de haber escapado de esa situación. La aparición de esa misiva no había estropeado nada. El hecho de que ella lo llamase por otro nombre de forma involuntaria solo le había hecho abrir los ojos, porque en caso de no haber leído el papel o no haber escuchado a Freyja, él podía haberse declarado, habrían acabado casados, yaciendo cada noche en una mullida cama mientras se adoraban, el vientre de su esposa habría crecido con su hijo.

Y pensar que por un momento Aidan había considerado no hablar sobre el desliz de ella cuando lo llamó Colin… ¡Qué endeble hubiera sido!

Sí, era mejor que todo se hubiese destapado. No deseaba criar a un bastardo. ¡Quien

sabía si la moralidad de ella estaba tan podrida como él suponía!

Debería dar las gracias por lo acontecido. Algún día lo haría, pero no en esos momentos. Dolía. Estaba herido aunque no quisiera reconocerlo.

# Capítulo 7
# El despertar

Un par de horas después, cuando ya no le quedaron lágrimas y estuvo satisfecha por compadecerse de sí misma, Freyja decidió regresar a casa para ponerlo todo a punto y comenzar una nueva vida lejos de todo lo que amaba y conocía. Luffgarden era su hogar, la finca de su padre, la que había heredado el hombre al que le había hecho daño y que tan bien se defendió de ella con palabras mordaces y ofensivas.

—Señor Smith —se dirigió al mayordomo que en ese momento pasaba por la entrada principal.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó asustado al verla tan descompuesta.

—Me temo que ha llegado el momento de comenzar en otro lado, mi querido amigo. Luffgarden ha dejado de ser mi hogar.

—¿La ha agraviado el nuevo conde Luff? —preguntó para después fruncir los labios.

—¿Está aquí, en casa?

—No, milady, se ha marchado hace media hora y lo ha hecho enfadado.

—Hemos tenido una pequeña desavenencia.

—¿Se ha enterado de su engaño, milady?

—¿A qué se refiere? —preguntó para ver si podía salir airosa de lo que sospechaba que ocurría.

—Me jacto de ser un mayordomo servicial que nunca se entromete en los asuntos de quienes pagan su estipendio, es además la directriz que deben seguir los que están bajo mi mando, pero no pude evitar darme cuenta de que desde que llegó ese hombre la ha tratado sin el

respeto que merece. Usted no es la señora Archer, es la hija de un conde, así que deduje que…

—Fue una confusión y no quise sacarlo de su error.

—De todas formas, la trataba a usted con demasiada informalidad. Tengo que decirlo, una mujer con su título, milady, no debería haberse ocupado de la casa con tanta diligencia como usted. Su padre habría puesto el grito en el cielo de haberla visto aprender a cocinar. Ya está, ya lo he dicho y será la última vez que me oiga aludir a un asunto que no me concierte.

Freyja se rio con ligereza y lo miró con cariño.

—Ha sido usted un mayordomo fantástico. Sin su ayuda no habríamos logrado sobrevivir cuando nuestros padres fallecieron.

—¿Cuándo nos marchamos, milady?

—¿Quiere venir con mis hermanas y conmigo? Piénselo bien, señor Smith, ha sido testigo del tumulto que podemos llegar a formar. Es su oportunidad de descansar.

—Mi lugar está junto a ustedes y si se marchan…

—Pero Luffgarden necesita un fiero defensor, señor Smith. Esto no es más que una retirada a tiempo, pienso encontrar el modo de recuperar lo que tanto amo. Esta casa es más que un edificio, es nuestra historia, la de mis hermanas y la mía. No puedo renunciar a dejarla ir con facilidad, pero necesito saber cómo puedo negociar con el nuevo conde, y me sería usted de gran ayuda si se quedase aquí, montando guardia y cuidando los dominios de las cuatro Archer.

—Solo tiene que pedir y haré lo que desee. Usted nunca necesitó de un hombre que la protegiera o la cuidase, es una dama independiente y muy capaz de librar sus propias batallas. Estoy seguro de que incluso si se lo propusiera el mismo monarca la nombraría condesa, como una excepción. Tendré fe en usted y me quedaré atrás, aguardando con ilusión el regreso de todas sus hermanas y de usted misma.

—Grandes palabras que me hacen sentir emocionada, señor Smith. Me cambiaré, me daré un baño y saldré a recoger a la primera de mis hermanas. Creo que una temporada en Londres me beneficiará. —Era fundamentar ser optimista.

El mayordomo la miró con los ojos abiertos de par en par.

—Pero usted siente aversión por la ciudad.

—Es cierto. No me seducía visitarla, pero creo que ha llegado el momento de que la extravagante hija del anterior lord Luff se muestre por allí. Disfrutaré de las frivolidades, me

relajaré, permitiré que Charlize tenga su ansiada temporada bajo mi supervisión y luego veré cómo continuar. Me he dado cuenta de que soy más fuerte cuando estoy con mis tres hermanas. Me repondré, estoy segura, y entonces hallaré un modo de conseguir lo que deseo: regresar a mi hogar.

—He traspasado todas las normas que un mayordomo no debería cruzar, lo he hecho porque la salida apresurada del nuevo conde me ha alertado de que algo no iba bien. Usted, que no ha llorado nunca, pese a que lady Charlize ha sido más que capaz de hacer que sus lágrimas escapasen debido a uno de sus arrebatos, ha llegado con los ojos rojos. Así que… lo preguntaré… ¿usted ama el nuevo conde pese a que es un ser gris, malhumorado y frío como el hielo?

Ella le ofreció una sonrisa triste.

—Creo que podría haberme enamorado de él por completo. Hay mucho más en él de lo que se parecía a simple vista.

—En mi juventud tuve una excelente puntería, ¿debería retarlo a duelo, milady?

Ella amplió todavía más su sonrisa y le agarró la mano para apretársela en un gesto de agradecimiento.

—No. Las cosas siempre suceden por un motivo. Todavía no veo a dónde me conducirá todo esto, pero sacaré provecho de este nuevo rumbo que emprendo. ¡Quién sabe, señor Smith! Tal vez disfrute más de Londres que la propia Charlize.

Él cabeceó afirmativamente, pese a que sabía que lady Freyja aborrecería el lugar en cuanto posase un pie.

—Le deseo lo mejor, milady.

—Se lo agradezco. Si le parece bien, me llevaré lo esencial conmigo ahora, pero le ruego que cuando todo el personal de Luffgarden regrese, cuando haya terminado el permiso que les di, haga que alguien prepare las cosas de mis hermanas y las mías y me las envíe a Londres. Le mandaré una misiva en cuanto consiga alquilar una casa allí.

—Se hará como diga, milady.

Ella apretó los ojos para no comenzar a llorar de nuevo y se marchó de allí en dirección a su habitación. Disfrutaría de lo conocido por última vez. Se lamería las heridas hasta que saliese de Luffgarden y luego miraría al frente con esperanza.

No sería la primera vez que se sobrepusiera a un duro revés de la vida. Ella tenía práctica sacando buen humor al mal tiempo. Eso haría.

Y así lo hizo. Porque tomó prestado el carruaje del conde y se dirigió a casa de Bedford para reencontrarse con Cleopatra. Bajó del vehículo y despidió al joven mozo de cuadras que le había servido de cochero. Era una suerte que Magnus Robinson hubiese enseñado tan bien al muchacho.

Tocaba abusar de la confianza de Bedford para que le prestase su carruaje. Dejó la bolsa que había preparado en el suelo, levantó la mano dispuesta a llamar.

—¡Freyja! —gritó Cleopatra desde una breve distancia, justo a su izquierda.

—¡Hermana! —La mayor de las Archer salió disparada, bajó a toda carrera los escalones de la entrada principal y se echó en los brazos de Cleopatra. Al fin un rostro amable, unos brazos en los que poder refugiarse y tomar impulso.

Ambas hermanas se abrazaron como si hiciera un siglo que no se viesen. Luego se separaron, todavía cogidas de las manos, se miraron y se sonrieron.

—¡Qué grata sorpresa! —exclamó Cleopatra—. Había imaginado que disfrutarías tanto de la paz de Luffgarden que nos prohibirías volver y di por hecho que tú jamás saldrías de allí.

—Vas a llevarte una sorpresa, porque tengo grandes novedades.

—¿Novedades? ¿Tú? ¡Imposible! —No se lo creía—. Mi hermana mayor es la reina de la rutina. Creo que te disgusta que incluso hayamos crecido y no usemos vestidos cortos y trenzas.

—Muy graciosa… Pues para tu información, he venido a recogerte para que nos marchemos a Londres.

—¿A dónde? —preguntó con el ceño fruncido.

—Vamos a disfrutar de la temporada.

Cleopatra levantó la mano y le tocó la frente.

—Hay que llamar al galeno. ¡Te mueres!

—Estás muy bufona hoy, Cleo. Te aseguro que no estoy enferma.

—Te has dado un golpe.

—Tampoco.

—Ha pasado algo con Charlize. Seguro que se ha metido en un lío y te obliga a ir en su rescate.

—No. ¿Quieres dejar de hacer bobas suposiciones, por favor?

—Sé que algo grave ha sucedido para que tú hayas salido por fin de Luffgarden. ¿Qué ha pasado, Freyja?

—Nada —mintió. No cargaría las espaldas de Cleo con sus problemas. Ella sola se había metido en un gran hoyo y de allí saldría por su cuenta. Era lo que Freyja mejor sabía hacer.

—Escúpelo de una vez —la retó.

—Estás siendo del todo ridícula.

—Te conozco bien. Hay algo, pero siempre has sido tan reservada sobre tus asuntos que sé que no podré averiguar lo ocurrido gracias a ti. Te aseguro que acabaré sabiéndolo. Lo entiendes, ¿verdad?

Freyja comenzó a reírse.

—¿Esto es lo que recibo por venir a por ti y proponerte que nos confeccionemos vestidos nuevos, sombreros, medias, guantes, pellizas, zapatos…?

—De acuerdo. Ahora sí que sé con seguridad que algo muy delicado ha sucedido.

—¡Cleopatra! —la regañó.

—Tú eres más bien avara. No te gusta gastar dinero si no es imprescindible. Hablas de derrochar con alegría. ¡Ya sé lo que sucede! —exclamó mientras abría la boca por completo.

—Ahí vienes una tontería… —musitó.

—Te han cambiado, sí. Alguien ha suplantado la identidad de mi hermana mayor. Tú no eres Freyja.

—Y ahí llegó. ¿Has terminado ya, Cleo?

—No lo sé… Algo pasa…

—¿Debo aventurarme a pensar que te niegas a venir conmigo a Londres?

—No.

—¿Que no deseas un guardarropa nuevo?

—Eso sí me tienta.

—¿Bailar en los grandes salones de la ciudad?

—Al fin las costosas y aburridas clases podrían servirme de algo.

—¿Flirtear con apuestos caballeros para romperles el orgullo con tu fina indiferencia?

—Está bien, está bien —dijo con resignación fingida—. Me has convencido. Iré, pero solo porque no estaré sola con Charlize allí. Además, será divertido verte en ese ambiente que nunca te gustó y siempre te negaste a conocer. Ardo en deseos de ver cómo te pruebas patrones y eliges sedas, muselinas y organzas. Será divertido —dijo con una brillante sonrisa.

—A riesgo de sonar tal y como lo haría Charlize… ¡Te odio!

—¡Te odio! —apuntó al mismo tiempo Cleo que su hermana.

Las dos comenzaron a reírse sin parar. Un breve respiro de todo lo que Freyja llevaba encima. Sus hermanas eran su fuerza. Si bien Luffgarden era el lugar donde residía su corazón y su alma, sus tres hermanas eran lo que la hacía invencible. Se repondría del golpe que había sufrido a manos de lord Ross. Suerte que no se había enamorado, porque no lo había hecho. ¡No estaba enamorada! No. Solo un poco y eso no debería contar.

—Como bien sabes, les di a casi todos en casa unas merecidas vacaciones. Me ha traído aquí Jay, pero no podía pedirle que nos llevase hasta Londres, confío en que Bedford nos preste su carruaje. También nos mandarán a la ciudad algunas de nuestras cosas pronto.

—Ay, Freyja… El bebé… tienes que conocerlo. Es precioso. Y Theresa ha sido tan valiente. ¡Ven, vamos!

—He traído una mantita de bebé. Era la que gastamos todas, me gustaría regalársela al pequeño.

—¡Qué idea más fantástica! Será un excelente obsequio. Vayamos adentro.

Las dos se cogieron de la mano, se detuvieron para recoger la bolsa de viaje de Freyja y entraron en la casa. La compañía de Cleopatra le venía de perlas. Haber sido reservada en el pasado con respecto a lo que aconteció con Colin también fue un acierto porque no soportaría ver lástima en el rostro en su hermana al imaginar cómo se sentiría ella por visitar a su antiguo amor y conocer al heredero de este.

Lo cierto era que mantener los secretos siempre fue una buena decisión. Si había algo más patético que una mujer que se había entregado a un hombre para que el mismo la destrozase minutos después, eso era ir a ver cómo le iba a otro hombre con el que había esperado casarse.

Freyja compuso su mejor sonrisa y decidió que el pasado estaba mejor enterrado.

Su hermana la condujo hasta la salita más próxima después de dejar la bolsa de viaje en la entrada principal.

—Has vuelto pronto de tu paseo, Cleo… ¡Freyja! —exclamó llena de júbilo la vizcondesa Bedford, cuando descubrió quién acompañaba a su querida amiga.

La mayor de las Archer se acercó hasta la posición de la recién estrenada madre y miró con adoración al pequeño que dormía plácidamente en sus brazos.

—Es precioso —le dijo a Theresa.

—Es nuestro milagro, Freyja.

—Ay, el obsequio. Ahora vuelvo. —Cleopatra salió de allí a toda prisa, Freyja sabía que iba a buscar la manta que había pertenecido a su familia.

—Debes haber sido muy valiente, tu esposo estará orgulloso de ti.

—Lo está, pero dice que no volverá a pasar por eso jamás. ¡Cómo si Colin hubiera padecido algún dolor! ¿Te imaginas lo indignada que estuve cuando lo escuché!

—Sufre por ti. Te quiere muchísimo.

—Lo tuve que echar de la habitación.

—Seguro que no le gustó salir.

—No, ya conoces a Colin, siempre decidido a estar al mando. ¿Quieres sostenerlo, Freyja? —le ofreció la posibilidad de cogerlo al brazo con mucha sinceridad.

—No sabría cómo hacerlo. Te lo agradezco, pero donde mejor está un bebé es en los brazos de su madre. Me contentaré con adorarlo desde mi posición.

—¡Mira lo que ha traído Freyja, Theresa! —Cleo llegó con la mantita de lana de color verde. Era algo parecido a un tesoro familiar y seguía nueva, como el primer día.

—¡Qué bonita! —alabó la madre.

—Todas hemos sido arrulladas con esta delicada manta —comenzó a explicar Cleo —. Creo que trae suerte, porque a todas nos ha ido muy bien. Bueno… Charlize podría ser la excepción, porque mi hermana pequeña está loca, pero eso no es obra de la manta.

—¡Cleopatra! —la regañó Freyja.

Su hermana se encogió de hombros. La vizcondesa se rio brevemente.

—Cómo si tú no lo pensases también. Lo que sea, al pequeño James le irá tan bien como a nosotras. Además, puedo decirlo porque ella no está aquí para armar un escándalo. ¿Estás segura de que deseas ir a Londres? Charlize está allí.

—¿He oído Londres? —Colin apareció por la puerta. Estaba justo en el umbral.

—Sí —dijo Cleo—. Freyja quiere ir a la ciudad.

—¿Quieres ir? —preguntó con asombro el vizconde.

—Sí —dijo con naturalidad la aludida—. Me apetece ver algo que todavía no conozco.

—¿Estás enferma? —preguntó Colin. Freyja rodó los ojos y Cleo se carcajeó.

—No. No me sucede nada, solo quiero ver si me he perdido algo grandioso por ser tan tozuda. Iré, alquilaré una bonita casa, iremos de compras, al teatro, haremos que nos inviten a grandes fiestas, bailaremos y seremos la sensación de la temporada.

—Acabareis en la Torre, encarceladas —observó el vizconde—. La ciudad no estaba preparada para Charlize. Menos para un par de hermanas Archer cuando Charlize llegó con Caliope. ¿Cuatro de vosotras allí? Roma ardió, pero lo que sucederá en Londres será mucho peor. Daré gracias por no estar en Londres.

—¡Qué tontería! —restó importancia Freyja—. Nos adorarán. Soy una heredera y pronto verán lo excéntrica que resulto. Estoy segura de que todo el mundo deseará tenerme en sus fiestas.

—Lo dudo, Freyja. ¿Podemos hablar en el despacho? —le preguntó Colin a la hermana mayor.

—Por supuesto. Tengo que pedirte un favor.

—Bien, vamos. ¿Quieres un té?

—Oh, cielos, soy la peor anfitriona del mundo —tomó la palabra la vizcondesa—.

Te he tenido en pie y no he hecho servir un té y unas pastas.

—Cleo te hará compañía, mi amor. Freyja y yo tenemos asuntos que discutir —le dijo, mientras se acercaba a ella para darle un beso en la mejilla.

Freyja sonrió. En el matrimonio de Bedford había amor. Ya lo sospechaba, pero desde que habían tenido aquella extraña conversación, Freyja se sentía liberada, como si viese a la pareja con otros ojos. ¿O sería por la aparición de Aidan, por haber superado el pasado?

—Puedo hablarte de mi paseo, pero ha sido muy corto, Theresa —dijo Cleo mientras tomaba asiento frente a su amiga—. Después de comentar lo puro que es el aire y lo bonito que es el canto de los pájaros nos quedaremos en silencio y contemplaremos embelesadas a James. —Cleo se quedó pensativa—. Tal vez sea una buena idea ir a Londres.

—¿Lo es? —preguntó Colin. Sabía que Freyja detestaba escuchar hablar de Londres, Cleopatra no se quedaba muy atrás.

—Sí, porque me he dado cuenta de que quiero un bebé y la única manera de poder tenerlo es casándome.

—¡Llamad a un médico! —exclamó con diversión Freyja—. ¡Mi hermana se muere!

—Muy graciosa, Freyja, debí suponer que tarde o temprano me devolverías el golpe…

Todos los allí presentes se rieron al ver tan enfurruñada a Cleo.

Unos segundos después, el vizconde Bedford y la mayor de las Archer estaban sentados en el despacho. Él tras su escritorio y ella enfrente.

—¿Qué ha pasado?

—¿A qué te refieres?

—No soy Cleopatra, Freyja. Algo ha sucedido para dejes Luffgarden.

Ella suspiró.

—Hemos estado distanciados cinco años. De la noche a la mañana no puedes fingir que eres mi mejor amigo.

—No hemos sido muy cercanos. Mi esposa se llevaba mejor contigo que yo, lo admito. Ella cree que es porque te veo demasiado independiente y liberal y no apruebo tu comportamiento.

—No se lo has contado —aseveró con suavidad, aunque Freyja ya lo intuía porque Theresa la trataba siempre como si fuese parte de la familia.

—No —respondió pese a que no había ninguna pregunta previa—. Antes que hacer sufrir a mi esposa me pegaría un tiro. Ella sabe que la amo y, que antes que ella, hubo una mujer especial, pero no sabe quién fue y no vi necesario remover más el pasado. Dime qué ha sucedido con el heredero de tu padre.

—¿Le dijiste a Cleo que el conde estaba en Luffgarden?

—No.

Ella se tocó la frente.

—Mucho mejor así. Necesito que me prestes tu carruaje para ir a Londres, por favor.

—De acuerdo, en cuanto me digas qué ha sucedido.

—No.

—Sí.

—Creo que no lo haré.

—Entonces iré a buscar al conde de Ross y Luff para preguntarle…

—¡No! —gritó sin quererlo. Se pasó una mano por el rostro—. ¿No puedes dejar las cosas tranquilas?

—Freyja Archer se dirige a Londres. Eso es algo impensable, así que no, no puedo.

Ella gimió. Tantos años amando Luffgarden y quejándose sobre el resto de los mortales que preferían la ciudad le estaban pasando una gran factura.

—¿Cuento con tu discreción? Mis hermanas no deben enterarse de nada.

—Por supuesto.

—No empezamos con buen pie.

—¿Qué le hiciste al conde?

—¿Por qué supones que he sido yo?

—Porque como bien has dicho, hace cinco años que tuvimos a bien mantener las formas, y no ser tan cercanos como antaño, pero te conozco bien, Freyja. No creo que hayas cambiado tanto.

—Es humillante… Por favor…

—Habla de una vez. Tú y yo tenemos un secreto todavía más humillante que el que puedas contarme ahora.

—Le hice creer que yo era la señora Archer, el ama de llaves de Luffgarden. —Al fin lo había dicho.

—¿Qué, en nombre del Altísimo, te impulsó a tal descrédito?

—Cuando él llegó, acompañado de un duque, su mejor amigo creo, ambos entraron hablando sobre nosotras. Creo que Ross desea que todas nos casemos para olvidarse de sus pupilas. Habló sobre lo preciosas que le habían dicho que eran mis hermanas y él se vino a preocupar por la hermana mayor, de quien se comentaba que era la menos agraciada de las cuatro.

Colin masculló una colorida maldición. Se obligó a tranquilizarse.

—Ellas son bonitas, Freyja, pero no por eso tú eres fea.

—¿Crees que me importa lo que opinen de mí? Tengo veintiséis años y ni hay, ni deseo tener —matizó— perspectivas matrimoniales a la vista.

—Sigue con la explicación pues —dijo, sabiendo que ella siempre sería terca y orgullosa. Nunca cambiaría.

—Estaba arreglando las cortinas de terciopelo de la entrada, subida sobre una escalera, la puerta principal estaba abierta, así que no me vieron, pero el polvo me hizo estornudar y ellos supusieron que yo formaba parte del servicio. Después de haber escuchado la conversación, no me atreví a corregirles su error.

—¿Y el resto de tus criados no dijeron nada?

—La gran mayoría no está en casa. Les di unas cortas vacaciones y conoces bien al señor Smith, mi mayordomo no se metería en nada.

—¿Y la señora Pots?

—Se marchó a casa porque había fallecido un familiar y dado que el ama de llaves se acababa de despedir hacía poco porque Charlize la sacó definitivamente de quicio, y yo

llevaba todas las llaves anudadas en mi delantal… Puedes imaginarte el resto.

—Bien. Eso no me explica tu huida. ¿Te ha echado de casa cuando ha descubierto el engaño?

—No. Se ha ido sin saber que soy la hermana mayor.

—¿Por qué se ha marchado? —Ella desvió la mirada—. No puede ser tan malo, Freyja.

—Lo es y no pienso confesártelo. Lo que debes saber es que él se ha ido también y que pienso disfrutar de Londres y luego llevarme a mis hermanas a un lugar más tranquilo. Él es su tutor por ser el heredero de mi padre, pero estoy convencida de que me dará las gracias cuando dejen de ser su responsabilidad.

—¿Llevártelas? —Ella afirmó con la cabeza—. ¿A dónde?

—No lo he decidido todavía, pero acabaré en algún lugar en el campo. Haré allí mi hogar y nadie podrá arrebatármelo jamás.

—¿Se trata de algo indecente, Freyja? ¿Ha abusado de ti el conde creyendo que eras parte del servicio? —decidió preguntar su primera sospecha.

—No —negó de inmediato—. Hemos tenido una fea discusión porque él no estaba de acuerdo con algunos asuntos y yo con otros. —No era una mentira por completo.

—Hay algo más, Freyja. —No era una pregunta.

—No soy la misma, Colin, he cambiado mucho desde que fuimos amigos. Has dicho que no lo he hecho, pero no soy la misma —insistió.

—Lo comprendo, pero cuando te vi haciendo un pícnic con el conde, te observé con atención. Lo mirabas de un modo… Estabas radiante junto a él.

—¿Cómo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Él te gusta.

Ella comenzó a reírse con fuerza.

—Es natural que veas amor por todas partes, acabas de ser padre de un precioso bebé y disfrutas de un gran matrimonio. Te aseguro que lord Ross y yo somos agua y aceite.

—Cuando entré en casa contigo en brazos, él deseaba haberme estrangulado por

haberte puesto las manos encima.

Ella comenzó a reírse todavía más.

—Tienes una imaginación del todo peculiar, Colin.

—Y tú no me engañas ni por un momento, Freyja. Soy un hombre y sé bien lo que vi en los ojos del tutor de tus hermanas. Él se creía con derecho sobre ti. No le eras indiferente. Habéis estado varios días solos en una gran casa casi desierta. ¿Ha pasado algo que tenga que ser reparado?

—Que tú precisamente digas esas palabras…

—Es un golpe bajo, Freyja.

—Uno que no te habrías llevado en caso de no haber hecho este interrogatorio sin sentido. Soy una mujer muy capaz. ¿Me juzgas pusilánime, Colin?

—Eres muchas cosas, Freyja, algunas buenas y otras no tanto, pero no tienes ni un solo gramo de debilidad en tu cuerpo.

—¿Confías en mi capacidad de mantenerme por mi cuenta? ¿En poder hacerme cargo de mis hermanas, aunque sea lejos de Luffgarden?

—Sí —aseveró sin dudar.

—Tengo recursos, muchos, gracias a mi padre y la administración que les he dado a los fondos que me dejó. Mis hermanas se casarán solo si lo desean y yo las guiaré como he hecho hasta el momento. Todo irá bien. Puedo construir un hogar de la nada. Haré que Luffgarden solo sea un vago recuerdo en comparación con lo que lograré crear.

—Pero olvidas que es la casa ancestral de tu familia, el lugar por donde tu padre te llevaba pasear, en cada estancia está su recuerdo y el de tu madre.

—Lo sé. Eso es lo que más me dolerá. Dejar atrás esos recuerdos que tanto valoro, las cosas que he conservado de mi padre, pero estoy decidida a seguir adelante y lo haré al precio que sea.

Uno y otro se quedaron mirándose durante un segundo. Ella sabía que su amigo de la juventud buscaba signos de mentira o dolor en sus aseveraciones y por ello se mostró decidida.

—Eres una luchadora, Freyja, siempre lo has sido. Prométeme que si necesitas ayuda me lo harás saber. Tu mayor vicio es tu orgullo, que muchas veces va unido a la terquedad. Te crees fuerte, lo eres, pero no razonas bien las cosas, te limitas a alzar el mentón y a

convencerte de que no necesitas a nadie ni a nada para continuar. Tienes a tu familia, tienes amigos, no estás sola. Cleo, Cali y Charlize son mayores ya, puedes apoyarte en ellas. No te guardes las cosas como has hecho siempre. Confía en ellas. Te lo dice un hombre que estuvo solo, sin hermanos.

—Mientras pueda sostener el mundo sobre mis espaldas, lo haré a mi modo.

—Me lo temía… —dijo exasperado—. ¿Me prometes al menos que me llamarás si te ves en un aprieto?

—Claro —dijo de modo jovial.

—No. No lo harás. En fin, poco puedo hacer, más que rezar para que todo salga bien. Te deseo lo mejor, Freyja. Espero que tus hermanas y tú no acabáis en la Torre.

Ella emitió un sonido poco femenino. Luego se acordó de una cosa.

—Debes saber un detallito que…

—¿Hay más?

—Bueno… Resulta que él opina que entre tú y yo hay una relación un tanto…

—¡No se lo habrás contado! —dijo azorado.

—Por supuesto que no. Lo ha supuesto, o cree saber algo, porque al igual que tú, cuando me llevaste a casa en brazos, él vio alguna cosa que…

—¡Santo Dios!

—Lo siento. Te juro que no he abierto la boca. Fue un malentendido que me pilló desprevenida y sobre el que no supe cómo actuar. —Se mordió la lengua al darse cuenta de que estaba explicando cosas que Colin no entendería y que no debía saber.

—Dime lo que pasó exactamente.

—No. Pero lo siento mucho. Lamento haberte puesto en medio de… Lo siento —reiteró.

El vizconde se reclinó en su silla. Hubo un silencio prolongado.

—No te preocupes, lidiaré con el conde llegado el caso.

—Seguro que no tendrás ningún problema, Colin. Él se ha marchado y puede que

alquile o cierre la casa para siempre. Seguramente no lo vuelvas a ver en el vecindario, pero era mi deber advertirte de esa pequeña eventualidad. Siempre puedes decir que somos buenos amigos, que nos conocemos desde pequeños y él no pondrá en duda tu palabra.

—No es pequeña, Freyja. Esa eventualidad no es cosa pequeña porque sé que él regresará a buscarte.

—¡Qué tontería! —aludió haciendo un aspaviento como solía hacer Charlize cuando algo la incomodaba y deseaba restarle importancia.

—Es un hombre más orgulloso que tú, me bastó una simple mirada para saberlo. Además de frío. Te buscará y no lo hará porque se dé cuenta de que está enamorado de ti o algo similar. Lo hará en cuanto descubra que te has burlado de él.

—Ah —Eso no se lo había esperado. ¡Su vanidad femenina le había jugado una mala pasada al creerse que el conde pudiera… ¡nada!

—Lo entiendes, ¿verdad? No me pareció un hombre sencillo.

—No lo es.

—Por eso mismo. Es todo aristocracia, rectitud, frialdad…

—Lo sé, lo sé. —Él se había olvidado de hablar de tiranía, porque Aidan lo era. Un tirano.

—Te buscará para pedirte explicaciones.

—Seguro que no. Se alegrará de perdernos a todas de vista —terminó su explicación con una sonrisa con la que esperaba tranquilizar al vizconde.

No sirvió de nada. Bedford intuía que Freyja le había contado lo justo y necesario sobre lo que había sucedido entre ambos, por lo que sospechaba que la verdad sería escabrosa y no deseaba pararse a pensar en nada.

Y tal y como Colin sospechó que sucedería, el conde de Ross y Luff se presentó en su puerta al día siguiente… Mucho antes de lo que imaginó.

Así era Freyja, capaz de agotar la paciencia de un santo. Colin mismo la había sufrido en el pasado. Y pese a que sufrió mucho al principio, se dio cuenta de que lo de Freyja sucedió de aquel modo porque Theresa estaba reservada para él. En algunas ocasiones, de grandes males salían cosas maravillosas.

¿Estaría el conde de Ross y Luff destinado a Freyja?

# Capítulo 8
# Londres

—Freyja, Freyja… al fin has venido. Sabía que vendrías. Anoche te llamé sin parar, incluso he soñado contigo y estaba convencida de que no haría falta ni enviar una misiva para convocarte. ¡Estás aquí y lo arreglarás todo como siempre haces! —Charlize Archer estaba aferrada al cuello de su hermana y se mostraba reacia a dejarla libre.

Los brazos de la hermana mayor sostuvieron a un emocionada Charlize, ante la vista de Cleopatra y Caliope. Los Wall, el matrimonio, y su única hija estaban también contemplando la acción afligidos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Freyja mirando al esposo.

Los señores Wall eran quienes estaban al cargo de sus dos hermanas en Londres. La hija de ellos, Susan, era muy amiga de Charlize. Los esposos tenían una casita de campo cerca de Luffgarden, eran adinerados y el esposo había llegado a ser teniente en el ejército. El señor Wall estaba considerado un héroe de guerra.

—Una terrible injusticia —saltó la esposa el antiguo teniente.

—¿Señor Wall? —siguió con la pregunta Freyja.

—Seguro que son mentiras, pero dejan pocas opciones para su hermana, milady —expuso con resignación el exmilitar.

—¿Cali? —Se dirigió a la hermana que había estado velando por Charlize en la ciudad para ver si obtenía más información, pues la pequeña de las Archer seguía sin soltarla y sollozaba—. ¿Dónde está Robinson? —No veía a Magnus por ningún lugar.

—El señor Robinson tuvo que partir a su hogar debido a una contrariedad ocurrida en el seno de su familia al poco de llegar aquí —le informó Caliope.

—¿Por qué Charlize está llorando? ¿Alguien puede decirme, por favor, qué es lo que

ha pasado? —Freyja no entendía la situación.

—El señor Wall lo había dispuesto todo para que regresásemos al campo. Mañana mismo teníamos intención de volver a Luffgarden, Freyja —explicaba Cali—. Me temo que la dote que ronda sobre nuestras cabezas nos ha convertido en un blanco codicioso para los despiadados cazafortunas.

—¿Qué? —Freyja se había perdido.

—La sociedad habla sobre la ostentosa cifra que ofreceremos a nuestro esposo cuando nos casemos. Eso ha hecho que Charlize se haya visto comprometida —siguió explicando Caliope.

—Yo no he aireado el montante de vuestra dote, ¿cómo puede saberlo el resto? ¿Es un rumor malicioso? —Freyja necesitaba más información.

—No. El conde de Ross ha sido quien ha determinado la cifra. Y debe ser escandalosa para que alguien se haya atrevido a hacerle algo así a Charlize. —En cuando Caliope terminó de hablar, la aludida sollozó más fuerte y se abrazó todavía más a Freyja.

—¡Lo odio! Odio a ese horrendo monstruo y no me casaré con él.

—¿Qué? —Freyja comenzó a sentir pánico.

Precisamente había mantenido a sus jóvenes hermanas apartadas de los males de la ciudad pues eran herederas muy apetecibles y había personas sin escrúpulos capaces de cualquier cosa. Había querido retrasar su presentación ante la reina porque quería que fuesen más maduras y estuvieran mejor preparadas para enfrentarse a la jungla que era el mercado matrimonial.

—Hermana —tomó la palabra de nuevo Caliope—, sería conveniente dejar a los Wall en la tranquilidad de su hogar. Las cosas de Charlize y las mías propias están listas para ser transportadas. Si salimos ahora mismo hacia Luffgarden…

—¿Marcharnos? —saltó Charlize sin separarse de Freyja.

—La hija del señor Wall corre peligro, Freyja —aclaró Caliope.

—¿Qué? —Ella no entendía nada y nadie hablaba claro.

—Debe comprender, milady —terció el señor Wall—, que mi hija es una joven dama casadera y que su reputación debe ser preservada.

—¿También le ha ocurrido algo grave a su hija, señor Wall? —Freyja se asustó.

—No, pero no debe ser vista en público al menos, con lady Charlize. Me temo que por eso iba a mandar a sus hermanas con usted a Luffgarden. Estoy seguro de que para la próxima temporada nadie recordará este… lamentable suceso.

Ahí estaba. Charlize se había convertido en una especie de manzana podrida que podría dañar a las del resto de la cesta. De acuerdo.

—Necesito saber qué ha pasado, Caliope. —La mirada de Freyja estaba concentrada en su hermana.

—Te lo contarán todo, pero ahora es mejor que nos marchemos —intervino Cleopatra, intuyendo que los Wall no deseaban estar en compañía de ellas más tiempo.

Las cuatro se movieron con rapidez hacia la calle. Freyja desechó el carruaje que les ofrecía el esposo de la señora Wall y se quedaron varadas con los enseres de Caliope y Charlize a sus pies, gracias a la ayuda de los lacayos.

Todo se dispuso con presteza. La misma que tuvieron los Wall en cerrar con llave la puerta principal en cuanto ellas estuvieron fuera.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Caliope fuera de la propiedad de los Wall. Estaban en la calle las cuatro, con Charlize todavía abrazada a Freyja, de quien no se había separado ni un instante.

—Antes de venir al hogar de los Wall —comenzó a explicar Freyja—, Cleo y yo estuvimos en el despacho de mi abogado. Tiene orden de hacer los preparativos de inmediato para rentar una casa en Mayfair. Había contado con la hospitalidad de los Wall, pero eso parece imposible ahora mismo. Creo que nos tendremos que alojar en un respetable hotel.

—¿Cuatro mujeres solas sin un hombre? —preguntó Cleopatra—. Eso será imposible, Freyja. Londres es mucho más cerrado y rígido de lo que crees. Deberíamos irnos a casa y olvidar lo sucedido.

—¡Pero yo no quiero que él gane! —se quejó Charlize en alusión, supuso Freyja, al indeseable que la había agraviado de algún modo. Primero determinaría el lugar donde se alojarían y luego arreglaría el problema con su hermana menor.

Freyja esperaba que se tratase de una tontería, porque si alguien le había hecho daño a Charlize, caería sobre el malhechor como un ángel vengador. Después de todo, Bedford tal vez tuviese razón y ella acabase retenida en la Torre de Londres a la espera de ser colgada…

—Nos hubiese venido bien la presencia de Magnus, lo admito, pero estamos solas aquí y hasta que no escuche toda la historia sobre lo sucedido con Charlize, no pienso marcharme de la ciudad. Localizaremos un hotel y…

—Será imposible, Freyja —recalcó de nuevo Cleopatra.

—Deberías tener más fe en tu hermana mayor, siempre tengo un plan.

Dicho lo cual, las cuatro localizaron un carruaje de alquiler y el cochero las llevó al mejor hotel de la ciudad, en Grosvenor Square. El Gilmore Hotel era propiedad de un hotelero de lo más popular y sus habitaciones eran lujosas, tal y como les había dicho el cochero que las depositó en el lugar.

Las cuatro entraron allí de inmediato, los lacayos dejaron el equipaje en el suelo junto a ellas. Freyja se daba cuenta de que su aspecto no era ni de lejos el de una mujer de grandes bolsillos. ¡No había tenido tiempo de ir de compras!

—Freyja —susurró Caliope—, te aseguro que son más que capaces de echarnos a patadas de aquí. ¿Has visto cómo nos mira todo el mundo?

—Lo arreglaremos con una salida a la modista muy pronto. Tú y Charlize vais bien vestidas, solo nos miran a Cleo y a mí porque no tenemos ropa tan elaborada. No te preocupes por nada, sé cómo manejar la situación.

—¿Lo sabes? —Cali cuestionó claramente a Freyja.

—Llevo años conviviendo con las rabietas de Charlize, estoy preparada para enfrentarme a Napoleón en caso de que regresase.

—Oh, Freyja —saltó la aludida, que estaba todavía agarrada a su hermana mayor—, estoy tan disgustada que no puedo ni pensar en una respuesta elocuente para rebatir lo que acabas de decir.

—Bien. Vayamos a…

—¿En qué puedo ayudarlas? —Un hombre bastante alto, de pelo negro y ojos azules las miraba con total desaprobación.

—Necesitamos habitaciones, señor —señaló Freyja en tono altivo.

—Por supuesto, en cuanto alguno de sus esposos disponga…

—Somos las pupilas del conde de Ross y Luff. Estas son mis hermanas —se preparó para señalarlas una a una y siguió—: lady Caliope, lady Cleopatra, lady Charlize, quien ha tenido un viaje difícil hasta llegar a Londres, y yo misma, lady Freyja, hijas del anterior conde de Luff. Estamos aquí a petición de nuestro tutor, que es el heredero de mi padre, además de conde, por derecho propio, de Ross, como ya se imaginará.

—Ah. ¿Y dónde está su guardián? —preguntó poco impresionado por el relato.

Estaba más que claro que ponía en duda lo que ella decía. Freyja misma lo haría porque ellas no parecían hijas de un conde, tal vez a excepción de Charlize, aunque tenía los ojos llorosos, o Cleopatra, quien estaba tan mustia que podría acabar secándose en medio del fastuoso entrador del hotel. Era natural que ninguna pareciera una mujer de alto rango. Más bien se asemejaban a campesinas desoladas.

—Lord Ross y Luff ha tenido que atender un asunto urgente y nos ha mandado aquí a esperarlo. Nos ha dejado a cargo del duque de Sutherland, quien imagino que corroborará nuestra historia si es que ha llegado ya. ¿Su excelencia se encuentra aquí?

—Me temo que no.

—De acuerdo, lo esperaremos en nuestras habitaciones y usted nos avisará en cuanto llegue para recibirlo como es debido. Mañana tendrá preparado un carruaje listo para salir y dirá al cochero que nos lleve a la mejor modista de Londres. Es evidente que hemos llegado para disfrutar de la temporada y algunos de nuestros vestidos no están a la moda. Si el duque gusta de quedarse a cenar, reservaremos un comedor privado, en caso de que Sutherland tenga otros compromisos que atender, nos subirá la cena a las habitaciones. Para mañana le daré más instrucciones. ¿Tiene alguna duda sobre mis indicaciones?

—¿Es usted consciente de que deberé tomar su palabra como buena? No hay garantías de que lo que sostiene sea verdad.

—¿Y usted comprende que si me irrita, tendrá a un conde por partida doble y a un importante duque para defendernos a mis hermanas y a mí, señor? —lo desafió con el mentón en alto—. No se lleve a engaño, soy lady Freyja Archer, la heredera universal de todo lo que no estaba ligado al título de mi padre, si necesita pruebas de mi identidad ahora mismo, enviaré a buscar a mi abogado para que confirme lo que le digo.

—¿Quién es su abogado? —preguntó con aire hastiado el empleado del hotel.

—El señor Golden, de la firma Golden, Parquer asociados e hijos.

—Conozco al hombre al que alude.

—Estoy segura de que así es, porque es el mejor abogado de la ciudad, por eso mi padre, el anterior conde Luff, contrató sus servicios e insistió en que le confiase mis asuntos cuando él no estuviese.

Vio respirar con enfado a su interlocutor.

—Haré lo que dice, enviaré una nota para que el señor Golden confirme su versión

porque es más sensato que molestar a la aristocracia. Mientras tanto, las cuatro se quedarán en el vestíbulo a la espera de…

—No —negó tajante Freyja.

—Es la única oferta que tendrá.

—Me ofrecerá alojamiento en este mismo instante, habitaciones que estén a la altura de cuatro hijas de un conde. Aguardaremos allí la confirmación.

—No creo que eso sea posible…

—Y lo hará así —continuó inflexible Freyja— para ahorrarse la vergüenza de pedir mil disculpas por poner en entredicho mi palabra. Aunque le aseguro que me dará una por lo menos cuando el señor Golden le indique que tal vez sea la mujer más rica de Londres. Tras escuchar su humilde y sentida disculpa, todo quedará en el olvido y no le diré una palabra de su trato horrendo a nuestro tutor, ni al duque de Sutherland. Ese, señor, será el mejor acuerdo que conseguirá conmigo. ¿Lo ha comprendido? —preguntó con aire de superioridad. Un tono gélido, tan aristocrático e insensible como el que habría usado Aidan. Tal vez su encuentro sí le hubiese servido a Freyja para mostrarse como la altiva hija de un conde.

Hubo unos segundos de silencio entre ambos, donde los dos se estaban midiendo las fuerzas. Freyja no iba a recular, porque si bien no todo había sido una verdad, mucho sí lo era.

—Lo haremos a su modo, milady. —Ah, pensó Freyja, había usado al fin su título. Eso era buena señal—. Rogers —El hombre desagradable levantó un par de dedos para llamar a un empleado.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Gilmore?

Freyja escuchó el apellido del hotelero y comenzó a sentir pánico. No era un empleado más. Era el dueño… ¡Madre del amor hermoso!

—Acomode a las damas en el piso del ático, en el ala este. Son las mejores habitaciones que tenemos —alegó con la mirada fija en Freyja.

—Gracias —dijo ella con altivez.

—Estoy tan convencido de que miente, *milady* —arrastró el título—, que si dice la verdad le ofreceré mil disculpas y correré con los gastos de las cuatro habitaciones, una para cada una, durante el tiempo que deseen quedarse, pero como mienta, cosa que sé que está haciendo, la llevaré a Bow Street arrastras y no será un espectáculo bonito para usted. —Oh, la amenaza estaba clara.

Freyja comenzó a reírse en alto.

—Acepto el reto, señor Gilmore. Vaya ensayando las mil disculpas, las escucharé de una en una con tranquilidad y sin impacientarme —le recomendó, al tiempo que le guiñaba un ojo.

Una farsante. Eso era la extraña mujer que lo había desafiado sin pestañear. ¿Qué hija de un conde recorría Londres con ese vestido andrajoso, hablaba sin moderación ninguna y le guiñaba un ojo a un caballero?

Una valiente. Eso sí se lo reconocería. Había sido lo bastante fuerte para no bajar la guardia ante él. Ethan Gilmore no era un hombre fácil de intimidar, y por un breve instante se creyó acorralado por ella. Sonrió mientras veía a las cuatro desconocidas acercarse a la escalera principal. Ciertamente se daban aires de grandeza. ¿Serían hijas de un conde? No, seguro que no, aunque dos de ellas iban perfectamente vestidas, y sin embargo tenían un aspecto horrible. En cuanto a las otras dos… demasiado simples. Había algo extraño en todo el asunto.

Mientras el dueño del hotel se quedaba pensativo, Charlize miraba con admiración a su hermana desde su posición, abrazada todavía a ella.

—Ha sido espectacular, Freyja —susurró la menor de las Archer.

—Nunca hasta el momento te había visto tan segura —opinó Cali.

—No me sorprendería si el hombre se colocase delante de la puerta de Freyja arrodillado para pedir mil disculpas. ¡Qué temperamento, hermana! —la ensalzó Cleo.

—¿Cómo se te han ocurrido tantas mentiras? —trató de averiguar en confidencia Charlize.

—No he mentido ni una sola vez. Estamos bajo el amparo del conde de Ross y Luff.

—Hablaste de un duque, Freyja —apuntó la hermana menor.

—Sutherland, es amigo de lord Ross. Cuando me quedé sola en Luffgarden ambos me visitaron.

—¿Has conocido a un duque? —preguntó asombrada Charlize. Freyja afirmó con la cabeza—. Te envidio muchísimo, Freyja. Cosa que jamás pensé que haría, pero en verdad me siento celosa de tu suerte. También del modo en que te has hecho cargo de la situación —reconoció Charlize.

—Eso, pequeña, viniendo de ti es un inmenso cumplido.

Llegaron hasta las habitaciones que les habían asignado y el empleado se marchó en cuanto dejó el primer baúl. La distribución era espectacular.

El lugar era amplio, decorado en tonos dorados y rojos. Muy lujoso, como el resto del hotel. Había una habitación con una gran cama matrimonial, luego figuraba un vestidor, un despacho y una pequeña salita. También un lugar más discreto donde realizar las abluciones matinales y demás necesidades privadas.

—Cuando el señor Golden confirme mi historia, ese hombre deseará haberse tragado su orgullo y sus palabras. Cuatro habitaciones de estas características tienen que costar una fortuna —dijo en alto Freyja.

Las hermanas comenzaron a reírse.

Unos minutos después las tres estaban sentadas en la salita de la habitación de Freyja dispuestas a afrontar la situación de Charlize.

—Hemos solventado el problema de nuestro alojamiento. Creo que es momento de que me expliquéis lo sucedido con Charlize. Interpreto que debe ser algo complejo, dado que de pronto las cuatro parecíamos habernos convertido en leprosas en medio del recibidor del señor Wall.

—Lo que ha ocurrido… —comenzó a relatar Cali.

—Yo lo contaré, Caliope —la interrumpió Charlize—. Al fin y al cabo, es a mí a quien han ofendido de modo terrible. —Todas aguardaron el relato. La hermana pequeña comenzó a retorcerse las manos y cuando estuvo segura comenzó—: El barón Rendow se mostró muy solícito y amable conmigo desde que asistimos a la primera velada. Es un hombre muy guapo, rubio, ojos azules, elevada altura y con un título, aunque menor. Bailamos siempre que me lo pidió. No pensé que tuviese un corazón tan negro.

—¿Te violentó, Charlize? —preguntó con suavidad Freyja.

—Lanzó una apuesta sobre que se casaría conmigo en menos de una semana, que yo bebería los vientos por él. Uno de sus amigos, que me pareció bastante honrado y sincero cuando me desveló que había una apuesta sobre mí, me advirtió de todo. Le pedí explicaciones de inmediato y el muy bárbaro no lo negó. Se jactó de que era verdad y de que iba a lograr lo que había apostado. Lo mandé a Júpiter de inmediato, pero no contento con el agravio, comenzó a decir que había entre él y yo demasiado como para no hacer lo correcto. Asegura que me ha besado minuciosamente y que… —Freyja vio que el labio inferior de Charlize comenzaba a temblar.

—Está arruinada —concluyó Cali—. Ese miserable ha esparcido mentiras con el único fin de atrapar a Charlize.

—¿Por la dote que dicen que ella tiene? —tanteó Freyja.

—Eso es. Está arruinado. El señor Wall nos dijo que no sería un matrimonio demasiado improbable. Pese a que él tiene un título menor, Charlize no lograría nada mejor… dadas las circunstancias.

—¡No puedo casarme con él! Es un vil mentiroso que va tras mi dinero. ¿Es mi dinero, Freyja? —se interesó la menor de las Archer.

—Papá me lo legó todo, eso ya lo sabéis. En el testamento decía que como yo era la mayor confiaba en mi sensatez para administrarlo todo, pues vosotras erais más jóvenes y era mi deber procurar que nunca nada nos faltase. Nuestros padres no deseaban que nos casásemos sin amor, por eso dispusieron en el testamento que me encargase de velar por vosotras. Papá dejó asignada una cantidad como dote para cuando os casaseis, pero como los negocios que hace el señor Golden van dando sus frutos, aumenté poco a poco, cada año, el montante. Nuestro tutor ha aparecido al fin. Ha estado, según entendí, atendiendo asuntos importantes para la Corona, por eso no ha podido visitarnos antes. Un hombre con cuatro mujeres a su cargo, uno importante como él, lo que desea es librarse de esa obligación. El mejor modo de hacerlo es que todas nos casemos. Bueno, yo tengo ya más de veintiún años y no dependo en absoluto de él, pero las tres sí. De tal modo que ha debido doblar la dote para conseguir un excelente matrimonio para vosotras, lo que no había previsto es que ese gesto alentaría a los cazafortunas como el barón.

—¿Así que el patán de nuestro tutor gritó a los cuatro vientos la suma de la dote? —explotó Cali.

—No creo que haya ocurrido así —apuntó Freyja—. Pero en Londres no es todo oro lo que reluce, de tal modo que si el barón buscaba una presa fácil le habrá preguntado a alguien, que conoce a otro alguien quien habrá escuchado que… En fin, ya sabéis. El dinero lo mueve todo y papá siempre decía que aquí en la ciudad, con un buen soborno, se podía lograr casi todo. La culpa de todo esto es mía. No debí…

—No seas boba —habló Charlize—. Esto solo es culpa de un villano. No pienso casarme con él. Se lo dije muy claramente cuando lo desenmascaré, y él me dijo que sería yo la que acabaría poniéndome de rodillas para que me aceptase. No pensé que dejaría mi reputación hecha girones.

—Bueno… ese hombre no tiene ni la menor idea de lo que ha hecho —terció Cleopatra.

—¿Sí? —preguntó con alegría Charlize—. ¿Qué vamos a hacer para darle su merecido?

—Yo tengo la respuesta a todos nuestros problemas, pero estoy segura de que a Charlize no va a gustarle —dijo Cleo.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —inquirió entusiasmada la más joven.

Cleopatra sonrió lobuna.

—Personalmente te envolvería con un precioso lazo rojo y te dejaría en la puerta de la casa de ese malhechor para que se casase contigo. Eso sería darle el mejor merecido por su atrocidad. En menos de tres días te dejaría en Luffgarden para librarse de ti.

El resto de las Archer comenzaron a reírse mientras que Charlize hacía un puchero.

—Sois las peores hermanas del mundo. Mi vida ha terminado para siempre. Solo he acudido a cuatro bailes y dos almuerzos de categoría. No me ha dado casi tiempo a coquetear y… Aquí estáis, burlándoos de mi mala suerte. ¡Os odio! ¡Os odio a todas! —Charlize se echó sobre Freyja, quien acababa de suspirar y ya tenía los brazos abiertos para recibirla y darle cobijo.

—Tesoro, ¿crees que tu hermana mayor no hará nada al respecto? —le preguntó Freyja mientras le acariciaba el cabello, que tenía muy despeinado.

—¿Y qué harás?

—No lo he decidido todavía, pero como que soy Freyja Cassandra Archer que pagará caro el atrevimiento de haberse metido con una de nosotras, porque…

—Cuando agravian a una Archer, nos lo hacen a todas —terminó Cleo, mientras Caliope asentía dejando clara su disposición de venganza.

—Ha sido un día duro, descansaremos, pediremos un baño y… —Freyja no pudo seguir con la explicación. Alguien acababa de llamar a la puerta.

Cleopatra se levantó de inmediato para averiguar de quién se trataba. No tardó más que unos pocos segundos en regresar para pedirle a Freyja que atendiese al recién llegado.

—¿En qué puedo ayudarlo? —le preguntó, correcta, lady Freyja al empleado que figuraba al otro lado de la puerta.

—El señor Gilmore me ha dado orden de que le entregue esto, milady. —Tras las palabras, Freyja vio que el empleado le hacía una reverencia un poco torpe y le tendía un papel.

La dama sonrió, el señor Golden, su abogado, habría confirmado sus palabras.

—Muchas gracias —le dijo, pero observó que el hombre no se retiraba—. ¿Necesita algo más?

—Debo esperar su respuesta, milady.

—Oh —dijo, antes de desplegar el papel. Freyja sonrió tras haber leído la nota.

—¿Qué debo responderle, milady?

—Dígale que si quiere cenar con mis hermanas y conmigo, después del trato que nos ha dispensado, lo lógico hubiera sido que él mismo se presentase ante mi puerta.

Vio al hombre fruncir el ceño desconcertado.

—¿Eso es un sí o un no, milady? —Freyja se dio cuenta de que el joven había leído previamente la nota o su patrón le había informado de su contenido. No lo tenía claro, pero el desconocido estaba al tanto de lo que debía esperar de ella.

—Dígale —repitió— que lo estoy esperando para escuchar sus disculpas y que a partir de ahí veré lo que debo o no hacer. A no ser que sea un cobarde…

—¡Milady! —exclamó exaltado—. No puedo decirle esas palabras al señor Gilmore, matará al mensajero y no quiero morir.

Ella entendió el problema del empleado de Gilmore.

—¿Sería mejor si se lo escribiese? —propuso.

El joven valoró el ofrecimiento.

—Desde luego sería menos embarazoso para mí. ¿Podría escribirlo, por favor?

—Está bien. Aguarde aquí. —Cerró con suavidad la puerta.

Freyja regresó al salón donde estaban sus hermanas muertas por la intriga.

—¿De qué trata todo eso?

—El dueño del hotel quiere que cenemos esta noche con él. Tengo que redactar una respuesta.

—¿Eso es una disculpa? —tanteó Cleo.

—Para él sí, pero no es suficiente para mí —dijo Freyja.

—¡Qué sanguinaria, hermana! —se quejó Caliope.

Freyja buscó en el secreter a su derecha y sacó papel y tinta. Escribió unas palabras que le parecieron elocuentes y pasó el papel secante sobre la misiva.

*Señor Gilmore, le honra su ofrecimiento, pero aguardaré primero sus disculpas y posteriormente estaremos las cuatro encantadas de escuchar su invitación para cenar.*

*A no ser, por supuesto que tenga miedo de volver a enfrentarse a las hermanas Archer.*

*XXX. Lady Freyja Archer.*

*Posdata: se lo advertí.*

Freyja leyó en voz alta lo que acababa de escribir y el resto dio su conformidad para que la nota fuese emitida.

Unos pocos minutos después, el mismo empleado llegó con otra nota, acompañado de un servicio de té, y un gran surtido de pasteles, bombones y otros dulces que pasó a servir en la salita. El trabajador de Gilmore tuvo a bien salir de la habitación y aguardar allí la respuesta de la dama.

Freyja leyó la respuesta del gerente del hotel a sus hermanas.

*Lady Freyja Archer, me disculparé durante la cena o cuando aparezca ante mí el duque de Sutherland, porque si bien sus identidades han sido corroboradas, dudo mucho que Sutherland aparezca en mi puerta para atender a las pupilas de su amigo, por más que lord Ross y Luff sea su contraparte del alma. Conozco bien al duque y ahí, milady, sé que mintió.*

*XXX. Suyo para servirle, Ethan Gilmore.*

*Posdata: No aceptaré una negativa por respuesta.*

—¿Qué vas a decirle? —preguntó Charlize, mientras engullía su cuarto bombón de chocolate con avellanas.

—Declinaré su oferta.

*Señor Gilmore, declino amablemente su oferta para cenar. Mi buen padre, que en paz descanse, me enseñó que las hijas de un conde deben huir de los cobardes.*

*XXX. Una dama a la que un hotelero puso en duda su integridad.*

*Posdata: No se ofenda.*

—Acabaremos durmiendo debajo de un puente —se molestó Cleopatra cuando terminó de escuchar la respuesta de su hermana a la misiva.

—Nos echará a patadas, Freyja, porque por mucho que le ruegues que no se ofenda después de llamarlo cobarde… Lo hará.

—No lo hará porque sabe que en verdad somos las pupilas de Ross y que Sutherland es su mejor amigo. No se atreverá a echarnos por más ganas que le entren —aseguró Freyja.

—Estás jugando con fuego —dijo Charlize, después de tomar un pedazo de pastel de frutas confitadas.

—Y tú acabarás sin caber en esos costosos vestidos que he pagado. Deja de comer, Charlize —la sermoneó Freyja.

—¡El dulce me hace sentir menos infeliz! Es lo que merezco, un poco de compensación por todo el calvario que estoy sufriendo —se excusó Charlize.

La nota fue depositada en la mano del empleado y Freyja rezó para no estar equivocada en sus conjeturas, porque el señor Gilmore podría hacer que pasasen la noche a la intemperie…

Mientras veía al hombre marcharse para descender las escaleras, suspiró. Era hija de un conde. Muy arrogante también.

Cuando cinco minutos después, la puerta de su habitación comenzó a ser aporreada sin remilgos y con violencia, Freyja se temió lo peor.

Sus hermanas dijeron al unísono:

—Te lo advertí.

# Capítulo 9
# Un torbellino

Freyja se dispuso tras la puerta, tomó una gran bocanada de aire y compuso su sonrisa más afable. Abrió.

—¿Señor Gilmore? ¿Hay fuego en el hotel?

—No bromee con el fuego —la reprendió.

Ella se llevó una mano al corazón.

—No pretendía hacerlo, solo he supuesto que habría ocurrido una gran desgracia puesto que alguien estaba aporreando la puerta de mis habitaciones.

—Me ha llamado cobarde —dijo sin preámbulos.

Ella se dio un par de golpecitos en la sien con el dedo índice, como si estuviese pensando en lo que escribió en la última misiva.

—Oh. No creo haberlo hecho, señor Gilmore.

—Deje esa pose de inocencia fingida, señora.

—Lady Freyja —lo corrigió.

—Es usted demasiado orgullosa, ¿se lo han mencionado? Sí, seguro que sí… —respondió él mismo a su pregunta.

—No le he llamado cobarde. —Freyja observó que él alzaba una ceja amenazante—. No de modo abierto, solo dije que mi padre me enseñó a huir de…

—Los cobardes —terminó él por ella.

—Así es. No entiendo por qué se muestra tan ofendido. Mis hermanas me hicieron desistir de mi idea inicial y la respuesta que le llegó era más amable de la que pensaba ofrecerle.

—¿Qué pensó hacer? —preguntó, sabiendo que se acabaría arrepintiendo por haber emitido la cuestión.

Ella sonrió con afabilidad.

—Estuve tentada a dibujar una gallina, señor Gilmore.

Él sacó todo el aire de sus pulmones por la nariz para mostrar su irritación, pero ella se fijó en sus ojos y él se estaba divirtiendo. Eso la tranquilizó un poco.

—Me tiene donde quería, lady Freyja —arrastró el título—, estoy aquí para pedirle que sus hermanas y usted cenen conmigo.

—Ah, pero no va a ser posible.

Él dio un paso al frente. Ella retrocedió medio. Estaba demasiado cerca, y por primera vez desde que había empezado ese extraño juego entre ambos, ella se dio cuenta de que no debió haberle llevado hasta el extremo.

—Bajarán a las ocho en punto al salón principal y serán mis invitadas personales.

—No —negó ella.

Una vez más los dos se quedaron mirándose con fijación. Freyja lo examinó con atención. Tenía el pelo oscuro, casi negro, salvo por algunos cabellos grises, fruto seguramente de la presión que sufría como propietario de un hotel tan famoso. Sus ojos eran azules, muy diferentes a otros que ella recordaba, aunque se veían mortales en esos momentos. Era más grueso de la habitual, pero en un hombre de su porte y altura eso era bueno, lo hacía parecer peligroso.

—¿Debo suponer que no me dará el gusto a no ser que me disculpe?

—Tal vez —dijo ella con la nariz en alto. Más altiva, imposible. Pero él se dio cuenta de que ella tenía la risa bailando en su mirada.

—Lo siento —dijo entre dientes y en tono bajo.

—¿Qué ha dicho?

—Ya me ha oído.

—Creo que no.

—No me haga mostrarme inflexible, milady. Por mucho que nombre a sus vasallos, el conde y el duque, aquí soy la ley y no tengo por costumbre arrastrarme por nadie.

—Si yo hubiese mentido, señor Gilmore, me habría sacado de aquí a patadas, estoy segura. Habría dado un espectáculo conmigo y con mis hermanas. Le escuché bien cuando dijo que lo haría. ¿Por qué tengo que contentarme con menos de lo que apostó?

—Es usted dura.

—Lo soy. Teniendo una horda de hermanas que pueden convertir mi mundo en un inferno, no creerá, señor Gilmore, que me dejo ganar con facilidad.

Se escucharon a sus espaldas varios jadeos llenos de inconformidad por lo que ella acababa de hacer. Freyja tuvo la confirmación de que la estaban espiando, aunque ya lo sabía de antemano.

—Baje a cenar conmigo y le contaré lo que he averiguado sobre el barón Rendow —dijo en tono bajo para que sus hermanas no lo escucharan.

Ella se obligó a no mostrarse sorprendida por las palabras que acababan de ser dichas. Era evidente que el hotelero tenía que estar al tanto de todo lo que sucedía en la ciudad y que muy posiblemente, después de haber recibido la confirmación del señor Golden sobre el estatus y riqueza de las cuatro, Gilmore hubiera querido averiguar más sobre ellas. Si en poco tiempo había sido capaz de conocer la delicada situación de Charlize, el asunto era más serio de lo que Freyja había previsto.

—Primero escucharé una disculpa clara.

—Veo que no va a jugar la baza del despiste y negar algún asunto con el barón. La admiro un poco por su determinación, pero esa cabezonería suya será su perdición, milady. Las veré abajo. Sean puntuales.

Con eso él dio media vuelta y la dejó sujetando la puerta de la habitación.

—Presuntuoso… —masculló Freyja.

Cuando regresó a la sala, no tuvo que narrar lo acontecido, dado que cuando Freyja se giró para ir a buscarlas, observó que las tres estaban escondidas espiándola sin remordimientos. Todas sonreían.

—Es mu gua… po —dijo Charlize, mientras tragaba el último de los bombones de chocolate.

***

Como era de esperar, las cuatro hermanas bajaron al comedor principal a la hora ordenada, donde una doncella las acompañó hasta otro privado de dimensiones más pequeñas. El que solía utilizar el señor Gilmore para atender a las visitas más destacadas. Freyja estaba segura de que la pobre mujer había dicho esas palabras por recomendación de su patrón.

—Estoy muy emocionada —dijo Charlize cuando tomó asiento. El señor Gilmore no había llegado todavía y las cuatro estaban en sus respectivas sillas en torno a la mesa.

—¿Por haberte zampado todos los dulces, Char? —bromeó Caliope.

—No me gusta que mi nombre se acorte —apuntó—. En cuanto a lo otro, tenía derecho a hacerlo —replicó la aludida—, puesto que estoy malhumorada y el dulce es una excelente cura para mi dolencia. Estoy emocionada, porque veo que finalmente sí es cierto eso de que cuando una mujer contradice a un hombre que no está acostumbrado a que le planten cara, él se queda fascinado con ella.

—¿De dónde has sacado esa tontería? —preguntó Freyja acalorada.

Charlize agitó los hombros.

—De ti y del señor Gilmore. ¿Crees que hubiese sido tan insistente si tú no lo hubieses fascinado? —preguntó despreocupadamente la hermana menor.

—¿Quieres dejar de repetir la palabra fascinación, Charlize? —inquirió molesta—. Además, estoy convencida de que el dueño del hotel solo nos ha invitado, ordenado más bien, que cenemos con él para reafirmarse. A ningún hombre le gusta que una mujer se muestre por encima de él.

—No lo creo —siguió Charlize con sus conjeturas—. El villano Rendow…

—¿Villano Rendow? ¿Es su nuevo título? —preguntó Caliope, interrumpiéndola.

—Sí. Me debatía entre Diablo Rendow o el Villano Rendow, creo que la segunda opción es más… comedida.

—Me gusta. Sigue con tu planteamiento, Charlize —le sugirió Cali.

—¡Me has hecho perder el hilo de mis pensamientos, Caliope!

—Hablabas de la fascinación que siente el señor Gilmore por Freyja porque ella lo ha desafiado.

—¡Cierto!

—¡Por Dios! —exclamó Freyja mientras Cleopatra se reía al ver la escena.

—Decía que como todas somos tan dadas a salirnos con la nuestra…

—Tú más que el resto —observó Cali ante las palabras de Charlize.

—Solo porque soy más exigente —respondió la aludida a la acusación no tan velada —. Como decía, antes de que Caliope me interrumpiese tres mil veces, me gusta la idea de que los hombres se fijen en las damas que los irritan, porque nos dará ventajas a todas nosotras. Creo que no tenemos ni un poco de sumisión y eso nos garantizará excelentes partidos.

—Lo que dices es la tontería más grande que jamás hayas dicho —le dijo Freyja.

—Nada de eso. Es un hecho constatado. Cuando desafié a Villano Rendow a obligarme a casarme con él, comenzó a dispensar todos esos rumores. Es evidente que lo disgusté y él se quedó prendado de mí. —Charlize chasqueó la lengua—. Pobre Villano Rendow, estuvo tan devastado con mi rechazo que lo obligué a pensar un malvado plan.

Ante la revelación, Freyja escondió el rostro tras sus dos manos. Caliope comenzó a negar con la cabeza sin dar crédito a lo que había dicho su hermana menor. Cleopatra estaba con la boca abierta.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Charlize?

—Claro que sí, Freyja —dijo la otra sin inmutarse.

—Cuando él confesó su primer malvado plan, eso es la apuesta, tuviste que salir huyendo de allí, no quedarte para desafiarlo y lanzarle un reto… —dijo desolada Freyja.

—Eso no sería aceptable, hermana. Soy una Archer. Nosotras no nos amedrentamos.

—Sí, Charlize, a veces hay que hacerlo para salir de líos espantosos como en el que estás.

—Además, le di un puñetazo, un poco menos fuerte del que le di a Bedford.

—¿Qué? —preguntaron las tres a la vez, interrumpiéndola.

—Seguro que no estoy en un lío tan grave —siguió hablando Charlize.

—Lo estás —dijo Freyja—. ¿Qué dijiste de un puñe…?

—¡Pamplinas, Freyja!, estás aquí en la ciudad y sé que lo arreglarás todo como sueles hacer. Tal vez acabes casada con el señor Gilmore y él nos eche una mano para hacer entrar en vereda al Villano Rendow.

—¿Planeando una boda, damas? —preguntó el aludido a la espalda de las hermanas.

Freyja gimió en alto. Caliope se rio. Cleopatra buscó un rincón para esconderse. La única que se veía como si no acabase de poner en ridículo a su hermana mayor y al gerente del hotel era Charlize. Pero por supuesto la hermana pequeña nunca se veía sus propios defectos. Todo lo contrario. Charlize le sonrió al recién llegado, con su mejor sonrisa, una que le había dedicado al villano que no había merecido ni un segundo de su tiempo y dijo:

—Tal vez. Todavía no he decidido si, en caso de que usted se declarase a mi hermana mayor, yo podría considerarlo digno.

—¡Charlize! —la reprendió Freyja mortificada. Entonces Freyja recordó el motivo por el que había mantenido en el campo a Charlize todos esos años. ¡Era imprevisible!

—¿Qué? —preguntó la hermana pequeña como si no hubiese sucedido nada desastroso. Al no recibir respuesta, procedió a seguir con su explicación—: No lo condeno por carecer de un título, es evidente que tiene una riqueza propia que posiblemente rivalice con la tuya —alegó mirando a Freyja—. Incluso diré que no es ningún cobarde, puesto que se ha atrevido a plantarte cara sin pestañear. Solo por eso estoy dispuesta a concederle una oportunidad. Hará bien en no desaprovecharla, señor Gilmore —añadió mientras regresaba la mirada hacia él.

—Es definitivo, estoy mortificada —exclamó Freyja, quien luego se giró para mirar a Cleopatra—. Dime, hermana mía, dime que estoy soñando y que si me pellizco despertaré, porque como esto esté sucediendo no me quedaré ni a pasar la noche aquí.

—¡Freyja! —saltó con indignación Charlize—. A los hombres no les gustan las mujeres dadas a los dramas. ¿Quieres que el señor Gilmore se replantee la idoneidad de cortejarte?

—¡Dios mío! Yo debí haber sido una bruja malvada en otra vida y Dios me castiga en esta contigo, Charlize —le dijo con irritación Freyja.

Caliope y Cleopatra parecían divertidas con el aprieto en el que la menor había metido a la mayor.

—Oh, Freyja, deberías darme las gracias por estar allanándote el camino. Es un hombre apuesto, es rico… Eso creo que ya lo había dicho, y todavía no ha salido corriendo después de escucharme hablar. Sé bien todo lo que he dicho, hermana, no soy tan estúpida como crees. Él sigue aquí. —Charlize volvió a mirar al hotelero, quien parecía estar divertido, y le dijo

—: De acuerdo, señor Gilmore ha pasado la primera prueba. Puede tomar asiento junto a nosotras —lo invitó Charlize como si ella fuese la dueña del lugar.

El aludido comenzó a reírse. Después del asombro inicial que lo dejó mudo, había entendido el juego que se traían todas… Al menos eso pensó. Aunque era un juego extraño. Uno que lo involucraba ante el altar no debería parecerle gracioso, y en vez de disculparse, alegar que tenía una reunión importante y dejarlas cenar tranquilamente, tal y como había previsto hacer, se encontró aceptando el asiento que había entre la denominada Charlize y la hermana mayor.

—Son ustedes un grupo peculiar.

—¡Está usted ante la mejor cosecha de Luffgarden! —exclamó con orgullo Charlize —. ¿Os acordáis de que papá siempre solía decir esas mismas palabras para referirse a nosotras, mientras nuestra madre aplaudía su ocurrencia?

Freyja vio que a su hermana pequeña comenzaba a temblarle el labio inferior. Se apresuró a levantarse para abrazarla desde atrás de la silla y le pasó un pañuelo.

—Están sucediendo muchas cosas en tu vida, Charlize, algunas muy complejas, es natural que evoques la figura de nuestro padre para buscar protección.

—Aunque nuestro padre estuviese vivo, Freyja —dijo con decisión Charlize mientras se limpiaba las lágrimas—, siempre acudiría a ti para solventar todos los contratiempos con los que me enfrentase.

—¡Ooooh! Y por eso es imposible enfadarse contigo durante más de dos minutos seguidos.

—Lo sé. Soy excepcional incluso para lograr un imposible. Si entra en la familia, señor Gilmore —le decía Charlize—, tendrá que acostumbrarse a nuestros desacuerdos, salidas de tono y múltiples abrazos. También aprenderá a que suelo inspirar odio y amor casi al mismo tiempo —le dijo con una brillante sonrisa.

—Y ahí está de nuevo la Charlize de siempre —dijo devastada Freyja, mientras regresaba a su asiento.

—No te quejes, hermana, él todavía sigue sentado. Había esperado que al ver a una mujer llorando, saliese a toda prisa. —Charlize miró al señor Gilmore—. Me está impresionando y es poco habitual que alguien lo haga en un corto periodo de tiempo. Ha pasado la segunda prueba. Hay grandes perspectivas sobre usted.

Ethan sonrió a modo de respuesta. Estaba demasiado divertido como para marcharse.

—Doy fe de eso —apuntó Cleopatra—. Llevo conviviendo con ella toda su vida y todavía no me ha dedicado ni un solo cumplido. Lo que más nos dice, casi a todas horas es que nos odia, o que estamos en este mundo para convertir el suyo en un infierno.

—¿Celosa, Cleopatra? —se jactó Charlize mientras le guiñaba un ojo.

—Nada de eso, pero el señor Gilmore debería estar agradecido, Char, porque en vez de insinuar sin sutilidad que lo encuentras un excelente partido para Freyja, pudiste considerar que sería un fabuloso esposo para ti. Y ahí, te aseguro que él habría salido corriendo de aquí a Júpiter sin detenerse ni para tomar aire.

—Qué tontería más grande, Cleopatra. Por favor, no acortes mi nombre. Y… estoy segura de que el señor Gilmore es un hombre con un gran sentido de la aventura y que en caso de haberme propuesto encandilarlo yo misma, y no ofrecérselo en bandeja a Freyja…

—¿Por qué no cenamos? —preguntó la aludida para ver si cesaba de una vez la conversación.

—… él hubiese aceptado el reto —continuó Charlize, orgullosa de su disertación.

—¿Entiendes que estás en un grave problema por lanzar un reto, Charlize? —preguntó Caliope, adelantándose a su hermana mayor.

—No hay ni un solo inconveniente que Freyja no sepa cómo resolver. —Miró con atención al señor Gilmore—. Es cierto, es una mujer fascinante, pero estoy segura de que usted ya lo ha observado con anterioridad. Freyja es extremadamente competente en todo lo que hace. Solucionar problemas es mi mayor virtud.

—Sospecho que su hermana mayor suele arreglar lo que usted estropea, milady.

—¡Señor Gilmore! —dijo irritada Charlize—. Acaba de perder puntos por esa observación tan poco caballerosa. Se lo perdonaré porque me ha caído en gracia, pero no haga que lamente haberle conocido.

—Le pido disculpas —se retractó Ethan con seriedad.

—Bien. Ahora… me muero de hambre. ¿Dónde está la cena? —preguntó Charlize.

—¡Pero si te has comido todos los dulces! —exclamó Cleopatra—. Es imposible que puedas comer un bocado más.

—Eran dulces, Cleopatra, tú lo has dicho. Ahora necesito algo más consistente y salado. ¿Cenamos? —insistió Charlize, a lo que Ethan dio la indicación oportuna para que las doncellas comenzasen a servir.

El resto de la cena transcurrió entre una conversación más insustancial y correcta. Charlize tuvo a bien dejar de martirizar a su hermana y el señor Gilmore se mostró alegre y muy educado con todas.

Cabe decir que las tres hermanas no le quitaban el ojo de encima a Charlize. No porque tuviesen miedo de que volviese a hacer una de las suyas, sino porque parecía un pozo sin fondo. Se comió todo lo que le pusieron delante. Desde la sopa de cebolla, al faisán con miel y patatas, pasando por un plato de pescado que podría ser merluza.

Cuando trajeron los postres, budín de chocolate con galletas, las tres se asustaron un poco, pues cuando terminó de rebañar el cuenco, Charlize comenzó a proferir gemidos de quejas.

—Creo que no me siento bien —dijo al tiempo que se agarraba el estómago.

—¿¡Cómo vas a estarlo!? Si parecías una ballena engullendo toda el agua del mar —apuntó Cleo.

—Es momento de que me retire a mi habitación —informó Charlize mientras le daba una mirada de reprobación a Cleopatra—. Que alguna me acompañe y, señor Gilmore, haga el favor de que alguien me suba una infusión de manzanilla o alguna otra hierba.

Ethan cabeceó. Ciertamente debería estar agradecido de que esa pequeña bruja no acabase fijándose en él.

La menor de las Archer se puso de pie, con la ayuda de Caliope y las dos se marcharon de inmediato.

Se quedaron en el salón Freyja y Cleopatra con él.

—¿No deberían acompañarla? ¿Sería conveniente que avise a un médico?

—No, Charlize está perfectamente bien. La he visto comer mucho más cuando está seriamente deprimida —apuntó Freyja—. Solo ha dicho que estaba indispuesta porque sabe que usted tiene información sobre el barón Rendow y desea que me lo cuente.

—¿Así que es verdad que piensa solucionar este desaguisado, milady? Es un problema complejo.

—No conoce a Freyja, señor Gilmore. Si fuésemos católicos mandaríamos a la Santa Sede una petición para que la canonizasen. Mi hermana obra imposibles. Rendow deseará haber contrariado a otra joven dama, porque no verá de donde le va a venir el castigo.

—Estás asustando al señor Gilmore, Cleo. Pensará que soy una bruja malvada en esta vida y no que lo fui en otra pasada, tal y como insinué al principio de la velada.

—Estoy segura de que el señor Gilmore, más que asustado, está fascinado.

Freyja gimió en alto.

—¿Vas a empezar ahora tú, Cleo?

—No, solo quería irritarte un poco. Puesto que la que toma todas las decisiones importantes eres tú, y nos has enseñado bien lo que es la discreción, diré que he visto una pequeña biblioteca junto al gran comedor. Si no hay peligro de que una joven dama como yo deambule por su hotel, iré a investigar allí. Confío en que será un caballero y que las palabras de Charlize, que solo buscaban incomodarlo a usted y a Freyja, no sean tomadas al pie de la letra. Mi hermana mayor afirma que jamás se casará, así que supongo que tanto Freyja como usted, están a salvo el uno del otro. ¿Correcto? —preguntó con una ceja alzada.

—Son un grupo muy peculiar. Definitivamente lo son. Le doy mi palabra de que en mi hotel está a salvo, y de que su hermana será tratada con el mayor de los respectos por mi parte.

—Perfecto, te esperaré en la biblioteca, Freyja, cuando termines ven allí. —Cleo se giró hacia el señor Gilmore—. Gracias por darnos cobijo en su hotel y por una deliciosa cena.

Freyja estuvo satisfecha con los modales y la franqueza de su hermana. Ambos se quedaron allí. Un lacayo había servido un clarete para los dos. Se lo bebieron.

—Le pido mil disculpas, milady.

—¿Así? ¿No de una en una? —bromeó ella, mientras le mostraba una sonrisa tranquilizadora.

—Supongo que Luffgarden, ese lugar de donde salen las mejores cosechas, es su casa de campo.

—Mi hogar. Al menos lo era hasta que el conde de Ross lo heredó.

—Lo siento.

—No importa. Mis hermanas son lo único que debe ser preservado. Puedo ser una leona cuando algo las afecta, como ya habrá comprobado.

—Aquí en Londres, las damas de alto rango visten a la última moda, además, no suelen desafiar abiertamente a los caballeros. —Él le sonrió. Ella se dio cuenta de que acababa de explicarle el motivo por el que no creyó su palabra cuando la vio en el vestíbulo horas antes.

—Lo sé, pero apenas hemos llegado hoy a la ciudad. Bueno, Charlize y Caliope,

como se figurará, estaban ya aquí disfrutando de la temporada. Cleopatra y yo teníamos previsto ir a la modista lo antes posible.

—Tendrá un carruaje dispuesto para ustedes a la hora que me indique. Son mis invitadas especiales, lady Freyja, y no solo lo digo porque siempre cumplo mi palabra. Lo haré encantado porque hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una velada tan…

—¿Desvergonzada? ¿Loca? ¿Desastrosa? —Lo ayudó Freyja—. Puede elegir el calificativo que más le convenga y le prometo que no me enfadaré. Es lo que tiene habernos criado en un ambiente distendido, con mayor libertad, por decirlo de alguna manera. Nuestros padres eran bastante progresistas y creo que yo lo soy todavía más.

—Atípica. Sin los velos de la etiqueta más rígida y la hipocresía más profunda. Son ustedes refrescantes. ¿Cuánto hace que se ocupa de sus hermanas menores?

—Cinco años.

—¿Con o sin la ayuda de lord Ross?

—El conde ha estado ocupado con sus asuntos en Europa. Ha llegado hace poco a Inglaterra.

—Dicen que es un gran diplomático. No tenía motivos para aceptar un puesto en el Ministerio, porque es conde y todo eso. Sospecho que es un gran patriota.

—No me cabe la menor duda de que debe serlo. ¿Conoce al barón Rendow?

—Llega el momento de hablar de lo importante. He oído hablar de él, un tipo sin un penique. Deberían alejarse de él todo lo que puedan durante la temporada.

—Tengo que hablar con él.

—¿Me ha escuchado? Mi recomendación es que se aparten.

—Debo verlo, señor Gilmore.

Él la miró a los ojos sin decir una palabra durante unos segundos. Freyja sentía como si estuviese haciéndole un examen exhaustivo.

—¿Qué me está pidiendo, milady?

—¿Podría conseguirme sus señas?

—No creo que sea una buena idea. Su hermana está condenada, el matrimonio es su

única salida. Eso o marcharse al campo y esperar un par de años hasta que todo el mundo olvide el incidente.

—La rendición no entra en mis planes. No sacrificaré a Charlize por el hambre de riqueza de un villano. Otra cosa sería que mi hermana hubiese decidido aceptarlo, pese a que él se hubiera comportado como un ser vil.

—¿Por qué quiere ir a visitarlo? No será agradable, se lo aseguro.

—Aunque no tiene derecho a saber nada sobre mis asuntos, señor Gilmore, le diré, para que se quede más tranquilo, que el único motivo para realizar esa visita es para exigirle mil disculpas a ese hombre, que por supuesto recitará arrodillado mientras yo tomo una taza de té frente a él. Y le aseguro que las recitará todas y cada una —sentenció con convicción.

Él sonrió con satisfacción.

—Parece usted un militar, lady Freyja. No deja de sorprenderme. La tomé por una ladronzuela, una embaucadora que había logrado persuadir a tres incautas para seguirle el juego.

—¿Quiere que vaya pidiendo una taza de té, señor Gilmore? Porque estoy a punto de demandar que se disculpe usted por sus palabras durante un siglo.

—No pretendía ofenderla, solo le expongo que me dejé llevar por mis prejuicios. No suelo equivocarme nunca. Es la primera vez que ha sucedido. Es bueno que esto haya pasado, porque me recuerda que no es sano desconfiar siempre de lo que uno tiene ante la vista.

Ella le sonrió.

—¿Me dará la dirección del barón?

—Se la haré llegar a su habitación. Si quiere, puedo acompañarla.

—Le agradezco el gesto, pero le aseguro que no es necesario. Me basto sola para atemorizar a un incauto que ha tenido la inmoralidad, y el poco acierto, de molestar a Charlize. Esta tarde una de mis hermanas aseveró que como castigo deberíamos permitirle casarse con Charlize, porque ese sería su peor castigo. Si le soy sincera, valoré esa opción un segundo.

Ethan comenzó a reírse sin contención.

—Es muy resuelta su hermana. Creo que el hombre que la acepte por esposa, va a tener una vida divertida. ¿Cómo piensa actuar con Rendow? ¿Qué hará una vez que tenga al barón delante, además de obligarlo a disculparse? —Ethan Gilmore estaba intrigado con toda la situación.

—No suelo determinar un plan de ataque hasta el último minuto, cuando las buenas acciones fallan. Me bastará mirarlo para ver qué debo hacer.

—Debe tener cuidado. Ross debería ocuparse de esto, y en su ausencia, debería acudir a Sutherland, pese a que no es muy dado a ocuparse de asuntos femeninos que no son su responsabilidad, lo hará por su mejor amigo.

—Mi padre, señor Gilmore, se removería en su tumba si su hija mayor, a la que educó y crio desde pequeña para tomar las riendas de la familia porque sospecho que él sabía que estaba muy enfermo y nos lo ocultó a todos, acudiese en busca de ayuda cuando la situación no es desesperada.

—Es desesperada, lady Freyja —la corrigió con suavidad—. El barón está desesperado —repitió—, como un tigre que ha visto un pequeño hueco entre los barrotes de su jaula. No soltará la fortuna que sospecho que trae bajo el brazo lady Charlize con facilidad. Su hermana está en un embrollo muy peliagudo. Rendow no se retractará a menos que Ross o Sutherland lo obliguen. Le aconsejo que aguarde la llegada del conde. He oído hablar de Ross, una sola mirada suya congelaría el infierno. Uno de ellos dos son su mejor baza. Rendow no se rendirá ante una mujer, por mucha fascinación que despierte. —Le sonrió seductor.

Ella se removió en su asiento al darse cuenta de un asunto embarazoso.

—¿Estuvo espiándonos durante mucho tiempo, señor Gilmore? —Era evidente que sabía más de la conversación que había mantenido con sus hermanas que lo que Freyja había previsto.

—Lo suficiente como para decidir que no ofrecería la pobre excusa que había ideado para dejarlas cenar en soledad. Se lo he dicho antes: son refrescantes.

Ella cabeceó afirmativamente. Después de todo el gerente del hotel era un hombre sensato y decente.

—Necesito pedirle un favor más.

—Son mis invitadas por tiempo indefinido, milady. Solo tiene que dirigirse a mí, o a mi personal, y tendrá lo que demande. Todos están al tanto de este hecho.

Ella cabeceó en señal de gratitud.

—Dos de mis hermanas se alojaban con los señores Wall.

—Lo sé.

—Veo que está al corriente de nuestra situación.

—Es mi trabajo saber quién entra en mi casa.

—¿Su casa? —preguntó frunciendo el ceño.

—Este hotel es mi hogar. El hogar de mis empleados. No permito la entrada a nadie que no lo merezca. El barón Rendow, por poner un simple ejemplo, no pasaría de la puerta de la entrada. ¿Qué es lo que necesita, milady?

—Los Wall, hasta que el asunto de Charlize estalló, se habían ocupado de ella y de Caliope. Contaba con los consejos de la señora Wall para visitar una modista y guiarnos a todas para entrar en sociedad. No había puesto un pie en Londres jamás. Mi padre despreciaba la ciudad e hizo un buen trabajo haciendo que yo, sin conocerla, la detestase también.

—¿Qué necesita? ¿Una guía?

—Creo que sí. Me vendría bien encontrar a una dama que no tema los desafíos, que comprenda que Charlize es inocente en todo este feo asunto y que nos ayude a entrar en sociedad. Estoy decidida a no huir y a darles a mis hermanas una temporada. Rendow no va a echarme de aquí.

—Estoy seguro de que Ross le dará varios nombres que…

—Señor Gilmore —lo interrumpió—, no creo que el conde decida venir.

—Ups —frunció el ceño—. Veo que después de todo, usted no fue completamente sincera conmigo en nuestro primer encuentro.

—Y yo veo, después de todo, que usted no ha recitado más que una sola disculpa.

—*Touché*. Declararemos el juego en empate, milady. Haré un par de averiguaciones y veré si hay alguna dama lo suficientemente atrevida para aceptar un desafío como lo son sus hermanas y usted misma.

—Le estaré eternamente agradecida. Mi abogado ha iniciado los preparativos para arrendar una casa en Mayfair, le prometo que seremos una carga para usted durante poco tiempo.

—Creo que no lo ha comprendido, lady Freyja. Dije que serían mis invitadas y lo son. Se quedarán aquí el tiempo que sea necesario. Un día o toda la temporada, pero no les permitiré marcharse de mi hotel para ir a una mohosa y solitaria casa.

—Seguro que en Mayfair no hay ni un solo edificio con las características que usted alude.

—Mohosa, tal vez no, pero convendrá conmigo en que un hotel es mucho más

interesante que una solitaria casa.

—Sí. La soledad puede ser aterradora cuando una se da cuenta de que en verdad existe.

Unos ojos azules intensos pero helados le vinieron a la mente. No se había permitido pensar en Aidan ni un instante. Suspiró. Se dio cuenta de que lo necesitaba a su lado. Sería un excelente apoyo para lidiar con la situación, pero él había dejado muy clara su postura. No había nada más que lamentarse por el pasado.

Freyja no debería permitirse el lujo de recordar al heredero de su padre. Así que no lo haría nuevamente. Solas.

Charlize, Cali, Cleo y ella misma vencerían al villano de un modo u otro.

# Capítulo 10
# El escarmiento

A la mañana siguiente, antes del desayuno, Freyja tenía la dirección exacta del barón Rendow. Antes de que sus hermanas se despertasen, ella salió a toda prisa para ver qué tipo de hombre era.

No hacía falta ser demasiado inteligente para suponer que era un desgraciado falto de honor. Sin embargo, ella prefería primero conocer a su oponente para determinar el mejor modo de proceder. Antes de dejar caer toda su ira sobre él, le daría la oportunidad de enmendar su mal. Si bien el señor Gilmore le había advertido sobre el carácter mezquino del barón, ella podía llegar a ser más letal todavía. ¿Una mujer rica, sin perspectivas de casarse y sin ánimo de sociabilizar? No tenía nada que perder, dado que en el peor de los casos, si todo salía mal, Freyja se llevaría a su familia lejos del escándalo, donde nadie las conociese, y en el mejor, libraría a Charlize de un destino que su hermana no deseaba alcanzar como esposa de un villano.

Se enfundó su mejor vestido de mañana, ese era uno de fondo blanco con pequeños pájaros de colores, se colocó su discreto bonete y salió decidida a poner orden en el asunto.

Un carruaje, cortesía del señor Gilmore, la dejó frente a la casa. Por descontado que el gerente del hotel, quien le había dicho que se llamaban Ethan, insistió en acompañarla, pero ella declinó la oferta con suma cortesía una vez más.

Freyja agarró la aldaba y la hizo rebotar contra la puerta, con firmeza, un par de veces. Un lacayo joven, o tal vez fuese el mayordomo, salió para recibirla.

—¿En qué puedo ayudarle, señora?

—Lady Freyja Archer, estoy aquí para ver de inmediato al barón Rendow.

—Lord Rendow no recibe visitas.

Ella interpretó que el villano estaba en casa.

—Lo esperaré frente a una taza de té, porque a mí sí me recibirá. —Freyja dio un paso hacia adelante, el hombre no se atrevió a cerrarle la puerta, supuso que porque habría reconocido el apellido o algo similar.

La acomodó en una salita. Freyja se dio cuenta de que en la casa había pocos muebles y que las piezas lujosas habían sido vendidas, porque el hogar del barón presentaba un estado lamentable. Vacío.

Media hora después, tal y como ella supuso que ocurriría cuando el que parecía ser el único miembro del servicio que tenía el villano a su cargo le dijese quién lo esperaba, lord Rendow apareció. Por descontado no le trajeron el té, ella sospechaba que incluso la porcelana habría sido vendida o los deudores habrían saqueado la casa.

El hombre entró en la estancia. Apuesto, tal y como había dicho Charlize, pero con una expresión en los ojos que a Freyja no le gustó en absoluto. ¿Cómo había logrado engañar a Charlize? Seguro que la pequeña estuvo tan impresionada con todo lo relativo a los bailes, las cenas, caballeros y salidas sociales, que no vio con ojo crítico lo que se presentó ante ella.

—Milady… —comenzó a decir lleno de sonrisas.

—¿Su título fue una herencia sin fortuna o ha perdido todo su dinero debido a sus correrías, lord Rendow? —Lo frenó ella, con sequedad y con una mirada penetrante digna del mismísimo conde de Ross y Luff.

—¿Ha venido a mi casa dispuesta a insultarme, lady Freyja? Eso es una descortesía incluso para una lechera recién llegada del campo, por más que sea la hija de un conde.

Ah. Él tenía agallas y no se escudaría en la fingida cortesía. Lo respetó un poco más, pese a haberla insultado con furia.

—Le diré como va a ir esto.

Él se sentó en la otra silla que no había podido vender y la miró con diversión.

—Si dispone que debe ser una boda rápida, tendrá que prestarme los fondos para hacerme con una licencia especial. Aunque por lo que sé, tiene usted más fortuna que su propia hermana menor.

—Se rectificará de inmediato. Emitirá una disculpa muy pública durante un baile que exonerará a mi hermana, eso será en unos tres días. —Ella calculó que para ese momento ya dispondría de la ropa necesaria para poder acudir a una fiesta de categoría.

—No lo creo.

—Luego escribirá una nota al periódico que se le antoje, aunque preferiría que fuese a The Times, y asegurará que todo fue una invención suya. No habrá ni una sola mácula sobre Charlize.

—Creo que sus amenazas me han puesto de muy mal humor. Sí, no lo creo, lo han hecho. Si desea que me case con su hermana para sacarla de la ruina, va a tener que poner más dinero sobre la mesa. Su dote se verá aumentada o la dejaré en el fango donde está.

—Dirá en el fango por el que usted la ha arrastrado. ¿Qué clase de honor le hace a Inglaterra un hombre despreciable como el que tengo delante? ¿Debe pagar la dote de mi hermana sus vicios, sus apuestas y sus mujeres? —Lo vio cuadrar la espalda y se dio cuenta de que había dado en el clavo—. ¿Me dejo algo, milord?

—Si sigue molestándome, le aseguro que la obligaré a ponerse de rodillas.

—¿Es usted un hombre con una mente relajada, Rendow? Debo suponer que sí porque acaba de conocerme y no ha sabido juzgar mi carácter con sabiduría.

—Lo he hecho. Viene ante a mí a presentarse como una tigresa. Siento ganas de cambiar mi presa, porque estoy convencido de que podría domarla, milady.

—¿Sí? ¿Le parezco una mujer que se arrodille para pedir clemencia? ¿Una hermana que sacrificaría la felicidad de Charlize sin luchar con uñas y dientes? Debería observar mejor lo que tiene frente a sus ojos y no subestimarme. Esta es la única oportunidad que estoy dispuesta a darle. No le gustarán las consecuencias que deberá afrontar en caso de no hacer las dos cosas que le exijo.

—Sería una excelente jugadora de cartas. Sus faroles pueden engañar a los incautos, pero no a mí. Está sola, lady Freyja. Charlize ha caído en desgracia y tiene fama de ser una meretriz. Los Wall no le permitirán residir en su honrada casa más de lo estrictamente necesario. Aceptaré una disculpa y una dote más que escandalosa. Esas son mis condiciones para rescatar a su hermana.

—Si yo fuese un hombre nos veríamos mañana al amanecer, puede estar seguro.

—¿Un duelo? ¡Qué manido, lady Freyja! Tal vez pueda convencer a Ross para que venga a desafiarme… —El hombre sonrió como el indeseable que era—. ¡Ah, no! Si decide presentarse ante mí, estoy seguro de que será para darme las gracias por quitarle de las manos a una pupila que hace cinco años que no ve y por quien sospecho que no siente cariño alguno. Estoy bien informado. Soy un depredador, como ya se figurará, y cuando salgo de caza, sé la clase de víctima que deseo capturar.

—¿Cazar? ¿Usted? Cazar es sostener sobre un hombro un rifle y apuntar sin perder el tiempo. Mi padre me enseñó cuando era pequeña. Soy una rastreadora nata, muy ducha con las

armas. Muy calculadora cuando alguien me incita a convertirme en cazadora. No, milord, lo que tiene hoy aquí, es a una hermana cariñosa dándole la oportunidad de enmendarse. Cuando salga por esa puerta —ella señaló el lugar—, quedará una Archer vengativa dispuesta a todo para impartir justicia. Suya es la decisión, milord. ¿Por las buenas o por las malas?

Él se comenzó a carcajear sin disimulo.

—No ha sido mi elección. Pudo venir a mi casa, hablarme con simpatía, llegar a un acuerdo ventajoso para ambas partes. No, usted, lady Freyja, ha elegido que esto sea por las malas. Acaba de llegar a Londres, dese un paseo con Charlize de la mano y observe lo que la buena sociedad opina de esa pequeña falda ligera. Cuando comprenda que en mis manos está su salvación, estaré dispuesto a aceptar una cifra muy por encima de la que inicialmente habría aceptado por convertirla en mi baronesa. Usted se tragará sus palabras, vendrá a mí mansa y dócil.

—¿Es esa su última palabra?

—La esperaré aquí mañana para escuchar los términos matrimoniales.

—Muy bien. —Freyja se puso de pie, salió de allí sin despedirse y se subió al carruaje para volver al hotel.

Cuando estuvo sentada sobre los mullidos y suaves asientos de terciopelo, se desanudó las cintas del bonete y lo colocó a un lado. Tenía las manos temblorosas y el corazón le latía con fuerza. Había sido un milagro aguantar la serenidad mientras había discutido con el barón.

Había estado a punto de flaquear. No estaba acostumbrada a que la maldad la mirase con una sonrisa y la desafiase. Su padre no mentía. Londres podía llegar a ser muy malvada. ¿Tan frágil era la reputación de una dama? ¿Una mentira y ya estaba mancillada? ¿Qué podían hacer las mujeres para salir ilesas de semejante injusticia? Nada. El Villano Rendow, como lo había bautizado Charlize, estuvo acertado en sus conjeturas. La única solución sería que su hermana menor se casase. Todo se olvidaría al instante. Una mujer casada era respetada. El hombre que la hubiese arruinado era quien tenía la potestad y el deber de rescatarla. ¡Qué injusticia!

Eso se habría dado si las cuatro tuviesen una vida activa en Londres, si se hubiesen criado según las normas establecidas o si aspirasen a ser aceptadas por la sociedad durante toda la eternidad. No. Las Archer estaban de paso, un poco de frivolidad y seguirían su camino. Hacia un lugar que no habían decidido todavía, pero sería lejano. ¿Un viaje tal vez? ¿Establecerse en Escocia? ¿Quedaría allí algún highlander, lleno de músculos, pelo largo y dos metros de altura?

Ella se rio sin humor al tiempo que cerraba los ojos. Aidan. Le había estropeado todo. El único hombre que la impulsó a volver a ser mujer, a mostrarse seductora. ¿Qué estaría

haciendo él a esas horas, mientras ella tenía que tramar un escarmiento que lograse exonerar a Charlize?

¿Cómo podía echarlo tanto de menos después de las duras palabras que le escupió? Ah, pero la ira tenía ese efecto. Ella misma se hubiese echado sobre el cuello del Villano Rendow en caso de no haber luchado contra las ganas de sangre que había sentido.

Lo había llamado Colin. Después de haber intimado con él. ¡Dios! Ni si quiera se dio cuenta de ese hecho. ¿Por qué? ¿Por qué su subconsciente la había traicionado de ese modo? ¿Fue al haber yacido con él en medio del campo lo que evocó aquel fatídico suceso acontecido con Colin? ¿O lo hizo porque temía que Aidan la volviese a dañar? Tenía tantas preguntas, y tanto dolor en el corazón… Lo que era un hecho constatado era que Aidan Andrews había sacado por completo el recuerdo de Colin de su mente.

La noche anterior había soñado con él. Aidan se había presentado en el hotel decidido a luchar por las cuatro. Le había cantado su amor y le ofrecía matrimonio… ¡Qué sueño más inadecuado y tonto! Aidan había dejado más que clara su posición. La había echado de su vida de forma rápida y sin pestañear.

El vehículo se detuvo y ella entró en el hotel para tomar algo de alimento. No se había atrevido a desayunar por si acaso hubiera vaciado el contenido de su estómago debido a los nervios. Así que le contó al resto de sus hermanas lo que había ocurrido con el barón mientras desayunaban en la habitación y a Charlize se le ocurrió cómo vengarse del villano.

Al escuchar la ocurrencia de su hermana pequeña, todas se rieron, creyendo que se trataba de una broma, pero a medida que la menor de las Archer exponía cada punto… ¡Interesante! Tal vez sí podían seguir esa temeraria idea.

Después de decidir que lo harían de ese modo, todas salieron de compras. Recorrer la calle de Bond Street las animó mucho. Estuvieron con una modista francesa que el amable señor Gilmore les había recomendado. Le pagaron un extra más que generoso a la dueña de la tienda para tener los primeros vestidos de gala en un par de días.

Pasearon por buena parte de Londres y se detuvieron a tomar un helado en Gunter’s. Hubo tiempo incluso para dar un pequeño paseo por Hyde Park.

Todas estaban tan animadas, tan sonrientes, que incluso las miradas de desaprobación de las jóvenes y las familias a las que Charlize había saludado mientras paseaban, no lograron hacer mella en sus ánimos.

Pronto lo solucionarían todo. Un par de días era lo que precisaban.

En el momento en el que llegaron al hotel, el señor Gilmore les señaló que la vizcondesa Darrill, Lily Forest, había decidido amadrinarlas pese a la historia de Charlize.

Por lo que Freyja pudo entender, la dama había sido actriz y cuando el vizconde la conoció desafiaron a todos para poder casarse, así que era una dama forjada en lo más cruel de Londres.

Al día siguiente tomaron el té con ella. Era una viuda de unos cincuenta años, pelirroja y se veía que había sido muy temperamental en su juventud. Les explicó que uno de sus dos hijos, el heredero del vizconde, estaba disfrutando de un tour que duraba ya dos años, mientras que el pequeño atendía sus negocios, y que ella se sentía sola y aburrida por lo que el reto que le planteó el señor Gilmore pareció despertarla de su letargo. Si bien hacía tiempo que no acudía a grandes fiestas, todavía contaba con amigos leales que la recibirían con los brazos abiertos.

Era poco convencional que ellas residiesen en un hotel sin ningún hombre que las custodiase, pero Gilmore se había mostrado intratable con respecto a que ellas se mudasen a casa de su nueva amiga la vizcondesa, o que tratasen de rentar otro lugar. Así que se quedaron donde estaban.

Decidieron, junto con la vizcondesa Darill, que asistirían a la fiesta de los condes de Essex. Y precisamente allí, las cuatro llevarían a cabo su plan de escarmiento. Lady Darrill les había informado de que la casa de los condes contaba con un jardín cuya parte oscura debían evitar. Esa fue una clara señal de que ahí sería donde ellas actuarían.

La próxima fase de ejecución necesitaba la intervención del señor Gilmore. Así que Freyja le pidió al hotelero que el barón fuese invitado a la fiesta donde ellas iban a estar. A la hermana mayor de las Archer le daba en la nariz que Gilmore era un hombre de muchos recursos y que se las idearía para lograr lo que le había pedido. Trató de hacerla cambiar de idea sobre el hecho de mantener cerca al barón si en verdad Charlize estaba decidida a no casarse. Ella le aseguró que era solo porque su hermana pequeña quería valorar sus opciones. Una mentira piadosa para que él no se inmiscuyese en el plan que habían trazado las cuatro y posibilitase que Rendow estuviese en el lugar que debía.

Con todo a punto para la primera fiesta donde aparecerían todas juntas tras el escándalo, se dispusieron para la función.

Freyja llevaba un vestido verde de corte imperio, de raso, con un escote muy discreto, que sin enseñar el nacimiento de sus pechos, acentuaba sus ambos encantos con gran elegancia. Su pelo estaba recogido y dado que las cosas personales de las cuatro habían llegado a Londres desde Luffgarden justo a tiempo, tenían en su poder algunas joyas de su madre, las que no estaban ligadas al título, por descontado. Además de unos pendientes largos de diamantes, Freyja se había colocado una pequeña tiara que la hacía asemejarse a una princesa prusiana.

Se veía reflejada en el espejo y le gustaba mucho lo que veía. Por un instante, debido a la ropa costosa, a su peinado elaborado —cortesía de Gilmore puesto que les había cedido a un par de doncellas para ayudarlas— y las joyas, ella no se veía fea. Más bien todo lo contrario. Se

sentía poderosa, hermosa. Una guerrera dispuesta a ir a la batalla.

Un empleado del hotel las avisó de que el carruaje de la vizcondesa las estaba esperando y las cuatro bajaron. Al llegar a la recepción del hotel, el señor Gilmore las estaba esperando.

Freyja vio que las miró a todas y cada una con admiración.

—Ahora sí afirmo con rotundidad que estoy ante las cuatro hermosas hijas del anterior conde Luff. Una bella cosecha, sin lugar a duda.

Ellas se rieron embelesadas por la galantería y agradecieron el cumplido.

Poco después entraron en un gran salón de baile, donde las lámparas de araña brillaban con fuerza, la música sonaba con alegría y todo el mundo departía y sonreía. Sus hermanas bailaron con los caballeros que se acercaban a preguntarles. Las pequeñas no tenían permiso para bailar el vals, dado que las matronas del club para damas y caballeros de Almack's no les habían otorgado el visto bueno. Pero disfrutarían de las cuadrillas, reels y demás danzas sin problemas.

La vizcondesa y Freyja misma no se habían alejado demasiado de Charlize ni un solo instante desde que entraron a la fiesta.

Los invitados murmuraban y miraban descaradamente a Charlize, quien no se mostraba alterada. Freyja la conocía bien y sospechaba que su hermana podría estar disfrutando incluso de su momento de gloria. La fama, ya fuese buena o mala, daba notoriedad. A Charlize siempre le había gustado ser el centro de atención dado que tenía un carácter arrebatador… y belicoso también.

Estuvieron departiendo con varios amigos de lady Darrill durante unos cuarenta y cinco minutos. Entonces sucedió lo que las cuatro habían estado esperando desde que planificaron la velada. El Villano Rendow apareció con esa sonrisa burlona que Freyja empezaba a odiar con todas sus fuerzas.

Los ojos de él miraron primero a Charlize y luego se centraron en Freyja. Deseaba atizarle…

—Char, ¿le diste un puñetazo a Rendow?

—Sí, ya te lo dije. No acortes mi nombre. Ya sabes que no me gusta, Freyja.

—¿Hablaste también de haberle dado otro a Colin? —No dijo nada sobre lo de acortarle el nombre. Eso no era importante.

—Sí.

—No me lo habías contado nunca. Entiendo lo de Rendow, pero ¿por qué le pegaste al vizconde?

Charlize dejó de mirar al mequetrefe y se centró en Freyja.

—¿No lo sabes? —preguntó mientras la miraba con fijación.

—Si lo supiera…

—¡Está aquí! —la interrumpió Cleopatra, que llegaba a la carrera de la mano de Caliope.

—Lo hemos visto entrar. ¿Todas listas? Démosle su merecido a… —comenzó a explicar Freyja.

—Oh. No, no, no… Algo pasa. El vizconde acaba de llegar, pero el señor Gilmore también ha entrado en el salón justo un segundo después. Está allí. —Cleopatra levantó la mano para señalar el lugar. Charlize le dio un manotazo.

—¡No es de buena educación señalar a un caballero, hermana! —la llamó al orden la menor de las Archer.

—Claro… y aceptar los cumplidos y los bailes de un malhechor que te ha arruinado… ¿Eso sí era de buena educación? —contraatacó Cleo.

—Eso es diferente.

—¿Lo es, Charlize? —la desafió Cleo.

—Por supuesto, porque él me engañó bien. De haber sabido que era una rata de alcantarilla no le hubiese dedicado ni dos segundos de mi valioso tiempo.

—Debemos actuar rápido —intervino Freyja—. El señor Gilmore sospecha que nos traemos algo entre manos y si no procedemos de inmediato desaprovecharemos esta ocasión. ¿Listas?

—Tengo miedo —susurró Cleopatra.

—Yo estoy dispuesta a todo —sentencio Cali.

—Yo también —apuntó Charlize con decisión.

—Cleopatra, si no deseas intervenir, las tres somos capaces…

—No, no, Freyja, lo haré. Solo… ¡Vamos! —exclamó decidida.

Charlize buscó a su rival y no despegó los ojos de él. Le sonrió con coquetería mientras desplegaba el abanico, y entonces él comenzó a andar hacia ella. Según el plan esta hermana Archer se debía mover con sigilo y discreción hasta las puertas francesas que daban acceso a una gran terraza. Salió, bajo la atenta mirada del resto de sus compinches y del barón.

—Cleo, necesito que entretengas al señor Gilmore durante un rato para que no nos siga. Cali y yo iremos tras Charlize y procederemos con el plan. En cuanto logres librarte de él, ven con nosotras fuera, las cuatro somos más fuertes cuando estamos juntas.

—¿Cómo lo entretengo?

—Pídele un baile. —Le sugirió Cali a Cleopatra.

—Las damas no hacen eso —se quejó la aludida.

—Tampoco hacen lo que nosotras vamos a llevar a cabo, así que tu mejor baza es que él esté bailando contigo durante un rato. Eso lo despistará para que Freyja y yo podamos ayudar a Charlize.

—De acuerdo. Id con nuestra hermana pequeña, yo me encargo de Gilmore. —Cleo buscó su retículo y se lo cedió a Freyja—. La cuerda está ahí. Manos a la espalda…

—Lo sé, lo sé. Ve a por él. —Freyja le dio un empujón a su hermana para que saliese al encuentro del hotelero, quien las miraba con fijación. Un tipo listo. La hermana mayor tomó nota de no subestimarlo nunca.

Como era de esperar cuando Cleo se presentó frente a Ethan Gilmore para solicitar un baile, de una forma nada discreta, él no pudo negarse.

Las otras dos hermanas salieron hacia el oscuro jardín donde, nada más entrar a la fiesta habían estado para inspeccionar la zona y decidir un punto de encuentro. Tal y como habían establecido Charlize estaba con Rendow… ¡besándose!

Tanto Freyja como Caliope gimieron por la escena que tenían frente a ellas. Bajaron la vista y observaron que, con habilidad, Charlize tenía las manos de él justo tras la espalda masculina. No querían ni imaginar el juego que le habría sugerido Charlize para llevar a cabo esa situación. Freyja se dispuso a agarrarle las manos con fuerza mientras su hermana pequeña lo besaba con más ímpetu y se las ató rauda y de modo brillante con la cuerda que le había dado Cleopatra previamente. Tras esto, Charlize se separó de los labios de él y entre las tres le colocaron un pañuelo de seda en la boca para acallarlo, dado que él gritaba, se movía y mostraba

signos de ser un luchador concienzudo. Así que Charlize tuvo que sacar un puñal de una pequeña funda, que tenía colocada en el muslo izquierdo y le colocó el metal cerca de la yugular.

—Ya, a portarse bien, o las cosas acabarán muy mal para usted. —El barón se calló de golpe y se quedó quieto. Debió de ver algo muy peligroso en la mirada de su atacante para optar por dicha actitud.

—¡Charlize! —gritó Freyja al ver el arma.

—No grites, hermana —recomendó la aludida, si no quieres llamar la atención más de lo necesario.

—¿De dónde has sacado el puñal?

—Del mismo lugar que tú el tuyo.

—¿Cómo sabes que llevo uno?

—Porque siempre me subestimáis. Me consideráis una pequeña caprichosa sin sesera, pero soy bastante inteligente. —Charlize dejo de mirar a Freyja y se centró en el vizconde —. Nacimos y crecimos en el campo, desde pequeñas nos aficionamos a la caza, tal y como le dijo Freyja. Su mayor error fue coaccionarme, milord. Pudo haberme atrapado de otro modo, usted me agradaba muchísimo. Si hubiese sido sincero sobre su necesidad económica, yo hubiese valorado muy positivamente la acción. Esta noche sería nuestro baile de compromiso y todos estarían felicitándonos por la buena pareja que hacíamos.

—Charlize… —comenzó a decir Freyja—. No tenemos tiempo para esto.

—Tiene que comprender que no ha obrado bien. Nadie acorrala a una Archer y sale indemne, ¿recuerdas lo que le hicimos a John? Le hice una bonita cicatriz porque trató de robarme un beso.

Freyja recordaba esa situación. Charlize le había dado un puñetazo —su hermana era muy aficionada a darlos— y luego le dio un empujón, con tan mala suerte que se abrió la cabeza y le quedó como recuerdo de su acción una cicatriz de lado a lado.

—Yo seguiré a partir de aquí, Charlize.

—Muy bien —cedió la pequeña de las Archer.

Freyja se colocó delante de él.

—No hizo caso de mi primer aviso. No estaríamos así si se hubiese disculpado y admitido que todo había sido una mentira.

Escucharon que él comenzaba a negar con fuerza. Caliope y Freyja miraron a Charlize.

—Hermana… ¿tienes algo que confesar?

La menor movió la mano para hacer un aspaviento.

—Fueron unos pocos besos robados… El problema radicaba en que él sabe cómo besar y tiene la mano muy larga…

—¡Charlizeeeee! —gimió Freyja.

—Bueno, los hombres tienden a ser… apasionados cuando besan… Tú lo sabes bien, ¿no, Freyja?

—¿Yo? ¿Por qué iba a saberlo?

—Cierto vizconde también se puso ansioso… ¿no lo recuerdas? —la desafió Charlize.

—¿Qué? —Freyja estaba abatida. ¿Sabía Charlize que ella y Bedford…? ¡Era imposible! En aquel momento su joven hermana no era más que una niña de unos trece años… ¡Madre del amor hermoso!

—Ya me has escuchado, creo que no querrás mantener esta conversación ahora mismo aquí.

—Dime al menos si este canalla hizo nada irreparable, porque entonces sí que se casará contigo y las cuatro lo haremos entrar en razón, aunque sea a golpes, Charlize.

—¡Claro que no lo dejé salirse con la suya! Soy muy capaz de detenerme, pese a que, en honor a la verdad, sus besos eran expertos y sus manos hábiles. Si hubiese obrado mejor, lo habría podido aceptar.

—¡Charlizeeeeee! —Freyja estaba mortificada.

—Soy pura como la nieve. ¿Podemos seguir con el plan?

—Hablaremos más tarde —la avisó Freyja.

—Como quieras.

Freyja carraspeó para retomar el hilo de sus pensamientos.

—Bien. No habrá matrimonio. No importa lo que haga, diga, incluso si dice otra mentira más elocuente sobre mi hermana. Somos mujeres de campo, no nos gusta demasiado la ciudad. Estamos de paso y luego seguiremos nuestro camino, Escocia, Irlanda o incluso la toscana italiana.

—Sí, la Toscana. ¡Sí! Podríamos ir a allí.

—¿Me dejas terminar el discurso, Charlize?

—Sí, disculpa, ha sido la emoción del momento.

—La única forma de que mi hermana pequeña se case con usted es que lo acepte. Ni la presión social ni lo que invente a partir de ahora logrará su objetivo. Ha visto que somos capaces de todo. Esto no es más que el principio. —Freyja se acercó mucho para mirarlo a los ojos. De un modo aterrador, opinaron las otras dos hermanas mientras contemplaban el suceso —: Le juro por Dios, que somos capaces de cualquier cosa para salvaguardarnos las unas a las otras. No voy de farol. Ve mis ojos, si es un jugador experto, puede leer la mentira. ¿Me cree, lord Rendow? —Él afirmó con la cabeza—. Vamos a soltarlo, pero como no haya una disculpa pública pronto y una nota aclaratoria en el periódico, le demostraremos que sabemos sangrar a un cerdo.

—Ah, sobre eso de cortar y la sangre —intervino Charlize—… ¿Puedo llevarme una oreja de recuerdo? —La dama comenzó a tocarle la derecha y él se erizó—. Arrebatarle una oreja no afectará a su buen aspecto, puede dejarse crecer el pelo y tapar su falta. Por favor, Freyja, un recuerdo de lord Rendow para mí… —pidió como la niña consentida que aparentaba ser.

—Te prometo que lo haremos si él no cumple lo que le pedimos. Si no nos hace caso, lo volveremos a buscar y entonces lo prepararemos todo mejor que hoy y le cortaremos una oreja.

—Freyja, eres mi querida hermana mayor, pero siempre serás una aguafiestas —dijo en un puchero Charlize, mientras se metía la daga de nuevo en el muslo.

—¿Qué diantres ocurre? —Una potente voz masculina llegó desde las sombras. Nada de palabras floridas, puesto que la estampa era del todo curiosa e incluía a un hombre atado de manos y amordazado, que parecía tener mucho miedo.

Las tres se giraron alteradas para descubrir una figura alta e imponente masculina.

—¿Excelencia? —graznó Freyja. Oh, Señor bendito del cielo y la tierra… ¡El duque de Sutherland!

—¿Qué es todo esto? —Gilmore acababa de aparecer con Cleopatra.

—¿No pudiste entretenerlo y librarte de él? —se quejó Caliope

—¡Hice todo lo posible! —se defendió esa hermana Archer.

—Qué poco útil resultas —dijo Charlize para censurar a Cleopatra después de suponer lo que le habían ordenado sus otras dos hermanas sobre entretener al hotelero.

—¡Estamos así por tu culpa! Deberías darme las gracias —se enfadó Cleopatra.

—¡Haya paz, niñas! —intervino el duque de Sutherland.

—Me dijo que yo estaba siendo un exagerado, excelencia —tomó la palabra Ethan Gilmore mientras miraba con fijación al duque—. ¿Le parece que esto no ha llegado demasiado lejos? Dejar sin atención a cuatro hermanas como estas no era prudente. ¡Se lo avisé y no me dio el crédito que merecía!

Tristan Dankworth, actual duque de Sutherland había recibido la visita del señor Gilmore, a quien él no conocía personalmente, pero del que sí había escuchado hablar, esa misma mañana para llamarlo al orden por no ocuparse de varias hermanas de las que estaba a cargo su mejor amigo. Tal fue la insistencia, que lo hizo sentir culpable y al final decidió asistir a la fiesta para comprobar las sospechas que le había transmitido Gilmore. ¡Vaya! No estaba exagerando.

Los ojos del noble se posaron en Freyja.

—¿Lady Freyja? —preguntó, intuyendo la respuesta a esa pregunta que no necesitaba mayor aclaración. Era evidente para la hermana mayor que el duque la había reconocido.

—Sí —dijo sin avergonzarse.

—La dejé con él… ¿Lo sabe Ross? —Esa pregunta le parecía la más elocuente, puesto que cuando el duque se marchó de allí ambos estuvieron seguros de que la mujer era el ama de llaves.

—Esa pregunta es ambigua.

—Y usted una dama inteligente. ¿Lo sabe Ross o no?

Las hermanas veían el intercambio entre Freyja y el duque con interés. Gilmore lo mismo, e incluso el recluso que ellas tenían atado y amordazado atendía, en silencio y con atención, a lo que sucedía.

—No —respondió con honestidad, intuyendo que Sutherland le preguntaba por su

verdadera identidad.

El duque se tocó con dos dedos el puente de la nariz.

—Le advertí a Ross que la mayor sería la más interesante… —dijo más para sí mismo que para el resto. Suspiró con fuerza y levantó el rostro para observar la escena—. De acuerdo. Abordemos los problemas de uno en uno. Gilmore —miró al hotelero—, llévese a las tres hermanas menores de regreso al salón de baile. Perder de vista a la que ha causado un escándalo puede ser sospechoso para la buena sociedad.

—¡Oiga! —se quejó Charlize—. Soy inocente de todos los cargos.

Freyja y Caliope intercambiaron una mirada cómplice. No estaban muy seguras de la plena inocencia de su hermana después de haber descubierto que ella estaba al tanto de lo ardientes que podían ser los besos.

—He dicho que los problemas de uno en uno. Lady Freyja y yo hablaremos un instante con… ¿Cómo era su título? —le preguntó a Gilmore.

—Barón Rendow.

Sutherland se fijó en el desgraciado al que las damas habían acorralado. Parecía estar a punto de entrar en pánico. Ross no era el único que podía hacer claudicar a alguien.

—Un barón… Ross estaría asombrado por su atrevimiento. Las hijas de un conde aspiran a mucho más. Tiene suerte, milord, de que haya intervenido yo y no él. Puede que mi mejor amigo haya sido negligente al dejar corretear a sus pupilas por Londres sin su supervisión, pero le garantizo que se toma muy a pecho las ofensas sobre su persona. Las hermanas Archer son su responsabilidad y la situación habría acabado en duelo. Ross es un excelente tirador, jamás lo he visto fallar un blanco.

—Quiero verle con más luz. Cuando estemos dentro puede pedirme un baile —dijo Charlize mientras se ponía delante del duque para inspeccionarlo con atención.

Freyja gimió en alto.

—Señor Gilmore, —intervino la hermana mayor—, haga lo que le ha dicho el duque, por favor.

El hotelero se apresuró a hacer lo solicitado.

Sutherland y Freyja se quedaron con el barón, quien no sabía a qué atenerse.

—¿Cuál era el plan exactamente, señora… lady Freyja? —se rectificó de inmediato

al referirse a ella. Los recuerdos le habían jugado una mala pasada.

—Le pedí por las buenas que se disculpase públicamente. En un acto social de su elección y que confesase que todo había sido fruto de una apuesta y su falta de recursos económicos.

—Así que es verdad que él —señaló al barón con el dedo— le ha tendido una trampa a su hermana.

—Así es. Desea su dote, y cuando le dije que además de esa disculpa sería necesario emitir una nota en The Times, lord Rendow afirmó que salvaría a mi hermana si su dote pasaba de ser ostentosa a sumamente escandalosa. Lo avisé de que habría consecuencias y se burló de mí.

—Dios salve al hombre que ose reírse de usted, milady.

Ella sonrió de lado.

—Mis hermanas y yo hemos crecido en el campo, actuamos con decisión y juntas ante los infortunios que se nos presentan.

—Me alegra saber que no son unas muchachas desvalidas, ingenuas y que no temen armar un escándalo todavía mayor —Freyja interpretó que él estaba ironizando medianamente—. Pero lo que han tratado de hacer esta noche aquí es complicado. Rendow pudo haberse replegado a sus deseos, salir de aquí airoso, ir a Bow Street para denunciarlas y luego amenazarla con no retirar la acusación si no se casaba con su hermana. ¿Lo había previsto?

—Todas y cada una de las variantes, excelencia.

Él se quedó con el ceño fruncido.

—¿Y pese a eso se ha arriesgado? ¿Arriesgado la reputación de sus hermanas y la de usted?

—Mis hermanas y yo hubiésemos negado toda acusación. Somos muy convincentes, hemos jugado mucho en casa a las charadas y desde luego nadie se creería que las hijas de un conde armarían un plan para tener a un hombre, nada más y nada menos a uno tan fornido como él —lo señaló con el dedo— amordazado y atado. Le habríamos dado la vuelta alegando a que como Charlize se negaba a sucumbir a su chantaje, lord Rendow había vuelto a inventar una mentira mayor.

—Su idea es osada, pudo haber salido mal.

—No lo creo. Las Archer solemos salirnos siempre con la nuestra. Le aseguro que él

—Freyja señaló al malvado con el dedo— no tenía ninguna posibilidad frente a cuatro asilvestradas mujeres.

Sutherland suspiró y maldijo a Ross.

—Bien. Me ha convencido. Son las cuatro peligrosas. Mucho. E imagino que usted más que las cuatro juntas o tal vez no —dijo mientras pensaba en la que sería la más joven de esas hermanas—. Dado que Gilmore me ha hecho ser un jugador y no solo un espectador en este juego, tomaré, con su permiso, las riendas a partir de aquí.

—Por supuesto, excelencia, y su intervención será más que bienvenida.

—Mi intervención, como usted lo llama, debió haber sido solicitada antes de llegar a este extremo. Soy un duque, lady Freyja, mi palabra es la ley, más para un simple barón. Una advertencia mía y todos los susurros y rumores habrían acabado olvidados en un segundo. Lady Charlize solo hubiese tenido que pasear de mi brazo para que su reputación estuviese restaurada. Sospecho que usted está acostumbrada a hacer las cosas por su cuenta, a no depender de nadie, y por eso no la reprenderé como se merece.

—No estoy acostumbrada, como usted dice, a pedir ayuda, excelencia. Solo estoy yo al frente —observó y Sutherland la entendió de inmediato.

El duque afirmó con la cabeza y luego se acercó al barón, le desató las manos que tenía a la espalda, pero mantuvo la mordaza ahí. Incluso cuando el villano trató de quitársela, el amigo del conde de Ross le agarró con fuerza las manos para refrenarlo.

—Escuchará y no abrirá la boca en mi presencia. ¿Lo ha entendido?

El barón afirmó con la cabeza y se quedó muy quieto. Entonces Freyja se dio cuenta de que el duque era más que capaz de poner la misma voz helada, punzante y mortífera que su mejor amigo. De pronto, le pareció estar frente a un hombre muy peligroso, desprovisto del buen humor que le atribuyó en un primer momento.

—Hará lo que la dama ha exigido. Lady Freyja y yo regresaremos al salón principal, usted se quedará aquí para adecentarse un poco y en cuanto atraviese las puertas del salón, explicará, conforme le parezca conveniente y siempre dejando clara la inocencia de lady Charlize. —Él recordaba el nombre exacto y eso no era nada bueno—. Mañana escribirá una nota y el periódico, siempre ávido de un buen chisme, la publicará sin que tenga que pagar para hacerlo. Luego le daré una merecida recompensa por su acción y se marchará de Londres una temporada. Un año o dos. No lo vea como una huida, es por protección, porque cuando mi mejor amigo escuche lo sucedido, querrá verle más que muerto. No cesará hasta que usted esté pasando hambre y frío, no importa el tiempo que le lleve. Ross se vengará, lo hará porque es así cómo actúa para proteger lo que está bajo su cuidado. Cuando regrese a Inglaterra, usted no hablará de las pupilas de lord Ross porque no deseará despertar al dragón que confío que esté dormido. Y

hará todo lo que le he solicitado porque las damas también cuentan con mi apoyo incondicional y estoy dispuesto a retarlo a duelo aquí y ahora, con todas las consecuencias que ello implique… para usted, no para mí. Los duques con poder, ricos y con buena reputación, no acaban en la Newgate. La cárcel está pensada para tipos como usted. ¿Alguna duda al respecto? —El hombre negó con la cabeza.

Sutherland no añadió ni una sola palabra más. Había dicho más que suficiente para intimidar al malhechor. Le ofreció el brazo a Freyja, ella lo aceptó y procedieron a regresar a la casa. La dama se fijó en que el barón no los seguía.

—¿Está seguro de que hará lo que dice?

—Lo hará o se marchará de Londres en el acto. Solo tiene dos opciones y yo le he asegurado que le daría dinero por su… tardía caballerosidad con respecto a su hermana.

—Me parece injusto que después de todo salga de este embrollo con una recompensa que no merece.

—Las cosas se solucionan de modo más rápido y efectivo con dinero.

—Yo hubiese logrado mi objetivo sin darle un solo penique.

—Lo que ha hecho ha sido temerario y muy peligroso. No debió haber puesto en peligro la reputación de sus hermanas y la suya.

—Estoy acostumbrada a obrar del modo en el que considero oportuno —le recordó.

Sutherland suspiró. La dama era más arrogante que el propio Ross.

—¿Qué pasó con mi amigo en cuanto me fui de…? ¿Cómo se llama su hogar?

—Luffgarden no es mi hogar, excelencia. Es propiedad de Ross.

Tristan dejó de caminar. El duque la miró a los ojos.

—¿Se ha peleado con él?

—No.

—Uhm… Creo que es usted una mentirosa muy elocuente. Ross no tolera la mentira. Cuando descubra el engaño, estará usted en serios problemas.

—No lo creo. Él no tiene ningún poder sobre mí. No es mi tutor.

—No lo es, cierto, pero… ¿No puede contarme al menos lo que ha sucedido entre ambos? Es extraño que se haya quedado en Luffgarden él solo. —No tenía noticias de su mejor amigo, por lo que supuso que él seguiría en el campo.

—No está allí.

—Ah —dijo—. Me extrañaba mucho que la hubiese dejado ir con facilidad.

—Lo que dice no tiene ningún sentido. Insisto en que él no está vinculado a mí de ningún modo.

—Pero lo están sus hermanas. Yo estuve allí, lady Freyja. Vi cómo le caía, literalmente, en los brazos. No la soltó con facilidad.

—Fue caballeroso, nada más.

—¿Durante tanto tiempo? Un caballero deja de inmediato a una dama en el suelo, no la reclama más tiempo del necesario. No, la quiso sostener por algún motivo. Ross huye de las mujeres con rapidez. Cree que todas son unas embusteras como… —Se detuvo.

—Le escucho, excelencia, no me deje en ascuas.

—Usted no comparte información conmigo y por lo tanto yo no diré nada más que traicione la confianza de mi mejor amigo.

—Me parece justo. Debe saber, excelencia, que en cuanto Charlize se canse de Londres, me iré con mis hermanas.

—Charlize, un nombre curioso. ¿Cómo la hermana más pequeña ha logrado meterse en este gran enredo? ¿Debo suponer que es la más atrevida? —Freyja afirmó con la cabeza—. Sospecho que esa dama rige la vida del resto.

Sutherland se sonrió al recordar como la pequeña endemoniada se había colocado frente a él para examinarlo sin pudor y luego le había sugerido que le pidiese un baile. ¿Todas las Archer eran así de intrépidas? Seguro que sí, porque la hermana mayor que lo acompañaba se veía mucho más que endemoniada e intrépida. Con razón Ross no quiso regresar de inmediato a Londres con él cuando la descubrió en Luffgarden.

—Somos únicas.

—Ross también. Puede tratar de huir, milady, pero si mi amigo siente que tiene algún tipo de asunto pendiente con usted, la encontrará incluso en el fin del mundo.

—Pero él no quiere…

—Deje el tema. No nos pondremos de acuerdo sobre esto. Usted es demasiado testaruda para comprender que si su hermana acaba de salir victoriosa de una situación compleja, usted está en una todavía peor. Ahora adelántese y entre primero en el salón de baile, yo la seguiré en unos minutos y el barón, que está pacientemente apostado a unos metros de nosotros, lo hará de inmediato.

Freyja se giró para comprobar si eso era así. En efecto. El villano estaba donde el duque había dicho.

—Gracias por su ayuda, excelencia. Esta noche se ha ganado una buena amiga.

—Creo que he hecho mucho más que eso y sé que todavía me queda más por hacer…

Ella frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Lo entenderá llegado el caso. Entre —le ordenó y ella lo hizo.

Todo sucedió como había dicho el duque que había de suceder. El barón tintineó una copa, pasó a relatar entre bromas y sonrisas el malentendido que había ocurrido con respecto a lady Charlize, de quien se deshizo en halagos y bonitas palabras, para eximirla de toda culpa. Añadió que como él era un caballero de los pies a la cabeza, era su deber contar la verdad a los cuatro vientos para que una inocente no sufriese por una tontería.

El duque bailó con las cuatro hermanas esa noche. Para el primer baile eligió a Charlize y Freyja contó con el último.

La hermana menor lo atosigó hasta lograr un segundo baile y Sutherland tomó buena nota de mantenerse lejos de esa mocosa insolente.

La popularidad de todas acababa de subir. Sutherland no acudía a fiestas sociales con asiduidad. Tampoco bailaba con debutantes. Más allá de mostrar su apoyo con las pupilas de Ross, el duque acababa de lanzar un mensaje claro: las cuatro estaban bajo su protección mientras el conde de Ross y Luff no apareciese en Londres.

No disfrutó de las sonrisas y las palabras afiladas que le dispensó Charlize durante el evento. Esa muchacha le causó un gran dolor de cabeza.

Por otro lado, una nota, en esa misma línea que las palabras dichas en alto por el barón durante la fiesta, apareció pocos días después en la edición de The Times.

Charlize era libre. Freyja no sabía si eso era algo bueno a malo, porque su

caprichosa hermana desearía permanecer en la ciudad y ella necesitaba escapar. ¿Escapar? Qué pensamiento tan alarmante… Como si en verdad el amigo del duque fuese a perseguirla…

Seguro que no.

# Capítulo 11
# La búsqueda

Aidan Rufus Anthony Andrews no era un hombre paciente, pero sí comedido. Tampoco era dado a dejarse llevar sin medir las consecuencias de sus actos. Pero con ella había saltado al vacío y lo había hecho sin pestañear, porque le había parecido lo correcto. También una señal. La señora Archer, Freyja, le había caído del cielo. En los brazos. ¿Qué otra señal necesitaba para dejarse seducir por una bonita mujer que resultaba ser todo un misterio de lo más natural? Nada. Se había sentido tentado desde que la rozó y la miró a los ojos. ¿Por qué no correr hacia lo que deseaba?

Un rasgo que definía muy bien a Aidan era su dureza. De carácter malhumorado, tal vez agrio, siempre había sido muy autoritario. Era un hombre y más que eso, un conde, así que se le exigía que estuviese al mando de gran parte de todo lo que acontecía a su alrededor. La compañía de ella lo hacía sentirse más relajado. No era solo por estar en el campo, sin demasiada gente a su lado. Era ella. Lo hacía sentir amigable. Un poco más humano. Menos conde, por decirlo de alguna manera.

Le había agradado desde el primer segundo. Había sido evidente para él mismo y también para su amigo Sutherland. Debería agradecerle al duque, la próxima vez que lo viese, que se hubiese largado a toda prisa. O tal vez no. Porque la pelea que había tenido con Freyja lo había hecho sentirse furioso.

Le había hecho el amor. Ella fue la que propició la seducción que él se moría por iniciar, pero Aidan llevó a cabo toda la acción. Con ganas. Con ansia. Con devoción. La había amado. No solo fue un acto físico. Fue imposible estar con Freyja y no ofrecer todo lo que uno era sin reservas.

Había tenido amantes. Pocas, pero alguna había habido. No fue así antes. Podría ser un tópico decirlo y muy descabellado admitirlo. Los hombres no dejaban entrever sus sentimientos más tiernos. Eso era para mujeres, pero para Aidan había sido imposible quedarse al margen mientras la besaba, la acariciaba y le hacía el amor. Se había entregado a ella sin reservas. Se había fundido con ella. La deseaba tanto que dolía, por eso cuando al final la tuvo se percibió como si hubiese estado corriendo sin parar durante largos años y al fin había alcanzado la meta.

La había ofendido cuando le dijo que deseaba mantenerla como amante. Un conde no se casaba con una mujer sin conexiones, ni aunque ella fuese tan rica como afirmaba ser. Sus convicciones sociales se habían visto reducidas a la nada en cuanto pudo meterse en su interior y acariciar su alma. Era un conde, podía desafiar las normas, casarse con una cocinera si eso era lo que deseaba. ¿De qué servían el poder, la posición y la fortuna, si no se desafiaba a todo por el amor, la pasión o lo que uno más deseaba?

Estuvo a muy poco de ponerse de rodillas y pedirle matrimonio. Hubiese sido un ridículo espantoso.

Colin. Lo había llamado Colin. El nombre del vizconde Bedford. Ella amaba a ese hombre. Sus palabras previas al acto que habían llevado a cabo cobraron sentido. Se sentía abandonada por él. Lo había utilizado para olvidar sus problemas, su malestar por la vida que otra mujer le había robado a Freyja. Su Freyja. Mentira. Ella no era suya. No quería serlo. Lo había herido de un modo cruel, porque aunque su acto carecía de premeditación, ella había insertado un puñal en su corazón para luego retorcerlo con fuerza. Cuando eso sucedió, Aidan reaccionó como un lobo al que apaleaban y solo tenía como opción enseñar los dientes y morder para defenderse.

Él se había dejado llevar por los celos y el dolor. Tenía que reconocerlo. Ladró, mordió y la insultó, con el único fin de hacerle saber lo duro que era sentir un dolor tan fuerte. Tal vez para ella lo sucedido entre ambos no significó nada.

Mientras el carruaje circulaba a toda prisa hacia Escocia, se dirigía al norte porque así debía hacerse, Aidan cerró los ojos y pensó en su difunta madre. En su fallecido padre. El dolor del pasado lo atravesó. Un bache en el camino hizo que abriese los ojos para recordar cómo habían sido los últimos días de su miserable vida.

Había ladrado y mordido. Para herir a Freyja. Con el único fin de sentirse mejor. No. Error. No sintió paz ni satisfacción. De acuerdo. En el momento en el que le dijo todas aquellas cosas y la acusó de ser… No lo repetiría ni en su fuero interno. La había acusado de cosas que un caballero nunca le diría a una mujer. Había sido débil y se lamentaba por ello. No fue su mejor movimiento, pero la furia mal contenida no lo dejó ver más allá de la razón. Después del golpe de Freyja se había quedado tan dolido que habló, habló y habló, sin medirse. Ella no se defendió. La echó de la propiedad, aun a sabiendas de que era la primera mujer con la que se había sentido cómodo por primera vez en años. No esperó respuesta ni la azuzó para que se explicase. Solo acusó. No se dio cuenta de eso último hasta que llegó la noche. Se había refugiado en una posada cercana para calmarse y meditar, para averiguar cómo debería seguir a partir de la terrible discusión que había tenido con ella. Freyja, cuyos ojos caramelo y esa pequeña cicatriz en el labio no podía dejar de ver ni mientras mantenía los ojos abiertos.

En la posada se dio cuenta de que marcharse de ese modo tan intempestivo había sido adecuado para dejar enfriar la situación. Era un hombre demasiado temperamental que toleraba muy poco los errores… Entonces… ¿por qué necesitaba tiempo para pensar en lo que

hacer con Freyja?

Estaba encaprichado, embelesado o enamorado de ella. Cualquiera de las tres cosas porque no podía dejar de pensar en esa mujer tan poco ortodoxa que se había colado bajo su piel.

La razón le decía que por la mañana, cuando se levantase, se marchase a su casa y se olvidase de las hijas del anterior conde Luff y de Freyja. El corazón, el deseo y alguna otra cosa que no sabía cómo llamar, le decían que tenía que aclarar las cosas con ella antes de marcharse.

El corazón se impuso a la razón, así que al día siguiente de tener aquella desagradable discusión, se presentó en Luffgarden dispuesto a no sacar conclusiones, a escuchar la versión de Freyja, pues era preciso comprender lo que habían significado para ellas las caricias, los besos, el hecho mismo de haberse acostado. Esa era otra razón por la que ella tenía que ser diferente al resto, porque antes hubiese considerado marcharse y mirar hacia otro lado. Había muchas mujeres, más hermosas, menos complicadas, muchas que estarían encantadas de que Aidan pusiera sus ojos en ellas. El problema era que Freyja era la única que se había negado en primera instancia a ser su amante. Esa negativa hizo que todavía la desease más. Era la verdad y tenía que reconocerlo. Y cuando finalmente la tuvo… Lo llevó al cielo para luego arrastrarlo por los infiernos. No solo por el dolor de la revelación: lo había utilizado para olvidar a otro hombre, sino también porque ella no estaba en ninguna parte.

Aquella mañana, no probó bocado, tampoco había cenado la noche previa. Otro signo de que Freyja lo había tocado profundamente. No veía más allá de ella, de saber lo que había sucedido entre ambos, necesitaba una explicación para comprender todo el desaguisado que tenía entre manos.

Cuando regresó a Luffgarden dicha mañana y aquel desagradable mayordomo le informó de que ella se había marchado… El nudo que sintió en el estómago fue demoledor.

La había perdido. No tenía ningún indicador de dónde buscarla. Aidan comprendió que no la quería fuera de su vida. Unas pocas horas enfadado, furioso, y de pronto ella ya no estaba. Freyja había seguido al pie de la letra su petición. ¿Qué esperaba? Ella era más fiera y testaruda que él mismo. Se había dado cuenta de eso desde el principio. Era una mujer resuelta y debía ser de hierro si se había ocupado de cuatro muchachas jóvenes que le habrían dado más de un quebradero de cabeza.

Le pareció que el hecho de que le hubiese llamado por otro nombre carecía de importancia. ¿Cuántas veces él se había encamado con una mujer y había usado un apelativo cariñoso porque no recordaba su nombre? Se negaba a creer que él no hubiese significado nada para ella. Tenía que averiguar la verdad. Un hombre valiente no dejaría que su orgullo se interpusiese más. Aidan no era ningún cobarde. No la dejó explicarse en aquel momento, así que la enfrentaría y si ella determinaba que todo había sido un error, la dejaría ir.

Tenía que encontrarla, era de vital importancia hacerlo y el mayordomo no iba a ser

de ninguna ayuda pese a que Aidan sospechaba que el hombre sabía más de lo que le había dicho.

Montó sobre su caballo y se dirigió a casa del vizconde Bedford, quien lo miró con suspicacia, la misma con la que Aidan lo había observado a él. Lord Ross se presentó a la esposa del denominado Colin, admiró y alabó al pequeño que la vizcondesa le había presentado con orgullo y luego se encerró con *Colin* en el despacho. Recordaba muy bien aquella conversación que ambos mantuvieron.

El carruaje dobló el camino y Aidan cerró los ojos para repasar aquella tensa entrevista con el hombre que Freyja amaba o había amado.

*—Tenía entendido que una de las hermanas Archer estaba visitándolo a su esposa y a usted.*

*—No.*

*—Ah.*

*Ambos hombres estaban sentados uno frente al otro. Bedford lo miraba con fijación y seriedad.*

*—Usted no me agrada.*

*Aidan suspiró. Si a Colin él no le agradaba, Aidan había descubierto que lo detestaba. Los celos eran un poderoso enemigo para uno mismo.*

*—Parece que su matrimonio es feliz. Mira usted con adoración a su esposa —observó Aidan despreocupadamente.*

*Por descontado Colin se tensó.*

*—Tenga cuidado con sus palabras, Ross.*

*—Conde de Ross y Luff, pero le permitiré usar uno de mis dos títulos. —Saber que estaba por encima de Colin en la escala social, de alguna manera lo hacía sentir mejor.*

*—Freyja no está aquí —le informó sin preámbulos el vizconde. A Bedford le gustó ver al conde apretar con fuerza la mandíbula. Usó el nombre de pila de ella con toda la intención del mundo. Ross se dio cuenta.*

*—¿Qué le hace pensar que estoy interesado en saber…?*

*—Puede tratar de engañarse a usted mismo, pero no a mí. Y para que lo sepa, amo*

*profundamente a mi esposa. Mi matrimonio fue apresurado, todo el mundo lo sabe, así que no es un secreto, pero de igual modo, están al tanto de que mi vizcondesa me ama, tal vez en menor medida de lo que yo lo hago.*

*—Y sin embargo Freyja le importa —dijo con suavidad Aidan. Usando su nombre de pila como había hecho su rival. Ese sencillo gesto decía mucho también de él. Colin se dio cuenta.*

*—Es una querida amiga para mí. ¿Sabe? Yo le dije que usted no la dejaría tranquila. Vi esa mirada posesiva cuando la llevé a casa ayer. Usted siente que ella le pertenece —dijo con rotundidad.*

*—Yo también vi algo en sus ojos. —Bedford no iba a hacerlo sentir incómodo.*

*—Preocupación —se apresuró a aclararle a Aidan—. Freyja es una mujer demasiado impulsiva. No mide las consecuencias de sus actos, tal vez eso sea un rasgo que la hace… interesante, pero es un peligro para sí misma.*

*—¿Dónde está? —La conversación estaba durando demasiado. Mejor ir al asunto principal que lo había traído hasta casa del dichoso Colin.*

*—¿Por qué debería decírselo? —preguntó con seriedad.*

*—No tiene ningún sentido que juguemos al gato y el ratón, porque, coincidirá conmigo, lord Bedford, en que ninguno de los dos es un ratón. No me tomará por estúpido y yo no lo haré con respecto a usted. Sabe que entre la señora Archer y yo ha sucedido algo, del mismo modo que yo estoy al tanto de que entre ella y usted hay también una historia que no deseo conocer.*

*Bedford se reclinó en su silla y estudió a Aidan con atención.*

*—¿Con qué finalidad la busca? —preguntó Colin pasados unos largos segundos.*

*—Eso es algo que a usted no le atañe.*

*—Puede que no, pero es usted quien precisa de mi ayuda.*

*Ross le devolvió la dura mirada y luego dijo:*

*—Ella y yo tenemos una conversación importante pendiente.*

*—No lo creo.*

*—Es toda la información que le daré.*

*—Sé que la ha herido…*

*—No tanto como usted —lo interrumpió. Aidan no estaba al tanto de los pormenores, pero se marcó un farol.*

*Colin le sonrió.*

*—No tiene la menor idea de lo que está hablando, puede suponer muchas cosas, pero le aseguro que entre Freyja y yo no hay más que una sana amistad. Ella cuenta con mi protección y lealtad.*

*—¿Debo suponer que no me dirá dónde puedo encontrarla?*

*—¿Qué le ha hecho? Debe ser algo importante, Freyja ama Luffgarden tanto como a su vida, no se iría de allí… —Vio que el conde lo miraba de un modo muy desafiante —. ¡La echó de su hogar!*

*—En primer lugar, no debería hacer suposiciones infundadas, en segundo, Luffgarden no es más que un edificio y Freyja no forma parte de la familia. En tercer lugar, me consta que su amiga —arrastró las dos palabras— tiene muchos recursos, no está desamparada. Me dijo ella misma que contaba con una vasta fortuna.*

*Colin comenzó a reírse con fuerza.*

*—Escocia.*

*—¿Qué? —preguntó Aidan.*

*—Debe ir a buscarla a Escocia —aclaró Colin, pensando que así le daría más tiempo a Freyja para poder escapar de él. Además si el conde en verdad estaba tan interesado en ella, sería una bonita prueba. Le pareció justo infundirle él mismo un castigo por el atrevimiento de haber echado a Freyja de su hogar.*

*Colin sonrió. Su amiga sería una gran estafadora si había logrado mantener tan a salvo su identidad. O eso, o su invitado inesperado no había prestado mucha atención.*

*—Escocia es muy grande.*

*—Lo sé.*

*—¿No me dará ninguna indicación más?*

*—No.*

*—¿La ama? —La pregunta de Aidan salió tan rápido que no pudo contenerla.*

*—¿Y usted? —El vizconde estuvo raudo al plantearle la cuestión más importante.*

*—No es asunto suyo.*

*—Tampoco debo ofrecerle yo mayores explicaciones sobre mi amiga. Todo lo que necesita saber es que me pegaría un tiro antes de hacerle daño a mi esposa, y no es por un sentimiento de lealtad puramente, sino porque no hay otra mujer como mi vizcondesa. Theresa sabe que es la única mujer para mí. ¿Le satisface mi explicación?*

*—Creo que es sincero.*

*—Lo soy y podría abofetearlo, o algo mucho peor, si pone en duda mi aseveración.*

*—Hay una cosa que sí sé con certeza.*

*—¿Cuál? —preguntó al ver que el conde de Ross se quedaba callado tras su observación.*

*—Usted le hizo mucho daño en el pasado.*

*—Yo también sé una cosa con certeza —rebatió Bedford, usando las mismas palabras que Aidan.*

*—Imagino que debo preguntarle cuál.*

*—Usted le ha hecho mucho daño en el presente —zanjó Colin.*

*Ross se levantó de su asiento, sin apartar la mirada, le hizo una corta reverencia y luego se despidió.*

El carruaje descendió la velocidad y Aidan abrió los ojos. Aquella conversación extraña con el vizconde no fue cordial ni cómoda, pero había servido de algo, Freyja no era la amante de Bedford. Lo había visto en los ojos del vizconde y sabía que le había dicho la verdad cuando le confesó estar enamorado de su vizcondesa. Además, tenía una pista de dónde comenzar a buscarla, porque tenía la idea de encontrarla y lo haría. Una mujer como Freyja no pasaba desapercibida, tarde o temprano encontraría un filón. Escocia era grande, pero una mujer allí sola gastando dinero… Alguien le daría una pista.

Aidan miró por la ventana, estaba anocheciendo. Se avecinaban semanas largas, de búsqueda. La seguiría hasta el fin del mundo si eso era lo que hacía falta.

Freyja no se escondería de él. Tenían muchas cosas que aclarar.

***

El duque de Sutherland había descubierto que le gustaba bien poco hacer de niñera, más cuando eran cuatro mujeres y la hermana menor era demasiado… No encontraba la palabra exacta para definir a Charlize Archer, pero no era encantadora. Molesta. Eso era.

Al ver que la carta que le envió a Ross para que se reuniese con él en Londres no había sido respondida, ni su amigo aparecía por la ciudad después de cuatro días, Tristan decidió ir a buscarlo a su finca campestre. Eso y que se había cansado de la impertinencia de Charlize. Esperaba no encontrarlo acostado llorando por lady Freyja Archer, puesto que no había que ser demasiado inteligente para suponer que entre su mejor amigo y esa hermana tan peculiar había sucedido algo trascendental.

Cuando el secretario de Ross le informó de que él se había marchado a Escocia… ¿Qué demonios se le había perdido a Ross en Escocia? ¿Una misión para la Corona? ¿Un viaje para olvidar las desavenencias con la dama?

Sutherland no lo sabía, pero se vio en la obligación de confiar en que el señor Gilmore encontrase el equilibrio para dirigir su hotel y echarles un ojo a cuatro endemoniadas muchachas. ¡Eso era! Charlize no era molesta, era una joven endemoniada. Sí. Eso. Endemoniada. Nacida para volverlo loco. A él y a sus hermanas.

En fin, que Sutherland tenía que ir a buscar a Ross para que se ocupase de sus obligaciones o las cuatro hermanas acabarían… No sabía cómo, pero Tristan tenía que librarse de Charlize del modo que fuese. Además sospechaba que Ross desearía conocer la verdadera identidad de la hermana mayor.

Cuando su mejor amigo se enterase de que la dama lo había engañado se enfurecería. Su amigo era muy reservado con sus asuntos, pero una noche, mientras ambos compartían demasiado licor, Ross no pudo contenerse y le contó la historia de su niñez. Su madre era una embustera y su padre más. Él había sido un milagro porque sus padres… Bien, los matrimonios eran complicados y era del todo lógico que Ross no se fiase de las mujeres.

Sutherland tenía que averiguar si su amigo sentía algo fuerte por lady Freyja o si había sido… ¿qué? ¿Qué habría sucedido entre ambos? Sutherland tenía alguna sospecha, pero necesitaba ver a Ross para comprender el alcance de la situación. Su mejor amigo era un libro abierto para él en alguna ocasión y si lo veía y Ross no manifestaba ningún interés en la dama… Bueno. Se había marchado a Escocia, tal vez no le interesase. El duque gruñó al divisar Glasgow, lugar donde esperaba encontrar a su mejor amigo. Llevaba demasiados días a lomos de un caballo para ser rápido, más valía que su viaje no fuese en balde, porque Tristan acabaría dándole un puntapié a Ross si sus suposiciones fuesen erradas.

Sutherland se dio cuenta de que buscar al conde iba a ser más complicado de lo que pensaba. Lo mataría por darle trabajo. Aunque en honor a la verdad, cuando dos semanas más

tarde logró dar con él gracias a un amigo en común que le dijo donde estaría, lo primero que hizo fue alegrarse para luego gritarle por haberlo metido en sus asuntos.

—¿¡Pensabas llegar al Polo Norte, Ross? —le preguntó el duque en medio del camino. Sutherland, a lomos de un caballo había logrado frenar el carruaje en el que le habían dicho que iba su amigo.

—¿Qué demonios haces aquí, Sutherland? —respondió con otra pregunta Aidan, mientras daba un salto para bajar del vehículo.

—Buscarte para que te ocupes de varios asuntos de mucha importancia.

—¿Qué asuntos?

—Eres el tutor de…

—Eso tendrá que esperar —dijo Aidan, intuyendo que se refería a sus pupilas.

—No. Charlize ha agotado toda mi paciencia, las otras dos del medio son más comedidas, pero también son temperamentales y muy decididas y en cuanto a la hermana mayor… digamos que vas a querer hablar con ella muy seriamente. Así que sube al maldito carruaje, dile a tu lacayo que lleve mi caballo a Glasgow y regresemos a Londres antes de que tus pupilas sean expulsadas de Inglaterra.

—Lo siento, tengo algo importante que hacer.

—¿Qué es más importante que atender tus obligaciones?

Se hizo un silencio tenso.

—Es un asunto privado.

—¿Privado? ¿Desde cuándo somos amigos?

—Desde Eton. Hace ya muchos años de eso.

—¿Y no piensas decirme lo que te ha traído hasta casi el Polo Norte?

—Preferiría no hacerlo. —Aidan no se sentía cómodo con la situación.

—¿Se trata de una misión diplomática secreta? ¿Es eso? ¿Wellington te ha vuelto a pedir…?

—No es eso.

—Por amor de Dios, hace un frío brutal, me has tenido buscándote por media Escocia durante semanas, dime qué está pasando.

—¡Es una mujer! —gritó Ross.

Sutherland se quedó quieto y frunció el ceño. No tenía ningún sentido. ¿Se había equivocado y lady Freyja no era importante para su amigo?

—¿Qué mujer?

Aidan evaluó sus opciones. Sutherland había recorrido un largo camino para dar con él, lo mínimo que merecía era ofrecerle una explicación para honrar su amistad.

—Si te lo cuento no me censurarás.

—¡Habla de una vez, maldito seas! No es momento para andarse por las ramas.

—Soy un conde y…

—¿Qué tiene que ver el título aquí? —lo interrumpió.

—Es la señora Archer. Estoy buscando a mi ama de llaves, a la mujer que viste en…

—La que sostuviste en los brazos, supongo —buscaba una confirmación sellada.

—Es importante que aclare con ella algunos asuntos…

—No entiendo nada, Ross —lo interrumpió—. Si deseas hablar con tu supuesta ama de llaves, ¿qué haces en Escocia?

—Buscarla. Ya te lo he dicho, ¿no me escuchas cuando hablo?

—La señora Archer está con las hermanas en Londres. ¿Por qué deberías buscarla en Escocia?

—¿Cómo has dicho? —Ross se quedó helado y no era por el frío que azotaba esa mañana. Un viejo amigo le había dicho que había una mujer al norte que podría ser Freyja, era rica, un poco excéntrica y acababa de rentar una casa en un pequeño pueblo, así que seguía una nueva pista.

—¿Qué le hiciste a lady… a tu ama de llaves? —se rectificó porque no deseaba desvelarle el secreto todavía. El duque iba a tomarse una pequeña venganza por haberlo hecho ir tras él por Escocia.

—Me importa bien poco que yo sea un conde, tengo asuntos que tratar con esa mujer y creo que… considero que…

—¿Estás enamorado?

Se hizo un nuevo silencio que fue roto por un largo suspiro de Ross.

—Es imperativo encontrarla y aclarar un terrible malentendido.

—No es eso lo que te he preguntado, Ross.

El conde se tomó un momento para valorar la situación.

—¿Estás seguro de que la señora Archer está en Londres?

—Yo mismo estuve con ella y las hermanas hace unos días, antes de tener que buscarte por medio mundo.

—Estás siendo dramático.

—Estoy enfadado, tengo hambre y frío. ¿Nos podemos ir ya a Londres? Y a todo esto… ¿por qué tendría que estar tu ama de llaves en Escocia?

Ross repasó la conversación con Bedford. ¿Le había dado una pista falsa? Maldijo, posiblemente así fue. Tuvo que haber desconfiado más.

—Alguien me dijo que tenía que buscarla aquí.

—Te informaron mal.

—Eso estoy comprendiendo, lo que no sé es si fue por error o con premeditación.

—¿Qué pasó con esa mujer?

—Es un asunto privado.

—Ya veo… —dijo de modo suspicaz.

—No, no lo entiendes. Ahora… ¿nos vamos o seguimos parloteando? —inquirió Aidan mientras regresaba al carruaje.

—Eres del todo imposible, amigo mío, y por eso no te contaré la mejor parte porque no me has dado ni las gracias.

—¿Qué balbuceas? —preguntó Ross, quien no pudo escuchar lo que dijo el conde.

—Estoy deseando llegar a Londres para que lo entiendas —le dijo, con misterio y con media sonrisa.

Lo que se avecinaba iba a ser divertido para todos los implicados. Sutherland ardía en deseos de llegar a la ciudad y que su amigo descubriese allí la identidad de lady Freyja.

El duque gimió en alto al darse cuenta de que el regreso incluía tener que vérselas con Charlize.

¡Qué molestia tan desagradable!

# Capítulo 12
# Un torbellino

El viaje de ida a Londres fue más silencioso que otra cosa. Aunque Ross lo interrogó a conciencia, su amigo no dijo demasiado. Le informó de que había habido un problema con la hermana pequeña, cuya actitud y palabras, el conde se dio cuenta, disgustaban mucho a Sutherland. Charlize era su nombre. Era el que más pronunciaba el duque. Le contó cómo las había encontrado a todas conspirando para darle su merecido al hombre que había tratado de forzar la mano de esa hermana Archer.

Ross ardió lleno de furia al enterarse de que alguien se había atrevido a dañar a quien estaba bajo su protección. Sutherland lo tranquilizó cuando le explicó que el villano se había ido de viaje durante una larga temporada, a lo que el conde maldijo por no poder darle él mismo una buena venganza.

Mentiría sino confesase que el relato de su mejor amigo, sobre lo que tramaron las hermanas en aquel oscuro jardín con el vizconde, no le había causado cierto horror pero también despertó en él una gran curiosidad por conocerlas. Se sintió culpable por haber aumentado la dote de ellas y de que alguien hubiese filtrado la cifra. Sutherland le hizo ver que no fue una decisión sabia. En verdad lo había hecho por el bien de ellas, para que tuviesen más oportunidades, no pensó en que un desgraciado oportunista pudiese actuar de un modo tan vil. Ross había dado por supuesto que en su tierra natal todos serían caballeros. Erró en su consideración. Tal vez la mejor opción fuese dejarlas sin un solo penique para que un hombre, el correcto, luchase por ellas sin que mediase el interés. Lo valoraría a su debido tiempo.

De todos modos, lo que estaba claro era que las Archer, incluida esa mujer que compartía apellido con ellas, eran mujeres extrañas, incautas que había decidido tomarse la justicia por la mano. ¿Habría sido Freyja la instigadora para que las cinco actuasen de ese modo? Veía a la señora Archer capaz de ser la cabecilla en ese plan. Decididamente estaban asilvestradas. Todas ellas. Las cinco.

Ross también tuvo ocasión de decirle a Sutherland que le parecía muy curioso que solo recordase el nombre de la hermana más pequeña, puesto que Charlize aparecía muchas veces en la conversación de ambos y emitía el de las otras tres. Sutherland no le había dado más detalles sobre la señora Archer por más que Ross había preguntado y preguntado hasta la

saciedad.

Cuando llegaron y Ross se enteró de que ellas vivían en un hotel… Mal asunto. Había sido más negligente de lo que había previsto. Cuatro damas de alta alcurnia viviendo en un lugar así… Ross se arrepintió de la palabra que le dio al anterior conde Luff cuando este le informó de que sus hijas estarían bien sin ninguna supervisión, dado que la hermana mayor había sido criada para ocuparse de todo sin ninguna ayuda. Aquella carta que recordaba de su familiar lejano le hizo aceptar varias peticiones importantes del Ministerio y no sentirse tan culpable, puesto que el anterior lord Luff insistió en que sus hijas no saldrían del campo porque, al igual que el padre, detestaban Londres.

Por lo que Aidan había averiguado, era Charlize la que deseaba pasar una temporada en la ciudad. Era demasiado común que tanto Ross como Sutherland se refirieran a la hermana pequeña por su nombre de pila, pero la culpa era de su mejor amigo, quien no para de despotricar sobre la muchacha. ¿Debería preocuparse por ver a Sutherland tan enfadado por todo lo que la joven le había dicho y hecho a su querido amigo?

Los problemas de uno en uno.

Aidan se aflojó un poco el nudo de la corbata. Su ayuda de cámara se lo había apretado demasiado esa noche. Incluso sentía como si los pantalones y la chaqueta de su traje gris oscuro, hechos a medida, se le hubiesen quedado pequeños. ¿O serían los nervios? Algo tenía que ser, porque las palmas de las manos le sudaban como nunca. Ni cuando tuvo aquella importante reunión con un destacamento de franceses en que se jugó la vida, se sintió tan nervioso como lo estaba en esos momentos.

Era cierto que Aidan no había disfrutado de las fiestas en la ciudad cuando la frecuentaba. De hecho, cuando se marchó a Luffgarden a toda prisa, a caballo y con la compañía de Sutherland, para conocer a las hermanas Archer, lo hizo porque en una cena escuchó a una joven que no conocía conspirando con su madre para tenderle una trampa a fin de atraparlo en matrimonio, por eso Aidan simpatizaba más con Charlize de lo que su mejor amigo creía.

—¿Quieres estarte quieto de una vez, Ross? —le ladró el duque, mientras buscaban a las mujeres en medio del salón de baile de los condes… ¿Quiénes eran los anfitriones?

A Aidan ni le importaba ni le apetecía recordarlo. Tanto el duque como él estaban en esa soberbia fiesta porque al llegar al Gilmore Hotel para preguntar por sus pupilas, les habían informado de que las jóvenes habían aceptado una invitación para la fiesta donde Tristan y él se encontraban. Eso de ir en busca de las cuatro hermanas y de una díscola señora Archer con quien tenía mucho que debatir , le hubiese parecido del todo imposible meses atrás. Pero ahí estaba Aidan, buscando con la vista en cada recoveco del salón de baile a Freyja. Una nueva confirmación de que una simple ama de llaves no estaría codeándose con las altas esferas sociales pese a haber asumido la custodia temporal de sus pupilas, si no fuese porque había más, mucho más que él tenía que descubrir. ¿Quién era en verdad la señora Archer? La respuesta a esa

pregunta comenzaba a incomodarlo.

—No la veo… —susurró Aidan, haciendo caso omiso de la petición tan irritante de Tristan sobre quedarse quieto.

—Te veo muy ansioso, Ross.

—Cinco mujeres bajo mi cargo… Es para estar desquiciado.

—¿Cinco? —preguntó con el ceño fruncido el duque.

—Es comprensible que hayas olvidado que son cinco, porque solo te quejas de Charlize. Charlize, Charlize y Charlize… Si vuelvo a escuchar ese nombre una vez más…

—¡Ahí está Charlize! —gruñó el duque, mientras sus ojos contemplaban a esa descarada coqueta batiendo sus pestañas y usando su abanico mientras atendía a un caballero.

—Al fin conoceré a la joven que provoca tu falta de sueño… —murmuró Ross.

—No seas ridículo, Ross, esa joven es problema tuyo, yo solo me preocupaba porque tú no estabas aquí. Ahora que al fin he logrado encontrarte, me retiraré y disfrutaré de un poco de paz. Te recomiendo que averigües lo que ha hecho esa endemoniada hermana durante esas semanas en las que solo Gilmore ha estado vigilándolas.

—Tendré que darle las gracias al señor Gilmore por su paciencia…

—Sí, bueno… con que no trates de asesinarlo servirá. —Lo que Sutherland acababa de ver en la pista de baile lo inquietó. Tal vez no debería haberse guardado en secreto la identidad de la dama, porque…

—¿Por qué tendría que quitarle la vida al hombre que ha custodiado desinteresadamente a las damas que eran responsabilidad mía, Sutherland? —Ross no entendía nada.

—Mantén ese pensamiento cuando lo descubras. Y recuerda que la culpa no ha sido mía. Las tuve que dejar aquí para ir a buscarte.

—No te entiendo, deberías hablar claro. ¿Crees que él se haya podido interesar por una de mis pupilas? —razonó el conde.

—Puede ser —dijo con incomodidad.

Ross se rio a carcajadas.

—¡Eso sería fantástico! Más si la joven le corresponde. Una hermana menos de la que preocuparme, y casada con un hombre al que le tienes gran respeto y que las ayudó mucho, según tu propio relato, con el barón Rendow. ¿Qué tendría de malo entregarle a Gilmore a una de las hijas del anterior lord Luff? Aunque no tenga un título es un caballero, rico además, sería una unión adecuada.

—No creo que estés de acuerdo con esa aseveración. —La dama en cuestión se encontraba bailando el vals con Ethan Gilmore. Sutherland se dio cuenta de que estaban demasiado animados. No había previsto que el hotelero pudiese sentir algo por la mayor de las Archer. Ella sonreía demasiado y su compañero de baile también. Sospechoso.

—¿Tiene alguna falta Gilmore? —Ross se había perdido y su amigo no se explicaba con claridad.

—Ven, vayamos a conocer a las damas.

Se dirigieron hacia donde figuraban Cali, Cleo y Charlize, en la parte este del salón. Ross no lograba ver a la señora Archer por ningún lugar.

—¿Dónde está Freyja? —susurró sin darse cuenta de lo que hacía. Sutherland no le ofreció ninguna indicación. El duque no había previsto que el reencuentro se produjese de ese modo tan extraño. ¿Por qué tenía que estar Gilmore bailando precisamente el vals con la dama que Sutherland sabía que traía de cabeza a su mejor amigo? ¡Mal asunto!

Charlize mostró una sonrisa encantadora cuando vio al duque acercarse con otro hombre de aspecto severo y serio. Se deshizo, al segundo, de un muchacho con quien había estado coqueteando. Tristan sintió ganas de echar a correr y dejar solo a Aidan, pero se contuvo.

—Oh, Sutherland —tomó la palabra Charlize— qué poco galante de su parte marcharse sin haberse despedido de nosotras. ¿Tan malvadas somos que no merecíamos ni una explicación? Han sido casi tres semanas horribles sin su compañía. —La hermana menor batió las pestañas y le ofreció una sonrisa de lo más complaciente al duque.

Ross se quedó asombrado al ver la naturalidad con la que la joven se dirigía, sin pudor, a su amigo. Observó a las que debían ser sus hermanas rodar los ojos en un claro gesto de desaprobación. Al menos esas dos parecían más comedidas. ¿Lo serían?

—Sutherland… —murmuró el conde—. ¿Hay algo que quieras contarme?

—No —respondió raudo para seguir con su plan de acción—: Damas, deseo presentarles a su tutor, el conde de Ross y Luff, Aidan Rufus Anthony Andrews —lo presentó con formalidad—. Querido amigo —Sutherland se digirió a Aidan—, estas son lady Charlize y… Uhm… Ah… —se quedó callado de pronto.

La hermana pequeña le sonrió abiertamente. Pagada de sí misma al saber lo que le sucedía al duque.

—Revela mucho de usted, excelencia, que de nosotras tres solo sea capaz de recordar mi nombre —dijo con picardía la joven.

Sutherland se avergonzó al momento, mientras que Ross acababa de comprender el motivo por el que su amigo se había quedado tan callado y se veía sonrojado. ¡Santos infiernos de Lucifer! ¡Un duque sonrojado! Peor aún… ¡Sutherland sonrojado!

Ross consideró que había sido correcto al poner delante del nombre de pila el título de la hermana menor, pero había olvidado el nombre de las otras dos que la acompañaban. Probablemente Ross sí tuviese que preocuparse de Sutherland y esa muchacha.

—No se apene, excelencia —intervino, con media sonrisa, la dama que figuraba a la derecha de la menor de las Archer—. Cleopatra y yo, Caliope —le dio su nombre—, estamos muy acostumbradas a que Charlize eclipse a todo el mundo, lo cual es una notable ventaja en Londres, porque nos permite una tranquilidad que es más que bienvenida.

—Es un placer conocerlas por fin —señaló Aidan mientras les hacía una perfecta reverencia a las hermanas—. ¿Dónde está...?

—Freyja —tomó Charlize la palabra, intuyendo que su tutor iba a preguntar por la hermana que faltaba— está bailando con el señor Gilmore. —La joven apuntó con su abanico hasta el lugar donde figuraba la dama. Ross escuchó a su amigo maldecir por lo bajo mientras él buscaba a Freyja con desespero.

Entonces la vio. Ella estaba espectacular, con un vestido de seda verde que le sentaba como un guante. Sonreía y estaba comentando alguna cosa que hizo que su pareja le devolviese la sonrisa.

Aidan se quedó helado al percibir que en su interior comenzaba a sentir un doloroso sentimiento. Celos. Estaba sintiendo celos del hombre que la giraba por la pista de baile mientras ella resplandecía. No había otra explicación posible a ese sentimiento con el que tan bien se había familiarizado últimamente y que acababa de sentir al verla en los brazos de otro. Primero Bedford y luego el denominado señor Gilmore. Estaba más que claro que ella lo significaba todo para él, porque de otro modo esa sensación primitiva que Freyja despertaba en él no le estaría pasando factura.

—No hagas una escena, Ross —apuntó Sutherland, mientras le agarraba discretamente por el brazo a su amigo.

Ross, que no se había dado cuenta de que sus pies habían dado un paso al frente, se frenó de inmediato con la acción del duque.

—¿Dónde está la hermana que falta? —Aidan necesitaba concentrarse en otra cosa para olvidar los horribles celos que lo atravesaban.

—¿Quién? —intervino Charlize.

—Lady Freyja Archer está bailando con el señor Gilmore —apuntó con suavidad el duque, sin dejar libre el brazo de su mejor amigo.

—¿Quién has dicho? —Ross comenzó a verlo todo rojo. ¿Freyja? ¿Lady Freyja?

—No sabía cómo darte la noticia, amigo mío, así que…

—¡Maldita sea! —gruñó, al tiempo que se pasaba una mano por el pelo. Todo el rompecabezas acababa de ser puesto en su lugar.

Los celos quedaron en el olvido cuando el pánico llegó para abrirse paso en su pecho. ¡Había deshornado a la hija mayor de un conde! ¡Ella le había mentido! ¡Infierno sangriento!

Ross empezó a sentirse mareado. Sus ojos seguían mirando a la pareja que bailaba sin ser consciente de que Aidan acababa de conocer una mentira que era dolorosa.

Siempre que ella hablaba de su casa, de Luffgarden, él había supuesto que era porque lo consideraba su verdadero hogar. No pensó que estuviese frente a la hija del anterior conde. ¡Infierno!

—Te dije que la hermana mayor sería interesante. Lo es, ¿no?

—Tú y yo hablaremos más tarde sobre esto, Sutherland. Debiste haberme avisado de que ella era… —Se quedó mudo. ¡La hija del anterior conde! ¡Dios!

—¿Hay algún problema? —Charlize veía a ese tutor, que ninguna de ellas deseaba conocer, muy nervioso, mientras el duque seguía sosteniendo a su amigo por el brazo. La hermana pequeña no lograba escuchar lo que ellos susurraban porque se habían apartado previamente, pero había regresado junto a ellos motivada por la curiosidad.

—Char —intervino Caliope—, no deberías meterte en asuntos que no te incumben.

—¡Cómo si la primera vez que estuvimos con Sutherland no hubiese sido más violenta que este reencuentro! —dijo ella despreocupadamente, para luego añadir—: Además no me gusta que acortes mi nombre.

—Ven con Cleo y conmigo, tomemos una limonada. —Entre las otras dos hermanas se la llevaron, casi a la fuerza del lado del duque, aunque ella se resistió porque quería saber qué

había contrariado al heredero de su padre. Eso y que deseaba bailar con el duque.

Ross se desembarazó del agarre de Sutherland y se colocó cerca de la pista de baile, en un lugar concreto para que ella pudiese verlo más pronto que tarde. Sacó el monóculo del bolsillo y lo llevó a su ojo derecho para examinarla, aunque la acción no era necesaria, dado que pronto sería muy consciente de que él centraba por completo su atención en ella.

—No es momento para que el escándalo la salpique. Me costó trabajo hacer que todo el asunto de Charlize se olvidase. No seas temerario y actúa con cabeza.

—Ocúpate de tus propios asuntos, Sutherland. Tú y yo aclararemos cuentas más tarde, cuando ella responda a un par de preguntas mías. No creas que no me he dado cuenta de cómo miras a *lady* Charlize. —El conde hizo especial énfasis en el título de la joven.

Un segundo después, cuando la pareja pasó cerca de su posición, los ojos de Freyja se posaron en él. La dama había estado sonriendo hasta ese momento, pero Ross se fijó en que de pronto se quedó seria. Perdió el paso del baile y pisó a su compañero de vals. Eso sucedió de nuevo dos veces más. Freyja mantenía los ojos sobre los de Aidan. Eso hizo que el conde de Ross y Luff comprendiese que a la dama no le era tan indiferente como aparentó cuando discutieron después de haber hecho el amor. También le dio cierta esperanza, porque Aidan acababa de arrebatarle toda la atención al denominado señor Gilmore, a quien de pronto le apetecía mucho darle una soberana patada en el trasero y enviarlo lejos.

El baile terminó y Aidan, seguido muy de cerca por su mejor amigo, se movió hasta la puerta de salida. Los ojos de ella seguían sobre él y el conde la miraba por el rabillo del ojo.

El duque y él salieron a la terraza.

—Deberías marcharte, Sutherland —le espetó con tirantez, puesto que si él conocía bien a Freyja, esta no tardaría demasiado en aparecer.

—No hagas ninguna tontería.

—Lo que desearía es darte un puntapié por no haberme dicho que la señora Archer no existía.

—No era una noticia fácil.

—No… Crear esta encerrona ha sido más acertado —ironizó.

—Te juro que no tenía la menor idea de que el señor Gilmore estuviese interesado en ella.

—Ah, pero la dama no está interesada en él. —Eso estaba más que claro. Desde que

Aidan dio a conocer su presencia en el salón, ella no había podido despegar sus ojos de él. Todavía quedaba por determinar si era por un asunto bueno o malo, dado que aquella discusión y la falta de verdad sobre el rango que Freyja ocupaba en Luffgarden, podrían hacerla sentir cohibida y de ahí que lo mirase con fijación, tratando de adivinar su siguiente paso. O por el contrario, ella podría estar como él, sin dormir porque no dejaba de pensar en lo que sucedió entre ambos, en sus besos y caricias.

—¿Lo crees de verdad? —El duque frunció el ceño. Había visto a la dama sonreírle mucho a su pareja de baile, pero también era cierto que la hermana mayor era la que más sonreía debido a su carácter jovial.

—Vete, Sutherland.

—Tienes que comprender el motivo por el que he hecho todo esto y no deberías olvidar que fui a Escocia a buscarte.

—No estoy de humor ahora mismo. Te ruego que te marches —insistió.

—No puedo hacerlo, porque sé que te enfadarás mucho conmigo. De hecho, sospecho que lo estás muchísimo, conmigo y con la dama. Llegamos al campo, a Luffgarden, a toda prisa, huyendo del matrimonio porque escuchaste a una muchacha hablar con su madre sobre la conveniencia de forzar tu mano. Y entonces la viste y te quedaste prendado con ella en brazos. Era la primera vez, en más de una década, que te veía en semejante tesitura, Ross. No parecías tú. ¡Qué digo!, fuiste a Escocia a buscarla. No sabía cómo te tomarías la noticia sobre su identidad, más porque sospecho que algo trascendental ha sucedido entre ambos. No me atreví a desvelar todo el misterio, no hubo maldad, solo… no sabía cómo decírtelo.

Ross lo miró con esa seriedad tan característica suya.

—Admite que deseabas ver mi reacción.

—Sí. Quería saber si ella en verdad te importaba y es evidente que lo hace. Piensa bien lo que vas a hacer a partir de aquí, porque si de verdad crees que ella…

—No te metas en mis asuntos, es la última advertencia que te hago —lo cortó.

Sutherland suspiró.

—Siempre tan testarudo que no sabes ni valorar la ayuda que te brindo. Está bien, lleva esto a tu modo, por lo que a mí respecta he cumplido con mi obligación de…

—¿Obligación? Nada de eso. No has sido un buen amigo.

—¡Al diablo, Ross! Gilmore vino a mi casa a decirme que tus pupilas estaban en

aprietos y lo dejé todo para acudir en su ayuda. Recorrí media Escocia en tu busca. No te atrevas a decirme que no he sido el mejor de los amigos, porque renegaré de ti aquí y ahora.

—Debiste haberme dicho que la señora Archer era la hija mayor. ¡Lucifer, Sutherland! Fue lo primero que debiste haberme dicho.

—¿Y qué habría solucionado eso? Estoy convencido de que hay más entre ella y tú que ese tonto asunto sobre su identidad. Te he traído aquí y debes decidir lo que deseas, si ella es la mujer que llevas esperando desde hace tanto tiempo.

—Me mintió, Sutherland, sabes lo que opino de las mentiras…

—¿Recuerdas nuestra conversación cuando llegamos a Luffgarden? Ella nos escuchó —le recordó.

—No soy tan estúpido como para no darme cuenta de que ella no se dio a conocer porque debía estar mortificada a causa de lo que dijimos sobre su falta de belleza y las otras cosas. Eso la exime por no decirme quién era el primer día, pero luego… —Cerró los ojos al recordar cada momento que pasaron juntos. Le había propuesto a la hija mayor del anterior conde ser su amante. Dios santo, merecía ser azotado por lo que hizo. Y no contento con insultarla, luego la poseyó con ansia, como si ella fuese una mujer que conocía los secretos que mediaban entre un hombre y una mujer, porque a fin de cuentas la consideró una viuda. Pero no lo era. Y tampoco se trataba de una mujer inocente. Los celos rugieron con más fuerza en su interior. Otro hombre, uno que previsiblemente habría sido Bedford, la había tenido. Si tuviese a ese vizconde que lo envió a Escocia sin pestañear, le daría una buena paliza.

—¿Consideras que no es bonita, Ross?

El conde jadeó con fuerza para mostrar su irritación.

—Es preciosa, incluso tú mismo puedes verlo, pero aun así estoy enfadado y no sé cómo actuar ante su mentira, ni cómo manejar la discusión que tuvimos antes de marcharme.

—No puedo ayudarte u ofrecer algún consejo porque no tengo todos los detalles y sospecho que no me contarás toda la historia. Así que solo te queda decidir si luchas por ella o la dejas ir. No hay más. —El duque le palmeó la espalda antes de dejarlo solo y marcharse de la terraza.

***

Él estaba en Londres. Más concretamente en el mismo lugar que ella. No debería ser una sorpresa para Freyja. Desde que Sutherland se marchó sin despedirse había esperado que… ¿Qué? Había albergado la secreta esperanza de que él volviese a aparecer, aunque sabía que sería doloroso. Muy doloroso.

Esas cerca de tres semanas que había pasado en compañía de Gilmore y de su nueva mentora, la vizcondesa Darrill, no habían servido para mermar ni un solo recuerdo vivido con el conde de Ross y Luff. Ni los buenos, ni los malos.

Se había dado cuenta, no sin que Charlize insistiera a todas horas en que Freyja —contra todo pronóstico— había despertado el interés de un hombre muy sensato, apuesto y bueno. Pero no era Aidan.

Desde que comenzó a bailar el vals con Ethan Gilmore se había sentido extraña, como si algo trascendental fuese a ocurrir esa noche. En el momento en que sus ojos se posaron en los de Aidan… Todo su mundo se tambaleó. No podía olvidar las duras palabras, ni tampoco el insulto que Ross le propinó, pero tampoco podía olvidar aquellas conversaciones amables, o peor, sus besos. Había hecho el amor con él. Se habían fundido en uno. ¿Cómo se negaba eso? La discusión no había logrado ensombrecer ni un poco los sentimientos que él había despertado en ella, aunque también estaba dolida.

Lo había llamado Colin y luego Aidan había descubierto, al leer la misiva, que ella sentía celos de la vida que tenían en común los vizcondes Bedford. Freyja no estaba libre de pecado tampoco.

Los dos habían cometido errores. ¿Cómo iban a seguir a partir de ahí? ¿Iba él a enfrentarla? ¿A castigarla por ocultarle la verdad sobre quién era? ¿Era ese el motivo por el que estaba en Londres? ¿Qué haría él con sus hermanas? Estaba hecha un manojo de nervios.

Mientras bailaba con Gilmore había perdido en tres ocasiones el paso y no lograba dejar de mirar a Ross para determinar a qué debía atenerse con él. No veía nada en sus ojos. Tan fríos como los recordaba. Esa máscara de indiferencia junto con ese monóculo… Deseaba zarandearlo.

El baile terminó y ella salió a toda prisa para buscar a Aidan a la terraza, si él creía que iba a temerle, no la conocía en absoluto.

—Milady —la llamó Gilmore. Ella paró de andar y lo atendió.

—¿Sí, señor Gilmore?

—Era el conde de Ross, ¿verdad?

—Tenía entendido que lo conocía. —Así que no comprendía la pregunta.

—De oídas, la fama de Ross le precede, al que más había visto era a Sutherland —confesó.

—Tengo una conversación pendiente con él, necesito averiguar sus planes con

respecto a mis hermanas.

—Este es un lugar demasiado público —le dijo, mientras trataba de llevarla con discreción hacia un rincón más privado.

—No puedo esperar más para saber el motivo de su llegada a Londres.

—Había escuchado que era de hielo… Sería conveniente que…

—No, señor Gilmore. Creía que en estas semanas se había dado cuenta de mi carácter.

Él le sonrió. Una sonrisa cálida y afable, no como Ross, quien podía congelar el infierno con una sola mirada.

—Por eso lo digo. No creo que tenga una cuerda a su alcance en caso de que el conde la moleste, milady.

Freyja se rio con sinceridad porque él acababa de eludir al episodio vivido con el barón Rendow.

—No me hará falta. Sé cómo manejarlo —dijo con seguridad, pero sabiendo que acababa de decir una mentira infame—. Discúlpeme, por favor —señaló al tiempo que pasaba por su lado en busca del hombre al que temía enfrentarse, pero a quien plantaría cara. Freyja era muchas cosas, pero no una cobarde, no se escondería de él.

Mientras ella salía, tres hermanas muy curiosas habían estado atentas a toda la acción. No solo a la salida del conde y la que posteriormente hizo Freyja, sino a cómo el heredero de su padre había estado pendiente de su hermana mayor.

—Aquí pasa algo que Freyja no nos ha contado —señaló Charlize.

—Y por eso esperaremos un poco antes de salir a buscar a nuestra hermana a la terraza por donde ha salido —consideró Caliope.

—¿Crees que Freyja nos ha ocultado algo? La mirada de ese hombre cuando la vio bailar con Gilmore —habló Cleopatra.

—Posesiva —indicó Charlize—. Era la misma con la que me miraba Villano Rendow.

—¿Te parecía oportuno recordar eso, Char? —le preguntó Caliope.

La aludida agitó los hombros.

—No acortes mi nombre, no me gusta. Además, era una comparación de lo más similar. ¿Creéis que habrá bombones o algún chocolate? Tengo hambre.

—¡Siempre tienes hambre! —dijo Cleo—. Es un milagro que no hayamos tenido que llamar a la modista para que ensanchase tus vestidos.

—Tengo una figura estupenda, y solo necesito chocolate cuando sé que se va a producir una catástrofe. Freyja nos oculta mucho más que cuando sucedió lo de Bedford. Lo presiento.

—¡Eres una exagerada! —exclamó Caliope—. ¿Qué sucedió con Bedford? —preguntó al darse cuenta de lo que su hermana acababa de revelar.

—¿Cuánto tendremos que esperar para ir a salvar a Freyja de las garras de nuestro tutor? No me agrada esa frialdad que presenta. Tuve frío en cuanto llegó hasta nosotras. ¿Lo percibisteis? —Charlize decidió centrarse en otra cosa más importante.

—Lo que yo percibí —tomó la palabra Cleopatra—, Charlize, es que te pones en evidencia cuando el duque está cerca. Ese hombre no consideraría a una muchacha tan joven como tú para desposarla.

—¿Qué te hace pensar que deseo casarme con él? —preguntó con naturalidad la pequeña de las Archer.

—Tu coqueteo y tus palabras, Charlize. No te guardas nada cuando Sutherland aparece —señaló Cleopatra.

—Pamplinas —Charlize hizo un aspaviento con la mano—. Lo que sucede es que mi popularidad sube como la espuma del mar cuando él está cerca. No veáis más que un intento de destacar frente al resto. Sutherland es demasiado viejo para considerarlo como algo que no es.

—¡Vaya! —exclamó una voz masculina junto a las hermanas—. Treinta años y… ¿estoy a las puertas de la muerte? —preguntó el duque, quien había visto a lady Freyja salir en busca de Ross y decidió custodiar a las revoltosas Archer.

Charlize se dio la vuelta y lo miró a los ojos. Sin remordimientos ni vergüenza.

—No tiene derecho a mostrarse ofendido, excelencia, por decir que usted es mucho mayor que yo o porque yo no lo consideraría como a un pretendiente, entre otras cosas porque usted no me soporta —dijo sin titubear.

—¡Charlize! —gritaron al unísono, mortificadas Cleopatra y Caliope.

Sutherland frunció los labios.

—¿Va a ponerse a llorar o a reírse por mis palabras? —lo desafío la hermana menor.

Cleopatra no sabía dónde esconderse. Caliope deseó tener cerca a Freyja para que hiciese de cortafuegos entre el duque y Charlize.

—Tal vez opte por no volver a bailar con usted, milady, por su gran impertinencia. El demonio la ha poseído, estoy seguro de ello. Sus hermanas debieron enseñarle modales hace tiempo.

Charlize le mostró su sonrisa más cautivadora, pestañeó un par de veces y abrió su fino abanico de seda con incrustaciones de marfil para abanicarse coquetamente.

—¿Qué le hace pensar que desearía bailar con usted teniendo a mi alcance a un buen número de jóvenes apuestos que hacen cola para obtener mi atención? Ah, justo a tiempo, por ahí viene el conde de Wharton para pedir el baile que le prometí.

Charlize se marchó de allí con una gran sonrisa tras escuchar gruñir a Sutherland.

Caliope y Cleopatra se quedaron atrás, con la incómoda compañía del duque.

—Debe disculparla, exce…

—Deberían ponerle más límites a esa endemoniada hermana suya. Se salvó por muy poco de Rendow, tal vez el próximo logre su cometido —dijo antes de apartarse de ambas y seguir con la mirada a esa coqueta sin control mientras se marchaba de allí.

Caliope y Cleopatra se quedaron solas.

—¿De quién nos ocupamos primero? ¿Charlize o Freyja? —le preguntó Caliope a su hermana.

—Esperaremos a que Char termine de bailar, luego le diremos que no enfurezca al duque de Sutherland. Ni al duque ni a ningún otro hombre que se vea tentado a darle un escarmiento. Y a continuación buscaremos a Freyja. Charlize tiene razón, ese tutor que ni queremos ni necesitamos, miraba de un modo muy peculiar a Freyja.

—Sí, yo también lo he visto, pero ella también le correspondía a la mirada. Vamos a tener que estar atentas a nuestras dos hermanas, porque la mayor parece más peligrosa que la pequeña y ambas sabemos que Charlize inspira verdadero pavor —razonó Caliope.

# Capítulo 13
# Las decisiones

Cruzó las puertas de la terraza y lo vio en la parte más alejada. Freyja se preparó. Tomó una gran bocanada de aire y avanzó con paso certero hasta su posición.

Se colocó frente a él, con la cabeza alta. Él sacó el monóculo de su bolsillo y la examinó. Ese estúpido accesorio no iba a desquiciarla por mucho que desease darle una palmada, arrebatárselo de la mano y lanzarlo con fuerza lejos.

Los dos se miraban a los ojos. Ninguno decía nada.

—Cuando quiera, milord, puede decir lo que sea que le haya traído a Londres. —Freyja no soportaba su escrutinio más, tampoco el silencio. Se decidió a ser la primera en hablar.

—Ah, estamos solos y la formalidad sale a flote pese a lo que ha sucedido entre nosotros —dijo él con su frialdad habitual.

—He aprendido a que es mejor olvidar el pasado y seguir adelante. Me dirigiré a usted con el respeto que merece, milord, ya sea en privado o en público —le indicó tratando de aparentar normalidad en sus palabras. Una tranquilidad que no sentía. En especial porque él había dado un paso largo para ponerse frente a ella, muy cerca de Freyja. No retrocedió ni un ápice.

—Es bueno saberlo, admiro la cualidad del respeto en una dama, señora Archer. —Se refirió a ella con retintín.

—En cuanto a vi a Sutherland hace unas semanas supe que él iría de inmediato a buscarlo para explicarle que yo era la hermana fea de la que tan alegremente hablaron. ¿Tiene la tentación de disculparse, milord?

—Debería hacerlo, pero no por esa conversación. Especialmente porque quedó más que aclarado que usted no me parecía sencilla, ni simple ni carente de belleza. ¿Tiene usted, milady, la tentación de disculparse por mentirme sobre quién era en verdad?

—No le mentí, milord. Usted dio por supuesto que yo era el ama de llaves y decidí no sacarle de su error.

—Una mentira por omisión, entonces.

—No era necesario que viniese a Londres a reprenderme, milord.

—No he venido solo a eso, milady. —Si ella iba a jugar la baza de la cortesía extrema usando su título para dirigirse a él, le seguiría el mismo juego.

—¿Entonces a qué?

—Es obvio que tenemos que casarnos —dijo con seriedad.

Ese comentario tan corto, tan directo hizo que Freyja diese medio paso atrás. Había esperado muchas cosas. Lo que acababa de escuchar no era una de ellas.

—¿Casarnos? Recuerdo muy bien los términos en los que nos despedimos, milord, no creo que se diese por supuesto un compromiso entre nosotros.

Él la apretó contra su torso con un movimiento rápido que la pilló desprevenida. Se quedó pegada a él, Aidan buscó su oreja para susurrarle:

—También lo recuerdo, milady, pero todo eso ocurrió antes de saber que había poseído a la hija de un conde. Soy un hombre de honor, no juegue conmigo —le dijo con tirantez.

—Yo era la misma mujer, un título no debería suponer una diferencia tan grande. No fui lo bastante buena para aspirar a nada más que a una proposición para ser su amante mientras me creía el ama de llaves, pese a mi negativa inicial acabé compartiendo intimidad con usted después de negarme a hacerlo. Así que tampoco lo soy ahora aunque haya descubierto mi verdadero rango. Las damas como yo no tienen derecho a casarse con un conde —dijo con retintín.

A lo que el conde no pudo evitar la réplica:

—¿De qué clase son las damas como usted, milady?

—Ya sabe —alegó con despreocupación—, las inmorales, mentirosas y que saben abrir las piernas con suma rapidez.

—¿Quién le dijo esas palabras?

—¿No las recuerda? No debería tener problemas de memoria tan pronto, milord.

Él farfulló una maldición entre dientes. No recordaba haber sido tan duro. Se sintió un patán miserable. Estaba claro que ella estaba dolida, no sin razón.

—De todas formas soy un caballero y mi deber es…

—Dígalo y me obligará a cruzarle la cara, milord —dijo mientras trataba de apartarse de él. Freyja había colocado las manos sobre su pecho para tratar de apartarlo, pero él la mantenía inmovilizada, presa de un abrazo extraño. Casi entrañable.

—¿Qué la ofende tanto, milady? ¿Se imagina que yo la hubiese llamado Elizabeth, Margaret o Emma, después de haberle hecho el amor? ¿No puede comprender que mi ira y furia estuviesen bien justificadas? Usted me hirió y por consiguiente opté por herirla. A diferencia de usted, no recuerdo las palabras exactas que le escupí, pero sí lo que me hizo sentir. No fue agradable. Se convertirá en mi esposa porque eso es lo que se debe hacer, lady Freyja. Conservará la autoridad sobre sus hermanas, su querido Luffgarden y me dará herederos.

—No, gracias.

—No estoy pidiendo nada, milady. Estoy informándole de lo que va a suceder entre ambos.

Ella volvió a tratar de apartarlo.

—No soy inocente, ni me gustaría volver a serlo, ni soy una muchacha desvalida que necesite que un caballero repare su reputación, milord. Lo hecho, hecho está. Tratemos de ser cordiales y sigamos adelante.

—No.

Ella dejó de forcejear con él al escuchar una negativa que no había previsto.

—¿No? ¿Acaso me pondrá una pistola en la espalda para obligarme a acceder a ser su esposa?

—No hará falta.

—Yo creo que sí. No me casaré con nadie por obligación. No importa las veces que caiga en el mismo error. No me ataré a un hombre solo porque mi reputación haya sido mancillada. Si lo recuerda bien, fui instigadora en primera instancia, así que lo absuelvo del pecado que crea que cometió.

—¿Fue también instigadora con el hombre al que le regaló su virtud, milady?

—Si tuviese las manos libres, milord, le daría buena cuenta de la ofensa que acaba

de propinarme.

—Ah, me cruzaría la cara, sí… Y es lo que merecería por mi imperdonable pregunta, más porque sé exactamente quién fue el que la disfrutó antes que yo.

—Los condes no se casan con casquivanas. Ha cumplido con su obligación de proponerse, tal y como marcan las normas. Alégrese de que yo lo libere de su compromiso y no acabe junto a alguien como yo.

Ambos respiraban agitadamente debido a la nueva discusión. Los ojos de uno sobre los del otro. Muy juntos. Los sentimientos aflorando sin contención, las palabras volando como dardos envenenados.

Entonces sucedió lo impensable para Freyja, el conde le soltó las manos y se abrazó a ella con fuerza. Tampoco había previsto un acto así, de tal modo que no supo cómo reaccionar y se quedó quieta, sin saber qué hacer. Aidan tenía su cabeza apoyada en su hombro.

—Me enseñas tus garras y yo respondo de un modo reprochable, motivado por el dolor que me haces sentir. —Le pareció oportuno cambiar a la informalidad—. Semanas sin verte y cuando lo hago estás en los brazos de otro, Freyja.

—¿Estás celoso? —la pregunta salió sin la debida etiqueta, sin que pudiese contenerla.

—Esa no es la pregunta correcta. La que deberías hacerte es qué hubieses sentido tú en caso de haberme visto bailar y sonreírle a otra dama. ¿Estarías celosa?

—No tendría motivos para estarlo. Tú no me perteneces —dijo pasados unos pocos segundos de más.

—No te he preguntado eso.

—No podemos pasar de una pelea a… a… a lo que sea esto.

—Y sin embargo no he podido evitarlo. Me he sentido, una vez más, furioso, herido y te he atacado, del mismo modo que tú a mí. Había pensado en amenazarte recordándote que tengo la tutela de tus hermanas. Hubiese sido vil. Esto es irracional y escapa de mi comprensión, pero solo sé que me gusta abrazarte y que no logro reprimirme. ¿Dónde nos deja esto, Freyja?

—No lo sé —dijo con honestidad.

—¿Y no quieres averiguarlo?

—Es todo muy complicado. Yo soy una mujer muy peculiar, tú eres frío y estás

acostumbrado a que nadie te cuestione. Nunca he sabido quedarme callada.

—¿Te parezco frío ahora? Porque te aseguro que no me siento para nada así. Mi sangre hierve cuando te veo, y despiertas mi posesividad de un modo que no creí posible.

—No es mi intención herirte, nunca lo ha sido. Reconoceré que entre ambos hay un fuerte deseo.

—Deseo. Me parece un gran comienzo para lo que sea que ocurra a partir de ahora.

—No es suficiente. No soy lo que necesitas. Estoy dañada, no solo me refiero a la falta de mi virtud.

—Maldita sea, Freyja. He dicho cosas que casi ni recuerdo, con el único fin de herirte, lo admito. No ha estado bien, pero te juro por mi honor que si alguien hablase de ti sin respeto lo mataría con mis propias manos. No lo entiendo, pero es como si solo yo tuviese derecho a defenderme de tus ataques.

—Pero yo no te he atacado.

—Lo haces, aunque no seas ni consciente de ello. Y por eso duele, y por eso muestro los dientes, porque deseo que te des cuenta del dolor que siento al saber que has estado con otro antes. Ardo al imaginar que te utilizó y no tuvo la decencia de casarse contigo. No eres como las demás, Freyja, pero mereces más que el resto.

—Amaba Luffgarden con toda mi alma.

—Y te eché de allí sin remilgos.

—No, no lo entiendes. Yo amaba mi hogar porque allí es donde estaban mis hermanas. Cuando me marché y me volví a reunir con ellas, me di cuenta de que no importa donde estemos. Mis hermanas son mi vida.

—Si me dejas puedo demostrarte que… —Se detuvo un momento para pensar en sus palabras—. Freyja, soy un hombre orgulloso, lo admito. No entiendo ni cómo soy capaz de hablarte del modo en el que lo hago ahora mismo. Nunca imaginé que le abriría a alguien mi corazón. Dudaba incluso de que hubiese un corazón cálido en mi pecho, pero lo hay y comenzó a latir en cuanto te vi la primera vez. No puedo dejar de pensar en ti. Me siento egoísta y muy posesivo contigo. ¿Qué te inspiro yo?

—Miedo.

Él se separó de ella en ese momento, sin soltarla de su abrazo, solo lo justo para mirarla a los ojos.

—Más allá de mis duras palabras, te juro por mi honor, uno que estoy seguro de que pones en duda ahora mismo pero que existe, que jamás te pondría la mano encima para hacerte daño.

—No me refiero a ese tipo de miedo. No del físico. Yo…

—Dímelo, lo que sea —la animó al ver que ella se detenía en su explicación.

—¿Cómo hemos llegado a esta situación? Nos llevamos como el perro y el gato. Escupimos fuego un momento y al siguiente estamos abrazados, deseando…

—Deseando más. Anhelando besos, caricias, hacer el amor. ¿Es eso lo que sientes?

—Seré sincera… Sí. Es justo así y no tiene sentido.

—Lo tiene porque hay pasión entre ambos. Una tan intensa y salvaje que nos inspira a convertirnos en enemigos en un minuto para pasar al siguiente a desearnos.

—Sí.

—¿Sí a qué, Freyja?

—Sí, hubiese estado celosa al verte junto a otra dama. Sí, te he echado de menos. Sí, me arrepiento de la locura que cometí en el pasado, de la que me doy perfectamente cuenta de que no fue nada en comparación con lo que compartimos. Sí, hay una pasión visceral y desconcertante entre ambos.

—¿Te casarás conmigo? Es la única afirmación que me importa en estos momentos. No soporto haberte tratado del modo en el que lo hice, no soy un canalla. No me importa el pasado, aprenderé a manejar los celos y a medir mis palabras. No volveré a ofenderte jamás. Lo prometo. Solo tienes que tener paciencia conmigo.

Ella lo miró a los ojos.

—Aidan… yo…

—Aparta tus sucias manos de mi hermana o te atravieso el corazón desde aquí. —Charlize estaba detrás del conde, con un objeto puntiagudo apretando su espalda.

Aidan sintió la punzada y se quedó quieto, con la única misión de proteger a Freyja. No se movió.

—¿Char? —preguntó su hermana mayor, mientras se ponía de puntillas para ver lo que hacía la menor.

—No acortes mi nombre, Freyja. No me gusta y siempre lo estáis haciendo.

—Dime que no has cogido uno de mis puñales y estás amenazándolo.

—No te lo diré, pero es justo lo que estoy haciendo. Y se lo insertaré si no se aparta de inmediato de ti. —Charlize hizo más presión y él se retorció al notar que la punta se incrustaba tras pasar la numerosas capaz de ropa que llevaba.

—No será necesario, lady Charlize —dijo el conde—. Me apartaré si me permite hacerlo.

—Más le vale no hacer ninguna temeridad. Soy la endemoniada Archer y…

—¿Endemoniada, Charlize? —la cortó Freyja.

—Sutherland me ha dado la idea y me gusta el título. He decidido agenciármelo. Me hace parecer peligrosa, ¿no crees?

El conde se dio la vuelta y se quedó frente a Charlize, quien no había bajado el puñal. Observó a la joven.

—Esto era una reunión privada entre su hermana y yo. Estábamos discutiendo un asunto importante —le informó.

—Sí, eso he escuchado. —Los ojos de la hermana pequeña buscaron los de Freyja —. ¿Te ha insultado?

—Charlize… —dijo mortificada porque precisamente de todas las hermanas fuese ella la que la había descubierto en esa posición tan comprometida. ¿Cuánto habría escuchado?

—¿Lo hizo o no? —la azuzó Charlize.

—Me temo que lo hice, milady —se sinceró el conde al ver que Freyja no hablaba.

Charlize levantó el brazo, lo echó hacia atrás y le propinó un duro puñetazo en la nariz.

—¡Lucifer maldito! —exclamó el conde mientras se sujetaba el rostro con ambas manos. Freyja se movió de inmediato para socorrerlo. El golpe había sido fuerte y decidido.

—¡Charlize! —la regañó Freyja.

—¿Qué? He perfeccionado mi técnica. Estoy bastante orgullosa. Aunque a Bedford creo que le aticé más fuerte. Aparte las manos para que pueda ver si he logrado hacerle sangre —

le sugirió a un asombrado conde—. A Bedford sí le salió sangre a borbotones. Tendré que repetir el puñetazo en caso de no haber logrado que sangre.

—¿Por qué le pegaste un puñetazo a Bedford? —Freyja se dio cuenta de que había repetido el nombre muy alto y buscó la reacción del conde, pero Aidan seguía asombrado por lo que acababa de hacer esa endemoniada muchacha. Sutherland la había bautizado correctamente. Además, esa pregunta hacía tiempo que se había quedado en el aire y de pronto Freyja tuvo muchas ganas de averiguar lo que se ocultaba detrás, aunque sospechaba que la respuesta de su hermana pequeña no iba a gustarle en absoluto.

—No creo que sea una conversación para mantener en estos momentos, hermana. Pero tú y yo sabemos de lo que estoy hablando.

—Me temo que Aidan también está al corriente de lo que dices.

—¿Se lo has contado? —Charlize no daba crédito.

—Él tenía sospechas y tú lo acabas de confirmar todo, Charlize —dijo Freyja, mientras daba un largo y profundo suspiro.

—¿Cómo podría saberlo…? —La pequeña de las Archer se detuvo de inmediato al comprender lo que estaba sucediendo, de cómo él se habría podido dar cuenta del desliz de su hermana mayor. Se encendió llena de ira—. ¡Apártate de él, Freyja, para que pueda terminar lo que he empezado!

—Madre del amor hermoso, Charlize, la cuestión no es cómo lo ha averiguado lord Ross, sino, ¿qué crees saber tú sobre Bedford?

—No lo creo. Lo sé porque lo vi.

—¿Qué? —Freyja se quedó helada.

—Esta no es una entrevista para tener aquí. Causaremos un escándalo si alguien sale —terció el conde, mientras se recomponía debido al golpe.

—Sigo queriendo despedazarlo, milord. Me importa poco que sea mi tutor —lo amenazó Charlize—. No se acerque a nosotras.

Lo siguiente que ocurrió fue que la hermana pequeña le cogió con fuerza la mano a la mayor y se la llevó de la parte más oscura de la terraza a rastras. Freyja no se opuso porque Charlize parecía imparable. Ross decidió no seguirlas, pues comprendía que no debía hacerlo en esos momentos.

—¿Entiendes que eres la menos indicada para darme lecciones, Charlize? —le

advirtió, mientras ambas entraban al salón para buscar a las otras dos hermanas.

Freyja consideraba que después de lo sucedido con el villano, su hermana menor no debería ponerse digna.

—¿Y tú comprendes que lo que sé lo he aprendido de ti? —inquirió con retintín.

—¿Nos viste a Colin y a mí?

Se quedaron en un lugar apartado dentro del salón, fuera de oídos indiscretos y la visión de curiosos. En un rincón discreto. La conversación era apremiante.

—No me quedé todo el tiempo, pero sí el suficiente para comprender que no te estaba haciendo daño tal y como supuse que ocurría al principio.

—¡Santo Dios, Charlize! —la vergüenza la inundó.

—¿Por qué crees que no le he vuelto a hablar y que no deseo ni verlo? Bedford no merece nada de nosotras. Lo que te hizo estuvo mal. Lo mismo opino de las libertades que intuyo que se ha tomado nuestro tutor. Él no te conviene, igual que Bedford no te merecía. Tendrás que buscar en otro lugar. Gilmore, por ejemplo.

—Gilmore no es más que un conocido muy amable. Estás cruzando una línea que no deberías, Charlize.

—Y tú la cruzaste, dos veces. No deberías enfadarte conmigo por protegerte de ti misma. Eres la mayor, pero también la que necesita más atención. Es una suerte que yo haya escapado de la vigilancia de Cleopatra, de Caliope y de Sutherland para salir a la terraza en tu ayuda. ¿En qué estabas pensando, Freyja? ¿Un conde frío y desagradable? ¿Qué te dijo para ofenderte?

—¿Cuánto has escuchado? No tenías derecho a espiarme con Colin, tampoco esta noche.

—Has demostrado que alguien tiene que hacerlo por tu propio bien.

—No puedes estar hablando en serio, porque estás asumiendo mi papel y si yo asumiese ahora mismo el tuyo, mi próximo paso sería gritarte que te odio, salir corriendo y encerrarme en una habitación para maldecirte.

—¡Al fin entiendes lo que yo siento! Pero no, no estoy haciendo esto para darte una merecida lección del trato tan infantil que me dispensas.

—Te doy el trato que mereces —la sermoneó.

—No, yo me comporto del modo en el que tú me tratas, que es diferente. Si me consideras una niña malcriada, es lo que te demuestro. Soy la más joven de vosotras, pero soy tan inteligente y capaz como el resto. Ya ves, Freyja, me metí en un lío por compartir un par de besos, pero sigo más pura que la nieve porque considero que entregarme a un hombre debe ser una decisión que no admita error posible. Yo sabía que Rendow no me convenía, pero era apuesto y deseaba saber lo que era ser besada por un libertino, por un hombre que sabía que me deseaba.

—Pretendía tu dote, no a ti —la corrigió.

—Créeme, sé cuándo un hombre desea a una mujer. Así que puedo decir que Bedford no lo hacía.

—¡Gracias! —ironizó Freyja, mortificada por tener una conversación tan inapropiada que jamás pensó que llegaría a producirse, menos con su hermana pequeña.

—En cambio me preocupa lo que he visto con respecto a nuestro tutor. No me agrada ese hombre. Te hará sufrir.

—Ya lo ha hecho —confesó, para después taparse la boca. No debió haber dicho eso en alto.

—Debí haberle hecho más daño, un doble puñetazo o algo así. No es momento de mostrarse cohibida, Freyja. Yo tenía cinco años menos cuando descubrí que mi hermana mayor había sido traicionada por un maldito estúpido. No hay motivo para ser cuidadosa ahora. Soy una mujer que comprende muchas cosas sobre la interacción entre caballeros y damas, entre un hombre y la mujer que desea.

—¡Pero yo no sabía que tú estabas al tanto de…! Santo Dios, Charlize, esto es terriblemente inapropiado y embarazoso.

—Lo sé. Y lo más desconcertante ha sido verte abrazada al Conde Frío.

—¿Conde Frío?

—¿No te gusta su nuevo nombre? Me ha parecido apropiado. ¿Qué tal el conde de la Antártida?

—No lo es. Ni lo uno ni lo otro.

—Pensaré en otra cosa. Ahora, retomando el asunto inicial, Freyja, por un instante creí que accederías a casarte con el conde. ¿Vas a contarme lo que ha sucedido entre ambos? Aunque en verdad no hace demasiada falta que lo hagas, sospecho que fue algo como lo de Bedford. —Charlize chasqueó la lengua—. Al menos te ha pedido que te cases con él, pero no

vas a hacerlo.

—Ah, ¿no?

—¿El Conde de Hielo te gusta más? Es un apelativo original.

—¿Quieres centrarte, Charlize?

—Yo lo estoy, la que no está en sus cabales eres tú. ¿Cómo puedes acabar fijándote en hombres que no te merecen? Dos veces… Freyja. ¿De verdad, soy yo la que es infantil? Porque no me pareces demasiado lúcida y responsable en estos momentos.

Freyja apretó los puños. Su hermana pequeña tenía razón.

—Me gusta —dijo entre dientes.

—¿Quién te gusta? ¿Gilmore? Ese sí es aceptable. Te daré mi consentimiento para que…

—¿Qué tú me darás tu consentimiento? ¿Te estás escuchando, Charlize?

—Por supuesto que sí. No es como si estuvieses enamorada del Conde Petrificado?

—¿Petrificado?

—Olvida ese mote, no me gusta. Pensaré en otra cosa. Estoy segura de que al final daré con algo que le vaya como anillo al dedo. Un anillo que él no te ha enseñado mientras se declaraba. ¿Qué clase de hombre le pide a una mujer que se case con ella y no muestra una joya escandalosa?

—¿Te dio un anillo a ti el Villano Rendow?

—Ese sí era un buen nombre. Villano Rendow. Ten paciencia, le otorgaré uno a Ross, solo necesito un poco más de tiempo. Y sí, Rendow me entregó su sello cuando se propuso. Era lo único que le quedaba.

—¿Se propuso?

—Es una larga historia que no viene al caso y que solucionamos hace ya semanas. Estamos hablando de los motivos por los que no debes casarte con el Congelado Ross.

—Sigue pensando, ese apelativo tampoco me convence. En cuanto a lo de con quién me case o no, eso no debería ser de tu incumbencia.

—Podría hacer un trato con respecto a eso. Yo no me interpondré en tu camino si juras que tú no lo harás llegado el caso cuando yo tome mi decisión.

—¿Por qué siento que estás jugando conmigo y que todo esto tenía ese propósito inicial?

—Me estás ofendiendo. Eres mi hermana mayor, te quiero y deseo protegerte. Lo que acabo de plantearte no estaba planeado, pero considero que no debo desaprovechar la oportunidad que ha salido a flote. Soy inteligente aunque no lo creas. Y lo que digo sobre mi genuina preocupación es verdad porque pude haberte chantajeado desde hace cinco años y guardé tu secreto.

—Hasta esta noche, que has hablado de más. Muchísimo de más.

—No. ¿Por qué siempre me subestimáis Cleopatra, Caliope y tú?

—Porque eres la endemoniada Archer. Ese sí es un buen apelativo. Felicitaré a Sutherland por su ingenio en cuanto lo vea.

—¿Lord Escarcha te gusta?

—No.

—De acuerdo, ya me saldrá algo mejor. Retomando una vez más el asunto sobre el conde, lo que he dicho ha sido solo para ver si él te aceptaba pese a saber que tú no eras pura. Creo que no hay mayor prueba que esa para saber si un hombre merece de verdad a una dama.

—Él ya lo sabía —reconoció con los dientes apretados y mortificada. Había cosas que no debían suceder. Hablar de asuntos impuros con su hermana pequeña debería ser uno. ¡Qué lío tan espantoso!

—Sí, me he dado cuenta. No había dado por supuesto que tú hubieses sido tan osada. Dos veces. ¡Quién lo hubiese dicho! Las tres esperabais que yo cometiese una temeridad en algún momento, pero no, debimos estar más pendientes de ti. Dos veces, Freyja —dijo sin poder creerlo.

—¡Quieres parar de repetir que han sido dos veces! —Estaba avergonzada, sonrojada y muerta de vergüenza. Charlize parecía no entender su consternación. Se la veía muy cómoda hablando de asuntos indecorosos. ¡Dios! ¿La noche no se iba a acabar nunca?

—Debo afirmar, y espero que no te desmayes cuando me oigas, que te has convertido en un modelo a seguir. Te admiro, Freyja.

—¡Madre del amor hermoso, Charlize! Lo que hice no estuvo bien.

—Algo bien sí estaría cuando sucumbiste a la tentación dos veces.

—No lo entenderías. No fue… ¡Dios! —Freyja se tocó la frente—. ¿Podemos olvidarnos del asunto?

—Sí. No hablaremos más de eso después de esta noche.

—Lo dudo mucho.

—Estuve cinco años con la boca bien cerrada —tuvo que recordarle a su hermana mayor.

—Y la has abierto muchísimo esta noche, sigues hablando de ello.

—Solo porque quería saber si nuestro tutor estaría a la altura y para saber si en verdad lo amas. Cosa que he descubierto que haces.

—Yo no lo amo —negó inmediatamente.

—Verás cuando te des cuenta de que lo haces.

—Pero yo no…

—Ahora es momento de callar y de marcharnos. Ross no tardará en salir corriendo tras tus faldas y tú tal vez caigas de rodillas ante él.

—Charlize, vas a volverme loca. No puedes decir que no me permitirás casarme con él y al seguidamente insinuar que…

—Ay, Freyja —la cortó—, me conoces tan poco… Además me he acostumbrado a que me subestiméis porque así tengo mayor libertad. Es hora de irnos —añadió la hermana menor, mientras le hacía señas a Caliope y a Cleopatra, después de haber observado que el conde de Ross y Luff irrumpía en el salón de baile.

—Estoy de acuerdo —dijo Freyja, al darse cuenta de que él las estaba buscando.

No sabía cuánto tiempo podría sortearlo, pero por el momento necesitaba un poco de paz. No era una huida, solo una retirada necesaria.

Desistir para luchar otro día.

# Capítulo 14
# La intervención

Charlize era inteligente. La subestimaban y eso le agradaba porque así podía sorprender a todo el mundo. Había descubierto un filón de oro para que Freyja fuese un poco más permisiva. Descubrir los secretos de los demás confería una ventaja que la menor de las Archer no había alcanzado a comprender hasta el momento.

No era que cinco años atrás ella hubiese pensado en decirle a Freyja que conocía su mayor secreto. La sociedad establecía que la virtud y la reputación de una mujer eran sus dos preciados tesoros. Saber que Freyja se había dejado llevar por Bedford y que este se había marchado poco después para regresar con una esposa enfureció tanto a Charlize que una mañana decidió presentarse en casa del vizconde para decirle lo que pensaba de él. La cosa acabó con un puñetazo que lo hizo sangrar. Estuvo muy satisfecha con su actuación, tanto que no añadió ni una sola palabra cuando Bedford la acusó de estar loca. Un gesto podía decir mucho más que mil palabras. En aquel momento había tenido trece años, era una niña, pero comprendió el sufrimiento de su hermana y decidió vengarla.

Así que esa mañana, después de desayunar, Charlize informó a Caliope de que debía acompañarla a dar un paseo por Hyde Park. Puesto que sus hermanas no soportaban sus rabietas, unas que aparecían cuando ella necesitaba salirse con la suya, su hermana accedió casi de inmediato.

A Charlize le importaba bastante poco lo que el mundo entero opinase de ella, incluidas sus amorosas hermanas. Si bien era cierto que solo ella tenía la potestad legítima para convertir el mundo de las otras tres Archer en un infierno, nadie más podía pisotearlas sin que ella se quedase al margen.

—Dime que esta no es la casa de Sutherland, Charlize —suplicó con desespero Caliope cuando se pararon frente a un edificio de aspecto un poco gótico en medio de Mayfair.

—¿Quieres que hablemos del motivo por el que Magnus Robinson, el guardián que nos designó Freyja para venir a Londres, se marchó a toda prisa nada más llegamos a la ciudad, Caliope? —Su hermana apartó los ojos de inmediato. Ah, la información era poder.

—Magnus tuvo que ausentarse porque su familia tenía un problema, tú estabas allí cuando lo contó.

—Claro —ironizó Charlize.

—No me gusta ni tu tono ni tus insinuaciones, Char.

—No acortes mi nombre —remarcó.

—¿Tan desesperada estás por un título que tienes que engañarnos a todas?

—¿Engañaros?

—Dijiste que daríamos un paseo por Hyde Park, y hemos acabado frente a la casa de Sutherland.

—¿Qué debo hacer para entendáis que no me interesa Sutherland más allá de que realce mi valor como joven dama casadera? ¡Podría ser mi abuelo! —se quejó la joven.

—No vas a engañarme con respecto a esto. Te he visto observarlo desde la primera vez que nos cruzamos con él. Te conozco bien y sé que no lo miras con ojitos tiernos porque es apuesto, solo ves su elevado rango. Eres ambiciosa, siempre lo has sido, Charlize. No deberíamos estar aquí.

—Te equivocas por completo, pero no es momento de hablar de Sutherland. Pero podemos hacerlo sobre Magnus Robinson —insistió.

—No hay nada que decir con respecto a Magnus, Charlize. No veas cosas donde no las hay. Aunque sí hay mucho que decir sobre tu duque. —Caliope no iba a darse por vencida.

Charlize la miró con indiferencia.

—Estamos aquí porque Freyja está enamorada.

—¿Qué? —Caliope dejó a un lado su enfado.

—Enamorada —repitió Charlize, pagada de sí misma al descubrir que sus hermanas mayores no se habían dado cuenta de que Freyja tropezó varias veces en la pista de baile cuando el conde de Ross y Luff apareció.

—Lo que dices es imposible. En las últimas semanas en las que hemos desfilado como corderitos de la mano de la vizcondesa Darrill, Freyja no ha simpatizado más que con el señor Gilmore, y nuestra hermana mayor ha dejado perfectamente claro que no tiene ningún interés romántico en él. Tu poder de observación no me convencerá de que Freyja nos ha

mentido.

—No está enamorada de Gilmore. Le dije que aprobaría un interés de ese tipo con el hotelero y Freyja se disgustó. No, nuestra hermana está prendada del conde de Ross y Luff, y precisamente por eso estamos frente a la casa de nuestro tutor hoy, para dejarle claras unas cuantas cosas.

Le había costado un poco más de lo normal sacarle a Gilmore las señas del su tutor, pero Charlize era muy eficiente cuando tomaba una decisión.

—¡Charlize! —gimió Caliope—. Lo que dices no puede ser cierto y aunque lo fuese, a Freyja no le gustaría que interviniésemos.

—No me quedaré a un lado de nuevo viendo cómo mi adorada hermana vuelve a sufrir a manos de un hombre, Caliope. Puedes entrar conmigo en casa de Ross o esperarme aquí. Es tu decisión.

—¿Cómo que de nuevo? —Cali frunció el ceño.

—¿Me apoyarás por el bien de Freyja o no?

—No creo que debamos inmiscuirnos.

—¿Tan ciega estuviste ayer que no te percataste de la reacción de Freyja cuando lo divisó a un lado del salón de baile? Fue un milagro que no le mutilase los pies a Gilmore, porque le dio al menos tres pisotones y no apartó la mirada del conde ni un instante.

—Sí que lo vi, pero supuse que era porque estaría nerviosa al ver que el hombre que tiene nuestra tutela acababa de llegar a la ciudad. Di por hecho que Freyja tendría miedo de lo que sucediese. ¿Cómo puedes estar tan segura de que Freyja tiene sentimientos por él? Dudo que se conozcan.

—Nuestra hermana mayor es muy reservada con sus asuntos, le gusta opinar sobre todo lo que nos atañe al resto, pero se esconde en su caparazón cuando se trata de sí misma. Estoy segura, por completo, de que Freyja ha elegido al hombre que desea. Sospecho que se conocen más de lo que sabemos. —No traicionaría las confidencias que compartió con Freyja la noche anterior a no ser que fuese de vida o muerte.

Caliope respiró profundamente y miró a su hermana para ver si ella vacilaba en su afirmación. No vio que Charlize estuviese mintiendo.

—¿Y qué vamos a decirle a lord Ross y Luff? —le preguntó finalmente su hermana a la más joven.

—No lo he decidido todavía.

—¡Creía que tenías un plan! —exclamó exasperada.

—Y lo tengo.

—¿Cuál?

—Convencerte para que me acompañases a dar un falso paseo por Hyde Park y venir a casa de Ross. Dos cosas que he logrado maravillosamente bien.

—¿Y el resto, Charlize?

—Improvisaré a medida que avance la conversación con el conde.

—¿Y si se niega a recibirnos? ¿Y si lo enfadamos? Y cuando hablo de que se enfade, lo digo por ti, porque te conozco

—Estoy segura de que nos recibirá de inmediato y de que lo último que deseará hacer es enfadarme él a mí. —Estaba segura de que la recibiría de inmediato porque anoche sucedió lo que sucedió y eso no se lo podía contar a su hermana.

Caliope rodó los ojos.

—A veces envidio tu seguridad, solo hasta que comienzas a gritar que odias a todo el mundo y sales corriendo. Por favor, no hagas eso si nuestro tutor te irrita, te lo ruego.

Charlize le sonrió a su hermana.

—Pamplinas, si me hace enfadar haré que Freyja lo odie con todas sus fuerzas, te aseguro que cuando nos vea nos llevará en volandas por la cuenta que le trae.

Caliope entrecerró los ojos y la miró acusatoriamente.

—¿Vas a contarme lo que sabes y te niegas a compartir conmigo?

—No te quejes, te he elegido por encima de Cleopatra para que participes en esta misión.

—Siempre me eliges por encima de ella. ¿Por qué lo haces? Creo que sería más feliz si no lo hicieses, Charlize.

—Mentirosa —la acusó con una sonrisa—. Aunque es cierto que ella adora a Bedford, yo lo detesto y eso hace que la tenga en menor consideración a la hora de involucrarla

en alguna situación. ¿Crees que fue casualidad que Freyja te enviase a Londres conmigo, Caliope?

Charlize entendía que su hermana Cleopatra no estaba al tanto de lo sucedido entre Colin y Freyja, pero de todos modos no podía olvidar lo que consideraba que era una traición hacia Freyja, porque dicha hermana se había convertido en la mejor amiga de la vizcondesa. Además, Cleopatra era menos fácil de manejar que Freyja y Caliope.

—Me envió contigo por pura casualidad.

—Cree lo que desees —la desafió.

—A ver, lo importante aquí es… ¿estabas enamorada de Bedford? —preguntó con los ojos como platos, porque esa era la cuestión más importante.

—¿No me has escuchado cuando he dicho que lo detesto? A veces resultas ridícula, Caliope. Antes me casaría con el Viejo Sutherland.

—¿Viejo Sutherland? ¿De dónde sale esa manía tuya de ponerle apelativos a todo el mundo?

—Me gusta diferenciar al resto. El que te puse a ti es bonito.

—¿Tengo un apelativo? —Caliope estaba irritada.

—Al que no logro ponerle uno es al conde de Ross y Luff. Jugué con algo como el hielo y la escarcha, pero no se me ocurre nada original que me guste.

—¿Cómo me llamas, Charlize?

—Adorable Caliope.

—Lo dudo mucho —dijo bufando—. Solo te lo has inventado ahora mismo porque necesitas mi ayuda.

Justo en ese momento la puerta principal de la casa del conde de Ross y Luff se abrió para mostrar a quien debía ser el mayordomo.

—El conde las está esperando. Damas, si hacen el favor de seguirme… —El hombre abrió la puerta por completo para invitarlas a acceder al interior.

—¿Cómo ha sabido que…? —comenzó a preguntar Caliope.

—Porque he hecho que nos detuviésemos aquí el tiempo necesario para ver si él nos

veía en algún momento desde la ventana de su despacho. Son buenas perspectivas, porque el hecho de que el conde invite a su morada a la mujer que le dio un puñetazo anoche y a su hermana, denota que desea tenernos de su lado.

—Ni tú misma eres capaz de ver el futuro, Charlize. Ha sido una simple coincidencia. ¿Le diste un puñetazo al conde? —preguntó con la boca abierta al darse cuenta de la segunda afirmación que había hecho su hermana pequeña y que casi pasa por alto por lo inverosímil que le parecía.

—Espero no acabar llamando a nuestro tutor lord Desesperado, aunque es un buen apelativo.

—Seguro que no le diste un puñetazo, lo dices para escandalizarme porque te gusta ser el centro de atención. Lord Desesperado no me gusta, sigue pensando. Algo con el frío le va mejor. ¿Viste sus ojos azules? Son bonitos, pero creí que me dispararía carámbanos, muy, pero que muy congelados.

—¿Lord Iceberg?

—Poco original. Tiene que haber algo más sensacional.

—Le daré una vuelta.

Se escuchó un carraspeo desde la puerta. El mayordomo se había cansado de esperarlas y de escucharlas murmurar confidencias que no lograba descifrar.

—Espero que sepas lo que haces, Charlize. Freyja se enfadaría mucho si…

—Soy la Infalible Charlize, no debes temer nada.

—¿Por qué te cambias tu apodo cada vez que te conviene?

—Porque puedo hacerlo. Entremos a ver qué sucede.

—Tengo la impresión de que has estado haciendo tiempo aquí afuera para reafirmarte con respecto al conde, para hacer que nos espere a propósito. ¿Estoy equivocada, Charlize?

—No soy tan calculadora…

—Seguro que no —ironizó.

—Y además, si así lo hubiese hecho, sería una jugada inteligente. ¿No te parece?

—Entremos —dijo Caliope, mientras negaba con la cabeza. Charlize era imprevisible, más de lo que había dado por hecho.

Vio a su hermana aflojarse los lazos de su elegante sombrero, tendérselo al mayordomo, Cleo hizo lo mismo, y luego la divisó saliendo disparada hacia…

—¿A dónde vas, Char?

—No acortes mi nombre. No me gusta. Voy al despacho del conde. —Cleo apretó el paso, también lo hizo el mayordomo a toda prisa.

—¿Cómo sabes dónde está?

—Me gusta estar informada de todo. ¿No creerías que me paré justo en el lugar indicado de la casa solo por casualidad. Deseaba que él nos viese y nos invitase a entrar.

Caliope se dio cuenta de que Charlize no estaba exagerando, ¡le había dicho la verdad!

—¡Pudieron haber pasado horas hasta que nos divisase por la ventana, Charlize!

—No te quejes, no ha sido así.

—Eres… No sé cómo calificarte, pero eres algo que no es bueno.

—¿Endemoniada?

—Sí, eso. Sutherland tenía razón.

—¿Por qué me lo nombráis a todas horas? Comenzaré a pensar que las que deseáis verme convertida en duquesa sois vosotras.

—Sí… seguro que es eso… —susurró Caliope.

Las dos accedieron al despacho, donde el conde figuraba sentado en la silla tras su escritorio. Se levantó de inmediato y les hizo la oportuna reverencia, tras los saludos iniciales.

Caliope se quedó muda, helada y no era porque él las mirase de esa peculiar forma suya. No. Su tutor tenía la nariz morada, hinchada. Cali miró de soslayo a Charlize quien sonreía encantadora mientras tomaba asiento. Caliope se obligó a sentarse a su lado. ¿De verdad le había dado un puñetazo a su tutor? Acabarían internadas en Bedlam. Las cuatro. Por culpa de Charlize porque las declararían incapacitadas mentalmente. Locas. Dementes. Y luego echarían la llave al mar.

—¿En qué puedo ayudarlas?

Charlize se sonrió y batió sus pestañas. Caliope se preparó para lo peor. Su hermana se mostraba encantadora cada vez que se disponía a lanzar un órdago.

—¿Qué le ha sucedido en la nariz, milord? —preguntó inocentemente Charlize.

Ambas observaron al conde cuadrarse. Cali deseaba desaparecer de allí. Esfumarse. ¿No se daba cuenta Char lo arriesgado que era enfadar al hombre que tenía su presente en las manos?

—Un golpe absurdo —apuntó Aidan con los dientes apretados.

—¿Una puerta tal vez? —continuó sin compasión la pequeña de las Archer.

—Charlizeeeee —gimió Caliope por lo bajo.

—¿A qué debo su visita? Debe ser un asunto importante si han estado esperando frente a mi casa tanto tiempo —añadió el conde. Sobre la otra cuestión de la nariz no añadiría nada más.

—Vengo a darle un tirón de orejas, milord.

—¡Charlize! —exclamó desesperada Cali.

—Debo hacerlo, hermana —le explicó la aludida mientras se ladeaba en la silla para mirarla mejor—. Este hombre le ha pedido matrimonio a Freyja y ni tan siquiera tuvo la decencia de arrodillarse y sacar un precioso anillo.

Los ojos de Caliope buscaron los de Aidan para esperar que él negase el relato de inmediato. Gimió al darse cuenta de que lord Ross y Luff solo se limitaba a mirarlas sin añadir nada.

—¿No consideraste oportuno informarme de todos los pormenores antes de arrastrarme contigo hasta aquí? —inquirió Cali, al tiempo que retornaba la mirada hasta Charlize.

—Era más divertido hacerlo así.

—Eres cruel, Charlize, además de endemoniada.

Ella agitó los hombros.

—Mientras me salga con la mía no me importa qué calificativos se utilicen sobre mi persona. ¿Milord? —Charlize decidió seguir con el asunto inicial que las habían traído hasta el

despacho del conde.

—¿Qué? —preguntó Aidan sin saber a qué atenerse. ¿De verdad una jovencita le había atizado y lo estaba poniendo contra las cuerdas en ese preciso momento? El Ministerio lo haría fusilar.

Desde que las había visto por la ventana, varadas frente a su casa, había sabido que se avecinaban problemas y pese a ello se lanzó al mar sin protección.

—Estoy esperando escuchar su defensa. Es imperdonable que un hombre le pida matrimonio a una dama sin hacer una florida declaración, ponerse de rodillas y mostrarle un precioso anillo. Todo ello sin entrar a valorar que mantenía a mi querida hermana bien abrazada y parecía desear fundirse con ella.

—¡Charlize! Esto es indecoroso.

—Como si tú no sintieses la misma curiosidad que yo por conocer las intenciones de nuestro recién conocido tutor, uno que se ha desentendido de nosotras durante un lustro, y que según tengo entendido se ha portado como un monstruo con Freyja.

—No es un monstruo por no ser un hombre romántico.

—Créeme, lo es —dijo sin desvelar nada más.

Ross se removió en la silla. La intervención de esa endemoniada mujer, tal y como la calificaba Sutherland, había supuesto un inesperado problema. Muy grande.

—Mis intenciones son honorables. Pretendo casarme con su hermana, si ella me acepta.

—¿La ama? —preguntó con agresividad Charlize.

—¿Ama a usted a Sutherland?

—¿Qué tiene que ver aquí el Viejo Sutherland?

—Por amor de Dios, Charlize, no tienes ni un ápice del sentido de la autoconservación. Estás insultando a dos hombres a los que seguramente no tendríamos ni que dirigirnos.

—Uno de ellos desea casarse con Freyja, así que no tenemos nada que temer, el otro… Bueno —la joven agitó los hombros—, es más viejo que yo, así que solo he expuesto un hecho, no es un insulto.

—Ni tan siquiera ves el problema de todo lo que haces y dices. ¡Eres exasperante!

—¿Podemos dejar de hablar de mí y centrarnos en lo que nos ha traído hasta aquí, Caliope? Por si no te has dado cuenta, estamos en medio de una reunión importante que determinará, no solo el futuro de Freyja, sino también el nuestro.

—¿Y eso no te obliga a ser comedida en tus aseveraciones? Porque como bien has dicho, dependemos por entero de él —Caliope lo señaló con el dedo— hasta que cumplamos los veintiún años.

—Razón de más para que estés tranquila. Te queda solo un año para que nadie gobierne tu vida.

—¡Pero a ti te quedan tres! Por eso deberías ser cauta y no ir lanzando puñetazos y ofensas sobre nadie, especialmente sobre él. —Caliope señaló al conde en ese punto una vez más.

—Precisamente por eso deberías comprender lo dispuesta que estoy a luchar por mi hermana mayor. Del mismo modo que espero que él —lo señaló con el dedo esa vez Charlize— también lo entienda. Me quedan tres años viviendo con la incertidumbre de que un hombre, al que antes de anoche no había visto jamás, pueda decidir mi vida entera, sin que yo pueda oponerme a su capricho. Y pese a ello aquí estoy, desafiándolo por el bien de Freyja, sin importar mi bienestar.

Caliope abrió y cerró la boca un par de veces. No se le ocurrió nada para rebatir el razonamiento de su hermana pequeña. Se quedó callada.

—¿Qué es lo que deseas saber, Charlize? —tomó la palabra el conde—. Me parece oportuno que, después de amenazarme con un puñal y darme un puñetazo, prescindamos de las formalidades. ¿Lo consideras oportuno?

—Sí, me agrada la idea —respondió la aludida.

—¿Un puñal también? —Caliope estaba devastada ante las revelaciones.

—Lo encontré abrazando con descaro a Freyja. No sabía si nuestra hermana estaba aprobando el gesto íntimo o no, así que tuve que usar todo mi ingenio para liberarla. Lo malo de todo el asunto, es que descubrí que ella lo ama profundamente y haré todo lo que pueda para impedir ese matrimonio si él —lo señaló con el dedo— no es capaz de amarla en la misma medida. —Charlize se quedó pensativa un momento. Luego sonrió y buscó la mirada fría y severa de Aidan—. No tendría ningún problema si tú la amases mucho más que ella a ti. Deberías hacerlo de ese modo, te facilitaría las cosas mucho.

—Charlize, no lo tutees.

—¡Me ha dado permiso!

—No lo ha hecho, se ha permitido hacerlo él, pero dudo mucho de que esté de acuerdo en que…

—Lo he amenazado con uno de los puñales de Freyja, luego le di un puñetazo, ¿crees que él comenzará a gritarme porque haya decidido prescindir también de la formalidad, Caliope? A veces creo que soy la Archer más sabia de todas vosotras.

—Tu condescendencia es molesta, hermana.

—¿Podemos hablar sobre Freyja de una vez, Caliope?

—Haz lo que te plazca, como bien has dicho solo me queda un año para ser mayor de edad, así que si nuestro tutor opta por enviarnos a Júpiter, solo tendré que permanecer allí poco tiempo. Tú serás la que tenga que vivir tres años bajo el yugo de él —lo volvió a señalar con el dedo.

—Muy bien. ¿Dónde estábamos, Aidan?

—Sois todavía más peculiares que Freyja. Comienzo a comprender lo que ha debido vivir estando al cargo de vosotras.

—Gracias —señaló con orgullo Charlize.

—Creo que no era un cumplido, Char.

—No acortes mi nombre. Yo lo he sentido como una bendición y me limitaré a darle las gracias por su amable observación, Caliope. —La joven dejó de mirar a su hermana y fijó sus ojos en los azules helados del conde para luego preguntarle—: ¿La amas o no?

Él se echó atrás en la silla y respiró profundamente. Miró con fijación a Charlize.

—Antes te he preguntado si tú amabas a Sutherland, para ver si comprendías lo intrusiva e inapropiada que era la cuestión.

—Después de nuestro encuentro de anoche, lord Ross, creo que podemos hacernos ese tipo de preguntas. Estamos por encima de la cortesía, de las normas sociales y todas esas tonterías que mi padre tanto despreciaba. Así que te hablaré como siento que merece nuestra relación tan… peculiar. Deberías considerarlo como un gran elogio, Aidan. Por cierto, me gusta Aidan. Es un nombre bonito, no tan frío como tu apariencia.

—Celebro ver que al menos hay una cosa que apruebas de mí.

—Es un gran progreso, estaba dispuesta a detestar incluso tu nombre —rebatió ella.

—Te pareces a Freyja más de lo que había previsto.

—Gracias —dijo Charlize.

—Tampoco creo que fuese un cumplido, hermana —apuntó con suavidad Caliope.

—Yo creo que sí lo es. Freyja es una mujer fuerte, muy segura de sí misma, siempre desea lo mejor para quienes están a su lado, se ha ocupado de nuestra casa, ha gestionado la fortuna que padre le dejó de un modo admirable y ha hecho todo eso sin que ninguna de vosotras dos os dieseis cuenta de que Bedford le partió el corazón sin piedad.

—Bedford, ¿qué? —graznó Caliope.

—Ya me has oído. Bedford le arrebató todas sus ilusiones como mujer, y no estoy dispuesta a permitir que nadie vuelva a hacer sufrir a Freyja. Haré lo necesario para defenderla de quien no la merezca. —Lo dijo mirando a los ojos al conde, con una seriedad y una convicción que hicieron que la piel de Aidan se erizase.

—¿Crees que esta revelación has debido hacerla ante un extraño? ¡Es algo privado, Charlize! Estás traicionando los secretos de nuestra hermana frente a él. —Lo señaló de nuevo con el dedo.

—Él sabe mucho más de Freyja de lo que crees. Sospecho que también la ha herido, aunque no estoy al tanto de los detalles exactos y sería mejor que no los conociese nunca. Han pasado cinco años y sigo sin tolerar la presencia de Bedford. Si Freyja se casase con él y yo supiera con certeza que ha sido un asno, creo que no podría más que insultarlo o algo peor.

—¿Cómo amenazarlo con un puñal y darle un puñetazo, Charlize? —ironizó su hermana.

Los ojos de la pequeña de las Archer lo buscaron.

—Creo que sí. Así que dejaremos apartada esa cuestión. Daré por hecho que amas a mi hermana, que serás todo un dechado de virtudes, que te postrarás a sus pies y entonces todos viviremos como una gran familia feliz.

Llegado el fin de su exposición, Charlize se puso de pie y le hizo un gesto a Caliope para que hiciera lo mismo.

—¿Nos vamos ya?

—Sí —le respondió Charlize—. He dicho, hecho y comprobado todo lo que vine a

hacer aquí.

—¡Si no le has dejado hablar! —exclamó Cali mientras se incorporaba.

—Lo peor no ha sido eso. No ha tenido el detalle ni de ofrecer unos agradables bombones o pasteles con té, pero no podía esperar más de él si fue capaz de proponerse ante Freyja y ni lo hizo del modo apropiado.

—¡Esto no es sobre tú y los dulces que te convertirán en una vaca gruesa, Charlize!

—No, esto es sobre el futuro de Freya. He comprobado que la ama, así que no nos queda más que hacer aquí.

—¿Cómo puedes estar tan segura? No ha respondido a tu pregunta ni la primera ni la segunda vez que se lo has preguntado.

—Me has escuchado hablarle del modo en el que lo he hecho y seguimos vivas. Tampoco ha gritado o se ha puesto difícil. Ni me ha reprendido por asestarle un puñetazo y colocarle un puñal en la espalda, que estoy segura de que arruinó su chaqueta, el chaleco y la camisa, tal vez incluso tenga alguna pequeña herida en la piel. —Caliope gimió en alto ante la revelación, pero su hermana menor siguió con su explicación—: ¿Crees que se hubiese comportado tan bien, si no amase a Freyja? Otro en su lugar nos habría enviado a Bedlam tal y como sugeriste antes de entrar en su casa.

—No sé cómo logras darle la vuelta a todo, Charlize.

La hermana menor de las Archer le guiñó un ojo a Caliope. Luego, cuando estaba a punto de agarrar el pomo de la puerta para marcharse se giró para mirarlo. Él se veía imperturbable ahí de pie mientras las observaba. Charlize no se había dado cuenta de que el conde se había incorporado con educación cuando ellas lo habían hecho para marcharse.

—Freyja deseaba ir a la ópera y todavía no hemos tenido la oportunidad, confío en que dispongas de un palco en el teatro principal o en su ausencia lo haga uno de tus amigos, como Sutherland por ejemplo. Esta noche me parece la indicada para esa salida. Tengo entendido que actúa una soprano fabulosa.

—¡Tú eres la que se muere por ir a la ópera, Charlize! Freyja no dijo nada al respecto.

—Y esa será mi recompensa por ayudar a nuestra hermana mayor con sus asuntos —le dijo a una indignada Caliope. Luego volvió a mirar al conde y le sugirió—: Ven a recogernos a las siete, trae bombones para mí a fin de mostrar tu agradecimiento y no olvides unas flores para Freyja, lleva siempre contigo un anillo y arrodíllate cuando la ocasión amerite. Mi hermana mayor merece ser feliz, palabras bonitas y un gran gesto, así que confío en que tú

consigas todo eso. Ella te ha elegido y yo doy mi consentimiento. Espero que no la defraudes, porque entonces conocerás toda mi ira.

La cara del conde era un poema lleno de asombro. ¡Qué muchacha más… algo! No le venía ninguna palabra a la mente para definirla porque era indefinible, pero era algo muy grande.

—Charlize puede ser el mismísimo diablo, milord, no le convendría ponerla a prueba.

—Gracias —le dijo a Caliope.

—De nuevo, no era un cumplido, Charlize —le aclaró su hermana.

—Me ha parecido lo mejor que has dicho de mí hasta el momento, Caliope. Y además lo has hecho en el mejor momento posible para que él —lo señaló con el dedo— comprendiese mejor mi aseveración sobre hacer de su vida un infierno. Ha sido un gran cumplido y muy oportuno. Acepta mi gratitud y no discutas.

Él seguía callado observando la charla entre ambas. Era la visita más increíble que nunca había recibido. Se compadeció de Freyja. Soportar a tres hermanas debió haber sido un reto asombroso.

Y pensar que el conde no se había tomado la molestia de averiguar sus nombres, edades o alguna cosa de las cuatro antes de presentarse en Luffgarden… Aidan había estado en desventaja frente a Freyja todo el tiempo, ella sabía luchar porque se había enfrentado a ese batallón que eran sus adoradas hermanas.

—¡Eres imposible! —se quejó Cali.

—Te ayudaré con Magnus para agradecerte el cumplido. Eso te hará sentir mejor.

—Te lo suplico, si deseas agradecerme algo, olvida que eres mi hermana, no hagas nunca nada por mí. Ese sería el mejor de los regalos.

Lord Ross y Luff las observó marcharse mientras seguían discutiendo, sin atreverse a intervenir o disgustarlas. De pronto se encontró sonriendo. Iba a ser curioso estar al cargo de ellas. Un largo trabajo que esperaba compartir con Freyja.

¿Cómo lograrlo? Le haría caso a la Endemoniada Charlize y llevaría a cabo esa salida a la ópera, para empezar sería un buen paso. Tenía mucho que arreglar. Era necesario que entre Freyja y él se estableciese un ambiente cordial, natural, después de lo que había sucedido entre ambos.

¡Lo amaba profundamente! Charlize lo había dicho y Aidan la creyó. Se sintió lleno de júbilo y más animado que nunca.

# Capítulo 15
# El futuro

Sus hermanas le habían dicho que tenían una sorpresa. Freyja detestaba los cambios, especialmente cuando Charlize era la que lo organizaba todo. Tres contra una y siempre se solía salir con la suya. Charlize era así.

Le habían dicho que tenía que ponerse muy elegante para una salida que sería de lo más agradable. Freyja se vistió sintiéndose recelosa.

Bajaron al primer piso del hotel y se encontraron allí con el duque de Sutherland y el señor Gilmore.

—¿Qué es esto? —preguntó Freyja, cuando divisó al conde de Ross y Luff con un ramo en una mano y un paquete perfectamente envuelto en la otra.

—Iremos a la ópera —señaló Charlize.

Freyja se quedó parada en su lugar y no avanzó hacia donde los caballeros las esperaban pese a que su hermana pequeña la llevaba de la mano.

—Lo siento, yo… no puedo. —Freyja se dio la vuelta, se agarró la falda del vestido y comenzó a ir a toda carrera hacia su habitación.

No podía enfrentarse al conde en esos momentos.

Aidan se quedó parado sin entender lo que acababa de suceder. Caliope y Cleopatra miraron a Charlize.

—Tú has sido la cabeza pensante de todo esto. ¿No se te ocurrió pensar que ella no desearía tener nada que ver con él? ¿O que necesitaba tiempo? —La pregunta la formuló Cleopatra, a quien las otras dos hermanas le habían relatado vagamente su visita al conde esa misma mañana.

Charlize no se detuvo a ofrecer una contestación, avanzó hasta los caballeros como si fuese una reina. Sus hermanas fueron tras ella. La menor de las Archer miró al conde y le dijo:

—Te encuentro desmejorado, pareces enfermo. No me arriesgaré a ir en tu compañía a la ópera esta noche. Soy una dama delicada a la que podrías contagiar. Nos marcharemos sin ti, el señor Gilmore y el duque nos servirán de guía. Buenas noches, milord.

Gilmore se tragó una carcajada. ¡Qué muchacha más diabólica!

—¿Te está tuteando? —preguntó Sutherland sin creer lo que escuchaba.

—Charlize tiene mi permiso para hacerlo —respondió el conde.

—¿Y también está autorizada a darte órdenes?

—Eso parece —respondió Aidan, mientras veía a las otras dos hermanas sonrojadas sin saber dónde meterse. No se sorprenderían si ellas saliesen corriendo, tal y como había hecho Freyja nada más verlo.

Era del todo evidente que la hermana menor le estaba diciendo que tenía que quedarse en el hotel e ir tras los pasos de Freyja, de ahí el subterfugio de esa enfermedad que ella se acababa de inventar. Era una muchacha realmente endemoniada.

—¿Y le has concedido la libertad de mandar sobre mí? —siguió Sutherland con el interrogatorio a su mejor amigo.

Charlize lo miró con media sonrisa ante esa pregunta que delataba que él estaba enfadado.

—¿No le han dicho que es poco caballeroso desafiar a una dama, excelencia?

—Hay tantas cosas que no le han enseñado, milady, que me siento tentado a tumbarla sobre mis rodillas y…

—Sutherland… —susurró Ross, para interrumpirlo al darse cuenta del rumbo tan peligroso que tomaban los pensamientos de su mejor amigo.

El duque se tuvo que morder la lengua. No había querido insinuar nada inmoral, solo el hecho de que alguien debía haberle dado una buena azotaina a esa muchacha tan inadecuada. Y sin embargo, sus pensamientos lo hicieron arder al imaginar a esa joven de pelo cobrizo y ojos de color caramelo precisamente en sus rodillas, con sus posaderas en alto y completamente desnuda. Gimió al darse cuenta de lo inapropiado que era la imagen.

—Creo, señor Gilmore —comenzó a decir Charlize— que lo elijo como a mi

acompañante esta noche. El duque de Sutherland custodiará a Caliope y Cleopatra.

Con eso la muchacha se colgó del brazo del hotelero y lo obligó a moverse hasta la salida del Gilmore Hotel. Cuando pasó por delante del conde agarró la caja que suponía que tendría los bombones que le había reclamado y siguió su camino. Aidan no opuso resistencia ante el gesto tan audaz de ella. Ante ninguno de los que había hecho Charlize desde que descendió por la escalera principal del hotel. ¡Sutherland estaba en peligro mortal!

—Está jugando con fuego, lady Charlize —murmuró Ethan Gilmore solo para los oídos de la joven.

—Siempre lo hago —respondió como si eso fuese una gran revelación.

—Lo siento —dijeron al unísono Cleopatra y Caliope cuando el duque dejó de observar a Charlize marcharse con el señor Gilmore y las miró a ambas.

—¿No pudieron educarla mejor? —preguntó entre bufidos Sutherland.

—Lo intentamos hasta que quedó claro que ni tan siquiera Freyja sería capaz de enderezarla, porque si nuestra hermana mayor no era capaz, nadie lo sería nunca —dijo Caliope.

Sutherland la creyó.

—¿Ross? —le preguntó el duque a su amigo.

—Debo aclarar las cosas. ¿Te ocupas de todo, por favor, Sutherland? —Había decidido quedarse y enfrentar a Freyja, tal y como le había sugerido Charlize.

—Si cuando acabe la noche la he estrangulado, será culpa tuya y solo tuya, Ross. —Tristan no sabía si podría mantenerse sereno en compañía de esa pequeña bruja endemoniada.

—Estoy seguro de que hallarás el modo de no cometer un asesinato. Pediré una habitación y descansaré, porque creo que tengo fiebre y estoy demasiado débil para regresar a casa —dijo, sabiendo que no engañaría a nadie con semejante mentira, pero le pareció conveniente guardar un poco las formas.

Sutherland suspiró al tiempo que les ofrecía el brazo a las otras dos hermanas y se marcharon de allí.

El conde se dispuso a darle una buena propina al primero que le dijese dónde podría encontrar a lady Freyja. De tal modo que minutos después se encontró llamado a la puerta de la habitación donde le habían dicho que estaría.

Toda la situación era escandalosa, pero no era más censurable que lo que ya había

tenido con la hija del anterior conde Luff.

Ella abrió un poco la puerta cuando él llamó.

—¡No! —trató de cerrarla, pero Ross colocó la bota para impedírselo.

—Me iré de inmediato si decides que lo haga cuando terminemos de hablar —le dijo, al tiempo que la forzaba a permitirle el paso.

Freyja no luchó más, Aidan entró y dejó las flores a un lado, sobre una mesa próxima, dado que le había tendido el ramo de rosas rojas previamente y ella no lo había aceptado.

Estaban separados pese a que él había dado un par de pasos para acercarse hasta la posición de la dama. Ella había reculado, así que no quería asustarla más. Se veía nerviosa, pero no temerosa por su intrusión.

—No deberías estar aquí. —La formalidad no era necesaria.

—Hay muchas cosas que no debería haber hecho contigo, estar aquí ahora, no es una de ellas. ¿Por qué has salido corriendo cuando me has visto si me amas?

Ella jadeó llena de indignación.

—¿Cómo te atreves…?

—Te llamaré mentirosa si lo niegas, Freyja. No conozco del todo a las mujeres y nunca he querido inmiscuirme más de lo necesario con una, pero me bastó un solo segundo para darme cuenta de que tú y yo teníamos que estar juntos.

—Como amantes —dijo sin titubear.

—Juntos. De un modo u otro. No creí que acabaría casándome porque mi padre era un vil mentiroso y mi madre no se quedaba atrás. Mi familia supuso un ejemplo nefasto para mí. Deseo que seas mi condesa, Freyja.

—A veces lo que deseamos y la realidad son dos cosas diferentes.

—Creo que te conozco bien. No me habrías dejado poseerte si no sintieses algo poderoso por mí. Incluso me arriesgaré a ser arrogante y a presumir que anoche, antes de la interrupción de tu hermana menor, ibas a aceptarme.

—No —negó rápidamente.

—Sí. Me deseas muchísimo, Freyja, tanto o más que yo.

—Eso no es un motivo para casarse.

—Es el más poderoso que conozco. Pocos matrimonios aceptan la unión por amor, y los que lo hacen no tardan mucho en darse cuenta de que ese amor sin la llama ardiente de la pasión no prospera. Nosotros lo hicimos a la inversa, primero ardimos y luego nos enamoramos.

—No. Ardimos, estoy de acuerdo, pero luego nos enfrascamos en una gran pelea que dejó claro que no debíamos estar juntos.

—Me llamaste Colin —dijo con suavidad.

—Y tú me insultaste a cambio.

—No volveré a hacerlo.

—Lo harás en cuanto no te obedezca.

—Te conozco —repitió—. No es un farol, sé exactamente la clase de mujer a la que me estoy proponiendo y…

—¿Una casquivana? —lo interrumpió.

—Freyja, ¿qué quieres? ¿Me pongo de rodillas y suplico tu perdón? ¿Harás tú lo mismo por el daño que me has causado? Estoy aquí para arreglar las cosas. Quiero más de ti y sé que tú también lo deseas de mí. Me gustaría dejar atrás el pasado y comenzar de nuevo. Sé mi esposa y avancemos hacia delante. No soy tan duro y frío como crees… —Ella se dispuso a replicarle, él la frenó levantando una mano para pedirle paciencia porque no había terminado de hablar—: No al menos cuando estoy contigo. Yo te perdoné a la mañana siguiente y veo que tú no has podido hacerlo conmigo. Y pasé por alto todas nuestras rencillas, incluida la mentira sobre tu identidad, porque no podía dejar de pensar en ti y comprendí que, sin ser consciente de haberlo hecho, me había enamorado de ti.

Freyja se llevó una mano al corazón, sus ojos estaban empañados. Él dio un paso y ella reculó la misma distancia. Ross se obligó a quedarse quieto por el momento.

—Lo primero son mis hermanas, tuvimos un momento de pasión y eso debería ser todo. No fue amor.

Él suspiró.

—Necesitas tiempo para conocerme mejor y comprenderme. Para perdonarme —insistió—. Aprovechemos la temporada en Londres, aunque no creo que pueda estar cerca de ti y

contenerme, porque quiero besarte a todas horas, tocarte y hacerte mía, lo intentaré.

Ella tragó saliva y se retorció las manos con fuerza. Ambos estaban vestidos de gala, él con su mejor traje, y ella con un vestido de muselina que de pronto se sintió como una tela indecente. Freyja no deseaba escuchar palabras provocadoras, quería que él se marchase.

—Lo mejor sería que usted siguiese por su lado y nosotras por el nuestro.

—¿Me mandas lejos?

—Es lo mejor.

—No lo es, porque aunque te escudes en la formalidad para mostrar tu indiferencia, sé que me amas y que me deseas. —Aidan sabía que Freyja estaba utilizando la etiqueta como un escudo. Él se juró que no le permitiría poner distancia verbal entre ambos.

—Es usted un pretencioso.

—Ahí una prueba más. No lo niegas, solo me acusas de conocerte mejor que tú misma. Usas la formalidad. Nuestra historia iba muy bien hasta que todo se torció debido a cuestiones que seremos capaces de superar. No sé lo que sucedió con Bedford exactamente, pero me hago una idea. Sufriste por él, me buscaste para tener consuelo y yo lo interpreté como si me hubieses utilizado para luego traicionarme. Estabas sufriendo porque el hombre al que amaste está felizmente casado y tiene un hijo.

—Por favor, le ruego que se vaya. —La primera lágrima descendió por su mejilla derecha. No se quedó ahí. El llanto comenzó a ser incontrolable.

A Ross se le partió el corazón y se movió hasta la posición de Freyja para abrazarla. Ella se echó a sus brazos.

—Todo ha sucedido porque me estabas esperando, Freyja —le dijo mientras la tenía abrazada y le acariciaba el pelo amorosamente—. Bedford no era para ti, porque yo tenía que llegar. Del mismo modo que mi madre y mi padre me hicieron aborrecer las relaciones porque tú tenías que mostrarme la verdad. Yo también he sufrido, cariño. No te lo puedes ni imaginar. Era solo un niño de diez años cuando descubrí a mi madre con el mismo lacayo que se acostaba con mi padre.

—Aidan… —susurró, mientras se abrazaba a él con más fuerza. La confesión había hecho que ella sintiese su corazón lleno de tristeza.

—Fui un milagro, Freyja. Uno que nadie sabe en verdad cómo ocurrió. Me refiero a mi nacimiento. Mi padre tenía unos gustos muy particulares, disfrutaba de los hombres. La introdujo en unos juegos… Eran tres en su matrimonio, aunque la discreción era su máxima, los

vi una vez. Mi padre es un lacayo, el amante que mis padres compartían y, por Dios, que cuando mi madre me alumbró y se quedó dañada sin poder tener más niños, lo consideré una ventaja. No tolero la mentira porque yo soy fruto de un pecado que nadie comprende. Soy un fraude nacido de una mentira espantosa.

Ella se separó de él, sin salir de sus brazos por completo, y lo miró a los ojos. Su mirada era fría, pero divisó el dolor en el azul de su iris.

—¿Por qué me cuentas esto, Aidan?

—Me enviaron lejos cuando le dije a mis padres lo que sabía. Nunca más los vi, ellos siguieron con sus… asuntos. Me hice duro y me juré que nadie más sería capaz de hacer tambalear mi mundo. No soporto la mentira ni la traición.

—Y yo te mentí y te traicioné.

—Sí. Y pese a ello, al día después de haber sido tan duro contigo, regresé a Luffgarden para verte y hablar. No estabas. No te encontraba por ningún lugar, ninguna pista. Incluso ese mayordomo vuestro se negó a explicarme la verdad. Visité a Bedford porque era mi única pista.

—¡Cielo santo, Aidan! —Freyja sintió pánico.

—Tenía que hacerlo. Él era el único que podía saber dónde estabas. Además, tenía que averiguar si él y tú… No sabía que fuese un hombre tan celoso. Lo soy contigo porque te amo. Ninguna antes me había inspirado nada parecido. Me rebajé y fui a buscarlo. Bedford me hizo comprender que era un hombre felizmente casado y que tú eras su amiga. Lo hizo para después enviarme a Escocia.

—¿A Escocia? —preguntó mientras se limpiaba una lágrima.

—Me insinuó que habías decidido ir allí. Si no vine antes a por tus hermanas a Londres, fue porque me volví loco mientras te buscaba sin saber por dónde comenzar. Mi desesperación era grande, Freyja. Ahí me di cuenta de que no solo podía ser deseo. Busqué al hombre que deseaba asesinar con mis propias manos porque te había tenido antes que yo, y luego me juré que te encontraría para pedirte una oportunidad para los dos. No soy fácil, dudo que haya algún varón que sea sencillo en este mundo, pero de entre todos, me has encontrado a mí y me has dado ilusión. Has hecho que olvide lo que fue mi infancia, mis terribles orígenes, solo te veo a ti siendo mi esposa, la madre que alumbrará a nuestros hijos.

—Es porque nos deseamos. Es deseo… solo es… —Ella no quería hacerse ilusiones. No podría soportar una nueva decepción. Era mejor protegerse.

—Es porque primero nos deseamos y ahora nos amamos. Dime que no me quieres y

me iré para no molestarte jamás. Te dejaré ocuparte de tus hermanas sin mi interferencia. Luffgarden será tuyo hasta que yo muera.

Ella se quedó callada. Imaginar una vida sin él era todavía peor que seguir viviendo protegida pero sin Aidan. Imaginar que él muriese después de toda una vida estando separados… Lo amaba, lo amaba con todo su ser, con todo lo que tenía. De un modo irracional, desesperado. No tenía caso seguir ocultándose a sí misma la verdad.

—No volveré a mentirte. Estoy enamorada de ti —dijo con humildad.

—Entonces no te dejaré ir nunca, Freyja. Tendremos altibajos, discusiones, porque incluso las parejas que se aman las tienen, pero sé que juntos nos sobrepondremos a todo.

—Fuiste cruel, Aidan. ¿Qué pasará la próxima vez que te disguste?

—Fui duro porque no me atrevía a admitir los sentimientos que habías despertado en mí. No he hablado jamás con nadie sobre mi historia, solo Sutherland sospecha alguna cosa, y lo sabe porque estuve completamente ebrio aquella vez que mi lengua se soltó. Únicamente puedo ser yo mismo contigo. No creo que le muestre a nadie más cómo soy en verdad. Esta capa de hielo —se señaló a sí mismo de arriba abajo— no la derretirá nadie más que tú. De hecho, ya la fundiste cuando te dejaste caer sobre mí cuando nos conocimos. Te miré a los ojos, te toqué, te olí, te hablé y algo cambió para siempre. Lo he pensado detenidamente estas largas semanas que no he podido dejar de pensar en ti. Después de hacer el amor, iba pedirte que te casases conmigo, no me lo permitiste. Yo estaba aterrado porque intuía que me harías vulnerable y me desprecié a mí mismo por ser tan débil. Así que cuando te escuché llamarme por otro nombre, quise pelarme contigo para que no hubiese otra oportunidad. Cargué con toda la artillería porque no te quería cerca, no quería… yo…

Freyja le colocó un dedo sobre los labios.

—Es extraño. Esta relación nuestra lo ha sido desde el principio. Yo soy sociable, muy amigable con todos, tú eres lo opuesto, y cuando estamos juntos nuestros papeles se invierten. Tú, cuando no estás enfadado, te conviertes en un adorable parlanchín dispuesto a mostrar la bandera blanca. Frente a ti yo me retraigo y no sé cómo explicarte lo que siento. Tu recuerdo me atormentaba día y noche porque te añoraba.

—Lo sé también. Todo lo que has dicho. Me siento identificado, cariño.

—Con Bedford…

—No tienes que darme más explicaciones.

—Quiero hacerlo. Yo era muy joven y mi padre acababa de morir. Ocurrió solo una vez y fue algo rápido e insustancial. No lo había sabido hasta que tú llegaste. Pensé que lo

amaba, pero después de conocerte… Creo que me encapriché con él porque era lo único que tenía a mano.

—¿Y cómo sabes que no me amas porque no hay nadie más? —preguntó con cierta inseguridad.

Ella le sonrió con ternura.

—La temporada en Londres es curiosa, y cuando corrió la voz de que yo era una rica heredera… No, Aidan, no te compares con aquella situación porque he tenido oportunidades desde que llegué.

—¿Gilmore lo ha intentado? —No pudo evitar la pregunta.

—Es un buen amigo del que no tienes nada que temer.

—¿Te importará tener un marido celoso? No pensé que lo fuese, pero me siento muy posesivo contigo, ya te lo dije anoche.

—Siempre que seas razonable y no estés sospechando de mí a todas horas. Encontraremos la confianza y el equilibrio de esta inseguridad que estoy segura de que solo estará presente al principio de nuestra relación. No somos un par de jóvenes de apenas dieciocho años, la experiencia nos tiene que servir para más.

—Confío en ti. Insisto en que te conozco, solo un sentimiento profundo te impulsaría a entregarte a un hombre. Lo sé, por eso descubrí que me tenías que amar.

—Te amo con fuerza, Aidan. Tienes que saberlo, comprender lo que sucedió cuando hicimos el amor.

—Dime lo que necesites. Seré tu apoyo, Freyja. No quieres cargar a tus hermanas con tus problemas porque eres una mujer fuerte, pero mis hombros serán ahora los tuyos. Apóyate en mí, porque te daré consuelo, amor y alegría siempre.

Ella se volvió a abrazar a él y suspiró.

—Lo de Bedford fue una tontería, pero él después de que aquello sucediera habló de deber, como si todo hubiese sido una equivocación. Estuvimos juntos, tú y yo, y hablaste de deber. ¿Por qué nadie podía quererme por mí misma? Todo me recordó a Bedford y por eso debí haber usado su nombre, ni tan siquiera recuerdo haberlo dicho. Solo sé que me sentí repudiada por ti y que te quería como una mujer, no como una muchacha que buscaba los brazos de un amigo para olvidarse del mundo.

—Este inicio tan accidentado nos sirve para afianzar nuestra confianza, nos ha

obligado a hablar sin tapujos de nuestros problemas, algo que jamás imaginé que pudiese hacer. Aprovechémoslo, Freyja. Déjame amarte y ámame sin reservas. A partir de ahí haremos que nuestro matrimonio funcione.

—Oh, Aidan, no solo soy yo. Caliope, Cleopatra y Charlize te volverán loco. Combatirás con cuatro mujeres y tal vez desees no haberte casado conmigo nunca.

—Todo irá bien. ¿Confías en mí?

—Sí. ¿Y tú en mí?

—Sí. Empecemos de nuevo, cariño.

—Aidan, te quiero muchísimo. Si algo saliese mal… Bedford no me hizo tanto daño como el que tú podrías llegar a hacerme.

—Te garantizo que tú tienes el mismo poder de dañarme que yo a ti. No comprendía el funcionamiento del amor porque nunca lo había sentido, pero supongo que es eso, tener confianza en que yo no te haré daño y que tú no me lo infligirás.

—Si estás seguro de que podrás convivir con las cuatro hermanas Archer, no me queda más que aceptar tu ofrecimiento. Seré tu esposa y te honraré con mi cuerpo, con mi mente, con mi alma y con todo mi ser. Esa es mi promesa para ti, Aidan.

—No te arrepentirás, cariño.

Se separó de ella, la miró a los ojos y buscó sus labios. Freyja cerró los ojos y se concentró en disfrutar de la calidez de los labios de Aidan. Un beso pausado que se fue prendiendo fuego.

—¿Aidan? —preguntó sobre sus labios.

—¿Sí, cariño?

—Una vez te dije que no era una libertina.

—Lo recuerdo.

—Creo que puedo serlo mucho contigo. Quiero serlo.

Él sonrió sobre los labios femeninos.

—Me alegra saberlo.

—Sospecho que Charlize se los ha llevado a todos y que nadie nos espera abajo para ir a la ópera.

—Debo confesar que de las cuatro, la que más aterra es tu hermana pequeña.

—Haces bien. ¿Nadie nos espera?

—No, Charlize los ha arrastrado hasta el teatro. Sutherland estaba furioso.

—Quiero hacer el amor contigo.

La respuesta de él fue cogerla en volandas y buscar la cama.

Aidan se dio cuenta de que no la había visto completamente desnuda a pesar de haberse acostado con ella en aquella ocasión, entonces quiso mirar su cuerpo sin ningún velo, como cuando ella llegó empapada a casa. Para esa ocasión en la que iban a amarse después de aclarar toda la situación, quería hacerle el amor sin que existiera barrera. Desnudos. Dos cuerpos ardientes y hambrientos.

El anhelo, el deseo y la ferocidad rugieron en su interior al mismo son que los latidos de su corazón. Su sangre se había convertido en fuego. Alzó la cabeza para besarla una vez más y ella lo agarró por la nuca con fuerza.

—Quiero verte sin ropa —le dijo con ansiedad. Ella asintió y se separó de su agarre para permitir que llevase a cabo la acción.

Aidan, con paciencia y serenidad, la desvistió y miró su cuerpo sin pudor. Ella se sintió como si fuese una diosa que estaba siendo adorada por su más leal devoto creyente. La sensación de belleza, de poder, de deleite la embargó por completo. Un rayo de luz de luna procedente del ventanal central ayudaba a las velas a que el conde pudiese admirar su precioso y lleno pecho desnudo.

—Eres una mujer preciosa, mi mujer, cariño.

Aunque deseaba haberse quedado un rato más deleitándose con ese cuerpo desnudo tan maravilloso, su virilidad se alzaba rabiosa contra sus pantalones. La ayudó a tenderse sobre las sábanas después de apartar la gruesa colcha y se sentó en el borde de la cama para quitarse las botas. Una vez descalzo, se puso en pie para acabar de desvestirse y cuando estuvo desnudo se colocó sobre ella con delicadeza. La chimenea todavía tenía brazas y el ambiente era cálido, así que no vio la necesidad de avivar el fuego, porque si Freyja tenía frío, él estaba más que dispuesto a calentarla, pues en ese momento Ross estaba en llamas.

Aidan se propuso excitarla con toda la habilidad y la paciencia de las que disponía empleando las manos, los dedos, los labios, la lengua. La dulzura de Freyja era ambrosía. El

sabor de ella deslizándose por su lengua era la gloria eterna. Su cuerpo ardía de deseo por ella, ansiando el momento de colocarse encima y volver a consumar la potente pasión que despertaba en él.

Freyja, motivada por el gran deseo que Aidan estaba proporcionándole decidió no ser pasiva. Así que sus delicadas manos comenzaron a explorarlo, con timidez en un principio, pero a medida que comprobaba las reacciones de él, a medida que lo escuchaba suspirar cuando sus manos agarraron su falo para palparlo, se volvió más activa.

—Debes dejar de acariciarme, cariño. Necesito poseerte. ¿Me quieres aquí? —preguntó, mientras insertaba uno de sus dedos en el calor de su feminidad.

—Sí —susurró al tiempo que levantaba las caderas. Estaba fuera de sí, el deseo sexual era apremiante.

Aidan volvió a cubrirla con su cuerpo, le alzó las caderas con ambas manos mientras se disponía a separarle los muslos con ambas manos y se preparó para la conquista. Su falo sintió la humedad en ese primer contacto y él gruñó. Estaba al borde del frenesí. No le costó apenas trabajo hundirse en su cuerpo. Ella gimió y lo apretó contra sí, sus uñas se hundieron en su musculosa espalda. La combinación del placer con un poco de dolor lo hizo gemir con fuerza.

Ella se unió a la danza. Cerró los ojos y comenzó a moverse al compás que dictaminaba el cuerpo de Aidan. Era preciso dejarse llevar por el furor del amor hasta que ambos estuvieran satisfechos.

Aidan buscó su mirada y la observó con una sonrisa y los ojos cerrados.

—Mírame, Freyja.

La dama se obligó a despegar los párpados y le sonrió más ampliamente al tiempo que le daba una cariñosa caricia en la mejilla.

—Te amo.

—No podré separarme de ti jamás.

—Espero que nunca lo hagas.

—Freyja…

—Dame placer, Aidan, llévanos al cielo.

La besó con pasión. Estaban completamente abandonados. El instinto animal y ansioso tomó las riendas de la situación, lo que ocurría era demasiado intenso como para

continuar con tranquilidad aquel baile, por lo que pronto se tornó visceral y frenético. Freyja lo rodeó con las piernas y lo mantuvo bien sujeto.

Aidan encontró un buen punto de apoyo para acometer las embestidas con mayor acierto y ritmo. Ella gemía con él. La mirada de Freyja estaba sobre esos ojos azules que no eran fríos, que la miraban con un brillo risueño y soñador.

—Aidan —murmuró—. Un nombre encantador para un hombre que llevo toda la vida esperando.

—Freyja —divagó él con devoción—. Una mujer que no temió desafiarme y que me vuelve loco.

Luego el conde bajó la cabeza hasta ese tentador lóbulo de su oreja y se lo lamió.

Se amaron hasta que ambos se quedaron sin aliento y sus movimientos los dejaron sudorosos y saciados. Se adoraron hasta que los dos respondieron con un gemido animal y fuerte en esa última embestida que les robó el aliento para hacer que Aidan y Freyja se tensasen con fuerza. Alcanzaron un clímax rápido y sobrecogedor que les confirmó que debían estar juntos. Uno solo. Unidos. Ardientes. Enamorados.

—Aidan... —la escuchó protestar, con voz cansada y llena de promesas, cuando se apartó de ella para evitar que su peso la aplastara.

El conde se colocó de costado y la observó. Su futura condesa, la mujer a la que no había buscado pero a la que encontró sin casi esfuerzo, tenía el pelo alborotado y una mirada llena de satisfacción.

—Será así siempre entre nosotros. Ya has visto que no es solo deseo, hay mucho más.

—Sí. Estaremos bien porque lo pondremos todo de nuestra parte.

—Hay algo que quiero saber, Freyja…

—Lo que desees —ronroneó mientras él la pegaba a su cuerpo.

—¿Ha pasado suficiente tiempo para saber si hubo consecuencias de nuestra primera vez?

Freyja le sonrió.

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—Esta semana debería saberlo. Tal vez la próxima.

—¿Te molestaría ser madre tan pronto?

—Sería reconfortante cuidar de un bebé en vez de tres hermanas.

—Entonces… ¿te resultaría incómodo que volvamos a hacer el amor?

—No, creo que no.

—Muy bien.

El conde se dispuso a acercarse a ella para volver a besarla.

—¿Te referías a ahora mismo? —preguntó con curiosidad.

—¿Estás dolorida?

—Estoy llena de deseo. Definitivamente seré una esposa muy libertina, Aidan.

—Un gran pronóstico, cariño.

Se detuvo un momento, se levantó y ella se quedó sorprendida por la huida.

—¿Qué ocurre?

—Tenía que arrodillarme y darte un anillo. Charlize me matará si se entera de que…

—¿Qué tiene que ver en esto mi hermana? —lo interrumpió.

—No quieras saberlo. —No refutó la respuesta de su conde porque sospechaba que sería mejor no saberlo.

Ross regresó hasta ella, Freyja estaba incorporada y él se acababa de arrodillar para mostrarle un rubí rojo enorme engarzado en una banda de oro rosa.

—Sí, Aidan, mil veces sí.

El conde le colocó el anilló con satisfacción y se fundieron en un beso profundo.

Aquella noche hicieron el amor dos veces más. Una inmediatamente tras declararse su amor eterno. La siguiente después de bajar al comedor para cenar y esperar el regreso del

resto de la familia para darles las nuevas noticias.

No fue tarea fácil para Aidan despistar a todo el mundo, una vez recibidas las felicitaciones por el anuncio de la boda, y acabar una vez más en la habitación de su inminente condesa.

La historia de Freyja y Aidan solo acababa de comenzar y con un poco de suerte, el hecho de tener que casar a sus hermanas no sería un gran impedimento para seguir disfrutando el uno del otro.

¡Quién sabía qué otros pretendientes llegarían a la vida de Caliope, Cleopatra y Charlize!

# Epílogo
# Una decisión

La boda de Freyja y Aidan se celebró en Luffgarden. Fue sencilla, emotiva y solo acudió la familia, con el señor Gilmore y el duque de Sutherland como invitados fuera del círculo familiar.

La casa de campo que había visitado Aidan largas semanas atrás se había transformado en una esplendorosa mansión donde todo funcionaba como el mecanismo de un buen reloj suizo.

Realmente Freyja era excepcional a la hora de dirigir el hogar. Habían decidido vivir en ese lugar y aunque no fue fácil convencer a Charlize para dejar atrás la temporada londinense, la joven acabó resignándose a que el enlace de su hermana se celebrase en la capilla familiar de Luffgarden.

La pareja se había marchado un par de semanas a Francia con motivo de su viaje de novios. Enamorados y muy felices. Las tres se habían quedado en el campo con la promesa de que se comportarían.

Sutherland se marchó sin mirar atrás, sin ofrecerse para echarles un vistazo a las tres Archer solteras. La llegada de Magnus Robinson, inmediatamente después de la boda, hizo que Freyja se fuese un poco más tranquila a París con su esposo.

Magnus les explicó que su padre había fallecido y que tuvo que ir a visitar a su familia sin demora. Freyja le contó que se había enamorado sin remedio del heredero de su padre y todo pareció estar en orden.

Aidan y Magnus comprendieron al segundo que tendrían que llevarse bien para garantizar la unidad de esa peculiar familia que formaban todos.

Parecía que la normalidad iba cerniéndose sobre Luffgarden poco a poco. Lo verdaderamente difícil sería convivir cuando Freyja y su nuevo esposo regresasen, pero las tres hermanas habían prometido hacer que la nueva situación fuese fácil de llevar.

Aquella mañana, Charlize se había decidido a salir a montar a caballo. Se topó con Caliope en las cuadras, pero su hermana no se disponía a cabalgar, sino que estaba cepillando a su yegua.

—Cuando te dije que podría ayudarte con Magnus lo dije de verdad, Caliope —comentó con naturalidad mientras llegaba a su lado.

—Y yo te advertí que sería mejor que te olvidases de hacerme ningún favor, Charlize.

—No tienes derecho a dudar de mis capacidades como casamentera, Freyja está feliz con Aidan.

—Me alegro por ella, pero yo no tengo nada que ver con Magnus.

—¿Esa es tu última palabra?

—Magnus Robinson es el último hombre con el que yo pensaría en casarme, Charlize. No quiero tener nada que ver con él.

Escucharon un sonido a su lado derecho y al darse la vuelta vieron que una figura masculina se marchaba de allí a toda prisa.

—Bueno, creo que ya no vas a tener ese problema, Caliope.

La aludida gimió para mostrar su malestar.

—Dime que él no nos ha escuchado.

—Imposible decirlo y no mentirte. Era Magnus, pero no sabía que estaba ahí. Lo vi desde mi ventana, esta mañana, salir a cabalgar, no tenía ni idea de que ya había vuelto. De haberlo sabido, no habría sacado el asunto. Lo siento, Caliope.

—¿Qué te hace pensar que él me interesa? Porque desde que estuvimos en Londres no has dejado de darme la lata con eso, Char.

—No acortes mi nombre.

—Lo hago porque es un diminutivo cariñoso. ¿Qué tienes en contra de eso?

—Mis padres decidieron llamarme Charlize y no me gusta que nadie lo acorte. En cuanto a Magnus, es evidente que hay algo entre vosotros.

—Claro que sí. Lo que sucede es que él no me soporta y yo menos a él. Lo segundo

lo sé con certeza porque no tuvo reparos en dejarnos plantadas cuando se marchó sin previo aviso.

—No estás siendo justa. Su padre ha fallecido.

—¿Alguna vez lo escuchaste hablar sobre su familia?

—¿Crees que miente?

—Creo que esconde algo y no me gusta. ¿Qué hubiera pasado si Freyja no llega a venir a Londres para arreglarlo todo?

Charlize le sonrió.

—Creo que, aunque algo tarde, yo sola hubiese podido poner en orden todo el asunto con el Villano Rendow.

—No lo creo, estabas muy abatida y no veías cómo salir de ese pozo.

—Es cierto que me derrumbé porque no esperaba verme entre las cuerdas. El barón fue más inteligente que yo, o posiblemente sucedió que yo lo subestimé. Como sea, todo se arregló. Por cierto, creo que tengo un buen apodo para Aidan.

—Para ser alguien que se queja de que sus amorosas hermanas acorten su nombre, tienes el vicio de rebautizar a todo el mundo, Charlize.

—¿Te gusta lord Enamorado?

—¿Para lord Ross y Luff?

—Nos ha dado permiso a todas para llamarlo por su nombre de pila y tratarlo sin formalidad. ¿Lo harás algún día?

—Ya lo he estado haciendo antes de la boda, Charlize, solo he utilizado los dos títulos del esposo de Freyja para que comprendas que no necesita más denominaciones. Además, eso de lord Enamorado lo veo trillado.

—Supongo que solo será Aidan. Lo dejaré así y desistiré de llamarlo de otro modo. En cuanto a Magnus…

—No hay nada en cuanto a Magnus. Aunque sí que podemos hablar de Sutherland.

—¿Del Viejo Sutherland? ¿Qué pasa con él?

—Te interesa.

—Estás equivocada de principio a fin. Si hubieras mencionado al señor Gilmore tal vez lo hubiese negado un poco menos.

—¿Te gusta el señor Gilmore? —preguntó con la boca abierta.

—Sí, me gusta más que el Viejo Sutherland. En verdad el duque no me gusta en absoluto. Es aburrido, demasiado correcto y… viejo. Pero eso último ya lo he dicho muchas veces.

—Así que si yo te dijese que el duque ha insinuado cierto interés por mí… ¿Tú no te molestarías?

Charlize le sonrió.

—Al contrario, porque sé que tú no te irritarías si yo te dijese que Magnus está interesado en mí.

—¿A qué ha venido eso, Charlize? —preguntó con enfado Caliope.

La menor de las Archer agitó los hombros despreocupadamente. Se ajustó el sombrero que se había movido debido al gesto que había hecho para mostrar su despreocupación y le explicó que:

—Era un ejemplo. ¿Te ha molestado mi insinuación?

Caliope se obligó a sonreírle.

—En absoluto, de tal modo que a ti no te ha causado sorpresa ni ningún otro sentimiento mi aseveración sobre Sutherland.

—Perfecto, a Freyja le gustará saber que tú y yo hemos congeniado tanto que el año que viene iremos a Londres para disfrutar de una nueva temporada.

—No.

La hermana menor profundizó su sonrisa y le mostró sus perfectos dientes blancos.

—Ya lo veremos.

Con eso se marchó en busca de su caballo. Caliope sintió que todo su cuerpo se erizaba.

—¡Charlize! —la llamó. Su hermana menor había avanzado unos pocos pasos hacia el cubículo donde estaba su caballo y se dio la vuelta pronto.

—¿Qué?

—¿Por qué no molestas a Cleopatra? —le preguntó con seriedad.

—Porque tú eres adorable y a ella todavía no la he perdonado por ser amiga de los vizcondes Bedford.

—Lo que dices no tiene sentido. No soy adorable y Cleo no tiene la menor idea de lo que sucedió con Colin años atrás, de igual modo que yo no lo sabía. ¿Te habrías enfadado conmigo en caso de que hubiese hecho buenas migas con la esposa de Bedford?

—Tu actúas por instinto. No sabías que Bedford le había partido el corazón a Freyja, pero eras muy consciente de que tanto nuestra hermana mayor como yo, no nos sentíamos cómodas cuando él o su esposa aparecían. Eres leal incluso sin saber que lo estás siendo, por eso te elijo para confabular conmigo.

Caliope se quedó pensativa. No se había dado cuenta de que eso fuese exactamente así.

—Cleopatra nos quiere a todas. No eres justa con ella. En cuanto a lo de confabular… si Cleo te hubiese sido de más interés que yo por el motivo que fuese, no habrías dudado un instante para sustituirla por mí. Te conozco bien.

La pequeña le sonrió.

—Os adoro a todas, Caliope. No estés celosa. No os fallaré a ninguna. Se lo prometí a mi madre y pienso cumplirlo.

Su hermana frunció el ceño.

—No estoy celosa en absoluto, sería una bendición que te involucrases más con Cleo y me dejases en paz… En cuanto a lo otro sobre madre, ¿qué quieres decir, Charlize?

—Mientes muy mal. Se hace tarde, quiero ir a montar antes de que se ponga a llover.

—¡No puedes decir algo sobre mamá y luego salir huyendo! —exclamó viendo la espalda de su hermana menor.

Charlize no se giró y Caliope no insistió. Su hermana era imprevisible y solo hablaba y actuaba cuando consideraba que debía hacerlo. La faceta que demostró frente al ya

esposo de Freyja la había dejado sin palabras. Caliope era consciente de que Charlize era fuerte y decidida, pero no había previsto la fuerza que albergaba en su interior.

En ese momento, Magnus Robinson, ese amigo de la familia que hacía cinco años que residía con ellas y se había vuelto una especie de guardián, entró en las caballerizas. La mirada de Caliope se cruzó con la de él.

Magnus apartó de inmediato la vista y se marchó de allí sin decir una sola palabra. Pareció como si él fuese a demandarle explicaciones o hubiese querido enfrentarla pero en el último instante optase por desistir.

Caliope suspiró y reanudó el cepillado de su yegua. Tal vez sería mejor pensar en Sutherland en vez de en Magnus. O ya puestos en cualquier otro. Había conocido a un marqués de lo más interesante durante su estadía en la ciudad. Sus hermanas habían estado tan ocupadas en sus asuntos, que nadie se dio cuenta de lo que Caliope hacía o dejaba de hacer. Tal vez no fuese mala idea disfrutar de una nueva temporada el próximo año.

Ser marquesa no sería nada malo. Caliope tenía determinación, unos modales magníficos y una lengua viperina capaz de inocular veneno en caso de ser necesario. Todas unas grandes cualidades que una marquesa debería poseer.

¿Y si se inclinase por convertirse en duquesa?

Sutherland, Tristan sabía que se llamaba, era guapo, rico y se veía que era sensato. Posiblemente, la próxima temporada, Caliope se viese tentada a conocerlo mejor. De ese modo vería si Charlize se había marcado un farol.

¿Qué le deparaba a Caliope Archer el destino?

Cosas buenas, seguro.

Fin.

# Dama encanta a marqués

Caliope

*Sarah Worth*

*«Cuando el amor llama con fuerza,*
*es de necios no abrir la puerta.*
*Y sin embargo, todos hemos sido*
*grandes necios alguna vez».*
**Sarah Worth.**

# Sinopsis

Lady Caliope Archer está de regreso en Londres. Las salidas sociales, los bailes, el teatro o los conciertos han llegado a causarle una grata impresión. Cosa que no pensó que ocurriría.

La hija del anterior conde Luff no está tan contenta con los pretendientes que ansían conquistarla. Convencer a su tutor de que rebaje su dote parece ser una salida de lo más digna para disfrutar de un poco de tranquilidad en la ciudad. Si además su hermana Charlize la dejase en paz, Caliope podría llegar a darse cuenta de que la temporada no es tan mala como pensó antaño.

Y sin embargo, hay un tercer problema añadido. ¿Qué sucederá con cierto marqués inesperado con quien mantiene una bonita pugna en la batalla del amor?

Llega la segunda historia de la hermana Archer más hermosa. Si alguien pensó que Caliope iba a ser comedida, se llevaría una sorpresa, porque la rígida y buena sociedad londinense comienza a temer a las Archer con razón.

Un poco de drama, mucho humor y demasiada pasión condimentan un libro pensado para agitar todos los corazones.

Índice

**CAPÍTULO 1**
**LA BENDITA FAMILIA**
**CAPÍTULO 2**
**EL DOLOR RENACE**
**CAPÍTULO 3**
**EL INICIO PROMETE**
**CAPÍTULO 4**
**UNA HERENCIA ENVENENADA**
**CAPÍTULO 5**
**UNA DETERMINACIÓN ADECUADA**
**CAPÍTULO 6**
**UNA DECISIÓN DETERMINANTE**
**CAPÍTULO 7**
**UNA ALTERNATIVA DESESPERADA**
**CAPÍTULO 8**
**TRAS EL VELO DE LA MENTIRA**
**CAPÍTULO 9**
**LA CONCLUSIÓN MÁS LÓGICA**
**EPÍLOGO**
**LA FINALIDAD DEL AMOR**

# Prólogo

Brighton, 1817.

—No tenías derecho a tocar el jardín de mamá, ni a arrancar ninguno de sus rosales. ¡Te odio, Caliope! ¡Te odio con todas mis fuerzas! —gritó Charlize Archer, la benjamina de las cuatro hermanas, antes de salir corriendo entre llantos por el pasillo central y encerrarse en su habitación, tras dar un sonoro portazo.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Freyja Archer, la hermana mayor.

Las rabietas de Charlize iban en aumento. Habían pasado dos años desde que la enfermedad se llevase a los padres de las cuatro damas Archer. La pequeña era la que peor llevaba la muerte de los condes Luff. Todo eran gritos y reproches y, por supuesto siempre terminaba sus actuaciones advirtiendo que odiaba a todo el mundo, para después comenzar a llorar, marcharse a su habitación y dar un portazo para ofrecer mayor dramatismo a sus acciones.

Freyja miró a la derecha, el señor Magnus Robinson estaba junto a Caliope, la otra hermana que había recibido la gran reprimenda de Charlize. El señor Robinson llegó a su casa poco después de que los condes de Luff falleciesen y era un pilar para Freyja. La mayor de las Archer acababa de cumplir veintiún años y desde hacía dos se había ocupado de sus tres hermanas pequeñas: Caliope de diecisiete, Cleopatra de dieciséis y Charlize la que pronto cumpliría quince y se comportaba como si tuviese seis.

Pese a que el padre de las cuatro había designado como tutor a su heredero, un hombre llamado Aidan Andrews, quien era conde de Ross por derecho propio, el caballero no se había presentado nunca ante ellas, por lo que la llegada inesperada de Magnus Robinson, quien se ocupaba en su mayor parte de los establos y algunos asuntos menores, como poner orden entre las hermanas pequeñas, había sido más que bienvenida.

Poco importaba que el supuesto tutor que designó su padre para las hermanas Archer no hubiese llegado, dado que como Freyja era la heredera de todo lo que no estaba ligado al título y había cumplido la mayoría de edad, era más que capaz de ocuparse de las pequeñas y de

sí misma. Tenía plena libertad.

Freyja se concentró en Caliope, la hermana que la seguía en edad, pese a ser mucho más joven que ella, seguía mirando el lugar por el que Charlize había desaparecido.

De pronto Cali se giró para mirarla y Freyja se preparó para lo peor, porque si la hermana menor era la reina de los espectáculos, la lengua de Caliope podía llegar a ser como un látigo furioso azotando sin descanso.

—¡Estoy harta! Cansada y exhausta de que solo Charlize sienta que ha perdido a su madre y a su padre. ¿Y el resto de nosotras qué? No puedo ni entrar a la habitación de madre sin que ella me autorice. No puedo ni cortar las rosas de mamá porque eso es cosa de ella. ¿¡Sabes qué, Freyja!? ¡Yo también perdí a mi madre y a mi padre! ¡Yo también tengo derecho a llorar, a gritar y a odiar a todo el mundo! Y por Dios, que si no le haces comprender a esa mimada que todas tenemos el mismo derecho de llorar, yo… yo… ¡No sé lo que haré! —volvió a levantar la voz—, pero será algo como dejarla sin un solo cabello en su preciosa y gran cabeza de hermana egoísta.

Freyja vio cómo comenzaba a temblarle el labio inferior a Caliope y supo que estaba a punto de derrumbarse. Un segundo después estalló en un gran sollozo y huyó por la puerta principal a toda prisa. Bueno, al menos Cali no había dicho que la odiaba… Era un avance.

—¿Magnus?

—Yo me ocupo de Caliope, ve a consolar a Charlize —sugirió él, intuyendo lo que Freyja Archer le acaba de pedir con solo usar su nombre en forma de pregunta.

—No sé lo que haría sin ti, y no sé lo que voy a hacer con mis hermanas… —se lamentó de la última parte. Freyja también estaba cansada de soportar el peso que sus padres le habían colocado en los hombros.

Magnus la vio marcharse en dirección a la habitación de Charlize y él se dio media vuelta para ir en busca de Caliope. La conocía muy bien y seguramente habría acabado hecha un ovillo junto al lago que la finca campestre, llamada Luffgarden, tenía en la parte norte.

Magnus no se dio demasiada prisa en avanzar, prefería que la joven se desahogase mientras él llegase. ¿Qué sabía Magnus de palabras bonitas si en toda su vida no había escuchado ni una sola? Con unos padres autoritarios y siendo el tercer hijo, Magnus se había convertido en una miserable mota de polvo, y aunque no era la primera vez que trataba con Caliope, nunca la había visto tan alterada. Pues desde su posición podía contemplarla temblando por el llanto.

Se quedó parado, si fuese un tipo listo, daría la vuelta de inmediato. No debería tentar la suerte. Esa era la hermana más hermosa de las cuatro, con la que hablaba de forma

habitual sin ningún tipo de velo, a la que había enseñado a montar a horcajadas y en pantalones. Ya tenían demasiada confianza y eso, especialmente para él, no era nada bueno. Un joven de veintitrés años no debería sentirse tan cómodo con una muchacha que confiaba en él, porque aunque era un tipo decente, no era un santo y Caliope despertaba unos impulsos primitivos que era conveniente mantener bajo llave y a buen recaudo.

Ella levantó la cabeza y Magnus supo que no podría marcharse de allí hasta comprobar que estuviese bien. La joven se puso de pie, comenzó a correr hacia él y sintió cómo el corazón comenzaba a latirle con fuerza. Estúpido. Lo mejor sería irse. En vez de dejarla a su suerte, el señor Robinson abrió los brazos y la cobijó sobre su pecho. Caliope se acurrucó sobre él y la encerró en un abrazo protector. Ella olía a lilas, a pureza, a dulzura y bondad. Le acarició el pelo y no se atrevió a decir ni una sola palabra porque en esos momentos en los que se sentía como un hombre que lo tenía todo, su mente no era capaz de conjurar nada coherente.

La sostuvo de ese modo sintiendo como si las agujas del reloj se hubieran detenido. Magnus podría envejecer de ese modo, sin hacer nada más productivo que abrazarla, y cuando llegase el fin de su vida, no lamentaría haber estado de ese modo junto a ella.

Se maldijo por pensar así de esa muchacha que no necesitaba a un hombre desesperado por su atención. Magnus tenía que demostrar que era digno de confianza, por lo que pensar en esos términos en Caliope era una barbaridad por la que el Creador le podría pedir explicaciones y estaría en su derecho al hacerlo.

El llanto fue calmándose poco a poco. Las grandes manos duras y callosas del señor Robinson le seguían acariciando el pelo y la espalda. Todo él trataba de recordar que no era más que una joven inocente que no debería ser víctima de pensamientos inquietantes por su parte.

Cuando llegó a Luffgarden, Magnus se juró a sí mismo que no miraría de modo inapropiado a ni a una sola de las hermanas. Tampoco se encapricharía de ninguna. Lo había logrado durante el primer año. Freyja era como un coronel en ciernes, Charlize muy pequeña y Cleopatra se ocupaba de sus asuntos. Pero la joven a la que trataba de apaciguar con su sola presencia, se había convertido en toda una hermosa y perfecta mujer hacía trece meses exactos. Su cuerpo no era el de una niña, sino el de una adulta y Caliope era todavía demasiado joven para comprender su atractivo y el efecto que provocaba en los hombres… en él.

La posición que Magnus ocupaba en la finca familiar era sagrada, y no quebrantaría esa confianza que le otorgó Freyja por más que desease hacerlo. Lo había dejado todo atrás cuando huyó de un hogar violento donde él no significaba nada y no tenía ni medio penique en el bolsillo. Pese a que Freyja le pagaba por su trabajo, él lo hacía por la mitad, dado que le habían permitido residir en la casa del guardabosques y compartía buena parte de las comidas con las Archer.

Era agradable al fin pertenecer a una familia. Le había costado mucho trabajo ser parte de ese ambiente, pues el mayordomo de la finca, el señor Smith, no le había quitado el ojo

de encima desde que llegó para ver si podían ofrecerle trabajo.

Sería un caballero, se tragaría todos y cada uno de los sentimientos que Caliope le despertaba. Llegado el caso tendría que resignarse a ver cómo se casaba con un príncipe, porque ella no merecía menos. Allí donde Freyja era obstinada y resolutiva, Caliope era todo corazón, frescura y bondad. La hermana mayor había provisto a las menores de una buena dote. Pese a que la belleza sería la mejor baza para una musa tan grande como Caliope Gaia Archer, la fortuna que llevaría al matrimonio la haría todavía más elegible.

Las hijas de un conde no se casaban con alguien como Magnus, porque él era solo un hombre grande y torpe sin futuro. La vida del señor Robinson era sencilla, desde que llegó a Luffgarden no precisaba de nada más. Al fin formaba parte de un lugar, tenía a buenas personas a su lado y contaba con un propósito en la vida: cuidarlas y protegerlas.

—Sabía que te enviaría a ti, porque todo es siempre para Charlize, siempre es mi hermana pequeña la que debe tener toda la atención. Freyja la pone por delante de todas, incluso de sí misma… ¡Oh, Magnus, cada día es más desagradable con todas!

—Lo siento, Caliope. —Fue una suerte que su boca se moviese para articular las palabras adecuadas, entre otras cosas porque sus pensamientos no eran los correctos. Sentía los redondeados senos de la joven perfectamente sobre su torso, la tibieza de su cuerpo junto al suyo. Era un infierno estar así y no osaba moverse ni bajo pena de muerte.

La joven se separó de él en ese momento, pero no salió de su abrazo. Sus ojos, dorados como el sol, iban a juego con su cabello del color del oro. Incluso llorosa, la joven se veía preciosa y dulce como la miel. Toda una reina en un enjambre de cuatro abejas que compartían su mismo estatus.

Cali le ofreció una sonrisa franca y él quiso morirse de inmediato. ¡Dios! Verla y tenerla cerca era una verdadera tortura, sería mejor soltarla y dar un paso atrás para separarse de ella. Su mente le gritaba que hiciese justo eso, pero su cuerpo se negaba a obedecerlo. Tal vez no pudiese tenerla de ese modo tan íntimo y cercano. Dios permitiera que nunca más tuviese a la tentación frente a él sonriéndole de ese modo…

—Debes creer que soy tonta. Bueno, debes considerar que Charlize y yo lo somos, porque hemos dado un buen espectáculo por culpa de unas flores…

—No pienso que seas tonta, Caliope —musitó.

Ella se separó de él, se colocó sobre la fina hierba que cubría el suelo y se sentó. Desde su posición le dio un tirón en la mano y lo obligó a sentarse a su lado. Magnus sabía que estaba jugando con fuego, pero no era capaz de alejarse y privarse de su compañía y cercanía.

—Tengo tres hermanas y me siento sola. Quería por igual a los condes, pero desde

que madre murió nada ha sido igual para ninguna de las cuatro. Charlize prohíbe incluso que recordemos a nuestros padres porque no quiere ponerse triste. Debe hacerse todo conforme mi hermana pequeña dice, para evitar que tenga un berrinche.

Caliope se aproximó más a Magnus y dejó caer la cabeza sobre su hombro derecho. Un gesto del que posiblemente ella no se hubiese dado cuenta. La veía ensimismada en sus pensamientos, en sus recuerdos. El hombretón se tragó un aullido cuando se dio cuenta de que, por inercia, había pasado un brazo por los hombros de ella y la cabeza de Caliope reposaba sobre su pecho.

—A veces creo que solo tú te preocupas por mí, Magnus.

—Tus hermanas te quieren —atinó a decir. No pudo hablar más, dado que la mano de la joven se desplazaba por su duro torso. Magnus llevaba una camisa y las mangas las tenía arremangadas, pues cuando escuchó el estallido de gritos, salió del establo a toda prisa para tratar de mediar entre Charlize y su víctima. No había esperado que fuese en esa ocasión Caliope. De haberlo sabido no habría salido del lugar en el que estaba antes de producirse la discusión.

—Yo adoraba a mi padre, pero él tenía en Freyja a su mayor admiradora. Nosotras tres teníamos a mamá solo para nosotras y Charlize la acaparaba siempre, incluso pretende quedarse con su recuerdo y todo lo que le pertenecía. Siento como si el corazón se me hubiese roto y que nunca podré juntar las dos piezas.

—Necesitas tiempo —le dijo en un murmullo.

—No lo sé. Freyja es muy sabia y dice lo mismo, pero los días pasan y no siento que la carga se aligere. El dolor no es tan punzante como cuando supe que los dos habían muerto, pero es constante. Como una espina que se retuerce y que estoy convencida de que no llegará a salir nunca.

—Freyja dice que tus padres eran unas personas muy agradables y amorosas con todas vosotras.

—Sí. No tengo ni un solo recuerdo de mi madre en el que ella no estuviese sonriendo. Me gustaba mucho cómo me cepillaba el pelo. Freyja por las noches viene a arroparme como hacía mi madre y me lo cepilla, pero no es lo mismo.

—Tienes la suerte de haber tenido a unos padres fantásticos aunque los perdiste joven, Caliope. Ya tienes mucho más que yo.

Ella apoyó su barbilla sobre el torso de Magnus y levantó la mirada. Sus gestos eran tan inocentes, que él se consideraba un maldito bastardo por sentirse de un modo tan poco apropiado con ella. Más allá de que lo excitase con cada suave toque o con esa mirada serena que la muchacha tenía, lo que le calentaba el corazón era la forma en la que lo trataba, con cariño,

con dulzura, como si fuese uno más de la familia. Una especie de hermano mayor. Retendría ese pensamiento para mantener las manos y los pensamientos lejos de Caliope Gaia Archer, la dama a la que jamás podría alcanzar.

—¿Tus padres no eran buenos contigo?

Él negó con la cabeza para después decir:

—Mi hermano mayor era el que importaba, el segundo, el del medio, era poca cosa, pero yo prácticamente era prescindible por completo. Mi padre era muy duro. Mi madre, demasiado débil. Así que hasta que no llegué aquí, no sabía bien lo que era formar parte de una familia. Os enfadáis, pero al minuto siguiente estáis abrazándoos y perdonándooslo todo. Lo que tienes es bueno. Lo que yo tuve era malo —concluyó.

—Lo siento. Ahora debes pensar que soy tonta y estúpida por comportarme de ese modo cuando Charlize comenzó a gritarme. Perdí a dos personas fundamentales de mi vida, pero me quedan otras tres por las que vale la pena luchar.

—No podría pensar nunca mal de ti, Caliope. —Ella volvió a sonreírle.

La joven bajó la mirada en ese momento y suspiró ampliamente. Magnus llevó la mano hasta la barbilla de Cali y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Qué más va mal?

—Yo…

—Puedes confiar en mí, Caliope. No te fallaré.

Ella tragó saliva.

—Tú también eres muy importante para mí.

Premió su confesión con una sonrisa masculina que esperaba que no fuese grotesca. No era un hombre demasiado apuesto, era alto y un poco más fornido que la media, sus ojos eran azules, pero no excesivamente bonitos y el pelo lo tenía negro, tan oscuro como el corazón de su padre.

—Os considero a las cuatro como si fueseis mis propias hermanas —reveló con sinceridad, porque aunque Caliope lo tentaba como una mujer haría sobre un hombre, no daría un paso que fuese más allá de la fraternidad.

Ella bajó la mirada de nuevo. Él tuvo que volver a levantarle el rostro con el dedo índice.

—No quiero ser una hermana para ti —musitó, cuando vio la pregunta en los ojos masculinos.

—Caliope… —susurró.

Ahí supo que era el momento exacto para dar por finalizada la conversación, regresar al establo y hacer como si nada trascendental hubiese ocurrido. Y algo grave acababa de suceder, Magnus lo sabía. Pese a que la joven había dicho en alto esas siete palabras que a priori podrían ser consideradas como un simple lamento, él sabía que ya nada volvería a ser como antes.

—Me siento extraña cuando estás cerca, Magnus. Eres lo primero en lo que pienso cuando me acuesto y lo primero que recuerdo cuando me levanto. Creía que era porque eras protector conmigo, porque eras mi mejor amigo, incluso cuando te vi por primera vez, imaginé que podrías ser algo parecido a mi padre. No. No eres como el conde, y tampoco te veo como a un hermano o a un amigo. ¿Sabes cómo llegué a la conclusión de que eras más, mucho más para mí?

—No, y no creo que debamos… —comenzó a decir.

—Tengo que decírtelo, Magnus —lo cortó—. Al menos la pelea con Charlize habrá servido para tener al fin el valor suficiente para hablar con honestidad contigo. Yo sé que siento algo poderoso por ti porque cuando te veo, siento curiosidad por cómo serán tus besos. Freyja dice que no es malo leer novelas llenas de amor, pero sí lo es, porque me duele el pecho cuando termino de leer y me doy cuenta de que mi protagonista masculino serías tú y que no te tengo.

Había entrado en pánico. Magnus estaba aterrado. No osaba moverse ni decir nada. Lo que ella sugería jamás podría ocurrir. No debía suceder. Ella estaba prohibida, vetada para él. No violaría la confianza con la que lo habían premiado en Luffgarden de ningún modo.

—¿Magnus? —preguntó al ver que él miraba al horizonte y no decía nada sobre la confesión que le acababa de hacer.

—Tu hermana te llevará a la ciudad y allí conocerás a muchachos interesantes. —El alma la sentía partirse en mil pedazos. Ella bailaría, coquetearía y enamoraría a muchos caballeros. Él no sería uno de ellos.

—¿Crees que me siento así por ti, porque no hay nadie más que tú cerca de mí? —tanteó.

—Estoy seguro de que estás confundiendo nuestra amistad porque soy el único hombre que tienes a tu alcance, sí.

—Colin, el vizconde Bedford digo, nos visita con frecuencia y no me siento de ese

modo.

—Bedford está casado, Caliope, por eso no lo ves como a un posible pretendiente.

—Estoy convencida de que no es solo eso.

—Y yo soy más mayor que tú y te aseguro que ese es el motivo por el que crees estar encariñada conmigo. En cuanto vayas a Londres y te rodee un séquito de caballeros apuestos y con fortuna, comprenderás que yo solo era un buen amigo que te escuchaba.

—No —negó con seguridad—. Dices eso porque yo no soy una mujer que llame tu atención. Podré ser joven todavía, incluso me comporto como una tonta cuando Charlize me provoca, pero sé lo que tú me inspiras cuando estás cerca.

—Eres muy joven aún, Caliope —concordó él.

—Y no te gusto —repitió, al darse cuenta de que Magnus no había negado la conclusión a la que ella había llegado. Sintió una humillación terrible. Se apartó de Magnus de inmediato y trató de ponerse en pie.

Justo cuando estaba incorporada, él le dio un tirón y ella descendió sobre su regazo. La acunó entre sus brazos, gimió lleno de impotencia y bajó la cabeza para buscar sus labios.

Entonces la boca de Magnus estuvo sobre la de Caliope y cerró cualquier protesta propia que pudiese producirse. Se olvidó del presente, del futuro, Magnus se deleitó con el momento. Y Dios, cómo la besó y cómo respondió ella a su intolerable atrevimiento. La mujer a la que no debería estar tocando ni mucho menos besando, era ardiente, se mostraba hambrienta, y su lengua empujaba dentro de la masculina, con suave insistencia.

A Caliope se le aflojaron las rodillas. Sin embargo, no se cayó porque estaba acurrucada junto a él. Junto al hombre con el que fantaseaba cada día, cada noche. Se recostó contra él tratando de que el ínfimo espacio que había entre ambos acabase por desaparecer. Deseaba fundirse con Magnus Robinson. La joven le envolvió la nuca con las manos y tironeó de su pelo mientras él la degustaba a placer.

La boca de Magnus se inclinaba sobre la de Caliope una y otra vez, besándola con hambre, con pasión, con deleite, y que Dios lo ayudara, porque no parecía obtener suficiente de ella. Especialmente porque la joven le devolvía el beso con igual atrevimiento, tal vez incluso con más ardor.

El último pensamiento coherente que tuvo Cali antes de que el beso de Magnus le quitara la capacidad de razonamiento, fue que indudablemente había hecho bien en hablar al fin de sus sentimientos, pues la ansiedad por verlo, por tenerlo cerca y no poder confesarle lo que sentía, la estaba volviendo loca. Hasta el punto de que Charlize la había hecho llorar por una

tontería. Ella había soportado más latigazos de su hermana pequeña y no se había ni inmutado. Todo era por él. Se sentía débil y vulnerable porque deseaba explicarle lo que le provocaba su proximidad. Al fin lo había hecho y el triunfo era inmenso.

Magnus tenía que detenerse. Sin embargo, saberlo y hacerlo eran dos cosas muy diferentes. Lo que sí logró fue mantener las manos quietas y no buscar sus abultados senos o sostener sus posaderas en sus callosas y grandes manos. Oh, pero el beso… Los acabaría haciendo estallar si no lo detenía de inmediato.

No había forma agradable de poner fin a un acto tan placentero que no tenía que haber ocurrido nunca. Él no estaba destinado a robarle su primer beso y, sin embargo, no pediría perdón por haberlo hecho. Finalmente, Magnus se apartó de ella de forma brusca y ocurrió lo peor que le podía haber sucedido a un hombre que no merecía semejante premio. La vio frente a él, sonriéndole llena de pasión y totalmente satisfecha por lo que había sucedido.

La boca de Caliope estaba hinchada y rosada. El pelo lo tenía también algo revuelto. Se veía deliciosa, una musa a punto de llevar a la locura a un bruto que acababa de cometer un crimen. De pronto, deseó volver a besarla. Se maldijo una y mil veces por su falta de disciplina.

—Te amo, Magnus Robinson. —No pudo. No quiso contener la declaración. Después de besarlo solo acabó de confirmar lo que ya sabía que ocurriría. Descubrió que no habría otro como él. Nunca. Estaba destinada a Magnus, porque no solo él había sido su punto de apoyo en sus días más oscuros, la luz que ese hombre bueno irradiaba la había hecho salir del pozo. Aunque la herida por la pérdida de sus padres nunca llegaría a sanar, él era el único que lograría que volviese a recuperar la felicidad.

Se odió a sí mismo por haber llegado tan lejos. Magnus sabía lo que tenía que hacer. La conocía muy bien y ella no se daría por vencida con facilidad. Era tenaz, no tanto como Freyja, pero era una luchadora. Eso fue lo que más le atrajo de Caliope Gaia Archer cuando la conoció.

Se juró que haría lo necesario para apartarla de su camino costase lo que costase, porque él no tenía nada que ofrecerle. Caliope merecía algo mejor que un bruto miserable sin otra aspiración que la tranquilidad de una vida sencilla en el campo.

Comenzaría de inmediato a cortar cada lazo que la joven pudiese haber creído desarrollar con él.

Magnus se levantó con ella en brazos, la depositó en el suelo a su lado derecho, y desde la altura la miró. Ella estaba muy atenta a sus movimientos y estaba seguro de que esperaba que él dijese alguna palabra. Era lo que iba a hacer y sabía que lo espetado le dolería más a él que a ella, y, no obstante, era necesario hacerlo de ese modo.

—Se te pasará, Caliope. Esto no ha sido más que un error. No siento lo mismo que

tú.

Si todavía no consideraba que merecía ir al infierno por lo que había hecho, por el beso, quedó más que claro que Lucifer llamaría a su puerta porque la había herido. Así se lo confirmaba la mueca de dolor que contrajo su bello rostro. Había cogido los tiernos sentimientos que Caliope y los había aplastado bajo la suela de su zapato. Haría lo que fuese para no caer en la tentación. Si eso pasaba por arrancarle todas las esperanzas y ser un demonio, que así fuese.

Caliope Archer estaba destinada a alguien mejor. Con título y fortuna. Él no tenía derecho a enturbiar su futuro. Así que cuando la vio darse la vuelta y echar a correr mientras las lágrimas se le derramaban, la dejó ir libre.

Y efectivamente, un par de días después, Magnus Robinson, le rompió el corazón de tal forma, que supo que el abismo que había logrado perpetrar entre ambos, sería insalvable. Caliope nunca lo perdonaría por lo que había hecho y precisamente fue por ello por lo que Magnus obró de ese modo.

Inspirarle odio a Caliope era preferible a su indiferencia, dado que corresponder a su amor era un imposible.

# Capítulo 1
# La bendita familia

Brighton, 1821.

Freyja Archer era la hermana mayor. Y más allá de ser el pilar para sus tres hermanas y convertirse en madre y padre de las pequeñas —una labor que había desempeñado desde los veintiún años—, al fin podía compartir su carga con alguien. Y ese alguien era un hombre un poco gruñón pero excelente. Su esposo, el heredero de su difunto padre, llamado Aidan, quien era también conde de Ross por derecho propio, había llegado a su vida sin haberlo esperado y la chispa de la pasión dio paso luego a un amor sosegado y tierno. Freyja amaba con locura a Aidan Andrews, conde de Ross y Luff. Con toda su alma, sin fisuras.

Hacía casi un año que se habían casado. Aidan, bendito fuese, accedió a residir en Luffgarden cuando se casaron para que sus hermanas menores no sintiesen un cambio tan drástico en sus vidas, y Freyja, cada día, se esforzaba por complacerlo para que no se arrepintiese de formar parte de una familia con cuatro mujeres que fácilmente podían volver loco a cualquiera.

Esa mañana, la actual condesa de Ross y Luff se levantó de la cama sintiéndose una mujer traviesa, y como estaba casada, le pareció oportuno ser malvada con su esposo. Buscó a su conde y lo encontró tal y como supuso, en el despacho que había ocupado el anterior conde de Luff.

Freyja sonrió. Ese lugar era muy especial para ella, pues fue allí donde ella misma había debatido sobre cuestiones de actualidad política con su difunto padre hasta que la enfermedad se lo llevó. Tras su muerte, Freyja había usado la estancia como su centro de mando, y cuando Aidan llegó a su vida para convertirla en la más dichosa de las mujeres, su marido decidió poner una segunda mesa para que ambos pudiesen tener un lugar de trabajo conjunto.

Lady Ross y Luff entró sin llamar a la puerta y cerró tras de sí. Su esposo estaba redactando algún tipo de documento que lo tenía absorto, pero ella sabía bien que Aidan había

advertido su presencia aunque no hubiese levantado la vista para observarla.

Se quedó parada frente al escritorio de su esposo y esperó a ver si él se dignaba a echarle un vistazo. Aidan no parecía advertir su presencia. Ella carraspeó. Nada. Su marido seguía ocupado con la escritura y no le prestaba atención. Freyja se colocó las manos a la cintura y procedió a repiquetear su escarpín sobre el suelo para hacer mayor sonido.

—¿Hay algo que te molesta, querida? —preguntó sin levantar la mirada el conde.

—¿Un solo año y ya no soy digna de que mi marido me preste la atención que merezco? —se quejó ella.

—Un año y tienes a tu conde todavía más enamorado que al principio. Cosa difícil, porque desde el principio no creí poder amarte más —la corrigió.

—No es eso lo que parece.

—Lo es, te lo aseguro. Me esfuerzo por terminar mi carta a toda prisa porque tengo la esperanza de que vengas a interrumpir mi trabajo… de un modo que sé que adoraré —comentó, sin todavía soltar la pluma ni levantar la mirada.

—Si en verdad fuese lo que dices, habrías saltado de tu silla en cuanto entré en el despacho, hubieses echado la llave y habríamos… ideado otro tipo de trabajo más productivo para ambos.

—¿Eso que escucho es una queja? Aunque la sugerencia me parece más que aceptable.

—Si quisiera quejarme habría hecho alusión a la falta de atención que mi esposo me presta cuando entro en una habitación. Una carta parece ser más importante que yo —respondió ella desde su posición.

Freyja no se había movido, pero había dejado de repiquetear con el zapato.

—Y… punto final —dijo él mientras firmaba su misiva. La dobló por la mitad y la dejó lista para sellarla con el lacre. Fue entonces cuando Aidan se echó hacia atrás en la silla y la buscó con la mirada. Los ojos del conde estaban sobre los de su esposa. Ninguno de los dos decía nada.

—¿Y bien? —preguntó Freyja—. ¿Es ahora, cuando has terminado con tus asuntos, el momento en el que tu condesa merece tener tu atención?

—Me vuelve loco cuando te muestras ansiosa por mis atenciones, Freyja —alegó en tono de picardía.

—Me enfadas cuando me despierto sola en nuestra cama.

—Te hago un gran favor, esposa.

—¿Tú crees? —preguntó con seriedad, aunque él sabía que Freyja estaba divirtiéndose con esa especie de contienda improvisada que estaban entablando.

—Estoy orgulloso de mí mismo, querida. Concretamente de mi disciplina, porque si me dejase llevar por lo que deseo, mi vida, y en especial la tuya, se regiría desde nuestro lecho. Sería interesante escribir nuestras memorias cuando fuésemos unos ancianos. Un texto corto, solo se nombraría que los condes de Ross y Luff vivieron sin salir de su habitación. La humanidad me condenaría por ser un ogro exigente y mantenerte en mi cama durante el resto de nuestros días, pero creo que me gustaría pasar a la historia de ese modo.

—En ese supuesto al que aludes… ¿Debo intuir que harías negocios, comerías, y harías todas las cosas desde nuestra cama?

—Eso es lo que digo, pero te has dejado lo primordial.

—¿El qué? —inquirió, simulando no haberse dado cuenta de lo que había olvidado mencionar y que se hacía en una cama.

—Placer, Freyja. ¿Cuántas camas romperíamos si yo decidiese que ambos no saldríamos del lecho jamás? El carpintero se haría rico a nuestra costa en un abrir y cerrar de ojos. —Él le guiñó un ojo.

—Así que yo no tendría nada que objetar a tu plan. Mi tirano decretaría que no podría salir de allí y sería tu… esclava.

—Estoy seguro de que me sería fácil convencerte para que no salieses de la cama hasta nuestra muerte conjunta.

—Pretencioso… —le dijo ella con una sonrisa.

—Nada de eso. Es seguridad en mis… capacidades. Mi propia esposa me alaba sobremanera cuando le doy placer.

—¿Eso hace tu condesa? —preguntó con coquetería como si Aidan no estuviese hablando de ella misma.

—Ven y te lo demostraré.

El conde se puso de pie con un salto, la silla se cayó hacia atrás, se inclinó y con un movimiento certero tiró al suelo todo lo que había sobre la mesa. Freyja dio un pequeño brinco y

salió de sus labios un grito debido a lo inesperado del acto de su esposo. Cuando Aidan terminó de llevar a cabo la acción, la miró con hambre, se apoyó sobre el escritorio y no hizo ninguna falta que le dijese lo que esperaba de ella. Freyja sabía que deseaba extenderla sobre la madera y… La anticipación la hizo hervir. Trató de ocultar su gozo. Era tan visceral… tan masculino e impetuoso. Se notaba que había sido militar. Aidan Andrews, actual conde de Ross y Luff, no sabía pedir las cosas, las ordenaba o dejaba muy claras sus intenciones con un gesto.

—Te has tomado mucho trabajo para terminar tu misiva, y sin embargo esa carta ha acabado arruinada en el suelo, como el resto de tus documentos. ¿No te has excedido?

—Has entrado aquí exigiendo mi atención y algo más de mí. Me honras y he decidido ser un buen esposo, demostrarte lo loco que estoy por ti. Mandar al infierno todo por ti es lo mejor que puedo hacer. Espero que te hayas dado cuenta de que eso estaba tratando de representar este arrebato de echar todo lo que poblaba mi escritorio al suelo.

—He intuido algo… —dijo con diversión.

—Ven, Freyja, para que pueda seguir argumentando sobre los beneficios que tendría eso de estar durante el resto de nuestra vida en la cama. Creo que cuando acabemos me implorarás que vivamos del modo que digo. —Le dio un par de toques a la mesa. Ella se sonrió. Sabía que era allí donde la deseaba. Y era allí donde Freyja deseaba estar, a su merced, para que él hiciese su voluntad.

—Nacida para servirle, milord… —alegó, sumisa, mientras se humedecía los labios y se acercaba hasta su esposo contoneando las caderas.

En ese preciso momento se escuchó un golpe sobre la puerta. Solo uno solo. El conde soltó una maldición, Freyja se giró y vio a Charlize, su hermana pequeña, entrando de estampida.

Lady Ross y Luff suspiró.

—¿Entiendes hermana, que cuando uno llama a la puerta debe esperar autorización para entrar?

—Pamplinas… Lo que tengo que decir es un asunto urgente que no puede esperar —dijo la pequeña de las Archer.

A sus casi diecinueve años, la menor de las hermanas era la más peligrosa de todas. Tan autoritaria y testaruda como el propio conde de Ross y Luff. Lo cierto era que el esposo de Freyja y Charlize congeniaban demasiado bien, y eso la hacía ponerse un poco celosa de vez en cuando. Cosa, esta última, que no admitiría ni bajo la peor de las torturas. Esa tortura bien podría ser un berrinche de la propia Charlize.

—¿Sí? —preguntó escéptica Freyja—. ¿Es sobre la falta de patatas en la guarnición de la cena de ayer? ¿O tal vez que las partituras que recibiste no son las adecuadas según la moda? ¡Oh, no, ya sé, Char!... Seguramente es porque te has comido todos los bombones y es necesario que Aidan se marche de inmediato a la ciudad a comprar más. ¡Ay, no! Debe ser algo sobre tu falta de vestuario.

Charlize la miró con seriedad.

—Freyja—tomó la palabra Charlize—, todo lo que alegas, por más que yo comprenda que son ironías, nada finas y de muy mal gusto debo añadir, serían catástrofes aunque no lo creas. Pero no es nada de eso. Lo que sucede es que quiero estar presente en Londres para la temporada y nadie ha hecho los arreglos oportunos. Dicho lo cual, debo pedirte, por favor, que no acortes mi nombre. Ya sabes que no me gusta. —La mirada de Charlize dejó de estar sobre su hermana y contempló al conde con rigidez—. ¿Qué es todo este estropicio, Aidan?

La hermana menor, desde el principio, lo había tratado con poca formalidad, y usaba su nombre de pila con el mismo derecho que lo hacía la propia Freyja. Así que no era algo inusual escucharla dirigirse de modo tan cercano a lord Ross y Luff. Y el afectado le permitía cualquier cosa, porque cuando Freyja y él tuvieron un malentendido antes de casarse, Charlize fue la que hizo que la pareja tuviese su final feliz. Ross estaría en deuda con ella por toda la eternidad, así que, si esa pequeña arpía deseaba llamarlo por su nombre de pila, no le importaba. De las cuatro hermanas, Aidan amaba con todo su corazón a Freyja, consentía a Charlize, respetaba mucho a Caliope y admiraba la dulzura de Cleopatra.

Mientras Charlize estaba haciéndole esa pregunta, el conde se dio cuenta de un par de cosas. La primera era que lamentaba no haber mandado al infierno la carta que había estado redactando cuando apareció su esposa, para después haberse puesto de pie e ir a cerrar con llave la puerta, tal y como había sugerido Freyja. Y la segunda… Bueno, la segunda era también la primera, porque tenía que haber cerrado la puerta con llave de inmediato cuando tuvo a su condesa frente a él, puesto que de haberlo hecho, a esas horas estaría acariciando y saboreando todo el cuerpo de su amada esposa, y no tratando de buscar una excusa plausible que explicase el desastre que imperaba en su despacho.

—Sí, esposo… ¿A qué se debe todo este desastre? —preguntó con humor Freyja, porque lo veía muy quieto y callado, sin saber qué responder a la pregunta que había hecho Charlize.

—Esto… —El conde se incorporó, cuan alto era, se estiró la chaqueta y miró con seriedad a la menor de las hermanas—. Tu hermana —dijo en alusión a su esposa— me ha hecho enfadar y me he visto en la obligación de ponerla en su lugar. La furia que ha despertado Freyja en mí, me ha hecho arremeter contra lo primero que he tenido a mi alcance. Deberías irte, Charlize, para que mi condesa y yo terminemos de… discutir. Sí, eso es. No querrás que nuestra gran y enorme discusión te afecte —le recomendó.

Ross se sintió del todo orgulloso con sus palabras. Era una explicación excelente que lograría que esa hermana saliese a toda prisa. Así Freyja podría echar el cerrojo y en menos de dos minutos él estaría haciéndole el amor a su condesa. Confiaba en no hacerla gemir demasiado alto o Charlize acabaría descubriendo su gran mentira.

Freyja no pudo ocultar una pequeña risa y cuando Aidan vio a la hermana menor levantar una ceja sardónica, se dio cuenta de que no iba a salirse con la suya.

—¿Me consideras tan ingenua como para creerme esa sarta de mentiras, Aidan? —La pregunta salió en forma de acusación por parte de Charlize

—Freyja lo ha estropeado todo con su risa —reprochó a su esposa, mientras la miraba con enfado por no haber apoyado sus palabras. Lo mínimo que podía haber hecho su condesa era quedarse callada, no echarse a reír.

—No ha sido así —habló Charlize de nuevo—. Tú mismo te has delatado. Todo el mundo en esta casa sabe que te pegarías un tiro en el pie antes de ofender a mi hermana mayor. Así que es imposible que no domines tu ira frente a Freyja. Tu mentira ha sido insultante, Aidan —lo regañó.

—¿Por qué cada vez que hablas, Charlize, me haces parecer un perrito faldero, un perrito que corre tras las faldas de mi esposa? —preguntó con mayor precisión y con disgusto el conde.

—Nada de eso —respondió la aludida—. Considero que eres un esposo de lo más solícito. Magnífico, de hecho. Eres todo lo que una dama desearía que fuese un marido. Mi hermana Freyja tiene mucha suerte de haberte encontrado. No todos los hombres, por muy curtidos que fuesen, podrían soportar vivir en una casa con cuatro Archer.

—Gracias —le dijo él pagado de sí mismo.

—Y si yo hubiese querido sacarte de tus casillas, nunca hubiese dicho que eres como un perro faldero, solo habría dicho que debes tener los labios llenos de cortes, irritados, ensangrentados… —dijo, sin concretar nada más.

El conde bufó.

—Sé que me voy a arrepentir, pero la curiosidad me puede. Ilústrame, Charlize. Dime qué has querido decir.

—Yo, si fuese tú, esposo, no le pediría más información —le recomendó la condesa.

—Demasiado tarde —terció Charlize—. Ha pedido instrucción y se la daré. He dicho que aludiría a sus condales labios irritados, ensangrentados, llenos de ampollas…

—Vea al grano, Charlize —la interrumpió el conde.

—Creo, Aidan, que debes estar adolorido porque no haces más que besar el suelo que pisa mi hermana —desveló con orgullo Charlize.

Freyja se rio con disimulo tras escuchar la disertación de la Archer menor.

—Reconoce, mi amor, que ella ha estado ingeniosa —trató de apaciguarlo Freyja, al ver que él miraba a Charlize irritado.

—¿Podemos hablar de la urgencia que me ha traído al despacho? Me parece que deberíamos regresar al asunto para que así… —Charlize miró los enseres que estaban desperdigados por el suelo— podáis retomar vuestra gran discusión.

Freyja gimió y el conde se dio la vuelta para recoger la silla que estaba volcada a fin de ponerla en su lugar y poder sentarse. Presentía que con la visita de Charlize iba a necesitar hacer acopio de su corta paciencia. Corta, porque él no tenía mucha y pese a ello, entre Freyja y Charlize lograban que él se tragase su orgullo y se comportase como un cordero.

No eran pocas las burlas que el conde había recibido por parte de su mejor amigo, el duque de Sutherland —quien en más de una ocasión le había recomendado encarecidamente enclaustrar en un convento irlandés a Charlize—, por ser tan permisivo con las hermanas Archer.

En unos pocos minutos estuvo sentado, con su esposa y su hermana pequeña, frente a él. Por descontado que las cosas seguían en el suelo, dado que Aidan pretendía retomar los asuntos que tenía pendientes con su condesa en cuanto se librase de ese incordio de muchacha que era lady Charlize Archer.

—¿Qué es lo que demandas exactamente? —le preguntó Aidan a la hermana pequeña.

—Quiero ir a Londres y que Caliope me acompañe.

—¿Caliope desea regresar a Londres? —preguntó con extrañeza Freyja. Las hermanas irrumpieron en la temporada londinense el año pasado y no tenían ganas de repetir la experiencia… Excepto Charlize, por supuesto.

—Ella seguramente no querrá, pero creo que es hora de que mi hermana Caliope se case y no hay nada mejor que la temporada londinense para lograr ese cometido —expuso Charlize como si lo que acabase de decir fuese del todo natural. Freyja no sabía si gritar, si echarse a reír o… Su hermana pequeña tenía un carácter imprevisible. Tan rápido se comportaba como una niña pequeña y mimada, como de repente se convertía en una anciana que sabía todo lo que le convenía a la familia. Charlize no dejaba de asombrar a todo el mundo.

—¿Qué tengo que ver yo en tu decisión, Charlize? —trató de averiguar el conde—. Pues he llegado a conocerte muy bien, y sé que cuando tomas una decisión lo más sensato es darte vía libre para que se haga tu voluntad.

—Gracias —apuntó con orgullo la Archer menor.

—No creo que fuese un cumplido, Charlize —la rectificó Freyja.

—Estás equivocada, lo ha sido. —La aludida restó importancia al asunto—. Considero que tu esposo es un hombre brillante, quien además de ser consciente de que siempre tengo razón, verá la conveniencia de mandarnos a Caliope y a mí a Londres para que estemos bajo el ala de la condesa Darrill y que disfrutemos de la temporada, porque así, él y tú —miró a Freyja en ese punto—, podréis discutir tanto como se os antoje, dado que Cleopatra prefiere residir en casa de los vizcondes Bedford y dispondréis de Luffgarden para vosotros solos.

—¡Hecho! —saltó de pronto el conde. La hermana pequeña lo acababa de hacer un hombre feliz. Un poco de paz en casa. Solos su esposa y él para disfrutar de toda la finca campestre. Sin ninguna otra hermana que interfiriese en sus vidas.

Era cierto que Cleopatra Archer era muy amiga de la vizcondesa Bedford, por lo que pasaba largos meses en casa de sus amigos vecinos. Si se libraba de Charlize y de Caliope, era decir, si les permitía estar bajo el cuidado de la vizcondesa Darrill, que las había amadrinado a las cuatro la temporada pasada en la ciudad, él podría ser… ¡libre! A solas con su condesa para… disfrutar de privacidad.

—¡Aidan! —lo reprendió su esposa—. No podemos dejarlas sin supervisión, en especial a Charlize, y dudo mucho que quieras cargar a Sutherland con la responsabilidad de ser su guardián. Los dos sabemos que mis hermanas harán lo que deseen porque lady Darrill es demasiado permisiva.

—Te equivocas, mi amor —terció el conde—. Encantado le daría la tarea de cargar con tus hermanas a mi querido amigo Sutherland, y lo haría sin remordimientos, si supiera que él lo cumpliría, pero no querrá.

—El viejo Sutherland está… viejo. No es adecuado para ser nuestro guardián —saltó Charlize. Ese duque era útil para bailar con él y que la popularidad de ella subiese, pero era aburrido y demasiado mayor. Aburrido. Muy aburrido. Y demasiado correcto. Eso también. A Charlize él no le gustaba en absoluto.

—Lo que has dicho es una grosería. Sutherland es un buen hombre, que tiene la paciencia de Job —habló Freyja—. Además, no te dejaré ir sola a Londres después del escándalo que armaste el año pasado.

Charlize bufó de forma muy poco femenina.

—¡Yo no fui culpable de nada! El barón Rendow, o mejor dicho, el Villano Rendow, me tendió una trampa. Salí del escándalo indemne. Además, será Magnus Robinson quien nos acompañe a Londres a Caliope y a mí. El viejo Sutherland podrá seguir a sus cosas, y vosotros podréis… discutir a vuestro antojo sin interrupciones.

Freyja gimió. Solo Charlize podría decir la palabra discutir y hacerla sonar como si fuese una gran obscenidad. Por mucho que ella y su esposo supieran que Charlize se refería a *eso*, cuando la utilizaba… ¡Estaba mortificada!

—¡Hecho! —soltó una vez más el conde de Ross y Luff.

—¡Aidan! No puedes pretender que… —comenzó a quejarse Freyja.

—He dispuesto mi voluntad, esposa, y por más que me guste besar el suelo que pisas, será mi última palabra. Confiaré en el criterio de Charlize, y si ella se vuelve a meter en un lío, iremos a Londres para rescatarla y asesinar al culpable. Ahora… puedes retirarte, Charlize —dijo mirando a la aludida—, tú hermana y yo tenemos mucho que… discutir.

No se lo pensó dos veces, la menor de las hermanas se levantó, sonrió y se dispuso a irse antes de que el conde cambiase de idea. Llegó hasta la puerta y se giró para decir:

—Por cierto, la próxima vez, echad el cerrojo o subid a vuestra habitación. Es vergonzoso. Nadie se cree que discutir sea lo que hacéis cada vez que os quedáis solos. —Con esas palabras, ella se marchó de allí mientras comenzaba a reírse. Le había gustado ver a su hermana azorada.

Lo primero que hizo el conde, nada más Charlize salió de allí, fue ir a por su esposa y acallar sus protestas con un beso de lo más abrasador. No echó la llave, no había tiempo para hacerlo, porque de lo contrario Freyja y él hubiesen acabado discutiendo de verdad, y Aidan no deseaba escuchar la oposición de su condesa ante el plan de Charlize. Hacía tiempo que él había aprendido a no subestimar a la pequeña de las Archer.

La siguiente hora fue de lo más apasionante para una pareja plenamente enamorada.

***

Charlize estaba contenta. La primera parte de su plan para estar en Londres había dado sus frutos. La segunda era más complicada, pues convencer a Caliope para ir con ella a la ciudad y que esta consintiese en ir acompañada de Magnus… cosa complicada, pero no había nada que esa hermana Archer no consiguiese, bien por las malas, con un berrinche, o bien mostrándose de lo más elocuente.

La cosa era compleja porque el año pasado, cuando Freyja dejó a Charlize ir con Caliope y determinó que Magnus las acompañase a la ciudad, él las dejó a su suerte. Cierto que

fue por un problema familiar, debido a la defunción del padre de él, pero al no haber contado con la protección del señor Robinson, Charlize tuvo más libertad de actuación y eso acabó con ella enredada con un barón en bancarrota que solo la deseaba por su elevada dote. Un tipo sin escrúpulos que hizo que la reputación de la pequeña de las Archer se fuese al garete… hasta que el duque de Sutherland y su hermana Freyja intervinieron en el asunto.

Ah, pero resultó que el barón Rendow, a quien Charlize rebautizó como el Villano Rendow, daba unos besos que eran una auténtica locura y ella confió en quien no debió, motivada por ese deseo que ardía cuando él la tocaba.

—Ahorrarle el sufrimiento a mi querida hermana Caliope es lo mejor que puedo hacer —se dijo en alto Charlize mientras iba en busca de Cali para contarle las novedades.

Se topó con su hermana pasados unos pocos minutos. La encontró en el establo y se sonrió. Caliope podría entablar una brava discusión con Magnus Robinson, pero a ella no la engañaba. Charlize había visto muy seguido el modo en el que Caliope y Magnus se miraban el uno al otro cuando no se daban cuenta. Había tanto amor entre ellos, que la Archer pequeña se sentía tremendamente celosa. Si ella se topase con un hombre que la quisiera la mitad de lo que Magnus amaba a Caliope, aceptaría su mano sin pestañear. Y sin embargo, su hermana no se daba cuenta de la gran suerte que tenía.

Magnus Robinson era un hombre bueno, sencillo, leal a toda la familia, ¿por qué Caliope había dejado de pelear por él? Charlize recordaba un tiempo donde ambos fueron uña y carne, pero aquellos días quedaron en el olvido. Eran como el perro y el gato.

—¡Tengo grandes noticias, Caliope! —exclamó Charlize frente a la espalda de su hermana.

—¡Condenación, Char, me has dado un susto de muerte! —alegó Caliope.

Esta Archer estaba cepillando a su montura. Con la interrupción de Charlize, Cali decidió dejar de mimar a su yegua y procedió a meterla en su cubículo. Cuando terminó de hacerlo, se enfrentó con su hermana pequeña sabiendo que se avecinaban complicaciones. Char estaba demasiado sonriente. Solo ofrecía esa muestra de afecto cuando deseaba hacerse la solícita.

—Estoy cansada de que acortéis mi nombre. No me gusta. Voy a tener que idear un método efectivo para que se os quiten las ganas de irritarme. ¡Un grito! Sí, eso será. Dado que soy la hermana pequeña, la mimada que solo sabe tener rabietas cuando quiere salirse con la suya, optaré por gritar con todas mis fuerzas cuando lo hagáis. Eso haré.

—¿Qué quieres, Charlize? —Caliope usó su nombre para no disgustarla más. Charlize tenía una voz prodigiosa, pero en vez de trabajar para cantar hermosas canciones, la usaba justamente para lo que acababa de indicar.

—He conseguido que Aidan nos dé permiso para disfrutar de la temporada en Londres. Nos alojaremos con la vizcondesa Darrill. El año pasado se portó muy bien con nosotras y creo que le gustamos.

—¿Cómo has dicho?

—No debes hacer una pregunta, Caliope. Lo que se esperaría en estos casos sería que me dieses las gracias, pero como eres mi hermana más querida…

—Todas somos tus hermanas más queridas cuando te conviene —la corrigió, con un susurro que Charlize escuchó.

—… no hará falta que me muestres gratitud alguna —continuó la pequeña, sin molestarse a hacer una objeción a las palabras de Cali.

—No pienso ir a Londres. Así que si me obligas, lo que tendrás será a una hermana dispuesta a mostrarte que también sabe cómo tener una gran rabieta. Enorme. Tus gritos no serán nada en comparación con los míos.

Charlize suspiró perezosamente.

—Cambiarás de opinión en cuanto te diga, que además de mi gran proeza para irnos sin la supervisión del conde y de Freyja, he logrado convencer a Aidan de que Magnus nos acompañe y que…

—¡Ahora sí que no pienso ir! —farfulló con rabia.

—Yo creo que sí lo harás.

—Te aseguro que no.

—Estoy convencida de que sí.

—No.

—Tanto sé que vendrás conmigo que me apuesto una caja de bombones a que iremos a Londres y que cuando la temporada haya acabado me darás las gracias.

—Eres tan pretenciosa, Charlize… No sé a quién te pareces. Ninguna de nosotras es tan testaruda y orgullosa como tú. Y por descontado que madre y padre eran muy sencillos. Tal vez alguien te dejó en nuestra puerta y nuestros padres decidieron criarte como suya.

Charlize chasqueó la lengua y luego miró de arriba abajo a su hermana mientras suspiraba profundamente.

—Si sigues con esa actitud, vas a dejar de ser mi hermana más querida —la sermoneó.

—¿Solo tengo que decirte cosas ofensivas para que te olvides de que eres mi hermana y me dejes en paz, Charlize? ¡Lo haré encantada! —dijo llena de esperanza Cali.

—Escucharé una disculpa… ¡No, no! —Se lo pensó mejor y procedió a hablar de nuevo—: Me harás un precioso discurso lleno de amor fraternal cuando esto acabe y tus floridas palabras vendrán acompañadas por dos cajas de bombones.

—Siempre estás pensando en comida, Charlize.

—En comida no, en chocolate. ¿Qué hay mejor que el chocolate? —Se quedó pensativa—. Aunque los besos también son del todo dulces y no hacen que mis caderas se puedan ver comprometidas.

—¡Charlize! —la regañó Cali por su último pensamiento.

La hermana pequeña se encogió de hombros para mostrar su despreocupación.

—No he dicho ninguna mentira. Rendow era un villano, pero me enseñó a apreciar los besos.

—¿Podemos dejar ese asunto, Charlize? Es embarazoso cuando hablas frívolamente de los… besos que le diste a un hombre que acabó por revelar cosas que incluso eran mentira. Tu reputación estuvo a muy poco de…

—Hablemos de Magnus Robinson. De lo bien que lo pasaremos los tres en Londres —sugirió Charlize. No deseaba hablar del villano Rendow. Aquello dolía todavía.

—Mejor discutamos cuántas cajas de bombones costaría que me dejases al margen de tus planes. Estoy dispuesta a regalarte una diariamente si me juras que te olvidarás de mí.

—¿Olvidarme de ti por unos dulces? —preguntó exasperada—. ¿No me prestas atención? Te he dicho que eres mi hermana más querida. Sería una traición contra ti y contra mí misma si me dejase sobornar de ese modo. Iremos a Londres, Caliope. Me conoces, tengo la determinación de Napoleón.

—¿Napoleón? Tú hubieses conquistado Rusia derritiendo el frío con una de tus enérgicas rabietas y hubieras hecho huir al enemigo con uno solo de tus molestos gritos.

—Gracias.

—No era un cumplido, Charlize.

—Yo creo que sí. Me has dicho con pocas palabras que soy mejor que el Corso.

—No he dicho ni lejos algo como lo que acabas de insinuar.

—No te disperses, Caliope. Por más que me guste escuchar tus cumplidos, tenemos que ir a buscar a Magnus para explicarle las novedades.

—¡Eres imposible, Charlize! El matrimonio que te dejó abandonada en nuestra puerta no irá al cielo cuando perezca, porque su gesto ha hecho de nuestras vidas un infierno. ¡Ser tu hermana es un infierno! —recalcó.

—¿Ahora me comparas con El Maligno? —preguntó con los ojos como platos. Un segundo después frunció el ceño—. Supongo que eso sería mejor todavía que pensar que tengo más poder que el mismo Bonaparte. Ya sabes, por todo eso de ser la reina del inframundo y que Hades estuviese a mis pies…

—No eres Perséfone, Charlize. ¿Por qué siempre acabas escuchando lo que se te antoja? No importa lo que te diga, tú le darás la vuelta a mis palabras para sacar tus propias conclusiones.

—Bien, ahora que lo has entendido… Lo cual me hace pensar que tu inteligencia no es demasiada si después de toda tu vida conviviendo conmigo has llegado a dicha conclusión en este preciso momento…

—Podría matarte, Charlize, y el mundo entero me lo agradecería —la cortó.

—Tal vez el resto del mundo sí, pero tú no.

—¿No? ¿No me haría feliz librarme del tormento que supone mi hermana pequeña?

—No, porque si yo no estuviese aquí, tú nunca lograrías ser feliz.

Caliope bufó.

—Lo peor de todo es que te crees tus propias conjeturas.

—Por supuesto. Tenéis el vicio de subestimarme y eso es un gran pecado que a veces me beneficia. Sé una buena chica y ve a avisar a Magnus de que en los próximos días partiremos hacia Londres.

—No pienso ir.

—¿A avisar a Magnus? —indagó Charlize.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Irás a Londres porque tu obligación como mi hermana mayor es protegerme. Buscarás a Magnus porque si lo hago yo, podría tener la tentación de decirle lo contenta que te has puesto por el hecho de que sea él quien nos custodie.

—¡No te atreverías a hacer algo como eso! —La respuesta de Charlize fue levantar una ceja sardónica—. Sí, por supuesto que serías capaz de mentir si eso te hace salirte con la tuya. ¿No lo entiendes, Charlize? Te lo dije una vez, Magnus Robinson sería el último hombre con el que me casaría. —Acto seguido se escucharon unos pasos a espaldas de Caliope. Esta gimió en alto y se pasó una mano por el rostro—. Dime que no ha sucedido de nuevo… Dime que Magnus no ha sido el que nos ha escuchado… —El año pasado, Caliope tuvo una charla parecida precisamente con Charlize en la que usó las mismas palabras y Magnus la oyó. Fueron meses muy incómodos donde uno y otro no se dirigieron apenas la palabra.

Charlize se tomó un momento para pensar su respuesta. Lo mejor sería decirle la verdad, en cambio hizo todo lo contrario:

—Ve a buscarlo, discúlpate y avísale de nuestro inminente viaje. Es lo menos que puedes hacer después de ofenderlo de nuevo con la misma afirmación. —Su hermana no tenía por qué saber que quien había pasado por detrás era Jay, el mozo de cuadras que ayudaba a Magnus.

Charlize Archer se dio la vuelta, compuso una sonrisa de orgullo y se dispuso a ensillar un caballo para tratar de relajarse. Pensar en el Villano Rendow la había hecho enfurecerse y sería mejor dar una enérgica cabalgada para olvidarse de él.

Si solo David Gales, el barón Rendow, hubiese sido sincero con ella sobre lo de estar sin un solo penique… Charlize no lo diría en alto, pero el dolor de la traición fue como un cuchillo al rojo vivo atravesando su endeble corazón.

Primero se ocuparía de la felicidad de Caliope y luego vería el mejor modo de ayudar a su siguiente hermana, esa era Cleopatra, a encontrar el amor. Tal vez podría ejercer de casamentera a fin de tener un propósito en la vida.

Era una labor divertida que sus dos hermanas agradecerían. Freyja estaba felizmente casada, así que su primer experimento para unir a parejas que estaban predestinadas había salido maravillosamente. Su intromisión entre Freyja y Aidan fue idónea y ejemplar. Hacer que Caliope admitiese de una buena vez que amaba con locura a Magnus Robinson no sería demasiado complicado. Cualquiera con un par de ojos en el rostro podía ver que los dos sufrían por el amor del otro.

Entonces… ¿por qué Magnus, quien estaba en igualdad de condiciones que Caliope, no había hecho nada al respecto?

Eso de que fuesen los hombres quienes tuviesen que perseguir a las damas, era una tontería. Si alguna vez se enamorase, Charlize acosaría hasta el fin del mundo al hombre de su vida.

Suspiró mientras veía comenzar a andar a Caliope. Estaba convencida de que su hermana iría a buscar al señor Robinson.

Su plan acababa de comenzar y Charlize ya podía saborear los bombones que Caliope acabaría regalándole, e imaginaba también las palabras de agradecimiento que irían acompañadas junto con el obsequio.

¡Todo saldría bien!

¿Qué complicación podría haber en tramar la unión de dos personas que se amaban fervientemente? Caliope y Magnus estaban destinados a estar juntos y ella se ocuparía de cumplir la voluntad del Creador, de los dioses griegos o egipcios o de quien fuese, porque Charlize le juró a su madre que se ocuparía de sus hermanas y eso era lo que haría mientras le quedase un soplo de vida.

# Capítulo 2
# El dolor renace

Charlize y sus locuras. Caliope había sido buena, mala, agradable y desagradable con su hermana pequeña a lo largo de los años. Ninguna táctica funcionaba. Sencillamente Charlize hacía lo que le apetecía cuando lo deseaba. En el momento en el que ese pequeño torbellino se inmiscuía en algún asunto… Mala cosa. Aunque Freyja se había mostrado agradecida por la intervención de Charlize cuando tuvo problemas con Aidan antes de que se casasen, Cali no deseaba contar con ninguna ayuda.

Y en esos momentos en los que estaba yendo en busca de Magnus Robinson, ella desearía… Bueno, no sabía lo que le haría a Charlize por entrometerse en su vida, pero sería algo como por ejemplo obligarla a comerse cien bombones en cinco minutos. Ella misma se los iría embutiendo uno a uno, aunque, conociendo a Char, seguramente disfrutaría con el castigo.

—¿Y qué podría decirle al único hombre que no sabe ni que existo? —comenzó a decirse a sí misma mientras iba en su busca—. Una disculpa por mis palabras sería adecuada, especialmente porque me he mentido a mí misma desde… Desde que él llegó para que yo comenzase a sufrir sin descanso. ¿Por qué tuvo que venir a Luffgarden y trastocarlo todo de ese modo? Si no lo hubiese conocido yo podría haber seguido adelante y no sabría lo que es la traición. Aunque bien pensado aquello que sucedió con Magnus no fue ninguna ingratitud, solo resultó que nunca sintió lo mismo que yo y jamás lo sentirá. ¿Por qué nadie había inventado un brebaje, un conjuro o lo que fuese para desenamorarse de una persona que no corresponde a la otra? ¡Y encima Charlize lo quiere convertir en nuestro protector! El año pasado tuve suerte porque él se marchó de inmediato y estuve apartada de Magnus en Londres, ¿qué pasará cuando lo tengamos esta temporada pegado a nosotras? Estará pendiente de todo lo que haga Char porque Freyja insistirá y eso supondrá tener que verlo… ¡a todas horas! Será nuestro acompañante en la ciudad y… ¡Podría matar a Charlize! Pequeña entrometida. ¡No me está haciendo ningún favor! Y debería dejar de hablar ya o me meteré en problemas. Sí, eso haré, dejaré de compadecerme de mí misma en alto y haré como el resto de las mujeres que sufren por amor… Lo haré en silencio, con silenciosas lágrimas derramadas sobre la almohada, y solo la soledad será testigo de mi miseria.

Después de su soliloquio a viva voz —una técnica que Caliope empleaba para desahogarse— siguió caminando en silencio, ensayando un pequeño discurso de disculpa. Por

mucho que ella estuviese enamorada de Magnus y él le hubiera hecho tanto daño, no tenía derecho a decir lo que acababa de decir. Magnus siempre sería el único hombre con el que aspiraría a casarse… Dios la castigaría por las mentiras que le decía a Charlize cada vez que su hermana hablaba de Magnus, estaba segura.

Se quedó frente a la puerta de la casa del antiguo guardabosques, lugar en el que Robinson residía.

—Podría ponerme de rodillas y cantarle mi amor. ¿Sería una buena disculpa? —comenzó a razonar de nuevo consigo misma—. Aunque eso lo incomodaría mucho y a mí me haría parecer débil. No es que mi orgullo sea descomunal, pero después de lo que sucedió entre él y yo, tras haberle dicho que me sentía cariñosa cuando él estaba cerca… ¡Dios santo! —gimió y se pasó una mano por el rostro—. No solo soy débil y tonta, porque estaría dispuesta a perdonarle cualquier cosa si él… si se pusiera de rodillas y me cantase su amor. ¿Qué dice eso de mí, después de cómo se comportó conmigo la última vez? No dolieron sus palabras o su indiferencia, lo que me partió el alma fue… No voy a recordar lo que vi. A él con otra, no lo haré. No lo haré —se repitió— porque de otro modo no podré disculparme. —Respiró hondo, se alisó las faldas de montar que llevaba puestas y se dispuso a llamar a la puerta. Dio tres golpes certeros y enérgicos sobre la madera y esperó a que el hombre que amaba con todo su ser la atendiese. ¡Qué penosa era!—. Allá voy, me disculparé y me iré. Un minuto, y tanto Magnus como yo podremos seguir evitándonos como de costumbre.

Entonces la puerta se abrió y tuvo ante ella a un poderoso guerrero ataviado con una sencilla camisa blanca, con las mangas arremangadas. Los ojos dorados de ella estaban sobre los de color zafiro de él.

—¡Oh, Caliope…! —exclamó él con apuro. Ella se tragó un aullido. No solo estaba sorprendido de verla, sino que parecía muy incómodo. Llevaba mucho tiempo sin escucharlo dirigirse a ella por su nombre de pila. En verdad le hablaba poco o nada cuando se cruzaban el uno con el otro.

—Siento molestarlo, señor Robinson —dijo con suma formalidad—. Solo pretendía decirle que… —Se quedó sin palabras. ¡Ella, que paseaba recitando grandes retahílas sobre cualquier asunto, se quedó muda!

—¿Ha sucedido algo malo en la casa principal? —Se interesó él.

—No.

—¿Te encuentras mal? —preguntó, sin ser consciente de que seguía tratándola sin etiqueta.

Caliope comenzó a negar con la cabeza.

—Solo quería… —La mirada masculina la tenía atrapada y volvió a silenciarse. Había olvidado lo terriblemente interesante que era Magnus Robinson de cerca. Sus ojos eran como un hechizo lanzado sin moderación para dejarla subyugada.

—¿Un hechizo? —Inquirió él sin comprenderla.

Ella se tragó un aullido. ¡Había dicho eso en alto! Era evidente que lo había hecho porque él la miraba con el entrecejo fruncido.

—Esto es complicado… y muy embarazoso… —dijo en un murmullo que su interlocutor escuchó.

El señor Robinson compuso una pequeña sonrisa ante sus palabras sinceras.

—Supongo que hablas de nuestra relación.

—Sí. —No tenía sentido negarlo.

—Hubo una vez en la que fuimos amigos.

—Lo sé. Eso fue antes de que… —Se mordió el labio inferior al recordar aquella conversación y lo que sucedió después. Todavía punzaban aquellos recuerdos.

—¿Y si no revivimos el pasado y seguimos hacia adelante?

—Igual de complicado —apuntó sincera—, pero creo que sería adecuado, porque Charlize desea ir a Londres y pretende que la acompañamos los dos como el año pasado.

Magnus masculló una maldición por lo bajo. Ella fingió no haberlo escuchado.

—Estoy seguro de que Freyja y Ross acabarán acompañándoos —señaló cuando logró tranquilizarse.

—Depende de si a Charlize le satisface ese arreglo.

—Lograré que así sea.

—Bien. Entonces, supongo que lo siguiente es decirte que lo siento. —Ella dejó a un lado la formalidad sin darse cuenta tampoco de haberlo hecho.

—¿Lo sientes?

—Sí… ¿Aceptas mis disculpas?

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó sin saber bien a qué se refería ella.

—Esto es todavía más embarazoso que lo de antes, por favor, no me hagas repetir lo que dije —manifestó con la mirada gacha.

Magnus no soportaba verla azorada. Ella siempre sería su talón de Aquiles. Su mayor debilidad y si no iba con cuidado… No pudo reprimirse, le levantó el rostro usando un par de dedos para alzarla por la barbilla y la obligó a mirarlo una vez más.

—Jamás tienes que pedirme disculpas por nada de lo que hagas, Caliope. —El momento fue tan íntimo, tan cercano…

Ella dio un paso hacia él, tal vez inducida por un hechizo que sí se hubo desplegado entre ellos después de todo.

Magnus estaba perdido en esos precioso ojos llenos de vida, tan intensos como la luz del sol. Hacía tanto tiempo que no se permitía verla de ese modo… Y luego estaba su aroma. Caliope olía a lilas, a pureza, a honestidad, a… Tenía que separarse de ella para no cometer una temeridad, porque de lo contrario, todos esos años de sacrificio no habrían servido para nada.

A sus veintisiete años, y después de haberse esforzado tanto por mantenerla lejos, Magnus sabía que no debía estar comportándose como lo hacía. Todo lo que le hizo cuando ella se declaró tres años atrás, no había servido de nada. Partirle el corazón y hacer que su propia alma se resquebrajase por lo que se vio obligado a hacerle a la única mujer con la que soñaba, quedaría en nada si no se retiraba de inmediato.

Magnus dejó de sostenerla por el mentón y dio un paso atrás. Ella casi se cayó de bruces por el cambio tan brusco de él. La puerta se abrió por completo y Caliope tuvo que agarrarse al marco para evitar una caída. Divisó una figura a su izquierda y sus ojos se movieron por inercia a ese lugar. ¡Una mujer! Él estaba con una mujer. Una dama no demasiado bonita, pero elegante y sobria. La desconocida estaba azorada y ruborizada. Regresó la mirada a Magnus y comenzó a fijarse en su atuendo: la camisa medio abierta…

¡Cielo santo! La humillación no podía ser mayor. Cerró los ojos para evitar que las lágrimas apareciesen frente a un público tan numeroso. Fue como revivir el pasado. Como cuando lo encontró en esa misma casa, semanas más tarde tras su declaración de amor, sin la camisa y abrazando a la viuda del pueblo con la que muchos caballeros se entretenían.

—Caliope no es… —comenzó a decir él. Pero ella ya había dado media vuelta para irse a toda prisa de ese lugar. Dos veces. Dos veces se había topado con la realidad más cruel. No solo él no la amaba, sino que sus atenciones, unas que Caliope jamás tendría derecho a reclamar, estaban destinadas a otras mujeres.

Magnus se quedó unos minutos observando cómo se marchaba, sin correr, pero

apretando el paso, con la espalda erguida, tratando de disimular el daño que le había causado por segunda vez. Aunque en esta ocasión no había sido premeditado.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó la misteriosa dama a Magnus—. Ha malinterpretado la situación, he visto el dolor en sus ojos. Del mismo modo que veo la dura culpa en los tuyos ahora mismo —lo sermoneó.

—Es lo mejor.

—¿Quién es ella? —No entró a valorar las palabras acabadas de decir por él. No hacía falta. Ella lo conocía muy bien. Además, tratar de comprender a Magnus era casi imposible. Mejor centrarse en la identidad de la muchacha.

—Nadie —dijo escuetamente.

—Mientes muy mal, Magnus Robinson. Yo he cumplido con el cometido que me trajo hasta ti. No puedo hacerte entrar en razón a punta de florete y presiento que me has involucrado en un asunto del que es mejor no saber más. ¿Qué necesitas que le diga a tu madre?

—Nada —repitió de nuevo.

—Testarudo hasta el final. Tu padre estará contento, finalmente logró su cometido y te hizo duro, más duro que una piedra. De acuerdo, no añadiré palabra —se apresuró a decir cuando vio la cara de pocos amigos que el señor Robinson le ofreció. Ella sabía que hablar del progenitor de Magnus no había sido acertado, pero no se le ocurría nada más para hacerlo entrar en razón—. Te deseo lo mejor.

—No le digas a madre que me has encontrado, Violet —le pidió a la mujer.

—Si deseas que la mujer que te dio la vida esté en la incertidumbre…

—No te corresponde a ti juzgar mis asuntos.

Ella agarró los guantes y el precioso sombrero que había dejado sobre la mesa y se colocó a su lado.

—Aun a riesgo de que lances toda tu ira sobre mí, te diré que eres igual que tu padre. Haces daño sin atender a las consecuencias. Tal vez no del modo en que él lo hacía, pero el dolor que le has causado a esa muchacha es todavía peor que el que podría producir un hierro candente.

—Vete antes de que me obligues a decirte algo que lamentaré después —le ordenó con los dientes apretados.

—Te desearía suerte, pero estoy segura de que la mandarías a paseo si llegase a ti. Vive como te plazca, solo espero que cuando estés en el lecho de muerte no tengas nada que lamentar.

Dio un paso para dirigirse a la salida. Magnus la agarró por el brazo.

—Me rompió, aunque no soy como él —alegó en alusión a su progenitor—, pero tampoco podré salir del agujero en el que se empeñó en meterme. Ella es luz y yo oscuridad. No te pido que lo entiendas, solo que aceptes mis decisiones. Mi madre estará mejor sin mí, también.

La mano de la dama se levantó y se posó en su mejilla.

—No sé cómo hacer que lo entiendas, Magnus. La gente que nos quiere es la única capaz de salvarnos. ¿Crees que tu madre no está tan rota como tú?

—Se quedó a su lado hasta el final y lo perdonó por todas y cada una de sus acciones.

—Es lo que le enseñaron a hacer. Es una generación más mayor que tú, se le dijo que tenía que obedecer a su esposo y tenerle devoción ciega… ¿Qué esperabas que pudiese hacer una mujer frente a un hombre poderoso?

—Luchar —dijo sin pensarlo.

—¿Entonces por qué no luchas tú? —La mujer le ofreció una tierna sonrisa. Él apretó los labios—. Yo voy a al norte, a la guerra. A luchar por él.

Ah. Él. Magnus Robinson sabía a quién se refería su prima Violet. El duque de Blackmore, más conocido como la bestia de Blackmore, había sido siempre el talón de Aquiles de su prima. Uno de los mejores amigos de Magnus que se había echado a perder, al igual que él. Aunque Blackmore era todavía más bestial que él mismo.

—¿A por Blackmore? —se interesó Robinson sabiendo de antemano la respuesta a esa pregunta.

—He decidido que no puedo dejar que no cumpla con lo que me prometió.

—Pierdes el tiempo, Violet. Solo te hará más daño. Está infinitamente amargado. Fui a verlo hace unos meses, todo lo que me dijo me escoció. Es en verdad una fiera que te hará puré y tú eres demasiado delicada para poder enfrentarte a su amargura.

—Lucharé, ya te lo he dicho. —Violet Robinson, la única amiga que le quedaba a Magnus, tenía muchas cosas que arreglar en su vida, pero el duque de Blackmore era un asunto urgente que no admitía más dilación. Por eso se había detenido a charlar con Robinson en

Luffgarden, porque iba de camino para reencontrarse con el duque de Blackmore y necesitaba contar con un amigo antes de enfrentarse a la bestia en la que se había convertido Bram Paig-Smith, el duque de Blackmore.

—No tienes ninguna posibilidad de hacerlo entrar en razón. Será una dolorosa pérdida de tiempo.

Ella le sonrió. Sabía que las palabras de su querido primo y amigo podrían ser ciertas, pero no desistiría de su empeño.

—Te quiero, Magnus.

—Y yo a ti, Violet.

Los dos se fundieron en un abrazo…

Por la puerta, que había estado abierta mientras ellos terminaban de hablar, apareció otra figura inesperada.

—¡Condenación! —saltó, falsamente avergonzada, Charlize, quien había visto a su hermana corriendo llena de tristeza mientras ella trotaba por el campo—. Siempre he sido de lo más inoportuna… Imagino que tanto o más que mis hermanas, es la maldición de mi familia, estar siempre donde no se nos espera. —La mirada furiosa de la pequeña de las Archer no había abandonado los ojos de Magnus. Ella no se había dignado ni a echarle un vistazo a la desconocida.

—Tu vida no es para nada aburrida, querido —manifestó Violet—. Iré a buscar mi montura y te permitiré ocuparte de tus asuntos.

La dama había aprovechado una salida para acercarse al lugar donde había logrado averiguar que residía Magnus Robinson antes de continuar su camino. Pese a que Violet no había logrado su cometido a fin de convencerlo para hacer lo que se esperaba de él, al menos estaba esperanzada ante la idea de que el duro corazón de su primo pudiese latir por una fémina. Y luego estaba el hecho de que la pequeña descarada que les había interrumpido, esa que sospechaba que sería hermana de la otra que se marchó dolida, parecía estar dispuesta a ponerlo en su lugar. Tal vez, él estuviese en buenas manos, porque la muchacha se alzaba ante ellos como si fuese una fiera dispuesta a saltar a la yugular de su primo. Evitó sonreír, se separó y se marchó de allí sin decir ni una sola palabra más. Ella tenía sus propios problemas que solucionar.

Charlize y Magnus se quedaron solos. Él esperaba que la hermana pequeña de Caliope se marchase de inmediato. Nada de eso. Puso los brazos como jarras y comenzó a repiquetear el zapato contra el suelo. Estaba esperando una explicación que él no quería darle.

—Ve a buscar a tu hermana, sospecho que la has estado siguiendo y has sido testigo

del modo en el que ha abandonado mi casa.

—¿Tu casa? —preguntó abriendo los ojos—. Hasta donde yo tengo entendido, se te permite vivir aquí, pero todo Luffgarden pertenece al heredero de mi padre.

Él se cuadró ante Charlize.

—¿Insinúas que Ross debería echarme?

—Yo misma lo haría si tuviese potestad para llevarlo a cabo. ¡Qué digo, sobre echarte! Nada de eso, te retaría a duelo de inmediato.

—Estás exagerando.

Charlize se acercó y se quedó a escasos centímetros de él.

—Nada es exagerado cuando está en juego la felicidad de mis hermanas, Magnus. Creía que me conocías mejor.

—Esto no es asunto tuyo —desechó de inmediato.

—¿Entiendes lo que me ha costado pensar en un plan sólido para llevaros conmigo a Londres a los dos? El año pasado, la desafortunada muerte de tu padre truncó mis intenciones y… ¡Esta temporada todo iba a salir bien! Ahora tendré que hacer lo que hago con los hombres que dañan a mis hermanas, estás en la misma lista negra que el vizconde Bedford. Más te vale ir buscando un nuevo puesto en otra parte, porque después de lo que he visto hoy, me ocuparé de que te envíen bien lejos de Caliope.

Él apretó los puños con fuerza.

—No entiendo qué tiene que ver Bedford en todo esto, pero te aseguro que no vas a hacer nada como lo que dices, Charlize. —Evitó hablar de su progenitor. Estaba muerto y eso era lo que importaba. No le diría que se ausentó el año pasado para asegurarse de que su padre se hubiese reunido en verdad con Lucifer.

—¡Y además me subestimas! —jadeó, llena de indignación.

Él se quedó un momento en silencio. Su mente comenzó a dar vueltas sobre las anteriores palabras de Charlize sobre el vizconde Bedford. El noble al que había aludido la joven era un vecino muy próximo a la familia, y hasta que la Archer menor no había señalado esa lista negra —fuese lo que fuese pero que él intuía que sería algo malo—, no había caído en una cuestión importante, y eso era que la pequeña fémina llena de energía que se erguía ante él no le hablaba al vizconde más que lo justo y necesario. ¿Por qué no se hablaba con Bedford? No se lo había planteado hasta el momento.

—¿Qué le hizo Bedford a Caliope, para que tú decidieses que no era adecuado para considerarlo tu amigo?

—¿Qué te importará a ti, cuando ya tienes tus… diversiones y no te molestas en ocultarlas de Caliope? —rebatió ella.

Él se alegró de que la pequeña fiera no supiera que no era la primera vez que le asestaba un golpe mortal a su hermana mayor. Aquel recuerdo que lo atormentaría hasta el fin de sus días estaba muy lúcido en su memoria. Había conseguido, tres años atrás, que la adorable Caliope lo encontrase con una viuda del pueblo en una actitud todavía más comprometedora que en la que lo había sorprendido hacía unos minutos con su prima Violet. Fue lo único que supuso que terminaría por distanciarla de él de una vez por todas y así había sido, pero tenía que reconocerlo, haber apartado a Caliope tan fulminantemente, lo mataba cada día un poco más por dentro.

—Dímelo ahora mismo, Charlize, porque soy capaz de hacer cualquier cosa para sonsacarte la información. Y si Bedford le hizo daño de algún modo, acabaré en la horca y no me importará.

Charlize se quedó con la boca abierta. Así que él se mostraba dispuesto a derramar la sangre de un hombre por atreverse a hacerle daño a Caliope, pero era incapaz de comprender sus propios actos… ¿Quién entendía a los caballeros? Ella desde luego que no.

Charlize juntó los labios y carraspeó. Pudiera ser que no estuviese todo perdido… todavía.

—En el supuesto caso de que Bedford hubiese sido responsable de algún mal causado sobre Caliope… ¿Por qué él tendría que pagar por su atrevimiento y tú no?

—Porque yo lo digo —dijo como si su palabra fuese la ley suprema.

Charlize se quedó asombrada por la vehemencia que observó ahí.

—¿Entiendes que lo que dices no tiene ningún sentido?

—Dime de una vez lo que hizo Bedford o yo mismo iré a sonsacárselo a golpes si hace falta.

La mirada de Charlize se agudizó, como si desease desvelar todos los secretos de él. Se dio cuenta de que Magnus Robinson no estaba marcándose un farol. Cumpliría lo que acababa de sentenciar. ¿Por qué? ¿Por qué se resistía a aceptar lo que ella había visto en su corazón? El señor Robinson amaba profundamente a Caliope, tanto como para protegerla sin tener en cuenta su propia seguridad. ¿Qué era lo que sucedía que a Charlize se le escapaba?

—Bedford se portó mal con Freyja, no con Caliope —aclaró al final.

—¿Qué le hizo a tu hermana mayor?

Con su pregunta, la joven Archer se dio cuenta de que no solo Caliope contaba con la protección de ese hombre testarudo y fornido, sino que las protegería a todas. Parecía como un perro con un hueso. Ella sabía que no dejaría estar el asunto. No debió haber hablado sobre el vizconde, en especial porque Freyja era feliz con su conde y aquel botarate de Bedford lo era con su vizcondesa.

—Nada que tenga que ser removido. El pasado es mejor dejarlo allí. Freyja está bien y es lo que importa.

—De todos modos, yo tuve que haber sabido que había algún problema.

—No somos tu responsabilidad.

—Lo sois —decretó de nuevo como si fuese una orden del Parlamento.

—No, porque si lo fuésemos, Caliope no habría huido llena de tristeza.

—Se le pasará. Tengo entendido que iréis a Londres, allí encontrará distracciones más que suficientes.

—Eres contradictorio, Magnus. En un momento amenazas con la muerte a quien la dañe y al siguiente pareces decidido a regalarla como si ella no fuese nada para ti.

—Lo es todo para mí, y es por eso por lo que… —Se calló de inmediato al ser consciente de haber hablado de más. ¡No debía haberse dejado llevar por la ira!

—Termina lo que has dicho.

—No.

—Entonces yo lo haré por ti: la amas.

—¿Quién no lo haría? Os adoro a todas, aunque es difícil hacerlo en tu caso, porque eres imposible, Charlize. —Decidió desviar la conversación hasta un punto más cómodo.

—A ella no la amas como al resto, Magnus. La quieres como un hombre debería amar a su mujer.

—Estás diciendo tonterías.

—No, solo la verdad. Lo que no alcanzo a comprender es el motivo por el que te quedas de brazos cruzados si tienes sentimientos tan fuertes por Caliope.

—Vete, Charlize.

—No te librarás de mí con facilidad, Magnus. Ya deberías conocerme, no me rindo con facilidad. Seguiré hasta el final y a mí no lograrás apartarme pese a verte retozar con un millón de muje… ¡Dios santo! ¿Es eso lo que haces? ¡Coqueteas con las criadas y con quien se te cruza en tu camino cuando Caliope está cerca para tratar de alejarla…! —Se quedó asombrada ante la conclusión que acababa de extraer. Vio a Magnus apartar la mirada de inmediato de la suya. ¡Había dado en el clavo! ¡Hombres!

—Ve a casa, Charlize —repitió.

—Ayúdame a entenderte, porque pese a comprender tu plan, no logro dilucidar tus motivos. Desde luego, si yo amase con la intensidad que sospecho que tú lo haces, nada ni nadie podría evitar que consiguiese lo que merezco —afirmó con rotundidad.

—Entonces no sabes lo que es el amor, Charlize. Cuando se ama de verdad, uno no puede ser egoísta.

—¿Sufrir por el hombre que amo mientras me conformo con otro? Eso no es amor. Lo que tú consientes es un sacrilegio que debería ser penado con la horca. No solo te haces infeliz a ti mismo, provocas que mi hermana viva en un infierno —lo acusó.

—Tu hermana merece a un rey, no a un mendigo. Ahora vete —repitió, mientras daba un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Charlize no se inmutó. Veía a un perro acorralado enseñando los dientes. Magnus Robinson sufría mucho más que su hermana. Decidió hacerle caso y se marchó, pues ya contaba con toda la información que necesitaba. Él no se consideraba digno de Caliope y por eso había dado un paso atrás, por eso se había asegurado, durante todos esos años, de que su hermana mantuviese las distancias. No había dado crédito a los flirteos de Magnus, era más, consideró que fue una estrategia para poner celosa a su hermana y atraerla, pero su intención era todo lo contrario.

Salió por la puerta pensando en cuál podría ser su segundo paso. No se rendiría. Si Caliope encontrase a otro hombre, no lograría ser feliz, dado que Magnus Robinson siempre planearía sobre su cabeza. Charlize lo sabía por propia experiencia, porque dudaba que lograse superar a Rendow algún día. Del mismo modo que creía que ese hombre terco tampoco acabaría casándose jamás. Ellos no podían ni debían estar separados.

El caso de Freyja, que logró sobreponerse a Bedford con la ayuda de Aidan, era algo como una estrella fugaz, solo pasaba cada cien años o más. Eso y que Freyja en verdad no había

amado jamás con devoción a Bedford. Charlize estaba convencida de que su hermana mayor encontró el verdadero amor cuando se topó con lord Ross y Luff.

Después de estar media hora cabalgando sin descanso, a Charlize se le ocurrió una idea excelente que, o bien haría que Caliope y Magnus la acabasen asesinando, o bien lograría unirlos para siempre y de modo feliz. Así que no se lo pensó dos veces y fue a hablar con Aidan. El conde de Ross y Luff tendría que ayudarla, porque su interferencia era crucial para poner en marcha todo el mecanismo de un delicado plan muy arriesgado.

# Capítulo 3
# El inicio promete

—No voy a llorar. No voy a llorar —repitió Caliope mientras se limpiaba las lágrimas de las mejillas.

Estaba rota y era un sentimiento tan doloroso que no debería producirse, porque más allá de su miseria era consciente de que debía comprender que él no compartía su devoción. El corazón no podía elegir con libertad lo que deseaba. Magnus no tenía la culpa de no haberse enamorado de ella.

—Por más que lo ame, por mucho que yo sienta un amor tan fuerte que nos pueda sostener a los dos, debo dejarlo ir. Olvidarme de él.

Y pese a que sus palabras eran elocuentes y su actitud la correcta, Caliope no podía dejar de revivir el dolor de la traición. Aquella vez, cuando con diecisiete años lo vio con otra mujer… La besaba, la cobijaba entre sus brazos y ella, como la mujer patética que era, solo deseaba intercambiar el lugar de aquella otra que podía gozar de su cercanía, de sus atenciones, de sus besos. De igual modo le sucedió cuando lo vio en su casa con esa preciosa y elegante dama. Habría deseado compartir esa intimidad que sospechaba que se habría cernido entre ambos.

—No puedo seguir así. Pensar en él solo me causa dolor. Tengo que… Debo… Yo… —Caliope emitió un grito sordo de frustración y le dio una patada a una pequeña roca que tenía frente a ella.

La suerte no estaba de su parte, el gesto hizo que acabase sentada sobre sus propias posaderas. Se hizo daño y volvió a gritar, pero en ese momento le vino a la mente Freyja. Su hermana mayor solía reírse cuando algo la perturbaba. Decidió probar la táctica de lady Ross y Luff y comenzó a reír sin ganas.

—Interesante cambio —dijo alguien a su espalda—. Pero si una mujer tan hermosa como tú está llorando por un patán insensible… Lo que deberías hacer es seguir adelante, y te aconsejo que no pagues tu malhumor con una piedra, ya has visto que pueden ser muy vengativas —añadió, señalando la que estaba a unos metros de donde la dama había caído—. De

hecho esa que has pateado te ha dejado en el suelo.

Caliope, que se había dado la vuelta nada más escuchó la voz desconocida de un hombre, se encontró ante sí con un caballero que parecía un querubín debido a sus facciones. Tenía una espesa cabellera dorada como los rayos del sol que enmarcaban con gracia un perfecto rostro angelical, en el que destacaban los ojos pardos y una boca malvada debido a sus labios gruesos. Pese a que no era muy alto, quizás ella le sacase unos centímetros, se veía un adonis delgado pero fuerte, y exudaba seguridad en sí mismo.

—Uhm… Yo… —Caliope se había quedado sin palabras. No era por su aspecto inmaculado, pues lucía una chaqueta de terciopelo gris oscuro con unos pantalones a juego y un chaleco bordado en plata sobre un fondo granate. Lo que le sucedía a esa hermana Archer es que estaba avergonzada porque sospechaba que además de que el desconocido hubiese sido testigo de su caída, seguramente habría escuchado sus pensamientos privados. Caliope tendría que aprender a no hablar en alto cuando algo la incomodaba. Lo haría la próxima vez, porque ya era demasiado tarde para evitar el ridículo.

—Deja que vea si te has hecho daño en el pie —dijo él, al tiempo que se arrodillaba frente a ella y trataba de quitarle el zapato.

—Estoy bien —se opuso Caliope apartándose de él cuanto pudo.

—No voy a hacerte daño. Creo que el patán del que hablabas antes ya hizo un buen trabajo. Solo quería ver si estabas bien.

—Lo estoy, no es el pie lo que me duele —apuntó la joven.

—¿Dónde te has hecho daño? —insistió el caballero.

—En ningún lugar —dijo con las mejillas al rojo vivo.

Él le sonrió. El trasero, a la muchacha debía dolerle esa parte del cuerpo y de ahí que se mostrase tan cauta y adorablemente sonrojada.

—Me ofrecería a revisar la zona que sospecho que te molesta, pero creo que me considerarías un pícaro por mi atrevimiento, así que no lo haré. Me presentaré de modo formal pese a que no te haya tratado con la debida cortesía. Mi institutriz siempre se lamentó por mis modales y… En fin, ya es tarde para mostrar la honorabilidad que exige la etiqueta y como hemos compartido un momento incómodo…

—Yo más que usted —susurró por lo bajo. Él la escuchó y la volvió apremiar con otra sonrisa.

—Tratémonos sin formalidad. Soy Valliant Back, marqués de Spencer. No te hago

conocedora de mi título para impresionarte, aunque me gustaría mucho que estuvieses altamente impresionada.

—Es usted extraño. —Demasiado directo añadiría.

—Ya veo que no dejarás la cortesía a un lado, pero te lo advierto, no creo que yo pueda ser el epítome de la rectitud. Soy incorregible, como ya te habrás dado cuenta.

—Un poco… sí —susurró de nuevo Caliope.

—¿Vas a mostrarte azorada durante mucho rato? Lo digo porque ya has compartido conmigo el dolor que te ha provocado ese patán y es como si hubiésemos compartido una gran confidencia, eso nos hace amigos —le recordó.

—No sabía que tenía público y usted debió haberse dado la vuelta y…

—¿Y privarme de salvar a una damisela en apuros de la que esperaba lograr un beso en agradecimiento?

—Su institutriz no estará nada contenta con el modo en el que se comporta, milord —lo regañó, tratando de olvidar la gran tontería que él había dicho.

—Lo sé. Pero mientras haga que pienses en mi insolencia, no volverás a maltratar a una indefensa piedra… Aunque por otro lado te dio tu merecido, ¿cierto?

Ella se rio sin poder evitarlo. Era un hombre agradable.

—Es usted extraño, pero al menos es gracioso también.

—Misión cumplida pues. He rescatado a una bella damisela y encima la he hecho reír. Me concederán la medalla al honor. Mi existencia ha servido para un fin mayor, ya puedo morir en paz y con satisfacción.

—Ahora está siendo ridículo, milord.

—Tienes razón, mi vieja institutriz sacaría su vara, no solo soy insolente, extraño, gracioso y ridículo… Sino que creo que me he enamorado. Esa contundente patada me ha dejado fascinado. ¿Te casarías conmigo?

—Loco. Creo que también está loco y estoy comenzando a asustarme.

Él frunció el ceño.

—Yo creía que las damas se emocionaban cuando recibían una proposición de

matrimonio. Decirme que me consideras un demente… Eso trastoca un poco mis planes.

—Deje ya de burlarse de mí, milord.

Él le sonrió.

—No me burlo. Hablo en serio. Eres encantadora incluso cuando yo soy un desastre absoluto tratando de hacerte sonreír.

—Estoy bien.

El caballero se sentó a su lado.

—¿Tan bien como para decirme tu nombre?

—Caliope. Soy lady Caliope Archer. —No era correcto que ambos se presentasen, menos que estuviesen solos, pero en el campo las cosas eran un poco más permisivas.

Él abrió los ojos como platos.

—¡No puede ser!

—¿El qué?

—Estoy residiendo en casa de mi prima, la vizcondesa Bedford y precisamente he conocido a tu hermana Cleopatra. Es bonita y encantadora, y cuando se lo hice saber, me respondió que la belleza de la familia era su hermana Caliope. Ya veo que no mentía…

—Es usted muy extraño —repitió.

—¿Tanto como para que te quedes cautivada y aceptes casarte conmigo?

—Creo que no. —Caliope le mostró una sonrisa—. Pero admitiré que pese a estar loco, es usted divertido. Si es familia de lady Bedford, supongo que no corro ningún peligro.

—Solo el de acabar casada conmigo.

—Debería tener cuidado, una mujer menos sensata que yo podría terminar por aceptar su propuesta y se vería encadenado. Su gracia le costaría la libertad, milord —lo avisó.

—¡Qué penitencia tan soberbia sería esa de quedar atrapado con una belleza como tú!

—Siento ganas de darle su merecido, si no fuera porque mi corazón no es libre y no

soy tan impulsiva, lo retaría a mantener su palabra sobre un posible enlace.

—¡Hágalo! Ya ve que la trataré con cortesía si eso es lo que necesita para darme una respuesta afirmativa. Me sacaría de muchos problemas, se lo aseguro, milady. ¿Si me pongo de rodillas y saco un precioso anillo…?

—Es suficiente —lo cortó—. La broma ha durado lo suficiente ya —recalcó.

—Perfecto, pues ahora es momento de ponerla a buen recaudo. —Se acercó a ella con cuidado y la levantó entre sus brazos causando que Caliope diese un pequeño grito de estupor.

—¡No hace falta que siga con su papel de caballero galante! —exclamó, al tiempo que aseguraba su posición rodeando al marqués con las manos.

—¿Y perder la ocasión de que pueda verme como un héroe? ¿Qué tonto desperdiciaría la ocasión de impresionar a alguien como usted?

—Por mucho que se comporte ahora, milord, y use la formalidad, no pienso cambiar mi percepción de usted.

—¿Y qué opinión le merezco?

—Es usted un pícaro —le dijo sin recato.

El marqués de Spencer la llevaba en volandas, estaban atravesando la campiña y ella sospechaba que él sabía dónde quedaba Luffgarden.

—Uno encantador, se lo garantizo.

—Bájeme, se lo ruego.

—¿Está segura de que no le duele el pie? Es común en la ciudad que las damas empleen algún truco para ponernos a su servicio, seguiré cargándola en mis fuertes brazos aunque no lo necesite, milady.

—Estoy bien, puede bajarme ya.

Él emitió un largo suspiro.

—Supongo que no dejarás que me comporte como un marqués honorable, así que te haré caso y volveré a tratarte sin formalidad. Me gusta sentir este trato cercano que tenemos tú y yo.

—No hay nada entre usted y yo, milord —le tuvo que recordar.

—¿Eso significa que no aceptas mi proposición de matrimonio? —preguntó falsamente ofendido.

—Eso significa —usó las mismas palabras de él— que ha cumplido con su cometido.

—Pero yo estoy buscando con desespero una prometida, así que como me has rechazado, no he cumplido con mi cometido —le aseguró.

Caliope se rio en alto.

—Le libero de las obligaciones que crea haber contraído conmigo, lord Spencer, así que nos separaremos aquí. Le agradezco su compañía e interés, aunque me hubiese gustado que nos hubiésemos conocido en una situación menos incómoda para mí. —Caliope le hizo una pequeña reverencia, que por supuesto él no le devolvió y se dio media vuelta.

No llegó a dar más de dos pasos. La mano del marqués la agarró por la muñeca, le dio un tirón y la pegó a su pecho. Ella se quedó asombrada ante tal atrevimiento.

—Ternura, has dicho que soy un pícaro, así que me cobraré el favor que te he hecho… —Sin mayor dilación, Valliant bajó la cabeza y buscó los preciosos labios entreabiertos de Caliope. Se acercó sin demora, pero tratando de no ser demasiado brusco. En cuanto pegó la boca a la de la joven, él se dejó llevar. Tanteó el premio con la lengua y de pronto se encontró paladeando la dulzura de una belleza sin igual. Ah, ella sabía besar. Interesante.

Caliope se había visto superada por las circunstancias. Su primera reacción fue la de cerrar los ojos e imaginar que era Magnus el que la estaba besando, pero en cuanto la lengua de él invadió su cavidad, se dio cuenta de que una pobre imitación del hombre que amaba con todas sus fuerzas no sería la solución a sus problemas. Despegó los párpados, ladeó la cabeza y trató de empujar a ese caballero tan extraño. Sintió que lord Spencer la soltaba. Buscó la mirada de él para ver si tenía que preocuparse por su reacción. Lo encontró con el ceño fruncido.

—Es la primera vez que una dama no admite mis avances. Estoy contrariado —dijo con sinceridad.

Ella no esperó a nada más. Comenzó a correr a toda prisa para huir. Después de todo, la molestia del pie no había sido nada grave.

Valliant se quedó admirando a esa linda flor campestre.

—Interesante descubrimiento… —se dijo a sí mismo antes de darse la vuelta—. Oh, problemas imprevistos, pero no inesperados —habló consigo mismo de nuevo al ver a un

hombre enorme acercándose a él.

Magnus, quien había salido a buscar a Caliope cuando Charlize se marchó, no había esperado toparse con un cuadro tan… aterrador. Ese desconocido se había atrevido a robarle un beso a su Caliope. De acuerdo, ella no era suya de ese modo, pero sí que estaba bajo su cuidado. La ira hervía incontrolable como el caldero de una bruja, a máxima potencia.

—Pagarás tu error —lo amenazó Magnus, antes de tratar de asestarle un puñetazo que el marqués logró esquivar.

—¿Eres el patán que la ha hecho llorar? —logró preguntar mientras trataba de sortear las agresiones.

—Soy el guardián de esa joven y tú no tenías derecho a besarla —rugió furioso. Los celos lo tenían al borde del abismo.

—¡Le he propuesto matrimonio! —gritó Valliant. Esa inesperada sentencia hizo que Magnus dejase de pelear. Se quedó mirando al estúpido que había irrumpido en su desgracia para causarle una desazón todavía mayor.

—¿La conociste la temporada pasada en Londres? —preguntó. Su padre había osado morirse en un mal momento que hizo que él perdiese a las hermanas de vista durante un tiempo en el que Charlize se había metido en un gran lío con un barón, y al parecer Caliope había logrado agenciarse con un admirador.

—Pregunta equivocada —respondió el marqués—. Si la quieres lucha, si no la deseas para ti, deja que otros prueben su suerte —dicho lo cual, lord Spencer se dio media vuelta y dejó plantado al grandullón que se había atrevido a alzarse como paladín de la muchacha.

—Si la vuelves a tocar sin que Dios haya dado su bendición, te cortaré las manos —le dijo sin gritar, pero sabiendo que el maldito lo habría escuchado.

Valliant ladeó el rostro y lo miró por el rabillo.

—Si te acercas a ella cuando sea mía, te mataré —respondió.

Cada cual siguió su camino después de un encuentro de lo más extraño.

Valliant lo hizo con satisfacción, porque cuando le hablaron de que había tres hermanas encantadoras con una gran dote, residiendo cerca de su prima la vizcondesa de Bedford, no pudo resistirse a ir a conocerlas. No había esperado toparse con una belleza triste que seguramente lo necesitase tanto como él a ella.

Por su parte, Magnus se tuvo que poner la mano en el corazón durante todo el

camino de regreso hasta la casa en la que residía. Apartar a Caliope por su propia voluntad —sabiendo que ella no se alejaría lo suficiente, y en cambio esperando que lo hiciese—, no había sido nada en comparación con lo que sintió cuando la vio rodeada por los brazos de otro.

Si fuese un hombre decente se apartaría y la dejaría seguir adelante. Él tenía el corazón tan negro como su padre, porque le había hecho daño dos veces a la mujer que más amaba, y no había podido apartarse. Magnus Robinson iría al infierno. No importaba. Lo único que lamentaba era no haber logrado darle un buen puñetazo al malnacido que se había atrevido a tocar a Caliope Archer.

***

—Apuesto mi fortuna a que antes de que finalice la temporada estaréis casadas.

En opinión de Caliope, la vizcondesa Darrill, Lily Foster, era muy optimista. A efectos prácticos lady Darrill era algo así como la madrina de las dos hermanas. Hacía unas pocas semanas que habían llegado a su casa en Mayfair y se había mostrado hospitalaria y divina.

La vizcondesa era una mujer de unos cincuenta años, con la cabellera roja intensa, había sido actriz en su juventud y su difunto esposo desafió las normas al casarse con ella. Tenía un hijo, del que sabían que estaba viajando por Europa. El rasgo más característico de lady Darrill era su osadía y temeridad, dos cualidades que hacían que Charlize la admirase en exceso.

No se trataba de que Caliope censurase la actitud que la dama de mediana edad tenía frente a la vida. Lo que le preocupaba era su intención de casarlas a las dos antes de que finalizase la temporada. La vizcondesa era bastante escandalosa, porque Cali había escuchado cómo la mujer le comentaba descuidadamente a su hermana pequeña que si le echaba el ojo a un caballero y ese se resistía, debía hacer lo necesario para agenciárselo. Ofrecerle un consejo así a Charlize era como darle un hacha y decirle que talase todos los árboles de un bosque. Su hermana dejaría el páramo desierto en caso de proponérselo. No era bueno retar a Charlize, y menos meter ideas de ese tipo en la cabeza, solo Dios sabía de lo que sería capaz la pequeña de las Archer.

Caliope se fijó en la mirada de aprobación que estaba ofreciéndoles la vizcondesa en ese mismo instante. Estaban a punto de acceder al salón de baile después de haber saludado a los anfitriones, los condes de During.

—Querida —le dijo la dama a Charlize—, solo con que sonrías un poco harás que cualquier caballero caiga a tus pies. —Entonces se giró en dirección a Caliope y chasqueó la lengua—. Trata de divertirte solo un poco, estoy segura de que si te lo propusieses podrías atrapar al mismísimo Regente, pero ser la amante de un futuro rey… No te gustaría, estoy segura.

Charlize se rio ante la conjetura de la vizcondesa. Solo a lady Darrill se le ocurriría hablar de amantes frente a dos jóvenes damas.

—Le agradezco su preocupación, milady —comenzó a decir Caliope—, pero lo que menos me interesa es tener a un ejército de pretendientes revoloteando a mi alrededor.

—Pero es justo lo que tienes, Caliope —saltó Charlize—, Y deberías estar agradecida de ser la sensación de Londres. ¿Por qué no disfrutas del revuelo que estás causando?

—Porque a diferencia de ti, me disgusta ser el centro de atención. Además, sé bien que muchos de esos gusanos oportunistas solo me tienen en cuenta porque recuerdan la escandalosa dote que el esposo de Freyja colocó el año pasado sobre nuestras cabezas. Se me olvidó decirle que teníamos que hacer algo con respecto a eso.

—No te preocupes, hermana, todo eso está resuelto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó curiosa Caliope al ver a su hermana pequeña aseverando tan convencida.

—No es adecuado que las muchachas hablen de asuntos económicos —recomendó la vizcondesa.

Caliope bufó por lo bajo ante la regañina que había empleado su madrina. Lady Darrill usaba las normas sociales a su pura conveniencia.

Entonces las tres damas figuraban en el salón principal. Los candelabros estaban alumbrando lo justo para que la música de la orquesta, que estaba en una especie de anfiteatro, se fundiese con la iluminación. Caliope disfrutaba mucho de la música. Desde que llegaron a Londres habían estado en cuatro conciertos privados y en el teatro. No había una experiencia más agradable en toda la temporada, porque mientras prestaba atención a los espectáculos, no había tenido que entretener a ningún caballero que tratase de hacerle la corte. ¡Ella no deseaba casarse! Al menos sin estar enamorada de un buen hombre. ¿Llegaría el día en que Caliope Archer fuese libre del yugo de un zoquete insensible llamado Magnus?

—¿Qué sucede con Magnus? —inquirió Charlize con el ceño fruncido.

—Nada.

—Has dicho su nombre en un susurro, Caliope. Creí que te alegraba haberlo dejado atrás.

El señor Robinson finalmente no había acompañado a la ciudad a las dos hermanas. Caliope no sabía a qué se debía el cambio de última hora, y como no le importaba el motivo por el que, milagrosamente, había logrado distanciarse de Magnus, no preguntó nada sobre el asunto.

Era extraño que hasta ese momento Charlize no hubiese sacado a colación al mozo de cuadras de Luffgarden. Era mejor pensar en Magnus Robinson como el mozo de cuadras y nada más.

—No he dicho nada, Charlize.

—Te he escuchado claramente, Caliope —rebatió presta. Si había algo que Charlize no soportaba era que le quitasen la razón.

—Mira, ¿ese de ahí no es el duque de Sutherland? —Charlize dejó de observar a su hermana y se centró en el punto de atención de Caliope.

Sutherland. El mejor amigo del esposo de Freyja y un dolor de cabeza para Charlize, porque aunque era un duque muy atento, siempre estaba demasiado pendiente de ellas. La hermana pequeña lo comprobó la temporada pasada, y pese a que usó a Sutherland para limpiar su reputación, lo que menos le apetecía era tenerlo cerca.

—¡Fíjate! El señor Gilmore se acerca a saludarnos —saltó llena de sonrisas Charlize. No mentía, se dio cuenta Caliope, porque el dueño del Gilmore Hotel, un establecimiento de alto copete de Londres, estaba dirigiéndose, justo por delante del duque de Sutherland, hasta ellas.

Conocieron al hotelero hacía poco más de un año. Para Caliope, Joseph Gilmore había estado prendado de su hermana mayor Freyja, y por eso las ayudó en un momento delicado para las cuatro hermanas la temporada pasada. Era un hombre de lo más apuesto, pero lo que más llamaba la atención en él era que se percibía como un caballero oscuro, como si el peligro fuese su apellido y no Gilmore.

—Es un placer verlas al fin —las saludó Joseph Gilmore, con una reverencia que las dos jóvenes correspondieron.

—El placer es todo nuestro, señor Gilmore —le dijo Charlize, al tiempo que pasaba con descaro su mano por el antebrazo del caballero—. Y será una noche redonda después de que hayamos bailado —siguió diciendo Charlize, a la vez que se lo llevaba secuestrado hacia la pista de baile sin que el pobre hombre pudiese hacer nada para detenerla.

—Esa es la actitud que deberías tener, querida niña —le dijo a su lado lady Darrill mientras veía a Charlize con el hotelero—. Conozco muy bien a Gilmore, tanto como a mi propio hijo, y te aseguro que sería un buen partido para alguna de los dos. Charlize es demasiado impulsiva, creo que necesita una dama más paciente, como tú —comentó, para después abrir su abanico con empuñadora de madreperla y abanicarse un par de veces.

—¿Por qué las mujeres debemos casarnos?

—Cuidado, muchacha, ese es un pensamiento peligroso —la silenció.

—¿Lo he dicho en alto?

—Del mismo modo que hablaste de un tal Magnus. Tu hermana lo escuchó, al igual que yo. ¿Quién es? Siento curiosidad.

—Buenas noches —llegó hasta la posición de ambas el duque de Sutherland. Caliope tuvo ganas de darle un beso en la mejilla porque acababa de salvarla de un momento muy incómodo.

—Excelencia… —habló primero la vizcondesa mientras le hacía la reverencia oportuna.

—Sutherland, es un honor volver a verle —dijo Caliope, sospechando que el esposo de Freyja lo había conminado a vigilarlas de cerca y de ahí que se hubiesen cruzado al fin con él en un baile.

—No pierda el tiempo con una charla insustancial, excelencia, si apresuran el paso llegarán a tiempo para danzar —le dijo la vizcondesa a Sutherland, quien se dio cuenta de que no tenía escapatoria. Así, que como el caballero que era, se limitó a sonreír y a ofrecerle la mano a Caliope, quien se vio atrapada en la encerrona como el duque.

Se dispusieron a caminar y Cali no pudo evitar darse la vuelta para ver a la vizcondesa, quien le guiñó un ojo. Regresó la mirada al frente.

—Lo siento, Sutherland. —Usaba el título porque tenía cierta confianza con él debido a la temporada pasada.

—¿Por qué? —inquirió el duque, mientras ladeaba la cabeza para fijarse en la belleza que iba colgada de su brazo.

—Porque parece ser que le toca una vez más ser nuestro guardián. ¿Le dijo Ross que tenía que echarnos un ojo? Sí, por supuesto que lo hizo —se respondió a sí misma.

El duque se rio.

—No se preocupe, lady Caliope. Le aseguro que mi amigo solo me informó de que estaban las dos en Londres, vernos aquí esta noche no es más que una coincidencia.

En ese momento la música comenzó a sonar e incluso con las notas del *reel* surcando el aire, se escuchó la risa nada disimulada de Charlize.

—Vivo con miedo cada día. Lady Darrill es un amor, pero no conoce lo más mínimo a mi hermana pequeña. Confío en que Freyja logre convencer a su esposo para que vengan en un par de semanas. Charlize necesita mucha vigilancia —le comentó a Sutherland, cuando lo

escuchó mascullar algo ininteligible por lo bajo que claramente estaba destinado a censurar a su hermana pequeña.

—Le dije a Ross que esa pequeña endemoniada hermana suya le daría muchos quebraderos de cabeza. Ha pasado un año y veo que sigue igual que cuando la conocí. ¿No se da cuenta de que debe comportarse como marca su rango? Su hermana es un desastre. —Caliope se había dado cuenta de que el duque no dejaba de vigilar a Charlize mientras bailaban.

Tanto Charlize como Sutherland no se llevaban bien. Su hermana pequeña lo usaba a placer, y el duque… Bueno, no sabía el motivo por el que él le prestaba tanta atención, pero cuando Charlize y Sutherland estaban juntos saltaban chispas, y no para algo bueno sino para que el infierno comenzase a recrearse en medio de una batalla campal.

—Char es un espíritu libre. Me he dado cuenta de que le gusta jugar a ser la mimada de la familia, pero cuando las circunstancias lo exigen está a la altura y sabe cumplir con su obligación. Eso no quiere decir que deba ser vigilada, por supuesto. Todos recordamos lo que sucedió el año pasado.

—El barón Rendow no regresará. Su hermana está a salvo de él, pero lo que no tengo tan claro es si el señor Gilmore está a buen recaudo con su hermana. ¿Es preciso que bata tanto las pestañas y se pase todo el rato sonriéndole?

Caliope se tragó una carcajada. Ese duque estaba demasiado interesado en lo que hacía Charlize. ¿Habría algo más que animadversión entre ambos?

—Es mejor que se olvide de ella. Solo logrará tener dolor de cabeza —le aconsejó Cali.

—Lo siento, no es cortés que un caballero esté pendiente de otra dama cuando la que la acompaña es, tal vez, la más hermosa de la fiesta, pero es que su hermana…

—Lo sé, Char es capaz de sacar de sus casillas a cualquiera solo con una mirada, y le agradezco el cumplido, excelencia.

—No puedo creerlo… —masculló el duque con los dientes apretados.

—¿Qué sucede?

—Sucede que Lucifer debe ser el padre de su hermana pequeña, milady… Oh, Dios —dijo avergonzado cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Lo siento.

—Sé que no pretendía ofender.

—Vayamos tras los pasos de su hermana, porque va a meter en un aprieto al señor

Gilmore.

—¿Qué? —Ella no entendía al duque, así que procedió a buscar a Charlize por la sala de baile—. ¿Dónde está mi hermana?

—Eso es lo que vamos a tener que averiguar. La última vez que las hermanas Archer se aventuraron en un jardín oscuro, me topé con una estampa con la que todavía tengo pesadillas. —Caliope sabía a qué se refería, pues las cuatro hermanas maniataron y amordazaron al barón Rendow por haber puesto en peligro la reputación de Charlize y el duque las encontró de ese modo: vengándose.

La pareja salió por las puertas francesas por las que el señor Gilmore y lady Charlize habían desaparecido, según suponía el duque.

—Ross me tendrá que compensar por esto. No puedo creer que me pase lo mismo por segunda vez. ¿Ha pensado, milady en ponerle una correa a su hermana? Creo que sería una solución de lo más acertada.

—Oh, Sutherland, se lo ruego, no bromee, porque me estoy poniendo nerviosa. ¿Dónde habrán ido? —Tanto el duque como ella estaban en la terraza y no veían a la pareja que pretendían localizar.

—No bromeaba, milady —le dijo en tono serio el duque—. Si ella estuviese bajo mi cuidado estaría atada y amordazada. Venga conmigo, Caliope, hay una fuente rodeada de farolillos en el centro del jardín y estoy seguro de que su hermana se las habrá ingeniado para enredar a Gilmore con alguna tontería.

Sutherland no se podía creer que el hotelero, quien ya sabría cómo se las gastaba Charlize, hubiese sido tan incauto como para prestarse a la locura que a esa endemoniada Archer se le hubiese ocurrido.

Caliope se dio cuenta de que el jardín de los anfitriones era extenso y de que el duque caminaba muy aprisa, porque en menos de dos minutos, Sutherland la dejó atrás. Y ahí estaba ella, en medio de un lugar de lo más inapropiado sin carabina ni protección.

—¡Condenación! —exclamó, cuando se dio cuenta de que por ir a salvar a su hermana de sí misma estaba a punto de meterse en un enredo todavía peor.

—Ternura, no deberías maldecir. Es impropio de una dama.

La voz en medio de la oscuridad la asustó. Trato de mantener la calma. Los farolillos que habían colocado por el jardín estaban muy dispersos y apenas veían nada.

—Más le vale no tener pensamientos indebidos, porque aunque yo haya maldecido,

le aseguro que soy la protegida de un conde y que es el duque de Sutherland el que me custodia esta noche. —A Caliope le pareció apropiado citar los títulos de Aidan y Tristan.

—Solo pretendía sugerirle que no lastime ninguna piedra, no creo que su vestido pudiese soportar el estropicio.

Ella se acercó entonces a la figura masculina que estaba alejada. Enfocó los ojos.

—¡Usted! —La sencilla palabra fue dicha como si se tratase de una acusación pronunciada por un juez.

—¡Yo! —exclamó el marqués de Spencer con diversión.

—¿Por qué me está siguiendo?

—Porque ese duque al que ha aludido debería armársele un consejo de guerra por haber salido a rescatar a su hermana pequeña y haberla dejado a usted sola.

—¿Por qué me está espiando? —Caliope consideró que esa pregunta era más adecuada en esos instantes.

—Espiar es una palabra muy fea, solo la estoy custodiando. Hay demasiados caballeros que se aprovecharían de una dama en una situación como esta.

Caliope sonrió de lado. El marqués no pudo verla, pero si hubiese podido leerle la mente, hubiese sabido que ella estaba pensando que solo un incauto se atrevería a desafiar a una Archer. Eran letales cuando se lo proponían. Rendow bien podría relatar el castigo que recibió cuando se enfrentó a Charlize en su momento.

—¿No sabe que las Archer somos peligrosas, milord?

—Algo he escuchado —dijo con humor el marqués—. Eso las hace todavía más interesantes. ¿Es cierto que mantuvieron al barón a punta de florete sobre una cornisa, mientras le gritaban que saltase? —preguntó sin dilación lord Spencer.

Caliope se rio con disimulo por lo bajo. La sociedad era brillante en cuanto a inventar escándalos.

—Logramos meterlo en una galera a punta de pistola —alegó con seriedad Caliope.

—Hay quien dice que su hermana pequeña lo asustó tanto que se alistó en el ejército para huir de ella.

No pudo contener la risa. Caliope se dejó llevar y soltó una gran carcajada.

—Mi hermana es capaz de eso y mucho más se lo aseguro. Ahora si me disculpa, es momento de regresar y…

—¿Qué prisa hay, preciosa? —preguntó al tiempo que le apresaba la mano—. ¿Acaso me tiene miedo y se marcha a toda carrera?

—Recuerdo que dijo usted que era primo de la vizcondesa Bedford.

—Lo soy, uno muy querido.

—Entonces imagino que no tengo nada que temer de usted, pero no me gusta en absoluto esta situación.

—¿Puedo prescindir ya de la formalidad, Caliope? Es tedioso tener que guardar las apariencias cuando deseo besarte.

Ella jadeó.

—¿Qué se ha creído? ¡Es un pícaro desvergonzado!

—Nada de eso. Soy tu prometido.

—¿Perdón?

—¿Has olvidado que te lo pedí? Un par de veces o más te dije que nos casaríamos. O tal vez te pregunté si querías hacerlo. Bueno, la cuestión es que doy por hecho que estamos prometidos.

—¡Fue una broma tonta! —sentenció incrédula.

—Fueron preguntas y sugerencias del todo honestas. Necesito casarme y tú eres perfecta.

—¡Tiene que estar bromeando! —No daba crédito a lo que escuchaba—. Después de todo sí debe estar usted chiflado, milord.

—Nada de eso. Sé que estás enamorada de un patán que no te corresponde. Yo soy la solución a tus problemas.

—¡Eso no es verdad! —saltó de pronto.

—No mientas. Lo he visto con mis propios ojos. Él no te conviene. —Todavía recordaba la mirada colérica que le otorgó el hombretón que trató de golpearlo.

—¿Qué quiere decir? —Ella se había perdido algo.

—Olvida lo que he dicho y atiéndeme. Te ofrezco un pacto.

—No estoy interesada.

—Sí lo estarás, porque eres la hija de un conde y puedes convertirte en mi marquesa. Tengo que casarme.

—Busque a otra.

Él se quedó asombrado por la rapidez con la que ella lo había desechado. ¿De verdad no entendía el gran honor que le estaba haciendo? ¡Ella sería marquesa! Ese era el sueño de toda muchacha casadera. Y además de lograr un título, ella tendría un hombre guapo que le daría calor por la noche. Cada vez que lo rechazaba era como si lo alentase más. ¿Sería ese su juego?, se preguntó lord Spencer.

—¿Quieres un cortejo? ¿Es por eso por lo que…?

—¡No quiero nada! —rebatió furiosa.

—¿Estás diciéndole que no a un marquesado? —Eso parecía, pero estaba asombrado.

—Eso mismo —apuntó con seguridad Caliope.

—Creo que has pasado demasiado tiempo en el campo o que ese encaprichamiento con el patán no te deja pensar con claridad. Soy un hombre apuesto, con posición, tal vez no pueda prometerte amor eterno o cosas como esa, pero sí que te juro que tendrás un matrimonio de lo más ventajoso y tranquilo.

—¡Oh, qué maravilloso! —ironizó—. Estaré casada con un presuntuoso a quien no quiero… ¡Perfecto! —volvió a exclamar con enfado.

—No estás siendo práctica. Cualquier muchacha en tu situación daría su mano derecha a cambio de una proposición como la que te acabo de hacer.

—Entonces lo tiene fácil, milord. Vaya y dígale que se ampute la mano a otra, porque yo no tengo nada más que decir al respecto.

Caliope se dio media vuelta dispuesta a buscar por su cuenta el camino de regreso. El marqués la retuvo una vez más.

—No es por ahí. Ven conmigo o acabarás en las manos equivocadas.

—¿Unas que estarán amputadas tal vez?

—Eres terca, Caliope, ya me lo habían advertido, pero saberlo y comprobarlo son dos cosas diferentes. —No mentía. Cleopatra hablaba muy bien de sus hermanas, y era como si las conociese a todas un poco ya, especialmente a la que deseaba conquistar—. Ven conmigo. Te prometo que no corres peligro, después de todo, mis intenciones son honestas.

—Debería disculparse, milord —le sugirió mientras lo seguía de cerca. La verdad era que no sabía cómo regresar. El jardín tenía demasiados escondites y caminos.

—¿Por pedirte matrimonio? —El que no dejaba de estar asombrado era Valliant.

—Por haberme besado sin mi permiso —clarificó la dama

Él se detuvo y se giró un poco para mirarla, puesto que era el marqués quien abría el camino hacia la casa principal. Caliope chocó contra su espalda y él la estabilizó sujetándola por la cintura.

—Así que no has dejado de pensar en mi beso, ¿eh, preciosa?

—Arrogante, presuntuoso… ¡Es un pícaro de la peor clase! Erré en mi primera suposición. ¡Es un hombre horrible!

Lord Spencer chasqueó la lengua.

—Lo comprendo.

—¿Qué comprende? —preguntó sin poder evitarlo, sabiendo que debería haberse quedado callada.

—Que estés enfadada.

—Estoy mucho más que eso —se reafirmó Caliope.

—Y es del todo comprensible. Mis besos son adictivos. Te daré uno cuando aceptes convertirte en lady Spencer. No me acusarán de ser un desalmado contigo. La relación que media con mi prima me hace utilizar todas las armas que me gustaría mostrarte.

Ella entendió que él se estaba refiriendo a seducirla.

—¡Condenación! Podría hacer que Sutherland lo encerrase en un barco y acabase en la India.

—Apuesto a que el duque haría lo que le pidieses. ¿Debo estar celoso de él, ternura?

—Esta tontería se acaba aquí y ahora. —Parecía que se estuviese burlando de ella.

Los dos se quedaron mirándose el uno al otro. Las nubes habían despejado la luna, y se podían ver con claridad en medio de la noche. Caliope lo miraba desafiante. Él correspondía a su mirada con humor. La muchacha era refrescante.

—Será divertido tener a una esposa como tú.

La escuchó hacer un sonido, mitad rugido mitad exasperación, y se rio en alto con el único fin de irritarla.

Caliope no añadió nada. Lo siguiente que haría cuando encontrase a Sutherland sería darle una patada en su ducal espinilla. Y cuando se encontrase con Charlize la asfixiaría con sus propias manos.

Mientras esa hermana Archer estaba sumida en sus propios pensamientos vengativos con respecto a Charlize y el duque, no se daba cuenta de que se había topado con un marqués de lo más insistente que se había propuesto casarse con ella a toda costa.

Por descontado, momentos después nadie hizo alusión a lo que ocurrió en la oscuridad en aquel jardín entre el duque de Sutherland, el señor Gilmore y Charlize, así que ella tampoco le mencionó a su hermana pequeña lo sucedido con lord Spencer. Sin embargo, los siguientes días, Caliope se vio asediada por una horda de pretendientes encabezada por el propio Spencer.

¡Qué fatalidad! Ella no deseaba que la abrumasen con atenciones indeseadas. ¡Si solo deseaba disfrutar de la distracción que ofrecía la temporada!, con sus conciertos, visitas a los museos y jardines, obras de teatro …

¡Qué desastre!

Caliope tenía que pensar en la mejor opción de librarse de los caballeros y de las sugerencias que le hacía Charlize para que no se precipitase a la hora de elegir a su inminente esposo.

# Capítulo 4
# Una herencia envenenada

Lady Ross y Luff se había levantado esa mañana con una horrible sensación y pese a ello no podía dejar de sonreír. Su estómago no era suyo, no lo sería hasta que pasasen los primeros meses. Así se lo había dicho el médico que visitó a escondidas de su esposo y acompañada por su hermana Cleopatra.

Había sospechado que algo era diferente porque hacía casi dos meses que se sentía extraña y su ciclo de mujer no había dado señales de aparecer. Pero no deseaba hacerse demasiadas ilusiones, de tal modo que hasta que las náuseas no se hicieron más intensas no quiso convencerse de lo que sucedía. El día anterior, su esposo estuvo fuera de Luffgarden por un asunto de negocios y fue cuando le pidió a Cleopatra —quien había abandonado la compañía de su amiga, la vizcondesa Bedford,— que la acompañase a visitar al galeno del pueblo.

Confirmado: estaba embarazada, y era momento de hacer partícipe a su esposo del feliz acontecimiento.

Su doncella la había informado de que Aidan había regresado y que se encontraba en el despacho revisando la correspondencia. Freyja se dio prisa en terminar de adecentarse y bajó para darle la noticia.

Cuando llegó al lugar lo encontró vacío. Los papeles desordenados sobre la mesa la hicieron sonreír de nuevo. Debido a la hora que era, sospechaba que él habría ido a la cocina en busca de un tentempié, pues la cocinera lo tenía muy mimado y la casa olía a pastel de manzana.

Se acercó al escritorio para ordenar un poco el desastre. Comenzó a colocar los papeles en su sitio. Una carta abierta llamó la atención cuando vio el lacre de Sutherland roto. El nombre de su hermana Charlize se distinguía, escrito por todas partes, así que no pudo resistirse y comenzó a leer la misiva a toda prisa.

Freyja se llevó una mano al corazón. ¡Sabía que su hermana iba a causar una maldad en la ciudad! Madre del amor hermoso, el amigo de Aidan le explicaba que Charlize estaba fuera de control, que había tenido que intervenir porque se había adentrado en un jardín oscuro con un caballero y le pedía encarecidamente a Ross que fuese a Londres para ocuparse personalmente de

esa «endemoniada muchacha».

Freyja gimió y sus ojos se humedecieron. Antes de marcharse obligó a su hermana pequeña a jurarle que no haría nada que la pudiese poner de nuevo en peligro, cosa que hizo y le había mentido. ¡No podía confiar en Charlize!

Freyja escuchó pasos a su espalda. Se giró y vio a su esposo metiéndose el último pedazo de pastel de manzana en la boca.

—Tenemos que ir a Londres de inmediato —le informó Freyja a Aidan, mientras sacudía la misiva al aire.

Él comprendió que acababa de leerla y de ahí su enfado.

—Estoy seguro de que Sutherland está exagerando. Siempre ha sentido una animadversión hacia Charlize.

—Mi hermana pequeña, ella sola —precisó—, podría hacer que Inglaterra entrase en guerra otra vez, Aidan. Sutherland no está exagerando —lo corrigió.

—El caballero con el que tu hermana dio un agradable paseo, seguramente porque en el salón de baile hacía mucho calor, fue el señor Gilmore. Lo conocemos bien, no hay nada que temer.

Ella no daba crédito a la tranquilidad que emanaba su esposo. ¡Era la frágil reputación de Char la que volvía a correr peligro! Su hermana no sobreviviría a un nuevo escándalo.

—Lo he leído, esposo, pero la próxima vez podría ser otro el que finalmente la condenase al ostracismo social del que la salvamos el año pasado. Tenemos que ir a Londres de inmediato —repitió enérgica.

—No.

—Sí.

—No iremos.

—¿Estás bromeando, Aidan? Porque ya deberías saber que los asuntos que conciernen a mis hermanas son lo primero para mí.

—Y por eso es por lo que te quedarás en Luffgarden.

—No —le tocó negar a ella.

—Sí —afirmó él, haciendo que los papeles se intercambiasen en la disputa.

—No me puedo creer que esto esté pasando precisamente hoy —alegó Freyja mientras se llevaba una mano a la frente—. Se suponía que todo iba a ser perfecto. Pretendía invitarte a dar un paseo. Prepararía una cesta para hacer un pequeño picnic, donde el postre sería esa tarta de manzana que ya te has comido y entonces te lo diría… —Los ojos se le humedecieron al instante. Una lágrima se derramó y el labio inferior comenzó a temblarle.

El conde se acercó a su esposa y la abrazó.

—Sé cuánto te preocupas por nuestra familia. Has estado sola mucho tiempo, mi amor, me elegiste para que compartiese tu carga y no es solo eso lo que haré, porque mientras pueda la soportaré por ti. No vas a ir a Londres porque tengo la situación perfectamente controlada. En tu estado tienes que tener paz y tranquilidad. Ir allí supondría alterarte y no lo consentiré.

Freyja se separó mínimamente de su esposo, lo justo para mirarlo a los ojos. Lo observó sonreírle.

—¿A qué te refieres? —tanteó.

—¿Es necesario que te responda, mi amor? —preguntó con humor.

—¡Esto es un desastre! —exclamó exasperada la condesa, al tiempo que se separaba del abrazo de su esposo. Aidan la dejó separarse un poco de él, pero la obligó a permanecer cerca, con los brazos masculinos todavía rodeándola.

—¿Por qué te enfadas? —La veía muy disgustada—. No es conveniente que nada te altere en tu estado.

—¡Cómo me digas lo que es o no conveniente en mi estado… Yo… yo… yo…! —Tomó aire porque no le salía nada.

—No te enfades.

—¿Cómo no voy a disgustarme? Charlize vaga por Londres haciendo de las suyas, tal y como te advertí que sucedería. Mientras, Caliope estará desesperada porque tan solo yo soy capaz de gobernar a mi hermana pequeña. Luego está el asunto sobre mi plan para decirte que estaba embarazada… ¡Iba a ser una sorpresa! —gritó—. Algo perfecto, inolvidable. En cambio estoy aquí, gritando y padeciendo por Charlize… —Se echó sobre el pecho de su esposo porque volvía a sentir ganas de llorar y el torrente de lágrimas estaban ya fluyendo por sus mejillas.

Aidan la envolvió una vez más en un abrazo protector y comenzó a acariciarle el cabello. El conde comprendía el desasosiego de su esposa. Si le decía a Freyja que lo que

Charlize hacía formaba parte de una especie de conspiración la preocuparía mucho más, así que el conde de Ross y Luff decidió quedarse callado a ese respecto.

Charlize era la más joven, la más dada a grandes lamentos, quejas, gritos y otras cuestiones perturbadoras, pero cuando se trataba de idear un plan del que estaba convencida que saldría bien, la joven Archer resultaba muy elocuente y perspicaz. Él mismo había tenido sus reservas cuando le presentó la conspiración, pero le fue fácil hacerlo cambiar de opinión y que olvidase sus reticencias al respecto. Él confiaba en Charlize Archer porque en el pasado la joven le había dado garantías de éxito cuando medió en la disputa que tuvo con Freyja antes de lograr la felicidad eterna. Eso y que había aprendido en el último año que llevarle la contraria a Charlize no servía de nada. No cuando tenía que ver con sus planes como casamentera. La muchacha había decidido que Caliope se casaría ese año y parecía que eso era una especie de mandato real. El mandato de Charlize.

—Confiarás en tu esposo, Freyja. Si digo que te quedarás en Luffgarden y que todo lo relacionado con Charlize y con Caliope se arreglará…

—¿¡Qué problema hay con Caliope!? —lo interrumpió de pronto sin dejar de abrazarlo con fuerza—. Lo sabía. Caliope también está en problemas… —sollozó.

—Ah, mi amor, tu falta de fe en mí comienza a ponerme de malhumor. Te diré lo que haremos a partir de ahora y te advierto que mis órdenes van a ser inflexibles y no cambiaré de opinión. Lo primero será ir a hablar con el señor Robinson para que vaya a ocuparse de su deber como guardián, dado que Sutherland me ha informado de que pretende dejar Londres y que no moverá ni un solo dedo por tus hermanas porque no son responsabilidad suya. Mientras yo le explico el asunto a Robinson, tú prepararás ese picnic del que hablabas y saldremos al campo a fin de disfrutar el uno del otro, y que tú puedas al fin contarme que estás embarazada. Cuando te escuche prometo hacerme el sorprendido, de tal modo que todo será perfecto tal y como lo deseabas.

—Pero…

—No, Freyja. Inflexible, ¿recuerdas?

—Es que…

—No. No iremos a Londres a no ser que haya una auténtica catástrofe y es mi última palabra. Ahora haz lo que te he sugerido, disponlo todo para salir de excursión, y en menos que cante un gallo estaré aquí. Si me quieres como aseguras confiarás en mí.

Freyja se quedó mirando a su esposo con recelo. No estaba convencida de su plan.

—¿Prometes que todo va a salir bien? —atinó a preguntar.

—Lo aseguro porque puedo hacerlo. Piénsalo bien, mi amor. Suponiendo que Caliope y Cleopatra se casaran, y que Charlize se quedase arruinada, todavía dispondría de su dote y tendría esta casa para vivir, dado que nos mudaríamos a alguna de mis otras propiedades. ¿Crees que la condena al ostracismo de Charlize sería el fin del mundo para tu hermana pequeña? No pasaría penurias económicas ni estaría sola, porque somos aristócratas a los que no les gusta demasiado sociabilizar y nunca le daríamos la espalda a la familia. Charlize estaría perfectamente aunque sucediese lo peor.

—Supongo que tienes razón —reconoció a regañadientes—. Creo que me he dejado llevar por el pánico. No soporto pensar que alguna de mis hermanas sufra. Y lo único que haría que Charlize desease la muerte sería que los bombones dejasen de existir.

Ross sonrió. La suposición de su mujer no estaba errada. Lo que en verdad le preocupaba a Charlize en términos absolutos era el chocolate.

—¿Confiarás en mi criterio?

—Sí, supongo que lo haré. No tengo más remedio, desde que te conocí supe que eras un tirano y no tiene caso tratar de cambiarte.

—Oh, condesa, pagarás el insulto que detecto en esa frase. Asegúrate de llevar un vestido cómodo y fácil de desabrochar cuando salgamos de picnic, porque tengo pensado tu castigo.

—Que conste que tus castigos son premios, Aidan. Y que obedezco porque si hay alguien en quien confíe para que custodie a mis hermanas del mismo modo en el que lo haríamos tú y yo, ese es Magnus Robinson. —Freyja, que había dejado el llanto a un lado con facilidad, seguramente producto de los cambios de humor que padecía debido al embarazo, frunció el ceño y buscó lo ojos de su esposo—. ¿En algún momento me aclararás el motivo por el que me impediste suplicarle a Magnus que las acompañase en cuanto decidieron marcharse?

La respuesta de Aidan fue besarla con fuerza. Freyja se derritió al instante ante un contacto tan abrasador.

Charlize y el conde tenían un acuerdo, y mientras que la situación no se torciera, Aidan le había dado su palabra de no intervenir y de obrar bajo sus indicaciones. Su esposa no necesitaba saber nada sobre los tejemanejes que él se traía con Charlize. Luego le daría las gracias a Dios por haber evitado que Freyja leyese también la otra carta que le había hecho llegar la hermana pequeña de su mujer, porque de haberlo hecho, los dos estarían ya de camino a Londres, pues Freyja habría huido sin pedirle permiso y él habría tenido que ir tras sus pasos.

Todo iba a salir bien. Freyja nunca sabría del complot que habían urdido Charlize y él, tendrían un precioso bebé en unos siete meses, según las cuentas que Aidan había sacado y solo quedarían dos hermanas a las que casar: Cleopatra y la propia Charlize.

Luego se dio cuenta de lo inocente que había resultado ser su amada mujer. ¿De verdad su esposa creía que él, que la demandaba todas las noches en su cama, no se habría dado cuenta de que no había sangrado con regularidad durante los últimos dos meses? ¡Mujeres!

***

Se había herido con una daga en el corazón tres veces, y por su propia mano. Magnus Robinson sufría sin consuelo y solo el licor lograba mitigar el daño. Lo malo de dejarse consolar por el placer del olvido que proporcionaba una botella, era que en cuanto los efectos cesaban el recuerdo volvía a su mente. Caliope.

La noche anterior bebió hasta caerse en el suelo, por lo que esa mañana había tenido problemas para atender sus asuntos. Era una suerte haber adiestrado bien al muchacho que se ocupaba de las cuadras en su ausencia.

Magnus comprendía que no podía seguir viviendo de ese modo. Tarde o temprano acabaría sometido por el brandy. Y, sin embargo, no lograba ver otra solución más que la de menguar el dolor con una botella.

Tirado como estaba sobre el suelo, finalmente logró abrir los ojos. La cabeza le martilleaba con fuerza, era un penitencia adecuada por sus actos. Emborracharse hasta perder el sentido no era la solución pero no podía hacer otra cosa.

—Acabarás matándote si sigues así, o peor, me obligarás a tener que echarte a patadas, Robinson. Y lo haría si eso no conllevase que mi esposa se revelase contra mí. —Las palabras dichas en alto por una larga sombra, hicieron que el aludido enfocase mejor los ojos. Cuando se dio cuenta de quien estaba mirándolo desde la altura sintió una vergüenza inmensa. Ese sentimiento no le impidió ponerse a la defensiva por lo que dijo en respuesta:

—Échame —desafió al conde de Ross y Luff sin atender a la corrección o la cortesía que le debía.

—Levántate, tenemos que hablar de tus obligaciones.

Magnus hizo lo señalado a regañadientes. Cuando estuvo en pie se dio cuenta de que su aspecto era todavía peor que el que presentaba su casa. Había dos botellas de licor vacías tiradas y algunos muebles en el suelo. La chaqueta, desparramada al lado de un viejo cuadro al que, en la noche anterior, él decidió partir en dos.

Comenzó a ponerse la camisa dentro del pantalón para mostrar un poco de respeto.

—Prepararé mis cosas y me iré de inmediato —señaló con resignación Robinson.

Sería lo mejor, así acabaría de pudrirse lejos de Caliope, porque cuando ella

anunciase su boda, él seguramente… No sabía lo que haría, pero dudaba que pudiese seguir estando cerca del amor de su vida mientras ella le daba todo lo que tenía a un hombre que no la merecería jamás. Cierto que él era una diablo y que la merecía menos que todos, pero…

—Tendrás que hacer el equipaje, te darás un baño y saldrás de inmediato hacia Londres.

—¿Qué? —graznó con inseguridad. Su cara se convirtió en un poema lleno de terror, pues sospechaba cuál era el destino al que lo enviaba el esposo de Freyja.

—Ya me has oído.

—Creo que no lo haré.

—Mi esposa dice que tú eras el guardián de ellas antes de que yo llegase.

—Puedes estar seguro de que no te habrías salido con la tuya con Freyja en caso de haber estado yo cerca —le dijo con rabia. Al parecer, la estupidez que daba el licor y que muchos confundían con valentía, todavía la tenía circulando por las venas.

Aidan apretó los dientes e irguió la espalda. Las ganas que tenía de asestarle un puñetazo y… se contuvo.

—Si crees que alguien podía haberse interpuesto en mis deseos, eres todavía más necio de lo que me han dicho.

—¿Quién? ¿Quién te habló de mi supuesta necedad? —preguntó de inmediato.

—Eso no importa. Tienes trabajo que hacer y lo harás. Te marcharás a Londres de inmediato porque Charlize está fuera de control y Caliope está siendo asediada por un gran séquito de caballeros que desean su mano en matrimonio. No te lo mereces, Robinson, pero serás mi mano derecha allí. Te ocuparás de las dos hermanas, y si algún pretendiente pide hablar con el responsable de Caliope tú serás quien decida qué se debe hacer. Lo mismo sucederá con Charlize, aunque dudo que entre los planes de ella esté el de casarse. —Pobre del infeliz que se dejase atrapar por ella… pensó en silencio Aidan.

—¿Qué? —Magnus sintió deseos de darse un gran pellizco en el brazo para así poder despertar de la pesadilla. ¿Él iba a tener que tratar con los bastardos que pretendiesen a Caliope? ¡Jamás! ¡No lo resistiría ni una sola noche!

—Ya me has oído. Aquí no me sirves de nada, borracho como estás, en Londres te comportarás porque las hermanas necesitan protección. —No iba a confesarle que sabía el motivo de su languidez. Los hombres enamorados que metían la pata eran lo peor. Suerte que él no hizo tonterías cuando conoció a Freyja…. Bueno, hizo unas cuantas, pero eso no venía a

cuento.

—Tú eres su tutor. Ve tú con ellas —le escupió las palabras a la cara.

—Lo haría y, por Dios, que tendría que hacerlo después de haber visto tu comportamiento estas semanas, pero no puedo. Mi condesa, esa a la que tú tan alegremente te diriges por su nombre de pila y sin cortesía, lleva en su vientre a mi hijo y no permitiré que nada la altere. Tú tendrás que servir para el cometido. Lo harás, te comportarás con Charlize y Caliope del modo en el que se espera o rendirás cuentas ante mí. Me importará bien poco el servicio que les prestaste a las Archer antes de mi llegada, porque te ensartaré con mi viejo sable de guerra y dejaré que tu cadáver putrefacto abone Luffgarden. ¿He sido claro, Robinson?

El aludido sonrió de lado.

—Estoy gratamente sorprendido, llevo un año pensando que eras un pusilánime que no merecía el premio con el que te topaste, parece ser que tienes agallas, Ross.

—Pues yo estoy furioso, extremadamente disgustado con tu actitud.

—Sí, lo sé, pero me importa un rábano, una col, una patata, o la verdura que elijas.

El conde suspiró. No entraría en disputas. Magnus Robinson deseaba una buena pelea, lo sabía porque Aidan había estado en sus mismos zapatos. Se contuvo de decirle lo que pensaba de él.

—A primera hora de la tarde dejarás Luffgarden y custodiarás a las Archer tal y como te he pedido. La vizcondesa Darrill, la dama con la que se hospedan —le aclaró— ha sido informada de que cuentas con mis bendiciones para obrar del modo en el que consideres. Haz que me arrepienta de mis acciones y te juro que…

—Sí, sí —lo frenó—. El sable y mi cadáver putrefacto. No temas, haré lo que debo porque las cuatro son mi responsabilidad y no me perdonaré nunca por no haber estado cuando *Freyja* —hizo hincapié en el nombre de la hermana mayor para molestarlo más, porque era evidente que el conde deseaba que aludiese a ella como lady Ross y Luff— más me necesitó, aunque me queda el consuelo de ver que es feliz contigo.

—Eres un arrogante que merece que haga algo aunque luego lo lamente…

—Sí, sí —volvió a decir—. Como ir a por tu sable. No te preocupes demasiado, tal vez como pago por mis servicios en Londres te pida que hagas justo lo que has prometido: ensartarme con el sable. Después de todo, la muerte no me parece tan mala idea.

—Arrogante y demente —dijo con severidad.

—Si has acabado ya de tratar de ponerme en mi lugar, tengo cosas que hacer si quieres que parta lo antes posible a Londres.

Aidan masculló una maldición que no melló en el estado de ánimo de Magnus. Antes de salir de la cabaña destinada al guardabosques de la finca, el conde se ladeó y miró detenidamente a Robinson.

—Cuando esto termine me ofrecerás un agradecimiento, y ya veremos si te hago ponerte de rodillas cuando recites tus palabras.

El conde no le dio opción a responder, salió por la puerta y se marchó de allí refunfuñando palabras a las que Magnus no logró darle sentido.

Magnus se quedó solo, lamentado su suerte. Cuando las dos hermanas partieron sin él hacia la ciudad, dio gracias al cielo. Recordaba a Caliope informándole de que las acompañaría a Londres, pero finalmente debieron desechar la idea. No era extraño imaginar el motivo. Charlize había descubierto su pequeño secreto, era decir, su enamoramiento, y Caliope lo había visto con otra mujer en su casa, los dos a solas, así que…

A penas cinco minutos después de la marcha del conde, mientras él seguía dándole vueltas a sus asuntos, un golpe enérgico llegó desde la puerta. Magnus gruñó mientras se acercaba.

—Al menos esta vez te has dignado a llamar antes de invadir mis dominios, Ross. ¿Qué más quieres imponerme, maldito…? —La pregunta quedó en el aire cuando el señor Robinson se dio cuenta de que el hombre que figuraba tras las puerta no era el que había previsto, sino que se trataba de otro más molesto todavía—. ¿Otra vez aquí? —Decidió que debía comportarse de modo más agresivo para ahuyentar a quien había llegado para importunar, más si cabía, su tranquilidad llena de licor.

El pequeño hombre, vestido de modo impecable carraspeó.

—Bueno días, lord…

—Soy Magnus Robinson —lo interrumpió de ese modo tan severo suyo—. ¿Acaso es tan mal abogado que olvida con rapidez lo que se le dice?

El recién llegado negó con la cabeza.

—Verá, milord…

—¿Es usted sordo? Le he dicho mil veces ya que soy Magnus Robinson. —El hombrecillo afirmó y carraspeó.

—Considero que debo recordarle que soy el abogado de…

—¡No me interesa, váyase por donde ha venido! —le gritó con fuerza, al tiempo que le cerraba la puerta en las narices.

El hombre, que ya conocía el carácter tan inflamable de Magnus, volvió a llamar. Tres minutos después, el señor Robinson abrió la puerta, pistola en mano. El abogado que lo buscaba se encontraba encañonado. Magnus martilleó el arma y levantó una ceja.

—Sé perfectamente quién es usted, lo que viene a repetirme y si tengo que escuchar una sola vez más su molesta voz, le prometo que será la última vez que hable. ¿Tentará a su suerte o se irá a toda prisa? —lo retó.

El abogado suspiró, se dio media vuelta y se dispuso a marcharse. Después de todo, había cumplido con el encargo que le habían dado unos días atrás y el díscolo caballero poseía su tarjeta porque no la había roto de inmediato, poco más podía hacer para persuadirlo. ¿Qué hombre en su sano juicio despreciaría la fortuna que le habían concedido?, se preguntó el hombre de leyes mientras desaparecía de la vista de aquel mentecato al que no comprendía.

Magnus vio al abogado marcharse sin demasiada prisa. Reconoció que era valiente. Hacía unos días que ese mismo hombre le había dicho que una tía abuela muy lejana suya falleció nombrándole a él como heredero único, por lo que era un hombre rico. Magnus Robinson no deseaba nada de su familia. Por mucho que ese dinero pudiera convertirlo en un pretendiente de lo más adecuado para Caliope no dejaría atrás sus principios. Su padre merecía que su mala sangre muriese con él. Eso, y que sabía a ciencia cierta que Caliope Archer jamás podría perdonarlo por todas las cosas que le había hecho.

Dios tenía un sentido del humor muy peculiar, porque cuando uno mismo lo daba todo por perdido era cuando amanecían las esperanzas.

No había aceptado el dinero y en pocas horas estaría en Londres custodiando a ese torbellino llamado Charlize y a la mujer que amaba. Así que además de humor, el Creador lo iba a poner a prueba. Sería una dura prueba y él era un estúpido por no huir de la situación en la que el conde de Ross y Luff lo acababa de colocar.

# Capítulo 5
# Una determinación adecuada

Caliope no estaba ni feliz ni contenta en esos momentos. Si bien su llegada a Londres había sido entre refunfuños y lamentos, a medida que los días pasaban y participaba en los entretenimientos que la ciudad ofrecía, Caliope había disfrutado muchísimo. Charlize fue de gran ayuda a la hora de ser grosera con los pretendientes más insistentes. Tenía que admitirlo, ella, que había sido una detractora de la temporada londinense, había terminado por aceptar que las actividades que se ofrecían eran todo un acierto.

Solo quedaba ahuyentar a un marqués que estaba de lo más loco y al que ni tan siquiera Charlize había logrado quitarle de encima. Lord Spencer no arrojaba la toalla y siempre estaba cerca de Caliope incomodándola con sus aseveraciones sobre que sería una marquesa espectacular. Y cuando Cali había tenido la idea de comenzar a ser una auténtica arpía —incluso mucho más que la propia Charlize en sus mejores momentos—, su tranquilidad y objetivo se vieron alterados por la llegada de Magnus Robinson.

Fue la propia Charlize la que le dijo en su momento que no quería que Robinson las custodiase, y de pronto, el hombre al que tenía que renunciar a la fuerza se presentó en casa de la vizcondesa Darrill aludiendo a que era una orden directa del conde de Ross y Luff. Le tendió una misiva a lady Darrill y ahí se especificaba que Magnus sería la escolta de Charlize y de ella, y que su palabra equivalía a la del propio esposo de Freyja.

Cuando escuchó la voz de Magnus, Caliope se había quedado rezagada en medio del pasillo, lista para escuchar a hurtadillas y sin ser vista lo que él, su hermana y la vizcondesa debatían. Magnus se presentó correcto y perfecto ante su anfitriona, luego departió con amistad con su hermana y no tuvo ni un pensamiento para ella, dado que lo escuchó hablar y hablar y en ningún momento se dignó a preguntar por ella. Ahí estaba, una vez más, la confirmación directa de que Magnus Robinson no solo no podría amarla nunca, sino que era totalmente indiferente a su presencia o recuerdo. Caliope no significaba nada para el señor Robinson, así que no dio a conocer su presencia después de espiar la conversación.

Había sido muy cuidadosa para no cruzarse con él los dos primeros días desde su llegada, pero esa noche Charlize se había empeñado en ir a una fiesta y Caliope decidió que estaba cansada de ser una cobarde. ¿Por qué tenía que esconderse de Magnus Robinson si para

él, ella no era nada más que una piedra en el camino?

Decidió que esa noche haría borrón y cuenta nueva. Magnus Robinson solo era un empleado del conde de Ross y Luff. Esa afirmación se la dijo en voz alta unas cien veces mirándose al espejo. Tal vez así acabase creyéndose que no era el hombre que provocaba que su corazón latiese frenético.

—Lo estás haciendo muy bien. Pensaba darte uno o dos consejos, pero me has dejado impresionada. —La voz de Charlize la sacó de sus pensamientos.

Las dos hermanas estaban en una fiesta grandiosa, cuya orquesta bien podría haber actuado en el teatro Drury Lane, con la más exquisita de las soprano, debido a su calidad musical y el elevado número de los músicos con los que contaba entre sus filas.

—¿A qué te refieres? —preguntó con el ceño fruncido Caliope. Las alabanzas de Charlize eran como los cometas, pasaban cada cien años o más.

—Primero tu vestido.

—Te recuerdo que me has escondido toda la ropa, incluidos los complementos, con tal de que me pusiese precisamente este vestido, este anillo, la pulsera y los pendientes. —Charlize se rio con ligereza al verla tan refunfuñona.

Había hecho precisamente eso. Esa hermana Archer deseaba que Caliope fuese a la fiesta ataviada con ese precioso vestido en tono azul pastel que llevaba y cuyo escote estaba muy a la moda, puesto que era del todo bajo. Le había dejado sobre el tocador los pendientes de zafiro oscuro a juego con la pulsera y el anillo. Para lograr que Caliope se vistiese como Charlize deseaba, había tenido que sobornar a dos doncellas para trasladar el resto de la ropa hasta uno de los armarios donde se guardaban las sábanas.

—Te conozco bien y si te hubiese sugerido un vestido en concreto, tú hubieses elegido otro solo para contrariarme.

—¿Te das cuenta de que el mundo no gira en torno a ti, Charlize?

—¿De qué te quejas? Lo he hecho para ahorrarnos una discusión que tú no podías haber ganado. Deberías darme las gracias, Magnus está como un perro baboso y no te quita la mirada de encima. ¿Cuánto tiempo apuestas que tardará en hacer algo al respecto?

Caliope resopló.

—Aunque no lo creas, hermana, me ha quedado más que claro, y en repetidas ocasiones, que Magnus Robinson no tiene ningún interés en mí.

Charlize hizo un aspaviento con la mano derecha para restar importancia a las palabras de Caliope.

—Como te he dicho, lo estás haciendo muy bien. Desde que llegó a la ciudad no lo has mirado ni una sola vez y le has hablado solo para llevar a cabo los saludos pertinentes que exige la educación. Ni yo misma lo habría hecho mejor. Tu indiferencia es un arma de lo más potente. Eres buena, Caliope.

—¿Dos cumplidos la misma noche? ¿Estás enferma, Charlize? ¿O finalmente te has envenenado con los bombones y no sabes lo que dices?

—¡Qué desagradable eres! Ni una felicitación me dejas darte. Te perdonaré porque entiendo que Magnus te tiene desesperada.

—Ahí está la Charlize de siempre —dijo por lo bajo.

—En fin, creo que estás haciendo justo lo que yo haría y no deberías cambiar tu plan.

—¿Plan? No se trata de ninguna treta. Solo he decidido seguir con mis asuntos. Él estará de lo más agradecido si lo dejo tranquilo.

—Pero creo que ese entramado que has ideado con mucho acierto —siguió Charlize con sus conjeturas sin hacerle caso a lo que decía Caliope—, debe ir un poco más lejos. Él está fuera de su terreno aquí en la ciudad, y estoy segura de que debería probar su propia amarga medicina.

—¿Qué? —Se había perdido en el razonamiento.

—Te vi salir corriendo y llorando de la casa de Magnus y cuando fui a ver el motivo por el que había sucedido eso, me topé con una dama espectacular. Los dos solos.

Caliope apretó los dientes. No era la primera vez que lo encontraba con una mujer sin otra compañía. Al menos esa vez no había estado sin la camisa puesta a punto de retozar.

—¿Es preciso que hablemos de Magnus, Charlize?

—Sí, porque me he asegurado de que esté esta noche el marqués de Spencer y ese tonto tiene que darse cuenta de que el riesgo de perderte es muy real. No vas a estar toda la vida suspirando por él, muerta de amor —soltó, como si acabase de decir algo poco trascendente.

Caliope se indignó.

—¡Yo no hago nada de eso! —La parte sobre suspirar llena de amor hizo que no

recordarse lo que había dicho sobre el marqués.

—Lo haces incluso cuando tratas de no prestarle atención. Si quieres que te dé mi opinión, él está tan seguro de que eres suya, que no moverá un dedo hasta que vea con sus propios ojos que eres capaz de elegir a otro.

—¡Charlize! —exclamó llena de exasperación. No sabía qué punto corregir primero de todas esas patrañas que había asegurado su hermana.

—Así que después de no hablarle, ni reconocer su presencia, tal y como estás haciendo, el siguiente paso que debes hacer es ponerlo celoso.

—¡No me importa que pueda estar celoso! —volvió a terciar con enfado. Aunque la perspectiva de ello la llenaba de regocijo. Eso no lo confesaría. Era un pecado si quiera pensarlo.

—Y para eso usaremos al marqués de Spencer —expuso con alegría la pequeña de las Archer—. Pero debo hacerte una observación importante que deberás cumplir, Caliope.

—¿En serio? —ironizó incrédula. No se podía creer que estuviese teniendo esa conversación con su hermana.

—Por más que estés enfadada con Magnus por su terquedad, necesito que no pierdas de vista el objetivo final.

—¿Hay un objetivo final? —Todo estaba resultando una tontería monumental. Charlize estaba más loca que el propio Spencer, pero… ¡No! ella no tenía que dejarse llevar por las ocurrencias de su hermana pequeña, pero…

—Por supuesto que sí. ¿Estás segura de que no eres tú la que se ha envenenado con bombones, Caliope? Porque no te percibo inteligente.

—¿Me estás llamando estúpida?

—Atiéndeme porque es importante que tengas claro lo que voy a decirte: no debes enamorarte, bajo ningún concepto, de lord Spencer.

—¿Ah, no? —Justo cuando creía que la conversación no podía ponerse más extraña, su hermana acababa de conseguir otro imposible.

—No, porque no permitiré nunca que te cases con Spencer. No dejes que te bese tampoco, sé por propia experiencia que los besos no conducen a nada bueno y que son una tentación todavía mayor que el dulce chocolate.

—¿Te estás escuchando, Charlize? —Tenía los ojos como platos.

—Lo importante es que tú comprendas mis indicaciones. Repasemos una vez lo que harás. En primer lugar, seguirás evitando a Magnus, ni miradas ni nada más que un saludo cortés. Hay que hacerlo reaccionar. En segunda instancia, ten presente que Spencer solo es una herramienta de la que te vas a aprovechar para seguir atormentando a Magnus. Nada de pensar en que sería un esposo adecuado para ti, porque no lo será.

—¿Perdona? —preguntó al borde del enfado real.

—Sé bien lo que es que un hombre solo te desee por tu fortuna y no dejaré que te engañe como hizo el barón Rendow conmigo.

—¿Quéééé? —¿En verdad su hermana acababa de sugerir que…?

—Ya me has oído.

—¿Crees que Spencer se interesa por mí solo por mi dote? —¡Qué tontería! Era un hombre elegante, se veía que tenía dinero para derrochar. Sus elegantes trajes, sus monóculos de oro o el cabriolet tirado por un precioso caballo con el que trató de sacarla a pasear una mañana, así lo manifestaban.

—Siento ser tan dura, Caliope, pero es así.

—Es imposible que…

—Aidan no está aquí para hacer las averiguaciones pertinentes y en verdad prefiero que no nos acompañase porque hubiese sido complicado escabullirme por las noches de casa de la vizcondesa, pues el esposo de Freyja me conoce demasiado bien.

—¿Quéééé? ¿Has estado escabulléndote en plena noche tú sola? —Caliope estaba comenzando a asustarse de verdad. Charlize era capaz de eso y mucho más. ¡Dios santo! La sociedad terminaría por exigir que su hermana pequeña fuese exorcizada o enviada a un convento en Irlanda.

—Tu pregunta no es pertinente, Caliope, haz el favor de centrarte —le demandó.

—¿Cómo que no? ¡La que debe centrarse eres tú!

—Estamos atendiendo a tu problema con Magnus.

—¡No hay ningún problema con Magnus!

—¡Exacto! —exclamó alegre Charlize.

—¡Eso es! Un momento —Caliope se quedó mirando a su hermana con interés—.

¿Acabas de darme la razón? —Eso era como un unicornio rosa, sencillamente no sucedía nunca.

—No hay ningún problema con él porque no lo has causado todavía.

—Charliiiiize —dijo en tono lastimero—. Estoy fatigada solo por estar manteniendo esta conversación contigo.

—A mi modo de ver, él te ha hecho daño. No solo con su indiferencia, sino llevando a una mujer, tal vez más, a la casa en la que nuestra familia le permite residir. Merece sufrir un poco. Ponlo celoso con Spencer. Muéstrale lo que puede ser de otro.

—Magnus ha dejado muy claro que no significo nada para él —repitió—. Lo que dices no tiene ningún sentido.

Charlize se encogió de hombros.

—¿Entonces qué puedes perder? En el mejor de los casos, si él reacciona dejará ver que es un miserable mentiroso y que tú le interesas muchísimo. En el peor… solo lo harás ponerse tan celoso que acabará por darse cuenta de lo que es estar en el lado contrario de la balanza por una vez.

—Las dos cosas a las que aludes son lo mismo —le recordó.

—¡Exacto! Y eso es lo que deberás lograr. Así que mira —señaló con la cabeza al lugar por el que acaba de entrar Valliant Back, marqués de Spencer—, ahí está tu oportunidad para saber a qué atenerte con Magnus. Si yo estuviese en tu lugar torturaría a mi presa, ese es Magnus, y al mismo tiempo le daría un escarmiento al marqués. Sé todo sonrisas con uno, para que el otro se dé cuenta de que tienes elección, y cuando el uno descubra que ha sido usado del mismo modo que pretendía hacer contigo… ¡zas! ¡sorpresa!

Caliope suspiró. Charlize era muchas cosas, pero a inteligente no la ganaba nadie. Tenía que reconocerlo por más que le costase hacerlo. Se fijó bien en Spencer y se dio cuenta de que su hermana pequeña podría estar en lo cierto sobre su interés en ella. Las conversaciones tan extrañas que había mantenido con él comenzaban a tener cierto sentido.

—¿Estás segura de que Spencer está arruinado y de que es por eso por lo que se ha fijado en mí?

—Sí. Antes te lo estaba explicando y me desvié del camino. Hice mis averiguaciones y está a un paso de que todo se sepa. Completamente arruinado, se mantiene en la cuerda floja y no durará mucho.

—¿Quién te informó? —preguntó para ver si tenía que darle veracidad al asunto.

—La noche que Sutherland me sorprendió con el señor Gilmore en el jardín, que me gritó y… En fin, logré explicarle al hotelero mis sospechas sobre Spencer y él se ocupó del resto. Está sin un solo penique. No es agradable que te deseen por tu belleza, Caliope, pero todavía es peor que lo hagan por la dote que llevas bajo el brazo.

Caliope se dio cuenta en ese mismo instante, de que Charlize había sufrido mucho más de lo que les había contado cuando sucedió todo lo del barón Rendow. Estaba segura de que su hermana pequeña no había esperado que el primer hombre en el que se fijaba la traicionase de ese modo. En especial porque Charlize no se solía equivocar a la hora de juzgar a las personas, Rendow debió haber sido un completo hipócrita y seguramente su hermana pequeña no se perdonaría jamás haber bajado la guardia con él. Un cazafortunas era como una serpiente: tentando y engañando sin tener escrúpulos.

—Debería haberle pedido hace tiempo a Ross que me privase de mi dote.

—¿No te hubiese molestado que lo hubiera hecho, Caliope?

—No, Charlize. Deberíamos hablar con Aidan y explicarle que nos hace un flaco favor al poner una cifra tal elevada sobre nuestras cabezas. Deseo un esposo que me quiera. Hemos vivido con unos padres amorosos que se amaban y quiero lo mismo. Freyja tiene suerte de tener a su conde perfecto.

—Me alegra que digas eso porque Aidan habló con sus abogados antes de que llegásemos y no tienes ni una sola libra que aportar a tu matrimonio.

—¿Qué? —No había esperado esa noticia.

—Usa a Spencer y cuando quieras desembarazarte de él, solo alude a que no tienes dote. Por eso es importante que no te enamores de él. —Charlize se dio la vuelta dispuesta a marcharse y dejar que su hermana tomase una decisión. Caliope le agarró la mano para detenerla.

—¿Te enamoraste de Rendow? —le preguntó con seriedad. Cali vio a Charlize tragar saliva. Los ojos de su hermana se pusieron brillantes de inmediato.

—Eso ya no importa —respondió. Y ahí tuvo la confirmación innegable de que Charlize tenía el corazón partido—. Lo que cuenta es que Magnus te ama y tú lo amas a él. No creo en el amor ya, Caliope, pero necesito que mis hermanas lo encuentren a pesar de que me haya rehuido a mí.

—Yo sí te quiero. Puedes contar con mi amor puro, Char —le dijo con sinceridad. La pequeña de las Archer le mostró una sonrisa de reconocimiento, llena de alegría por sus palabras.

—Os quiero muchísimo a todas, pero tú eres muy especial. No acortes mi nombre,

no me gusta —le recordó.

Caliope asintió.

—No estoy segura de que lo que sugieres vaya a funcionar, pero tengo fe en ti y no soy una cobarde. Haré un último intento, pero si falla, quiero que me jures que no volverás a inmiscuirte.

—Si falla, como tú dices, no habrá una próxima ocasión porque yo misma mataré a Magnus Robinson —apuntó con voz cantarina, para luego marcharse de allí.

***

Magnus Robinson no era ningún bastardo, pero se sentía como uno muy auténtico. No le gustaba lo que se había encontrado al llegar a Londres. Caliope había cambiado.

¡Dios santo! ¿En qué universo había decidido que podría vivir mientras ella sería de otro? No soportaba que no lo mirase, le hablaba lo estrictamente necesario y dolía. Dolía muchísimo. Pero lo que no podía soportar era que los mequetrefes la examinasen tan efusivamente. Podría matarlos uno a uno y no lamentaría acabar en la horca.

La primera fiesta social a la que acudía y ya tenía pensamientos homicidas… Había estado contento por el hecho de que los trajes que Freyja le hizo confeccionar la temporada pasada y a los que él tanto se opuso, al fin tenían su utilidad. No desentonaba en medio de tanta opulencia, podría pasar por uno de ellos con suma facilidad, sería capaz de encajar. Llevaba una chaqueta de terciopelo burdeos, con un pantalón de seda a juego, aunque sin tantos encajes como los que llevaban otros caballeros. La camisa de batista blanca tenía el cuello bien almidonado, tanto, que las puntas le hacías cosquillas en el cuello. Complementaba su atuendo un chaleco en color dorado con pequeñas florituras en el mismo tono de la chaqueta. Era fácil verse a la moda cuando se tenía dinero.

El recuerdo del abogado que lo visitó para decirle que tenía su propia fortuna al alcance de la mano lo atormentaba, casi más que verla deslumbrando y despertando el interés de todos los malditos varones del lugar. El conde de Ross y Luff le había dado permiso para actuar en su nombre. Lo que le dictaba la razón era que la sacase de allí a toda prisa y se la llevase a un lugar donde nadie los encontrase.

Se sentía posesivo y protector con ella. Siempre había sido así y por más que comprendiese que no tenía motivos para apartarla de ningún caballero que tuviese intenciones honorables, todo en él lo impulsaba a hacer justo lo contrario. De tal modo, que cuando divisó en la entrada a aquel maldito hijo de la Gran Bretaña que le había robado un beso y al que no logró noquear, hizo lo que tenía que hacer. En dos zancadas se colocó tras Caliope, y justo antes de que ella emprendiese el camino en busca del que Magnus sabía que era su mayor rival, le colocó la mano sobre el hombro para detenerla.

Sintió el momento justo en el que ella se asustó, el respingo que había dado por su acción se lo dejó bien claro. Los ojos dorados de su dama se posaron en los suyos.

—No bailes con él, Caliope —se encontró diciendo en un susurro muy claro.

El gesto de sorpresa femenino no tardó en llegar. Caliope estaba pasmada. Pero más por la afirmación, fue por el hecho de encontrar tanto tormento en la aseveración. El que tenía frente a ella, no era Magnus Robinson, el tonto que la había evitado desde que llegó a Londres, sino que se trataba de un súbdito que demandaba a su reina un favor. Se sintió poderosa. Se obligó a no caer rendida a sus pies y endureció su corazón para poder seguir con su papel. Charlize tenía razón, era momento de hacerlo despertar o apartarlo por completo. No le servían las medias tintas. Era una apuesta de todo o nada.

—¿Con quién?

—Sabes a quien me refiero. No lo hagas… por favor. —El tono de él era firme, pero su rostro y su mirada denotaban una tristeza infinita.

—¿Qué más te dará a ti lo que yo haga?

—Me harás daño —se sinceró. No se atrevió a decirle que no sabía si podría quedarse quieto en caso de ser testigo de una acción íntima entre aquel mequetrefe y ella. La pondría en un gran compromiso y no se merecía eso. Magnus no conseguiría controlarse, lo sabía. Era un pensamiento egoísta con el que comprendió que jamás tuvo que haberse prestado a ir a Londres. Lo suyo sería marcharse esa misma noche y dejarla a su aire. Si no podía tenerla, no era sano mantenerla lejos de todos los caballeros con los que podría tener una oportunidad.

Lo haría. Esa noche disfrutaría de su compañía, la acapararía para luego dejarla libre y no romperse en mil pedazos cuando eligiese al hombre con el que se casaría. Lo haría. Lo haría. Se prometió. Solo una noche. Solo esa noche. Solo un poco más de Caliope y pararía.

La vio cuadrar los hombros y fruncir los labios antes de replicar.

—¿Y no me lo hiciste tú cuando no tuviste la decencia de ser discreto con las atenciones que dispensabas a las demás damas, después de saber lo que sentía por ti? ¿No fuiste tú mismo el que me besó para condenarme a la desdicha de amarte solo a ti, para después buscar a otra? Te mereces la misma cortesía que me dispensaste, Magnus Robinson —le dijo manteniendo la compostura y una frialdad que no sentía.

Dado que ya estaban causando bastante expectación, Caliope decidió seguir su camino.

—No fue como crees. No pude… No hubo… nadie —murmuró al viento, dado que Caliope ya se había desembarazado de él y se dirigía hacia a aquel con el que Magnus se peleó

no hacía demasiado porque osó tocarla.

Caliope dejó atrás al único con el que podría ser feliz con todo el dolor de su corazón. Vio al marqués de Spencer mirarla con decisión mientras emprendía el camino hacia ella, pero alguien se colocó frente a él y se vio obligado a atender la interrupción.

Caliope se regañó a sí misma al comprender que no podía seguir con el plan de Charlize.

—Eres débil en lo que a Magnus se refiere y siempre lo serás. —Acto seguido cambió el rumbo de sus pasos y acabó saliendo en dirección al jardín. Un poco de soledad y aire puro le sentarían bien.

No era capaz de dispensarle a Robinson el mismo dolor que él le había causado años atrás. Además, todavía sentía a fuego vivo el roce de la pesada mano masculina sobre su hombro derecho. ¿Cuánto tiempo hacía que había deseado sentir una caricia por parte de él?

De lo que Caliope no se dio cuenta fue de que había varias personas mirándola con atención. Una de ellas fue Magnus, por lo que se dispuso a aprovechar la ocasión y corrió tras Caliope. La otra se relamía como si fuese una gata a punto a asaltar un cuenco de nata. Charlize estaba contenta.

Mientras, Magnus apuraba el paso, así que no le costó demasiado llegar hasta ella. Se colocó delante de Caliope sin decir una sola palabra. No hacía falta más que tenderle la mano para una invitación silenciosa y secreta.

Ella estaba apoyada sobre una pared que conectaba la terraza con el gran salón. Cuando lo vio delante de sí misma con la mano tendida quiso haber tenido la fuerza suficiente para alejarse y dejarlo atrás sin contemplaciones. No pudo hacerlo. Dócil y sumisa, llena de amor también, colocó su delicada mano enguatada sobre la de él y lo siguió sin emitir un solo sonido.

La pareja llegó hasta un lugar discreto que bien pudo ser en el pasado un testigo directo de la clandestinidad entre amantes. Se encontraron uno frente al otro. En silencio. Cara a cara. El anhelo y la tensión flotando en la noche oscura, donde los rayos de la luna alumbraban solo lo justo.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Magnus? ¿Por qué no somos capaces de ser amigos? —preguntó Caliope llena de consternación.

—Porque dos personas que se aman no pueden ser solo amigos, Caliope.

—¿Me amas? —inquirió sorprendida.

—Te amo y te deseo como ningún otro lo hará jamás. —Magnus le acarició la

mejilla con devoción.

Cerró los ojos, empapándose de cada palabra dicha, de su toque cariñoso. Su sueño al fin hecho realidad. Despegó los párpados y lo miró con atención.

—Pero me apartas a la menor ocasión. Solo me buscas cuando otro lo hace —lo acusó en un tono de voz tranquilo, sin gritar.

—No soy bueno para ti, y sin embargo no logro dejarte marchar aunque sé que debería hacerlo por tu bien. He hecho cuanto he podido, Caliope. Me he obligado a desterrarte de mi corazón y mi esfuerzo solo sirve para hacerte daño y que yo sufra todavía más. Voy a dejarte ir, te lo prometo, pero nos separaremos con la verdad en la mano, porque lo mereces y porque yo no podré seguir viviendo mientras creas que he sido inconstante.

—¿Inconstante? ¿Inconstante en cuanto a qué? —Esa palabra no tenía sentido para ella.

—Hice que me vieses con otra mujer años atrás. Lo preparé todo para que creyeses que tenía una amante. No era tan fuerte como para poder apartarte de mi lado, porque sabía que vendrías una y otra vez a mí, así que busqué a aquella viuda del pueblo y me las arreglé para que vieses que había ido a consolarme a sus brazos después de que tú me declarases tu amor.

—¿¡Cómo pudiste jugar así conmigo!? —No pudo controlar el volumen de su voz. Se llevó una mano a la boca para tratar de tapar el sollozo que escapó de su garganta.

—Porque no tengo nada que ofrecerte y tú eres la hija de un conde.

—¿Y qué significa eso? ¿Te he dado yo motivos para considerar que estabas por debajo de mi rango? Vivo y disfruto en Luffgarden, podrías ser un granjero y no me importaría. Somos iguales. ¡Estuve dispuesta a todo por ti! Nada más que el amor importa. Esa fue la enseñanza más importante que mi madre me inculcó. Tú cogiste mi amor, lo pisoteaste y luego… ¡Dios santo, Magnus! ¡Te acostaste con otra mujer mientras me amabas! —Al fin Caliope le había dado sentido al pasado.

—No, mi amor, no. No lo has entendido. No me he acostado con ninguna otra desde que llegué a Luffgarden, porque ninguna otra podías ser tú. Si no puedo tenerte no quiero nada. El celibato es mi condena —confesó.

Ella se quedó asombrada ante la revelación. Buscó la mirada de él. Se acercó a su rostro para buscar la mentira. Vio sinceridad y unos ojos tan llenos de esperanza que se echó a sus brazos.

—Si me amas y me deseas, ¿por qué…? ¿Por qué te resistes a mí? —inquirió perdiendo la inseguridad—. ¿Por qué nos niegas el futuro, la felicidad?

—No puedo, Caliope. Tengo tantas taras, un pasado tan oscuro, que no debo condenarte a estar conmigo. Dios sabe que lo he intentado por todos los medios y si todo lo que me queda es esta noche contigo, no quiero pensar ni en el pasado ni el futuro.

Ella sintió por fin los brazos de Magnus sobre su cuerpo. Era como si la hubiese aceptado y su corazón bailaba al fin libre.

—No lo hagas. Estoy aquí, estás aquí. Eres mío y yo soy tuya.

—No sabes lo que dices, Caliope —rumió, entre un gran sufrimiento. La esperanza no tenía cabida entre los dos.

—Las palabras se quedan cortas cuando lo que hay en juego son sentimientos tan puros e intensos. No quiero ni puedo pensar en no estar contigo, en no volver a sentirme rodeada por tu calor. Dime que no debo conformarme con vivir sin ti, dímelo, Magnus. Dime que lo nuestro es posible, que este amor no está condenado antes de nacer.

—No es tan fácil, amor mío. Estoy roto, tanto que te arrastraría a un pozo y no quiero que eso ocurra.

—No eres tú quien va a decidir, soy yo la que lo hará por los dos.

Caliope se separó de su abrazo lo justo para poder calcular la distancia que la separaba de su boca. Había escuchado que las mujeres eran capaces de tentar a un hombre hasta un punto de no retorno. Iba a tener a Magnus Robinson costase lo que costase, y no solo esa noche. Lo haría suyo y luego lo obligaría a permanecer a su lado. Después de las palabras que había dicho, Caliope se negaba a permitir que él volviese a escapar. Aunque él no lo supiera, Magnus Robinson se había condenado, porque ella iba a ponerle los grilletes sin ningún tipo de remordimiento.

Así que Caliope Archer hizo acopio de una audacia y un descaro que no sabía que tenía, cerró los ojos se abalanzó hacia su boca con desesperación al tiempo que su mano derecha buscaba *esa* parte de él. Bendita fuera Freyja por ser impropia cuando creía que nadie la veía. Haberla visto ser malvada con su esposo le había dado a Cali un par de ideas.

Estaba perdido. En cuanto la cálida lengua de Caliope le rozó los labios ya supo que no podría luchar… Y eso no fue nada en comparación al momento en que sintió esa pequeña mano sobre su virilidad. Un simple roce y explotaría. Estaba subyugado a ella. Nunca podría dejarla ir, jamás consentiría que ella tocase a otro de ese modo. Que Dios lo perdonase, pero ella sí acababa de tomar la decisión por los dos.

Sería su reina en la oscuridad.

Caliope lo escuchó gemir con intensidad y supo que había ganado la primera de las

batallas.

Magnus no tenía suficiente de Caliope, el beso se hizo más profundo y ardiente. Desesperado para ambos. La dama se aferró a los firmes hombros de su caballero y bebió de él hasta saciarse, dando y recibiendo el placer que fluía como si el mundo estuviese a punto de desmoronarse. Los dos estaban perdidos. Cuanto más se besaban, más pedía Magnus, más entregaba Caliope. Era duro y exigente en su posesión, sostenía el rostro de ella para lograr más profundidad. Era un beso que parecía no tener fin. Él no deseaba que terminase jamás. Estaba ardiendo, enardecido, incontrolable. La necesitaba con todas sus fuerzas, como si esa inquietante necesidad solo pudiese satisfacerla ella. Había esperado tanto, se había negado tantas veces la tentación, que la pasión lo desbordaba por completo. Solo Caliope Archer sería capaz de satisfacerlo. Cuanto más tenía, más demandaba.

La lengua de Magnus penetraba, retrocedía y luego se hundía una y otra vez. Cali, perdida en un mar de sensaciones agradables, comenzó a temblar y a sentir un calor líquido que fluía por su cuerpo, en especial se formaba una humedad desconocida entre sus muslos. La intensidad de lo que estaba ocurriendo la asustaba y excitaba al mismo tiempo.

Finalmente, Magnus separó a Cali aferrándola por los hombros y obligándola a soltar su hombría. Su respiración era tan entrecortada como sus pensamientos. Los de ambos, de hecho.

—Si no me frenas ahora, luego no podré detenerme —la avisó. La última brizna de caballerosidad que le quedaba logró aflorar.

—¿Por qué hacerlo, si es precisamente ser tuya lo que deseo? —inquirió con honestidad y humildad.

—Lo eres, maldita sea, Caliope, lo eres y no debería ser así.

La volvió a pegar contra sí y el beso se reinició. Cali entreabrió los labios y la lengua de Magnus invadió su cavidad, paladeando su dulce interior. Ella suspiró por las sensaciones eróticas que volvían a producirse y empezó a acariciarle lentamente los hombros masculinos. Le hubiese gustado sentir la piel de su amante bajo las palmas de las manos, la imaginaba firme, caliente. Ya habría tiempo para eso en otra ocasión, pensó la joven antes de volver a entregarse por completo acallando su moralidad.

Él la apresó contra su dura longitud para que lo sintiese.

—Esto es lo que me haces cada vez que te cruzas en mi camino y te miro. Me despiertas y me mandas al infierno a padecer la agonía de no poder poseerte porque no te merezco. Hoy te tendré, Caliope, esta noche te haré mía, porque soy un diablo y no me resistiré más —le dijo entre gemidos y susurros cerca de la oreja.

Después de confesarle sus pensamientos más oscuros, comenzó a musitarle palabras dulces. Comenzó a levantarle la falda para buscar su feminidad, era necesario comprobar que ella lo deseaba con el mismo fervor que lo hacía él. Tras sortear la obertura de sus enaguas rugió como un león que al fin iba a poder calmar su hambre. La encontró mojada y más que lista para él. Sin tiempo para meditar sobre lo mal que estaba actuando con la mujer a la que amaba y adoraba, comenzó a toquetear con picardía esa deliciosa humedad que se moría por saborear. Llegó hasta el nudo de nervios y lo palpó con el pulgar al tiempo que el dedo índice sorteaba su estrecha vaina. La percibió estremecerse llena de placer. Estaba cobijada por la bruma de la pasión, de la lujuria, así que insertó otro dedo en su interior para ensancharla. Dios sabía que no debía poseer a Caliope Archer sin una cama forrada de sábanas de seda, pero Lucifer le susurraba que no dejase para otro día lo que podía hacer esa misma noche.

La besó como si su vida dependiese de robarle el aliento. Le dio placer con sus dedos, imprimiendo un ritmo certero pensado para hacerla llegar al cielo. Necesitaba relajarla, que se olvidase lo que vendría a continuación.

—Dámelo amor, grita para mí —murmuró Magnus. Su voz sonó como una suave caricia, una caricia destinada a exigir que el creciente anhelo que se había formado en el seno de Caliope saliese sin contención.

—Síííí. Dios, Magnuuuuuus —exclamó sin restricción.

A él no le importó nada más que la satisfacción de ella. Así que no la censuró por no ser silenciosa, dudaba que alguien llegase a escucharla dado que estaban bastante alejados del corazón de la fiesta social.

No le permitió despertar de la ensoñación. Hizo lo posible para que su dama se quedase apoyada sobre su pecho y con una increíble rapidez se desató la presilla de los pantalones y se apartó los calzones. Su miembro sintió la frescura de la noche. A continuación le rasgó las enaguas y la obligó a sujetarse de sus hombros para poder alzarla y que las piernas femeninas le rodeasen las caderas. Se apoyó en su entrada, la sintió caliente, húmeda, lista.

—Habrá dolor solo hoy —susurró—. Ya no puedo esperar más. No volveré a privarme de ti mientras viva. —Su voz profunda sonó áspera, llena de dolor—. Recíbeme, amor —murmuró, para después cubrir la dulce boca de Caliope y darle un beso cálido destinado a tragarse su aullido. La conquistó de un solo envite certero, tan enérgicamente como su lengua invadía la boca de la joven.

Caliope se arqueó contra Magnus, sollozando de dolor y luego intentó separarse, en vano, porque su amante no le permitía moverse un solo centímetro. Empleaba su fuerza para mantenerla inmóvil sobre él.

—Lo sé, mi amor. Y moriría feliz si hubiese podido ahorrarte lo que ha pasado. Solo tienes que confiar en mí. Siénteme, Cali, deja que tu cuerpo se amolde a mí. Estamos hechos el

uno para el otro. Pronto pasará, te lo juro.

La ternura en su voz la tranquilizó de inmediato. El dolor agudo terminó, pero el punzante malestar estaba ahí. Ardía. Su interior ardía y esa vez no era de pura gloria.

Los besos de Magnus hicieron bien su papel, porque la adormecieron tanto que no se dio cuenta de que él había comenzado a moverse lenta y pacientemente, para entrar y salir del paraíso. Caliope Archer era la tierra prometida, él al fin había salido del desierto tras años vagando sin agua y comida para encontrar la paz y saciar el deseo que le había picado desde que la vio por primera vez.

Suya. Era suya y nadie podría interponerse en su camino.

La incomodidad de Cali pronto se tornó en placer puro. La joven le acarició el mentón, le recorrió la boca firme con un dedo de tal modo que Magnus atrapó su dedo en la boca y se lo chupó mientras la miraba a los ojos. Ella volvió a arquearse contra él y echó la cabeza hacia atrás. Su poderoso caballero la sostenía en sus brazos. Los sostenía a ambos. Cali cerró los ojos y se dejó llevar una vez más. Confiaba en él. Y siguió confiando incluso cuando Magnus perdió el control, dejando al fin que su pasión lo consumiese y lo llevase al abismo. Un placer primario, el mismo que sentía él, volvió a abrirse paso en su interior, cegándola por completo, más que la primera vez que él la había llevado al cielo. Se arqueó contra él con tal fuerza, tal intensidad nunca vista, que Magnus sintió los temblores hasta en el alma. Ella había vuelto a rozar el cielo y se mostraba insegura. Consideró la opción de calmarla, de detenerse y decirle que todo estaba bien, pero era imposible no correr tras los pasos de ella. Con un último embate se metió en el interior de Caliope con fuerza, hasta el fondo, olvidándose de que debía ser gentil.

—¡Diooooos! —gimió cuando su simiente se derramó en su cálido interior.

Hecho. Estaba hecho. Habían adelantado sus votos. Caliope Gaia Archer se acababa de convertir en su mujer. Para bien o para mal, no había otro camino para los dos.

A Magnus le llevó varios minutos calmar su desbocado corazón y apaciguar sus jadeos. No podía soltarla. No deseaba dejar de abrazarla. Se sentía pletórico, satisfecho, como si hubiese logrado todo lo que vino a hacer en esa vida tan miserable que había llevado hasta el momento. Todavía dentro de ella, se las arregló para separarse un poco y ver el rostro de su mujer. Caliope estaba adorable, con una expresión somnolienta y saciada.

La joven seguía agarrada a sus hombros y cuando fue consciente de lo que acababa de suceder… Estaba atónita pero segura. Sentía los labios inflamados por los besos, y todavía latía por el placer abrasador que había compartido con el hombre al que amaba. Una dulce molestia allí donde él seguía albergado, le recordaba que su virginidad había desaparecido.

Magnus sonrió al ver la tranquilidad de Caliope. La besó concienzudamente.

—Deberías bajarme, tienes que estar exhausto por sostenerme.

Magnus suspiró, lo que menos le apetecía era romper la conexión entre los dos. Podría quedarse unido a ella hasta el fin de sus días. Viviría y moriría manteniendo siempre una sonrisa que solo Caliope era capaz de provocarle.

La manejó con cuidado y salió de su interior, pero se negó a separarse aún de ella. La mantuvo entre sus brazos. Tenía la sensación de que cuando se separasen todo cambiaría y no deseaba que nada terminase. No, porque al fin había conocido el verdadero placer que se proporcionaba una pareja que se amaba.

La experiencia que Magnus acababa de vivir no podía compararse a nada que hubiese compartido con ninguna otra mujer. Más de seis años sin otra cosa más que su mano para proporcionarse la liberación. Estaba soñando y no deseaba despertar.

—¿Estás bien, mi amor?

Caliope le rozaba el cuello con la boca, y meneó la cabeza en respuesta a la pregunta. Afirmó.

—Perfectamente —respondió la joven. Su voz era un murmullo contra el cuello de Magnus. Sonrió llena de felicidad.

—¿Dónde nos deja esto, Caliope? —Ahí estaba la pregunta que él necesitaba que ella respondiese. Necesitaba la confirmación de que no se arrepentía de lo sucedido.

La sintió tensarse en su abrazo y lo hizo retroceder empleando una suave palmada sobre su pecho. Magnus la liberó con reticencia. La observó comenzar a recomponer su atuendo. Sabía que su ropa interior estaba completamente destrozada y que seguramente los restos de su virginidad y su simiente estarían descendiendo por sus muslos. La culpabilidad llegó ingobernable para causarle remordimientos severos. Un hombre no se imponía a su mujer del modo en el que él lo había hecho, en la oscuridad, sin la comodidad de una cama. Ella era virgen y él la había saqueado sin cuidado, como un corsario. Pero todo valdría la pena si ella lo aceptaba. Si le decía que todo iba a salir bien.

—Te he hecho una pregunta, Caliope. —Llamó la atención de la joven cuando los dos estuvieron en condiciones más o menos civilizadas, es decir, perfectamente vestidos, pero con la ropa un poco fuera de su lugar.

—Una que esperaba que ya hubieses resuelto por tus propios medios, dada la premura con la que hemos… con la que… —No encontraba las palabras. ¿De verdad no entendía que tenían que estar juntos? Había esperado, como la estúpida romántica que era, que él se pusiera sobre su rodilla izquierda y que…

Magnus lo supo. Ella estaba enfadada, disgustada por lo que él le había hecho. Era del todo comprensible. Si sintió un gusano sin alma.

—Lo siento —dijo con resignación y un tono de evidente lástima.

Ella lo miró con rabia. Él apartó la mirada de inmediato. Su corazón resquebrajándose nuevamente. Lo que no había esperado de él estaba produciéndose: culpa y arrepentimiento. Caliope no se podía creer que eso le estuviese sucediendo.

—No te atrevas a decir que esto ha sido un error —le ordenó.

—Pero lo ha sido… —El alma la tenía destrozada. La había tratado sin deferencia alguna, como un animal en celo, ansioso. Estaba totalmente avergonzado por su comportamiento. Caliope no merecía el modo en el que la había asaltado. No le extrañaría que ella lo abofetease por…

Magnus no pudo completar la frase en su pensamiento, porque Caliope Archer acababa de darle una fuerte bofetada. Tan potente que le hizo ladear el rostro por completo.

—Eres el peor de los hombres, Magnus Robinson, y jamás te perdonaré por haberme arruinado esto —le espetó con furia. La felicidad que había sentido en el acoplamiento, por saber que finalmente él había aceptado que tenían que estar juntos, se fue al garete. Magnus lo había vuelto a hacer: ¡lo había estropeado todo!

—Lo siento mucho —dijo él, sin saber qué más podría decirle. Entendía su reacción. Una dama como ella no tendría que haber soportado su arrebato.

Todo estaba perdido. Caliope se estiró la falda, se enderezó y procedió a rodearlo, estaba demasiado molesta y colérica para mantener una conversación civilizada. Lo dejó atrás. Emprendió el camino de regreso a la fiesta tragándose la decepción de ser un error para Magnus Robinson.

La felicidad que había sentido unos pocos minutos antes se había esfumado. Tal y como había previsto que podría ocurrir, él había reconocido que lo más maravilloso que le había sucedido jamás a Caliope había sido un error.

¿Había algo más humillante? Seguro que no.

—¡Dios mío! —susurró llena de mortificación Caliope, cuando, tras haber dejado atrás a Magnus Robinson y doblar la primera esquina del tupido seto, se topó con Charlize y con el duque de Sutherland.

Ah, pues sí. Sí que había una situación que podía ser más humillante que la anterior. Caliope Archer acababa de ser sorprendida por su hermana pequeña y el mejor amigo de Aidan

después de haberse comportado como una mujerzuela.

¡Qué desastre!

# Capítulo 6
# Una decisión determinante

La endemoniada Charlize Archer le había mandado una nota a su casa para exigirle que acudiese a una fiesta social. A él. Al duque de Sutherland. A un duque que se había prometido poner tierra de por medio entre las hermanas Archer. La hija de Lucifer le exigía que acudiese, no se lo imploraba o se lo solicitaba cortésmente. No. Se había atrevido a amenazarlo, aludiendo a que sufriría su ira si no hacía lo que le ordenaba, y solo por eso él tenía que darle una lección. ¿Dónde se había visto que una muchachita quisiera imponerle la voluntad a un gran duque? ¡Intolerable!

Pese a que había quemado la carta de inmediato y se dijo a sí mismo que así sería como si nunca hubiese leído esas infames líneas, lo cierto era que estaban grabadas en su mente. En un primer momento decidió que no acudiría a esa estúpida fiesta. Eso no le impidió vestirse con suma elegancia, pedir el carruaje e ir hacia donde se había jurado que no iría. Entró en aquella molesta fiesta y se dispuso a buscar a la todavía más irritante jovencita que precisaba de un buen correctivo que él le daría, dado que su mejor amigo, el conde de Ross y Luff, no estaba a la altura de las necesidades de lady Charlize Archer.

Se le ocurrían varias maneras de darle su merecido. Todas ellas inapropiadas, dado que incluían a la joven colocada sobre sus rodillas, con la falda levantada y las posaderas al aire, mientras él dejaba su blanca piel roja con varias nalgadas.

Tenía un problema serio con Charlize Archer, porque no la soportaba y tenía la facilidad de excitarlo de un modo que no debía tolerar. Un hombre como él, curtido y lleno de sabiduría, no estaba para tener pensamientos impuros con una mocosa insolente.

No tuvo que ir a buscarla porque después de inspeccionar el salón para localizarla, la joven se presentó a su lado con la sutilidad de una gata curiosa. Ladeó el rostro y la vio sonriente. Con ese rostro afilado que reflejaba una inocencia traicionera.

—Mi querido y viejo amigo… ¡Sutherland! —dijo alegremente la muchacha, como si ella fuese uno de sus amigos del club de Caballeros de White’s.

Él gruñó. Lo hacía sentirse viejo aposta. ¡Pero si no tenía todavía ni treinta años!

—¡Oh, la endemoniada hermana Archer! —la imitó en su saludo. No tenía caso explicarle que así no era como una joven saludaba a un par del reino. Demasiadas veces lo había intentado ya sin éxito alguno—. Dime, jovencita, ¿planeas escabullirte esta noche para cometer una temeridad en medio de un jardín oscuro? ¿Es porque confías en que te detenga y te salve de ti misma? ¿Uhm? ¿Está por aquí el incauto señor Gilmore?

Ella amplió su sonrisa.

—¿Estás celoso de que no te haya elegido a ti? Si fueses tan amable como el señor Gilmore, bien podría… —Se silenció para darle una mirada de arriba abajo—. No, creo que no. Eres demasiado viejo y aburrido.

Apretó los dientes. ¡La muy descarada no se había ni inmutado al hablarle de ese modo! Lo malo era que se había acostumbrado a que prescindiese de la formalidad cuando se dirigía a él. A un hombre al que le debían reverencias y suma atención. Ella ni había tratado de hacerle la reverencia que su posición social exigía. ¡Podría matarla! En cambio optó por ser más sutil. Se acercó a ella como un depredador para colocarse junto a su oreja. Sutherland no tuvo en consideración que estaban frente a un elevado número de personas de la clase alta. Solo tenía ganas de… ¡de darle una lección y que ella se echase a temblar cada vez que lo viese! Sí, eso era. Ella ni tan siquiera le gustaba, solo deseaba ponerla en su lugar.

—Un día de estos me provocarás de tal forma, que acabarás arrepintiéndote de las consecuencias. Estás acostumbrada a tratar con mequetrefes inexpertos, no deberías enfadar a un hombre al que no podrás controlar. —Ahí estaba. Ya le había lanzado su amenaza. Se separó para recoger su triunfo. Ella se pondría a llorar, tal vez saliese corriendo debido a la agitación. Eso serviría para que no volviese a ser tan imprudente cuando se dirigiese a él.

La observó ladear el rostro y fruncir el ceño. Bien, la había sorprendido. Era cuestión de segundos que ella hiciera una escena… Tres, dos… uno…

—¿Sabes, Sutherland? Tal vez haya esperanza para ti después de todo. Ahora sé un buen chico, te he pedido que vinieses porque tienes un trabajo importante que hacer… pero antes bailaremos. Estar junto a un duque, aunque ese seas tú, siempre da buena imagen.

Se quedó lívido. Tanto lo había sorprendido que no encontró defensa alguna al ataque de esa arpía endemoniada. La incredulidad de la respuesta de ella, lo había dejado tan fuera de combate que Charlize aprovechó el momento para colocar su mano sobre el antebrazo de él y obligarlo a guiarla hasta la pista de baile.

Un vals, tenía que sonar un vals. Bien. Ella no había ganado la guerra, pudiera ser que sí una batalla, pero él iba a darle una lección costase lo que costase. Sutherland se recompuso.

Se colocaron en sus respectivos lugares. La primera nota de la orquesta sonó y el

duque no se lo pensó dos veces, la acercó a su cuerpo y la pegó contra su torso como si fuese un hombre de las cavernas.

—¡Sutherland! —exclamó ella. En verdad la acababa de sorprender.

—Te había dado un aviso muy serio del que te has mofado. Desde que nos conocimos olvidas a cada rato que soy un duque, uno que puede saltarse las normas y al que toda la buena sociedad perdonará en un pestañeo. Veremos qué sucede contigo después de lo que ocurrió con Rendow.

Ella agitó los hombros. Charlize había entendido que el duque podría ponerla en un aprieto y que no movería un dedo por ella.

—¿Crees que me importa el asunto del matrimonio? Mi reputación puede quedar arruinada pero Aidan jamás me dejará caer. Solo tengo que pedirle que me rescate y lo hará sin pensarlo un instante.

—¿Tan segura estás de la influencia de Ross en sociedad, o de que venga corriendo a tu rescate?

—Por supuesto. Yo le gusto.

—A diferencia de a mí —observó él con severidad, mientras le soplaba en la oreja derecha.

La vio buscar su mirada. Al fin la estaba contrariando con sus acciones. El duque aprovechó para pasarle el pulgar por un lugar de su espalda que no tenía tela para recubrirlo y le hizo una caricia secreta sobre la piel. La vio abrir la boca por completo. Se sintió pletórico cuando Charlize perdió uno de los pasos de baile. Aprovechó para enderezarla, sujetándola firmemente por la cintura y luego la hizo rodar varias veces seguidas por la pista de baile. Tras la pirueta, la volvió a envolver en sus brazos. Charlize estaba conmocionada. No había creído que Sutherland pudiese tener un poco de picardía en su ducal y correcto cuerpo, que por otro lado era bastante espectacular. Con esos amplios hombros y una espalda muy bien hecha. ¡Era Sutherland por amor de Dios!, se tuvo que recordar a sí misma. Agitó un poco la cabeza para despejar las ideas, y se dispuso a seguir con el plan de la noche. Aunque cuando el duque volvió a hacerle una caricia secreta en la espalda, para después dirigir su mirada hasta el nacimiento de sus pechos…

—Aidan me protegería de todo, incluso de ti, Sutherland, así que piensa detenidamente lo que te propones, porque sé bien que yo te disgusto mucho y tus ansias por enfadarme podrían acabar por ponerte en una situación difícil. No te gustaría estar casado conmigo, te lo garantizo.

—¿Acaso estás insinuando que mi mejor amigo me obligaría a casarme contigo?

—Eso mismo.

Sutherland soltó una larga carcajada. Eso hizo que las demás parejas se concentrasen en ellos. A él no le importó llamar la atención.

—Creo que no entiendes la posición social, es decir la escala jerárquica, Charlize. Soy un duque —repitió—, Ross está muy por debajo de mí pese a que dispone de dos títulos nobiliarios, y por descontado tú eres una mísera mota de polvo en el camino. Si no quieres terminar mal, no te conviene volver a jugar conmigo. No más notas exigentes, no más insultos velados o directos, no más…

Ella sonrió de lado. Lo veía muy seguro de sí mismo, lo que Sutherland no entendía era que Aidan estaba en deuda perpetua con ella porque logró suavizar las cosas con Freyja cuando tuvieron serios problemas. Eso era como un pagaré en blanco que podía usar cuando, como y donde quisiera. No le quitaría la ilusión a Sutherland de creer que Aidan no lo obligaría a hacer lo correcto en caso de que a ella le sedujese la idea de ser duquesa.

—Sí, sí me queda perfectamente claro —lo cortó—. Te aseguro que después de esta noche nuestros caminos no volverán a cruzarse. ¿Te satisface mi promesa?

—Me satisfará, como tú dices, cuando la vea cumplida. ¿Qué diablos hago aquí, Charlize? —Soltó un exabrupto porque estaba seguro de que ella no se escandalizaría, tal y como sucedió.

Ella le sonrió y se acercó a él para susurrarle en la oreja:

—Estás aquí porque vas a salir conmigo al oscuro jardín esta noche. —Entonces el duque perdió el paso, lo que provocó que casi provocasen un gran estropicio en la pista de baile.

Una vez más, Charlize aprovechó la contrariedad de su compañero de baile y se escabulló por las puertas francesas que daban a la terraza. Esa hermana Archer había visto a su hermana hacía un tiempo tomar ese mismo camino, por descontado también observó que Magnus Robinson le salió a la caza. Todo preparado y dispuesto para que Caliope Archer afrontase su destino. ¡Y mucho antes de lo que Charlize imaginó que sucedería!

Lo que no le había gustado a Charlize, era haber visto al marqués de Spencer buscar con desespero a su hermana. Con un poco de suerte, no tardaría demasiado en dar con Caliope y Magnus; y con mayor fortuna, lo haría justo en el momento preciso. El severo duque de Sutherland se encargaría de hacer el resto.

¡Su primera salida social acompañada por el señor Robinson, y Caliope se quedaría comprometida en un chasquido de dedos! Lo mejor: que no haría falta que su hermana usase a Spencer para celar a Magnus. Tal vez debería convertirse en casamentera. Si después de casar a Caliope, el plan que se lo ocurriese para su hermana Cleopatra saliese tan bien, ella podría

tomarse muy en serio la idea de desempeñar un oficio tan estimulante. ¡Uniría parejas basadas en el amor! ¡Qué gran placer encontraría en hacer algo tan precioso! Charlize la casamentera… bonito sobrenombre.

Mientras Sutherland caminaba con Charlize a su lado, se debatía consigo mismo sobre la idoneidad de hacerla entrar en razón. Primero había llevado a un lugar oscuro a Gilmore… ¿con qué fin? Cierto que cuando llegó y armó un escándalo, ellos estaban a una distancia prudencial y se encontraban hablando de algún asunto. La ropa de ambos estaba perfectamente, y el peinado y vestido de la dama en igualdad de condiciones. Parecía que no había sucedido nada incorrecto entre ambos… a parte del hecho de estar solos en un lugar indebido.

Demasiado interesado en saber qué se proponía la endemoniada muchacha, el duque decidió seguirle el juego. Después de todo, ¿qué podía pasar? Tal vez le robase un par de besos para que ella comprendiese el peligro de tentar a un hombre. Seguramente, ni aquel botarate de Rendow la había espantado tanto como para que ella cambiase sus malos hábitos.

Cuando ella llegase a su destino, él le daría un par de besos muy serios y ya. La dejaría intacta, por supuesto, solo la asustaría porque parecía ser el único modo de hacerla entrar en razón. Y deberían darle un premio o una medalla, porque ella no le gustaba en absoluto y lo que iba a hacer sería muy desagradable para él. ¡El sacrificio que tenía que hacer un hombre para meter en vereda a una muchacha descarada e insensata! Mejor que se ocupase él de la *educación* de Charlize que otro indeseable que podría arrebatarle la virtud en un pestañeo. Solo le daría un susto, lo suficientemente grande como para que ella se comportase en sociedad conforme su posición exigía.

Charlize se detuvo y el duque se paró a su lado. Había una bifurcación en el sendero y era necesario pensar qué dirección habría tomado Caliope. Tuvo que haber investigado el jardín cuando todavía había un poco de luz diurna.

Sutherland se sonrió. Así que ella estaba buscando un lugar todavía más apartado para llevar a cabo sus… indiscreciones. La entendía. La pobre Charlize deseaba saber cómo sería ser besada por un duque, por un verdadero hombre como él. Mejor terminar con toda la pantomima de inmediato.

El duque la sostuvo por la cintura, le dio la vuelta y la colocó frente a él. Acto seguido se vio acercándose hasta la boca de ella mientras Charlize lo miraba con pánico. ¡Al fin se daba cuenta de lo que había conseguido al molestarlo tan insistentemente!

El duque cerró los ojos para no pensar en que era lady Charlize Archer la que iba a recibir un beso suyo. Cuando Sutherland llegó hasta su objetivo se topó con… ¡Un momento! Eso no era la boca de ella. Abrió los ojos y se separó de la joven. La vio con el rostro ladeado y sentía las manos femeninas aprisionándole el pecho. Si no fuese porque era un hombre muy experimentado diría que la pícara pretendía huir de su acción, de su beso, de su contacto. ¡No,

imposible! Ella estaba jugando a ser una damisela difícil. Ese pensamiento no debería haber hecho que su virilidad se revolucionase, pero vaya si su eje se puso duro al instante al imaginarla dándole un poco de resistencia… ¡Qué extraño pensamiento! Él, que era correcto y atento siempre sentía deseos de ser muy malvado con ella. Cuando terminase la noche buscaría a su amante, una preciosa cantante de ópera, para que…

—¿Te has vuelto loco? —preguntó con enfado la joven.

—No te conviene jugar esa baza, Charlize, porque he venido aquí solo para hacerte comprender lo peligrosos que son los besos cuando el caballero no es honrado, podrías volverme loco y hacer que me olvidase de la decencia por completo. —Ah, no debería admitir que la idea de hacerla suya lo volvía loco de deseo. ¡Si ella no le gustaba en absoluto! No entendía lo que le demandaba su propio cuerpo.

Ella volvió a girar su rostro para observarlo. Frunció el ceño. De pronto se dio cuenta de que él no había desistido y que pretendía regresar a la carga. Se acercaba a ella con los ojos cerrados y los labios bien juntos dispuesto a besarla… ¡Santo Dios! Si él la aborrecía…. ¿Por qué pretendía besarla? ¿¡Y por qué ella sentía la necesidad de saber si los besos de Sutherland eran tan incendiarios como los de Rendow!? Seguro que no. El duque era demasiado mayor y aburrido como para hacer que una mujer se dejase llevar por la locura.

Tal y como sucedió la primera vez, Sutherland chochó con la mejilla de Charlize, pues ella se había apresurado a ladear el rostro. Volvió a abrir los ojos.

—¡Estamos aquí por mi hermana Caliope! —exclamó, rogando que él la soltase de su abrazo.

—¿Qué? —Él no daba sentido a la frase de Charlize.

—La he visto salir al jardín y Magnus Robinson la seguía de cerca.

—¿El mozo de cuadra de Luffgarden?

—Él está enamorado de ella.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto?

Cabe señalar que ella estaba encerrada en su abrazo, con el rostro ladeado y las manos sobre el torso de Sutherland para frenar su avance, mientras que el duque seguía en una posición en la que se veía claramente que pretendía besarla, pese a que se había detenido a causa de la conversación que mantenían.

—Aidan envió a Magnus para vigilarme. Llegó hace un par de días. —Evitó decirle que todo formaba parte de un arreglo que ella había urdido y que contaba con el visto bueno del

esposo de Freyja—. Yo sabía que en cuanto él viese a mi hermana, no podría resistirse a ella y estoy convencida de que ha comprometido su honor o pretende hacerlo mientras estamos aquí. —Esta última parte podría ser o no cierta. Esperaba que sí—. De modo que por eso te urgí a venir esta noche y ser el guardián de nuestro guardián.

El duque al fin entendió lo que quería decir. Gruñó.

—¡Maldito Ross! —gritó—. Le dije que no deseaba formar parte de esto. ¡Él debería estar aquí! Es vuestro tutor y sois su responsabilidad, no la mía.

—Freyja está embarazada, necesita paz y no la actividad social, Aidan no puede dejarla sola, por eso te pedí que vinieses a ayudarme a proteger a Caliope —le aclaró.

Fue una suerte que a Aidan se le escapase ese dato mientras disputaban una partida de ajedrez antes de salir en dirección a Londres. El conde dijo que su hermana no le había dicho nada todavía y que por eso debía guardar el secreto. Charlize amaba a sus hermanas, pero con lord Ross y Luff tenía una especie de código de lealtad secreto que él también correspondía. Así que no le dijo a Freyja que sabía que estaba esperando un hijo, ni lo compartió con el resto de las Archer. ¿Cómo podía saber un hombre, antes que su esposa, que la dama estaba embarazada? Uno que estaba muy pendiente de ella. No había otra explicación.

Sutherland volvió a gruñir.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué me bata en duelo con un mozo de cuadras? —refunfuñó.

—Lo primero sería que me dejases libre. —La pareja seguía en la misma posición que minutos antes, con él sujetándola mientras ella estaba un poco apartada del duque, pero él seguía invadiendo su espacio vital.

Sutherland la soltó con enfado.

—Bien, arreglemos esta tontería.

—No sé por dónde tenemos que ir —apuntó Charlize.

—Por la izquierda —apuntó el duque—, es el camino que da mayor intimidad.

Charlize lo miró asombrada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo creas o no, soy un duque que despierta muchas pasiones. —«Aunque no la tuya», se abstuvo de decir—. Y conozco bien este lugar.

—¡Vaya, viejo zorro! —exclamó con admiración Charlize—. En verdad eres una caja de sorpresas…

—Vamos. —La agarró por la mano y comenzó a ir en la dirección propuesta.

Unos pocos minutos después, el duque y Charlize se dieron de frente con Caliope.

—¡Dios mío! —Escuchó Charlize murmurar a su hermana.

Acto seguido llegó Magnus Robinson. Sobra decir que el aspecto de Cali era el de una mujer completamente arruinada. Y el de Magnus el del *arruinador*.

—¿Sutherland? —le preguntó Charlize al duque, dándole a entender que su suposición inicial había estado acertada y que de verdad ella lo había necesitado. No hacía falta decirle que todo estaba orquestado… Bueno no todo, porque la decisión de Caliope y de Magnus para hacer… maldades, no había dependido de Charlize.

—Lo veo, sí. Me temo que tenemos un problema muy serio aquí —sentenció el duque con enfado.

—¡No es lo que parece! —se aventuró a decir Caliope, viéndose acorralada.

Cuando Magnus Robinson fue consciente del público que tenían, se colocó de inmediato delante de Caliope y la protegió de la única forma que le ocurrió: tapándola con su cuerpo.

—Caliope —tomó la palabra Charlize—, me enseñaron, tú incluida, que no está bien mentir —le dijo sin poder verle la cara bien a su hermana.

—Solo estábamos hablando —dijo la interpelada mientras se ponía de puntillas para tratar de observar a su hermana y al duque—. Igual que tú lo hiciste con Gilmore noches atrás. —A Cali le pareció oportuno contraatacar.

—Yo en verdad solo hablé con el señor Gilmore, hermana, pero tú has hecho mucho más. Sutherland, puedes intervenir cuando quieras… —le sugirió Charlize, esperando a que el duque hiciese el papel para el que había sido llamado.

—Me temo, lady Caliope —comenzó a decir Sutherland con cortesía, dado que le pareció que era lo mejor dadas las circunstancias—, que su hermana tiene razón. Cuando la sorprendí con un caballero, pese a que estaban solos, no encontré ninguna otra falta más que la de la temeridad de salir sin carabina a un jardín oscuro, y por eso decidí olvidar el asunto y le di un aviso a su hermana. Me temo que lo que tengo ante mis ojos no es…

—Basta de tonterías —intervino Magnus—. No consentiré que nadie avergüence a

mi prometida. Lo que ha sucedido no es más que una declaración formal. He pedido la mano de lady Caliope y ella me la ha concedido. La ilusión nos ha hecho excedernos un poco en la celebración, eso es todo.

—¡Qué buena noticia! —exclamó llena de sonrisas Charlize—. Después de todo, no hará falta que el duque te rete a duelo —le dijo directamente a Magnus. En verdad no había esperado que el tozudo se replegase tan rápido. Era una novedad bienvenida.

—¡No! —se negó Caliope, dejando a toda la comitiva en estado de estupefacción—. No habrá ninguna boda.

No alegó nada más. Esa hermana Archer se recogió la falda y comenzó a correr como si la vida le fuese en ello.

—¿Qué le has hecho a mi hermana, bruto? —lo acusó Charlize.

—Tal vez sea lo mejor —intervino Sutherland—. Caliope es la hija de un conde y se espera que se case con un caballero de posición y fortuna. No sé si Ross aprobaría que…

—Lo aprobará —lo frenó Charlize.

—Eso es un asunto entre mi prometida y yo. Si me disculpan… —Magnus se apresuró a ir tras los pasos de Caliope. Lo que menos le apetecía era ofrecer explicaciones.

El duque y Charlize se quedaron solos. Se miraron el uno al otro.

—¿Por qué tengo la sensación de que has preparado todo esto? Pese a que parece algo imposible, creo que has urdido un plan en el que me has metido sin yo desearlo ni saberlo.

—No te molestes tanto, un duque es siempre de utilidad, aunque ese duque seas tú. —La última parte la murmuró por lo bajo mientras se marchaba de allí.

Sutherland la escuchó y gruñó. Se colocó a su lado.

—Me habrías sacrificado como a un peón. Lo sé. Incluso habrías insistido en que lo retase a duelo si el que se hubiese negado a casarse hubiera sido él y no tu hermana. Hazme un favor, Charlize. Olvida que nos conocemos y sigue tu camino.

La aludida no le hizo caso, tenía cosas más importantes en las que pensar, dado que Charlize no había contado con que fuese Caliope la que se negase a casarse con Magnus cuando la sorprendiese, tal y como acababa observar el duque.

# Capítulo 7
# Una alternativa desesperada

De regreso a casa, en el carruaje, nadie habló. Lady Darrill, bendita fuera, se había retirado antes de la fiesta por lo que no se enteró de nada. Puesto que Magnus Robinson era un acompañante que contaba con la aprobación del conde de Ross y Luff, era apropiado que custodiase a las hermanas sin ninguna otra vigilancia.

Por su parte, Sutherland, que sabía que tendría que informar a su amigo sobre la situación, no tuvo bastantes piernas para alejarse de la calamidad que suponían las hermanas Archer.

Cuando el vehículo se detuvo frente a la puerta principal de la casa de la vizcondesa, Magnus bajó y las ayudó a las dos a descender, pese a que la situación era tensa y muy incómoda para todos, el grupo se comportó con normalidad.

—Tengo que ir a un sitio —las avisó Robinson—. Entrad en casa.

—¿Tan tarde? —preguntó Charlize, puesto que Caliope no tenía fuerzas ni para mirarlo a los ojos.

—Id —las urgió, para después darle instrucciones al cochero, subir y marcharse.

Caliope empezó a caminar hacia el lugar donde Magnus le había indicado, pero su hermana la frenó cogiéndole la mano.

—¿No tienes curiosidad por ver a dónde va? —la tentó Charlize.

—He tenido una noche horrible, lo que necesito es meterme la cama y olvidarlo todo.

—Entonces ve y descansa, mañana verás la situación con otro prisma. Yo averiguaré lo que trama.

Caliope vio a su hermana comenzar a caminar por la oscura calle de Mayfair y se sintió horrorizada. ¡Charlize tenía la intención de hacer precisamente lo que acababa de sentenciar!

—¿Dónde crees que vas? —La hermana pequeña se ladeó para observar a Cali.

—Te lo he dicho, voy a ver qué trama Magnus.

—¿Caminarás tú sola por Londres? ¡Ni tan siquiera sabes a dónde se dirigía!

—Le he escuchado darle las señas al cochero y tengo un carruaje esperándome en la esquina.

—¿Un carruaje… esperándote? —repitió la pregunta sin comprender lo que le estaba explicando Charlize.

—Tenía otros planes, pero los variaré porque no me fío de Magnus Robinson.

—¿Qué planes? —¡Condenación! Se dio cuenta de que su hermana sí se escabullía por las noches de casa de la vizcondesa… ¡Qué horror!

—No puedo retrasarme más o le perderé la pista a Magnus, ¿vienes conmigo o no, Caliope?

Su hermana mayor cogió aire. No iba a dejarla deambular sola por la noche y conocía muy bien a Charlize para saber que haría lo que estimase oportuno con o sin su aprobación.

—Vamos… —Cali no reconocería que sentía curiosidad por lo que el señor Robinson se proponía.

Las Archer subieron al vehículo. Cali se quedó asombrada cuando el cochero recibió a su hermana con toda la naturalidad del mundo. Era un hombre de aspecto amenazante, con el rostro lleno de cicatrices, parecía un bandolero o algo peor, pero Char parecía confiar en él.

Mientras las llevaba hasta su destino, Caliope no pudo evitar hacer la pregunta que le rondaba la mente.

—Cuando dijiste que te escabullías por las noches… no estabas mintiendo, ¿verdad?

—No es nada sórdido, bueno un poco sí, pero lo que tienes que saber es que Johanson, así se llama el cochero —puntualizó al ver la pregunta en el rostro de su hermana—, me es de mucha utilidad, un protector innato. Así que no tienes que temer por mí, Caliope.

Caliope se tragó el sermón que deseaba ofrecerle. Se lo hubiese dado si hubiera creído que de algo habría servido. Mejor averiguar lo que hacía Charlize para tratar de hacerla entrar en razón.

—¿A dónde vas cuando te escapas?

—A ver el mundo, hermana. Hay muchas cosas que se nos niegan a las mujeres solo porque nos consideran débiles.

—Estás siendo…

—No quiero un discurso como el que me daría Freyja. —Charlize interrumpió lo que supuso que sería una larga reprimenda—. Tengo muy claro que no me casaré, y no pienso marchitarme en el campo cuando he descubierto que hay tantas actividades interesante que hacer cuando no se es una dama.

—Pero es que eres una dama, Charlize —hubo de recordarle.

—Una que quiere ser dueña de su destino. Ahora dejemos mis asuntos al margen de nuestra conversación. ¿Por qué has dicho que no quieres casarte con Magnus? Es evidente que llevas años enamorada de él y que está noche… Digamos que has sido más malvada que yo, Caliope. Lo cual no estoy sugiriendo que sea algo malo, porque me ha gustado mucho saber que eres impulsiva y que no tienes miedo de no seguir las convenciones sociales.

—Lo que sabes que he hecho no ha sido solo saltarme las convenciones sociales, Charlize. Lo que ha sucedido es… —Ella se pasó la mano por la frente—. No sé ni cómo definirlo, lo único que recordaré es la cara de seriedad de Magnus cuando… después de… ¡Cielos! Estos es muy incómodo.

—Esto lo es un poco menos de lo que fue la conversación que mantuve con Freyja después de saber que Aidan y ella… —En su mente estaba recordando el pasado, cuando tuvo que echarle una mano a la actual condesa de Ross y Luff.

—¿Qué?

—No me hagas caso. Explícame tu negativa a casarte con Magnus.

—Él no me quiere, Caliope. No me quiere y lo he forzado a que…

—¿Forzado? ¿Te refieres a que le impusiste tus atenciones y no le diste mayor opción?

—Estás siendo tonta, Charlize.

—He aprendido que cuando dos personas intiman, es porque los dos lo desean, a no ser, por supuesto, que haya una coacción por parte de uno a otro. Y también sé que cuando se da un paso tan grande y una se entrega a la otra persona sin medir las consecuencias es porque hay fuertes sentimientos implicados, Caliope. De otro modo no nos dejaríamos llevar llenas de una fe ciega e intensa, que hace que se nuble la mente y nuestro cuerpo solo desee.

—¿Te lo explicó de ese modo Freyja? —A Cali le gustó mucho cómo lo había descrito su hermana. Casi parecía que había formulado esa hipótesis por su propia experiencia, lo cual era imposible, por supuesto. Tal vez Charlize fuese más intuitiva de lo que las otras hermanas suponían.

—Lo que importa es que si dejas que tu orgullo te ciegue, lo lamentarás toda la vida, Caliope. Magnus está dispuesto a casarse contigo, cosa que pensé que costaría mucho más. —Esa última parte la dijo más para sí misma que para su hermana.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si siente que está obligado y nos hacemos infelices los dos? Nuestra relación ha sido tormentosa desde que nos conocimos.

—Te ama muchísimo. Sé que antes que herirte se quitaría la vida.

—Oh, Charlize… Es que no lo sabes todo. Yo me declaré cuando tenía diecisiete años y él me dijo que se me pasaría cuando conociese a otro.

—Eso lo hizo porque no se considera digno de ti.

—Ni tú puedes saber eso.

—Lo sé porque me lo dijo el mismo, Caliope. Dijo que merecías a un príncipe y no a alguien como él. Magnus estaba avergonzado porque su estatus está muy por debajo del tuyo. Si para una mujer eso es complicado, imagina lo que es eso para un hombre, pues se supone que es el varón el que debe cuidar, proteger y proveer a su esposa. Magnus Robinson no hubiese aceptado tu dote de ninguna otra forma, es preciso que lo comprendas.

—¿A qué te refieres con lo de aceptar mi dote? Una que pensé que Aidan me había quitado.

—¡Hemos llegado! Veamos qué otros esqueletos guarda tu Magnus en el armario.

El vehículo se había detenido en una calle de Grosvenor Square. El cochero abrió la portezuela.

—Este no es el lugar al que esperaba que asistiera —le dijo el gigante demacrado a Charlize.

—Lo sé —le respondió la pequeña de las Archer con una brillante sonrisa—. Supongo que hoy no habrá ninguna pelea en la que debas intervenir para salvarme.

—Un alivio, se lo garantizo, milady. ¿La espero aquí?

—Sí, por favor, Johanson. No sé lo que hubiese hecho sin usted.

—En cuanto la vi supe que usted tendría problemas y yo muchos más. Mi conciencia no pudo desentenderse, porque de otro modo, los dos sabemos que habría una lápida sin cuerpo allí, en esa casa fina que debe tener en el campo. Su familia debería ponerle un par de grilletes y mantenerla vigilada. —Charlize se rio con ligereza.

—Está asustando a mi hermana, señor Johanson.

El cochero exhaló con profundidad.

—Por supuesto debía ser pariente de usted si se ha adentrado en la noche de Londres sin la debida protección —dijo el aludido en alusión a Cali.

—Char, ¿por qué…? —Comenzó a decir Caliope.

—No acortes mi nombre, sabes que no me gusta. —Su hermana mayor bufó.

—Y a mí no me gusta enterarme de que has estado vagando a tu antojo y que podrías haber muerto.

—Johanson me protege, y esta noche eso te incluye a ti también, así que vayamos a ver qué hace Magnus en esa casa de ahí. —Señaló con el dedo el lugar al que Charlize había escuchado que debía llevarlo el otro cochero.

—¿Cómo se supone que vamos a saber…?

—Espiando —la cortó al suponer lo que iba a terminar de preguntar su hermana—. Miraremos por las ventanas bajas, dado que Magnus es una visita, lo atenderán en algún despacho de la planta baja, y en caso de no lograr ver nada, encontraré el modo de asaltar la casa.

—¡Estás descontrolada, Charlize!

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Yo creo que sí, porque sentí que usabas la palabra como sinónimo de inteligente.

—¡Eres imposible!

—Dos por el precio de una… —Se escuchó una voz masculina acercándose hasta donde las hermanas estaban.

En menos de un segundo, Johanson, ese desconocido y fiel cochero, se movió con una agilidad sin igual y se colocó frente a las dos hermanas, con un cuchillo brillando en su mano.

—Es bueno —dijo con admiración Caliope al ver la facilidad con la que había apresado al otro hombre.

—Te lo dije, él me protege siempre.

—¿Algún día me contarás cómo lo conociste y lo que haces mientras vagas por las calles de Londres, Charlize?

—Cuando seas una mujer casada puede que comparta unos cuantos secretos contigo.

—¡Pero si tú eres soltera! —se quejó.

—¿Habéis acabado ya de discutir? —preguntó el recién llegado, al que Johanson tenía apresado con el cuchillo apoyado en la garganta, pues el cochero lo catalogó como una posible amenaza.

—¿Qué hace aquí, milord? —inquirió Caliope. El caballero que estaba justo delante de las Archer y que no se atrevía a moverse porque estaba muy bien inmovilizado por el protector de Charlize, no era otro más que el marqués de Spencer, Valliant Back.

—¡Preocuparme por las dos! En el baile te vi salir a toda prisa seguida por el patán y…

—¿Patán? —interrumpió Charlize.

—Magnus, él —movió la cabeza para señalar al marqués— lo llama el patán.

—Buen nombre. Magnus el Patán, me gusta. Supongo que me pedirás que se lo cambie una vez que te cases con él.

—¿Casarte? —preguntó, con el filo de la navaja presionando su delicada piel, el apresado.

—¿Por qué te habla sin formalidad, Caliope? ¿No sabe que eres la hija de un conde y mereces respeto? —Charlize estaba indignada por la aparición de ese botarate y por el modo

tan familiar con el que él se refería a su hermana. Como si tuviese derecho a hacerlo. Cuando Charlize trataba de frenarlo frente a Caliope, en los bailes anteriores en los que habían coincidido, él era mucho más formal y correcto.

—Me ha pedido que me casase con él desde que nos conocimos, hermana. Así que supongo que consideró que era mejor acortar las distancias.

—Vas a casarte conmigo, preciosa —la avisó el marqués.

—No lo creo, mi hermana es mercancía dañada. Ya sabe, el patán la arruinó —desveló la pequeña de las Archer como si acabase de decir algo muy trivial y nada escandaloso.

—¡Charlize! —saltó la aludida, con los mofletes colorados.

—Me ha parecido que sería lo más rápido para que se marchase y nos dejase hacer lo que hemos venido a hacer. —Charlize se colocó frente a lord Spencer y lo miró con una ceja alzada. Él no había hecho alusión a la nueva información que ella le había aportado—. Así que… ¿se marchará ahora que ya sabe que ella es propiedad de otro hombre?

—¡No soy una casa o un mueble! Todavía recuerdo cuando regañaste muy severamente a Aidan por hablar precisamente en esos términos de Freyja —le recordó. Charlize se volvió a reír con ligereza.

—Es verdad. Lo retiraré. ¿Se marchará sin darnos problemas, milord? —inquirió la hermana de Cali, volviendo a ponerse muy seria.

—Ese patán no se casará con ella y tu hermana lo sabe —le respondió.

Charlize se recompuso debido a la seguridad que escuchaba en la voz del marqués.

—¿Y qué hay sobre el pecado con el que cargará Caliope? ¿La aceptará después de que ella se haya entregado a otro sin que medie el matrimonio?

—¿Quieres decirle a su gorila que me suelte de una maldita vez?

—¡Responda! —le ordenó Charlize.

Él se dio cuenta de que no iba a poder soltarse y se resignó a darle a la muchacha lo que demandaba. No la debió haber subestimado, estaba claro que lady Charlize Archer era mucho más de lo que él había previsto.

—No sería la primera mujer caída en desgracia que ocupa un puesto superior.

—¿Y si estuviese embarazada? —le preguntó rauda Char al marqués.

—Podría no estarlo —respondió él.

—Pero bien podría usted acabar criando a un bastardo.

—Hay formas de deshacerse de él —dijo sin inmutarse.

—¡Vaya! —exclamó Charlize, después de que Caliope diese un pequeño grito.

Valliant suspiró, no fue tarea fácil porque el gigante que lo mantenía apresado contra su pecho no aflojaba ni un ápice su agarre.

—No quería decir que fuese a matarlo ni nada por el estilo.

—¿Ah, no? —continuó Charlize con el interrogatorio.

—Por supuesto que no. En el improbable caso de que tu hermana cargase con un bastardo, si fuese una niña podría mantenerla a su lado.

—¿No así un niño? —rebatió con suavidad Charlize.

—Mi heredero debe ser mío.

—¿Y está seguro de que no lo mataría por esa misma razón?

—Hay orfanatos y familias que acogen niños nacidos fuera de la institución del matrimonio. El patán no se casará con ella.

—Es la segunda vez que lo afirma y parece estar muy seguro de su afirmación, milord. —Charlize no comprendía su plena seguridad.

—Lo estoy, porque si la quisiera de verdad, ya la habría convertido en su esposa. Yo vi la agonía de tu hermana cuando nos conocimos. ¿Lo recuerdas, Caliope? —le preguntó él directamente a la mujer con la que pretendía casarse.

Charlize se giró para ver si su hermana le aclaraba la situación.

—Magnus me había vuelto a hacer daño —le dijo—. Fue cuando lo encontré con aquella dama elegante en su casa. Lord Spencer me escuchó despotricar contra Magnus un poco después.

—Ah —dijo Charlize al recordar el suceso. Ella se acordaba perfectamente también, pero no sabía que Caliope había conocido a Spencer en Luffgarden.

—Te ofrecí matrimonio, y te he estado cortejando desde que llegaste a Londres.

Tengo palabra y honor. Yo estoy dispuesto a pasar por alto todos tus errores, esa es la prueba inequívoca de mi lealtad —le aclaró el marqués a Caliope.

—¡Qué amable por su parte, milord! ¡Todo un gran héroe de brillante armadura! —ironizó Charlize.

—Es la verdad —se reafirmó él al darse cuenta de que la pequeña arpía se estaba burlando.

—Uhm… Hay un pasaje en la ceremonia nupcial… «En la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la… pobreza». —Charlize se dio unos pequeños golpes en la cabeza mientras lo miraba con una sonrisa lobuna.

—¿Por quién me tomas, muchacha? —preguntó con enfado el marqués—. Soy un caballero y cumpliré mis votos. Desde el primero al último —se reafirmó lord Spencer.

—¿Pero y si el de la pobreza fuese un hecho antes incluso de iniciar el matrimonio? —Por fin Charlize lo vio enderezarse.

—¡Dile a tu demonio que me suelte de una maldita vez, no soy una amenaza! —increpó con enfado—. Os vi salir del baile y estoy aquí porque no quería que nada malo os sucediese.

—Ya teníamos a nuestro guardián, como bien puede observar. No era necesaria su intervención. Como está viendo por sí mismo es excepcional, muy eficiente, así que puede marcharse por donde ha venido, porque mi hermana no se casará con usted.

Él le sonrió a Charlize.

—Después de lo que has dicho sobre ella, nadie más la aceptará como esposa. Soy tu última opción —añadió mirando a Caliope.

—Cierto… —dijo Charlize pensativa—. El problema está en que soy muy protectora con mis hermanas. Una protección que estoy dispuesta a llevar hasta la locura. Es por eso por lo que no deseaba que mi adorada hermana acabase lidiando con un cazafortunas y le pedí a nuestro tutor, el conde de Ross y Luff, antes de venir a Londres, que la despojase de su escandalosa dote. Así que ya ve, milord, permitiré que mi hermana se case con usted incluso si ella quiere, aunque eso suponga ir contra mis deseos porque yo le aborrezco —le escupió sin cortesía y con honestidad—. Dejaré que la salve de la caída social, pero no tendrá ni un solo penique para poder volver a nutrir sus arcas vacías. Caliope es más pobre que usted.

Lo vio apretar los puños y supuso que también los dientes.

—La dote puede volver a ser instaurada, la familia de su hermana, incluida usted, no

permitirá que pase penurias.

—Me temo que eso no va a poder ser, dado que la dote de Caliope le fue donada, íntegramente, al patán —dejó caer, como si hablase del clima londinense.

El marqués y Charlize se midieron en un duelo de miradas. Él buscaba la mentira y ella estaba dispuesta a mostrarse como un libro abierto. Y lo supo. Ambos lo supieron, de hecho. La Archer menor se dio cuenta de que él sabía que no iba de farol, y el caballero se estaba dando cuenta de que acababa de perder un gran premio.

—¿Qué has hecho, Charlize? —intervino al fin Caliope, tras darle sentido a la afirmación de su hermana.

Charlize ladeó el rostro para buscar la mirada de Cali.

—Lo que era necesario. Es un poco largo de explicar, te lo contaré cuando nos hayamos deshecho de… —se volvió a girar para mirar al marqués— él. Lo cual será muy pronto.

—Me iré —dijo consternado.

—Eso suponía —habló Charlize—. Johanson, puedes soltarlo, se marchará a toda prisa antes de que alguien pueda relacionarlo con nosotras en plena noche, porque yo tampoco tengo un penique que aportar al matrimonio.

Dicho lo cual, el cochero lo dejó libre de su agarre y el marqués comenzó a correr en dirección opuesta a las hermanas Archer.

—Es usted peligrosa, milady —le dijo el cochero, pues Johanson comprendía todo lo que había pasado.

—Hago lo necesario —le dijo a su protector.

Caliope se acercó a su hermana y le puso una mano en el hombro.

—Él resultaba encantador. En verdad era un aprovechado que solo buscaba dinero.

—No todos los hombres encantadores son de fiar. —Ahí un recordatorio de lo que fue Rendow.

—¿Has dicho la verdad sobre mi dote?

—Sí. Comprendí que Magnus se sentía inferior a ti y le dije a Aidan que para salvarte tenía que confiar en mí.

—¿Y lo hizo?

—Sí.

—¡No me lo puedo creer!

—No fue demasiado complicado convencer a Aidan, porque él ya había visto en primera persona lo infalible y feroz que soy cuando se trata de mis hermanas.

—Pero incluso así… Lo que habéis hecho es muy arriesgado y lo que me sorprende es que Magnus aceptase la donación.

—El esposo de Freyja es inmensamente rico y cuando le insté a ver el modo en el que tú y Magnus os comportabais, meses atrás, se convenció de lo que yo sabía desde hacía años. Estabais completamente enamorados. Así que cuando le dije que si todo salía bien tú acabarías casada y fuera de su protección… Digamos que Aidan decidió que perder el montante de tu dote era un riesgo que estaba dispuesto a asumir.

—Eso es más plausible —razonó Caliope.

—En cuanto a Magnus, él no sabe nada de que tiene a su nombre tu dote. Lo que hizo Aidan fue contratar a un abogado para que le dijese que era el heredero de una fortuna, así que él es rico, pero no sabe realmente que ese dinero es tuyo.

—¡No lo aceptará, Charlize! Ni al dinero ni a mí.

—Entonces es una suerte que te niegues a casarte con él, ¿no crees, Caliope? —La aludida refunfuñó. Sabía que su hermana era consciente de que esa negativa solo había sido fruto de un momento puntual de orgullo desmedido y deseaba que lo reconociera.

—¡Dios santo! No sé si eres la mejor o la peor hermana del mundo…

—Dame las gracias con dos cajas de bombones cuando esté todo resuelto, ahora es momento de ir a enfrentar a tu futuro esposo. Veamos qué lo ha triado a esta casa tan elegante y por qué no ha salido todavía y nos ha sorprendido.

—Estaré cerca por si me necesitan —intervino Johanson, antes de dar un salto y colocarse sobre el carruaje.

—Gracias —dijeron al unísono las dos.

De esa forma, las intrépidas hermanas Archer sortearon la verja de la casa y comenzaron a merodear por las ventanas de la planta baja de esa gran mansión. Se detuvieron en la que había luz y divisaron de inmediato a Magnus, departiendo con una mujer ataviada con un

camisón y una bata de dormir. Se acuclillaron bajo la ventana para espiar mejor.

—¿Crees que será su amante?

—Es una señora muy mayor, Caliope. Te ha elegido a ti, que eres la más bonita de las cuatro Archer, creo que tiene mejor gusto que acostarse con una anciana.

—No logro escuchar nada. ¿Crees que si pegamos la oreja a la ventana lograremos saber lo que hablan?

—Estoy pensando que lo mejor sería entrar por la puerta principal y exigir una explicación. Ahora que ya sabes todos los secretos no hay nada por lo que temer. ¿Qué puede pasar si llamamos y…?

—Muchas cosas, Charlize.

—Ninguna mala, estoy segura —rebatió le hermana pequeña.

—¡No podemos hacer eso, Charlize! —exclamó más fuerte de lo que pretendió, al tiempo que agarraba de la mano a su hermana para evitar que fuese a llamar a la puerta.

—¿Prefieres pegar la oreja al frío cristal, cuando podemos entrar en un lugar caliente y pedirle que nos aclare qué hace en esta casa en vez de estar arrodillado suplicando por tu mano?

—Sí. Ven.

Caliope se dispuso a ponerse de pie para proceder a espiar la conversación, con lo que no contó era que no habían sido demasiado silenciosas. Entonces, cuando trató de buscar el mejor ángulo para apoyar la oreja en la ventana, esta se abrió sin contemplaciones, lo cual hizo que Caliope perdiese el equilibrio, y en caso de que Magnus Robinson hubiese sido menos corpulento y hubiera tenido menos reflejos, ella habría acabado tirada en el suelo del pequeño jardín que rodeaba la casa.

El señor Robinson las había identificado incluso antes de llegar a la ventaba y verlas cuchicheando. Soltó una maldición al tiempo que se movía raudo para sujetar a Caliope.

—Debí suponer que no sabríais seguir una simple indicación. ¿Qué diantres hacéis aquí? —les preguntó sin soltar a Cali.

—Eso mismo íbamos a preguntarte a ti —respondió Charlize.

—¿Quiénes son? —Se acercó la mujer que estaba con él.

Se trataba de una dama elegante y que a Caliope le parecía muy familiar. ¡Tenía los mismos ojos que…!

—¡Es su madre! —se adelantó Charlize a la conjetura a la que estaba llegando Caliope.

—Así es —señaló él—. Madre —ladeó el rostro para mirar a la dama—, permite que te presente a lady Caliope Archer, mi prometida. —A continuación, todavía con la aludida cobijada entre sus brazos, buscó los ojos de ella—. Milady, le presento a mi madre, la marquesa viuda de Moreland.

—¿Mar… queeee…sa? —murmuró Caliope.

—Supongo que estabas destinada a ostentar ese título, sí o sí —rumió Charlize, más para ella que para el resto.

—Soy un tercer hijo —razonó Magnus, tras escuchar a Charlize.

—Ah. —Eso no lo había previsto la hermana pequeña. En ese caso Caliope no iba a ser marquesa.

—Pero mi padre murió el año pasado y mis dos hermanos mayores lo hicieron antes que él.

—¿Lo siento? —Charlize no sabía si darle el pésame o alegrarse de que su hermana fuese a ostentar un título mayor que el de ser hija de un conde. Tampoco se aventuraba a conjeturar sobre si él se alegraba de ser marqués o no. No era que Charlize fuese frívola…. Bueno un poco sí, lo que ocurría era que había percibido como si él se alegrase, como mínimo, de la muerte de su padre. ¿Podría ser eso?

—¡Charlize! —la regañó Caliope por lo que acababa de decir en forma de pregunta. Lo suyo hubiese sido decir que lo sentía con un claro tono de afirmación.

—Bien… —tomó la palabra la recién descubierta marquesa viuda de Moreland—. Las presentaciones están hechas. Y aunque comprendo que estás muy apegado a la dama a la que abrazas, que por cierto es preciosa, pero sospecho que muy temeraria también dado que está en medio de la calle a horas intempestivas…

—¡Fue culpa de ella! —acusó Cali a Charlize. ¡Dios santo, la primera impresión que su inminente suegra tendría de ella era nefasta!

La acusada resopló.

—Tienes que cargarme con la culpa, hermana, pese a que he logrado que Magnus y

tú al fin seáis la pareja que estabais destinada a ser.

—Tal vez no quiera casarse conmigo, o yo siga sin querer hacerlo con él. Así que no te hagas la víctima, Char, porque tú y solo tú nos has puesto en esta situación. —Caliope, todavía en brazos de Magnus, estaba mirando a su hermana mientras hacía sus observaciones.

—No acortes mi nombre —le pidió, obviando el resto.

—Ni lo uno ni lo otro —tomó la palabra Magnus—. Vas a ser mi esposa, Caliope, aunque tenga que raptarte y llevarte a Gretna Green. ¿He sido claro?

—¿Vamos a seguir esta conversación así? Porque tengo frío y preferiría estar dentro de esta magnífica casa. —Charlize ya estaba yéndose hacia la puerta principal, dado que Magnus había aupado a su hermana para terminar de meterla dentro del hogar a través de la ventana y ella no deseaba entrar de ese modo.

La Archer más joven sospechaba que iba a toparse con una historia de lo más interesante y estaba deseosa de conocer los detalles.

¡Qué interesante ese nuevo descubrimiento! Magnus tenía sangre azul… Caliope Gaia Archer había encantado, no solo a un marqués, sino a dos, y por fortuna, Magnus Robinson sí valía la pena.

# Capítulo 8
# Tras el velo de la mentira

Dos días más tarde, Magnus Robinson se encontraba sentado frente al conde de Ross y Luff. No estaba al tanto de cuánto le habrían contado, pero sospechaba que lo sabría todo. Y ese todo, era lo referente a que se había propasado con su inminente esposa.

Toda la vida luchando para no ser un obstáculo para Caliope y había fracasado estrepitosamente, no solo por no tener la fuerza de voluntad de dejarla libre, sino por haberla poseído de un modo tan abominable. Se sentía como un bastardo por el modo en el que había sucedido todo.

Aquella noche en la que lo siguió hasta casa de su madre, en la que las dos irresponsables lo siguieron, le desveló parte de su verdad, él era marqués. Un título que odiaba hasta la saciedad por todo lo que entrañaba ser la progenie de un maldito agresor violento que solo entendía de dar palizas.

Después de haberla asaltado en medio de un jardín oscuro, justo cuando los pilló Charlize y ese estúpido duque que se atrevió a hacerle pasar vergüenza a Caliope, él había decidido tragarse su orgullo y aceptar la supuesta fortuna que la familia le había legado. Por descontado que también entró en sus planes aceptar lo que era: el marqués de Moreland.

Así que después de dejar a las dos hermanas en la entrada de lady Darrill, se presentó en casa de su madre… En su casa, dado que él era el único heredero de la familia. Se armó un buen estruendo debido a las horas poco civilizadas de la visita, pero la marquesa viuda lo recibió gratamente sorprendida. No debería odiarla, no lo hacía en verdad, porque a fin de cuentas ella había sido también objeto del deshago del anterior marqués de Moreland. Aun así, siempre se sentiría decepcionado porque ella tuvo que haberlos protegido de su padre, incluso debió haberse protegido a sí misma y no quedarse por obligación, por salvaguardar las apariencias y su título de marquesa.

Al entrar por la puerta, no había esperado la abundancia que vio en la casa. Parecía como si su madre no hubiese padecido incomodidades, algo que él sabía que no era cierto porque el marqués los dejó en la ruina. Fue satisfactorio haber estado al lado del lecho de su padre mientras se moría, y espetarle que el título no seguiría llevando su sangre. Lo más importante

para el anterior lord Moreland era la estirpe y la continuidad de su título, aunque eso no evitó que dilapidase su fortuna en prostitutas, juegos y demás vicios.

Lógicamente la situación había cambiado y el juramento que le hizo a su moribundo padre había sido roto, dado que iba a casarse y haría tremendamente feliz a Caliope Archer. ¿Cómo lograría esa hazaña después de todo el mal que le había hecho? No lo sabía todavía, pero lo averiguaría y lo llevaría a la práctica.

Cuando Magnus se colocó frente a su madre, después de recibir un efusivo abrazo, le preguntó de dónde habían sacado los fondos para volver a decorar la fastuosa mansión y poder mantener al personal doméstico que intuía que habitaba allí.

Le habló de la visita de un abogado y él supo que su madre ya había echado mano de esa bendita herencia que él se había jurado no aceptar. Entonces Magnus habló a su madre de Caliope Archer y de que iba a asumir su deber por la dama a la que amaba. Vio lágrimas de alegría en la mujer que le dio la vida y comprendió que la quería y que no le deseaba ningún mal, aunque necesitaba tiempo para aceptarla de nuevo. Se arrepintió de haberla dejado sola durante esos largos seis años. También se juró a sí mismo, que no volvería a fallarle a Caliope.

Y luego, las dos hermanas entrometidas sabotearon ese encuentro entre madre e hijo. Allí estuvieron hasta más avanzada la madrugada charlando mientras tomaban un té… Tanto él como Caliope estuvieron bastante silenciosos. Charlize y su madre llevaron la batuta de la conversación hasta que él las acompañó, junto con aquel cochero lúgubre, de regreso a casa de la vizcondesa Darrill.

Desde aquella fría despedida, frente en la puerta principal de la vizcondesa Darrill, no la había vuelto a ver, aunque Charlize le había informado por carta que iban a regresar a Luffgarden y que esperarían pronto su visita. Eso significaba, traducido al inglés del rey, que tenía que presentarse lo antes posible para pedir formalmente la mano de Caliope Archer frente al conde de Ross y Luff. Y eso era precisamente lo que se disponía a hacer en ese preciso instante.

Magnus estaba sentado frente al conde, quien lo miraba con recelo desde lo que parecía ser un gran trono en el que pensaba juzgarlo sin compasión. No podía condenarlo por ello, porque en caso de haber estado en la situación de Ross, seguramente Magnus hubiese optado por un duelo o algo igualmente violento. Como mínimo lo hubiese magullado un poco, así que le agradecía al esposo de Freyja la calma que estaba manteniendo. Magnus decidió que trataría de ser comprensible y paciente durante la conversación. Al menos le debía eso al tutor de Cali.

—Sutherland considera que yo podría poner reparos a lo que tu honor te impulsa a hacer… —Rompió por fin el silencio Aidan.

Le acababa de decir que tal vez no aprobase su pedida de mano. Magnus se

enfureció. Nadie lo separaría de ella, no cuando había decidido dar un paso adelante y despojarse de sus inseguridades.

—Soy un maldito marqués. Uno rico además. Y en caso de no contar con esas dos bazas y haberla deseado hacer mi esposa, no hubieses podido impedírmelo. —Estaba más que claro que su intención de aguantarse la irritación había durado unos pocos segundos. Era un luchador, siempre lo había sido gracias a las palizas de su padre que no habían logrado aplacarlo. Así que quedarse callado o decir alguna cordialidad no estaba en su naturaleza.

—Lo sé, pero no porque impusieras tu voluntad, sino porque conozco bien a las hermanas Archer, y eso que llevo menos tiempo que tú conviviendo con ellas.

—¿Y eso qué demonios significa?

—Las cuatro aman el campo y disfrutan de una vida sencilla, a excepción tal vez de Charlize, pero yo creo que es porque a la pequeña la seduce lo que no conoce. Estoy convencido de que cuando se harte de la novedad, regresará a Luffgarden satisfecha. Me estoy desviando del asunto… Lo que quería decir es que ellas podrían elegir a un jornalero o un granjero, y que poco importaría lo que determinásemos el resto. Caliope, como me hizo ver Charlize, te había elegido a ti. Así que yo solo puse los cimientos para que todo se asentase.

—¿Qué cimientos? Diablos, hablas con acertijos y no sé lo que dices.

—Supongo que ahora que vas a casarte y que estás decidido, al fin, a luchar por la mujer que amas, nada te detendrá, ¿correcto?

—Es mía y no hay nada que hacer a ese respecto —dijo sin género de duda.

—Bien, ahora te diré lo que hicimos y en consecuencia tratarás a tu mujer como si fuese…

—¿Estás poniendo en tela de juicio mi amor o devoción por ella? —saltó indignado. Cierto que actuó tarde, pero en cuanto dio el paso, nada iba a hacerlo retroceder.

—No. Pero debes saber que esa herencia que te ha llegado misteriosamente… Digamos que es la dote de tu esposa. Así que besarás el suelo que ella pise, y si te pide que saltes, solo le preguntarás a qué altura.

—¿Disculpa? —Algo no cuadraba en la explicación de Ross. ¿Qué había dicho sobre una dote?

—Charlize estuvo muy acertada cuando vino a verme para pedir mi ayuda, a fin de contribuir a la felicidad de una de sus hermanas mayores. Pero no me creerás tan estúpido como para no contratar al mejor de los investigadores a fin de descubrir qué había detrás del misterioso

mozo de cuadras que se atrevió a poner sus ojos sobre una de mis pupilas ¿cierto? —lo desafió.

—¿Cuándo contrataste al investigador?

—Nada más supe que tú vivías aquí.

—Debo suponer que fue antes de que Charlize te pidiese ayuda.

—Sí. Me quedé quieto observando, porque no lograba entender el motivo por el que el heredero de Moreland había acabado en Luffgarden. Eras hábil, por eso hasta que Charlize no me hizo abrir los ojos, no me di cuenta de que ocultabas un profundo amor por Cali. El mismo que ella se afanaba a no dejar entrever por ti. Así que cuando la hermana pequeña me dijo que todo se debía a que estabas arruinado… Ahí decidí poner a prueba la teoría de Charlize y contraté a aquel abogado, que despellejaste sin compasión, para ver si dándote tu propia fortuna actuabas de una buena vez.

—Pero no era una fortuna… Era la dote de Caliope. Me la regalaste.

—No, especulé con ella. Te la di para que reaccionases, y te la podría haber quitado con los mismos pretextos con los que te la doné, aludiendo a algún error o lo que fuese que se me ocurriese. —No le diría que casar a las tres hermanas era una prioridad para él, porque nunca las casaría a costa de su seguridad o bienestar. Las valoraba a todas ellas.

—No quiero el dinero de mi mujer. ¡No soy un cazafortunas! —levantó la voz más de lo que pretendió.

—Aún no te has casado con ella —le recordó.

Magnus se levantó y se movió hacia la ventana más próxima. Tenía que tranquilizarse. Era todo un desastre. Se había apropiado del cuerpo de Caliope de la peor forma posible y encima le había arrebatado su dote sin desearlo.

—¿Ella lo sabe? ¿Está al tanto de que su dinero está a mi nombre?

—Sí, Charlize se lo dijo.

—¿Está disgustada?

—No le importa el dinero, solo tú.

Magnus afirmó con la cabeza. Todavía miraba por la ventana buscando un poco de paz en su interior.

—¿Estás seguro de lo que dices? —Necesitaba mayor confirmación.

—Charlize así me lo hizo saber. Lo que me sorprende es que tú no sepas lo que piensa Cali sobre todo este asunto. ¿No has hablado con ella?

—No te incumbe.

—Sí lo hace —lo contradijo—, porque está en juego la felicidad de la hermana de mi esposa. Amo a Freyja y no seré la causa de la infelicidad de una de sus hermanas —insistió —. Y tampoco me quedaré a un lado nunca, en caso de que me necesiten. ¿Me estás comprendiendo?

—Sí —dijo Magnus, todavía sin dejar de admirar por la ventana el vasto paisaje de la finca—. Caliope estará bien conmigo. No tienes de qué preocuparte.

—Eso espero. Charlize me ha convencido de que acepte el enlace sin ponerte problemas, pero era mi deber hacerte algunas advertencias.

Entonces Magnus se giró para mirar al conde, quien permanecía sentado en su silla como el juez que se había designado ser.

—A partir de ahora, haré siempre lo que Caliope demande de mí. Es mi juramento, uno que no romperé. Este no lo romperé. —Esa última parte pareció que se la decía a sí mismo. A Aidan le llamó la atención ese murmullo que por un instante casi no logró escuchar.

—¿Sueles romper muchas promesas?

—Le juré a mi padre un asunto que no he sido capaz de mantener.

—¿Debo preocuparme?

—No.

—¿Caliope estará en buenas manos contigo?

—En ningunas otras estará mejor. —Estaba convencido de lo que decía.

—Te ha costado mucho admitirlo.

—Mi situación no era fácil.

—¿Quieres compartirlo conmigo? —Magnus se dio cuenta de que esa petición podría parecer una invitación cordial, pero no lo era. Para alguien que conociese bien a lord Ross y Luff, y Magnus lo hacía, era obvio que le estaba dando una orden para que hablase.

—Ser el hijo de un bastardo arruinado que disfrutaba pegando a su esposa y a sus

vástagos, no es plato de buen gusto. Caliope merecía algo mejor que yo y por eso traté de apartarme de su camino todo cuanto pude. La hija de un conde no merecía a alguien que no deseaba aceptar su título y que estaba sin un penique. Queda claro que no lo he conseguido. —Magnus sonrió de lado—. Es más, dudo que hubiese sido capaz de permitir que se casase con otro aunque considerase que yo no la merecía.

—Un pensamiento muy egoísta.

—¿Habrías dejado que Freyja se casase con otro? —contraatacó.

—Estabas hablando de un juramento roto, no de mí.

—Le juré al viejo, antes de que partiese hacia el infierno, que conmigo moriría su estirpe y por eso voy a romper mi juramento. Mi esposa querrá hijos y yo se los daré.

—Verás, yo estuve en la guerra y…

—Lo sé. Creo que serviste junto a un amigo mío —lo cortó.

—¿Quién?

—Bram Paig-Smith, el duque de Blackmore, aunque en aquellos años no era duque todavía.

—¿De qué conoces a la bestia de Blackmore? —A Aidan no le tembló el pulso a la hora de usar el apelativo malévolo que le habían puesto a Bram. En verdad, el aludido era un auténtico diablo. Lo último que sabía Aidan sobre el hombre era que estaba recluido en un viejo castillo donde espantaba a todo el que acudía a verlo.

—Fue mi mejor amigo… Bueno, todavía lo considero como tal, aunque es un cascarrabias de la peor clase. Así que Bram podría cortarte la lengua si te oye usar ese sobrenombre para dirigirte a él. Lo haría en un pestañeo.

El conde de Ross lo miró con fijación.

—Es cierto. Porque como militares, tanto Blackmore como yo mismo aprendimos técnicas muy específicas. Sé cómo matar a un hombre y no solo eso. Soy capaz de deshacerme de un cadáver sin que nadie lo sepa.

Magnus sonrió de lado una vez más.

—¿Me estás amenazando?

—Verás, lo creas o no, yo tengo también mis miserias. No incluyen palizas, pero

sí… Digamos que una vez deseé que mi título muriese conmigo. —Aidan simpatizaba con Magnus, pero no le contaría que su verdadero progenitor había sido un miembro al servicio del anterior conde de Ross, con el que tanto su madre y el propio conde se divertían en la cama. Era algo que solo sabían Sutherland y Freyja, además de él, por supuesto.

—¿Quieres compartirlo conmigo?

—No —dijo secamente Ross.

—Te habría escuchado con atención, por todo eso de que vamos a ser familia, pero no esperes de mí que te dé una palmadita en la espalda o un tierno abrazo.

—Una patada en el trasero es lo que voy a darte como me obligues a levantarme y hacer que te marches de mi despacho.

—¿Es todo? —preguntó Magnus sorprendido. Había esperado mucha más reticencia por parte del conde.

—Por lo que a mí respecta sí.

—¿Y qué hay del dinero?

—Arréglalo con tu futura esposa. ¿Tienes una licencia especial o prefieres casarte después de leer las amonestaciones?

—La compré con el dinero de Caliope antes de regresar a Luffgarden. —Saber que ella lo había salvado por completo… Qué humillación.

—Bien, porque Freyja no permitirá que la tengas de nuevo hasta que estéis casados.

—Mañana.

—Lo imaginaba. El vicario está avisado de que se oficiará una pequeña ceremonia en la iglesia del pueblo. Algo discreto. ¿Hay alguien de tu familia a quien debamos acomodar en casa?

—No. Mi madre sabe que… En fin, se quedará en Londres por el momento. —La marquesa viuda y él tenían muchos asuntos que arreglar, pero por el momento precisaba aclarar las cosas con Caliope. Su madre tendría que esperar.

—Curioso eso de las madres… Yo odié a la mía hasta que murió.

—No la odio, solo… Es complicado.

—Vete, Moreland.

Magnus gruñó.

—No me acostumbraré al título.

—Lo harás por Caliope, porque aunque ella te eligió sin saber nada acerca de tu título, merece convertirse en tu marquesa.

—Lo sé —dijo antes de disponerse a salir de allí.

—¡Moreland! —lo llamó.

Magnus dejó de andar justo cuando ya estaba llegando a la puerta y se giró para mirarlo.

—¿Qué?

—Aunque tengas más rango que yo, soy conde por partida doble, eso equipara las cosas, y dado que estoy casado con la hermana mayor, siempre seré el cabeza de esta familia. ¿Algún problema con eso?

—Mientras no te inmiscuyas en los asuntos de mi esposa y en los míos, me importa un bledo lo que opines o hagas.

Aidan estuvo satisfecho con su respuesta. Lo examinó a fondo y determinó que le gustaba. Charlize tenía razón, había algo en él —además de mucha testarudez— que inspiraba a confiar. No en vano Magnus Robinson, recién descubierto marqués de Moreland, había cuidado muy bien a las cuatro hermanas antes de que Aidan hiciese acto de presencia.

—Pórtate bien y tal vez lleguemos a tolerarnos, Magnus. —Decidió prescindir del título porque ya lo consideraba parte de la familia.

Magnus no se dignó a responderle. Se marchó sin saber a qué atenerse. Había sido un auténtico cerdo con Caliope y lo que recibía a cambio era una mujer increíble y un dinero al que no tenía derecho.

***

Se veía en el espejo y estaba perfecta. Caliope siempre había sido considerada la beldad de la familia. No se sentía de ese modo. En absoluto.

Magnus no la había buscado para aclarar nada y ella se había negado a dar su brazo a torcer. Estaba a punto de casarse con el hombre con el que soñaba desde… prácticamente

desde que lo vio y tenía ganas de echarse a llorar.

Él era un marqués. Un título que le había escondido a todo el mundo. Incluida ella. Aunque también era verdad que Caliope para él no significaba nada. Hasta el momento no le había demostrado otra cosa. Y si había aceptado el matrimonio solo era porque los habían sorprendido aquella fatídica noche. Fatídica. Lo era, sí, y mucho, porque después de haberse entregado al amor de su vida, él lo estropeó todo. Disculpas, errores… No recordaba las palabras exactas que le había espetado, pero sí lo que le hizo una vez más a su corazón: romperlo.

Tenía muchas preguntas sobre Magnus, pero no deseaba saber la contestación a ninguna, dado que intuía que lo que le dijese podría volver a herirla. Lo había forzado a casarse con ella. Sentía ganas de escaparse por la ventana, pero ¿a dónde?

Charlize y Freyja habían entrado unos minutos antes a desearle lo mejor y se comportó como si nada estuviese mal. Risas, anécdotas y una Charlize quejosa porque otro año más no había podido terminar de disfrutar la temporada.

La puerta de su habitación, donde estaba preparándose para ir a la iglesia, o mejor dicho, donde estaba concienciándose para casarse con Magnus Robinson, se abrió.

Vio a su hermana Cleopatra contemplarla con admiración. Ciertamente el vestido de color dorado con encajes grises y mangas abullonadas le sentaba como un guante.

—Creía que no estarías en mi boda —le dijo con una sonrisa Cali a la hermana que le seguía en edad.

—No me regañes, Charlize ya lo ha hecho minuciosamente. He estado media hora soportando su intenso sermón sobre que los vizcondes Bedford no son mi verdadera familia.

—Ya la conoces, cuando algo no le parece bien, a pesar de que a ella no le incumba, siempre tiene que hacer valer su determinación.

—Char no lo entiende. Lo que sucede es que estoy completamente enamorada —apuntó Cleopatra ensoñadora.

—¿Enamorada? —Cleo asintió—. ¿De Bedford? —graznó Cali.

—Algún día llegará a heredar el título de su padre, y seguramente será más guapo, más inteligente y más… todo lo que es el propio Collin. —Collin era el nombre de pila de lord Bedford.

—¿Hablas del bebé? —Los vizcondes habían sido padres el año anterior de un precioso niño del que por lo visto su hermana Cleopatra estaba enamorada por completo.

—Crece cada día como si fuese un gran árbol robusto. Ese pequeño me tiene loca, es ver una sonrisa suya y… —Suspiró—. Creo que los niños tienen la capacidad de hacer que los males del mundo desaparezcan con solo una mirada. Nunca imaginé que me gustasen tanto los bebés.

—Freyja se alegrará de tenerte cuando nazca nuestro sobrino.

—Sí, la acompañé al médico hace unos días, después de que me confesase que creía que estaba encinta. Y entonces supe que me había dado un verdadero motivo para volver a Luffgarden llena de ilusión.

—No te voy a juzgar, Cleo, comprendo que siempre te has llevado bien con la vizcondesa Bedford, y no cuestionaré que pases demasiado tiempo allí…

—Lo estás haciendo, Cali —le advirtió.

—Perdona, lo que quería decir es que te hemos echado de menos aquí, en Luffgarden. Charlize también, aunque no lo reconocerá con facilidad. —La relación entre Charlize y Cleopatra no había sido tan cercana como con el resto de las hermanas.

—Vi una salida para alejarme de aquí. Luffgarden me deprimía, estaba tan vacía sin nuestros padres… Cuando Theresa —era el nombre de lady Bedford— se casó con Collin… Bueno, ya lo sabéis, congenié muchísimo con ella y el hogar de los vizcondes era más refrescante. Luego llegó el pequeño James, un bebé adorable, y me enamoré a primera vista. Creo que me he reconciliado con lo que me hacía sentir Luffgarden, Freyja traerá vida y eso hará que me olvide de la muerte. Estoy lista para regresar y ayudar a mi hermana mayor en el camino de ser madre.

—Eso será si Charlize te lo permite —le dijo con una sonrisa.

—Tiene fácil solución, porque por lo que he escuchado, muy posiblemente Freyja no será la única que esté en estado de buena esperanza. Dos hermanas solteras para otras dos que podrían ser madres. Tengo entendido que has sido perversa, Cali.

—¿Charlize? —Seguro que su hermana pequeña se había chivado.

—Me lo contó todo, considera que entre hermanas no debe haber secretos.

—Pues ella guarda muchos —dijo bufando.

—Sí, por supuesto. Ella tiene su propio código, uno que incluye gritar y salir huyendo cuando algo no le agrada.

—Me ha ayudado mucho, Cleopatra. Nuestra hermana pequeña es más de lo que

aparenta. Aunque creo que no llegaríamos a conocerla verdaderamente aunque viviésemos mil años.

Cleo le sonrió. Luego miró a su hermana mientras suspirada.

—Me siento mal, Caliope.

—¿Por no tener a corto plazo tus propios hijos? —preguntó con el ceño fruncido.

—Oh, no. Charlize dice que el año que viene seré una mujer casada y que en un pestañeo me encontraré con un par de mocosos colgados de mis faldas.

Caliope se rio con fuerza.

—Deberías tener cuidado, me dijo algo parecido antes de ir a Londres, y ya ves lo que estoy a punto de hacer.

—¿Eres feliz?

Caliope suspiró.

—He alcanzado una meta a la que pensé que no llegaría nunca.

—Magnus.

—Sí.

—Es por eso por lo que te decía antes que me siento culpable, porque eres mi hermana mayor y no te he prestado suficiente atención.

—Freyja lo es —la rectificó, intuyendo por dónde iba a salir Cleopatra.

—Pero yo soy la que nació inmediatamente después de ti, la más cercana en edad, y debí haberme dado cuenta de que sufrías. Charlize es la pequeña y tengo la sensación de que ha hecho mucho más por las dos que yo, y ese debió haber sido mi cometido, no estar enamorándome del hijo de los vizcondes Bedford.

—Cada una de nosotras sintió de diferente modo la muerte de madre y padre. Freyja se refugió en nuestra educación, en sus libros, en estar a la altura para ser la heredera de nuestro padre, de todo lo que no estaba ligado al título —precisó—. Tú necesitabas una amiga y la encontraste en Theresa. Has descubierto, gracias al bebé de tu amiga, que deseas ser madre, así que tienes una meta también, en cuanto a Charlize… —Cierto que había sido un torbellino capaz de atormentar a todo el mundo, pero debía reconocer que se había desvivido por Freyja y por ella misma. Su hermana Cleopatra debería tener precaución, porque si a Charlize se le metía en la

cabeza que la siguiente en casarse sería la propia Cleo…

—Ella ha estado muy ocupada comiendo bombones —se rio Cleopatra al ver que Cali se había quedado callada.

—Adoro a Charlize —dijo con sinceridad.

—Yo también la amo, y espero que algún día pueda hablar con ella con la misma facilidad con la que lo hago contigo y con Freyja.

—Estoy convencida de que lo harás. —Se ahorró decirle que eso ocurriría antes de lo que Cleopatra presentía. En cuanto a Charlize se le antojase ir a Londres… solo le quedaba la compañía de Cleo. ¡Lo que podría salir de ahí si las dos no limasen asperezas!

—Entonces, ¿me perdonas por no haberme dado cuenta de que estabas loca, irrefrenable e irresistiblemente enamorada de Magnus Robinson?

—Parecen las palabras que diría Charlize.

—Son solo unas cuantas de las que empleó para definir tu relación con Magnus.

—¿Te sermoneó mucho? —preguntó, adivinando la respuesta.

—No más de lo que mereciera.

—Lo siento, Cleo.

—¿Me pides disculpas tú a mí, cuando soy yo la que lo acaba de hacer contigo?

—No hay nada que perdonar.

—¿Me merezco un abrazo?

—Los que quieras.

Caliope abrió los brazos y las dos se fundieron en un sentido abrazo fraternal.

—Te quiero muchísimo, Caliope, y aunque no me haya dado cuenta de cómo te sentías con Magnus, de que sufrías, te prometo que voy a estar muy atenta, y si él hace algo que te moleste lo decapitaré.

Se volvió a reír con la ocurrencia.

—Parece algo como lo que diría Charlize.

—Char dijo que le cortaría un apéndice que él echaría mucho de menos.

—¡No dijo eso!

—Lo que no entiendo es de dónde saca todas esas impropiedades. ¡Con lo correctas que somos todas! —Cleopatra se echó a reír ante la ironía, dado que ninguna de las Archer era una dama común, y un segundo más tarde se le unió su hermana en la risa.

Se separaron y se miraron con adoración.

—Dices que has vuelto a Luffgarden para quedarte. ¿No estás triste ya, Cleo?

—Tu boda me ha hecho venir a casa, Freyja me ha dado un motivo para quedarme —eso era el embarazo— y espero que Charlize no acabe ahuyentándome con una de sus rabietas.

No hubo tiempo para más confidencias, sonó un golpe en la puerta. Caliope dio permiso para que quien fuese se adentrase en su habitación.

Magnus Robinson, impecablemente ataviado con un elegante traje de seda azul zafiro se presentó ante ellas. Cleopatra se apresuró a salir para darles cierta intimidad.

—No tardéis demasiado, os esperaremos abajo —dijo antes de esfumarse la otra hermana.

Se quedó parado en la puerta sin poder dar un paso. Ella era el sueño de cualquier hombre e iba a ser suya. De acuerdo, ya la había hecho suya, pero después de que el vicario hiciera legal la unión, ya nadie se la arrebataría. Era preciosa. Indiscutiblemente hermosa, pero más allá de su apariencia, era leal, era honesta, dulce, grandiosa. La amaba con locura.

En opinión de Magnus la vida le debía mucho, y al haberlo unido a Caliope estaba comenzando a resarcirlo por todo lo malo que soportó antes de conocerla.

Por su parte, la joven lo miraba desde su posición. La hacía sentir sublime, pero lo que en verdad necesitaba era otro tipo de seguridad, una de índole emocional, no carnal.

—No soy un bollo, Magnus —lo llamó al orden.

—¿Qué? —Él se había perdido algo mientras la examinaba. No podía pensar con claridad viendo a esa Venus.

—Parece que vas a comerme, y no soy un plato de comida.

—Lo siento —se lamentó avergonzado.

Ella apretó los labios. Él no comprendió lo que había podido molestarla.

—Si dejas de ofrecer disculpas a cada paso, tal vez yo logre no molestarme con facilidad.

—¿Qué? —Tuvo la tentación de darse la vuelta para no mirarla, porque igual de ese modo podría seguir la conversación.

—Déjalo —musitó derrotada—. ¿Qué es lo que quieres?

—Cierto, yo venía… —No le salían las palabras.

—¿A darme un bocado? —La miraba como si él fuese un lobo y ella un trozo de chuleta.

—¿Qué? —¿Quería que la mordiese? Ese pensamiento lo hizo ponerse duro como una piedra. ¡Dios, cuánto la deseaba!

—Estabas a punto de decirme lo que necesitas de mí.

—Sí, sí. He venido a ver si estabas bien. —Tenía un discurso preparado más elaborado, pero no lograba dejar de admirar su piel lechosa, ese vestido que hacía que el nacimiento de sus pechos… Y luego estaba ese pelo dorado como si hubiese sido cosido por los dioses.

—Perfectamente —dijo de inmediato con rigidez.

—Ciertamente lo estás… —susurró. Caliope lo escuchó y refunfuñó algo que él no pudo escuchar. Se concentró en los ojos de su inminente esposa. No estaba contenta—. ¿Estás molesta?

—¿Acaso te importaría?

—Por supuesto que sí.

—Bien. No, no estoy enfadada.

—No he usado esa palabra. —En verdad él estaba pensando en si el escote le estaba apretando o los zapatos eran demasiado ajustados y de ahí que estuviese molesta. No imaginó que pudiese estar enfadada.

—No estoy irritada —se rectificó de inmediato—. Nos esperan, será mejor que acabemos con esto —señaló, al tiempo que comenzaba a caminar. Cuando pasó por delante de él, Magnus la atrapó, haciendo que tuviese que detenerse. La tenía sujeta por el brazo.

—Llevas años persiguiéndome sin parar. Al fin has conseguido lo que te proponías. ¿Por qué demonios estás enfadada, molesta e irritada? —Era evidente que Caliope estaba las tres cosas al mismo tiempo. Tal vez más que eso, porque la mirada que le estaba ofreciendo… Magnus se miró el torso, con la finalidad de comprobar que no estaba sangrando, porque ella lo hubiese podido herir con las dagas que le salían por los ojos.

—Esta boda puede cancelarse de inmediato, te lo aseguro —razonó ella con severidad.

Magnus sintió que el corazón se le encogía. ¡Qué sensación tan extraña! ¿A qué se debía? ¡Pánico al imaginar que Caliope se negase a casarse con él!

—Estás loca si crees que puedes salir de esto.

—Ah… salir de esto. ¿Qué es esto, Magnus? —preguntó Cali, al tiempo que se desembarazaba de su agarre con tirantez.

Él le permitió alejarse un poco.

—Nuestra boda.

—Una boda que lamentas.

—Sí —afirmó sin dudarlo. Por supuesto que lo hacía. No era así, a toda prisa como ella merecía celebrar sus esponsales.

Ella tragó saliva y se mantuvo indiferente. El daño había sido grande, pero después de todos esos años, estaba acostumbrada a que él la hiriese sin sentir remordimiento.

—Lo mismo opino yo —dijo, tratando de que no le saliesen las lágrimas como un torrente incontrolable.

Claro que ella estaba disgustada. ¿Cómo no lo vio antes? El sueño de toda joven era casarse en una gran iglesia y como hija de un conde tal vez hubiese deseado hacerlo en la ciudad, con multitud de invitados, no en el campo con tan pocos testigos. ¿No podía hacer nada bien por ella?, se preguntó desesperado Magnus.

—Lo siento. —¿Qué otra cosa podía decir después de romper sus ilusiones de ese modo?

—Si ofreces una disculpa más, te mataré. —No sabía cómo, pero lo haría.

—Y si me matas te besaré —se le ocurrió decir para ver si así la alegraba un poco.

Ella lo miró con una molestia todavía mayor. Él frunció el ceño. Había hecho una pequeña broma. Comenzaba a preocuparse de verdad con la reacción de su esposa.

—Vamos antes de que esto no tenga solución. —Cali volvió a pasar por delante de él, para tratar de salir por la puerta. Magnus la retuvo una vez más.

—¿No quieres casarte conmigo? —Se veía como si fuese a abandonarlo en cualquier momento. No lo entendía. Cierto que se había portado muy mal cuando la poseyó en un jardín oscuro, también era verdad que le había negado una boda llena de boato, y luego estaba eso de que la había apartado de su lado una y otra vez, haciendo incluso que creyese que tenía una amante… También lo encontró con Violet a solas en su casa. ¡Cielos! ¡Claro que Caliope no desearía casarse con él!

—Eres tú el que ha dicho que lamenta lo que vamos a hacer.

—¿Te refieres a la boda? —preguntó con el ceño fruncido.

—Magnus, no quiero discutir más. Vamos a bajar. —Estarían todos en la planta baja esperando a la pareja.

—He dicho que lo lamento, y mucho, Caliope, porque no es así cómo merecías un cortejo o casarte. Debí haberte adulado con flores y bombones, aunque Charlize te los hubiera robado a la menor ocasión. Las amonestaciones tendrían que haber sido leídas… Y por descontado no tenía que haber sucedido lo que ocurrió en aquel jardín oscuro. Fui un bruto insensible. Siento haberte privado de tanto, pero vas a casarte hoy conmigo. —Esa última parte la dijo con solemnidad.

Ella lo miró con atención. Se veía, por primera vez en mucho tiempo, sincero, con una mirada vidriosa. La joven comenzó a repetir las palabras de él una y otra vez en su cabeza. Hilando fino sobre lo que dejaba entrever entre líneas.

—¿Lo que lamentas no es el resultado de lo ocurrido, sino cómo ha ocurrido? —se aventuró a inquirir.

—Llevo mucho tiempo creyendo que merecías a alguien mucho mejor que yo. Era un marqués arruinado, no solo en lo que se refiere a fortuna, es mucho más que eso, y tú eres…

—Soy la hija de un conde, hermana de una condesa —resumió ella al ver que Magnus se quedaba callado.

—Sí. Traté de ser noble contigo, de echarme a un lado. Lógicamente no lo he conseguido, y no bastante con haberte poseído de un modo intolerable, te he obligado a casarte conmigo a toda prisa. Yo no soy bueno para ti, Caliope, pero soy incapaz de resistirme a ti. No te dejaré escapar de lo que he provocado. Si quieres anular la boda, no te lo permitiré.

Ella se obligó a no sonreírle y a demostrar que esas eran las palabras que deseaba haber oído hacía mucho.

—¿No lo permitirás?

—No.

—Te muestras muy seguro.

—Y tú has cambiado tu actitud, ya no parece que quieras matarme. —Ella podía estar seria, pero la conocía muy bien, tan bien como para darse cuenta de que no estaba enfadada ya.

—No apuestes todo tu oro, pirata —lo retó.

—Esa es otra cuestión lamentable.

—¿A qué te refieres?

—A tu dote. Creo que estás al corriente, Ross me la entregó hace unas semanas. Charlize urdió un plan y… No solo yo me consideraba inferior a ti en muchos aspectos, Cali, sino que no me porté bien contigo y además me han dado tu dote sin que se hubiese oficiado el matrimonio. No soy un cazafortunas ni un aprovechado, y pese a ello, me siento como si lo fuese.

Había tantas cosas mal en el razonamiento que estaba desarrollando Magnus, que Caliope no sabía por dónde empezar a aclarárselas.

—Te preguntaré una sola cosa, con una respuesta honesta me conformaré.

—Hazla. No te mentiré nunca.

—¿Me quieres?

—Sí, más que a mí mismo —respondió

—Entonces con eso me basta por ahora.

—¿Por ahora?

—Sí.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho.

—No puedes decir algo así y luego dejarme a oscuras, Caliope.

—¿Por qué no? Tú llevas más de seis años haciéndolo —apuntó.

—Supongo que me lo merezco… —musitó él.

—¿Podemos ir a casarnos antes de que todos piensen que tenemos problemas?

—Tenemos problemas, Caliope —la ilustró él.

—¿Sí? No me había dado cuenta, Magnus —ironizó ella—, aunque es reconfortante oír que lo admites.

—¿Nos estamos volviendo a pelear? ¿Justo antes de nuestra boda? —Menudo momento había elegido ella para sacar a flote todo lo que llevaba tiempo callando.

—Eso parece. —Suspiró y se tocó la frente.

—Si tienes dudas… —comenzó a decir él inseguro.

—¿No has dicho hace un momento que no iba a poder escapar?

—Son cosas que decimos los hombres para reafirmarnos en las inseguridades, Cali… Te juro por mi miserable vida que no quiero que seas infeliz. Nunca lo he querido y no estaba seguro de ser suficientemente bueno para ti.

Ella lo miró con ternura. Se veía realmente abatido. La muchacha le puso una mano en la mejilla. Él colocó la suya sobre la de Caliope.

—Te creo.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó en un susurro temeroso.

—Por fin me lo has preguntado, Magnus.

—Lo siento.

—¿Otra disculpa más? —preguntó, pero esa vez con una sonrisa.

—Todo lo hago mal cuando se trata de ti.

—Quiero casarme contigo, Magnus. Lo he deseado desde que te vi, pero tenemos

muchas cosas de las que hablar.

—¿Podemos hacerlo después de casarnos?

—¿Tienes miedo de que finalmente salga huyendo?

—Me aterra muchísimo esa posibilidad. Temo que te des cuenta de que no valgo nada y te marches con otro en cualquier momento.

—Si opinas eso, definitivamente no me has estado prestando la suficiente atención.

—Tú… ¿me quieres?

—¡Aún lo preguntas! —exclamó indignada.

—Bueno, yo tenía muy claro que me idolatrabas…

—Yo no diría tanto —protestó.

—… pero después de decirme que no sabías si casarte conmigo… —siguió él, sin hacer caso a lo que ella puntualizó, pese a haberla escuchado.

—Dejemos dos cosas claras, y a partir de ahí seguimos con la boda.

—¿Qué propones?

—Tú me amas, y yo te amo.

—Sí. Eso es así. Indiscutible por mi parte.

—Y por la mía también, aunque quisiera haberte azotado en el pasado y sospecho que también lo querré en el futu…

No la dejó continuar. Magnus acortó la poca distancia que los separaba y la besó tiernamente. Un primer contacto tentativo para luego proseguir con un beso más profundo, donde la lengua masculina buscó conquistar la cavidad femenina.

Precisamente así fue cómo los encontró Charlize cuando subió a la habitación de su hermana para afanarlos a ponerse en marcha.

—¡Dios mío! —los interrumpió la pequeña de las Archer—. Lo hacéis todo al revés y dos veces por si fuera poco. —Se quedó pensativa—. Bueno, dos que yo sepa, la del jardín y esta, aunque puede que hubiera habido más. —Buscó la mirada de Caliope y le sonrió abiertamente—. Y yo que pensaba que no sabías cómo ser malvada… ¡Retozar justo antes de

casarte, ni yo hubiese sido tan atrevida! —exclamó llena de picardía, al tiempo que le guiñaba un ojo.

—¡Solo ha sido un beso! —se defendió Caliope con las mejillas encendidas.

—Tu hermana estaba amenazando con azotarme y he tenido que tomar cartas en el asunto, recordándole lo bueno que sería hacer todo lo contrario…

—¡Magnus! —lo regañó, para después darle un pequeño codazo en el torso.

—En cualquier caso —tomó la palabra Charlize—, si no queréis que Freyja os ofrezca un espectáculo mayor del que yo misma hago cuando me irrito, y os aseguro que Aidan me ha confirmado que desde que está embarazada nuestra hermana es más letal que yo, sería conveniente bajar. Entre otras cosas porque Ross ha insinuado que sería interesante coger su fusil militar por si Magnus tiene intención de hacer algo incorrecto, como no casarse.

Robinson comenzó a reírse sin tregua. Charlize y Caliope se miraron la una a la otra con el ceño fruncido sin comprender ese estado de ánimo del marqués.

—¿Por qué se ríe? —intervino Charlize.

—No tengo la menor idea. Freya en su estado natural es bastante protectora y belicosa, y Aidan es bastante formidable cuando se pone serio. Yo no me reiría de ninguno de los dos si fuese Magnus.

Él las miró a las dos con la sonrisa todavía asomando en su rostro.

—Lo que me hace gracia es que Ross crea que podría obligarme a hacer algo que yo no quisiera, porque ni a punta de fusil, pistola, espada, florete, ballesta, cañón…

—¿Va a recitarnos toda la lista de armas bélicas que existe? —le preguntó Charlize a Cali, arrugando la nariz en señal de desagrado.

—Eso mismo estaba pensando yo. ¿Magnus, nos casamos de una vez?

—Por supuesto. Y lo hago porque lo deseo, porque quiero pasar el resto de mi vida contigo, no porque nadie me obligue a nada —le aclaró.

En ese instante en el que los tres estaban a punto de iniciar el recorrido hacia el lugar donde la familia los esperaba, se presentaron en la estancia Freyja, a quien se le comenzaba a notar tímidamente el embarazo porque comía más de lo que lo hacía la propia Charlize, el conde de Ross y Luff, y Cleopatra.

—Solo nos falta el vicario para poder oficiar la ceremonia aquí —susurró Caliope

sin que nadie la escuchase.

—¿Hay algún problema? —se interesó Freyja, quien miraba con cara de pocos amigos a Magnus.

—Todo lo contrario. Tu hermana, es decir, mi prometida e inminente esposa, estaba cantando alabanzas sobre mí y por eso se nos ha hecho un poco tarde.

Caliope bufó.

—Lo que ha sucedido es que, por un instante, tal vez un poco más de un instante, he pensado en huir a Júpiter y no casarme con él.

—¿¡Qué más le has hecho a mi hermana!? —inquirió Freyja como si fuese un vendaval—. ¡Porque estoy dispuesta a odiarte con todas mis fuerzas, Magnus Robinson, y te juro que como no cumplas con tu deber y ames durante toda la eternidad y más allá a Cali, te mataré, te enterraré, te reviviré, te volveré a matar, te volveré a enterrar y seguiré así hasta que me canse! ¡Cuánto odio que me hagan enfadar! Me voy abajo, si en menos de treinta segundos no estamos de camino a la vicaría, os mataré a todos después de gritar mucho más que ahora. —Con lo espetado, Freyja Archer, condesa de Ross y Luff se dio media vuelta y se marchó dispuesta a cumplir lo que había manifestado.

Los que allí se quedaron estaban atónitos.

—Os avisé, es mucho peor que yo —intervino Charlize haciéndose eco de lo que pensaban todos—. La suerte que tenéis es que volverá a su estado natural en cuanto de a luz.

—Mientras que tú serás tal y como eres para siempre —le dijo Cali.

Aidan carraspeó.

—Será mejor que no la hagamos enfadar más. Soy yo el que duerme con ella, y sobre mí caerá la culpa pese a que no tengo nada que ver en el retraso de esta boda que debería haber empezado hace media hora. —El conde comenzó a descender las escaleras a toda prisa.

Lo siguieron Magnus y Cleopatra de cerca. Charlize cogió de la mano a su adorada hermana Caliope y se dispuso a bajar las escaleras a su lado.

—Una vez te dije, antes de marcharnos a Londres, que cuando todo terminase esperaría una disculpa… ¿o era un agradecimiento? No lo recuerdo bien, pero sí que hablé de dos cajas de bombones. Puedo prescindir de lo primero, pero los bombones los voy a querer.

—Lo suponía, Charlize. Por eso los compré antes de regresar a Luffgarden y los tengo guardados en el armario, porque sabía que más pronto que tarde me lo ibas a recordar.

—Los tenías, Caliope. Los tenías.

—¿Cómo que los tenía?

—Te estaba costando mucho trabajo entregármelos, así que te ahorré el engorro de tener que venir a mí toda mansa y dócil con ellos y los cogí. Estaban riquísimos por cierto.

—Un día de estos vas a explotar —continuó conjeturando Cali mientras llegaban a la puerta principal.

Charlize agitó los hombros en señal de despreocupación absoluta.

—¿Y qué? Al menos moriré feliz, haciendo lo que más me gusta: comer bombones.

—A ti te gusta comer de todo, no solo bombones.

—Eso mismo.

—Lo que no entiendo es cómo mantienes la figura.

—Porque soy excepcional incluso para no engordar. Cambiando de asunto, hermana… ¿Crees que Cleopatra haría buena pareja con el viejo Sutherland? Está muy solo y creo que Cleo podría…

—¡Por amor de Dios, Charlize! —la interrumpió—. Has logrado que esta temporada yo me case, espera a la próxima para hacer de la vida de tu otra hermana un infierno.

Charlize le sonrió llena de inocencia.

—No te prometo nada, porque la idea de atormentar a Cleo y a Sutherland al mismo tiempo me llena de anticipación.

—No tienes remedio…

Unos pocos minutos más tarde, la familia estaba entrando en la vicaría, donde un hombre de Dios dio el visto bueno al matrimonio de Caliope y Magnus Robinson, marqueses de Moreland.

Magnus finalmente había hecho realidad un sueño secreto que no imaginó que fuese posible. El mundo era un lugar feliz. Nada ni nadie podrían ponerlo de mal humor nunca. Caliope era suya y Dios acababa de certificar su derecho sobre su esposa. La haría inmensamente dichosa. Ese sería su único cometido. Un esposo leal y devoto…

# Capítulo 9
# La conclusión más lógica

Estaba equivocado. Sí que podía ponerse del mal humor. De muy mal humor. Las circunstancias de su esposa lo habían logrado la noche de bodas.

La ceremonia fue sencilla pero preciosa. Tras los esponsales la familia se trasladó de nuevo a Luffgarden, lugar en el que se sirvió un fastuoso almuerzo y donde hubo un ambiente festivo de lo más alegre y cordial.

Los novios habían limado asperezas. Todo el mundo se dio cuenta de ello. Dado que la olvidada residencia de campo del marqués de Moreland no había podido ser acondicionada, tal y como le informó su madre cuando fue a verla aquella noche en la que las hermanas lo siguieron al acecho, la pareja había optado por residir temporalmente en la casa de los guardeses de Luffgarden, es decir, donde vivía Magnus Robinson. Se estableció de esa manera para poder darles a los esposos mayor intimidad, dado que todo recién casado necesitaba su propio lugar lejos del control familiar, y esa circunstancia no podía darse en la casa principal de Luffgarden.

Cali y Magnus lograron escaparse de la fiesta ofrecida para celebrar su enlace unas tres horas más tarde. Por descontado, el novio estaba ansioso por volver a disfrutar de su mujer. La novia estaba más nerviosa que otra cosa.

—¡Cielos! —exclamó lady Moreland en cuanto su marqués la aupó entre sus brazos.

—Es costumbre que el marido cruce el umbral de la puerta del hogar llevando a su esposa en volandas —le explicó Magnus.

—Pero esta no será nuestra casa.

—¿Te importaría mucho si nos quedásemos a vivir aquí para siempre? —inquirió mientras cruzaban el umbral de la puerta.

—En absoluto. Es un lugar muy acogedor, y me encantaría estar tan cerca de mis hermanas, en especial de Freyja ahora que pronto será madre.

—¡Quedémonos pues! —dijo emocionado Magnus.

—Tienes obligaciones con tu título.

—No las quiero —sentenció raudo.

—Es tu deber, mi amor —le recordó. Caliope, al igual que sus hermanas podían considerarse un poco asilvestradas… De acuerdo, muy asilvestradas, pero tenían un gran sentido de la responsabilidad. Así que tenía que ayudar a Magnus a recuperar todo lo que intuía que su padre había echado a perder, eso incluía las propiedades, los arrendatarios, y la reputación del propio marquesado de Moreland. De hecho, Cali se había propuesto disfrutar de su luna de miel durante un par de semanas, y su primera tarea después sería la de propiciar un acercamiento entre Magnus y su madre. Era terco como una mula. Ese sería su segundo propósito, averiguar la mejor forma de guiarlo para que pudiese llegar a ser un hombre excepcional, puesto que como ya era brillante, solo debía subir un peldaño más en la escala de sus grandes cualidades.

—Repite eso.

—Es tu deber.

—No, lo otro.

—¿Mi amor?

—Eso mismo. Creo que es la primera vez que te refieres tan cariñosamente a mí. Me gusta mucho.

—Como te decía, mi amor —lo premió— hay muchas personas que dependen de ti y tenemos que comenzar a restaurar tu título.

—Odio el título.

—¿Vas a contármelo?

—Prefiero hacer otras cosas. —Lord Moreland movió pícaramente las cejas de arriba abajo.

—Sobre eso… —comenzó a musitar Caliope.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —la interrogó al verla azorada.

—¿Me bajas al suelo para que podamos hablar?

—Estoy cómodo contigo en brazos.

—Es imposible que lo que dices sea verdad.

—Pensaba ir a la cama, solo te estaba dando un poco de tiempo para que te relajases en mis brazos.

—Creo que no vamos a poder ir a la cama.

—¿No? ¿Por qué no? ¿Prefieres probar algo más atrevido? Supongo que no debería sorprenderme tu petición dado que nuestra primera vez fue un auténtico desastre. Te prometo que en esta ocasión seré un perfecto caballero.

—Arruinaste por completo nuestro primer encuentro carnal —le dijo molesta.

—Lo sé. Te pido dis…

—Cómo escuche una disculpa, te juro que… ¡No sé lo que haré, pero no te gustará!

Él sonrió. Su marquesa era una fiera.

—Fui un bárbaro, Caliope. Tú eres mi princesa, tuve que haberme controlado y no avasallarte tal y como lo hice en medio de la nada, sin una cama, sin propiciarte la debida atención. Lamentaré siempre cómo llevé el asunto.

—¿Tú? ¿Solo interviniste tú en lo que hicimos?

—Yo soy el hombre, era mi responsabilidad haberte cuidado mejor, protegerte de mí mismo.

—Bájame al suelo, porque dado que no vamos a ir a la cama…

—¿No? ¿Por qué no? No será porque todavía no es de noche por completo, ¿verdad? —Él se había distraído desde la primera vez que escuchó esas mismas palabras y necesitaba una aclaración.

—Siento decirte que mi condición de mujer nos impide… —se quedó callada.

—¿Qué? —la azuzó para que se explicase.

—Nos impide hacer el amor.

—¿Qué? —repitió. No entendía nada.

—Te estoy diciendo que no es posible que intimemos —repitió.

—¿Por qué no? —No lo entendía. Encendido como estaba y ¿ella se iba a negar a darle paz? Estaba poniéndose de muy mal humor.

—Por mi condición de mujer.

—Tu condición de mujer, como lo llamas, es precisamente lo que hace que esté más que listo para demostrarte que no soy un inepto en las artes amatorias.

—Magnus… ¿No entiendes lo que trato de decirte?

—¿Es una especie de venganza por lo mal que me he portado contigo?, porque si es eso, te aseguro que me verás ponerme de rodillas e implorarte de inmediato.

—Está bien que admitas que no has sido bueno conmigo, porque me dejaste de lado todo el tiempo, pero no, no es eso.

—Caliope, será mejor que te expliques porque desde que te he besado esta mañana, solo he deseado chasquear los dedos, que pasase un segundo y estuviésemos casados para poder hacerte el amor como es debido.

—Me temo que hasta dentro de un par de días no podremos intimar

—¿Me cuentas el motivo de una vez? —Magnus estaba al borde de la desesperación.

—Estoy sangrando, esposo.

Él frunció el ceño. No entendía…

—¡Oh! —Por fin se dio cuenta de lo que le ocurría a su mujer. Vaya, las circunstancias de su esposa sí lo acababan de poner de muy mal humor. ¡Precisamente en su noche de bodas!

—Lo siento.

—No quiero que te disculpes por ser mujer.

—¿Estás enfadado?

—Desde luego que no. Aunque sí un poco frustrado, deseaba tanto… ya sabes.

—Yo también. Ahora… ¿me bajas para que podamos aclarar un par de cosas?

Magnus la seguía sosteniendo entre sus brazos desde que habían entrado en la casa.

Caliope sabía que debía estar agotado.

—Nos sentaremos, pero no tengo ganas de hablar. ¿Se me permite besarte?

Caliope se acercó a él y le dio un rápido beso en los labios, para después decirle:

—Te lo permito y lo exijo.

Lord Moreland buscó el sillón más cómodo que había en esa sencilla casa que había pertenecido al guardabosques y se sentó con su esposa en el regazo. Caliope se acomodó en un lugar que le pareció el paraíso, colocando su cabeza sobre el pecho de su marido. Escuchaba el latir de su poderoso corazón. Una melodía más deliciosa que la música de un gran teatro.

Magnus comenzó a acariciarle la espalda.

—Mi prima Violet sufría mucho durante esos días. ¿Tengo que hacer algo para que te sientas mejor? Ella tomaba un poco de brandy… Bueno, un poco no, pero era lo único que lograba adormecerla para… ya me entiendes.

—Tal vez mañana haya terminado del todo.

—No es eso lo que te he preguntado. Más allá de tener satisfacción a tu lado, quiero cuidarte.

Ella se sonrió. Era muy atento.

—Estoy bien, solo defraudada porque esta noche iba a ser especial.

—Lo será, si puedo besarte y tocarte un poco… Supongo que con eso nos tendrá que bastar a los dos.

—Podemos hacerlo después de hablar.

—Preferiría hacerlo al revés.

—Freyja dice que un hombre no sabe dónde tiene la mano derecha cuando termina de… amar a su esposa. —Le pareció que la fórmula empleada para referirse a las relaciones maritales había estado acertada.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Quiero saberlo todo sobre tu familia. Pensaba que solo te quedaba tu madre, una persona a la que vamos a incluir en nuestra vida muy pronto, te guste o no —lo avisó—, y acabo de descubrir que tienes una prima.

—Lo de mi madre… Nuestra relación es complicada, pero me he propuesto hacerte feliz e intentaré contentarte con esa petición, por lo menos puedo prometerte que haré lo posible por relacionarme con ella y ser civilizado. En cuanto a mi prima Violet, la viste antes de marcharte a Londres. —Ella se separó para mirarlo con una pregunta dibujada en el rostro—. Era la dama con la que me sorprendiste hablando aquí mismo, te dejé pensar que era algo más, pero solo se trataba de Violet. ¿Lo recuerdas?

—Sí, Magnus, recuerdo aún el sabor que me dejaron los celos cuando te vi tan cercano a ella —dijo con un mohín.

—Me gusta verte celosa. ¿Cuál es la siguiente cuestión que quieres averiguar antes de que vayamos a la cama?

—No podemos ir al lecho, ya te lo he…

—Pero puedo besarte, tocarte y por descontado, puedes hacer lo mismo conmigo —la cortó—. Prometo ser un vasallo muy leal.

—¡Oh! —le tocó exclamar a Caliope al darse cuenta de que no había previsto esa posibilidad. De pronto tuvo ganas de haber optado por ir a la habitación y luego hablar.

—¿Tendré suerte y habrás cambiado de parecer sobre lo de aclarar las cosas, mi amor? ¿Vamos ya a la cama? —Pareció haberle leído la mente. Ella negó con la cabeza.

—He pensado que estaremos unas dos semanas aquí, solos, sin complicaciones y que luego iremos a tu finca campestre…

—Moreland Camp —le aclaró el nombre de la finca.

—Iremos para ver el estado exacto en el que se encuentra. El dinero de la dote, nuestro dinero —le aclaró al ver que empezaba a bufar—, servirá para arreglar los desperfectos de la casa y luego veremos qué inversiones se necesitan para que las tierras sean fértiles, porque hay que recuperar a los arrendatarios, y si queda alguno allí, habrá que facilitarles las cosas.

—Lo tienes todo pensado.

—Lo cierto es que me has dado un propósito muy interesante. Si me lo permites, quiero ayudarte en todo lo que pueda. Siempre he sospechado que, pese a que eras orgulloso y terco, no serías de esos hombres que no tienen en consideración las observaciones de una esposa solo porque es mujer.

—Habrá mucho trabajo, el viejo desgraciado dilapidó todo cuanto tuvo. Tu ayuda es más que apreciada y bienvenida.

—Bien, imagino que como has abierto la puerta, sería conveniente hablar de tu padre.

—No, preferiría besarte… —Él se acercó para buscar los labios de su mujer. Ella lo frenó con suavidad, poniéndole una mano en el pecho.

—Pienso besarte por todas partes, Magnus, pero lo haremos en el momento oportuno.

—¿Todas? —preguntó riendo, sabiendo que ella mentía.

—Todo lo que se me antoje, incluido lo que imagino que estás pensando.

El humor lo abandonó para sentir un calor asfixiante. Seguramente ella no se refería a…

—Deberías tener cuidado, podría hacerte cumplir lo que acaba de sonarme a promesa, Cali.

—Encontré un libro muy interesante, con unos dibujos infames.

—¿Dónde?

—Sobre mi cama, justo antes de que vinieses a buscarme para ir a la vicaría. Alguna de mis hermanas debió dejarlo allí, tal vez Freyja, aunque no descarto a Charlize, su osadía es… En fin, ha sido bastante ilustrativo y estoy dispuesta a dejar de lado mi pudor o vergüenza… Aunque por otro lado no tengo mucho de las dos cosas, porque he vivido en el campo, y sé cómo se crían los animales.

—Caliope… —El nombre de ella le salió como una súplica ahogada. Estaba ansioso de llevarla al dormitorio.

—Sí, cierto, me estoy desviando del asunto. Tu padre, lo has llamado desgraciado, un apelativo por el que un hijo no debería dirigirse a su progenitor.

—Pero el mío lo era —dijo con rabia.

—¿Es muy doloroso lo que te hizo?

—Palizas —desveló con desgana—. Le gustaba ofrecer disciplina sin motivo alguno.

—¿Cuántos hermanos tenías? Creo recordar que dijiste que erais tres.

—Éramos tres, sí. No nos llevábamos demasiado bien, ni el odio por nuestro maldito padre logró unirnos. No había felicidad en mi vida, Caliope. No la encontré hasta que llegué aquí. Paz. Se esperaba de mí, como tercer hijo, que me decantase por una vida en el clero, un puesto destacado en la iglesia… ¿Cómo podría creer en el paraíso si mi vida era un infierno? Me negué, siempre fui el más fuerte de los tres. Michael, así se llamaba mi hermano mayor, fue el que peor lo pasó, porque como heredero tenía que soportar la disciplina de mi padre más que el resto. Él, un día cayó enfermo y a las pocas semanas murió, a veces pienso que no quiso luchar por recuperarse, simplemente se fue desvaneciendo poco a poco hasta marcharse para siempre. Mi hermano David, al ser el repuesto, mi padre lo obligó a ir al ejército tal y como marca la sociedad que debe ser. Se quitó la vida, no podía tolerar más violencia de la que le había impartido mi padre. Lamenté la muerte de los dos, merecían haber encontrado un poco de luz, como yo he conseguido hacer. Tuve cierta satisfacción cuando el año pasado fui a ver a mi padre, pues me enteré de que agonizaba, y le dije que no pensaba seguir con el negro legado familiar. Yo era al que más despreciaba de todos, porque antes de huir, antes de llegar aquí, le di la paliza con la que había soñado. —Magnus escuchó un sollozo. Detuvo la narración—. ¿Estás llorando, mi amor?

—Claro que sí. No puedo imaginarme lo que has sufrido… —Se aferró a su abrazo y lo apretó con fuerza—. Magnus, te prometo que te haré olvidar los malos recuerdo, no sé si lo lograré, pero estoy decidida a que tu infancia sea un punto lejano en todos los recuerdos que vamos a construir desde ahora. Te daré toda la felicidad que se te negó, y no te obligaré a relacionarte con tu madre si eso te duele.

—Eres tan dulce, Cali… Pero soy un hombre fuerte. Es cierto que estaba tan roto que no quería apagar tu luz con toda mi oscuridad, pero creo que estos años pasados en Luffgarden han sido como un bálsamo. En cuanto a mi madre… Ella no se escapaba de las atenciones del desalmado y aunque yo no entendía cómo podía quedarse sin hacer nada cuando él usaba la fuerza sobre sus hijos… Finalmente descubrí que, si ella intervenía, él se ensañaba más. Nos destruyó a todos, Caliope. Mi padre nos destruyó —se reafirmó.

—Vamos a la cama, Magnus. Lo importante ha sido desvelado, si hubiese sospechado el trasfondo de tu situación, no habría insistido en hablar.

—Hazme olvidar la maldad, Cali, porque si en un principio me dije que yo no era bueno para ti, que tenía que alejarte como fuera, al fin me he dado cuenta de que eras la cura para mi alma y por eso no podía dejarte escapar.

—Te amo. Te amo tanto que algún día todo ese amor saldrá desbordado. —Magnus correspondió su sinceridad con un beso minucioso, destinado a exaltarla.

—¿Al dormitorio entonces?

—Siento que nos tengamos que conformar solo con…

—Ah, pero sospecho que será de lo más interesante lo que haremos, Cali. En especial cuando me quede desnudo y tengas que confirmar que no sientes vergüenza alguna mientras me besas por todo el cuerpo…

—¡Lo haces sonar…!

—¿Excitante? —la ayudó al ver que se quedaba callada.

—Una vez escuché a Aidan decirle a Freyja que entre marido y mujer todo estaba permitido. Acto seguido tuve que marcharme a toda prisa de la biblioteca porque intuía que se iban a poner cariñosos. —Aquello fue muy bochornoso.

Magnus aprovechó que Cali estaba rememorando un pasaje que seguramente desearía olvidar, y se puso de pie con su esposa en brazos. La pareja estuvo en la alcoba al instante siguiente.

—¡Qué considerado eres! —dijo Caliope llena de satisfacción al observar lo que tenía frente a sus ojos. Sobre la cama había unos pocos bombones, con unos pétalos de rosa adornando la colcha. Había tres ramos de flores decorando el resto de la estancia.

—No fue mi idea, me hubiese gustado ser el artífice, pero fueron tus hermanas las que asaltaron la casa para prepararlo todo. Solo me limité a abrirles la puerta principal y a prometerles que no vería lo que habían hecho hasta llegar aquí contigo. Debo reconocer que el ambiente es perfecto. Así debí haberte poseído la primera vez, en una cama como esta, rodeada de flores, por eso estaba tan molesto, Cali, porque merecías todo lo que tus hermanas nos han preparado.

—Lo que es un milagro es que Charlize haya sacrificado cuatro bombones por nosotros. —Esa era la cifra exacta que había sobre la cama.

Magnus se echó a reír porque conocía la afición de esa hermana al chocolate. La dejó en el suelo, se separó de su marquesa y se movió hasta la cama para meterse un bombón en la boca. Lo paladeó, para luego regresar hasta Caliope y comenzar a besarla.

—Uhm… Si mi hermana descubre lo agradable que es comer dulces cuando se degustan en la lengua del otro, tendremos problemas… —Estaba encantada con lo que acababa de hacer su marido. ¡Qué malvado!

Y fue todavía más canalla cuando la dejó anhelante, tras separarse de ella con brusquedad para comenzar a arrancarse la ropa. La rapidez con la que se quedó frente a ella como Dios lo trajo al mundo la dejó pasmada.

—¿Te vas a poner tímida? —se burló de ella.

La sentía inquieta mientras le miraba fijamente el pecho. Como si quisiera examinarlo a placer pero no se atreviese.

—Tienes muy poca ropa —observó muy tontamente, con las mejillas más encendidas de lo que lo estaba su propio marido.

—Tú demasiada. Veamos de lo que podemos prescindir para que puedas estar cómoda… No sé cómo funcionan las cosas cuando una mujer está… En fin… ¿qué debes dejarte puesto?, ¿las enaguas?

—Puedes desenvolverme por completo —le sugirió.

Él frunció el ceño.

—¿No se supone que debes tener algo para que la sangre…? —Qué conversación más incómoda hubiese sido esa en caso de no desear compartirlo todo con su marquesa.

—Lo tengo todo previsto. Ayúdame a desembarazarme del vestido.

Él comenzó a ejercer su labor como gentil doncella y cuando terminó de desnudarla, vio que ella había improvisado una especie de calzón más corto que le tapaba justo su sexo, las posaderas y parte de su vientre.

—¿Qué llevas puesto?

—Soy buena cosiendo, aunque no lo creas. Todas tenemos esto —dijo mientras le señalaba la prenda—. Es más cómodo y ajustado para sujetar los paños que usamos durante esos días tan incómodos. Aunque debo avisarte de que si eres un poco aprensivo... A veces se mancha debido al movimiento.

—Puedo convivir con todo lo que sea tuyo pese a no ser decoroso. Los hombres no nos violentamos al ver un poco de sangre. Ven aquí. Mi pudor es nulo.

Magnus le dio un pequeño tirón y la apresó entre sus brazos. Caliope se sintió desfallecer. Las grandes manos de su marido comenzaron a desembarazarse de las horquillas que habían sujetado su sofisticado peinado, de tal modo que un momento después, la larga melena rubia cayó en cascada para que Magnus pudiese sostener entre los dedos esas hebras de seda y oro.

—Me gusta estar así contigo, libre, amada, amándote —le confesó mientras él le acariciaba el pelo.

—Me gusta estar así contigo, satisfecho, amado, amándote, disfrutando de ti sin restricciones.

Bajó la cabeza y comenzó a besarla tiernamente al principio, pero los besos se iban haciendo cada vez más posesivos, más hambrientos, más necesitados. Los dos estaban fuera de sí.

Magnus se las arregló para llevarlos a ambos hasta el lecho, lugar en el que se tumbó boca arriba. Caliope deslizó la mirada sobre ese cuerpo duro, varonil. Su hombría destacaba sobre el resto, alzándose inquieta y furiosa sobre su vientre velludo.

—Creo recordar que hablaste de besar todo mi cuerpo… —la incitó.

—¿Está todo permitido? —coqueteó.

—Así es. Usa tu imaginación.

—No sé si sabré cómo hacerlo… bien. ¿Y si te hago daño?

Él se rio al ver lo preocupada que se mostraba.

—Creo que podré soportarlo. Vamos, demuestra lo que viste en ese libro perverso —la animó.

Caliope se sintió con más seguridad y se puso sobre su esposo. Comenzó a besar su cuello, pasando después por los pequeños botones que componían los pezones de sus pechos. Lo sentía estremecerse bajo su cuerpo y cada vez estaba más segura de lo que se proponía. Desplazó su lengua por el ombligo y no se detuvo solo ahí. Llegó hasta el lugar que ella pretendía examinar.

La virilidad de Magnus se veía palpitante, con una gota perlada sobresaliendo en la punta rosada. Caliope se humedeció los labios y sin pensarlo demasiado lo lamió.

—¡Dios, Cali! —se escuchó la voz de Magnus. Un delirio temeroso.

—¿No debo hacer eso? —preguntó sobresaltada. En el libro había un dibujo muy claro sobre lo que acababa de hacer.

—¡Hazlo, te lo suplico! —la urgió, al tiempo que le colocaba las manos sobre la cabeza para ayudarla a cumplir la misión.

Caliope se dejó llevar por las indicaciones silenciosas de su marido, pues cuando se metió su hombría en la boca, él comenzó a marcar el ritmo con el que debía succionarlo y lamerlo.

—¿Estás bien, Caliope? —le preguntó para saber si estaba siendo demasiado brusco.

—Uhm… —Eso le sonó a él como a un sí.

—Pon tu mano sobre mí y haz un movimiento de sube y baja sobre mi eje. Acompaña a tu boca, mi amor —le rogó entre gemidos.

Caliope se sentía poderosa, pese a que su situación era un poco precaria porque él llevaba la batuta, le parecía que era ella la que estaba completamente al mando. Dándole placer. Mucho gozo.

Su esposo era bastante exigente y ella deseaba demostrarle lo excelente que podía ser. Así que no protestó a medida que la hombría se iba introduciendo cada vez un poco más en su garganta. Pero de pronto, y de modo muy brusco, Magnus la sujetó con fuerza, para evitar que su boca volviese a descender sobre él.

—¿Qué sucede? —inquirió alarmada.

—Sucede que no puedo más, creía que sí, pero debo tenerte, ahora, mi amor, así que si no sientes un dolor intenso y te ves capaz, necesito hundirme en ti, hacerte mía como mi esposa. Mía. Por completo. Mía —reiteró.

Caliope se rio ante tanto alarde de posesividad.

—Te escucho y parece que haya dudas sobre que soy tuya.

—Caliope… Te necesito.

Dado que ella se había mostrado con humor ante sus palabras, consideró que no tenía dolores, por lo que procedió a intercambiar posiciones con su esposa.

La marquesa se quedó tendida sobre el colchón y él comenzó a besarla, mientras sus manos sostenían sus delicados senos. Lamió, succionó y jugueteó con toda la piel que se fue quedando bajo su lengua, en especial con esos ricos pezones enhiestos que se apretaban debido a su contacto.

—¡No te imaginas lo que ha sido la espera! Por fin puedo sentirme como un hombre al que su esposa amamanta solo para obtener placer. —A continuación, Magnus volvió a engullir el pezón derecho mientras con la mano acariciaba el otro.

Estuvo dispensando atenciones a los pechos de Caliope hasta que decidió que su esposa estaba lo suficientemente dispuesta para albergarlo.

—Magnus… —se quejó, cuando él dejó de adorar sus delicados globos.

—¿Puedo, Cali? —le preguntó, mientras sus manos sostenían la cinturilla de la

última prenda de ropa que ella tenía.

Le estaba pidiendo permiso para hacerle el amor del modo en el que se esperaba que un hombre tomase a su mujer. La conmovió… hasta que se dio cuenta de que ella no había terminado por completo con su ciclo mensual.

—No lo sé… —No estaba segura de si, en su estado, se podía llevar a cabo la acción que él se proponía.

—¿Te duele algo?

—Lo que me duele es la necesidad. Estoy ardiendo… Necesito… —La lujuria la tenía a un paso de gritar por la frustración.

—Entonces te lo daré.

—Pero…

—Confía en mí —la cortó—. Podrías estornudar y convertirte en una mocosa de la peor clase y no me importaría, porque encuentro maravilloso todo lo que tiene que ver contigo, todo lo que tú haces y produces.

Ella arrugó la nariz en señal de disgusto.

—¡Oh, esposo! Lo que dices es un poco…

—Dame crédito, mujer, solo estaba tratando de hacerte entender que nada más que tu bienestar me importa. Eres la perfección. Todo en ti lo es. No siento repugnancia hacia nada que tenga que ver contigo —le aclaró por si le quedaba alguna duda sobre lo que pretendía expresarle.

—Entonces, haz conmigo lo que desees. —Al fin le dio su bendición.

Magnus le quitó el pequeño calzón y le dio una breve mirada para ver si la cosa era muy… Pero no había más que una pequeña mancha de sangre marrón. ¡Eso no era nada!

Le separó las piernas con las suyas y procedió a apoyar su virilidad en la cálida vaina de Caliope.

—Si te molesta o te duele, me detendré de inmediato.

—Estoy bien, calma mis ansias, te lo suplico.

—Lo haré.

Con paciencia fue abriéndose paso en su interior. Obligándose a no acometer con fuerza y perder el control. La primera vez la había despojado raudo de su virginidad porque no sabía otro modo de hacerlo, pero lo que ocurría en esos momentos era diferente.

No dolía. Ella estaba segura de que sería un infierno, pero no, era agradable, excitante. Sentirlo dentro, percibir cómo su propio cuerpo iba abrazándolo… era exquisito.

Caliope se dejó ir. Olvidó el temor, cerró los ojos y salió al encuentro de su marido. La danza comenzó a ser intensa, ardiente, descomedida.

Susurros, gemidos, palabras de amor, otras incendiarias, todo valía en el arte de hacer el amor.

—Ven conmigo, Caliope, ven… y no tardes —le susurró, mientras la mano masculina se ponía sobre ese botón tan interesante que la hizo gemir todavía más fuerte de lo que lo había hecho hasta el momento.

—¡Síííií…! —La pericia de Magnus la catapultó al precipicio de la lujuria en un abrir y cerrar de ojos, de tal modo que su cuerpo se arqueó y comenzó a convulsionar. Casi al mismo tiempo en el que su marido lanzaba un grito agudo, justo antes de que su simiente regase el interior de su amada.

—¡Mi amoooooor! —gritó, mientras alcanzaba un éxtasis desbordante.

Juntos. Saciados, llenos de felicidad… Así terminaron en esa peculiar noche de bodas Caliope y Magnus.

Ella comprendió que su esposo no era demasiado puritano a la hora de los aspectos íntimos. Él se dio cuenta de que nada le importaría mientras su esposa estuviera a su lado y fuese feliz.

De ese modo comenzaba la vida en común de una pareja que había superado el pasado para dar paso a un futuro de lo más esperanzador.

Magnus Robinson tenía mucho trabajo por delante. Reconstruir un título en ruinas no iba a ser una tarea fácil, pero estar con Caliope le propiciaba una seguridad que lo hacía sentirse invencible.

El poder del amor era abrasador y poderoso.

# Epílogo
# La finalidad del amor

—¡Me han echado de la habitación! —exclamó Caliope, mientras se lanzaba a los brazos de su esposo.

Estaba a un paso del llanto. Cada vez que Magnus veía que el labio inferior de su marquesa se ponía a temblar, él ya sabía lo que tenía que hacer. Eso era prepararse para darle ánimos abriendo sus brazos para cobijarla.

—Es que no deberías haber estado allí —le recriminó el conde de Ross y Luff.

Caliope ladeó el rostro para mirar a la derecha, lugar en el que estaba el esposo de Freyja y le dijo:

—Te estás vengando porque yo misma te dije esas palabras exactas antes de que te empujase fuera de la habitación.

—Lo digo porque una mujer embarazada no debería ver a otra alumbrando —clarificó Aidan.

Esa mañana había sido frenética. Su esposa Freyja se había puesto de parto y lo primero que había hecho era encerrarse en la habitación con todas sus hermanas. Él había exigido estar apoyándola, pero Freyja no quería que la viese en la tesitura en la que intuía que acabaría. La negativa de Aidan a alejarse había hecho que su mujer claudicase, pero cuando su condesa tuvo el primer dolor fuerte y le apretó la mano hasta casi rompérsela, él había gritado más que ella. ¿Cómo su adorada y delicada mujer había desarrollado una fuerza sobrehumana?

Las Archer no tardaron ni dos segundos en despacharlo de la habitación donde pronto nacería su primer hijo… o hija, en cuanto empezó a lamentar el dolor de su maltrecha mano. Entre refunfuños, el conde le había recomendado a Caliope, quien estaba embarazada, que tal vez no debería estar allí viendo el dolor que soportaba Freyja, pues podría sentir pánico antes de tiempo. Esa hermana se rio en su cara diciéndole que ella era mucho más fuerte que todo eso.

—¿Qué ha pasado, mi amor? —preguntó con ternura Magnus, al tiempo que le acariciaba con una mano el vientre en el que su primer hijo crecía.

—He gritado más que Freyja al ver todo ese… Lo hice más alto incluso que Aidan, y Charlize me sacó de allí a empujones. Pero tenía un buen motivo para preocuparme. ¡Oh, Dios, Magnus! ¡Qué hemos hecho! No lo soportaré. Freyja es mucho más fuerte que yo y… estaba devastada, suplicando que todo terminase. ¡Ha sido horrible!

—Te lo dije —le advirtió el conde de Ross y Luff al marqués de Moreland, pues minutos antes de que apareciese Caliope por la puerta de su despacho, le había recomendado a Magnus que le impidiese a su esposa estar presente en el alumbramiento. El marido de Caliope había dicho que nunca se interponía en los deseos de su marquesa. El resultado de permitir que se saliese con la suya: ella estaba alterada y muy asustada.

—Freyja es valiente, tú también lo eres, mi amor —le decía Magnus, sin dignarse a responder a la observación del conde—. No puedo imaginar cómo de doloroso será el parto, pero te garantizo que la felicidad que sentirás cuando sostengas a nuestro bebé en tus brazos hará que lo olvides todo.

Caliope se separó un poco de su marido para mirarlo a los ojos. Magnus vio que las palabras espetadas la habían reconfortado.

—Tal vez a mí no me duela tanto…

Se escuchó una risa ahogada. Magnus miró al conde de inmediato para que no la inquietase más.

—Lo siento —se disculpó de inmediato Aidan. Era sabido que todas las mujeres pasaban por una agonía inmensa cuando alumbraban a sus vástagos.

La naturaleza era sabia. El conde de Ross y Luff se había dado cuenta de que para cuestiones trascendentales, las mujeres eran de mayor utilidad que los hombres. Aunque Aidan estuvo en el ejército y había visto verdaderas barbaridades, lo que estaba haciendo su esposa merecía el mayor de los reconocimientos. ¡Una pequeña persona estaba saliendo del cuerpo de su condesa! No podía imaginar a un hombre llevando a cabo semejante hazaña. Desde luego él pediría la muerte una y otra vez debido al dolor que intuía que sentía su valiente Freyja. Ella siempre había cuidado de todo el mundo, una guerrera fuerte y segura, y a pesar de que cuando se casó con ella se juró a sí mismo que Freyja no volvería a padecer jamás, no había sido capaz de privarla del dolor del alumbramiento. Se sentía inquieto e inútil. Al principio se había molestado mucho porque su esposa había ordenado que la acompañase la partera del pueblo y sus tres hermanas, pero en esos momento se alegraba de que Freyja tuviese tantos apoyos, porque él no sabía cómo ayudarla y sus tres hermanas habían estado a la altura… hasta que Caliope se dio cuenta de lo que le esperaba un unos pocos meses y se derrumbó, por supuesto.

—Cada mujer es única, así que un nacimiento creo que será diferente a otro, mi amor. Tu situación no sabemos cómo será, pero lo que sí que compartirás con tu hermana será la dicha de sostener a nuestro hijo cuando llegue a este mundo.

Las palabras de Magnus eran tan conmovedoras y esperanzadoras que Caliope se aferró a ellas.

—Tienes razón. Seguro que a mí no me dolerá nada en absoluto —dijo con seguridad.

Lord Moreland no había dicho eso exactamente, pero de nada servía aclararle la cuestión. Era mejor darle esperanzas.

Aidan ya se estaba preparando para emitir su juicio al respecto, pero una mirada del todo severa por parte de Magnus lo refrenó y optó por quedarse callado.

—¡Es un niño! —Charlize entró en el despacho portando las buenas nuevas.

—Sabía que Freyja me daría un heredero al primer intento —alegó con satisfacción Aidan—. ¿Cómo está tu hermana, Charlize?

—Maldiciéndote por lo que le has hecho pasar, pero adorándote por lo que le has dado.

Aidan se rio. Así de contradictoria había sido Freyja durante todo el embarazo.

—Iré a conocer a mi primogénito, Benedict Charles Andrews, vizconde Pemberton, y a felicitar a mi condesa por su valentía.

—¿Compraste la caja de bombones que te dije que Freyja querría? —le preguntó Charlize antes de que Aidan emprendiese el camino hasta la habitación.

—Sí, Charlize, compré cuatro, a sabiendas de que cada una de vosotras exigiríais un presente por mi parte, tú, la primera.

—Me quedaré con la mía y con la de Caliope.

—¡Charlize! —la regañó la aludida.

—¿Qué, Caliope? Lo hago por tu bien, estás inmensa y todavía queda mucho tiempo para que des a luz.

Caliope la miró con enfado, porque aunque era verdad y su peso había aumentado más que considerablemente pese a que no había llegado ni a la mitad de la gestación, su hermana

no tenía derecho a ofenderla de ese modo. En cualquier caso, Magnus decía que la encontraba perfecta y preciosa, así que la opinión que realmente importaba era la de su esposo. ¡Charlize era insufrible! En un momento la hacía desear abrazarla y al otro estrangularla. Ella no debería jugar con una mujer embarazada que tenía mucho cambios de humor… podría ser su ruina.

—¡Charlize eres una descarada! —le espetó Cali.

—Gracias —le respondió la otra.

—No era un cumplido —refunfuñó lady Moreland.

—Yo creo que sí, porque lo he tomado como un sinónimo de ser decidida y valiente. —La pequeña de las Archer se quedó un momento pensativa y luego añadió—: Lo cierto es que te conviene ser descarada, porque lo que te espera va a necesitar que te proveas de una tonelada de valentía.

—Bien —saltó el conde de Ross y Luff— iré a ver a mi condesa antes de que aquí se desate la guerra entre una dama embarazada y otra que no sabe cuándo callarse. —Dicho lo cual, Aidan comenzó a salir de allí a toda prisa.

Lo siguieron de cerca Magnus, Caliope y Charlize.

Cuando Aidan entró en la habitación, encontró a su condesa sosteniendo a la criatura como si nada hubiese pasado. Estaba perfectamente, limpia, calmada y sonreía todo el tiempo.

Se acercó y Cleopatra, que había estado junto a Freyja, le cedió el lugar. La partera se despidió, dado que su trabajo había concluido.

—¿Quieres sostenerlo? —le preguntó Freyja a su esposo.

—Es tan pequeño… No sé si sabré. —Se sentó en la cama, al lado de su esposa y esta procedió a acomodar al pequeño Benedict en los brazos de su padre. Los ojos de Aidan no tardaron en empañarse mientras observaba el milagro de la vida—: Seré un buen padre para ti, lo seré —se juró.

—Por supuesto que lo serás —dijo desde atrás Charlize.

—Charlize —la llamó Freyja— ¿puedes dejar que asuma mi papel de esposa? Porque te has adelantado, esa frase se la tenía que decir yo.

—Lo siento —se disculpó la hermana pequeña—, pero es evidente que elegiste bien, no creo que haya un hombre mejor que tu esposo y por lo tanto será un ejemplo grandioso para tu hijo. Aidan no tiene nada de lo que preocuparse.

—Ejem… —susurró Magnus, un poco celoso por la apreciación de Charlize.

—No te muestres celoso, Moreland, tú tampoco estás nada mal, de lo contrario no hubiese urdido todo un gran plan para que te casases con la adorable Caliope.

—¡Charlize! Yo creo que tuve algo que decidir en ese gran mérito que te cuelgas —observó la aludida.

—Por supuesto —dijo, pero Caliope supo que Char estaba siendo condescendiente y le había dado la razón solo para que se callase.

—Me has dado el mejor regalo que pude pedir —apuntó Aidan ajeno a la pequeña discusión que se mantenía en la habitación.

Freyja le sonrió.

—Tú me has hecho madre. Cuando te conocí no pensé que pudiese llegar a amarte. Menos que cada día lo hiciese un poco más. Eres el hombre de mis sueños, Aidan, te amo.

Para cuando el conde de Ross y Luff besó a su esposa, el resto de la familia ya se había esfumado. Habían visto al pequeño y era momento de permitirles a los orgullosos padres unos momentos de intimidad para que se regocijasen a su antojo.

Si hubiesen estado atentos, se hubieran dado cuenta de que Cleopatra Archer estaba llorando a mares antes de salir de la estancia. Sin embargo, mientras Magnus y Cali debatían sobre sus propios preparativos para la llegada de su bebé, Charlize sí se percató de que su hermana estaba afligida, así que le pasó un brazo por encima de los hombros.

—No te preocupes, la siguiente en casarte serás tú, Cleopatra.

—No sé si quiero casarme, porque depender de un hombre… Me gusta vivir en Luffgarden y tener la independencia que Aidan nos otorga, aunque confesaré que daría cualquier cosa con tal de ser madre.

—No se puede concebir sin un esposo, Cleopatra. La buena sociedad no aceptaría a tu hijo —le recordó Charlize.

—Lo sé. La bastardía es como tener la peste. Nunca le haría eso a mi hijo.

—Tendrás que casarte —repitió con seguridad—. Te conseguiré un marido la próxima temporada, ya verás —dijo con satisfacción—. ¡Lo vamos a pasar divinamente en Londres!

Entonces Cleopatra fue realmente consciente de que acababa de convertirse en el

próximo objetivo de su hermana pequeña y sintió el verdadero pánico abrirse paso en su interior.

¡Cielos!

Fin.

# Dama atrapa a Vizconde

Cleopatra

*Sarah Worth*

*«Los acuerdos nunca salen como uno los prevé.*
*La inteligencia y honestidad pueden resultar convenientes,*
*porque cuando el corazón desea,*
*la razón se nubla y el amor nace fuerte,*
*sin espinas, lleno de esperanza».*
**Sarah Worth.**

# Sinopsis

Lady Cleopatra Archer sabe que cuando a su hermana pequeña se le mete algo entre ceja y ceja, no hay nada ni nadie que la disuada. La endemoniada Charlize se ha propuesto que se case esa temporada, y por más que a Cleo le seduzca la idea, lo quiere hacer por sus propios medios.

Así que cuando Cleopatra se entera de que cierto caballero está buscando esposa, la hija del anterior conde de Luff no se lo piensa dos veces y se ofrece como voluntaria sin tomar en cuenta las implicaciones de su decisión. ¿El motivo? El hombre es correcto, sensato y con una reputación intachable. Y más allá de esas tres cualidades, a ella no le interesa ninguna otra cosa cuestión. Ni su aspecto, ni el hecho de que tal vez no llegue a enamorarse nunca.

La lista de exigencias de lady Cleopatra es corta, en realidad solo tiene un deseo: ser madre. Él acepta de inmediato dicho punto, de tal modo que un par de desconocidos se embarcan en un matrimonio acordado del que ambos no saben qué esperar.

El acuerdo se prevé sólido y sencillo hasta que todo se descontrole y dos corazones sean puestos a prueba.

Índice

**PRÓLOGO**
**CAPÍTULO 1**
**CAPÍTULO 2**
**CAPÍTULO 3**
**CAPÍTULO 4**
**CAPÍTULO 5**
**CAPÍTULO 6**
**CAPÍTULO 7**
**CAPÍTULO 8**
**CAPÍTULO 9**
**CAPÍTULO 10**
**EPÍLOGO**

# Prólogo

Hotel Gilmore, Londres, 1820.

Cleopatra Helena Archer llegó hasta la pequeña biblioteca que tenía el hotel Gilmore, donde tanto sus tres hermanas como ella misma habían logrado obtener alojamiento, y repasó los libros de las filas.

Se trataba de una exposición pobre donde había poco que fuese reseñable. Un ejemplar de Heródoto, el célebre historiador y geógrafo griego, llamó la atención de Cleopatra. Lo tomó entre sus manos y lo abrió por casi la mitad y se dio cuenta de que ese volumen en concreto hablaba de la conquista de Egipto.

Lo cerró y suspiró.

Había dejado a Freyja, su hermana mayor, en compañía del dueño del hotel, Joseph Ethan Gilmore, quien las había invitado a cenar después de tener un interesante desacuerdo con Freyja que quedó solucionado de inmediato.

Como siempre ocurría, su hermana menor, de nombre Charlize, se había metido en un lío impresionante por haber captado la atención de un indeseable al que las hermanas habían rebautizado como el Villano Rendow, un barón que había puesto en entredicho la reputación de esa hermana Archer que lo que mejor que hacía era comer bombones. La reputación de Charlize estaba en la cuerda floja porque la alta sociedad susurraba su nombre debido a un rumor que Rendow había propagado para forzar su mano.

Puesto que era la primera vez que las Archer transitaban por Londres y carecían de una residencia en la ciudad, habían tenido que recurrir a un hotel para hospedarse. Charlize, la pequeña había llegado hacía unos pocos días a Londres en compañía de su otra hermana de nombre Caliope, mientras que las otras dos hermanas, Freyja y ella misma, se quedaron en el campo. El escándalo de Char había hecho que Cleo y Freyja tuvieran que ir corriendo a la ciudad para ver qué ocurría, y como era un asunto delicado, la pareja con la que las otras dos hermanas habían llegado para disfrutar de la temporada las invitaron a marcharse de su hogar a toda prisa.

Así que las cuatro habían logrado que el gerente del hotel les ofreciese alojarse en el Gilmore y así no dormir en la calle.

Freyja era la mayor, la heredera de las posesiones no ligadas al título de su padre, el anterior conde de Luff, la encargada de velar por las hermanas pequeñas, incluida Cleo misma.

Freyja era dura, tenía veintiséis años y seguía soltera. No obstante, Cleopatra se dio cuenta de que el carácter de Freyja —temperamental y resuelto— lograba crear cierto interés entre el género masculino. El formidablemente apuesto señor Gilmore, el propietario de ese gran hotel en el que se encontraban alojadas gracias a la astucia de Freyja, era una prueba de lo dicho, dado que se le vio embelesado mientras había hablado con Freyja.

No era que Cleopatra tuviese celos de su hermana mayor, a fin de cuentas, a sus diecinueve años, ella no pensaba demasiado en caballeros, le preocupaba más encontrar un buen libro que la llevase por tierras antiguas, que narrase sucesos históricos únicos que habían desembocado en el mundo tal y como los pobladores de la Tierra los conocían. Si entre las páginas había algo de romance, la cosa se ponía más interesante, eso era cierto, pero no era indispensable que el manuscrito tuviese ese tipo de hilo prosaico para poder disfrutar de él.

Cleopatra se paró a pensar en su hermana Caliope, era la segunda Archer, la cual contaba con veinte años, y luego su mente se detuvo en Charlize, quien tenía dieciocho. En comparación con ellas tres —que solo se llevaban un año las unas de las otras— dado que Freyja era bastante mayor, Cleopatra debería sentirse contenta por el interés que dicha hermana había despertado en un hombre que se preveía muy interesante, apuesto y, sobre todo, muy inteligente. Si Joseph Ethan Gilmore había logrado crear ese hotel tan elegante era porque debía poseer una mente privilegiada.

¡Pobre Freyja!

Tan sola desde siempre…

Ese tutor que su padre, el difunto conde de Luff, había nombrado para que las guiase y protegiera no había dado señales de vida, así que la mayor de las Archer tuvo que ser el padre y madre de las otras tres más pequeñas. Las cuatro se quedaron huérfanas demasiado pronto.

Estaban solas.

El problema en el que estaba envuelta Charlize, era peliagudo, aunque Cleopatra no dudaba de que Freyja encontraría una solución. Freyja siempre lo hacía.

Cleopatra dejó el libro de Heródoto en su lugar y cogió uno de Jane Austen. Leyó el título *Persuasión*. Alguien le había hablado de ese libro alguna vez, tal vez fuese su hermana Caliope. Sabía que narraba las aventuras de una pareja que tuvo un apasionado comienzo, que se distanció y volvió a reunirse años atrás.

Ella deseaba casarse… Bueno, eso de casarse era importante porque adoraba a los niños y quería ser madre. Lo malo de todo el asunto turbio en el que se había metido Charlize al poner en entredicho su reputación, era que toda la sociedad de Londres la miraría con lupa. Las inspeccionarían a las cuatro con atención.

Era la primera vez que llegaban a la ciudad, no habían salido demasiado de Luffgarden —la finca de campo donde residían las cuatro—, y la primera vez que intentaban codearse con la buena sociedad… ¡Charlize lo estropeó todo!

—Ay, Charlize, Charlize, me pregunto qué hubieses hecho si en vez de haber sido tú la que nos señalase a todas, hubiésemos sido una de nosotras las que te arrastrásemos por el fango a ti —expresó en alto, sabiendo que la hermana pequeña habría gritado a todo pulmón y les hubiese escupido que las odiaba, tal y como solía hacer cuando tenía uno de sus grandes berrinches.

—No debería preocuparse demasiado, el rumor se acabará disipando en cuanto la sociedad encuentre algo más escandaloso que debatir. —Una profunda voz de barítono le llegó a Cleopatra desde atrás.

Ella se giró para ver al señor Gilmore. Ciertamente era un hombre impresionante. No era solo el aspecto físico, era su apostura, como si poseyese todo lo que sus ojos veían. Su seguridad era admirable. No debería estar sorprendida, después de todo Gilmore era un hombre de negocios acostumbrado a hacer su santa voluntad.

—Estoy segura de que Freyja lo arreglará todo como siempre hace —apuntó ella. Por más que la presencia del caballero la abrumase, Cleo no solía amedrentarse con facilidad.

La joven se fijó en el interlocutor que la miraba con seriedad. Se veía impresionante con un traje formal que acentuaba sus amplios hombros y cintura estrecha. Era más grande de lo habitual, más fornido y alto que el resto de los caballeros a los que conocía Cleopatra. En realidad conocía a uno o dos, pero el señor Gilmore no se les parecía en nada. Después de fijarse en la amplitud de su torso, Cleo llevó sus ojos hasta los verdes de él. No eran demasiado grandes, pero tenían un tono muy bonito. No desmerecía menos el color de su pelo, negro, se apreciaba bastante peligroso, así que el hecho de que Freyja le hubiese plantado cara cuando ingresaron las cuatro en el recibidor del hotel y él hubiera terminado claudicando para aceptar a cuatro mujeres sin compañía masculina, tenía mayor mérito.

A Cleopatra le gustaría tener el aplomo y valentía de su hermana mayor, o la ensoñación de Caliope, o incluso la tenacidad de Charlize. En cambio, ella solo sentía predilección por los libros. Nada en Cleo era admirable. ¿Así cómo llegaría a ser madre? ¿Cómo lograría conquistar a un buen hombre que le diese la familia con la que soñaba?

Suspiró bastante alto.

—¿Está pensando en el capitán Wentworth? —preguntó con un amago de sonrisa el dueño del hotel.

—¿Disculpe? —No entendía a quién se refería.

—La he escuchado suspirar y dado que tiene en su poder el libro de la señorita Austen, he creído que estaba recreando la historia. —Él señaló el libro que ella seguía manteniendo entre las manos. Así que Cleo se imaginó que se refería a uno de los protagonistas de la novela.

—En realidad no la he leído.

—¿Prefiere al maestro Shakespeare?

—La lectura griega me apasiona. La Ilíada es mi obra favorita —le desveló.

—Debí suponer que Aquiles sería más adecuado que el capitán Wentworth para una hermana Archer. ¿Son siempre así las cuatro? —preguntó sin darse cuenta de que estaba siendo demasiado familiar.

Ella se envaró. No estaba segura de si había condenación en sus palabras, dado que las cuatro eran demasiado resueltas y la sociedad no lo aprobaría.

—Tendrá que ser más concreto sobre a qué se refiere.

Él le sonrió.

—Usted y su hermana mayor son más parecidas que las otras dos. Hay algo en la expresión de sus ojos similar. E imagino que es usted decidida como lady Freyja.

—Podría decirse que comparto algo con Freyja. Como ha visto, la beldad familiar es mi hermana Caliope, y aunque Charlize no tiene su belleza, es tan coqueta que su actitud la lleva a pensar que está por encima de Cali, incluso de la realeza. —Él la miró con media sonrisa y ella se dio cuenta de que no había estado bien referirse así a su hermana pequeña. Charlize era peor que una tormenta destructiva cuando se enfadaba, pero Cleopatra no debería compartir con nadie sus suposiciones.

—Es usted franca también. Con el paso de los años perderá esa frescura. Las cuatro lo harán. En cuanto transiten por Almack’s, o ya no solo por ese club exclusivo donde las damas buscan marido, sino por cualquier salón de baile, estoy seguro de que la sociedad las hará cambiar y cuando eso ocurra, yo recordaré haberlas conocido tal y como llegaron.

—¿Cómo es eso? —inquirió ceñuda.

— Sinceras y refrescantes. Como un racimo de uvas recién cosechado de una vid, que hará un vino excepcional.

—Suena un poco salvaje.

—En absoluto. Están preparadas para lo que van a afrontar, pero no tan hastiadas como para mostrarse como se espera que lo hagan las cuatro hijas de un conde, que además tienen por tutor a otro noble con doble título y a otro protector que resulta ser un duque.

Cleopatra le sonrió. Era cierto que Freyja le había estampado en la cara al señor Gilmore su conexión con el heredero de su padre, el conde de Ross, quien además era también lord Luff, y con el mejor amigo de este, el duque de Sutherland. El señor Gilmore las vio a las cuatro en la entrada de su hotel, sin una escolta masculina, y decidió que le traerían problemas y trató de deshacerse de ellas, de tal modo que Freyja sacó la artillería para luchar contra él y a Gilmore no le quedó más remedio que permitir que se alojasen en su hotel. Freyja era algo así como una mamá oso que sacaba las garras sin importar las consecuencias. Gilmore no tuvo ninguna oportunidad frente a la mayor de las Archer y eso que se le veía tan fiero y peligroso… Y su boca era…

—Sus labios son hermosos —susurró Cleopatra, a causa de haberse quedado tanto rato mirando la boca pecaminosa de ese caballero.

—Un cumplido honesto —observó él.

—¿Qué? —Ella salió de su ensoñación. ¿Había dicho algo? ¿Expresó sus pensamientos íntimos en alto? ¡Por Dios, esperaba que no!

—Le daré un consejo, lady Cleopatra, por más que todo el mundo desee arrebatarle su frescura, nunca lo permita.

Le quitó con cuidado el libro que ella había logrado mantener entre las manos y lo depositó en la estantería. Luego se giró para observarla, un escrutinio que Cleo no supo cómo identificar. ¿La estaba viendo? ¿Realmente la veía por primera vez? ¿Estaría comparándola con Freyja?

—¿Se ha enamorado de mi hermana? —preguntó, sin que pudiese detener sus palabras.

Cleopatra se tapó la boca con ambas manos y cerró los ojos en cuanto se dio cuenta de lo que acababa de decir. Gimió en alto al darse cuenta de que también había hablado de los labios de un hombre. ¡Qué inoportuno todo! Lo sucedido era un castigo por haber estado pensando en que Charlize era un desastre. ¡Ella era todavía peor!

Sintió las manos del señor Gilmore sobre sus muñecas y abrió los ojos. Lo tenía

delante de ella, con una sonrisa dibujada en los labios.

—Lady Freyja es bastante formidable, pero siempre me he considerado un hombre sensato. Las hijas de un conde no están a mi alcance —reconoció.

—¿Por qué no? —¡Dios! Debería callarse y salir corriendo para no ponerse más en ridículo, pero no podía.

Él le acarició el dorso de las manos con el pulgar, sin ser consciente de lo que hacía, y Cleo sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Cerró la mano femenina sobre las masculinas, un gesto que le pareció natural, como si le estuviese demostrando que confiaba en él. Lo había conocido hacía tan poco… y en cambio, al mirarlo, era como si lo hubiese visto en otra parte, ¿en sus sueños tal vez?

Gilmore le apretó las manos, en una señal silenciosa de confianza mutua.

—Las cuatro están destinadas a hombres influyentes, honorables, que les pongan el mundo a sus pies.

—Los caballeros no me verán. Habrá un una horda de muchachas más encantadoras que yo, y en el hipotético caso de conseguir destacar por encima de ellas, estaré al lado de Freyja, Caliope y Charlize. No puedo competir contra tres hermanas que son inmensamente mejores que yo —dijo con pesar y mucha humildad.

—Si no te ven, serán unos necios que no merecerán tu atención —adujo prescindiendo de la formalidad.

Las palabras de él, aunque ella sabía que estaban destinadas a consolar, fueron dichas con tanta convicción que se le llenaron los ojos de lágrimas que no se llegaron a derramar. Él percibió su reacción, tiró de ella, tanto que la acercó mucho, hasta que sus muslos se rozaron, y le rodeó la cintura con el otro brazo.

Cleo sintió la calidez de la palma de la mano contra la espalda y se acercó todavía más al señor Gilmore, embriagándose de todo su calor y fuerza. Ella no se opuso ni quiso hacerlo, aun a sabiendas que estaba traspasando los límites de la buena conducta que una joven dama casadera no debería cruzar. Al sentirse rodeada por sus brazos, una sensación abrasadora la recorrió de la cabeza a los pies. Cleopatra estaba presa entre los brazos de un hombre, cautiva, y a pesar de ello, la sensación de libertad fue sublime, como si se hubiese cumplido una promesa. ¿Cuál? ¿A quién? Ella no lo sabía, solo era consciente de que era la primera vez que entraba en contacto con un cuerpo masculino y no quería retroceder ni negarse a ese placer que estaba sintiendo.

—Nunca me han besado —susurró, sin dejar de mirar al dueño del hotel a los ojos.

Cleopatra lo vio tragar saliva despacio. Levantó una mano y le acarició la mejilla. El momento era mágico. Ella estaba en el cielo.

—No soy digno de tal bendición, florecilla.

—Comprendo. —Todo acabó ahí. El dulce hechizo se rompió.

Cleopatra fue consciente del rechazo. Agachó la mirada y trató de desembarazarse de él. Si no ponía fin a la situación acabaría humillándose por completo. No obstante, Gilmore no le permitió salir de su abrazo.

—Perdóname, florecilla. No soy digno —repitió—, ni merezco lo que voy a recibir, en cambio… No puedo ni quiero resistirme.

Joseph Ethan Gilmore emitió un gemido de angustia antes de que su boca descendiese hacia la de Cleopatra.

La joven aceptó su beso al instante, entrelazó los dedos en su pelo y se deleitó con el roce de sus labios y la calidez de su boca. Su corazón se desbocó. Y todo se acentuó todavía más cuando se dio cuenta de que él no tenía suficiente de ella, porque llevó las manos hasta las caderas, y la abrazó todavía con mayor fuerza, como si pretendiese que ambos se fundiesen en uno solo.

Cleopatra estaba descubriendo lo que era el deseo que podía ofrecer un hombre, la delicadeza bañada con un punto de anhelo, pues él la estaba tratando como si fuese un preciado tesoro al que no debía lastimar.

Y no, no la defraudó.

Era su momento, su instante de satisfacción femenina, y estaba dispuesta a aprovecharlo, a dejarse seducir por él, porque confiaba en que pararía en el momento adecuado, aunque no estaba segura de si ella podría detenerse, pues besar era delicioso. Sentir su boca moviéndose sobre la suya… ¡Qué maravilla!

Lo escuchó gemir y ella suspiró de plenitud.

—Dulce, tan dulce y prohibida… —musitó Gilmore sobre sus labios, para después pasar la lengua por encima de ellos—. Ábrete para mí, mi dulce florecilla —rogó.

Ella no lo entendía, iba a preguntarle qué era lo que deseaba, pero al desplegar los labios, la lengua masculina entró en su boca y al sentir la caricia tan íntima, tan impensable… Gimió. O tal vez había sido él, solo sabía que en el interior de esa biblioteca estaba sucediendo algo más trascendental que cualquier batalla pasada en la que estuviese en juego un imperio, reino o territorio.

Una dureza en la zona baja del vientre la incomodó y tuvo que separarse un poco de él. Ella imaginó que estaba sintiendo la pasión de un hombre, había leído lo suficiente como no ser tan ingenua, sin embargo, saberlo y sentirlo eran dos cosas muy diferentes.

Gilmore aprovechó el momento para separar su boca de la de ella. Se alejó con brusquedad, pero la mantuvo rodeada entre los brazos para evitar que ella pudiese caerse. Gracias al cielo por ello, dado que Cleo sentía las rodillas flojas.

—Lo siento, lo siento mucho —repitió—. No he debido… Yo… La soledad, el vino de la cena, tu aspecto… —Chasqueó la lengua al darse cuenta de que divagaba y luego compuso un semblante serio—. Esto nunca ha sucedido, lady Cleopatra. Le ruego que lo olvide. —No fue una petición, ella lo sintió como una orden de lo más formal.

La soltó entonces y en dos zancadas el señor Gilmore estuvo fuera de la biblioteca.

Cleopatra se llevó una mano a los labios. Los sentía hinchados por los besos. Parpadeó un par de veces para ver si… ¿Era un sueño? ¿El señor Gilmore había estado ahí con ella? ¿La había besado hasta dejarla sin aliento?

Cerró los ojos y suspiró. Podía sentir en el interior de su boca el gusto de esa diabólica lengua masculina. Oh, sí. Vino, tal y como él había señalado. El licor podía adormecer los sentidos, pero él no había estado tan ebrio, ¿no? Parecía muy lúcido cuando llegó.

¿Qué significaba ese instante vivido?

¿Lo habría sentido él con la misma intensidad que ella?

Cleopatra Helena Archer tenía tantas preguntas, tantas dudas sobre Gilmore, y, sin embargo, todas quedaron contestadas con el paso del tiempo.

Dos años más tarde, allí donde Freyja y Caliope encontraron el amor, a sus respectivos esposos que las habían convertido en madres, ella sentía que se marchitaba.

Freyja era tremendamente feliz con Aidan Andrews, conde de Ross y heredero del difunto conde de Luff, mientras que Cali había logrado conquistar al hombre por el que siempre suspiró, Magnus Robinson, marqués de Moreland.

Charlize se había proclamado la casamentera de la familia, pues afirmaba que ella había logrado ambos milagros, y la siguiente presa en su lista era la propia Cleopatra…

¡Nada bueno podía salir de ahí!

# Capítulo 1

Londres, 1822.

Caliope Archer miró hacia el fondo del salón de baile. Su hermana mayor, Freyja, y su esposo, el actual conde de Ross y Luff —de nombre Aidan— se disponían a bailar un vals.

Freyja y Aidan formaban un matrimonio sólido, extremadamente feliz. Tan apegados estaban el uno y el otro, que ese baile que se disponían a comenzar sería del todo escandaloso. Los periódicos de la temporada se hacían eco de lo *demasiado* enamorados que estaban los condes de Ross y Luff.

La temporada pasada, Freyja no acompañó a su hermana Caliope hasta la ciudad, se quedó en el campo con su marido, pero como Charlize se metió en varios líos, tanto Freyja como Aidan habían decidido que, pese a tener un bebé que todavía no había aprendido a caminar con soltura, acompañarían a Cleo y a Charlize ese año. Con Cali casada, solo quedaban dos Archer listas para volar del nido.

A Cleopatra no le importaba contar con la supervisión de lord y lady Ross y Luff, lo que le molestaba era la presencia de Charlize. No era que se llevase mal con su hermana pequeña, solo ocurría que la endemoniada Charlize —tal y como la había apodado buena parte de la sociedad a instancias del duque de Sutherland— era una entrometida de primer orden.

Jugaba a ser una casamentera y Cleopatra no deseaba que se inmiscuyera en sus asuntos. Tanto Cleo como Charlize no habían sido demasiado cercanas en el pasado, aunque se amaban porque todas las hermanas Archer lo hacían —hasta el punto de que entre ellas podían llegar a descalificarse las unas a las otras, pero el resto del mundo no tenía derecho a opinar sobre su aspecto, educación o comportamiento.

Las Archer se defendían las unas a las otras a toda costa. Era una ley escrita universal.

Cleopatra bajó la mirada hacia su vestido de muselina perlado con puntillas en las

mangas abullonadas y en parte de la falda. Estaba elegante. Se llevó una mano al pelo para asegurarse de que su recogido seguía bien hecho, con los tirabuzones castaños sujetos. Lamentaba que no hubiese demasiada luz en el salón de baile porque uno destellos más potentes podían resaltar sus hebras más claras como el sol. Ay… si pudiese cambiar el color de sus ojos marrones lo haría por unos azules tan preciosos como los de Caliope, que era la segunda hermana Archer por orden de nacimiento.

Ser la tercera no era algo emocionante, porque si bien Freyja era la mayor, la que había llevado todo el peso familiar antes de conocer a Aidan, Charlize era la pequeña, y aunque Caliope era una más como ella, su belleza la había catapultado a lo alto de la escala de valor de las Archer.

Cleopatra era solo la hermana corriente, sin nada destacable. No importaba mucho que no fuese una hermosura cegadora, porque pronto iba a cumplir su sueño. ¿Cuál era su mayor aspiración? Tener un bebé. Desde luego lo haría dentro del matrimonio, así que lo primero era casarse, porque una mujer que tuviese un niño sin estar casada era repudiada y apartada para no hacer que el resto de las manzanas del cesto se pudriesen por asociación indebida.

De tal modo que, como cualquier joven casadera, Cleopatra estaba en Londres dispuesta a encontrar al hombre adecuado para casarse y formar una familia. Y aunque la molesta Charlize había estado muy pesada creando listas, dando sugerencias y nombrando a buena parte de los caballeros más elegibles, ella había logrado seguir su propio camino al margen de las ideas y ocurrencias de su hermana pequeña.

Había encontrado al hombre perfecto para lograr la felicidad eterna. Tenía suerte. Cleopatra era afortunada, pues mientras la alta sociedad ideaba uniones ventajosas sin amor, Freyja les había prometido que las apoyaría si encontraban el amor, aunque el caballero no tuviese título, fortuna y contactos.

Ah, pero Cleo había logrado todo lo que se esperaba que alcanzase una perfecta joven de buena familia como ella a los veintidós años.

Arthur Clancy, vizconde Lane, era un joven de veinticinco años, bastante apuesto, aunque no de esa forma tan evidente como lo sería un querubín. Era alto, delgado y su rostro irradiaba tranquilidad. Tenía los ojos marrones como ella y el pelo negro. Lo importante era que se trataba de un caballero respetuoso y muy bien educado que la hacía sentir especial sin necesidad de manosearla como había visto que hacían otros…

Cleo sacudió la cabeza para olvidar esos pensamientos poco productivos.

—¿Qué te molesta? —Su hermana Charlize, que había llegado hasta su ubicación, presenció el gesto.

—Estaba pensando en que Freyja y Aidan seguirán siendo la comidilla de todos

mañana —improvisó.

—Bah, la sociedad teme lo que no puede comprender.

—¿Qué significa eso?

Charlize la miró con media sonrisa, echó mano de su retículo y sacó un bombón que tenía envuelto en un paño de lino.

—¿Quieres?

—Solo tienes uno, Charlize. ¿Vas a compartirlo? —No era propio de su hermana hacer algo semejante.

—Por eso te ofrezco la mitad.

—¿No te cansas del dulce? —preguntó Cleo.

—Eso sería como preguntarle a Freyja si se agota al amar a Aidan.

—Ya… tu relación con los bombones te hará ponerte como una ballena. No creo que a Freyja le oprima la ropa por comerse a Aidan…

—¡Vaya! ¡Cuánta picardía, Cleopatra! —Charlize le guiñó un ojo.

—¡No me refería a nada indecoroso y lo sabes! —se quejó la hermana más mayor de ambas.

—No hace falta que te sonrojes. Sé que no podrías ser malvada ni aunque lo intentases con todas tus fuerzas.

—Char, lo dices como si eso fuera algo malo.

—No acortes mi nombre, sabes que no me agrada cuando lo haces. Y no, no me refería a una maldad mala.

—La palabra maldad no tiene otro significado. Es el mal, no hay más.

—Hay maldades que son buenas.

Cleopatra suspiró al darse cuenta de que su hermana menor se había tragado el bombón y ella ni tan siquiera le había dicho si quería la mitad. Charlize no era de naturaleza egoísta… Bueno, no le gustaba demasiado compartir, y cuando se trataba de chocolate era como su tesoro más absoluto, así que debería estar contenta de que le hubiese ofrecido una porción de

su preciado bombón, aunque Cleo dudaba que en verdad lo hubiera compartido con ella.

—A ver, Charlize, has venido hasta aquí hablando de que la sociedad condena lo que no entiende, luego has sacado uno de tus dulces y tu mente ha comenzado a divagar. ¿Querías algo en especial?

—Cierto, cuando he aludido a que la sociedad condena lo que no entiende, me refería al amor. No pueden soportar que una unión se base en el cariño, en la devoción, porque todo lo que no se establezca en base a conexiones y una gran fortuna les asusta. Freyja y Aidan demuestran a su paso que el amor es más importante que cualquier otra cosa, y eso no está bien visto.

—Estás esta noche muy sentimental, Charlize.

La pequeña de las Archer le sonrió.

—Es el chocolate. Los bombones que me compra Aidan para que me porte bien sacan lo mejor de mí.

—Si eso es lo que usa para mantenerte a raya, Aidan está fracasando estrepitosamente, por lo menos debería comprarte una tonelada de bombones para ver si surte algún efecto y se remodela tu conducta —dijo por lo bajo Cleopatra.

Charlize frunció el ceño y giró el rostro para mirar a su hermana, dado que estaban una junto a la otra. Luego le ofreció una gran sonrisa que dejó preocupada a Cleo.

—Te he oído, pero estoy tan feliz que no pienso decirte que te odio —expuso alegremente.

—Todo lo arreglas con esa frase. Odias a todo el mundo que te lleve la contraria.

—No, a todo el mundo no —se opuso Charlize— porque tú no me dejas ayudarte a encontrar un esposo adecuado y ni una sola vez te he dicho que te odio.

—Pero seguro que lo has pensado.

—Estoy madurando, Cleopatra —dijo con el mentón bien en alto—. Me he dado cuenta de que los berrinches solo me sacan de un aprieto cuando estoy entre la espada y la pared. Y su efecto está mermando cada vez más. Antes eran más efectivos. Soy una mujer madura —reiteró con orgullo.

—Eso no es madurar, eso es… —No encontraba una palabra adecuada, así que se silenció.

—Es ser inteligente —aportó Charlize—. Mejor hablemos de ti. Esta noche hay dos caballeros con los que deberías bailar. El primero es…

—Me duele la barriga, hermana —se excusó, al tiempo que se llevaba una mano al lugar indicado. Cleopatra no esperó respuesta, comenzó a caminar a toda prisa hacia la sala de retiro de las damas para huir.

Charlize la observó marcharse y suspiró.

—Eres una ingrata, pero tienes suerte de que me preocupe por ti y no tenga miedo de hacer todo lo necesario para protegerte. —Acto seguido Charlize volvió a abrir su retículo y se sacó un nuevo bombón envuelto en otro paño de lino y se lo metió sin contemplaciones en la boca.

El chocolate era mucho mejor que cualquier placer. Incluso era más fascinante que los besos.

***

Cleo se había escabullido porque Arthur había salido del salón de baile y era la señal para seguirlo. Sí, sí, también se había ido del lado de Charlize porque era molesta hasta decir basta, pero eso era secundario. Cleopatra Archer no necesitaba que su hermana metiese las narices en sus asuntos, pues era lo suficientemente inteligente como para encontrar una pepita de oro entre tanto carbón. Lord Lane era un lingote pulido, brillante y grandioso.

Salió por el pasillo y divisó a Arthur en una esquina, así que en cuanto la vio, él entró en lo que debía ser una salita, o tal vez una biblioteca. Cleopatra se giró para comprobar que la entrometida de su hermana pequeña no la seguía y apuró el paso para ir al encuentro de su amado.

La vida era perfecta. Pronto tendría un bebé, al igual que sus hermanas Freyja y Caliope. Había logrado hacerse con un pretendiente perfecto, y ningún escándalo mancharía su nombre, pues cuando Freyja comenzó a interesarse por Aidan las cosas no fueron sencillas, y cuando Cali se encaprichó con su marqués de Moreland… Bueno, aquello tampoco fue fácil, por no hablar del escándalo de Charlize, uno que tuvieron que limpiar Aidan y su amigo el duque de Sutherland para tratar de que la pequeña Archer saliese bien parada de ahí.

Lo importante era que el futuro pintaba como un gran amanecer lleno de ilusión, donde el sol estaba a punto de salir deslumbrante y cargado de mucha anticipación.

—¿Arthur? —preguntó nada más meterse en la habitación. Había poca luz y sus ojos no se habían acostumbrado a las sombras.

—Aquí —le respondió, justo mientras le ponía una mano en la cintura.

—¡Oh! —exclamó ella sorprendida ante su roce. Arthur no era un hombre muy dado a las muestras íntimas. Así que cuando lo sintió abrazarla y acto seguido pegar sus labios a los suyos se quedó asombrada. Tanto que no fue capaz de moverse o decir alguna cosa.

Sentía los labios fruncidos de él moverse sobre su boca y era incapaz de saber cómo sentirse al respecto. Antes de que pudiese pensar en cómo comportarse, la rápida caricia se marchó del mismo modo en el que llegó.

Arthur se separó de ella y Cleo se quedó añorando un poco su contacto.

—Lo siento. Lo siento mucho —escuchó que él se disculpaba.

—¿No te ha gustado abrazarme?

—No he debido hacerlo. Todavía no eres mía para poder hacerlo —precisó—. Menos debí haberte besado.

A Cleo le palpitó el corazón como si mil pajarillos hubieran comenzado a aletear en lo más profundo de su pecho. ¿O eran mariposas?

—Eres siempre tan caballeroso y cortés…

—Eso no es nada malo —apuntó él.

Ella se apresuró a levantar la mano y acariciarle la mejilla. Era la primera vez que se tocaban. Llevaban un mes con encuentros furtivos, hablando en las fiestas a escondidas. Para Cleo era todo muy emocionante, secreto y muy íntimo.

—Por supuesto que no. Eres un hombre paciente que quiere hacer las cosas bien y por eso te admiro más —le confesó, mientras él colocaba su mano sobre la de ella y movía el rostro bajo el contacto femenino.

—Eres una buena mujer.

Ella le sonrió.

—Me gustaría pensar que lo soy.

—Lo eres —le aseguró—. Tan pura y desinteresada que… —Él se silenció y le ofreció una sonrisa.

—¿Qué? —interpeló la joven.

—Te mereces todo lo bueno que está por llegar.

Ella parpadeó un par de veces, tal y como había visto que hacía Freyja cuando deseaba coquetear con su conde.

—¿Y qué es lo que está por llegar?

—Cásate conmigo —le pidió en un arrebato inesperado.

Cleopatra se acercó más a él y colocó sus labios sobre los masculinos con suavidad. Se separó del caballero un momento y ambos se concentraron en sus respectivas miradas. Parecía que no se habían visto nunca.

—¿Ha quedado clara mi respuesta, Arthur? ¿O debo ser más precisa? —volvió a flirtear.

Él le colocó un mechón de pelo tras la oreja y le sonrió.

—Regresemos al salón de baile. Está a punto de sonar un vals y antes de que se sirva la cena seguramente tocarán otro. Bailarás los dos conmigo —le ordenó.

—Sí —respondió ella, pese a que él no le había preguntado nada.

—Mañana iré a entrevistarme con el conde de Ross y Luff y le pediré tu mano.

Cleopatra cerró los ojos mientras reía como una muchacha en la mañana de Navidad.

—Seremos felices. Me convertiré en una vizcondesa fantástica y estarás tan orgulloso de mí que ni un solo día te arrepentirás del paso que vamos a dar.

—Es por eso por lo que te he elegido, Cleopatra. Sé que serás perfecta, además de discreta.

—La mejor, te lo prometo. Nunca te arrepentirás de tu decisión.

—Lo sé, mi futura vizcondesa. —Acto seguido, el vizconde bajó la boca y selló el pacto con un corto beso.

A continuación, Arthur la envió de regreso al salón de baile y él se marchó tras sus pasos pasados unos pocos minutos. No quería manchar la reputación de una mujer tan perfecta como lo era lady Cleopatra Archer.

Su título necesitaba a la esposa adecuada y ella lo era.

Bailaron, tal y como acordaron. Las sonrisas y las miradas que ella le ofreció

durante ambos encuentros fueron toda una declaración, pues no estaba bien visto que una dama repitiese pareja, menos si era un baile tan íntimo y especial como el que habían compartido. Quedaban todavía detractores del vals que censuraban las libertades que se tomaban algunos bailarines mientras danzaban y permanecían demasiado juntos.

Cuando llegó el final del segundo baile, Cleopatra se dio cuenta de que tanto Charlize, como Freyja y Aidan, la observaban con una mirada interrogante.

Lo había dicho todo sin tener la necesidad de hablar. Arthur se le había declarado y había dejado más que patente su pretensión de cortejarla ante toda la sociedad, incluida su familia.

—Te veré mañana, después de hablar con el conde de Ross y Luff —se despidió su enamorado tras el baile.

Ella le hizo una impecable reverencia y luego le sonrió llena de amor. El vizconde Lane se retiró y cuando Cleopatra levantó la mirada, se dio cuenta de que tanto Freyja como Charlize se dirigían a toda prisa hasta su posición.

Suspiró.

No tenía ganas de enfrentarse a las muchas preguntas que llegarían, en especial de su molesta hermana menor que a veces parecía la cabeza de familia. De tal modo que Cleopatra se dio la vuelta, se sujetó la falda y comenzó a caminar rápidamente, para cuando llegó a la salida del salón de baile empezar a correr. Necesitaba unos minutos para disfrutar de su triunfo. La temporada acababa de comenzar prácticamente y ella había logrado captar la atención de un hombre fantástico que le había pedido matrimonio. Se enfrentaría a su familia más tarde, cuando disfrutase un poco más de la victoria que ella sola había logrado.

Cleo buscó un lugar tranquilo para rememorar las palabras y los besos compartidos con su futuro esposo, para saborear el triunfo sin que nadie estropease ese instante lleno de gloria.

Como sabía que Freyja y Charlize le pisaban los talones, abrió la primera puerta que tuvo a su alcance y se metió en la estancia, y como sospechaba que sus hermanas darían con ella, decidió ocultarse tras las pesadas cortinas del despacho que acababa de invadir por si tenían el mismo pensamiento que ella tuvo al colarse en dicha estancia.

Tan polvorientas como estaban, estornudó un par de veces. Se tapó la nariz y se quedó muy quieta en cuanto se abrió la puerta. Rodó los ojos hacia arriba… Sus hermanas eran tan fáciles de leer.

Escuchó pasos y se preparó para ser descubierta. Charlize era como un perro con un hueso, Cleo siempre la subestimaba y siempre acababa pagándolo.

Comenzó una conversación entre dos hombres, por lo que Cleo comprendió que no eran sus hermanas las que habían entrado en el estudio.

—¿Qué diablos voy a hacer, Sthatan? —preguntó un hombre en tono cansado.

—Todavía no está todo perdido —respondió el otro, en un susurro comprensivo.

—¿No lo está? Disculpa que discrepe. Si no me apresuro, los terrenos se los quedará Clean y edificará el gran hotel que yo pretendía construir. Me dijiste que los trámites estarían en orden y te creí, luego cuando me quedé sin liquidez, me aconsejaste buscarme a una mujer, dijiste que mejor si era una solterona con una dote escandalosa. Te hice caso…

—No la buscaste tú, me lo encomendaste a mí porque soy el mejor en todo lo que hago.

—¿Lo eres? —volvió a preguntar con asombro—. No, amigo mío, porque me he gastado un buen dinero comprando una licencia especial y me he quedado sin prometida.

—¿También tengo yo la culpa de que la dama se lo haya pensado mejor y no quiera casarse contigo? Debiste ser más amoroso con ella —lo acusó.

—¿Amoroso? ¡Me aseguraste que sería un arreglo comercial y que ella estaba de acuerdo en los términos de nuestro matrimonio! Te maldigo, Sthatan, porque me hiciste poner todo mi dinero en inversiones que aseguraste que rentarían bien y ahora estoy sin poder emplear ni un solo penique en lo que es el sueño de mi vida.

—¡Ya tienes un maravilloso hotel, Gilmore! No es tan urgente lo que dices, deja que Clean se quede con el maldito terreno y construya su…

—¡Es mi idea! —le gritó—. Haré cualquier cosa para que el Gran Gilmore Hotel sea una realidad. Ese maldito irlandés de Clean no va a quitarme lo que es mío. Tú me has metido en ese problema y tú vas a sacarme de el, Sthatan —lo amenazó.

—No hay tiempo suficiente, Gilmore. Tu competidor tiene el dinero en la mano. No sé si es un maldito, pero sí es irlandés y ha formado una maravillosa familia con la que se ha comprado una reputación formidable que le ha posibilitado la ocasión de tener grandes apoyos. Te avisé de que un tipo familiar da mejores opciones. Es más confiable que uno soltero con tu fama. —Ambos caballeros se conocían muy bien.

—Sí, me avisaste también de eso, por ello fue por lo que me incitaste a buscar una prometida. ¡No tengo nada ahora! —se quejó.

—No estás arruinado, solo que no dispones de liquidez. Tienes un buen colchón, Gilmore. Aunque no tengas dinero contante y sonante ahora mismo, las inversiones que te

aconsejé hacer darán sus frutos en un año y las ganancias serán…

—¡Un año! —lo interrumpió—. ¡Necesito dinero ahora! —recalcó con enfado.

—De ahí que sugiriese buscar una dama con una elevada dote que estuviese desesperada, porque con eso ibas a ganar una pequeña fortuna para comprar los terrenos que deseas y obtendrías los suficientes apoyos para que te concediesen los permisos, puesto que todo el mundo se fía más de un hombre casado con una gran familia —repitió—. Clean te llevaba ventaja desde el primer momento a ese respecto. Tu falta de interés en el género femenino…

—Tengo mucho interés en el género femenino, lo que sucede es que no deseaba ponerme los grilletes tan pronto… ¡Y voy a perder la oportunidad de mi vida por tu culpa, Sthatan!

—¡Eso no es verdad! —se indignó el contable del señor Gilmore—. Te avisé de que las mujeres, aunque se les presente el asunto del matrimonio como un negocio, siempre buscan un poco de emoción. ¿Tanto te costaba mandarle unas rosas, una carta con palabrería dulce? Has sido descuidado.

—¡Ella ya había aceptado! Estaba hecho.

—No te dignaste ni a ir a su casa para hablar personalmente con la mujer —le recriminó.

—¡El padre había dado su consentimiento! Espero que lo arrastres por los tribunales.

—No digas tonterías, no te beneficiaría en nada hacer eso. No conseguirás los terrenos para tu proyecto del nuevo hotel esta vez, pero en los próximos años…

—¿¡Años!? —explotó Gilmore.

—De acuerdo, un año como mínimo para que las inversiones te devuelvan con creces el dinero aportado, pero de aquí a allá tendrás que ser un hombre casado que irradie sonrisas, que esté satisfecho con su matrimonio y que tenga un par de niños. No conseguirás dar esa imagen que ofrece Clean si demandas a una solterona que decidió que no quería aceptar el matrimonio frío que le ofrecías.

—Todos los matrimonios son un negocio frío —gruñó Gilmore.

—Seguramente es así, pero la visión que hay que ofrecer a la sociedad es otra. Clean lo sabe y lo aprovecha mejor que tú para obtener contactos comerciales. Hoy en día todo es cuestión de reputación.

—¿¡Reputación!? Yo ofrezco mejores garantías que ese saco de pulgas sarnoso que

tiene mil espías trabajando para él. Su hotel es un desastre y quiere construir otro… No ha descansado hasta robarme mi idea ¡Y como vuelvas a mencionar otra vez lo bien que lo hace Clean…! —Gilmore, que se encontraba de pie mientras que su amigo estaba sentado en un cómodo sofá tratando de apaciguarlo, levantó un puño en alto a modo de amenaza.

—No te amargues más, Gilmore. No puedes encontrar a una dama con la que casarte de aquí a tres días.

—¿Tres días?

—Es lo que he escuchado que Clean tardará en tener firmados los papeles para facilitar la venta de los terrenos —le aclaró.

—¡Esto no me puede estar pasando a mí! —dijo derrotado, a la vez que comenzaba a sentarse en la silla más próxima.

Joseph Ethan Gilmore era sublime en cuestiones empresariales, siempre lo tenía todo calculado al milímetro. A sus treinta años no había fracasado en nada de lo que emprendía. Con un gran olfato para detectar los grandes negocios, se había embarcado en una serie de inversiones mineras que su contable le había recomendado. Lo que no creyó, sería que unos terrenos impresionantes cercanos a Hyde Park —propiedad de la Corona— acabarían siendo ofertados al mejor postor… Bueno, al que mejor pagase por ellos y que fuese un hombre familiar, de confianza… ¿De confianza? Un burro montado a caballo… El irlandés Clean era más falso que Judas aceptando las monedas de plata.

—No necesitas más preocupaciones, tienes demasiado trabajo con el hotel que ya diriges, a veces, las cosas suceden por un motivo, Gilmore. —El contable se puso de pie en ese momento, se acercó al que era su amigo además de cliente, y le palmeó la espalda—. Todo va a salir bien, en un año serás más rico que Creso, te lo garantizo, y buscaremos una mejor ubicación que la de Clean para crear tu nuevo imperio hotelero. Lo construiremos más alto que el suyo, más lujoso. Míralo de ese modo, él lo hará primero y tú lo crearás mucho mejor después.

El señor Sthatan no esperó respuesta, se marchó del lugar para dejarlo solo con sus pensamientos. Un suave clic se escuchó cuando la puerta se cerró tras el contable.

# Capítulo 2

La puerta se había cerrado. Cleopatra era muy consciente de que no debería haber escuchado la conversación entre el señor Gilmore y uno de sus amigos o trabajadores.

Se acordaba bien de ese caballero porque escuchó decir que su hermana Charlize se había quedado con él en un jardín oscuro sin supervisión el año pasado. Recordaba que fue el duque de Sutherland quien se chivó a Aidan. Se acordaba de Gilmore por algunas otras cosas más, pero eran tonterías que no venían al caso. No volvería a pensar en aquel beso que la atormentó durante años y que no fue más que un… un… un… ¡Una tontería! Sí eso fue.

¿Habría besado también a Charlize? ¡No debería preguntarse eso!, se recriminó a sí misma.

En fin, Gilmore se había quedado en un lugar inapropiado con Charlize, así que esa era la única cosa destacable del señor Gilmore.

Ay… Charlize y sus locuras… Su hermana pequeña no aprendía. Gracias al cielo, Cleopatra tenía muy buena suerte y mucha sensatez.

Cuando consideró que era seguro salir de detrás de la cortina, decidió mover la pesada tela de terciopelo y el polvo volvió a aparecer. ¿El servicio de esa casa tenía tanto trabajo que no podía mantener en buen estado las cortinas de un despacho?

Un nuevo estornudo rompió el silencio.

—¡Caramba! —exclamó Cleopatra, mientras se rascaba la nariz para tratar de calmar el picorcillo provocado por las motas de polvo.

—¿Quién eres tú? ¿Un nuevo espía del maldito irlandés que busca apropiarse de otro de mis proyectos? ¿Ahora busca picaruelas que no lo parezcan? ¿Damas bien vestidas?

Cleopatra comenzó a recular en cuanto el señor Gilmore se colocó delante de ella y disparó tantas acusaciones juntas. Chocó con la ventana que tenía detrás y no pudo huir.

Sobra decir que la luz era muy tenue.

—Señor Gilmore, no soy ninguna espía —murmuró un poco asustada. ¡Ella creyó que no había nadie en la estancia cuando salió del escondite!

—Ah, ¿no? ¿Y qué hacías ahí escondida mientras ventilaba mis asuntos? ¡Espiarme! —la acusó con irritación.

—Señor Gilmore, soy lady Cleopatra Archer, creo que se dará cuenta de que no conozco a ningún irlandés, y de que no contaría nada que tuviese que ver con usted a nadie.

—¿¡Cleopatra Archer!? —gritó, cuando se fijó en las suaves facciones de la joven a la que tenía arrinconada contra la ventana.

—Eso le estoy diciendo, señor Gilmore.

—¿Se puede saber qué hacías escondida detrás de la ventana? —le preguntó con cierto recelo, obviando la formalidad con la que debería dirigirse a ella.

—Lo crea o no, trataba de escapar de mi hermana Charlize. Me escondí tras la cortina porque pensé que me seguía y quería darle esquinazo. No deseaba escuchar nada sobre sus asuntos privados. ¡Lo juro! —se vio en la necesidad de aclarar, al ver que él todavía tenía cara de pocos amigos.

—¿Por qué tus hermanas y tú siempre os estáis metiendo en problemas? —preguntó a bocajarro.

—Me temo que no puedo responder por ellas, pero le aseguro que lo que acaba de suceder esta noche es fortuito. Soy muy cuidadosa en todo lo que se refiere a mi reputación.

—¿Lo eres?

—Sí, señor Gilmore —se reafirmó ella.

—Ya. Por eso estás atrapada en una habitación con poca luz con un hombre soltero que tiene una reputación… —Al ver que ella abría los ojos con suma curiosidad, Joseph Ethan Gilmore se silenció para no desvelar nada más.

—¿Qué clase de reputación tiene usted? —No pudo evitar la pregunta dado que entre su familia, el hotelero era un hombre de negocios en el que se podía confiar. No se lo imaginaba siendo ruin o algo peor.

—Considero que por esta noche ya has escuchado demasiadas cosas sobre mí que no deberías haber oído, florecilla.

—Lo siento —se disculpó otra vez.

Ethan retrocedió un par de pasos, pues al darse cuenta de que estaba olfateando el dulce perfume de lavanda de la muchacha, y de que le estaba gustando demasiado dicha cercanía, se obligó a dejarla libre de su agarre. Así que le soltó la cintura, lugar por el que la había atrapado mientras le hacía el duro interrogatorio.

—Soy yo quien debería disculparse —razonó él.

—Debí haberles advertido a ambos de que no estaban solos, pero una vez que comenzaron a hablar… Yo… me dio vergüenza que me pescaran y decidí callar. Salí de mi escondite porque pensé que no había nadie en el despacho. Le juro que no pienso recordar ni una sola palabra de lo que he escuchado. No traicionaría su confianza jamás, señor Gilmore. De hecho, creo que nunca estuve aquí esta noche —señaló con severidad, para que él creyese en sus palabras.

Él le sonrió. La vista de ella bajó hasta sus labios y su corazón se aceleró al recordar algo que no debería vagar por su mente. La joven se obligó a levantar la mirada y despejar su mente.

—Tan leal como el resto de tus hermanas. Las cuatro estáis un poco dementes, pero creo que tú eres la más comedida.

—No es un gran adjetivo para calificarme. Freyja tiene una voluntad de hierro, Caliope es la más hermosa y Char… Bueno, mi hermana pequeña ha sido bautizada por el duque de Sutherland como la endemoniada Charlize, así que, destacar por ser la más comedida… —Se quedó un momento pensativa—. En realidad no está tan mal si se compara con lo que se dice de Char. Mejor ser la comedida Cleopatra que la endemoniada Charlize.

Ella le sonrió, agradeciendo el cumplido.

—No solo eres comedida, Cleopatra.

—¿No? —preguntó con el ceño fruncido.

—Por supuesto que no. Tienes muchas otras cualidades, florecilla.

—Como ¿cuáles? —lo interrogó con suma curiosidad. Por una extraña razón deseaba saber la opinión que él tenía sobre ella. Cosa que por otro lado no era relevante, pero…

—Muchas.

Ella suspiró con fuerza.

—Así que lo ha dicho como una declaración galante sin contenido. Señor Gilmore, estoy decepcionada con usted, siempre lo consideré como un caballero que no tenía miedo a exponer sus convicciones sin importar las convenciones sociales. Recuerdo muy bien el modo en el que se enfrentó a mi hermana Freyja cuando aparecimos como cuatro cachorros abandonados en la recepción de su hotel aquel día. Le plantó cara a mi hermana sin titubear y me dejó muy impresionada, como ya sabe, Freyja es una rival que nadie querría tener en su contra.

—Recuerdo muy bien aquel día. En especial cuando… —Ethan carraspeó—. Tiene muchas cualidades, *milady* —le pareció mejor hablarle con suma formalidad—. Es comedida, como ya he dicho, es hermosa, muy leal por lo que veo, pues estoy seguro de que nadie lograría sonsacarle ninguna de las palabras que traté con mi contable. Su gesto siempre es amable y transmite usted gran confianza.

—¿Hermosa? —preguntó con el entrecejo todavía más fruncido que antes.

Ethan rodó los ojos. Le había dicho bastantes cosas, pero ella solo se había quedado con lo referente a su aspecto. ¿Por qué parecía dudar sobre que era una muchacha muy bonita? Peor todavía, ¿quién le habría plantado la semilla en la cabeza de que no lo era?

La miró con atención, de un modo que Cleo encontró acusador.

—¿Está buscando más cumplidos? ¿Quiere que le diga lo bonito que es el color caramelo de sus ojos? ¿O prefiere que me refiera al hermoso color de su pelo, que simula ser un atardecer? Mejor hablemos de su sonrisa, lady Cleopatra, es tan dulce que ni el más dulce de los dulces lograría endulzar los besos que… —Apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea blanquecina en cuanto la vio a ella con la boca abierta. No debió haber hablado de un asunto tan impropio, tampoco mencionar los besos.

¡Qué desastre! ¿Qué tenía esa muchacha para hacer que su mente se derritiese como un trozo de mantequilla? Inocencia. Eso era lo que Cleopatra desprendía como un torrente. Estaba tan llena de inocencia que a él se le hacía la boca agua imaginar…

Carraspeó. No era una mujer con la que él podría divertirse. Era parte de una familia que Joseph Ethan apreciaba. Estaba ante la hija de un conde, protegida de otro, e incluso del duque de Sutherland. Bueno, al menos le había dicho la última parte con suma formalidad en su trato.

—¿Por qué se calla, señor Gilmore? —inquirió desilusionada—. ¿Ha olvidado ese pequeño recital que debe ofrecerle a las mujeres con las que se topa? Ya sabe… A las que desea impresionar con palabrería. Me cuesta pensar que no haya sido capaz de agenciarse una esposa. Tiene tres días todavía por delante, mienta de ese modo tan conmovedor y le aseguro que cualquier mujer caerá de rodillas frente a usted —apuntó con irritación. Él se estaba burlando de ella. Estaba claro.

Ya lo hizo años atrás, cuando la besó. Cleopatra negó sutilmente con la cabeza. No era momento de recordar eso. Ni en ese instante, ni nunca. Si el señor Gilmore había sido capaz de actuar posteriormente como si algo tan trascendental no hubiese ocurrido, ella no sería menos.

—¿Qué demonios…? —comenzó a decir él, sin comprender la retahíla que ella acababa de decir.

—No me tome por estúpida —lo interrumpió—. Puedo ser comedida como ha dicho, pero todo tiene un límite y mi paciencia se ha agotado. Soy muy consciente de cómo me veo y le agradeceré que en el futuro se cuide de…

Cleopatra Archer no pudo seguir hablando. Ethan Gilmore la acababa de sostener de nuevo por la cintura, y antes de que ella se diese cuenta de sus intenciones, su boca estaba silenciándola por completo.

La firmeza aterciopelada de sus labios sobre su boca sí que era dulce. Extremadamente dulce y sensual. Era un beso que comenzó siendo celestial, pero pronto adquirió un tinte pecaminoso, dado que esa lengua juguetona se paseaba con demasiada insistencia por sus labios, así que el gesto hizo que Cleo gimiera debido a ese contacto que tan bien recordaba y que había logrado bloquear de su mente durante varios años. La dama necesitaba que se detuviera, no obstante, la lucha entre el bien y el mal en su mente era cruenta, pues también deseaba que siguiese besándola para siempre.

La decepción llegó cuando él se separó de su boca, a punto estuvo de quejarse, aunque bien sabía que debería agradecerle el hecho de haber recuperado la cordura. Pero Joseph Ethan Gilmore solo se había alejado del primer objetivo, eso fue su boca, para acariciar con sus sedosos labios el lado derecho de su cuello, y después seguir de camino hasta la parte sensible tras su oreja. Sujetó el lóbulo con los dientes y le dio un largo lametazo en la zona.

Cleopatra estaba en un mundo lleno de calidez y muy luminoso mientras se deleitaba con las acciones del señor Gilmore. No se dio cuenta de que la mano masculina había caído sobre su posadera derecha y se la apretaba con firmeza, lo que hizo que ella se cerrase todavía más en el abrazo en el que él la mantenía. Sintió su dureza, su virilidad presionando con fuerza sobre su vientre. Lejos de escandalizarse o saltar debido al contacto, ella se acercó más a él esperando poder fundirse con ese cuerpo masculino con el que solo se permitía soñar antaño. Sus besos eran increíbles… No era que Cleopatra pudiese juzgarlos con conocimiento de causa, puesto que ese que estaba disfrutando era solo el segundo.

Su mente se volvió a nublar cuando la lengua inmisericorde de Gilmore se deslizó hacia el otro lado de su cuello para buscar el otro lóbulo de la oreja.

Cleopatra ya no estaba en el cálido lugar que su mente somnolienta había construido. El calor que sentía era asfixiante, el deseo la consumía porque él estaba siendo maravillosamente malvado, de tal modo que un pequeño grito ahogado salió de su garganta. Se

sentía como si un relámpago estuviese atravesándola de arriba abajo, haciendo que las chispas retumbasen en cada nervio de su ser, en cada aliento que él se bebía.

Oh, sí. La boca de Gilmore había regresado de nuevo a la suya y era todavía más exigente de lo que lo había sido en un principio.

Se sentía viva, y su ego femenino subió como la espuma de una buena jarra de cerveza cuando lo escuchó a él emitir un suave gruñido, cargado de la lujuria más cruda.

—¿Me crees ahora? —preguntó sobre sus labios, sin apenas dejar de saborearla—. Eres hermosa, exquisita, lo bastante buena para hacer que un hombre se olvide de sí mismo —añadió, para luego profundizar el beso y colocarle la segunda mano sobre la otra nalga y volver a apretarla todavía más.

Cleopatra no pudo contestar. Dudaba incluso que estuviese despierta. Seguramente todo fuese un sueño. Uno de esos muchos que tuvo con el señor Gilmore años atrás, cuando ella se permitía fantasear con él antes de caer en los brazos de Morfeo.

La respiración de Cleo se cortó cuando las manos masculinas abandonaron sus posaderas y se dispusieron a tantear, con las yemas de los dedos, el borde superior de su fino corpiño.

—Gilmore… —susurró, no sabiendo si deseaba que él liberase sus pechos o que se detuviera.

Ocurrió entonces, cuando ella al fin logró encontrar su voz, que el hotelero fue plenamente consciente de lo que estaba haciendo con una mujer. No una fémina cualquiera. Una dama, una, cuya familia tenía confianza en él. Si no se detenía de inmediato acabaría poseyendo a esa joven a la que acababa de avasallar, a la que le estaba mostrando parte de su apetito carnal. Por suerte la oscuridad que habitaba en él no había aparecido todavía.

La soltó sin ningún cuidado, porque de otro modo no hubiese podido despegarse de esa joven tan inocente que le estaba vetada por completo.

Cleopatra no había esperado que la situación finalizase de ese modo tan brusco, por lo que se tambaleó de lado a lado y evitó caer cuando se aferró al respaldo de una silla que tenía a su derecha.

Vio que Gilmore se daba la vuelta.

—¡Maldita sea! Esta noche infernal no acabará nunca —dijo en voz alta.

Cleopatra lo observó comenzar a dar caminar de un lado a otro mientras mascullaba cosas inconexas.

Deseaba irse. Marcharse a toda prisa. Mejor si pudiese desaparecer con tan solo chasquear un par de dedos, porque cuando lo vio pararse delante de ella y mirarla con esa cara que ya vio años atrás… Mal asunto.

—Yo lo…

Levantó la mano frente al rostro de Joseph Ethan Gilmore antes de que pudiese completar la frase que ella sabía que diría. Si lo escuchaba disculparse y echarle la culpa de sus besos a alguna trivialidad como el enfado por un negocio perdido, Cleopatra acabaría abofeteándolo.

—No, señor Gilmore. Como he dicho antes, nunca he estado en esta habitación. Buenas noches —se despidió, para luego levantar la cabeza, como si fuese la reina de Egipto, y disponerse a rodearlo a fin de salir de un despacho en el que nunca debió haber entrado.

Gracias a Dios, él no agregó nada más, tampoco la detuvo. Fue cuando la joven cerró la puerta con suavidad tras de sí, que recordó que ella estaba comprometida con otro hombre.

Quiso regresar dentro y darle un puntapié al señor Gilmore. ¡Precisamente tuvo que elegir esa mágica noche que ella deseaba que fuese inolvidable, para darle un nuevo beso!

El recuerdo del vizconde Lane acababa de ser totalmente eclipsado por un hombre con el que no tenía futuro.

¡Maldito fuese Joseph Ethan Gilmore por haberla obligado a tener que borrar su recuerdo años atrás, para luego volver a abrirse paso en lo más profundo de su ser!

Tanto trabajo para olvidar aquel beso inesperado, y con qué facilidad había hecho él que nuevos recuerdos la desestabilizasen por completo una vez más.

Comenzó a caminar hacia el salón principal de baile con la firme idea de no volver a pensar jamás en lo que acababa de suceder con el señor Gilmore.

No sería complicado, ya lo había logrado una vez y en esta ocasión contaba con el apoyo de un buen hombre que la ayudaría a erradicar al señor Gilmore de su mente.

Su prometido le daría un beso igual que el que había disfrutado. ¡No! Igual no, muchísimo mejor. Eso era. Arthur la volvería todavía más loca en su noche de bodas.

Maldito fuese Gilmore por haberla hecho olvidarse de que estaba comprometida con otro caballero mientras la besaba y la manoseaba a placer, se repitió de nuevo con sumo enfado.

—¿Dónde estabas? —Su hermana Charlize la interceptó nada más entró en el salón

de baile.

—Huyendo de ti —le confesó Cleo. Lo cual no era mentira del todo…

—Eres una hermana muy desagradecida, porque Freyja y Aidan te buscaban sin descanso, para que les explicases lo que había sucedido con lord Lane, y yo te he cubierto las espaldas.

—¿Has hecho qué? —inquirió ceñuda.

—No es tan fácil dejarme atrás o despistarme, Cleopatra. Yo siempre voy un paso por delante —dijo enigmática, para después darse media vuelta y recrear una gran salida dramática.

# Capítulo 3

—Tenemos que hablar. —Charlize Archer acababa de protagonizar una entrada de lo más dramática en el despacho del esposo de su hermana Freyja. Desde luego no se limitó a llamar, solo abrió la puerta e irrumpió en la estancia que era como un santuario para Aidan, conde de Ross y Luff.

Sobra decir que el conde estaba en compañía de su mujer, quien acababa de acceder al estudio de Aidan solo un par de minutos antes de que lo hiciese Charlize.

Freyja, que todavía estaba de pie frente al escritorio de su esposo, puesto que no le había dado tiempo a sentarse, se giró para observar a su hermana pequeña.

—Madre del amor hermoso… ¿Esas son las maneras de entrar en una habitación, Charlize? —la reprendió la hermana mayor.

—Por amor de Dios, Freyja, te has levantado hace apenas una hora —comenzó a decir mientras se colocaba al lado de la condesa—. Al final acabarás haciendo que Aidan se canse de ti.

—¿Disculpa? —preguntó con los ojos muy abiertos Freyja.

—Ya sabes, todo el día babeando por tu esposo, cazándolo sin descanso. ¿Eres de esas mujeres insaciables que no pueden vivir sin su marido?

—Insacia… ¿qué? —siguió asombrada Freyja.

—Por supuesto que lo eres. Debes serlo si acabas de dejar el lecho conyugal hace algo más de una hora y vienes corriendo a encerrarte en el despacho de Aidan para… para hacer *eso* —dijo, en una clara alusión al acto de reproducción.

—¡Charlize Archer! Eres… eres… eres… —Freyja estaba colorada e irritada, tanto que no lograba pronunciar un calificativo adecuado para definir a su molesta hermana pequeña.

—Soy fantástica, ya lo sé —terminó Charlize por ayudarla—. Ahora, no seas una

esposa tan acaparadora, tengo un asunto urgente que tratar con Aidan y necesito que nos des cierta privacidad. En cuanto acabe de atenderme, te lo mandaré a vuestra habitación, que es el lugar donde deberías hacer… *eso*. Un despacho no es un lugar adecuado, Freyja —la amonestó.

La aludida estaba lívida. Y como no encontraba las palabras adecuadas para enfrentar a ese pequeño demonio, buscó ayuda. Sus ojos se centraron en su marido, quien estaba sonriendo con la mirada. ¡Maldito sea el traidor!, se le veía muy divertido con toda la situación.

—¿No vas a decirle nada? —inquirió con la vista puesta sobre su esposo, mientras sus manos se colocaban a ambos lados de su cintura para que él viera que estaba enfadada por su falta de mediación.

—¿Qué quieres que diga, mi amor? Eres una de esas esposas acaparadoras que no puede vivir sin su amado, sin mí, pero no me quejo en absoluto. Solo añadiré que no pienso cansarme de tu actitud, por mucho que andes a mi alrededor como una cazadora…

—No olvides que es insaciable. Una cazadora insaciable —lo interrumpió un momento Charlize con complicidad.

—… De acuerdo —le dijo a la hermana pequeña de su mujer el conde—. Dado que has resultado ser una cazadora insaciable, te juro por mi honor y vida que nunca me quejaré de semejante suerte. Así que no le hagas caso a Charlize, no me importa que babees por mí, ni que me aceches en las sombras para reclamar mis besos, caricias y todo el amor que puedo ofrecerte.

—¡Aidan! —exclamó sobresaltada Freyja—. Mi hermana menor ya tiene demasiado engreimiento como para que tú la vayas incitando todavía más. Todo ello, sin contar que no deberías hablar de un asunto tan escandaloso como el que acabas de aludir en presencia de una joven inocente y soltera.

—Soltera sí. ¿Inocente? Freyja, estamos hablando de Charlize, su inocencia no debe ser puesta en entredicho, lo admito —dijo en cuanto su esposa lo miró acusadora—, pero no me negarás que carece de ignorancia sobre algunos aspectos. Tiene un talento natural para meterse en mil problemas y salir de ellos sin un solo rasguño.

—¡Oh, Aidan! —saltó la aludida llena de alegría—. Sabía que me considerabas la más inteligente de las mujeres. Te adoro tanto que te has convertido en mi más querido hermano. —La joven se adelantó a su hermana y se acercó al conde para darle un cálido beso en la mejilla, quien aceptó el desinteresado gesto con gratitud.

Esa hermana era terca, arrogante, demasiado listilla y varias cosas más, pero él sentía debilidad por ella. La mimaba y la adoraba.

—Tú no tienes hermanos, él no ha dicho que seas inteligente, y más te vale separarte de mi esposo antes de que termine enfadándome de verdad —apuntó Freyja con cara de pocos

amigos.

—¡Qué encantadora, Aidan! —terció Charlize al ver enfurruñada a su hermana mayor—. Nuestra Freyja no solo es una esposa insaciable, sino que además está celosa de su hermana menor.

—¡No estoy celosa! —la contravino.

—¡Ooooh! —siguió Charlize—. Encantadora y adorable, no ha negado en ningún momento que sea una esposa insaciable. ¡Estarás satisfecho, bribón! —le dijo a Aidan, a la vez que le guiñaba un ojo.

—¡Charlize! —gritó con enfado Freyja.

—¡Está bien, está bien! —saltó la menor de las Archer con las manos en alto en señal de rendición—. No te enfades más, solo quería irritarte un poquitín. Desde que hemos llegado a la ciudad estás demasiado tensa, más que la cuerda de un arpa.

—Estoy así porque sé que en cualquier momento vas a meterte en problemas, esos a los que aludía *mi* —recalcó con retintín— esposo y de los que milagrosamente sales, pero no por ser inteligente, sino por inmerecida suerte.

—¡Aidan! ¿Lo has escuchado? —le preguntó Charlize al conde—. Mi hermana sigue celosa, tanto que se ve en la obligación de reafirmar que eres suyo y solo suyo ante mí. Creo que me alejaré —retrocedió para quedarse frente al escritorio y se sentó en la silla frente a Aidan.

Freyja seguía de pie, muy indignada, con la mirada fija en su esposo, quien por supuesto seguía divertido con toda la situación.

—¿No la reprendes? —inquirió la condesa, tratando de no dejar salir todo su temperamento.

—Mi amor, he llegado a conocer bien a Charlize a lo largo de estos años. Le gusta ser escandalosa y molesta. Toda esta situación hubiese sido menos tormentosa para ti, si en cuanto la hubieras visto aparecer por esa puerta hubieses sonreído. —El conde dirigió la mirada hacia la joven que parecía complacida con sus palabras y le dijo—: En cuanto a ti, te agradecería que no molestases a mi condesa para tu entretenimiento personal, si tanto me admiras y quieres como dices, deberías saber que me irrito cuando mi esposa no está feliz.

Charlize suspiró en ese momento y se llevó una mano al corazón.

—Es por eso por lo que no me casaré jamás. Mi hermana Freyja se adueñó del único hombre inteligente, decente, maravilloso y amoroso que quedaba en el mundo. No me

malinterpretes, Aidan, no lo estoy diciendo para seguir fastidiando a mi hermana mayor o adularte más de lo necesario, simplemente es que os veo a ambos, a mi estimada Freyja y a ti, mi adorado hermano, y sé que no podría conformarme con menos de lo que veo cada día. Vuestra relación es sencillamente perfecta. Tú tan decidido, tan amable, tan elocuente… y mi hermana… bueno, ella, insaciable y acechándote a cada paso —terminó.

—Con lo bien que ibas y lo que te has torcido hacia el final… —murmuró Freyja—. En fin, Charlize, por mucho que quiera gritarte, me has conmovido, me tragaré la indignación que siento porque es evidente que te agrada mucho molestarme, y te diré que estoy convencida de que encontrarás a un buen hombre que haga temblar tus rodillas, que te anime a suspirar nada más lo veas. Y sabrás que definitivamente es el correcto porque sentirás toda su protección envolviéndote como un agradable manto.

Charlize buscó a Freyja con la mirada y se dio cuenta de que estaba observando con pasión a su esposo. La muchacha suspiró embelesada.

—A eso me refiero, Freyja. Dejando a un lado mis ganas de hacerte enfadar con mis bromas, te veo y te envidio. Os amo a todas, pero de entre todas mis hermanas, tú siempre has sido para mí más parecida a una madre —le dijo con sentimiento—. Cuando Aidan se presentó ante nosotras, no albergué ninguna duda sobre que él era el indicado para ti, lo que no calculé fue lo feliz y sólido que sería vuestro matrimonio. Me gusta Moreland porque hace muy feliz a Caliope, pero él no es como Aidan. Tanto tú como tu marido sois un gran apoyo para mí. Digo que es como un hermano, aunque creo que si tú eres mi amada segunda madre, él podría ser mi querido segundo padre.

—No digas nada más, Charlize —la interrumpió su hermana—. Tu discurso me ha enternecido y llenado de júbilo mi corazón, y como te conozco, sé que si te permito hablar más lo estropearás. Ahora, hermanita de mi corazón, dinos qué te ha traído hasta el despacho de mi esposo con tanta urgencia —le pidió Freyja, mientras se sentaba al lado de su hermana.

—Estoy preocupada por Cleopatra.

—Los tres lo estamos —añadió Freyja—. Ninguno se esperaba que lord Lane y ella hiciesen un movimiento tan repentino anoche. Dos valses… —la condesa chasqueó la lengua—. Ahí quedó una declaración demasiado evidente y más vale que el vizconde se presente hoy en casa para hacer las cosas bien. —Al finalizar su intervención, Charlize y Aidan intercambiaron una mirada, un gesto que no pasó desapercibido por Freyja—. ¿Qué es lo que me estáis ocultando? —preguntó acusadora, con los ojos fijos en los de Charlize.

—No me agrada lord Lane —soltó ella.

—A ti no te gusta él porque no es uno de los pretendientes que tenías en mente para Cleopatra. Ella te avisó al llegar a la Londres, no quería tu ayuda. Y deberías estar contenta porque si consintió en bailar con él de ese modo tan íntimo, es porque lo ha aceptado. Lo que no

me agrada son las formas del vizconde, lo admito, pues primero tenía que haber venido a nosotros para pedir permiso para cortejar a Cleopatra.

—No me agrada lord Lane porque sé la clase de hombre que es. Cleopatra no puede casarse con él —se opuso Charlize con vehemencia.

—Anoche yo misma comencé una investigación discreta sobre el pretendiente que ha elegido Cleopatra —recalcó que su hermana lo había elegido porque Charlize debía aceptar eso cuanto antes—. Su familia no tiene mala reputación, él es correcto y no se le conocen…

—Yo también he hecho mis pesquisas desde que vi a Cleopatra escabullirse con él una noche —la cortó Charlize.

—¿Perdona? —Freyja estaba desconcertada. Seguro que su hermana menor no había dicho nada sobre Cleo escabulléndose… ¿no?

—La gente me cuenta cosas, Freyja. Cuestiones íntimas que no compartirían con nadie sin un buen motivo —le informó Charlize.

—Lo que dices no es posible —dijo Freyja sin creer ni una sola palabra.

—Lo es, porque allí donde los hombres usan el licor para sociabilizar, para hacer que los nervios se templen y adormezcan, yo tengo mi propia técnica para posibilitar que la buena sociedad confíe en mí. Y lo consigo —se jactó—, porque averiguo lo que deseo con poco esfuerzo.

—¿Estás diciéndome que bebes, Charlize, y que ofreces licor a otros para que compartan confidencias contigo? —Freyja estaba escandalizada, pero ya nada la pillaría desprevenida con respecto a su endemoniada hermana pequeña.

—Por supuesto que no. Desprecio el alcohol, Aidan me indicó que si bien es efectivo para lograr ciertas cosas de caballeros que lo visitan para…

—Como no… —la interrumpió Freyja—, debería haber imaginado que detrás de las locas ocurrencias de Charlize estarías tú, mi amor.

—No le di ninguna idea —se excusó el conde—. Solo me limité a responder algunas preguntas. Tu hermana quiso saber qué hacía yo con respecto a los caballeros con los que suelo hacer tratos pero de los que no me fío por completo. Le comenté que me gusta agasajarlos con una copa de whisky escocés, y que el licor hace que la lengua se suelte…

—Eso me dio una buena idea —aludió Charlize—. Los bombones son igualmente efectivos entre las damas.

—¿Cómo dices? —se interesó Freyja.

—¿Acaso crees que me como yo sola todos los bombones que me regala Aidan? —preguntó irritada la muchacha.

—En verdad así lo creía… ¿Es que no lo haces?

—Si me comiese tal cantidad de rico dulce, no cabría por la puerta, Freyja.

—¿Y qué es lo que haces con los bombones, Charlize? —preguntó curiosa.

—Los uso como soborno. A todo el mundo le gusta el chocolate, así que cuando les ofrezco mis dulces desinteresadamente, las damas confían en mí y tienden a compartir cosas que no dirían si los bombones no obrasen su magia.

—¿Debo suponer que los dulces te han ayudado a averiguar cosas sobre lord Lane que desapruebas?

—Sí. Aunque lo importante es que ese hombre es tan aburrido que haría que Cleopatra se arrepintiese de su decisión al segundo día de casarse, Freyja —dijo con insistencia Charlize.

—¿Por qué tengo la sensación de que algo malo va a suceder, hermana mía? Algo que hará que Cleopatra se suma en la tristeza más absoluta —añadió, sospechando que la menor de las Archer había metido el hocico en asuntos que no le concernían.

—Yo no he hecho nada. Me insultas, Freyja —saltó con enfado la joven.

—¿Aidan? —lo interrogó Freyja al ver a Charlize compartir una mirada con el conde.

—Esta vez, tu hermana está libre de pecado, mi amor. He visto el periódico mientras desayunaba, me temo que Cleopatra tiene problemas.

—¿Qué ha sucedido? —trató de averiguar la condesa.

—Ha sucedido lo mejor que podía pasar —dijo alegremente Charlize.

—¿Y qué es eso? —indagó Freyja.

—Cleopatra ya no puede casarse con el vizconde Lane —explicó entusiasmada Charlize.

—Dios del cielo… —susurró Freyja, imaginando que se avecinaba el fin del mundo.

—Lo que debe preocuparnos es que nuestra hermana no aparece por ningún lugar —soltó Charlize.

—¿Cómo que no aparece por ningún lugar? —repitió en forma de pregunta y con nerviosismo Freyja.

—No está en casa.

—¿Aidan? —Freyja buscó ayuda, porque sentía que su corazón iba a estallar. Todo eran acertijos y ella no comprendía nada.

—No te preocupes, mi amor. Si Charlize está aquí tan tranquila, es porque sabe exactamente lo que ha sucedido. —Aunque el conde era consciente de que se avecinaba un problema, ver a la menor de las Archer tan sobria le daba buena idea de que la desaparición de la otra hermana no era algo sin solución.

—Más o menos sí —indicó la aludida—. Pues yo sería muy negligente si no vigilase a mis hermanas con ojo de halcón.

—A mí no me vigilas —le recordó Freyja.

—A mis hermanas solteras, quería decir.

—Solo está soltera Cleopatra, además de ti —apuntó la condesa de Ross y Luff.

—A esa es a la que vigilo con sigilo. Es por ese motivo por el que he venido a pedirle ayuda a Aidan, pero tú querías entretenerlo haciendo… *eso*. ¿Por qué prefieres la mesa de su escritorio, cuando la cama debe resultar mucho más cómoda? —aludió con relación al acto carnal, con tanta naturalidad que Aidan emitió una carcajada que fue silenciada de inmediato con una mirada de su mujer.

Cabe señalar que Charlize los había sorprendido en alguna que otra ocasión a punto de intimar en el despacho de Aidan y, en honor a la verdad, la muchacha no entendía el motivo por el que ambos se decantaban por una superficie tan dura como era la madera del escritorio. Aunque ella era la menos indicada para juzgar dónde hacía el amor una pareja.

—¿Cleopatra está perdida y tú estás aquí hablando de tonterías, Charlize? —Freyja estaba incrédula. No iba a entrar a valorar cuestiones privadas sobre lo que hacía con su marido y en dónde las hacía.

—Supongo que llegados a este punto, es cuando Charlize me pide que la acompañe con urgencia al lugar al que ha ido Cleopatra —adivinó el conde.

—Yo pienso ir contigo, Aidan —apuntó Freyja.

—No, porque tienes que ocuparte de nuestro hijo —le señaló.

—Aidan… —le suplicó su esposa.

—Hazme caso, conozco bien a Cleopatra, y mucho mejor a Charlize, así que la primera no hará ninguna locura y la segunda no estaría sonriendo si algo malo estuviese ocurriendo. Deja que me ocupe del asunto porque me amas y confías en mí.

Freyja miró a su hermana, luego a su esposo. Hizo ese gesto varias veces y terminó suspirando.

—Supongo que no puede ser tan malo como cuando Charlize se dejó arrastrar por el lodo por el barón Rendow. Dado que Cleopatra tiene más sentido común, asumiré que la situación no es desesperada y me quedaré en casa cuidando a Benedict. Dejo el asunto en tus manos, mi amor.

—Oh, Freyja, sé que lo que acabas de decir lo has dicho solo para tratar de fastidiarme, pero debo de señalar que no irrita quien quiere, sino quien puede, y tú no puedes hacerme enfadar —precisó por si su hermana no la había entendido—, porque te quiero tanto que no lograrías socavar mi amor por ti.

***

—Charlize, ¿por qué tengo la sensación de que no sabes lo que estamos haciendo aquí? —preguntó el conde de Ross y Luff con ansiedad.

—Es lo que yo habría hecho, Aidan.

—Entonces vayamos a buscar a Cleopatra y llevémosla a casa. Parecemos un par de espantapájaros aquí, plantados en medio de la calle vigilando.

—No estoy segura de que Cleopatra esté allí dentro —dijo Charlize, mientras se colocaba de puntillas para ver si podía divisar algo entre las ventanas de la gran casa que estaban vigilando el conde y ella misma.

—Has dicho que es lo que tú hubieses hecho.

—Por supuesto que sí. En caso de haberme enterado de la noticia esta mañana, me hubiera presentado en casa de ese aburrido vizconde para pedirle explicaciones por su proceder. Luego le habría dado un baño con algún jarrón de agua.

—¿Un baño? —inquirió divertido. La hermana pequeña de su hermana era única… Y gracias a Dios por eso. Él no podría haber pleiteado con tres hermanas con ese carácter. Freyja era más cabal que el resto.

—Sí, seguro que hubiese divisado algún jarrón con hermosas flores y hubiera aprovechado el agua para avergonzarlo. Lo habría bañado de la cabeza a los pies sin compasión.

—No puedes decir que él no es el indicado para Cleopatra y luego mostrarte enfadada por lo que él ha hecho. Deberías estar agradecida por lo que ha sucedido. Sé bien lo que te has estado quejando de lord Lane estas semanas.

No mentía. Charlize había convertido años atrás a Aidan en una especie de aliado y resultaba imposible salir de esa condición, porque la pequeña era tan avispada que solía tener razón sobre todas sus conjeturas. Se fiaba de ella a la hora de tomar en consideración sus advertencias y sugerencias, en especial en lo que a sus hermanas se refería.

—Una cosa no tiene que ver con la otra, Aidan. A veces se me olvida que eres un hombre y no entiendes lo que es el orgullo femenino.

—Entiendo de orgullo, Charlize —la rectificó.

—Pues entonces sabrás que lord Lane se merecería cualquier correctivo que Cleopatra decidiese darle. Mi hermana se vanagloria de ser la más sensata, la más adecuada de todas nosotras, la que no ha roto jamás ni un solo plato, pero te aseguro que el orgullo de los Archer corre por sus venas. Se vengará de Lane.

—Sí, eso dices, se vengará porque es lo que tú hubieses hecho.

—Efectivamente. De ahí que estuviese convencida de que Cleopatra hubiera venido aquí para exigir las oportunas explicaciones sobre lo malvado que él ha sido.

—Entremos entonces.

—Lo que sucede es que veo la casa demasiado tranquila. Si mi hermana hubiera entrado, te aseguro que los sirvientes irían de aquí para allá y que habría más movimiento del que percibo entre las ventanas.

—No se ve casi nada desde aquí, Charlize, es imposible que…

—Confía en mí. Si Cleopatra estuviese ahí dentro nosotros ya lo sabríamos.

—¿Me estás diciendo que no sabes dónde está tu hermana?

—Bueno…

—¡Charlize! —la regañó—. Le he prometido a Freyja que…

—Lo sé, lo sé. Yo estaba allí, Aidan. Sé lo que tu esposa te hará a ti si no aparece

Cleopatra.

—¿A mí solo? Eres una traidora y solo por eso, te garantizo que si me hundo, tú caerás conmigo —la amenazó.

La joven le sonrió mientras rodaba su sombrilla. Necesitaba protegerse del sol porque tendía a sacarle demasiadas pecas.

—Eres encantador incluso cuando amenazas.

—No me estás prestando la debida atención, he confiado en ti con respecto a toda esta cuestión de lord Lane y si algo sale mal…

—No saldrá nada mal. Ella no va a casarse con él y eso es lo que importa.

—Charlize, no entiendo el motivo por el que me convences con tanta facilidad.

—¿No?

—No —respondió él con seriedad.

—Lo haces porque yo te ayudé a conquistar casi sin esfuerzo a mi querida Freyja, y mi plan para emparejar a Caliope con su amado Magnus funcionó a las mil maravillas. Eso sin olvidar que cuando Cleopatra se convierta en una feliz esposa, solo te quedará una hermana molesta de la que ocuparte y tendrás mucha paz.

—Si tan buena eres, podrías darme un plan para deshacerme de la hermana menor de mi esposa.

—¿Ahora hablas de mí en tercera persona, Aidan?

—Tú eres la que me darás más problemas. Muchos más de los que me han dado tus otras dos hermanas —conjeturó.

—No te los daré porque no pienso casarme.

—Por eso sé que se avecina tormenta. Freyja no será feliz hasta que te vea formar tu propia familia con un hombre que te merezca y me obligará a interceder para que…

—Estamos desviándonos del asunto que nos ha traído hasta aquí, Aidan —lo frenó —. Es momento de ocuparnos de Cleopatra, ¿recuerdas?

—Sí, Charlize, sé bien el motivo por el que no estoy en la cama con mi esposa.

—¡Oh, Aidan! —exclamó escandalizada—. Debería darte vergüenza, hablar así delante de una joven casadera de lo más inocente. Pretender corromperme… —lo acusó.

—Sí, como si tú no estuvieses ya suficientemente corrompida.

—¿Qué insinúas? —preguntó con altivez.

—Que eres tú la que busca avergonzar a mi esposa con cuestiones de índole íntima a cada ocasión.

—¡Pamplinas, Aidan! —La joven hizo un aspaviento con la mano—. Lo hago por ti, para que tu esposa no olvide cuáles son sus deberes conyugales, pues he descubierto que cuando tu esposa es feliz, tú lo estás más.

—La que dice sandeces eres tú. Céntrate ahora, Charlize. Tenemos dos opciones con respecto a Cleopatra. O vamos hacia la casa de lord Lane, lo sacudo un poco para que se dé cuenta de que nadie juega con quienes me importan, y luego nos vamos a buscar a tu hermana.

—Eso no son dos opciones. Es tan solo una con dos partes que me gustan mucho. Sería épico observarte agarrar al aburrido Lane por las solapas de la chaqueta y verlo comenzar a temblar, y aunque la idea me seduzca no puedo dejarte hacer eso. Él estará mejor sin Cleopatra, y definitivamente mi hermana encontrará a alguien que la haga muy feliz.

—Dime dónde buscamos a Cleopatra. Sospecho que sabes dónde puede haber ido.

—Si no está aquí… Sí que tengo una ligera idea, pero no va a gustarte, porque no te he contado lo que presencié anoche con sigilo.

—¿Ahora me ocultas cosas, pequeña arpía? —la acusó—. Creí que éramos un equipo infalible. Tú ejercías de casamentera y yo me ocupaba de ayudarte en todo lo posible. No puedo hacer el trabajo que me encomendaste si no me haces partícipe de tus planes y averiguaciones.

—No podía contártelo delante de Freyja, ya conoces a mi hermana, se preocupa demasiado por todo. Ha soportado el peso familiar en sus hombros durante demasiado tiempo, es hora de que descanse y ceda esa responsabilidad.

—La palabra responsabilidad no es compatible contigo, Charlize.

—Puede ser, pero no olvides que somos un equipo, como bien has dicho. Soy inteligente, observadora y conozco muy bien a todas mis hermanas, y tú eres… Bueno, eres el hombre que me ayuda en todo, así que nada puede salir mal. Lo hicimos bien con Caliope y lo mismo ocurrirá con Cleopatra. Eso sin contar que acabaste felizmente unido a Freyja. Soy buena en lo que hago.

—No te andes por las ramas, dime de una vez lo que averiguaste ayer y que intuyes que no va a gustarme.

—Está bien. Verás, siempre he pensado que yo era la más retorcida de las cuatro.

—Lo eres —le dijo, por si acaso Charlize tenía alguna duda a ese respecto.

—Bien, pues en tal caso, déjame decirte que si yo hubiera sido Cleopatra hubiese venido directamente a lord Lane para avergonzarlo y darle un pequeño escarmiento.

—Ya has declarado que Cleo no está en esa casa —señaló el hogar de lord Lane.

—Exacto. En caso de ser yo Cleopatra, que es más sensata, ese habría sido mi paso, pero como no está, comienzo a pensar que ella es mucho más retorcida que yo.

—Charlize, te estás yendo de nuevo por las ramas —le recordó de nuevo.

—Te lo contaré, un poco de paciencia, te lo ruego, Aidan.

—Se me está acabando… —le dijo con los dientes apretados.

—Yo estaría muy enfadada con el vizconde, así que lo que yo habría hecho, porque soy muy retorcida, no olvides eso, sería pagarle con la misma moneda.

—¿Y eso que significa?

—Eso se traduce en que me habría casado de inmediato con otro caballero —afirmó con toda naturalidad la menor de las Archer.

Aidan suspiró.

—Sí, es algo que tú harías, pero… ¿Cleopatra?

—Sí, es una opción que estoy barajando después de comprobar que mi hermana no está en esa casa de ahí. —Le tocó el turno a Charlize de señalar la gran mansión del vizconde.

—¿Tenía Cleopatra otro pretendiente del que no me habías hablado?

—No es un pretendiente, y hasta anoche mismo no había sabido de su existencia.

—¿De quién se trata, Charlize?

—Del señor Gilmore.

—¿El hotelero? —preguntó con el ceño fruncido el conde de Ross y Luff.

—Te lo contaré, pero te advierto que aunque me agrada más que lord Lane, no cuenta con mis bendiciones. Hay otro caballero que considero que es más adecuado para Cleopatra, pero me temo que si ella está dolida y se ha despertado su vena sanguinaria…

—¡Por amor de Dios, Charlize!, habla claro de una vez.

—¡Te lo estoy diciendo, Aidan! Creo que mi hermana ha ido a ver al señor Gilmore para proponerle matrimonio. Y si eso resulta de ese modo, te aseguro que no tendré más opción que felicitar a mi hermana por ser más original que yo misma tramando una venganza.

—¿Gilmore? —No tenía sentido.

—El mismo.

—¿Pedirle matrimonio a Gilmore?

—Eso es lo que yo creo que está haciendo Cleopatra en este momento.

—¿Qué te hace estar tan segura de tu suposición?

—Es lo que yo haría.

—También decías que habrías venido a enfrentar a Lane en caso de ser Cleo y ella no está ahí. Así que seguro que te estás equivocando.

—Eso espero, porque no estoy dispuesta a dejar que Cleopatra se case con ese caballero. No sería feliz con él tampoco. Gilmore es demasiado…

—Demasiado ¿qué?

—He escuchado cosas sobre él —se limitó a decir.

—¿Qué clase de cuestiones?

Ella le sonrió.

—¿No deberíamos dejar de hablar sobre él y ponernos en marcha?

—¿En marcha? ¿Dónde quieres ir?

—Al hotel que dirige el señor Gilmore, por supuesto.

—No creerás que Cleopatra haya podido ir a… —comenzó a decir él. Aidan consideraba que la hermana pequeña de su esposa estaba bromeando sobre todo ese asunto del dueño del hotel, pero a medida que la frase salía de su boca, el rostro de Charlize se transformó en uno de suma preocupación. Y cuando la vio afirmar con la cabeza… Mal asunto—. ¡Maldita sea, Charlize!, espero que no tengas razón sobre esto.

—Yo también, Aidan… Yo también —susurró ella con preocupación.

# Capítulo 4

La traición era mala, pero la burla a la que la había sometido era todavía peor.

Cleopatra Archer se había levantado esa mañana escuchando el canto de los pájaros, viendo el mundo de color de rosa. Todo era perfecto, sensacional. Tenía ganas de salir de la cama y contarles a sus hermanas que a lo largo del día recibirían una visita muy especial.

No había podido conciliar el sueño. Eso debió darle una pista de que algo no iba bien. Cleopatra había podido dormir incluso cuando el mundo parecía que iba a terminar. La alegría por lo que pronto acontecería con respecto a Arthur no debería ser un motivo para mantenerse despierta durante toda la noche. Al contrario, algo tan fabuloso debería haberla hecho dormir mejor y más profundamente, dado que su futuro acababa de sellarse.

Cuando se levantó al alba, bajó a desayunar pese a que no había nadie despierto todavía y como el periódico estaba preparado para que lord Ross y Luff lo hojease, lo cogió para ver si se relajaba mientras pensaba en otras cosas.

Mal.

Muy mal hecho.

Su universo dejó de girar y la conmoción hizo que su corazón se detuviese unos instantes. No podía creer lo que estaba leyendo. Lo releyó una y otra vez, con la esperanza de que las letras acabasen cambiando su significado.

Por supuesto, eso no ocurrió.

Habían sorprendido a Arthur en la habitación de una muchacha. Hija de un conde también. El periódico daba por hecho la boda que se produciría en los próximos días, tal vez horas, para que la reputación de la joven no quedase completamente arruinada.

¿Cómo le había podido haber hecho eso a ella?

Dolía.

El corazón le dolía tanto que las lágrimas no tardaron en aparecer. Salió sola de casa, sin la debida compañía, y caminó hasta que las piernas comenzaron a fallarle.

Era un buen hombre. Arthur Clancy siempre fue serio e incluso bastante severo, pero ya le había advertido Charlize en su momento que los hombres más honorables podían albergar un monstruo en su interior. Su hermana pequeña se topó en su momento con un caballero que no tuvo miramientos y se portó muy mal con ella.

Cuando Cleopatra se dio cuenta de dónde estaba, el lugar al que la habían conducido sus piernas, dio un pequeño grito. No sabía cuántas horas habían pasado desde que comenzó a llorar y a caminar, solo era consciente de que sus pasos, sin haberlo orquestado, la habían llevado hasta el hotel del señor Gilmore.

Había procurado ser una dama sin mácula, responsable, solo se había desviado del camino brevemente porque creía que los encuentros privados con Arthur darían sus frutos. De nada había servido comportarse tal y como se esperaba que lo hiciera.

Sería el hazmerreír de toda la buena sociedad, pues Arthur no había bailado con ninguna otra muchacha más de un baile, y después de danzar dos veces con ella, lo habían sorprendido en la habitación de otra dama.

¡Dios!

La tristeza que la había embargado en un primer momento, se fue trasformando en rabia, en deseos de venganza, y tal vez por es emotivo su camino la condujo hasta el lugar que regentaba un hombre que necesitaba con suma urgencia una esposa.

Todo lo que Cleopatra deseaba era casarse y ser madre, el padre de su bebé no importaba demasiado. No lo hacía porque si al final el señor Gilmore la aceptaba, podía estar tranquila, dado que ese hombre era bueno, confiable, correcto, sensato y con una reputación intachable.

Casarse sería la solución a todos los problemas que sabía que se avecinaban. La tildarían de ser una dama caída en desgracia, alguien a quien un vizconde había desechado en favor de otra mucho mejor. La sociedad era así. Despiadada, ávida de un buen cotilleo malicioso, no importaba si los rumores destrozaban la vida de una persona, lo fundamental era entretenerse con las desventuras de los demás.

Y que Dios la perdonase, estaba tan llena de despecho que se le antojaba hacerle daño a Arthur, aunque era muy consciente de que a él no le afectarían lo más mínimo sus decisiones.

¿Por qué la había tratado de un modo tan malvado un hombre como el vizconde? ¿Ella no valía nada? ¿La otra muchacha sería más bonita, más adecuada, con mayores

conexiones y una gran dote?

Los celos la volvían loca. Y no. No quería pensar en Arthur más. No se merecía su pena, sus lágrimas.

Ella había escuchado una conversación íntima entre el señor Gilmore y su contable por alguna razón. Cleopatra no creía en las casualidades, era una ferviente creyente de que había un gran plan para todos, y la vida la había conducido a ese preciso instante, a las puertas del hotel dirigido por un caballero que podría darle todo lo que ella deseaba… si lo convencía para aceptar su propuesta, desde luego. Esperaba que ese beso incendiario que compartieron anoche sirviese como baza para hacer que Joseph Ethan Gilmore la tuviese en consideración.

Suspiró al recordar aquel momento indebido que no debió haber ocurrido entre ambos. Si algún miembro de la fiesta los hubiese sorprendido besándose, ella misma habría tenido que romper la palabra que le había dado a Arthur. ¿Le habría sucedido algo así al vizconde? ¿Se habría dejado llevar él por la pecaminosa lujuria? ¿Era ella una hipócrita por haber permitido que Gilmore la besase de ese modo, y enfadarse por la traición de lord Lane?

La mente de Cleo era un hervidero lleno de caos. Arthur se casaría, y si ella no hacía nada al respecto, se convertiría en la dama con la que lord Lane hizo una declaración pública con dos bailes y que no fue lo bastante buena para mantenerlo a su lado.

No sería la primera vez que algo así sucedería. Hacía un par de años, cuando estuvo en Londres, escuchó que una muchacha fue repudiada tan solo por no ser hábil bailando. Esa joven seguía soltera esa temporada.

Cleo quería casarse lo más pronto posible. No tenía la paciencia necesaria para seguir demorando un asunto que deseaba tanto. Ser madre era su máxima prioridad, su sueño, así que si Gilmore se lo concedía, ella se convertiría en la esposa que necesitaba y le otorgaría el dinero que precisaba para hacer que su gran proyecto fuese una realidad. Su dote era muy generosa.

Un acuerdo.

Sí. Debía vendérselo de ese modo. Y si la rechazaba…

¡Cielo santo! Si esa circunstancia se diese, ella volvería a Luffgarden, a su casa de campo, y no volvería a salir de allí jamás. Moriría siendo una vieja solterona rodeada de gatos… ¡Y a ella no le agradaban los gatos!

Bajó la mirada y se dio cuenta de que tenía que haberse esmerado un poco más en su vestimenta. Esperaba no tener ya los ojos rojos, y que el cabello siguiese recogido en un bonito moño. Y el vestido de paseo de mañana… no, no era de los mejores, pero tendría que bastar.

Se dispuso a quitarse su bonete para acceder al hotel. Nada más entró, lo divisó al fondo de la recepción. Tenía que ser una señal… Rezó a Dios pidiendo un poco de… de… de… ¡De lo que fuese!

Apresuró el paso y se colocó delante de él. Como estaba de espaldas no la había visto. ¡Dios de los cielos, qué apuro más tonto! Bueno, de tonto no tenía nada. Podría darse la vuelta y… No. No. Sabía lo que tenía que hacer.

Carraspeó para ver si él se giraba. No lo hizo, así que carraspeó con más fuerza.

—¡Qué diantres…! —comenzó a decir Joseph Ethan, al tiempo que se daba la vuelta. Cuando se dio cuenta de quién era la mujer que estaba llamando su atención se quedó muy sorprendido.

—Señor Gilmore —lo saludó ella, al ver que él no reaccionaba.

—Milady —le hizo una reverencia, para después barrer con la mirada el lugar en busca del resto de la familia.

Cleopatra se dio cuenta de lo que él estaba haciendo, así que le sonrió con nerviosismo y luego le indicó que:

—No hay nadie más aquí.

—¿Ha venido sola, lady Cleopatra? —Ella sintió mariposas al ver que él recordaba su nombre. Eso era una buena señal… ¿o no?

—No preciso la asistencia de nadie para lo que debo tratar con usted, señor Gilmore.

Él la vio pasar del nerviosismo más extremo a la seguridad fingida y se sonrió. Sentía curiosidad por esa dama, un sentimiento que no debería estar percibiendo, pero…

—¿Qué puedo hacer por usted, milady? —le preguntó lleno de cortesía. No había demasiada gente a su alrededor, de hecho había despedido al botones con el que estaba hablando cuando la divisó detrás suyo, sin embargo, era mejor guardar las formas con suma etiqueta.

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar, señor Gilmore?

—No creo que…

Y como ella ya se figuraba la objeción que iba a hacerle, estuvo rápida al interrumpirlo para decirle que:

—Sí, señor Gilmore. Es un asunto urgente y bastante privado el que debo tratar con

usted.

Él se puso todavía más serio. Echó un vistazo a su derecha, luego desvió la mirada a la izquierda, y al estar seguro de que no había nadie se acercó y le habló en voz baja.

—No es prudente que estemos a solas… —se quedó un momento pensativo—. ¿Vienes a exigirme una disculpa por lo que pasó…? —inquirió sin formalidad.

—No, señor Gilmore. Estoy aquí para ofrecerle un negocio. Uno que espero que no rechace —se envalentonó—. Y me gustaría tratar el asunto con mayor intimidad.

La vio tan segura de sí misma, que se separó de ella y cabeceó afirmativamente

—Por supuesto. Haga el favor de seguirme —volvió a la formalidad como precaución. La cogió del brazo y comenzó a caminar a grandes zancadas. No deseaba que nadie la reconociese.

Caminaron por varios pasillos, mientras ella se esforzaba por seguir su paso, y acabaron entrando en un pequeño despacho. Gilmore abrió la puerta, la obligó a entrar también con prisa y luego cerró.

Se quedaron uno frente al otro de pie. Con una distancia prudencial que él se obligó a dejar entre ambos. Ella tenía algo que lo volvía loco y esa muchacha no era para él.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó sin preámbulos.

—No. Estoy muy segura de lo que voy a hacer… Creo. —Esa parte la susurró por lo bajo.

—¿En qué estaba pensando tu familia cuando te permitió salir sin escolta de tu casa? Una dama como tú no debería caminar sola por la ciudad, menos todavía venir a buscarme —alegó irritado.

—¿Cómo yo?

—Sí, como tú —insistió él.

—¿Y eso qué significa?

—¿Una vez más vienes a buscar cumplidos, Cleopatra?

—No, por supuesto que no —retrucó—. Lo que quiero es que hagamos un trato.

—Un trato… —dijo con un bufido.

—Eso he dicho.

—Si fueses una muchacha inteligente te mantendrías a mil leguas de mí, Cleopatra Archer —le dijo sin rastro de humor.

—Tengo veintiún años —apuntó con la cabeza bien alta. Era una mujer. No una joven debutante. Hacía tres años que debería haberse casado, tal y como estipulaba la sociedad que debían hacer las jóvenes damas casaderas.

—¡Oh, todo un vejestorio arrugado! —se burló.

—Soy una mujer adulta y además muy inteligente —apuntó con la altivez emergiendo con fuerza.

—Seguro que estudiaste en Oxford —continuó él con su mofa.

—Sé lo que quiero cuando lo veo. —Cleopatra se quedó mirando con fijación al señor Gilmore. No sabía si estaba coqueteando o haciendo el ridículo, pero sirvió para que él se quedase un momento callado mientras la observaba con mucha atención.

—Deberías usar unos buenos lentes —dijo al fin.

—Está siendo condescendiente. Debo recordarle quién es mi hermana pequeña para que entienda que puede estar objetando hasta el fin de sus días y seguiré sin rendirme hasta que exponga lo que he venido a decir, señor Gilmore —lo avisó.

—Vete a casa, Cleopatra. —No lo entendía. Solo le sucedía con ella. Años atrás lo mismo, la noche anterior lo mismo… Y en esos momentos… lo mismo. Esa mujer, porque ella sí era toda una mujer perfectamente formada, despertaba unos instintos peligrosos, unos que él trataba de mantener bajo llave. Era verla y… Lo alteraba. Lo enervaba de un modo que lo hacía dudar de su disciplina para controlarse con ella.

La tenía ahí. Al alcance de su mano, mirándolo con la nariz levantada, los ojos fijos en los suyos, y él solo deseaba besarla. No de modo tierno. Le gustaría saquearla a conciencia, desnudarla, tenderla sobre la cama y… ¡No! ¡No! ¡Maldición, ella no era fuerte, no podría soportar todo lo que él le haría!

Joseph Ethan retrocedió un paso atrás. Uno que ella se adelantó.

—No le tengo miedo, señor Gilmore. Sé que no me haría daño.

—Dices eso porque no puedes leerme la mente —dijo por lo bajo.

—O habla más alto o no podré responderle.

Él agradeció que ella no hubiera podido escucharlo.

—He dicho que te vayas a casa. Llamaré un carruaje. Ross debe estar preocupado y tu hermana mayor puede que se haya presentado en Bow Street para movilizar a todos los agentes, incluso podría estar hablando con el ejército mismo mientras estás aquí.

—Es usted terco, señor Gilmore, una cualidad que no es adecuada para un esposo —observó ella sin dejar de mirarlo.

—¿Esposo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí. Ese es el acuerdo que he venido hacerle y del que no me permite hablar. Usted necesita una esposa y yo quiero casarme.

—¿Qué? —preguntó de inmediato.

—Creo que no es muy difícil de entender. Lo escuché anoche, como bien recordará. Tenemos intereses comunes, por eso considero que podríamos avenirnos.

—¿Qué? —repitió, sin entender lo que ella decía. Bueno… sí que la entendía, pero no tenía sentido lo que escuchaba.

—No me dirá que carece de inteligencia, señor Gilmore, porque eso sí sería inadmisible en el hombre que yo desposase.

—La que carece de inteligencia, eres tú. Pues por un momento me ha parecido que has señalado que quieres que nos casemos.

—Eso es.

—¿Cómo que eso es?

—Señor Gilmore, está siendo obtuso, creo que más claro no se lo he podido decir. Usted consigue una esposa adecuada, con contactos, dado que el marido de Freyja tiene muchos amigos importantes, y a la vez obtiene mi dote, que no es para nada desdeñable.

—Tengo que sentarme —dijo, para luego ir hacia la mesa de su escritorio y buscar la silla.

—¿Está usted bien? Le veo pálido —advirtió justo antes de que él se diese la vuelta.

—No, Cleopatra, no estoy bien. —No lo estaba en absoluto, porque esa joven inocente no podía estar hablando de matrimonio. No acababa de ofrecerse en bandeja para que él se diese un festín con el beneplácito de Dios. Si ella supiera lo que estaba metiendo en su cabeza,

saldría a toda prisa de allí y no regresaría jamás, porque Joseph Ethan no podía pensar en otra cosa más que en poseerla. Y si la tenía del modo en el que la deseaba, la rompería en mil pedazos.

Mientras él se atormentaba imaginando lo que le estaba cayendo del cielo…, y eso no era que podría construir su nuevo hotel, sino que el objeto de sus más secretos y oscuros deseos se había puesto a sus pies; ella parecía una mujer de negocios que no entendía el dilema interno que tenía.

La vio tomar asiento delante de su escritorio. Se colocó las manos enlazadas sobre el regazo y luego levantó la mirada. Él supuso que lo hizo para demostrarle seguridad.

—Cada día, los matrimonios se llevan a cabo por varios intereses —empezó Cleopatra a explicarle—. Creo que es honesto que dos personas establezcan lo que van a recibir con su unión.

—Un momento —la interrumpió—. Partamos de la base que en verdad tienes claro lo que acabas de expresar.

—Quiero casarme con usted, señor Gilmore —le aseguró, por si él todavía tenía alguna duda a ese respecto.

—De acuerdo. Tú quieres casarte conmigo.

—Eso es.

—Bien. A cambio ofreces tus contactos…

—Los de lord Ross y Luff —precisó.

—Sí, sí, los del cabeza de tu familia. Has hablado de tu dote.

—Una muy importante.

—Por amor de Dios, Cleopatra, no hace falta que te sigas vendiendo más. —Masculló una maldición, porque si ella supiera que todo lo que él deseaba era tenerla en la cama… Lo demás era superfluo.

—Dado que esto es una negociación, me ha parecido importante poner los principales puntos sobre la mesa, señor Gilmore.

—Sí, los has puesto muy bien, pero solo has mencionado lo que sería favorable para mí.

—¿Qué insinúa?

—¿Qué ganarías tú con este matrimonio? Porque no me harás creer que el beso de anoche fue tan fantástico como para venir a…

—No, no —negó de inmediato.

—Vaya… Nunca se habían quejado de mis besos —dijo él con retintín.

Ella se dio cuenta de que había herido su orgullo.

—Yo… Uhm… Quiero decir que el beso fue agradable…

—¿¡Agradable!? —Él pudo haber terminado derramado en sus pantalones en caso de haber seguido manoseándola con tanta pasión.

—¿Satisfactorio? —propuso al ver que él estaba irritado.

—Por amor de Dios… Siento ganas de levantarme y hacer que pierdas el sentido mientras te doy un agradable y satisfactorio beso, Cleopatra. —La observó bajar la vista y ponerse colorada. Entonces estuvo satisfecho.

—No me está poniendo las cosas fáciles, señor Gilmore. No debería decir esas cosas.

—Ah, ¿no? ¿Qué te imaginas que sucedería si te casases conmigo? Querría besarte, lamerte, tocarte y poseerte cada vez que se me antojase, porque tendría derecho a hacerlo. Tú misma me lo estás otorgando al haberme propuesto matrimonio. —Joseph Ethan comenzó a contar en silencio, dado que estaba seguro de que la joven se levantaría y echaría a correr de inmediato. ¡Era necesario asustarla!

Ella se removió inquieta en la silla. Él se dio cuenta de que esa hermana Archer no tenía intención de huir. Curioso… muy curioso… Y más desconcertante fue cuando la dama levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—Supongo que será necesario que haga todo eso.

—¿Lo será? —preguntó inseguro.

—Sí, pues lo que yo demando de este matrimonio es un precioso bebé, señor Gilmore. Dos, pasado un tiempo prudencial, pero me conformaré con uno por el momento.

Joseph comenzó a toser, porque se había atragantado con su propia saliva. Se levantó de la silla y buscó el decantador de whisky. Necesitaba algo fuerte.

—¿Quieres una copa, Cleopatra? —le ofreció.

—No, gracias. Espero que no tenga por costumbre beber —apuntó con suavidad.

—No, solo lo hago cuando una muchacha viene a mi hotel para explicarme que quiere casarse conmigo.

—Es necesario casarse para engendrar un hijo.

—No, no lo es —la contravino él.

—Sí, lo es, señor Gilmore, porque yo no soy una falda ligera.

—¿Crees que no lo sé, Cleopatra? Sé que eres de las que deben casarse. Eres una mujer que debe tener todo lo que desea, siempre lo he creído.

—Quiero ser madre, señor Gilmore, es lo único que le pediré como condición para que nos casemos.

—Te haría un hijo ahora mismo, Cleopatra, pero dudo mucho que te gustase la forma en lo que lo planearía hacer. —Se le hacía la boca agua al imaginar la escena que tenía en mente.

—Lamento no entender lo que…

—No lo entiendes y es mejor así —apostilló, después de beberse de golpe toda la copa que se había servido. Regresó a la silla y se sentó—. Ahora explícame el motivo por el que no has elegido un pretendiente mejor que yo para tus planes. Cualquiera con un par de ojos en el rostro comenzaría a babear nada más verte.

—Me temo que no tengo interés en desposarme con nadie más. —No estaba siendo honesta del todo, pero tampoco mentía por completo.

—¿Tanto te gusto, florecilla? —preguntó en un intento de flirteo.

—Ya le he dicho que encontré su beso…

—Si dices agradable o satisfactorio, te aseguro que saldrás de aquí con muchas probabilidades de albergar vida en tu interior, florecilla —la avisó.

Ella frunció los labios.

—No me acostaré con un caballero hasta que Dios me una a mi esposo —le tocó el turno a ella de advertirlo.

—Por supuesto que no lo harás. Mataría a cualquier bastardo que te pusiera un solo dedo encima sin que mediase el matrimonio entre tú y él —dijo con enfado.

Ella lo miró desconcertada. Había detectado mucha rabia en sus palabras y no entendía el motivo. Ello sin olvidar que él le había puesto varios dedos encima.

—¿Entonces qué será, señor Gilmore? ¿Haremos uso de esa cara licencia especial de la que hablaba anoche?

—Por supuesto que no. Tú no estás hecha para mí.

Cleopatra cuadró los hombros y estiró la espalda sobre la silla.

—Soy más dura y fuerte de lo que parezco, señor Gilmore.

—Y aun así, yo te rompería en mil pedazos —sentenció en modo críptico.

—Muy bien. —La humillación era absoluta ya. Primero Arthur y en esos momentos sufría el rechazo del señor Gilmore.

Cleopatra se puso de pie.

—¿A dónde vas? —preguntó, esperando que ella no se hubiese dado cuenta de la angustia que cargaba el tono de su voz. No quería que se marchase. No tan pronto.

—A buscar un esposo, señor Gilmore —le contestó sin mirarlo.

Antes de que la última parte de su sentencia estuviese dicha, Cleopatra Archer estuvo pegada contra la pared más próxima, con el señor Gilmore sobre ella.

El aliento de uno sobre el del otro. Ella se negaba a asustarse. La velocidad con la que él se había movido la había asombrado y conmocionado al mismo tiempo, pero no le tenía miedo. Lo conocía. Se veía fiero. No le haría daño.

—No puedes ofrecerte a mí y al siguiente segundo decirme que buscarás a otro, florecilla —apostilló, con la voz baja y cargada de algo que Cleopatra no pudo identificar.

—¿Por qué no? Usted no me quiere —observó con un susurró trémulo.

—Te deseo, Cleopatra. Te deseo —repitió— desde la primera vez que te vi en mi biblioteca, y no me he mantenido lejos de ti todos estos años para acabar rompiéndote ahora.

Ella frunció el ceño. Él terminaba de admitir lo que sucedió cuando se vieron aquella vez, cuando Cleopatra consideró que Gilmore estaba interesado en Freyja.

—No tiene sentido que diga que me desea. —Negó ligeramente con la cabeza—. No le creo porque de ser cierto, me habría aceptado hoy—expuso resignada.

—Maldita sea… —murmuró, para luego bajar la boca y tomar sus dulces y delicados labios entre los suyos.

# Capítulo 5

Solo necesitó el primer contacto y su corazón se saltó un latido para luego comenzar a desbocarse a un ritmo frenético. La estaba besando, y como si no se creyese que de nuevo él lo estuviese haciendo, tuvo que abrir los ojos, que se le habían cerrado por inercia, para comprobar que no era un sueño.

Gilmore también los mantenía abiertos y cuando su mirada lo encontró, lo observó apartarse un poco y componer una sonrisa de lo más pícara que la consumió debido a lo que transmitía. Pues el hotelero, además de curvar los labios de modo insolente y seductor, la miraba con un anhelo tan crudo que pensó que Joseph Ethan la estaba desnudando sin quitarle ni una sola puntada de ropa.

Cleopatra nunca fue la más fuerte de sus hermanas, ni tampoco la que se mostraba más segura, pero en su fuero interno era muy consciente de que tenía que tomar una decisión en ese preciso momento. Era como si él estuviese esperando a que ella decidiese por los dos. No se lo pensó demasiado, la idea era seguir adelante, de tal modo que se recostó sobre el duro torso de ese hombre tan interesante. Puesto que no había apartado la mirada de esos preciosos ojos, vio un destello de sorpresa debido a la audacia que ella estaba mostrando, Cleo aprovechó ese instante de incertidumbre y se puso de puntillas para envolver los brazos alrededor de su cuello. Eso provocó que Gilmore la afianzase mejor en su abrazo.

Antes de buscar la boca masculina, rezó para hacer bien lo que se proponía. Pretendía demostrarle que no era una joven sumamente protegida, sino que era una mujer que aprendía con rapidez, que podía adecuarse a cualquier circunstancia.

Cleo buscó su boca dispuesta a besarlo con furia, con fervor. No le costó demasiado ser algo agresiva en su muestra, pues se dio cuenta de que ella también lo deseaba. Llevaba años necesitando averiguar lo que pudo haber sido y no fue, de modo que, ¿por qué no dejarse llevar y ser atrevida?

De pronto, una de las manos masculinas se situó en su trasero, y él le dio una palmada juguetona, mientras su otro brazo se enroscaba alrededor de su cintura.

Hambre. Ella sintió que se despertaba algo intenso que la hacía estar famélica.

Ansiosa por él, por su toque, por sus besos, por todo lo que Joseph Ethan pudiese darle.

Entones, sin darse cuenta de lo que hacía, Cleo comenzó a bajarle la chaqueta, era muy consciente de que mediaba entre ambos demasiados obstáculos, así que quitarle la ropa parecía un buen inicio para comenzar a acercarse de un modo íntimo.

El señor Gilmore no había estado preparado para una reacción así. Ella no debería animarlo, tuvo que haber salido a toda prisa de su despacho pidiendo a gritos las sales a fin de no caer desmayada. Y justo en el momento en el que se dio cuenta de que esa mujer intrépida estaba reclamando el derecho de quitarle la primera pieza de ropa… Joseph emitió un jadeo áspero, más como si fuese una queja, porque sabía que no debía caer en la tentación, y, pese a ello, su brazo se cerró todavía más sobre su cintura, aunque rompió el beso.

Al separarse para buscar la nitidez de su mirada, el caballero vio algo que no esperaba. ¡Ella también lo deseaba! La mirada vidriosa de Cleopatra contrarrestaba con el brillo oscuro que sabía que reflejaban sus propios ojos.

—¿Qué haces, florecilla? — preguntó en un susurro ronco, sabiendo que deberían darle un premio por no ceder a sus instintos más primitivos. Había logrado encontrar el dominio necesario para retirarse a tiempo antes de cometer una verdadera locura. Y sí. Era muy consciente de que debería soltarla por completo y dar varios pasos atrás para poner una distancia prudencial y muy necesaria entre los dos, pero no podía hacerlo.

La respuesta de Cleo a esa pregunta era complicada. ¿Cómo ser capaz de argumentar todos los sentimientos que Gilmore le provocaba? ¿Cómo explicarle que sus besos la consumían y a la vez la hacía sentirse viva? ¿Cómo podría decirle que cuando la tocaba nada más en el mundo importaba?

No logró hablar, emitir ni una sola palabra, la mirada de Cleopatra estaba perdida en ese precioso rostro que tenía delante. Lo miraba una y otra vez, tratando de memorizar cada uno de sus rasgos, su expresión, las imperfecciones que había junto a la comisura derecha de su boca, sus cejas pobladas con un ángulo cerrado, la mirada que transmitía su deseo, la mandíbula cincelada y fuerte y en especial sus labios. Quería más besos. Error. Necesitaba que la besase o se moriría de inanición.

No era momento de hablar y explicarse, era el instante para expresarse sin decir nada. Cleo apretó los brazos que todavía tenía colocados sobre el cuello de él y trató de acercarlo a su boca. Más besos. Eso era todo lo que importaba, pero no contó con la resistencia del señor Gilmore.

Joseph no cedió a su demanda, ni a la suya propia.

La miró desde la altura y ella se dio cuenta de que estaba apretando los dientes, de que se resistía a lo que deseaba. Antes de poder preguntarle qué era lo que estaba mal, él habló:

—Deberías marcharte, Cleopatra —le dijo, sacando el resquicio de caballerosidad que todavía le quedaba.

—No se me ocurre un lugar mejor en el que pudiera estar —confesó sin vergüenza y con total sinceridad.

Una lluvia de sentimientos, de mil emociones desconocidas, se arremolinaron en el corazón de Joseph Ethan Gilmore. Su admisión era lo más puro que había escuchado jamás. Y lo sabía. Era consciente de que con un beso había incendiado a esa mujer hasta hacerla arder, lo que no había esperado era que él se prendería con mayor intensidad.

—No soy lo que crees, lo que esperas… —la advirtió, sin apenas fuerza de voluntad para seguir resistiéndose a su embrujo.

—No estaría aquí ahora, no te habría pedido matrimonio, ni estaría tratando de seducirte si creyera que no eres justo lo que necesito y… deseo —murmuró, dejando al fin la formalidad de lado.

Y mientras Cleopatra confesaba su vulnerabilidad, se dio cuenta de que además del deseo que él había despertado con fuerza en su interior, había más. Mucho más. Algo tan fuerte, tan pasional y conmovedor que podría destruirla por completo. Lo deseaba fervientemente. Toda ella palpitaba, en especial el interior de sus muslos.

—Dime qué es lo que necesitas —pidió él. Era crucial escucharla de nuevo.

—A ti —le aseguró la dama.

Levantó la mano para enredar parte de su moño en un puño. El gesto hizo que ella levantase la cabeza por completo. Lo veía, frente a ella, con la mirada dura en esos instantes, como si se debatiese entre el bien y el mal. No entendía el cambio tan brusco, pero no osó moverse por miedo a que todo terminase.

—¿Y si no estás preparada para lo que soy, florecilla?

—Lo estoy —respondió rauda.

—¿Qué pasará cuando descubras que lo que yo necesito no es lo que estás dispuesta a ofrecer, Cleopatra?

—Aprenderé —razonó, sin estar muy segura a lo que él se refería.

Él emitió una risa sorda, malhumorada más bien.

—No sabes lo que dices.

—Sé lo que quiero —le discutió.

—Eres una necia por venir a buscarme. Recuerda que te lo advertí. No olvides que hoy, aquí y ahora, te he dado la oportunidad de escapar de mí. Dios te proteja si decides quedarte a mi lado, porque no te dejaré escapar nunca.

Cleopatra le sonrió. Él aflojó el agarre de su pelo, así que ella levantó la mano para buscar sus mechones negros. Hizo lo mismo que él estaba haciendo, logró sostener en la palma un puñado de pelo y tiró de él.

—Soy una Archer, Gilmore —usó su apellido porque le pareció correcto para el tono de su aseveración. Además le gustaba referirse a él de ese modo—. Y de haber sabido lo que ahora mismo sé, habría venido mucho antes a buscarte —le dijo con suma convicción, pues la hacía sentirse plena, segura de sí misma.

Cleopatra no esperó respuesta, lo atrajo hacia ella y lo besó. Ya no hubo resistencia por parte del caballero. Le devolvió el gesto, pero unos pocos segundos más tarde, se separó de nuevo.

—¿Estás segura de esto?

—Sí. ¿Lo estás tú?

—Sí, Cleopatra, por desgracia no puedo apartarte —expuso resignado.

—¿Por qué lo dices como si fuese algo malo? —No lo comprendía.

—Pronto lo averiguarás —apuntó enigmático.

—Bésame, Gilmore. Bésame —repitió— y hazme sentir que te pertenezco.

¡Oh!, si ella supiera que la ya la consideraba suya y que la dama acababa de sellar su destino… El sonido que produjo el hotelero con dicho pensamiento fue tan crudo y carnal, que faltó poco para que ella no se prendiese en mil y una llamas.

No la besó todavía.

—Lo haré en un momento —le aclaró.

Estaban los dos muy juntos, se dio cuenta de que la contemplaba tal y como había hecho ella misma instantes atrás. Enmarcó el rostro de Cleopatra con sus manos y usó los pulgares para acariciar parte de su mandíbula. Luego usó los nudillos para seguir acariciando su rostro. Tan dulce, tan inocente, bella y atrevida…

Ella estaba subyugada, pues la ternura del gesto le estaba acariciando más el alma que la piel. Eso sin contar lo fascinante que resultaba ver la intensidad con la que la miraba. Sus palabras de hacía unos segundos, cuando le advirtió que no la dejaría escapar, resultaron estar cargadas de una potente posesividad, sin embargo, lo que centelleaba en sus ojos era todavía más palpable.

Un deseo que la hacía suspirar.

Poderoso. Incierto. Desconcertante.

Esas tres palabras venían a definir a la perfección al nuevo señor Gilmore que se alzaba ante ella.

—Tan hermosa, tan inocente, tan apasionada… Mía, Cleopatra. Serás mía por completo. Quiero tu cuerpo y tu alma.

Llevó uno de los pulgares hasta sus labios. Usó la yema para presionar el inferior y obligarla a separarlo de su hermano. Ejerció una tibia presión y ella entendió lo que deseaba. Abrió más la boca y ese dedo chocó directamente contra su lengua.

Lo chupó como si fuese un rico helado de Gunter’s. Tuvo la audacia incluso de apresar la falange cerrando los labios y succionó desvergonzada.

—Un día colocaré algo más sustancioso en el interior de tu boca, Cleopatra, y querré que uses tus labios y tu lengua del mismo modo que ahora. Otra noche desearé ser yo quien chupe la deliciosa humedad que segregas entre las piernas, esa de la que solo yo seré responsable de hacer nacer y calmar. Estarás a mi completo cuidado, a mi merced para que yo decida lo que haremos, cuándo lo llevaremos a cabo y cómo nos saciaremos. No será fácil la mayor parte del tiempo, florecilla. Solo has visto una parte de mí, la que dejo que vea el público que me observa, hay mucho más. Algo oscuro que podría acabar con tu luz.

Ella dejó de succionar el dedo, se separó y le dijo:

—No pienso echar a correr. No desperdicies más palabras, Gilmore, no me des más opciones, porque estás perdiendo el tiempo. No pienso irme a ningún lugar si me quieres.

—¡Dios! No te haces una idea de cómo te quiero.

—¿Te casarás conmigo, pues?

—Lo haré. Dejaremos aquí el juego de la seducción y saldremos a encontrarnos con un hombre de Dios que aceptará casarnos de inmediato.

—¿Ahora? —preguntó ella, cuando logró dar sentido a lo que él le proponía. Su

latente deseo quedó rápidamente relegado.

—Te he acusado de ser una necia y tú lo has negado. Yo tampoco lo seré, porque si te doy la oportunidad de retirarte y dejar que medites bien tu futuro, podrías pensarte mejor las cosas y yo acabaría perdiendo la cabeza. Sí, florecilla. Nos casaremos en cuanto te recuperes y yo me calme de este interludio que no ha hecho más que empezar. No me arriesgaré tampoco a que tu familia se interponga en lo que has decidido y yo he aceptado. Estamos juntos a partir de hoy, para siempre. —Eso sonó a promesa, y Cleopatra debería estar contenta, dado que había logrado lo que se propuso al ir a buscarlo, pero el tinte cargado de una oscuridad en esas palabras le hizo fruncir el ceño. Él debió de notar algo en ella porque de pronto dijo—: ¿Has cambiado ya de opinión?

—No —respondió rauda.

Él le sonrió

—Me alegro, porque de todos modos, no te hubiera dejado hacerlo.

Una declaración muy extraña y lo peor era que parecía muy seguro de lo que acababa de decir. Cleopatra se obligó a contener la preocupación, pues sabía que en caso de no hacerlo su ceño se habría pronunciado todavía más, y él parecía captar a la perfección las emociones que ella sentía. Y pese a todo, lo vio sonreír todavía más, como si él estuviera adivinando lo que pasaba por su mente, como si hubiera visto ese pequeño temor que la había atravesado.

—No te tengo miedo —se vio en la obligación de decirle de nuevo para parecer más fuerte. Oh, sí. Ese hombre era un depredador que la miraba como si fuese una graciosa gacela a la que pronto devoraría.

Joseph Ethan Gilmore no apuntó nada más, se limitó a seguir mirándola con esa sonrisa socarrona que ella deseaba borrarle de un plumazo.

Por primera vez desde que tomó la decisión de buscarlo, se preguntó si en verdad había sido buena idea llevar a cabo la acción.

Y lo más importante, tenía que proteger bien su corazón. El vizconde Lane no le había hecho tanto daño como ella creía, dado que con un puñado de fantásticos besos, el señor Gilmore había logrado aligerar la pena por la traición y ensombrecer el recuerdo de Arthur. Tal vez no llegaría a enamorarse nunca de nadie, pero por si acaso… mejor blindar su corazón.

Se casaría.

Sería madre.

Nada más era importante. Volcaría todo el amor en su bebé.

# Capítulo 6

Casada.

Estaba casada con Joseph Ethan Gilmore.

No había vuelta atrás. Sus planes habían salido bien. Debería sentirse pletórica…

No, no lo estaba en absoluto. Tenía ganas de llorar, pero se contendría. Todo lo ocurrido se lo había buscado ella misma. Cleopatra Archer dio un mal paso cuando consideró al vizconde como un esposo adecuado y, antes que eso, un pretendiente solícito. A partir de ahí el castillo de naipes se desmoronó.

No tendría jamás la ceremonia que imaginó, vestida con un vaporoso vestido rosa pastel de muselina mientras una gran cantidad de testigos la esperaba en la catedral para verla entrar radiante. Tampoco había habido un anuncio adecuado en el periódico.

Fue una ceremonia rápida, en una pequeña vicaría al norte de Londres, con un conocido del señor Gilmore que ofreció a dos testigos para certificar el matrimonio.

Había estado nerviosa, temblando incluso, pero hizo todo lo posible para que él no lo percibiese. Mientras el hombre de Dios oficiaba la ceremonia, Cleopatra solo podía pensar en sus hermanas. Ninguna de las tres estaba a su lado, apoyándola. Cuando Freyja se enterase de lo que había hecho se sentiría desilusionada. Charlize montaría en cólera y gritaría sin descanso, mientras que Caliope se limitaría a darle un abrazo y a desearle lo mejor, pero también estaría disgustada.

Su vida acababa de cambiar por completo y un sentimiento de… de… ¿de qué? ¿Cómo se sentía realmente? No lo sabía en verdad. ¿Se habría precipitado movida por la ira?

Lo había tenido claro mientras hablaba con él en el hotel. Bueno, mientras lo convencía para que la aceptase. Más allá de salir de allí con un novio bien dispuesto, Cleopatra no había previsto nada más.

No había pensado en el futuro.

El carruaje que los volvía a llevar de regreso al centro de la ciudad dio un pequeño bote y ella se estremeció una vez más.

—¿Estás preocupada ahora? —La voz de su esposo la hizo salir de sus pensamientos.

Se giró para mirarlo. Estaba sentado a su lado, la cadera de él tocando la suya. Ese contacto también la mantenía bastante alerta.

—No —alegó escuetamente.

—Yo creo que sí, Cleopatra. Y en aras de mantener un entendimiento mutuo, te rogaría que no me mintieses nunca. No me gustan las falsedades, más cuando es mi mujer la que las dice. Para mí es importante confiar en ti.

—Soy tu mujer desde hace apenas unos pocos minutos y no te he mentido, ni tengo intención de hacerlo nunca.

—Eres mi esposa y eso es lo que cuenta. No hemos tenido tiempo de determinar cómo van a ser las cosas de ahora en adelante, imagino que los dos tendremos que ir aprendiendo según avancemos en este nuevo viaje, porque aunque eres mi mujer y estás obligada a obedecerme y a aceptar mis decisiones, dudo mucho que te muestres mansa debido a tus antecedentes familiares. Y sobre lo de mentir… He sido muy consciente de que durante la ceremonia estabas preocupada, te he sentido temblar, Cleopatra, y debo reconocer que por un instante pensé que lo detendrías todo.

Ella lo miró con mucha atención en ese momento.

—Trataré de ser adecuada, aunque es cierto que las cuatro hemos sido siempre muy independientes, puesto que Freyja se ocupó de nosotras durante muchos años y nos dio alas. Con respecto a lo de detener la boda… ¿Por qué lo habría hecho? Todo esto ha sido idea mía. Desde que te vi en el vestíbulo del hotel no pensé en nada más que en convencerte.

—Estabas a punto de echarte a llorar mientras el vicario nos casaba, querida mía —insistió con suavidad.

—Echaba de menos a mi familia —reconoció—. Además… —se silenció al darse cuenta lo que iba a compartir con él.

—Sigue. Otra de las cuestiones que te pido es que no tengas miedo de mí y…

—Creo que te he dicho en repetidas ocasiones que no te tengo miedo —lo interrumpió.

Él sonrió de un modo extraño. Una mezcla de picardía, con un toque de incredulidad. Ella se envaró pero tuvo el buen juicio de callarse.

—Cleopatra, estás bajo mi protección ahora. Eres mía y yo siempre cuido y protejo lo que me pertenece. Desde ahora en adelante, no vas a tener miedo de nadie ni de nada —indicó con seguridad—. Ahora dime qué era lo que te molestaba mientras recitábamos nuestros sagrados votos.

—Nada —respondió demasiado rápido.

—Quiero que seas sincera siempre conmigo. No te conozco lo suficiente todavía, pero eres muy fácil de leer para mí. Algo te irritaba. Dices que no me tienes miedo, aunque no lo estás demostrando. Habla —le ordenó.

—No lo entenderías —dijo, pasados unos pocos segundos.

—Pruébame —la desafió.

—Es que es una tontería y…

—Cleopatra —la detuvo con el uso de su nombre.

Ella suspiró con cansancio.

—Toda mujer sueña con el día de su boda —se limitó a decir.

—Ya. Y no ha sido como esperabas.

—No. No lo ha sido —reconoció.

—Tienes que entender que de haber podido te habría dado lo que mereces. Una gran boda en el centro de Londres, en la catedral más bonita, habría invitado a todo el mundo para que compartiesen con nosotros ese día.

—Lo sé. Si lo nuestro hubiese sido un matrimonio por amor, habríamos tenido más tiempo para disponerlo todo, para que todo fuese perfecto. Esto es un acuerdo de negocios y es por ese motivo por el que no tengo derecho a quejarme. Te pido disculpas por haber sido tan… —No encontraba la palabra para definirse.

—Tan ¿qué? —inquirió su esposo al ver que ella se había callado.

—La ceremonia ha servido a un propósito, ese era casarnos y lo estamos. Así que todo está bien.

—No, no lo está. Y pronto te darás cuenta de que nuestro matrimonio será más que un asunto de negocios.

—¿A qué te refieres? —preguntó con curiosidad.

—Cuando lleguemos al hotel, te instalarás en mis habitaciones. Esto ha sido precipitado, tenemos que decidir dónde viviremos y…

—¿Dónde pensabas instalarte cuando le propusiste el acuerdo a la mujer que tu contable te sugirió? —indagó.

—Tienes buena memoria, Cleopatra. Excelente oído también —sostuvo al ver que ella fue un testigo muy fiable de aquella privada conversación.

—Me has dado a entender que puedo hablar de lo que desee contigo, así que…

—Te lo he dicho y ten la seguridad de que lo deseo —le aclaró—. Verás, me gusta vivir en el hotel porque es el modo más fácil que tengo para ocuparme de cualquier imprevisto. Cuando se sugirió el asunto de casarme con la otra dama compré una casa, pero la vendí de inmediato cuando todo se fue al traste.

—No me disgusta que residamos en el hotel —le informó—. Aunque he vivido siempre en Luffgarden, la casa de campo de mi familia, —aclaró al verlo fruncir el ceño—, pienso que no será complicado ser feliz en Londres.

—Puedo adquirir una propiedad en cualquier lugar que desees, Cleopatra.

—Ya lo creo que podrás —sostuvo—. Mi dote es lo suficientemente grande para que puedas comprar una casa en Mayfair y otra en el campo y aún seguirían sobrando fondos.

Lo escuchó gruñir y ella no entendió el motivo por el que lo había molestado.

—Tu dinero servirá para comprar los terrenos, Cleopatra —advirtió con cierta calma.

—Sí, es cierto. Discúlpame, lo que decidas estará bien —retrucó dócil.

Él se dio cuenta de que había sido demasiado descortés. Había mantenido su temperamento cuando ella habló de que su matrimonio era un acuerdo, pero cuando la escuchó decir que su dote era elevada… Gilmore no estaba satisfecho. De acuerdo. Sí lo estaba, porque había ganado un gran premio al que no tenía derecho, pues Cleopatra era un sueño hecho realidad, sin embargo, no estaba contento por el modo en el que habían transcurrido las cosas.

No era un hombre dado al sentimentalismo, de hecho era todo lo contrario, por eso

resultaba extraño ese sentimiento que esa adorable mujer despertaba en él. Quería hacerla feliz, se dio cuenta de pronto. Y saber que ella no había tenido la boda que toda dama deseaba… Pensar en que no le había propuesto matrimonio, ni hubo un cortejo adecuado… Todo ello unido al hecho de que su dinero iba a proporcionarle lo que tanto él había ambicionado con respecto a su futuro hotel…

No le gustaba cómo habían llegado a casarse, pero sí que estaba satisfecho con el resultado final. Y si no estaba contento por el modo en el que todo había acontecido, era solo porque no había podido complacerla. Lo cual no era demasiado malo si se comparaba con lo que su esposa iba a descubrir de él, pues Joseph Ethan era la clase de hombre que ningún padre desearía para su hija.

—Esto ha sido un error —murmuró él, sin darse cuenta de lo que había dicho mientras pensaba en que ella no estaba preparada.

Ella lo escuchó y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarse, definitivamente, a llorar.

—Seré una buena esposa —aludió, para que él se calmase.

—Eso lo sé de sobra, de lo que no estoy tan seguro es sobre si yo seré un esposo adecuado para ti.

—Hagamos las cosas bien, Gilmore.

—¿Vas a llamarme por mi apellido, Cleopatra?

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta bastante hacerlo —apuntó la señora Gilmore.

—Entonces no tengo nada que objetar. —Le pareció que podría comenzar por ser un esposo complaciente en ese momento.

—Estaba diciendo que cuando lleguemos a casa, tendríamos que…

—Al hotel —la interrumpió. Ella le sonrió.

—Creo que el hotel va a ser mi casa, así que llamarlo de ese modo no está mal —observó paciente.

—Sí, bueno, pero no es una casa en realidad…

—Es tu hogar, y por lo tanto será el mío.

—Sigue hablando. —Tenía que comprar una casa de verdad que fuese su hogar, y no le agradaba la idea de no tener líquido para poder hacerlo. Se mesó el pelo en un claro gesto de desesperación. No estaba haciendo nada bien con Cleopatra.

—Cuando lleguemos, es preciso que vayamos a decirle a mi familia que…

—No —la frenó—. Iré yo. Tú te quedarás en el hotel —le ordenó.

Ella levantó el mentón en ese punto. A él le dio un tremendo tirón su virilidad, verla tan orgullosa le calentaba la sangre. Deseaba despojarla de su vestido y hacer que comenzase a suspirar y rogar hasta que no quedase ni una sola gota de esa gran dignidad ducal de la que ella hacía gala sin ostentar ese título de elevado rango.

—Considero que debo enfrentarme a mi familia.

—No —repitió—. Se sorprenderán mucho y no quiero que puedas molestarte por si la situación…

—Conozco bien a mi familia, Gilmore —lo interrumpió—. Tengo que ser yo la que…

—He dicho que no, Cleopatra —insistió—. Llegaremos al hotel, consumaremos el matrimonio y una vez hecho eso, iré a…

—¿Consumar? —lo volvió a cortar.

—Sí.

—Pero no es de noche.

—Lo sé. Poco me importa —sentenció con indiferencia—. Te poseeré a plena luz del día y cuanto antes. Lo habría podido hacer en este mismo carruaje —le indicó con seriedad —, pero no he querido privarte la comodidad de una cama. No has tenido la boda que deseabas, intentaré que tu noche de bodas, aunque no haya oscuridad, sea tal y como mereces. —Y era una pena que ella no fuese capaz de valorar lo que implicaba para él hacerle el amor como sabía que debía hacérselo, porque ese dato le habría hecho comprender el nivel de compromiso que había adquirido con ella. Renunciar a sus necesidades con ella, cuando precisamente Cleopatra era el centro de sus más depravadas fantasías… ¡Dios! Esperaba que ella pudiese habituarse porque de lo contrario la había condenado al infierno.

—Debo explicarle a mis hermanas y a Aidan que… —volvió ella al asunto principal, con las mejillas manchadas de carmesí.

—No discutas más, Cleopatra. La decisión está tomada.

Ella apretó los labios con fuerza. ¡Hombres! Todos eran iguales, primero le decía que podía hablar con él de cualquier cosa y que imaginaba que no sería mansa, y luego decretaba como un emperador romano. Se dio cuenta de que tratar con Gilmore no sería tarea fácil.

Si ella hubiera podido leerle el pensamiento, se habría dado cuenta de que Joseph Ethan Gilmore no estaba dispuesto a correr el riesgo de que el conde de Ross y Luff invalidase el matrimonio. El tutor de su esposa podría usar todos sus medios para privarlo de la dicha de estar casado con el objeto de sus deseos más primitivos, podría anular la unión.

Ir al hotel y acostarse con su esposa era lo más importante y necesario en esos momentos, luego ya iría a visitar la casa del conde de Ross y Luff para informarle de las novedades, entonces el cabeza de familia solo tendría la opción de aceptar lo que ya estaba hecho y consumado.

El resto del viaje transcurrió en un silencio muy incómodo. Cleopatra se dedicó a contemplar el paisaje mientras Gilmore se devanaba los sesos pensando en cómo podría mantener bajo llave la bestia que salía a flote cuando intimaba con una mujer. Cleopatra no era cualquiera, era su esposa y merecía su respeto y devoción… por lo menos la primera vez. Ojalá él fuese otro tipo de hombre para poder darle lo mejor de sí mismo.

Estaba hecho. No había lugar para dudas o recriminaciones. No se podía volver atrás, y en caso de que eso fuese posible, no cambiaría ni uno solo de los acontecimientos pasados. Bueno… tal vez le habría dado una boda más adecuada, aunque si eso hubiera significado poder perderla por oposición de su familia… No. Todo lo habría hecho de ese modo.

Cuando llegaron al hotel, con Cleopatra aferrada a su brazo, el señor Gilmore masculló una colorida maldición que hizo que su recién estrenada esposa apretase todavía más los labios. ¿Tan mal hablado era su marido? ¿Desde cuándo? Ella no lo sabía, dado que no lo conocía tan bien como habría tenido que hacerlo antes de casarse.

Cuando dejó de observar el perfil de Gilmore y llevó los ojos al frente, descubrió que su hermana Charlize la miraba con fijación desde el lado del mostrador principal del hotel. No era la única que la examinaba con atención, Aidan también estaba ahí y parecía listo para armar un buen escándalo.

La reacción de su esposo ante la visita de ambos, fue quitarle la mano de su antebrazo y agarrarla por la cintura, forzándola a descansar parte de su peso en él. Ella trató de apartarse un poco, tal demostración de posesividad no era necesaria, sin embargo, su esfuerzo fue improductivo.

—No te apartes de mí, mujer —le ordenó él en un susurró bajo.

Cleopatra desistió y ambos se acercaron hacia donde Charlize y Aidan figuraban.

—Señor Gilmore, Cleopatra —intervino Aidan para saludarlos.

—Aidan, no quería que… —comenzó a explicarse Cleopatra. La tristeza se adueñó de ella en cuanto vio el rostro del esposo de Freyja, estaba decepcionado. Ella lo sabía.

—No —la silenció Joseph Ethan.

Charlize abrió los ojos con sorpresa, pues su hermana acababa de callarse por una breve orden. Vaya… Miró de inmediato a Aidan y él tenía la mirada fija en el señor Gilmore.

—¿Dejas que un hombre tome tus decisiones, hermana? —intervino la menor de las Archer al ver que nadie decía nada.

—Cleopatra no quiere molestarme —intervino el hotelero.

—¿No? —tomó la palabra el conde.

—No —se reafirmó Gilmore.

—¿Y eso por qué? ¿Con qué derecho se cree para llevar a mi pupila bien sujeta? ¿Acaso no conoce las normas sociales, señor Gilmore?

—Muy bien que las conozco y las practico, milord. Hasta el punto de que soy consciente de que puedo conducir a mi esposa por mi hotel, del modo en el que se me antoje.

La mirada del conde abandonó a su interlocutor para fijarse en la hermana pequeña de su esposa. Charlize ya lo estaba mirando con cara de pánico.

—A veces quisiera que te equivocases más, Charlize.

—Yo también, pero lo importante es cómo vas a arreglarlo, Aidan. —La voz de Charlize salió como una súplica.

—Me temo que no es posible deshacer lo que se ha hecho y consumado —habló Gilmore.

Tanto Aidan como Charlize vieron como Cleopatra cerraba los ojos tras la aseveración de su esposo.

—Me importa poco lo que mi hermana haya consentido. Una palabra suya y haré lo imposible para salvarla —aseguró con convicción Charlize.

—Las cosas no funcionan de ese modo —observó Gilmore—. Ella me pertenece, es mía.

—Aidan… —buscó la ayuda del hombre que siempre todo lo podía. Charlize confiaba en él.

—¿Cleopatra? —El conde la miraba con atención y aguardaba para que ella se explicase.

—Lo siento, no quería que todo esto saliese así —dijo la señora Gilmore.

—De modo que es verdad —terció Charlize—. Te has casado sin tener en cuenta a tu familia.

—Sí —respondió el recién estrenado esposo por Cleopatra, mientras ella sentía su corazón latir con fuerza. ¡Qué desastre todo!

—¿Hay algo que quieras de tu familia, Cleopatra? Cualquier cosa, solo tienes que decirlo ahora y haré todo lo posible para complacerte. Eres la querida hermana de mi esposa, soy tu tutor y si está en mi mano…

—No, Aidan —habló la señora Gilmore—. He escogido mi destino y tengo la responsabilidad de seguir adelante con mi elección.

—Señor Gilmore —tomó la palabra Charlize—, te tenía por un hombre cabal, así que no esperaba que…

—No, Charlize —la refrenó él—. Te has aprovechado de nuestra amistad cuando te ha venido bien y yo lo he permitido porque me sentía responsable de las cuatro cuando llegasteis a Londres. Soy un amigo que os valora mucho, pero Cleopatra es *mi* esposa —recalcó con énfasis—. Sé bien que no soy lo que la hija de un conde habría buscado, no pienso despreciar el regalo que me ha caído del cielo y lucharé con todas mis fuerzas para conservar lo que no me he ganado pero he conseguido. Me gustaría, por el bien de mi esposa, que las relaciones entre nosotros fuesen cordiales, aunque no es fundamental para mí —los avisó.

Aidan apretó la mandíbula con fuerza ante la desvergüenza que estaba escuchando. Charlize suspiró, si no intervenía, el conde se le echaría a la yugular y no era bueno que el matrimonio de su hermana comenzase de ese modo, pues Cleopatra no debería tener que elegir entre su familia o su esposo. Además, la posesividad, incluso la agresividad que Char estaba viendo en el señor Gilmore, no la había esperado. Él siempre se mostraba correcto y sereno. Una vez, Freyja insinuó que él era un gallina y el caballero no se enfadó lo más mínimo. El modo en el que mantenía aferrada a Cleopatra por la cintura, cómo desafiaba a Aidan de manera insolente… El señor Gilmore era un hombre dispuesto a cualquier cosa para mantener a su lado lo que más deseaba.

Charlize le tocó el antebrazo a Aidan para llamar su atención. Él dejó de mirar a Gilmore y se centró en Charlize.

—¿Confías en mí, Aidan? —interpeló la muchacha.

—No puedes estar hablado en serio —dijo lord Ross y Luff, al adivinar lo que la joven Archer se proponía.

—Lo hago, hermano —trató de aplacarlo—. El matrimonio ha supuesto una sorpresa. —No mentía porque aunque habían barajado esa posibilidad, no creían que Cleopatra hubiese sido tan audaz—. Estamos todos muy nerviosos, y quiero pensar que si mi querida Cleopatra tuviese motivos para pedir nuestra intervención, lo haría en este mismo momento. Gilmore se muestra como todo un gran corso preparado para pelear la más dura de las batallas, aunque sabe que sigue siendo un respetable hombre de negocios y debe ser consciente de que no sería aceptable armar un escándalo en la entrada de su hotel, menos enfrentarse a un poderoso conde que cuenta entre sus muchos contactos con caballeros igualmente poderosos. Lo veo más que listo para saltar en caso de ser necesario para protegerla. Así que si Cleopatra no habla para pedirnos ayuda, eso significa que está más que conforme con la situación. Nos retiraremos y mañana o pasado, cuando las aguas vuelvas a estar más calmadas, nos reuniremos todos para comenzar a asentar las bases de una excelente relación.

La mirada de Aidan había vuelto a Gilmore, quien tampoco dejaba de observarlo. Charlize le dio un pequeño tirón al esposo de Freyja. Eso pareció sacarlo de sus ansias de venganza. Movió la vista hasta la otra hermana de su mujer.

—¿Estás de acuerdo, Cleopatra? ¿Secundas las palabras de Charlize? Solo tienes que oponerte y yo me ocuparé de todo.

Gilmore sonrió de lado.

—Me gustaría verte intentarlo, milord —le dijo con superioridad, olvidando la etiqueta en su conversación.

—Y lo harás si la hermana de mi condesa me da permiso para intervenir —apuntó, mientras mantenía bajo control su temperamento.

—Charlize tiene razón —aseguró Cleo—. He tomado mi decisión, y en cuanto todo vuelva a la calma creo que podríamos mantener una reunión tranquila todos.

Aidan asintió con la cabeza de modo duro y corto.

—Más te vale estar a la altura, Gilmore, porque de otro modo ni tu esposa ni Charlize te salvarán de mi ira. —Oh, sí. Era una amenaza, una de la que la pequeña de las Archer estuvo satisfecha. Aidan podía ser un remanso de paz cuando trataba con ellas, pero era muy consciente de que era un poderoso conde dispuesto a todo por las cuatro y eso la llenaba de orgullo. Freyja no había podido acabar con nadie mejor que él.

Aidan levantó el rostro desafiante. Gilmore hizo lo opuesto y tanto Charlize como Cleopatra oraron para que no comenzase la gran batalla, pues sabían que el hotelero no se iba a quedar callado.

—¿Lo estás tú con respecto a tu esposa? —inquirió Gilmore.

—Esa pregunta está de más —le dijo el conde al hotelero.

—Lo mismo que la tuya —alegó Gilmore.

Ambos se quedaron mirándose con la ira resplandeciendo en sus ojos. Las dos hermanas contuvieron el aliento durante lo que pareció una eternidad.

—He dicho todo lo que tenía que decir —El conde habló por fin—. Charlize, es hora de irnos si no quieres que la sangre llegue al río. —Aidan le ofreció el brazo a la joven y comenzaron a caminar sin pausa. La menor de las Archer era muy consciente de que el esposo de Freyja había hecho todo lo posible por contenerse.

Del mismo modo, Cleopatra también sabía que su marido se había contenido. No había esperado que Gilmore fuese tan dominante, tan… tan… ¡Tan Gilmore!

—No era necesario ser tan grosero —le dijo ella cuando se quedaron solos.

—No podía consentir mostrarme débil, Cleopatra. En caso de no haber actuado como lo he hecho, habrían insistido en llevarte con ellos.

—Si me hubieses dejado explicarme, en vez de silenciarme, la situación hubiera sido menos violenta.

—Puede ser, pero al final he logrado lo que pretendía, querida.

—¿A mí enemistada con mi familia por ti? ¿Era eso lo que querías? ¿Probar mi lealtad hacia ti? —lo interrogó.

—No. Lo que quería era que se fuesen lo antes posible para tenerte solo para mí —expuso, para después, obligarla a seguirlo hasta sus aposentos.

# Capítulo 7

La habitación principal era tremendamente masculina, decorada en tonos granates en las paredes con algún destello dorado, con una gran cama de cuatro postes cerca de la ventana. Era un lugar espacioso, pero definitivamente no era un hogar. Habían accedido hasta ella por un salón, y a la derecha se encontraba lo que era un cuarto de aseo personal, con una gran bañera de cobre en el centro.

Se acercó a la ventana más próxima y divisó una vista espectacular de toda la zona de la ciudad.

—¿Es por esto por lo que te instalaste en la última planta del hotel? —preguntó ella.

—Sí. Mi edificio es uno de los más altos de la calle, así que me gusta pensar que estoy muy por encima del resto, ya sabes, como si fuese una especie de dios…

—Una observación muy presuntuosa.

—Pronto me conocerás mejor, Cleopatra. Presuntuoso o no, soy un hombre ambicioso y cuando deseo algo trato de conseguirlo, de modo que no permito que nadie me quite lo que me pertenece. —La mirada tan intensa que le dio cuando llegó a su lado hizo que se agitase en su interior.

—No soy una propiedad, un mueble o un edificio que has comprado, Gilmore.

—Lo sé, eres mi mujer, algo más importante que un bien terrenal, es por ello por lo que lucharé con todo lo que tenga para conservarte.

—¿A costa de mis propios deseos? —preguntó ella con suavidad.

—¿Qué quieres decir?

—Me has privado de hablar con mi familia, de explicarles que…

—¿Otra vez con eso, Cleopatra? —inquirió exasperado.

—Esta mañana salí de mi casa sin dar explicaciones, horas más tarde me ven y descubren que nada volverá a ser como antes. Merecían una aclaración por mi parte, no una muestra de tu derecho sobre mí.

—Dejemos el asunto a un lado porque no nos pondremos de acuerdo sobre eso. Tú crees que no lo he hecho bien y yo sé que he actuado conforme debía hacerlo. Ahora que has sacado a colación los derechos, creo que es un buen momento para que cumplas con los tuyos.

—¿A qué te refieres? —Ella se había perdido algo.

—Eres mi esposa y estamos en mi habitación. Quiero consumar el matrimonio, pensaba que había quedado más que claro lo que habíamos venido a hacer aquí.

—No —dijo ella, levantando la cabeza con gran desafío.

Él frunció el ceño.

—¿Has dicho que no?

—Así ha sido —confirmó Cleo.

—Entendí, cuando viniste a mí para ofrecer tu mano en matrimonio, que serías una buena esposa. ¿Tan pronto olvidas tus promesas?

—Por supuesto que no, pero entregué esa antes de saber que eras un bárbaro —lo acusó.

—¿Un bárbaro? —Él sí que estaba desconcertado, porque ella todavía no había visto lo salvaje que podía llegar a ser.

—¿Tienes problemas de audición, Gilmore? —lo volvió a enfrentar.

—No pienso pelear contigo, Cleopatra. Entre otras cosas porque eres mi esposa y me debes obediencia.

—¿Y qué me debes tú a mí? —siguió ella.

—Protección, y la tienes —le informó él con gran orgullo—. Ahora haz el favor de desprenderte de tu ropa, quiero verte.

—No. —Otra negativa, todavía más potente que la anterior.

—No deberías iniciar una batalla que no puedes ganar, Cleopatra.

—Sé que no tengo la menor oportunidad contra ti, Gilmore. Eres mucho más fuerte que yo. Solo tienes que someterme para tomar lo que yo me niego a darte.

—¿Es así como querrías que fuese nuestra primera cópula? —preguntó con los ojos abiertos.

—Cópula… Un modo acertado de referirte a lo que deseas de mí. —Cleopatra emitió un sonoro suspiro, se alejó de la ventana y se dirigió hacia el medio de la habitación. Su esposo la observaba con cautela, si a ella se le ocurría marcharse de la estancia, iba a darse cuenta de lo bárbaro que podía llegar a ser—. Esto ha sido muy precipitado para ambos, deberíamos tomarnos un tiempo para…

—No, Cleopatra. Quiero lo que se me debe, me he casado contigo y lo correcto es que vayamos a la cama.

—No estoy preparada —admitió en un susurro, mientras pestañeaba a toda prisa para ahuyentar las lágrimas que se formaban en sus ojos.

—Comprendo que no lo estés, pero yo te guiaré.

—No quiero acostarme todavía contigo —le informó con mayor claridad.

Él dio un paso al frente. Varios en realidad, pero fueron tan rápidos que a ella le pareció uno solo. Se colocó frente a Cleopatra. Ella se dio cuenta de que él no estaba contento con su aseveración.

—¿Has olvidado el modo en el que te derrites cuando te toco? ¿Los gemidos que emites cuando mi boca cae sobre la tuya?

—No, es imposible olvidar lo que me haces sentir cuando me tocas.

—Entonces quítate la ropa o yo lo haré por ti. —¿No entendía su mujer que la necesidad de poseerla lo tenía al borde? Un hombre con un regalo semejante no tenía la suficiente paciencia para esperar más, era indispensable desenvolverlo, jugar con ella, saciarse de esa sed que tenía cada vez que pensaba en ella. Desde aquella maldita noche en la que la probó en la biblioteca, había estado en su mente para atormentarlo. Dios no podía ser tan cruel, no podía entregársela y hacerle tan complicado llegar hasta ella. ¡La quería desnuda, en su cama, suspirando mientras se adentraba en la profundidad y santidad de su cuerpo inexperto! ¡No tenía tiempo para improductivas discusiones que solo estaban haciendo que su paciencia se consumiera!

—Tendrás que hacerlo tú por mí —apuntó, a escasos centímetros de su rostro, dado que él estaba casi encima de ella mientras departían.

—Si esto es una prueba para ver la contención que tengo, me siento en la obligación de decirte que verás lo peor de mí, Cleopatra. Llevo demasiado tiempo imaginando cómo sería poseerte, hacerte jadear, lamerte en todas partes. Conseguirás que te haga mía mientras pierdo el poco control que me queda —le informó con absoluta sinceridad.

Ella sintió un tirón en el corazón, pues escucharlo decir que había estado fantaseando con ella era un buen punto de partida, aunque eso no cambiaba nada.

—Aquí me tienes, soy de tu propiedad, he consentido que Dios te dé potestad para hacer conmigo lo que desees. Adelante, Gilmore, estás en tu derecho, pero no esperes de mí que actúe con complicidad mientras me despojas de mi dignidad, de mi virginidad, pues las dos cosas debería entregarlas yo por mi propia voluntad, no serme arrebatadas sin tener en cuenta mis deseos.

—¿A qué viene todo esto, mujer? —gruñó—. Solo necesitaría besarte y comenzarías a temblar de deseo, hacerte suplicar me costaría unos pocos segundos.

—Pruébalo entonces —lo desafió. Él ladró más fuerte ante lo espetado, dijo algo que la dama no entendió—. Aunque yo también debo advertirte de que soy una Archer, tal vez no tenga la testarudez de Charlize o la fuerza de voluntad de Freyja, o la determinación de Caliope, pero te aseguro que cuando me propongo algo, también lucho para conseguirlo. Creo que no hace falta recordarte que llegué a tu hotel para lograr que te casases conmigo y lo he conseguido.

—No, Cleopatra, no eres una Archer, eres una Gilmore, mi esposa, y te daré lo que estás pidiendo a gritos.

Acto seguido, Joseph Ethan se dio la vuelta dispuesto a marcharse. Ella se asustó al verlo tan enfadado, tan dispuesto a dejarla a un lado.

—Podemos hablar un momento…. Tranquilizarnos… —le pidió, al darse cuenta de que lo había forzado demasiado.

Él agarró el pomo de la puerta que daba acceso al pasillo del hotel y se giró para mirarla.

—Nuestro acuerdo era sencillo. Yo ganaba una esposa con conexiones y una gran dote. Sin embargo, eras tú la que demandaste de mí una sola cosa que pareces no entender cómo debes lograrla. —Ella cerró los ojos al recordar que deseaba ser madre. Él siguió con su explicación—: Has convertido esto en un asunto de poder, soy un hombre, Cleopatra, uno que intuyo que creíste que sería fácil de manejar. No volveré a pedirte lo que no me has dado hoy. Te dejaré para medites bien tu próximo paso.

Con eso, el señor Gilmore se marchó.

Cleopatra esperó unos pocos minutos, luchando contra la inseguridad que sentía, para acabar derrumbándose. Comenzó a llorar y se echó sobre la cama.

Había sido un día lleno de novedades para las que no había estado preparada. Él era demasiado para ella, y en su afán de reafirmarse no había tenido presente que iba a vivir en su mundo, en su casa, por lo que Joseph Ethan Gilmore tenía una clara ventaja estratégica sobre ella.

Quedó demostrado que él no iba a claudicar cuando, al tercer día, ella no supo todavía nada sobre su paradero. No había regresado a su habitación desde la discusión…

¡Vaya que sí que la había dejado para meditase! ¿Dónde estaba él?

***

—Dime que tenías todo esto previsto, Charlize. Dímelo —repitió Freyja—, te lo suplico, miénteme si es necesario porque la agonía es insoportable. Os prometí a ambos esperar, pero no puedo más. Cleopatra podría ser tremendamente desdichada, Gilmore pudiese estar haciendo de su vida un infierno y nosotros permanecemos de brazos cruzados.

Llevaban demasiados días sin tener noticias de la pareja recién casada.

La condesa de Ross y Luff, que estaba acunando a su hijo Benedict, se levantó del sillón y le cedió al pequeño, de poco más de un año, a su esposo, pues el conde estaba en la silla contigua a la suya. Freyja estaba demasiado nerviosa para seguir tratando de dormir al niño, pues el bebé presentía la incomodidad de su madre y se había puesto a llorar a pleno pulmón.

Mientras tanto, Charlize estaba observando la interacción entre la pareja, también sentada desde un cómodo sillón. Le encantaba ver a Aidan manejando a su hijo, era tan tierno, tan decente, tan amoroso… Freyja tenía una gran suerte. ¡Qué pareja tan envidiable! Y sin lugar a duda, lo más envidiable era la confianza y complicidad que demostraba el matrimonio.

Y al ver que su hermana mayor era tan dichosa, la menor de las Archer no pudo evitar sentirse excesivamente preocupada por Cleopatra.

—Comparto tus ansias, Freyja —le dijo Charlize—. Y no habría nada más que desease que decirte que todo lo sucedido con Cleopatra formaba parte de un plan que yo tracé y en el que Aidan participó. No es así esta vez. No negaré que cuando vinimos a Londres, el señor Gilmore estaba a la cabeza en mi lista de pretendientes para mi querida hermana, pero lo taché de inmediato.

—¿Por qué, Charlize? —se interesó Freyja—. Te jactas de saber bien lo que tus hermanas necesitan incluso antes de que nosotras mismas lo sepamos. Si consideraste que Gilmore podría ser el indicado para Cleo, ¿qué te llevó a replantearte la decisión de emparejarla

con él?

—Eso ya no importa. Está hecho —aludió ella, esperando que su hermana dejase el tema ahí.

—No, Charlize —se negó Aidan esa vez—. Sé que algo nos ocultas sobre Gilmore. He sido paciente con Cleopatra al no ir a buscarla, pues comprendo que vendrá a vernos cuando esté preparada para hacerlo, pero con respecto a ti, es momento de que compartas lo que sospecho que es información privilegiada que posees sobre el esposo de tu hermana.

—Freyja ya tiene bastantes preocupaciones, Aidan, conocer más datos solo conseguirá perturbarla demasiado.

—¡Madre del amor hermoso! No te atrevas a excusarte en mi supuesta debilidad, Charlize Archer —la increpó la condesa—. Mis hermanas, casadas o no, son responsabilidad mía. Padre lo dejó claro cuando me nombró su heredera. Soy yo la que debe velar por todas vosotras. Ahora siento que le he fallado a Cleopatra y necesito saber si debo intervenir. Confieso que he dejado que te ocupes de todo porque me demostraste que eras capaz cuando Caliope logró la felicidad con Moreland. Las cosas han cambiado, hermana mía, tienes que ser lo suficientemente responsable para pedir mi ayuda, porque Cleo está metida en un lío del que tal vez no sepa cómo salir, y yo no puedo ayudar como es debido si no conozco todos los detalles —terminó de sermonearla Freyja.

La vista de Charlize se movió hasta Aidan. Él supo que le estaba pidiendo que intercediese a fin de silenciar a su esposa.

—Suscribo las palabras de Freyja, Charlize. Tanto mi condesa como yo tenemos la obligación de velar por la seguridad de Cleopatra, y no podremos hacerlo sin saber lo que nos ocultas. Los dos creímos que Gilmore tenía un carácter afable, que era un caballero de los pies a la cabeza, pero está claro que no es como lo imaginamos. Es momento de hablar.

La pequeña de las Archer se vio entre la espada y la pared. No deseaba compartir lo que sabía que era una información que los angustiaría más. Por lo visto no tenía otra elección.

—Tengo entendido que Gilmore es un hombre que disfruta mientras mantiene a… —Las palabras murieron en su boca cuando alguien llamó a la puerta. Charlize dio gracias por la interrupción.

—Lamento la intromisión, la señora Gilmore pide audiencia —le informó el mayordomo de la casa.

—¡Hágala pasar de inmediato! —exclamó Freyja.

Así se hizo. En unos pocos segundos, Cleopatra estuvo ante su familia,

impecablemente vestida de muselina gracias a que la condesa había enviado sus pertenencias al hotel donde imaginaba que ella vivía.

En cuanto la tuvo enfrente, Freyja se echó a sus brazos y Cleopatra, al recibir esa muestra tan desinteresada y sincera de cariño, se derrumbó. Se había jurado que se comportaría, que no les haría partícipes de sus problemas, pues ella misma se había metido en la boca del lobo y tenía que lidiar con las consecuencias. No logró ser fiel a su palabra. En cuanto Freyja se le acercó, todo el muro que había tratado de construir se derribó. A eso se le sumó el hecho de que Charlize llegó de inmediato y se sumó a ese abrazo entre hermanas. Los sollozos de Cleo eran inevitables, y solo competían con los que emanaban de sus otras dos hermanas.

El conde de Ross suspiró. Puesto que al coro de afectadas se había unido el pequeño Benedict, Aidan tuvo que levantarse y comenzar a caminar con el niño entre sus brazos para tratar de adormecerlo.

La escena del reencuentro se prolongó durante varios minutos, tal vez fueran horas, porque lord Ross y Luff así lo sintió. Lo bueno fue que logró dormir al niño y lo colocó entre los cojines de un sofá de grandes dimensiones, así podrían aclarar ciertas cosas con la recién estrenada novia.

Todos se sentaron cuando la emoción se enfrió.

Freyja la examinó con suma atención.

—Estaba a punto de asaltar el hotel de tu esposo, lo confieso —apuntó la condesa.

—Siento no haber venido antes, pero he tenido muchas cosas que hacer y… Bueno, la verdad es que me aterraba un poco venir a enfrentarme a vosotras —afirmó Cleo.

—¿Por qué no te ha acompañado tu esposo? —se interesó Charlize. Fue muy mordaz en la pregunta.

—Siempre está ocupado, dirigiendo esto y aquello —improvisó, sin saber qué más decir.

—No importa, hablaremos otro día con él —señaló Freyja—. ¿Eres feliz, Cleopatra? Eso es todo lo que me importa.

La aludida se forzó a sonreír y confió en que su gesto resultase creíble.

—Tomé una decisión y…

—Precipitada. Muy precipitada —indicó Charlize.

—Sigue, Cleopatra —intervino Freyja—, te aseguro que nuestra querida hermana pequeña no volverá a interrumpirte, porque si lo hace la mandaré a su habitación como si fuese una niña de cinco años, y poco importará que regrese a las andadas y comience a gritar con todas sus fuerzas que nos odia.

Charlize rodó los ojos.

—Como si no estuvieses esperando a que yo haga las preguntas que tú quieres hacer pero no haces porque no deseas agraviarla —le echó por cara a Freyja la hermana menor.

—¿Qué pregunta haría, Charlize?

—Tengo una lista, Freyja. La primera sería, qué clase de locura la hizo salir a toda prisa hacia los brazos de Gilmore…

—Ah, ah, Charlize —la interrumpió Aidan—. No estás jugando limpio, pues tú ya sabes la respuesta a dicha cuestión.

—Sí, yo lo sé, lo que me pregunto es si Cleopatra es consciente de lo que ha hecho.

—Sí, Charlize —intervino la aludida—. Soy muy consciente de que me he casado con el señor Gilmore.

—¿Y de que lo has hecho por perpetrar una venganza contra lord Lane? —Charlize vio a su hermana Cleopatra apretar los labios en una fina línea y no se detuvo en su cuestionario —. ¿Lo sabe Gilmore? ¿Que fue el segundo plato en tu elección?

—¡Charlize! —intervino Freyja—. No estás siendo justa.

—¿No? —preguntó inocentemente la menor de las Archer.

—No, porque sabes muy bien que yo me casé con Aidan y que todo salió bien. —El conde de Ross y Luff no fue la primera opción para Freyja, pero sí la acertada, así que Char tenía que comprender que no siempre el primer amor era el correcto.

—Es diferente para ti Freyja. El estúpido del vizconde Bedford no estaba destinado a ti. Hubiera sido como darle miel a un cerdo.

—Es miel a un asno —intervino Aidan—. Y creo que no es momento de rememorar el pasado. Todo salió bien.

—Un momento —habló Cleopatra al darse cuenta de que acababan de aludir al vizconde Bedford, que era uno de los amigos más queridos de la familia. De hecho, su esposa, la vizcondesa, era la mejor amiga de Cleo—. ¿Qué tiene que ver Colin Ferguson con todo esto? —

Ese era el nombre de lord Bedford, que también era vecino de ellas en Luffgarden.

—Tiene que ver con que por fin te he perdonado, Cleopatra —intervino Charlize de nuevo.

—¿Perdonado? —preguntó ceñuda la señora Gilmore.

—Eso he dicho.

—¿Qué clase de cargo pesaba sobre mí, hermana? —preguntó incrédula Cleo.

—La traición —dijo con naturalidad Charlize, mientras Freyja gemía.

—¿Disculpa? —Cleopatra se había perdido algo.

—Fue muy poco apropiado por tu parte alinearte con el hombre que le rompió el corazón a nuestra hermana mayor. Por descontado que tu desfachatez llegó a su máximo esplendor cuando te convertiste en la mejor amiga de la vizcondesa Bedford. Pero ya ves, en mi infinita misericordia decidí absolverte de todos tus pecados y por eso me propuse ayudarte a que te casases esta temporada con un buen hombre.

Se escuchó al conde y a su esposa gemir a dúo esa vez.

—¿Bedford te rompió el corazón? —le preguntó Cleo a Freyja obviando todo lo demás.

—El pasado es historia, lo que importa es el presente, el futuro también —razonó su hermana mayor.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Por qué yo no sabía nada? ¿Cómo es que Charlize lo sabía? ¿Cómo iba a obrar debidamente si yo no estaba al corriente? ¿Qué fue lo que te hizo Bedford? —Cleopatra estaba indignada. No tenía esa información y encima su fastidiosa hermana pequeña la estaba acusando de cosas que ella desconocía por completo.

—¿Por qué, Charlize? —tomó la palabra Aidan—. ¿Qué te motivaba para sacar un tema escabroso como ese? ¿No te bastaba con que Freyja hubiese sanado a mi lado? No trae nada bueno remover un pasado así. —El conde no estaba contento con la intervención de la más joven.

Charlize se puso en pie.

—Tú no estabas allí, Aidan. Fui yo quien veía a Freyja poner buena cara cada vez que se mencionaba a Bedford. Me ardía por dentro ver cómo nuestra propia sangre se marchaba de casa para ir a meterse en la del enemigo. Freyja sufría, sufría tanto que me desgarraba el

corazón verla. Hasta que tú llegaste, mi hermana mayor lloraba día y noche, ocultaba su dolor porque se colocó todo el peso familiar a la espalda. Conozco a todas mis hermanas. Las conozco como si fuesen yo misma. El mismo dolor que vi en Freyja, lo veo reflejado en la falsa sonrisa, en esa triste máscara de alegría que Cleopatra se ha puesto para nosotros. Gilmore no era adecuado para ella, pero Cleopatra siempre ha querido distanciarse de nosotras tres. Su felicidad radicaba en residir largas temporadas en casa de Bedford contemplando a su feliz esposa y su vástago mientras Freyja se volvía loca de dolor. No ha querido escucharnos nunca, especialmente a mí. ¿Qué hubieras sentido si yo me hubiera convertido en la mejor amiga de la esposa de lord Lane, Cleopatra? —preguntó mirando a Cleo a los ojos.

El arrebato de Charlize no fue tímido. Había hablado con tal pasión y emoción que los presentes se quedaron sin palabras. Sobre todo cuando la vieron limpiarse las lágrimas que se habían derramado. La joven Archer era muchas cosas, pero no una llorona.

—Bueno —comenzó a hablar Aidan tras carraspear—, la caja de Pandora se ha abierto y creo que no es momento para cerrarla. En mi condición de afectado con respecto al dolor que logré curarle a Freyja —apuntó con satisfacción mientras le sonreía a su esposa—, diré que dado que Cleopatra no estaba al tanto de la situación vivida en aquel momento con el vizconde Bedford, no debería ser acusada de nada. Tu hermana mayor decidió callar por el bien de todos, tú te levantaste como su paladín en la causa y espero que hayas podido superar en realidad la irritación que te producía Cleopatra por no haberse dado cuenta de la situación. Zanjemos aquí el pasado. Bedford se convertirá en una mota de polvo en el ocaso porque todo quedará aclarado aquí y ahora. En cuanto a la segunda cuestión de la que hablas, Charlize, me he fiado de tu intuición desde que te vi por primera vez. Eres más inteligente de lo que aparentas, pero no por ello eres más sabia.

—Gracias —dijo ella.

Freyja rodó los ojos.

—No era un cumplido, Char.

—No acortes mi nombre, Freyja. Y sí lo era porque yo lo he sentido como tal —repuso la hermana menor.

—Regresando al tema trascendental que nos ocupa —siguió Aidan—, y eso es el estado de ánimo de Cleopatra y su reciente e inesperado matrimonio…

—Mi hermana no es feliz —lo cortó Charlize—. Y compondrá su mejor sonrisa y te dirá que lo es porque ella no quiere compartir su dolor ni causarnos preocupaciones. Tan terca como Freyja, Caliope o yo misma —admitió con honestidad.

Aidan miró a la aludida en ese momento.

—¿Cleopatra?

—¿Sí? —No sabía qué más decir. Cuando se levantó esa mañana para ir a visitar a su familia, había esperado que la situación fuese compleja, no imaginó que la cosa se descontrolaría tanto. Lo de Bedford la dejó sorprendida.

—¿Vas a desmentir a Charlize? —siguió el conde.

La señora Gilmore se recostó contra el sofá. Se dejó caer contra el respaldo y sus hombros se hundieron.

—No lo sé. La verdad es que mi motivación al casarme con el señor Gilmore era la de no convertirme en una apestada, una paria social. Lord Lane me jugó una muy mala pasada y pensé que podría salir de una situación delicada si me casaba a la mayor brevedad posible. Y si estaba siempre en casa de Bedford en el pasado fue porque… Amo a los niños. Veía a la esposa de Colin y a ese pequeño y… Quiero ser madre, ahí está, al fin lo he dicho. No quería perder más el tiempo con otros pretendientes cuando lo de Lane se fue al traste. Gilmore me pareció aceptable, el amor no era indispensable para mí, todo lo que pretendía era tener mi propio hijo, ser feliz como lo sois Freyja y tú —dijo mirando a Freyja— cuando estáis con vuestros hijos. En cuanto a ti —se giró para mirar a Charlize—, siempre he sabido que algo no andaba bien entre nosotras, pero no imaginé que fuera lo que has aludido. No te tomé en consideración cuando nombraste a los posibles pretendientes que debería haber tenido en cuenta porque no me fiaba de tu criterio.

—No se trataba de estar acertada o no, Cleopatra —habló Charlize—. Solo quería ayudarte porque creo que todo lo que sé hacer en la vida es unir parejas. Sé que solo he tenido dos aciertos de dos intentos, dado que Freyja y Caliope me deben a mí su plena felicidad, pero…

—¿No puedes ser un poco humilde por una sola vez, Charlize? —la cortó la condesa de Ross y Luff.

La menor de las Archer se encogió de hombros.

—¿He mentido al decir que os uní a ti y a Aidan?

—No, pero…

—¿Y sobre Caliope y Moreland? —interrumpió Charlize a Freyja.

—Tampoco, pero…

—Entonces deja que auxilie a mi hermana Cleopatra y confía en que soy capaz de hacerlo. Lo que me motiva no es otra cosa que ayudar a conseguir la felicidad de mis tres hermanas. Nuestro padre te ordenó cuidarnos, Freyja, y lo has cumplido, porque nos has provisto

de todo lo necesario. Nuestra madre sabía que yo tenía una extrema sensibilidad a la hora de conocer a las personas, en especial con mis tres queridas hermanas, por lo que me rogó que os asistiese en todo lo que pudiese. Ese ha sido mi cometido desde que tú te enamoraste de Aidan, desde que Caliope se encaprichó con Moreland, y es momento de actuar para que Cleopatra logre convencer a Gilmore de que actúe como es debido.

Freyja suspiró y luego comenzó a hablar:

—Así que nuestra madre te dejó a ti una importante misión —le dijo con una sonrisa afectiva la condesa de Ross y Luff. Charlize afirmó con la cabeza—. A mí me ayudaste muchísimo en su momento, y me consta que Caliope está tremendamente agradecida por mediar entre ella y Moreland, sin embargo, la que debe tomar en consideración tu ofrecimiento es Cleopatra. Yo también tengo ojos, Charlize, y he visto la tristeza de nuestra hermana nada más ha entrado. No obstante, no soy como tú, no puedo imponerme si no me piden ayuda y no te consentiré que lo hagas ahora.

—Muy bien —terció Charlize, al tiempo que dejaba de observar a Freyja para centrarse en Cleopatra—. ¿Qué hacemos, hermana? ¿Te ves capaz de salir tú sola del enredo en el que estás o dejarás que tu hermana pequeña te eche una mano? —Su tono fue suave.

Cleopatra cerró los ojos. Hacía demasiados días que no sabía dónde estaba su esposo. Las cosas no habían salido nada bien y estaba cansada de permanecer sola y encerrada en los aposentos de su marido. El tiempo de espera parecía haberse acabado, tal vez fuese el momento de actuar, y si bien Charlize era bastante molesta, tenía que admitir que era muy inteligente e intuitiva. Ella estaba al corriente de sus logros con respecto a Freyja y Caliope. No perdía nada por dejarse ayudar, toda su vida estaba en el limbo, peor no podía ponerse la cosa.

Despegó los párpados y vio a Charlize mirándola con esperanza, se percibía que su oferta la hacía desinteresadamente, porque se preocupaba en verdad por su felicidad.

—Sí, Charlize —dijo finalmente, mientras todos contenían el aliento—. Es hora de dejar el orgullo a un lado, necesito que me apoyes, porque aunque obré de modo desesperado cuando me casé con Gilmore, estoy dispuesta a luchar por mi matrimonio hasta el último aliento.

—¡Fantástico! —La hermana menor comenzó a dar palmadas entusiastas—. En tres días lo arreglaré todo. Como Shakespeare en Romeo y Julieta.

—¡Charlize! En la obra a la que acabas de aludir, los enamorados mueren, es trágica —le recordó la condesa.

—¿Lo es? —preguntó con el ceño fruncido la más joven.

—Sí —afirmaron a la vez Freyja y Cleopatra.

—Bueno, no lo sabía porque nunca la he leído, creía que era una gran historia de amor. Ahora sí que no pienso ni hojearla… —aseguró la hermana menor.

—Es grandiosa —alegó Aidan—. Y su magnificencia reside en que el final es triste porque nos recuerda que la vida es efímera y que todo puede suceder, bueno o malo.

—Haremos nuestra propia función pues, y será magnífica, épica y se caracterizará por tener un final feliz. Y como soy eficiente lo arreglaré pronto.

—Dios te escuche… —murmuró Cleopatra.

# Capítulo 8

Charlize era un ángel que un segundo más tarde se convertía en un demonio. Siempre había sido así, pero Cleopatra veía el carácter de su hermana pequeña en esos momentos con mayor facilidad.

Llevaban cinco días sin saber nada del señor Gilmore. Cinco días en los que Charlize le había ido diciendo cosas muy sorpresivas sobre lo que ella haría en caso de haberse convertido en la esposa de Gilmore. ¡Incluso le dijo que ella lo ataría a la cama y lo amordazaría hasta que él entrase en razón! ¿Desde cuándo su hermana más pequeña se había convertido en una joven audaz y escandalosa? Lo peor de todo era que cuando hablaba parecía que en verdad estuviese considerando la idea de que Gilmore acabase en esa tesitura a fin de que Cleopatra pudiese imponerse a él.

¡Cielo santo! Todo lo que había descubierto la señora Gilmore era demasiado desconcertante… ¡Dios!

Mientras su hermana desvariaba sobre las posibilidades que tenían una vez que Gilmore decidiese aparecer, Cleo la había puesto en antecedentes sobre la discusión que mantuvo con su esposo cuando ella no quiso consumar su matrimonio. Abrir su corazón ante Charlize fue lo más difícil que había hecho alguna vez, pero la sinceridad de Cleo fue premiada cuando su hermana menor le contó algunas cosas sobre el pasado de Freyja, dado que ella quería conocer la historia completa acerca de Bedford. Ya no podría volver a mirar a su amigo Colin del mismo modo, pues si había algo inquebrantable, eso era el nexo que compartían las cuatro hermanas Archer. No importaba que ya no llevasen el mismo apellido, la sangre y la familia eran sagradas.

Cleo seguía residiendo en el hotel, aunque tuvo la tentación de regresar a casa descartó la idea. Charlize se pasaba la mayor parte del tiempo siendo una especie de dama de compañía, y pese a que la desesperación por no saber lo que sucedería con su matrimonio era grande, Cleo tenía que admitir que Char la ayudaba a concentrarse en las cosas buenas que quedaban por llegar. Porque llegarían… ¿no?

Esa noche, Charlize la había convencido para acudir a un baile. Así que las dos estaban ataviadas con sus mejores galas, pero dispuestas en un rincón, observando a los invitados mientras bailaban animadamente.

—¿Por qué me mira todo el mundo, Char? —preguntó inquieta, puesto que muchas miradas la recorrían con descaro pese a estar apartada de la fiesta.

—No acortes mi nombre, sabes que no me gusta. —La Archer menor barrió el salón con la mirada y luego dijo—: Yo no veo que nadie te esté prestando más atención de la debida.

—Entonces te están mirando a ti, porque te garantizo que nos observan y comienzan a cuchichear sin descanso.

—¡Ah! —Charlize se fijó mejor en la situación y vio que sí que se estaba dando la circunstancia a la que había aludido Cleopatra. Aunque era sutil, sí que estaban siendo observadas.

—¿Lo ves ahora? —la interpeló su hermana.

—Sí, pero no debe ser por mí, seguro que es porque sienten curiosidad por ti.

—¿Tú crees?

—Sí, deben estar preguntándose dónde está tu esposo.

—No lo creo, nadie en Londres sabe que Gilmore y yo nos hemos casado —apuntó con pesar. Esa era otra negligencia más en su matrimonio.

—Me temo que tengo que contradecirte. La buena sociedad está al tanto de que la hija del anterior lord Luff, protegida del conde de Ross y heredero de padre, lady Cleopatra Helena Archer, ha contraído nupcias con el hotelero más próspero de la ciudad, Joseph Ethan Gilmore, vizconde Wars. Fue un acto de amor puro a primera vista que desembocó en una rápida boda, debido a las ansias de la joven pareja por perpetrar su amor —narró la joven, como si fuese un hermoso cuento de hadas, para luego proseguir aludiendo a que—: Una historia preciosa que ha quedado muy bien en el periódico de esta mañana.

—Dios santo… —murmuró Cleo—. Tengo tantas preguntas que no sé ni por cuál empezar, pero al menos me causa sosiego que mi esposo haya tenido a bien publicar un anuncio tan completo sobre nuestra situación. Eso es positivo, ¿no Charlize?

—El anuncio lo he enviado yo, Cleopatra, pero estoy segura de que tu esposo lo hubiese hecho en caso de haberlo pensado mejor.

—Oh. —Los hombros de Cleopatra se hundieron, había esperado que Gilmore fuese el artífice de la acción.

—No estés triste, eres vizcondesa —le recordó, por si a ella le había pasado desapercibido ese detalle en su explicación.

—Eso te he escuchado decir, ¿de verdad soy lady Wars?

—Mis averiguaciones han dado sus frutos. Gilmore es bastante reservado, pero me he servido de las influencias de Aidan, así que ha sido fácil investigar algunas cosas sobre tu esposo que todavía no había compartido contigo. Se compró un título hace años para estar por encima de un irlandés, un competidor en los negocios creo que es. Aunque el vizcondado no está provisto de tierras, propiedades o riqueza, es un título. Es extraño que nunca lo haya usado, porque es un título y la gente se sirve de ellos para escalar, ya sabes. ¿No te parece curioso que no lo haya divulgado? —se quedó pensativa—. Cuando me enteré consideré todavía más curioso que Gilmore fuese ahora noble y que precisamente se tratase de un vizconde, dado que tú pretendías casarte con uno. Déjame decirte que si lord Lane me parecía del todo aburrido, gélido e inaceptable, en cuanto Gilmore entre en razón, se transformará en todo lo contrario a Lane.

—¿Sí? ¿Será excitante, cálido y mortalmente aceptable?

—Sí.

—Me has dicho que él estaría aquí esta noche, pero no me has explicado el plan que has orquestado —le recordó.

—No había otra forma de sacarte del hotel en el que te recluyes —le explicó.

Cleopatra frunció el ceño ante esa frase.

—Charlize… ¿mi esposo vendrá a la fiesta en la que estamos?

—Tal vez sí o tal vez no.

—¡Charlize! ¿Me has engañado para salir esta noche y participar en un baile? —preguntó inquieta, al sospechar que su hermana no estaba siendo sincera.

—Era necesario venir, y si no hubiese aludido a que Gilmore estaría aquí no habrías venido.

—Pudo haberte acompañado Freyja… ¿No entiendes que me siento angustiada porque no sé cómo se plantea mi futuro y que solo necesito arreglar las cosas con mi esposo?

—Freyja quería quedarse en casa con su esposo y el niño, tú eras mejor opción para venir aquí esta noche. Tus problemas, unos que te prometo que vamos a arreglar porque ya sabes lo que debes hacer con Gilmore, te mantienen menos alerta, y eso me da más margen para actuar esta noche y atender algunas cosas.

—Estás hablando en clave, no entiendo ni una sola cosa de la que has dicho.

—No eres la única que tiene que enfrentarse a las complicaciones, Cleopatra, yo también tengo un asunto pendiente con alguien que aparecerá esta noche aquí.

—¿Con quién?

—Mira, ahí está el viejo Sutherland. —Charlize levantó un poco el rostro para señalar con discreción hacia la derecha—. Esa sí que es una sorpresa que no me esperaba. Vayamos con discreción hacia su posición y así podremos saludarlo debidamente.

—¿Saludarlo? Tú no tienes ganas de hacer eso, deseas ir a irritarlo. ¿No te da miedo enfrentarte a un duque, Char?

—No acortes mi nombre, sabes que no me agrada —repitió. Charlize no paraba de explicarles eso a sus hermanas y ellas parecían querer irritarla a ese respecto—. En cuanto a Sutherland, es inofensivo, la lealtad que siente por Aidan me protege como si fuese el más robusto de los escudos. Y sobre lo de irritarlo… con un poco de suerte lo consiga y haga que él se marche a toda prisa de aquí —confiaba en que lo último se cumpliese.

Cabe recordar que el duque de Sutherland era el mejor amigo del conde de Ross y Luff, y que las había salvado de algún que otro malentendido la primera temporada que llegaron a Londres… Bueno, en la segunda también, y si era cierto que el duque era de gran ayuda, a Charlize no le hacía gracia que estuviese precisamente esa noche en la fiesta en la que ambas estaban.

—¿Por qué tengo la sensación de que deseas deshacerte de él? Es más, creo que tramas algo que no tiene nada que ver conmigo y sí contigo. ¿Quién es ese *alguien* que dices que aparecerá esta noche y con quien tienes asuntos pendientes?

—Vamos a buscar a Sutherland, estará impaciente por vernos, después de todo, lleva desde la temporada pasada evitándonos como si fuésemos la peste bubónica.

—No nos evita a todas, solo a ti, Charlize —le dijo Cleo, mientras se disponía a seguirle la estela a su hermana pequeña, quien hizo oídos sordos a su afirmación.

Charlize pasó por delante del duque de Sutherland sin mirarlo, haciendo ver que no lo había reconocido ni visto. Cleopatra, cansada del teatro, fue la que decidió intervenir y se acercó a Sutherland para hacerle una reverencia.

—Excelencia —le dijo con el máximo respeto. Cuando estaban en público se trataban con etiqueta.

—Lady Cleopatra…

—¡Si es el viejo Sutherland! —exclamó Charlize, falsamente sorprendida tras

comprobar que nadie más la escuchaba. Luego le ofreció una brevísima muestra de cortesía bajando la cabeza.

—¡Si es la endemoniada e intrigante lady Charlize Archer! —la copió él con descaro.

Ella le sonrió.

—Gracias, me agrada comprobar que dejo huella en quienes me aceptan tal y como soy.

—Charlize… —susurró Cleo—, no creo que el duque te haya hecho un cumplido. —La hermana menor, que no había perdido la sonrisa, la amplió todavía más.

—Sé que el duque me admira y es por ello por lo que tengo la certeza de que ha sido un cumplido, merecido además. ¿Cómo se encuentra esta noche, excelencia? —Él rodó los ojos, incluso mientras lo trataba con formalidad en ese ambiente público, ella resultaba del todo incorrecta. Además, él no era viejo en absoluto, era ella la que era joven, endemoniada y del todo inadecuada para transitar por los salones de baile. Su amigo Ross debería haberla enviado a un convento en Irlanda. La sociedad de Londres lo hubiera agradecido, el duque el primero de todos.

—¿Dónde está tu tutor, muchacha? —le preguntó Sutherland a Charlize.

—Mi hermana y Aidan no nos han acompañado —explicó la menor de las Archer.

—¿Mi amigo ha sido tan negligente de haberos dejado venir sin una debida acompañante? —preguntó incrédulo el duque.

—Tal vez no se haya enterado, excelencia —comenzó a argumentar Charlize—, pero mi hermana Cleopatra es una mujer casada, y, por lo tanto, tiene más libertad a la hora de elegir a sus acompañantes y salidas. Ella es mi guardiana esta noche.

—Ni Lucifer sería un buen carcelero para ti, Charlize.

—Gracias —dijo ella, con una nueva y brillante sonrisa.

—Eso definitivamente no ha sido un cumplido, Charlize —murmuró su hermana.

—Estoy convencida de que sí, porque Sutherland me considera tan inteligente y avispada que se da perfecta cuenta de que sería más que capaz de engañar al Príncipe de las Tinieblas.

El duque suspiró. Era imposible desanimar a esa locura de muchacha. Miró a su

hermana y le sonrió.

—Debo felicitarla por sus recientes nupcias entonces, lady Cleopatra.

—Muchísimas gracias, aunque el hecho de casarme no me despoja de mi título por ser hija de un conde, creo que prefiero que me llamen señora Gilmore —le dijo ella con otra sonrisa agradable.

—Oh, no. Nada de eso, Cleopatra —intervino Charlize—. No olvides que tu esposo es el vizconde Wars.

—Sí, cierto —la aludida se rio con ligereza—. Lo olvido constantemente, mi esposo es bastante humilde a ese respecto. —Evitó decir que lo era tanto que no le informó de ese hecho. Suerte que Charlize tenía espías en todos los rincones. ¿Cómo lo haría su hermana para enterarse de todo?

Por su parte, Sutherland mostró sorpresa al escuchar el apellido y título de Gilmore. El duque conocía al hotelero y nunca sospechó que el caballero tuviese sus miras puestas en esa hermana, no obstante, el destino había hecho que él fuese partícipe en las dos otras uniones anteriores, así que agradecía el descanso, porque no estaba de humor para hacer el trabajo que Aidan no hacía correctamente con respecto a sus protegidas.

—Muy bien —dijo el duque—. Supongo que la noche está demasiado avanzada y es momento de que nos despidamos de la fiesta. Iré a buscar a su marido y…

—¿Irnos? —preguntó Charlize con sorpresa. Veía a Sutherland más nervioso de lo normal. De acuerdo, él era tan frío como un sapo verde, pero esa noche se le apreciaba muy diferente.

—Eso he dicho. Hace mucho calor y es tarde, como he indicado hace escasos segundos —se reafirmó él.

—Oh, Sutherland —saltó Charlize—. Es natural que un hombre de su edad se fatigue con demasiada facilidad, pero mi hermana y yo estamos disfrutando de una velada maravillosa y no queremos marcharnos todavía. Es usted libre de regresar a su hogar, poner los pies en agua templada, envolverse en una gran toalla cálida o incluso pedirle a su médico personal que lo visite para estar seguro de que su salud no se ha resentido en absoluto.

Lo escuchó gruñir y apretar la mandíbula con fuerza. Era tan fácil hacerlo enfadar que… ¿quién podría resistirse? Charlize contuvo una carcajada.

—Voy a cumplir treinta años, muchacha del demonio. Mi vigor está como cuando era apenas un joven de quince años, y he dicho que nos vamos y es lo que haremos. Señora Gilmore, o vizcondesa Wars —él no sabía cómo llamarla ya—, busque a su esposo porque esta

mocosa lleva demasiado tiempo fuera de la cama y mañana estará de un humor insoportable. En cuanto la deje en casa de Ross, ordenaré que le preparen un vaso de leche caliente, le trencen el pelo y busquen su muñeca de trapo.

—¡Qué ingenioso, Sutherland!, pero peca de ser poco original, me ha copiado la idea. Ya sabe, yo lo acuso de ser un carcamal y usted a mí de ser una niña. Hubiese quedado bien aludir a que deberían cambiarme los pañales también, aun así, lo felicito, hay cierta esperanza para usted. —Le guiñó un ojo.

¡La muy descarada! El duque levantó la mano y la agarró de la muñeca sin sutilidad, estaba dispuesto a llevársela de allí a toda prisa.

Charlize iba a protestar por el atrevimiento del duque cuando el salón entero se quedó en un silencio sospechoso. Bueno, todo el mundo estaba cuchicheando y miraban hacia la puerta principal. La joven Archer sonrió embelesada.

—Fíjate —aludió todavía con la mano del duque sobre ella, mientras se centraba en su hermana—, después de todo, su contable le dio mi mensaje. Ahí tienes a tu esposo, espero que sepas arreglártelas sin mí, porque es momento de que me ocupe de un asunto tan urgente como el tuyo. Suerte, Cleopatra.

Dos segundos más tarde, mientras el duque y la propia Cleopatra miraban hacia el lugar donde Charlize había estado con la vista clavada, ella desapareció.

—¿Dónde diablos se ha metido? —inquirió Sutherland, al darse cuenta de que la mocosa se había librado de su agarre.

—Disculpe, excelencia, pero tengo que recibir a mi esposo.

—¿Han estado las dos solas sin la compañía de ningún caballero que las protegiera? —preguntó asombrado, aunque la recién descubierta vizcondesa Wars ya estaba alejándose de él.

Sutherland masculló una colorida maldición por lo bajo en cuanto se dio cuenta de quién era el caballero con quien la endemoniada Charlize Archer se había parado un momento a hablar, para luego salir por las puertas francesas que daban acceso a un oscuro jardín.

¿Qué le pasaba a esa joven incauta y demente? ¿Qué fijación había desarrollado por los escenarios oscuros y nocturnos? Maldijo con fuerza a su mejor amigo, el conde de Ross y Luff, y luego comenzó a correr tras los pasos de la pareja que se escabullía del salón.

Por lo que a Sutherland se refería, lady Wars estaba casada y podía apañárselas debidamente con su esposo, pues a él no le pasó desapercibido que algo trascendental sucedía en ese nuevo matrimonio.

***

Cleopatra confiaba en el criterio de Charlize. No sería la primera vez que su hermana menor establecía un plan y salía bien, tampoco sería una novedad si Charlize se metiese en un enredo y saliese indemne de el. Lo que le importaba a Cleopatra era que su hermana menor había logrado un imposible…

Gilmore estaba ahí. Frente a ella.

—¿Esposo? ¿O debería dirigirme a ti como lord Wars? —preguntó con altivez.

Él abrió los ojos con sorpresa, se recuperó de inmediato.

—Me han comentado que el título de vizcondesa era muy preciado para ti, así que estarás satisfecha, no eres lady Lane, pero sí has logrado ser una mujer noble. —Los celos que sintió al principio fueron abrasadores. Ella había pensado en casarse con otro, y eso lo enfermó. Pensar en que Cleopatra pudo haber corrido otro destino distinto… Tuvo ganas de matar a Lane, de zarandear a su mujer… Pero entonces recordó que ella le pertenecía, que se había casado con él, y eso pareció apaciguarlo. ¡Era suya!

—Yo ya era noble antes de casarme —razonó ella con arrogancia, tratando de no parecer sorprendida por las palabras que le acababa de escupir—. Y si bien sopesé la opción de casarme con Lane…

—No te casaste con él porque lo pescaron en una habitación con otra joven dama casadera —le recordó, interrumpiéndola. El señor Gilmore había averiguado todo lo referente al maldito Lane. El vizconde se había casado a toda prisa con una muchacha con la que lo sorprendieron en la oscuridad y con poca ropa.

—Bueno —comentó ella despreocupada—. Podría decirse que Lane me dio una lección y decidí no quedarme quieta, lo que no previ fue caer en una trampa todavía más perversa que la que él pudo haber urdido para mí.

—¿Eso soy? ¿Una trampa perversa en la que caíste? —Gilmore negó con la cabeza —. Creo que no, milady. Fuiste tú la que vino a rogarme a fin de que me casase contigo. —Y por ese motivo Lane seguía con vida y él se enfadó menos con ella. No sabía que fuese tan posesivo y celoso. Lo era con su esposa.

—Sí, y lo hiciste. Y a la menor oportunidad saliste corriendo despavorido. No te tuve nunca por un hombre cobarde, pero aquí estamos.

Él sonrió de lado.

—¿Cobarde? —la retó.

—¿Cómo debo interpretar el hecho de que mi marido me haya dejado abandonada hasta que decidió aparecer en la noche de hoy? —Tenía mucha curiosidad por saber cómo se las había ingeniado Charlize para traerlo ante ella. No lo preguntaría por el momento.

—Estás residiendo en medio del lujo, sin limitación alguna en mi hotel. Te encuentras en un fastuoso baile coqueteando con Sutherland a pesar de que eres una mujer casada. —Ella trató de no mostrarse asombrada al detectar los duros celos en esa acusación tan absurda—. No te he dejado abandonada, pero tú planeas escapar de mí, Cleopatra, y te advertí de que no te lo permitiría nunca. Me has obligado a dejar de lado unos importantes negocios que estaban encarrilados. Merecerá la pena, porque no vas a obtener la anulación, voy a consumar el matrimonio y poco me importan tus objeciones. —Acto seguido, Joseph Ethan Gilmore se cargó al hombro a su esposa.

Y ahí se quedó ella, colgando sobre el cuerpo de su marido y con la boca abierta. ¿Anulación? ¿Qué había hecho Charlize con la información que ella le confió? Suspiró. Su hermana menor prometió darle lo que pedía, pero Cleo tuvo que haber supuesto que Char no jugaba jamás limpio. No era difícil adivinar que su esposo estaba creando un escándalo frente a la buena sociedad porque Charlize le había dicho que la familia iba a proceder con una anulación. Eso sin olvidar que la muy endemoniada le había contado también lo que sucedió con Lane, y conociéndola como lo hacía, podía imaginarse a Charlize aludiendo a que hubiese preferido ver a Cleopatra casada con el aburrido lord Lane porque la hubiese tratado mejor que él. Era como si lo estuviese viendo, pues ese era el estilo retorcido de su loca hermana. No pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro mientras Gilmore la llevaba hacia su carruaje.

¡No la había abandonado!

Su marido lo había dejado todo para ir a buscarla… De acuerdo. Sus formas tiránicas no eran las correctas, pero al fin y al cabo, Gilmore era un hombre duro, forjado a sí mismo, con poca paciencia. Un caballero que estaba reclamándola frente a todos, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para demostrar que la deseaba como esposa. Debería comenzar a acostumbrarse a llamarlo por su título, Wars, pero le gustaba tanto el apellido… Gilmore. Le recordaba a algo robusto, salvaje, excitante…

La dejó dentro del carruaje y ella borró su sonrisa para componer un rostro regio.

—¿Vas a echarte a llorar? —preguntó, al ver que ella no se movía ni decía nada de nada. Había esperado que su esposa le pusiera las cosas difíciles. Una pataleta tal vez, algunos gritos… pero no había habido nada de eso. Extraño.

—¿Serviría de algo? —repuso ella.

Él torció de nuevo su sonrisa.

—Comedida pero valiente. Lo supe en cuanto no huiste de mí aquella noche en la

que te avasallé en mi biblioteca años atrás. Freyja me dejó impresionado con su tenacidad, pero tú lograste hacer mucho más. Tantos años callando, manteniéndome alejado de ti… Oh, Cleopatra, esa carta que mandaste a enviarme ha despertado a la bestia y espero que estés preparada.

Ella giró el rostro y lo miró con atención.

—Si vuelves a marcharte de mi lado sin tener la más mínima consideración, serás tú el que despierte a la bestia, Gilmore —lo amenazó—. Puedo parecer mansa, correcta y educada, mas no estoy acostumbrada a no salirme con la mía. No vuelvas a dejarme en un rincón como si fuese un mueble. No querrás poner a prueba tu fuerza sobre la mía.

Su esposa era de lo más extraña. ¿Estaba haciendo una demostración de poder? Ella iba a aprender que él no se andaba con remilgos.

—¿Entiendes lo que va a pasar entre nosotros nada más lleguemos al hotel? ¿Comprendes que si hubieses sido una buena esposa te habría hecho el amor de un modo puro, pero que como no lo fuiste y no quiero seguir escondiéndome, lo vamos a hacer a mi manera? Más te vale estar preparada para todo, Cleopatra, porque voy a mostrarte quién soy y lo que necesito de ti en mi cama.

Ella se aferró a su valentía. No iba amedrentarse. Él estaba probándola, quería ver si la vencía. No le daría ese placer. Estaba preparada para todo y se lo demostraría.

—Ya te he dicho lo que espero de ti, Gilmore. Me tratarás como a tu esposa siempre. Y algo que pasé por alto cuando nos casamos fue preguntarte sobre si tenías amantes.

Él se quedó con la boca abierta. Había cosas que lo sorprendían. Estaba acostumbrado a jugar sucio en los negocios, a tener que hacer tratos con hombres de los que no se fiaba, pero su esposa… ¡Desconcertante!

—¿De verdad todo lo que te importa es que no vuelva a dejarte atrás y hablar sobre si tengo amantes, después de lo que te acabo de hacer saber, florecilla? —No daba crédito a lo que escuchaba.

—He tenido tiempo para meditar bien lo que iba a hacer con respecto a ti cuando decidieses volver. Me casé contigo y quiero un matrimonio de verdad. Entiendo que nos costará un poco de tiempo habituarnos el uno al otro, pero no huiremos, hablaremos y arreglaremos las diferencias sin que estemos cinco malditos días sin vernos. —Era consciente de que una dama no debería usar un vocabulario tan soez, pero poco le importaba. Ella también estaba enfadada, tal vez más que él.

Él emitió una risa sorda. ¡No daba crédito a lo que estaba escuchando y viendo!

—Cada vez que me hago una idea de ti… Eres increíble, Cleopatra.

—Lo sé. —Esperaba no haber sonado como Charlize cuando se enorgullecía—. Y ahora dime si tienes amantes, porque si las hay, sí que vamos a tener un serio problema y no te permitiré consumar el matrimonio —le dijo convencida.

Él la miró de un modo que ella no supo descifrar. Se preparó por si explotaba, en cambio comenzó a carcajearse sin piedad. Eso hizo que ella frunciese los labios con fuerza. ¿Se estaba riendo de ella? Podría atizarle con su retículo, o quitarse un zapato y demostrarle lo ofendida que se sentía.

—No, Cleopatra, no mantengo a ninguna mujer. Desde que tuve la intención de alzar el Gran Hotel Gilmore… digamos que los negocios me han mantenido de lo más ocupado. Y ahora que tú eres mi mujer, estará en tus manos darme todo lo que ansíe. Así que dime quién te ha adiestrado tan bien. ¿Ha sido la pequeña arpía de Charlize, o has recurrido a la experiencia de una mujer casada y has pedido consejo a Freyja? —No metió a Caliope dado que esa hermana estaba en el campo con su marqués. Por lo que tenía entendido, no le gustaba demasiado la temporada.

—Las dos en realidad —confesó—. Aunque eso no es significativo. Lo importante es que entiendas que para ser un hombre feliz deberás esforzarte y hacer que también yo lo sea, porque de lo contrario los dos seremos desgraciados. Y no queremos eso.

—Es algo que diría Charlize —murmuró por lo bajo.

—En realidad fue Aidan quien me hizo ver que yo también tenía mucho que decir respecto a este matrimonio nuestro. —No mentía, se lo dijo justo antes de marcharse de la que había sido su casa cuando la familia residía en la ciudad para disfrutar de la temporada.

Gilmore chasqueó la lengua. Tenía que admitir que le pesaba el comportamiento tan grosero que ofreció cuando vio a la pequeña arpía y al conde en las puertas de su hotel. Tuvo miedo de que se la arrebataran y por eso actuó así. Y sí, se marchó el día de su boda porque estaba dolido con ella, enfadado con Cleopatra por negarse a permitirle hacer el amor. Su intención al marcharse fue la de castigarla, pero al segundo día fuera comprendió que no solo ella iba a sufrir con la separación. Los días pasaban y él se sentía estúpido dado que su orgullo no le permitía regresar al lado de su esposa para arreglar las cosas. Los negocios para la compra de un nuevo terreno el próximo año lo mantenían concentrado durante poco tiempo. Ella siempre se colaba en su mente para recordarle que era suya y que no la tenía cerca.

Se dijo que además de darle un correctivo a su esposa, necesitaba que ella reflexionase sobre el futuro, sobre lo que podrían tener juntos. La separación no era nada buena…

¡Cómo la deseaba!

¡Era un inferno!

Entonces, esa misma mañana llegó esa carta, una incendiaria que le informaba de que Cleopatra había estado interesada en el vizconde Lane, y de que ese maldito mequetrefe podría volver a coquetear con ella dado que era una mujer casada sin un esposo que la protegiera de ataques lascivos. Eso sin olvidar que se explicaba que el maldito Sutherland había estado también muy interesado en su esposa. Así que cuando entró al salón de baile y la divisó junto al duque… Por supuesto, la misiva también hablaba de buscar una anulación e imaginar a Cleopatra siendo duquesa… Le faltó poco para arrasar con todo y con todos. Los celos se lo llevaban a los infiernos más profundos.

Aunque la carta era anónima, la había escrito una mujer y él sabía que había salido del entorno familiar de Cleopatra, aunque no estaba seguro de si era obra de Freyja o de la otra hermana, dado que no veía a Cleopatra redactando un texto tan… tan… tan… ¡No le gustó leer nada de eso!

Se había recluido en casa de su contable, pues no sabía dónde más esconderse. Así que como en la carta se decía que Cleopatra iba a asistir a una fiesta esa noche… ¡Tenía que ir y dejarle las cosas claras! ¿Anulación? Sobre su cadáver putrefacto. ¡Ella era suya! De acuerdo, no la había poseído, pero eso era un detalle sin importancia que tenía una fácil solución.

Estaba tan enfadado cuando llegó a la fiesta esa noche, que solo pudo cargársela al hombro y hablarle sin tapujos sobre lo que pensaba hacerle. Solo esperaba que cuando se lo mostrase ella no tratase de huir a toda prisa. Cleopatra se veía tan inocente… porque aunque estaba enfrentándose a él mientras iban de camino al hotel, ella se advertía sin maldad alguna.

Valiente, eso sí. Aunque dudaba que estuviese preparada para lo que exigiría en el lecho.

La mirada de él se centró en su esposa.

—Apuesto a que el conde de Ross y Luff no estuvo contento cuando averiguó que te dejé sola durante esos cinco malditos días a los que aludías antes.

—La que estaba muy descontenta era yo, Gilmore.

—Sí, me quedó claro que estabas irritada cuando alguien me escribió para hablar sobre la anulación de nuestro matrimonio.

—Eso ha sido un subterfugio para obligarte a venir a buscarme. De hecho, Charlize se ha ocupado de que saliese un anuncio en el periódico explicando nuestro reciente matrimonio. Ha escrito una bella narración que, aunque escandalosa, parece ser romántica y ensoñadora.

—Esa hermana pequeña tuya es impertinente y muy peligrosa.

—Lo sé, pero le pedí ayuda y su táctica ha funcionado. No es que apruebe sus métodos, pero como estás aquí ahora…

—Ay, Cleopatra. Siempre volveré a ti…

—No, mejor no te vayas sin avisarme. No, no —recapacitó ante sus propias palabras —. Llévame contigo siempre.

Él le sonrió.

—Ni una sola vez me has preguntado sobre lo que pretendo hacer cuando te lleve al lecho. No estás tampoco afectada por las palabras tan inapropiadas que te he dicho, así que necesito que confíes en mí, milady. Quiero mostrarte lo que escondo. Si tu voluntad es convertir este precipitado matrimonio en algo duradero, seré franco siempre.

—Sí, lo he entendido todo y estoy preparada. Tengo dos hermanas casadas que no son nada discretas en sus encuentros furtivos, de hecho se caracterizan por ir cazando a sus esposos sin darles tregua. Y luego está Charlize, que pese a ser soltera… Bueno, digamos que te sorprendería todo lo que sabe.

—No es lo mismo, Cleopatra. Mis gustos son… Digamos que soy diferente, aunque lo he aceptado por completo. Solo temo que tú… que… —suspiró—. En fin, espero que me dejes instruirte y no me censures llegado el caso.

—Oh, no, por supuesto que no lo haré. Me he propuesto ser una magnífica esposa y haré de ti un formidable marido. Nos irá bien… siempre y cuando no vuelvas a huir, desde luego.

Él desistió de su intento para tratar de explicarle a lo que se refería sobre sus apetitos más bajos. Así que dijo:

—No, Cleopatra. No me marcharé ni aunque me eches a patadas de tu lado. —La separación le sirvió a él para meditar sobre ese aspecto.

—Bien. Eso está bien —juzgó ella con convicción y llena de satisfacción.

Ahí terminó la charla, aunque cuando llegaron a los aposentos privados de Joseph Ethan Gilmore y él divisó una cuerda en medio de su enorme cama de cuatro postes… Y lo más impresionante era que su comedida esposa, de quien descubrió que no lo era en absoluto, se veía como una gata a punto de zaparse un gran plato de crema…

¡Dios santo!

¿Por qué tenía la sensación de que ella había colocado una cuerda sobre la cama a propósito?

¿Le estaba dando vía libre?

# Capítulo 9

Los bombones funcionaban a la perfección. Y su intuición también. Charlize Archer había escuchado rumores sobre el regreso de él.

Sí.

Él.

El hombre que casi le costó todo cuando llegó a Londres para disfrutar de su primera temporada. Se trataba de David Gales, el barón Rendow, o tal y como ella lo llamaba: el Villano Rendow.

Era un hombre ruin que la usó a conveniencia solo para buscar su dote, que esparció rumores indecentes sobre ella. La intervención de Sutherland, además de un pequeño escarmiento que tanto sus hermanas como ella misma le dieron en un oscuro jardín cuando lo amordazaron, posibilitó que él saliese de Inglaterra y la dejase tranquila.

Según tenía entendido, el duque de Sutherland le ofreció una pequeña fortuna a cambio de marcharse a toda prisa. El maldito no se lo pensó dos veces y huyó.

El descanso se había acabado. Sus contactos le habían dicho que el barón Rendow acudiría esa noche a la fiesta en la que tanto Charlize como Cleopatra estaban, de modo que ella tenía que ir para demostrarle que no claudicaría ante él.

En cuanto lo vio, la mirada de él se encontró con la suya, tal y como si Rendow también la hubiese percibido. Coincidir con Sutherland precisamente en esa fiesta, más cuando hacía una eternidad que él no acudía a ningún baile, le daba una buena pista de que el amigo de Aidan también estaba al corriente del regreso del que fue un pretendiente nefasto para ella.

Y aunque debería agradecerle a Sutherland su intervención en el pasado, el duque tenía que entender que ya no era aquella jovencita inocente que cayó de rodillas frente a un hombre en el que confió y le falló. Era más mundana, más experta, más retorcida todavía que antaño. Esa batalla la tenía que luchar ella, de modo que cuando tuvo a su alcance la ocasión propicia para desaparecer cuando Gilmore hizo su aparición, dejó atrás a Sutherland y a

Cleopatra. Al fin y al cabo, su hermana tenía que ser consciente de que ella era capaz de cuidarse por sí misma. Esperaba que las conversaciones y la compañía que se habían hecho esos días, le hubieran hecho comprender a la esposa de Gilmore que estaba preparada para enfrentarse al mundo.

En cuanto se soltó del agarre del duque, Charlize se dirigió hacia el barón.

—Buenas noches —lo saludó, como si no hubiera acontecido un verdadero drama años atrás entre ambos.

Tras decirle esas sencillas palabras, ella salió en dirección al jardín. Fue en un lugar parecido a ese donde todo empezó, y sería allí donde todo acabaría.

Charlize caminaba con paso seguro entre las sombras, y no necesitaba girarse para ver si Rendow la estaba siguiendo, dado que podía escuchar sus suaves pisadas con claridad.

Llegaron hasta un claro donde la luna llena sería testigo de su conversación. Habían pasado los años, el dolor nunca se curaría, porque aunque cuando ocurrió el suceso con el barón ella todavía era más una niña que una mujer, su corazón no entendió esa distinción y seguiría punzando siempre.

Cuando lo tuvo frente a ella, lo examinó con atención. Tampoco se veía tan joven ya. Un hombre, con una mirada verde penetrante, un rostro que había perdido la jovialidad, el pelo lo llevaba más corto que cuando lo conoció, seguía oscuro como el carbón, al igual que su piel, dado que estaba más bronceado que antaño. En cuanto a su figura, también había cambiado, pese a que no era un hombre de alta estatura, se veía más fornido en esos momentos. Si David la deslumbró cuando no era más que un calavera calculador que se reía sin parar, ese hombre que se posicionaba ante ella era todavía más peligroso que aquel.

—Lady Charlize —la saludó, incluyendo una breve inclinación de cabeza.

—Has vuelto —dijo ella sin preámbulos, con la voz tirante y tratando de controlar sus emociones. Sin formalidad alguna.

Él la miró, imprimiendo a sus ojos todavía más severidad de la que vio en el salón de baile.

—No podía alejarme durante más tiempo de Londres —le explicó.

—Ya veo… —alegó, sin saber qué más comentar.

Y sí, fue una mentira, puesto que ella no comprendía nada. No lo entendió a él cuando todo aquel enredo sucedió, tampoco le daba sentido a su propio comportamiento, de haberlo buscado, de haber obligado a su hermana Cleopatra a acompañarla solo porque sabía que

él estaría esa noche en la fiesta.

Otra dama más sensata lo hubiese evitado como si él fuese Lucifer. Lo cual era, porque se portó terriblemente mal con ella. Charlize no podía quedarse de brazos cruzados haciendo como si no lo hubiera conocido jamás, porque se lo había entregado todo. David lo fue todo para ella.

—¿Cómo has estado, Charlize? —le preguntó con cierta suavidad, sin la etiqueta mediando en sus palabras.

—No he estado bien —confesó.

—Yo tampoco —apuntó él. Ella detectó un tono de… ¿lastima? Imposible. El Villano Rendow no tenía remordimientos, lo demostró así en el pasado.

—No creo que fuese por falta de fondos, tengo entendido que tu… acción —apuntó en alusión a cuando él trató de obligarla a ser su esposa para lograr su dote— tuvo una inmerecida recompensa. De hecho, el duque de Sutherland fue extremadamente generoso.

Fue Sutherland quien puso sobre la mesa un elevado montante para hacerlo desaparecer, sin embargo, el legado de Rendow y su título estaban en Inglaterra, por lo que su ausencia no podía ser perpetua.

—He comprendido tarde, que el dinero no lo es todo en la vida —expuso enigmático.

Ella levantó el rostro y abrió los ojos con cierta incredulidad.

—Es curioso. Lo que acabas de decir solo lo puede exponer un hombre que ya no precisa de fortuna para poder vivir conforme se espera que lo haga un noble.

—No soy el mismo, Charlize —respondió él.

—Yo tampoco —se apresuró ella a decirle.

Lo vio levantar el labio tímidamente, un amago de sonrisa que la hizo enfurecer.

—Y, sin embargo, aquí estamos los dos, Charlize, en un jardín oscuro, un lugar similar a donde todo comenzó entre nosotros.

—Efectivamente —coincidió ella—. Y si estamos aquí, es porque necesitaba terminar aquella etapa. No pienso esconderme de ti. En mi opinión, todo lo que ocurrió fue fruto de mi inexperiencia.

—Pero sucedió, Charlize.

—Lo sé. Lo sé muy bien —precisó, para después fruncir los labios.

—Esta vez quiero hacer las cosas bien.

Ella suspiró.

—Estoy segura de que tu futura esposa te lo agradecerá. No he sido nunca demasiado espiritual, pero considero que cuando uno tropieza, dicho traspiés no tiene otra finalidad que la de hacer que aprendamos.

—No, Charlize. —Él estaba negando con la cabeza—. Quiero hacer las cosas bien contigo ahora.

El ceño de la dama se estrechó.

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—He vuelto por ti, y hubiese regresado mucho antes de haber estado seguro de que Sutherland no hubiera exigido mi cabeza en una bandeja de plata. He tenido mucho tiempo para pensar en lo que sucedió, en lo que significó para ti que yo… —tragó saliva—. No hice bien al aplastar todas tus esperanzas, tus sueños. Así que haré lo correcto ahora. En verdad esperaba tener más tiempo, pero siempre has sido una chica valiente, me has visto y has venido a enfrentarme. Tu coraje fue lo que más llamó mi atención.

El barón se acercó para acariciarle el rostro. Un gesto muy torpe, dado que Charlize dio un paso atrás a fin de alejarse de su contacto.

—No creo que… —Maldito fuese su corazón por acelerarse. Las cosas no estaban saliendo bien. Ella tenía un plan que seguir con respecto al barón. ¿Cuál? No lo recordaba en esos momentos, pero la estrategia había sido preparada y cuidada para llevarla a cabo con maestría. Todo resultaba mucho más fácil y adecuado cuando intercedía en cuestiones de amor por sus hermanas.

—Sí, Charlize. Sabes lo que hay que hacer. He aprendido, como bien has dicho hace unos pocos minutos, de mis errores. Me juré no molestarte, porque no lo merecías, pero no puedo cumplir mi juramento. No, sabiendo que no te has casado.

—Yo aprendí, al igual que tú. No hay hombre capaz de hacerme bajar la guardia, así que si no me he casado ha sido porque solo un caballero inteligente, capaz, atento, paciente y amoroso me haría olvidar mi juramento.

—¿Qué juramento, Charlize? ¿Qué te prometiste a ti misma? —se interesó él.

—No me casaré jamás —sentenció con la cabeza bien en alto. No mentía. Solo Aidan cumplía con los requisitos que ella le exigiría a un pretendiente, y dado que él era su hermano por matrimonio, no encontraría a nadie como el esposo de Freyja.

—Duras palabras, Charlize, pues tú estás hecha para ser la amante esposa de un hombre.

Ella le sonrió con falsedad, una muestra cargada de ironía que surgió con un bufido de por medio.

—Perdiste todo el derecho a opinar sobre mí cuando me… —se silenció. Recordar el pasado dolía tanto…

—Cuando me comporté como un canalla. He venido a enmendar mi error, Charlize.

—Lo que dices es imposible. No puedes deshacer lo que sucedió —dijo con una tristeza desgarradora que él percibió.

—Serás mi esposa, Charlize —confesó al fin sus planes de modo claro.

Ella se quedó perpleja. Había esperado muchas cosas de él, porque David tenía tantas capas… más que una cebolla, pero nunca habría previsto lo que acababa de decir.

La dama irguió la espalda, levantó el mentón con sumo enfado y sin darse cuenta de lo que hacía, su mano tomó la posición indicada para darle un sonado bofetón.

David soportó el agravio sin moverse de su lugar. No trató de impedir la agresión, tampoco pensó en devolver el golpe, dado que sabía que merecía toda la furia de ella.

—Vete, por amor de Dios. ¡Fuera de mi vista y nunca más vueltas a ponerte en mi campo de visión! —le gritó mientras lo apuntaba con el dedo, y le señalaba con el brazo extendido, el lugar por el que él tenía que marcharse.

—Char… —comenzó a decir él, sin saber cómo continuar su defensa.

—¡No te atrevas! —lo cortó—. ¡Vete, maldito seas! Por una vez haz lo que se espera de ti. Sé un caballero y desaparece porque eso es lo que deseo —le espetó.

Él se calló, se cuadró y la miró durante un buen rato. Ella le sostuvo la mirada con sumo enfado.

—Me iré porque estás muy alterada, pero esto no ha hecho más que comenzar —la avisó, para después colocar un pie delante y otro detrás a fin de dejarla sola.

Solo cuando estuvo segura de que nadie podría escucharla, de que su dolor no sería oído, se dispuso a sacar la congoja de su interior.

Las lágrimas bañaban sus mejillas, los gritos se alojaban en la garganta en busca de salida. Se metió el puño en la boca y amortiguó los sonidos penosos que su tristeza fabricaba en busca de liberación.

Dolor.

Injusticia.

Más dolor del que podía soportar. Palabras injustas que llegaban tarde.

Los sollozos de Charlize llegaban con años de retraso, pero al fin salían a la luz. Se había mostrado fuerte en su momento, cuando descubrió la clase de trampa que el hombre al que amaba le había colocado sin ella saberlo.

¿Por qué tuvo que regresar y hacer él esa declaración de intenciones? David no podía ser tan ingenuo como para pretender que ella olvidase lo que fue vivir con vergüenza, con el temor de ser repudiada… Adoraba la temporada, sociabilizar, codearse de personas importantes. Casi le costó todo.

—¿Charlize? ¿Eres tú, Charlize? —Una voz profunda masculina llegó hasta sus oídos.

La joven de las Archer se obligó a apartar un par de dedos de su rostro, puesto que se estaba tapando la cara, y cuando se dio cuenta de quién estaba frente a ella, siendo testigo de su momento más vulnerable, se avergonzó todavía más.

—Vete, Sutherland —lo invitó a marcharse, aunque usando un tono menos violento que empleó con David.

—Por amor de Dios… —se acercó hasta ella—. Mataré a ese bastardo. Y si te ha tocado un solo pelo de la cabeza yo… ¡lo mataré dos veces! —gruñó al darse cuenta de que Charlize estaba llorando.

Si había algo con lo que Tristan Dankworth no podía lidiar, era con las lágrimas de una mujer. Y si algo lo enfurecía hasta el extremo de convertirse en un auténtico diablo, era ver dolor en el rostro de una dama. Si bien todo en su interior le gritaba que fuese en busca de Rendow y que lo machacase hasta convertirlo en una pulpa sangrienta, se daba cuenta de que la joven necesitaba su consuelo.

Se acercó por completo a Charlize y trató de rodearla con sus brazos. Ella comenzó a pelear contra él, algo del todo inútil, pues el duque era mucho más corpulento y sabía cómo

reducir con facilidad a su rival.

—No luches contra mí, pequeña. Deja que sea tu apoyo en estos momentos sombríos —le dijo con suavidad, para hacer que ella bajase la guardia.

Charlize emitió un grito desolador cuando le dio sentido a las palabras de Sutherland y se dejó caer sobre él, buscando su calidez, su fortaleza, a fin de empaparse de ella. Estaba deshecha, el pasado pesaba demasiado, era abrasador y penoso. Dejó a un lado la vergüenza de ser descubierta llorando como una niña pequeña y se echó a su cuello, para apretarlo contra sí. Deseaba escapar de la realidad, olvidar el dolor, y aunque era consciente de que no lo lograría nunca, por lo menos se dejaría consolar por un hombre al que parecía que ella le importaba.

El duque sintió enseguida que su cuello se quedaba empapado, seguramente su chaqueta también lo estaría.

No importaba. Solo necesitaba saber que Charlize estaba bien, que podía servirle de sostén. Tristan comenzó a acariciarle el cabello mientras le decía cosas tiernas, palabras de aliento. No se arrepintió de haber tomado la decisión de acudir a ese dichoso baile, pues la mujer a la que sostenía entre sus brazos lo necesitaba y, por Dios, que él se ocuparía de la seguridad y bienestar de la pequeña mocosa malcriada. Si su mejor amigo era tan insensato como para no tomar cartas en el asunto, él lo haría.

Y mientras la escuchaba tratando de contener su pena, mientras los sollozos se hacían menos evidentes, Sutherland se dio cuenta de que Charlize Archer se colocaba una máscara para que nadie la viese. Era más frágil de lo que se imaginaba, posiblemente ni sus propias hermanas o Aidan supieran lo que ella escondía.

Charlize sufría y, maldito fuese el infierno más cruel, porque Sutherland necesitaba aliviarla como fuese. ¿Cómo hacerlo?

Dejo de hablar, de susurrarle palabras tiernas al oído, y le dio un beso en el pelo. No se percató de su acción… No, hasta que fue consciente de que estaba besándole el cuello y de que los suaves susurros de Charlize no contenían rastro alguno de tristeza, eran pequeños gemidos.

Debería apartarse de ella justo en ese momento. Era un monstruo aprovechándose de las horas más bajas de ella. Sutherland era consciente de que el barón Rendow no le había hecho daño físico, pues cuando el bastardo llegó a Londres, él mismo le escribió una misiva de advertencia, que sabía que un hombre en la cuerda floja no pasaría por alto. Pudiese ser que Rendow no fuese ya pobre como las ratas, pero seguía estando muy por debajo de la escala social, y a Tristan solo le bastaría con susurrar unas pocas indicaciones para que la fortuna del maldito comenzase a menguar, puesto que conocía a todos los comerciantes con los que Rendow se asociaba.

—¿Sutherland? —El duque se dio cuenta de que su boca estaba a milímetros de la de Charlize. Al parecer, había dejado de besuquearle el cuello en busca de algo más tentador.

—Lo siento… Yo no debería… —Tristan estaba más avergonzado de lo que ella se mostró cuando llegó a ese rincón oscuro. Trató de dar un paso atrás, a fin de no imponerle su persona a Charlize.

Ella le agarró las solapas de la chaqueta y lo retuvo allí, completamente pegado a sus senos. La dureza de Sutherland la tenía asombrada, su torso era como una roca.

—¿Quieres besarme? —preguntó ella, en un susurro que a él le costó entender.

Mil pensamientos, todos ellos incoherentes, se agolparon en la mente de Sutherland. Él tragó saliva, y al hacerlo se produjo un sonido evidente debido a la acción.

Tensión. Estaba muy tenso.

—Ha sido imperdonable por mi parte comenzar a… —La palabra que le venía a la mente era «seducirte». No podía decirla en alto, así que se silenció. ¡Maldita lujuria! ¿Por qué tenía que hervirle la sangre precisamente con su némesis? La verdad era que Charlize Archer, cuando no se comportaba como una auténtica arpía podía ser un ángel, pues sus grandes ojos lo miraban como si él fuese un héroe.

—Quiero que me beses —confesó, tras hacer acopio de una gran valentía que no sentía en absoluto.

—No puedo hacer lo que…

—Por favor, Sutherland, alivia mis pensamientos, necesito saber si podré superar… Si yo seré capaz de… —Las palabras eran tan desoladoras que no quería repetirlas en alto, dado que la finalidad para solicitarle un beso al amigo de Aidan, no era otra que la de comprobar si podría olvidar alguna vez al que fuese su gran amor. Era necesario tener el contacto de otro hombre para ver si en verdad era posible que eclipsase los momentos pasados vividos, unos que Charlize deseaba borrar de su memoria.

El duque negó con la cabeza.

—No puedo, Charlize. No me aprovecharé de ti.

—No te estás aprovechando —lo contradijo—. Yo te estoy pidiendo que me beses.

—No sabes lo que pides —dijo con una angustia que él mismo encontró preocupante. Tenía tantas ganas de tocar los labios de ella con los cuyos, de pasear su lengua sobre la de ella… ¡Dios! Le deberían dar un premio, una medalla o lo que fuese, porque resistirse

a la necesidad que ella le despertaba… ¿Cómo podía esa joven hacerle sentir, sed, hambre y una excesiva lujuria que lo tenía duro y ansioso?

¡Pero si no la soportaba!

—Sutherland… —murmuró su título como si fuese una plegaria.

Los dos estaban muy juntos. Sutherland comenzó a negar con la cabeza, al tiempo que se retiraba hacia atrás, y aunque ella lo sujetó con fuerza, él subió las manos y las colocó sobre los guantes que llevaba Charlize.

—No, pequeña. Las cosas no se hacen así. Estás bajo mi responsabilidad y no permitiré que desencadenemos nada de lo que luego nos arrepentiremos.

Las palabras, dichas en un tono conciliador, fueron lo suficientemente poderosas como para que Charlize lo soltase de pronto y diese ella misma un par de pasos para alejarse.

Sutherland no la quería besar. La humillación era completa.

—Lo siento —se disculpó ella.

—Por amor de Dios, Charlize, no te dis…

—Tengo que marcharme… —Sí eso era. Ella se dio media vuelta y él la agarró de la mano para evitar que echase a correr.

—Busquemos a tu hermana —propuso. No iba a dejarla sola.

Charlize, tan rebelde como era, trató de soltarse de su agarre, pero al darse cuenta de que no iba a lograr nada con ese gesto, puesto que el duque la apretó todavía más, desistió y afirmó con la cabeza.

Ninguno añadió nada mientras buscaban a Cleopatra, a quien, por supuesto, no encontraron en el salón principal.

Tampoco hablaron mientras el carruaje de Sutherland la llevaba a casa de Aidan.

Él sabía que ella le haría pagar cara su negativa de cumplir su deseo de ser besada. En realidad, Sutherland contaba con ello. Lo mejor sería mantenerse alejado de la tentación que esa joven suponía. Y no sería el único. Rendow pronto entendería que Charlize Archer estaba más que vetada para él.

Le arrancaría los ojos si la miraba, le cortaría la lengua si se atrevía a hablarle, le rebanaría las manos si osase tocarla…

Charlize Archer se merecía mucho más de lo que él mismo o Rendow podían ofrecerle.

# Capítulo 10

Era embarazoso.

Mucho.

Los asuntos de alcoba estaban vetados, era imposible averiguar lo que sucedía entre un hombre y una mujer en el lecho sin estar casada… A menos que una fuese una de las hermanas Archer. Freyja no era nada discreta, y de ahí que Cleopatra supiera algunas cosas. Lo preocupante era en verdad que fue su hermana pequeña quien terminó de adiestrarla.

Fue Charlize, en efecto, la que le dio una charla de lo más violenta, aunque productiva, sobre lo que se esperaba de ella. Cómo había conseguido reunir tanta información, la nueva vizcondesa Wars lo desconocía, y pese a que le preguntó varias veces sobre dicha cuestión, Char era demasiado inteligente y desviaba la conversación a su antojo cada una de las veces que Cleo se interesó por los hechos.

Lo más sofocante de la relevante información, fue descubrir que su esposo tenía gustos… peculiares, tal y como los llamó Charlize. Cleopatra le preguntó de dónde había sacado la información sobre lo que hacía íntimamente su marido y nuevamente, no logró averiguar nada en absoluto.

Faltó poco para que Cleopatra se desmayase cuando Charlize terminó con su explicación. Mucho menos faltó para que echase a correr a toda prisa sin mirar atrás.

¿Cuerdas? ¿Mujeres atadas a la cama? ¿Qué clase de diablo era su esposo? Y si bien debió haber estado muerta de miedo mientras una Char algo azorada le ofrecía explicaciones, Cleopatra solo sentía celos de las mujeres que habían desfilado por la cama de su marido, porque atadas o no, a lady Wars solo le preocupaba el hecho de que sentía que él le pertenecía.

Ahí fue cuando descubrió que deseaba luchar con uñas y dientes para retenerlo. El asunto de las cuerdas, en opinión de Char —quien al parecer se había vuelto una gran experta en cuestiones pecaminosas, seguramente cuando conversaba con las damas más escandalosas de la sociedad— no era tan malo como podía parecer.

Cleo lo dudaba, pues estaba nerviosa, pero cuando su hermana le dijo que confiara en su esposo…

Desde aquel beso, Cleopatra había estado enamorada de él. Un único contacto le sirvió para comprender que Joseph Ethan era el indicado, y sí, se lo había negado a sí misma porque creía que no tenía ninguna posibilidad de atraer a un hombre como él.

El destino le había demostrado lo equivocada que estuvo al amarlo en secreto y descartarlo en público, pues el hotelero siempre sería el único para ella.

Cleopatra le abrió su corazón a Char por completo, y su hermana le correspondió con igual sinceridad al compartir lo referente a las cuestiones peculiares de su marido en el lecho.

Y por ese motivo era por el que la vizcondesa Wars estaba sosteniendo entre sus manos una gruesa cuerda —que ella misma había colocado sobre la cama antes de acudir a la fiesta donde se reencontraría con su esposo— mientras permanecía junto a la cama en la que había dormido sola demasiados días.

Era curioso, unos pocos días, una conversación reveladora y ella se convirtió en la esposa del hombre por el que llevaba tanto tiempo suspirando y del que no le había hablado a nadie. El destino había obrado su magia. Casada con Gilmore. Solo quedaba ser amada por Gilmore.

Si había llegado tan lejos, no era momento de frenar el paso dado que Cleopatra sabía que lo que se avecinaba entre los dos sería crucial para definir su relación.

Charlize sostenía que cuando un hombre y una mujer compartían sus cuerpos, era como si sus almas se fusionasen y, aunque se separasen, jamás podrían olvidarse el uno al otro. Ella también lo pensaba, y por eso estaba convencida de que cuando se entregase a su esposo todo iría bien.

Mientras pensaba en lo que se avecinaba, consciente de que Gilmore la estaba mirando con atención desde el otro lado de la cama, Cleopatra suspiró profundamente.

El largo silencio que imperó en la estancia desde que la pareja entró quedó así roto.

Joseph se temió lo peor. Si no hacía algo, ambos terminarían sufriendo, y después de esos días de separación, él tenía más que claro que no quería dejarla nunca. Además, su esposa se veía fiera, segura de sí misma… al menos hasta que la escuchó suspirar. Sobra decir que se le hacía la boca agua al verla sosteniendo esa cuerda tan maravillosa con la que él podría atarla al cabecero de la cama y luego… ¡Santo Dios! No podría hacerle algo así la primera vez que le hiciera el amor.

Por más que sospechase que alguien le había hablado de lo que a él le gustaba, no

correría el riesgo de arruinar el tratado de paz que habían firmado.

—Ven aquí, mi vizcondesa, y dime por qué sostienes una cuerda entre las manos —le indicó con suavidad.

Su voz era baja, pero Cleo sintió un hormigueo placentero ante la sensualidad que escondían las palabras. Se le aceleró el corazón todavía más.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque quiero que lo hagas. Ven, florecilla —le ordenó.

—Puedo ir hasta tu posición, pero en cuanto a lo de explicarte el segundo asunto… Creo que está más que claro lo que sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Lo suficiente como para estar dispuesta a darte lo que precisas de mí. Seré franca, vas a tener que armarte de paciencia, dado que yo…

—¡Por amor de Dios, Cleopatra! —saltó ya con incomodidad—. ¿Qué es lo que has escuchado?

—Cosas —dijo sin precisar.

—Ya veo… Cosas que incluyen una cuerda.

—Eso es.

—¿Quién te ha contado… —tragó saliva —historias sobre mí?

—No puedo decírtelo —murmuró.

—Soy tu esposo. Estás de pie sosteniendo una cuerda con la que intuyes que pretendo atarte al cabecero de la cama, así que creo que hemos traspasado el umbral de lo decente y secreto, Cleopatra.

—¿No te sirve con que haya aceptado esto? —levantó la cuerda en alto.

—No —apuntó con rotundidad.

—¿Vamos a volver a pelearnos, Gilmore?

—Wars, no olvides que soy un vizconde.

—Y tú no dejes de recordar que yo te atrapé.

—¿Me atrapaste?

—Así fue, te he obligado a casarte conmigo y no vas a escapar. —Cleo miró la cuerda—. ¿Quieres que te ate a ti y así yo pueda estar al mando?

Joseph cruzó los brazos sobre su pecho y la miró con una sonrisa sardónica.

—¿Sabrías qué hacer en caso de tenerme atado y a tu entera disposición para ser tu más humilde esclavo, amor?

—Uhm… —Ella comenzó a sopesar la situación mientras sentía mariposas en el estómago por el apelativo cariñoso que había usado para referirse a ella—. Soy inexperta, eso ya lo sabemos los dos, pero ahora mismo no me siento inocente del todo. Mi hermana Charlize es un pozo de sabiduría.

A Joseph se le quitó toda la diversión de un plumazo.

—Por amor del cielo, Cleopatra, dime que no ha sido la pequeña arpía la que te ha hablado sobre… *eso* —rogó, mientras con la mirada apuntaba hacia la cuerda.

Cleopatra se mordió el labio inferior. ¡Maldición! No debió haber dicho nada incriminatorio sobre Char.

—¿Podemos dejar a un lado a mi hermana, y centrarnos en lo que va a ser una reconciliación hermosa que nos hará estar juntos y felices hasta el fin de nuestros días? —preguntó en tono ensoñador.

Joseph soltó una carcajada.

—No puedes estar imaginando un cuento de hadas mientras barajas la posibilidad de hacer el amor con uno de los dos atados a la cama.

Ella frunció el ceño.

—¿Así que es factible que pueda atarte yo a ti?

—Oh, Cleopatra. Lo haces todo tan fácil. Llevo días apartado de ti porque temía espantarte, pero no, tú no podrías salir huyendo ni aunque yo comenzase a gritarte, ¿cierto?

—Así es. No está en la naturaleza de una Archer correr cuando las cosas se ponen feas. Nos quedamos y luchamos.

—Ya lo estoy viendo. —Él se pasó una mano por el pelo—. Te juro que de haber sabido que esto podía salir así, no me habría ido de tu lado. Es más, aquella noche en la que te besé hace tantos años hubiera podido… —se silenció, para después suspirar con fuerza.

—¿Cortejarme? —sugirió ella, con el corazón agitado al ver que él seguía mencionando su primer y ardiente beso.

—Sí, Cleopatra. Merecías un cortejo, flores, bombones, paseos en bote, por el parque… Todo el paquete, y en vez de darte lo que deberías recibir, estás en mi cama sosteniendo una cuerda.

—¿Y eso es algo malo que no debería haber hecho? —preguntó con cautela.

—No, en absoluto. Eso me demuestra que no debo subestimarte jamás. Aunque ya no eres una Archer, los Gilmore también somos inteligentes, aunque no siempre lo haya demostrado. Ahora ven a mí para que pueda besarte.

—Pero… ¿tendremos una vida de cuento de hadas? ¿Hemos arreglado nuestros problemas?

—Digamos que estamos empezando con buen pie, y que todos los temores que tenía con respecto a lo que sucedería cuando descubrieses lo que ansío en el lecho han quedado atrás. Ven, Cleopatra, no me hagas esperar más. Estoy más que preparado para ti —le dijo con picardía mientras comenzaba a desembarazarse de la chaqueta.

Cuando ella se dirigió finalmente hacia él, su respiración se detuvo en seco y cada gota de sangre en su cuerpo se agolpó en su virilidad. Duro y listo. Tuvo que morderse el labio para no gemir en voz alta al imaginar lo que deparaba su encuentro.

La tenía frente a él. Ambos a un paso de la cama. A su alcance. Al fin cumpliría aquel sueño que tuvo cuando la besó por primera vez. Suya. La dulce y tierna Cleopatra era suya por fin.

El vizconde sentía que su corazón latía con fuerza, algo nunca visto. Todo en él le gritaba que la cogiese en brazos, le arrancase la ropa y la arrastrase hasta el lecho.

La observó levantar la barbilla en ese ángulo altivo que a él tanto lo enloquecía, y a continuación dio un último pequeño paso para estar a unos pocos centímetros de él.

La mirada que él le daba… tan penetrante y oscura podría hacer que Cleo acabase desplomada en el suelo. Se sentía tan mujer, tan deseada y amada…

—Te amo —le dijo. Tal vez fuese prematuro, pero era lo que sentía, así que ¿por qué seguir callada? ¿Acaso se quedó en silencio Eva cuando vio a Adán y supo lo que le hacía

sentir? Nada de eso. Se dispusieron a poblar la tierra a toda prisa, de tal modo que no hubo un amor más rápido que ese.

Lo observó abrir los ojos con sorpresa.

—¿Me amas?

—Sí.

—¿Cómo puedes saberlo? —indagó.

—Porque estos días en los que no he estado contigo solo pensaba en ti, en qué estarías haciendo, y me dolía el corazón por no tenerte cerca. Desde aquel beso en el hotel, tantos años atrás, yo… —Exhaló—. No he dejado de pensar en ti, y a la vez me he negado a albergar alguna esperanza, pero eres mi marido y estoy enamorada de ti. Si ponemos de nuestra parte, podemos hacerlo muy bien.

Él le sonrió.

—No sé lo que es el amor, Cleopatra. Los hombres no pensamos demasiado en esas cosas, más cuando tenemos mucho trabajo y grandes sueños, pero te aseguro que me importas como ninguna otra, y que te deseo con cada fibra de mi ser.

—Creo que me amas —le dijo con media sonrisa.

—Si no lo hago aún, estoy seguro de que pronto lo haré, y porque deseaba complacerte en toda la extensión de la palabra, es por lo que no he reclamado tu dote. —Le pareció que ella debía conocer ese sacrificio, dado que tal vez él actuó motivado por amor sin saberlo.

—¿Qué? —¿No le había exigido a Aidan el dinero que iba a aportar ella al matrimonio?

—No pediré tu dote hasta que yo tenga fondos suficientes, por consiguiente no voy a construir mi segundo y gran hotel hasta más adelante. He pensado que era un buen momento para explicártelo. No quiero que pienses que nuestra unión fue por conveniencia… —Él torció el gesto al darse cuenta de lo falsas que sonaban sus palabras—. Entiendo que acordamos que uno recibiría dinero y el otro un precioso bebé, así que por ahora me basta con tenerte y tratar de darte lo que deseas. Serás la madre de mis hijos.

A Cleopatra se le inundaron los ojos. Soltó la cuerda. Se echó a sus brazos y derramó unas pocas lágrimas mientras él la sostenía.

—Sí que me amas, amor mío. Me amas tanto que has sacrificado lo que más querías

por mí —expresó, llena de orgullo.

—Es lo mínimo que podía haber hecho. Tú te has mostrado fuerte y tranquila cuando has descubierto mis necesidades. Creo que estamos los dos a la par y de que nuestro matrimonio será fantástico. No quería presumir, pero necesitaba que entendieses que yo también estoy poniendo de mi parte.

—Lo será. Nuestra unión será fabulosa —aseguró, al tiempo que comenzaba a quitarle la camisa con prisa.

Él se quedó asombrado cuando llegó a la presilla de sus pantalones y no titubeó. ¿Quién era esa mujer audaz que desnudaba a su amante, exigiendo lo que deseaba sin avergonzarse?

Cleopatra nunca se había sentido tan viva, tan poderosa como en ese momento, cuando él le permitió quitarle hasta la última prenda de ropa.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó arrogante.

—Eres perfecto.

Gloriosamente desnudo.

Excitantemente grande.

Su virilidad se veía vibrante, erguida y tan altiva como ella misma cuando deseaba mostrarse orgullosa.

Él estaba en silencio y quieto mientras Cleo lo observaba con atención. Su cuerpo era demasiado… demasiado… ¡todo! Fuerte y alto, y se veía vulnerable, lo mismo que ella se sentía. Quería pasar sus manos sobre cada porción de su piel. Sin embargo, deseaba que primero su esposo la besara. Necesitaba sentir el sabor de la pasión en la lengua, una lengua que esperaba que lamiese cada parte de ella también.

Era extraño. Tan valiente como había empezado a actuar, y de pronto comenzó a sentirse tímida. No sabía cómo continuar, lo que él esperaba de ella. Todo lo que se limitaba a hacer era mirarlo una y otra y otra, y otra vez…

Se sentía mareada, caliente, como si su cuerpo estuviese en llamas.

—¿Cleo? —la llamó para ver si ella reaccionaba.

—¿Sí?

Seguía mirándolo por completo y mentiría si no confesaba que Joseph se sentía pletórico con tanta admiración. Era una mujer contemplando lo que le pertenecía, una leona que se relamía con el banquete aunque no supiera por donde comenzar a *morder*.

—¿Puedo ver yo lo sublime que eres tú o deseas que siga posando para ti, amor?

—¿Qué? —No podía usar su intelecto para nada que no fuera imaginar sus besos, su toque, su lengua por todas partes. Cuando acabase la noche tendría que buscar a Charlize para regalarle varias toneladas de bombones. Bueno, lo haría mañana o pasado, o dentro de un mes, cuando consiguiera dejar la cama de su esposo.

—¿Puedo desnudarte?

—¿Cómo dices? —¿Por qué no la tocaba y la besaba?

—Te perdonaré tu falta de atención porque soy consciente de que estás muy asombrada con tu apuesto y magnífico esposo.

—Dios mío… —susurró mientras miraba su virilidad, al darse cuenta de algo fundamental. ¿*Eso* iba a caber dentro de ella? Charlize no lo sabía todo después de todo. ¡Él no iba a caber *ahí*!

Antes de que pudiese formular la pregunta, su marido se abalanzó sobre ella y la desvistió con tal pericia que comprendió que era un hombre con suma experiencia. Apartó los celos y se concentró en el presente. Suyo para el resto de su vida, ese era Joseph Ethan Gilmore.

Su vizconde. Al que había atrapado.

Entonces los papeles se intercambiaron porque ella estaba desnuda. Él se quedó fijamente mirándola.

—Eres perfecta, amor.

Cleopatra contuvo las ganas de tapar sus partes privadas con las manos. Era momento de ser más valiente si cabía. Aunque tuviese los mofletes al rojo vivo, sería una mujer sin pudor.

Había algo muy cautivador en la forma en la que la miraba. Se apreciaba perverso y sensual, y a ella le encantaba eso.

—Podemos retrasar esto si quieres — sugirió él con un tono de voz bajo y pesado, casi angustioso.

—¡No! —gritó sin pretenderlo—. Es decir, quiero ser tu esposa aquí y ahora. Seré

tuya en la forma en la que lo necesites —se ofreció.

—Tan desinteresada… Me vuelves loco, amor. —confesó, sosteniendo su mirada.

Luego llevó la mano hasta sus pezones y comenzó a acariciarlos. Apretó con suavidad, probó su textura y los acunó. Una vez. Otra vez, tantas veces que hizo que ella tuviera que cerrar los ojos. Los suspiros inundaban la habitación.

—Son magníficos —murmuró él con voz espesa, al tiempo que contemplaba esos senos que amamantarían a sus hijos… También a él cuando llegase el momento.

—Gilmore… —susurró con fatiga. Estaba mareada y ansiosa.

Él sonrió. Unas pocas caricias y la había encendido por completo. Tan receptiva y sincera que podría matarlo antes de empezar.

—Me encanta cuando me llamas por mi apellido, te hace parecer tan… Eres mi dueña, amor.

Dejó de acariciarle los senos, levantó la mano derecha y la sujetó por la nuca. Su pelo seguía colocado en un moño que le daba un aire ducal.

—Deja que te muestre cuánto te necesito —le pidió con humildad, antes de estampar su boca contra la de ella.

Sus pechos se aplastaron contra su torso. La sujetó con firmeza mientras ambas lenguas se encontraban y saboreaban entre sofocados gemidos de anhelo.

El vizconde no pudo esperar más. La alzó en brazos y la llevó hasta la cama, donde la dejó cómodamente tendida en el centro. Se alejó un poco para ver el cuadro que se presentaba ante sus ojos.

—Eres un sueño, Cleo. Uno tan hermoso que duele… —la elogió a la vez que se disponía a ir en busca de la cuerda. La observó tensarse y le sonrió—. Haré que disfrutes tanto que te juro por Dios que no te arrepentirás de confiar en mí.

Llegó hasta su lado y le acarició la mejilla.

—Estoy un poco… —No supo cómo seguir.

—¿Asustada?

—Nerviosa —le informó.

—No haría nunca nada que te hiciera daño.

—Vas a atarme… ¿por qué?

—Me gusta sentir que me perteneces, que poseo tu confianza ciega. Quiero tenerte sumisa mientras disfruto de ti, mientras te permito disfrutar de mí.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó.

—Tiéndete y pon las manos sobre tu cabeza. —Ella lo hizo—. Ahora te las ataré con suavidad. Si no estás cómoda…

—Estaré bien —lo cortó—. Confío en ti.

—Bien. —Se dispuso a anudarla tal y como le había dicho, las manos pasando sobre su cabeza y atadas a un pequeño poste que había en el medio, escondido entre las almohadas y del que al fin comprendía su ubicación—. ¿Estás bien? —preguntó cuando terminó.

—Sí.

—Algún día querré atarte las piernas también, pero comenzaremos por el principio —le dijo.

No le dejó tiempo para opinar, se colocó sobre ella con cuidado de no lastimarla y comenzó a besarla.

Sus besos eran maravillosos, tanto como las caricias que le prodigaban sus manos. Las sentía por todos lados. Y cuando llegó *ahí*.

—¡Dios!

—No, amor —dijo con bufonería—. Solo tu esposo. —Le pareció que ya no era su florecilla inocente, lo que sentía iba mucho más allá, era amor. El comienzo de un gran amor. No quedaban demasiadas dudas de lo que él sentía por ella.

La dama se perdió la broma, dado que Cleo tuvo que concentrarse en esa confiada mano que posesivamente atacaba su intimidad.

—Estás tan húmeda, tan lista para ser poseída… —murmuró lleno de deseo.

Ella jadeó y arqueó la columna, echando la cabeza hacia atrás cuando un dedo se introdujo en su interior. Sin tiempo para oponerse o pedir más, la boca de él la abandonó para ir a buscar… ¡Dios! ¡La estaba besando *ahí*!

Y Cleo que pensó que su hermana se había equivocado por completo cuando le dijo que eso se podía hacer.

Su lengua estaba directamente sobre ese nudo de nervios que la hacía temblar, chupaba una y otra vez el capullo hinchado, sin darle tregua.

Exigente.

Tirano.

—¡Gilmore! Un poco más… menos… ¡Dios!

—¿Qué, amor? —se burló de ella—. ¿Lo necesitas todavía más rápido o prefieres más lento?

—¡Por Dios, no te detengas! —le ordenó.

Y él, siervo de su señora, tras emitir una breve carcajada, se dispuso a cumplir órdenes.

Mientras la besaba íntimamente, con pasión y fuego, la sed se aceleraba en el interior de Cleo. Un hambre desconocida. Ansiosa. Tan ardiente que la asustaba.

Las caderas femeninas comenzaron a moverse sobre la lengua, y a un primer dedo se le unió un segundo.

—Veamos si puedes soportar más —dijo él, para después comenzar a lamerla con mayor intensidad y tratar de introducir un tercer dedo.

—¡Gilmore! —gritó, extasiada mientras sentía una pequeña punzada. Algo la acababa de atravesar. Un gozo extremo unido a un pequeño bocado extraño.

Joseph lo sabía. La había estado escuchando con atención, por eso era muy consciente de todo lo que su esposa sentía. Ella iba a perder el control, y por eso usó sus dedos para arrebatarle la virginidad justo cuando ella estaba volando alto.

Suya. Era suya.

No había vuelta atrás.

Cleopatra bajó la cabeza para observarlo. Lo que vio en sus ojos la atrapó como si fuese un pez en una red. Se quedó sin aliento y su vientre se estremeció ante la intensidad de la mirada de su esposo.

Anhelo.

Lujuria.

Deseo.

Amor. Mucho amor.

Él le sonrió y se levantó. Se pasó los dedos para secarse la humedad de ella.

—Mira cuánto necesitas que te toque tu esposo, amor, pero aún no es suficiente, ¿verdad? —preguntó pícaro y arrogante.

—¿Sangre? —preguntó alarmada—. ¡Desátame! —le exigió.

—Tranquila, Cleo. —Él llegó de inmediato a su lado. La acarició el rostro con la otra mano. Su moño estaba hecho un desastre y, sin embargo, la encontró preciosa. Una mujer amada, saciada—. He usado los dedos para despojarte de tu virginidad. Estás bien. No te muevas, deja que me limpie un poco y seguiremos… Si así lo deseas, por supuesto.

Ella lo entendió. Se tranquilizó y se dio cuenta de que todavía no estaba plenamente satisfecha.

—Quiero más de ti.

—Yo también —gruñó.

Se tomó unos pocos segundos para limpiarse. Cuando regresó vio un reguero de sangre en la sábana. No había sentido el sabor metálico en la boca, pues calculó bien el momento exacto para hundir esa tercera falange. No quería hacerle más daño del necesario, con la barrera rota esperaba que fuese más fácil para ella permitirle el acceso. Joseph no era un hombre pequeño.

Se colocó encima de ella de nuevo y comenzó a besarla. Le abrió las piernas con las suyas. Era necesario que Cleo estuviese concentrada en sus besos.

Colocó su virilidad en la entrada.

—¡Gilmore! —jadeó al ser consciente de lo que estaba por llegar.

—¿Has dejado de confiar en mí, amor?

—No. —No dudó ni un instante.

—Entonces dime que me necesitas dentro, tanto como ansío hundirme en tu interior.

—Sí… sí… —La posesión que sentía en sus palabras la volvía loca, al igual que los besos que no se habían detenido ni un instante.

—Dímelo, mujer. Dime que eres mía, que quieres ser mía, deseas sentirme deslizándome en tu interior.

Los dedos de él habían vuelto a friccionar su nudo de nervios. La estaba volviendo loca de nuevo. Eso le gustaba más que verla adormecida. La prefería vigorosa y exigente.

—Sí, sí. Te necesito dentro. Quiero ser tuya, hacerte mío. ¡Oh sí!, no me hagas esperar más.

—Estás empapada de nuevo —advirtió, en un tono que ella no había escuchado antes. Su voz era tan… No sabía cómo definirlo, ¿necesidad cruda? Sí, tenía que ser eso, porque era lo que ella sentía una vez más.

Levantó la cabeza, lo miró y logró divisar esos ojos negros que resplandecían debido a la luz de las velas que imperaba en la habitación. Sus ojos llameaban más que el puro fuego. Lo vio.

Dominante.

Tirano.

Ansioso.

—Te necesito dentro… —repitió ella.

Su respuesta fue un fuerte gemido y de un envite profundo se metió hasta la empuñadura.

Ella chilló. Mitad placer, mitad dolor.

Lo sintió ahí. Enterrado en lo más profundo de su ser. Reclamándola sin moverse todavía.

—¿Puedes soportarlo, Cleopatra? —preguntó tratando de mantener el control.

—Estoy bien, solo… —se silenció. Decir lo que necesitaba quizá lo haría enfadarse y ella quería complacerlo.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Nada.

—No habrá secretos entre nosotros. Te estoy dejando ver a la bestia que hay en mi interior.

—No eres una bestia, mi amor —lo contradijo con ternura.

—Lo soy, porque querré llevarte al límite en cuanto sepas cómo permitírmelo. Así que dime qué es lo que no está bien.

La vio lamerse los labios y eso envió un tirón a su hombría. Uno que seguramente ella sintió en su interior.

—Quiero abrazarte, rodearte con mis brazos —le confesó.

—Maldita sea…

—Lo siento —se disculpó, creyendo que lo había disgustado.

—No tenía que haberte atado la primera vez —dijo, para luego levantar las manos y darle un firme tirón a la cuerda a fin de desanudarla. Dado que él había previsto que ella no aceptase las reglas con tanta facilidad, el nudo no fue demasiado elaborado.

—¿Estás enfadado? —preguntó con cautela.

—No, amor. Hoy te lo permitiré, también quiero sentir cómo te agarras a mi espalda mientras busco la liberación, pero no confíes en que te deje libre a menudo. Me gusta demasiado privarte de libertad.

—¿Es por una cuestión de poder?

Él le sonrió pecaminoso.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Te molestaría si te dijese que te he imaginado a mi merced?

—¿Atado? —preguntó asombrado.

—Uhm… sí —confesó.

Él comenzó a reírse.

—Eres del todo inesperada, esposa mía.

—¿Eso significa que podré… invertir la posición algún día?

—Maldita sea si no me repliego a tus deseos, mujer. Harás de mí un pelele que besará el suelo que pisas —dijo incrédulo, pues no había pensado en que desearía tanto complacer a una mujer en todos los sentidos.

Esa conexión con su esposa era nueva e inesperada. Se sentía muy posesivo y protector. Nunca le había sucedido con una de sus amantes. Fornicar era un juego excitante, pero con su vizcondesa era diferente. Necesitaba que ella supiera que para él siempre sería lo primero. Su protección era su mayor motivación.

Cleo le acarició el cabello y después le colocó las manos en la nuca.

—Te amo, creo que no te lo he dicho desde hace mucho.

—Te amo, Cleo —le dijo él, al tiempo que comenzaba a mecer las caderas. Poco a poco primero, imprimiendo más ritmo cuando ella enredó las piernas en su cintura y lo apretó contra su cuerpo.

—Gilmore… —susurró, muerta por la necesidad que esa sensual danza incitaba.

—Goza conmigo, amor —susurró sombrío—. Junto a mí.

Lo sentía. Lo sentía en su interior. Poderoso. Grueso. Largo. Palpitante.

—Estoy ardiendo otra vez —le dijo, con el fin de que él hiciese algo al respecto.

La entendió de inmediato. Se colocó en una mejor posición para llevar una mano hasta donde sus cuerpos se unían.

—Lo quiero todo, amor. Dámelo todo. Ven conmigo. Vuela conmigo… ¡Ahoraaaaaaa! —gritó, incapaz de contenerse más.

Luego buscó la boca de su esposa y se unió a ella para darle un beso profundo, pretendía tragarse todo su placer. Y Cleopatra no lo decepcionó, unos pocos segundos después de que él cantase su liberación, ella chilló de puro éxtasis.

Continuó empujando, deslizándose dentro y fuera con movimientos lentos y uniformes hasta que estuvo seguro de que su amada y amante esposa había logrado la plenitud.

Esa noche durmieron enlazados. Satisfechos y expectantes por lo que depararía el futuro. Una cosa era segura, Cleo podía convertirse en una estupenda alumna, porque todo lo que él le había enseñado mientras se amaban, le pareció sublime.

Antes del alba, hicieron el amor otra vez. Sin cuerdas. Gilmore era consciente de que tenía toda la vida para disfrutar de sus juegos secretos con su mujer.

Ella no había sido la primera, pero sería la última.

Tuvo que haber prestado más atención a aquel beso prohibido que le dio años atrás. En su interior sabía que la anteriormente conocida como Cleopatra Archer sería su talón de Aquiles, pero al fin se daba cuenta de que ella podía ser también su mayor fortaleza.

Una nueva pareja surgía para afrontar la vida en común. Habría momentos duros, amables, tiernos y apasionantes, todo lo que estuviera por llegar lo harían juntos. No había nada más esperanzador que eso.

# Epílogo

Cleopatra se había sorprendido cuando al llegar a casa de Aidan, los sirvientes le dijeron que la familia se acababa de trasladar al campo. ¿Así de fácil se había marchado su familia? ¿Sin averiguar si ella estaba bien? No entendía nada. No era propio de ellos hacer algo así.

El carruaje, que la estaba llevando a Luffgarden, la finca en la que las hermanas se criaron y donde Aidan se trasladó para hacer feliz a Freyja a fin de que no abandonase la casa que tanto amaba, se zarandeó ligeramente hacia la derecha.

—Santo cielo, tu cochero pretende que tengamos un accidente —dijo Cleopatra.

Su esposo suspiró con pesadez.

—Lo que te ocurre es que estás molesta.

Ella le sonrió con picardía. Él se dio cuenta de que su mujer iba a decir alguna cosa perversa. Estaba deseando escucharla. Estaba creando una mujer tan ardiente y atrevida… ¡Maravillosa!

—No puedo estar molesta cuando esta mañana me has amado tan concienzudamente, esposo.

—¿Es una queja? Tal vez debería haberte hecho el amor una tercera vez, porque dos no han sido suficientes para suavizar tu carácter.

—Puedes hacer conmigo lo que desees, ya lo sabes, pero no estoy inquieta por tus maravillosas atenciones, es que… —Se silenció, porque Cleo se dio cuenta de que si seguía hablando en alto podría comenzar a parecerse a Charlize cuando se irritaba por todo.

—Ya te lo he explicado, amor. Tu familia está tan segura de que soy el mejor esposo posible, que te dejó a mi cargo. La pequeña arpía los ha debido convencer de que soy fantástico —dijo pagado de sí mismo.

Cleo rodó los ojos. Un par de días sin salir de la cama y él se creía perfecto… Está bien, lo era, pero aun así podría mostrarse un poco más humilde. Además, en honor a la verdad, la culpa era de ella por haberle contado cómo su hermana menor la ayudó porque lo apreciaba y le dio una charla de lo más esclarecedora sobre el matrimonio. ¿Cómo podía saber tanto Char? La pregunta se la hacía demasiadas veces últimamente, y en realidad Cleo intuía que cuanto menos supiera sobre ese asunto mejor para las dos.

—Charlize no dijo que fueses fantástico.

—Yo creo que sí —rebatió él.

—Dijo que esperaba no arrepentirse de su decisión sobre echarte una mano para conquistarme. Ciertamente los dos sois parecidos en cuanto a vuestro gran ego.

—Creo que fuiste tú la que llegó a mi vida dispuesta a conquistarme porque soy fantástico, amor.

—Imposible sí que eres, querido mío.

—Sí, bueno, pero no olvides lo fabuloso que soy.

—No sabía que fueses tan vanidoso.

—Lo soy porque me hago una buena idea del carácter de Charlize, y si ella decidió ayudarte a conquistarme —sobra decir que su esposa gimió en alto— es porque yo era el indicado para ti.

—Para poner un poco de paz entre nosotros, Gilmore, te concederé que sí eres el indicado para mí.

—Y soy fabuloso. Dilo.

—No te halagaré más de la cuenta, podría ser peligroso para ti —dijo con una sonrisa.

—Formidable, entonces. Dilo —repitió la petición.

—No. Me niego.

—En cuanto te ponga las manos encima exigiré que me rindas culto y recites mis formidables cualidades. Pagarás por la afrenta mi querida vizcondesa.

Ella amplió su sonrisa entonces.

—Cuento con ello.

—Pícara descarada… Si no fuese porque estamos cerca de Luffgarden te haría rogar.

—Suena delicioso —lo indujo a cometer la locura.

Su esposo le dio un tirón y la colocó en su regazo. Comenzó a besarla con ímpetu.

—¿Te he dicho que eres maravillosa y fabulosa?

—Varias veces.

—Bien, porque lo eres y te deseo a todas horas. Ahora sé una buena chica y frena a tu esposo antes de que comenta una temeridad, y tu familia te vea salir del carruaje con el pelo revuelto, sonrojada y satisfecha.

—Créeme, Freyja se lo merecería para así darse cuenta de lo embarazoso que resultaba verla salir del despacho de su marido. —Se quedó un momento pensativa. Luego miró a su esposo y le dijo—: Charlize y yo siempre le recriminábamos que una esposa debería ser menos evidente. Me doy perfectamente cuenta de mi error, dado que yo no consigo saciarme de ti, Gilmore.

—Buenas noticias. Podríamos quedarnos a vivir en la cama si así lo deseas.

—¿Dejarías de atender tus negocios por mí? —preguntó incrédula.

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas? ¿Qué hombre diría que no a una hermosa mujer tendida en su cama desnuda?

—No olvides atarme.

—Sí, lo sé, ya te está empezando a gustar. ¿Me equivoco?

—Es interesante, lo reconozco.

—Confiesa que cuando te vendé los ojos con el pañuelo de la corbata comenzaste a humedecerte sin tan siquiera haberte tocado.

—¡Por supuesto que ocurrió así! Eres maravillosamente malvado, por lo que la anticipación me recorre cada vez que me observas.

—¿Cómo te miro si puede saberse? —preguntó con humor.

—Como si fueses a devorarme. —Era la verdad.

—Ah, entonces sabes interpretar muy bien las miradas de tu esposo.

—Sí, siempre estás hambriento.

—De ti. —La besó una última vez, y al ver que ella no se bajaba de su regazo, la colocó de nuevo en su lugar.

—Eres un aguafiestas, Gilmore. ¿Cómo vas a corromper a tu mujer si la echas a un lado sin remordimiento alguno? —lo acusó.

—Tu familia, a excepción de Charlize, no tiene una buena opinión de mí.

—Eso es porque te portaste como un ogro del pantano cuando Aidan vino a pedir explicaciones. Lo ahuyentaste de mala manera —le recordó.

—Así fue, y lo volvería a hacer, lo confieso, pero dado que somos un par de recién casados que superaron su primera y última pelea, quiero darle al conde una mejor opinión sobre mí.

—¿Así que no haremos travesuras mientras llegamos al hogar de mi hermana? —preguntó desilusionada.

—No, Cleopatra. Quiero que me anheles hasta que yo decida que eres merecedora de mis atenciones.

—¿Merecedora? ¿No he sido una esposa atenta y complaciente?

—Sí, por supuesto, pero me he dado cuenta de que me gusta tenerte expectante y sin que sepas cuando pienso atacarte.

—Tan malvado como fabuloso —observó ella.

—Gracias.

—No era exactamente un cumplido. Sí que eres algo parecido a Char —dijo por lo bajo.

—Y ahí está tu antiguo hogar —apuntó, mientras señalaba por la ventana izquierda —. ¿Estás contenta por cómo van yendo las cosas?

—Es pronto para decirlo. Aunque imagino que el tiempo lo dirá.

—¿No estás contenta? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí, sí lo estoy. Lo que trataba de explicarte es que tanto Freyja como Caliope tuvieron sus más y sus menos con sus respectivos esposos, y ha sido con el paso de los años cuando en verdad se ha visto que sus matrimonios son sólidos.

—El nuestro es sólido ya —gruñó irritado.

—El nuestro acaba de comenzar —dijo con suavidad—. Tenemos por delante mucho que hacer. Pero las perspectivas son excelentes —trató de tranquilizarlo.

—No me agrada que pienses que no estamos bien. Ya me has dicho que me amas, y sabes que te correspondo. Esto es sólido.

—Eres muy testarudo y te gusta salirte con la tuya por lo que veo —le dijo en tono conciliador, para luego acercarse y darle un rápido beso. El vehículo estaba deteniéndose en la puerta principal de la casa.

A continuación, ella comenzó a levantarse y él le dio un breve tirón para volver a colocarla en su regazo.

—No podría haber pedido mejor esposa que tú, Cleopatra. No me arrepentiré jamás de la decisión que tomé y confío en que tú tampoco lo hagas.

—Lucharé por ti siempre, mi amor. Te lo he demostrado. Había una cuerda de por medio que podía unirnos o separarnos y creo que ha sucedido lo primero.

—No lo creas, es lo que ha ocurrido.

—Vayamos a ver por qué mi familia se ha marchado a toda prisa de Londres. Y quédate tranquilo, te amo y me amas. Eso es lo importante.

La retuvo un poco más, lo suficiente para colocar su mano en el vientre de Cleo.

—Espero darte pronto un hijo. He descubierto que me apasiona hacerte feliz.

—He descubierto que me encanta que te apasione hacerme feliz —le dijo mientras se reía—. Y haz el favor de relajarte, Gilmore, era yo la que estaba molesta con todos por no haberme avisado de que regresaban al campo. No van a censurarte, mi familia me quiere y te prometo que han aceptado mi decisión. Enviaron a Charlize para que fuese mi ángel salvador cuando desapareciste.

—¿Charlize siendo un ángel? Algo no concuerda en esa afirmación que has dicho.

Ella suspiró.

—¿Qué te preocupa, mi amor? —Lo veía muy nervioso y se había dado cuenta de que le estaba impidiendo salir del vehículo, y eso que su familia al completo, salvo Charlize, estaban en la puerta esperándolos. Eso incluía también a Caliope y su marido. Esa hermana en concreto no parecía feliz, la había visto con los brazos cruzados sobre su pecho antes de que su marido le diese el tirón para acomodarla sobre su cuerpo.

—Nada.

—Algo sucede. Soy tu esposa, confía en mí tanto como yo lo hago en ti cuando estamos en la cama —razonó con suavidad.

—No hice bien las cosas contigo, Cleopatra. Tu familia no me perdonará con facilidad —confesó pasados unos pocos segundos. Los que ella le concedió para que él hablase sin presionarlo.

—Si te quedas más tranquilo, te diré que amo a cada una de mis hermanas y que aprecio muchísimo a sus esposos, pero yo te elegí y nada ni nadie me hubiera hecho cambiar de idea, del mismo modo que no lo harán en un futuro. Ellos te aceptarán porque en cuanto salgamos verán mi rostro y comprenderán que me haces feliz y solo por ese motivo te adorarán. Además, no sé de qué te preocupas, Charlize es la más conflictiva de todos y ya cuentas con su bendición, no hay mayor logro que el que ya has conseguido.

Él sonrió de lado.

—Es cierto. Charlize es la pequeña, aunque es la que tiene el poder.

—Si dices cosas como esa, vas a enfadar a todo el mundo, así que no lo airees aunque sea verdad —le recomendó ella.

—¿Quieres hacer el favor de bajar, esposa? ¿Qué pensará tu familia de tu comportamiento? Coquetear con tu esposo mientras todos esperan para vernos… —le dijo al tiempo que comenzaba a abrir la puerta. Su argumento le valió para que su esposa soltase un potente bufido censurador.

La primera en acercarse a Cleopatra fue su hermana Caliope.

—¿Qué es todo eso de que te has casado con Gilmore? —le plantó cara.

—Una gran verdad —le comentó Cleo.

—¿Casarte a toda prisa sin que estén tus hermanas presentes?

—¿Qué puedo decir? —se giró para observar a su esposo quien se había quedado detrás de ella, aunque se veía listo para saltar sobre cualquiera que la importunara. Era consciente

de que él se estaba conteniendo—. Lo vi y supe que tenía que casarme con él —le sonrió a Gilmore y él le devolvió el gesto.

Caliope se quedó observando con atención la escena, esa mirada de complicidad entre ambos esposos. Su marido, el marqués de Moreland, quien tenía entre los brazos a su hija Gaia que no había cumplido todavía el año, se acercó a su marquesa.

—¿Ves cómo Charlize no mentía? Se ve que es una unión por amor.

—¡Por supuesto que lo es! —saltó Aidan—. ¿Me consideráis tan negligente como para no haber intervenido en caso de que Cleopatra hubiese sido desdichada?

—¿Y cómo te hubieses enterado de esa situación, Aidan? —se interesó Freyja con diversión.

—Por los informes diarios que me ofrecía Charlize —dijo con orgullo el conde de Ross y Luff.

—¿Mi hermana era tu espía? —indagó Cleo sin creer lo que oía. Por fin entendía los motivos por los que Aidan dejó ir a Char sin vigilancia para consolarla. ¡La muy arpía informaba a Aidan! ¿Le habría dicho lo de la cuerda? No, seguro que no, dado que en caso contrario el conde no se vería tan tranquilo.

En ese momento, Gilmore le pasó un brazo por los hombros a su vizcondesa.

—Entiendo que las cosas no han sido fáciles y que… —¿Cómo tenía que continuar? Los negocios eran más fáciles que el hecho de tener que enfrentarse a la familia de su mujer—. Quiero disculparme por mis faltas, todas ellas y aseguraros que mi esposa es amada y está protegida.

—Lo soy y lo estoy —ratificó Cleo.

—Bienvenido a la familia. —El marqués de Moreland se pasó a la pequeña Gaia al otro lado de su cuerpo y le ofreció la mano a Gilmore—. Es un placer contar en nuestras filas con otro hombre más, Ross y yo estábamos en clara desventaja frente a tantas mujeres tercas.

—Lo que será interesante será ver qué clase de marido trae Charlize —dijo en voz alta Aidan. Lo que le valió para que Freyja le diese un codazo.

—¿Dónde está Char? Por cierto —indagó Cleo.

—Ha salido a dar un paseo —le dijo Freyja con la voz trémula.

—¿Ocurre algo malo? —se interesó Gilmore al ver que la familia estaba de pronto

tan silenciosa.

—Oh, lo siento mucho. No deberíamos empañar tu felicidad, Cleo —habló Freyja —. Estamos muy preocupados por Char.

—¿Por qué? ¿Está enferma? —se asustó Cleo.

—No. Solo nos pidió regresar a Luffgarden —siguió la condesa de Ross y Luff.

—¿Y eso es malo?

—Lo es cuando se trata de una muchacha que adora la temporada —le explicó Aidan.

—¿Qué es lo que me estoy perdiendo? —Cleopatra no entendía nada.

—Rendow regresó a Londres hace poco —desveló Aidan, pues la pequeña de las Archer no le había contado nada más al respecto y era imposible hacer que se abriese, cosa extraña, pues con él era con quien más hablaba de cualquier asunto, apropiado o no.

—¡Santo Dios! —exclamó Cleo al comprender la situación.

—Tal vez a ti te cuente algo —terció Freyja—. ¿Por qué no vas a la arboleda a buscarla? Estos días disfruta de su soledad allí. Todos nosotros lo hemos intentado y no hemos tenido éxito. Charlize está… No está bien.

La mirada de Cleopatra buscó la de Gilmore.

—¿Te importa si…?

—Ve a buscar a tu hermana, nos veremos más tarde.

Ella puso rumbo hacia el lugar donde le había indicado Freyja, pero se ladeó y miró a su esposo. Él le tendió la mano y con un pequeño tirón la acercó hasta que se quedó pegada en su torso. Entonces la besó. Un beso no demasiado lascivo, pero lo suficientemente decidido para dejar claro que era un hombre enamorado.

Cleopatra se separó cuando él se lo permitió y no esperó ver a sus dos hermanas mirándola con cara embelesada.

—Se aman —apuntó Freyja.

—Muchísimo —concordó Caliope.

Sobra decir que en el momento en el que Aidan y el marqués de Moreland intuyeron que iba a producirse una demostración tierna, se dieron la vuelta y comenzaron a caminar hacia el interior de la casa.

—Entonces… ¿todo está bien? —sondeó Gilmore mientras miraba a las dos hermanas.

—Sí —dijeron al unísono Freyja y Cali.

—Perfecto. ¿Dónde están los caballeros? —preguntó al darse cuenta de que se había quedado a solas con las damas.

—Aidan habrá ido a ver si el pequeño Benedict se ha despertado de su corta siesta. Moreland lo estará esperando en el despacho mientras se sirve una copa y trata de dormir a la niña —le explicó Freyja.

—Únete a ellos —sugirió Cleo—. Hablan sin descanso de sus hijos, de cómo deben atenderlos y lo inteligentes que son pese a que todavía no saben ni hablar bien. Las lecciones te vendrán estupendamente bien para cuando nazca nuestro bebé.

—¿Estás embarazada? —saltó Freyja. A Aidan y a ella les había costado mucho concebir, no podía creerse que su hermana pudiese encontrarse en estado de buena esperanza tan pronto.

—Todavía no creo, pero confío en que pronto… —dijo Cleo, antes de darse media vuelta y marcharse azorada.

Freyja y Caliope lo guiaron hasta el interior de la casa. Desde luego que lo amonestaron por el modo en el que había ocurrido su matrimonio, pero él se mostró paciente y les aseguró que su esposa era una mujer feliz, aunque seguramente menos que él, porque él lo era inmensamente más.

Mientras tanto, la vizcondesa de Wars se adentró en el campo dispuesta a averiguar lo que le sucedía a Charlize.

Encontró a su hermana llorando, recostada sobre un árbol, sentada en el suelo.

¡Dios!

—¿Te estás muriendo, Char?

La pregunta de Cleo interrumpió el llanto y la joven levantó la vista para enfrentarla.

—No. Y no acortes mi nombre, no me agrada cuando lo haces.

—¡Menos mal! Sigues siendo tú misma —respiró aliviada Cleo—. ¿Por qué lloras?

—Porque me apetece.

—Tú nunca lloras, y menos lo harías aunque te apeteciera. —Cleo se colocó a su lado, sentada en el suelo y le pasó una mano por la espalda para consolarla—. Eres la pequeña, y todas lo olvidamos porque te comportas como si fueses la mayor… a veces. ¿Qué te tiene tan preocupada que has decidido salir a toda prisa de Londres? —La vizcondesa comprendía que su familia se había marchado debido a la llegada del Villano Rendow, tal y como lo había rebautizado Char, y esperaba que le confesara lo que la atormentaba. Esos últimos días habían sido uña y carne, por lo que estaban en un momento muy dulce de su relación.

—¿Ha venido tu esposo contigo?

—Sí, pero háblame de tu dolor, Charlize. Veo que sufres y no quiero que nada te apene.

—Mejor dime que todo está bien con el señor Gilmore y que eres feliz.

—Todo está perfectamente con él y soy muy feliz. Ahora es tu turno. ¿Qué te sucede?

—Sé que Freyja te habrá contado que Rendow ha vuelto.

—Sí. ¿Temes que pueda volver a molestarte?

—No. No soy la misma ya.

—¿Y por qué lloras?

—Porque soy muy feliz.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me alegra mucho que mi querida hermana haya encontrado la felicidad y que haya sido gracias a mí.

—Ah, ¿sí? —repitió, incrédula Cleo.

—Sí, ahora vete, por favor.

—No.

—Quiero estar sola, Cleopatra.

—Y yo quiero saber todo lo referente a lo que sucede.

—No piensas dejarme sola tal y como te he pedido, ¿verdad?

—No.

—Así que dime cuál es el problema para que busquemos una solución.

Charlize no tenía ganas de centrarse en sí misma.

—Te contaré algo de lo más interesante. Desde que te observé escabullirte para encontrarte con el Aburrido Lane…

—¿Tienes que ponerles sobrenombres a todos? —la interrumpió.

—Sí. Creo que es muy creativo porque estoy de lo más acertada cuando lo hago.

Cleopatra resopló.

—Sigue con tu explicación, pero no creas que me olvidaré de hablar después de lo que te tiene tan apenada.

—Como te decía, te vi babeando por un hombre que no era el indicado para ti, así que tuve que hacer algo al respecto.

—¿Disculpa? —Algo se había perdido.

—¿Lane y tú, Cleopatra? Hubieras querido saltar de un acantilado para ver si así le dabas emoción a tu vida tres días después de haberte casado con él.

—Charlize, aunque quiero pensar que tus intenciones son buenas, considero que soy yo la responsable de mi propia vida. ¿No te parece?

—Por supuesto que no —dijo como si fuese algo normal no darle la razón a su hermana sobre algo fundamental—. ¿Sabes lo que hubiera sucedido si no llegó a intervenir? Pues que no estarías felizmente casada —alegó con la cabeza en alto, con los ojos todavía húmedos por el lloro que había cesado.

—¿Por qué tengo la sensación de que has hecho algo que me hará enfadar?

—¿Enfadarte? Nada de eso. Merezco por lo menos cinco cajas de bombones de la tienda que sabes que me gusta. No fue fácil alejar a Lane de ti y luego descubrir las cosas íntimas sobre Gilmore. Que sean diez —Juzgó que merecía mayor recompensa por su hazaña.

Cleo tomó una larga bocanada de aire. Sospechaba que iba a necesitar toda su paciencia para no ponerse a gritar.

—Sobre mi esposo y sus… peculiaridades, no volveremos a hablar jamás.

—Estoy de acuerdo. Resulta embarazoso.

—Otra cuestión es lo referente a Lane. ¿Qué hiciste, Charlize?

—Alejarlo de ti, ya te lo he dicho —apuntó con naturalidad, como si no hubiese hecho nada malo.

La vizcondesa se contuvo. No empezó a gritarle.

—¿Cómo lo lograste? —indagó Cleo, sabiendo que su respuesta no iba a gustarle.

—La gente tiende a hablar en confianza cuando les ofrezco los bombones, así que me topé con una muchacha que bebía los vientos por Lane y ella sí que era perfecta para él. Una noche que te seguí lo escuché decirte que iba a proponerse… Digamos que la joven dama estaba muerta de dolor porque iba a perder al hombre que amaba y tuve que ser creativa para hacer que el Aburrido Lane acabase en su habitación para atraparlo.

Cleo se quedó boquiabierta. ¡Su hermana le acababa de confesar un crimen y lo narraba llena de satisfacción!

—¿Fuiste su cómplice, Charlize? ¿Le contaste a ella que Lane pretendía casarse conmigo y que tenía que hacer algo para atraparlo? —No se lo podía creer. ¿Su hermana pequeña era tan retorcida?

—¿Por qué parece que estés enfadada? —No la entendía.

—Porque lo estoy, Char. Muchísimo… ¡Y no te atrevas a decirme que no acorte tu nombre! —exclamó al ver que Charlize iba a interrumpirla.

—No te lo diré, pero no lo hagas, no me agrada. En cuanto a tu enfado, no deberías más que estar agradecida por mi intervención. Te has casado con el hombre que te hace muy feliz, ¿recuerdas? Yo he hecho eso.

—¡Por amor de Dios! —dijo, mientras se ponía de pie—. Es imposible que comprendas que lo primero no excluye lo segundo. Te metiste en mis asuntos sin que te lo pidiera.

—Sí. Veinte cajas de bombones, no lo olvides.

Cleopatra gruñó y pateó el suelo, ni tan siquiera iba a corregirla y a recordarle que le había pedido otras cantidades inferiores anteriormente.

—¿No ves lo que has hecho? ¿Qué hubiera pasado si yo llego a estar completamente enamorada de Lane?

—Que habrías cometido el mayor error de tu vida, dado que eres consciente de que Gilmore era el hombre al que estabas destinada.

—¡Te odio, Charlize! —le gritó exasperada, al ver que no iba a hacerle comprender a su hermana lo mal que había actuado. Usó el mismo tono que Char cuando se enfadaba y les chillaba eso mismo a las demás Archer.

La respuesta de la joven fue encogerse de hombros.

—Dices que me odias porque te he dado lo que deseabas, eres extraña, Cleo.

—¡Maldita sea, Char! Te dejaré sola porque soy capaz de… de… de… ¡No sé de qué podría hacerte ahora mismo! No actuaste bien —insistió.

—Por supuesto que sí. Eres muy feliz, eso es todo lo que siempre me ha importado. Lane no era para ti. Ahora déjame sola. Haz como Freyja, ve a disfrutar de tu esposo. Recuerda que quiero treinta cajas de ricos bombones. Un pago más que justo por mis servicios como casamentera y como… ya sabes, como instructora de asuntos… carnales.

—¡Dios! —exclamó Cleo antes de darse la vuelta y marcharse, porque podría comenzar a zarandear a su hermana con violencia.

Si bien era cierto que no cambiaría por nada del mundo a Gilmore, también era verdad que Charlize la había traicionado al entrometerse. De acuerdo, estaba satisfecha con el desenlace, pero su hermana tenía que comprender que no era Dios jugando con la vida de los demás.

Si hubiese estado atenta, Cleo habría visto a Charlize suspirando llena de alivio cuando ella se marchó.

El encuentro con Rendow, además de la conversación con el duque de Sutherland, cuando él la despreció por completo mientras ella mendigaba por un beso suyo, la habían dejado tan mal que le imploró a Aidan regresar a Luffgarden.

No lograba reponerse, borrar el dolor que esos dos hombres, en mayor o menor medida, le habían provocado, por lo que no deseaba encontrarse ni con el primero ni con el segundo en Londres.

Menos le apetecía compartir su tristeza con Cleopatra, y puesto que esa hermana podía ser tan terca como ella misma cuando se lo proponía, le pareció muy adecuado confesarle lo que había ocurrido con Lane a fin de espantarla, pues sabía que Cleopatra se iría enfadada de inmediato y la dejaría seguir con su llanto a solas. No le dijo que ella misma envió una nota al periódico para que todo Londres se enterase de la cuestión de Lane con la muchacha aquella misma noche, dado que no podía correr el riesgo de que el aburrido vizconde encontrase la solución para escapar del matrimonio al que se vio forzado. ¡Lane también debería regalarle por lo menos veinte cajas de bombones! Lady Amber —ese era el nombre de la joven que estaba enamorada de él— era su medio corazón, pues Charlize entendía de esas cosas. Solo veía a dos personas y sabía que debían estar juntos. Cierto que con Gilmore no fue algo tan evidente, puesto que había escuchado cosas demasiado escalofriantes cuando lo colocó en la lista como pretendiente de su hermana. Pero al final se confirmó que su instinto era infalible.

Tres hermanas casadas con parejas adecuadas. Todo gracias a su intervención. Estaba satisfecha.

¿Por qué no había sido capaz de buscarse un pretendiente adecuado para sí misma?

¿Por qué tenía que haber regresado Rendow y hablarle de matrimonio?

¿Por qué Sutherland la encontraba tan repulsiva como para no haberle dado un beso?

Una vez el duque trató de besarla. Ocurrió la temporada pasada, cuando Caliope se las ingeniaba para conquistar a Moreland, con su inestimable ayuda, por supuesto.

Y lo que más la hacía sentir insegura, era la cuestión de pensar tanto en el rechazo de Sutherland. Lo que le hizo Rendow era mucho más doloroso que haberle negado un beso y, no obstante, Charlize no podía dejar de pensar en que el duque no quiso besarla…

¿Qué significaba eso? ¿Tanto había enfadado ella a Sutherland como para que le negase ese deseo desesperado?

Las lágrimas se detuvieron y, una sonrisa afloró, sin que ella fuese consciente de ese gesto que estaba haciendo, mientras pensaba en el modo tan atroz en el que trataba al mejor amigo de Aidan cada vez que se topaba con ella.

¿Qué sucedería si Charlize lograse enfadarlo mucho más?

¡Santo Dios!

¡Una dama enfadando a un duque!

¡Qué desfachatez!

Estaba pensando demasiado en el Viejo Sutherland y muy poco en Rendow. ¿Y si se casase con el barón?

¡No! Jamás lo perdonaría.

Lo mejor sería… sería… sería… ¿Qué? ¿Qué sería lo mejor para Charlize?

Ella no tenía la menor idea de cómo responder a esa pregunta.

Fin.

# Dama enfada a Duque

Charlize

*Sarah Worth*

*«Los inicios del romance son siempre complicados,*
*aunque pueden ser de lo más emocionantes.*
*Cuando una mujer no sabe lo que quiere,*
*el hombre puede hacerse cargo de la situación.*
*Esta historia está dedicada a los caballeros,*
*en especial a los que lucharon con todas sus fuerzas*
*en el nombre del amor».*
**Sarah Worth.**

# Sinopsis

Lady Charlize, hija del anterior conde Luff, es la endemoniada hermana Archer. No la llaman así por nada. Es concienzuda, con una voluntad de hierro y está más que acostumbrada a salirse con la suya.

La temporada se presenta aburrida e insulsa en Londres, pues ya no tiene más hermanas a las que casar. Deberá buscarse un nuevo proyecto que la ayude a consolidar su reputación como casamentera, porque convertirse en una, y que le sea rentable, parece una buena idea. Para una dama sin aspiraciones matrimoniales y a la que le gusta tanto enlazar parejas, tener un plan de futuro puede darle seguridad e independencia.

Con lo que no cuenta es con que aparezcan varios enemigos dispuestos a trastocar todo su mundo. Una dama sensata no debería desafiar a un hombre, menos si viene provisto de un título… Y enfadar a dos caballeros peligrosos puede ser una temeridad que acabe con ella apartada de la buena sociedad.

Ah, pero es la endemoniada Charlize, y no está en su naturaleza dejarse avasallar…

Finaliza la serie de las Hermanas Archer, con quienes Sarah Worth se ha ganado la lealtad de un buen número de lectoras enamoradas de la ficción romántica histórica.

¡Gracias!

Índice

**PRÓLOGO**
**CAPÍTULO 1**
**CAPÍTULO 2**
**CAPÍTULO 3**
**CAPÍTULO 4**
**CAPÍTULO 5**
**CAPÍTULO 6**
**CAPÍTULO 7**
**CAPÍTULO 8**
**CAPÍTULO 9**
**CAPÍTULO 10**
**CAPÍTULO 11**
**CAPÍTULO 12**
**CAPÍTULO 12+1**

# Prólogo

Londres, 1820.

Era la primera temporada que Charlize Archer, hija del difunto conde Luff, llegaba a Londres para participar en el mercado matrimonial.

Con tres hermanas mayores, y huérfana desde los trece años, se había acostumbrado a ser el centro de atención de su familia. Era lo que tenía el haber crecido en Luffgarden, la finca donde las cuatro vivían y de la que no habían salido hasta el momento.

Ser la pequeña era complicado, porque sus hermanas tendían a prestarle poca atención, de tal modo que ella se había acostumbrado a gritar o patalear cuando deseaba salirse con la suya. El plan le había salido tan bien, que Freyja, la mayor de las Archer y quien había heredado todo lo que no estaba ligado al título de su padre, le había permitido ir a Londres con unos amigos y con su hermana Caliope como una especie de *carcelera*.

Su padre, antes de fallecer, había nombrado un tutor que se suponía que debía velar por ellas, del que no habían sabido nada desde que el anterior conde Luff partiese hacia una mejor vida. Ese hombre, que se llamaba Aidan, era conde por derecho propio —lord Ross— y dado que ese tutor de ellas era además el heredero del anterior conde Luff, todo lo que no había recaído en manos de Freyja, lo heredó él. Su herencia, además del título de lord Luff, implicaba la totalidad de la residencia de Luffgarden, el hogar donde las cuatro habían vivido plácidamente al cuidado de Freyja.

Como Charlize era de naturaleza curiosa, y nadie parecía notarla hasta que estallaba en un gran berrinche, había descubierto toda esa información hacía relativamente poco mientras escarbaba en el escritorio de su hermana mayor. Tener un tutor del que no sabían nada, implicaba que mientras él no apareciese podrían seguir viviendo del modo en que estimasen oportuno. No obstante, si el conde de Ross y Luff, Aidan Andrews, decidiese hacer acto de presencia y decretar el futuro de las tres hermanas que no habían cumplido todavía la mayoría de edad, eso significaría que todo su mundo se trastocaría.

La única que estaba a salvo del yugo que lord Ross y Luff pudiese colocarles, era Freyja, pues tenía veintiséis años y había sacrificado su vida para ser la madre de sus tres hermanas más pequeñas. La mayor de las Archer era la fortaleza personificada. Luego estaba Caliope, considerada la beldad de las hermanas y quien acababa de cumplir los veinte, mientras que Cleopatra contaba con diecinueve y esa hermana era la que se decía que era la más sensata.

Y por último estaba Charlize. Ella había cumplido dieciocho años y si tuviese que pensar en un calificativo que la diferenciase del resto de sus hermanas, diría que era la más inteligente de las cuatro. Su mente funcionaba de manera diferente. Ella siempre veía planes y estrategias en todo lo que la rodeaba. Tal vez fuese porque al ser la pequeña había tenido que hacerse ver y valer, y aunque no estaba demasiado satisfecha por haber optado por desempeñar el papel de hermana mimada con la cabeza hueca, le servía a las mil maravillas para obrar como se le antojaba cada vez que deseaba conseguir cualquier cosa.

De hecho, estaba en ese impresionante baile precisamente porque una de sus famosas rabietas le había dado el pase directo para poder disfrutar de una ansiada temporada.

Llevaba algún tiempo en Londres y había decidido casarse, incluso aspiraba a encontrar el amor y fugarse con el hombre perfecto a Gretna Green para que su tutor no pudiese impedirlo, Freyja no lograse interponerse y sus otras dos hermanas no opinasen sobre su decisión.

Quería ser la que manejase su propia vida. No tenía nada malo haber sido una de las hermanas Archer y haber estado al cuidado de Freyja. Charlize admiraba muchísimo a su hermana mayor, pero quería más de la vida.

Deseaba poder.

No un poder entendido como el que pudiese tener un rey, sino ser alguien por ella misma. Distanciarse de sus hermanas para crecer, para expandirse y seguir sus propias reglas.

Por descontado que casarse implicaría que Charlize pasase a ser propiedad de su esposo, como si fuese una casa, un terreno, un caballo o incluso un mueble, por dicha cuestión, ella deseaba amor y complicidad en su relación.

Quería ser besada, amada y que su marido la pusiera por delante de todo y de todos. A cambio ella haría lo mismo. Cierto que las novelas que había leído en los últimos tiempos le habían llenado la cabeza con un montón de ideas apasionantes, aunque sabía que lograría su cometido si daba con el candidato indicado.

No era una muchacha excesivamente bonita como lo era Caliope, aunque sí que se sabía sacar partido. De aspecto modesto, Charlize había aprendido a peinar su pelo cobrizo de un modo que llamase la atención, siempre pulcramente recogido, que no tirante, con unos mechones cuidadosamente extraídos para darle un aire fresco. No fresco de indecencia, sino diferente al

resto. Sus ojos eran de color caramelo, lo suficientemente grandes como para ver reflejadas sus emociones en ellos con solo un vistazo del que miraba. Su carácter solía ser dulce y amable… Al menos fue así hasta los trece años, porque a esa edad perdió a su madre, después de que su padre decidiese también morirse, y ahí todo cambió.

Charlize Archer era una muchacha inteligente pero difícil de llevar o tolerar. Y aunque posiblemente no era correcto admitirlo, estaba orgullosa de quién era, de su comportamiento y de sus ideales.

Su punto débil era el chocolate. Los bombones la volvían loca. Tenía la suficiente fuerza de voluntad como para no abusar de ellos y que no mermasen su figura. Solo perdía la compostura en cuanto a engullir ese delicioso dulce, cuando estaba triste o se ponía muy nerviosa.

El problema era que se había metido en la boca cinco bombones, uno tras otro, porque esa noche esperaba que fuese *su noche*. La ansiedad la consumía y decidió calmarla comiendo un dulce. Luego otro, y después otro más. De tal manera que se había manchado el corpiño del vestido nuevo y tenía que ver cómo podía arreglarlo para que el barón Rendow, de nombre David y de apellido Gales, no la viese en ese estado lamentable.

¿Quién era lord Rendow? Era el hombre del que se había enamorado desde las puntas del cabello hasta los dedos de los pies. David, el barón Rendow, era perfecto, la hacía suspirar y ansiarlo todo. Era caballeroso, tierno, dulce, paciente y… ¡Oh, Dios! Sus besos le habían hecho perder el control por completo.

Charlize se había vestido esa noche con esmero porque esperaba que se le declarase. Sería una mera formalidad, ya que sabía que él estaba tanto o más enamorado que ella, pero aun así era un paso necesario para formalizar su relación. Él se arrodillaría, ella lloraría para después aceptar su mano y luego se desplazarían a Luffgarden, donde Freyja se había quedado porque no le agradaba la ciudad, para que el barón hablase con la que era a todos los efectos la cabeza de familia. Le pedirían a su hermana mayor permiso para fugarse a Gretna Green, dado que Charlize no tenía la edad legal para casarse sin la autorización de su tutor, y al regresar vivirían un idilio que duraría hasta el fin de sus días.

Charlize y David. David y Charlize. Para toda la eternidad…

Un vaticinio perfecto… salvo que la perfección se había ido al traste cuando su vestido se manchó de chocolate.

Así que allí estaba ella, buscando la sala de retiro de las damas para ver si podía arreglar el desastre.

¡Todo tenía que ser perfecto! ¿Por qué un delicioso bombón tenía que ser el artífice de un desastre? ¡Si ella los amaba!… No tanto como a David, pero sí lo suficiente para que ellos

no le estropeasen el momento más importante de su existencia.

¡Iba a ser la primera Archer en casarse! Eso la ayudaría a ocuparse también de sus hermanas y que Freyja pudiese tomarse un respiro de sus atribuciones. Si solo consiguiese que su hermana mayor acudiese a Londres para disfrutar de la atención masculina, los bailes, el teatro y demás actividades, ella misma la ayudaría a encontrar un buen partido. Seguro que David tendría amistades de lo más interesantes.

¡Eso era! Se casaría la primera y luego las amadrinaría para que las tres encontrasen el amor y fuesen dichosas. ¡Qué gran idea!

Ya podía ver los titulares de los periódicos… De acuerdo, los de la sección de sociedad. Dirían que lady Rendow fue un pilar básico para que sus hermanas encontrasen unos maridos fantásticos. Se quedó un momento pensativa ante esta idea. Caliope, la hermana que estaba a cargo de ella en Londres, tenía un interés en el mozo de cuadras que trabajaba para Freyja, y el señor Robinson no era demasiado adecuado, pero Charlize entendía que el amor tendría que ser la prioridad en una unión.

Suspiró y sonrió. Ella era muy afortunada, pues había encontrado el amor y venía con un título, que aunque no era de los más altos era bastante respetable. Ser la hija de un conde y acabar siendo la esposa de un barón era positivo.

Ya vería que haría con Caliope en cuanto fuese una mujer casada.

Se escuchó un gran grito femenino que dejó a Charlize helada. No sabía de dónde provenía. Acto seguido, una puerta se abrió y cuando se giró vio a una mujer saliendo de una estancia a toda prisa. Estaba llorando.

Charlize dio un salto y se metió de pronto tras una cortina pesada que había a su lado derecho, confiando que la mujer no la hubiese visto.

—¡Espera, Ophelia! —se escuchó una voz masculina a su espalda.

De inmediato, las zancadas avanzaban hacia donde ella se había ocultado. Charlize se sintió ridícula. Ella no estaba haciendo nada malo en medio del pasillo, solo estaba buscando la sala de retiro para asearse. El grito la había asustado era cierto… No tenía que haberse escondido, pero toparse con un caballero que perseguía a una mujer llorosa en un lugar desierto no era algo bueno bajo ningún concepto. Tuvo que haberle pedido a Caliope que la acompañase a la sala de las damas. Rezó una plegaria para que nadie la descubriese, porque el bochorno sería absoluto.

—¿Qué quieres, Sutherland? —preguntó una voz femenina un tanto cansada, derrotada más bien.

La pareja se paró justo delante de donde Charlize estaba escondida. ¡Su mala suerte iba en aumento! ¿Y si salía y se daba a conocer? No. Tendría que dar muchas explicaciones.

—Siento mucho que… —comenzó a decir el caballero.

—No te disculpes. Eres un duque, uno muy vengativo que no puede perdonarme pese a que me he arrastrado ante ti —sentenció la dama.

Charlize escuchó un suspiro profundo proveniente del que debía ser el duque. Ella no conocía a ningún duque. Le hubiese gustado quedarse en el pasillo y toparse con uno. Esa especie nobiliaria de la jungla social estaba en la cúspide. Lamentó su decisión de ocultarse todavía más.

—Te avisé de que el acuerdo que te ofrecí era de exclusividad y tú lo acepaste.

—¿Por eso me has detenido, Sutherland? ¿Para seguir recriminándome mis errores? —inquirió la desconocida.

—Prometí que actuarías en el teatro de Londres y lo cumplí. Eras una de las mejores sopranos del momento, yo te di ese privilegio. Juré que no te faltaría de nada mientras fueses mía y así ha sido. Lo que te he dado ha sido más de lo que he recibido.

—Y yo canté para ti en tu cama, Sutherland, te di todo lo que demandaste y más. Me entregué a ti con los ojos cerrados. Pude haber elegido a cualquiera para consolarme por las noches, y te elegí a ti. Ahora te necesito y no me ayudas.

—¡Te acostaste con otro! —le gritó él fuera de sí.

—Lord Re…

—¡No quiero saber su identidad! —la frenó.

—Lo olvidaba, Sutherland, no ves más allá de tu pequeño círculo, de ese conde de Ross por el que me dejaste atrás.

—El conde de Ross y Luff es mi mejor amigo, Ophelia, vino a mí para pedirme ayuda y tuve que marcharme de Londres. —Su amigo había sido testigo de una conversación donde una jovencita y la madre de esta planeaban tenderle una trampa para que acabase casado. Aidan tenía pánico al matrimonio y el duque de Sutherland le había recomendado que desapareciese durante una temporada para que dejase de ser objeto de interés en la ciudad. Dado que lord Ross y Luff tenía a su cargo varias jovencitas de las que todavía no había podido ocuparse, lo animó a cumplir con ese cometido e ir a visitarlas, para así olvidarse de un suceso que lo perturbó demasiado.

—¿Y yo, Sutherland? ¿No merecía tu ayuda? Sabías que atravesaba un momento delicado y me dejaste desamparada. Sola… Él me ofreció cariño, me cuidó mientras tú no estabas. ¿No puedes comprender que cometí un error? Un solo error… —sollozó la mujer.

—Ser reemplazada en la ópera por una mujer más joven y con mejor voz que tú, no era una desgracia, Ophelia. Yo hubiese podido intervenir tras regresar, Covent Garden es igual de majestuoso que Drury Lane. Y ten la decencia de admitir que él no era el primero y haz el favor de no usar esa escusa tan pobre para justificar mi supuesta falta de atención hacia ti.

—No lo entiendes. No sabes lo que es para una mujer ser reemplazada. ¿Qué pasará cuando tú decidas casarte? Te lo suplico, Sutherland, por lo que fuimos, no me dejes… —. En ese momento, la mujer se lanzó hacia el duque para abrazarlo con fuerza, aunque él no respondió a su muestra.

Charlize observó la acción y decidió que estaba presenciando una discusión entre dos amantes. Se volvió a tapar parte del rostro con la cortina para que no la descubriesen.

—Dile a él que pague la casa, los carruajes, que te compre joyas y se ocupe de las facturas de la modista. Eres muy hábil, Ophelia, Dios sabe a cuántos hombres habrás llevado al lugar que mi dinero paga, a la cama que yo compré. Quédate con él y asegura tu futuro. Te compraré una joya cara, será mi regalo de despedida.

—Está arruinado… No puede mantenerme y si me retiras tu apoyo me temo que…

—¿Arruinado? —Sutherland la despegó de él y se rio sin ganas—. Creía que eras una mujer inteligente. ¿Te has dejado engañar?

—Yo… ¡Oh, Sutherland! ¿Por qué no puedes olvidar mi desliz? ¿Con cuántas mujeres te acostaste tú antes de quedarte prendado de mí?

—Dime una cosa, Ophelia, si él no estuviese arruinado, ¿habrías venido a buscarme esta noche aquí? ¿Me hubieses suplicado?

—¡Sí, Sutherland, sí! —chilló—. Lo hubiese hecho porque no quiero estar con él. Fue una única noche, te lo juro. No te he traicionado con nadie más. Me ha pedido que lo espere, porque aunque está en bancarrota, va a casarse con una dama que tiene una gran fortuna bajo el brazo.

—Entonces, querida, no comprendo el problema.

El duque de Sutherland vio a su amante hacer un puchero. Era una mujer de veinticinco años y se solía comportar como una niña cuando deseaba salirse con la suya. Encontraba ese comportamiento encantador al principio, por eso de ser él el hombre poderoso y ella la dama que coqueteaba y buscaba su aprobación. Ya no le valía esa actitud. No, después de

haber regresado a Londres a toda prisa para estar a su lado y encontrarla retozando con un hombre al que afortunadamente no le había visto la cara.

—No puedo convertirme en la amante de un hombre casado, Sutherland, sabes que ser el segundo plato no es algo que yo podré sobrellevar. Me gusta tener toda la atención de mi caballero. Confieso que me enfurecí contigo porque te pedí que no me dejases sola y pese a ello te marchaste con tu amigo. ¿No podrías considerarlo como una pequeña venganza sin importancia, mi duque fiero? —flirteó ella con descaro. Él todavía la mantenía sujeta por los antebrazos y ella lo miraba a los ojos con atención.

—La lealtad es fundamental para mí, Ophelia. Es por eso por lo que cuando mi amigo me necesitó fui a verle sin demora. Has traicionado mi confianza y no podré volver a confiar en ti.

—Por favor… —le suplicó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Él tomó una larga bocanada de aire y la soltó de golpe.

—Me ocuparé de tus gastos hasta que decidas qué hacer con tu vida, bien porque te consiga una actuación en Covent Garden o porque encuentres a otro protector que sea más adecuado que el que tenía la intención de reemplazarme. Es lo que te ofrezco, ¿puedes aceptarlo?

Ella valoró sus opciones una fracción de segundo.

—¡Sí! —exclamó—. Solo añade que me visitarás de vez en cuando en nuestro lecho y me harás inmensamente feliz, querido.

—No, Ophelia. Nuestro nuevo acuerdo es como amigo tuyo. La relación que manteníamos está rota.

—¿Buscarás a otra, Sutherland? Sabes tan bien como yo que soy única satisfaciendo tus peculiaridades.

—Has sido una amante excepcional, Ophelia, tengo que reconocerlo, y por eso es por lo que no te dejaré en la estacada pese a que estoy furioso contigo. Buenas noches —se despidió él, mientras la dejaba libre.

Si el duque se hubiese dado la vuelta hubiera visto a una mujer sonriendo llena de felicidad. La gran Ophelia Chalton volvería a brillar en lo alto de un escenario y solo había tenido que adularlo y pedirle que volviese a su cama… ¡Y él la había rechazado!

—Fantástico, Sutherland, tengo tu dinero y no debo abrir las piernas para ti —expuso en alto pagada de sí misma—. Tal vez consienta que Rendow cuente con mis servicios si logra casarse con la pupila de tu mejor amigo… Esas chicas valen una fortuna y deberías tener

más cuidado sobre con quién compartes la información. Una mujer siempre debe tener una alternativa y tú has hecho posible que cuente con tu dinero y el que mi barón me dará cuando logre atraparla. ¡Es la mejor noche de mi vida! —La cantante de ópera dio un pequeño salto llena de alegría y se limpió las lágrimas. Las cosas no podían irle mejor.

Charlize salió de su escondite en ese momento. Su corazón martilleaba con fuerza. Mejor dicho, los restos de su corazón, porque se había fracturado en mil pedazos.

—¡David! —la escuchó Charlize gritar cuando dobló la esquina del pasillo—. ¡Está todo solucionado!

—¿Se lo ha tragado? —inquirió él.

La conversación seguramente prosiguió, pero esa hermana Archer no pudo escuchar nada más al respecto. De todos modos, no era necesario.

Charlize buscó el apoyo de la pared más cercana y se obligó a ayudarse de ella para poder sostenerse en pie. Su mundo, su perfecto mundo, se acababa de derrumbar en cuestión de minutos.

Se obligó a mantenerse cuerda.

Su corazón lloraba lágrimas de sangre, su mente era un hervidero, su desilusión, terrible. Si la muerte acudiese a ella para liberarla del dolor, tal vez le diese la bienvenida con gusto.

Cerró los ojos y buscó alternativas a su situación. ¡No las había! Estaba condenada… ¡Dios! Había cavado su propia tumba sin ser consciente de haberlo hecho.

—Eres una Archer. Eres una Archer. Recuerda la fortaleza de Freyja cuando Colin le falló. —Su hermana mayor había sufrido un terrible revés a manos del que fuese su mejor amigo años atrás. Colin también jugó con los sentimientos de Freyja y ella no se quejó ni una sola vez, ni cuando él se presentó dos semanas después de traicionar a su hermana con su nueva vizcondesa colgada del brazo—. Freyja le sonrió a su esposa, abrazó a Colin y lo felicitó —dijo ella en alto—. Tú eres fuerte, Charlize —se convenció a sí misma—. Puedes serlo tanto o más que Freyja. Mamá decía que las cosas suceden por un buen motivo. No entiendo lo que puede salir de bueno de esta maldad, pero mi madre era la mujer más sabia del mundo. Así que te centrarás en sobreponerte porque eres una Archer. Hoy no llorarás. No lo harás. Nadie conocerá tu dolor. Jamás. Eres Charlize Archer. Eres inteligente, eres fabulosa, eres una Archer… Una Archer… —Mientras repetía cada palabra a modo de ritual para salir de la oscuridad, se obligaba una y otra vez a creer en ese credo que recitaba—. Ahora haz lo que debes, Charlize —recitó una última vez.

Tomó una bocana de aire, se puso una mano en el corazón y respiró un par de veces

más para calmarse.

Regresó al salón de baile y divisó a David. Él se estaba despidiendo de Ophelia en las escaleras que daban acceso a la sala, donde los invitados bailaban y la orquesta tocaba un precioso vals que ella no tenía permiso para bailar todavía.

La que fuese la amante del barón Rendow, además de del duque de Sutherland, debió advertirle de su presencia y él se giró para mirarla con esa sonrisa tan perfecta suya. Se presentó de inmediato frente a ella. Charlize le ofreció una sonrisa que esperaba que fuese creíble.

—¿Estás bien? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Perfectamente —mintió.

—Estás… Te veo muy pálida. ¿Quieres ir a beber un poco de ratafia o limonada, Char?

Ella no soportaba que acortasen su nombre y de entre todos sus conocidos o familiares, le había dado potestad solo a él para hacerlo. Sentía ganas de vomitar y deseaba hacerlo sobre su perfecto traje formal. Si estaba arruinado, ¿de dónde sacaba el dinero para…? *Ophelia*. Ella debía estar manteniéndolo con el dinero del duque de Sutherland.

¡Dios de los cielos! Sutherland era el mejor amigo del conde de Ross y Luff… su tutor. «¿Por qué, mamá? ¿Qué sentido tiene todo este entuerto? ¿Qué sacaré de aquí bueno?», se preguntó en silencio ella.

Charlize amplió su sonrisa.

—No, gracias.

—De acuerdo. ¿Te parece bien que anunciemos nuestro compromiso esta noche? He hablado con los anfitriones, lady Latimer estará encantada de pronunciarse sobre lo que hemos decidido…

—¡Oh! —exclamó ella deseando darle un bofetón, o mejor, tener a mano uno de los famosos cuchillos de Freyja para dejarle una marca tan señalada y grande como la que él le acababa de dejar en su corazón. La herida nunca cicatrizaría.

—¿Qué te pasa, Char? Estás extraña ahora mismo. Has dicho que estabas bien, pero no veo que…

—No puedo casarme contigo —murmuró.

—¿Cómo dices? —Él se quedó más lívido que ella en ese momento.

—Soy demasiado joven para hacerlo. Tengo tres hermanas mayores… mi familia no aprobará nuestro matrimonio y…

Él se acercó a ella todavía más y le colocó un dedo en los labios. Charlize no pudo rehuirlo.

—No lo entiendes, Char. Estamos enamorados, nadie va a separarnos. No dejaré que lo hagan.

Luego le acarició la mejilla con los nudillos. Ella sintió deseos de luchar. No era el momento adecuado.

La pequeña de las Archer tragó saliva. El tono de él no era el de siempre. Se veía más fiero que el propio Sutherland mientras había discutido con su amante.

—Seré franca. No quiero casarme contigo. —Ahí estaba. Lo había dicho al fin.

—¿Cómo que no quieres? Tenemos todo nuestro futuro planeado, Char. No hay vuelta atrás para lo que hemos decido.

—Sí la hay. No me casaré contigo —insistió.

Él le sonrió y no dejó de acariciarle la mejilla.

El roce de la mano masculina, ese que tanto había disfrutado y anhelado, le provocó arcadas. Ella trató de echarse atrás para huir de su toque.

—¿Me rehúyes, bella? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Por qué? —Su desconcierto parecía sincero, determinó Charlize.

—No estoy segura de que seas una buena opción para mí.

—¿Opción, Char? —Él se cuadró—. Yo soy tu única opción.

—No. No lo eres. Acabo de hacer mi elección.

Él suspiró.

—Es tarde, estás cansada y comprendo que tu vida va a cambiar mucho. Salir del

campo para un ratoncito como tú y llegar a la ciudad… Lo entiendo, amor mío. No te preocupes. Hablaremos mañana y decidiremos dónde hacer el anuncio de nuestro compromiso.

—No. No volveremos a hablar. —Charlize se dio la vuelta porque no sabía cuánto tardaría en echarse a llorar.

Él no la persiguió. A Dios, gracias por ello.

Charlize llegó a su casa aquella noche y no derramó ni una sola lágrima. Se separó del barón Rendow tanto como pudo a partir de entonces, pero él comenzó a darse cuenta de que ella no iba de farol y decidió acorralarla, de tal modo que se dispuso a verter habladurías sobre todo aquel que quiso escucharlo. Su reputación comenzó a resentirse, pues el Villano Rendow, tal y como ella misma lo había rebautizado, demostró tener la intención de casarse con ella a cualquier precio.

Freyja no tardó en llegar con su otra hermana, Cleopatra, a la ciudad, y cuando Charlize la vio no pudo contener su alivio y el llanto. Habían sido demasiados días viendo a David presionándola, ¡incluso la obligó a darle un puñetazo! Por descontado que eso él no lo aireó, se limitó a decir que ella era una falda ligera.

Se armó un buen lío con ese asunto, pero las cuatro hermanas Archer, juntas, eran invencibles y se ocuparon de que Rendow recibiese una lección en la que ella misma participó. Las cuatro amordazaron y maniataron al barón en un jardín oscuro para darle su merecido por contar chismes maliciosos sobre ella. El destino quiso que precisamente el duque de Sutherland, por ser el mejor amigo del conde de Ross y Luff, apareciese aquella noche en la que tenían al villano a su disposición, y se ocupase de darle dinero a cambio de que se marchase de la ciudad.

Poco después de aquel trágico suceso al que Charlize restó importancia, del que jamás hablaría con nadie y del que nadie sabría la verdad sobre sus sentimientos, llegó a la ciudad su tutor, Aidan Andrews. El conde de Ross y Luff se había enamorado de su hermana Freyja y no tardaron demasiado en casarse .

Charlize fue una parte muy activa a la hora de ayudar a Freyja a alcanzar la felicidad, y haber ejercido como casamentera le sirvió a la joven para soportar la desilusión de Rendow. Eso le dio la idea de que, aunque ella no lograse alcanzar el amor mientras viviese, sí que podría ayudar a sus hermanas a conseguir lo que ella nunca obtendría.

Los siguientes años fueron de lo más interesantes para Charlize Archer. Descubrió que amaba como a un hermano a su tutor, tanto como para convertirlo en su cómplice y confidente a la hora de emparejar a sus hermanas.

El conde de Ross y Luff era su referente masculino y ningún caballero estaría jamás a su altura. Aidan había demostrado ser excepcional. Ni tan siquiera el duque de Sutherland, que la salvó y a quien a ella le gustaba martirizar y con quien mantenía una relación entre el

desprecio y el odio, era tan bueno como Aidan. No era que Charlize le echase la culpa por lo sucedido con Rendow, solo ocurría que Sutherland no le gustaba en absoluto.

¡Sí! Desde luego que debería estarle agradecida por haberle abierto los ojos sobre un suceso lamentable pero… Sutherland la sacaba de quicio, siempre pendiente de ella, criticando todo lo que decía o hacía. ¡Era insoportable! Un duque de lo más insoportable… Sí, eso era él.

Los años sucedieron y sus hermanas encontraron a caballeros que las amaban con todo su ser. Estaba orgullosa de haber contribuido a la felicidad de sus adoradas hermanas mayores.

Lo malo del paso del tiempo, era que el destino llegaba y no permitía que el pasado se olvidase. Y eso fue lo que sucedió cuando el barón Rendow regresó del destierro que Sutherland le impuso, cuando lo obligó a salir de Londres con una pequeña fortuna que seguro que mitigó el dolor por la partida.

Rendow volvió más apuesto y seguro de sí mismo que antes y tuvo la brillante idea de decirle a Charlize que iba a luchar por ella. Eso ocurrió la temporada pasada, mientras la pequeña de las Archer terminaba de obrar su magia como casamentera para ayudar a su última hermana soltera, a Cleopatra, a alcanzar la felicidad con el señor Gilmore, vizconde Wars.

Y si ese hecho no fuese alarmante de por sí, después de que David regresase del pasado para volver a hacer tambalear su presente, ella había llorado y el duque de Sutherland había estado allí para consolarla cuando logró deshacerse del villano que había declarado que se casaría con ella costase lo que le costase.

A Charlize, en un momento de suma debilidad, no se le ocurrió otra cosa que la brillante idea de pedirle a Sutherland que la besase para hacerle olvidar la angustia y el dolor que David le producía.

Por descontado que un hombre acostumbrado a llevarse a experimentadas amantes a su cama, declinó la petición de Charlize sin pestañear.

¡El ridículo que hacía cuando Rendow o Sutherland estaban cerca era formidable! Formidable y vergonzoso.

¿Qué haría la hermana pequeña Archer en el futuro?

Trataría de ser más inteligente de lo que ya se consideraba. ¡Y lo lograría! Al precio que fuese.

# Capítulo 1

Londres, 1823.

La casa de lord Ross y Luff de la ciudad estaba vacía sin el resto de sus hermanas. Charlize vivía con Freyja y con su esposo, el conde. Además se ocupaba del pequeño Benedict, que contaba con dos años, y de Mary Jane, quien nació hacía unos meses.

Esa mañana, nada más levantarse, no había podido ir a ver a los niños como acostumbraba a hacer cada día.

Estaba nerviosa. Charlize había sido convocada al despacho del esposo de Freyja y estaba inquieta. Se había reunido en multitud de ocasiones con Aidan en ese lugar, pero nunca había enviado a un sirviente para decirle que la esperaba allí para una entrevista. Todo resultaba demasiado formal y no era el estilo que acostumbraba a utilizar lord Ross y Luff cuando se trataba de ella.

La relación que mantenía con el conde era de fraternidad absoluta, de plena confianza, y que la hubiese obligado esa temporada a ir a Londres pese a que ella se había resistido… Mal asunto.

Charlize se alisó la falda de su vestido de paseo blanco con pequeños pajarillos de fondo, cuadró los hombros y llamó con suavidad a la puerta del despacho de Aidan. Cuando escuchó que le daba permiso para acceder, entró.

Lord Ross y Luff figuraba sentado tras la pulcra mesa de madera maciza de color caoba. Se levantó de inmediato cuando ella entró. Charlize le sonrió.

—¿Debo hacerte una reverencia, Aidan? —bromeó ella. Se veía tan severo y formal…

—Siéntate, por favor —le dijo en tono solemne. Ella lo sintió como orden.

—¿Ocurre algo malo? —inquirió con suavidad. No estaba acostumbrada a un trato tan frío por parte de él. Si bien en un primer momento, cuando lo conoció, lo consideró arrogante y gélido, con el paso del tiempo había descubierto que el marido de Freyja era todo corazón. De hecho, ella era a la única hermana a la que le consentía muchas locuras sin regañarla.

Lo vio fruncir los labios para después ponerse de pie y acercarse a la ventana.

La ciudad presentaba un aspecto gris, el sol de la mañana no había hecho acto de presencia, en cambio estaba lloviznando.

—Me considero un hombre justo, Charlize —comenzó a decir él.

—Lo eres, muchísimo y generoso, además, sin olvidar lo paciente que resultas.

Ella lo admiraba tanto que podría enumerar una larga lista sobre él, pero se detuvo cuando Aidan se giró y le dio una dura mirada que la hizo congelarse. No entendía lo que sucedía. Charlize decidió silenciarse.

—Hemos sido compañeros de locuras y ahora comprendo que me excedí al apoyarte sin restricciones cuando decidiste lo que era mejor para Freyja, Caliope y Cleopatra.

—Debo recordarte, Aidan, que tú fuiste lo mejor para Freyja y que te ayudé porque consideré que no encontraría a un hombre mejor que tú. Lo mismo sucedió con Magnus y Caliope o con Gilmore y Cleopatra. Ahora, si fueses tan amable y me indicases qué problema hay en vez de mantenerme en ascuas, podría volver a respirar con normalidad. A lo largo de los años me has mostrado una faceta muy diferente de la que veo ahora mismo y tengo que decir que no me agrada este Aidan que está frente a mí. —Ya estaba, ya le había dicho lo que pensaba de su actitud.

—Has madurado, Charlize, pero todavía te queda mucho que avanzar. No eres ya aquella muchacha mimada e impulsiva que todo lo conseguía sin medir las consecuencias de sus actos. Aunque todavía te comportes algunas veces así con Freyja para mantener su atención sobre ti, ese no sería el problema.

Ella le sonrió.

—No puedo evitar sentir que Freyja fue más mi madre que una hermana.

—Lo diré, Charlize. Estoy muy defraudado contigo.

—¿Qué? —graznó ella.

—Ya me has oído. Me siento estafado, engañado y ofendido.

—¿Por qué? —Ella se levantó y se acercó hacia él, dado que había vuelto a mirar por la ventana mientras le escupía esas palabras. Charlize le tocó el hombro y él se giró de inmediato. Ella se fijó en su ojo derecho. Un hematoma comenzaba a formarse ahí—. ¿Qué te ha ocurrido? —alzó la mano para tocarle el lugar y él dio medio paso atrás.

—Olvídate de eso ahora. Hay cosas más importantes que debatir, porque creí que teníamos la suficiente confianza para tratar cualquier asunto —apuntó el conde.

—La tenemos, eso y mucho más. Te convertí en mi confidente y armamos, con maestría además, los planes que hicieron que mis hermanas se casasen felizmente.

—¿Entonces por qué motivo he tenido que enterarme de tus escapadas nocturnas por otra persona, Charlize? ¿Por qué no me contaste que no querías participar esta temporada en Londres porque Rendow, no solo regresó meses atrás, sino que tuvo el atrevimiento de acorralarte en un jardín oscuro y que te hizo llorar? ¡No puedo protegerte si me excluyes! —le gritó, sin ser consciente de que lo hacía.

—¿Cómo…?

Cierto que había transitado por Londres cuando Caliope todavía no se había casado, y no lo había vuelto a hacer hasta hacía un par de días…

En cuanto a Rendow… Charlize comprendió de inmediato ese asunto, incluso mientras Aidan comenzaba a emitir la cuestión, las cosas se dibujaban claras en su mente.

—No, Charlize —la interrumpió—. No te atrevas a hacer la pregunta equivocada, porque no importa cómo o quién me lo ha contado sino ¿por qué? ¿Por qué no acudiste a mí? —le ladró con enfado.

Ella se envaró y levantó la cabeza para desafiarlo.

—¿No crees que puedo ser capaz de luchar mis propias batallas, Aidan? ¿De qué hubiese servido que te contase mis asuntos más privados si no podías hacer absolutamente nada para solventarlos?

—Me estás ofendiendo, Charlize. Puedo hacerlo y de hecho lo haré —sentenció con fuerza.

—No. No harás nada que yo no te pida —se reafirmó ella.

—Estás muy equivocada si consideras que el trato que te he venido dispensando desde que llegué a esta familia va a ser el mismo, pequeña bruja.

—Ah, pequeña bruja…. Esperaba algo más elaborado, como, por ejemplo:

muchacha endemoniada. Al fin y al cabo la persona que ha venido a explicar mis… hazañas, suele calificarme de ese modo. Soy para él la endemoniada Charlize —precisó.

—Deja a Sutherland a un lado. Él no tiene la culpa de tu negligente comportamiento.

—¿Qué lo deje a un lado cuando sé que ha sido él quien te ha contado que me entrevisté con Rendow para pedirle que me dejase en paz? Lo que no acabo de discernir es cómo se ha enterado tu preciado amigo de que estuve en el Angel and Demon hace dos noches. ¿Acaso el viejo Sutherland no tiene nada mejor que hacer que espiarme y vigilar cada uno de mis movimientos, además de venir a chivarse ante ti? ¿Se ha cansado ya de las cantantes de ópera y se encuentra falto de actividades y por eso me convierte en el centro de su vida? Puedo remediarlo, he casado a tres —levantó esa cantidad de dedos— hermanas, soy capaz de encontrarle una esposa, o tal vez sea mejor buscarle una amante. Sí, así se entretendrá y se olvidará de mí —le respondió ella igual de enérgica.

—Por amor de Dios, Charlize. ¡Eres tan inapropiada que es un milagro que todavía sobrevivas en sociedad! ¿Debe una joven educada hablar de buscarle una amante a mi mejor amigo? ¿Debe la hermana menor de mi condesa calificar a un duque de viejo, aunque él solo cuente con treinta años? Eres tan absurda que no comprendes que Sutherland se preocupa por mí, por mi familia, y que como tú vienes en el paquete, él se ha visto obligado a intervenir, por la lealtad y la profunda amistad que nos une.

—Pamplinas. Ese hombre me odia desde el mismo día que lo obligué a bailar conmigo para aprovecharme de su título y subir mi popularidad. Le escandalizo porque represento la juventud y la frescura que amenazaba con remover los cimientos de una sociedad encorsetada que en algún momento tendrá que cambiar. Es un duque, uno que se cree con el poder necesario para decretar leyes que los demás deben cumplir. Y lo ha logrado, ha conseguido mermar nuestra confianza, Aidan. Tú discutes conmigo y me cuestionas porque se lo has permitido.

—No, Charlize. No lo entiendes. Esto no es una competición o una carrera entre el duque y tú. ¿Qué crees que he sentido cuando mi mejor amigo se ha presentado en mi casa para arrojarme a la cara la poca atención que te dispenso y la falta de mi protección hacia tu persona? Por Dios santo, Sutherland me ha gritado. ¡Me ha gritado!

—Tú mismo me estás gritando… —musitó ella sin que él la atendiese.

—Me ha llamado cosas que tu oído no debería escuchar, solo le ha faltado retarme a duelo, te lo aseguro. ¡Me has hecho sentir estúpido, Charlize! Yo me jactaba de tenerte como aliada, ¿comprendes lo decepcionante que ha sido saber que el gusano baboso de Rendow te llevó a un jardín oscuro para hacerte llorar? ¿Qué te escapas de casa para ir a lo que sospecho que debe ser un club de juego y a saber qué otras depravaciones? ¡Ha amenazado con llevarme a la corte si persiste mi conducta negligente hacia ti! —gritó con enfado—. Y ha tenido la desfachatez de decirme que si yo te valorase lo más mínimo te hubiese mantenido en el campo, a

salvo de Rendow y de ti misma.

—Insisto en que Sutherland no debería tener nada que decir al respecto —dijo con rabia y los dientes apretados—. No es ni mi hermano, ni mi padre y, gracias al cielo, no es mi esposo.

—Yo soy tu tutor. Yo soy la ley para ti. Tengo una esposa a la que cuidar, una hija a la que proteger de tus locuras, no vas a empeñar el futuro de Mary Jane. No volverás a causar una situación complicada entre Sutherland y yo. ¿Me has escuchado, Charlize?

—Me queda un mes para cumplir la mayoría de edad, *milord* —usó la formalidad para demostrar que si él estaba enfadado, ella lo estaba más—. En cuanto tenga los veintiuno, le pediré a Freyja mi dote y me verás desaparecer. ¿Te satisface eso, lord Ross y Luff?

—No, Charlize. Nunca he podido ocultar la debilidad que siento por ti. Mi propia esposa me regañaba por permitir que te salieses con la tuya cada vez que pedías mi mediación. Incluso la dejé fuera de los asuntos que tenían que ver con Caliope y Cleopatra porque tú me lo pediste. Tengo una responsabilidad sobre todos los que dependen de mí, tú incluida, y voy a cumplirla a toda costa.

—No sé cómo lo harás, Aidan. Has declarado que soy la destrucción personificada, que te sientes estafado, engañado y ofendido. Eso me suena a un repudio. Lo acepto. Tomé mis propias decisiones, consideras que he abusado de tu confianza y me quieres mandar a la luna. Lo acepto y lo asumo. En cuanto llegue mi aniversario…

—Vas a casarte, Charlize.

Ella frunció el ceño. Seguramente no lo había escuchado bien.

—Disculpa, ¿qué has dicho?

—Ya me has escuchado. La última vez que Rendow te rondó faltó muy poco para que acabases con tu reputación hecha girones. Fue el apoyo de Sutherland y el mío propio por lo que sobreviviste. También ayudó que descubrieses que el señor Robinson era en verdad un marqués y que tu hermana Caliope se casase con él. Estás muy bien rodeada por todos nosotros y te sosteneos socialmente, aunque tú te empeñas en dejarte caer. No pienso correr el riesgo de volver a verte sufrir de nuevo por una rata de alcantarilla que debió haber seguido en el exilio durante un siglo más.

—No —alegó ella con severidad.

Aidan se acercó a ella con una zancada amenazante.

—Te apasionan los jardines oscuros: hagamos memoria, Charlize. En tu primera

temporada, Rendow te acusó de ir con él hasta el lugar que he dicho, luego te aventuraste en otro con el señor Gilmore hace dos años, y el año pasado regresaste de nuevo con el barón.

—En primer lugar, quedó claro que Rendow se había inventado todas las calumnias que dijo sobre mí. En segundo, el señor Gilmore tuvo que ayudarme con mi plan para casar a Caliope y nuestro encuentro fue del todo inocente. Y por si te interesa, no puedo decir lo mismo de Sutherland, él sí era peligroso para mí, porque tu mejor amigo ha adquirido la fea costumbre de estar pegado a mí, tanto que en las dos veces que me topé con él en un jardín… La primera trató de besarme y la segunda… —se dio cuenta tarde de que había hablado de más. Se había dejado llevar por las emociones, rabia sobre todo, y habló sin tan siquiera pararse casi a tomar aire.

—¿Qué? ¿Qué sucedió con Sutherland? ¿Te tocó? ¿Te besó? —la interrogó con ansia.

—Nada —respondió ella rápidamente. Era humillante confesar que había sentido los labios de él en su pelo, sobre su cuello y que le había suplicado que la besase y que él decidió no hacerlo.

Aidan la miró con fijación.

—Sutherland ha pedido tu mano y yo se la he concedido —desveló al fin.

Los hombros de Charlize se aflojaron, su respiración, que había sido agitada, se mesuró.

—¿Sutherland?

—Sí —sentenció cortante.

—No puedo…

—¡Charlize! —exclamó su nombre como un aviso para que se silenciase.

—No, no me mandarás callar, milord. Rendow me rompió el corazón en mil pedazos porque se lo di todo, todo lo que tenía, confié en él, con todo mi espíritu y me falló. —Dolía inmensamente reconocer eso después de tres largos años—. Me dejó el alma fracturada y dudo mucho que logre sanar alguna vez. Así que escúchame con atención, porque te lo diré una única vez y es que prefiero mil veces más casarme con ese villano que jugó conmigo, antes que hacerlo con el viejo Sutherland —afirmó ella con ira.

Vio que Aidan se colocaba una mano en la frente mientras agachaba ligeramente la cabeza, estaba negando.

Se escuchó un carraspeo a espaldas de Charlize. Ella cerró los ojos. El día había empezado mal y tenía la sospecha de que terminaría todavía peor.

Se giró con cautela. En la puerta, que estaba abierta, figuraba Freyja. Hasta ahí todo bien. El problema era que su hermana no se había presentado sola. La acompañaba el duque de Sutherland, quien estaba justo un paso por detrás. No le hizo falta recordar las palabras que acababa de espetarle a Aidan en un ataque de furia, que por otro lado ella consideraba justificado.

¿Cuándo se había abierto la puerta? ¿Ella la había cerrado al acceder al despacho?

El silencio era tan tenso que se podía cortar con un cuchillo. Era imposible enmendar una situación tan desagradable. Así que Charlize hizo lo que mejor se le daba: intervenir con valentía.

Buscó los ojos del duque de Sutherland, quien la miraba con el rictus severo y no había emitido ni una sola palabra.

—Supongo que todo este enredo acaba de solucionarse —alegó ella, considerando que el duque no la querría ni mirar después de lo que había dicho a viva voz. A continuación se dio la vuelta, le hizo una brillante reverencia a lord Ross y Luff, y acto seguido se dispuso a salir de la habitación con la cabeza bien alta. Pasó por el lado de Freyja y del duque y no les ofreció ninguna despedida. Los dejó atrás sin mirarlos.

—¿Qué hace él aquí, Freyja? —preguntó Aidan con relación a Sutherland.

—No ha sido fácil traerlo, pero me conoce y sabe que lo hubiese obligado a venir cogido de la oreja en caso de haber sido necesario

—Te dije que no quería verte hasta el día de la boda —le ladró el conde a su amigo.

—Y yo te pedí que no intervinieses, ni que le dijeses nada a ella sobre mis planes y te ha faltado tiempo para ponerla en mi contra. ¿Tanto te duele que no haya sido sincera contigo que has tenido que desbaratar toda mi estrategia? —inquirió el duque.

—No estoy de humor, Sutherland. Vete por donde has venido.

—Créeme, si tu esposa no hubiese sido tan insistente no me habrías visto el pelo por aquí. Lamento haber venido, no te haces una idea. —escuchar hablar así a Charlize había sido duro.

—De acuerdo —tomó la palabra Freyja—. Yo no iba a quedarme al margen tras saber que mi esposo y su mejor amigo habían llegado a los puños. Exigía una respuesta y creo que estoy atando cabos.

—No ha sido tan grave como lo pintas, mujer —ladró Aidan, sabiendo que acababa de mentir.

—¿No? ¿Por eso tú tienes un ojo ennegrecido y él la mandíbula amoratada? —razonó la condesa.

—Deja las cosas como están, Freyja —le dijo él, todavía desde su posición cerca de la ventana.

—No, mi amor. Así que… ¿Sutherland? —Usó su título a modo de pregunta, mientras se colocaba a un lado de la puerta para ofrecerle el paso al duque y que él entrase.

—Debería irme… —musitó el amigo de lord Ross y Luff con cierta inseguridad.

—No. Vais a contarme lo que ocurre de inmediato o la que irá a buscar una escoba y os atizará con ella, seré yo.

Hubo un silencio tirante. El duque y el conde intercambiaron una mirada, dura, por supuesto. Aidan resopló.

—Te lo resumiré, Freyja —tomó la palabra su esposo—. Sutherland se encaprichó de Charlize, tal y como supe que ocurriría cuando la conoció pese a que él lo negaba constantemente, y se las ha arreglado para casarse con ella.

—Así que de eso se trata… —musitó la dama, mientras le daba un empujón nada sutil al duque para obligarlo a entrar en el despacho. Este se dejó llevar y accedió a la estancia. La condesa de Ross y Luff cerró la puerta.

El duque se quedó cerca de la puerta de salida. Hacía unas pocas horas que había tenido una pelea descomunal con Aidan y no deseaba volver a enzarzarse en una nueva. Seguramente el servicio había avisado de lo sucedido a Freyja y por eso ella se había presentado en su casa para exigir la reconciliación inmediata entre ambos. No pudo negarse. Todas las Archer eran mujeres de armas tomar.

Por su parte, el conde se quedó en el mismo lugar en el que había permanecido mientras había hablado con Charlize, junto a la ventana.

Freyja fue la que se quedó de pie, a medio camino entre ambos.

—¿Y bien, Sutherland?

—Estoy dispuesto a casarme con lady Charlize —le respondió a Freyja.

—Ah —apuntó ella sin saber qué más decir al respecto—. ¿Aidan? —buscó la

intervención de su esposo.

—Ya lo has escuchado.

—¡Madre del amor hermoso!, así que no apruebas que tu mejor amigo se case con tu hija.

—¿Disculpa? —El conde frunció el ceño. También lo hizo el duque.

—Siempre has tratado a Charlize como a una hija. Has hecho algo que sabes que resulta impensable, pelearte con él —señaló a su mejor amigo— pues Sutherland y tú sois como la cuerda y un cubo de un pozo.

—Es una comparación extraña —opinó el conde.

—Así que —continuó ella sin darle crédito a lo dicho por su esposo— para que dos amigos que llevan prácticamente toda la vida juntos, que saben lo peor el uno del otro, se hayan agredido, ha debido producirse una circunstancia tremendamente infernal. He escuchado a mi hermana hablar justo antes de que se marchase a toda prisa, no repetiré sus palabras porque considero que no he sido la única que ha entendido la retahíla. Así que… ¿alguna indicación más?

—No —negaron al unísono tanto el conde como el duque.

—De acuerdo, daré mi opinión al respecto. Sutherland la ha mancillado y por eso se ha ofrecido a casarse con ella —dijo Freyja al fin.

—No es eso —afirmó el duque con irritación. Precisamente había actuado para evitar consecuencias indeseadas.

—¿Entonces? —interrogó lady Ross y Luff.

—Deja las cosas así, Freyja —le recomendó Aidan.

—No me habrías mirado dos veces si yo fuese esa clase de mujer —lo reprendió.

—Quiero casarme con ella —intervino el duque una vez más.

—A mí no tienes que convencerme de nada, es a tu mejor amigo al que has ofendido con tus intenciones —le tuvo que recordar la condesa a Sutherland.

—La desea —concluyó al final el conde—. Tanto como para haber venido a verme a fin de advertirme que no sabe cuánto podrá controlarse.

—Comprendo. —Así que Freyja había tenido razón en su suposición, era un asunto delicado. Miró a Sutherland para preguntarle—: ¿Le has dicho que la amas?

—No. No le hubiese pegado si así fuese —intervino Aidan molesto.

Haber escuchado a su amigo confesarse de ese modo lo alteró, pero no fue nada como cuando empezó a explicar que Charlize necesitaba casarse con él por el bien de la humanidad y del de ella misma. En honor a la verdad, el conde de Ross y Luff, no sabía qué le dolía más, que su amigo le relatase el modo tan crudo con el que deseaba a la hermana pequeña de su esposa, hasta el punto de no estar seguro de si podría contenerse la próxima vez que pudiese besarla, su acusación de negligencia o todo lo que le relató que ella había hecho sin que él estuviese al corriente de sus *corredurías* nocturnas y con Rendow. En algún punto de la conversación todo saltó por los aires y de pronto estaba el uno agarrando del cuello al otro. Pero, maldita sea, el que había sido hasta el momento su mejor amigo tenía razón, si no la casaba con alguien que la cuidase, quien además le daría el título de duquesa, el bastardo del barón Rendow trataría de seducirla, hacerle daño o tenderle una trampa peor que la que se le ocurrió la primera vez que buscó forzar la mano de Charlize. Ella estaría mejor casada con Sutherland, aunque Aidan quisiera estrangularlo por haberle revelado los ardientes deseos que le provocaba, incluso le dijo que soñaba con ella por las noches y que… ¡Dios! ¡Era Charlize! Cierto que ambos habían hablado de cosas más delicadas a lo largo de sus años de amistad, pero… ¡Era Charlize! Freyja tenía razón, ella no era solo la hermana pequeña de su esposa, era como una hija para él.

—De acuerdo —alegó la condesa. Luego se dirigió a la puerta para marcharse.

—¿Te vas? —la frenó Aidan.

—Sí. Ya he averiguado lo sucedido y confío en que liméis vuestras asperezas sin que yo tenga que volver a intervenir —los avisó—. Os concederé una semana como máximo.

—¿No te importa que él desee a Charlize?

—Sí, pero conozco, al igual que tú, a mi hermana menor, tanto como lo hace Sutherland. No es cuestión baladí recordar que él la apodó la endemoniada Archer, un apelativo del que ella se siente especialmente orgullosa. Así que Charlize luchará su propia batalla y Sutherland tendrá que demostrar su valía. Además, antes de amarme a mí, tú me deseaste. ¿Vas a negarlo? —El conde afirmó con la cabeza tras gruñir. Ella se giró para mirar al duque—: ¿Vas a pelear por ella o prefieres hacerlo de nuevo contra mi esposo?

El duque asintió con conformidad, avanzó hasta la puerta y se fue. Freyja también se marchó de allí.

Aidan, por el contrario, se sentó en la silla, tras su escritorio y trató de trabajar.

No logró concentrarse.

Desde que la conoció, supo que Charlize Adelaida Archer le traería muchos problemas cuando alguien se fijase en ella y decidiese que la quería a toda costa. Lord Ross y Luff no contó con que ese hombre sería su mejor amigo.

La situación no podía ser más nefasta de lo que ya era.

¿Por qué tenía que haberse convertido Charlize en una mujer a la que los hombres deseasen?

La prefería pataleando y haciendo pucheros porque Freyja no la trataba como a una igual.

# Capítulo 2

Charlize no había tenido una discusión con Aidan jamás. Nunca. Jamás se habían enemistado o habían tenido diferentes puntos de vista.

No podía pensar con claridad. La que se sentía estafada y colérica era ella. En vez de regresar a su habitación o pedirle a alguna doncella que la acompañase a dar un paseo, tal y como marcaban las reglas que debía hacer, ella cogió su abrigo de lana verde, se lo colocó y salió por la puerta principal. Necesitaba aire, precisaba aclarar sus ideas o comenzaría a gritar. Le había faltado bien poco para ponerse a patalear y decirle a Aidan que lo odiaba.

Nunca podría odiarlo. Era imposible hacerlo. ¡Aaaarg!, pero sí que tenía ganas de… de… ¡De algo!, aunque no sabía de qué.

¿Sutherland? ¿El viejo Sutherland?

¿En qué diantres había estado pensado Aidan? ¿Habría bebido?

Charlize chasqueó la lengua. El conde no era dado a disfrutar del buen licor más que en contadas ocasiones…

¡Dios!

El rostro de él mientras la miraba, mientras la juzgaba y le echaba encima todas sus faltas… Le dolió el corazón tanto… ¡Había defraudado a Aidan!

No era ninguna tonta, sabía que si alguna vez se enterase de sus escapadas nocturnas él se preocuparía pero… ¡Se había excedido!… ¿no? Y luego estaba lo de Rendow… Parecía que Aidan quisiera matarlo porque la hizo llorar.

¡El viejo Sutherland y sus innecesarias intromisiones!

Charlize se detuvo en medio de la calle. Un carruaje pasó por su lado, el caballo bufó y se encabritó.

—Así estoy yo ahora mismo —le dijo al animal, mientras lo observaba seguir su camino.

Charlize irguió la espalda y dejó de andar hacia adelante para volver atrás. Iba a decirle un par de cosas al duque. ¡Oh, sí! ¿No era ella la endemoniada Charlize? Le demostraría lo acertado que estuvo al darle ese sobrenombre.

Comenzó a caminar de regreso hacia su casa.

Justo cuando se disponía a entrar, vio que el duque de Sutherland salía. La joven detuvo el paso y se quedó quieta mirándolo con atención.

El duque de Sutherland la había visto nada más poner un pie en la calle. Ese era el efecto que la maldita pupila de Aidan tenía sobre él. No había podido mantenerse lejos de ella desde que la conoció, y no fue por falta de esfuerzo. Se dijo a sí mismo que ella era demasiado joven, demasiado testaruda, demasiado impulsiva, demasiado… ¡todo!

Desde la entrada de la residencia de su mejor amigo, Sutherland enfrentó la mirada femenina y alzó una ceja ducal en señal de pregunta. La respuesta de ella fue cruzar los brazos sobre su pecho y ponerse a repiquetear con el pie sobre el pavimento.

Él rodó los ojos y descendió las escaleras hasta llegar a su posición.

—¿Qué? —le preguntó Sutherland.

—¿Qué? ¿Eso es lo que se te ocurre preguntar, *Su Gracia*? —Charlize usó el título con retintín.

—Supongo que debes tener muchas preguntas y este no es el lugar indicado para mantener una conversación. Como de costumbre, sales de casa sin la debida escolta y no puedo ofrecerte mi brazo para que demos un corto paseo. ¿No entiendes que siempre debes llevar contigo a una doncella, Charlize?

—¿Y tú no comprendes que estoy tan enfadada que me importa un par de viejos zapatos la decencia ahora mismo, Sutherland? —replicó la joven.

El duque suspiró, la cogió del antebrazo, paró un carruaje, le dio un par de monedas al cochero y le pidió que diese vueltas hasta que él se lo dijese. Luego abrió la portezuela y le hizo una reverencia para que Charlize se metiese dentro.

—¿Puede su majestad entrar? —preguntó con severidad.

Le tocó el turno a ella de suspirar.

—Acabas de poner en entredicho la necesidad del decoro, has señalado que no podemos dar un paseo porque no cuento con una carabina y me estás pidiendo que me meta en un carruaje… ¿Entiendes la contrariedad del asunto, duque?

—Sube y no te preocupes tanto, hazlo antes de que Aidan pueda vernos desde alguna ventana, o de lo contrario los dos estaremos metidos en un buen lío. Además —siguió diciendo él, al tiempo que ella le cogía la mano para subir al interior del vehículo—, he demostrado antes que sé negarme a tus deseos cuando me solicitas cosas indebidas. —Sutherland supo que no había hecho bien al decir eso último justo cuando ella ya estaba sentada, porque de inmediato se levantó decidida a marcharse de allí. Por supuesto que el duque era consciente de que no debía irritarla y, sin embargo, era incapaz de contenerse.

—Déjame bajar, Sutherland —le exigió, dado que él estaba en medio de la salida, cerrando ya la puerta.

—Deberías molestarte por cosas importantes, no por tonterías. No obstante, comprendo que no tienes la edad suficiente como para diferenciarlas.

—O me permites bajar o… —No pudo terminar la frase, el duque le dio un empujón nada delicado y la dejó sentada sobre el asiento. Ella se quedó asombrada por el gesto tan inesperado. Sutherland era muy comedido y no solía actuar de ese modo.

Charlize decidió dejar de luchar, se acomodó con cierta dignidad, eso era sentada completamente erguida y con el mentón en alto. Tenía ganas de comenzar a dar rienda suelta a su malhumor, aunque sabía que no debía hacerlo.

Lo más sorprendente de la situación no fue que el duque le hubiese dado un empujón. No. Eso fue secundario. Lo más inesperado sucedió cuando él corrió las cortinas de las ventanas y se sentó justo a su lado. Con una de sus piernas rozando la derecha de ella.

Charlize se movió discretamente para huir de su contacto y él la imitó, de modo que se quedaron el uno muy junto al otro.

—¿Esto es una lección, Su Gracia? —No logró permanecer más tiempo en silencio y usó la formalidad.

—Necesitas muchas, pero ahora mismo no pretendo adoctrinarte.

Ella lo miró con suficiencia.

—No niego que tiene usted la suficiente edad como para ser mi abuelo, así que lo considero con cierta… sabiduría, Su Gracia. No obstante, debo advertirle que no espere mucho de mí. Fui desde siempre una aprendiz horrorosa. —A Charlize le pareció que seguir hablándole con suma etiqueta era lo adecuado.

—No sabes nunca cómo debes comportarte ni tienes el don de la oportunidad —dijo porque le molestaba que ella emplease la formalidad a modo de escudo—. Así es cómo deberías tratar a todos los que te acompañan a un jardín oscuro, pequeña arpía, con etiqueta. O mejor aún, no deberías escabullirte para tener citas clandestinas. En cuanto a ser tu abuelo… Me he informado bien, alcanzarás la mayoría de edad en breve y yo acabo de abrazar los treinta. La buena sociedad consideraría, en su mayor parte, que tanto el uno como el otro tiene la edad debida, aunque tal vez muchos opinen que eres tú la que es demasiado vieja para mí. Como bien sabrás, lo natural es que las muchachas se casen a los dieciocho. Siento decírtelo, a estas alturas debes estar considerada, por un buen puñado de nuestros congéneres, como una solterona.

—No pienso rebajarme a contestarle, Su Gracia. Le recomiendo que me diga de una buena vez lo que deba, me deje en la seguridad de mi hogar y se marche a casa para ponerse un paño húmedo, linimento o lo que necesite para atender el feo moratón que mi estimado Aidan le ha provocado. A su edad, no es bueno dejar de atender sus dolencias, podrían empeorar.

—Siento ganas de hacerte callar con un beso, de estremecerte con mis caricias, pero eso son premios, y no recompensaré tu actitud, Charlize. Lo tendrás cuando te lo ganes.

—¡La desfachatez misma! —exclamó con un graznido, al tiempo que se ponía de pie para saltar al asiento de enfrente.

El duque estuvo rápido y nada más se levantó, le dio un tirón y se la colocó sobre el regazo. Ella comenzó a luchar contra él.

—¡Suéltame de inmediato! —se le olvidó mantener el trato formal.

—Estate quieta, Charlize, porque si no paras de retorcerte sobre mí, te aseguro que provocarás algo que no vas a poder remediar y con lo que, definitivamente, no sabrás lidiar.

La joven le dio sentido a sus palabras. Así que de pronto sintió una dureza bajo su trasero. Se quedó quieta de inmediato y se avergonzó.

Sutherland emitió una sonora carcajada al verla tan silenciosa y sonrojada. Ella se tensó y gruñó.

—Aidan te matará por esto.

—¿Sí? ¿Qué le dirás? ¿Qué me llevaste a la locura y que te avergonzaste cuando me hiciste despertar? —inquirió en clara alusión a su potente erección.

La mantenía bien cogida para que no tratase de escapar. Ella no osaba moverse. La humillación de la situación la tenía llena de rabia.

—En absoluto, lo hará cuando tú vayas a visitarlo para darle el informe semanal

sobre mis movimientos. ¿Qué te he hecho yo para que tengas que martirizarme por puro placer, Sutherland? ¿Era necesario enfadarte con Aidan por mis acciones? ¿Qué importancia tiene lo que haga? ¿Tanto me desprecias como para enfrentarme al hombre más importante de mi vida? —preguntó con humildad.

—¿Más importante de tu vida? ¿Aidan? —dijo con dureza—. Tenía entendido que tu corazón no sanará jamás mientras Rendow no se coloque en una cruz, a la vista de todos y llore lágrimas de sangre en tu nombre, al tiempo que te pide mil y una disculpas.

Ella le sonrió.

—No lo has entendido bien, Sutherland. Rendow puede venir sosteniendo el mundo entre sus manos, postrarse a mis pies al tiempo que me lo ofrece en señal de adoración y yo lo mandaría al infierno.

—No ha sido eso lo que he escuchado en casa de tu tutor, Charlize.

—Lo que allí he dicho, Su Gracia, es que aunque odio a Rendow, antes de aceptar algo de usted, preferiría tener que lidiar con él. —No quería hablar de matrimonio.

—Ah, así que lo que sigues sosteniendo es que yo estoy por debajo de un hombre que te arrastró por el barro.

—Interprételo como desee —apuntó ella con convicción.

Él la miró de un modo muy significativo. Ella tembló de la cabeza a los pies, aunque se cuidó bien de no dejar que el duque se diese cuenta de su efecto.

—Entre el barón y yo, siempre estaré por debajo… ¿No se me concederá ni una pequeña distinción por haberlo apartado de tu camino durante algunos años? ¿Ni tan siquiera por haber bailado contigo mientras todos te apuntaban con el dedo alegando a que habías caído en desgracia? ¿O por haber ayudado en mayor o menor medida en tus planes con respecto a tus hermanas?

Ella se enfurruñó.

—¿Qué es lo que quieres, Sutherland? ¿Mi agradecimiento?

—No. No me vale solo con eso, Charlize.

—Entonces, ¿qué?

—Quiero lo que tiene Aidan —resumió con concisión.

—¿Una esposa amorosa que lo adore?

Él no lo había dicho por ese motivo exactamente. Lo que deseaba era que ella lo admirase y observase del mismo modo que a su amigo, que tuviese una confianza ciega en él y que se preocupase por si alguna vez lo hacía enfadar o lo defraudaba, aunque lo de la esposa amorosa que lo adorase era algo muy parecido también…

—Sí.

—Muy bien. Puedo hacerlo —afirmó con seguridad.

—¿Puedes? —dijo con gran sorpresa. Frunció el ceño… ¿Así, sin más, lo asumía ella? ¿Con solo un abrazo y pegarla a su torso Charlize era capaz de aceptar su destino?

—Por supuesto que sí.

—¿Sí? —El corazón de él latía demasiado fuerte, aunque no era nada en comparación con lo fuerte que palpitaba su virilidad Tenerla encima era una dulce agonía. Aunque lo fundamental era que no se podía creer lo rápido que había logrado su cometido. Tendría que repasar lo dicho para hacer una buena síntesis a fin de recordar lo bien que la manejaría si aprendía el truco. ¿De qué había hablado? Ah, sí. De hacerla callar con besos y luego premiarla con caricias, para acabar colocándola sobre su regazo. Todo ello aderezado con una dosis de autoritarismo ducal

¡No fallaba!

Ella estaba igual de fascinada con él.

—Será fácil. A pesar de que eres un poco más mayor de lo que una muchacha joven busca, no se puede negar que eres…

—Charlizeeee… —se quejó él porque ella volviese a ese asunto de su supuesta avanzada edad.

—No te disgustes, estamos avanzado , Sutherland. Estaba a punto de decirte que eres apuesto.

—¿Soy apuesto? —Sabía que era un ejemplar varonil adecuado. Hasta el momento, ninguna de las mujeres de las que había disfrutado se había quejado de su aspecto, pero también era cierto que les pagaba generosamente para que les dedicasen su tiempo. Era lo que tenía no estar casado y buscar una amante que le diese alivio cuando lo necesitaba. No había sido demasiado libertino, y siempre se enorgullecía de su discreción.

—No hagas como que no lo sabes —lo regañó.

—Muy bien sigue —apostilló complacido.

—Creo que es en gran medida tu título lo que te hace brillante, como un gran diamante. Ser un duque te presenta como un hombre al que muchas damas codician. —Ella se detuvo y lo miró con intensidad.

—No te detengas, vas muy bien. Sigue hablando de lo fantástico que soy —aludió muy arrogante.

—Tus ojos, cuando no estás enfadado o tirante, se ven muy… cálidos. Sí, desprendes calidez. Los de Aidan siempre se aprecian fríos, salvo cuando aparece Freyja.

—Olvídate del tonto Ross y Luff —protestó—. Sigue hablando de mí. —Evitó decirle que no era calidez lo que ella estaba observando en su mirada, era pura lujuria.

¡Maldición!

Ya le había dicho a su amigo que no podría contenerse demasiado tiempo, que sería mejor sacar una licencia especial, hacer un indecente donativo económico a las arcas eclesiásticas y celebrar la boda, puesto que un hombre de Dios bien pagado aceptaría, ante la insistencia de un duque y un conde, celebrar el enlace por mucho que la novia se mostrase terca. En fin, no debería haberse encerrado con ella en un carruaje… ¡La deseaba con todas sus fuerzas!

—El color verde de tu iris está bien. Precioso, por cierto. No me había fijado en lo grandes que son tus ojos. —Charlize levantó una mano y la llevó hasta su mejilla para ladearle el rostro a la derecha y a la izquierda. Él se dejó manejar a su antojo—. Aquí tienes una imperfección. ¿Tu ayuda de cámara no sabe afeitarte? —bromeó ella. Deslizó el dedo índice por un pequeño surco—. Y luego está esto. —Pasó con suma suavidad la yema de los dedos por encima del hematoma que comenzaba a ser más que evidente—. ¿Por qué te has peleado con Aidan, exactamente?

—Una tontería. Sigue con tu escrutinio —dijo embobado. Era una delicia que lo tocase y susurrase cosas buenas sobre él.

—Hablemos de tu pelo. Es cobrizo como el mío, pero más brillante. Lo llevas más largo de lo que se acostumbra. —Por descontado que ella estaba acariciando sus mechones con ambas manos—. Uhm… Y muy sedoso, no sé qué clase de potingue te pones, si es cera o limón diluido en agua, pero tiene un aspecto fantástico, yo no logro domar mi melena.

—Más —ronroneó él. Ella estaba tan atenta haciendo su evaluación que parecía no ser consciente del enorme placer que le estaba provocando al duque.

Los toques de Charlize se movieron hasta otro punto de su persona.

—Oh, las orejas —dijo con cierto lamento, después de hacer un examen que Sutherland sintió como una caricia impresionante.

—¿Qué sucede con mis orejas?

—Son demasiado grandes. Tampoco me había dado cuenta antes. No es atractivo. Unas orejas grandes no son adecuadas. ¿Qué haremos con ellas? —decía al tiempo que masajeaba los lóbulos con un par de dedos—. Ya sé, colocaremos tu pelo así —Ella cogió un par de mechones y los pasó sobre las orejas—. Ya está, ya no se ven tan monstruosas.

—Mis orejas no son monstruosas —masculló él.

—No te enfades, por ahora solo me he quejado de tus orejas. Deberías estar satisfecho, mi evaluación concluirá más que satisfactoriamente.

—¿No vas a decir nada sobre mi boca?

Los ojos de Charlize se dirigieron hacia ese punto. No tuvo en cuenta lo inapropiado de la situación, porque si había sido malo examinarlo con tanto descaro y acariciarlo de ese modo tan íntimo, mirar sus labios era el colmo de lo escandaloso.

—Pecaminosa —musitó—. Siempre lo he pensado de ti. —Ella se rio con ligereza —. Tus labios son muy gruesos, se ven deliciosos, Sutherland, si quieres saber mi cruda y sincera opinión, lo malo es que cuando hablas…

—¿Qué sucede cuando hablo? —preguntó curioso.

—Todo se tuerce. Es porque eres un duque, estoy segura. Has debido hacer tu santa voluntad desde que estuviste en la cuna. Exudas autoridad —ella torció el gesto—. Tengo que admitirlo, ese punto ducal que te hace a veces agrio y estirado también llama la atención. Resultas contradictorio, Sutherland. Duro pero cálido a la vez. Fue fácil catalogar a Aidan en su momento, era un corazón helado con una mirada todavía más gélida. Supe que era el indicado para…

—Olvídate del conde —lo ordenó demasiado brusco. Carraspeó—. Mejor sigue comentando lo pecaminosos que son mis labios.

Los dedos de la mano derecha de Charlize se deslizaron por su boca. La otra estaba colocada sobre su nuca, le acariciaba distraídamente los mechones de pelo que le caían por ahí. Había algún tipo de hechizo o algo similar, porque ni su exabrupto con respecto a Aidan había logrado romper el embrujo en el que había caído.

—Me fascinan tus labios —dijo con la mirada fija en ellos.

—¿Crees que soy un excelente partido cuya boca te fascina? —murmuró él sobre sus dedos.

—Síííí —afirmó sin dejar de admirar la boca de él.

—¿Fue por eso por lo que rogaste por mis besos aquella noche, Char? —Necesitaba la confirmación de que todavía ansiaba conocer el sabor de su lengua, saber lo que implicaría ser besada… besada *por él*.

Sutherland se dio cuenta de que acababa de cometer un error imperdonable en cuanto ella dejó de tocarlo de inmediato y se echó para atrás. Su semblante cambió de pronto, aunque él la retuvo para que no saliese de su improvisado abrazo.

—No acortes mi nombre, no me gusta que lo hagan. Mi madre decidió llamarme Charlize y pretendo respetar sus deseos.

—Está bien, Charlize —se rectificó de inmediato.

—Ahora te pediría, por favor, que me sueltes para poder sentarme en un lugar más adecuado.

—Te he ofendido. —No era una pregunta.

—No —respondió ella de todas formas.

—Estábamos avanzando. No quiero que se estropee.

—Ya he decidido que lo acepto, Sutherland.

—¿Lo aceptas? —preguntó con una sonrisa.

—Sí. Insisto en que guardemos la compostura. Sé que no hemos respetado las normas sociales durante la presente conversación, no obstante, considero que estamos a tiempo de remediarlo. ¿Puedes soltarme para que me siente como se espera que lo haga?

—Nadie espera que estés guardando la compostura —usó las mismas palabras que ella—, cuando viajas en un carruaje a solas con un caballero que te tiene sentada sobre tu regazo. Además, acabas de decir que lo has aceptado, así que no hay nada malo en la manera en la que estamos sentados.

—Desde luego que la hay. Y es precisamente porque *lo he aceptado* —puntualizó con interés—, por lo que debemos ser cautos, Sutherland.

Él suspiró lleno de frustración. Había esperado acabar besándola, pero de pronto ella

se había puesto *decorosa*. De acuerdo. Si pretendía ser un esposo adecuado debería comenzar a respetar la opinión de su futura duquesa.

La soltó de su abrazo y ella saltó hacia el asiento de enfrente. Él apretó los dientes. ¡Tenía una verdadera necesidad! Estaba tan duro y caliente que el infierno a su lado se vería como un lugar blando y fresco.

—Quiero una boda rápida —le indicó. No veía más allá de ella tendida sobre sus sábanas, en su cama, con esa melena leonina suelta que él domaría con sus propios dedos, mirándola a los ojos y observándola mientras Charlize le devolvía la mirada llena de lujuria.

—¿Cómo de rápida?

—Me casaría esta misma tarde si pudiese hacerse —le confesó.

—Oh. Eso es demasiado pronto. No hay tiempo efectivo para poder prepararlo todo. Es imposible.

—Solo es preciso que la novia figure a mi lado.

—Sutherland —usó su título con un tono dulce. Era la primera vez que él la escuchaba dirigirse a él de ese modo. Prometedor. Podría acostumbrarse siempre a escucharla dirigirse a él por su título de ese modo aunque no emplease su nombre de pila.

—¿Qué? —preguntó mansamente.

—Comprendo muy bien que has retrasado en demasía la… producción de un heredero.

—¿Ya estás diciendo que soy un viejo? —aprovechó para preguntar, mientras ella estaba seleccionando cuidadosamente lo que pretendía decirle.

—No —negó.

—Yo diría que sí —refutó él.

—No te haces más joven a cada minuto que avanzan las agujas del reloj.

—¡Ya estamos otra vez! —se molestó él.

—Escúchame. Todo será maravilloso si lo dejas en mis capaces manos.

—¿Qué? —Algo se había perdido. ¿Ella acababa de insinuar que la *producción* de un heredero sería mejor si él se encomendaba a ella para darle la batuta que dirigiría su encuentro

íntimo? Aunque no era adecuado pensar de ese modo, el hecho de cederle el control se le antojaba por una vez novedosa. Estaba acostumbrado a ordenar y sus amantes se limitaban a seguir sus instrucciones. Además, le agradaba hacer una cosa con ellas que… ¿lo aceptaría Charlize? La enseñaría a disfrutar de sus propios caprichos.

Interesante….

¡Un momento!

¿Ella tenía *formación* con respecto a las relaciones que tenían lugar entre un hombre y una mujer desnudos? Si a Rendow se le había ocurrido la locura de seducirla, ese barón acabaría remando en galeras.

—Puedo hacerlo si confías en mí, Sutherland —le dijo con la esperanza reflejada en sus ojos.

—¿Me estás pidiendo que…?

—Que confíes en mí —lo cortó al percibirlo extraño, como si no supiese qué más añadir—. ¿Tan increíble sería hacerlo? —No le dio tiempo a responder—. Soy muy consciente de que nunca nos hemos llevado bien y ya puestos a sincerarnos, debo decir que era demasiado divertido hacerte enfadar y que fueses mi pasatiempo preferido cuando me aburría, pero eso no quiere decir que no quiera ayudarte. —Ella suspiró de nuevo—. Además, si hacemos esto juntos, tú y yo…

—No hay otra manera de hacerlo más que juntos, Char. —Ella levantó una ceja. ¡Dios, que gran duquesa sería! Él carraspeó—. Quiero decir… Charlize. —La dama le sonrió.

—Lo haré por ti, por supuesto, porque como antes has dicho, te has portado siempre muy bien con mi familia.

—¿Solo con tu familia? —la azuzó él.

—Está bien. Al margen de nuestras rencillas, sé que puedo contar también con tu protección. Así que todos ganamos con esto. Tú, por descontado, porque te prometo que tendrás un matrimonio y a una esposa encantadora.

—Cuento con ello —le dijo mientras le sonreía con afabilidad.

—Eso sin olvidar un formidable bebé que asegurará tu título.

—No veo la hora de que llegue ese día. —Sí. Del nacimiento también, pero prefería centrarse por el momento en *fabricar* al heredero.

—Y lo más importante de todo, Aidan dejará de estar enfadado con nosotros. No puedo soportar la idea de regresar a casa y volver a tener una fea pelea. ¡Estoy deseando contarle nuestros planes! —exclamó llena de alegría.

—Soy de índole celoso, Charlize —la avisó.

Desde el principio había sido testigo de esa relación tan peculiar que mantenían su mejor amigo y la hermana pequeña de su condesa, sin embargo, era complicado tener que competir con él por la atención y admiración de Charlize. ¿Cómo lo soportaba la esposa de Aidan? Freyja lo amaba, por supuesto, era su fe ciega en él lo que hacía que ella no se sintiese celosa. De acuerdo, lady Ross y Luff se había referido a términos parentales cuando calificó lo que mediaba entre Charlize y su marido…

Seguro que no tenía de qué preocuparse.

¡Pero no le gustaba que su prometida se refiriese con tanta admiración, y cada rato, a Aidan!

Ante el comentario en que el duque había aludido a los celos, ella agitó los hombros.

—Todos los caballeros son celosos. Si mides bien el alcance de esos sentimientos y los controlas, creo que tu esposa se sentirá admirada. Ya sabes, a las mujeres nos gusta saber que somos lo primero para nuestros hombres.

—De acuerdo, lo intentaré —prometió solemne.

—¿Entonces estás conforme en que tenemos que empezar lo antes posible?

—¿Empezar? —Su entrepierna dio un brinco al imaginarse que ella pudiese estar refiriéndose a *fabricar* un precioso bebé.

—Sí. Cuanto antes Aidan conozca nuestros planes, antes nos perdonará. Me siento horriblemente mal desde que entré en ese despacho y lo vi mirarme de ese modo. Nunca, hasta la fecha, había sido duro conmigo. También es verdad que todo fue culpa tuya, por chivarte de mis actividades. —Ella negó con la cabeza—. No importa. Todo eso es anterior a nuestro trato. Lo importante es que Aidan vuelva a…

—Charlize —la interrumpió él—. ¿Es muy importante Aidan para ti? —preguntó, pese a saber la respuesta a esa pregunta.

—Por supuesto que sí. Es mi referente masculino. Nadie estará nunca a su altura, y además es…

—¿Ni tan siquiera yo? —inquirió con cierta inseguridad.

Ella suspiró.

—Creo que si me permites aconsejarte sobre alguna que otra pequeñez, puedes mejorar mucho tu carácter. Pronto estarás siguiéndole la estela a Aidan. Y si pones mucho empeño, posiblemente logres incluso eclipsarlo. Aunque será muy difícil —admitió.

Sutherland se sintió pletórico con esa observación. Bien, no era lo mejor, pero era un comienzo significativo.

—De acuerdo. Hablemos pues de la boda.

Charlize hizo un aspaviento.

—Sí, sí. Eso lo haremos en cuanto hablemos de tu prometida.

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—Comprendo que estés ansioso por casarte.

—Muchísimo —concordó él.

—Pero antes que preparar una boda, que no debería ser apresurada…

—Una semana.

—¡No se pueden leer las amonestaciones en una semana! —se quejó ella.

—Usaré una licencia especial.

—La boda de una mujer es un asunto serio. Queremos un día especial. ¿Privarías a tu duquesa de ese sueño? —preguntó con suavidad.

—Un mes entonces. Ni un día más —recapituló él.

—De acuerdo. Puedo trabajar con eso. Te prometo que mañana a primera hora tendrás a tu disposición una lista.

—¿Una lista? —¿Sería algo sobre las flores o el número de invitados? Él prefería que Charlize se ocupase de esos detalles junto con su hermana mayor. ¿Qué sabía él sobre organizar una boda *soñada*?

—Sí, no será cerrada, desde luego. Añadiré a cualquier candidata que me sugieras.

—¿Candidata?

—Sí, estoy segura de que habrá más de una muchacha que haya captado tu interés.

—¿Qué? —Se había perdido. Charlize deseaba contratar a una doncella que él considerase hermosa? ¿De qué diantres iba todo eso?

La hermana de lady Ross y Luff chasqueó los dedos frente al duque para sacarlo de su confusión.

—Tienes que centrarte, Sutherland, me has dado poco más de un mes. Los arreglos… será complicado tenerlos bien hechos, pero de nada nos servirá si no eliges a la mujer adecuada. A fin de cuentas, ella será tu compañera durante el resto de tu vida y no podemos tomarnos de modo jocoso su elección.

—¿Qué? —No entendía absolutamente nada. La escuchaba hablar pero no le seguía el ritmo a sus pensamientos.

—Lo sé. Te he pedido confianza y me la estás dando. Debo darte las gracias, Sutherland. Nuestra relación está cambiando de rumbo. Aidan estará de lo más satisfecho. Confío en que esta noche ya podamos retomar nuestra partida de ajedrez nocturna sin que haya ningún mal…

—¡Charlize! —la interrumpió. Si la volvía escuchar hablar de Aidan, él… él… él… No sabía lo que haría, pero algo sucedería y no sería bueno.

—¿Qué ocurre?

—Hablas de una lista, y de la importancia que tiene mi novia…

—Sí, sin embargo, no debes preocuparte.

—¿No? Yo creo que sí. —Tenía un mal presentimiento sobre la conversación que habían mantenido hasta el momento.

—Nada de eso. Soy la mejor casamentera de todo Londres, he casado con éxito y formidablemente bien a tres hermanas muy tercas, así que te encontraré al mejor partido femenino de Londres. Será una duquesa tan excepcional que me lo agradecerás durante toda la vida. Y por si te lo preguntas, tu matrimonio será por amor. Te lo garantizo. Eso, no hay ninguna otra casamentera que te lo pueda certificar. —Lo vio ponerse pálido y hundirse en el asiento. Ella se preocupó—. ¿No estás contento con nuestros planes, Sutherland?

—Muchísimo —ironizó, al tiempo que suspiraba. Su erección se bajó de golpe.

¡Dios!

¡Qué embrollo!

Charlize Archer, la mujer con la que pretendía casarse, quería conseguirle una esposa…

El duque se pasó ambas manos por el rostro.

¿Podría sucederle algo todavía peor?

—Haz que el cochero regrese a mi casa, tengo que ver a Aidan inmediatamente. Estoy deseando darle las noticias. ¡Se alegrará tanto! —exclamó extasiada.

—Formidable… —murmuró él.

Para rematar su mala suerte, ella tenía que seguir pensando en su mejor amigo…

¿Ese maldito día no terminaría jamás?

# Capítulo 3

Tristan Charles Dankworth, duque de Sutherland, no sabía lo que era desear algo —a alguien en ese caso— y no lograr su cometido.

A sus treinta años estaba satisfecho con su vida. Accedió a su título a una corta edad, pues su padre era demasiado mayor cuando él nació y pronto partió hacia una vida mejor en el paraíso… Si eso existía, por supuesto. Su madre, significativamente más joven que su progenitor, murió también demasiado pronto a causa de una enfermedad pulmonar mortal. Se había criado con una tía anciana que también decidió morirse prematuramente. Contó con una buena educación en Eton, donde conoció a Aidan, y terminó su formación en Oxford.

Su vida siempre fue tranquila, conforme a lo que de un duque con fortuna se trataba. Cuando conoció a Aidan, comprendió que los dos serían grandes amigos, tal y como acabó ocurriendo. Transitaban solos por la vida e hicieron buenas migas casi de inmediato.

Algo parecido le ocurrió cuando se topó por primera vez con Charlize Archer, hija del fallecido y anterior conde Luff. Aunque la dama contaba con dieciocho años y era demasiado joven para que él se fijase en ella, la había admirado de inmediato. Tanto como para ponerse en ridículo cuando tuvo que presentarles a las hermanas a Aidan —dado que Sutherland las conoció antes que su mejor amigo— y olvidó los nombres del resto al llevar a cabo las presentaciones. Solo recordó el de Charlize.

En aquel momento, tres temporadas atrás, en el que la reputación de Char estaba seriamente afectada, le habían sorprendido, no solo sus rasgos físicos, pues aunque no era una belleza, era hermosa en su conjunto, sin embargo, fue su ímpetu, su seguridad y valor, lo que más le llamó la atención.

Desde luego, Charlize Archer era temeraria hasta decir basta. Su lengua afilada lo irritaba, y esa afición que había desarrollado la dama para molestarlo cada vez que se veían… En definitivas cuentas, se podría decir que si ella tuvo un plan para que él no la olvidase después de conocerla, ella habría cumplido a las mil maravillas con su cometido. No se la sacó de la cabeza ni una sola vez desde que tuviesen el primer encuentro.

Sobra decir que estaba seguro de que ella no tenía sentimientos de un tipo…

romántico por él, puesto que la escuchó con claridad decirle a su fascinante tutor, *a Aidan*, que prefería casarse con Rendow antes que con él. Saber incluso el alcance del daño que le provocó aquella rata de alcantarilla lo hacía fantasear con cómo sería echarle una olla con agua hirviendo por encima al maldito barón.

Tristan era un duque, y eso implicaba que sabía manejar muy bien sus emociones. Estuvo colérico cuando escuchó tan punzante aseveración dicha por Charlize sobre que prefería al barón antes que a él, pero fue capaz de mantener el control.

Se había presentado esa mañana en casa de su mejor amigo con la esperanza de poder hablar con camaradería, con la familiaridad y confianza acostumbradas. No contó con que el sentimiento de Ross y Luff hacia Charlize fuese tan poderoso. Estaba muy al corriente de que todas las hermanas eran importantes para él, en especial su esposa, por supuesto, pero también era consciente de que su mejor amigo sentía una debilidad especial por *su* Charlize. Oh, sí, Tristan la sentía como suya. En fin, confesarle a Aidan lo que ella le provocaba y admitir que si no fuese su protegida, él hubiese tratado de seducirla hacía años… Tampoco estuvo acertado a la hora de admitir que no sabía cuánto tiempo podría seguir conteniéndose para no actuar de modo poco respetable con ella.

Una gran pelea estalló y Tristan comenzó a acusar a Aidan de enfadarse por cuestiones nimias, más cuando ella había hecho cosas terribles que su amigo, como guardián, tuvo que haber evitado.

Su primer contacto para pedirle la mano de Charlize no resultó adecuado… hasta que Tristan apuntó a que si él no la convertía en su duquesa, ella podría hacerlo mucho peor y terminar con un caballero parecido a Rendow. Lord Ross y Luff claudicó de muy mala gana y le dio permiso para conquistarla.

Y luego estaba la conversación que mantuvo con ella en el carruaje, con la que pretendía convertirla en su prometida. ¡Un desastre catastrófico! Seguramente la derrota de Napoleón en Rusia, a quien el frío gélido venció, fue menos humillante que lo sucedido.

¡Casamentera!

Charlize Archer quería seguir jugando a ser una casamentera y buscarle una pareja adecuada.

¡Dios!

Si ella no comprendía rápido lo que le provocaba, acabaría enterándose del peor modo posible, porque nada más la veía sentía deseos de comérsela, tal y como ella engullía esos bombones que le proveía Aidan. Y sí, también emitiría esos deliciosos sonidos pecaminosos que ella creaba cuando comía dulces mientras él la devoraba.

Se podría decir que el duque de Sutherland estaba irremediablemente loco por Charlize Archer, y ese sentimiento no era solo porque muchas veces hubiese querido zarandearla, gritarle o hacer cualquier cosa para que ella entrase en razón cuando cometía una imprudencia o pretendía sacarlo de sus casillas. No. Era mucho más.

La deseaba como nunca había ansiado poseer a ninguna otra mujer. La única manera para poder tenerla desnuda en su cama era casarse con ella. De ningún otro modo podría lograr su cometido. Charlize era una joven dama virginal, hija de un conde y pupila de otro, no podía ni debía deshonrarla. Poco a poco se dio cuenta de que casarse con ella no sería algo malo. Convertirla en su duquesa era la única solución para lograr satisfacer su ferviente deseo por ella y todo estaba saliendo… ¡fatal!

Dejó de mirar la pista de baile, donde Charlize estaba danzando con un joven petimetre que no hacía más que sonreírle. Ella le había dicho que tenía varias candidatas ya en mente. Al parecer la hermana del vizconde Wescott era una de ellas, y de ahí que Charlize estuviese bailando con lord Wescott. Sutherland la conocía muy bien.

Suspiró al ver que Aidan se acercaba hasta su posición.

——¿Qué te propones, Sutherland?

—Es cosa mía, no intervengas —le ladró. Evitó decir que él ya había trastocado su plan inicial de cortejarla, porque le desveló a Charlize sus intenciones antes de tiempo.

—Seas o no mi mejor amigo, si le haces daño, la mancillas antes de que un ministro de Dios te dé su bendición para hacerlo, o incluso si Charlize misma me pide que lo haga, te daré tu merecido.

La mirada de Sutherland se posó sobre la del conde Ross y Luff.

—Algún día, yo mismo podría repetirte esas mismas palabras, y Charlize será también el objeto de mi protección.

—Lo que acabas de decir es una basura peor que la que hay en las alcantarillas, amigo mío. En primer lugar, yo no veo a mi pupila tal y como me confesaste que la ves tú. ¡Por Dios, hombre! Creí que acabarías poniéndote a llorar porque el recuerdo de ella no te deja ni dormir por las noches.

Sutherland apretó los labios. No era que no lo dejase dormir, era que no podía conciliar el sueño porque cuando se acostaba en su ducal cama imaginaba a cada rato cómo sería sentirla pegada a su cuerpo desnudo. Eso no lo compartiría con su amigo o la pelea sería todavía más sangrienta que la primera.

—Bueno, tú has entendido lo que he pretendido decirte —se limitó el duque a

replicarle.

—¿Sí? —cuestionó Aidan.

—Después de que te devolviese el tercer derechazo que me diste, accediste a concederme su mano. ¿Has cambiado de opinión, Ross? —A veces el duque utilizaba solo el primer título de su amigo para referirse a él.

—Eso ha sido hasta que Charlize entró en tropel en mi despacho para informarme de que todo estaba solucionado porque la habías contratado como casamentera.

—No la he contratado como casamentera.

—¿No?

—No —razonó escuetamente el duque.

—Entonces… ¿puedes explicarme el motivo por el que Charlize está analizando a cada una de las jóvenes damas casaderas de Londres para ver cuál es la más indicada para el duque de Sutherland? —indagó con curiosidad.

—Tú tienes la culpa de eso —gruñó Tristan.

—Solo soy responsable de haberte roto un par de costillas, dos piernas y cinco dedos de la mano.

—No hiciste nada como eso, solo tengo un pequeño cardenal en la mandíbula que ya está desvaneciéndose —refutó el duque.

—Solo porque eres mi amigo, Sutherland, no has acabado tal y como acabo de resumir. Créeme, hablar en los términos en los que lo hiciste de Charlize… ¿Es que pretendías que te matase? —lo preguntó con enfado.

—Eres mi mejor amigo, hemos pasado por mucho juntos. Y de entre todos con los que hablé, el único con el que me sinceré por completo cuando expuse mi… delicada situación, decidió atizarme.

—¿Único entre todos?

—Eso he dicho.

—¿Hablaste con más personas sobre Charlize?

Sutherland negó con la cabeza. No era momento de tratar pequeñeces.

—Lo que quiero de ti es que me des un poco de manga ancha. Cualquier muchacha estaría ilusionada con casarse conmigo, un duque —precisó—, pero he tenido que dar con una rareza extraordinaria que no quiere el puesto que le ofrezco.

—Siempre supiste que Charlize era atípica. —Se quedó un momento pensativo y luego miró con atención al duque—: Sospecho que por ese motivo por lo que deseas casarte con ella.

—No lo deseo, voy a conseguirlo y para eso tienes que ayudarme.

—Como me pidas margen para prepararle alguna encerrona y seducirla…

—¡No es eso! Todavía no estoy en ese punto de desesperación —masculló de forma ininteligible para que su amigo no lo escuchase. No obstante, cuando Sutherland buscó la mirada de Aidan lo vio levantando una ceja de un modo muy condal—. Yo hago eso mejor que tú —levantó un dedo para señalar su gesto—. A los duques nos sale mejor que a los condes —dijo con arrogancia.

—Di de una vez lo que quieres que haga por ti.

—Cierto. No la saques de su error sobre que no estoy buscando una duquesa, porque ya la he encontrado.

—Eso ya lo suponía, Sutherland. Dime qué más necesitas que haga.

—Está bien, lo principal es que mi futura duquesa deje de admirarte tanto —expuso como si fuese una petición natural.

—¿Disculpa?

—¿Tienes problemas de audición, Ross? A quien Charlize siempre insulta aludiendo a su avanzada edad es a mí, no a ti —apuntó con media sonrisa.

—No resultas gracioso, Sutherland —lo reprendió—. Te he preguntado lo que has dicho porque por un momento me pareció haberte escuchado comentar que quieres que Charlize no me admire.

—Eso es justo lo que quiero que hagas.

—Por amor de Dios… —murmuró exasperado el conde.

—Es muy fácil, Aidan, no hace falta que te muestres tan… —no se le ocurría ninguna palabra—. Verás, puedo luchar contra Rendow, derrotarlo con facilidad y ahuyentarlo de su recuerdo. No obstante es complicado hacer lo mismo contigo.

Lord Ross y Luff frunció el ceño.

—¿Estás insinuado que Charlize está enamorada de mí? —preguntó con pánico.

—¡Espero que no! —exclamó Sutherland.

—No entiendo nada… —resumió el esposo de Freyja.

—¿Cómo te sentirías si tu adorada esposa sintiese una grandísima admiración por un hombre al que sabes que no podría llegar a amar del modo más fundamental de la palabra, porque está casado con su propia hermana, pero la escuchases todo el día hablar como si el caballero fuese un mesías?

Aidan se quedó un momento pensando en el significado de la frase. Si Freyja sintiese devoción por un hombre con el que no considerase acostarse, pero ella no hiciera nada más que hablar sobre lo magnífico que era ese desconocido al que el conde tendría que acabar matando…

—Ah… eso… —dilucidó Aidan al fin.

—¿Verdad que no te agradaría, Aidan?

—Entiendo tu preocupación, Sutherland, aunque te juro que no tienes nada de qué preocuparte. Charlize no tenía a ninguna figura masculina a la que admirar, y supongo que cuando yo llegué, ella me vio como a un hermano.

—Tu esposa dijo que te considerabas más su padre que otra cosa.

—Sí, lo sé. También es una opción válida. Como bien recordarás, en su momento me enamoré perdidamente de Freyja, y estuvimos a punto de perdernos un futuro juntos por culpa de… Bueno, eso no importa ya. Charlize fue bastante importante a la hora de llevar a cabo el asunto de nuestro reencuentro, por llamarlo de alguna manera.

—Lo recuerdo bien, creo que yo mismo también fui una parte fundamental. Fui a buscarte a la luna porque alguien te engañó y te dijo que tu condesa estaba allí.

—Sí, sí. No fue a la luna, pero de acuerdo, fuiste importante. Lo que pretendo decirte es que cuando conocí a Charlize solo vi a una muchacha que trataba de ser más madura de lo que en verdad era, dispuesta a luchar cada batalla que tuviese que ver con sus hermanas mayores. Me impresionó, Sutherland. Le cogí mucho cariño y es imposible no quererla, pero te juro que es un amor puro, sin mancha alguno.

—Lo sé. Me pasó lo mismo cuando la conocí, sus aptitudes la hicieron brillar ante mí. Pero no me permitiste llegar a esa parte cuando me entrevisté contigo. Solo me atizaste. Ella

es… perfecta para mí.

—No, no hablaste de ningún amor puro, amigo mío, más bien fue todo lo contrario.

—Tú estás casado, no puedes verla como la mujer brillante, aunque endemoniada, que es. Es inteligente, valiente como bien has dicho, fiera cuando debe serlo, testaruda incluso cuando es por un bien mayor. Honorable también. Sabe rectificar cuando es necesario. —Ese punto se lo había demostrado mientras hablaban el otro día en el carruaje. Sutherland suspiró—. Y luego está el asunto sobre lo que me provoca cuando estoy cerca de ella. Una cuestión que no quisiera sacar a colación porque no quiero que te vuelvas a disgustar y creemos un escándalo.

—¡Dios santo! —exclamó con la boca abierta el conde.

—¿Qué? ¿Qué he dicho ahora para que te quedes tan asombrado?

—¡Tú estás enamorado de Charlize! —lo acusó incluso con un dedo en alto apuntándole.

Sutherland barajó sus posibilidades.

¿Amor? Freyja le preguntó si le había dicho a Aidan que la amaba y él no supo qué responder…¿Qué sabía él sobre asuntos del corazón? Entendía más sobre la carnalidad. Si veía a una mujer y quería llevársela a la cama, la convertía en su amante. Sentía predilección por las cantantes de ópera. Uno no podía hacer eso con una muchacha de buena familia, la sociedad lo prohibía. Además, siempre había seleccionado con especial cuidado a sus pocas y selectas compañeras de placer y las había recompensado con suma generosidad. Jamás se había llevado al lecho a una mujer poco dispuesta o inocente. Tanto él como la mujer acordaban las bases de su *asociación* previamente.

Levantó la mirada hacia Aidan. Su amigo estaba esperando una respuesta. Si negaba el hecho de que estaba enamorado, lo enfadaría y si decía que sí, lo complacería. Lo haría, ¿verdad?

Después de todo era algo parecido a un padre, hermano o lo que infiernos fuese para Charlize.

—Creo que podría ser amor, sí. —Era todo lo que estaba dispuesto a admitir sin que fuese una soberana mentira.

—¿Amor? —Una voz femenina llegó por el lado derecho de Sutherland.

—Oh, Charlize —saltó el conde inocentemente—. Qué oportuna has sido. Mi querido amigo estaba hablado de amor.

—¿Sí? —inquirió con satisfacción la joven.

—Sí. Añade a esa larga lista de atributos que has ideado para la futura duquesa de Sutherland que ella tiene que corresponder a su profundo amor —le recomendó lord Ross y Luff a su pupila.

El duque rodó los ojos. Su amigo iba a darle muchos quebraderos de cabeza durante el cortejo de Charlize. A todo esto, ¿cómo se cortejaba a una dama que no deseaba serlo y que a su vez estaba empeñada en buscarle una esposa adecuada? No tenía la menor idea, no obstante, Tristan estaba seguro de que muy pronto iba a averiguarlo.

—¿Me estás escuchando? —la pregunta de la joven lo devolvió a la tierra.

—Claro que sí.

—¿Entonces te parece bien?

—Sí —respondió Tristan raudo sin saber lo que ella había preguntado previamente.

—¡Perfecto! Si me disculpáis, hay asuntos que tengo que atender —la joven intercambió una mirada con Aidan.

—¿A dónde vas? —preguntó inquieto el duque. Quería pedirle un baile.

—Deja que se vaya, regresará en un momento —le recomendó el conde a su amigo.

—Pero… —comenzó a objetar Tristan.

—Son asuntos femeninos, Sutherland, no la pongas en un compromiso.

—¡Y por eso eres el mejor de todos los hombres! Unas pocas palabras y ya sabes de lo que hablo —dijo ella, para después darle un beso en la mejilla y desaparecer.

Aidan vio a su amigo enfurruñado, con el semblate severo. Lo estaba apuñalando con los ojos.

—¿Qué sucede ahora, duque?

—Te he pedido que trates de hacer que ella te admire menos.

—¡Si no he hecho nada!

—Te ha dado un beso en la mejilla, Ross. —El tono tan acusador de su amigo casi le hizo soltar una carcajada. Parecía que hubiese cometido un gran pecado por el que debería acabar

en la cárcel de Newgate.

—Como se lo daría una muchacha a un padre amoroso —se excusó él.

—Haz lo que sea para no robarme el protagonismo en esta obra.

—Esto no es una de esas actuaciones de ópera de la que tanto disfrutas… Eso me recuerda que tengo una conversación pendiente contigo.

—¿Qué quieres ahora, Aidan?

—Cuando te cases con Charlize no tendrás amantes —sentenció como si su palabra fuese la ley. El conde observó al duque comenzar a exhibir una gran sonrisa, así que Aidan le preguntó—: ¿Qué te hace tanta gracia? Estoy hablando completamente en serio. Nadie va a hacerle daño a Charlize, y tú menos que nadie —puntualizó en tono amenazador—. Así que no vas a conocer íntimamente a ninguna otra mujer.

—Lo que me llena de gozo, querido amigo, es que acabas de dar por hecho que me casaré con ella —le dijo al tiempo que le palmeaba la espalda—. Ya ves, la partida acaba de empezar y me das el crédito de ganar. Eres un buen amigo, Aidan. Así que te perdonaré por la pelea que empezaste el otro día en tu despacho.

—¿Qué yo la empecé? Tú llegaste hablando de los labios rosados de Charlize, su trasero redondeado y lo largas que deberían ser sus piernas desnudas. Eso sin olvidar que mencionaste su generoso pecho y… —Aidan enmudeció, porque acordarse de aquella conversación le daban ganas de volver a convertirse en el paladín de la joven—. Tienes suerte de conservar tus preciosos dientes.

—Olvidemos el asunto. Lo que importa es que Charlize será feliz conmigo.

—Por supuesto que lo será o pagarás por ello —insistió el conde—. Lo que no sé es cómo vas a hacerlo. ¿La conquistarás mientras departes con las otras muchachas mañana? —inquirió en tono jocoso.

—¿Mañana? ¿Qué muchachas?

Aidan se rio y negó con la cabeza.

—Sabía que no habías estado prestando atención a lo que Charlize te había propuesto.

—¿Y eso qué era?

—Mañana pretende llevar a tres muchachas, a tres horas diferentes, por la tarde,

para que tomes el té con ellas y las conozcas.

—¿Qué diablos…?

—Lo sabía. Y por tu bien espero que no estuvieses pensando en lo adorables que se veían los labios de Charlize mientras te envolvían… —Vio a Aidan apretar los labios y los puños —. ¿Por qué diantres no pudiste presentarte en mi despacho y decirme solo que estabas enamorado de Charlize? Nos hubiésemos ahorrado muchas molestias.

—Discúlpame por creer que como mi mejor amigo, tenía vía libre para hablar contigo sobre cualquier cosa —ironizó.

—Te detesto, Sutherland. Charlize era a mis ojos una muchacha dulce, inocente, y tras escucharte, comprendí que es más que eso. Se ha convertido en toda una mujer hermosa que acapara demasiadas miradas. Antes de tu intervención no me había fijado en cómo la miraban nuestros congéneres, ahora solo ardo en deseos de desmembrarlos a todos cuando posan sus ojos en la joven. Así que haznos un favor a todos y usa todo ese encanto ducal del que presumes antes de que yo cometa una temeridad y acabe en la horca, o antes de que otro se te adelante y la conquiste.

—Lo haré —prometió—. Lo que no sé es cómo soportaré las entrevistas que ella ha planificado con mis supuestas pretendientas. ¿Has dicho que será mañana?

El conde afirmó con la cabeza.

—Te deseo suerte y ármate de paciencia. Tienes un duro trabajo por delante. Ven a mi casa mañana a las cuatro, es el lugar y la hora que ha fijado Charlize para comenzar a conocer a las candidatas para ser tu duquesa.

—Dios santo… Todo sería más fácil si la raptase esta noche y me fugase a Gretna Green —dijo con irritación.

—No harás nada de eso. Yo te daría caza porque no estoy convencido de que ella te acepte.

—¡El otro día dijiste que me concedías su mano!

—Sí, es cierto. Y le dije también a Charlize que había decretado que ella tendría que ser tu duquesa.

—¿Y qué ha cambiado? Me vendría de perlas si usases toda esa admiración que ella siente hacia ti para convencerla de que se convierta en mi esposa.

—Sí, es cierto.

—¡Hazlo, Ross! —le ordenó.

—No. Creo que será mi venganza.

—¿Venganza? —El conde afirmó con la cabeza—. ¿Por qué? ¡Si no he hecho nada malo! Solo compartí lo que me provocaba Charlize con mi mejor amigo.

—Lo sé, pero he descubierto que la temporada me aburre muchísimo y que tú me proporcionarás un espectáculo de lo más placentero.

—El que te detesta soy yo, Ross —musitó.

—Lo sé —afirmó una vez más—. Aunque no me importa, tu dama me admira y no vas a hacer nada que pueda perjudicarme.

—Odioso es lo que eres…

—¿Qué le has hecho esta vez a tu mejor amigo? —Freyja acababa de unirse al par de caballeros.

—Nada.

—¿Por qué se ve irritado?

—Ah, porque se ha enamorado de Charlize y, como recordarás, ella está ejerciendo de casamentera.

—¡Lo sabía! Es amor… —alegó complacida Freyja.

—Sí, bueno. Tu esposo no está dispuesto a echarme una mano.

—No te preocupes, Sutherland, yo soy mejor alidada que él y le debo alguna que otra lección a mi hermana. Estoy de tu parte —le dijo, al tiempo que le guiñaba un ojo al duque. Luego se giró para ver a su esposo. Ross se observaba muy divertido—: ¿Vas a bailar conmigo o tendré que buscarme a otra pareja de baile?

—Te avisé de que si te ponías ese vestido —Aidan señaló su bajo escote—, no podrías estar cerca de nadie más que de mí.

—¿Y por qué te crees que me vestí así, lord Ross y Luff? —coqueteó ella.

Su esposo emitió un cálido gruñido de complacencia, le tendió la mano y se dispusieron a ir hacia la pista de baile.

Tristan sonrió sin ser consciente de que lo hacía. Ese era el futuro que deseaba. Complicidad, cariño, lujuria y amor con su duquesa. Deseaba todo lo que tenía su mejor amigo.

Frunció el ceño. ¿Amor?

—Oh, oh, creo que Aidan no se ha equivocado. Estás enamorado de ella… —se dijo a sí mismo.

Y por primera vez, a sus treinta años, sintió verdadero pánico.

# Capítulo 4

No tenía ninguna urgencia femenina que atender. Era de otro tipo.

Charlize sacó de su pequeño retículo el papel que un sirviente le había entregado de un modo discreto para releerlo de nuevo. Era una nota anónima.

*Conozco tu secreto, reúnete conmigo en la biblioteca o todo el mundo lo sabrá.*

*XXX.*

Lo había leído bien la primera vez que lo hizo. Y por más que deseaba que el sentido de las letras cambiasen, el mensaje era el mismo.

Charlize tenía varios secretos, algunos más vergonzosos que otros, y si bien Aidan conocía la mayoría, había un pecado muy grande que esperaba que nunca viese la luz.

Solo otra persona estaba al tanto de la locura que cometió y si alguien acabase enterándose… Las consecuencias para ella serían desastrosas. Ya podía ver a Freyja enfrentándola, a Aidan… ¡Dios! Su tutor se volvería loco si lo descubriese. Su primera y única pelea con ella sería solo un pequeño juego si todo llegase a saltar por los aires.

Charlize dejó la nota en el mismo lugar y pensó en destruirla en cuanto tuviese una oportunidad. La quemaría en la chimenea de su habitación más tarde.

Necesitaba templar los nervios, así que sacó un bombón del retículo, lo desenvolvió y lo engulló.

Interesante. El chocolate no solo la calmaba, sino que además le daba coraje para ir a enfrentar al chantajista que pretendía extorsionarla.

Buscó el lugar en el que la citaban. Llegó allí y vio que la puerta estaba cerrada. Agarró el picaporte y accedió sin pensarlo un instante.

Un candelabro, sobre una pequeña mesa, era toda la luz que iluminaba la estancia.

Divisó de inmediato la figura oscura de un hombre. Estaba colocado cerca de la ventana.

—Me alegra que hayas venido, Char. Entra y cierra la puerta, tenemos que hablar.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. Conocía esa voz. No era necesario ver a su chantajista a plena luz.

Él.

David.

El barón Rendow la estaba esperando en la biblioteca.

—Si lord Ross y Luff se entera de esto, ten por seguro que no acabarás bien parado. Tres años atrás intervino el duque de Sutherland y te exilió, dejando que te fueses con una pequeña fortuna. Esta vez las cosas no irán así, Rendow.

—Me arriesgaré. Entra y cierra, Char —insistió.

Ella suspiró. Si era precisamente él quien le había escrito la nota, sí que podía chantajearla. Hizo lo que le ordenó y caminó unos pocos pasos. Luego se dio cuenta de que no debía confiarse y se paró, calculando bien la distancia hacia la puerta por la que había entrado. Ella podría echar a correr y salir si las cosas se pusiesen feas.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó desde su posición la dama.

—Creí que eso ya lo dejé claro en nuestro último encuentro. Te quiero a ti —apuntó con seguridad—. Los jardines oscuros parecen ser un lugar idóneo para que siempre nos encontremos.

—No estamos en un escenario como el que citas —lo contradijo ella.

—Es cierto. La biblioteca se ve más… confortable. —Charlize se dio cuenta de que su antiguo pretendiente acababa de mirar el cómodo sofá que tenía a su derecha—. Ven, acércate. No tengas miedo, uno no daña lo que quiere, Char.

—Mi nombre es Charlize, no lo acortes —se reafirmó—. Y tú, me rompiste en dos mitades, así que no me digas que no te tenga miedo porque me aterra incluso estar en tu compañía.

—Eso es porque no puedes olvidarme —indicó él, al tiempo que se acercaba a ella. Él daba un paso y ella retrocedía otro. David se sonrió, para después decirle—: La temporada pasada, después de que yo te hiciese conocedora de mis planes huiste al campo, lejos de mí. Te conozco bien, Char —usó ese apelativo aposta—. Tú no eres débil, te escondiste en Luffgarden

por otro motivo, eres muy consciente de que formamos una buena pareja y te asustaste. Has regresado a Londres y por fin puedo hablar contigo. Te he dado el suficiente tiempo para que valores mi propuesta de matrimonio.

—¿Sigues con eso? —preguntó ella con los ojos completamente abiertos.

Él le había dicho la temporada pasada que pensaba convertirla en su esposa y que lucharía para conseguirlo. Por descontado que Charlize no se lo había creído, si él pretendía hacer eso, sería por una razón que motivase sus intereses ambiciosos.

—Más que nunca. Me… desterraron y no te casaste. He recibido tu mensaje alto y claro, Char. Tú eres mía tanto como yo soy tuyo —aseveró con seriedad.

Ella, que había reculado tantos pasos como él había avanzado, se encontraba atrapada entre la puerta de la biblioteca y el cuerpo de David. El barón tenía los dos brazos extendidos, colocados a ambos lados de su cabeza, creando una jaula de la que ella no podía escapar.

—No. No… no. —Charlize levantó el mentón en ese momento—. Te amé y me juré a mí misma que lo nuestro estaba muerto y sepultado. Sufrí, no puedo negarlo, muchísimo, y eso implica que no volveré a confiar en ti, en tus palabras o promesas. No creo en las segundas oportunidades, lo que se ha perdido, no se puede recuperar. No viviré a tu lado con miedo a la traición. Eres ruin.

—Char…

—No acortes mi nombre…

Él le rozó con los labios la mejilla derecha. La joven se quedó completamente quieta. Luego buscó su oreja y le lamió el lóbulo.

—No puedes casarte con nadie más que conmigo y lo sabes.

—Entonces no me casaré jamás —razonó ella.

—¿Por qué no puedes olvidar el pasado? Eras demasiado joven y yo…

—¿Qué? ¿Qué excusa me ofrecerás para justificar tu comportamiento canalla?

—¡Maldita sea! —tronó, mirándola fijamente a los ojos—. Estaba desesperado por fondos. ¿Consideras que yo no sufrí? Muchísimo, Char. Temía que te enterases de mi situación, que anulases nuestro acuerdo antes de…

—¿De que me atrapases?

—Los dos sabemos que hice mucho más que atraparte.

—Y no tuviste reparos en airearlo a los cuatro vientos —le echó en cara.

—¡Estaba desesperado!

—Por mi dinero, no por mí.

—Yo te quería.

—Extraño modo de demostrármelo. Pude haber soportado que te acercases a mí en un primer momento por motivos económicos, incluso para aprovecharte de la relación que mis hermanas y yo teníamos con lord Ross y Luff, pese a que él todavía no se había presentado ante nosotras, incluso que lo hicieses porque Sutherland es un duque y se preocupaba por nosotras. Pero el modo en que trataste…

—Recuerdo que me lo dijiste aquella noche mientras fantaseabas con cortarme una oreja —señaló él.

Ella le sonrió.

—Te hubiese cortado mucho más que esa pobre parte de tu cuerpo.

—Lo sé. Me lo merecía.

—Obraste mal.

—Quiero compensarte por ello.

—No. No puedes. Es imposible.

—Acabas de decir que podías haberme perdonado… ¿Por qué no lo demuestras? Yo no volvería a tratarte así, soy diferente ahora. Tú no eres tampoco la joven inocente que aceptaba mis besos y mis caricias de buen grado. Eres una mujer que sabe lo que podemos llegar a ser… juntos. Un matrimonio sólido.

Charlize comenzó a negar con la cabeza mientras lo miraba a los ojos.

—No. La traición de saber que me susurrabas las palabras que sabías que yo deseaba escuchar, mientras te acostabas también con la amante de Sutherland…, no podré borrarlo jamás de mi mente. —Él abrió los ojos con sorpresa pero no la interrumpió—. Me has mandado una nota recordándome que sabes mi mayor pecado, bien. Yo no te acepté en su momento porque un hombre que usa a dos mujeres, una para sus planes y otra para su placer, no merece que pierda mi tiempo. Alejarme de ti, pese a que afirmaste públicamente que me habías mancillado, fue lo

mejor que pude hacer. Si hubiese claudicado ante ti sería una esposa amargada, triste y posiblemente hubiera ideado tu muerte la misma noche de bodas.

—Oh, Charlize. Te di el mérito que merecías y me juré, cuando Sutherland me echó de Londres, que si podía volver a por ti lo haría. Porque incluso diciendo la verdad sobre que fuiste mía por completo a toda la sociedad, demostraste lo hábil, inteligente y formidable que eres escapando del escándalo con suma maestría. Excepcional, y lo veo todavía ahora con mayor claridad. No entiendo como averiguaste lo referente a la amante que Sutherland y yo compartíamos, pero te aseguro que Ophelia no fue más que un burdo entretenimiento. Si lo que querías era fidelidad por mi parte, solo te hubiese bastado con exigírmela.

—Si tú me hubieses amado, la hubieses ofrecido sin que yo tuviese que abrir la boca. Esa es la diferencia entre un hombre que dice amar a una mujer y otro que en verdad la ama. No hubieses visto más allá de mí, hubieses luchado contra todo lo que pudiese haberme causado daño, incluso contra ti mismo. Eso es lo que hacen cada uno de los esposos de mis hermanas. No, Rendow, no me conformaré con la única solución que tengo sobre la mesa. Te llevaste mis esperanzas, mis ilusiones, destruiste mi amor, y me arrebataste la virginidad. No te premiaré ofreciéndome a mí misma. Ni ahora, ni nunca.

—No cogí más que lo que me entregaste, Char —le recordó con suavidad.

—Es cierto. Yo era una muchacha joven e inexperta que se creía saber mucho de la vida. Me juzgué enamorada y pensé, tontamente, que sería capaz de soportar tu dulce seducción y parar cuando fuese necesario.

—No te seduje. Hicimos el amor.

—No. Veo a mis hermanas, Rendow. Ellas hacen el amor con sus esposos, lo que hicimos tú y yo aquella noche en el jardín y de modo apresurado, no fue lo que acabas de decir.

El barón apoyó su frente sobre la de ella y cerró los ojos.

—No me pidas que te olvide, Char, porque no voy a poder hacerlo —susurró él muy cerca de los labios femeninos.

—Y de nuevo no lo entiendes. No me amas, porque un hombre enamorado haría siempre lo mejor para la persona a la que venera.

—No me rendiré. Un hombre que ama a su pareja no lo hace.

—Uno que escucha de la mujer a la que pretende que, por favor, la deje libre, lo hace sin dudarlo.

—No puedo —repitió él.

—No quiero esto… —murmuró ella.

—Sí, me quieres y no podrás olvidar el daño hasta que me permitas enmendar cada uno de mis errores. Te lo ofrezco todo y más. No estás hecha para estar sola el resto de tu vida, en cuanto me permitiste tener acceso completo a tu cuerpo, supiste que estabas sellando tu destino. Tampoco podrías ser la amante de un caballero, porque tus fuertes convicciones no te permitirían aceptar el trato comercial que ello supone. ¿Y qué hay de los hijos, Char? Hablas del amor que media entre tus hermanas y sus maridos, pero ¿y la familia? ¿Morirás sin saber lo que es convertirte en madre?

—¿Hablas tú de eso ahora? ¿Tuviste en cuenta lo que pudo haberme sucedido en caso de que nuestro encuentro hubiese producido un bebé, un niño que hubiese sufrido por nuestro gran error?

—No, Char. Contaba con que hubiese podido dejarte embarazada.

Ella bufó.

—Sí, por supuesto. No habría podido escapar de tus oscuras intenciones.

—No voy a mentirte, ese fue mi plan inicial. Una mujer de buena familia, que pertenezca a la alta sociedad, que engendrase a un bastardo…

—Eso sería peor que contraer la peste —terminó ella.

—Sí. Y, sin embargo, consideré que además de servir mejor a mis planes, me haría feliz. Cuando pusiste distancia entre nosotros y vi que ni con los rumores sobre ti…

—Te refieres a que pregonaste que yo era una falda ligera.

—Me refiero —usó la misma expresión que ella acababa de utilizar— a que cuando vi que no te asustaste con esa maniobra mía, consideré que tal vez llegases a mí si tu vientre se hinchaba.

—Pero tú te marchaste antes de que yo pudiese saber si tu semilla había arraigado en mi interior.

Él sonrió tímidamente.

—Sutherland fue muy claro cuando se presentó en mi casa después de… nuestra entrevista en aquel jardín donde amenazaste con cortarme una oreja con él siendo testigo.

—¿Fue a verte?

—Oh, sí. Él averiguó que yo era el amante de la cantante de ópera con la que se acostaba y cuando se dio cuenta de que tú…

—¡Dios santo! Dime que no le dijiste a Sutherland la verdad sobre lo que sucedió entre nosotros, que él sigue creyendo que fue una de tus tretas para forzar mi mano.

—No. Yo ya tenía los fondos que necesitaba. No soy tan estúpido, una sola mirada me sirvió para saber que el duque me rebanaría el pescuezo si yo seguía insistiendo en ese asunto sobre tu reputación. No obstante, le dije donde podría encontrarme en caso de que se me precisase por algún asunto importante. Comprenderás, que me fui esperando que él se pusiera en contacto conmigo de inmediato para decirme que una boda era necesaria porque cargabas con mi hijo.

—No estuve embarazada.

—Y lo lamenté, Char. Soñaba contigo, con mi hijo…

—No. No hagas eso, te lo suplico.

—¿El qué? —David comenzó a acariciarle la mejilla. No había retrocedido ni un milímetro, por lo que seguía estando pegado a sus labios.

—Esto… Yo no puedo volver a…

—Sí puedes volver a amarme, porque nunca lo has dejado de hacer. —Acto seguido el barón Rendow se acercó por completo a la boca de Charlize y comenzó a besarla.

Ella se lo permitió. Siempre sería el primer hombre del que se enamoró, con el que se aventuró a un terreno desconocido como lo era la lujuria. No podría deshacer lo que hizo en su juventud. Necesitaba saber si él tenía razón, si todavía estaba enamorada de él.

Le permitió el primer beso, incluso un segundo, mientras su lengua tentaba a la suya una voz se despertó en su cabeza.

«Eres una Archer. Una Archer, Charlize Archer…», le gritaba su intelecto.

No caería de nuevo. No podía y no lo haría. Un hombre que le fallaba una vez a la mujer a la que supuestamente amaba, lo volvería a hacer. Rendow podría tener la voluntad de enmendarse, incluso quizá creyese que de verdad la amaba, pero ¿cuánto le duraría esa vez? Había caballeros que trataban de ser fieles, pero no lo conseguían porque eran débiles o les gustaban demasiado las mujeres.

Rendow le haría daño una y otra vez. Ella lo sabía, tan cierto como que el sol salía cada día y se escondía cada noche.

Charlize levantó la rodilla derecha y con un ligero impulso hizo diana en la zona más delicada de Rendow.

—¡Diosssss! —exclamó él, cuando el dolor lacerante llegó con fuerza. La soltó de inmediato y se agarró sus partes privadas para luego encorvarse y seguir quejándose.

—Jamás fui tuya y no lo seré nunca, Rendow —le dijo, antes de abrir la puerta a toda prisa y huir de la biblioteca.

# Capítulo 5

La condesa de Ross y Luff entró en la salita donde su hermana, Charlize, estaba preparándolo todo para recibir al duque de Sutherland y a las damas que deseaba que él conociera.

—Charlize —la saludó nada más acceder a la estancia.

—No puedo atenderte, Freyja. Tengo muchas cosas todavía que preparar. ¡Oh, cielos!, estos cojines están anticuados— dijo, levantando uno de ellos para mostrárselos a su hermana—. Tuvimos que haber redecorado esta salita hace mucho tiempo. Lo pondré en mi lista de quehaceres pendientes en cuanto termine de ayudar a Sutherland.

—Charlize, ¿podemos…?

—¡Madre de Dios! —exclamó—. ¿Y esos cuadros de ahí, Freyja? —Apuntó con el dedo a dos paisajes lúgubres que parecían más el infierno que el edén que pretendían representar.

—Hermana, por favor…

—No puedo, Freyja, tengo que ir a ver si la cocinera ha preparado los…

—¡Charlize Adelaida Archer! —gritó la condesa, justo cuando su hermana menor se disponía a salir por la puerta por la que ella había entrado.

—¿Qué ocurre? ¿Son los niños? —Freyja negó con la cabeza—. ¿Aidan? —La condesa repitió el gesto negativo—. ¿Alguna de mis hermanas está…?

—No, Charlize. Lo que más me preocupa en estos momentos eres tú.

—¿Yo? —preguntó ceñuda.

—Sí.

—¿Por qué? Tengo una salud de hierro, hice las paces con Aidan de inmediato y me

estoy labrando un brillante futuro como casamentera. Encontrarle una duquesa a Sutherland será el aval necesario para poder establecerme por mi cuenta.

Freyja suspiró. A continuación se dirigió hasta una chase long, se sentó y dio un par de palmaditas sobre el asiento para indicarle a Charlize que se colocase a su lado.

—Tenemos que hablar.

—Hay algunos detalles que debo comprobar antes de que llegue la primera invitada, Freyja, así que…

—No, hermana. Lo haremos ahora y pienso ser igual de terca que tú cuando te lo propones, de tal modo que cuanto antes comencemos a conversar, antes podrás librarte de mí.

Ella resopló, pero se sentó junto a su hermana.

—De verdad, Freyja, tienes el don de la oportunidad… —se quejó.

—¿Vas a contarme lo que sucedió ayer?

Charlize la miró con atención.

—Por supuesto, me levanté a las nueve de la mañana, salí a dar un paseo a caballo, me acompañó un mozo de cuadras tal y como…

—No me tomes por tonta, Charlize —la cortó la condesa.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Lo que ocurrió en el baile de anoche.

—Ah, de acuerdo. Había hecho una lista con diez nombres para empezar con el asunto de Sutherland. Después de conocerlas brevemente a todas, porque me ocupé de que estuviesen en la fiesta, lo cual me costó un par de cajas de bombones porque tuve que pedir varios favores… En fin, decidí que de esas pretendientas solo tres podrían ser las indicadas.

Aunque Freyja no se había referido a esa cuestión, sí que le interesó el asunto.

—¿Redujiste la lista de diez a tres?

—Eso hice. Seleccioné a las que estaba segura que mejor se adaptarían al amigo de nuestro Aidan.

—¿En qué te basaste? —siguió indagando la condesa.

—¿Te interesa saberlo? —Charlize no entendía la actitud de su hermana. Había sacado ese tema para despistarla sobre lo que ella sabía que quería averiguar.

—No te lo hubiese preguntado si no fuese así —señaló con suavidad la condesa.

—Muy bien. Sutherland es un duque, no uno cualquiera… Bueno, dudo que haya duques que sean comunes, el mismo Aidan hubiese podido ser un príncipe y se quedó en conde. A lo que me refiero es a que aunque es un hombre fuerte, duro, forjado a sí mismo, no se contentaría con tener a una mujer dócil y manejable a su lado. Se aburriría de ella en poco más de un mes, tal vez incluso antes. No digo que no se queje cuando tenga que templar el temperamento de su duquesa, pero por lo menos lo verá como un reto. Él siempre será un hombre, la parte fuerte de su relación, muchísimo más duro por su condición de duque, así que la dama tiene que saber cómo llevarlo y no temerle. Sutherland impone muchísimo incluso cuando se le conoce. Es por su mirada. Aunque hay algo dulce en sus ojos cuando una presta mucha atención, la primera impresión es que no se trata de un hombre comprensivo. Y lo es, muchísimo. No está al nivel que puede estar Aidan, nadie en la faz de la tierra lo está. Has tenido mucha suerte con tu esposo.

—Lo sé —apuntó Freyja.

—Sí, bueno. En cuanto lo vi abrazado a ti y tú no sacaste uno de tus cuchillos, imaginé que te interesaba tu conde.

—Lo recuerdo. Por favor, sigue explicándome lo referente a Sutherland.

—Cierto, estábamos hablando de él. —Charlize trató de recordar lo que había estado diciendo.

—Hablabas sobre su dulzura —la ayudó su hermana mayor.

—Eso era. Es alto y atlético, eso está más que claro. Sus ojos verdes son increíbles cuando se miran muy de cerca. Tiene incluso pequeñas motas doradas que se ven si se presta la debida atención. Son muy bonitos, hay que reconocerlo. Y luego… su pelo es increíblemente sedoso, un color muy bonito también. Es apuesto, mucho. Lo único que no me agrada son sus orejas, pero es verdad que si se peina un poco mejor, podrá disimularlas.

—Charlize… ¿Cuándo has observado tú, tan atentamente y de tan cerca a Sutherland? —inquirió la condesa son una ceja alzada.

Su hermana menor carraspeó, luego sonrió para decirle:

—Soy muy escrupulosa con mi trabajo. Obviamente necesito una evaluación concienzuda sobre la persona a la que voy a prestarle mi ayuda. Lo hubiese hecho del mismo modo si en vez de un apuesto duque, hubiera resultado ser una dama.

—Así que te causaron mucha impresión, los atributos de Sutherland…

—Cualquier mujer tendrá suerte de ser su esposa. Siempre y cuando él sepa también soltar la cuerda cuando la dama la tense, y viceversa, por supuesto.

—De acuerdo. Ahora dime porqué la lista la has reducido a tres damas si contemplaste a diez.

—La verdad, Freyja, es que emparejar a Sutherland me resulta un gran reto. Enorme. Con respecto a mis hermanas lo veía claro, porque vosotras ya habíais dejado patente vuestro interés en tres caballeros que yo decidí que serían competentes para vosotras, en realidad Cleopatra me lo puso un poco más difícil pero todo salió bien. Tuve la mitad del trabajo hecho con las tres —concluyó.

—Ya veo, así que como nosotras los elegimos, y tú diste tu consentimiento, ellos fueron aprobados para el puesto.

—¡Lo entiendes! Una gran suerte, porque Cleopatra sigue enfurruñada porque la aparté de aquel vizconde que no le convenía…

—¿Qué? —Ese dato Freyja no lo conocía.

Charlize hizo un aspaviento.

—No es importante. Cleopatra está empezando a entrar en razón y sabe que me debe su felicidad. Ya la viste abrazarme cuando nos dio la noticia de que iba a ser madre. Así que está todo perdonado.

—Muy bien, sigamos con las pretendientas de Sutherland. ¿Quiénes son?

—Lady Victory, la primera.

—Uhm. Interesante elección, Charlize.

—Es la hija de un duque. Me pareció una opción lógica.

—Sí. Ella es el diamante de la temporada, podría tener al caballero que desease con solo chasquear los dedos. Debes querer lo mejor para Sutherland.

—Eso es. Me tomo mis atribuciones muy en serio. Ella tendría mucha suerte si lograse captar la atención de Sutherland.

—Pero tiene diecinueve años, y tú siempre has sostenido que el duque es viejo.

—Lo sé. Pero es apuesto y es un duque, no creo que el padre de lady Victory tenga nada que objetar. Tampoco ella.

—De acuerdo. Háblame de la segunda muchacha.

—Es una viuda.

—¿Quién es?

—La vizcondesa Watson. Sigue siendo hermosa, es una mujer con cierta experiencia y apuesto mi inteligencia que a Sutherland le agradará su picardía.

—¿Picardía?

—Los bombones que intercambio por información me ayudan a conocer a las personas sobre las que investigo. Esa mujer logró que el calavera de su esposo se deshiciera de todas sus amantes, he escuchado decir que ella misma contrató a una cortesana para que… la adiestrase. Eso creo que haría feliz a Sutherland, ¿no?

—Por amor de Dios… No sé ni por dónde comenzar a regañarte.

—No lo hagas. Ya está hecho.

—Ay, Charlize… —dijo suspirando—. Bien, dime quién es la tercera opción.

Vio a su hermana retorciéndose las manos en su regazo.

—Uhm… Bueno es que… —Freyja determinó que Charlize estaba muy nerviosa. Eso no era propio de ella.

—Dime qué ocurre con la tercera dama.

—Es complicado, Freyja.

—No tiene nada de complejo que me digas su identidad.

Charlize suspiró.

—Yo.

—¿Qué? —La condesa no entendía lo que ella decía.

—Yo. Soy yo.

—Sí, tú eres tú. ¿A quién has elegido para Sutherland?

Charlize se puso de pie y se dirigió hacia la ventana más próxima. Había aprendido a hacer eso de Aidan, pues cuando el conde mantenía una conversación importante, decía que observar el paisaje lo hacía concentrarse. Ella se dio cuenta también de que hacía eso cuando iba a propinarle un correctivo a alguien.

—Soy muy consciente de que os he obligado a desvelar vuestros secretos. A las tres.

—Lo has hecho, Charlize, desde que cumpliste los diez años, creo. Mamá siempre dijo de ti que eras hábil sonsacando a la gente información.

—Es verdad. Ella me pidió que os cuidase, porque tú cargarías con todo el peso familiar, en especial el económico porque papá te educó para saber llevar la casa y las cuentas. A padre, incluso le gustaba charlar contigo de política, y tú lo disfrutabas también. La política es muy tediosa… Tú siempre fuiste especial.

—¿A dónde quieres llegar?

—Deja que siga —le pidió—. De Caliope, mamá siempre solía decir que era muy soñadora, que necesitaría a alguien que la ayudase a poner los pies en la tierra. Le preocupaba mucho lo hermosa que era porque podría atender las miradas equivocadas.

—Cierto también.

—Sobre Cleopatra… Mamá consideraba que ella no sabía bien el lugar que ocupaba en la familia. Tú eras la mayor, pero debido a la diferencia de edad que presentabas con respecto a nosotras tres, Caliope también asumía ese puesto, mientras que yo era la pequeña y la más problemática de tres.

—Todo lo que has dicho es verdad, Charlize.

Su hermana dejó mirar por la ventana y se giró para centrarse en Freyja.

—Quiero que Sutherland me tenga en cuenta para ser su duquesa.

—¿Disculpa? —La condesa no podía creerse lo que escuchaba.

—Lo sé, comprendo tu asombro. Aidan insinuó que le había concedido mi mano a su mejor amigo y yo lo rechacé con elegancia.

—¿Elegancia? Te pusiste hecha un basilisco, por un momento tuve miedo de que llegases a escupirnos fuego por la boca. —Se quedó pensativa—. Bueno, lo hiciste, porque lo que dijiste sobre que aceptarías a Rendow antes que al viejo Sutherland…

—Recuerdo muy bien mis palabras, Freyja. No hace falta que tú lo hagas por mí.

—Entonces, explícame el motivo por el que después de enfadarte tanto con lo que Aidan dispuso para ti y no aceptaste, decides que puedes ser óptima para Sutherland cuando lo has despreciado tan salvajemente.

—He cambiado de idea.

—No, sé que hay algo más. Algo que te guardas dentro de ti y que estoy dispuesta a sacar del modo que sea. ¿Qué ocurrió ayer en el baile, Charlize? Aidan y yo sabemos que ocurrió algo. —La condesa abrió los ojos como platos—. ¿Te besó?

—¿Qué? —Charlize se temió lo peor. ¿Su hermana había averiguado lo sucedido con Rendow? ¿Cómo? ¿Se lo habría dicho él? Nada podría sorprenderla de David. Era ruin y se veía dispuesto a salirse con la suya. Charlize era valiente y fiera, pero en lo que a él se refería temía flaquear, por el pasado, por si todavía quedase algún resquicio en su interior. Lo veía decidido a todo, y ella no debía sucumbir. Haría de su vida un infierno. Rendow no cambiaría jamás. Ella lo sabía. De algún modo lo intuía. Un hombre como él volvería la cabeza en cuanto una mujer bonita a la que desease le guiñase un ojo.

Le había metido en la cabeza que no podría casarse jamás, pues se había entregado a él y era un material defectuoso que ningún caballero aceptaría. Había plantado esa semilla hondo y no le costó demasiado, porque Charlize era muy consciente de que la reputación de una dama era un tesoro que no había protegido.

Entró en pánico cuando escuchó a Aidan decretar que se uniría en matrimonio a su mejor amigo aquella mañana. Eso implicaría que el duque acabaría conociendo la verdad sobre lo que ella hizo años atrás y negó hasta la saciedad a sus hermanas. Les había dicho que era pura, casta, cuando no contaba ni con lo uno ni con lo otro.

No obstante, en el carruaje unos pocos días atrás, cuando examinó a Sutherland… Algo cambió entre los dos. Ella no era tonta. Podía interpretar ese papel con facilidad, pero entendía muy bien las cosas. Charlize se había dado cuenta de que mientras ella le informaba de sus planes, Sutherland estaba dando por hecho que ella lo había aceptado para casarse. No le pasó desapercibida la reacción de él cuando le hizo saber que aceptaba su propuesta para ejercer de casamentera. Sutherland, por algún extraño motivo que Charlize no entendía, estaba interesado en casarse con ella. Debía estarlo mucho si el duque se había entrevistado con Aidan y le había pedido su mano, y algo *increíble* debió decirle a su tutor para que se enzarzasen en una pelea extraordinaria.

Se tomó muy en serio encontrarle una pareja a Sutherland, pero después del encuentro con Rendow, donde él se veía muy insistente y ella temía no poder correr lo suficientemente lejos y rápido de sus garras, se le ocurrió la idea de que tal vez Sutherland la aceptase con la tara que ella presentaba. Era un riesgo muy grande el que iba a correr, porque en

caso de que el duque decidiese que era una *palomita mancillada*, como solía referirse en el pasado a ella Rendow… No sabía lo que haría si Sutherland averiguase su condición y no fuese capaz de aceptarla…

Charlize consideró que podría hacer las ambas cosas. Eso era convertirse en casamentera, por ello había buscado a las dos candidatas más sobresalientes del momento, siempre pensando en que serían lo mejor para el duque, y decidió también ofrecerse como pretendienta.

Con Sutherland tendría una oportunidad, no sabía si de ser feliz, pero sí de escapar de una vez de Rendow. Mientras ella siguiera soltera, él lo interpretaría como una señal de que no lo había olvidado y seguiría insistiendo una y otra vez en que lo aceptase.

Rendow había regresado a Londres pareciendo manso, pero ¿cuánto le duraría puesta esa careta? ¿Cuánto tiempo tardaría en volverse ansioso y comenzar a idear un plan para atraparla al fin? Un hombre como él no estaba exento de orgullo desmedido. Dudaba que pudiese encajar una segunda derrota con deportividad, como se solía decir entre los jugadores de cartas o de criquet.

Desde la noche anterior, ella había estado muy callada, pensativa y apagada. Charlize no se caracterizaba por mostrarse de ese modo, así que no le sorprendía lo más mínimo que tanto Aidan como Freyja diesen por hecho que algo trascendental había ocurrido en el baile en el que estuvieron.

No podía arriesgarse a contarle la verdad a su hermana sobre lo que hizo con Rendow. Entre otras cosas porque Freyja misma retaría al barón a duelo. Eso provocaría que Aidan decidiese que el bastardo tenía que morir por haberla mancillado y también querría darle su merecido, y todo sería desastroso para la familia.

Su salida más lógica era Sutherland. Era un duque y Charlize consideraba que Rendow le tenía pavor. El mayor problema radicaba en cómo abordar el asunto de su virginidad, más bien de su falta de ella, con el duque. No podía decírselo por si él fuese corriendo a chivarse a Aidan y entre los dos tramasen el fin de Rendow. No era que se preocupase por lo que le sucediese al barón, ella tenía que olvidarlo, pero el pasado dolía y si se entregó a él, fue precisamente por un gesto de amor, de confianza, y le daba miedo que todavía quedase algo dentro de ella, bien oculto que decidiese salir a flote por temor a la soledad o a no convertirse en madre.

Ser casamentera le parecía una opción maravillosa para alcanzar cierta independencia, sin embargo… Ella había crecido en un entorno familiar lleno de amor, porque aunque la desgracia las azotó a las cuatro cuando sus padres fallecieron, habían sido una familia unida y tremendamente feliz.

Niños.

Rendow había tocado un punto delicado que ella no había considerado. Sutherland se había alzado como la solución a todos sus problemas, pero incluso así, Charlize tenía que ser muy cauta con respecto a su modo de actuar.

—¿Me estás escuchando, Charlize? —La pregunta de su hermana la trajo al presente.

—¿Qué es lo que quieres saber, Freyja?

—¡Todo!

Charlize suspiró.

—No creo que yo sea la mejor opción para Sutherland —opinó con sinceridad—. Aunque he comprendido, tarde, eso sí, que él puede ser la mejor para mí.

—¿Y no tiene nada que ver con que el duque sea apuesto, además de atlético, puro músculo…?

—No he dicho eso último.

—Pero lo has pensado, apuesto la fortuna de Aidan contra tu dote a que lo has hecho. Sutherland es un ejemplar… hermoso.

—¡Por amor de Dios! Si Aidan te escucha decir eso, molerá a palos al duque por tu culpa.

—¡Fíjate! Nuestra pequeña Charlize se preocupa por la seguridad de su… ¿Cómo debo llamar a Sutherland? ¿Prometido? ¿Pretendiente? ¿Qué es ahora mismo para ti?

—Ahora mismo es una especie de cliente, aunque suene sórdido, al que le he ofrecido mis servicios como casamentera.

—Bueno, lo que sea. Estás preocupada por si Aidan decide volver a pelearse con él y te has puesto celosa porque he dicho que es puro músculo y es apuesto hasta decir basta. Concuerdo en todo lo que has dicho sobre sus preciosos ojos, su cabello sedoso, sus labios *besables*…

—¡Dios de los cielos! No he dicho eso.

—Pero lo habrás pensado.

—¿Tú lo has hecho, Freyja? ¿Consideras que los labios de Sutherland son *besables*? ¿Piensas que deberías besarlo? —inquirió llena de pánico.

—No te imaginas lo que estoy disfrutando con esto, Charlize. Verte celosa me da un nuevo poder, porque llevas años atormentándome con que yo estaba celosa de ti y de mi esposo.

—¡Solo lo decía para hacerte enfadar! No veo a Aidan de ese modo. —Charlize se estremeció—. Insinuarlo me hace sentir arcadas… Aidan es un hombre, pero yo no lo veo como un hombre al que una mujer… ¡Dios, Freyja! Solo lo hacía para verte saltar colérica.

—Y lo conseguías. Estuve celosa de vuestra relación. No por un asunto carnal, porque él pudiese verte como mujer o tú a él como hombre, tal y como tú acabas de decir. No os haría nunca tal deshonor a ninguno de los dos, pero… ya sabes, orquestasteis todos los planes sobre casar a Caliope y a Cleopatra sin contar conmigo.

—¡Porque estabas embarazada! Y además, tú ya habías luchado muchísimo por nosotras, Aidan y yo solo pretendíamos que tuvieses paz, Freyja. De entre todas mis hermanas, sabes que has sido fundamental para mí. Más madre para mí de lo que Dios le permitió ser a quien me engendró, pues se la llevó demasiado pronto a su lado. Así que Aidan es…

—Lo entiendo, dijiste una vez que era como un hermano para ti, pero me he dado cuenta hace relativamente poco, que si yo era algo parecido a una madre, él tenía que ser considerado como un padre.

—Eso es —ratificó—. Así que no me martirices con Sutherland y su encantadora boca que es más que *besable*.

—¡Él te gusta! —exclamó Freyja—. ¡Madre del amor hermoso!

—Es un duque, apuesto y atlético como has dicho. ¿A quién no le gustaría?

—Yo no he sido la primera en catalogarlo de ese modo, Charlize, fuiste tú. Y si te gusta, no entiendo por qué a lo largo de estos años lo has azotado con tu lengua sin piedad. ¡Aidan te lo sirvió en bandeja y lo ofendiste sin compasión! —insistió una vez más.

—Eso es asunto mío. En realidad todo este asunto de Sutherland quiero manejarlo a mi modo, así que te pido que te mantengas al margen.

Freyja suspiró.

—De acuerdo. Te dejaré seguir tu plan, aunque no entiendo tu proceder en absoluto, ni lo que hiciste con él en el pasado ni lo que has preparado hoy mismo. Quieres que te tome en consideración para casarte y, aun así, vas a presentarle a dos mujeres más que aceptables… ¡Ay, Charlize! Como siempre, tú sabes mejor que nadie lo que haces. No te equivocaste conmigo, ni con Cali, ni con Cleo, así que no me queda más que fiarme de tu criterio. Confieso que he venido a esta salita precisamente para tratar de convencerte de que Sutherland sería una pareja perfecta para ti. Él es intransigente, aunque cuando se trata de ti, sabe aflojar las riendas. Has descrito

muy bien la clase de mujer que él podría necesitar y creo que tú eres la indicada. Lo sacarás de quicio algunas veces, pero contribuirás a que sus días sean más divertidos. Eso sin contar que las reconciliaciones son muy… interesantes entre ese tipo de parejas. Lo malo es que para tenerlas hay que enfadarse… —Freyja suspiró—. Te dejaré seguir con tus preparativos y le diré a Aidan que todo está bien. He venido aquí por iniciativa propia, te vi anoche muy desmejorada, y sé que Aidan esperará mi informe con atención porque a él también le preocupaba que algo malo te hubiese sucedido. Me limitaré a decirle que te has dado cuenta de que estás enamorada de Sutherland.

—No recuerdo haber dicho semejante cosa.

—Lo sé. Soy muy consciente de lo que has dicho y de lo que no, también de mis palabras. Así que, cuando te des cuenta de que lo amas, te agradeceré que me des las gracias por haberte arrojado un poco de luz sobre el asunto, pues estás a oscuras y es mi deber, como hermana mayor, guiarte.

—Dios santo… Puede que él se case con la viuda pícara porque le gustará muchísimo en cuanto la vea, así que no comiences a decir cosas extrañas, Freyja. —Evitó decirle que no le quedaban esperanzas.

—Ya. Más vale que no tardes demasiado tiempo en comprender que él puede ser el indicado para ti, porque si elije a otra mujer, sea la hija del duque, la viuda o una tercera desconocida que no has previsto, puede que te ocurra precisamente lo que trataste de evitarnos a tus tres hermanas.

—¿Qué es eso si puede saberse?

—Que nos equivocásemos al elegir a la pareja adecuada y al hacerlo sacrificásemos nuestra felicidad.

Freyja le sonrió con ternura, le dio un par de palmaditas en las manos que Charlize mantenía enroscadas sobre su regazo, y luego la condesa se marchó de allí, dejando a Charlize con un montón de pensamientos atormentando su mente.

Cuando la condesa salió al pasillo divisó la figura de Aidan al otro lado.

—¿Todo bien, mi amor?

—Mejor que eso. Dejémosle un poco de espacio.

Lord Ross y Luff asintió. Al igual que su mujer, había estado intranquilo desde la noche anterior. El conde podía hablar sobre casi cualquier cosa con Charlize, de sus sentimientos… eso era más complicado. Así que confió en que Freyja interrogase a la muchacha.

Aidan regresó a su despacho para continuar con su trabajo. Freyja era más que competente para ayudar a su hermana en asuntos de amor. Por el contrario, él… Imaginar a la hermana pequeña de su esposa suspirando por un hombre… No estaba preparado para algo así y su condesa consideraba que Sutherland no le era indiferente a su hermana.

¿Su mejor amigo y Charlize? ¿Intimando juntos si todo salía bien?

¡Dios, no sabía si alguna vez se acostumbraría a algo así!, aunque la alternativa era peor. Sutherland se había enamorado y Charlize necesitaba al duque más de lo que ella misma creía.

# Capítulo 6

—¿Qué se te ha olvidado ahora, Freyja? ¿Más discusiones sobre Sutherland? —preguntó mientras ahuecaba los cojines que definitivamente reemplazaría—. ¿Sabes?, vamos a redecorar esta salita, tanto si finalmente me caso con él o como si no. Es un sofá horrible y he decidido que detesto toda la decoración de la estancia.

—¿Con quién vas a casarte?

La voz de tenor del duque la hizo sobresaltarse. Se dio la vuelta para comprobar un hecho del que era consciente.

—¡Oh! —su boca se quedó en una perfecta «O»—. No eres Freyja —aludió tontamente.

—Lord Ross y Luff no estaría contento si me convirtiese por arte de magia en ella —resolvió él con media sonrisa.

—Llegas más pronto de lo esperado.

—Eso he deducido. ¿Qué discusiones has tenido sobre mí con tu hermana? —indagó.

Charlize hizo un aspaviento. Él se había dado cuenta de que hacía ese gesto cuando se ponía nerviosa.

Interesante. Ella se veía inquieta.

—Nada importante, debatíamos sobre la idoneidad de las pretendientas que he convocado aquí esta tarde.

—Ah —dijo, sin saber qué más decir. El asunto que le interesaba era el que ella había dicho sobre casarse con él. Porque ese «él» era él… ¿no?

—Llamaré para que nos sirvan un té. ¿Por qué no te sientas? —Charlize se movió

hacia la campana y le dio un tirón. Antes de que pudiese pedir un servicio de té, la doncella entró con una bandeja. Vaya…—. Puedes retirarte Giselle —le dijo a la sirvienta—, yo misma nos serviré.

—Sí, milady. —Giselle hizo una reverencia y se marchó.

Los ojos de Sutherland y los de Charlize se quedaron fijos en la puerta que acababa de ser cerrada. ¿Se había atrevido Giselle a hacer algo tan descarado, o Freyja misma estaría ahí, en las sombras, esperando para cerrar la puerta? La hermana menor de la condesa esperaba no escuchar un cerrojo, porque si Freyja decidía además encerrarla bajo llave con el duque…

¡Qué bochorno!

No tenía que haberle contado nada a su hermana sobre sus ideas con respecto a Sutherland.

—Yo no le he dicho que cerrase la puerta —se vio en la obligación de decir Charlize, cuando él dejó de observar el lugar que permanecía cerrado en esos momentos para centrarse en ella.

—Te habría escuchado decirlo si lo hubieses hecho, Charlize. —Ella asintió—. Háblame sobre el caballero con el que pretendes casarte… ¿es un duque? —indagó.

La pregunta de él hizo que ella derramase todo el té fuera de la taza, dado que había comenzado a servirlo.

—¡Oh, cielos! —exclamó sintiéndose torpe y terriblemente nerviosa.

¡Estaba encerrada en una habitación con Sutherland!

¡Sutherland!

A quien declaró años atrás como un enemigo porque él siempre estaba molestándola y le hacía perder los estribos.

La ansiedad la tenía consumida. Eso no estaría sucediendo si Freyja no hubiese sacado a colación que ella pudiese estar enamorada de él. Sabía que el duque la admiraba, no de qué modo exacto, pero sí que le había llamado la atención poderosamente cuando la conoció. Ella no era la más hermosa de las hermanas, pero sí la más molesta, así que achacó su… ¿interés? Bueno, lo que fuese, a que como ella era la única mujer que se atrevía a enfrentarse al hombre, no al duque, él la había visto y recordado frente al resto.

¡Dios santo!

Y en esos instantes, no solo la estaba *viendo*, lo tenía pegado a su cuerpo mientras le sostenía una mano para comprobar que no se había quemado con el té y le limpiaba unas pequeñas gotas con un suave pañuelo de lino que llevaba sus iniciales bordadas.

¡No podía respirar! Maldita fuese Freyja por sembrar ideas tontas en su mente.

¿Cómo iba a estar ella enamorada de Sutherland?

—Qué tontería, por Dios… —musitó, sin ser consciente de que hablaba en alto.

—¿Qué es una tontería, Charlize?

—Derramar el té —improvisó rauda.

—¿Y qué tiene que ver eso con el amor? —inquirió con suavidad.

—Nada en absoluto —respondió sin poder dejar de mirarlo a los ojos.

—Murmurabas sobre estar enamorada… —expuso con cierta arrogancia.

Él la miraba de un modo muy extraño, y no le había soltado la mano. Incluso había dejado el pañuelo sobre la mesa y tenía la mano femenina en medio de las suyas. No había hecho falta que Charlize bajase la mirada para verlo, sino que lo había sentido. Era incapaz de despegar los ojos de los suyos. La tenía anclada.

—¿Lo he hecho? —No recordaba casi ni su nombre… ¡Cómo para fijarse en si había comentado sus pensamientos en alto!

—Sí. También has aludido a que mis ojos te resultas dulces —indicó.

Ella tragó saliva. Eso lo había pensado, sí… ¿de verdad, lo que había dicho a viva voz?

—Yo… —No supo qué más decir. Estaba bajo algún tipo de hechizo.

—Charlize… —Su nombre sonó como una súplica. Ella supo muy bien lo que le estaba pidiendo. Era amigo de Aidan, un duque, un hombre honorable que deseaba saber si podía besarla.

—No… todavía no —susurró, ante la pregunta muda que mediaba entre ambos.

La mano que él mantenía sobre la femenina se alzó para acariciarle la mejilla.

—¿Por qué no?

Bueno. Ella no encontraba motivos de peso para evitar que él la besase. Charlize deseaba saber si los besos de ese hombre, con el que jamás se atrevió a fantasear, serían tan dulces como su mirada. ¿Qué habría de malo si se besaban? Estaban solos, Freyja les había dado privacidad, y a ella no le sorprendería enterarse de que su hermana mayor hubiese orquestado ese encuentro antes de las entrevistas para forzarla a explorar mejor su propia mente y corazón.

¡Dios!

La joven sabía muy bien lo peligrosos que eran los besos cuando las necesidades carnales tomaban el control. Estaba precisamente en esa situación tras varios años disfrutando de la temporada sin haberse casado, porque ningún caballero querría tener a una dama defectuosa. Rendow se lo había repetido muchas veces y ella estaba segura de que el barón no había mentido sobre eso.

No podía quitarle la opción a Sutherland de encontrar a una mujer mejor que ella. El egoísmo de quedarse con un hombre que valía infinitas veces más que Rendow era grande. Tanto como las ganas de cerrar los ojos y acercarse un poco a él para que obtuviese su pleno consentimiento.

Charlize se lamió los labios.

Un tirón en medio de las ingles, hizo que Sutherland no pudiese esperar más. Se acercó un poco, en busca de su boca.

La dama dio un paso apresurado hacia atrás, provocando que él dejase de tocarla. Fue algo brusco y se sintió como si le acabase de propinar una sonora bofetada.

Ella le sonrió, como si no acabase de suceder nada magnífico y sorprendente entre ellos. ¿En verdad, no lo había notado Charlize? ¿No habría sido consciente de esa conexión íntima que acababan de compartir? Esa era la pregunta que se hacía Tristan, porque la otra era todavía más humillante, puesto que ella había sido plenamente consciente de que él deseaba besarla. Quería haber iniciado un acercamiento tibio para ir creciendo en intensidad hasta saquearla y hacerla gemir y deshacerse entre sus brazos.

—Siéntate, te serviré un té en condiciones. Te prometo que todavía tengo un poco de nociones sobre cómo ser una verdadera dama —dijo con alegría y una brillante sonrisa que él sabía que era falsa.

El duque suspiró. Bueno. Lo acababa de rechazar, pero no lo estaba enviado a su casa. Freyja le dijo que debía tener mucha paciencia y él le aseguró que no se rendiría ni un millón de años. La verdadera batalla hacía relativamente poco que había comenzado, así que se sentó en el lugar que ella había decretado.

—Nunca he dudado de tus modales o educación, te considero una dama.

—Endemoniada —observó sin perder la sonrisa. Ah. Esa muestra sí se veía sincera.

—¿Te ofendiste mucho por el apelativo con el que te rebauticé?

—No. En absoluto. —Charlize le tendió la taza y él la tomó. Le había colocado un pequeño chorrito de leche y un terrón de azúcar, lo complació ver que ella conocía cómo le gustaba disfrutar de un buen té caliente—. En realidad me consideré orgullosa de haber llamado tu atención lo suficiente como para que te tomases la molestia de idear un apelativo que me calificase a la perfección.

—¿Así fue? ¿Te sentías honrada?

—Sí.

Ella se había sentado en frente de él. Una mesa de centro los separaba.

—¿Me contarás el motivo, Charlize?

—Eras un duque que no se acercaba a ninguna dama mientras asistía a los bailes. Todo corrección, y cautela también para no dar pábulo a sospechas sobre un posible interés por tu parte hacia una muchacha casadera. Y de pronto… ¡Ahí estaba yo!, bailando con el inaccesible duque de Sutherland.

—¿Solo por eso? ¿Por mi elevado título y mi falta de interés en las demás jóvenes?

—De acuerdo, no solo por eso. —Ella suspiró—. En aquella época cuando nos conocimos, la familia con la que me alojaba me invitó a marcharme de su casa, a Caliope y a mí, para que yo no mancillase por asociación la reputación de su adorada hija. No me permitieron nunca más ser amiga de ella.

—¿Tenemos que recordar ese pasaje ahora, Charlize? —Deseaba haber matado a Rendow, y en lugar de eso le dio dinero para que se marchase sin armar más escándalo.

—Sí. Y debemos hacer mucho más, Sutherland, pero todavía no es el momento. Hay varias damas a las que debes valorar para el puesto de duquesa de Sutherland.

—Charlize… —comenzó a quejarse él.

Ah. Ella conocía muy bien cada tono que él emitía, de modo que era muy consciente de cuándo estaba enfadado, excitado o embelesado según la melodía con la que recitaba su nombre de pila.

—Te nombraré a la primera candidata.

—No es necesario que…

—Sí lo es. Eres un hombre que merece todas las oportunidades que puedan presentársele. He elegido a las mejores candidatas —evitó decir que al menos dos de ellas lo eran —. La primera se llama…

—Un momento —la interrumpió—. No me conoces lo suficiente como para saber la clase de mujer que necesito a mi lado.

—Oh, sí. Sí lo hago —rebatió.

—Pruébalo —la retó.

—Está bien. Tienes un punto orgulloso, no porque seas un hombre, sino por ser un duque. Estás satisfecho de ti mismo, pues aunque heredaste el título prematuramente y estuviste con la única compañía de una vieja tía que vio en ti el milagro de convertirse en madre, consideras que la vida te debe mucho y te satisface estar donde has llegado. Ampliaste tu fortuna tomando buenas decisiones. Desprecias a quien considera que el comercio es algo de baja clase, pues no se puede ser un duque ocioso y confiar en que las arcas y propiedades se mantendrán por sí solas si no se invierte en otros sectores. Buena decisión, esa de convertirte en accionista de la Naviera Beaumont. Aunque sea francesa y los más patriotas opinen que ese negocio fracasará, sabes que son pioneros a la hora de haber elegido una nueva ruta de comercio a…

—¿Cómo sabes que acabado de invertir en esa compañía? —la interrumpió.

—Porque soy eficiente en mi trabajo. Casamentera. ¿Recuerdas? Ahora que hemos hablado de tu título, de tus negocios… Sí, eso es. Consideremos tu carácter. Eres muy consciente de que estás por encima del resto, para eso eres un duque. Ya sabes… en lo alto de la cadena alimenticia social, sin embargo, por las noches, antes de acostarte, estoy segura de que haces balance de tus actos diurnos. Tus padres no están contigo, pero deseas que se sientan orgullosos de ti, de ti como hombre —precisó—, no solo como noble. Puedes estar tranquilo a este respecto, Sutherland, estoy convencida de que si pueden verte desde el cielo, agradecerán que no pases la mayor parte de tu tiempo dilapidando tu fortuna en juegos o mujeres. También aprobarían la donación que hiciste para las viudas de guerra, fue una cosa heroica lo que llevaste a cabo, y sin decir nada a los periódicos pese a que no fuiste tacaño a la hora de entregar el pagaré. No te censurarían tampoco por haber atendido una petición anónima en la que se solicitaban fondos para restaurar un viejo club en el que hubo un horrible incendio, en el que las mujeres solo tienen la posibilidad de llenar la barriga usando su cuerpo. Esas pobres mujeres a las que ayudaste, cayeron en desgracia o no tuvieron más remedio que sobrevivir del modo en el que lograron hacerlo. Eres un héroe que no diferencia entre…

—¿Fuiste tú, Charlize? —la interrumpió—. ¿Me pusiste al corriente de la situación de esas pobres mujeres —usó sus mismas palabras— con una carta sin firma y no tuviste la decencia de decírmelo en persona? —la acusó.

—Sin duda fue alguien que sabía que no desviarías la vista hacia otro lado y que harías lo correcto, sin tener en cuenta la reputación o situación de esas mujeres que siempre estarán en deuda contigo.

—¿Es todo lo que vas a decir al respecto?

—Sí.

—Tengo preguntas. ¿Era allí donde te escabullías algunas noches con ese cochero extraño…? ¡Johanson! Ese era su nombre. ¿Sabes que una vez casi me atiza cuando me vio merodeando por su carruaje, porque vi a una mujer que coincidía con tu aspecto descender de allí dentro para luego meterse en un lugar de dudosa reputación? —Se quedó un momento pensativo —. Las mujeres del club del incendio hablaban de un ángel que las estaba ayudando a aprender leer y escribir, también a pronunciar correctamente el idioma del rey a fin de buscar un empleo mejor.

—Estamos hablado de ti, Sutherland. Olvídate de ese ángel que no lo es en absoluto. Un demonio, sí. Bien El otro día determinamos que tu… envoltorio es perfecto. Esos ojos, tus anchos hombros, estrecha cintura… Salvo las orejas, nadie podrá ponerte otra pega física.

—¿Has dicho envoltorio? —Estaba satisfecho con sus valoraciones, pero esa comparación le llamó la atención poderosamente.

Ella se rio con ligereza.

—¡Eres un suculento bombón, Sutherland! Las damas están deseando hincarte el diente.

—¿Un bombón? —Le sonaba interesante ese aspecto.

—Sí, uno excelente.

—¿Cómo los que engulles, saboreas y que te hacen emitir esos extraños sonidos que provocan que un hombre pierda la cordura? —siguió el duque.

La observó tragar saliva.

—Sigamos hablando de…

—No. Mejor dime si tú me morderías o si me llevarías a tu boca, deslizarías la lengua para disfrutar de mi sabor y luego…

—¡Sutherland! —exclamó ella, mientras se ponía roja como un tomate fresco.

—¿Te incomodan mis conversaciones? —Tal vez hubiese cruzado la línea del decoro y ella se había ofendido.

—No, solo me resulta increíble ver que puedes ser un pícaro. Había escuchado sobre tus aficiones a las cantantes de…

—¿Otra vez con eso? —preguntó irritado. No le agradaba que Charlize estuviese al tanto de sus… aventuras. Era un hombre sano, con unos apetitos comunes, no tenía sentido avergonzarse de haber buscado compañía femenina adecuada, pero…

—Soy concienzuda cuando me piden ayuda para ejercer como casamentera, pero tengo que admitir que te investigué con especial atención cuando supe que eras el mejor amigo de Aidan…

—Y ahí sale Aidan… —musitó, para después ofrecer un sonoro suspiro.

—Quería saber que eras adecuado para ser su mejor amigo. No te preocupes, pasaste la prueba a las mil maravillas y no me vi obligada a tener que romper vuestro vínculo —declaró, como si lo que acabase de decir fuese algo normal y corriente.

—¡Qué gran suerte la mía! Estar a la altura para poder ser considerado digno de disfrutar de la amistad de lord Ross y Luff —ironizó.

—No sé qué te ofende tanto, te he dicho que te consideré más que apto para el puesto. No puedes culparme por haberme cerciorado de que eras adecuado para Aidan. Él iba a casarse con mi hermana, y aunque había comprobado por mí misma el listón de tu lealtad y protección, deseaba estar segura de que no harías que él contratase los servicios de una amante.

—¡Por amor de Dios, Charlize! —la interrumpió él, para ponerse de pie con un salto —. Los hombres casados no pueden tener una esposa y otra mujer que les caliente la cama.

—No sé si pueden, pero muchos lo hacen —observó ella con cautela.

—De acuerdo. Los hombres casados honrados, ya no solo los enamorados, sino lo que son decentes, saben que deben respetar sus votos.

—Así que… ¿no tendrás una cantante de ópera esperando en River Square? —inquirió con suavidad.

—¿También sabes que allí… yo…? —soltó una colorida maldición que ningún caballero debería citar en presencia de una dama.

—Es tu nidito de amor —explicó ella.

—Está vacío, Charlize. Desde que tomé la decisión de casarme, no hay nadie allí.

—Lo sé. Estoy al tanto de esa circunstancia.

—¿Cómo logras enterarte de cosas tan privadas? —No sabía qué trucos había empleado ella para saber tanto sobre él.

—Estaba diciéndote que sé que la casa está… uhm… desocupada.

—Eso te he dicho.

—Pero no me aclaras si…

—Si, ¿qué? No eres de naturaleza tímida, haz la pregunta, Charlize —le dijo desde la altura. No podía permanecer sentado con una conversación como la que estaban manteniendo.

—¿Vas a conservarla por si acaso necesitases…?

—¡No! —Él al fin la entendió—. La puse a la venta. La única que calentará mi cama será mi esposa. ¿Te satisface esa respuesta, Charlize?

—Mucho —apuntó con orgullo—. No esperaba menos de ti, pero ya sabes… ¡Eres un hombre! Cuando los caprichos carnales se presentan…

—Yo no flaqueo —insistió—. He tardado un poco más de la cuenta en pretender casarme, lo admito. Pude haberlo hecho antes, y si no lo hice fui porque nadie me tentó lo suficiente. Bien. Es hora de que lo sepas.

—¿El qué? —interrogó al verlo frunciendo el ceño y apretando los labios al mismo tiempo.

—Conocí a una mujer. Ella era demasiado joven para mí entonces. Además, su guardián… digamos que no se tomaría demasiado bien mis planes para… —No debería decir seducirla—. No se tomaría bien lo que ella me provocaba. De tal modo que callé y esperé a que la enfermedad se curase por sí sola.

—¿Una enfermedad, Sutherland? ¿Eso era lo que la mujer te provocaba? —inquirió decepcionada.

—Eso era. Una enfermedad mortal.

Ella resopló.

—Tantas cosas que había para poder quedar como un verdadero galán…

¡Enfermedad! —exclamó muy decepcionada.

El duque se complació. Ah. Estaban jugando a un juego que ella no desconocía por completo. Era la ocasión perfecta para hablar.

—Oh, sí. Una dolencia horrorosa, Charlize. Me levantaba por la mañana y mi mente ya estaba pensando en lo que estaría haciendo ella. Nada bueno, porque está… endemoniada —dejó caer. Si ella entendió la alusión o no, él no lo supo, pues la dama no hizo nada sorprendente —. A la hora de comer me sentaba en la mesa, solo, imaginando cómo sería compartir los alimentos con ella mientras yo le contaba los planes de la mañana y ella me informaba de los suyos. Sobra decir que cada vez que nos viésemos o nos despidiésemos, separaciones cortas, por supuesto, compartiríamos un beso, a veces casto, otras más… lascivo. ¿Y las sobremesas? Eran lo peor. Encerrado en mi despacho algunas veces, soñando con que ella viniese a buscarme para obligarme a dejar de trabajar porque se me había hecho tarde. Al entrar, ella se acercaría y yo la colocaría sobre mi regazo para explicarle lo mucho que la había añorado mientras atendía mis deberes. Una cosa llevaría a la otra, y acabaríamos siendo perversos antes de la hora de la cena. Sobre el escritorio, Charlize. Ella se extendería para mí, despeinada, sonrojada y hambrienta por mis besos, por mis caricias, mientras, yo le daría todo lo que sé que necesitaría.

—Sutherland… —Iba a decirle que prefería el lecho, pero levantó una mano para silenciarla.

—No he terminado todavía. Las noches eran lo peor.

—Has dicho que lo eran las tardes —lo interrumpió.

—En realidad, todo era malo porque ella no estaba a mi lado, cumpliendo con mis fantasías románticas y… carnales.

—¿Eres consciente de que estás frente a una dama que…? —Iba a decir que era inocente, pero se dio cuenta de que no lo era en absoluto y tuvo que callarse.

—Mucho —advirtió al ver que ella se quedaba en silencio—. Y es importante que conozcas esta historia. Noches solitarias, en las que me acostaba solo, añorando la calidez de su cuerpo junto al mío… Piel con piel. Es así como dormiré con mi duquesa. Ella se instalará en mis habitaciones, dormirá en mi lecho y usará la recámara de la duquesa como un despacho, salita o lo que desee —Ella sabía que él la estaba informando de lo que iba a ser su vida, pero no podía decir nada al respecto. Estaba impactada por la convicción con la que lo escuchaba hablar, con la fortaleza de sus palabras, la tensión de su cuerpo, incluso la frustración que se leía entre líneas.

—Sigue hablando de esa… enfermedad… —lo animó, motivada por la curiosidad, al darse cuenta de que él no seguía relatando una historia tan fascinante.

—Soñaba con ella. No estaba bien hacerlo. La deseaba con una intensidad que me hacía arder. Era terrible, Charlize. Fue una enfermedad maliciosa, una obsesión brutal, un deseo continuo que no lograba saciar.

—¿La amas? —inquirió, para después quedarse con la boca entreabierta, pues no podía respirar bien y estaba agitada por las palabras de él.

—¿Amor? Es pronto para decirlo con seguridad. Podría hacerlo, sí. Podría llegar a enamorarme con fuerza, tanto como para que los dos nos olvidásemos de donde empieza uno y donde termina el otro. Todo arrancó como un deseo carnal. Uno que un hombre de mi edad no debería sentir por una muchacha recién salida del cascarón. Ah, pero ella no era una joven corriente. Es verdad que censuré muchas de las cosas que hacía o decía, pero comprendí que era valiente, bastante temeraria, también, y algún adjetivo más que no me complacía que ella representase, aunque pronto me di cuenta de que si ella no hubiese sido de ese modo, yo no habría puesto mi atención sobre la joven. Tuve que controlarme durante años. Recuerda que antes apunté a que esperaba que los síntomas de mi enfermedad fuesen remitiendo… —se silenció para ver si seguía contando con su plena atención.

—¿Te curaste? —preguntó, para, a continuación, tragar saliva con fuerza.

Él era muy consciente de que ella sabía de quién estaba hablando y tenía ganas de hacerla saltar. No era el momento.

—No, Charlize. Mi dolencia se fue complicando con el paso de los años. Entre otras cosas porque la dama solía estar rodeada de un pequeño ejército de admiradores.

Ella bufó. Charlize no había sido una incomparable. Nadie se había fijado tanto en ella.

—Seguro que no eran tantos… un pequeño grupo si quieres.

Él la miró con atención. Seguía de pie, observándola sin perderse detalle. Decidió sentarse a su lado en ese momento.

—¿Cómo puedes saber eso, Charlize?

—Lo supongo —reaccionó rápida ante el descuido—. Sigue —lo animó.

—¿Qué más querías saber, Char?

—¿Sutherland?

—¿Qué?

—No acortes mi nombre. No quiero que lo hagas nunca —le ordenó, como si ya tuviese en propiedad el título de duquesa.

—De acuerdo. Trataré de no hacerlo. ¿Algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Antes de que esto se convierta en algo irreversible, es necesario que entiendas que cometí una locura y que yo…

—¿Qué? Que tú, ¿qué? —la azuzó, al tiempo que le tomaba una mano para después llevársela a los labios y comenzar a besarle los nudillos.

Era el momento de confesarse con él. De explicarle que estaba dañada, era *defectuosa*. Sí, era necesario que él supiera la verdad si pretendía casarse con ella, porque, por Dios, que ella deseaba todas las promesas que él había recitado en sus palabras. Quería acostarse a su lado, levantarse por la mañana pegada a él, desayunar en su mesa, departir sobre frivolidades y cosas más serias a la hora del almuerzo, ir a buscarlo a media tarde para obligarlo a dejar de trabajar… ¡qué la extendiese sobre la cama, no sobre una dura mesa! ¡Lo quería todo!

¿Enamorada?

No lo sabía con certeza absoluta, una vez creyó estarlo y aquello salió catastróficamente mal. Pero pensaba como él. Podría acabar postrada a sus pies si él seguía recitando ese tipo de cosas… Y no. No le importaba terminar completamente enamorada de nuevo si era de Sutherland. Admiraba a Aidan, era su hombre ideal, el esposo de su hermana, y si había alguien tan válido como lord Ross y Luff, ese tenía que ser el duque de Sutherland.

—No soy buena para ti porque…

No hubo tiempo para más. Un golpe en la puerta hizo que toda la magia del momento se rompiese.

El duque no se movió de su asiento, pero Charlize se levantó de súbito, quitándole la mano de los labios de modo tosco.

—Adelante —habló Charlize.

Sutherland apretó los dientes. Ella tenía que complicar siempre las cosas.

—Ha llegado lady Victory. —El anuncio lo hizo Freyja, quien estaba examinando con atención a la pareja—. ¿La hago pasar? —inquirió con los ojos puestos en Charlize en ese

momento.

La joven buscó la mirada del duque a fin de que él decidiese lo que hacer. Le debía al menos eso.

—¿Y bien? —preguntó la hermana de Freyja al ver que él no decía nada.

—¿Lady Victory? —Charlize afirmó con la cabeza—. ¿La hija del duque de Warwick?

—Esa misma.

—Uhm. Me has traído la joya de la temporada, ¿¡quién se negaría a conocerla!? —soltó alegremente sin ironía ninguna. Así que Charlize emitió un gruñido nada femenino que él escuchó y le complació haber escuchado. Igualar la frustración podría ser divertido—. ¿Quiénes son las otras dos candidatas?

—La segunda es la vizcondesa Watson —desveló Freyja, lo que le valió para que Charlize soltase un nuevo gruñido.

—¡Dios! Una propuesta interesante que definitivamente voy a tener muy en cuenta. ¿Y sobre la tercera dama? —siguió él indagando.

—¿Quién es la tercera, Charlize? —preguntó su hermana en tono bufón.

—Una dama igual de interesante que las dos primeras —respondió la interpelada.

Charlize había sido cuidadosa a la hora de buscar a las candidatas.

La hija del duque de Warwick estaba ahí porque era joven, virginal y perfecta para el matrimonio. La viuda era formidable, pues representaba la experiencia y la carnalidad, dado que se especulaba con que su esposo estaba muy satisfecho con su… comportamiento en el lecho. Luego se había designado a sí misma, porque ella era el grado intermedio. No casaba en el grupo de las jóvenes virtuosas y tampoco entre las respetables viudas.

Lo que más le molestaba era que él se veía ansioso por comenzar con las entrevistas. En especial después de conocer la identidad de la segunda dama que tomaría el té con ellos.

Tenía que haber hecho la bebida con una hierbas purgantes para provocarle un enorme dolor de barriga a Sutherland y verlo en un aprieto al buscar con urgencia un orinal.

¡Charlize no quería que él valorase a otras mujeres!

Y pensar que todo ese embrollo lo había causado ella misma… Si pudiese volver

atrás las agujas del reloj hubiese actuado de otro modo cuando Sutherland la obligó a meterse en el carruaje con él el otro día…

¡Qué tontería!

¡Charlize tuvo que haber aceptado la orden de Aidan de casarse con su mejor amigo de inmediato!

¡Mejor aún!

Podría haberse dejado ir, demostrar que era una auténtica falda ligera, así Freyja los hubiese encontrado retozando en el sofá y la boda se hubiera celebrado a toda prisa mediante una licencia especial al día siguiente.

—¿Charlize? —Freyja la llamó.

—¿Qué?

—¿La hago pasar? —Su hermana mayor debía haber notado su contrariedad, porque sospechaba que su rostro tenía que ser un poema de terror.

La joven entrelazó las manos por delante de su regazo, mostró su mejor sonrisa —que no la más sincera— y afirmó con la cabeza.

—Por supuesto que sí. Estamos aquí para casar al mejor amigo de nuestro querido Aidan. Lady Victory es una de las opciones más sensatas, sería un tonto si no la eligiese. Sutherland no podría hacerlo mejor si ella lo aceptase. —No mentía. La viuda era adecuada, pero era mejor una joven sin… *estrenar* en el lecho.

Charlize se giró para buscar la mirada de Sutherland, quien seguía sentado pese a ser consciente de su falta de etiqueta porque había dos damas en la misma estancia que él.

—¡Formidable! —exclamó, esperando que su emoción se viese sincera.

¿Por qué la endemoniada Charlize Archer no podía admitir que estaba igual de embelesada y tenía la misma curiosidad que él?

Testaruda hasta el final…

Bien. Él iba a darle una buena lección.

Oh, sí. El interés que ella sentía hacia él había sido más que patente.

Las entrevistas iban a ser de lo más divertidas.

# Capítulo 7

Le había prometido una caja de sus bombones favoritos a cambio de ir a su casa a tomar el té. La hija del duque de Warwick estaba en otro círculo diferente al de Charlize. La escala social era algo muy relativo, incluso ahí arriba, entre la aristocracia más selecta había más capas. Así que lady Victory consideró que la pequeña de las Archer solo deseaba codearse con ella debido a su popularidad. Era la beldad, la incomparable de la sociedad, así que cuando Charlize le propuso ir a su casa para pasar una tarde juntas y conocerse mejor, la muchacha le dijo que lo haría solo si le daba una caja de bombones de esos de los que todo el mundo hablaba.

Desde su incursión en la temporada, Charlize había ido comprando bombones de aquí y allá hasta que dio con unos únicos. Eran de un lugar muy especial, un establecimiento en el East End en el que nadie miraría y Charlize juraría que eran los mejores del mundo. Aidan era quien los había encontrado una vez que acudió allí para socorrer a una familia que se iba a quedar en la calle. Al conde le llegó una misiva anónima donde se le solicitaba su mediación para que ayudase con una situación difícil, a una mujer que acababa de perder a su esposo. Charlize conoció a esa mujer en el club donde ayudaba a las mujeres a aprender a leer y a escribir. Era una doncella que se ocupaba de la limpieza, y a su esposo, que era parte de la seguridad del lugar, le habían dado una paliza de muerte unos ladrones cuando regresaba a casa una noche.

Charlize vio recompensada su buena acción de ayudar a la viuda porque Aidan trajo a casa aquel día esos bombones tan especiales que la sociedad no sabía de dónde salían.

Estaba más que claro que si la perfecta, pulcra y recatada Victory se quedaba con Sutherland, Charlize no iba a darle otro regalo mayor. Ni un solo bombón le ofrecería por haber ido esa tarde a tomar el té.

—No puede tener la cabeza más hueca… —musitó Charlize, sin darse cuenta de que lo hacía.

—¿Qué? —inquirió la muchacha quien en ese momento había dejado de departir con Sutherland.

—¿Charlize? —intervino el duque, ahogando una carcajada. ¡Estaba celosa! Él se

había comportado con suma corrección, pero había estado alabando a la muchacha durante la conversación.

—¡Ah! Solo estaba pensando en Portia Peterson. —Ese era el nombre de la que Victory consideraba su mayor rival—. Es una cabeza hueca —aseveró Charlize.

—¿Tú también opinas como yo? —preguntó extasiada Victory.

—Por supuesto que sí.

—¿Quién es la dama de la que hablan ustedes dos? —preguntó con suma etiqueta el duque. No podía tratar con informalidad a Charlize delante de otra muchacha por más que lo desease.

—Es una odiosa arpía que no soporta que yo sea la incomparable de la temporada —expuso con orgullo la hija del duque de Warwick.

—Oh, cielos. ¡Qué tarde se nos ha hecho! —observó Charlize sin mirar el reloj de la repisa. Hacía por lo menos una eternidad que estaban reunidos. Bueno. Había pasado un cuarto de hora, pero sentía como si fuese una insufrible cantidad horrorosa de tiempo—. Me temo que Su Gracia y yo hemos monopolizado su tiempo en exceso. Usted es una dama ocupada y no quisiéramos…

—Es cierto. Creía que esta iba a ser una cita aburrida y solo reservé unos pocos minutos de mi preciado tiempo, para mi admirada Charlize —luego miró a Sutherland como si fuese un helado de Gunter's—. De haber sabido que el duque nos acompañaría hubiese cancelado mi próxima cita. Tengo que ir a merendar con lady Portia.

—¿Lady Portia? —preguntó Tristan frunciendo el ceño—. ¿La misma cabeza hueca de la que ambas se quejaban hace un instante?

—La misma. Somos rivales, aunque hay que guardar las formas. El padre de ella es un caballero a quien Warwick respeta y es mi obligación ser amable con ella… públicamente, al menos.

La invitada de Charlize ya se estaba levantando de su asiento. A continuación, cuando tanto la hermana de Freyja como el duque estuvieron en pie, ella le tendió la mano a Sutherland para que se la besase y le dio un abrazo de lo más falso a Charlize.

Se despidieron de ella y cuando salió por la puerta, Charlize hizo lo mismo.

—¿A dónde vas? —preguntó Tristan, sorprendido porque hacía un instante que ella había estado a su lado y luego la estaba observando marcharse a toda prisa.

—Es pronto todavía. Sabía que Victory no esperaba estar aquí más de diez minutos, quince a lo sumo tal y como ha sido. Así que avisaré a lady Watson de que no será necesaria su presencia. Le enviaré una nota.

A la viuda no tuvo que prometerle nada, se relamió los labios cuando le dijo que las acompañaría el duque de Sutherland durante el té. Iba a disfrutar escribiéndole para decirle que se había suspendido su reunión. Mejor que se lo quedase Victory que la pecaminosa lady Watson.

—¿Por qué harías eso? —Se había perdido algo.

—Es más que evidente que has elegido a tu duquesa, Sutherland.

—¿Disculpa? —Estaba asombrado.

—Te conozco bien. Victory te ha encantado, así que enhorabuena, es una elección sabia, la que imaginaba que harías. Te irá bien con ella. —Luego salió de la estancia.

El duque comenzó a correr tras sus pasos, la agarró del brazo y la volvió a meter en la salita, para después cerrar la puerta.

Ella no se quejó debido a la acción, pero mantenía la mirada baja. Estaba esperando a ver qué diantres quería él.

—Admite que estás celosa —le dijo sin más preámbulos.

Ella levantó la cabeza y lo enfrentó.

—No, porque no lo estoy. Esa muchacha no es ni la mitad de bonita de lo que es Caliope, es pusilánime, no como Freyja que es fuerte, su dulzura no llega tampoco ni a la mitad de la que posee Cleopatra. No, Sutherland, no puedo estar celosa de alguien que es muy inferior a mis hermanas en todos los sentidos —se reafirmó.

—Estás muy celosa. ¡Por amor de Dios, Charlize!, le has dicho a la hija de un duque que es una cabeza hueca —le recordó.

—En absoluto. Era Portia a la que me refería.

—¡Ya puestos a señalar los defectos de la hija de Warwick, di que no es ni la mitad de inteligente que tú! Ha sido un milagro que ella haya salido viva de aquí. Te has pasado toda la breve velada gruñéndole. ¡Llegué a temer por la seguridad de la joven!

—Te ves complacido, Sutherland. Y no es amable hablar así de la dama que convertirás en tu esposa. Por cierto, ¿no te duele el rostro de tanto sonreír? Has hecho un

espectáculo… —murmuró incrédula.

—¿Es así cómo será siempre, Charlize?

—No sé a qué te refieres.

—Sí, sí que lo sabes.

—Te digo que no… —comenzó a decir ella.

La pegó contra su pecho, pues todavía no la había soltado de su agarre por temor a que volviese a tratar de huir.

La acción hizo que la cabeza de ella se golpease contra su torso.

—Lo siento, no pretendía ser tan brusco. —Le levantó el rostro cogiéndola por la barbilla para hacer que ella lo mirase a los ojos una vez más.

—¿Por qué haces, esto, Sutherland? Lo estamos complicando todo. Victory será todo lo que se espera que sea tu duquesa. No vas a encontrar nada mejor, te lo garantizo —dijo con infinita lástima.

—Olvídate de ella, incluso de la viuda. Háblame de la tercera y misteriosa candidata, Charlize. —Casi sonó a ruego.

Ella negó con la cabeza. Debería estar sorprendida, pero no lo estaba.

—Lo sabes… —No fue una pregunta.

—Sí.

—¿Freyja?

—Me mandó una nota urgente para que viniese lo antes posible. Tu hermana me estaba esperando en la puerta y me dijo que habías aceptado mis deseos. ¿Cuál era la finalidad de hacerme rogar? ¿Necesitabas reafirmarte ante mí? ¿Deseabas ser perseguida? Porque te aseguro que no he parado de correr tras tus pasos desde la primera vez que nos vimos.

—No soy buena para ti, Sutherland —regresó a ese asunto espinoso.

—Es la segunda vez que te escucho decir eso.

—Porque es la verdad. Estarías mucho mejor sin mí. Deberías huir de inmediato, Sutherland —le recomendó, mientras las lágrimas se le agolpaban en los ojos y rodaban por las

mejillas.

Él le limpió la humedad con los dedos, mientras mantenía su rostro enmarcado entre sus manos.

—¿No lo sabes todavía, Charlize?

—Sí, sí lo sé, Tristan —le pareció bien utilizar su nombre de pila—. Te he escuchado atentamente antes de la llegada de Victory. Incluso en el carruaje, el otro día, mientras te hablaba de mis planes para ayudarte a casarte, yo lo sabía. Y también lo sentí la noche que nos conocimos. Hay algo entre nosotros… Si solo hubieses llegado a mi vida antes…

—¿Antes que él? —indagó con suavidad, conteniendo la rabia.

—Sí. Estoy rota, Tristan.

—No, no lo estás. Si me lo permites, si nos das una oportunidad, podemos ser incluso más perfectos que Freyja y Aidan. Solo tienes que aceptar lo que te ofrezco y no seguir luchando.

Él apoyó su frente sobre la de ella, y la apretó más fuerte por la cintura. El duque era muy consciente de que si no retrocedía, si se dejaba llevar, la situación podría ponerse interesante, aunque eso complicaría las cosas porque estaban en casa del guardián de ella, donde alguien podría sorprenderlos. No debería permitir que nada indecoroso sucediese. Había esperado mucho tiempo, tres largos años hasta que decidió que ella ya era bastante mayor para casarse con él. Un poco más de tiempo no sería un gran sacrificio…

Y mientras pensaba que sería un caballero, sus labios encontraron los de Charlize. Como si nada más importase, como si todo los hubiese conducido a ese instante. Besarse era lo correcto, hacerle comprender que debían estar juntos era fundamental y no conocía otra vía más rápida que demostrárselo con un beso.

Besarse era lo que los dos necesitaban, decidió Tristan.

Charlize no le puso impedimentos. La boca femenina se convirtió en pura suavidad, le dio la bienvenida de buen grado. La besó profundamente, aunque primero tanteó, para luego hacerlo con mayor urgencia. La joven le respondía con la misma intensidad. Tristan sintió su agarre alrededor de su cuello, incluso las uñas rasparon con suavidad sobre la carne de su nuca, eso provocó que se pusiera duro de inmediato.

Sus manos tuvieron vida propia, deslizó la derecha, que había estado sobre la cintura femenina, hacia arriba, hasta llegar a su pecho. La joven jadeó contra su boca y rompió el beso, aunque todavía no había tratado de escapar de su agarre. Los ojos de la dama bajaron para ver la zona que él estaba amasando con ingenio. La respiración de Charlize era irregular. Ella se arqueó

contra la palma de su mano cuando sintió que su pezón estaba completamente duro y excitado.

Lo acababa de comprobar. Charlize Adelaida Archer también lo deseaba con la misma fuerza. No necesitaba más. Cerró los ojos y buscó la poca cordura que le quedaba. Besarla había sido el cielo, después de tantos años imaginando cómo sería, al fin pudo saciar su curiosidad. Se detuvo, pues si no la soltaba en ese preciso momento no podría hacerlo nunca. La necesitaba desnuda, debajo de su cuerpo gimiendo en sus brazos mientras él la poseía, llenándola para darles placer a ambos.

Tenía que separase de inmediato, dejar de acariciar su pecho…

—Detenme, por amor de Dios, Charlize —pidió, al ver que no sería capaz de dejarla ir si ella seguía reaccionando de ese modo.

—Necesito que me beses —susurró—. Quiero que me beses tanto y tan fuerte que me hagas olvidarlo todo, Tristan. ¿Puedes hacerlo?

—Sí. —La mano que tenía libre se movió hasta la parte posterior de la cabeza, cogiendo en un puño parte del cabello que ella tenía libre y dándole un tirón firme que la hizo jadear de nuevo—. Pretendo besarte tanto, de un modo tan certero, que olvidaré incluso quién soy yo, Charlize.

Su boca regresó a la femenina. En esa ocasión no la deleitó con besos tiernos pero exigentes, no, fueron un reclamo exhaustivo inicial de todo lo que pretendía llegar a hacer. Le metió la lengua hasta lo más profundo de su cavidad, lo cual resultó complejo porque ella luchaba contra él en una batalla donde ambas lenguas se buscaban, se complementaban y se saboreaban la una de la otra. Ella sabía a chocolate. No podía ser de otro modo, todavía le quedaba un resquicio de ese dulce que tanto le gustaba disfrutar.

Charlize afianzó su posición aferrándose a su cuello con mayor fuerza, a la vez que trataba de seguirle el ritmo de los besos que recibía. La boca de él abandonó la de ella. Tristan se inclinó para besar su cuello, para seguir dejando un reguero de besos de camino a su oreja, para luego centrarse en su mejilla.

Charlize se sorprendió por la intensidad con la que él la devoraba. Había sabido que la deseaba, pero era en ese momento cuando estaba siendo plenamente consciente de la necesidad que el duque tenía de ella. Estaba pletórica. La excitación de su cuerpo se traducía en hacer que gimiese cada vez más alto.

Lo había anhelado tanto sin saberlo… Los besos de Tristan debieron ser los primeros que recibió. Sus caricias hubiesen tenido que introducirla en el mundo del placer. Él sí era un hombre que actuaba con honestidad, seguro, confiable.

Una lágrima escapó de su ojo derecho. Le siguió una nueva en el otro lado. Era

dichosa. Por primera vez en toda su vida estaba llorando de pura felicidad, no quería que nada estropease ese instante.

Charlize estaba eligiéndolo a él sobre todas las cosas. La pasión que le ofrecía. No lo creyó posible, pero estaba comprobando que podía confiar otra vez en un hombre.

Era Sutherland.

Tristan.

No le fallaría. Se juró que si él la aceptaba con su gran tara, lo haría feliz durante toda su vida.

Iba a dejar de besarlo para explicarse… No pudo concentrarse en sus pensamientos.

El duque acarició sus dos senos sobre la tela de su vestido de tarde, y la volvió loca. Desde que estuvo con Rendow, Charlize había tratado de apartar los pensamientos oscuros de su mente, rechazaba cada soplo de necesidad que su cuerpo pudiese emitir, pues con una sola vez tuvo bastante para determinar que la lujuria no era buena.

¡Qué equivocada había estado!

Solo se necesitaba al compañero adecuado para volver a despertar y no arrepentirse.

Charlize necesitaba más. Era de vital importancia sentir sus manos sobre su piel desnuda. Sus pezones precisaban de una atención que era insuficiente. La necesidad era tan intensa, tan formidable, que no veía nada más aparte del deseo que Sutherland le provocaba.

—Por favor, Tristan… Estoy desesperada por sentir tu toque… —le dijo sin vergüenza alguna.

—Estoy ansioso por tocarte —le respondió él, para después desabotonarle parte de la hilera de detrás. Le dio un pequeño tirón y todos los botones saltaron por los aires, pues no quería dejar de besarla mientras se disponía a sacar sus senos del cautiverio de su vestido.

Rasgó la camisola desde atrás y al fin tuvo una visión completa de su pecho. Para admirarla sí que decidió dejar de besarla. Se veía hermosa. Un bello cuadro pintado por el mejor artista que fuese capaz de captar el ardor de una mujer que deseaba ser poseída.

Los labios rojos, hinchados por sus besos, sus mejillas sonrosadas, su pelo despeinado con gracia… Y ¿qué decir de sus pechos?

Los pezones se observaban fruncidos, estratégicamente colocados sobre dos globos carnosos de un color lechoso que permitía diferenciar la oscuridad de esas puntas enhiestas.

El primer toque fue… Un rayo la recorrió. Tristan estaba jugando con los dos pezones, dibujaba círculos alrededor de su aureola.

—Fascinantes… Un día me tendrás aquí —dijo, al tiempo que sujetaba los senos para unirlos—. Me meceré aquí, entre tus sublime senos y tú te desharás de placer mientras sacas la lengua para lamer mi virilidad. Será glorioso, Charlize —le dijo.

Ella no entendió demasiado bien lo que él acababa de decir. Lo único que sentía era que estaba ardiendo y que necesitaba calmarse. Era bueno estar teniendo ese interludio, porque además de desearlo, él comprobaría lo dañada que estaba y así podría determinar la conveniencia de casarse con ella. Si al final la rechazaba, al menos atesoraría ese encuentro para toda la vida, porque el recuerdo de Sutherland sí era algo precioso para no olvidar.

—¡Dios! —exclamó ella, cuando la boca del duque se posó sobre el pecho derecho para engullirlo. La lengua de él inició una danza divertida y frenética.

Ella se aferró a él, sosteniéndose con las manos colocadas en su cabello. Un punto comenzó a palpitar con demasiada urgencia en su sexo. Necesitaba algo de alivio.

—Tan hermosa… tan deliciosos… —decía, mientras chupaba sus senos con suma impaciencia.

—Tristan…

La comprendía. Así que la tomó en sus brazos, se sentó en el sofá y la colocó a horcajadas sobre su virilidad. No se quitaría los pantalones. Eso sería una verdadera temeridad.

Charlize se movió sobre su regazo, lo que provocó que sintiese la dura cresta masculina sobre ese punto exacto que palpitaba cada vez con más fuerza.

Él gimió suavemente sobre su boca cuando ella se meció por primera vez sobre su erección.

Lo escuchó gruñir. Parecía un macho en celo. Se sintió poderosa. Así que comenzó a mover las caderas con un ritmo más preciso. Él jadeaba y decía cosas inconexas, algo sobre tener que detenerse… Oh, ella no podía hacer eso.

Charlize lo besó para que no hablase, y atrapó el labio inferior de Tristan entre los dientes, para luego soltarlo y succionarlo entre los sus suyos propios.

Ella se detuvo y se quedó mirándolo, sin dejar de moverse como una amazona que montaba a su semental. Los dos respiraban con gran dificultad. En la mirada de uno y otro se apreciaba la necesidad, las brumas de la lujuria cruda.

Oooh, pero Charlize veía amor ahí también. Y confiaba en que Sutherland a su vez lo estuviese viendo reflejado en sus ojos.

—No quiero olvidarte nunca, ni que me olvides —le informó ella.

—Jamás.

—Eres Tristan Charles Dankworth, duque de Sutherland, el hombre al que no he sabido apreciar en lo que vale, pero te juro que te veo. Ahora te veo y te necesito más que a nada en este mundo. —Le acarició la mejilla.

—Eres lady Charlize Adelaida Archer, hija del difunto conde Luff, pupila del actual lord Ross y Luff, siempre te vi, siempre te escuché y siempre te quise así, sobre mí, deshecha, pidiendo mi atención, confesando tus sentimientos, reclamado mi atención. Serás mía, Charlize. Mía para siempre. Nadie me impedirá luchar por lo que quiero. Y por Dios, los ángeles, o quien rija el universo que serás la duquesa de Sutherland, mi esposa, la madre de mis hijos. Viviremos juntos, moriremos juntos y nos enterrarán el uno junto al otro bajo la misma lápida.

Ella estalló en un sollozo y se abrazó a él con fuerza.

—No te merezco… No te merezco.

—Olvida el pasado, mi amor. Quiero tener esto contigo. Vuelve a gemir, necesito escucharte. Necesito esto, quiero verte disfrutar aunque sea así, con ropa impidiendo sentirnos por completo. Dame lo que te pido, Charlize.

Sus palabras fueron acompañadas con un movimiento certero que la puso de nuevo a *cabalgar*.

Dios de los cielos… El duque solo podía mendigar, porque el mero pensamiento de estar dentro de ella, hundiéndose hasta la empuñadura, deslizándose por toda esa suavidad caliente y estrecha…

Dolía. Su erección le dolía.

—Charlize, termina para mí —le ordenó, porque no podría contenerse mucho más, si ella no se detenía, él estallaría y no quería derramarse sobre sus pantalones.

Pronto, se prometió a sí mismo. No en ese momento, no iba a desflorarla sobre un sofá por más que todo le indicase que tenía que hacerlo. Ese no era el modo en el que un hombre honorable trataría a una mujer, más a una de la que estaba completamente enamorado. La reclamaría en su noche de bodas, después de casarse.

Lo de ese momento, lo que ambos estaban haciendo, era un preámbulo, una muestra

de lo bien que lo harían juntos. Era un pequeño regalo para ella.

Cuando Tristan se acostara con su duquesa por primera vez, lo haría en su cama y tenía la firme intención de pasar horas complaciéndola adecuadamente, de deleitarse con su cuerpo desnudo, explorarla a fondo. Y el interludio finalizaría con Charlize gritando su nombre y pidiendo clemencia porque no podía soportar tanto placer.

—¡Tristaaaaaan! —chilló, cuando el éxtasis la atravesó.

Oh, sí, pensó él orgulloso de sí mismo. Ella gritaría del mismo modo, tal vez un poco más alto.

—Eres maravillosa —le dijo, cuando ella se dejó caer sobre su cuerpo. La mantenía abrazada, acariciándole la espalda.

—¿Qué ha sido eso, Sutherland? ¿Qué me has hecho? —Estaba fascinada con la reacción de su cuerpo. Con la explosión final. No ocurrió nada parecido con el patán al que no deseaba recordar en ese feliz instante.

Como diría Freyja… ¡Madre del amor hermoso!

—Los franceses lo llaman *le petite morte*.

—Eso no ha sido morir. Ha sido glorioso. Lo deberían llamar la gran vida, en todo caso.

Él se rio ante sus palabras.

Ella se separó de su cuerpo para mirarlo a los ojos.

—Tú no has disfrutado. —No era una pregunta.

—Muchísimo, Charlize. Escucharte, sentirte sobre mí y observarte llegar al cielo ha sido fascinante. No necesito nada más de ti por el momento.

—Pero yo quiero dártelo, aquí y ahora, Tristan.

—Y eso te hace ser generosa.

Ella tragó saliva. No. No era nada parecido a eso. No tenía el valor necesario para explicarle su condición, así que era necesario que él lo comprobase. No habría sangre en su lecho nupcial. Era una sencilla frase, ella solo tenía que decirla en alto para que él atase cabos.

—¡Oh, cielos! —La voz de una mujer se escuchó tras abrir y cerrar de golpe la

puerta de la salita.

Charlize identificó a Freyja de inmediato.

—¿Qué ocurre, esposa? —Eso era la voz de Aidan que se oía con claridad tras la puerta. Los condes estaban al otro lado, separados por la madera que se preveía fina en esos momentos.

—Nada en absoluto.

—¡Déjame entrar, Freyja!

—No, no lo haré y si me amas como dices, no lo harás.

—¡Charlizeeeeee! —gritó como un loco el conde.

—Tuvimos que haber cerrado la puerta con llave —apuntó la pupila del conde, quien estaba saliendo del abrazo de Sutherland. Se dio cuenta de que su ropa estaba completamente arruinada y su aspecto era todavía peor.

Buscó al duque con la mirada, él seguía sentado en su lugar y la miraba embelesado. Al menos lo hizo hasta que ella escondió su pecho.

—Quisiera verte desnuda por completo.

—¡Sutherlaaaaaand! —Un nuevo grito de Aidan—. Sé que estás ahí e imagino lo que estás haciendo.

—¿No deberías estar saliendo por la ventana o algo así? —preguntó Charlize al verlo tan tranquilo. Había una ventana a la derecha que podría servirle para huir.

—¿Por qué? —inquirió despreocupado Tristan.

—Porque te cortará en pedazos si Freyja no logra evitar que entre y nos vea. Por cierto, tendremos que agradecerle a mi hermana que la viuda que busqué para que conocieses no se haya presentado, sospecho que ha debido anular la visita mientras nosotros…

—Espero que tu hermana fracase y mi mejor amigo nos vea —la interrumpió porque no quería pensar en ninguna otra mujer—. Tengo una licencia especial en mi bolsillo y la usaremos lo antes posible. Podríamos terminar mañana por la noche, lo que hemos empezado hoy. Te aseguro que lo que has experimentado conmigo aquí y ahora, solo es una pequeña muestra de lo que te espera. Sobre la segunda visita que esperábamos, yo mismo le dije a Freyja que se deshiciera de tu otra sugerencia para ser mi esposa en cuanto llegué aquí después de que ella me enviase una nota para convocarme y decirme que me amabas.

—Tuve que haberlo supuesto, siempre vas un paso por delante de mí. Es complicado sorprenderme, pero tú lo haces a cada rato, Tristan. Es refrescante, la verdad —opinó Charlize.

—Querida mía, abre la puerta y terminemos con esto. Aidan volcará su ira sobre mí, pero comprenderá que esto tenía que suceder. No es como si él hubiese sido un santo cuando conoció a su condesa. Te aseguro que se portó todavía peor que yo.

—Eres temerario.

Ella se adecentó lo mejor que pudo y abrió. El duque seguía sentado, cruzó las piernas, esperando que su erección se debilitase.

Charlize divisó a Freyja, quien estaba al lado de Aidan, por suerte ninguno de los dos se habían atrevido a entrar.

—¿Y bien? —inquirió el conde con cara de pocos amigos.

—Y bien ¿qué? —rebatió ella altanera.

—Dile que salga. Mi condesa me ha prohibido entrar, pero en cuanto él ponga un pie fuera de esa habitación lo mataré.

—¡No seas tan dramático! —le dijo Sutherland desde su posición.

Aidan no se atrevía a mirar hacia dentro de la habitación, tenía bastante con la imagen que presentaba su pupila.

—¿No? ¿Has visto cómo la has dejado? —lo atacó el conde. Ella se veía como una mujer bien amada.

¡Dios! Aidan estaba viviendo un infierno.

—Sí —respondió el duque—, y te aseguro que ella sigue siendo perfectamente respetable, solo necesitaba un poco de… persuasión para aceptarme y he tenido que ejercerla.

—Sal para que pueda matarte con mis propias manos, Sutherland.

—No puedo hacer eso, Aidan.

—Cobarde… —siseó lord Ross y Luff.

—No es cobardía. Es sentido común. Si me matas no podré hacer lo correcto. Ella tiene que casarse conmigo. Y no solo eso. —Dado que su virilidad estaba menos amotinada se levantó al fin y se dirigió a la puerta. La hizo voltearse para tenerla enfrente, colocó una mano

sobre los hombros de Charlize, la miró y le sonrió—. Ella desea casarse conmigo.

—¿Eso es verdad? —indagó Aidan.

—Sí —aseveró Charlize con seguridad—. Me casaré con Tristan si me acepta. —Tenía que hablar con él, era imperativo contarle su *sucio* secreto. Oh, pero estaba en una encrucijada, si se lo decía y se retractaba… ¡Cielos! Aidan no podía haber llegado en peor momento, si Sutherland se echaba atrás, su tutor se lo haría pagar.

¡Maldita fuese su suerte!

—Todo arreglado. Convoca al resto de sus hermanas —le ordenó a Aidan—. Mañana por la mañana será el día de nuestra boda.

—¡Por fin! —saltó Freyja, mientras se disponía a abrazar a Charlize—. Están avisadas ya. No sé si podrán llegar tan pronto, pero seguro que lo hacen lo antes posible. Será un placer contar con toda la familia bajo un mismo techo.

—¿Qué? ¿Ya les habías dicho a Caliope y a Cleopatra que yo…?

—No —la cortó—. Fue Sutherland quien nos informó a las tres de sus planes con respecto a ti. Nos limitamos a animarlo y le sugerimos varias cuestiones que… —se silenció. Mejor no decir que él al final había optado por seducirla en la salita. Ellas le aconsejaron la biblioteca porque era un lugar más apartado. Ah, Charlize había sido despiada a la hora de emparejarlas, así que no había daño en tomarse la revancha—. En fin… Aidan fue el único que no se tomó demasiado bien la noticia. Mi esposo se cree muy inteligente, pero no había visto lo que nosotras ya sabíamos desde hacía años.

—¿Tú lo sabías? —saltó el conde enfadado.

—Claro que sí. Soy la mayor, tu amigo es inteligente como tú y me informó la primera porque necesitaba mis bendiciones.

—¡Maldita sea! ¿Te dijo que la deseaba, que no sabía cuánto tiempo podría contenerse y tú lo animaste?

Sutherland se tapó el rostro con la mano que tenía libre.

—¡Eso te lo dije solo a ti! ¡A mi mejor amigo! Gracias por dejarme en entredicho ante mi prometida y su hermana mayor —se quejó Tristan.

—Oh, no —terció Charlize—. Ya sé que me amas, así que estoy satisfecha con que me desees.

La boca de Sutherland buscó la de ella con desespero.

Freyja carraspeó y se separaron.

El conde se marchó del lugar refunfuñando y diciendo a viva voz las mil y una formas en las que le gustaría matar a su mejor amigo…

# Capítulo 8

—¿Quién iba a decir que la endemoniada Charlize acabaría madurando? ¿Os acordáis cuando la regañábamos y ella nos daba las gracias porque sentía que todo lo malo que decíamos sobre ella era un cumplido? —Caliope, la segunda hermana de las cuatro estaba colocándole la última horquilla en el peinado a la menor de las Archer.

Era el día de la boda de Charlize. Las cuatro hermanas estaban ayudando a la más joven a prepararse para desfilar por el pasillo de una humilde vicaría hasta el altar.

Sutherland, aunque era un duque importante, le había concedido el capricho de tener una ceremonia íntima y pequeña.

Tristan se portaba demasiado bien con ella. Charlize era muy consciente de que había hecho muchas cosas mal en el pasado, sin embargo, la más destacable fue no apreciar a ese hombre en todo lo que la valía.

Había pasado una semana desde que todo saliese a la luz, desde que los condes de Ross y Luff los pescasen delinquiendo en la salita de recibir visitas. Los sentimientos de ella, los de él… Todo era muy intenso. Siete días dónde se comportó como el más atento de los pretendientes, invitándola a dar paseos por Hyde Park, con Freyja ejerciendo de carabina, salidas al teatro, y no para ver a las cantantes de ópera, sino obras del maestro Shakespeare.

Tristan fue especialmente tierno cuando le aseguró que ellos vivirían un final muy épico que en nada se asemejaría al de Romeo y su Julieta.

Oh… si ella tuviera la certeza de que fuese así…

Era una auténtica cobarde. No quería privarse de ese hombre tan afable, bueno y atento, de tal modo que no le había contado ni una sola palabra sobre lo que sucedía. Y tuvo un impulso muy grande de hacerlo cuando llegó a su casa una nota anónima dirigida a ella en la que le recordaban que el mundo estaba lleno de secretos. Fue un texto en clave, aunque Charlize no necesitaba la firma de la persona que envió esa misiva para saber de quién se trataba. Todo Londres especulaba y se mostraba sorprendido por el interés de Sutherland en ella porque el duque había dejado muy claras sus inclinaciones. Le había pedido a Tristan una boda íntima, y

también que no se publicase un anuncio previo en el periódico, porque le pareció oportuno utilizar la licencia especial que él poseía y le gustaba tener cierta intimidad sobre ese asunto.

Con Rendow acechando en las sombras y con Sutherland haciéndola suspirar en la luz y…

¡Qué desastre!

Estaba aterrada, porque no le había confesado su desliz y no quería hacerlo. La sola idea de perder a Tristan… ¡No quería arriesgarse! Y, sin embargo, era muy consciente de que estaba ocultándole algo demasiado importante que podría arruinar la felicidad de los dos.

—¿Nos estás escuchando? —la voz de Cleopatra la trajo al presente.

—Claro que sí. Tú estabas felicitándome por haberte apartado de un bobo que no te merecía y te disponías a darme un beso en la mejilla por haberte llevado hasta el señor Gilmore, el mejor esposo que yo encontré para ti. Caliope estaba a punto de hacer algo muy similar, aunque ella es más de abrazar que de besar. En cuanto a Freyja… Bueno, ella estará regocijándose de aquí hasta el día de su juicio final porque se dio cuenta de que Sutherland y yo seríamos una pareja envidiable. ¿Me he dejado algo? —preguntó, mientras las miraba a las tres con una sonrisa en el rostro.

—Eres odiosa. Y no me arrepiento de haberle dicho a tu duque que te hiciese sufrir antes de llevarte al cielo cuando vino a buscar mi aprobación —terció Cleopatra—. Sabes que me enfadé muchísimo contigo la temporada pasada por meterte de lleno en mis asuntos, por haber apartado a un pretendiente que yo misma elegí, y tienes el descaro de restregármelo por la cara esperando a que te lo agradezca. —Charlize levantó una ceja—. ¡Maldita sea, Char!, ¿cómo lo haces siempre para salirte con la tuya haciendo cosas que sabes que no están bien, y que al final te demos las gracias?

—Ya era hora, Cleopatra. Te ha costado, pero tu agradecimiento por fin ha llegado. Sé que soy la mejor de tus queridas hermanas en cuanto a orquestar casamientos apropiados se refiere. Te perdonaré el descuido de haber acortado mi nombre, porque tus palabras me han llenado de orgullo, pero no lo vuelvas a hacer.

—¡Eres imposible! —terció Cleopatra, actual vizcondesa Wars.

—Gracias —apuntó la inminente duquesa de Sutherland con satisfacción.

—Y ahí está nuestra vieja Charlize —tomó la palabra Freyja—. Agradeciendo cumplidos que no lo son en absoluto.

—Tal vez no haya madurado tanto después de todo —sostuvo Caliope, marquesa de Moreland.

—Lo que es indiscutible es que hice de Freyja una condesa, luego convertí a Caliope en marquesa y logré que Cleopatra fuese una vizcondesa. Os he posicionado muy bien a todas, y al final, seré yo la que me convierta en duquesa. Incluso sin esperar superaros, lo he conseguido hacer.

—Tan humilde como siempre —observó Freyja—. Al menos en eso no has cambiado, Charlize. Sutherland estará contento, tendrá a su lado una digna duquesa capaz de alzar la ceja para hacer su santa voluntad. Aidan está convencido de que te mima demasiado.

—Dudo mucho que Aidan considerase que un hombre pudiese mimarme demasiado. Más bien, opino que esas han debido ser tus palabras y que tu esposo ha debido decir que Sutherland tendría que bajarme la luna para hacer algo que estuviese a mi altura. ¿Me equivoco?

—Dijo que tendría que detener el movimiento del sol y entonces él sería digno de ti —farfulló Freyja con desgana.

—Ingenioso. Tienes suerte, Freyja. Te has casado con un hombre que vale su peso en oro. No menos afortunadas lo son Caliope y Cleopatra. Magnus caminaría sobre brasas ardientes si su marquesa así lo decretase, y el esposo de Cleopatra se dejaría atar a la cama si ella decidiese que así lo querría presentado en el lecho.

—Madre del amor hermoso, Charlize… —volvió a comentar Freyja—. Comienzas bien una exposición, pero a medio camino te tuerces. ¿Por qué diantres ataría Cleopatra a Joseph Ethan al lecho?

Charlize agitó los hombros.

—Hay amantes que consideran que la privación del movimiento de sus parejas es… excitante. ¿Qué opinas tú, Cleopatra? —Charlize había averiguado, con la ayuda de un gran número de bombones, que el esposo de esa hermana en concreto disfrutaba del uso de las cuerdas en sus relaciones íntimas. Sabía que estaba siendo terrible al poner a Cleopatra en esa tesitura, aunque no podía negar que era gracioso verla completamente avergonzada.

—Hablemos mejor de lo enamorada que está Charlize de Sutherland. —La sugerencia no nació de Cleo, sino de la propia Freyja, quien se había dado cuenta de que esa hermana de la que Charlize hablaba estaba azorada y sonrojada. Algo de verdad debía haber ahí, y ella le preguntaría luego en confidencia qué era eso de las cuerdas, porque imaginarse a Aidan en medio del lecho, completamente a su disposición sin que él pudiese… ¡Cielos! Sí que sería excitante.

—Lo estoy. Absurda, completa y locamente enamorada de él —aseveró con naturalidad Charlize. Esa revelación dejó en la estancia un silencio extraño. Las tres hermanas estaban con la boca abierta debido a su admisión—. ¿Qué? ¿Hubieseis preferido que dijese que me caso porque ardía en deseos de convertirme en duquesa? Si él fuese un herrero, lo seguiría

hasta la muerte, desafiaría a cualquiera para estar con él. Y eso hubiera incluido a Aidan.

—¡Dios santo! —exclamó Caliope.

—¡Ángeles del cielo! —le tocó el turno a Cleopatra.

—Os lo dije —afirmó orgullo Freyja—. Charlize estaba enamorada del duque, lo que sucedía era que no se había dado cuenta todavía.

—Reconoce que estás igual de sorprendida que nosotras, Freyja —la obligó Cleopatra.

—Lo que realmente me ha dejado asombrada es el hecho de que Charlize haya dicho que no le hubiera importado desafiar a mi esposo por Sutherland. Somos las tres muy conscientes de que ella no suele mover un dedo sin preguntarse antes si Aidan lo aprobaría.

No hubo más tiempo para seguir charlando. Un golpe sobre la madera las interrumpió. El conde de Ross y Luff apareció en el marco de la puerta.

—Sutherland debe estar preguntándose si Charlize ha entrado en razón y lo ha dejado plantado frente al altar. Por lo que si esto es así, podríamos regresar todos a Luffgarden y celebrar la sabia decisión de vuestra hermana.

—¡Dios santo, Aidan! —habló Freyja—. Cualquiera diría que mi hermana pequeña se casa con Belcebú. ¡Se trata de tu mejor amigo! No deberías hablar así de él.

—Sí, bueno… O salimos ya hacia la discreta vicaría en la que se casará con Charlize, sin que nadie más lo sepa…

—Mi amor —lo cortó Freyja—, sabes tan bien como todas, que Sutherland solo está cumpliendo los deseos de Charlize con respecto a la boda. Ella no deseaba un gran boato ni tropecientos desconocidos admirándola —lo regañó.

—No lo entiendo —tomó la palabra él—. Juro que creía que te conocía bien, Charlize, pero de pronto no sé si lo hago. Eliges a Sutherland cuando te has pasado buena parte de vuestra relación machacándolo sin descanso. Has logrado ser duquesa, eso significa que estarás incluso por encima de mi condesa en la escala social, y no has querido demostrarle a la aristocracia hasta donde has llegado por méritos propios. Te juzgaron cuando Rendow trató de manchar tu reputación, era el momento de tu venganza, de demostrarles que eres…

—Aidan… —lo interrumpió Charlize, mientras las tres hermanas se apresuraban a salir de la habitación donde la habían ayudado a vestirse, pues sabían que se avecinaba un momento de ternura entre los dos—. Cuando sucedió lo de Rendow, no pensé nunca que podría tener la esperanza de encontrar a un hombre que borrase de un plumazo el daño que él me causó.

Todos estos años no me atreví a soñar con que Sutherland podría considerarme como algo más que la molesta pupila de su mejor amigo. He estado pensando detenidamente en mi actitud con respecto a él durante el tiempo que hace que lo conozco. Pudiese ser que solo se me ocurriese molestarlo para que él se fijase en mí. No sabía cuán desesperada estaba por ser amada por Tristan, hasta que descubrí cuán desesperada estoy por amarlo. De entre todos de los que podría haberme fijado, te aseguro que no hay ninguno mejor que él. Desde que te conocí, valoré a todos los hombres manteniendo tu medida. Nadie te había superado, Aidan, pero Sutherland, si no lo ha hecho ya, está a punto de hacerlo. Lo amo. Lo deseo. Lo quiero con una intensidad que nada podrá hacer que me aparte de él. No lo merezco, lo sé bien, y mi egoísmo es de tal magnitud, que me casaré con él para que no pueda escapar de mí nunca —terminó ahí su exposición, porque hablar más, podría hacer que se traicionase y acabase contándole su secreto.

El conde de Ross y Luff la observó con atención. Las lágrimas no derramadas brillaban en sus ojos. La contempló. Era una mujer, no una niña. El vestido de muselina, de un tono parecido a un melocotón maduro, la hacía verse espléndida.

Le dio un beso en la mejilla y luego le ofreció el brazo.

—No podría entregarte a nadie a quien no amases. Me he mostrado algo… difícil, con respecto al pretendiente que aceptaste, pero era porque no estaba seguro de la intensidad de tus sentimientos. Sí, Charlize. Sutherland es un gran hombre, tal vez incluso sea mejor que yo mismo a tus ojos y no puedo deprimirme ante esa consideración. Quiero que seas feliz. Lo he querido desde que os conocí a cada una de vosotras. Freyja me robó el corazón, el alma y el cuerpo. Fui su esclavo desde que la sostuve en mis brazos para evitar que tuviese una peligrosa caída desde lo alto de una escalera mientras limpiaba unas viejas cortinas o algo por el estilo. Acepté amarla hasta el final de mis días porque sería el mejor trabajo de toda mi vida, uno que realizo con mucho gusto. Juré proteger todo lo que ella amase, y ahí entrasteis las tres. Tú siempre nos has necesitado más que tus otras dos hermanas y te tomé un cariño especial. Freyja apunta a que eres algo parecido a una hija para mí. Mi condesa ve las cosas antes de que yo lo haga y no se equivoca en esto tampoco. Echaré de menos nuestras interesantes conversaciones, tus ocurrencias para ejercer de casamentera, nuestras partidas nocturnas de ajedrez, pero estoy satisfecho. Sé que serás feliz, al igual que lo son Freyja, Caliope y Cleopatra. Hoy es un gran día también para mí, mi pequeña y endemoniada Archer.

—Te quiero, Aidan.

—Yo también. —Los dos se dieron un último abrazo y luego salieron en busca del novio, quien Aidan sabía que estaría hecho un manojo de nervios.

Unos minutos más tarde, en una vicaría perdida y sencilla, el duque de Sutherland por fin vio llegar a su prometida. Respiró aliviado, pues con ella uno no sabía nunca a lo que atenerse y con un retraso importante, Tristan comenzó a temerse que hubiese podido cambiar de idea sobre la boda.

Estaba preciosa. Una ninfa con los ojos soñadores y burlones que lo miraba con admiración también.

Aidan la acompañó hasta el altar y se la entregó sin problemas. Sutherland había esperado un poco más de reticencia, tal vez fuese porque estaban sus hermanas, los esposos de ellas y los niños, pero el conde de Ross y Luff lo miró a los ojos y asintió mientras le entregaba a Charlize para que la amase, cuidase y le hiciese el amor. ¡De acuerdo! Esa última consideración era cosa de Tristan.

—Puedes echarte atrás si no estás seguro —le dijo ella en un susurro. Se sentía como un fraude, incapaz de hacer lo correcto.

—Llegas media hora tarde, ya pensé que tendría que buscarte por medio Londres y obligarte a venir aquí para cumplir nuestro destino. Te seguiré hasta el fin de mundo siempre, Charlize. Esa es la promesa más solemne que te hago.

—No olvides nunca, Tristan, que yo te amo infinitamente. Tardé en darme cuenta, pero por ti, correría hasta el infierno y desafiaría a cualquier monstruo, y si me lo permites te lo demostraré cada día de nuestra vida. Ese es mi juramento para ti. Por favor, nunca olvides estas palabras —insistió— aunque sientas que te haya herido.

El ministro de Dios que estaba frente a ellos carraspeó.

—No hemos llegado todavía a esa parte de la ceremonia, y si no me permitís empezar, creo que no lo haremos nunca.

—Por favor, señor Trevolone —así se llamaba el vicario—, comience para que pueda besar a mi duquesa lo antes posible.

—Esto es la casa del señor. Usted es un duque y puede que esté por encima de las leyes del hombre, pero no sobre las del Creador. Recuerde que debe guardar la compostura —lo avisó, al ver la mirada con la que Tristan recorría a Charlize. Ella se rio con ligereza ante la regañina. El buen hombre carraspeó de nuevo y la miró a ella para llamarla al orden.

—Lo siento —se disculpó Charlize.

—Bien. Comencemos —apuntó el servidor de Dios para luego iniciar el matrimonio —: Queridos hermanos, estamos hoy aquí reunidos para…

# Capítulo 9

Su matrimonio no empezaba bien. Sutherland había visto llorar a Charlize tanto, que dudaba que fuesen lágrimas de felicidad tal y como ella le había repetido hasta la saciedad.

Cierto que sus hermanas también habían derramado tantas lágrimas que los caballeros no sabían ya si estaban en un funeral o en una boda, pero lo de su nueva duquesa era muy preocupante…

Durante el sencillo festejo que se dio en la nueva casa donde la hermana pequeña iba a residir, en el hogar de Sutherland, se sirvió un elegante menú compuesto por cuatro platos y a continuación se dio paso al pastel nupcial. La duquesa de Sutherland no probó casi bocado.

—¿Estás bien? —le preguntó con suma preocupación el duque.

A ella la estremeció percibir ese tono por su parte. Se preocupaba por su bienestar. Iba a estar bien con él si superasen el presente día… O mejor dicho, la noche.

—No he sido más feliz en mi vida. —Los ojos de ella seguían rojos por haber llorado tanto.

—Es comprensible que estés nerviosa, Charlize. Si quieres nos retiraremos pronto, la familia puede quedarse y disfrutar de nuestra hospitalidad. Estoy seguro de que no se enfadarán si te sientes cansada y necesitas… —comenzó a afirmar un tanto inseguro de sus conjeturas.

—No te preocupes. Mis hermanas y sus maridos me conocen bien, podríamos retirarnos ahora mismo y no dirían una palabra en contra nuestra.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, Tristan.

—Muy bien.

Sutherland se levantó de la mesa y le tendió la mano a su esposa.

—¿Qué? ¿Vamos a bailar? —inquirió Charlize con media sonrisa, al tiempo que se ponía de pie.

—No. Vamos a retirarnos —le aseguró. Luego contempló el fastuoso comedor y le dijo al resto—: Mi duquesa ha tenido una mañana intensa y es mi obligación procurar que descanse y se tranquilice. Así que, si nos disculpáis… —Acto seguido se pegó a su esposa y la cogió en volandas. Ella emitió un gritito ante la sorpresa.

—Maldita seas, Sutherland —masculló Aidan.

—¿De qué te quejas, amigo mío? Ella me pertenece ahora y solo Charlize tiene legitimidad para desafiar mis dictados.

—No es eso… —Aidan tenía que acostumbrarse a que Charlize fuese una mujer que intimaba con su marido, sin embargo… ¡le costaría mucho asumirlo!—. El asunto es que me has hecho perder diez libras.

—¿Qué? —Sutherland, que estaba a punto de desaparecer por la entrada del comedor se dio la vuelta con su duquesa en los brazos.

—Aposté a que podrías aguantar al menos media hora más antes de… desaparecer misteriosamente. Y hubiese podido perder todavía más dinero, porque de discreta, tu salida, no tiene nada —desveló Aidan.

—¿Quién ha ganado pues? —El duque comprendía que los caballeros habían apostado sobre su aguante a la hora de ir a su habitación con su recién estrenada duquesa.

—Yo —expuso el marqués de Moreland, el esposo de Caliope—. Dije que sería inmediatamente después del pastel de bodas.

—Felicitaciones, aunque el ganador indiscutible soy yo —apostilló el duque, al tiempo que contemplaba con intensidad a Charlize.

Su duquesa se acurrucó mejor sobre el pecho de él y entrelazó los brazos por el cuello masculino. Parecía que todo Tristan estaba creado para ella, porque encajaban a la perfección.

La pareja retomó su salida y una vez en las escaleras la duquesa de Sutherland habló:

—Magnus se veía muy satisfecho de sí mismo, pero lo que no sabe es que yo he desplumado a mis hermanas. He ganado treinta libras.

—¿Qué apostaste con ellas? —se interesó el duque.

—Les aseguré que te importaría un rábano tener invitados, que me sacarías de escena en cuanto lo decidieses.

—Eres astuta, Charlize, porque sé bien que me has inducido a actuar del modo en el que sabías que lo haría. —No mentía, él había planeado retirarse media hora después de haber servido el pastel porque le pareció lo apropiado. Aidan lo conocía muy bien, y había sido Charlize la que señaló que nadie se molestaría si desaparecían.

—Por supuesto que te he animado para que nos marchásemos.

—¿Vas a decirme lo que te sucede? No es propio de ti llorar, y menos hacerlo tanto como lo has hecho.

—No tengo suerte, Tristan. Ni un poco de ella y por ello es por lo que estoy muy apenada.

Tristan dejó de caminar de inmediato. Faltaban unos pasos para llegar hasta la habitación ducal.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo? —inquirió con cierta vulnerabilidad.

Charlize le sonrió y le acarició la mejilla.

—Tú eres lo único de lo que no me arrepentiré jamás —lo tranquilizó.

—¿Quieres esperar a la noche?

—Ni un minuto más, Tristan —confesó, confiando en que nada se interpusiera entre los dos jamás.

—Bien.

Los duques de Sutherland atravesaron la puerta de la alcoba.

En ese momento, Charlize escudriñó en su corazón. Ellos, al fin unidos… Siempre había sido Tristan, pero ella no se había atrevido a lanzarse. La visión de su futuro estaba clara, más que cualquier cosa que hubiese sucedido antes. Todo el futuro que podían cosechar juntos se presentó ante ella.

Juntos.

Felices.

Navidades y pascuas con toda la familia.

Un sol siempre guiando su vida. Nada de sombras, sin mentiras u ocultaciones de la verdad. Charlize iba a desvelar el último velo que caía sobre ellos y esperaba poder afrontar el problema con la valentía que la había rehuido hasta el momento.

—No hay manera de evitarlo —dijo Charlize en cuanto la dejó en el suelo, para después ir hacia la cama—. Puede que yo no sea lo que querías, había mujeres que te decepcionarían menos, en cambio te he unido a mí para siempre. No pude resistirme más, Tristan, tienes que comprenderlo. Dios sabe que traté de hacer lo mejor para ti…

Cielos, él no decía nada mientras ella hablaba. ¿Eso era bueno o malo? ¿Estaba imaginando lo que trataba de explicarle?

La duquesa no se atrevió a darse la vuelta. Tiró de la colcha y las sábanas para abrir el lecho nupcial.

—Soy imprudente, siempre lo he sido. Me crie en el campo, con cuatro hermanas sobreprotectoras a las que me empeñaba en enfadar para demostrarles que no era una niña. Luego llegué a la ciudad y me sentí libre, como si tuviese toda la experiencia del mundo para tratar con quien fuese y cuando fuese. Estuve tan equivocada… Lo único que puedo ofrecerte es mi devoción completa si finalmente me aceptas.

—Charlize…

—Pero no hay forma de puedas escapar o huir. Estamos casados. —La duquesa hizo una pausa, estaba sosteniendo una almohada en la mano, pero sin girarse a mirarlo todavía—. No tienes otra opción, Tristan, porque no te la he dado y no me avergüenzo de ello. Lo siento. No puedo hacerlo. Quiero ser honesta contigo de ahora en adelante.

—Soy un hombre, Charlize, y espero que no lo hayas olvidado, pero soy un duque, así que no hago nunca nada que no desee. Llevo esperando por ti mucho tiempo.

En ese momento, ella se volvió y colocó la almohada como si fuese un escudo, la apretaba tanto que él se compadeció de la angustia de una joven inocente.

Tristan se acercó hacia ella, le cogió la almohada de sus manos y la tiró a un lado, en el suelo.

—Tristan —lo llamó—, me casé contigo porque te amo.

Esas palabras eran música para sus oídos. No se cansaría jamás de escucharlas. El duque de Sutherland no podía recordar que ninguna de las amantes que había seleccionado tan cuidadosamente le hubiese ofrecido esa confesión. Se dio cuenta entones que su historia con las

demás mujeres resultaba muy insatisfactoria y frustrante.

El duque depositó una de las manos femeninas entre las dos suyas.

—Estoy locamente enamorado de ti, Charlize Dankworth, duquesa de Sutherland, mi esposa.

La dama se quedó en silencio durante un tiempo, luego tomó una bocanada de aire.

—¿Estás seguro? —preguntó Charlize.

—Sí.

—¿Seguro, Tristan? Porque puede que ponga a prueba lo que acabas de decir dentro de muy poco.

Él le sonrió. Solo eran los nervios de una virgen a punto de consumar su matrimonio.

—Sí. —El duque le levantó la mano y apretó el dorso contra la mejilla de ella—. Estoy seguro. Lo descubrí hace algún tiempo, ya te lo dije. Te he perseguido con cuidado, siempre esperando que ningún otro llamase tu atención.

Ella le movió la mano y se la llevó a los labios para besársela.

—Estoy preocupada, Tristan. Te digo que te amo y comprendo que es una frase muy corta que no es capaz de transmitirte la magnitud de mis sentimientos. Puedo repetirla tantas veces como sea necesario, de aquí hasta que me muera cada hora. Te amo. Te amo. Te amo…

Tristan la envolvió entre sus brazos y fue la mirada de él la que la hizo silenciarse. Sus ojos se veían feroces, más que los de un lobo.

—Sé que me amas y estoy seguro de yo lo hago. No hace falta que me lo digas, solo quiero que me lo demuestres, tanto como yo planeo hacer contigo.

—Siempre… —Orgullosa de él, enlazó sus brazos alrededor de su cuello.

Ella sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo.

—Creo que tienes frío, Charlize. Es mi obligación calentarte yo mismo. Me tomaré muy en serio mis atribuciones como esposo. Espero que toleres mis ansias de preocuparme y ocuparme de ti personalmente.

Ella le sonrió.

—Me gusta muchísimo esa idea.

Tristan colocó las manos en su cintura y la pegó contra su pecho con la finalidad de comenzar a desabotonar su precioso vestido de muselina que casi lo hizo ponerse de rodillas cuando la vio entrar en la vicaría.

Se sentía pletórico. Era suya al fin. Había estado esperando mucho tiempo para tenerla, para que le perteneciese por completo. Ante Dios se juró que la cuidaría y protegería sin reservas, con honestidad, utilizando todos sus recursos, los materiales y su propio cuerpo en caso de ser necesario.

—El otro día rompiste mi ropa, y no es una queja, pero hoy te percibo muy competente con los botones y los lazos, eso sí es una queja, Tristan.

—Ninguna significó nada —aportó, sabiendo a lo que Charlize se refería.

Le desabrochó el último de los cierres, aunque quedaba algo que no le estaba permitiendo sacarla de su cautiverio, así que rompió un pedazo del vestido.

Luego empujó la tela hasta la cintura y las caderas y finalmente la ayudó a quitárselo por completo. La dama se quedó con la fina camisola y el duque se fijó en que el material era transparente, podía ver sus pezones endurecidos, oscuros.

—Me siento como uno de mis bombones, Tristan.

—¿Cómo? —preguntó sin despegar la vista de ella. Él incluso había dado un par de pasos atrás para contemplarla mejor. Solo quedaba un sencillo envoltorio y la anticipación lo tenía al límite.

—A punto de ser devorada.

—Te voy a comer, amor, pero te prometo que lo vas a disfrutar. Quítate el última pieza de ropa, Charlize —le ordenó con fiereza.

Su petición la sintió como algo oscuro que la llenó de placer. Charlize cogió la camisola por el borde y se la sacó por la cabeza, quedándose desnuda.

La mirada del duque vagó, llena de hambre, de sus pezones endurecidos hasta la dulce curva de sus caderas, para detenerse en el triángulo de color ámbar oscuro que tenía entre las piernas.

Tristan esperaba no tener la boca abierta, aunque posiblemente así sería y lo más seguro era que estuviese babeando. Fue consciente de su posible incomodidad cuando la vio estremecerse por completo.

—Lo siento, estoy siendo desconsiderado, te he dicho que te calentaría y estás pasando frío solo por el placer que me da contemplarte. ¿Por qué no te metes en la cama? Azuzaré un poco el fuego y estaré en un momento contigo.

Ella asintió y Tristan se dio la vuelta, para dirigirse hasta la chimenea y echar un par de troncos. Luego se sentó sobre una silla junto al fuego y procedió a quitarse las botas. Terminó ese proceso y comenzó a quitarse la ropa mientras mantenía la mirada fija en la de su duquesa, quien yacía acurrucada entre las sábanas de seda, con el cabello suelto sobre sus hombros, pues se había quitado ella misma las horquillas mientras él se desnudaba.

Tristan la encontraba perfecta. Digna para que un pintor capturase su esencia, la belleza que había entre ver amor y sentir pasión con solo una mirada dirigida a los ojos de esa hermosura que era su duquesa… ¡formidable!

La palabra «mía» clamaba con fuerza en su interior.

—¿Te gusta lo que ves, amor? —preguntó con orgullo el duque.

—Yo… ¿Quieres que deje de observarte? Podría hacerlo, pero… —En realidad no sabía si sería capaz de dejar de admirarlo. Era la primera vez que veía a un hombre y estaba disfrutando de un ejemplar sublime. Todo en él era espectacular.

Grande.

Fuerte.

Hermoso.

Le ofreció una sonrisa lobuna. Una que inevitablemente decía algo como: «Adelante, Charlize, disfruta de lo que tienes. Soy tuyo».

Así que la nueva duquesa de Sutherland aceptó su invitación. Su mirada se centró en sus amplios hombros y su abdomen esculpido en mármol, pero rápidamente se interesó en sus partes más privadas. Charlize sintió que sus mejillas estaban coloreadas.

—¿Algo sobre lo que quejarte, amor? —se burló él al verla avergonzada.

—Estoy sorprendida. No debería, porque eres un duque grandioso y aunque no eres de un tamaño inmenso, todo en ti es admirable, así que eso —dijo en alusión a su gran erección — tenía que ser tal y como lo es. —Había sentido su virilidad días atrás, cuando su hermana y Aidan los sorprendieron, entre sus piernas, pero sentirlo y verlo eran dos cosas muy diferentes.

—¿Formidable? —se atrevió a cuestionar mientras se ponía a su lado en la cama, para que lo viese de más cerca.

—Mucho más que eso —dijo embobada.

Charlize estiró una mano, vacilante. Sentía una tremenda curiosidad. No era inocente, y sin embargo lo era, porque comprendía que lo que sucedió con el bastardo del barón años atrás fue algo apresurado e insustancial. Tristan iba a abrirle una puerta para desvelarle todos y cada uno de los secretos que compartían los amantes esposos.

—¿Puedo tocarte?

—Deseo que me toques, duquesa mía.

Se colocó en una mejor posición para que ella pudiese maniobrar sin complicación. Estaba tan duro que sentía una terrible tensión. Seguro que no había estado tan erecto y bien dispuesto con ninguna mujer hasta que llegó por fin la adecuada.

Charlize lo tocó con la punta de un dedo. Lo acarició como si fuese una caricia producida por el aleteo de una mariposa, desde el eje hasta la pequeña abertura por la que había escapado una pequeña gota de humedad.

El cuerpo de Tristan sintió todo el dolor del deseo explotando por cada rincón. Lo escuchó gemir.

Ella tenía ganas de echarse a llorar. No había visto al maldito Rendow, pero estaba segura de que no podía haber comparación posible entre los dos.

—Eres demasiado grande… ¿Estás seguro de que podré…?

—Sí —afirmó, antes de que ella completara la pregunta.

—Imagino que no hará falta que todo…

—Sí —volvió a anticiparse a la suposición de ella.

—¿Todo? —repitió Charlize.

Tristan entró en la cama y se colocó a su lado, con el fin de que ella se quedase tendida junto a él.

—Seré paciente. No tienes de qué preocuparte. Iré lento, tanto como lo necesites y si en algún momento quieres detenerme, solo tendrás que decirlo y lo haré de inmediato, amor.

Oh. ¡Cómo le gustaba el apelativo con el que la llamaba! Lo había escuchado muchas veces en boca de Aidan cuando se refería a Freyja, pero en ese momento era Tristan diciéndoselo a ella. Y no solo eso. Tristan la tranquilizaba, porque su inquietud era muy grande.

Grande como su tamaño. Grande como su secreto.

El duque se acercó a ella y la atrajo a su cuerpo, sobre su pecho, mientras sus brazos la envolvían en un manto que prometía ser cálido y protector. Oh, ella tenía ganas de creer en esa promesa tácita, pero no estaba segura de atreverse. Todavía no.

—¿Todo bien, amor?

Ella asintió. Y él comenzó a inclinarse para besar su cuello. Le dio un mejor acceso cuando ladeó la cabeza y se estiró.

Tristan lo sintió como una invitación. Sabía que no lo rechazaría. Su pequeña guerrera valiente… Estaba seguro de que les iría muy bien juntos.

Del cuello, los besos se desplazaron hasta la oreja, pasando por su elegante y hermosa clavícula. Su mano derecha estaba ya en el seno de Charlize, así que no tardó demasiado en dirigir su boca hasta ese lugar que tanto adoraba. Mientras amasaba uno con la mano, besaba el otro, disfrutando del aroma a lirios de la piel de Charlize. Engulló las puntas enhiestas y ella jadeó y gimió su nombre.

El duque no había previsto que las reacciones de su mujer lo llevarían a la locura. Tenía que haberse aliviado antes de… ¡Dios! Era fantástica en cada una de sus reacciones y solo del pensar que ella acabaría gritando su nombre…

¡Cielos!

¿Qué había más placentero y mejor para un esposo que escuchar a su amante esposa llamarlo llena de lujuria?

La tendió sobre su espalda y se posicionó con delicadeza sobre ella, para luego dejar de amamantarse con sus senos y comenzar a lamer y degustar su vientre.

—Tristan… —se alarmó ella, al detectar el trayecto que él estaba tomando.

El duque se detuvo y apoyó su barbilla sobre su ombligo para mirarla desde esa posición.

—No quiero que olvides esto nunca, Charlize. Pretendo hacerlo placentero para ti. Mucho más que bueno, no te quiero vergonzosa, ni cohibida. Quiero escuchar todos y cada uno de los sonidos que harás. Esos que tantas veces me han vuelto loco cuando te comías un bombón, porque yo voy a degustar tu… *bombón.*

Ella asintió. Confiaría en él. Cuando sintió su mano recorriendo su muslo derecho suspiró, llena de deseo y anticipación.

Llegó hasta su destino y Charlize se contuvo en saltar de su agarre, aunque él ya había anticipado la reacción que ella podría tener y la sostuvo con firmeza por las caderas, así que, de igual manera, no hubiese podido escapar.

—Confío en ti, Tristan —le dijo, por si necesitaba escucharla.

—Lo sé.

El duque inició la danza con los dedos, separando sus delicados pliegues con la yema del pulgar, presionando solo un poco en su canal. Charlize gimió:

—Tristaaaan —lo llamó, sin saber lo que estaba pidiéndole.

El duque le separó las piernas para acomodarse mejor entre ellas y decidió probarla al fin. Extendió toda la lengua sobre su centro y Charlize arqueó su espalda contra las sábanas con ese primer contacto. Tristan no le dio tregua, la provocaba con movimientos rápidos, otros más lentos, incluso con pequeños golpes que propinaba sobre su nudo de nervios.

¡Dios! Podría alimentarse de ella durante el resto de su vida. Sus pechos era sublimes, pero su sabor… Era dulce, con ese pequeño toque picante que lo volvería loco si se olvidaba de anclarse a la tierra cada vez que le hiciese el amor.

—Tan perfecta… —susurró sobre su sexo mientras sus dedos lo ayudaban con el trabajo.

—Sí —gimió ella, cuando el primer dedo entró en su cavidad mientras su lengua seguía lamiéndola sin descanso.

Las sensaciones eran gloriosas, tanto como las del otro día en que Tristan le descubrió el auténtico placer sin la vergüenza de haberse permitido descarriarse.

Se avecinaba, estaba llegando. Charlize cerró los ojos, agarró en un puño las sábanas y gritó, sin contención. Y a Tristan le encantó escucharla, porque se la veía desquiciada.

Él también jadeó. Su virilidad palpitaba, exigía atención. Una que no podía seguir negándole o acabaría lleno de dolor.

Cuando ya no pudo esperar más, Tristan chupó los últimos resquicios del placer derramado por su esposa y trepó por su cuerpo.

—¿Puedes seguir, amor?

—Siempre, mi duque —canturreó Charlize con una sonrisa en el rostro y los ojos soñolientos.

Tristan afianzó su posición, manteniendo su peso en los brazos, y apoyó su dura y palpitante virilidad en la abertura femenina. No se atrevió a entrar. Todavía no. Se limitó a mecer las caderas de un lado a otro, acariciando donde sabía que ella seguiría todavía sensible.

Necesitaba tranquilizarla, porque en cuanto Charlize lo sintió en ese lugar, se había tensado tanto como las cuerdas de un arpa.

—Tristan, por favor, no me odies… —rezó a modo de plegaria, pues sabía que era la hora de la verdad.

—Jamás, amor mío.

Estaba en casa. Al fin sabía el lugar al que pertenecía. El duque no podía ver más allá de ella. Estaba haciendo el amor, el amor con su esposa. Con Charlize. Ninguna como ella…

Nada como ella…

Al fin. Por fin estaba con Charlize. Con ella. Ella. Suya. Suya… ¡Suya!

Era tan hermosa, tan delicada como una rosa, tan valiente como sus espinas le permitían.

La volvió a sentir resbaladiza. Ella estaba lista, y gracias a Dios por eso, porque no podría aguantar mucho más.

—Por favor, Tristan —susurró, clavando las uñas sobre su espalda—. No me hagas esperar más, por favor…

La mano de Tristan bajó para agarrar su dura cresta y colocarse con certeza en su entrada.

—Dime que quieres esto, Charlize. Dime cuánto me necesitas *aquí*. —Presionó su masculinidad sobre su entrada con mayor fuerza.

—Mucho, te necesito ahora… Ahora, Tristan. —Estaba en medio del delirio.

—¿Solo a mí, Charlize? ¿Siempre a mí? Dime que me quieres. —No le importaba si sonaba como un ruego. Era de vital importancia escuchárselo decir.

Los ojos de su duquesa se abrieron, sus manos dejaron de apretarse contra su espalda y le acarició la nuca.

—Tristan, en mi corazón solo has estado tú. Solo estarás tú. Te lo juro.

Se sintió como un dios del Olimpo mientras comenzaba a empujar en su interior.

Seguro.

Arrogante.

Excitado.

Enamorado.

Estaba húmeda, pero tan apretada… No podía evitarle el dolor. Era el regalo que él debía recibir de ella. Lo que se sentía casi glorioso para él seguro que estaba lastimándola a ella.

Tristan percibía como si estuviese llevando a cabo un trabajo hercúleo. No trató de hundirse por completo pese a que eso era lo que su cuerpo necesitaba hacer. En lugar de sucumbir a su cruda apetencia, avanzó con envites sutiles cautos y constantes.

—¿Te hago daño?

—Es incómodo, pero estoy bien.

—Una palabra y me detengo, Charlize. Esto resulta ser el cielo para mí, pero no lo será para ti.

Ella se echó a llorar. Y antes de que él pudiese preguntar o tratar de salir de su interior, Charlize enrolló las piernas a su alrededor y lo obligó a hundirse hasta la empuñadora.

—¿Estás loca? —gruñó, sintiéndose culpable por haber disfrutado de la acción tan temeraria de su esposa.

Tristan estaba completamente quieto. La veía con los ojos inundados en lágrimas.

—No pares, amor mío. Esto es lo que debió haber sido, es así como tuvo que haber sido… Te amo, te amo… Lo siento, lo siento… —repetía ella una y otra vez.

—Charlize… —la llamó, para ver si comprendía el problema porque no entendía nada. ¿Tanto daño le había hecho al terminar de reclamarla?

—No pares, Tristan —insistió—. Haz que esto sea único, especial, nacido del amor. Solo nuestro. Para siempre. Y nunca, nunca me odies… —imploró para luego volver a estallar en un gran sollozo.

Él trató de separase de ella, pero Charlize lo mantenía agarrado tan fuerte, que no pudo escapar. Lo peor fue que con la intención de retroceder, recordó el placer tan excepcional

que estaba sintiendo antes de que su esposa comenzase a lloriquear y lo obligase a terminar lo que se propuso hacer de modo paciente.

Bien. Tristan decidió atajar los problemas de uno en uno. Su cuerpo estaba en llamas, y si no atendía la necesidad, acabaría muy frustrado. Ella precisaba también de un empujón nuevo hacia el paraíso.

Comenzó a moverse.

Dentro. Fuera.

Dentro. Fuera.

Una danza certera, primero con atención, pero cada vez con mayor exigencia. Luego llevó una mano hasta donde su cuerpos estaban unidos. La tocó en el lugar apropiado. Haciendo pequeños círculos con un par de dedos mientras coordinaba el movimiento con los impulsos de sus caderas. La respiración de Charlize comenzó a volverse irregular, sus gemidos denotaban que estaba disfrutando de sus atenciones.

Los gemidos y suspiros de su duquesa se hacían más fuertes y su espalda se arqueaba con inquietud. Lo estaba matando y si ella no alcanzaba la gloria deprisa él…

«Se paciente», se decía a sí mismo. Era lo que había tratado de hacer. Lo cumpliría. Charlize llegaría antes que él a la cúspide.

La escuchó atento.

—¡Tristaaaaan! —gritó su placer a todo pulmón.

Entonces, y solo entonces, él terminó de ser paciente. Alcanzó el clímax de un modo que lo rompió, incluso perdió el control y comenzó a empujar profundamente, con fuerza, como si fuese un macho salvaje en celo que no veía más allá de sus propias necesidades. Ella lo mantenía apresado, sus uñas lacerando la carne de sus hombros.

Nada se sintió jamás tan formidable.

Glorioso.

Erótico.

Crudo.

Tan malditamente único que cuando se dio cuenta de lo que hacía, con últimas palpitaciones de su clímax todavía propagándose dentro de él, ya fue tarde para comprender que

ella no merecía semejante trato por su parte. Había dejado de ser amable y gentil para transformarse en un hombre salvaje, empujando duro y sin medida.

Ella no merecía eso.

¡Dios!

Charlize estaba llorando de nuevo. Deberían azotarlo.

—Lo siento —se obligó a disculparse.

—Por amor del cielo, Tristan, no te disculpes, solo perdóname, por favor, perdóname… —volvía a rogar.

—Charlize… de verdad, no seré así la próxima vez. Puedo controlarme, te lo juro. Solo… No sé qué me ha pasado —se excusó.

Comenzó a prodigarle besos por todo el rostro. Ella lloraba cada vez más fuerte. Él maldijo en su interior. Seguía todavía dentro de ella.

Decidió salir del cuerpo de su esposa con la mejor de las intenciones, con atención para no lastimarla más. Era momento de atenderla, de adecentarla y averiguar si la había *roto*. La había utilizado de un modo abominable. Deberían colgarlo por los pulgares del palo más alto de Londres, además de azotarlo con una fusta.

Se levantó de la cama y buscó la jofaina. Lo había dejado todo preparado para después de consumar el matrimonio. No había contado en que lo harían con la luz del sol entrando por las ventanas.

Regresó a la cama con el agua y un paño de lino en la mano. Charlize estaba echada, con las manos tapándose el rostro. Lloraba sin descanso.

—Oh, Tristan… Fui una cobarde. Tendría que habértelo dicho, pero no pude, no quise hacerlo por si me apartabas… Tienes que entenderme. Me enamoré de ti por completo y no quise arriesgarme. Y ahora sé que te he decepcionado. Te he perdido… —decía ella entre sollozos.

—Por favor, mi amor. Te prometo que nunca más te dolerá… —Hundió el paño y lo pasó sobre su sexo. Había restos de él y de ella. Una combinación excepcional. Estaba deseando terminar con su labor para volver a meterse en la cama, abrazarla y darle todo su cariño. Le había dado su lujuria y era momento de afianzar su relación de otro modo más sentimental.

Frunció el ceño. A continuación miró su virilidad.

Sin sangre.

Revisó el agua y el paño.

Limpios salvo por trazas de su semilla y del néctar de ella.

—¿Charlize? —preguntó inquieto. Tenía una sensación horrorosa que ella tenía que ahuyentar.

—Lo siento… —Ella se quitó los brazos de delante del rostro y se incorporó para echarse a sus brazos.

—¿Qué es lo que sientes? —indagó sintiendo un nudo en la garganta.

—Te lo tenía que haber dicho, lo sé. No me atreví, no pude porque sabía que esto me separaría de ti para siempre. Dime que me equivocaba, dímelo, mi amor. Solo tienes que decirme que me amas y te creeré. Todo saldrá bien si me dices que así será.

Tristan Charles Dankworth cerró los ojos.

No necesitaba preguntar nada más. No se atrevía tampoco, porque aunque no precisaba confirmación de ningún otro tipo entendía lo que ella le estaba explicando. Las palabras mientras habían hecho el amor las comprendió también de golpe.

Se quedó ahí, quieto, sintiendo su corazón latir desbocado mientras ella lo abrazaba con fuerza y seguía llorando. La ira atravesaba cada parte de su cuerpo. Tristan estaba digiriendo una noticia que no había esperado recibir el día de su boda. La noche de bodas, pese a que la tarde no había hecho más que llegar, no estaba resultando como él creía. Finalmente ella se durmió en sus brazos, debido al llanto y al esfuerzo de haberse amado.

Horas más tarde, cuando Charlize escuchó que la puerta de la habitación se cerraba con suavidad, se incorporó en la cama y se descubrió sola.

Escuchó pisadas por fuera, en el pasillo, y se dio cuenta de que Tristan estaba marchándose. Así que se levantó a toda prisa, cogió la bata de seda de su marido para cubrir su desnudez y… el infierno se desató.

Su vida como mujer casada no pudo empezar peor de lo que lo hizo.

# Capítulo 10

Charlize salió de los aposentos de su esposo y todo le sobrevino como si acabase de recibir un doloroso golpe directamente sobre su corazón.

Se había dormido en sus brazos, lo había escuchado susurrar palabras de ánimo, algo como «todo irá bien, mi amor». Así que lo creyó y se abandonó a un sueño que no había sido reparador. Al despertar, Tristan no estaba a su lado, de tal modo que eso no podía ser bueno. No. Nada estaba saliendo bien, sino todo lo contrario.

Se apresuró a correr tras los pasos de su marido. Se quedó anclada cuando lo vio coger su sombrero, los guantes y la capa. Ella figuraba en lo alto de la escalera, como si estuviese viendo un sueño desde arriba.

¡Tristan se marchaba de casa en plena noche! ¿Qué hora sería? Tarde, demasiado tarde para los dos.

Los ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—¡Tristan! —lo llamó, justo cuando él agarró el pomo de la puerta. Charlize sentía las piernas pesadas, las rodillas muy flojas, como si no pudiese soltarse de la balaustrada.

Él se dio la vuelta y la contempló desde su posición. No había signos de ninguna emoción en su mirada. Se limitó a observarla y luego, sin decir ni una sola palabra, se dio la vuelta y salió por la puerta.

—¡No, no, no! —gritó ella a medida que comenzaba a bajar las escaleras de dos en dos—. ¡No te vayas! Te lo prohibido, Sutherland —exigió como si al usar el título de él le fuese a hacer más caso—. ¡Regresa con tu esposa ahora mismo! —chilló más enérgica mientras sus pies volaban sobre la alfombra roja que recubría los escalones. Pero él no había vuelto a entrar en casa, se había marchado.

En uno de los pasos, la tela de la bata se abrió y como le venía más larga de lo que a Tristan le quedaría, pisó el dobladillo, por lo que comenzó a caer rodando por el último tramo de las escaleras.

Cuando llegó al suelo, abrió los ojos y le quedó un suspiro para volver a llamar a su esposo.

—Tristan… —usó su nombre antes de que todo se volviese negro.

No supo cuando tiempo pasó, pero despertó de la inconsciencia. Alguien la llevaba en brazos. La cabeza le ardía. Abrió los ojos pero solo había sombras.

Recordaba un golpe, dolor… no solo físico. Su esposo saliendo por la puerta…

—Tristan… has vuelto por mí, sabía que lo harías.

—Su Gracia, no hable, el doctor no tardará en llegar —le dijo el mayordomo de la casa.

Los gritos de la duquesa habían despertado al personal, y aunque los sirvientes eran discretos, el señor Forsy, la máxima autoridad de los empleados de Sutherland, tuvo que echar un ojo por si se requería de su ayuda o presencia. Ver a la esposa del duque en el suelo, desmayada, no fue un plato de buen gusto.

Dio la voz de alarma y mandó al primer lacayo que se asomó ante sus gritos a buscar al galeno. De tal modo que Forsy la estaba transportando de nuevo a la cama.

Charlize levantó la mano y le acarició la mejilla al sirviente. Su mirada no era capaz de enfocar correctamente

—No eres él. —Con el taco lo supo de inmediato. No eran las mismas líneas. Además tampoco olía como él. A bergamota y un poco de almizcle—. ¿Dónde está Tristan?

—Me temo que no lo sé, Su Gracia. El duque ha debido salir.

—Manda a alguien a avisar a lord Ross y Luff de inmediato —logró decir, antes de volver a caer en las más oscuras tinieblas.

Tristan la había abandonado, no había esperanza. Charlize había cometido un error imperdonable años atrás cuando permitió a Rendow salirse con la suya, pero era muy consciente de que el golpe de gracia se lo había dado ella misma por no haber sido sincera con su esposo antes de casarse.

Sutherland debía sentirse traicionado. Una esposa que no fuese virgen no valía nada. El maldito barón se lo había avisado y consideró que el amor que sentían Tristan y ella sería lo bastante fuerte para soportarlo.

No lo era.

No lo fue.

Sutherland la repudiaría. Aidan haría un escándalo. Los dos amigos se distanciarían por su culpa y si eso fuese lo más grave que ocurriese, Charlize podría estar tranquila.

No.

El conflicto no terminaría ahí. Su tutor trataría de averiguar la verdad de lo sucedido y cuando se diese cuenta de la barbarie que ella había cometido, la despreciaría y también la apartaría para que no contaminase a la pequeña Mary Jane.

Era el fin. Todo se había acabado.

Con el corazón roto, sintiéndose lo peor del mundo, no quería volver a abrir los ojos.

Escuchaba muchos sonidos a su alrededor. El llanto de una mujer. ¿O era ella misma la que lloraba por el futuro que supo que desperdició tres años atrás cuando fue una incauta con Rendow?

Podría ser, porque aquella Charlize que se negó a llorar, tenía que saldar una deuda.

Unas manos la tocaban, algo frío sobre su piel. Solo quería dormir, pero la molestaban.

Llantos, cuchicheos y lamentos. La obligaron a recostarse sobre la cama. Había cojines a su espalda. El agua le tocó los labios y abrió ligeramente los ojos.

—Aidan… —susurró nada más lo reconoció.

—Estoy aquí, Charlize. Freyja y yo te cuidaremos. Descansa pequeña… —recomendó.

—Quie…ro ir a ca…sa —logró decir con mucho esfuerzo—. Llevad…me a Luffgar…den. Llevadme ahora, por fa…vor… —suplicó, antes de volver a quedarse dormida.

Los ojos del conde se posaron en los del médico. No tenía valor para buscar la mirada de Freyja. No solo Charlize estaba sufriendo, su esposa estaba consumida por la agonía más extrema. Desde hacía un par de días, cuando se presentó en la puerta de su casa el mayordomo de Sutherland para informarle de que la duquesa de Sutherland había sufrido un percance y que se le requería con urgencia en la casa…

Salió en plena noche con su esposa a su lado. Los niños se quedaron con la niñera.

Ninguno de los dos se había separado del lado de una magullada Charlize que no

había dado señales de despertar hasta ese mismo instante.

—¿Podemos llevárnosla a la finca de campo? —le preguntó el conde al médico que acababa de examinar a la hermana pequeña de su esposa.

—No tiene nada roto, pero…

—Le he hecho una pregunta sencilla, doctor. ¿Sí o no?

—A veces ayuda en la recuperación tomar en cuenta los deseos de los pacientes. Mi recomendación es que esperen un par de días más y la trasladen con sumo cuidado, el carruaje deberá ir despacio. Su Gracia no tiene nada roto, como ya les dije, pero el golpe que recibió en la cabeza me preocupa todavía.

—De acuerdo. Nos iremos en dos días.

—Aidan —lo llamó su esposa—. No podemos hacer eso, Sutherland se volverá loco si aparece y ella…

—Más le vale estar muerto, Freyja —la frenó el conde.

La condesa se secó las lágrimas con el nuevo pañuelo que su marido le acababa de tender y no dijo una palabra más. La ira con la que había hablado Aidan sería capaz de congelar el infierno más ardiente.

—Tengo que atenderla, Aidan —le dijo, mientras veía al médico guardar sus instrumentos en el pulcro maletín—. Ve abajo, descansa un poco, me reuniré contigo en un momento y decidiremos lo que es mejor para ella.

—Iré para que te ocupes de ella, mi amor. Bajaré y me serviré una copa. Será una celebración porque por fin ha abierto los ojos y eso es muy buena señal. —Buscó la mirada del galeno para ver si él daba su aprobación a su diagnóstico y el buen hombre asintió—. Te esperaré para servirte un trago y que festejes las buenas noticias conmigo, tu esposo, pero no decidiremos nada, Freyja. Charlize quiere ir a casa y la llevaremos allí en cuanto sea prudente —la avisó.

El conde se acercó para echarle un último vistazo a Charlize y contuvo su rabia. Se veía tan pequeña, tan vulnerable… Si por él fuese la sacaría de esa casa de inmediato.

Unas pocas horas al cuidado de Sutherland y él no se había ocupado de ella en absoluto. Charlize estaba sola. No podía imaginársela, en el suelo, tal y como dijo el mayordomo que la encontró, después de que él lo presionara para que le contase la situación.

Era hora de que tuviese una conversación con Freyja. Su esposa había pasado un par de días igual de infernales que Charlize. Era momento de explicarle la situación.

Media hora después, mientras él revisaba los papeles de Sutherland en busca de alguna pista sobre su paradero, la condesa de Ross y Luff entró en el despacho del duque para reunirse con él.

Aidan se levantó del asiento donde su amigo debía pasarse largas horas trabajando, se acercó al decantador de licor y le sirvió una copa de brandy tal y como le había dicho que haría. Luego cerró la puerta para que no pudiesen escuchar su conversación. Él había asumido la dirección de la casa frente al personal del que hasta el momento había sido su mejor amigo y nadie se atrevía a cuestionar su autoridad.

—¿Estás más tranquilo, Aidan?

—Sí y no. Por un lado tengo esperanza, ella ha despertado y ha dicho lo que quiere, pero no. Temo que pueda haber una recaída y es por eso por lo que no me atrevo a llevármela de inmediato de aquí.

—Ella le pertenece a Sutherland —le advirtió con suavidad al conde.

—¿Crees que le permitiré tenerla después de lo que ha ocurrido?

—Es su esposa, Aidan.

—Sí, para amarla, cuidarla y protegerla. No ha hecho ninguna de las tres cosas.

—Pero…

—No, Freyja. No vuelvas a decir que estás segura de que habrá una explicación plausible que nos ofrecerá cuando regrese. No. Quiero irme de inmediato, no solo porque ella necesita regresar a Luffgarden para terminar de reponerse, sino porque si Sutherland aparece, las cosas entre los dos se pondrán muy feas. La última pelea que tuve con él será solo una pequeña e insignificante disputa, te lo garantizo.

—Yo lo vi, Aidan. Vi el modo en el que la miraba, es exactamente como tú lo haces conmigo.

—De nuevo te equivocas, ningún hombre mirará a una mujer del mismo modo que yo lo hago contigo —aseveró, y la mirada que le ofreció le dejó muy claro que ella no podía rebatir su afirmación, pues en sus ojos había adoración, amor e infinidad de pasión.

—Confieso que es Charlize la que entiende de estas cosas. A ella le basta con echar un vistazo y ya sabe si el resto de sus hermanas serán felices con sus parejas.

—Porque os conoce bien.

—Por eso mismo te digo que debe haber una explicación coherente para todo este desaguisado. Charlize se conoce muy bien. Os escuché, Aidan. La oí decirte que tú eres la medida con la que compara a todo hombre y que si Sutherland no estaba a tu altura todavía, poco le faltaría para sobrepasarte. Ellos están enamorados.

—Escúchame, Freyja. Presioné al mayordomo para que me lo contase todo.

—¿Qué es todo, exactamente? —inquirió con cautela.

—La noche en la que vino a buscarnos, Sutherland se marchó mientras tu hermana corría por los pasillos rogándole que se quedase. Por lo visto hubo algún tipo de desacuerdo entre los dos. Como puedes suponer no se quedó. Y mientras él la dejaba atrás, ella se cayó por las escaleras.

—Es un accidente y…

—¡El día de su boda, Freyja! —levantó la voz sin querer. Su condesa se estremeció por la ira que había en su voz—. Discúlpame. Tú no tienes la culpa de nada y no he debido alzarte el tono. Es toda esta situación… Por Dios, Freyja. La dejamos a su cargo y unas pocas horas después vinieron a mi casa, de madrugada, para informarme de que Charlize estaba herida. ¡No se despertaba!

Freyja dejó el vaso que él le había dado sobre la mesa más próxima. No había probado el licor. No podía hacerlo ni para templar los nervios. Se acercó hasta su esposo y lo abrazó con fuerza.

—Sé cómo te sientes, Aidan. Ella está bien. Estará bien, tiene que estarlo. Es fuerte, y sé que si Sutherland es culpable de alguna afrenta, mi hermana no se irá hasta enfrentarlo. No te fustigues más, no tienes la culpa de esto.

—Dios, Freyja… cuando la vi tendida en la cama… —la voz de Aidan se quebró.

—Lo sé, mi amor. Me sucedió lo mismo. Pensé lo peor. No se movía, estaba tan pálida y luego la enorme magulladura de su rostro… Pero no está muerta. No lo está. Mi hermana es una Archer, hemos cambiado de apellido por los matrimonios, pero somos Archer. Fuertes, tercas y podemos con todo y con todos.

—Lo sé, Freyja. Lo sé… Todas sois grandiosas, pero tú, mi amor… Te amo tanto. No te lo digo con suficiente frecuencia. Por favor, no me des jamás el mismo susto que Charlize. No soportaría enfrentar cualquier problema si tú no estás a mi lado.

—No te dejaré, Aidan. Eres todo lo que siempre quise y nunca llegué a soñar conseguir.

—Quiero hacer el amor, Freyja. Te necesito ahora. —No mentía. Habían sido dos días de agonía constante. Era necesario consolarse, que su esposa lo ayudase a olvidarlo todo.

—¿Aquí? —preguntó escandalizada.

—Oh, sí. Será sobre la mesa del estúpido Sutherland. No me importa si aparece y declara que el mismísimo Dios le encomendó una misión divina en las Cruzadas y…

—¿Todavía se hacen Cruzadas? —lo interrumpió.

—¿A quién le importa? —preguntó sobre los labios de su esposa, al tiempo que se apresuraba a desatarle los botones de la espalda—. Le confié a Charlize y él no la protegió ni la cuidó cuando debió haberlo hecho con su propia vida. Hacerte el amor sobre su mesa no es suficiente castigo para lo que le haré cuando lo encuentre.

Ella le echó las manos al cuello para abrazarlo. Estaba con los senos al aire ya.

—Prométeme que no harás ninguna tontería, Aidan. Eres valioso para esta familia.

—No pondré mi vida en peligro por ti, Freyja, pero no me faltan razones para retarlo a duelo, tal y como temes que haga.

—No lo harás, porque como me des un solo motivo de preocupación, te prometo que te daré una lección que no olvidarás jamás.

—Por el momento tienes mi palabra de que me conformo con hacerte el amor sobre la pulcra mesa de él. Eso sí, te colocarás en cada una de las posiciones que se me ocurran y luego finalizaremos la ceremonia de perversión contigo encima de mí, con mi trasero desnudo encima de su silla. Me montarás y me harás olvidar el infierno que hemos pasado. Hoy es un día de celebración, y no se me ocurre mejor manera de festejarlo que bebiendo el fantástico brandy del bastardo de Sutherland y hacerle el amor a mi esposa lleno de lujuria en su despacho.

—No hables más, Aidan. Te necesito. Que Dios se apiade de mi alma corrupta, quiero hacer cada una de las cosas que has dicho y muchas más. Celebremos la vida, nuestro amor. Te amo, te amo tanto que me pregunto si alguna vez dejará de dolerme y estremecerme cada vez que pienso en ti.

La boca del conde cayó sobre la de su esposa mientras sus manos recorrían con frenesí todo su cuerpo.

Después de dos días en los que Charlize vio mejorada su salud pero empeoró su estado de ánimo, la familia se trasladó a Luffgarden. No había señales de vida de Sutherland. El conde tendría que conformarse con su pequeña venganza producida en el ducal despacho del que fuese su mejor amigo hasta que Charlize sufrió daño.

# Capítulo 11

Estaba hundida. Si cuando aconteció el suceso con Rendow ella creyó que su vida se acababa y se obligó a ser fuerte, con Sutherland era todo lo contrario. Sabía que su vida sería triste pero longeva, y que por más empeño que le pusiera nunca podría recuperarse.

Se dio cuenta tarde de todo lo que Tristan le hacía sentir, pero una vez descubierto lo vivió con intensidad. Y había sido tan corto, tan efímero… La culpa la tenía ella. Solo ella.

Charlize era muy consciente de lo mal que se había portado con él. No había confiado en sí misma, y en él. Se lo tenía que haber contado. Era del todo lógico suponer que Tristan se sentiría estafado en cuanto comprendiese lo sucedido.

No podía culparlo por cómo reaccionó. Charlize también se consideraba bastante vengativa y cuando alguien la traicionaba, sencillamente podía otorgar el perdón, pero jamás olvidaría la afrenta.

Lo sucedido con Tristan le había dado una sabia lección que trataría de no olvidar: la sinceridad era fundamental cuando se amaba.

Ese era el motivo principal por el que Charlize se encontraba transitando por el jardín interior de Luffgarden. El lugar donde Freyja trabajaba en sus rosales.

Habían pasado mil días desde su caída. De acuerdo, no eran tantos, pero Charlize los sentía como si fuese una eternidad.

En cuanto llegaron a su hogar, ella se sintió más fuerte, era allí, en Luffgarden donde todas las hermanas se recuperaban cuando tenían problemas. Caliope se quedó embarazada y dado que los primeros meses de su estado fueron complicados, se trasladó allí para mejorar. Y vaya sí lo logró. Las tierras de la casa de campo que pertenecieron a sus padres eran curativas, al menos para las cuatro hermanas.

Esa mañana se había despertado físicamente un poco mejor, aunque su estado emocional era un desastre. Así que le hizo caso al médico que siempre las había tratado y se levantó de la cama en el momento en que comprendió que su cuerpo así lo demandaba.

Estaba dando un agradable paseo con Aidan. Iba sujeta por su brazo y él se veía como si ella fuese una recién nacida que estaba aprendiendo a caminar, porque se le apreciaba muy ansioso por si se tropezaba y se caía.

—No voy a romperme. Por favor, no estés tan tenso —le pidió.

—Para ti es fácil decirlo, no has tenido que enfrentarte a una situación como la que me has hecho pasar.

—Es por eso por lo que quería hablar contigo en privado. Tengo que explicarte las cosas para que comprendas que Sutherland…

—No, Charlize. Ya he tenido esta discusión con Freyja. Le he prometido a mi esposa que no lo llamaré para que se reúna conmigo en el campo de tiro, pero eso no quiere decir que no lo busque para pedirle explicaciones en cuanto aparezca. —Aidan había contratado a un investigador privado para que diese con su paradero, pues parecía que al duque se lo había tragado la tierra—. Y no, Charlize, no comparto la disposición de tu hermana sobre no haber involucrado al resto de la familia y contarles lo negligente que ha sido tu *esposo* —masculló la palabra con rabia— contigo.

—Escúchame antes de sacar conclusiones precipitadas —se avanzó ella—. Mi hermana ha hecho bien en no hacer partícipes al resto de mis hermanas. Caliope está embarazada de su segundo hijo, y Cleopatra del primero. Yo estoy bien y nada bueno saldrá de airear más mis problemas.

—Pero…

—Aidan —lo interrumpió—. Escúchame pacientemente, te lo ruego. Cuando termine de confesar todos mis pecados, podrás dar tu opinión, y rezo a Dios para que seas comprensivo y entiendas mejor el punto de vista de Sutherland porque él no es el monstruo que supones.

—Está bien. Trataré de permanecer callado, pero hablaremos sentados en aquel banco, a la sombra. No has cogido de nuevo tu bonete y Freyja no quiere que te salgan más pecas de las que ya tienes.

—¡Si no tengo apenas!

—Mi esposa dice que has dejado de usar el jugo de limón y que te están volviendo a brotar.

—Freyja se preocupa demasiado por todo.

—¿Mi condesa está al tanto de lo que vas a contarme?

—Un poco.

—Habla claro, Charlize.

—Le he dado un par de pistas que creo que ha comprendido. Esto es muy violento para mí, Aidan, pero necesito que me comprendas y hagas gala de tu increíble inteligencia. No quiero que te armes como mi paladín y salgas de Luffgarden para matar a mis dragones.

—No mataré a tu esposo, aunque tal vez lo mutile un poco —sentenció con una seriedad que hizo que Charlize suspirase. No parecía estar bromeando.

Llegaron hasta el banco de piedra y ambos se sentaron, el uno junto al otro. Sobre ellos había un gran sauce que daba sombra, aunque el día no era demasiado caluroso se agradecía su protección.

—No lo digo solo por Sutherland.

—¿A quién más debería dejar sin un par de piernas?

—No vas a desmembrar a nadie, Aidan.

—¿Quieres que corte un par de orejas? Freyja me contó que a Rendow pretendías… —Aidan dejó de mirar al frente y se centró en ella.

El pasaje al que iba a eludir el conde incluía a cuatro hermanas Archer secuestrando, en un jardín oscuro, a un villano, y Charlize sacó un puñal con el que dijo que quería cortarle una oreja al barón. De pronto comenzó a atar cabos. No tenía todas las piezas, pero si Sutherland no era el único al que él tendría ganas de mutilar sin compasión, solo le quedaba otro en la corta lista de nombres que habían agraviado a Charlize.

No había nadie más a quien Aidan tuviese que afrontar en nombre de Charlize…

—No digo en vano que eres la persona más inteligente que conozco, Aidan —apuntó ella, mirándolo directamente a los ojos.

—Tú dices que soy la persona más inteligente después de ti —la rectificó.

—Pues me acabas de superar porque veo que tu cabeza está trabajando a toda prisa para juntar las piezas de este desagradable juego que empecé antes de conocerte.

—Antes de conocerme, sí, pero por muy poco. —Él estaba cada vez más seguro de sus suposiciones y trataba de mantener la calma. La línea temporal la tenía muy clara en su cabeza. Mientras él estaba conquistando a su condesa, Charlize se enfrentaba a Rendow, así que ella sí había tenido razón al decir que todo ocurrió antes de conocerlo.

—Debes entender que es muy vergonzoso lo que voy a desvelarte, así que, por favor, si en algún punto de la narración sientes deseos de gritarme, zarandearme o…

—Me contendré —dijo con firmeza—. Habla de una vez —la urgió inquieto.

Ella suspiró.

—Verás. Había cumplido dieciocho años cuando Freyja al fin me permitió llegar a Londres…

—Maldita sea —la interrumpió—. Sabía que sería Rendow.

—¿Vas a dejarme hablar o no me permitirás que te cuente la historia?

—¿Para qué, Charlize? No puede ser peor que lo que estoy imaginando —dijo desquiciado, al tiempo que se ponía de pie.

Ella le agarró la mano y lo obligó a volver a sentarse.

—Escúchame, por favor. No puedes hacerte una idea de lo que me ha costado decidirme a ser sincera contigo. —Él asintió—. Bien, cuando llegué a Londres me creía más lista que todo el mundo, incluso que los caballeros. Vi a Rendow y lo quise de inmediato. Estaba decidida a tenerlo a cualquier precio. Ay, Aidan… Yo me creía perfecta en aquel momento. No una belleza consumada, pero sí bastante bonita, excesivamente inteligente y… Sobra decir que fui tonta, muchísimo. Estaba tan convencida de mi valía, que solo podía pensar en la suerte que Rendow tenía conmigo. Me sumergí en la temporada, vi a mis rivales femeninas y decidí que yo era la mejor de todas ellas.

—Puedo imaginar que así fue, y afortunadamente has ido cambiado —concordó él.

—Eso espero, pero no creas que no he metido la pata hasta el fondo hace poco. Atiéndeme. No sé en qué estuve pensando mientras veía a Rendow como a un príncipe encantado con el que me fugaría en caso de hacer falta. Yo sería la primera de las cuatro en casarme con un apuesto y sofisticado caballero que sabía mucho de la sociedad en la que se movía. Me gustaba la idea de ser casamentera ya por aquel entonces, así que me imaginé guiando a mis hermanas con facilidad siendo baronesa.

—Pero tú estabas destinada a convertirte en duquesa —dijo con suavidad.

—Eso he comprobado.

—Te arruinó, Charlize. Puedes ir al grano. Se llevó tu reputación y todos creímos que Rendow lo dijo para forzar tu mano —concluyó él al ver que ella no se centraba en el asunto importante.

—No es blanco o negro, Aidan. Nos besamos…

—Te sedujo… —murmuró con angustia.

—No me quitó nada que yo no le entregase voluntariamente, Aidan —apuntó con honestidad—. Di por supuesto que nos casaríamos, que él estaba tanto o más enamorado que yo, y cuando los besos comenzaron y las caricias tentaron, no pude ni quise privarme de satisfacer lo que mi cuerpo…

—Por amor de Dios, Charlize… No lo justifiques, él era un hombre experimentado que sabía bien lo que se hacía. Te sedujo y luego no vaciló en exponerte ante todo el mundo. Eres buena, lo admito, Charlize. Nos hiciste creer a todos que eran mentiras sin fundamento, pero él sí que dijo la verdad cuando te calumnió. Él había conseguido de ti todo lo que se propuso.

—No. Yo tenía dieciocho años, era joven, arrogante y estúpida, pero dame un poco más de crédito. Si no hubiese querido llegar hasta el final con él, no lo hubiese hecho. Perdonaste a mi hermana Freyja cuando supiste que ella cometió un error en su juventud con otro hombre, ¿no lo harás conmigo, Aidan? Y no —insistió ella antes de que él respondiese—. Rendow no logró todo lo que pretendía porque no me casé con él ni lo hice aunque hubiera podido cuando regresó. Eso sí que lo sé ahora. Sutherland me proporcionó un escudo perfecto, pues el barón me persiguió cuando regresó de su improvisado destierro y me hizo saber que pensaba resarcirme de todo. Se propuso y tuve un momento de debilidad, uno muy pequeño, en el que temí volver a ser débil. Lo superé, porque tu amigo, Tristan, mi esposo, me mostró lo que es el amor.

—¡No quiero oírte decir eso de Sutherland! —la amonestó.

—Ahora escucharás la segunda parte de mi historia —le advirtió ella. Él suspiró, aunque no se opuso, así que ella continuó—: Siempre he dicho que no había ningún hombre como tú.

—Eso es porque no existe —apuntó con arrogancia.

Ella rodó los ojos.

—Me deshice de Rendow porque la amante de Sutherland, una cantante de ópera llamada Ophelia, mantenía un idilio con el hombre que aseguraba que me amaba. Descubrí justo a tiempo el engaño gracias a Tristan, tu amigo, que fue un protector para nosotras antes de que tú llegases a Londres. A él lo escuché hablando con Ophelia sobre que la había pescado en la cama con otro caballero.

—Pero el mal ya estaba hecho, cuando descubriste la traición de Rendow, ¿me equivoco?

—Sí. Yo ya había sido débil, aunque gracias a Sutherland pude evitar un mal mucho peor. Casarme hubiese sido un desastre para mí. ¿Imaginas lo que hubiera ocurrido si no hubiese descubierto la clase de hombre que era Rendow? No creo en que los libertinos se rediman. Al barón le agradan demasiado las mujeres y si volvió a por mí e insistió en que me casase con él, fue, y estoy segura de lo que voy a decirte —precisó—, porque soy la única a la que considera que no logró cautivar. Es por orgullo por lo que me persigue.

—Dios… Tuviste que habérmelo dicho y yo…

—No, Aidan. No te podía poner en peligro, te conozco demasiado bien, al igual que a él.

—Sigue contándome —la animó.

—Sobra decir que me asedió para que me casase con él y lograr poner la mano sobre mi gran dote hasta que Sutherland se libró de él y lo mandó lejos. Antes de que desapareciese, me convenció de que yo era una mujer echada a perder, rota, mancillada, material de segunda clase…

—Podría matarlo…

—Sé que lo harías, pero no lo harás. Bien. Entonces, cuando yo fui consciente de que jamás podría casarme si no era con él, acepté estar sola durante el resto de mi vida. Rendow no iba a quitarme el poder de elegir aunque fuese verdad todo lo que dijo acerca de mí. Y había perdido la esperanza de que tanto Freyja como yo misma pudiésemos mirar con la cabeza alta hacia el futuro. Entonces ocurrió, llegaste tú, Aidan, y me devolviste la ilusión. Mi hermana se había entregado a alguien a quien no estaba destinada y tú, no solo la perdonaste, sino que veo cada día cómo la colmas de amor, cómo la valoras, cómo… ¡Dios! ¿Cómo no iba a admirarte, Aidan? Me diste esperanza, y cuanto más te conocía más te admiraba. Deseaba que apareciese otro hombre como tú, que me amase con intensidad, que me lo diese todo sin reservas, sin importar lo que yo hubiese hecho antes…

—Y llegó mi mejor amigo. Sutherland no podía ser tan diferente a mí, si yo era su contraparte —conjeturó él.

—Sí. Pero era un duque que jamás se fijaría en la hermana pequeña de Freyja, así que me limité a hacerme notar. Rendow me quitó mucho, pero también me dio otras cosas, como sabiduría. Nunca podría tener a Tristan, él buscaría a una esposa adecuada cuando se casase, no a una joven caída en desgracia cuyo secreto había salido a la luz pero nadie consideraba cierto.

—¿Por eso lo fastidiabas a cada rato? ¿Para llamar su atención?

—Un poco por todo —alegó con sinceridad—. Me gustaba verlo resoplando y gruñendo por mi culpa. Ya sabes, la endemoniada Charlize atreviéndose a molestar a un duque

como Sutherland…

—Sí, no pudiste resistirte.

—No —confesó ella—. Me diste un susto de muerte cuando decretaste que Sutherland sería mi esposo. Y luego cuando hablé con él en aquel carruaje, sentada en su regazo… —recordó embelesada por el modo en el que lo había admirado.

—¿Disculpa? ¿Qué carruaje? ¿Qué regazo? —saltó inquieto.

Charlize hizo un aspaviento.

—Tonterías. No son detalles importantes. Oh, Aidan… Me puse tan celosa de mi propio plan para casarlo… ¡Quería cortarle el pelo a lady Victory y escupirle cada vez que miraba a Sutherland para sonreírle. Y gracias al cielo que la viuda no apareció, porque contra ella no hubiese podido competir. —La duquesa levantó las manos e hizo un gesto para aludir a los hermosos pechos que tenía la segunda opción que eligió para que Tristan se casase.

—Son demasiado grandes para mi gusto. Los de Freyja son perfectos, tienen el tamaño ideal para que los sostenga y los… —Charlize carraspeó para detenerlo. Él hizo lo mismo—. Por favor, sigue con tu relato.

—Nunca le conté a Tristan lo que le entregué a Rendow y cuando lo descubrió…

—No estuvo contento —razonó él.

—No, nada contento. Creo que se siente traicionado y… estafado. Me casé con él sin que supiese la verdad sobre mí. Se marchó sin decirme una palabra y yo fui tras él para evitarlo. Ya había salido por la puerta cuando me caí. ¿Entiendes ahora por qué Tristan no es culpable de nada?

—Comprendo que estás enamorada…

—Oh, lo estoy mucho y nunca dejaré de amarlo —le confirmó.

—Aunque te mueva el amor y lo consideres inocente, no lo es.

—¿No?

—No. Hizo sus votos ante Dios y su deber prioritario eres tú. Te ha fallado a ti y no solo a ti.

—¿Te consideras estafado también? —preguntó con suavidad.

—Sí. Y él pagará por sus errores. Tú consideras que lo has hecho por los tuyos, pero Sutherland no es como Rendow, tiene más integridad y sentido del honor, y por lo tanto no puedo medirlo con la misma vara que al maldito barón, así que su pecado es más grande de lo que crees.

—¿No podría yo estar disgustada contigo porque antes de proponerle matrimonio a mi hermana, trataste de convertirla en tu amante?

—¿Cómo has averiguado eso? —preguntó con la boca abierta.

—Lo fundamental es que todos nos equivocamos y tenemos que asumir las consecuencias. Sutherland merece más de lo que ha obtenido. Te aseguro que lo amo con todas mis fuerzas y pienso demostrárselo.

—¿Cómo? —preguntó inquieto.

—Liberándolo de mí. Tienes amigos en la corte legal, también en el Parlamento. Necesito que nuestro matrimonio se…

—¡No! —se opuso Aidan. Ella suspiró—. Ni divorcio, ni anulación.

—O lo uno o lo otro. Sabes que Sutherland lo merece y no vamos a ponerle…

—¡No sabes lo que dices! —la interrumpió—. Cualquiera de las dos cosas hará que lo que sufriste con Rendow sea un cuento de hadas. No podré protegerte, Charlize. Nadie se relacionará contigo, y en caso de hacerlo, el resto de la sociedad se lo hará pagar caro a quien te dirija incluso la palabra.

—Sé lo que supondrá y por eso he tomado una decisión.

—¿Seguir casada con Sutherland hasta que yo lo enderece y le haga comprender que si te hace sufrir, deseará la muerte?

Ella lo abrazó desde su posición. Él estaba de frente y ella se quedó de lado, con los brazos rodeando a su tutor.

—Te quiero tanto, Aidan… —murmuró. Él le dio un par de palmaditas sobre las manos. Hubo un momento de silencio muy plácido. Luego Charlize continuó hablando—: Quiero hacer cosas diferentes, el mundo no puede ser tan pequeño y tan estrecho de miras como marca la sociedad de Londres. Hay más ahí fuera. Te dejaré a cargo de todo, harás lo mejor para Sutherland y yo recorreré Europa, conoceré otras culturas y a otras personas interesantes. Y cuando termine de disfrutar de Europa, puede que viaje a los Estados Unidos de América. Dicen que es el nuevo mundo.

—No quiero que te marches, Charlize. Freyja tampoco lo soportará.

—No puedo quedarme aquí sabiendo que encontré el verdadero amor y lo perdí. Rendow fue fácil de superar, ahora me doy cuenta, pero te aseguro que Tristan… A él no lo olvidaré mientras viva y no quisiera hacerlo.

El conde suspiró cuando ella se separó de él.

—¿No olvidas algo, Charlize?

—¿Qué podría ser?

—Dices que Sutherland ha averiguado que no guardaste tu virtud a buen recaudo y me ha quedado claro que lo hizo sin que tú se lo confesases de viva voz.

—Así ocurrió. —La conversación no podía ser más incómoda, pero era necesaria.

—¿Y si resulta que hay un bebé en camino, Charlize? —preguntó, imaginando que la pareja habría llegado hasta el final, aunque no estaba seguro de eso.

Ella se llevó las manos al vientre. Con Rendow fue un suplicio hasta que sus días de mujer llegaron y pudo descartar un embarazo. Con Sutherland rezaría a todo dios, religioso o pagano, para poder conservar un pedazo de él.

—No ocurrió la primera vez y esta no será diferente —sentenció.

—Si algo he aprendido de la vida, Char, es que las cosas nunca salen como deseamos.

Ella le sonrió.

—Solo una vez le permití a alguien acortar mi nombre, pese a que lo detestaba.

—Tenía que ser el maldito Rendow también, ¿verdad? ¿Era él a quien le concediste permiso para llamarte Char? —Ella afirmó con la cabeza.

—Tú serás el único al que se lo permitiré de ahora en adelante.

—No. Ya me lo has dicho y no quiero hacerlo. Eres Charlize Adelaida Archer, una mujer fuerte.

—Volveré a serlo en cuanto sepamos cómo arreglar el desaguisado en el que estoy —apuntó ella, sin corregirlo, pues por matrimonio ese apellido ya no le correspondía.

Aquella misma noche, mientras la familia cenaba, se escuchó un gran gruñido desde el recibidor.

—¡Charlizeeeeeeee! —gritaba sin descanso el duque de Sutherland, puesto que el servicio tenía orden de no permitirle la entrada bajo ningún concepto a la casa.

Por descontado que Tristan no estaba contento, más porque dos fornidos lacayos lo habían echado sin contemplaciones justo antes de que su esposa lo hubiera podido ver cara a cara.

El duque estaba enfadado y colérico. Especialmente, después de haber recorrido sin pausa tan larga distancia para reencontrarse con su duquesa.

¡Qué desastre!

# Capítulo 12

Tristan no era una persona belicosa. Detestaba los conflictos y en menos de un par de meses llevaba varios. Primero con su administrador, por no seguir sus instrucciones para llevar a cabo una inversión que él decretó y no se hizo, con lo cual le había privado de la oportunidad de engrosar todavía más sus arcas.

Ese asunto lo irritó, pero no fue tanto como lo que pasó con Aidan cuando le pidió permiso para cortejar a Charlize. De acuerdo, no fue pedir permiso precisamente… Aquella pelea sí fue seria, porque el duque se había entrevistado con las tres hermanas de su esposa y todas ellas, no solo le dieron sus bendiciones, sino que lo felicitaron por dar el paso al fin. Al parecer, el duque no había sido discreto a la hora de admirar en la distancia a Charlize y las tres se habían dado cuenta de que la quería.

También le desearon suerte, porque con Charlize nada nunca era fácil. Oh, sí. Él lo estaba comprobando en sus propias carnes.

Se había casado con la mujer a la que llevaba tiempo deseando, le había hecho el amor por fin, y fue sencillamente espectacular. Ella estaba hecha para él, para su placer, para volverlo loco, para ansiarla hasta el fin de sus días…

Ah, pero ella había estado con otro. No. Con otro no. Con un bastardo que merecía la horca, pero en su lugar Sutherland lo premió con una pequeña fortuna y lo echó de Inglaterra durante un tiempo. Así que el maldito canalla arruinó a Charlize y recibió una recompensa.

Y no de cualquiera. Se la dio él mismo… Estaba destrozado. Se sentía demasiado mal como para poder mirar a Charlize a los ojos.

Le había fallado demasiadas veces como para poder enfrentarse a esa situación. No solo estaba lo de su falta de virginidad. ¿Le molestaba no tener una novia virgen en su noche de bodas? Por supuesto que sí. Hubiese deseado instruirla en los acontecimientos poco a poco, y aunque ella había sido muy inexperta en el lecho, la falta de sangrado era una evidencia de que algo había sucedido previamente. Luego estaba aquel momento, antes de que Aidan y su condesa los interrumpiesen. Charlize había explotado, dejando patente que era la primera vez que su cuerpo lograba llegar al clímax. Al igual que cuando consumó su matrimonio.

No era ningún tonto. Ella había tenido algún escarceo con Rendow, no sabía cómo, cuántos o cuándo, pero sus aventuras con el barón no habían sido satisfactorias para la dama. Eso sí que lo podía jurar. Charlize era muchas cosas, una mentirosa consumada también, porque engañó a todo el mundo cuando Rendow esparció aquellas acusaciones sobre su reputación, pero ella no había sido capaz de engañarlo sobre su experiencia en el lecho.

Y luego estaba la mortificación que escuchó en sus lamentos, en sus lloros, el modo en el que le pedía que la perdonase…

La furia hervía por sus venas. Ella lo había engañado. Rendow sí que contó la verdad en aquel momento y nadie le había dado su merecido. Años más tarde la dama aceptó su proposición de matrimonio y no fue capaz de explicarle lo que ocurría, de decirle que no sería una virginal esposa…

No pudo enfrentarse a la situación. Se quedó ahí, en silencio, abrazándola y susurrándole palabras para calmarla, aunque mientras ella se apaciguaba, mientras cerraba los ojos y se dormía, él cada vez estaba más agitado, más enfadado y furioso. Con ella, con Rendow, con él mismo…

¡Con todo el maldito mundo!

Años atrás, Ophelia le confesó que fue el maldito Rendow quien la sedujo y le ofreció poner el mundo a sus pies con la dote que iba a lograr cuando se casase con Charlize. Al parecer, su antigua amante y Rendow eran demasiado iguales como para llevarse bien, y cuando el barón se marchó de Londres a toda prisa con el dinero que Sutherland le otorgó como recompensa por acostarse con Charlize, dejó a Ophelia sola y sin un penique. La cantante de ópera estaba acostumbrada a llevar una vida de lujos, los que Sutherland le proporcionaba cuando la convirtió en su amante. Cuando le dijo a la cantante de ópera que la ayudaría durante un tiempo, Tristan había considerado prudente limitar los gastos de esa mujer a fin de librarse de ella a toda prisa. Ophelia no hizo otra cosa más que ir llorando hasta los brazos del duque para explicarle que Rendow se había aprovechado de ella.

Sutherland mismo había puesto a Charlize en el punto de mira de Rendow cuando habló de más sobre que su mejor amigo Aidan colocó sobre la mesa cuatro dotes enormes para casar a cuatro pupilas rápidamente, dado que no quería tenerlas bajo su control y ser responsables de las que antaño fuesen las hermanas Archer. Nunca debió haberle confiado a una amante nada sobre sus asuntos, menos cuando tenían que ver con su mejor amigo y sus cuatro protegidas. Comprendió su error tarde, y se sintió bien cuando apartó al barón del camino de Charlize.

Sí. Se sentía culpable, de tal modo que cuando conoció a Charlize… No sabía si ese sentimiento tan molesto le había hecho mirarla de un modo diferente o qué, pero algo se instauró entre los dos desde la primera vez que se vieron.

Era descarada, inteligente y valiente.

Tenía que admitirlo. Otra dama en sus circunstancias, se habría visto sobrepasada por los acontecimientos. Ella no. Se había entregado a Rendow y logró darle la vuelta a toda la situación, y solo Dios sabría lo que su fuerte duquesa habría tenido que soportar. Lo había amado, eso era indiscutible. Una joven dama casadera no se dejaría arrastrar por la lujuria si no estuviese completamente segura. Aunque la considerase una mentirosa, no podía negar que Charlize era audaz, contaba con una mente brillante, así que no se dejaría seducir en caso de no haberlo amado.

Si lo dejó poseerla… ¿por qué no lo aceptó para casarse con él? ¿Orgullo? ¿No quería ser ella amada por su dote? Ese pensamiento era muy propio de Charlize. Pero si ella estaba enamorada…

Tenía que haber algo más. Algo que a él se le escapaba y que no se atrevía a preguntarle a su duquesa.

Había tenido que marcharse a toda prisa de su casa porque no contaba con el aplomo suficiente para mantenerse cuerdo.

Le había fallado tantas veces que estaba avergonzado. Furioso también. Tremendamente celoso, sí. Desde luego que sí. Rendow la había tenido antes que él. Quería asesinarlo con sus propias manos, no sin antes hacerle sufrir lo impensable.

Charlize no era una falda ligera a la que un hombre seducía para luego no casarse… Le provocaba arcadas. Imaginar que ella pudiese haber acabado con Rendow… ¡Imposible!

A Tristan le había costado tanto conseguirla, había sido tan paciente para que ella dejase de ser aquella niña mimada y alocada, que cuando atisbó a la mujer, supo que era el momento de reclamarla.

Oh, sí. Ella no hubiese acabado casada con nadie que no fuese él. Incluso si se hubiese enterado de que Rendow la había profanado, jamás se la habría entregado.

Nunca.

De alguna manera lo supo. Nada más conocerla se dio cuenta de que había algo muy poderoso entre los dos. Ella no era más que una muchachita de dieciocho años empeñada en hacer su voluntad sobre todo el mundo. Lo desquiciaba por completo y no entendía el motivo por el que sus tres hermanas mayores le permitían salirse con la suya todo el tiempo. Y cuando llegó Aidan a la vida de Charlize fue todavía peor. El conde no la privaba de hacer ninguna locura.

Se convenció al principio de que iba a pedir su mano porque era lo mejor para ella, para toda su familia en verdad.

Mentiroso.

No había necesitado nada en toda su vida. La soledad era soportable, así que tuvo miedo de admitir que se había enamorado de ella. No solo fue un flechazo de Cupido. Con el tiempo el sentimiento se fue afianzando. No había mantenido a ninguna amante desde que la conoció. No. Tampoco se trataba de haber sido un santo, pero tuvo algún encuentro discreto que otro, con un par de viudas. Nada serio ni permanente. Esporádico. Y tampoco demasiado satisfactorio, pues se encamaba con las damas, cerraba los ojos y se imaginaba que era Charlize la que estaba con él.

¡Dios!

De haber sabido que ella ya no era inocente por completo, hubiese movido ficha mucho antes.

No había vuelta atrás. No podía desenamorarse, Charlize formaba parte de su sangre, de su alma, la tenía impresa en él. Así mismo, no era posible retroceder las agujas del reloj y evitar que ella cometiese un terrible error. Un mal paso con el que había tenido que convivir todos estos años sin compartirlo con nadie.

Freyja misma le aseguró a Sutherland que Charlize insistía en que era más pura que la nieve, cuando él le preguntó abiertamente sobre las acusaciones del barón en aquel momento. Miró a los ojos a la que todavía no era la esposa de su mejor amigo y no dudó de la veracidad de sus palabras. Charlize no había compartido ese secreto ni con la hermana con la que tenía mayor afinidad, así que su esposa había cargado con un pecado ella sola durante muchos años.

Para una dama, perder su reputación era la condenación eterna en la tierra. Rendow la mancilló en verdad pero no logró arrastrar por completo por el fango a Charlize. Él le había dado su apoyo, había bailado con ella en las fiestas, había salido a pasear por Hyde Park con las Archer solteras y Charlize fue siempre colgada de su brazo. Le pareció oportuno comenzar a cimentar de ese modo el reclamo que acabaría haciendo sobre ella. No pensó que su valiente duquesa había estado sufriendo tanto. Oh, sí. Charlize le había mostrado toda su pena, la culpa que la inundaba esa noche cuando se abrazó a él y le pidió insistentemente que la perdonase.

Necesitaba hacer algo. No una acción pobre. Algo importante que lo pudiese redimir por todo lo que no supo ver y tuvo que haber enmendado de otro modo.

¿Cómo iba a aceptarlo Charlize después de haberle fallado tantas veces?

Mientras ella dormía, comenzó a vestirse. Tenía que visitar a un *viejo amigo* y explicarle todo lo que no le había dicho en el pasado.

Rendow se había enredado con la mujer que Tristan había marcado como suya con el primer vistazo que le dio. El barón tenía que pagar por su atrevimiento. El duque mismo no se

consideraría un hombre digno de Charlize hasta que actuase en consideración.

Iba a ser una incursión rápida. Asaltaría la casa de Rendow, le daría su merecido a puño descubierto, haciéndole perder un par de dientes, con alguna que otra costilla rota, y luego regresaría a casa con su duquesa para informarle de que finalmente había sido vengada.

El maldito canalla tuvo el mal gusto de haberse marchado de Londres días antes. Estaba en su propiedad más al norte de Inglaterra. Una casa que estaba seguro que el buen dinero de Sutherland había ayudado a restaurar. Él no tenía ni un penique a su nombre cuando puso sus ojos en Charlize y Tristan lo había convertido en un hombre rico… ¡Maldición! Tenía que hacer algo, sería una pobre excusa de hombre si no le daba su merecido más allá de pegarle un poco.

Comenzó así una especie de peregrinaje hacia la meta. El viaje estaba resultando ser demasiado largo para su gusto. Pero valdría la pena emplear el tiempo que había calculado que tardaría en llegar al hogar de la comadreja.

No tenía elección. Iría a verlo, ajustarían cuentas y luego podría regresar al lado de Charlize, explicarle que todo había acabado y que empezarían una nueva vida.

Podría llegar a casa de Rendow y matarlo… Se le antojaba como una idea deliciosa. O podría comenzar con una pelea, disfrutar pegándole como si fuese un saco de boxeo. Era un deporte que estaba muy de moda, con Gentleman Jackson a la cabeza entrenando a muchos nobles en su club deportivo.

¿Y si lo enviase a Australia? Allí acababan los peores criminales y era sabido que los que residían allí deseaban la muerte. ¿Mejor meterlo a remar en las galeras? ¿Y si lo entregase a los oficiales para alistarlo a traición como soldado raso en el ejército? Napoleón había desaparecido del mapa, pero siempre había conflictos aquí y allá…

Iba en su carruaje ideando las mil y una formas de vengarse de Rendow en nombre de su esposa cuando por fin llegó a su destino. Sobra decir que sus ansias de sangre eran descomunales.

Bajó del vehículo sin ninguna ayuda y miró la pomposa casa que el bastardo había restaurado con sus fondos…

—Maldita sea… —masculló al volver a pensar en lo que había sucedido en el pasado.

Era temprano. Caía llovizna. A Sutherland le pareció que era el día perfecto para obtener justicia.

De pronto, a su espalda, se escuchó un carruaje llegar.

Se quedó quieto, observando a quien se acercaba hasta su posición. Era un carruaje tan ostentoso como el suyo propio.

Divisó a un caballero bajando del vehículo. El hombre, de una edad avanzada y muy bien vestido, se movía con movimientos sofisticados y altaneros. Era alguien de la nobleza. El caballero se colocó el monóculo y Sutherland se dio cuenta de que lo estaba mirando directamente al igual que hacía él mismo.

—¿Es usted un acreedor? Le aseguro que está perdiendo el tiempo —terció el recién llegado.

El duque se quedó pensando en su respuesta. En gran medida estaba ahí para cobrar… una afrenta eso sí, pero él no quería dinero, más bien desquitarse con violencia.

—No.

—¿Entonces qué hace aquí? —El desconocido lo examinó con mayor atención y finalmente sentenció—: No se ve usted como uno de los amigos con los que mi sobrino se relacionaba.

—¿Está hablando de Rendow, debo suponer? —inquirió.

—Gracias a Dios, mi hermana solo me dejó a ese deshonesto muchacho —siguió el caballero sin haber escuchado lo que preguntó el duque.

—No, tampoco tengo amistad con su sobrino —aclaró Tristan, al imaginar que se refería a ese rufián.

—Pero está usted aquí, alguna relación debía tener con el muchacho —apuntó, todavía sosteniendo su monóculo en alto.

—Con el debido respecto, mis asuntos con su sobrino no son de su incumbencia.

El hombre dejó entonces de sostener ese monóculo, y se mostró derrotado. Era cierto que la pieza que exhibía como si le diese poder lo había hecho parecer más severo.

—Supongo que no lo son. Los asuntos de David —usó el nombre de pila del barón — ya no lo son de nadie. Era inevitable. Solo me bastó con verlo en su cuna, acostado, cuando contaba con apenas unos pocos meses de vida y avisé a mi hermana de que le daría muchos quebraderos de cabeza. Es cierto que ha tardado más tiempo del que predije en echarlo todo a perder… Es una gran suerte que su madre no haya estado aquí para presenciar su fin. Terrible…

A Sutherland se le erizó la piel. No solo por haber sentido la lástima y el toque de arrepentimiento de su interlocutor, sino porque… había algo más… algo que…

—¿Disculpe?

El otro no pareció escuchar la pregunta ni la sorpresa que se detectaba en el duque.

—¿Va a presentar sus respetos, entonces? —indagó, tratando de recuperar la compostura.

La mirada de Sutherland se movió hasta la casa que tenía detrás. Silencio absoluto, las cortinas echadas, algunas estancias ya mostraban el color del pesado terciopelo negro cubriendo parte de los cristales. Se fijó de nuevo en el recién llegado y vio que también portaba un crespón.

La realidad lo golpeó tan duro que se le cortó la respiración. Tomó una larga bocanada de aire y buscó una tranquilidad que no sentía en absoluto. Mil emociones lo recorrían por dentro.

—¿Cómo ha sido? —preguntó con cautela al comprender la situación.

—Un duelo. —El hombre hizo una pausa que fue muy dramática. Sutherland no sabía cómo sentirse, debería decir algo, pero su improvisado compañero comenzó a hablar de nuevo—: Siempre le gustaron las mujeres, sin excepción. Supongo que al final encontró a un hombre con mejor puntería que la suya. Eso también lo detecté cuando apenas el muchacho era poco más que un niño que se mostraba orgulloso mientras sostenía su primer rifle. Tenía un talento natural para apuntar y disparar a su objetivo. Brillante en eso. Pésimo en todo lo demás. —El hombre se veía notablemente afligido.

—Lo siento —dijo, sabiendo que estaba mintiendo con descaro.

Muerto. Su mayor rival, el hombre que odiaba con todas sus fuerzas estaba muerto. No. No lamentaba que Rendow ya no estuviese vivo para seguir martirizándolo. Era un pensamiento poco cristiano, y no le importaba en absoluto. Esa rata inmunda había perjudicado a Charlize y él sintió alivio al conocer la noticia. No pediría perdón por sus emociones. Hacía tiempo que el duque sabía que, aunque era una persona cabal, honesta, no dudaría en prenderle fuego al mundo si ella se lo pidiese.

Charlize era lo más importante para él. No veía más allá de ella. Y no temía lo que le provocaba esa mujer, porque ahí estaba él, escuchando que un hombre había perdido la vida en un duelo, y estaba respirando desahogado.

—Probablemente haya sido lo mejor que le podía haber pasado. —El hombre chasqueó la lengua—. Mi sobrino estaba lleno de buenas intenciones que perdía nada más dar un paso. Tuvo suerte, se enmendó, ¿sabe? Consiguió fortuna, recuperó todo lo que había perdido pero en vez de ser comedido, de aprender de sus errores, lo volvió a perder… Un desastre. Debió habérselo pulido todo en ese extraño viaje que lo mantuvo apartado tantos años de su hogar. Iba

a casarse… Había encontrado a una rica heredera para hacerlo. Me pidió ayuda, pero yo sabía que no debía rescatarlo, volvería a caer. Juego y mujeres, esa es la maldición que tuvo que soportar el muchacho de mi hermana…

Sutherland cerró los ojos y apretó los puños. La narración le era demasiado familiar.

—¿Conoce por casualidad el nombre de la dama con la que pretendía casarse? —Sutherland sabía que si escuchaba el nombre de Charlize, comenzaría a aplaudir para celebrar el fallecimiento… Mejor, le preguntaría si lo habían enterrado ya, buscaría la tumba y bailaría y orinaría sobre ella.

—Sé que era de buena familia, la hija de un conde fallecido hace algún tiempo. Creo que dijo que era la pupila de otro conde que tenía a su cargo a cuatro pupilas. —El tío de Rendow volvió a levantar el monóculo. Lo hizo porque Sutherland acababa de gruñir sin discreción—. ¿No será usted por casualidad familia de la dama? Si ha venido aquí a pedir satisfacción, debo recordarle que mi sobrino ya ha pagado por sus correrías de faldas —expuso en alusión al duelo producido.

—Debo darle el pésame, milord. —Usó ese título porque su interlocutor sí era de la aristocracia. Evitó, además, decirle que solo lo hacía para guardar las apariencias.

—Gracias. ¿Va a decirme de una vez quién es usted, joven, y qué le ha traído a casa de mi sobrino? —Era indudable que la actitud agresiva de Sutherland lo había puesto en guardia.

—Solo necesita saber que soy el hombre que venía a matarlo, y que le daré las gracias a quien le ha pegado un tiro a su sobrino en cuanto averigüe quién ha sido, pues me ha ahorrado la molestia —le dijo antes de darse media vuelta y subir a su carruaje.

El caballero a su espalda dijo cosas, varias, a las que Sutherland decidió no hacer ningún caso.

Cuando entró en el carruaje se recostó y se encontró sonriendo. Sí. Había sido un buen día. Con excelentes noticias… Un viaje del todo productivo.

Se respiraba mejor sabiendo que había en Londres una sabandija menos de la que ocuparse. Muerto… y Sutherland ni tan siquiera se había arremangado las mangas de la camisa.

¡Formidable!

El viaje de regreso se le hizo más placentero. Cambió el tiro de caballos tantas veces como fue necesario para regresar lo antes posible junto a su duquesa.

Se hace necesario necesario señalar que cuando entró por la puerta de su hogar y le informaron de que su esposa estaba residiendo en Luffgarden, el duque no esperó ninguna

explicación más. Salió disparado de regreso al maldito carruaje para ver por qué demonios su esposa lo había abandonado sin ninguna consideración.

# Capítulo 12+1

Charlize soltó la cuchara sopera en cuanto escuchó aquel enorme grito.

—Es Tristan… —afirmó, sintiendo su corazón latir desbocado.

La mirada de ella se fijó en Aidan, quien estaba a la cabecera de la mesa. Freyja figuraba a su lado y también se había quedado impactada, con la cuchara a mitad de camino hacia su boca.

Por el contrario, el conde seguía comiéndose su sopa de cebolla como si Sutherland no hubiese interrumpido la cena a golpe de pulmón.

—¿Aidan? —lo llamó su mujer.

—¿Qué? —preguntó él sin dar a entender que su actitud tranquila no estaba siendo antinatural—. ¿No te gusta la sopa, mi amor? Disfruta de un poco de paz, los niños están acostados y…

—Oh, por amor de Dios… —murmuró Charlize, antes de ponerse en pie e ir a buscar al duque, a quien se le escuchaba rugir sin descanso desde fuera de la casa.

—¡Charlize! —la llamó con severidad el conde.

—¿Qué?

—Siéntate de nuevo —le ordenó el conde.

—¡No puedes estar hablando en serio! —se quejó ella.

—Lo hago. No vas a hablar con él hasta que yo haya tenido mi entrevista.

—Es mi esposo, Aidan… —pidió la dama, al ver que él permanecía imperturbable y severo.

—Estás bajo mi techo, Charlize. Has ejercido como su esposa medio día, tal vez menos. Así que siéntate —le repitió sin alzar la voz.

—¿Freyja? —Todo en ella la impulsaba a ir corriendo a buscar los brazos de su marido. Estaba haciendo un esfuerzo hercúleo para no enfadar a Aidan y salir a toda prisa.

—Es un asunto serio, hermana —le habló la condesa—. Deja que Aidan se ocupe de Sutherland antes de verlo.

—Pero…

—¿De qué te preocupas, Charlize? —indagó Freyja, al ver que su hermana no iba a seguir su recomendación—. El que se acaba de presentar en nuestra casa es un hombre que está exigiendo a pleno pulmón que su esposa le sea devuelta.

—¿Sabes eso con solo interpretar sus gritos? —Charlize sentía esperanza, pero no deseaba dejarse llevar.

—Por supuesto que sí. Aidan dio instrucciones al servicio sobre qué hacer si tu marido decidía venir. Él está reaccionado tal y como dije que lo haría. —Freyja miró a su esposo mientras decía esas palabras, a lo que él medio gruñó con enfado, porque fue así como sucedió y el conde le dijo que tenía sus dudas sobre el afecto de Sutherland. Estaba claro que el duque estaba encendido como un toro español al que agitaban colocándole un pañuelo rojo al frente—. Bien —siguió la condesa—. Dejaremos a Sutherland despotricando diez minutos más…

—Una hora —la interrumpió el conde.

Freyja rodó los ojos.

—Un cuarto de hora —le concedió su esposa al conde—, porque nosotros hemos pasado un infierno con tu salud, Charlize —recordó mientras miraba a su hermana— y Sutherland debe tener un poco de escarmiento.

—¡Eso no es justo! —lloriqueó Charlize—. ¿Cómo te sentirías tú si fuese Aidan el que estuviese pasando frío en medio de la noche y gritando sin descanso tu nombre? —Oh, sí, Tristan no había dejado de llamarla con fuerza mientras estaba fuera.

—Te dejó sola en tu noche de bodas…

—No había oscurecido todavía cuando nosotros… —Charlize decidió silenciarse debido a la mirada que le lanzó la condesa.

—Como estaba diciendo —siguió Freyja su charla—, tu esposo se marchó sin decirte ni una sola palabra, tú te caíste y fuimos Aidan y yo quienes estuvimos a tu lado durante

tu recuperación. Déjalo que grite hasta que…

Se escuchó un cristal rompiéndose.

—Ha tardado unos diez minutos en hacer algo más sensato que llamarla. Ha debido romper la ventana de mi despacho —dijo Aidan, quien en ese momento ya había dejado de comer y estaba poniéndose de pie.

—¿Cómo sabes que eso es justo lo que ha sucedido? ¿Y por qué la de tu despacho? —indagó Freyja.

—Porque es lo que yo hubiese hecho. Es estratégicamente más fácil asaltar mi casa desde ahí. Iré a atenderlo, Charlize se quedará fuera de su vista y tú —señaló a su esposa con el dedo— te ocuparás de que tu hermana cumpla con mi decreto.

El conde se marchó del comedor y las dejó a solas.

La hermana pequeña miró a la mayor con la agonía reflejada en los ojos.

—¿Freyja? Por favor… —No sabía lo que le estaba pidiendo, solo sentía que su corazón seguía golpeando con dureza contra su pecho.

—Espera un momento, hasta que Aidan se haya instalado en el despacho y comiencen a hablar.

—¿Esperar a qué? ¿Y si se pelean de nuevo?

—Créeme, me he asegurado muy bien esa promesa de mi esposo. No va a tocar a Sutherland. —No le comentaría la clase de perversiones que le permitió a él hacerle. ¿Por qué los caballeros tenían esa obsesión con la parte trasera de una mujer? Aunque fue interesante dejarle explorar con los dedos *ahí*…

—Freyja, necesito verlo… —le suplicó, al tiempo que ponía los ojos como si fuese un cordero a punto de ser degollado.

—Y lo harás, aunque primero lo escucharemos.

—¿Vamos a entrar en el despacho? —preguntó ilusionada Charlize, al ver que su hermana se ponía en pie.

—No. Aidan también me hizo prometer que no lo interrumpiría mientras arreglaba los asuntos con Sutherland. —Tampoco le diría a Charlize lo que ella le había pedido a él que le hiciera, pero aquella noche, la lengua de su esposo se ganó muy bien la promesa que ella le ofreció.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Lo que se te ha dado siempre bien.

—¿Y qué es eso? ¿Comerme un bombón? Porque debo recordarte que mi estado de ánimo no mejoró ni cuando Aidan logró encontrar esos nuevos chocolates franceses que…

—¡Espiar, Charlize!

—No escucharemos nada tras la puerta… —se quejó ella, dado que la hermana menor ya había pensado en pegar la oreja, pero no sería fructífero, la puerta era demasiado pesada.

—Hay un pasadizo, en la biblioteca. Ofrece una visión muy clara del despacho de mi esposo, y desde allí sí que lo escucharemos bien.

—¿Hay una habitación secreta en Luffgarden?

—Hay muchas.

—¿Y por qué yo no lo he sabido hasta este momento?

No podía decirle que ella y Aidan habían disfrutado de su despacho con intensidad y haberle desvelado los secretos de su hogar hubiese contribuido a tener menos intimidad. Además, su padre solo le confió esos lugares por si algún otro como Napoleón se alzaba y ellas tenían que esconderse en su propio hogar.

—Porque hasta este momento no había necesitado compartir esa información contigo. ¿Seguimos discutiendo o vamos a ver qué dice tu esposo?

—¿Y si no me quiere, Freyja? —preguntó angustiada.

—No se habría puesto como un bruto. Menos hubiese roto la ventana.

Charlize asintió y se dispuso a seguir la estela de su hermana. Llegaron a la biblioteca, Freyja sacó un libro que ocultaba un mecanismo de accionamiento y una puerta se abrió ante ellas. Charlize estaba fascinada.

Entraron en una pequeña habitación que tenía dos agujeros en la pared.

—¿Aidan está al tanto de ese lugar? —La pregunta salió en un tono muy bajo para que los que estaban al otro lado no las escuchasen.

Se debe recordar que Luffgarden era la finca campestre de las hermanas, por lo que

como Freyja amaba ese lugar, Aidan, tras casarse, había consentido en que ese edificio fuese su residencia habitual.

—No se lo he contado a nadie nunca. Eres la primera en saberlo. Ahí detrás —señaló esa improvisada mirilla que daba una clara visión al despacho de su esposo— colgado sobre la pared está el cuadro de mamá.

—Sé qué retrato es.

—Los agujeros que ves ahí, están directamente sobre los ojos de mamá, es algo muy sutil.

—No me puedo creer que no hayas compartido esto conmigo hasta ahora.

—En vez de enfadarte, tendrías que callar y escuchar. —Freyja le hizo un movimiento con la mano para invitarla a observar el despacho del conde.

Charlize se dirigió hacia allí. Lo primero que vio fue a su marido sentado en la silla, con Aidan frente al escritorio y tras ellos, una ventana rota. Tenía una visión magnífica desde ese lateral. Como si estuviese en un teatro donde los actores no sabían que estaban siendo vigilados.

—¿Vas a responderme, Ross? —le preguntó el duque a Aidan.

—No sé ni cómo puedo estar sentado delante de ti sin atizarte mi mejor puñetazo —se limitó a decir el conde. Maldita fuese su esposa por haberlo tentado hasta lograr que él le prometiese la luna… De acuerdo, no fue el astro rey de la noche, pero haber accedido a ser pacífico con Sutherland era algo igual de increíble.

—Qué casualidad… —musitó Tristan—. Yo estaba haciéndome esa misma reflexión.

—¿A mí? ¿Por qué tendrías que haberme pegado? —El conde tenía los puños apretados. La rabia que sentía era descomunal.

—Porque a la primera ocasión has aprovechado para robarme a mi esposa. ¿Qué sucede?, ¿necesitas cerca de ti a Charlize para que te idolatre? ¿No te basta con sentir la admiración de tu esposa que también tienes que buscar la de la mía? —preguntó con enfado.

Sutherland no iba a lanzar el primer golpe, pero si su amigo le daba la oportunidad le haría ver la gravedad de lo ocurrido. Además, ¿por qué se veía tan enfadado con él? El que tenía derecho a estarlo era Tristan… ¿no?

—He prometido que no me pelearía contigo. Tienes suerte de que le haya dado mi palabra de honor a Freyja, porque de otro modo, te aseguro que estarías tendido en el suelo, con

el labio partido, varias costillas rotas, y tal vez una pierna machacada. Yo, si fuese tú, elegiría bien mis próximas palabras, porque si vuelves a calumniar a la mujer que amo y a su hermana, del modo en el que has insinuado, tendré que hacer algo al respecto. Es mi esposa la que te separa de mi rabia, así que no tientes tu suerte.

—¿Qué demonios te pasa, Aidan? —saltó ya sin poder evitarlo el duque—. Te has llevado a *mi* duquesa de *mi* casa cuando no tenías ningún derecho a hacerlo, luego me obligas a asaltar tu hogar para recuperar lo que me pertenece, y… ¿tienes la desfachatez de mostrarte ofendido? ¿En qué mundo sería yo culpable de lo que sea que me achacas?

—Bien. Repasemos la situación.

—Sí, hazlo, y no olvides enunciar el primero de los cargos. ¡Me has robado a traición a la mujer que amo! —ladró con enfado.

En ese momento se escuchó… ¿una exclamación de dicha?, ¿un sonido expectante? Era algo relacionado con la felicidad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Aidan. Él también lo había escuchado.

Tristan y el conde se miraron frunciendo el ceño.

Tras la pared, donde las espías estaban acechando, Freyja le había colocado una mano sobre la boca a su hermana, pues al escuchar la declaración de Tristan, Charlize no había podido contener su alegría y había medio gritado llena de placer.

—Harás que nos descubran —le susurró en la oreja Freyja. Su hermana menor asintió, en una clara señal para indicar que se contendría.

Freyja le sonrió al ver que Charlize tenía los ojos llenos de lágrimas. Era feliz. De alguna manera o de otra todo se solucionaría, pero lo fundamental era que el duque acababa de decir que estaba enamorado de su mujer.

—Escuchemos por qué se marchó —le recomendó en otro susurro muy bajo Freyja. Charlize asintió de nuevo.

Mientras las dos damas trataban de mantenerse ocultas al sonido, los caballeros seguían su charla.

—¿Y bien? —inquirió Tristan.

—¿Tú has escuchado ese sonido? —inquirió el conde.

—Tal vez tengas fantasma en esta vieja casa.

—Ya… —Los espíritus sonaban demasiado femeninos, pero no se hacía una idea de dónde podría estar ese espectro, pues el sonido parecía haber provenido desde la misma habitación. Bien, eso no era fundamental en esos momentos, lo importante era saber qué había ocurrido para que un hombre, al parecer muy enamorado, dejase a su mujer durante tantos días sola, y más después de haber consumado su matrimonio.

—¿Dónde está mi duquesa, Ross? Si no la veo en menos de un minuto, esto se va a poner muy feo… para ti —lo amenazó Tristan.

—Te marchaste, Sutherland. Desapareciste de la cama nupcial después de descubrir que Charlize no era una mujer inocente. —Era momento de desvelar la verdad. No tenía sentido andarse por las ramas.

Tristan apretó los dientes y los puños. A Aidan le gustó ver esa reacción en su amigo. No estaba todo perdido.

Por descontado, tras la intervención de Aidan, un nuevo sonido cuya procedencia el conde desconocía, se escuchó. En esa ocasión fue Charlize la que le tuvo que taparle la boca a su hermana mayor.

—Te insinué lo que había ocurrido —susurró Charlize cerca de la oreja de la condesa de Ross y Luff.

Freyja levantó la mano de Char y musitó en tono muy bajo:

—No lo entendí del todo, porque me dijiste que Rendow no…

—Pero sí lo hizo, yo te hablé de ti y de Colin hace unos días, así que creí que me habías entendido.

—Mataré al Villano Rendow.

—Fue un buen sobrenombre, ¿verdad? —Charlize lo rebautizó de ese modo y se sentía satisfecha.

Freyja se calló y su hermana menor volvió a buscar las dos rendijas para ponerse a espiar otra vez.

Divisó al conde de Ross y Luff de pie caminando por el despacho. Su esposo seguía sentado y se veía fiero.

—Una palabra más, y te juro… No sé lo que me detiene, Ross, supongo que es la amistad que nos ha unido durante tantos años la que me impide actuar y darte tu merecido.

Sutherland se había puesto también de pie después de hablar y estaba tras la estela del amigo al que se vería obligado a retar a duelo.

—Cállate un momento, Sutherland —le ordenó el conde, al tiempo que agudizaba la oreja. De alguna manera, Freyja y Charlize estaban espiándolos, pero ¿desde dónde?

—Date la vuelta y atiéndeme. No puedes hablar así de mi esposa y luego darme la espalda.

El conde dejó de buscar a las dos intrusas que sabía que estaban cerca. Se detuvo y se enfrentó al duque.

—Descubriste la verdad sobre Charlize y te marchaste de la cama. ¿Qué quieres que piense?

—Mis asuntos con mi duquesa no son de tu incumbencia. No te mato en este mismo momento, porque sé lo que significas para Charlize y que ella te habrá contado que… —Apretó los dientes una vez más. Si la reunión durase mucho, sucederían dos cosas. La primera, que Aidan acabaría muerto, la segunda, que acabaría perdiendo algún diente debido a la rabia que sentía.

¡Era embarazoso tener que hablar de las intimidades de su esposa! ¡Solo él debería estar al tanto de todo eso!

Le daría una azotaina a Charlize por haber estado callada durante años y tener la insensatez de airear la cuestión precisamente en ese momento.

—La hermana pequeña de mi condesa es muy consciente de que te disgustó tanto conocer su… condición, que está convencida de que vas a pedir el divorcio…

—¡No pienso hacer nada como eso! Ella es mía, Ross. ¡Mía! ¡Maldita sea! —Tristan se mesó el pelo y comenzó a dar vueltas por la habitación. Se dio cuenta entonces de que Charlize había malinterpretado la situación. Su marcha.

—Necesito una aclaración, Sutherland, porque Freyja y yo hemos pasado por un infierno, cuando tú debiste estar aquí para velar por tu mujer, a nuestro lado.

—No pienso darte ninguna…

—No te la devolveré y lo sabes —lo avisó—. Me conoces bien, Tristan, no hace falta que te diga la clase de hombre que soy y considero que ha habido una afrenta hacia la hermana de mi esposa. Te has casado con ella y sé que la ley te ampara, pero del mismo modo que eres consciente de lo primero, debes serlo también sobre que me importan un par de viejas botas hessianas lo que las autoridades determinen. Dime por qué la dejaste sola y dónde has

estado.

Sutherland inspiró profundamente por la nariz y soltó el aire por la boca con fuerza. Su mejor amigo se convirtió en su contraparte porque era honorable, valiente y justo. Su temperamento terco era su mayor debilidad, pero también su fortaleza. No. Aidan no le devolvería a Charlize si no juzgaba que él había actuado de modo adecuado. Eso no quitaba que la situación fuese violenta.

—La última vez que te hablé sobre cómo me hacía sentir Charlize, sobre cómo calentaba mi sangre…

—¡No me lo recuerdes! —lo frenó Aidan.

—A eso me refiero. Quieres saber mis intimidades, pero no eres capaz de soportar escucharlas…

—Habla. Te prometo que me contendré.

—Me decepcionó saber que no sería su primer hombre, eso es verdad —admitió—. Soy posesivo y celoso cuando de ella se trata. Dios sabe que en toda mi vida no tuve celos de nadie. Empecé a sentirlos cuando Charlize llegó a mi vida. Quería… Quiero —se enmendó— protegerla de todo mal. Así que cuando comprendí que le había fallado, que llegué tarde cuando Rendow… En fin, no quiero revivir lo que sentí, pero no fue agradable. Más porque fue por mi culpa que él se fijase en ella.

—Explícate —lo urgió al ver que él, su amigo se había quedado callado.

—¿Recuerdas a Ophelia?

—Sí. Estuviste como loco hasta que lograste que te aceptase como su amante. —No le confesaría que Charlize lo había puesto en antecedentes.

Un gruñido se escuchó en la habitación. Confirmado. Las dos damas, o tal vez solo Charlize, estaban en la habitación, o cerca… pero ¿dónde? Lord Ross y Luff decidió que eso no era importante.

—Te aseguro que Ophelia no despertaba ni la mitad de los sentimientos que me inspira mi duquesa. —Un nuevo sonido de embelesamiento se escuchó en la habitación—. ¿Qué ha sido eso? Voy a comenzar a creer que de verdad hay fantasmas en tu hogar.

—Sigue con la explicación —le ordenó.

—Ophelia conocía a Rendow, porque todos conocemos la fama de libertino que él tenía, le habló de su dote, él estaba arruinado y…

—Así que compartiste información que no tenías derecho a ofrecer con la mujer que calentaba tu cama. —Charlize le dijo la verdad, tal y como acababa de confirmar.

Un nuevo gruñido, esa vez doble, surcó el silencio. Aidan se dio cuenta de que estarían las dos juntas espiándolos. Le gustaría tanto saber dónde estarían escondidas.

—Vas a tener que hacer algo con los fantasmas. ¿Dónde va uno a pedir ayuda para exorcizar su hogar? —indagó Sutherland.

—No son presencias malignas. Extrañas sí. Y cuando me tope con esos… fantasmas recibirán una buena reprimenda.

—Te permitiré que regañes a tu esposa. Yo me ocuparé de Charlize.

—¿Sabes que nos están espiando? —indagó Aidan, aunque no hacía falta que su amigo le respondiera. Su ducal ceja alzada lo hizo de inmediato.

—Claro que sí, en cuanto confesé que estoy enamorado y escuché a Charlize suspirando. Y te lo estoy contando todo porque sé que así no tendré que repetírselo a ella.

—¡Yo sigo completamente enamorada de ti! —le dijo Charlize, sin poder contenerse más.

Los dos caballeros se colocaron delante del cuadro de la madre de Freyja. Enseguida comprendieron cómo resultaba la triquiñuela.

—¿Freyja, por dónde has entrado? —preguntó al tiempo que tocaba los dos pequeños agujeros del cuadro que la anterior condesa de Luff tenía en los ojos.

—Por la biblioteca. ¿Vais a seguir la conversación con nosotras aquí o nos permitiréis entrar al despacho? —indagó la condesa.

—Venid aquí —claudicó su esposo.

—¿Debo deducir que no sabías que nos estaban espiando? —inquirió el duque.

—No, no sabía que había un escondite así —admitió.

—Escúchame, ahora que ellas no pueden oírnos. —Se había escuchado una puerta cerrarse con discreción, así que el duque supuso que ellas ya no estarían escondidas y siguió hablando—: Me marché del lado de mi esposa porque quería darle su merecido a Rendow.

—¿Lo hiciste? —preguntó de inmediato Aidan.

Al duque no le pasó desapercibida la emoción de alivio de su mejor amigo.

—No, no llegué a tiempo. Me dijeron que se había dirigido al campo y viajé hasta su finca, por ese motivo he tardado en regresar. Una vez allí me informaron de que había fallecido en un duelo recientemente, pero te juro que si hubiera estado vivo, lo habría matado con mis propias manos. También averigüé allí, que pretendía casarse con Charlize porque de nuevo estaba en la ruina. No quiero que ella se entere de nada. Si pensaba que la había abandonado… No quiero que sufra más.

—No, es necesario que siga guardando reposo y nada la perturbe —coincidió el conde.

—¿Reposo? —¿Sería posible que ya estuviese embarazada? La alegría lo inundó. Pero habían pasado pocos días para confirmarlo. El duque frunció el ceño.

—Claro que sí. Una caída por las escaleras necesita paciencia para…

—¿Qué? ¿Mi duquesa se cayó?

—¿No lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo si me levanté de la cama después de hacerle el amor a mi esposa para ir a matar a Rendow, regresé y me dijeron que ella se había ido de mi hogar y vine corriendo aquí?

No hubo tiempo para ofrecer más explicaciones.

Charlize entró en tropel a la habitación y se echó a los brazos de Tristan. Freyja se acercó a su esposo y sin discreción alguna lo comenzó a empujar para que saliese del despacho.

—¿Vamos a dejarlos a solas? —ladró el conde—. ¿En mi despacho? —No le agradaba la idea.

—No te preocupes, Aidan. Prefiero la cama a una dura mesa de escritorio. No pienso hacer lo mismo que hicisteis vosotros en el estudio de mi duque —le informó Charlize.

Freyja comenzó a negar con la cabeza. Aidan abrió la boca de par en par.

—¿Cómo diablos se ha enterado de eso tu hermana?

—Tardé mucho en regresar junto a ella cuando estaba convaleciente y solo… ¡lo adiviné! —Fue bochornoso cuando Charlize la acusó de mancillar el santuario de su esposo.

—Lo adiviné —tomó la palabra Charlize sin soltarse del abrazo de su esposo—,

porque desde que te conozco, has hecho cada mañana lo mismo.

—¿Y eso que es? —preguntó Freyja.

—Levantarte para ir a buscar a Aidan a su despacho y retozar. ¿Cómo puede agradarte una superficie dura cuando el lecho es tan mullido? —Charlize no entendía a su hermana.

—¡Os dejaremos a solas para que podáis…! —comenzó a decretar Freyja.

—¡No! —saltó el conde, justo antes de atravesar la puerta—. Recuerda que el lecho es más cómodo. —Aidan no soportaría saber que sobre su pulida mesa ellos dos… —. Mejor aún. Id a la habitación de Charlize, mi esposa tiene que hablarme sobre los escondites de nuestra casa y he decidido que mi despacho es el mejor lugar para hacerlo.

Freyja suspiró. El conde volvió a entrar en la estancia para demostrar que no tenían intención de marcharse.

El duque de Sutherland alzó en volandas, con mucho cuidado, a su duquesa y comenzó a caminar en busca de la salida. Cuando pasó por delante de su mejor amigo se paró frente a él.

—¿Mancillaste mi despacho, Aidan? —inquirió con severidad.

El conde gimió por lo bajo, mientras que Freyja no sabía dónde esconderse.

—Fue eso o comenzar a recorrer Inglaterra para encontrarte y retarte a duelo. No te quejes tanto, has salido ganando, amigo mío.

—¡No hice nada malo! No más de lo que tú mismo hubieses hecho en mis circunstancias —apuntó, en alusión a haber ido a buscar a su rival y darle su merecido.

—¡Pero yo no lo sabía en ese momento!

—¿Qué hiciste, Tristan? ¿Por qué te marchaste si no querías repudiarme? —se metió en el medio de la conversación la duquesa de Sutherland con suma curiosidad.

—Jamás volveré a separarme de ti, Charlize. Eso lo único que importa. Te amo, me amas, y estamos bien. Me contarás lo de tu caída por las escaleras, me sentiré horriblemente mal por no haber estado a tu lado cuidándote, y tú me consolarás haciéndome el amor.

—¡Por amor de Dios! —exclamó el conde incómodo.

El duque ladeó el rostro para buscar a su mejor amigo.

—Ya ajustaremos cuentas, porque voy a deshacerme de mi mesa de escritorio y tú pagarás el coste.

—Sí, bueno… Encarga también una nueva silla si no quieres recordar que estuve allí sentado… sin pantalones. —Tuvo que avisarlo porque era su mejor amigo de nuevo, pues lo había absuelto de los cargos y se sentía culpable. Si Rendow no estuviese muerto, y en caso de que Sutherland no se le hubiese anticipado, Aidan mismo habría ido a darle caza.

—¡Dios!, pienso vengarme tarde o temprano, lord Ross y Luff —lo avisó el duque.

—Cuida de Charlize y olvidemos todo esto —sugirió muy sonrojada la condesa.

La pareja se escabulló hasta la habitación de Charlize para encerrarse y terminar de aclarar la situación.

Sutherland se ocupó de demostrarle a su duquesa cuán obsesionado estaba con ella mientras le hizo el amor una y otra vez con ternura, con calidez y esmero, también con delicadeza debido a los moratones que todavía se veían difusos sobre su piel. Se deshizo en juramentos sobre no dejarla nunca, y, por descontado, no le contó nada sobre el maldito Rendow o su muerte. Se limitó a explicarle que había ido en su busca para darle su merecido pero que no lo encontró por más que lo buscó por todos lados.

Se acabaría enterando de su muerte, pero no por él. Jamás le confesaría que el malvado pretendía casarse con ella porque volvía a precisar de fondos. Ella lo había elegido a él y Tristan se ocuparía de que ninguno de los dos se arrepintiese de su decisión jamás.

Charlize no paró de cantarle su amor, lo inmensamente feliz que la hacía, no pudo tampoco dejar de besarlo sin descanso, antes, durante y después de hacer el amor.

Se trataba de una pareja muy bien avenida. Tanto como la que se había encerrado en el despacho de Luffgarden y daba rienda suelta a su pasión.

El conde disfrutó de su mujer y Freyja recordó el motivo por el que le gustaba tanto extenderse, con las piernas bien abiertas, sobre el escritorio de su esposo, mientras él la degustaba.

Unos pocos días más tarde, y con motivo del cumpleaños de Charlize, la familia entera, con todos los vástagos que habían producido las dos hermanas más mayores, y una Cleopatra embarazada, se reunieron en Luffgarden para festejar la vida y el amor de la familia.

Eran tiempos buenos para las cuatro antiguas hermanas Archer, porque aunque no compartiesen ese apellido debido a que eran mujeres casadas, jamás olvidarían que la sangre de sus amados padres corría por sus venas.

Fin.

(Bonus)

# Duquesa por Navidad

La bella no es tan bella y la bestia es muy bestia

*Sarah Worth*

*«El amor es algo precioso,*
*a veces tierno, otras duro,*
*pero siempre insuperable».*
**Sarah Worth.**

# Sinopsis

Violet Robinson ha decidido que la Navidad es la mejor época para enfrentarse al pasado, dado que en esa festividad del año todo es amor y alegría. Así debería ser, pero está equivocada porque Bram Paig-Smith, duque de Blackmore —más conocido como la bestia de Blackmore— vive recluido en su castillo y hace honor al sobrenombre desagradable que le han otorgado.

La voluntad de la señorita Robinson es férrea y va a cobrarse lo que se le debe, cueste lo que cueste. Se ha preparado para los gritos, el desdén, la amargura y el dolor que sabe que llegarán en cuanto se ponga frente al duque, porque La Bestia no permitirá que nadie ponga fin a su miseria.

Estar dispuesta a enfrentar lo peor y tener que hacerlo son dos cosas muy diferentes, así que cuando Blackmore ponga a prueba la determinación de Violet, ella se verá obligada a decidir si convertirse en duquesa por Navidad, compensa todo el esfuerzo que ello conlleva.

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
EL COMIENZO DE LA LUCHA
CAPÍTULO 2
LA LLEGADA DE PROBLEMAS
CAPÍTULO 3
EL AMARGO PRESENTE
CAPÍTULO 4
LA TÁCTICA DEL VENCEDOR
CAPÍTULO 5
LA OBLIGACIÓN DEL TÍTULO
CAPÍTULO 6
UNA MAÑANA NAVIDEÑA
CAPÍTULO 7
LAS DUDAS Y LA CULPA
CAPÍTULO 8
LA TENSIÓN DE LA INCERTIDUMBRE
CAPÍTULO 9
LA VERDAD DEL DUQUE
CAPÍTULO 10
LA AGITACIÓN DEL PASADO
EPÍLOGO
LA CONDICIÓN DEL PERDÓN
SOBRE SARAH WORTH

# Prólogo

Londres, 1812.

La señorita Violet Robinson, a sus diecisiete años, había aprendido un par de cosas trascendentales pese a su corta vida. La primera, tal vez la más importante, era que el mundo estaba en grave peligro a causa de la guerra que había emprendido Napoleón Bonaparte y que parecía no terminar nunca. Su tía, la marquesa de Moreland, había insistido en que la temporada no era lo mismo desde que El Corso había puesto patas arriba la sociedad, y solía quejarse de lo lúgubres que resultaban los periódicos, con demasiadas crónicas militares y pocos cotilleos sustanciosos en las columnas.

Lo segundo que Violet sabía era que, como nieta de un marqués, su destino no le pertenecía. Se esperaba de ella que hiciese un matrimonio ventajoso, y en caso de no lograrlo —cosa que casi con total seguridad se produciría debido a que era poco agraciada, «sencilla» decían algunos como su querida tía la marquesa— disponía de tres primos entre los que podía elegir, ellos eran los hijos de lord y lady Moreland.

Violet conocía muy bien a sus primos dado que, como se quedó huérfana de padre y madre a la edad de los doce años a causa de un accidente en carruaje, llevaba cinco años residiendo con sus tíos y los hijos de estos. Vivían a caballo entre Londres y Moreland Camp, la finca de los marqueses en el campo, donde se retiraban cuando las sesiones del Parlamento se interrumpían, pues su tío tenía un asiento en la cámara. De entre esos tres primos que podría elegir, se esperaba que lo hiciera entre el repuesto del heredero y el segundo repuesto, era decir, entre el segundo y el tercer hijo de los marqueses. A ella le gustaba ese *repuesto del repuesto* que se suponía que era Magnus Robinson, porque era un año y unos pocos meses mayor que ella y tenía más en común con él que con sus otros primos. Y lo que más le gustaba de Magnus era su mejor amigo: Bram Paig-Smith, un muchacho de unos diecinueve años que era dulce, gentil y entusiasta.

Desde que Magnus lo invitó a casa, ella había estado prendada, porque más allá de que era guapo como el pecado, la trataba de un modo tan atento… Si ella fuese un poco más notable en cuando a belleza, hubiese tratado de impresionarlo, pero lord Bram, como hijo

segundo de un duque, tenía al alcance de su mano a cualquier beldad que disfrutase admirando a un adonis encantador.

Bram era alto, delgado pero fuerte, con unos increíbles ojos azules que podrían lograr que una damisela se desmayase si él decidía ofrecerle un guiño. Y si esa dama se resistía a caer rendida con esos orbes del color del cielo más intenso, podría caer de rodillas al contemplar ese pelo lleno de hebras doradas y perfectas. Y luego estaban sus perfectos y blancos dientes, cuya sonrisa era una creación del mismísimo Dios. Los ángeles debían parecerse a lord Bram, porque Violet no creía que existiese algo más precioso que él.

Y como la señorita Robinson sabía que no tenía ni una sola posibilidad con alguien como Bram, no se había atrevido a enamorarse de él. Su corazón palpitaba cada vez que el hombre perfecto aparecía, pero ella lo obligaba a serenarse y le decía a su mente que no debía tener aspiraciones tan grandes, pues él estaba destinado a damas con mayor belleza y pedigrí. Seguramente acabaría casado con una diosa de belleza etérea y con una dote escandalosa bajo el brazo. La hija de otro duque, posiblemente.

De las dos cosas mencionadas, Violet solo sabía que tenía una dote aceptable, dado que su padre la dejó bien provista.

¿Que cómo era ella físicamente? Fácil de describir: pelo negro, ojos del mismo color, estatura aceptable pero demasiado voluminosa. No había ni un solo rasgo que destacase en ella, porque bien podría Dios haberle otorgado algún don extraordinario, como una voz prodigiosa, o una habilidad excepcional para tocar un instrumento, pero no. Era la huérfana que los marqueses habían acogido en su casa y que no tenía nada memorable para recordar, ni tan siquiera unos labios gruesos y del color de las frambuesas. Nada de nada.

Así que sabiendo cómo era en realidad: una dama sin nada interesante que un hombre lograse admirar, no acababa de entender cómo había acabado en una situación del todo increíble, embarazosa y repugnante. Ya había escuchado que el licor podía convertir al mejor de los hombres en un demonio, pero… Y luego estaba esa advertencia que le habían hecho sus primos sobre que no se cruzase en el camino de su tío —el hermano de su padre— si no había alguien acompañándola.

Bien. Además de las dos cosas que Violet había aprendido en su vida, debería hacer hueco en su lista y añadir una tercera. Eso era que los hombres no eran todos iguales. Los había malos y buenos, y dudaba que hubiese un término medio en esa categoría. Eran lo uno o lo otro. Fin.

Definitivamente el marqués de Moreland, su tío, pertenecía a los malvados, porque la tenía en esos momentos bien sujeta contra la pared de la biblioteca, tan cerca de su rostro que ella podía oler el alcohol en el aliento de él. La mano derecha de lord Moreland recorría con desvergüenza su cuerpo, palpando sus senos. Ella quería gritar para pedir auxilio, pero no podía. Le estaba tapando la boca con la mano izquierda.

No había tomado nunca en consideración las advertencias de Magnus, porque ella no había recibido demasiada atención por parte de su tío nunca, pero lo que le estaba ocurriendo la tenía llena de terror. ¿Cómo podía hacerle lo que le estaba haciendo? ¡Era el hermano de su padre! Un caballero que tenía la obligación de protegerla y cuidarla.

Violet había escuchado muchas historias sobre jóvenes damas que perdían la honradez a causa de sus malas decisiones o por la tentación que suponía un caballero perverso. Si su tío no la soltaba, acabaría vomitando.

—No te han protegido bien, hoy por fin te he atrapado —le estaba susurrando en la oreja.

—¡Uuuuuuhm! —Sonaban los gritos de ayuda amortiguados de Violet sobre la mano de su tío

—Me gusta, me gusta que te hagas la difícil. Ya tienes edad suficiente para probar a un hombre. Te he dejado madurar un año más de lo que pretendía. Sé lo que quieres, sé lo que deseas. Me quieres aquí. —La asquerosa mano del marqués se colocó sobre sexo y ella gritó más fuerte, pero sin que la situación cambiase en absoluto—. Eres una zorra, como todas, tu atuendo es simple, imagino que mi esposa te ordena vestirte así para no provocarme, pero sé lo que quieres. Dime, pequeña, ¿algunos de mis hijos te ha tenido ya? ¿Eh? Siempre andas protegida por Magnus, ¿le agradeces los servicios abriéndote de piernas? No, creo que no lo haces porque ninguno de mis hijos es lo suficientemente hombre para coger lo que desea aunque no se lo concedan. Debes ser pura, te daré buen uso, porque vivir aquí no es posible sin un pago y tu padre lo dejó todo bien atado para que no pudiese tocar una libra de tu herencia. Me lo cobraré de ti. Te aconsejo que cooperes un poco más de lo que haces si no quieres salir demasiado lastimada de este encuentro.

La boca de Violet se quedó libre y ella pudo gritar con todas sus fuerzas, pero solo logró hacerlo el tiempo exacto para que Moreland sustituyese la mano por su boca.

La aversión que la invadió era incomparable. La lengua de su tío le lamía los labios mientras ella trataba de mantener la boca prieta. Deseaba morirse, porque más allá de la traición que suponía ser atacada por alguien de su propia familia, estaba el hecho de que no podría seguir viviendo después de que él se saliese con la suya. Cerró los ojos y rogó a Dios que la sacase del calvario en el que estaba.

Sin embargo nadie la socorría. Él seguía lamiendo su rostro, pellizcando sus senos, haciéndole daño… ¡Era una tortura!

—¡Te mataré! ¡Te mataré por haberte atrevido a tocarla! —tronó una voz.

Violet no logró identificar al autor de dichas palabras, pues la furia y el volumen con los que fueron dichas, no le permitió determinar quién estaba tras su tío. Lo que sí supo fue que

un segundo después de producirse la amenaza, ella estaba libre de su agresor.

Abrió los ojos y se topó con un espectáculo de lo más increíble. Bram acababa de atizarle un fuerte puñetazo al marqués en la mandíbula, porque su tío se tocaba con la mano ese lugar, y sospechaba que le había dado una fuerte patada, ya que su agresor estaba en el suelo.

Violet observó al mejor amigo de su primo ir hacia Moreland, seguramente para volver a ponerlo de pie y darle algún otro golpe que lo dejase en la misma posición. Magnus había dicho una vez, que Bram tenía afición por el boxeo y que en una ocasión casi mató a un oponente en un club de mala muerte.

No podía consentir que Bram fuese acusado de matar al marqués de Moreland, así que tuvo que recomponerse a toda prisa y salir disparaba hasta la posición de Bram para cogerle del brazo. En silencio rezó para que la furia que presentía en él no lo hiciese arremeter contra ella.

—Por favor, no lo hagas, Bram. Estoy bien —le dijo, en cuanto le puso la mano en el hombro.

Él dio la vuelta como si fuese un felino sigiloso y le apresó la mano. Era más que evidente que estaba en su versión combativa y que no bajaría la guardia.

—Quédate detrás de mí, Violet —le ordenó, pero ella se colocó delante de él para impedir que siguiese vengándola.

Bram no estaba dispuesto a desistir, así que cuando ella se colocó frente él, la agarró por la cintura para darle la vuelta y protegerla con su propio cuerpo. Violet se quedó tras Bram, y al ser consciente de su posición, se aferró a la espalda de su defensor con un abrazo cerrado destinado a no dejarlo continuar con la lucha.

Su tío había aprovechado la pequeña disputa que los dos mantenían para ponerse de pie.

—Pequeño, petimetre —lo insultó Moreland—. La quieres para ti, ya lo sabía, te he visto mirarla con codicia, puedes quedártela cuando yo acabe con ella. Su pureza es mía, después puedes hacer con ella lo que desees, incluso casarte si no te importa que puedas acabar criando a mi bastado. —La risa estridente y malévola que emitió el marqués hizo que a Violet se le volviesen a revolver las tripas. No debía vomitar, dado que estaba todavía aferrada a Bram.

Al escuchar al marqués, el mejor amigo de Magnus se aferró a los brazos que ella tenía pasados por su pecho para sujetarla con fuerza, para que no se moviese ni un ápice. ¿Acaso creía él que ella iría a abofetear a su tío por lo que acababa de decir? Violet deseaba echar a correr y no volver a toparse con Moreland nunca más. Pero no lo haría porque proteger a Bram era su prioridad máxima en esos momentos.

—Una palabra más que la insulte y te corto la lengua —le dijo con una furia que ella no había sentido jamás en Bram.

—Apuesto a que sueñas por las noche que mi sobrina te hace un hombre, ¿eh? Dime cómo lo haces. ¿Imaginas que le sujetas la cabeza mientras hundes tu pequeño instrumento en su boca, mequetrefe? Puedes quedarte a mirar si quieres y aprender un par de cosas de un verdadero hombre.

Bram dio un paso, arrastrando con él a Violet.

—Por favor… No lo hagas… —le susurró ella—. Él quiere que le des un motivo para lanzarse sobre ti. No lo hagas, Bram —le suplicó con los ojos llorosos, aunque él no la podía ver.

—Te ha tocado, te ha insultado, él merece morir —dijo con los dientes apretados mientras miraba con furia a Moreland. Y sin embargo el joven le había hecho caso a Violet y había detenido su avance.

—¡Enamorado! —exclamó el marqués—. No es deseo solo… ¡Estás enamorado de ella! —La risa estridente volvió a llenar la biblioteca del marqués.

Bram se irguió ante la acusación.

—Yo soy hijo del duque de Blackmore —le recordó, pues le pareció la amenaza más efectiva para un hombre como el que tenía enfrente, sin valores y con la única comprensión de la escala social—. A diferencia de ti, mi padre moriría por cada uno de sus dos hijos. El título de Blackmore está muy por encima del marquesado de Moreland. Una palabra mía y el duque te destruirá. No volverás a tocar a Violet o pagarás tu atrevimiento.

—¿Eso haré? —rebatió el marqués, al tiempo que se movía para buscar una copa y servirse un trago de whisky—. ¿Quién la protegerá cuando te vayas de mi casa? ¿Eh? ¿Tú la custodiarás, chico? ¿Tu padre hará guardia por ella? Creo que no. Vive en mi casa, disfruta de las comodidades que le doy y tiene edad suficiente para pagar por mi bondad.

—Bram… —volvió a susurrar Violet, cuando avanzó un paso más, arrastrándola con él. El aludido ladeó el rostro. Los ojos del joven buscaron los de Violet. Estaba muerta de miedo. Bram lo detectó de inmediato, no solo por su mirada, sino porque lo estaba abrazando con una fuerza descomunal.

—Todo va a salir bien. ¿Confías en mí? —le preguntó en un susurro.

—Sí.

—Ah, cuchicheos de enamorados… ¡Qué tierno! —se mofó el marqués, quien no

logró escuchar el intercambio entre la pareja.

—Lo haremos a tu modo, Moreland. Mi padre te pagará un estipendio por permitir a mi prometida seguir residiendo aquí —le dijo sin titubear. Al menos eso haría hasta que su padre acudiese a la Cancillería y lograse que Violet cambiara de tutor legal, otra cosa sería convencerla para que dejase a sus primos atrás—. El anuncio de nuestro compromiso se enviará a los periódicos esta semana. Si a Violet le sucede algo, si se queja de un maltrato por tu parte, haré que mi padre encuentre la forma para que acabes justo en la esquina entre Newgate Street y Old Bailey Street.

—¿En prisión dices, mocoso imberbe?

—Es mi mejor trato, porque yo puedo ser un mocoso imberbe, un petimetre y lo que se te ocurra, pero conoces bien la fama de mi padre. —El duque era temido y respetado a partes iguales, no solo debido a sus fuertes convicciones honorables, sino también porque tenía amistad con el Príncipe Regente—. No perdona un delito, ni una injusticia, si llega a enterarse de que la prometida de su hijo…

—Su segundo hijo —precisó el marqués con burla.

—Él no es como tú. El valor de su progenie es incalculable. No solo el de su heredero. Sabes lo que te hará si Violet le dice que no está siendo tratada como merece. Y él se entrevistará con ella cada cierto tiempo para comprobar que esté bien. En cuanto sepa mi intención de casarme con la señorita Robinson, la considerará de nuestra familia. ¿Entiendes de lo que te estoy advirtiendo?

Su tío se bebió el licor y luego miró con rabia a Bram. Bien. Él sabía que había logrado darle a Moreland algo en lo que pensar.

—Un mequetrefe de lo más avispado, eso eres. Tenemos un trato, chico, uno que se hará muy efectivo si tu padre no es avaro con los gastos de Violet.

El hijo del duque se las ingenió para colocarse frente al marqués. Fue un poco complicado, dado que ella lo tenía apresado por detrás y no pensaba soltarlo.

—Bram… —susurró una vez más Violet, para tratar de aplacar su rabia. La respuesta de él fue colocar sus dos manos sobre el lugar por el que Violet lo estaba sosteniendo, eso era directamente sobre las manos femeninas. Le dio un ligero apretón para tranquilizarla.

—Me repugnas, Moreland, no solo por el modo en el que tratas a tus hijos. Toca a Violet una sola vez más, y te juro por todos mis antepasados y generaciones futuras que te mataré con mis propias manos.

La seguridad, el tono de voz tan frío y mortal que empleó Bram hizo que al marqués

se le quitasen las ganas de seguir burlándose. Así que Moreland levantó el mentón y le dijo con desdén:

—Tan predecible... —observó con desprecio su tío—. Tienes lo que tanto has deseado desde que llegaste a mi casa por primera vez. Ahora sal de aquí, antes de que veamos quién más fuerte, si tú o yo.

Violet le dio un pequeño tirón para conminarlo a cumplir el mandato. Bram se midió la mirada con Moreland una última vez, antes de girarse para coger por la cintura a Violet y llevársela de allí.

Ninguno de los dos habló mientras caminaban. Ella estaba desbordada, no solo por la situación vivida con su tío, sino por lo que se desencadenó después. Tenía mil preguntas en la cabeza y no sabía por cuál decantarse primero.

—Bram… —lo llamó porque él estaba caminando a toda prisa y no parecía detenerse.

—Aquí no, Violet, en el jardín trasero.

Ella asintió, no osó aminorar el ritmo de la caminata, aunque la falda que llevaba no le permitía demasiada maniobrabilidad.

—No puedo seguirte el paso —susurró.

Bram se detuvo en seco, la miró y acto seguido se la cargo en brazos.

—¡Bram! —Nunca había dicho su nombre tantas veces como en el día que concurría.

—Si no salgo de esta casa rápido, aunque solo sea para ir al jardín, daré media vuelta y le daré su merecido —explicó.

Violet, desde su nueva posición, podía escuchar el corazón de él latiendo con intensidad, su respiración era agitada. Le quedaba perfectamente claro que lord Bram Paig-Smith no estaba satisfecho por no haber atizado dos veces a su tío.

Estaban en la parte más alejada del jardín interior de la casa. Se quedó callada hasta que su protector la bajó al suelo. En cuanto la dejó libre, Bram comenzó a dar cortos paseos. Parecía un león enjaulado.

—¿Es verdad? —preguntó Violet, mientras se interponía en su camino. Él se paró frente a ella de inmediato.

—¿El qué?

—Lo que ha insinuado Moreland.

—Ha dicho muchas cosas, Violet, deberás ser más precisa.

La pregunta que deseaba hacerle era embarazosa. Sus mejillas se tiñeron de rojo al pensarla, no sabía si tendría el suficiente valor para exponerla en alto. A sus cualidades corrientes, también debería añadir que era más bien tímida.

—¿Tú…? ¿Yo…? Esto es complicado —musitó en voz muy baja, pero él la escuchó.

Bram levantó una mano y le acarició la mejilla.

—¿Te ha hecho daño, Violet? —La preocupación que detecto en su tono, la que estaba viendo en sus ojos, la conmovió.

—¿Tú me quieres? —La pregunta que se había formado en su mente fue dicha en alto sin que pudiese detenerla. Sus mejillas se sonrojaron al instante. Su mirada bajó al suelo, estaba rebosante de vergüenza.

—Todo el mundo te aprecia.

Ella comenzó a negar con la cabeza.

—No, no. Quiero saber si lo que ha dicho Moreland sobre ti es verdad. —Era una necesidad imperiosa la que sentía. Necesitaba comprender si las palabras de su tío eran fruto de sus ansias por enfadarlo o si podrían ser ciertas.

—Mírame a los ojos, Vi —le acortó el nombre. Era la primera vez que lo hacía. La señorita Robinson tragó saliva y se dispuso a seguir su orden. Con mucha timidez levantó la mirada para enfrentarse a Bram—. ¿A qué parte te refieres? —preguntó él cuando ella reunió el coraje suficiente para mirarlo.

—Moreland dijo que estás… que tú… que tú… —No podía seguir. Era demasiado para ella. Optó por callarse y bajar otra vez la mirada. Su timidez era mayor que su valentía.

El hijo del duque de Blackmore dejó de acariciarle la mejilla para llevar un par de dedos bajo su mentón y hacer que subiese el rostro para que levantase la mirada.

—Sí, Vi. Lo que dijo sobre mí es cierto.

Sintió temblar las rodillas en cuanto ese improvisado apelativo que le acaba de poner

Bram fue dicho por segunda vez.

—¿Lo es? —preguntó con un asombro genuino cuando reflexionó sobre lo que él acababa de decir.

No había esperado que un joven como Bram Paig-Smith pudiese sentirse atraído por alguien como ella. Común, sin gracia, sin conexiones o influencias.

—Sí. No es casualidad que pase largas temporadas festivas en casa de Magnus, cuando es evidente que detesto a su padre.

—¿Es por mí? —Tuvo la audacia de preguntar.

—Estás decidida a que desvele hoy todos mis secretos. Ya lo veo. —Él le sonrió.

—Yo… —No sabía qué decir. Se le ocurrió una cosa—: No es por vanidad. Solo me sorprende que tú… porque yo soy… y tú eres… —Se silenció sin saber cómo continuar. Sus frases inacabadas estaban dejando en entredicho su propia inteligencia. Si ya era humillante admitir lo que pensaba de sí misma frente a ese adonis tan espectacular, peor resultaba comportarse como una niña de cinco años.

—Te amo, Violet. Eso es lo que me pasa —le dijo con esos preciosos ojos azules dando fe de la certeza de sus palabras.

Si había algo que Violet supiese interpretar eran los ojos de una persona. Había sospechado desde que llegó al seno de la familia Robinson que su tío no era buena persona, pero no imaginó que su alma estuviese tan podrida.

—Entonces, lo que has dicho sobre nuestro… sobre lo de… —¡Dios!, quería desaparecer. No era capaz de decir ni una sola frase completa. Su tonta timidez tenía que desaparecer porque estaba viviendo un momento trascendental en su vida y deseaba estar a la altura de las circunstancias.

—No era el momento adecuado para proponértelo.

—¿El qué? —Ella frunció el ceño ante el cambio de tema en la conversación.

—Soy joven y tú lo eres algo más que yo.

—Tengo diecisiete años —le aclaró, por si él no lo sabía.

—Y yo diecinueve.

—Lo sé.

Bram siguió acariciándola, haciendo que ella se estremeciera con su suave toque y aprovechó el momento para levantar la otra mano y colocarla en la cadera de Violet.

—Yo también sabía cuántos años tienes, Vi. Hace tiempo que los cuento. Estaba esperando a que cumplieses los dieciocho para declararme y que tuvieses los veintiuno para que nos casásemos. Eso, por supuesto, si me ves como un pretendiente acep…

—¡Sí! —gritó. Se quedó perpleja ante su propia reacción. Él también, pero lo demostró con una brillante sonrisa. Violet carraspeó—. Quiero decir que eres un pretendiente aceptable. Sí, eso es. Yo… creo que puedo casarme contigo —alegó sin emoción alguna, queriendo parecer magnánima y dejando ver que no estaba tan ansiosa con la idea de convertirse en lady Bram.

—Es un alivio que me consideres aceptable y que creas que puedes casarte conmigo —sentenció, mientras fruncía el ceño. Dejó caer los brazo a los costados.

Violet se mordió el labio inferior para después preguntar:

—¿Te he disgustado, Bram?

—No, solo esperaba un poco más de… efusividad por tu parte. Ese sí inicial tuyo me ha dado esperanzas de que pudieses estar loca por mí, pero luego… lo que has dicho… —suspiró y se concentró en su mirada—. No quiero tu gratitud por lo que ha pasado con Moreland, creo que anunciar nuestro compromiso es una solución óptima para protegerte, pero en cuanto seas mayor de edad, podrías romperlo y…

—¡No! —volvió a gritar. Ahí pudo observar de nuevo una sonrisa por parte de Bram.

—¿Por qué no, Violet? ¿Por qué no romperías el compromiso cuando fueses mayor de edad? —le preguntó, mientras eliminaba el pequeño espacio que los separaba. La boca de Bram estaba a un centímetro de la de Violet.

—Sabes por qué —dijo ella en un susurro muy, muy bajo.

—Dilo. Dímelo, Vi. Si me quieres, dímelo —la animó.

—Estoy loca por ti —confesó en el mismo tono casi imperceptible.

—Entonces nos casaremos cuando regrese.

Bram supo que tenía que besarla y no se privó de hacerlo. Le rodeó el mentón con la mano que le había estado acariciando la mejilla y se lanzó sin remilgos.

La besó.

Comprendió que la había sobresaltado al ser tan implacable, porque Vi trató de dar medio paso atrás. Era tan dulce, tan adorablemente tímida, que le fue imposible no enamorarse cada día un poco más de ella. Bram la retuvo contra su duro pecho y comenzó a profundizar el beso, era preciso que su prometida comprendiese que no tenía motivos para ser ni cauta ni comedida con él.

La besó imprimiendo varios tiempos, pues de la ternura más exquisita, pasaba a la pasión más extrema. Y vaya si ella no estaba respondiendo divinamente al procedimiento.

Violet dejó escapar un gran suspiro que dejó en evidencia su placer y se aferró a las solapas de su elegante chaqueta de terciopelo marrón. La acción tan honesta de su dama le dio mayor estímulo para actuar, así que comenzó a usar la lengua para tentarla. Le dio un beso húmedo, de esos que consumen a una pareja si no se va con cuidado. Bram deslizó la lengua adentro para degustar su sabor, tratando de acariciar cada recoveco de su cálido interior y reclamarlo para sí. ¡Por Dios!, besar a Violet era un sueño al fin alcanzado. Había fantaseado tantas veces con ese momento que no se podía creer que estuviese sucediendo.

Sus labios eran duros, calientes, con un regusto excitante a arrogancia que Violet estaba disfrutando de lo lindo. La pasión se incrementaba con cada roce, con cada gemido, a una velocidad alarmante. Si bien Bram había previsto que ella se mostrase tímida, le estaba dando una lección maravillosa, porque no se mostraba en absoluto pasiva.

Violet estaba fuera de sí. Lo necesitaba más cerca, quería más de él, más de sus besos. Dejó de sujetarlo por la solapa y se ciñó a la cintura masculina, para después comenzar a abrazarlo y clavar los dedos en su espalda con fuerza. No era suficiente sentirlo así. Se las arregló para pasar las manos por debajo de las capas de ropa que Bram llevaba, y al fin se encontró con la piel caliente de él bajo las yemas de sus dedos. Palpó sus tersos músculos y se dio cuenta de que era fuerte, no solo porque lo hubiese visto derribar a Moreland con facilidad, sino porque estaba tocando directamente sus músculos lisos y duros como el acero.

Por su parte, Bram tampoco encontraba plena satisfacción en ese beso incendiario que no debió haber iniciado. El sabor a menta que paladeaba en la lengua de Violet lo enaltecía. El modo en el que ella combatía en un duelo con su lengua, dejaba bien claro que no tenía ni un solo gramo de timidez en todo ese glorioso cuerpo que se apretaba contra él.

Bram se separó un momento de su presa para tomar una bocanada de aire. La vio con la mirada llena de deseo, los labios enrojecidos por sus besos, era una visión deliciosamente perversa. Gimió lleno de agonía y volvió a lanzarse a la conquista, a hundir la lengua en la boca de Violet. La joven le demostró que era igual de activa que él. Bram la estrechó todavía más contra sí, pues estaba dolorido y necesitaba frotar su entrepierna con el delicado cuerpo femenino. Eso hizo que Violet meciese las caderas por inercia, dado que sentía un picor desconocido hasta la fecha que debía ser atendido sin dilación.

Bram la besó una y otra vez. Sin descanso. Violet correspondió a cada golpe de lengua dando y recibiendo.

Las agujas del reloj se detuvieron, permanecieron besándose hasta que la cordura del joven logró abrirse paso entre las brumas de la lujuria. Se separó de su boca y apoyó la frente en la de ella. Ambos estaban abrazados y no daban signos de desear separarse todavía, pese a que eran muy conscientes de que estaban jugando con algo más peligroso que el fuego: la pasión.

Después de ese increíble intercambio, Bram dio por hecho que no experimentaría un beso más carnal mientras viviese. Ella era perfecta. Se ajustaba a él como si Dios mismo la hubiese sacado de su propia costilla. Ese pensamiento hizo que la imaginase completamente desnuda sobre su lecho, con ella alentándolo a que se hundiese en su vaina y le diese placer, con sus adorables pechos frotándose contra su torso mientras lo hacía, y sus largas piernas apresándolo para evitar que él pudiese escapar.

—Tengo que soltarte.

—No.

—Tienes que soltarme, Violet —insistió. No sabía cuánto más sería capaz de dominarse, para no cometer una temeridad.

—No quiero —dijo con seguridad.

—Has elegido un buen momento para dejar de ser tímida, pero muy malo en realidad porque estamos en el jardín y alguien podría vernos.

El sentido común de Violet se había esfumado, porque a ella no le importaba nada más que los besos de Bram, sin olvidar ese abrazo protector tan reconfortante que le estaba ofreciendo.

—No puedo dejarte ir… ¿y si eres un sueño y me despierto?

La honestidad con la que le habló hizo que él se desplazase para comenzar a besar su elegante cuello de cisne. Ella se volvió a fundir contra él. La lengua de Bram no tardó en posarse en el lóbulo de la oreja para chupárselo y luego darle un mordisco. Se estremeció llena de un placer visceral, potente, peligroso.

—¿Qué haces? —inquirió cuando la lengua de su prometido invadió su pabellón auditivo.

—Te beso —respondió él.

Sí. Era evidente que Bram la estaba besando y que a ella le encantaba, pero

necesitaba sus besos en la boca, no en la oreja, aunque tenía que reconocer que la sensación de tenerlo jugueteando ahí era deliciosa.

—¿Quieres que pare? —La pregunta fue tan seductora, con un toque de súplica latente, que Violet se apretó más sobre él haciendo que el duro eje de Bram volviese a estar pegado al vientre femenino.

¡Qué tortura más deliciosa era esa!

—Bram, Bram… —suspiraba Violet llena de ardor.

—Hueles siempre tan bien…

—Son violetas —se las apañó para aclararle.

—Por supuesto que sí, Violet. Hueles a tu nombre.

—Y tú hueles a… —No podía seguir la conversación, porque él acababa de pasarle una mano por el pecho y su celebro se había hecho papilla.

Violet lo sintió sonreírle sobre el cuello.

—A maldad —terminó él por ella. Luego se separó un poco de Violet, dejó de acariciarle el pecho y antes de soltarla por completo, le dio un último beso en los labios. Un contacto ligero.

Cuando Bram la dejó al fin libre, ella tuvo que apoyarse contra la pared que tenía detrás para no caerse al suelo. Estaba tan débil como un cachorrito recién alumbrado.

Violet lo tenía de espaldas, le veía los hombros subiendo y bajando, tratando de normalizar la respiración. Ella no estaba más tranquila que él.

Se llevó una mano a la boca para rozarse los labios. Los sentía deliciosamente hinchados. Hinchados por los besos apasionados de Bram ¡Qué delicia más inesperada! Él le había hecho olvidar por completo la desfachatez de su tío.

Pasados unos minutos, el hijo del duque se ladeó para observarla.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

Él se colocó delante de ella en dos pasos y la examinó para ver si la había lastimado de algún modo. Siempre tan servicial, tan atento… Era común que cuando lord Bram los

acompañaba a algún baile, estuviese siempre pendiente de llevarle una limonada o de rescatarla de algún viejo caballero un poco pesado. Violet había atribuido sus atenciones a su impecable educación y a que como amigo íntimo de Magnus, se sentiría obligado a transferirle su cuidado. Había quedado claro que no era por ese motivo. ¡Aleluya! ¡Bram Paig-Smith estaba enamorado de ella! Y si en un primer momento hubiese podido aludir a que las palabras dichas hacía un rato en presencia de Moreland era fruto solo de la protección, acababa de quedar claro de que no era así. La deseaba. La deseaba con la misma fuerza que lo hacía ella, porque había sentido ese apéndice varonil palpitando contra su vientre.

Violet comenzó a sonreírle.

—No estoy herida, Bram —lo tranquilizó, cuando él comenzó a inspeccionarle el cuello en señal de algún mordisco de amor o un posible arañazo—. Lo que lamento es que deseaba más, mucho más de ti —dijo en un susurro.

—Yo también quería poseerte, Violet, pero no es posible hacerlo todavía.

—¿Crees que soy una cualquiera por lo que…?

—Por supuesto que no —negó tajante—. Lo que ocurre es que tengo obligaciones que cumplir, y si adelantamos nuestros votos, no seré capaz de dejarte atrás.

Violet frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? —¿Iba a abandonarla tan pronto? Sintió un temor comenzar a surgir en el mismo lugar donde antes había latido el amor verdadero. Su corazón estaba compungido.

—Soy el segundo hijo de un duque, amor.

—No entiendo… —musitó. Ah. La había llamado amor… ¡Qué maravilla!

—Mi destino es el ejército.

—¡No! —gritó, al tiempo que se aferraba a su abrazo—. No puedes dejarme ahora que te sé que te sientes como yo. No, Bram. No puedes hacernos esto. No.

El joven correspondió a su abrazo de inmediato.

—Está todo dispuesto, Violet. Mi padre ha comprado mi comisión y saldré en unos pocos meses.

—Pero yo no podré soportarlo —comenzó a sollozar. Bram se conmovió. Ella sí que lo amaba. Él le importaba de verdad. Ser correspondido era una sensación maravillosa.

—Mi padre considera que la guerra no puede durar mucho más. Antes de que te des cuenta estaré de regreso en Londres y nos casaremos.

Ella se separó de él y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Casémonos antes de que te vayas, Bram —sugirió.

—No puedo hacerte eso, Vi.

—¿No has dicho que me amas?

—Con todo mi corazón.

—¿Entonces por qué no quieres casarte conmigo?

—Porque no podría dejarte atrás, ya te lo he dicho. Soy fuerte en todo lo que no se refiere a ti, porque tú eres mi debilidad.

—Llévame contigo. —Pensó que esa sería una solución excelente. Conocía a algunas esposas de oficiales que los habían seguido hasta el campo de batalla.

Bram se separó se ella y le cobijó las manos entre las suyas.

—No te haría eso jamás. Te quedarás en Londres, porque aquí estarás segura. Mi padre se ocupará de ti y Moreland no se atreverá a volver a tocarte un solo pelo de la cabeza. Me esperarás porque te juró que regresaré, amor. Lo haré por ti, para casarme contigo. Serás lo que me motive a seguir con vida, la ilusión que marcará mi rumbo, la esperanza que hará que mi corazón siga latiendo. ¿Crees en el juramento que te acabo de hacer?

—Sí —dijo convencida.

—Entonces yo soy tuyo tanto como tú eres mía.

—Soy tuya, Bram. Siempre lo seré. Ese es el juramento que yo te hago a ti. Regresa a mí, porque de lo contrario pereceré como una flor marchita.

Él le sonrió y la abrazó.

—Siempre. Siempre regresaré a ti, mi amada Violet.

# Capítulo 1
# El comienzo de la lucha

Londres, 1821.

Violet notaba que esa noche la estaban examinando más de la cuenta. Agachó la mirada para comprobar si su impecable vestido de seda azul zafiro estaba manchado o si el escote le había jugado alguna mala pasada. No podían estar juzgándola por el color elegido, dado que eso lo hicieron cinco años atrás, cuando decidió que pese a estar soltera no iba a vestir colores pasteles ni blancos virginales, así que debía estar causando expectación por otra cosa.

¿Podría ser por aquella carrera de faetones en la que participó simulando ser un muchacho? Cierto que cuando se le cayó la pequeña gorra que trataba de ocultar su espesa melena causó una gran conmoción, pero esto ocurrió unos cuatro años atrás y ella negó toda implicación en el caso.

Tampoco sería por la muerte de su tío, el marqués de Moreland, dado que eso también ocurrió el año pasado y las hojas de escándalo dieron buena cuenta de que el título estaba completamente arruinado, así que esa parte quedaba igualmente lejos.

Todas las buenas personas que componían las filas de la alta sociedad la observaban sin disimulo mientras cuchicheaban. Se quedó pensativa, no había hecho en el último año nada escandaloso. ¿A qué se debería tanto escrutinio?

En otro tiempo, Violet hubiese sentido la necesidad de salir corriendo a toda prisa de un salón de baile abarrotado de personas que la juzgaban. Sí, con lágrimas en los ojos, pero era una verdad absoluta que el carácter de las personas cambiaba, porque lo que hizo ante la situación fue coger una copa de champán del lacayo que pasaba frente a ella, sonreír, levantar el licor al aire y bebérselo de un trago. Las miradas y los susurros se intensificaron todavía más con esa acción.

Su amiga Antia se presentó de inmediato a su lado.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Por qué? —Violet se ladeó un poco para poder mantener una conversación con una de sus amigas más queridas, la señorita Antia Rosboun.

—Me temo que ha trascendido el festejo de tu veintiséis cumpleaños. No debiste haber preparado nada tan ostentoso. Te advertí que sería un escándalo.

Las cejas de Violet se desplazaron hacia arriba con sorpresa.

—¿Van a censurar que esté viva y siga cumpliendo años? ¿Qué debería hacer? ¿Morirme para no molestarlos? —preguntó en alusión a la sociedad londinense.

Antia chasqueó la lengua.

—Sabes cómo funciona esto, Violet, no hay ningún problema en que sigas viviendo, lo que no les parece correcto es que celebres con alegría que tienes veintiséis años.

—Desearía emigrar al Polo Norte, Antia. No entiendo esa manía de juzgarlo todo. —Violet suspiró y se tocó la frente—. Bueno, supongo que es algo que me perdonarán con facilidad. A fin de cuentas ya saben que soy excéntrica y que la fiesta que hice no fue nada impúdica…

—Uhm… —la interrumpió Antia.

—¿Qué sucede ahora? —inquirió la señorita Robinson intuyendo que las noticias no habían finalizado ahí.

Le había parecido bien invitar a sus queridos amigos hacía dos noches para organizar una fastuosa cena, con un gran baile a fin de celebrar su aniversario. Una fiesta siempre era algo bien visto, pero no que una mujer como ella hiciese algo así, eso tenía que estar condenado al cotilleo incesante.

—Hay más. Mucho más, Violet, y me temo que no te va a gustar.

—No he hecho nada interesante desde que celebré la fiesta por la que parece que tendré que pedir disculpas. ¡No me ha dado tiempo!

—Eres incorregible, amiga mía, pero lo que se comenta no es sobre ti… Bueno sí lo es, pero no eres la que ha causado el revuelo, aunque es verdad que eres un factor decisivo, pero no creo que sea culpa tuya que…

—Estás divagando, Antia —la avisó.

—Ha regresado. Hace meses que está aquí —dijo en tono solemne su amiga, mientras le aferraba la mano derecha, como si le estuviese dando el pésame por la muerte de un ser querido.

—¿Quién ha vuelto? ¿El rey Jorge de su viaje a Escocia?

—No. Ha regresado él.

—¿Él? ¿Quién es él?

Antia suspiró.

—Esto es muy difícil de decir.

—Nada es complicado, solo tienes que abrir la boca, articular las palabras adecuadas y explicarte.

—No sé si podré hacerlo, temo que hagas algo que te ponga en un verdadero aprieto. No te tomas bien las malas noticias, aunque está no sé si es en verdad mala…

Violet se rio sin contención.

—¿Crees que a estas alturas de mi vida tengo algo que temer? ¡Vamos, Antia! Tú mejor que nadie estás al tanto de lo que han sido todos estos años pasados. Te aseguro que no hay absolutamente nada que pueda causarme la menor perturbación.

—Sí, sí la hay, Violet.

—Te prometo que no.

—Te daré la noticia y te vendrás abajo, lo sé. No creo que pueda perdonarme el hecho de hacerte daño.

—Antia, me estás poniendo muy nerviosa. Di lo que tengas que decir de una vez.

—¡Es que no puedo! —exclamó con enfado.

Las miradas de los invitados a la fiesta de los vizcondes Somerset se posaron en las dos.

Violet decidió tomar una profunda bocanada de aire y tranquilizarse. Dejó que pasasen unos pocos segundos, sonrió y volvió a mirar a su querida amiga.

—No entiendo lo que te tiene tan alterada, Antia. Eres una persona bastante práctica

y no te he visto perder los nervios ni en aquella ocasión en la que me ofrecieron ser una actriz improvisada en la posada de…

—¡No me recuerdes aquello! —la refrenó. La señorita Rosboun todavía tenía pesadillas con lo que ocurrió aquella noche en la que el carruaje de ambas se estropeó y tuvieron que alojarse en aquella posada. ¡La temeridad de Violet no tenía límites!

—Siempre es un placer contar con la compañía de dos de las damas más bellas del salón. —Antia y Violet miraron a su izquierda para ver al conde de Maitland, Perry Storm, quien era el epítome de la hermosura, de la elocuencia y también del libertinaje.

La señorita Robinson vio de inmediato cómo el semblate de Antia cambiaba de color. Se puso pálida como el papel blanco que revestía las paredes del salón de baile.

—Creo que tengo que ir a buscar a mi madre —se excusó de inmediato su amiga, para después esfumarse.

Violet la dejó marchar.

—Me tiene auténtico terror. A veces creo que teme que la deje desnuda en medio del salón —dijo lord Maitland con su habitual toque de humor.

—Te gusta mortificarla, irás al infierno por ello, ¿lo sabes verdad?

—¡Una dama diciendo un exabrupto en medio de un elegante y correcto salón de baile! —exclamó falsamente compungido—. Creo, señorita Robinson, que usted será la que acabe en el Hades.

—¿Te has enterado ya de las últimas novedades? Todo indica que acabaré en ese lugar tan oscuro solo por existir.

—Por supuesto que estoy al tanto de lo que se rumorea sin descanso esta noche. Es por eso por lo que he venido a hacer de paladín, Violet. ¿Estás bien? —preguntó con mucho interés.

La mujer agitó los hombros.

—¿Por qué no iba a estarlo? Celebrar una fiesta de cumpleaños no debería ser un sacrilegio ni estar penado con lo que sea que estén pensando en hacerme. Tengo veintiséis años y estoy orgullosa de seguir viva. A veces creo que acabaré quemada en la hoguera por cualquier tontería, pero no se me pasó por la cabeza que fuese por festejar mi efeméride.

—No tendrás un destino tan cruel mientras yo sea tu amigo, Violet. Pero él sí debería acabar encerrado en la Torre para después ser llevado hasta el verdugo.

Violet frunció el ceño. Ah. Un «él» otra vez. ¿Se trataría de su primo Magnus Robinson? Violet había contratado al mejor de los Bow Street Runners para tratar de localizar al actual marqués de Moreland, puesto que la marquesa viuda estaba muy afligida y necesitaba ver a su hijo menor. La tragedia de los Robinson era grande, porque más allá de enterarse de que sus primos habían sufrido grandes palizas a manos de un padre que merecería estar en el infierno soportando la ira del Ángel Negro, sus dos primos mayores habían fallecido antes que el propio marqués, para dejar a cargo del título a Magnus Robinson, de quien nadie sabía su paradero. Pero no podían estar circulando chismes sobre su querido primo Magnus, puesto que no tenía noticias del investigador.

—Deduzco que el motivo por el que esta noche soy el centro de atención no es por haber festejado el día en el que nací. —Maitland negó con la cabeza—. ¿Qué es lo que sucede?

—No debería ser yo quien te lo dijese.

—No empieces a decir tonterías como ha hecho Antia. Solo dime el motivo por el que mi popularidad está en auge. Y no lo dulcifiques, sé que no se trata de nada bueno.

—Está bien. La bestia de Blackmore ha regresado.

Un sobrenombre que ella misma le había puesto no debería sorprenderla tanto, y no lo hacía, pero vaya sí dolía. Dolía tanto como aquella mañana de hacía nueve años, cuando lo despidió en compañía de sus padres y de su hermano mayor y él le juró por segunda vez que regresaría a sus brazos.

Bram. Bram Paig-Smith. Actual duque de Blackmore. La Bestia.

Nueve años siendo la prometida de un fantasma, de una bestia que no había tenido la delicadeza ni de liberarla del compromiso. Violet Robinson se había acostumbrado a estar en tierra de nadie, pues su estatus era el de estar comprometida, pero nada más. No se había convertido en una mujer casada.

La muerte había asediado a muchos de sus conocidos. No solo dos de sus primos habían partido a un lugar mejor, también lo había hecho la familia de Bram. Los anteriores duques de Blackmore, Dios los tuviese en su gloria, fueron como unos padres para ella. La habían cuidado tanto como la madre de Magnus. El anterior duque se tomó muy en serio la responsabilidad de velar por la seguridad de Violet y nunca la dejó de lado. La duquesa hizo lo mismo. Unas personas de alto rango, pero a la vez sensatas, correctas y muy justas. Cuando el hermano de Bram, Tommy, falleció, los dejó tan sumidos en las tinieblas, que Violet sabía que el matrimonio había acabado enfermando por el dolor que compungía sus almas. Se quedaron sin ninguno de sus dos hijos cerca y eso no pudieron soportarlo.

Violet no desistió ni dejó de pensar en Bram incluso cuando las cartas dejaron de llegar. Ella le había dado la noticia de la muerte de su hermano y esa fue la última carta que tuvo

respuesta por parte de él. Unas líneas atípicas donde le agradecía su apoyo y nada más.

La guerra finalizó y nadie sabía qué había sido del nuevo duque de Blackmore, aunque existía la certeza de que estaba muy vivo. No había regresado tal y como juró que haría. La había traicionado, y más allá de eso, la difunta familia de Bram la había apoyado tanto, que el título de la eterna prometida de La Bestia, no logró quitárselo de encima jamás.

Durante esos largos nueve años, Violet Robinson había sido una mujer comprometida con un hombre que no había regresado para reclamarla, de tal modo que ningún otro podía tomarla en consideración para el matrimonio. Encadenada a un hombre que no la quería y sin posibilidad de rehacer su vida. ¿Lo hubiese hecho? ¿Habría sido capaz de actuar unilateralmente y romper el contrato que se firmó años atrás para casarse con otro?

Solo otro caballero la había hecho dudar por un instante. Ese era precisamente el hombre que le acababa de decir que La Bestia había regresado a casa. El conde de Maitland, Perry, le había hecho una proposición a la que le costó mucho negarse. Era atento, agradable, y cuando le dijo que no podía casarse con él, porque no lo haría con nadie, había tratado de persuadirla sin descanso, con palabras tiernas y elocuentes, donde le decía que ella merecía ser feliz y que él podría lograrlo. Perry. Su más querido amigo. El que nunca le había fallado. Leal y maravilloso. Bueno y tierno. Y pese a ser formidable, ella no había logrado dejar atrás a Bram.

—¿Estás seguro de que es él? ¿De que ha regresado?

—Nadie lo ha visto todavía, pero me conoces bien. Nunca estoy equivocado.

—Lo has investigado. —No fue una pregunta.

—En cuanto escuché el primer susurro hice mis comprobaciones. Blackmore mandó llamar a su abogado y el mío me confirmó lo que todo el mundo sospecha. Ha vuelto. Hace meses. Es por eso por lo que están muy pendientes de ti esta noche.

—¿Se han hecho apuestas?

—Nada que deba inquietarte.

—Eso es que sí y que son sobre mí. —Maitland no añadió nada al respecto y ella sabía que había dado en el clavo—. ¿Dónde está? ¿En Londres? —preguntó, tratando de mantener una calma que no sentía.

—En su castillo de Corby.

Violet se tocó la frente. Sí, sí que tenía ganas de echar a correr y ponerse a llorar. La bestia de Blackmore estaba en Inglaterra y no había tenido la decencia de presentarse ante ella para aclarar la situación.

La señorita Robinson tuvo la sensación de que todo el esfuerzo que había empleado en pulir su carácter para tener más confianza en sí misma había sido una pérdida de tiempo, dado que se sentía como si volviese a tener diecisiete años y se fuese a creer todas aquellas patrañas que Bram le dijo una y otra vez antes de marcharse. De pronto se sentía tímida y muy vulnerable. ¡Maldito fuese por hacerla flaquear!

Bram Paig-Smith podía pudrirse en el infierno. A ella le daba igual. No le importaba. No deseaba saber nada de él.

—No merece tus lágrimas —musitó Maitland, mientras le ponía la mano en la cintura para llevársela del salón de baile.

Al escucharlo, Violet se tocó la mejilla y se dio cuenta de que una lágrima había escapado de su confinamiento y rodaba por su mejilla. No se detuvo a avisar a la condesa de Derby, quien había sido su acompañante esa noche, se dejó llevar por Maitland y unos pocos minutos después estuvo dentro del carruaje del conde.

Violet figuraba sentada al lado de su amigo y el conductor ya había puesto a cabalgar a los caballos. El impulso que sintió de llorar había parado porque se recordó que Bram no merecía su llanto. Ya no. Así que la señorita Robinson se había tranquilizado.

—Seremos un escándalo —le dijo a su amigo, al darse cuenta de lo que acababa de suceder. Se habían marchado a toda prisa, juntos y a solas. Las columnas de los pasquines darían buena cuenta de la indiscreción al día siguiente.

—Sabes que casarme contigo no será un problema —observó lord Maitland, mientras le sujetaba la mano derecha entre las suyas—. Detesto verte triste, Violet.

—Se me pasará en cuanto… —Se silenció porque no tenía ni la más remota idea de cómo terminar esa frase.

—Tu situación hubiese tenido remedio desde hace muchos años. Mis afectos no han cambiado, Violet. Es más, cada día que pasa mi deseo por ti se intensifica. Estoy loco por ti.

—Perry… —susurró su nombre de pila.

El conde se acercó lentamente para besarla. Los labios de Maitland se posaron en los de Violet como un pequeño aleteo. La mano que había estado sosteniendo el caballero, salió de su agarre para ponerse directamente sobre el torso de él y apartarlo con suavidad.

—No puedo —musitó.

—No merece tu lealtad. Lo que hubiese habido entre ambos murió hace tiempo, Violet, yo estoy aquí. ¡Maldita sea, yo te quiero! —exclamó con enfado al ver que ella negaba

con la cabeza a cada palabra que él pronunciaba.

—Lo siento, Maitland, lo siento mucho… —se disculpó una y otra vez.

El conde saltó al asiento de enfrente para poner distancia entre ambos. Se pasó las dos manos por el pelo. Y respiró con profundidad para tratar de serenarse. La buscó con la mirada y la vio compungida. Era evidente que volvía a llorar en silencio. Le tendió un pañuelo.

—No debí haberte levantado la voz, lo lamento.

—Por amor de Dios, Perry, no te disculpes.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé… —susurró—. Supongo que tengo que averiguar si él…

—¡No irás a verlo! —explotó de nuevo. Ella dio un brincó hacia atrás después de esa nueva salida de tono. Él se enfadó consigo mismo por no poder dominarse—. Te he gritado otra vez y tú no tienes la culpa de esta absurda situación. Acepta mis disculpas y mi promesa de que me contendré, Violet. Siento estar así, enfadado… Pero es que si me dejases intentarlo, te haría tan feliz… Serías tan dichosa que lo olvidarías. Puedo hacerlo, Violet. Te amo tanto que es una auténtica locura. Permite que lo intente…

La dama cerró los ojos. La tristeza que se unía a la esperanza en las palabras del que había sido su mejor amigo, de quien la había apoyado tanto desde que tuvo la fortuna de cruzarse con él, le perforaban el alma.

—Necesito ir a casa —susurró.

Lo vio sonreírle.

—Y a mí me gustaría servirte de ayuda. ¿Tanto te desagrado, Violet? ¿No hago que tu corazón lata un poquito más fuerte cuando me ves? —le preguntó mientras se acercaba a ella para poder volver a cogerle las manos—. Porque solo con que me dieses una oportunidad, yo podría ser todo lo que necesitas —insistió—. A los dos nos aprecian en los círculos sociales de nuestra categoría, tenemos fortuna, nos llevamos bien, hemos sido amigos durante muchos años. ¿Tan difícil te resultaría convertirte en mi condesa? Estoy completamente rendido a tus pies, Violet.

Violet lo examinó con atención. Perry Storm había sido el mejor amigo del hermano mayor de Bram. Cuando el heredero del anterior duque murió, los dos se consolaron, porque Maitland perdió a un ser muy querido, pero la pérdida de Violet no había sido menor. Apreciaba Tommy porque le tendió la mano desde el primer momento, porque era muy parecido a Bram en cuanto a carácter.

Maitland era uno de los mejores partidos de Londres. Muchas damas le habían reprochado a Violet, directa o indirectamente, que lo mantuviese en el candelero pese a estar comprometida con un duque. Perry era alto, delgado, con el pelo castaño plagado de tonos rojizos y unos grandes ojos grises. El problema era que Bram la había marcado a fuego, y Violet tenía que reconocerlo, no había perdido nunca la esperanza de que regresase a ella para hacerla su esposa, para amarla, para vivir una vida en común tal y como le juró que haría. Ni tan siquiera en esos momentos en los que se había enterado de que él estaba de regreso, era capaz de enfurecerse o abandonar la idea de… ¡Qué tontería! Era muy consciente de que Bram Paig-Smith la había olvidado por completo, y aun así…

—Te aprecio muchísimo, Perry. Has cuidado de mí desde que nos conocimos y te estoy muy agradecida.

—Tengo treinta años, Violet, Dios sabe que te quiero como nunca nadie te querrá, pero tengo que casarme. Es mi responsabilidad como conde dar a mi título un heredero. —Esperaba que con esa declaración ella pudiese comprender que podría perderlo.

—Lo sé.

—Entonces, te lo ruego por última vez, hazme el hombre más feliz del mundo y acéptame, puedo hacerte feliz. Estoy convencido de que haré tus días más alegres, aportaré luz a tu vida. Di que sí, Violet… —Se llevó su mano a los labios y depositó un beso en el guante de seda blanco.

Violet lo miraba fijamente a los ojos. Maitland era un buen hombre. Honorable, confiable. Lo conocía desde hacía nueve años y nunca había dudado de su reputación. Era fuerte, justo, apuesto, jovial, con un gran sentido del humor

—Yo…

—No puedes… —continuó él al ver que ella no siguió hablando. Le soltó la mano y se recostó contra el asiento.

—Tengo que enfrentarme a mi pasado.

—Vas a ir a verlo… —dijo desolado. Ella sintió como si a él se le hubiese acabado de caer el mundo encima al enterarse de sus planes.

Violet no soportaba hacerle daño a su amigo más querido.

—No soy ninguna cobarde, Perry.

—Lo apodamos La Bestia por cómo se comportaba contigo, por dejarte a tu suerte, pero mi abogado me ha corroborado que lo es. Una muy mala bestia. No vayas —le aconsejó con

rectitud.

—No es tu decisión —le dijo con suavidad.

—No, no lo es. Harás como siempre, lo que te venga en gana y no tengo potestad alguna sobre ti. Ni tan siquiera la marquesa viuda de Moreland te impedirá cometer la temeridad que te dispones a hacer.

—Firmé un contrato, Maitland, aunque mi corazón fuese libre, no podría casarme contigo sin poner todo el asunto en orden.

Él se acercó de nuevo con los ojos bien abiertos.

—¿Irás para deshacerlo?

—No sé lo que sucederá, pero tengo que recuperar mi vida de un modo u otro, porque aunque he sido libre estos nueve años, es momento de casarme —dijo convencida.

—¿Estás dispuesta a casarte aunque no sea con Bram? —Ahí el nombre del actual duque de Blackmore dicho a viva voz por Perry. No debería sorprenderle, porque habían sido también muy cercanos. Aunque Maitland era el mejor amigo de Tommy, Bram siempre lo consideró como un hermano más. Los tres eran inseparables. Antes de marcharse Bram la instó a confiar en Maitland como si fuese él mismo. Perry la había cuidado bien. Si solo su corazón hubiese sido capaz de abrirse un poco… Pero no, ella no podía enamorarse de un perfecto caballero como Maitland, que la amaba, tenía que seguir pensando en Bram. ¡Era el colmo de la locura!

— Tengo que resolver esta situación de alguna manera, no puedo seguir así. No, es más que eso, no quiero seguir así —dijo tratando de contener las lágrimas. Estaba segura de que en cuanto La Bestia la viese, le permitiría deshacer el compromiso. Estaba claro que Bram no la amaba, pero… ¿y si…? Se regañó a sí misma por seguir soñando con él, por seguir anhelando todo lo que le prometió y no cumplió.

—¿Y si te da la libertad? —inquirió esperanzado.

—Volveré, Perry. Volveré y será hora de mirar hacia el futuro y no recordar un pasado que duele tanto. —Y a medida que decía las palabras se dio cuenta de que no tenía que convencerse a sí misma, porque era lo que haría. Si él le daba la libertad, tendría que olvidar al único hombre que ha amado o acabaría pereciendo.

—Me sirve, Violet. Puedo esperarte un poco más. Vale la pena hacerlo, tú vales todo mi esfuerzo —recitó con ilusión.

# Capítulo 2
# La llegada de problemas

—¡Prince! ¡Prince! ¿Dónde estás, maldito botarate? ¡Princeeeeee! —El duque de Blackmore estaba llamado a su mayordomo con molestia.

Los furiosos gritos de Bram serían capaces de despertar a los viejos fantasmas que moraban en el castillo de Corby, en caso de que hubiese fuerzas sobrenaturales durmientes, por supuesto. Pero salvo el diablo que recorría los pasillos cojeando y el señor Edgar Prince, nadie más residía en ese montón de piedras lleno de polvo que se había echado a perder.

—¿Su Gracia llamaba? —se presentó el mayordomo lleno de seriedad.

—¿Que si llamaba? ¿Dónde estabas? Se te paga para que estés atento a mis deseos —refunfuñó el duque.

—Estaba en la cocina, Su Gracia. Puesto que no permite que contrate a más personal, me veo en la obligación…

—Es muy temprano para que empiecen las quejas, Prince. Mi rodilla ha decidido que no quiere que me levante, así que haz el favor de traerme los periódicos.

—No han llegado todavía.

—¿Cómo que no han llegado?

—Eso me temo.

El duque entrecerró los ojos y lo miró acusador.

—¿Pretendes que me crea que en seis meses han llegado puntualmente y que hoy, por algún maldito sortilegio no están disponibles?

—Así es.

—¿Qué ocultas, viejo carcamal?

—Soy algo más joven que usted, Su Gracia.

Bram hizo los números en su cabeza. Él acababa de cumplir veintiocho hacía unos días y su mayordomo tendría unos… ¿veinticinco? Sí, eso era. No importaba, Prince estaba cada vez más revolucionario y eso no le agradaba en absoluto.

—Y más impertinente también si osas contradecir a tu superior —le echó por cara.

—Lo dudo, Su Gracia. Hay varios grados de impertinencia, y como me he convertido en un gran experto en la cuestión desde hace algún tiempo, le aseguro que usted es insuperable.

Bram lo miró irritado desde detrás de su escritorio, pero su mayordomo no se inmutó. Debería darle una lección.

—Recoge tus cosas, sal de mi vista y de mis dominios de inmediato. Estás despedido, Prince.

—Como guste. —Su subordinado le ofreció una breve reverencia y se dio la vuelta.

Bram se quedó asombrado. ¿Su leal servidor acababa de sonreír por su despido? Juraría que lo había hecho.

—¡Prince! —lo llamó, antes de que llegase a la puerta de salida. El sirviente se dio la vuelta de inmediato.

—¿Su Gracia?

—He cambiado de opinión. Estás readmitido. Presiento que tu destitución sería un alivio y ese no es el castigo que deseo imponerte. Trae mis periódicos antes de que me lo piense mejor y te mande lejos de una buena vez.

—No han llegado, se lo he dicho.

El duque se incorporó en su silla. El dolor punzante de la rodilla lo hizo tener que volver a sentarse de nuevo. Se tragó el gemido.

—No me hagas enfadar. He visto al chico del pueblo por la ventana, sé que los periódicos están en el castillo. Y te prometo que si me obligas a ir a buscarlos, te degollaré para luego cortarte la cabeza y ensartarla en una pica.

Bram vio al hombre apretar los labios. Al fin un poco de respeto.

—Se los traeré de inmediato.

Pasados unos minutos, su leal servidor le tendió lo que había estado esperando y se marchó a grandes zancadas.

—Qué será lo que no querías que viera… —dijo para sí mientras abría el primer ejemplar—. El servicio postal debería ser más rápido, tardan demasiado en llegar a Corby —seguía comentando el duque.

Pasó las páginas de política y las noticias económicas y se centró en las columnas de escándalos. Era un vicio muy perjudicial ese que había desarrollado desde que desembarcó en Londres para poner rumbo al noroeste y enclaustrase en un polvoriento castillo.

La guerra fue brutal, más de lo que esperaba y le había advertido su padre, pero él deseaba hacer lo correcto, ser un buen hijo y luchar por la Corona contra el invasor. Recorrió toda Europa y llegó a estar en Rusia ayudando a las tropas del emperador Alejandro I a combatir. El trasero se le congeló y ese frío polar fue el que hizo que las filas de Napoleón fuesen cayendo.

Después de ese triunfo, Bram estuvo en Waterloo para combatir al Corso, porque ni el encierro de Bonaparte en la isla de Elba logró arrinconarlo. Y fue en la última batalla, cuando ya saboreaba las mieles del éxito absoluto, cuando todo voló por los aires. Nunca mejor dicho. La explosión de un cañón, amigo o enemigo —nadie se lo aclaró— lo dejó cojo y con más de la mitad de su cuerpo carbonizado. En el rostro se apreciaba la secuela de un ojo caído, el derecho, pero lo verdaderamente angustioso era la deformidad que tenía bajo las capas de ropa. Su cuerpo presentaba un aspecto abominable que incluso a él le repugnaba.

Estaba tan marcado, y no solo por fuera, que era totalmente imposible que las cosas hubiesen ido bien con ella.

Violet.

¿Alguna vez su nombre dejaría de atormentarlo? No fue bueno conocer a una muchacha deslumbrante desde bien joven y tomarle tanto cariño.

Así que como no se veía con ánimos de regresar a Inglaterra cuando terminó la guerra y enfrentarse a lo que él era y lo que supondría reencontrarse con ella, Bram optó por perderse por el mundo. Había viajado sin descanso y nunca encontró ni un poco de alegría. Más sombrío fue llegar a la propiedad más alejada del bullicioso Londres y verse solo, sentirse abandonado.

El duque suspiró. El pasado no podía enmendarse.

—Vamos a ver lo que has estado haciendo últimamente…

Buscó con rapidez las novedades de la que habían bautizado como la eterna prometida del duque de Blackmore.

—¡Ah, si Tommy levantase la cabeza no se sentiría satisfecho con esa denominación tuya, señorita Robinson! —canturreó.

Uhm. Interesante, ella cada vez era más escandalosa.

—¿Con Maitland? —preguntó a nadie en particular a la vez que seguía devorando el texto. Desde que llegó y vio su nombre en el primer periódico, no había podido dejar de seguir sus peripecias. ¡Quién habría dicho que la correcta y tímida Violet sería un auténtico vendaval! Carreras en faetones, vestidos imposibles e inapropiados… Una larga lista de despropósitos acompañaban sus hazañas a menudo. A todo ello se sumaba un coqueteo escandaloso con Maitland.

—Te metiste en su carruaje, a la vista de todos… Por supuesto que sí, a falta de convertirte en duquesa, bien serías una condesa magnífica, pero ese tonto no sabría apreciar a una mujer como tú. Necesitarías mano dura… Alguien que manejase las riendas y no dejase que te volvieses a desbocar, señorita Robinson. Y esa persona no seré yo.

Terminó de leer y dejó ese primer periódico sobre la mesa. Se dio cuenta de lo que Prince no deseaba que leyese, pues la sociedad esperaba que lord Maitland al fin hiciese lo correcto y no la dejase en la ruina, al parecer habían pasado la noche juntos después de salir a toda prisa de un salón de baile. Y el redactor del cotilleo finalizaba sus conclusiones preguntándose si La Bestia permitiría que la mujer destinada a un ducado lo abandonase.

—Uhm… La bestia de Blackmore… No es un mal título para mí —razonó en alto. Lleno de cicatrices, con una pierna que lo desafiaba a cada paso y se negaba a cooperar, un rostro esperpéntico y un carácter agrio y negro. Sí, sin lugar a dudas, era una bestia.

Miró la fecha de los ejemplares. Habían tardado en llegar casi dos meses.

—A estas horas podrías ser condesa… Te desearía suerte, pero no la mereces.

—¿Su Gracia? —Prince lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué demonios quieres?

—Bueno… como no había gritado y maldecido…

—Te crees muy listo, ¿verdad? —Se dio cuenta de que su mayordomo había hojeado los periódicos antes que él y por ese motivo, decididamente, los había tratado de esconder.

Las malditas pesadillas no eran habituales, soñaba con la guerra sí, pero ese horror era soportable a otro, pues Violet había protagonizado sus mejores sueños para acabar haciéndole vivir un infierno mientras dormía. Su maldito sirviente lo había tenido que despertar un par de noches mientras él gritaba con fuerza su nombre. Bueno, más que un par…

Ese metomentodo acabó descubriendo quién era la mujer y también era consciente de lo que Bram buscaba cuando llegaban los periódicos. Noticias de ella. Violet, la tímida muchacha que se había convertido en una escandalosa mujer. En su juventud ya la encontró deliciosa. Con unas facciones delicadas, no era una beldad según los cánones de la época, pero a él le había parecido perfecta, más que cualquier princesa prusiana. ¿Seguiría siendo la misma o su aspecto también habría mutado al igual que sus inclinaciones?, se preguntó el duque.

—¿Me está escuchando, Su Gracia?

—Tu parloteo es incesante, Prince, y tu timbre de voz molesto, ¿quién no te escucharía de aquí a un kilómetro a la redonda?

—¿Entonces le parecen bien los planes de Navidad?

—¿Navidad? —preguntó frunciendo el ceño. ¿Ya estaban en esa parte del año?

—Los arrendatarios esperan que se festeje con un baile en…

—¿¡Un baile!? —rugió, sacando espuma por la boca.

—Es lo que el anterior duque hacía por esas fechas —dijo sin alterarse debido a la actitud belicosa de su empleador.

—Y ya puestos abriré las bodegas para que caten mis licores, dejaré las joyas a la vista y permitiré que se lleven hasta la plata de mi casa —sentenció, para terminar dando un gran bufido.

—Lo quiera o no, es usted el nuevo duque y las obligaciones…

—¿¡Qué sabrás tú de obligaciones!? ¿De juramentos, palabras y acciones honorables? —le lanzó sin compasión.

Prince, cuan alto era se enderezó.

—Habla con la persona correcta, porque entiendo de obligaciones, palabras y juramentos. Desde que me encontró en Badajoz y me salvó, le juré que mi vida era suya. Lo estoy cumpliendo a pesar de que Su Gracia no lo pone fácil.

El duque se incorporó en la silla, con una violencia tan grande que el mueble se cayó

hacia atrás.

—Si no te place lo que hay en mi casa, márchate de una vez. Aquí no te necesito… ¡No necesito a nadie! —gritó con todas sus fuerzas.

Lo siguiente que ocurrió después de todo ese despliegue de furia desmedida, fue que Prince le hizo una reverencia de lo más exagerada, para después quedarse mirándolo a los ojos:

—Las obligaciones deben cumplirse siempre, Su Gracia. —Tras lo dicho se dio media vuelta y dejó a su patrón en soledad.

Bram se dejó caer en la silla y enterró las manos en el rostro. Entonces se odió a sí mismo como nunca lo había hecho. Se maldijo por ser débil, por no poder olvidarla y regocijarse en paz en su miseria, pero sobre todo se sintió mal por acabar llorando como un niño que lamentaba su presente y su pasado.

***

La desaparecida duquesa de Blackmore había sido un ejemplo a seguir para Violet. Una mujer que sabía ser sumisa cuando la ocasión lo merecía, pero que era capaz de mostrar las garras en caso de ser necesario.

Ver cómo se comportaba con su esposo fue un gran descubrimiento, pues allí donde la tía de Violet, la marquesa viuda de Moreland, hacía todo lo necesario para huir de su marido, la duquesa siempre estaba pendiente de su duque. «Una mujer verdaderamente inteligente, mi querida Violet, lo es cuando los demás no se dan cuenta de que verdaderamente lo es», le dijo en una ocasión la madre de Bram.

La señorita Robinson había aprendido los trucos sociales para poder dominarlos y jugar con las reglas a fin de salirse con la suya. La protección que le habían dado los difuntos duques de Blackmore era un manto que portaría a perpetuidad, cálido y acogedor del que no deseaba desprenderse nunca. La propia duquesa la instaba a probarse a sí misma, a ser consecuente con sus decisiones y acciones y a no quedarse rezagada para lamerse las heridas. La madre de Bram la convirtió en una mujer fuerte y segura de sí misma y le demostró que incluso teniendo limitaciones por haber nacido mujer, podía servirse de sus atributos y condición para llegar a hacer su santa voluntad. Cuando Tommy murió y quedó claro que Violet ocuparía el lugar de la duquesa, esta última la terminó de formar, porque si bien la esposa de un duque tenía que poseer grandes cualidades, la madre de Bram era consciente de que su hijo menor no se retractaría de la palabra dada a pesar de que llegaría a ser duque.

Violet había recopilado información sobre los dos hombres a los que necesitaba enfrentarse. El primero, su primo Magnus Robinson había sido localizado, así que le había dicho lo que se esperaba de él. Con respecto al segundo, Bram, este iba a darse cuenta de un par de cosas, en especial, que ella no se rendía con facilidad.

Había hecho algunas averiguaciones sobre La Bestia… Debería ponerse colorada por haber lanzado ese sobrenombre en primera instancia, pero él se merecía eso y mucho más, así que no se disculparía. En fin, la bestia de Blackmore era un demonio con muy malas pulgas. Había echado a todo quien se había presentado frente a su puerta y trataba a sus abogados peor que a un perro con la rabia. Así que ella estaba preparada para afrontar todo lo que él quisiera arrojarle: desde los gritos, la amargura, el desdén o lo que fuese. Ella tenía también mucho de eso para contraatacar cada golpe.

Para lo único que no estaba preparada era para que le sonriese, le diese un abrazo y luego la besase para dejarla sin sentido. Y como eso no iba a ocurrir, le iría mejor olvidarse de esos pensamientos tan incautos.

Así pues, como Violet se consideraba más una estratega que una víctima, decidió esperar a que estuviese más cercana la Navidad. Sería una época magnífica para hacer acto de presencia en Corby. Incluso confiaba que después de su llegada los caminos quedasen intransitables debido a la nieve que se esperaba, porque así le sería más complicado poder huir, de lo que ella sabía que iba a ser un infierno.

El carruaje en el que viajaba se detuvo. Habían sido varias jornadas de viaje con la única compañía de un fornido protector que su investigador de Bow Street le había recomendado. Una transgresión más que añadir la lista, dado que una mujer tenía prohibido viajar sin la debida escolta femenina, es decir, sin una carabina.

La portezuela del vehículo se abrió y el grandullón que la había protegido en todo el camino la ayudó a bajar. Cuando puso los dos pies en los dominios de la bestia de Blackmore tomó una larga bocanada de aire y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Está segura de que este es el final del trayecto, señorita Robinson? —le preguntó el guardaespaldas.

—Es aquí donde siento que la vida me tenía que traer, sí.

A Violet no le sorprendió que su acompañante desconfiase del lugar. La tarde había caído ya, por lo que los tenues rayos del sol que chocaban con los muros oscuros del castillo dejaban claro que el lugar era siniestro.

—Como el morador que había en el interior… —susurró Violet más para sí misma que para su acompañante.

—¿Disculpe? —la interrogó el grandullón, porque no logró escuchar lo que había dicho la mujer.

—¿Sería tan amable de descargar mis baúles en la puerta de la casa, señor Harris?

—Como guste. —Antes de que él emprendiese la acción solicitada, Violet le dio un par de libras extras por las molestias, porque aunque ya le había pagado por adelantado, tanto a él como al cochero, deseaba agradecerle su atención.

A la señorita Robinson le resultó extraño ver el estado de abandono de los jardines, y también que nadie hubiese salido a recibirla a la entrada principal.

En cuanto el transporte se marchó y se quedó sola, decidió que era momento de enfrentarse a sus demonios, a uno en concreto, y ese era: Bram Paig-Smith.

Se colocó frente a la puerta e hizo sonar, de modo muy enérgico, la campanilla. Estuvo aguardando unos cinco minutos a que alguien atendiese la llamada.

Un hombre de aspecto jovial, con el pelo oscuro y los ojos marrones fue quien la atendió.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Oh, estoy aquí para ver al duque de Blackmore. —Era una descortesía inmensa no presentarse, y por eso el desconocido estaba mirándola con gran desconfianza. Ella lo advertía.

—Su Gracia no atiende visitas.

Violet levantó el mentón en señal de autoridad. Con el movimiento, el pequeño sombrerito con flores se movió más de la cuenta y acabó deslizándose sobre la espalda. No cayó al suelo debido a que las cintas estaban flojas, pero seguían anudadas. Se apresuró a desatárselas y mantuvo el sombrero en la mano.

—A mí tendrá que recibirme.

—¿Ah, sí? —preguntó como si la tomase por una pillastre de los bajos fondos.

—Sí —afirmó enérgicamente. Al mover la cabeza con tanta vehemencia, parte de su moño —uno que se había hecho ella misma porque no viajaba con una doncella y era en las posadas donde la habían atendido— se desplomó. ¡Cielos! La imagen que estaba dando frente al que sería uno de los sirvientes de Bram era terrible.

—Lo siento mucho, pero el duque no está en casa. —Violet sintió como la dureza del desconocido se desvaneciera, o eso o ella le estaba dando lástima.

—¡Oh! —Violet no había previsto esa complicación.

—Si me disculpa, tengo asuntos que atend…

—No —se negó ella, intuyendo lo que iba a decirle para despacharla. Acto seguido metió el botín de mediacaña entre la puerta y el marco para evitar que le cerrase en las narices—. Me temo que no lo disculpo. He hecho un largo viaje hasta aquí, estoy cansada, hambrienta, y como puede apreciar, también sola. Así que haga el favor de abrir la puerta porque no pienso irme a ninguna parte, y si me obliga a asaltar los muros de este castillo, le aseguro que soy muy capaz de hacerlo… —Se quedó un momento pensativa—. Aunque también es verdad que conozco un pasadizo secreto que me haría colarme sin demasiada complicación. Así que usted verá lo que me obligará a hacer.

Violet levantó el mentón todavía más alto, la acción hizo que el resto del moño que había estado aguantando estoicamente se arruinarse por completo. Toda la cabellera le cayó en cascada por la cintura. ¡Era definitivo, la imagen que estaba dándole al sirviente del duque era horrible! Y lo peor de todo era que veía asomarse una tímida sonrisa en el rostro del desconocido. Se le calentaron las mejillas. ¡Por Dios! ¿Cuánto tiempo hacía que ella no se ruborizaba?

—¿Ha dicho que hay un pasadizo? —la interrogó él.

—Así es, pero no pienso confesar dónde está, dado que es un secreto familiar.

Entonces el hombre abrió los ojos por completo para mostrar verdadero asombro ante la osadía de dicha dama.

—¿Forma usted parte de la familia? —preguntó en tono burlón. La dama no era la primera que se presentaba para tratar de *cazar* a su patrón.

—Podría decirse que sí. —No era mentira del todo. Ella había estado muy unida a la familia. Demasiado.

El sirviente, que todavía la mantenía en la puerta —con el cuerpo de Violet más fuera que dentro de la casa, pero con el pie asegurándose de que no cerrase la madera— la miró con recelo y estrechó los ojos.

—Al duque de Blackmore no le queda familia, así que debo acusarla de ser una farsante.

Ella se quedó asombrada con el atrevimiento del sirviente. Lo respetó por ser directo, aunque desearía darle un puntapié.

—Bueno, farsante o no, no pienso abandonar mi empeño. Voy a entrar en esa casa —señaló el lugar con el dedo— por las buenas o por las malas, porque tengo asuntos que debatir con Bram y no me iré hasta lograrlo.

—¿Bram? —preguntó una vez más asombrado.

Ella refunfuñó, no había pretendido usar el nombre de pila de La Bestia.

—¿Me va a obligar a usar la fuerza, señor? —preguntó ya Violet sin paciencia.

—Me temo que no puedo permitirle…

Ahí tenía su respuesta. No lo dejó continuar, como si fuese un torbellino, avanzó con la idea de hacer palanca con su propio cuerpo y obligar al hombre a permitirle la entrada.

Empezaron a forcejear, de tal modo que Violet se vio vencedora gracias a haberlo pillado por sorpresa y puso al fin los dos pies en la polvorosa alfombra Aubusson del recibidor.

—Se lo dije —se mofó Violet con orgullo—. No me daré por vencida.

—Y yo traté de advertirle de que no podía dejarla entrar. —Acto seguido el mayordomo, lacayo o lo que él fuese, la levantó al aire y se la cargó al hombro sin delicadezas. El sombrero que portaba en las manos cayó al suelo en cuanto se le escapó, después de atizar al sirviente con él.

—¡Pedazo de sapo sanguinolento, hijo de una bruja enferma, bájeme de inmediato! —comenzó a gritar Violet a todo pulmón—. ¡Le exijo que me baje! ¡Le aseguro que pagará la afrenta!

El hombre del duque soltó una fuerte carcajada.

—La penitencia sería grande si el duque descubriese que le permití la entrada a una pilluela, sus gritos y enfado no me afectan.

—¡Usaré el pasadizo! Le juro que lo haré, y le daré un susto de muerte esta noche. ¡Vaya que lo haré! —Y no iba de farol. Tommy se lo mostró en su momento.

—¿Qué demonios es todo este escándalo? ¡Maldita sea si los gritos no logran despertar a los fantasmas de todo el reino! —tronó alguien a la espalda del sirviente.

Violet dejó de luchar contra su captor, y desde su posición —sobre el hombro de un ser vil y malvado— con el pelo hecho un desastre y la ropa fuera de su lugar, ella levantó el rostro y se centró en el nuevo actor que había entrado en escena. La señorita Robinson le sonrió al duque de Blackmore, mostrándole todos y cada uno de sus preciosos y blancos dientes.

—Hola, Bram, ¡cuánto tiempo sin verte! —exclamó jovialmente, como si en verdad se alegrase de verlo, y no desease sacarse el puñal que él le había clavado en el corazón para ensartárselo a cambio. No tenía caso usar la formalidad con un hombre que la había besado hasta hacerla perder el sentido. Después de todo, todavía era su prometido, así que podía hablarle como se le antojase e incluso usar su nombre de pila.

—¿Violet? —graznó el duque, sin dar crédito a lo que tenía ante sus ojos. También olvidó la etiqueta en su proceder.

—¿Señorita Robinson? —interrogó el señor Prince, tras hacer la conexión del nombre de pila que su patrón acababa de emitir. El sirviente fue el que mostró mayor cortesía en ese extraño intercambio.

Y los tres se quedaron desconcertados ante el reconocimiento de las identidades de unos y otros.

¡Cielos!

La batalla acababa de comenzar.

# Capítulo 3
# El amargo presente

—Te ofrecería una reverencia, pero como ves, no estoy en situación de poder hacerla. —Violet rompió el incómodo silencio que se había instaurado entre los tres. Seguía sobre el hombro del señor Prince.

—¡Sácala de mi casa de inmediato! —tronó Bram con disgusto, en cuanto comprendió que no se trataba de un sueño. ¡Por Dios!, ella estaba frente a él, examinándolo con atención, se daría cuenta del hombre tan endeble en el que se había convertido. ¡Qué calamidad!

Ante la orden espetada, la señorita Robinson se dispuso a prepararse para volver a luchar contra el sirviente, un hombre que al parecer estaba al tanto de su identidad. No tenía la menor idea de si eso era bueno o malo, o de cómo habría llegado a conocer su nombre, pero desde luego sí era interesante.

—¡No se atreva a volverme hacer enfadar! —le ordenó Violet al mayordomo, pero antes de que la frase concluyese, el desconocido la estaba dejando en el suelo, dentro del recibidor de la casa. Ella se quedó asombrada.

—¡Prince! ¡Te prohíbo que no me obedezcas! —volvió a rugir el duque.

El aludido se dio la vuelta para mirar a Bram y decirle:

—Me temo, Su Gracia, que me he dado cuenta de que he llevado mis atribuciones demasiado lejos. Encárguese usted mismo de nuestra invitada. Mientras tanto, entraré el equipaje de la dama… —Acto seguido, el denominado Prince se colocó delante de ella, le hizo una reverencia y procedió a decirle—: Lamento la confusión, *mademoiselle*, mis modales no han sido los más aceptables, le pido mis más sinceras disculpas por el trato dispensado. No volverá a repetirse.

—Oh… —Violet compuso una sonrisa comprensiva pese a que no entendía el cambio tan brusco de actitud, aunque sí que lo agradecía—: No hay nada que perdonar, señor Prince —le dijo, pues recordaba el apellido que había empleado Bram.

Vio al empleado del duque salir por la puerta para disponerse a entrar las maletas. Ella se acercó a su prometido, con la cabeza bien alta, el pelo suelto y la ropa hecha un desastre, pero esperando parecer una dama digna.

Vio que él no osaba moverse. Parecía estar admirándola, como si estuviese en shock.

—Tenemos asuntos que aclarar, Blackmore.

Entonces lo vio componer una sonrisa torcida.

—Yo, si fuese tú, daría media vuelta de inmediato si no quieres que La Bestia te coma y luego escupa tus restos.

Ella comenzó a sonreír. Un gesto que le llegó a los ojos. Bien, él estaba al tanto de su propio sobrenombre.

—Tal vez el depredador se convierta en el primer plato del almuerzo, Su Gracia. No debería subestimar a una mujer decidida. —Le pareció apropiado el toque de dramatismo que ofrecería el uso de la cortesía extrema al dirigirse a él.

—¿Qué demonios quieres, mujer? —preguntó en un ladrido.

La crueldad con la que le hablaba no iba a hacerla salir huyendo, porque sabía a ciencia cierta que ese era el objetivo de él. ¡Dios! ¡Cómo había cambiado aquel joven dulce, servicial y atento! La persona que estaba frente a ella era Bram, pero no lo parecía en absoluto. Decidió seguir con su papel y no echarse al suelo a suplicarle… ¡Qué humillación! Él la había tratado de la peor forma posible y ella solo deseaba abrazarlo, sentir su calidez, su protección.

Si solo no fuese tan maduro, tan apuesto, tan… fascinante. Ese hombre oscurecido la llamaba del mismo modo que un Bram joven lleno de sonrisas, y lo hacía solo porque era él. Su estúpido corazón no podría olvidarlo jamás.

—Empezaremos por el principio, Su Gracia.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el duque con disgusto.

—Los acuerdos matrimoniales que no llegaron a materializarse y que deben ser anulados, por supuesto.

Lo vio cuadrarse ante sus palabras.

—Son cuestiones legales que atañen a mi abogado. Ve a Londres y acláralo con él. Te daré su tarjeta.

—Estuve con el señor Hayden Preston y me dijo que el asunto le compelía al duque, ese eres tú. No pienso marcharme, Bram. Y a no ser que tú mismo me saques de aquí, y será por la fuerza, cumpliré con lo que vine a hacer.

La Bestia la miró con atención. Su mirada era dura, tanto que Violet sintió un escalofrío. No era el mismo. La guerra lo había endurecido, algo totalmente comprensible.

—¡Sé que soy el maldito duque! —refunfuñó—. Bien, ven a mi despacho, cuando antes empecemos antes acabaremos —le dijo con desprecio.

Bram dio un paso y su rodilla le falló. Se había dejado el bastón, que utilizaba habitualmente, apoyado en la mesa. Violet fue de inmediato a sostenerlo por el brazo. El empujón que le dio fue tan violento que Violet se puso lívida. Blackmore se enderezó y la buscó con la mirada.

—No te acerques a mí, no me toques nunca, y en cuanto acabemos saldrás de esta casa para no volver. ¿He sido claro? —La furia que vio en sus ojos la dejó atónita. ¿Qué mal le había ocurrido a él para que cambiase tanto?

La señorita Robinson se recompuso de inmediato y simuló que no había pasado nada. Su primo Magnus no le había advertido de que Bram tenía secuelas físicas debido a la guerra. Seguramente Magnus estaba enfadado con Blackmore por haberla abandonado sin contemplaciones haciendo así añicos su reputación ante la sociedad. Sin embargo, su primo debía haberla avisado. ¿Qué otra dolencia tendría él, además de un ojo algo caído y esa cojera? No deseaba sentir compasión, porque estaba segura de que él la abofetearía con ella.

—Por supuesto —dijo ella con seriedad. Lo que él no intuía era que los asuntos que habían traído a Violet a ese viejo castillo descuidado concluirían cuando ella lo decidiese, ni antes ni después.

Llegaron al despacho, a él le costó horrores mostrarse digno mientras caminaba con dificultad, soportando el dolor de su rodilla, pero ella no le daría la satisfacción de ayudarlo o juzgarlo débil.

Tenía que haberla echado de inmediato. Estaba jugando con fuego solo por estar sentado frente a ella, pero era incapaz de obrar en consecuencia. No lo admitiría, pero tenía curiosidad por saber lo que la había traído a sus dominios. Y que Dios lo perdonase, porque estar en su compañía era como un bálsamo cicatrizante para su alma. A Bram no le había pasado desapercibido que esa vieja familiaridad que se instauró entre ambos años atrás, había salido a relucir con facilidad, no solo a la hora de dirigirse verbalmente, sin rastro de formalidad, sino algo todavía más profundo. ¡La muy descarada lo había saludado como si no hubiese sucedido nada entre ellos! Era como si fuesen amigos todavía, pero lógicamente no lo eran. Él debería odiarla con todas sus fuerzas. Ella no tenía derecho a irrumpir en su vida, no después del sacrificio que había tenido que hacer para olvidarla… Bueno, seguir sus peripecias en los

periódicos no era precisamente olvidarla, pero era cierto que había dejado de soñar con ella. De acuerdo, eso tampoco lo había conseguido, pero… ¡Ella no tenía que haber ido a interrumpir su miseria! Eso era, Violet Robinson estaba al otro lado y Bram no quería tenerla cerca. ¡No quería, pero maldita fuese por hacerlo desear…!

El duque sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y centrarse en la realidad. ¡Por Dios!, ella estaba frente a él, mirándolo como si desease desentrañar cada uno de sus secretos. Bram carraspeó.

—La escucho, señorita Robinson —dijo el duque. Le pareció que sería mejor poner distancia entre ambos. La formalidad le parecía una buena idea.

—¿Así que sería conveniente que hablásemos con la etiqueta mediando entre ambos? —preguntó.

—¿Qué la ha traído a mi casa, señorita Robinson? —volvió a preguntar con esa fría cortesía que Violet hubiese querido borrar con… con… ¡No sabía cómo! Pero le hubiese gustado hacer algo desconcertante para que él se sorprendiese.

Violet se quitó unos cuantos mechones del rostro y se sacudió el pelo para que le quedase todo tras la espalda. Si ella hubiese podido leerle la mente, se hubiese ruborizado con los pensamientos tan carnales que a Bram le provocó ese sencillo gesto. El duque la estaba imaginando desnuda, con toda esa gloriosa mata de pelo extendida en las suaves sábanas de su cama. ¡Oh!, pero ella saldría corriendo en cuanto viera el aspecto que presentaba la piel de su cuerpo. Aunque él podría esperar a la noche, con todas las luces apagadas… Pero ella tocaría su cuerpo en algún momento y descubriría esa enorme quemadura. Aunque también podía atarla a la cabecera de la cama para que él llevase la batuta…

—¡Por amor de Dios! —masculló, al darse cuenta de que su virilidad se había puesto tan dura que le dolía.

—¿Y eso qué significa? —preguntó desconcertada. Bram se dio cuenta de que mientras su mente fantaseaba con la idea de poseerla, ella había estado hablando. No sabía qué habría podido decir.

—¿Qué la ha traído aquí, señorita Robinson? —preguntó una vez más esperando que ella no hubiese respondido con anterioridad a esa cuestión, porque de lo contrario pensaría que él tenía un problema mental, además del resto.

—Le acabo de preguntar, Su Gracia, si hay algo que desee compartir conmigo, antes de explicarle lo que me ha traído a su castillo. —Violet necesitaba comprender el motivo por el que la había enterrado sin compasión, olvidándose de ella durante nueve largos años. El maldito llevaba seis meses en Inglaterra y no fue capaz de ir a buscarla para ofrecerle una explicación.

—No me gusta que haya venido a importunarme. ¿Es suficiente esa realidad para que me diga de una buena vez lo que hace en mi casa? Pues los contratos matrimoniales quedaron caducos hace cuatro años, tal y como estoy seguro de que le habrá informado mi abogado, si es que en verdad fue a verlo. —No mentía el plazo que se estipuló en ellos era que el matrimonio debía celebrarse antes de una fecha concreta.

—Supongo que hubiese sido mucho esperar que ofrecieses una explicación —le dijo con un tono de voz cortante. Él no entendió a qué se refería. ¿Qué explicación? Su descaro no conocía límites, pensó Bram. Y ya tenía la acusación en la punta de la lengua cuando ella siguió hablando—: De acuerdo, Blackmore, el caso es sencillo, su padre, Dios lo tenga en su gloria junto a toda su familia, descubrió que mi difunto tío tenía un plan para echar mano de la herencia que me dejaron mis padres. —Si él quería formalidad en la conversación, ella se la daría.

—¿Qué hizo Moreland? —se interesó. Si el marqués, quien sabía que había fallecido el año pasado, había tratado de enfrentar al anterior duque de Blackmore, era todavía más necio de lo que pensó.

—La influenza llegó y él aprovechó mi debilidad ante dicha enfermedad para tratar de hacerme firmar una especie de poderes que le confiriesen potestad para manejar mi legado.

—Avisé al antiguo marqués de que mi padre cargaría contra él si hacía alguna infamia, del mismo modo que sé que el anterior duque le pagaba un generoso estipendio para que la dejase a usted tranquila. ¿Por qué se arriesgó Moreland? —se preguntó más a sí mismo que a ella.

—Porque Blackmore, su padre quiero decir, gestionó maravillosamente mi herencia y la triplicó. Moreland, no entiendo cómo pero descubrió la cifra y su codicia lo llevó a enfrentarse al anterior duque.

—¿Se salió con la suya?

Ella negó con la cabeza para después añadir:

—Tuve la suficiente fuerza de voluntad para negarme, así que no firmé. Se lo conté todo a su padre, y por descontado Moreland negó tal acusación, dijo que la propia enfermedad había malogrado mi mente y que seguramente fue todo un sueño sin rastro de verdad.

—Mi padre no se lo creería, estoy seguro.

Tras esa frase dicha con descuido por parte de Bram, llegó lo peor que podía ocurrir: Violet sonrió. Una sonrisa tierna, cargada de sentimiento y piedad, y Bram intuyó que ella estaba recordando al anterior duque mientras hablaba. Ah, su familia la había tratado como una más. Él sabía que así sería, porque antes de marcharse le dijo a su padre que estaba completamente enamorado y que Violet Robinson era el motivo por el que regresaría algún día a casa cuando

finalizase la guerra. Pero la vida estaba llena de obstáculos, de situaciones que Bram no había podido prever ni en un millón de años. ¡Qué injusto y cruel era el destino!

—Así fue, aunque en su honorabilidad, su padre le otorgó el beneficio de la duda, informó a Moreland de que yo iba a firmar un documento para que mi patrimonio quedase bajo el amparo del ducado, de tal modo que solo el duque de Blackmore podría gestionar y devolverme, cuando lo pidiese, lo que era mío.

—Puedo imaginarme la expresión de Moreland cuando mi padre le hizo saber sus intenciones.

—El estallido confirmó que lo que yo supuestamente había soñado ocurrió en realidad. Tu padre le asestó un puñetazo. —Violet se rio con ligereza con el recuerdo, sin darse cuenta de que había abandonado la formalidad—. Nunca había visto al duque usar la violencia. Fue todo… ¡Estuvo increíble! Tu madre estuvo alabando su valía durante un mes. —No le contaría que estuvieron más acaramelados de lo normal. También un poco pícaros. Vivir más tiempo en casa de los padres de Bram que con sus tíos y primos había sido un gran consuelo para Violet, sin embargo también ocurrió una cosa que ella desearía olvidar. Algo que no tuvo que haber sucedido y pasó sin que nadie pudiese evitarlo.

Bram se vio contagiado por el recuerdo de Violet y se rio también. Ella se quedó mirándolo un momento con una sonrisa sincera en los labios.

—Había olvidado el tono de tu risa, Bram… Después de nueve años y todavía me gusta escucharlo —dijo, motivada por el recuerdo, por la cercanía que él le acababa de inspirar.

Tiempo atrás, antes de marcharse, Bram solía susurrarle algunas maldades a la oreja para hacerla sonrojarse y luego emitía una risa fresca que dejaba claro que se estaba burlando de ella.

Él se puso serio de inmediato.

—Sí, bueno, estoy seguro de que habrá estado escuchando a otros muchos reír, señorita Robinson.

El desprecio que escuchó en su voz la hizo erguirse.

—¡No tienes ningún derecho a…! —la cordialidad salió por la ventana.

—Sí, sí… guárdate tu molestia para alguien a quien le interese —la interrumpió sin cortesía ninguna tampoco—. ¿Qué tengo que hacer para que te marches de una vez de mi casa?

Ella rodó los ojos. Qué manera de dejarle claro que no era bienvenida… Si escuchaba una vez más que ese castillo polvoriento era su casa, —suya y no de ella— podría…

podría… ¡Abofetearlo! No, no. Una bofetada sería lo que él esperaría. ¡Besarlo! Sí, podría besarlo para causarle tal desconcierto, que ella sería la que acabaría riéndose y él molesto.

—Deberías tener cuidado, Bram. —Usó la informalidad de nuevo porque le venía mucho mejor a sus propósitos.

Él le ofreció una sonrisa torcida, muy condescendiente.

—¿Qué, señorita Robinson? ¿Si la sigo ofendiendo, se marchará malhumorada y llorosa de mi casa? —Había un tono de burla ahí que la hizo levantar el mentón. Odiaba que la tratase con formalidad, pero sospechaba que a él le costaba usarla, porque durante la conversación se había dirigido a ella con cierta cercanía, aunque de un modo desagradable también. ¡Qué hombre más… más…! ¡Más bestia!

—No, por supuesto que no.

—¿Qué será pues? ¿Uhm? ¿Un bofetón para ponerme en mi lugar? —siguió aguijoneándola. Lo dijo porque sabía que era lo que se merecía.

—¿Y lastimarme la mano? No, ¿por qué haría algo como eso, si puedo obrar de un modo más efectivo? —aludió plagada de sofisticación.

—Y eso… ¿sería marcharse con la dignidad de una reina, mientras la contemplo desde mi silla, señorita Robinson? ¡Hágalo! —la retó.

—Bueno… —Ella se puso de pie en ese instante. Levantó el mentón. Bram se odió a sí mismo por lograr lo que no deseaba que ella hiciese. ¡Dios!, su desesperación era brutal, porque no quería que Violet Robinson, la luz que iluminó su vida durante tanto tiempo, se diese por vencida con tanta facilidad. «Es mejor así tonto, deja que se vaya, no te hará ningún bien seguir sufriendo por ella», le dijo una voz interior. Ah, pero no quería perderla de vista… ¡Un momento! Ella no se estaba alejando de él, no, estaba haciendo todo lo contrario, se acercaba por el flanco derecho hasta su posición. Eso sí que no se lo había esperado. Se quedó quieto, incluso asustado, aunque eso último no lo reconocería jamás ni en su fuero interno. Por inercia ladeó el rostro para ver lo que ella se proponía. ¡Por Dios! Violet acababa de lamerse los labios, su erección, una que se había adormecido se despertó de inmediato. Ella seguramente no iba a...

Se acercó a escasos centímetros de su rostro. Estaba paralizado, quieto como un… un… un algo o alguien que no tenía voluntad propia para decidir qué hacer.

—¿Sabe, Su Gracia? Estos nueve años he convivido con una gran mujer que me enseñó la mejor manera de lograr mis propósitos. No en vano, la anterior duquesa me preparó bien para el destino que creía que me esperaba pero que no llegó.

Esas palabras lo hicieron enfurecerse.

—Dudo mucho que mi madre la preparase para convertirse en una meretriz, señorita Robinson.

¡Oh, lo que le costó a Violet no mostrar su dolor con las palabras arrojadas…! Se tuvo que recordar que él deseaba echarla sin contemplaciones, y si ella había estado haciendo algo bien durante esos largos nueve años, era desenvolverse en una sociedad cruel y encorsetada. Un duque furioso no iba a sacarla de sus casillas. No lo haría por más que su corazón se rompiese cada vez un poco más al escucharlo hablarle con tanto desprecio.

Violet optó por sonreírle a cambio. Él se asustó. No, no, sintió pánico al verla tan segura de sí misma, porque había esperado que finalmente ella lo abofetease y saliese corriendo y llorosa de su castillo. Parecía que eso no iba suceder. Las manos del duque, que habían estado colocadas sobre el reposabrazos de su silla, se aferraron con mucha fuerza a la madera. Los dedos los tenía blancos debido al esfuerzo que estaba haciendo para no agarrarla de la nuca y estamparle un beso en esos delicados labios rosados…

¿Cómo había llegado a producirse ese escenario?, se preguntaba Bram. Porque era impensable que él se sintiese como una presa frente a una depredadora innata. ¡Él era la bestia de Blackmore, no ella! Y, sin embargo, no osaba hablar, moverse o hacer cualquier otra cosa que posibilitase que él saliese de una situación en la que no había previsto que podría acabar metido. ¡Por Dios! Ella se había acercado más todavía a él. Casi podía sentir el roce de sus labios sobre los suyos. «¡Detén esto!», quería gritarle… ¿O era a sí mismo a quien pretendía exigirse tal acción? ¡Dios misericordioso, ella tenía que marcharse de inmediato!

—Por cada insulto o menosprecio que ofrezcas, te besaré, Bram. Así que después de todo, tus palabras sobre mi… reputación, podrían ser ciertas, ¿no te parece?

—Tu vileza es… —comenzó a parlotear Blackmore, pero Violet no le permitió seguir con lo que ella suponía que sería un exabrupto. La mujer se posó sobre los duros labios de Bram y comenzó a tantearlo, con una audacia que ella nunca había puesto en práctica. Ah, pero ahí estaba su fuerza, su determinación, dos cualidades que la madre de Bram se ocupó de hacer nacer y pulir.

«Él es el duque, pero tú eres su puntal, haz siempre lo que haga falta, Violet». La voz de la difunta duquesa de Blackmore resonaba en su cabeza una y otra vez. Ese beso era muy necesario para ambos. Violet precisaba saber si todavía quedaba algo bajo la fachada de Bram, porque su dureza era extrema, tanto como el beso que le estaba devolviendo. No había gentileza en su posesión, porque si ella había sido la instigadora, pronto se había convertido en la víctima del asalto. Además, también necesitaba saber si él seguía siendo tan importante para ella como cuando se le declaró. ¡Y vaya si lo era! Porque Violet había perdido la cordura y le obedecería en cada una de sus peticiones sin cuestionarlo.

Bram no iba a detenerse a pensar sobre la conveniencia de ese beso. Luego habría mucho tiempo para arrepentirse, pero en esos momentos lo que compelía era saciarse, disfrutar

del toque de una mujer, de una a la que él le entregó su corazón años atrás.

El duque, sin abandonar los labios de Violet, movió la silla hacia atrás, lo justo para darle un tirón a ella y dejarla acomodada sobre su regazo. La acción había hecho que Violet se separase de él. También rezongó debido a la sorpresa que le produjo sentir la dureza de él. ¡La seguía deseando!

Bram no le permitió la retirada que acababa de interpretar en ella. Su boca descendió con fuerza hasta la de Violet. La posesión fue absoluta. La mujer abrió la boca para protestar por la agresividad, cosa que él aprovechó de inmediato. Su lengua se deslizó en la cavidad femenina para buscar su sabor, uno que todavía recodaba con claridad pese a que hubiesen pasado nueve largos y angustiosos años. Violet deslizó los brazos para aferrarse a él, para estrecharlo contra su cuerpo. El recuerdo de aquellos besos que compartieron siendo tan jóvenes palidecía en comparación con ese. Nunca había sabido que nadie pudiese besarla así. Con esa intensidad, con esa furia. Bram Paig-Smith había cambiado mucho, pero su ardor se había extendido hasta el hecho de que Violet podía llegar a consumirse con facilidad.

Ese arrebato era demasiado íntimo, demasiado abrasador. Y que Dios la perdonase por lo que hacía, porque en verdad le gustaba. Lo adoraba, su rudeza, su posesión, su anhelo. Bram no la había olvidado, ese amor que compartieron tenía que seguir escondido en alguna parte, porque ella lo sentía una vez más, y todavía con mayor intensidad que cuando se desató paciente y calmado en la juventud. Lo amaba. Lo amaba con todo su ser. Bram se había comportado como una auténtica bestia, como un ser cruel que la dejó de lado sin pestañear, y pese a que no debería sentir todo ese amor palpitando con cada latido de su corazón, no podía hacer otra cosa más que amarlo sin condiciones.

Violet no pudo mantener la pasividad del asalto durante mucho tiempo, era imperativo devolver el beso. Comenzó a frotar su lengua contra la de él con audacia. El beso era la máxima expresión de la carnalidad. El calor que ardía entre ellos era tan excitante como la mezcla de sus jadeos, de sus roces.

Bram parecía no saciarse de ella. La estrechó todavía más, hasta el punto de enmarcarle la cabeza entre sus manos para inclinarla a placer, a fin de que su lengua pudiera hacer la penetración más profunda.

Temblaban de deseo.

Ella sabía taaan bien, algo muy dulce, divino, y qué decir de sus pequeños gemidos guturales… Destruyeron su disciplina de inmediato. Bram se había entregado a un acto que no podía detener. El duque no quería detenerse. Violet Robinson era suya para hacer con ella lo que desease, esa gran verdad… verla completamente a su merced, lo devolvió a la realidad. Ese era el plan de ella. Volver a encandilarlo para Dios sabía qué finalidad. La apartó de inmediato.

Violet se dio cuenta de que el duque se había separado de sus labios con brusquedad.

No podía consentir que la dejase así, necesitaba más de él, muchos más besos.

—Bram… Bram… —El nombre de él le salió a modo de quejido, cargado de pura necesidad.

Tuvo que apartarle las manos y empujarla suavemente para apartarla lo necesario para no verse tentado. ¡Dios!, cómo necesitaba volver a besarla. Su propia debilidad le causó repugnancia. El corazón de Bram latía con demasiada fuerza en su pecho. ¿Cuándo había sido la última vez que se sintió tan vivo?

La pasión era un asunto muy delicado, uno que no se enfriaba con facilidad y Violet resultaba enloquecedora… Verla con los ojos nublados por la lujuria, y esos labios hinchados por el asalto…

—Usted es muy peligrosa, señorita Robinson.

—Tú no te quedas atrás, Bram. —Ella no podía tratarlo con atención a su título. Se negaba a hacerlo después de lo que acababan de compartir.

—Si no quiere que me olvide de la corrección, debería marcharse sin mirar atrás.

Ella le sonrió.

—Ah, pero tal vez no desee hacer lo que dices, sino todo lo contrario.

—Entonces es usted más ilusa de lo que pensé.

—No puedo irme aún, Bram, porque no he llegado a explicarte lo que necesito de ti. —Y no solo se refería al plano físico, porque lo deseaba tanto que su cuerpo estaba enfermo de necesidad. Se sentía frustrada.

—Lo que sea es suyo, señorita Robinson, ese beso se ha ganado la petición. Jamás dirán que el duque de Blackmore no paga a las mujeres que le sirven —le espetó, con esa frialdad que le había mostrado en cuanto llegó.

Bram no se odió a sí mismo por herirla de ese modo tan vil. La fachada de Violet no había soportado el daño de sus palabras. Se felicitó al verla compungida, con el sufrimiento reflejado en sus ojos.

Violet se levantó de su regazo y se detestó por echar de menos el peso del cuerpo femenino, su calidez y cercanía.

La mujer lo miró desde la altura para luego decirle:

—El pago será esperar aquí a que tu abogado llegue y ambos firmemos los arreglos sobre mi herencia, porque si tu padre tuvo a bien darme una más que generosa asignación para mis gastos, exijo que me sea devuelto lo que es mío. Prepárate para pasar la Navidad conmigo, Bram —le dijo, para después salir del despacho y buscar a un sirviente que la acomodase en una habitación.

A ella le encantó verlo entrar en pánico ante sus palabras. Más todavía le satisfizo dejarlo mudo.

Si todo salía bien, ella sería Duquesa por Navidad, porque él la amaba todavía con la misma intensidad que lo hacía ella. Violet Robinson no había dejado atrás nunca un reto sin concluir y Bram Paig-Smith lo era en toda regla. Ese beso le había dicho todo lo que ella requería saber.

# Capítulo 4
# La táctica del vencedor

Violet salió alterada del despacho. Su fachada se deshizo en cuanto dejó atrás a Bram. ¡Dios santo! Nunca sabría de dónde había logrado reunir el valor para actuar con toda esa audacia.

Con veintiséis primaveras no dirían que ella era débil o que carecía de valentía. Bram necesitaba mano dura.

En cuanto estuvo lejos de La Bestia se apoyó contra la madera de la puerta, tratando de templar los nervios.

—¿Está bien, señorita Robinson? —La inesperada voz masculina la hizo gritar.

—¡Por Dios, casi me mata de un susto! —Era el mayordomo del duque.

—Lo lamento, pero es que me ha preocupado verla…¿indispuesta? —se aventuró a preguntar.

Violet se separó de la puerta, se recompuso y miró con atención al sirviente.

—Usted no trabajaba para el anterior duque, porque si hubiese sido así yo le recordaría, y sin embargo me conoce. De tal modo que tengo la impresión de que Bram le ha hablado de mí.

El señor Prince le sonrió.

—No pienso traicionar al hombre que paga mi salario, señorita. Sería un necio si lo hiciera, más con el carácter que tiene.

—Y ahí la confirmación de que lo dicho es cierto. Él le ha hablado de mí. Muy bien, consideremos que las presentaciones entre usted y yo están en orden. Es un placer conocerle, señor Prince.

—El placer es por entero mío, *mademoiselle* —le dijo con suma atención el sirviente del duque, haciéndole una reverencia.

—Tengo que comentarle que Bram está siendo un poco… difícil, y que precisaré de un aliado para hacerlo entrar en razón.

Prince la miró con desconfianza.

—¿Puedo preguntar qué se propone, señorita?

—Ese hombre terco de ahí dentro —señaló con el dedo el lugar del que había salido — me prometió matrimonio, y estoy aquí para hacerle cumplir su juramento. ¿Tiene algún problema con eso? —Vio al mayordomo fruncir el ceño.

—Soy leal al duque, señorita Robinson.

—Más le valdrá compartir dicha lealtad conmigo, señor, porque está usted ante la próxima duquesa de Blackmore, y no hay nada ni nadie que me impida lograr mi cometido.

A Prince le gustó verla tan segura de sí misma.

—Le puedo prometer que no me inmiscuiré en los asuntos que mi patrón tenga con usted y viceversa. ¿Le sirve mi promesa?

—Por ahora me bastará, pues entiendo que no me conoce y que no está al tanto de la honestidad que me motiva en todo este asunto. Ahora, dado que parece ser que voy a pasar una buena temporada aquí, le rogaría que me preparen la habitación del ala norte, la oriental, es la que yo solía ocupar cuando residía con la familia, tengo todavía algunos enseres allí. Esperaré a que todo esté listo en la salita amarilla, un té caliente sería más que bienvenido, señor Prince. Y si puede ordenar un baño y presentarme a alguna doncella… ¿Sigue estando aquí Mary Anne? —se interesó.

—Verá, señorita, me temo que los únicos tres moradores del castillo somos, usted, Su Gracia y un servidor, aquí presente. No hay nadie más.

—¿Cómo que no hay nadie más? —preguntó horrorizada.

—El personal recibió una gratificación y fue despedido.

—¡Dios santo! El anterior duque se revolcaría en su tumba si supiera que Bram ha dejado sin sustento y ocupación a buena parte del pueblo. ¡Esto hay que enmendarlo de inmediato! Eso haremos. Mañana mismo iremos usted y yo a solicitar que el servicio vuelva a ocupar sus puestos.

—Señorita, no creo que al duque le agrade su iniciativa. Fue muy claro en cuanto a desear la soledad más absoluta.

—Bueno, él puede estar solo, encerrarse en ese despacho oscuro, pero yo no dejaré que la propiedad se deteriore más de lo que ya está. Yo me ocuparé de Bram, no le dé más vueltas pero… —El señor Prince la escuchó chasquear la lengua con fuerza.

—¿Hay algún problema más?

—Lo cierto es que sí… —comenzó a decir Violet, justo cuando la puerta del despacho se abrió para interrumpir la conversación.

—¿No puedo tener un instante de paz? —ladró el duque—. ¡Id a parlotear a otro lugar! —Luego se dio la vuelta sin esperar respuesta y se dispuso a volver a ingresar en el despacho.

—¡Bram! —lo llamó Violet. Él se giró por inercia, más sorprendido que otra cosa, pues ella no parecía temerle ni un poco, y eso que él había sido una auténtica bestia.

—¿No te basta con irrumpir en mi casa? ¿Tienes que molestarme a cada segundo?

Violet hizo un aspavientos para restar importancia a lo que él acababa de decir.

—El señor Prince me ha estaba diciendo que no hay más personal que él en el castillo.

El duque se acercó a ella.

—Ah, ya veo el problema… Estás sin comodidades. Tal vez deberías marcharte a la posada del pueblo y esperar allí a que mi abogado llegue… ¿Uhm? Aquí vas a tener que hacértelo todo tú solita, no creo que estés acostumbrada a eso.

—No seas ridículo, Bram, puedo apañármelas perfectamente, salvo para una cosa.

—¿Qué? —preguntó con recelo el duque, mientras el señor Prince seguía el intercambio entre uno y otro con interés.

—No hay ninguna otra mujer en el castillo…

—Así es. Tú ya eres lo suficientemente molesta por mil de tu género.

—Sí, sí… pero lo que sucede es que el señor Prince va a ayudarme a preparar un baño, y no podré asistirme yo sola… ¿Entiendes lo que digo, Bram?

—Tus problemas no son los míos, tendrás que arreglarte tú sola, ya te lo he dicho, o por el contrario puedes marcharte ahora mismo.

—¡Oh, Bram! No tienes ni idea de lo que estoy insinuando.

—Ni lo sé ni me importa —se desquitó él.

—Te lo diré claramente: necesito una doncella que me ayude a quitarme el vestido, Bram.

—Debiste haber pensado en un imprevisto de esa clase antes de venir a incordiarme.

—¿Cómo iba a saber yo que habías despedido a todo el servicio del castillo? —le recriminó.

—Me está dando dolor de cabeza, señorita Robinson. —Pasó a la formalidad.

—Verás, Bram, tal y como yo lo veo… O me asiste el señor Prince en mi baño, o lo haces tú.

—¡Oh, señorita Robinson, me pongo a sus pies! Será un honor… —comenzó a ofrecerse el mayordomo con total seriedad, como si ver a Violet en paños menores no fuese algo indecoroso.

—¡Ve a hacer tus cosas, Prince! —le gritó el duque a su mayordomo.

—Por supuesto, Su Gracia. —Luego se giró para observar a Violet—. Iré a calentar los cubos de agua, señorita Robinson.

Tras lo dicho, Prince se marchó de allí. Cabe decir que estaba de lo más entretenido y maravillado. El sirviente había visto cómo el duque hacía llorar a hombres fornidos por molestarlo mucho menos que esa peculiar mujer.

—¡Maldito infierno! —masculló Bram.

—Bien, tu amable sirviente sabe que estaré en la habitación oriental, iré a tratar de poner la estancia en orden y…

—Toda el ala oriental está cerrada, solo encontrarás montones de polvo. No puedes usar esa estancia —le advirtió Bram, aunque luego pensó que la tenía que haber dejado ir allí, dado que su bienestar no era asunto de él.

—¡Oh! —exclamó, al darse cuenta de que iba a necesitar mucha ayuda para poner en orden el castillo y una habitación propia.

—Deberías marcharte a la posada, Violet —le recomendó una vez más.

Ella se movió hasta la ventana más próxima. Los cristales estaban helados por fuera y la noche había comenzado a hacer acto de presencia. Sí que era un bestia solo por insinuar que se pusiera en peligro.

—Estoy segura de que será una Navidad llena de nieve, no me sorprendería que mañana estuviese todo cubierto de blanco. No, Bram, no tengo intención de marcharme a ninguna parte. Estoy donde debo estar y dado que imagino que las dos únicas estancias que hay en el castillo aptas para dormir son la tuya y la que utiliza el señor Prince… ¿Entiendes por dónde voy?

—¡Un infierno! ¡No vas a dormir en la cama de Prince! —saltó lleno de cólera. Ella sintió la esperanza creciendo en su ser, porque si él parecía constantemente enfadado sin tener motivo, con esa suposición hecha lo vio furiosísimo. ¡Estaba celoso!

Primero el beso tan delicioso y ardiente y en esos momentos los celos crudos. La amaba, y en cuanto lo admitiese y ella pudiese perdonarlo por haberla abandonado durante nueve años, todo iría bien. Bram Paig-Smith tenía trabajo pendiente todavía.

—Entonces queda más que claro el lecho donde me quedaré. ¿No te parece, Bram? —preguntó inocentemente. ¡Dios santo! Acabaría en el infierno por solo haber hecho esa insinuación. No pasaba nada, una vez que Dios diese el beneplácito a su matrimonio los pecadillos anteriores serían perdonados… ¿verdad?

—¿De verdad crees que me marcharé a otro lugar, Violet? ¿Qué te cederé mi cama? —Si ella esperaba ocupar sus habitaciones y que él fuese un caballero para ofrecerse a dormir en otra parte, eso significaba que la mujer no había estado prestando la suficiente atención.

Ella agitó los hombros despreocupadamente.

—Haz lo que te plazca. Voy a dormir en una cama confortable porque el camino hasta aquí sí ha sido un infierno, voy a tomar un baño caliente, y uno de los dos va a ayudarme a desprenderme del vestido. Lo demás, me importa bien poco.

—Estás jugando a un juego peligroso, Violet. —Si ella supiera la clase de pensamientos que tenía en su mente, saldría corriendo, no le importaría caer en las garras de la fría noche que estaba llegando.

—¿Crees que he venido aquí dispuesta a no arriesgarme, Bram? Ni tú puedes ser tan ingenuo —le dijo con condescendencia, Luego le dio una palmadita en el brazo, muy amigable —. Sé un buen chico e informa al señor Prince sobre cuales son mis dependencias, y si te niegas a asistirme, dile que él puede…

—¡Suficiente, Violet! —gritó, para después ponerse frente a ella, muy muy cerca—. No tengo alma ni corazón, si te propones seducirme, tal vez te lleves una sorpresa, porque no recuerdo lo que es la caballerosidad y si me provocas y acabo poseyéndote, no tendrás mi ducado. Aprende a conformarte con Maitland —le escupió—. Después de todo, ser condesa no está tan alejado del título que siempre codiciaste… Un par de peldaños por debajo solamente.

Ella abrió los ojos por completo ante sus palabras. Se dio cuenta de que él se estaba felicitando por un triunfo imaginario. Violet se recompuso. Interesante. Muy interesante que él supiese sobre Maitland…

—¿Bram? —Usó su nombre en forma de pregunta para que la atendiese, le dio un tono de voz muy tranquilo.

—¿Qué demonios quieres, Violet? ¿Has entrado en razón? ¿Te ensillo un caballo y te marchas ya?

—Eres ridículo en todos los aspectos. Si quisiera seducir a Maitland no estaría en Corby soportando tu malhumor. Recuerdo cuál era la habitación del duque, no tardes en llegar, estoy cansada y tengo ganas de bañarme en condiciones. Si deseas ensillarte un caballo y marcharte a la posada para no compartir tus aposentos conmigo, la decisión es tuya.

Se giró y dejó a Bram con la boca abierta. ¿Ella acababa de insinuar que pretendía seducirlo? ¡Santo Dios! La perfidia de esa mujer no tenía límites.

—¿Su Gracia? —salió de una esquina Prince. Si le preguntase, negaría haber estado espiando. No se quedó escuchando por otros fines que no fueran los de preservar la seguridad de la señorita Robinson, pues conocía muy bien el temperamento de su patrón y tuvo miedo de que, más que dañarla físicamente, pudiese lastimarla con una fuerte salida de tono. Al parecer esa mujer era muy capaz de poner en su lugar al duque. ¡Qué descubrimiento más inesperado!

—¿Qué? —gruñó.

—¿Preparo su caballo o le llevo los cubos de agua a la señorita Robinson? ¿Qué desea que haga primero? —se mofó. El duque sería un estúpido si decidía alejarse de su lecho esa noche, pero también era cierto que su patrón era capaz de hacer cualquier tontería como marcharse a la posada solo por orgullo.

Bram no respondió, gruñó y se encerró en su despacho, porque de otro modo le hubiese arrancado la cabeza a su leal servidor debido a la impertinencia.

El duque comenzó a dar vueltas por la estancia sin recordar el dolor de su rodilla. Violet estaba muy equivocada si creía que él iba a jugar a ese peligroso juego que ella había ideado. Dormiría en su despacho, en la silla si hacía falta. ¿Él marcharse de su casa? Todo lo que haría como mucho sería cederle la cama. ¡Nada más!

¡Maldita mujer!

***

Sus baúles habían invadido la estancia de Bram, la bañera humeante la esperaba y Violet necesitaba meterse dentro con urgencia. Parecía que finalmente Bram no iba a asistirla.

—Si crees que me quedaré de brazos cruzados… —le dijo a nadie en particular.

Violet abrió la puerta de la habitación de Bram y se topó de inmediato con el señor Prince.

—¿Dónde está? —preguntó sin ceremonias.

—En su despacho, se ha atrincherado allí.

—Por supuesto que sí… La madre de Bram ya me advirtió de que el título venía cargado de un orgullo desmesurado. —Violet se quedó mirando la bandeja de plata que llevaba el sirviente entre las manos—. ¿Qué es eso?

—Tijeras, señorita Robinson. Su Gracia le sugiere que puede usarlas para desembarazarse de todo lo que le moleste, él correrá con los gastos de los vestidos que… ¿Dónde va? —preguntó al ver que ella cogía el enser y salía disparada escaleras abajo.

—¡A usarlas!

El sirviente fue de inmediato tras su estela.

—¡Señorita Robinson, el duque no será una buena compañía esta noche!

—¡Oh, yo lo seré peor! —exclamó, mientras iba a toda prisa en busca de ese hombre complejo.

Entró en el despacho sin llamar y cerró la puerta tras de sí con llave por si al señor Prince se le ocurría intervenir.

—¡Dios santo, eres peor que una plaga! —ladró desde detrás de su escritorio.

Violet abrió y cerró las tijeras varias veces.

—¿Esta es tu idea para ayudarme, Bram? —preguntó enfadada. Se sentía del todo insultada. Después de haberse comportado como una descocada y él se había atrevido a despreciarla…

—Si tuviese la fuerza necesaria, te cargaría sobre mi hombro y te dejaría en la calle, Violet. Da gracias de que pueda comportarme contigo con un mínimo de cortesía.

—¿Cortesía? ¿A qué llamas tú cortesía? Solo me ha faltado pasearme desnuda delante de ti para…

—¡Detente! Sé bien que tienes aspiraciones, pero no te daré lo que quieres.

—¿Aspiraciones, Bram? ¿Lo llamas aspiraciones a soportar tu humor y tu indiferencia? ¡Llevo esperando nueve años! ¿Entiendes lo que es eso? Toda una vida… ¡Eres una bestia! Vaya que lo eres, por hacerme sentir así. Creo que podría usar las tijeras, sobre tu persona. Eso debería hacer…

Él se levantó de la silla.

—Desde que has llegado te he dicho y hecho cien cosas peores a ofrecerte unas tijeras para salir de la ropa que llevas, ¿por qué te muestras tan ofendida? ¡Deberías darme la gracias, mujer, por cuidar de tu pudor!

—¿Las gracias? ¿Las gracias dices? —Ella apretó los labios y él juraría que los dientes también—. Muy bien, Bram, el señor Prince será una magnífica doncella para mí. ¡Quédate las tontas tijeras para ti! —Las tiró al suelo y luego abrió la puerta para salir de allí antes de que las lágrimas saliesen sin control.

Se topó con el aludido que estaba allí sin saber a qué atenerse.

—¿Se-ñoriri-ta…? —comenzó a tartamudear el mayordomo.

—Será mi asistente esa noche, señor Prince, y más le vale no discutir conmigo, porque tengo pensamientos homicidas y será fácil trasladar mi enfado de él —señaló a Bram con el dedo— a usted. ¡Así que arriba de inmediato! —le ordenó.

El mayordomo se quedó mirando al duque.

—¿Su-su Gra-cia-a? —le preguntó sin saber qué hacer.

—Vete a dormir, Prince. Yo me encargaré de todo —dijo con tranquilidad mientras se acercaba hasta su posición.

—¿Lo harás? —lo desafió Violet mientras el sirviente se iba a toda prisa de donde se estaba gestando una gran batalla campal.

—Por supuesto que sí. Date la vuelta. —Bram no esperó a que ella obedeciese, allí, en medio del pasillo, él la giró y luego, con gran maestría, procedió a desabotonarle la extensa

ristra de botones que tenía en la espalda.

Violet tuvo que sujetarse el vestido para que no cayese al suelo.

—¿Y era tan difícil haber hecho eso mismo sin enfadarme, Bram? —le preguntó cuando lo volvió a tener delante.

—No vas a seducirme, Violet. Y esa es mi última palabra, porque no seré otro hombre más en tu larga lista —dijo con convicción.

Ella se horrorizó con las palabras espetadas. Se recompuso de inmediato. No debería sorprenderse porque se había comportado como si fuese una Jezabel desde el mismo momento en el que puso un pie en el castillo. Sin pudor ni arrepentimiento. Bueno, ya que él había insinuado algo así… ¿por qué no darle más carnaza?

¿Qué tenía que temer? ¿El ostracismo? ¿Más malas palabras por parte de él? Después de nueve años estaba quemando su último cartucho, así que mejor hacerlo bien. Si algo de todo eso llegase a saberse… La apartarían como si no valiese nada.

—Muy bien. —Violet extendió los brazos y dejó caer la seda amarilla sobre el suelo. Dio un pequeño salto y se quedó con la camisola y la enagua. Lo vio observarla de arriba abajo y de abajo arriba y así hasta cinco veces. Le gustó observarlo babear como un perro al que le mostraban un pedazo de carne jugosa—. Estaré en tu cama, Bram. Me bañaré y luego me acostaré desnuda entre tus sábanas. Si cambias de idea y no deseas dormir en ese pequeño *chaise long* que he visto en tu despacho… —Se colocó las manos en la cintura y cambió la expresión pícara de su rostro por otra muy enfadada—. ¡Ni te imagines que serás bienvenido en mi cama! —le gruñó después de tenerlo dócil frente a ella.

Violet se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la habitación del duque, moviendo con descaro las caderas.

¡Cielos!

Si alguien se enterase de que ella llevaba años viéndose con la cortesana más popular de Londres a fin de recibir lecciones de seducción… ¡Acabaría desterrada y cuando falleciese iría al infierno! Pero es que necesitaba estar preparada para cuando él llegase.

—¿Violet? —la llamó, cuando encontró al fin la voz.

Ella se dio la vuelta delicadamente, haciendo que con el giro quedase bien a la vista el nacimiento de sus pechos. La instrucción de aquella mujer de Londres estaba empezando a dar sus frutos, porque creyó que a Bram se le acabarían saliendo los ojos de las cuencas.

—¿Has cambiado ya de idea? —le preguntó con coquetería. En cuanto él admitiese

que estaba ardiendo, ella lo mandaría a paseo. El muy tonto se había cargado su plan de hacerlo suspirar mientras la asistía como doncella, y de ahí que estuviese tan enfadada, porque iba a darle su merecido mandándolo lejos cuando admitiese que la deseaba. Después de todo, tal vez podría jugar esa baza en esos momentos, porque lo veía bastante ansioso.

—Es mi cama, si en algún momento de la noche quiero hacer uso de ella, no tengo porqué pedirte permiso. Y cuando te acuestes entre mis sábanas, ya que pareces tan versada en asuntos carnales sabrás lo que se hace en un lecho mientras no se duerme. Te sugiero que no te vuelvas loca tratando de imaginar cuántas antes que tú disfrutaron de mi hospitalidad y… mi cuerpo —le dijo para después darse la vuelta y meterse en el despacho.

—¡Aaaaggggg! —ladró Violet ante su respuesta—. ¡Te odio, Bram! —le gritó con todas sus fuerzas, antes de subir a toda prisa las escaleras mientras las lágrimas corrían libres por sus mejillas.

Bram la escuchó y se sintió muy satisfecho, hasta que bajó la mirada y se topó con una estupenda erección que le recordó lo frustrante que iba a ser esa noche.

¡Dios!, la guerra acabó y Blackmore creyó que los horrores no volverían a repetirse. Estuvo equivocado, porque tener bajo su techo a esa ninfa tentadora que sabía seducir… Complicado. Poder seguir frío y orgulloso era complicadísimo. Pero que muy, muy, complicado.

# Capítulo 5
# La obligación del título

Por la mañana todo se veía con mayor claridad. Violet se había levantado antes de que el sol saliese y descubrió que el señor Prince era de lo más solícito. Le había preparado un té caliente y un par de tostadas con jamón.

En esos momentos estaban hablando de las cosas que era necesario reparar en el castillo. La lista era grande y por eso los dos consideraron que cuanto antes se marchasen al pueblo, antes podrían comenzar a darle esplendor a ese viejo montón de piedras.

—¿En qué situación están los establos, señor Prince? Entendí que por lo menos una montura sí habrá.

—Hay un par de corceles y una calesa, podemos ir al pueblo con ella, señorita Robinson. Pero le recomiendo que reconsidere su parecer, será escandaloso que la vean sin acompañante en el pueblo y pronto se sabrá que está residiendo en el castillo con dos hombres solteros, aunque yo solo esté al servicio del duque.

—¡Tonterías! —Ella le restó importancia a la cuestión—. Tengo edad más que suficiente para ser tratada como una mujer razonable. Bien podría ser yo el ama de llaves del castillo.

—¿Con esos esplendorosos vestidos, señorita? —preguntó con una ceja levantada.

—Ya se me ocurrirá algo, pienso dar trabajo a mucha gente, así que no creo que pierdan el tiempo hablando a mis espaldas. Además, conozco a los aldeanos de cuando residía con los anteriores duques, tal vez me recuerden, yo era muy querida en el pueblo.

—¿Y mi desayuno? —irrumpió la bestia en medio de la cocina donde Violet y el mayordomo departían.

—Lo lamento, Su Gracia, me disponía a llevárselo de inmediato. —Prince levantó la bandeja que había a su derecha.

—No te molestes, ya que estoy aquí, lo tomaré sobre la mesa. —Bram se quedó mirando a Violet—. ¿Quién te ha ayudado con ese vestido esta mañana? —No se le escapaba que ella sola no habría podido enfundarse ese vestido de mañana atado a la espalda.

—¿Qué tal has dormido, Bram? Yo lo he hecho especialmente bien. Tu colchón debe ser nuevo, es espléndido.

Sabía que se estaba burlando de él, pues el duque llevaba la misma ropa que la noche anterior y su espalda estaba más dolorida que su propia rodilla. Quemaría ese estúpido *chaise long* en cuanto tuviese ocasión, ¡qué tortura haber dormido ahí! Especialmente porque su colchón de plumas sí era nuevo y de haber subido a su habitación habría estado durmiendo junto a Violet. ¡Dios! Ella sabía cómo malograr su mente.

—Esta noche dormiré mejor —masculló por lo bajo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde piensas hacerlo? —preguntó con inocencia Violet.

—En mi cama —dijo con un tono inflexible de voz.

—No lo creo, porque hasta que la casa no esté en orden, no podré usar ninguna habitación que no sea la tuya o la de tu mayordomo.

El señor Prince comenzó a toser.

—Si me disculpan… creo que he olvidado… olvidé… ¡Ahora vuelvo! —dicho lo cual se esfumó.

—¿Quién te ha ayudado a ponerte el vestido, Violet?

—Creo que será mejor que te avise de mis planes, el señor Prince cree que podrías acabar mordiéndome o algo peor si no te informo de lo que me propongo.

—¿Vas a marcharte de una maldita vez? —preguntó todo lleno de ilusión. Una muy falsa esperanza.

—Ridículo, Bram. Estoy muy bien en este castillo, me agrada mucho, por eso el señor Prince y yo vamos a ir al pueblo a…

—No —la interrumpió.

—¡No sabes lo que iba a decir! —se quejó.

—Sí que lo sé.

—No lo creo.

—Te aseguro que sí. Podrás ser más mundana y mostrarte más segura de lo que recuerdo, pero eres un libro abierto para mí, Violet.

—De acuerdo, veamos si me conoces tan bien como te crees. ¿Qué haré en el pueblo?

—Algo que me disgustará.

—Eso no es una respuesta aceptable. Deberás ser más específico, Bram.

—Me molesta todo lo que hagas, Violet… Salvo si decides desaparecer de mi vista. Todo lo demás lo censuraré, estoy seguro.

—¡Eres un gruñón, Bram! —se quejó Violet—. Pero te perdonaré porque no estás habituado a tratar conmigo.

—¿Quién te ayudó a vestirte esta mañana? —insistió por tercera vez.

—Hace tiempo que no monto en calesa, será divertido hacerlo.

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—El señor Prince dice que hay una calesa, iremos al pueblo. Ya te lo he dicho.

—No vas a ir con él a ningún lugar.

Ella le sonrió de inmediato.

—¡Qué considerado eres! Acepto tu amable oferta, Bram. Puedes acompañarme al pueblo. Coge una bolsa repleta de monedas y le daremos buen uso a tus riquezas.

—Creo que no, Violet.

—Te esperaré en media hora, que es lo que imagino que necesitarás para acabar tu desayuno, estaré en los establos. Le diré a Prince que enganche el caballo. No me hagas aguardar demasiado, detesto cuando lo hacen.

—¡Violet! —la llamó cuando se dio cuenta de que ella estaba tratando de salir de la cocina.

—¿Sí? —inquirió, toda llena de pestañeos y una sonrisa más que adorable.

—¿Prince te ha tocado? —preguntó, tratando de mantener la calma. Ella frunció el ceño. No entendía el motivo ni la pregunta en sí misma.

—¿A qué te refieres?

—Cuando te ha ayudado a ponerte el vestido. ¿Te ha puesto un dedo encima?

—¿Qué más te dará? Dejaste perfectamente claro anoche que no tenías intención de ayudarme.

—¡Lo mataré! ¡Princeeeeee! ¡Viejo carcamal, ven aquí ahora mismo! —comenzó a gritar lleno de ira.

Ella lo miró con irritación.

—Para ser alguien que ha dejado perfectamente claro —repitió la fórmula de nuevo — que no tiene ningún interés en mí, estás actuando de un modo muy… peculiar, Bram.

—¡Que yo no quiera tenerte, no significa que otro pueda hacerlo! —bramó. Luego se dio cuenta de lo que acababa de decir y deseó poder volver las agujas del reloj hacia atrás.

—Un pensamiento del todo comprensible. ¡Vaya que sí! —ironizó.

Bram se salvó por poco de que ella le azotase con todo el poder de su lengua, porque el pobre mayordomo se presentó ante ambos.

—¿Su Gracia?

El duque hizo un movimiento rápido para tratar de agarrar a Prince por el cuello, Violet, intuyendo lo que él se proponía, se interpuso entre los dos hombres.

—Dices una cosa y haces otra muy diferente, Bram. Vas a volverme loca. —Violet suspiró, luego se agarró el frontal del vestido y le dijo—: Este está pensado para que no me asista una doncella, los botones están aquí delante, escondidos, y los que has visto en la espalda son falsos, solo están cosidos ahí, no tienen ninguna función. Nadie me ha ayudado esta mañana —apostilló por si él todavía tenía alguna duda.

—¿No sabes lo que has podido provocar, mujer? —le ladró cuando se dio cuenta de que por poco acaba peleándose con el pobre Prince.

A todo eso el mayordomo había vuelto a desaparecer para no convertirse en el blanco de uno u otro. Los dos estaban a solas en la cocina de nuevo.

—Lo que he visto es lo que supe ayer. Tú me deseas. —Ella se pudo las manos en la

cintura y repiqueteó el suelo con el zapato.

—No es cierto.

—Estás celoso, Bram.

—Lo que estoy es cansado de tenerte aquí tantas semanas.

—Apenas llegué ayer —le tuvo que recordar.

—¿Solo? Me han parecido años.

—¿Recuerdas lo que te dije en tu despacho ayer?

—¿Qué te marcharías hoy? —se inventó.

—Que te besaría cada vez que me molestases.

El paso atrás que dio el duque fue grandioso, porque ni la rodilla le dio problemas. Ella se tragó una risa al verlo tan nervioso debido a su amenaza.

—¿Cómo debo decirte que no quiero nada de ti para que lo comprendas?

Ella agitó los hombros.

—Tu cuenta es tan grande, Bram, que lo que quieras o no está muy por debajo de lo que yo considere que me debas. Haz el favor de terminarte el desayuno, y reúnete conmigo en los establos, porque voy a ir al pueblo en calesa, contigo o con el señor Prince —le dijo para después dejarlo atrás.

El aludido había permanecido rezagado, esperando a que se olvidasen de él, y entró en la cocina cuando la dama se marchó.

—Le juro que no le he tocado ni un solo pelo a su dama, Su Gracia.

El duque, que le había dado un gran mordisco a su tostada, se atragantó.

—¡No es mi dama! —rugió.

—Pues para no serlo, se muestra posesivo y extremadamente celoso —se atrevió a opinar.

—Desaparece de mi vista, viejo carcamal —le ordenó con un alarido.

—Sí, por supuesto, pero… ¿debo prepararme para ir en calesa o…? —El gruñido que le dio por respuesta el duque dejó muy claro lo que pensaba de su estúpida pregunta.

***

No se lo podía creer. Esa mujer iba a convertirlo en… en… No sabía en qué, pero era algo que él no quería ser. ¡Un corderito! Eso era. Estaba a un paso de ser su corderito manso. ¿Por qué no la había mandado a paseo en cuanto le impuso la obligación de acompañarla?

Porque era Violet y él seguía siendo débil ante ella.

Media hora después, el duque de Blackmore estaba llevando las riendas de la calesa con una Violet sonriente que sostenía una sombrilla a juego con su vestido. ¡Dios! Parecía que estaba cortejándola. La sola idea se le antojó un despropósito angustioso. Él estaría mejor muerto que con ella siendo su duquesa. «Mentiroso…», le gritó una pequeña voz interior que se afanaba por silenciar. Había estado tan solo, tan cansado de la vida, que no podía imaginarse que ella desapareciera de Corby para volver a dejarlo únicamente con su agonía. ¿Qué decía ese pensamiento de él? Que era un hombre sin orgullo, un mequetrefe incapaz de olvidar un pasado que en verdad no debería ser olvidado jamás.

—¿Estás gruñendo otra vez, Bram?

—No —negó, pero sabiendo que lo acababa de hacer.

—Deberías tratar de sonreír de vez en cuando.

—Lo haré cuando te vea alejarte de mi casa para no volver.

—¿Sabes por qué te llaman la bestia de Blackmore? —preguntó con seriedad—. A veces acortan tu mote y te apodan solo La Bestia. Esos gruñidos dicen que en verdad lo eres.

Él se quedó mirándola con la cabeza ladeada y el gesto muy serio.

—No seré tan temible si mis dotes como la bestia de Blackmore no han logrado ahuyentarte todavía.

—Olvidas que te conozco, Bram.

—No soy el mismo que era. He cambiado, hasta tú debes saber eso, Violet.

—Yo tampoco soy la misma, pero mis sentimientos sí lo son.

—¿Y eso que demonios quiere decir?

—Lo averiguarás cuando estés preparado —dijo magnánima.

—Estás perdiendo el tiempo conmigo. Esa ilusión tuya que te has formado en la cabeza no va a suceder.

—Y, sin embargo, estamos en una calesa de camino al pueblo, preparados para contratar personal y devolver el esplendor que nunca debió perder el castillo de tu padre.

—Mi castillo, y como es mío puedo mantenerlo como se me antoje —gruñó.

—A veces pienso en lo injusta que es la vida, Bram. No porque tú te hayas portado como una bestia —le dijo al ver que él se removía en su asiento—, sino porque cuando te marchaste fue como si me cedieses tu familia. Pasé tanto tiempo con ellos… y tú tan poco. Las Navidades eran lo mejor. Tu padre salía al bosque a cortar un gran árbol y la mañana de Navidad el tronco ardía con fuerza. El salón principal estaba decorado con muérdago, también con rosas rojas y blancas, las favoritas de tu madre. La cocinera horneaba galletas de jengibre y desayunábamos chocolate caliente. Después, intercambiábamos los regalos, y aunque todo era muy feliz, siempre pedía lo mismo, cada Navidad rogaba por lo mismo.

—¿Un ducado? —preguntó con rabia.

Ella le dio un codazo amistoso en las costillas.

—No seas bobo, Bram. Lo que pedía cada mañana de Navidad era que regresases a casa. Todos volvían, un permiso, unas pocas vacaciones, pero tú no… ¿Por qué te fue tan fácil dejarme atrás? —inquirió, mirándolo con esperanza para ver si él arrojaba un poco de luz sobre tanta oscuridad.

—¿Y todavía te lo preguntas? —masculló con la misma rabia que antes.

—Por supuesto que sí. Una novia tenía derecho a ver a su prometido.

—¿Ah, sí? —La cuestión de Bram salió ponzoñosa de nuevo, como si la estuviese censurando. Violet frunció el ceño.

—¿Por qué tengo la sensación de que soy culpable de un delito del que no tengo noticias, Bram?

—Posiblemente porque lo eres.

Ella se cuadró. El carruaje seguía su curso y la conversación parecía que iba a ser trascendental.

—¿Vas a ilustrarme? Porque incluso los condenados a muerte tienen derecho a un

juicio justo, Bram.

—Maitland —susurró sin ganas el duque.

—Es la segunda vez que nombras al conde.

—Y con eso ya he resuelto todas tus preguntas.

—Te equivocas, Bram. No sé qué puede tener que ver Maitland con nuestra situación.

—¿Tenemos una situación, Violet? Yo diría que no. Lo único que hago es contentarte para ver si desistes de una vez y te das cuenta de que el puesto de duquesa no será tuyo mientras yo viva.

Ella ladeó todo su busto y se lo quedó mirando con fijación.

—Lo que hay en juego es mucho más que un ducado, Bram.

—¿Te refieres a las riquezas? ¿Al hecho de presentarte en los salones de Londres mientras miras con desdén al resto desde tu alta posición social como duquesa?

—No, si tú fueses un mendigo yo te aceptaría igualmente, siempre y cuando lograse tener tu corazón, Bram. No me conformaré con menos que con lo que una vez me ofreciste. Llegas nueve años tarde, pero emplearé hasta mi último aliento en hacerte cumplir tu promesa.

—¿Qué promesa?

—Te casarás conmigo, Bram Paig-Smith, y lo harás completamente enamorado de mí, pues de otro modo no te aceptaré.

Blackmore comenzó a reírse con fuerza.

—La interpretación se ha perdido a una gran actriz, Violet. Deberías haber estado en el escenario de Covent Garden, porque eres una mentirosa tan buena que incluso tú misma te crees tus propias mentiras.

—¿En qué miento, Bram?

—¿Qué tal si hablamos de tu comportamiento, Violet? O de Tommy… ¿Uhm? ¿O volvemos a retomar el asunto de Maitland? Tienes muchos frentes abiertos. ¿Cuál abordamos primero?

Ella sintió el corazón estremecerse. Violet se irguió.

—Pareces muy enterado de las cuestiones que sucedían en tu casa mientras tú jugabas a la guerra, Bram. Todo lo que hice fue querer a tu familia y amigos como si fuesen los míos propios.

—Seguro que sí… —dijo como si no la creyese en absoluto. Ella se dio cuenta de ese hecho—. Yo no jugaba a nada, Violet, me enfrenté a la muerte en cada batalla, deseé morir y cuando me enteré de que Tommy… —Le falló la voz al recordar la muerte de su querido hermano—. De haber podido, tu situación sería otra muy diferente y la mía también, porque no tendría que soportar tu irritante presencia.

—Me desviví por tu familia porque me querían y yo los amaba como si fuesen la mía propia —repitió una vez más—. Viví largas temporadas con ellos y cada día estuve echándote de menos, llorando tu ausencia, rezando por ti.

—No rezaste suficiente, Violet.

—Estás aquí a mi lado, vivo, Bram. No te atrevas a decirme que no hice bien lo único que estaba en mi mano.

Bram paró la calesa en medio del camino y la cogió por los hombros para acercarla a él. Violet se asustó debido a la violencia de la acción.

—¿No me ves mujer? ¿Acaso estás ciega?

—Te veo, Bram, te he visto desde que apareciste en mi vida.

—No soy el mismo —insistió una vez más.

Violet levantó una mano para acariciarle la mejilla, él rehuyó el contacto, pero la mujer no se dio por vencida, reinició el movimiento y a la segunda ocasión Bram no se retiró, le permitió acariciarlo.

—Eres el mismo para mí. —Le sonrió—. Bastante más malhumorado, pero solo tú sabes lo que has pasado en el campo de batalla.

—Ya no soy apuesto ni tampoco útil. Mi ojo es un esperpento, mi rodilla me priva de caminar cuando se le antoja, y mi cuerpo está tan marcado que si te permitiese observarme saldrías corriendo mientras gritas. Soy la bestia de Blackmore, Violet, pero no porque gruña todo el tiempo, sino porque estoy destrozado. Te dejé atrás, me convencí de que estaría mejor sin ti y tú sin mí… ¿Por qué has tenido que venir a molestarme otra vez, cuando me costó tanto esfuerzo librarme de tu recuerdo? No eres justa, ni buena… Te pones otra vez a mi alcance y aunque soy consciente de que lo único que quieres es el título, no sé si seré capaz de resistirme a ti, a tus caricias, a tus palabras…

—¿No lo ves, Bram?

—¿Qué me haces sufrir más que cuando el fuego quemó mi cuerpo? Sí, Violet, lo veo y lo siento.

Ella negó con la cabeza. Una lágrima rodó por su mejilla.

—Yo te amo, te amaré hasta el fin de mis días. No me daré por vencida nunca porque tú me lo diste todo, Bram. Me lo diste todo, una vida feliz junto a tu familia y la fe de que volverías. Haré todo lo que esté en mi mano para que puedas comprender el alcance de mi amor. Podrías haber regresado sin una pierna, manco y ciego, y nada me apartaría de tu lado, ni tan siquiera tú. Te hice un juramento, mi amor —le dijo con los ojos empañados por la emoción—. Yo soy tuya, siempre lo he sido.

Lo vio cerrar los ojos un instante. Ella temió lo peor. Sintió pánico al pensar que lo había perdido del todo, que no quedaba esperanza para ellos ya. Entonces Bram despegó los párpados y la miró de un modo tan radiante… Le secó las lágrimas que todavía estaban húmedas en sus mejillas. Suspiró con fuerza.

—Que Dios me perdone, Violet, porque tus palabras me parecen tan verídicas, que resistirme es imposible. —Y él sabía que no lo eran y aun así, el espejismo de obtener un poco de felicidad era magnífico. Muy real.

Ella comprendió que su condición física había estado lastrando lo que sentía por ella. Bram no era feliz debido a las secuelas que la guerra le había dejado y ella tenía que hacerle ver que su amor estaba por encima de todo eso y mucho más.

—Déjame estar a tu lado, Bram. Llevo nueve años soñando con ser tuya, recordando cada beso que compartimos, las promesas compartidas, los sueños planeados. ¿No puedes recordar lo bueno que tuvimos?

—Fue tan breve, Violet… Yo estoy tan roto. Y tú… —dejó la frase sin completar, porque dolía.

—Deja que te recomponga, Bram. Eres lo que siempre he querido. No me dejes atrás otra vez.

—¿No sabes lo que me estás pidiendo, Vi? —Ah. Su apelativo cariñoso llegó al fin a sus labios. Eso tenía que ser una señal.

—Cásate conmigo, Bram —le rogó llena de esperanza.

Lo vio cerrar y apretar los ojos con fuerza. ¿Cuánto había tardado en caer en su embrujo? Menos de un día completo. Debió haberla echado a la calle él mismo, y pese a sentirse

como un traidor a sus propios pensamientos, sabía, en su fuero interno, que volvería a obrar del mismo modo una y otra vez. La amaba demasiado. Siempre había sido así. Era su mayor debilidad. Violet Robinson siempre fue su talón de Aquiles. Al igual que lo había sido de tantos otros. Era especial, única, con un carácter marcado que la hacía todavía más irresistible de lo que lo fue en su juventud.

Si lo pensaba fríamente tenía la obligación de casarse. Era el último de su estirpe, tal vez pudiese quedar algún pariente lejano, pero engendrar al próximo duque de Blackmore, cuyo título de cortesía sería el de marqués de Hempty entre otros muchos, era su responsabilidad. ¿Qué otra mujer le quedaba al alcance de su mano? Aunque Violet lo seducía con sus mentiras, ninguna otra estaría tan desesperada como ella para convertirse en duquesa. Estaba en el tiempo de descuento y esa mujer era lo único que le quedaba. Era una gran equivocación lo que se proponía, y sin embargo fue incapaz de no dejarse llevar.

—Sí, Violet —le dijo cuando volvió a abrir los ojos—. Nos casaremos. En tres semanas tendrás lo que siempre quisiste. —Ese era el plazo para que se leyesen las amonestaciones, porque no iba a desplazarse a Londres para comprar una licencia especial.

Ella sonrió.

—Te amo, Bram. Y aunque vine aquí con la idea de darte un escarmiento, la felicidad que me produce tu anuncio me hace imposible seguir adelante. Olvidaremos todo lo que ha pasado estos largos años. Entraremos en nuestro matrimonio sanos y fuertes. Un nuevo comienzo que será un sueño para los dos. Te prometo que no te arrepentirás.

Él la miró con atención.

—Desearás no haberme pedido matrimonio, Violet. Sé que lo harás más temprano que tarde y cuando te des cuenta de tu error será tarde. No pienso permitir que faltes a tu palabra, no escaparás de mí, así que piénsalo bien porque solo tendrás este momento para cambiar de idea. Una vez que todo esté en marcha, serás mía y solo mía, empezando desde ahora mismo, tras tu aceptación.

—Llevo siendo tuya y solo tuya —repitió sus propias palabras— nueve años, Bram. ¿Por qué iba a cambiar de idea cuando al fin voy a tener la vida que siempre soñé a tu lado? Eres mío y solo mío.

—Sea pues —dijo, para luego mirar al frente y poner en marcha la calesa.

Violet se quedó desilusionada. Había esperado un beso, un abrazo, algo que sellase los pequeños votos que acababan de intercambiar. Pero entonces se dio cuenta de que ella también tenía margen de maniobra en su relación, así que dobló su sombrilla, la dejó a un lado y se movió más cerca de Bram, para quedar juntos sobre el asiento de la calesa. Apoyó el rostro en el brazo de su prometido y luego suspiró.

—Será una Navidad perfecta. Quedan tres días para la festividad y en tres semanas nos casaremos. A partir de ahora, el número de la suerte será el tres para mí.

Él no dijo nada al respecto. El trayecto hasta el pueblo siguió en silencio. Bram, secretamente, disfrutó de la cercanía de Violet, de su contacto.

Cuando llegaron a la aldea, vieron que en la puerta de la iglesia un coro de niños cantaba con alegría unas preciosas canciones navideñas.

Todo iba a salir bien al fin.

El destino le había devuelto al amor de su vida. Al hombre que estaba destinado a desposarla y hacerla feliz hasta la eternidad.

***

Aquella mañana, Violet abrió los ojos. Sonrió al recordar el lugar en el que descansaba. Su antigua habitación en el castillo de Corby estaba decorada con extravagancias orientales, mayormente originarias de China. Ladeó el rostro hacia la derecha para vislumbrar un precioso tapiz de seda que mostraba a una geisha con el rostro empolvado y los labios acortados en dos líneas rojas jugosas. La madre de Bram le había explicado, años atrás, que esas mujeres chinas tenían la misión de contentar a los hombres y que eran tan poderosas que con solo una mirada eran capaces de poner a un hombre de rodillas.

Violet suspiró. Ella no quería a Bram arrodillado, solo deseaba recuperar lo que tuvieron y sentía que eso estaba muy lejos de conseguirlo. ¿El motivo? Bram era frío y distante, especialmente con ella. No sabía cómo llegar hasta él.

Desde que estuvieron en el pueblo, llevando a cabo las entrevistas para dotar de servicio al castillo, había sido correcto, pero poco más. Aunque también era cierto que habían estado los últimos días muy ajetreados poniéndolo todo al día.

Violet se ladeó hacia la izquierda en la cama. Sonrió al ver el jarrón de la dinastía Ming que Tommy le regaló una Navidad. Violet abrió por completo los ojos al darse cuenta del día que era.

—¡Es Navidad! —Salió de la cama de inmediato, justo a tiempo para recibir levantada a la nueva doncella que habían contratado.

El castillo volvía a tener vida dentro de sus paredes y aunque todavía quedaba trabajo por hacer, poco a poco todo iría poniéndose en su lugar. ¡Bram también!, se dijo a sí misma.

—Buenos días, Su Excelencia… —la saludó la joven que iba a ayudarla a vestirse

para celebrar el día de Navidad.

—Todavía no soy duquesa, Mily. —Le tuvo que recordar, dado que había usado su futuro título, uno que obtendría si Bram cumplía su promesa. Vio a la muchacha reírse mientras bajaba la mirada al suelo—. ¿Estás contenta porque por fin es Navidad?

—Por supuesto, señorita Robinson, aunque anoche tuvimos una celebración de lo más animada. No sé cómo deberíamos agradecérselo al duque.

Violet le sonrió. La noche anterior ella había insistido en que honrasen la inminente llegada de la Navidad con una cena fastuosa donde la nueva familia que constituía el castillo compartiese alimentos, risas y un ambiente distendido, de tal modo que todos los nuevos sirvientes fueron convocados en el salón para sentarse a la mesa con el duque, con el señor Prince y con ella misma.

Había sido costumbre en el pasado que los anteriores duques de Blackmore fuesen uno más de los habitantes del castillo la víspera de Navidad, de tal modo que todos colaboraban en las labores del hogar sin distinción de rango. Violet le dijo a Bram que deseaba volver a poner en marcha aquella tradición tan acertada y él le había dicho que hiciese lo que desease.

Si bien cada vez que acudía a Bram para solicitarle permiso por una idea nueva que tenía, él no ponía impedimentos, ella sospechaba que en realidad lo hacía para sacudírsela de encima. Se quedó pensando en el tiempo a solas que ambos habían pasado en los últimos días… ¡Cielos! No habían hablado más que un par de frases sueltas y siempre había sido ella, la que lo buscaba para preguntarle algo. Era cierto que él estuvo ocupado con asuntos del título, y que ella se había puesto a dirigir la casa, pero…

Y luego estaba el hecho de que todavía quedaban muchas semanas para que se oficiase la boda y ella era una dama soltera residiendo en la casa de su prometido sin ninguna carabina… ¡Por Dios! No debería pensar en ese asunto, tenía veintiséis años, su virtud no era un asunto del reino ya.

—¿Se ha levantado el duque? —preguntó.

—Por supuesto, Su Excelencia…

—Milyyyyy… —la llamó al orden por volver a tratarla con un rango que todavía no tenía.

—El duque ha estado ocupado durante toda la mañana. Se levantó a las cinco.

—¿Tan pronto?

Vio que la doncella se reía tontamente y que volvía a bajar la mirada.

—¿Qué sabes que yo no sepa, Mily? —preguntó acusadoramente.

—Es la mañana de Navidad, debería bajar, señorita Robinson.

Violet se sentía un poco perdida. Aunque Mily era algo atolondrada, esa mañana estaba más sonriente y soñadora de lo normal.

Decidió no preocuparse más de lo necesario y se dejó atender. Cuando la doncella le presentó un vestido de seda dorado ella frunció el ceño. Se trataba de un vestido muy delicado y exquisito que había pensado en usar para sacarse a sí misma todo el partido en caso de que Bram hubiese necesitado un poco más de… persuasión.

—Es demasiado ostentoso incluso para la mañana de Navidad, Mily.

—Yo creo que es el vestido de una reina, señorita Robinson. Si me permite el atrevimiento, considero que es el momento indicado para que se le ponga. Hágame caso, el duque se volverá loco en cuanto la tenga enfrente.

Violet pensó que tal vez ese sería el estímulo que necesitaba Bram para prestarle un poco de atención.

—Sí, creo que tienes razón.

Así fue como la doncella la enfundó en esa seda dorada, para después hacerle un elegante recogido, cuyos bucles logró formar gracias a las tenacillas calientes. Decidió ponerse unos sencillos pendientes de perlas como único adorno.

—Se ve radiante, como una duquesa perfecta —dijo con gran admiración Mily.

—La verdad es que he tenido mucha suerte contigo, querida, eres fantástica, porque nunca he sido una beldad y me has dejado como una. Tienes un talento natural para peinar, creo que deberé elevar tu estipendio, dado que en cuanto lleguemos a Londres y la sociedad me vea, las damas querrán averiguar quién eres.

—Jamás podría dejarla, señorita Robinson —le aseguró llena de agradecimiento.

—Y si además eres leal, querrán ofrecerte una pequeña fortuna. Tal vez opte por no llevarte a Londres conmigo… Sí eso haré. Te dejaré aquí escondida como la joya que eres, Mily.

—¡Habla como si yo fuese un gran tesoro! No soy más que una muchacha que maneja bien las tenacillas. No siempre fue así, le aseguro que mi hermana mayor tuvo serios problemas conmigo mientras yo aprendía a peinarla.

Las dos se rieron. Tras ese instante divertido, Violet se movió hasta la puerta de

salida de la habitación. Se dio cuenta de que la faltaba un detalle.

—Mily, ¿podrías acercarme la cajita de madera que hay frente al tocador, por favor? —le solicitó.

—Por supuesto. —La doncella hizo lo demandado.

—Es un regalo para el duque, por Navidad. Espero que le guste —dijo un poco nerviosa.

—Yo estoy segura de que el regalo de Su Gracia a usted le encantará. —Dicho lo cual, la doncella salió a toda prisa de la habitación sin que Violet tuviese opción a preguntarle nada más.

La señorita Robinson descendió las escaleras y le llamó la atención no cruzarse con nadie durante el trayecto al comedor principal.

—¡Cielos! —exclamó al ver el lugar tan soberbio.

El salón principal del castillo estaba decorado con grandes centros que contenían hiedra, muérdago, acebo, ramitas de guirnalda y rosas blancas y rojas. Había fuego en la chimenea, tal y como marcaba la tradición, un gran tronco ardía allí dentro.

Vio a Bram en una especie de altar donde la vegetación y los adornos eran más espectaculares que el resto. El duque estaba vestido con unas calzas de raso dorado —rematadas con medias blancas—, el atuendo hacía que ella pudiese imaginar muy bien sus fuertes muslos. En la parte de arriba se veían las puntas tiesas de la camisa de lino blanco y sobre esa prenda, un chaleco en tono gris oscuro bordado con hilo dorado sobre el que iba una chaqueta del mismo material y tono que las calzas. Parecía un rey, elegante y viril, con esos impresionantes ojos azules, y un pelo que todavía mantenía el tono dorado, aunque algo más oscurecido, que en la juventud.

—¿Violet? —la llamó, al ver que ella no decía nada y que tampoco se movía.

Bram supo que había sido un error dejar todo en manos de Prince en cuanto vio el salón principal. Demasiado… ¡todo! Y luego estaba el atuendo que el mayordomo le había obligado a ponerse, perfectamente conjuntado con el vestido impecable y hermoso que Violet lucía. Estaba haciendo el ridículo. ¡Como si él fuese un hombre enamorado que tratase de asombrar a su futura esposa! Nada de eso. ¡No estaba enamorado! ¡No lo estaba! Ella solo era su debilidad. Y él era un duque cumpliendo con la obligación de engendrar hijos legítimos. Dos como mínimo. Tres para mayor tranquilidad. Cuatro en un alarde de virilidad. Cinco si entre esos cuatro primeros salía una niña… ¡Dios, no podía dejar de pensar en la procreación! De ahí que hubiese estado de acuerdo con lo que Prince le propuso para sorprender a Violet. A su inminente esposa. A la mujer que no amaba… «Mentiroso», le susurraba esa cansina voz interior que él no

tardó en silenciar.

—¡Oh, Bram! —La dama reaccionó de inmediato, se sujetó la falda con la mano derecha y comenzó a correr hacia él. Cuando llegó, lo abrazó, con cuidado de que la caja de madera que portaba en la otra mano no cayese al suelo, para después darle un beso en la mejilla.

—Todo esto ha sido idea de Prince. Agradéceselo a él —le dijo mientras se dejaba abrazar.

La dama se separó de su prometido y él se maldijo por haber hablado demasiado rápido. Podía haberse callado unos minutos más para que Violet siguiese abrazándolo con fuerza. La vio mirarlo embelesada, con una preciosa sonrisa en los labios.

—Pero tú no te has opuesto, estás aquí ahora mismo y para mí lo significa todo, Bram. Has recordado cómo era este castillo en Navidad y lo has recreado para mí, porque estoy segura de que Prince es muy bueno en su trabajo, pero no hubiese podido saber lo que disponía tu padre para sorprender a su esposa, quien Navidad tras Navidad se hacía la sorprendida, como si cada año olvidase que tu padre lo ideaba todo para que esa Navidad fuese única, y a la vez la de siempre.

—Le estás dando demasiadas vueltas a algo que es una nimiedad, Violet —le recriminó, pues estaba sintiéndose muy incómodo.

Era verdad que le había dado los detalles exactos a Prince y le había dicho que lo despediría si erraba en la colocación de algún adorno fuera de lugar, pero eso fue porque… Pues lo hizo porque… ¡No lo sabía y no era importante! Fin de la cuestión.

Se escuchó un carraspeo a la derecha de la pareja. Un sonido que demostraba incomodidad debido a la muestra tan íntima que ella le estaba dando al duque. Violet se separó por completo, dejando una distancia entre ambos más que aceptable, y se fijó en el hombre que avanzaba hacia ellos.

—¿Un vicario? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Alguien se muere? —La siguiente pregunta fue lanzada con terror.

—Es el día de nuestra boda, Violet.

—¿Qué? —Ella se quedó petrificada.

—El señor Miles está aquí para casarnos. —Así se llamaba el vicario.

Ella se quedó con la boca abierta al ver que el ministro de Dios afirmaba con la cabeza y sonreía.

Luego, Bram, tal vez, le contaría cómo Prince sugirió que mandasen a un buen jinete a Londres a comprar una licencia especial y cómo Bram redactó la carta para el arzobispo de Canterbury, Charles Manners-Sutton. Tanto su padre como él, habían conocido al arzobispo personalmente en los días en los que este ejerció como obispo de Norwich, lo cual ayudó a que, Manners-Sutton, no pudiese negarse a su pedido. En dicha misiva, sellada con su inconfundible lacre ducal, le explicaba sus impedimentos físicos para ir él personalmente a por el documento nupcial que le otorgaba la potestad de casarse donde quisiera y cuando desease, y además le señalaba cómo había sido el sueño de su padre que él se casase en Navidad. Bueno, eso último no tenía que ser necesariamente una mentira… Pudiese ser que el anterior duque hubiera querido algo así. Las letras estaban acompañadas por un más que generoso pagaré que pudiese silenciar cualquier reticencia por parte del arzobispo.

—¡Cielos! ¡Qué gran regalo de Navidad, Bram! Y rodeada de la gente que será nuestra familia aquí en Corby. ¡Me has hecho tan feliz, mi amor! —Acababa de ver cómo el nuevo servicio hacía acto de presencia en el gran comedor para ser testigos de su unión. Violet volvió a echarse en sus brazos, pero de inmediato recordó que ella también tenía algo para intercambiar con él. Lo soltó y le tendió el presente—. No es tan espectacular como lo que tú has hecho, pero espero que te guste.

Bram sujetó la caja y la abrió.

—¿Qué es…? —La pregunta murió en sus labios en cuanto se dio cuenta de que el reloj de bolsillo de oro que Violet le acababa de entregar era el que había pertenecido a su difunto padre, quien a su vez se lo obsequió a Tommy. Fue Tommy quien lo había roto, él no recordaba de qué manera, pero sí que se quedó inservible—. ¿Cómo has logrado…?

—Maitland me habló de un relojero suizo que llegó a Londres hace unos años. Me colé en tu residencia de la ciudad… Bueno, no me colé exactamente porque allí todos me conocían, pero sí es verdad que lo robé y…

—Está bien. —La silenció de un gruñido que la hizo ponerse en alerta. Él estaba enfadado.

—Sé que no debería haberlo tomado prestado sin permiso, pero quería arreglarlo para que lo tuvieses y…

—¡He dicho que basta! —Levantó todavía más la voz.

Violet tragó saliva. Todo el servicio había presenciado su salida de tono.

—Lo siento —dijo en un murmullo Violet, tratando de mantener a raya las lágrimas que luchaban por salir. Una cosa era soportar su malhumor en soledad y otra muy diferente hacerlo mientras un público, nada desdeñable, los observaba.

La mirada del duque se movió hasta Prince, quien estaba negando con la cabeza a modo de establecer la censura por su exabrupto. Miró al resto de sirvientes que observaban a la pareja y también estaban sorprendidos. Incluso el vicario lo estaba juzgando.

Bram se recobró de su arrebato.

—Ha sido duro recordar a mi difunto hermano. —Ahí Violet supo que sería toda la disculpa que iba a recibir—. ¿Procedemos? —inquirió al hombre que debía oficiar la ceremonia.

Tanto Violet como el duque se colocaron delante del altar que conformaban los adornos navideños. El vicario, frente a ellos, y el servicio atrás.

—Queridos hermanos…

Los nervios hicieron que Violet siguiese la ceremonia como si estuviese en un sueño. Escuchó decir en alto las palabras que se suponía que tenía que pronunciar Bram, también ella hizo su parte, pero no tenía la plena conciencia de que ciertamente estaba casándose con Bram Paig-Smith al fin. Era más, percibía como si en cualquier momento fuese a despertarse para comprobar que en verdad estaba soñando. No sería la primera vez.

Así fue cómo el duque la descubrió dándose un pellizco en el brazo cuando la unión fue dada por concluida.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Comprobar que esto es real.

—Al fin has cumplido tu sueño, duquesa —le dijo en un tono duro, para después darle un beso igualmente rudo. No fue hasta que el vicario volvió a carraspear cuando Bram la soltó—. No veas cosas donde no las hay, Violet —le espetó solo para sus oídos—. La boda ha sido hoy solo porque no he dejado de pensar en lo que será llevarte a la cama. Así que habrá un temprano almuerzo nupcial y nos retiraremos a mi cama en una hora como mucho. Tú decides si será por las buenas o por las malas, porque antes de que llegue el mediodía, te habré hecho mía —finalizó, para después darse la vuelta y dirigirse hacia la mesa en la que los nuevos sirvientes habían comenzado a servir la comida.

Las felicitaciones no tardaron en llegar. Todo el mundo estaba feliz y contento. Todos, menos ella, porque Violet no sabía a qué atenerse con su recién acuñado esposo.

—Deberá tener la paciencia de Job —le dijo Prince que se acercó a ella cuando se quedó sola, después de las muestras de afecto del resto de los empleados del castillo—. Es un buen hombre, usted ha demostrado firmeza de carácter, no se dé por vencida haga él lo que haga. Solo nos tiene a usted y a mí para no caer en la oscuridad más extrema. Confío en que sea capaz de obrar un milagro navideño, Su Gracia.

—Yo también lo espero, Prince… También lo espero… —repitió, tratando de creer sus propias palabras.

# Capítulo 6
# Una mañana navideña

Violet no había puesto a prueba la amenaza de su esposo. Cuando faltaban diez minutos para cumplirse el plazo decretado, la duquesa de Blackmore se excusó y subió con discreción a los aposentos de su marido, donde lo esperó con sumo nerviosismo. Una cosa era jugar a la seducción y otra muy diferente saber que pronto se acostaría con su esposo.

Bram le haría el amor.

Y sería maravilloso.

Se convenció de que así sería. El destino se lo debía. Después de nueve años siendo la prometida, por fin iba a convertirse en esposa. Él la haría suya. Su mujer. Su compañera. Su esposa.

Blackmore abrió la puerta y ella se levantó de la cama de inmediato.

—Acabemos con esto —espetó el duque.

Bram esperaba que después de poseerla, pudiese poner un poco de distancia entre sus pensamientos y ella, porque Violet Robinson —ahora Violet Paig-Smith— incluso después de todo lo que le había hecho, seguía fuertemente arraigada en lo más profundo de su ser y ella no se merecía tener tanto poder sobre él.

Se acercó a su mujer en dos zancadas. Violet ni tan siquiera tuvo tiempo a reaccionar a su asalto, porque cuando se percató de ello, Bram ya estaba inclinándose sobre ella para besarla. Un beso profundo, ansioso, cargado de necesidad. Único, que los dejó a ambos sin aliento. La lengua del duque se movía para probar la dulzura que Violet le ofrecía. Un ronco gruñido de satisfacción salió de la garganta masculina en el momento en el que ella demostró ser de lo más activa en ese intercambio visceral donde las lenguas se frotaban la una con la otra.

Violet apoyó el peso de su cuerpo en el de Bram. El duque tuvo que poner un brazo alrededor de ella para usarla como a improvisado bastón, dado que su rodilla sintió el peso de

más. Los pequeños gemidos que emitía Violet lo estaban volviendo loco. Se las arregló para moverlos a ambos en dirección al lecho que, gracias a Dios, estaba bastante cerca. A Bram le hubiese gustado levantarla en sus potentes brazos para depositarla en el centro de la cama, pero se tuvo que conformar con manejarla a su voluntad para que ella, sumisa, acatase sus órdenes silenciosas mientras la besaba con intensidad. Cayó sobre ella y le separó los muslos con uno de los suyos. Se ayudó de los codos para no aplastarla, pero sí que la tenía bien sujeta. El cuerpo de Bram cubriendo por completo el de Violet. La ya duquesa se dio cuenta de que nunca había sentido algo tan maravilloso en toda su vida, pues ser la cautiva de su esposo resultaba excitante y magnífico.

—Bram… —Se las arregló para decirle, justo cuando los labios de él recorrían su cuello.

—¿Qué? —inquirió, sin despegar los labios de la piel de Violet.

—¿No tenemos demasiada ropa?

Ella no contaba con experiencia sobre la cuestión de hacer el amor exactamente, pero la cortesana que visitaba en Londres fue clara en varios aspectos. El primero era que debía ser muy audaz y estar decidida a complacer a su hombre en la cama. El segundo, que la boca y la lengua tenían que recorrer cada centímetro de piel de su esposo, incluido *eso,* aunque le dijo que los pies, no era necesario que se los lamiese. Y el tercero… no era capaz de recordarlo en ese mismo instante en el que él le lamía el lóbulo de la oreja, pero, en definitiva, ambos tenían que estar desnudos para consumar su amor y no lo estaban.

—Maldita sea, es verdad que no estás desnuda —dijo en cuanto dio sentido a la observación de su esposa.

Ella se rio con suavidad al darse cuenta de la desesperación que impregnaba las palabras de su marido. La deseaba con fuerza, lo mismo que Violet a él.

El suyo, iba a ser un gran matrimonio.

Bram se incorporó y la hizo levantarse a ella. Luego demostró que conocía muy bien los entresijos de un vestido, por el modo tan hábil con el que estaba desabotonando la seda dorada, y que la hizo ponerse muy celosa. Él había hablado de otras mujeres que habían compartido su cama. ¿Cuántas serían?

Comenzó a sentirse tremendamente nerviosa. Agobiada más bien. Los nervios la consumían.

—¿Bram?

—¿Qué?

—Tengo que preguntarte algo.

—¿Ahora? —inquirió, como si no pudiese pensar en otra cosa más que en lo que estaba a punto de hacer: consolidar su unión.

—Estoy celosa… —confesó en un murmullo. Él dejó su labor como doncella y se quedó parado.

—¿Tú estás celosa de mí? —preguntó asombrado.

—¿Has tenido…? ¿Tú has…? —La cuestión que quería plantear era muy incómoda. Y los nervios la tenían al borde. Incluso temía ponerse a llorar en cualquier momento.

No solo por la propia cuestión que tenía que abordar, sino porque iba a acostarse al fin con Bram. Era su esposa. Había logrado lo que no creyó que sucedería. Así que sí, tenía los sentimientos a flor de piel. Todo un cúmulo de contrariedades se albergaban en su interior: alegría, tristeza, un poco de rencor, celos, muchos celos, excesivo nerviosismo. ¡Cielos! No se sentía capaz de gestionar todo lo que sentía. Se obligó a tranquilizarse, aunque eso fuese muy complicado.

—¿Si he tenido qué…? —Se interesó él.

—Dijiste que estuviste con muchas mujeres…

—Sí —zanjó, para después quitarle los últimos dos botones del ojal, y dejarla con la camisola y la enagua. Entonces le dio la vuelta al fin de admirarla. Si hubiera estado más atento a las emociones de su esposa y no tan interesado en cómo se vislumbraba su cuerpo, se habría dado cuenta de que la había herido sin compasión.

Todos esos años en los que habían estado comprometidos, y su fidelidad no había sido determinante para él. No iba a llorar. Violet no iba a soltar una sola lágrima. ¡No lo haría!

—¿Estás llorando? —farfulló, incrédulo.

—Nooooo —negó, pero la prueba de su embuste resbalaba por sus mejillas. Al final no pudo ser capaz de controlar el manojo de sentimientos contradictorios que sentía en su ser.

—¡Infierno, Violet! ¿También tienes que arruinarme esto? —se quejó.

—Lo siento… —susurró ella, pero el sollozo fue ensordecedor. ¡Encima él se enfadaba con ella! No tenía fuerzas ni para entablar una batalla campal.

Bram miró la puerta de su alcoba. Sería fácil salir de esa incómoda situación, si no fuese porque era su obligación consumar el matrimonio… Tomó una larga bocanada de aire para

tratar de tranquilizarse. ¡Tantos años deseando llegar a ese preciso momento y tenía que enfrentarse a una mujer llorosa! ¡Pero si ella era de lo más mundana! ¿De verdad tenía que sucederle eso a él?

—¿Por qué estás llorando? —preguntó, con un tono de voz que a él le pareció razonable.

—Por nada… No estoy… ¡llorando! —Un nuevo sollozo escapó. Veintiséis años y sabía que se estaba comportando como una niña.

—A ver… Violet… Es nuestra noche de bodas, aunque es de día todavía, pero… En fin… ¿no podrías esperar a llorar a mañana por la mañana, por ejemplo? —Sabía que su comportamiento era miserable. Bueno, ella no había sido la mejor de las novias tampoco. Así que estaban a la par, se dijo a sí mismo.

—¡Nooooo! —Ella debería abofetearlo, pero no podía porque quería su consuelo.

—¿Y no puedes esperar hasta después de que haya terminado?

Ella lo miró con el ceño fruncido sin que las lágrimas se hubiesen detenido.

—¿Esperar a qué? —preguntó con ingenuidad.

—A que te haga el amor. —Esa respuesta hizo que ella detuviese su llanto de inmediato.

Amor. Iban a materializar su amor con la unión de sus cuerpos. Esa idea pareció calmar sus nervios. La cortesana le había explicado que una cosa era una relación física donde solo intervenían dos cuerpos, y otra muy diferente era cuando los sentimientos estaban involucrados y el acto nacía del propio amor que sentían dos personas.

—¿Le has hecho el amor a muchas mujeres, Bram?

Él se tomó un momento para pensar en su pregunta. No debería sentirse tan complacido por verla de ese modo a causa de esos celos, que a él lo hacían sentirse como el hombre más apuesto del universo. Tampoco debería sentirse como un bastardo por haberla engañado en lo referente a ese gran desfile de mujeres que había insinuado que pasaron por su lecho y que, en realidad, no lo hicieron, pero… Decidió que le haría una pequeña concesión que no supusiera la merma de su masculinidad. Un gran detalle por su parte teniendo en cuenta todo lo que ella le había hecho padecer a lo largo de esos nueve dolorosos años.

—No, Violet. No lo he hecho. —Ahí una gran verdad. Si su cuerpo no hubiese estado tan maltratado y su corazón más sano, Bram hubiese podido tener alguna amante después de la guerra, pero le fue imposible contentarse con otra que no fuese Violet. Dios lo había

maldecido con ese horror debido a las muertes que cosechó en el ejército, no tenía otra explicación para su condena. Violet lo había convertido en un ser despreciable y él solo deseaba amarla con su corazón y su cuerpo. Se detestaba a sí mismo por no ser más fuerte, por no poder ser más malvado de lo que intentaba aparentar. Ella merecía toda su ira y su rabia, pero no las tendría en ese instante, porque la necesitaba como si estuviese en un desierto y ella fuese su agua, su brisa húmeda, su aire para respirar… ¡Dios! Si no la quisiese tanto, todo sería más fácil.

—¿Y a mí me vas a hacer el amor?

—¡En cuanto me lo permitas, mujer! —le confirmó.

La respuesta de Bram debió ser la correcta, porque Violet lo apartó un poco, sostuvo la camisola por los bordes y se la quitó por encima de la cabeza. Bram entendió que ella lo aceptaba y se quitó de encima de su esposa por completo para que ella pudiera desprenderse de la enagua. Se quedó delante del duque como Dios la trajo al mundo. Con unos preciosos senos al aire y un triángulo de rico bello, que se veía resplandeciente debido a la humedad que se percibía en ese lugar.

Bram gimió en alto y se abalanzó sobre ella. De tal modo, que pronto se dio cuenta de que su pretensión de ir despacio, de tomarse su tiempo, no iba a ser factible. La necesitaba. Llevaba nueve años esperándola, soñando con ese preciso momento y estaba más que listo para hacerla suya.

—¿Entiendes que una vez que te profane, no vas a ser de otro, Violet? —le preguntó.

—¿Todavía no entiendes que te amo, Bram?

—Ningún otro te verá así jamás, no estarás con nadie más en el lecho. Se acabaron tus coqueteos con el resto, me serás fiel o te encerraré en la mazmorra.

Ella se sonrió creyendo que él estaba exagerando, cosa que en verdad no hacía, pero ella no llegaría a saberlo nunca.

—Bram… soy tu esposa. No hay nadie más —susurró, para después rogar por sus besos.

Las bocas de ambos se unieron. Bram trató de recordarse a sí mismo que quería a Violet deshecha por sus besos. Lograría que ella se olvidara del mundo, que solo existieran ellos dos. Sin embargo, la atención que ella le dispensaba y su audacia, confirmaban lo que él ya intuía: ella no era inocente. Ninguna mujer que llegase virgen a la edad de su esposa conocería los secretos que ella le estaba desvelando, dado que la mano de Violet estaba puesta en su hombría y lo masajeaba de un modo muy certero. Arriba, abajo, con la presión exacta para que él olvidara incluso su propio nombre. Y no titubeaba en sus atenciones. Ella había hecho eso con

anterioridad. A otro.

Era verdad que mientras la cortejaba había tocado partes de ella que nunca debió. La había hecho excitarse con roces que lo dejaron a él temblando y ansioso, pero siempre sobre la ropa y sin llegar a saciarse. Se quedaban con ganas de más, porque se juraron que obrarían bien. Bram fue incapaz de quitarle la virginidad. De haberlo sabido, en su juventud hubiese actuado de otro modo. Se hubiera asegurado de que ella no lo olvidase jamás.

Violet se comportaba como una mujer mundana, muy segura de lo que daba y lo que esperaba recibir a cambio. Una experta. Ese llanto de antes… Seguro que era falso, pensado para despistarlo…

Mientras Bram desconfiaba de la habilidad de Violet, ella estaba más que contenta de ver que las nociones de la cortesana estaban funcionando tan bien.

Bram estaba desesperado. Su mujer estaba convirtiendo su cuidadoso y elaborado plan en algo imposible, porque con sus certeras atenciones lo distraía. Era el momento de asumir el mando por completo. La besó otra vez. Un beso largo, ardiente y húmedo que incluso llegó a enloquecerlo a él mismo. Aprovechando el momento de pasión, logró apartar la mano de Violet de su erección, para después descender sobre su cuerpo desnudo y detenerse en el valle sus senos. Las manos masculinas acariciaron, frotaron con sutilidad y juguetearon con los pechos, para, finalmente, cuando ya no fue capaz de aguardar ni un segundo más, empezar a succionar uno de los turgentes pezones de Violet.

Violet se arqueó. No había creído que fuese posible sentir tanto placer con un gesto tan extraño. La cortesana la avisó en su momento, pero ella no la había creído… hasta esos instantes, por supuesto. Su cuerpo estaba en llamas, los escalofríos producidos por puro placer la recorrían de arriba abajo. No creía que pudiera aguantar mucho más de esa dulce tortura. Se aferró a los hombros de Bram y cerró los ojos para abandonarse por completo a la sensación de plenitud que su amante esposo le proporcionaba.

El duque siguió rindiendo pleitesía a ambos senos, endureciendo y calmando sus pezones, tironeando de ellos con suavidad para hacerla gemir más y más alto.

Sus manos descendieron por el estómago de Violet para finalizar el trayecto acariciando la parte interna de los muslos, que ella tenía ya abiertos para él. Estaba completamente empapada, más que lista para él. Soltó el pezón izquierdo y comenzó un descenso de besos, hasta que se detuvo en el lugar deseado, besando el interior del muslo derecho de Violet.

—Bram... Te necesito —susurró con la lujuria recorriendo sus venas.

—Lo sé

La boca del duque cubrió la feminidad de su mujer y la lengua masculina comenzó a moverse de un modo perverso y delicioso. La lengua de Bram era mágica porque le estaba proporcionando un placer exquisito y a la vez delirante. Violet se consumió de tal modo, que levantó las caderas por inercia, exigiendo más atención, más rapidez, más, más, mucho más de todo lo que él hacía.

Lo sujetó por la cabeza y a penas le permitió moverse. Ella era codiciosa, tal y como Bram había supuesto. Violet se maravillaba con cada contacto, aunque la cortesana le había hablado sin tapujos, no previó sentir nada tan sublime. Y era más, no estaba consternada ni avergonzada. Deseaba mostrarle todo lo que había aprendido por él, para él. Necesitaba tocarlo de la manera en que Bram la estaba tocando a ella y también conocer su sabor. Hacerle el amor de ese modo tan íntimo con su boca. Quería moverse y salir de su agarre, pero el deseo tenía subyugada su mente. La presión que le daba sobre ese nudo de nervios la tuvo al borde del precipicio pronto. Y cuando el primer dedo se metió en su vaina…

—¡Dios! —gritó, mientras se aferraba todavía más a la cabeza de él.

—Deja que salga, Violet. No lo fuerces. Dámelo…

Se lo daría todo, en cuanto supiera cómo hacerlo. Ese fue el último pensamiento coherente de Violet. Se arqueó con mayor desesperación sobre la cama y sintió como si su mente abandonase su cuerpo para ir a un lugar de plenitud máxima, de éxtasis. Maravilloso, donde el sol brillaba y los arcoíris existían.

—Braaaaaaaam… —gritó el nombre de su marido y entonces la disciplina del duque desapareció. Con las palpitaciones del sexo femenino todavía sintiéndolas sobre la lengua, y los jugos de ella bañándole el rostro, Bram se separó lo justo para abrir la presilla de las calzas. Su miembro viril saltó libre de su confinamiento mientras Violet todavía sentía los últimos espasmos de su excitación. Bram le abrió aún más los muslos y se colocó en el lugar indicado para lo que procedía hacer a continuación. Estaba lista.

—Pon los brazos en mi espalda, Vi. Sujétate —susurró con una orden ronca. Ella lo hizo de inmediato, todavía figuraba con los ojos cerrados y una sonrisa llena de satisfacción en el rostro.

La hombría de Bram se apoyó en el umbral de su cavidad, estuvo así un par de segundos, para después entrar de un solo estoque.

—¡Por Dios! —gritó Violet ante la intrusión, mientras trataba de salir de su agarre. El dolor que se instauró en su interior no era esa ligera incomodidad de la que habló la cortesana. Nada de eso. Parecía que la hubiese partido en dos—. ¡Suéltame, Bram! Sal de mi interior, Dios, sal, duele, duele, Bram, te lo suplico, no más… Bram, no puedo soportarlo… —Violet comenzó a llorar.

Él, que se había quedado parado y horrorizado en cuanto sintió la virginidad de su esposa romperse, no podía articular palabra. Todo lo que podía preguntarse era cómo era posible que ella fuese virgen… ¡Cielos! La había profanado sin suavidad, sin delicadeza alguna. Ella se movía, se sacudía bajo su propio cuerpo, enérgica, sin control y como no parase de…

—¡Violeeeeet! —gritó su excitación en cuanto se derramó en su interior. No tenía fuerza de voluntad para negarse la liberación. Sintió la cruda necesidad en cuanto se deslizó en su interior, y fue imposible contenerse cuando su esposa comenzó a retorcerse con violencia.

La falta de experiencia y una pericia poco adecuada lo habían hecho acabar incluso antes de empezar, lo cual, suponía, era algo bueno dadas las circunstancias. ¡Dios, ella era virgen!

El sonido gutural tan angustioso producido por Bram hizo que ella se quedase quieta. El dolor laceraba en su interior.

—Esto no puede estar bien… —comenzó a decir ella.

—No, no lo está. —Salió de su interior con la delicadeza que no había tenido en un primer momento. La sintió tensarse de inmediato. Se incorporó para salir de la cama. La claridad del sol que entraba por las ventanas le permitió al duque ver la prueba de una verdad irrefutable. Ella era virgen. Él había sido el primer hombre que la poseía. La vergüenza comenzó a crecer en su interior. Las dudas sobre quién era en realidad Violet también.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para quedarse y mantener una conversación seria con su duquesa. Cogió el pañuelo que tenía en el bolsillo de su chaqueta y se limpió lo más decentemente que pudo, de espaldas a ella, para después atarse las calzas. Cuando terminó se dio la vuelta a fin de decirle algo. ¿El qué? No lo sabía, pero todo murió al examinarla. Violet estaba tendida en la cama, Bram podía ver las lágrimas brillando en sus mejillas. Ella estaba llorando todavía en silencio, y no era por esos absurdos celos que aseguró sentir cuando él le mintió y le dijo que había estado con muchas mujeres. Lo miraba con multitud de preguntas que no podría responder ni aunque quisiera. Posiblemente la primera que le haría sería el motivo por el que no se había quitado ni la ropa. Esperaba que su mujer recordarse lo que le dijo de que su cuerpo estaba muy maltratado, y que comprendiese porqué no deseaba que lo viese.

Bram se volvió a dar la vuelta, al tiempo que se colocaba la camisa dentro de las calzas, y luego salió de la habitación permitiendo que la puerta se cerrase con un ligero clic.

Violet se quedó en el lugar donde estaba y por primera vez desde que llegó al castillo se dio cuenta de que no había ninguna esperanza para ella. Bram Paig-Smith nunca se preocuparía por su bienestar. No había logrado ser gentil o galante, como dijo la cortesana que ocurriría, ni cuando le había hecho el amor. ¿Amor? No, eso fue un acto de salvajismo, pero no fue mucho peor que el hecho de dejarla sola en la cama sin darle un poco de consuelo tras

haberla utilizado de esa forma. La había poseído sin contemplaciones, haciendo que su primer acoplamiento no fuese más que eso. Un intercambio entre dos cuerpos.

La falta de preocupación en la mirada de Bram mientras la había penetrado era la misma que cuando salió por la puerta.

Dios misericordioso, estaba dolorida en sus partes íntimas, y deshecha, con el corazón destrozado. Entonces comprendió que haber ido a Corby fue un error fatal. Casarse con él, una tremenda equivocación. Los nueve años de espera, la meta que se impuso de ser paciente con un hombre que había sufrido la pérdida de su familia y los horrores de la guerra… Todo era demasiado para soportar.

Tenía que huir de él, tenía que marcharse lejos, cuanto antes, porque de otro modo acabaría haciendo alguna temeridad. ¿Cómo cuál? No lo sabía, pero era preciso irse sin mirar atrás.

Bram estaría mucho mejor sin ella, y decididamente, Violet precisaba protegerse, porque no podía más.

Se levantó para buscar un paño que hundir en la jofaina de agua y se adecentó mientras seguía llorando. Los restos de sangre y su simiente bajan por sus muslos. Él ni tan siquiera se había quitado la ropa… ¡Ni de la chaqueta se desprendió! Deseaba morirse allí mismo, porque la humillación no podía ser mayor. No había sido del todo consciente de que ella estaba desnuda y de que él no, porque su toque era divino, certero, apasionante, pero cuando la tempestad de la lujuria se marchaba, la calma permitía ver detalles muy esclarecedores. Dolorosos, más bien.

Si pudiese volver atrás, haría las cosas de otro modo. No se casaría con él. Desde luego que no. No lo hubiese hecho ni aunque el título fuese lo único que ella codiciase. No quedaba esperanza. Para ninguno de los dos. El tiempo y las circunstancias los habían separado por completo. Había sido una estúpida por creer lo contrario y aferrarse a lo que fueron en el pasado: una pareja enamorada, ingenua e inocente que creía que el amor todo lo podía.

¡Mentira! El amor no bastaba, por mucho que ella tuviese todo el amor que a él le faltaba, era imposible sostenerlos a ambos. No así, no si él no ponía nada de su parte. Y si Bram no había sido capaz de hacer las cosas bien ni en su noche de bodas… bueno, en su día de bodas, porque el sol estaba fuera todavía, seguro que la cosa no mejoraría jamás. Él no sacaría su malhumor para dejarlo apartado de ambos.

Su primo Magnus Robinson, semanas atrás, la había avisado de que Bram Paig-Smith se había convertido en una verdadera bestia. Ella no creía que pudiese ser cierto. Y aunque llegó preparada para todo, nadie podía estar listo para lo que acababa de suceder. Violet no era nada para él. No la quería, y dudaba incluso que la desease, porque el modo de poseerla fue tan atroz que más pareció una venganza que un acto de consumación.

Se había convertido en duquesa por Navidad, pero no tenía amor. Ni rastro de él.

¡Qué desastre!

# Capítulo 7
# Las dudas y la culpa

No había cenado con él. El servicio lo avisó de que su duquesa había pedido que le llevasen una bandeja a la habitación oriental… Eso implicaba que Violet no había trasladado sus cosas a la habitación junto a la suya, la que debía ocupar en calidad de duquesa y con la que la alcoba de Bram tenía una puerta directa que las comunicaba.

Tampoco había bajado al comedor para desayunar con él, tal y como había hecho desde que llegase al castillo. Quedaba más que claro que estaba enfadada, y la razón de querer rehuirlo era vergonzosa, pues era consciente de que esa peculiar noche de bodas, que se llevó a cabo en pleno día, no había sido buena. De acuerdo, eso era un eufemismo, dado que fue algo catastrófico que él no sabía cómo enmendar. Se había comportado como un auténtico bruto, y esa vez sin habérselo propuesto, lo cual era todavía peor. La saqueó como si fuese un pirata y la conquistó sin la debida consideración. Había muchas cosas que aclarar, e iría a la fuente que le proporcionó información la primera vez. Dobló la misiva que acababa de redactar y levantó la mirada. Su leal mayordomo estaba esperando instrucciones. Ambos hombres se encontraban en el despacho de Bram.

—¿Dónde está mi duquesa? —La pregunta, señalando su posesividad, le produjo satisfacción, porque al fin Violet era verdaderamente suya. Ningún otro la había tenido.

—Su Gracia está en el jardín de la entrada disfrutando de la nieve. —Ante la respuesta de Prince, Blackmore se levantó del asiento y se movió hasta la ventana más próxima al lugar señalado, para ver si podía verla desde ahí.

Cierto. La duquesa se encontraba riendo, intercambiando bolas de nieve con los hijos de un matrimonio, cuyos padres Violet había insistido en contratar. Se la veía feliz, contenta. Su corazón se calmó un poco ante la visión que se presentaba de ella. La había imaginado taciturna, dolorida y amargada como él. No. Violet era más ángel que demonio. Pese a que su timidez se extinguió en el pasado por completo, ella era luz pura, tan radiante que había vuelto a iluminar el castillo.

Se giró para observar a Prince, su sirviente ya estaba de pie aguardando instrucciones.

—Tengo entendido que no te habitúas a tener tantas personas bajo tu mando, Prince.

El mayordomo le sonrió.

—¿No me habitúo, Su Gracia? Estoy más que agradecido por no tener que ocuparme yo mismo de nuestra supervivencia.

—Lo que más agradezco es tener a la nueva cocinera, esa porquería que tú preparabas y que llamabas comida, me hubiese llevado a la tumba en un par de meses más.

—Por supuesto que Su Gracia ya tiene un motivo para vivir —alegó con suavidad.

Prince se preparó para la sarta de ladridos que llegarían de inmediato, pero el duque suspiró.

—Todavía no lo sé, pero pienso averiguar lo que sucedió en el pasado.

—¿Debo saber a lo que se refiere con exactitud, Su Gracia? —tanteó.

—No es importante para ti. Esa carta que he dejado sobre el escritorio debe salir de inmediato, no la dejes en el correo, encárgate de que el mismo muchacho que fue a Londres a por la licencia especial, la entregue en mano.

—Se hará como ordene.

—Encárgate también de recompensar el servicio del chico, Prince.

—Por supuesto.

—Ahora busca a mi duquesa y dile que quiero verla.

—De inmediato. —El sirviente se dispuso a hacer lo que su patrón le había solicitado.

Bram se quedó un momento más admirando la imagen de Violet, cubierta de nieve, sonriendo mientras corría tras las pasos de los niños para apresarlos.

Una vez él mismo había sido un pequeño lleno de vida. Su hermano Tommy y él habían jugado a ese mismo juego cuando la nieve lo teñía todo de blanco. Fue en Corby donde vivió siempre las mejores Navidades, ahí radicaba el principal motivo por el que había elegido esa propiedad de entre todas las que poseía, por sus recuerdos y por la lejanía de Londres.

—¿Su Gracia? —lo llamó Prince justo cuando estaba a punto de salir por la puerta.

—¿Qué?

—Aunque no sea de mi incumbencia ni nadie haya solicitado mi opinión…

—Cosa que estoy seguro de que te dispones a hacer —lo interrumpió.

—Ella me gusta. Me gusta mucho. Su duquesa no ha resultado como la imaginaba, la dama vale su peso en oro —dijo con sinceridad—. Cualquier hombre que encontrase ese tesoro, sería un tonto si lo dejase escapar.

El duque se dio la vuelta, dejó de contemplar a su esposa para centrar su atención en el mayordomo. Había saltado una voz de alarma en su interior.

—¿Qué tratas de decirme, viejo carcamal?

—Soy más joven que usted y…

—Sí, sí. Suelta de una vez lo que te proponías decir. Sin florituras, Prince.

—La duquesa me ha preguntado cuándo podrían estar los caminos despejados —le informó de una vez.

Bram tomó con pinzas esa afirmación. Ah. Las hipótesis de su mayordomo sobre esa pregunta eran las mismas que él estaba barajando, es decir, la posibilidad de haberla espantado al fin. Al duque no le gustó en absoluto el tirón duro que sintió en el corazón con ese pensamiento. Peligroso.

—Comprendo —dijo Blackmore mientras volvía la mirada hacia el jardín.

—Si algo admiro en una persona, independientemente de su género, es su determinación. Su esposa es fuerte y formidablemente decidida, si bien supuse que ambas cualidades eran excelentes para lo que ella se proponía cuando llegó aquí…

—¿Qué se proponía? —lo interrumpió en lo que sabía que iba a ser un sermón.

—Conquistarle. La dama fue muy clara cuando me dijo que no debía contrariarla porque iba a convertirse en su esposa.

—Y supongo que te dejaste acariciar tras las orejas como un cachorro obediente.

—Un hombre que fuese inteligente y tuviese dos ojos en el rostro se dejaría hacer todo lo que ella dispusiese.

—¡Cuidado, Prince, estás hablando de mi mujer! —saltó con enfado, sin dejar de

admirar a Violet desde su posición.

—Lo que estaba diciéndole, Su Gracia, es que la duquesa es muy obstinada y esas cualidades le han servido para convertirse en su esposa, tal y como ella aseguró que haría, sin embargo, su terquedad, que sospecho que es más grande que la que usted mismo tiene, la llevará a hacer todo lo que se proponga… en cuanto los caminos sean transitables.

Él se giró y fundió a Prince con la mirada.

—Te he entendido perfectamente cuando has insinuado que ella pretende abandonarme. ¿Tienes que machacarme sin piedad, Prince?

—Creo que debo hacerlo, ya que usted no comprende que si pierde esta oportunidad no tendrá otra. Y ella está en el jardín, sonriente y se aprecia perfectamente normal, pero todos sabemos que no es así como se siente. Eso incluye a los nuevos sirvientes que la adoran, no solo porque les haya dado trabajo, sino porque la duquesa es excepcional.

—¿No te he mandado trabajo? Envía esa puñetera carta y dile a mi esposa que venga a verme —le ladró.

—Una pena… Ha sido bonito mientras ha durado, supongo que como no está pensando en cambiar su actitud, todos lloraremos y lo lamentaremos cuando la veamos marchar.

—¡Prince! Estoy a un pelo de darte la pelea que estás buscando… —El duque comenzó a ir hacia él. El mayordomo no retrocedió ni medio paso.

—¿Pelea? En absoluto, Su Gracia, cuando me encontró y me salvó la vida, cuando aquellos cuatro hombres pretendían fusilarme por haber defendido a una muchacha indefensa de su ataque, le juré que siempre me tendría a su lado. Le prometí que velaría por usted. Me tomo muy en serio mis atribuciones y eso es lo que estoy haciendo. Ahora, si me disculpa… tengo varios mandatos ducales que acometer.

El muy descarado se marchó de allí sin pestañear, sin verse azorado por las libertades que se había tomado frente a él.

—Debería matarlo —musitó cuando se quedó solo en el despacho—. ¿Por qué no lo he hecho? Porque sé que tiene razón… —señaló resignado.

Se sentó en la silla y aguardó pacientemente a que Violet hiciese acto de presencia. Los minutos sucedían y nadie se presentaba ante él. Así que, cansado de seguir aguardando, Bram se puso de pie y se dispuso a ir hacia la ventana para ver si ella todavía estaba jugando con los niños.

—Ahí estás. ¡Maldito Prince! —masculló, en cuanto vio a su mayordomo recibir

una bola de nieve de su esposa, quien a su vez se alejaba para que el mayordomo no le devolviese la afrenta—. ¡Malditos todos! —ladró, antes de salir disparado hacia afuera para… para… para regañarlos y gritarles a todos. Sí, eso era lo que se disponía a hacer.

Primero sermonearía a su mayordomo por estar entreteniendo a su esposa, luego a Violet por no acudir a su llamada de inmediato, y luego a los niños por… por… por acaparar la atención de su duquesa.

¡Ella debería estar pendiente de él y solo de él!

***

La noche anterior se había encerrado en su habitación, rogando para que Bram no quisiera hacer uso de sus privilegios conyugales. Por supuesto que él no apareció a pedir explicaciones cuando ella no bajó a cenar… Mejor así.

Esa mañana, después de Navidad, justo al día siguiente de que boda se produjese, Violet se había levantado con una idea clara: huir hasta que pudiese aclarar las ideas.

La nieve tenía otros planes para ella.

Cuando se asomó a la ventana y vio ese precioso manto blanco cubriendo los jardines del castillo se olvidó por un momento de su miseria y decidió sacarle partido a la situación. Y cuando bajó a la cocina y se dio cuenta de que la cocinera había hecho varios dulces típicos de Navidad, supo que tenía que disfrutar un poco.

Salió al jardín con los dos niños que residían en el castillo, y comenzó así una batalla de bolas de nieve sin compasión alguna. De tal modo que cuando el señor Prince llegó para informarle de que el duque deseaba verla en el despacho, Violet hizo lo que debía hacer: le lanzó una bola de nieve que impactó en el pecho del hombre.

—Esa es mi contestación para él, señor Prince. Vaya a decírselo si se atreve —lo retó.

Con lo que no contaba Violet era con que el mayordomo tuviese sentido del humor. Así que cuando lo vio descender los escalones de la entrada que daba acceso al jardín, donde los pequeños y ella estaban jugando… Mal asunto. Se preparó para lo peor en cuanto lo observó agacharse y formar un círculo con la nieve.

—Estoy en mi derecho, pese a ser solo el mensajero, de replicarle, Su Gracia.

Ella se quedó con la boca abierta.

—¡No se atreverá! —le dijo, pero el mayordomo ya le había lanzado la bola y justo

le dio en la mejilla derecha—. ¡Esto es la guerra! —bramó Violet, mientras todos se disponían a correr los unos tras los otros para lanzarse más bolas de nieve, incluido el mayordomo.

Las risas, el ambiente jovial sin preocupaciones fue agradable para los cuatro implicados en el juego. Violet no recordaba cuándo fue la última vez que se rio tanto.

Pero como la diversión no podía durar para siempre, apareció una figura malhumorada en la entrada del jardín. Violet vio a Bram y no se lo pensó dos veces, se acercó hasta él y le lanzó la bola que en ese momento llevaba en la mano. No hubiese podido evitar la acción de ninguna de las maneras, porque en caso de no haberle tirado la nieve en su ducal rostro, podría haberle dado una patada donde más le doliese… y eso era en la rodilla que lo obligaba a cojear.

Entonces ella se dispuso a salir corriendo para no escuchar los gritos que intuía que vendrían, pero la agilidad de ese duque no dejaría de sorprenderla nunca, porque antes de que pudiese dar medio paso para marcharse, él le apresó el brazo. La acción hizo que Violet se tropezase, de tal modo que empezó a caer de bruces y como Bram no pensaba soltarla, los dos acabaron en el suelo. Él sobre ella. La capa de nieve amortiguó el golpe.

Cuando estuvo en el manto blanco, Violet divisó el cielo. Estaba un poco gris, pero los rayos del sol comenzaban a aflorar. Recordó lo que solía decirle la madre de Bram:

—«Aunque el futuro parezca incierto, el sol sale todas las mañanas». —No se dio cuenta de haberlo dicho en alto, pero su esposo la escuchó.

—Mi madre era una mujer muy sabia. —Ante esa frase, los ojos de Violet dejaron de admirar el cielo para centrarse en el hombre que seguía sobre ella, pero cuya presión no la estaba lastimando. Violet frunció el ceño al ver el modo tan extraño en el que la estaba admirando, como si la estuviese viendo de nuevo.

—¡No! —exclamó más para sí misma que para Bram. No deseaba volver a tener esperanza. Había agotado todos sus cartuchos ya.

—Suelo ser yo el que grito y niego a cada ocasión en la que puedo, no tú —le dijo mientras le acariciaba la mejilla.

—No lo hagas… —susurró. Pero ella no sabía si le estaba rogando a él, o a sí misma para no dejarse cautivar.

—Eres mi esposa —le recordó en tono bajo, para después buscar la boca femenina, pero antes de que Bram culminase la acción, ella ya había ladeado el rostro para evitar que la besase. El duque suspiró. Se merecía mucho más que ese rechazo. Su brutalidad cuando consumó el matrimonio jamás sería olvidada, ni por él ni por ella.

—No puedo más… —le dijo ella.

—Violet…Vi… —El nombre y el apelativo cariñoso de su esposa salió como una llamada cargada de emoción, de ilusión.

Ella se maldijo por ser débil, porque sabía que en cuanto volviese a mirarlo, él la besaría. Y así fue. Violet contempló esos ojos que una vez fueron los de un joven bueno, lleno de esperanzas y promesas, pero que también eran los de un hombre enterrado en mil capaz de dolor…Y esta vez, no se movió para evitar el contacto con los labios de Bram.

La besó con delicadeza, acariciándole los labios hasta que su duquesa los separó. Una vez que la vio dispuesta a permitirle la entrada, él le lamió los labios antes de introducir la lengua y explorar el delicioso paladar. Era necesario degustarla bien, porque no tenía suficiente de Violet. Nunca lo tendría, se dio cuenta Bram. Además, ella no hizo el menor intento por ponerle fin al beso, como había supuesto que haría cuando recobrase la sensatez.

El duque no pudo contenerse, se dejó llevar un poco más, le pasó un brazo por debajo de la espalda y la abrazó con fuerza, atrayéndola hacia su torso mientras la besaba con avidez y exploraba con la lengua las profundidades de su dulce boca.

Violet era consciente de que había comenzado besándolo sin apenas querer, cerrando los labios, incluso poniéndolos un poco fruncidos, pero era Bram… Su Bram. No tardó en corresponder a la exigencia que su esposo demandaba de ella. No debería estar permitiéndole tales libertades, especialmente porque había dos niños que…

Violet le puso una mano en el pecho para tratar de frenarlo y eso hizo que Bram se separase un poco, lo que a ella le permitió hablar.

—Los niños… —susurró.

Bram le dio un último beso, algo más ligero y se separó de ella lo justo para poder enfocar bien su rostro.

—Prince se los ha llevado justo cuando nos hemos caído. Imagino que pretendía protegerlos de lo que él intuía que serían unos fuertes alaridos por mi parte.

—¿Y podrías culparlo por haber tenido esa idea?

—No, porque he salido de mi despacho precisamente con la idea de armar un buen escándalo, por lo que no tenía pensamiento de escatimar en gritos y recriminaciones —reconoció, para después ofrecerle una sonrisa.

—¿Estás sonriendo, Bram? —preguntó incrédula y con los ojos de par en par. Seguro que no lo hacía…

Entonces el duque decidió sorprenderla más y comenzar a reírse con fuerza. Sin contención, mientras la miraba sin despegar la vista de ella.

Violet, contagiada por esa risa fresca, una que le era muy familiar pero que hacía tanto que no había escuchado, le siguió y comenzó a reírse con él. Estuvieron así un par de minutos más, ninguno de los dos se atrevía a moverse.

—¿De qué nos estábamos riendo, Bram? —Hubo de preguntarle cuando se quedaron callados y con la mirada conectada.

—No sé cómo voy a poder levantarme, Violet. —Ella frunció el ceño.

—¿Eso te resulta gracioso?

—Sí, porque me he caído sobre ti, soy consciente de que precisaré tu ayuda para levantarme y por primera vez en muchos años, no me siento débil, sino fuerte. Como si pudiese hacer cualquier cosa. —No mentía, ese era exactamente su estado de ánimo.

¿El motivo? Porque cuando salió y escuchó la risa de Violet, después de verla avanzar hacia él con decisión, sabiendo que seguía sin temerle, para estamparle la bola de nieve en el rostro, fue como regresar a su niñez. Con su hermano Tommy y él jugando. Con sus padres montados en un trineo mientras hacían turnos para deslizarse por una pequeña pendiente que había al otro lado de la finca. Se sintió familiar, querido, Violet lo había ayudado a rememorar un recuerdo feliz y muy dichoso.

—Es una buena noticia —apuntó la duquesa, sin saber qué más decir o hacer.

Bram rodó hacia la derecha y la dejó libre. Violet se levantó se sacudió el bajo de la falda, aunque su chaqueta de lana estaba bastante mojada, y se dispuso a tenderle la mano. Bram figuraba sentado y ella lo ayudó a incorporarse con un poco de esfuerzo. Luego lo vio moverse para recoger el bastón que usaba para evitar que su rodilla enferma se esforzase más de la cuenta. Se enderezó y se colocó junto a ella.

—¿Estás bien? —le preguntó el duque.

—¿De verdad te interesa? —Se mordió la lengua en cuanto la pregunta fue dicha a viva voz.

—*Touché*, querida. Serás una duquesa excepcional. Ven, acompáñame a un lugar. —Bram le ofreció el antebrazo para que ella lo aceptase. Violet dudó—. No te retendré, Violet. En cuanto los caminos estén despejados serás libre para tomar la decisión que estimes oportuna, pero mientras tanto, te rogaría una pequeña concesión.

A Violet se le tiñeron las mejillas de rojo. Una breve pregunta a Prince y de pronto

ambos ya sabían lo que ella se proponía. Se negó a sentirse culpable por querer abandonarlo.

—¿Qué te hace pensar que te lo mereces, Bram, que te concediera lo que pides? Esa *pequeña* concesión, a la que aludes.

—Estoy comenzando a pensar que no tardará en llegar el día en que tenga que rogar por mis pecados, Violet. Hasta que eso ocurra, hazme el favor, ¿de acuerdo? —Él movió el antebrazo para instarla a aceptarlo.

—Nunca sé que esperar de ti, Bram —dijo por lo bajo, mientras colocaba el guante empapado a causa de la nieve sobre su marido.

—Yo tampoco, Violet —correspondió él.

No tardaron más que unos pocos minutos en llegar al cementerio familiar, donde descansaban los restos mortales de los antepasados del duque. Violet se inquietó, pero decidió ver qué se proponía su esposo. Se colocaron frente a la tumba de Tommy, el hermano mayor de Bram. Se quedaron un instante callados, contemplando la lápida.

—Aquí es donde pensé que acabaría, Violet. Él no tenía que morir, estaba aquí a salvo. Debería ser yo el que yaciese ahí. Aunque es verdad que no creo que hubiesen encontrado mi cuerpo si hubiese caído en la batalla de Waterloo.

—Pero no moriste, Bram. Estás aquí hoy, conmigo. —No podía imaginar un mundo sin Bram.

—Lo estoy, pero Tommy no.

—No, él no está.

—Siempre has sido franca, y excesivamente directa desde que nos volvimos a reencontrar, Violet. Si te hago una pregunta incómoda, ¿me responderías con la verdad?

—¿Tendré yo la misma cortesía si la concedo? ¿Podré preguntarte yo a ti?

—Sí —respondió sin dudar.

—Entonces hazla.

—Si pudieses haber elegido, ¿quién preferirías que yaciera en esta tumba, Tommy o yo? —preguntó sin titubear. Ella emitió un jadeó de indignación por la pregunta.

—¡Ninguno de los dos! —respondió de inmediato.

—Te haré la pregunta de diferente modo, aunque será cruel también. Si nueve años atrás te hubiesen dado a elegir entre salvar a Tommy o salvarme a mí, ¿a quién hubieras elegido, Violet?

—¿Por qué…?

—Tendrás derecho a plantear tus preguntas si contestas a las mías —la refrenó en su cuestión.

Ella suspiró.

—Sabes bien la respuesta que te daré sin necesidad de escuchármela decir, Bram. No me hagas…

—Hazlo, Violet. Dime la verdad, por muy dolorosa que sea para mí. Haz alarde de la sinceridad que siempre te ha caracterizado —la incitó.

Ella lo miró a los ojos en ese instante. Uno frente al otro, con la tumba de Tommy ante los dos.

—A ti, Bram. Eres la única persona a la que hubiese puesto por encima de todos, incluso de mí misma —confesó.

—En pasado… Ya veo.

—Creo que he cometido un terrible error de juicio, Bram. Llegué aquí motivada por promesas hechas hace demasiado tiempo. Yo no soy la misma, y evidentemente tú tampoco. Nos he arrastrado a una situación compleja en la que al fin comprendo que no deberíamos estar. Lo siento muchísimo —se vio obligada a admitir.

—¿Cómo murió Tommy, Violet? ¿Sabes cómo murió mi hermano? —preguntó, sin pensar demasiado en la reflexión que ella había hecho.

—Era su momento, Bram —respondió con tranquilidad.

—Te amaba. Mi hermano te amaba.

—Yo también lo amaba a él.

—¿Sí?

—Sí —dijo con efusividad.

—Él no te veía como la futura esposa de su hermano, sino como algo mucho más.

Muchísimo más —incidió—. Tommy te veía como yo lo hacía. Como a una mujer. Una verdadera mujer que despertaba en él pensamientos carnales y pasiones.

Ella tragó saliva. No le había pasado desapercibido que su esposo no había emitido ninguna pregunta.

—No deberías saber eso —dijo a modo de defensa. En tono suave.

—Se quitó la vida. —Ahí de nuevo había una aseveración—. Mi hermano decidió que no podía seguir viviendo.

Violet cerró los ojos. Las lágrimas comenzaron a derramarse.

—Tampoco deberías saber eso, Bram.

—Pero lo sé, porque alguien me lo hizo saber, Violet. Tommy, la persona que yo más amaba, tanto como a ti, decidió que no valía la pena seguir viviendo. Y yo no estuve aquí, Violet. Estaba en el ejército, ocupándome de proteger a mi familia de un tirano, porque creía que todos estarían a salvo si yo contribuía a la causa. Pero murieron, todos ellos se marcharon, mientras que yo, que había matado a un hombre tras otro, incluso a mujeres que luchaban con el enemigo como espías, seguía con vida.

Violet abrió los ojos en cuanto él terminó de hablar.

—Lo siento, Bram. Yo no sabía que él… Y luego… Tus padres… Yo… Lo amaba, lo amaba muchísimo, quería a Tommy como a mi propio hermano. Se lo dije, le expliqué que mi corazón era tuyo, que te lo llevaste cuando te fuiste, pero él siempre estaba triste y yo supongo que me esmeré demasiado en ayudarlo. ¡Te juro que no pensé que hacía nada malo hasta que Maitland dijo que…! —se silenció porque el sollozo fue tan grande que le impidió hablar. Se recuperó pasados unos pocos segundos y se obligó a continuar—: Tommy dejó una carta donde se despidió de todos, incluso de ti. Te pedía que lo perdonases, y yo sabía que era todo culpa mía. Me diste una familia y les fallé a todos, Bram. No fui capaz de ayudar a Tommy, y aunque Maitland insistió en que no debía culparme por haber sido… Yo… —No sabía cómo seguir. Oh, Dios, el dolor era muy grande. Estar recordando todo lo que supuso aquello. El secreto. Su secreto había salido a la luz.

—¿Qué dijo Maitland, Violet? —preguntó con interés.

—Fue amable, comprensivo conmigo. Me repetía que no era mi culpa ser como yo era, porque Tommy había malinterpretado mi frescura. —Ella se lanzó a los brazos de su marido, quien los abrió para recibirla—. ¡Lo seduje, Bram! Lo seduje sin darme cuenta y él se murió, y luego tus padres enfermaron y la tristeza por no tener a ninguno de sus dos hijos junto a ellos hizo que la muerte se los llevase, porque yo no fui capaz de darles esperanza. Lo siento, Bram. ¡Lo siento! No quería que te enterases, porque yo era capaz de cargar con mi propia culpa por

todos… Y fui una cobarde, no pude contarles a tus padres que Tommy… que él… que tu hermano…

—Que Tommy se enamoró de ti perdidamente —terminó él por ella. Violet afirmó con la cabeza.

—No tenía derecho a casarme contigo después de aquello. Tras la muerte de Tommy, quiero decir. Te juro que no iba a hacerlo, pero entonces… tu madre… ella… ¡Dios! ¡Cómo amaba yo a tu madre, Bram! Jamás le negaría nada. La duquesa me acogió bajo su ala y me lo enseñó todo, me trató como a su propia hija. No pude negarme… Se lo juré.

—¿Qué te hizo jurar mi madre, Violet? —inquirió al ver que ella no había dado toda la información.

—Tu padre acababa de morir. Ella sabía que el duque no tardaría en ir a su habitación para recogerla, para marcharse juntos, dijo. Me explicó que tenían un pacto, cuando uno falleciese, el otro se tendría que ir también de este mundo. Tu madre dijo que sabía que Blackmore ya no estaba vivo, así que me cogió de la mano y me obligó a jurarle que nunca te abandonaría, que te esperaría y que haría todo lo que estuviese en mi mano para ayudarte, para guiarte en tu camino como duque, porque tanto tu padre como ella iban a marcharse, pero no de este mundo, no todavía, porque iban a protegerte para que tú regresases a casa sano y salvo. La duquesa me hizo saber que se ocuparía de que tú volvieses, así que yo solo tenía que amarte como lo hacía. Le juré en su lecho de muerte que te esperaría el tiempo que hiciese falta, que te ayudaría y que me convertiría en tu esposa. Y cumplió lo dicho, Bram. Tus padres te cuidaron, estuvieron velando por ti. Lo sé, porque cada noche, cuando yo me acostaba y rezaba, solo pedía que estuvieses vivo, que volvieses a mí para poder cumplir el juramento hecho a tu madre. ¡Dios, Bram! No pude explicarle lo que yo le había hecho a Tommy, no pude decirle que tu hermano murió por mi culpa… Y fue fácil enterrar el secreto, porque Maitland dijo que jamás diría nada a nadie y que nadie más lo sabría… ¡Lo siento! —gritó después de contarle toda la historia, justo antes de soltarse de su abrazo y salir corriendo de allí.

—¡Violet! ¡Violet! ¡Violeeeeet! ¡Viiiiiii! —la llamó, mientras trataba de seguir los pasos de su esposa, pero su rodilla no le permitía hacerlo.

Así fue cómo la duquesa de Blackmore purgó su gran pecado, para luego desaparecer.

# Capítulo 8
# La tensión de la incertidumbre

Había oscurecido. La maldita noche más fría de todo el año tenía que presentarse precisamente en ese momento. La batida para encontrarla no tardó más que media hora en disponerse.

Tal y como Bram supuso, su duquesa no había regresado a casa. Los hombres que habitaban en el castillo salieron a buscarla. Tenían orden de no detenerse hasta que cayese la noche, y regresarían al castillo solo para buscar antorchas, faroles o cualquier cosa que alumbrase. Nadie dormiría hasta que Violet apareciese.

Cuando Bram regresó a casa cansado, con la rodilla doliéndole como la muerte, vio a Prince frente a la escalera del recibidor.

—¡Los faroles! —ladró.

—La acabo de dejar en su habitación con la doncella —dijo el mayordomo con cara angustiada. Bram sintió su corazón marchitarse.

—¿Está viva? —preguntó con angustia.

—Lo ésta, pero tiene fiebre.

—¡Trae a un médico de inmediato!

—Han ido a por él.

—¡Maldita sea! —No podía estar sucediendo eso. ¡No podía caer enferma!

Prince se acercó hasta la posición de su patrón en dos zancadas.

—¿Qué le ha hecho? —le plantó cara.

En todos los años de leal servicio, su mayordomo había sido irrespetuoso, mordaz y alguna que otra cosa más, pero jamás se amotinó. Bram dio un paso atrás, dado que creyó que Prince podría llegar a zarandearlo o algo todavía peor.

—He aclarado algunos puntos con mi esposa, pero te retaré a duelo si osas insinuar que yo deseaba verla desaparecida o enferma. —Esperaba que su actuación no hubiese quedado un poco deslucida debido a que Bram estaba un pelín acobardado por el modo en el que Prince se había puesto delante de él.

—¿Cree que no sé dónde han estado? ¡La ha molestado con la muerte de su hermano!

—¿Qué sabrás tú sobre eso? —se lanzó a la lucha dialéctica contra su leal vasallo, que en esos momentos no lo era tanto.

—Sus pesadillas son reveladoras —atajó—. Una mujer no es culpable de no corresponder al amor de otro. Ella es inocente de la muerte de su hermano —dijo sin titubear.

El duque se quedó asombrado ante las palabras de su mayordomo. No había sospechado que Prince estuviera tan al tanto de sus asuntos. Cerró los ojos. Hablaba en sueños, en esas pesadillas en las que corría a casa para ayudar a Tommy, para encontrarse con Violet…

—Yo no la culpo.

—Pero lo hacía.

—Ahora ya no —aseveró con convicción y con la cabeza bien alta. El sirviente se quedó mirando a su patrón durante un minuto, que a Bram le pareció toda una eternidad.

—Bien —dijo, mientras daba un paso atrás.

El duque de Blackmore lo vio dar la vuelta y desaparecer. No esperó nada más y subió las escaleras tan rápido como le permitió su pierna.

Violet estaba en la cama, tapada con la sábana, la doncella, a su lado, llorando. Bien, al menos la criada no había cometido la temeridad de cubrirla con una montaña de mantas.

—Sal —le ordenó.

La joven no lo contradijo, se marchó de allí al punto.

Se acercó a ella y cuando la vio allí tendida, blanca como la nieve, con los ojos cerrados… Se colocó a su lado y le acarició el pelo.

—No te atrevas a huir de mí así nunca más, Violet. Se lo juraste a mi madre y pienso recordarte ese juramento hasta el fin de nuestros días. No me abandonarás.

Ella despegó los párpados. Tenía frío, pero estaba más cansada que otra cosa. Prince la había encontrado. No debió haberse marchado para deambular sin rumbo, con esas temperaturas tan gélidas.

—Te amo, Bram, pero no puedo seguir luchando… Ir a buscar a la señora Morine fue la última temeridad que cometí por ti.

—¿Por qué buscaste a Morine, Violet?

*Mademoiselle* Morine era una cortesana retirada con la que la difunta duquesa mantuvo una amistad secreta. Cuando él era más joven escuchó una conversación entre ambas mujeres que lo pusieron colorado.

—Ella me instruyó para complacerte. Se ha convertido en una gran amiga para mí durante estos años. —Ahí iba su segundo pecado. Una mujer piadosa, una buena mujer, nunca se hubiese alejado del camino recto para adentrarse en lo prohibido.

—¡Infierno! —exclamó, cuando se dio cuenta del tipo de instrucción que le habría dado a Violet, dado que fue la misma que escuchó por accidente darle a su propia madre—. Estás loca, Violet. Ahora descansa.

—¿Podrás perdonarme, Bram? Únicamente puedo pedir tu absolución, no tengo derecho a nada más.

Él le sonrió tiernamente.

—Solo rezo para que tú logres perdonarme a mí, amor mío. Duerme y recomponte, yo te velaré.

Y Violet supo que se estaba muriendo, porque Bram nunca la hubiese llamado del modo cariñoso en el que lo había hecho después de conocer la historia sobre Tommy, por descontado que tampoco le hubiese sonreído, así que se estaba imaginando cosas en su lecho de muerte. Cerró los ojos, y pese a saber que acababa de escuchar una mentira, se durmió con una sonrisa en los labios mientras una mano le acariciaba el rostro y el pelo.

Poco después, cuando el galeno llegó y lo echó del lado de su esposa, Bram aprovechó ese descanso para cambiarse la ropa mojada.

—¿Por qué tarda tanto? —ladró Bram tras la puerta de la habitación oriental donde ella dormía. Caminaba de lado a lado lleno de frustración, aguardando las noticias del doctor—. Como no salga ya…

No siguió con su retahíla, pues antes de terminar el galeno estaba frente a él. Salió por la puerta para después dejarla cerrada.

—Nada de qué preocuparse.

—¿Cómo que nada de qué preocuparse? Mi esposa está moribunda en la cama. No se marchará de aquí hasta que la salve.

El médico le sonrió con complicidad. ¡Ah, los hombres enamorados eran peores que los propios pacientes!

—La he examinado con suma atención, Su Gracia. La dama solo tiene un enfriamiento. Es la tercera paciente que visito este día con los mismo síntomas. Cae un poco de nieve y todo el mundo se lanza a jugar y olvida que es agua y que su temperatura es excesivamente fría. Recomiendo un caldo de ave caliente y un par de días en la cama. Con los mimos que reciba de usted, calculo que en un par de días estará como nueva. Tres a lo sumo. Debe descansar. No puede salir de la cama.

—¿¡Qué clase de matasanos es usted!? Mi esposa está ardiendo de fiebre y…

—Ya, ya, Su Gracia… —le dio un par de golpecitos condescendientes en el hombro —. Su esposa tiene un poco de fiebre debido al enfriamiento, se lo he dicho. Está despierta y ha contestado a todas mis preguntas con excelente concreción, así que está fuera de peligro. Le dejaré algunas medicinas a la cocinera para que se las prepare a la duquesa y daré instrucciones a su doncella a fin de que…

—Ve con él —le dijo a Prince, quien había estado a la espalda del duque sin dejarse apenas notar—. No me fío de nadie más aquí.

—Por supuesto, Su Gracia —respondió el mayordomo. Así que ambos hombres se marcharon y él se quedó mirando la puerta que tenía frente a sí.

Bram no sabía cómo enfrentarse a Violet.

—La guerra me parece más fácil que esto —musitó para sí mismo. Luego, dio un par de golpes contra la madera y entró.

Violet lo estaba mirando desde su posición, recostada en la cama, con varios cojines tras la espalda.

—Supongo que no estás contento. —Ella fue la que habló primero.

—No, no lo estoy.

—Hubiese sido fácil si en verdad hubiese estado al borde de la muerte. Lo siento por eso también. —La disculpa hizo que el duque frunciese el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A lo que estás pensando.

—¿Así que sabes lo que estoy pensando? ¿Uhm?

—Por supuesto.

—¿Serías tan amable de compartir mis propios pensamientos conmigo, esposa? —la animó, mientras se acercaba al lado de la cama.

—No es complicado saber que hubieses esperado que recibiese mi merecido.

—Tu merecido… —repitió. No la entendía en absoluto.

Bram le puso una mano en la frente para comprobar su temperatura. El galeno tenía razón, la fiebre había bajado. Ella presentaba mejor aspecto en esos instantes. Su preocupación desapareció tímidamente, dando paso a un agradecimiento al Creador. Él no podría vivir sin ella. No había sido capaz de hacerlo durante nueve años. Menos todavía lo haría a partir de esos instantes en los que era suya. Su esposa. Su duquesa. Su mujer.

—Divorciarse en tremendamente costoso en términos económicos y sumamente deshonroso. Mi muerte hubiese simplificado mucho las cosas para ti. Pero parece ser que mi salud es bastante fuerte, así que… ¿Qué vamos a hacer?

Bram tomó una gran bocana de aire. Tan violenta que las aletas de la nariz se le abrieron por completo. Frunció los labios.

Ah. Él estaba muy enfadado porque ella seguía con vida. Violet se hundió en la cama y miró hacia la ventana. No podía soportar tenerlo delante.

Desde que lo conoció había sabido el vínculo tan fuerte que había entre él y Tommy. Los dos, junto con Maitland eran inseparables. Como tres hermanos. Ella era la culpable de que su marido hubiese perdido a su adorado hermano. Nunca la perdonaría. Desde luego ella no podría hacerlo.

—A ver si lo he entendido. Y piensa bien tu respuesta, Violet, porque me queda muy poca paciencia. Me has hecho pasar un infierno durante tu desaparición. Todos en el castillo hemos peinado la zona en tu busca con suma preocupación. He estado horas vagando por todos los recovecos que se me han ocurrido, con la rodilla doliéndome horrores seguía adelante porque lo único que imaginaba era que pudieses estar herida o algo peor, y me aterrorizaba no llegar a

tiempo para poder ayudarte. Así que, esposa… ¿has insinuado que yo deseaba tu muerte? —le preguntó con una frialdad que la heló todavía más.

Violet estuvo con la boca abierta desde que él comenzó con su relato.

—¿Estabas preocupado?

—Sí.

—¿Por mí?

—Eso he dicho.

—¿Has salido a buscarme?

—Sí.

—¿A mí?

—Te fuiste corriendo y me dejaste atrás. Tenía que encontrarte porque no estabas en ningún lugar.

—¿Pero a mí? ¿Seguro que era a mí?

—¿Conoces a otra duquesa de Blackmore? —siguió él con la conversación.

—¿Temías que pudiese estar herida?

—O algo peor, sí.

—¿Seguro que toda esa preocupación era por mí? —La fiebre la estaba afectando más de la cuenta. El médico debería regresar o comprobar que ella no estaba soñando despierta. O tal vez fuese conveniente que revisase la salud de Bram, porque lo que decía era… extraño.

—Es lo que un hombre tiende a hacer cuando ama a su esposa y esta desaparece sin avisarle de sus planes.

—¿Disculpa? —Era definitivo, Bram había perdido la cabeza. El pobre hombre acabaría en Bedlam.

—Estás siendo obtusa, Violet. Creo que más claro no puedo hablar.

Violet levantó la mano, se incorporó un poco y Bram no se atrevió a moverse… ¿Iba a abofetearlo? No, porque lo que su esposa hizo fue tocarle la frente.

—No tienes fiebre —le indicó con sorpresa.

—No. Estoy bastante sano… si no tenemos en cuenta mi rodilla, mi ojo caído y las quemaduras que recorren gran parte de mi cuerpo.

—Acabas de decir que me amas, Bram. No estás en tu sano juicio. Eso, y que hablas de tus lesiones como si fuesen una broma. No estás siendo la Bestia de Blackmore. —Violet chasqueó la lengua—. Supongo que después de confesarte todo lo que he hecho, me queda una última que decirte.

—¿Qué me amas?

—No. Que yo te puse el mote.

—¿Cómo dices?

—Estaba hablando con Maitland, un día, no recuerdo cuándo ni cómo saliste en la conversación…

—Yo sí puedo imaginármelo… —dijo por lo bajo él.

—¿Qué? —Ella no lo había escuchado con claridad.

—Nada, sigue con tu explicación sobre mi mote.

—Dijo que un hombre sería una bestia por desentenderse de mí durante tanto tiempo y… ahí lo vi claro. Eras La Bestia. La bestia de Blackmore para mí. No sabía que estuvieses… que tu rodilla, tu ojo o tu cuerpo… —No sabía cómo seguir—. En fin, no lo dije por tu aspecto, sino por tu comportamiento. Eso es. Ya está, creo que no me queda nada para revelar.

—Así que si yo soy La Bestia… La bestia de Blackmore y tú eres mi duquesa… ¿En qué te convierte eso a ti, Vi?

—¿En la esposa de la bestia de Blackmore?

—¿Sabes de lo que me di cuenta nada más conocer a Maitland? —El cambio de conversación tan atroz la dejó un poco descolocada, pero curiosa.

—¿De qué?

—De que era brillante.

Ella sonrió.

—Sí que lo es. A veces bromeaba con él sobre que era capaz de venderle a un beduino la arena del desierto. Le gustan mucho las pirámides, está pensado en hacer un viaje a Egipto.

—Apuesto a que lo has escuchado invitarte a ir con él alguna que otra vez.

Ella se puso colorada de inmediato. Bram supo que había dado en la diana.

—¿Por qué no dejamos de hablar de Maitland y me dices cómo vamos a seguir, Bram? Lo de Tommy…

—¿Te pidió matrimonio?

Violet tragó saliva. Bram se sentó en la cama, dado que había permanecido de pie a su lado hasta ese momento. Violet se inquietó al tenerlo muy cerca. Demasiado. La mano de Bram era bastante grande, podría rodear su cuello con facilidad y…

—Tommy me dijo que se había enamorado de mí, pero no me pidió que me casase con él.

—No hablo de mi hermano, Violet. Tommy no hubiese podido preguntarte nunca si deseabas ser su esposa, porque mi hermano, pese a que no fue capaz de controlar lo que tú le provocabas, nunca me hubiese traicionado. Tommy hubiese preferido sufrir durante el resto de su vida antes que hacerme daño a mí. —Evitó decir que fue por eso por lo que se quitó la vida, aunque no fue el único condicionante, Bram estaba seguro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó con un hilo de voz.

—Porque en su caso hubiese hecho lo mismo.

—Fui la causa de que se quitase la vida, Bram. Tu hermano se ahorcó en los establos… ¿insinúas que se quitó la vida para protegerte? —No entendía nada.

—Mi padre enseñó a Tommy a ser caritativo, a preocuparse por todos los que lo rodeaban. No entendió que mi hermano no era tan fuerte como nosotros dos, creo que lo ablandó demasiado porque pretendía que ejerciese como duque siendo justo. No recuerdo que mi padre nos pusiera ni un solo dedo encima ni cuando cometíamos imprudencias. Unas imprudencias de las que Maitland era el cabecilla.

—Sé que los tres estabais muy unidos.

—Mucho. Confiaba en Maitland como si fuese mi propio hermano. Compartí toda clase de confidencias con él y él conmigo. Las cartas que seguí recibiendo de Maitland cuando Tommy murió me ayudaron a sobreponerme. —Fue curioso cómo su amigo hizo precisamente lo

que acababa de decir.

—¿Él te escribió? —Violet no tenía constancia de que Perry hubiese estado en contacto con Bram. Estaba sorprendida.

—¿Qué tiene de raro, Violet? Después de todo era como un hermano para mí, ya te lo he dicho y tú lo sabías.

—Pero él nunca me dijo que… —Frunció el ceño y no supo cómo continuar la aseveración.

—¿Cuántas veces te ha pedido matrimonio Maitland, Violet?

Ella tragó saliva. No sabía que Bram pudiese estar al tanto de eso también. Lo miró a los ojos.

—No soy una coqueta, Bram —se defendió de lo que sintió como un ataque.

—Por tu respuesta deduzco que ha sido más de una.

—Esta conversación no tiene ningún sentido.

—Yo estaba al tanto de tus… temeridades, Violet. Tal vez no fueses una coqueta cuando te conocí, o lo eras de una manera innata y no te dabas cuenta y yo lo pasé por alto, porque recuerdo que no me pude resistir a tu frescura, a tu sonrisa, a esos ojos grandes y oscuros que me miraban llenos de adoración. Mi madre siempre ha sido una mujer fuerte, una duquesa en toda su gloria y te enseñó a serlo a ti. Imagino que lo hizo aunque no llegase a sospechar que tú acabarías finalmente siendo su sucesora en el título, porque quería a mujeres preparadas para sus dos hijos. Así que cuando llegué a Londres y vi que hacías carreras de faetones…

—No fue mi mejor decisión, pero quise saber lo que era sentir la velocidad —lo interrumpió—. Y me pareció que era bueno que dejasen de recordarme día sí y otro también, que no era más que la prometida olvidada de un hombre que no recordaba que él tenía que ser mi futuro esposo.

—¿Es una recriminación, Violet?

—Una muy justa.

—*Touché*. Todo lo que debes saber es que di por supuestas muchas cosas sobre ti, que ahora pongo en duda.

—¿Cómo cuáles? —Necesitaba más información.

—Unas que no pienso compartir, dado que no te daré motivos para pensar en qué harás cuando los caminos estén despejados. Lo que puedo decir es que quiero que me des otra oportunidad, porque te amo, Violet. Nunca, en nueve años, he dejado de hacerlo. Es la única verdad, porque, aunque no siempre pensé bien de ti, jamás eso empañó el amor que sentía… Que siento por ti.

—¿Y esperas que acepte tus palabras sin más?

—Espero que me permitas demostrarte cada día durante el resto de nuestra vida lo que ahora te digo.

—No creo en los milagros por mucho que sea Navidad.

—La Navidad ya ha pasado.

—Hace un día, así que todavía se puede considerar que estamos de fiesta, hasta la llegada del nuevo año, así es. Me estás ocultando algo y tu cambio de actitud me lo confirma.

—¿Quieres que te diga que no te amo? ¿Prefieres que te gruña y grite, Violet?

—Me gustaría que me dijeses la verdad de por qué…

—Mi oferta es la que te acabo de hacer, Violet. No hay otra. Dejaremos el pasado, aquí y ahora, y seguiremos juntos hacia el futuro. Nos olvidaremos de todo lo que pasó hasta el día de hoy.

—No compartiré tu cama, Bram —dijo, cuando recordó el modo tan desagradable en el que le hizo el amor.

—Estoy seguro de que lo harás.

—No.

—Sí.

—Nunca. No volverás a hacerme pasar por semejante tortura.

—¿Y qué hay de los niños?

—No lo sé, pero…

—Conseguiré resarcirme de esa cuestión en concreto. Tienes mi juramento más serio de que te haré olvidar nuestra primera vez en el lecho.

—No. Además, estoy pensando que eso de jurar… No.

—Ya lo verás. Te dejaré ahora para que descanses, pero antes…

Violet lo vio inclinarse hacia ella. Un movimiento inesperado y muy raudo. La besó antes de que pudiera oponer resistencia o hacer alguna otra pregunta que él no deseaba contestar.

Al principio, Violet estaba demasiado aturdida como para reaccionar ante el asalto. La boca masculina era ardiente, exigente. La estaba ahogando con su exquisita y codiciosa demanda, y pese a ser consciente de que debería detenerlo no podía hacerlo, porque incluso sabiendo que cuando se separase de ella, Bram se reiría por haber mostrado objeción a mantener relaciones maritales, no quiso detenerlo. ¡Una no podía negarse a compartir la cama para después abandonarse a un beso incendiario!

El duque quería que ella le respondiera tal y como lo estaba haciendo. Era tan perfecta que dolía. Violet levantó los brazos y le rodeó la nuca para impedir que pudiese retirarse. Bram estaba increíblemente excitado debido a los sonidos que ella emitía mientras se dejaba llevar por él.

La besó una y otra vez sin detenerse, con la única finalidad de que ella comprendiese que no le había mentido cuando le confesó que la amaba, porque era una gran verdad que él había tratado de mantener oculta. Bram deseaba estar dentro de ella, sabía que si no se detenía acabaría por hacerle el amor y Violet necesitaba descansar después de su aventura por la nieve. Se separó de ella un poco, pero Violet le hacía complicado detenerse, porque no soltaba sus labios. Se los lamía al igual que él hacía con los de ella.

—Si no me permites la retirada, estaremos compartiendo la cama mucho antes de lo que imaginas, Violet —le dijo, para que ella le permitiera el repliegue.

—Sí… —afirmó, sin saber a qué estaba contestando. Ese hombre tan contradictorio la tendría siempre sometida.

—Violet… Vi… —susurró mientras le daba lo que se prometió que sería un último beso.

—Más… —rogó ella.

—No.

—Sí.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó, al ver que él finalmente se había detenido.

—Acabaremos haciendo el amor. —Dado que él ya no la estaba besando, Violet al fin fue consciente de lo que Bram le acababa de decir y de que lo que habían iniciado podría terminar con ella abriendo las piernas.

—¡No! —negó horrorizada.

La respuesta del duque de Blackmore fue ponerse de pie y emitir una sonora carcajada.

En ese momento llamaron a la puerta, así que Violet no tuvo oportunidad de preguntarle a qué venía una risa que ella no se creía estar escuchando.

¿Bram sabía reír? Sí, cuando era joven lo había hecho mucho, pero ¿este Bram se reía?

—Entre —dijo Violet.

El señor Prince se presentó con una bandeja con un caldo caliente y las medicinas prescritas por el galeno.

—¡Oh, Dios santo! —exclamó el sirviente.

—¿Qué ocurre, Prince? —interrogó la duquesa.

—El médico se ha marchado —respondió el interpelado como si eso fuese una gran revelación.

—¿Qué tiene de malo que el médico se haya ido? —intervino el duque, ya recuperado de su ataque de risa—. Mi duquesa está perfectamente bien. Mejillas sonrosadas, labios hinchados… No le hace falta una nueva revisión, precisa de una buena noche de… descanso —concretó Bram, mientras la observaba con atención. Ella se puso colorada y no se atrevió a decir nada.

—El médico debería ser llamado porque alguien tiene serios problemas de salud, Su Gracia —dijo Prince, pasando por alto las insinuaciones que habían hecho que la duquesa se mostrase azorada.

—¿Quién? —se preocupó Blackmore.

—¡Dios mío, es peor de lo que pensaba!

—Di lo que sea, Prince, me estás poniendo nervioso —le ordenó.

—Temo por su bienestar, Su Gracia, dado que no solo se está riendo, sino que le he

dicho que alguien podría estar muriéndose y se ha mostrado preocupado. Creo que el médico debería examinarlo con atención.

—Ayer mismo te hubiese despedido por tus palabras, Prince.

—Eso ya suena como algo que diría y haría usted, me quedo más tranquilo —se atrevió a decirle. Se escuchó una pequeña risa. Violet se silenció. No debería tentar su suerte, porque había esperado que la ira de Bram cayese sobre ella por lo referente a Tommy, y su esposo se había mostrado… ¿Cómo calificarlo? Él escondía algo y ella no descansaría hasta averiguarlo.

—Hoy, sin embargo, me siento magnánimo y contento.

—¿Contento? —preguntó horrorizado el mayordomo, como si el duque hubiese declarado que acababa de contraer paperas.

—Eso he dicho.

—¡Cielos, usted se muere! Ya no tengo duda alguna… —soltó Prince preocupado.

—Eres ridículo, viejo carcamal.

—Y ahí está de nuevo el duque. Estoy desconcertado. —Prince desplazó la mirada hacia Violet para preguntarle—: ¿Usted entiende algo, Su Gracia?

—Francamente, Prince… No. No sé quién es este nuevo Bram y también estoy asustada. Muy asustada…

El aludido gruñó y salió de la habitación. En cuanto supo que su patrón no podía escucharlo, le tocó el turno al mayordomo de ponerse a reír sin contención. Violet le siguió a la zaga.

Soplaban aires de grandes cambios.

# Capítulo 9
# La verdad del duque

Violet estuvo dos días en cama descansando y esa noche en la que decidió que no podía dormir, en la que maldijo a Bram por darle esperanzas y luego no haber aparecido para verla ninguna vez, se dijo a sí misma que tenía que haber un cambio en su situación.

Se levantó del lecho sabiendo que estaba curada del todo de ese dichoso enfriamiento, y decidida a bajar a la cocina a tomar otro pedazo de pastel de espuma de chocolate, que la cocinera había hecho especialmente para ella.

—Acabaré siendo una mujer gruesa pero contenta, porque como haya medio pastel, me lo pienso comer todo —se dijo para sí misma, al tiempo que se ponía la bata a conjunto con el camisón blanco. A continuación se calzó las zapatillas y se movió hasta la salida de la habitación.

Abrió la puerta y miró a derecha e izquierda. Llevaba dos días completos siendo una prisionera en su habitación. Prince y su propia doncella le habían impedido moverse de la cama. Era hora de ir a buscar pastel a la cocina.

No había nadie en el pasillo. Vía libre. Ese rico dulce iba a morir a sus manos, por la mañana ya se arrepentiría de habérselo zampado, pero por el momento lo disfrutaría sin remordimientos.

Bajó con sumo cuidado porque si la pescaban acabaría encerrada de nuevo en su habitación. Se había dejado mimar, pero estaba sana como un… como algo que estuviese sano y fuerte y tenía un antojo con el pastel.

Llegó a la cocina y comenzó a examinar las alacenas en busca de su premio.

—¿Dónde estás? ¿Dónde te ha escondido la cocinera? Eres mío, y solo mío —decía en voz alta mientras lo buscaba.

—¿Debo ponerme celoso, esposa?

—¡Cielo santo, Bram, me has dado un susto de muerte! —dijo, a la vez que se llevaba una mano al corazón.

—¿Qué haces fuera de la cama a estas horas?

Ella cerró la última puerta de la alacena que había abierto y lo miró con atención.

—Como si a ti te importase algo lo que hago o dejo de hacer… O si estoy bien o me muero.

Bram frunció el ceño.

—¿Estás enfadada? No he hecho nada para irritarte, Violet, porque me he mantenido apartado de ti.

—Precisamente —susurró.

Él abrió los ojos al comprender lo que ocurría.

—¡Me has echado de menos! —exclamó complacido.

—No.

—Mientes demasiado mal, esposa —la regañó.

Violet hizo un aspaviento con la mano para despacharlo.

—Vete, no tengo tiempo para ti. Estoy buscando…

—¿El delicioso pastel de chocolate, tal vez? —La ayudó a terminar el duque.

Entonces Violet le ofreció toda su atención.

—¿Sabes dónde lo puede haber guardado? ¿O se ha terminado?

—¿Qué ofreces como recompensa por la información? —tanteó él.

—No creo que tenga nada en mi poder en lo que puedas estar interesado.

—Yo creo que sí.

—¿El qué? —preguntó, sin haber atendido a la mirada ardiente que su marido le echó sin disimulo.

—Todo, Violet.

—Vete a la cama, si hay pastel de chocolate daré con él. No necesito…

El duque no le permitió terminar, Bram estaba frente a ella sosteniéndola por la cintura.

—Sí que me necesitas, amor. —Blackmore bajó la cabeza y tomó los labios de su mujer entre los suyos. Ella los fruncia con fuerza. No iba a dejarse corromper por un par de besos. Él ni tan siquiera se había preocupado por ella los días en que la obligaron a estar enclaustrada en la cama—. Deja que te bese como deseas… —ronroneó tiernamente, al tiempo que le agarraba con fuerza los glúteos. ¡Cielos! La virilidad de su marido la golpeó directamente sobre el vientre.

—No vas a… —No pudo seguir, porque cuando Violet abrió la boca para protestar, él aprovechó el momento para invadir la cavidad femenina para paladear su lengua.

Bram era demasiado fuerte, ella no lograba desembarazarse de él. Tampoco era como si estuviese luchando con todas sus fuerzas para huir de su contacto, porque en cuanto la besó y lo escuchó suspirar supo que había perdido la batalla. Y la besaba taaan bien… Y sabía taaaan dulce… ¡A chocolate!

—¿Alguna queja? ¿Uhm? —preguntó con humor Bram cuando se separó un poquitín de ella.

—¡Tú te has acabado el pastel! Recuerdo bien lo que disfrutabas con los dulces. ¡Seguro que te lo has zampado enterito! —lo acusó.

Bram le sonrió.

—Todavía me queda un buen pedazo, pero… —Bram chasqueó la lengua.

—¿Pero qué? —interrogó cuando él se quedó callado.

Ambos estaban muy cerca el uno del otro. Bram la tenía sujeta por la cintura, ella figuraba con las manos sobre los amplios hombros de su marido.

—Creo que no te lo mereces.

—Estoy segura de que sí.

—¿Recuerdas que cuando llegaste me hablaste de esa herencia tuya que estaba ligada al título?

Ella afirmó con la cabeza.

—Tu abogado, ese al que pretendías llamar no ha llegado. Supongo que la nieve…

—No va a venir porque siempre supe que mentías, Violet. Creí que tu ambición por convertirte en duquesa era tanta que incluso tuviste la desfachatez de mirarme a los ojos y contarme esa sarta de mentiras.

—¿Sabías que te mentí? —preguntó un poco avergonzada.

—Por supuesto que sí. Los asuntos del título son importantes para mí. Estoy al tanto de todo lo que ocurre o deja de ocurrir.

—Me costó bastante inventar un motivo legítimo para presentarme ante ti. Creía haberte convencido.

—Ni por un momento.

—Supongo que estarás enfadado porque ese pecado no te lo confesé cuando te hablé de Tommy y de la visita a la cortesana…

—Dejemos una cosa clara, Violet.

—¿El qué?

—Mi hermano no murió por tu culpa.

—Pero…

—No. Te dije que el pasado está enterrado y no lo vamos a remover. De hecho, como prueba de mi buena voluntad, mañana mismo te irás al pueblo con Prince y gastarás una pequeña fortuna en las tiendas. Vestidos, complementos, zapatillas… todo lo que se te ocurra.

—¿Por qué…? —comenzó a preguntar ella.

—Porque un duque tiene que cuidar a su esposa y es nuestra obligación desplazar las monedas hacia quienes dependen también de nosotros. Estoy seguro de que muchas familias se alegrarán cuando te vean llegar dispuesta a comprarlo todo.

—No te entiendo, Bram. No logro saber cómo piensa esa cabeza terca que tienes sobre los hombros. —Pasó las manos por su suave cabello mientras se lo decía.

—Te dije que te amaba, Violet. Confesé que no hubo ninguna otra mujer para mí, ni en mi corazón ni en mi cama. Creo que sí puedes saber lo que hay en mi cabeza, que ya no es tan

terca cuando se trata de ti.

—¿Ninguna mujer?

—Sí, te lo dije.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo seguro.

—No, Bram. No me habías dicho que me mentiste sobre las mujeres con las que te habías acostado —dijo molesta, aunque en verdad estaba contentísima.

—Bueno pues ahora ya lo sabes. —Si ella hablaba de que él había sido casto y puro podría volver a gritarle. Mejor que se olvidase de dicha cuestión.

—¿Y cómo sé que dices la verdad?

—Porque no miento.

—¡Qué elocuente resultas! —ironizó.

—Deberías estar contenta ante mi revelación —alegó el duque.

—No estoy feliz, Bram. He estado dos días sin verte, no te has preocupado por mí.

Él le sonrió.

—Sí lo he hecho. Estoy durmiendo en la habitación contigua a la tuya porque no has decidido todavía ocupar la habitación a la que tienes derecho como esposa. La estancia de la duquesa.

—¿Duermes en la habitación que hay junto a la mía? —No se lo podía creer.

—¿Cómo crees que me he dado cuenta de que has salido de tu alcoba en plena noche? Por un segundo me habías asustado, creía que ibas a abandonarme. Había esperado verte con un pequeño baúl y lista para salir por la puerta… Pero no, has venido en busca de la tarta.

—No sé por dónde comenzar a preguntar, Bram.

—¿Qué necesitas saber, Vi? —le preguntó, para después darle un beso ligero en los labios.

—No me distraigas —refunfuñó—. Lo que no entiendo es por qué llevo dos días sin

verte. Creo que no me amas tanto como afirmas. No comprendo el motivo por el que has cambiado como de la noche al día, y no pienso bajar la guardia contigo.

—¿De verdad no puedes imaginarte el motivo por el que me he obligado a permanecer lejos de ti mientras te recuperabas, Violet? —preguntó con irritación.

—No te lo habría preguntado en caso de saberlo. ¿No te parece?

Él suspiró con fuerza. Le hizo cosquillas en la nariz.

—Porque quiero hacer el amor contigo. Una visita para verte mientras tú reposabas en la cama tal y como dijo el médico que debías hacer, y te habría poseído sin contemplaciones.

—¡Oh, no! Nada de eso. —Ella comenzó a removerse en el abrazo en el que Bram la seguía manteniendo cautiva.

—¿Y si te digo que el pastel que buscas con desesperación lo tengo yo en mi habitación, Violet? —Ella dejó de luchar.

—No vas a volver a tocarme, Bram.

Él se sintió muy culpable. No podía decirle que actuó del modo en el que lo hizo porque había tenido la certeza de que ella no era virgen. Eso la ofendería muchísimo más…

—¿Y si hacemos un trato?

—No aceptaré ninguno que implique estar en tu cama, Bram.

—Una mujer solo siente dolor la primera vez. La amiga de mi madre no te instruyó bien si…

—Ella dijo muchas cosas —lo frenó—. Lo primero que me advirtió Morine fue sobre la paciencia que debía tener cuando me entregase a ti, me aseguró que un hombre que ama a su mujer es gentil, que la ayuda en todo el proceso. Tú, no solo fuiste un… un…

—Una bestia —la ayudó.

—¡Eso! Me dejaste sola en medio de la cama y no te preocupaste ni un solo segundo por mi bienestar ni durante ni después. No pienso cumplir con mis deberes conyugales hasta que olvide la afrenta, y te garantizo que no pasará menos de un siglo, tal vez un milenio, hasta que entierre lo que fue nuestra noche de bodas.

—Era de día.

—¡Esa es otra! Me sacaste a toda prisa del festín de mi desayuno de bodas para luego ser un… un…

—Una bestia —terminó la oración de ella.

—¡Eso! Así que ahí tienes mi última palabra, Bram: ¡no!

—¿Y si el trato que te propongo incluye un gran pedazo de pastel a cambio de… tenerme a mí en la cama?

Ella lo miró con recelo.

—Explícate —lo retó.

—Yo estaré en la cama, completamente a tu servicio, y tú podrás mostrarme lo que te enseñó Morine. Fue excepcional como cortesana, así que espero que te instruyese bien… y… —se quedó callado para darle mayor dramatismo a la situación.

—Sigue hablando, te escucho. —No se negaría por el momento a ese plan.

—¿Qué más quieres saber? Porque creo que está todo muy claro.

—¿Podré hacer todo lo que desee?

—Espero que no estés pensando en darme mi merecido y ofrecerme el mismo dolor que yo te causé, porque…

—No soy tan retorcida —lo frenó—. Quiero estar al mando.

—Lo estarás.

—No me tocarás.

—Te prometo que no te pondré una mano encima a no ser que me lo pidas, y te aseguro que me lo suplicarás, Violet, y que no habrá nada de dolor esta vez, solo placer. Te resarciré.

—Estarás desnudo.

—No. —Tan pícaro se había vuelto que había olvidado el motivo por el que se avergonzaba de su cuerpo. No le permitiría contemplarlo.

—Yo lo estaré si tú lo estás —negoció.

—Tú lo estarás, yo solo dejaré a la vista la parte que nos interesa a ambos.

—No.

—Sí.

—No, Bram. No puedes imaginarte lo que va a suponer para mí acceder a tu acuerdo, porque cuando rememoro el dolor que tuve que soportar… Y no me refiero solo a cuando hicimos el amor, sino a todos estos años que…

—Recuerda que el pasado está allí. Pasado —la cortó.

—Si yo tengo que confiar en que tú cumplirás con tu parte, yo también necesito algo de ti.

—Si me ves, te aseguro que tendrás pesadillas el resto de tu vida. No quiero lástima ni repugnancia por tu parte.

—No tendrás ni lo uno ni lo otro. Te lo dije, si hubieses venido en peores condiciones, hubiese actuado del mismo modo. Tienes que tener fe en lo que te digo. En mí. En que mis sentimientos por ti son fuertes.

Él se quedó pensando un momento. Le había fallado muchísimo a esa mujer que nunca se dio por vencida con él. ¿Podía hacerle la concesión que demandaba?

—La luz estará apagada —señaló Bram.

—Me conformo con eso por el momento. Solo por el momento —repitió—. Pero puedo tocarte donde yo quiera.

—Si eres capaz de sentir mi carne lacerada y soportarlo no me opondré, pero te lo advierto, Violet, no será agradable.

—¿Te haré daño si te toco?

—No.

—Entonces si apruebas las condiciones, tenemos un trato.

—Dios me ayude contigo, Vi, porque eres implacable, tanto como me habían dicho, pero de una manera totalmente imprevista.

Ella frunció el ceño.

—¿Quién te habló de mí y cuándo?

—Subamos a mi cama, es decir, a la habitación que uso como duque de Blackmore, porque es allí donde zanjaremos el pasado, es allí donde te haré el amor como mi esposa, como mi duquesa. Y esta noche te prometo que será inolvidable para ambos.

—Pero primero iremos a por el pastel de chocolate, y como no haya un pedazo grande, te aseguro que estarás en problemas porque anularé el trato, Bram.

Él soltó una larga carcajada. Ella encontró el sonido fascinante. Violet podría acostumbrarse a ese nuevo Bram con facilidad, porque aunque no era el joven con el que se prometió, tampoco era la bestia que se le presentó al llegar al castillo.

Tal vez sí existiesen los milagros de después de Navidad.

***

La habitación estaba en una penumbra absoluta. Él no había consentido que las cortinas estuviesen descorridas, para que no entrase la luz de la luna. Y sí, había pastel. Espumoso, dulce, delicioso… Un buen pedazo que Bram no le había permitido saborear. Le dijo que no fuese impaciente, que tenía otros planes. ¿Qué se proponía?

Todo ello sin olvidar que era un diablo listo, porque antes de dejarla en las sombras había insistido en desvestirla con la luz de las velas bien prendida ya que deseaba admirarla. Era cierto que cuando Violet llegó al castillo no le importaba ser audaz y algo diabólica porque tenía un propósito muy claro, pero le daba en la nariz que lo que se estaba jugando esa precisa noche era todo su futuro. Así que se sentía cohibida.

—Bram… No sé si estoy preparada.

La duquesa de Blackmore estaba en medio de la cama, desnuda, aguardando a que él se le uniese después de desvestirse. Los nervios la tenían bastante ansiosa. Sentía incluso pánico.

—Estoy aquí, amor —le susurró a su derecha.

—¿Es necesario que haya tanta oscuridad? No veo absolutamente nada. Me extraña que no te hayas caído mientras venías hacia la cama, dudo incluso que te hayas desvestido correctamente.

—No hay una manera incorrecta de quedarse desnudo. Además, sé moverme bien entre las tinieblas. Los años que pasé en el frente me dieron pericia con eso. Mi vida no ha sido precisamente luminosa.

Ella sabía que su duque estaba hablando de mucho más que de la luz, pues había

muchas sombras en él.

—¿Me contarás algún día lo que fue, Bram? La guerra, digo.

—Fue horrible, Violet, con eso ya te lo he dicho todo y lo que quiero es olvidarlo, así que no. No creo que te diga algo más allá de eso. Ahora… abre la boca, quiero pastel.

—¿Qué…? —comenzó a preguntar, pero en sus labios ya tenía un par de dedos recubiertos con una porción de dulce a punto de entrar en su interior. Violet engulló lo que le ofreció, tomándose su tiempo para chupar con desvergüenza los dedos de él. Después de todo no estaba tan cohibida como creyó… Bendita Morine y sus sabios consejos.

—Eres tentadora, Violet, tanto que me dan ganas de cubrir cierta parte de mi anatomía para ver si eres tan ducha lamiéndome.

—¿Dónde te lo pondrías? —preguntó con picardía.

—Ya lo sabes, bruja —la acusó—. Morine te ha debido explicar muchas cosas que espero que pongamos en práctica, pero ahora… Veamos cómo sabe el chocolate sobre tu lengua.

Bram le dio un beso que la enloqueció. Violet tanteó con las manos para apoyarse en sus hombros. La pareja estaba sobre la cama, uno frente al otro y Violet distinguía un poco la figura de su marido. Con ese primer contacto sintió la piel imperfecta bajo su toque. En cuanto lo rozó, sintió que se retraía.

—No huyas de mí, Bram. Y no te atrevas a pensar que he olvidado los términos de nuestro acuerdo, así que túmbate, porque acordaste darme el control.

—No dudo de las enseñanzas que te haya dado la cortesana, pero no considero que estés preparada para llevar a cabo… —No pudo seguir. Su fiera esposa se las había ingeniado para tumbarlo de espaldas sobre la cama.

Lo pilló desprevenido, tanto, que cuando ella comenzó a extenderle el pastel sobre su cuerpo, no supo si negarse o dejarla seguir adelante. De pronto la situación de verse como la presa en un acto de depredadores se le antojó excitante. No osó decir ni una palabra, ni cuando el dulce comenzó a deslizarse por la parte quemada de su piel. Tampoco cuando las manos de ella llegaron hasta su hombría para… ¡Por Dios! El pastel estaba *ahí*.

—Estoy más que lista para disfrutar de mi pastel. Espero que seas bueno y cumplas tu palabra —le recordó cuando terminó de embadurnarlo con el dulce espumoso de chocolate.

—Tú lo has empezado, amor, así que tendrás que acabarlo. —No fue tarea fácil cerrar los ojos, dejar de pensar en su cuerpo marchito y quemado, pero se obligó a cumplir la promesa dada. Mentiría si no confesase que había esperado que ella se acobardase cuando la

tuviese desnuda en la cama. De hecho, creía que Violet a esas horas hubiese estado pidiéndole que llevase él la batuta, pero era más fuerte de lo que parecía. Siempre lo había sido. Y esa fue la perdición de Maitland. La subestimó. Estaba seguro de que el mejor amigo de Tommy no conocía en verdad a la verdadera Violet.

—No es momento de pensar en él —dijo en voz alta sin ser consciente de que hablaba.

Su esposa, que estaba lamiendo el dulce que le había colocado en el cuello, se paró en seco.

—¿En quién estabas pensando, Bram? —preguntó irritada.

—En tu pecho —improvisó—. No es conveniente que esté pensando en cómo sería lamer el chocolate directamente de tu seno, porque como empiece a fantasear mucho con eso, me temo que te enfadarás pues me amotinaré y te quitaré el mando. —Le pareció que la explicación sonaba bastante creíble.

—Mejor cierra los ojos y deja que te demuestre que venero cada parte de ti, amor mío.

—Uhm… Amor mío, suena delicioso escuchártelo… —A continuación Bram hizo precisamente lo que su duquesa le recomendó.

Violet retomó su labor. Lamió cada lugar en el que había depositado ese pastel que por suerte era bastante fácil de extender. Los gemidos de su marido la fascinaban. Se sentía poderosa, como si él estuviese a su merced, como si pudiese pedirle lo que fuera y él se lo fuese a conceder sin rechistar.

Lo sentía bajo su cuerpo, escuchaba incluso el modo tan rápido en el que su corazón latía… ¿o era el suyo propio?

Decidida a demostrarle que la amiga de la difunta duquesa había hecho un gran trabajo, le sujetó su virilidad con la mano derecha, abrió la boca, y sin pensarlo demasiado lo engulló hasta el fondo. Podía oír a la cortesana diciéndole: «Nunca están satisfechos con lo profundo que lo cobijes en tu boca, siempre desean más de lo que puedes albergar, así que relaja la garganta y respira por la nariz. Si dominas ese tipo placer, te aseguró que no te permitirá alejarte. Jamás tendrás que preocuparte por lo que otra mujer pueda ofrecerle, porque él ya sabrá que tú se lo das».

—¡Pardiez! —exclamó Bram cuando sintió la profundidad a la que lo sometió.

Violet se ayudó con la mano, y mientras lo tenía en el interior, jugaba con sus dos «testículos». Morine había ampliado su vocabulario con el uso de un texto muy perverso, de un

caballero llamado marqués de Sade. Conocía bien su vulva, su clítoris, dónde estaba alojada su matriz… Interesante ese Sade…

Mientras masajeaba sus pesadas bolsas y lo succionaba con fuerza, podía escuchar una sarta de improperios de lo más excitantes. Bram estaba al borde del delirio.

—¡Suficiente, Violet! —gritó, al tiempo que se apartaba para no ponerse en evidencia antes de empezar.

Gracias a Dios por haber usado su mano con más frecuencia de la debida esos días en los que no se acercó a ella. Soñó con mil maneras de hacerle el amor mientras se complacía a sí mismo. Podría aguantar el asalto que ella se proponía que fuese increíblemente excitante. ¡Lo haría!

La duquesa acabó intercambiando los papeles con su esposo, porque en un pestañeo estuvo tumbada sobre la cama, con él sobre su cuerpo.

—Intuyo que has decidido imponerte y ese no era el… ¡Oh, cielos! —exclamó, cuando sintió que la lengua de Bram se ponía justo contra su feminidad—. ¡Bram! —gritó, cuando él comenzó a lamerla con ardor, sin darle tregua.

—¿Tienes alguna queja, amor? —preguntó en tono burlón, justo en el momento en el que la escuchó gemir sin contención. Le había gustado ver lo rápido que ella interrumpió lo que iba a ser una recriminación por quitarle esa batuta imaginaria en la dirección del acto de amor.

—¡Sí! Me quejo, como dices, porque has parado. ¡Oh! —Él ya se había puesto en marcha con su cometido.

La lamió, le succionó la perla secreta, y le introdujo un par de dedos para ensancharla y relajarla. No cometería un nuevo error. La quería deshecha, rogando, gimiendo, susurrando por él y solo por él.

Violet habitaba en un mundo lleno de mil colores vibrantes, donde algo desgarrador comenzaba a formarse y ella ya sabía lo que se avecinaba. No tardaría en explotar y rezó para que después no llegase algo horrible como la otra vez. Tenía que confiar en Bram.

Se agarró a la colcha que tenía bajo su cuerpo y arqueó la espalda cuando las brumas del placer la cegaron para llegar a la satisfacción más sublime.

—¡Braaaaaam! —gritó su nombre sin ser consciente del motivo por el que lo hacía. Solo lo tenía a él en mente. Su esposo. El hombre por el que había estado esperando desde que lo conoció. Su duque.

Su marido se sintió pletórico cuando el estallido le humedeció la boca. Había sabido complacerla. Percibía el modo en el que su interior pulsaba sobre los dedos todavía. Le dio una última lamida a tan rico elixir y acto seguido, trepó sobre Violet para llegar hasta ella y hundir la cabeza en su cuello.

—Nunca he dejado de amarte, Violet.

—Yo tampoco, Bram —le dijo, para abrazarlo con fuerza. Le acarició la espalda. Gran parte de esa piel estaba dañada—. Viviste un horror, pero estás aquí conmigo. Dudo ser capaz de hacerte olvidar lo que fue, pero haré todo lo posible para conseguirlo. No me avergüenzo de ti, ni de tu cuerpo, amor mío. Estás aquí ahora y es todo lo que me importa.

—No dirías eso si supieras… —Se obligó a callar.

—Puedes hablar conmigo, mi amor, estoy aquí para escucharte.

—No quiero, Violet. No quiero que el pasado se interponga entre nosotros, júrame que no permitirás que nada ni nadie nos separe de nuevo, ni tan siquiera yo mismo. Tienes que saberlo. Siempre, siempre te he amado —le repitió.

—¿Piensas volver a dejarme atrás, Bram?

—No, pero tengo un ajuste pendiente que debo atender y es peligroso.

—Entonces olvídalo.

—No puedo, amor, mi honor está en juego. Solo júramelo, Violet. No te alejes de mí nunca, suceda lo que suceda.

—Nunca —prometió—. Te seguiré a donde vayas, pensé que eso ya lo habías aprendido.

—Te amo. Te amo tanto que es imposible que alguien más lo haga como yo. ¿Lo entiendes? Siempre has tenido mi corazón. Lo supe en cuanto te vi sobre el hombro de Prince, despeinada y peleona, luchando para que yo te recibiese. Eres mía, Violet.

—Tanto como tú eres mío, Bram.

—Entonces demuestra que soy tu cautivo, amor —le susurró en la oreja, para después moverla y dejarla colocada a horcajadas sobre él. Percibió la dureza de su marido, cobijada bajo su sexo empapado y muy caliente todavía.

—Me habló de esta posición. Morine me dijo lo que se espera de mí ahora mismo.

—¿Qué te dijo?

—Ella dijo: «Se creen sementales, lo son. Muchos están tan bien dotados como los caballos, otros usan la lengua con tal habilidad que les perdonamos su corta estatura donde deberían ser grandes, pero a todos les gusta ser domados por una buena amazona. Cabalga a tu amante, Violet. Móntalo como si no hubiese un mañana y haz que sea él, el que se quede sin respiración».

—Veo que recuerdas muy bien cada palabra.

—Fueron palabras muy sabias… ¿no te parece?

—Por supuesto. Tendré que darle un regalo cuando la vea… si en verdad resulta que eres capaz de domarme.

—¿Y mi boca? ¿La usé bien? —preguntó con curiosidad.

—¿Estás buscando halagos, mujer? —preguntó con humor.

—Solo indicaciones sobre que lo que hago, está bien hecho.

—No hay ningún lamento sobre tu instrucción, Violet. Ahora… si lo deseas, creo que es momento de trotar.

La levantó un poco por las nalgas y ella sostuvo la virilidad de Bram entre las manos. La apoyó en su entrada y con suma paciencia se introdujo la punta del miembro. Cosa bastante difícil.

—Tengo miedo, Bram. La otra vez… Fue horrible —le confesó.

—Porque fui una bestia. No volverá a suceder, tú decides, amor. Estás al mando.

—Poco a poco, y si me duele…

—Pararé, encontraré la fuerza para detenerme, te lo juro.

—De acuerdo. —Tragó saliva y descendió sobre esa carne que era seda y acero al mismo tiempo. Sin prisa, lentamente para tantear si había dolor.

—¿Cómo vas? —inquirió con los dientes apretados. ¡Dios, él iba a morir de placer y angustia a la vez si ella lo dejaba a medias! Pero no lo confesaría, si su duquesa decidía que necesitaba más tiempo, no apresuraría las cosas. Se lo debía. Eso, y mucho más. Solo rezaba para que su mujer no llegase a enterarse de lo que en verdad sucedió. No se arriesgaría a volver a perderla.

—No duele. Es… extraño. —Descendió un poco más. Su cuerpo se ajustaba a la presión que él hacía.

—Pues a mí me estás matando, amor.

—¿Te hago daño? —preguntó alarmada.

—De un modo delicioso, Violet. Me das tanto placer que podría morirme. ¡Dios! —gimió cuando ella lo albergó en su interior por completo.

—Tenías razón, no ha habido dolor. Resulta agradable sentirme tan llena. Saber que estás completamente dentro de mí. Ahora entiendo el verdadero sentido de saberte mío. De poseerte.

—Lo soy, me tienes, ahora trota, Violet, te lo ruego… —Estaba al borde del abismo, porque si su esposa no comenzaba a balancear las caderas, él iniciaría el movimiento y no quería disgustarla más de lo que ya lo había hecho.

La duquesa se alzó y dejó que su cuerpo cayese sobre el de Bram.

—¿Así está bien?

—Síií, ¡por Dios, no te detengas! —suplicó.

—Muy bien. —Se vio animada por la sensación tan maravillosa que sentía.

El ritmo pausado y cauto no tardó en convertirse en uno certero, ansioso. Los jadeos surcaban el silencio para dejar patente que dos personas estaban disfrutando la una de la otra.

—Violet… —susurraba una y otra vez su nombre.

—Sí, Bram, sí. Lo siento, lo estoy sintiendo, … Eres tan… Oh, Dios, sí… sí… Esto es…

—Delicioso y excitante, amor, pero necesito un poco más de velocidad. ¿Puedes dármela?

—Ayúdame —le pidió. Entonces Bram le colocó las manos en las caderas y comenzó a darle el ritmo trepidante que precisaba para alcanzar el éxtasis.

—¡Violeeeeet! —cantó su nombre, cuando sintió que era incapaz de controlarse más.

—¡Síííií! —exclamó pletórica mientras sentía de nuevo el placer surcar cada

recoveco de su alma y su cuerpo.

El gozo fue extremo para ambos, tanto que la duquesa tuvo que dejarse caer sobre el pecho de Bram debido a la extenuación. Su marido la envolvió en un abrazo protector y la deleitó con promesas, con palabras cariñosas, sin olvidar el perdón. Bram le pidió una y cien veces la absolución por todos sus pecados y prometió ser el hombre que ella merecía.

Lloró. Violet lloró por el lamento de ese hombre bueno que había perdido tanto en la vida y que no la condenaba por la muerte de su hermano.

Se durmieron abrazados, susurrándose más palabras tiernas el uno al otro.

La paz al fin había llegado al corazón de Bram.

El amor de Violet era totalmente correspondido.

Serían felices para siempre.

# Capítulo 10
# La agitación del pasado

El día no había empezado bien. Pese a que sabía que iba a estar de compras, la cosa arrancó torcida.

Lo cierto era que fue culpa de ella, porque cuando abrió un ojo y se dio cuenta de que la claridad daba suficiente luz para poder echarle un vistazo al cuerpo de su esposo… Violet no se lo pensó dos veces. Movió con cuidado el brazo de Bram que la tenía presa y saltó de la cama con sigilo para descorrer al menos una cortina. Necesitaba examinarlo. Era primordial ver el alcance de su daño.

Aunque la noche anterior había percibido la piel quemada bajo su lengua y la yema de los dedos, no sintió más que rabia por lo que le habían hecho. ¡Cuántas vidas perdidas de padres, de hermanos, de esposos! Pero Bram había regresado y solo quedaba alzar ese velo para poder superar el pasado. Era primordial hacerle comprender que amaba todo su cuerpo, del mismo modo en que lo hacía con su mente. Él era el único. El hombre al que aguardó. Al que hubiese esperado hasta el fin de sus días en caso de haber sido necesario. Violet lo comprendía. No había otro como Bram. No podía haberlo. Estaban destinados a estar juntos. A ser felices.

Descorrió las cortinas. Cuando vio que había suficiente luz, se dispuso a regresar a la cama para examinarlo. Se dio la vuelta y lo encontró despierto. Despierto y levantado.

—Nunca tienes bastante, Violet —le dijo.

Los ojos de ella lo devoraban de arriba abajo. Toda la parte derecha estaba peor de lo que sintió bajo su toque. Un hombre tan apuesto, tan formidable y esa piel siempre le recordaría un horror brutal.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. El dolor que tuvo que soportar cuando todo ocurrió…

Violet se acercó a él sin dejar de contemplarlo. Estaba furioso, vaya que sí. Ella lo veía en sus ojos, pero no le temía. No lo hacía porque Bram seguía de pie, desnudo, sin ocultarse de su vista.

—¿Cómo ocurrió?

—Un cañón. No recuerdo mucho, solo sé que sentía el calor y deseaba morirme.

La duquesa levantó una mano y él se la atrapó al vuelo.

—Ayer me permitiste tocarte, lamerte y besarte. ¿Qué es diferente esta mañana? Sigo siendo tu esposa, Bram —le dijo con suavidad.

—Estás a punto de llorar… ¡Infierno! Estás llorando. —Violet usó la otra mano para tocarse las mejillas. Era verdad, las lágrimas se le habían escapado.

—No lloro porque te tenga repulsión o algo malo. Me siento impotente, Bram. Imagino lo que sufriste, el dolor. Estabas solo, nadie cuidaba de ti, yo no estaba a tu lado. ¿Cómo no llorar cuando siento tanto amor por ti? ¿Cómo no amarte más por tu fortaleza, amor mío?

—No quería que me vieses, Violet. No lo deseaba. Estoy…

—Eres mío y tengo ante mí a mi esposo. Un hombre fuerte, apuesto, valiente, duro, pero con un corazón que por fin ha salido a la luz. Llegué aquí para traerte de vuelta. No me lo pusiste fácil, pero tampoco excesivamente complicado. Así que deduzco que deseabas…

—Siempre, amor. Siempre quise que me salvases —reconoció con la frente en alto.

—Tú me salvaste a mí años atrás. Me protegiste de mi tío, me encomendaste a tu familia. El mundo puede unirse contra ambos y siempre encontraremos el camino para reencontrarnos, de unir fuerzas y luchar el uno por el otro, Bram. ¿No lo entiendes todavía?

El duque aflojó su agarre sobre la muñeca de su mujer. Ella aprovechó la tregua para acariciar la piel quemada.

—No soy gran cosa, como puedes ver. Así que no hace falta que me mientras. Una vez fui apuesto, ahora soy más un monstruo que una bestia. Me iría mejor el sobrenombre del monstruo de Blackmore, sería más acorde a lo que me he convertido.

Ella negó con la cabeza.

—Si hubiese llegado a ti con alguna deformidad, con el rostro surcado por una fea cicatriz, o con alguna otra tara… ¿me habrías despreciado, Bram?

—Nunca. No me importa tu físico. Ese nunca fue el problema.

—Ah, así que había un problema conmigo… —interpretó la dama.

—No he querido decir…

—¿Cuándo me dirás el motivo de tu reticencia a venir a por mí, Bram? La guerra terminó hace años. Sé que hubo una causa y si no fue por lo que le sucedió a Tommy, es porque hay otra. Deduzco que tampoco es debido a tu aspecto. Merezco saber la verdad. ¿Me permites mirar ese cuerpo perfecto que es por entero mío, que me dio placer anoche y que incluso lo hizo antes de lastimarme la primera vez que viniste a la cama conmigo? No te escondas, deja que vea también tu alma.

—Solo tienes que mirarme para comprender el principal motivo por el que no quería que me vieses, Violet. No soy apuesto y estoy destrozado. —Señaló las quemaduras.

—¿Acaso ibas a presentarte desnudo ante mí, Bram? Porque tengo que recordarte que salvo por una pequeña cojera y un ojo un poco caído, no habría visto más de ti. No habría salido corriendo, no lo hubiese hecho ni aunque en verdad hubieras venido ante mí sin una puntada de ropa. Te habría dado la bienvenida de inmediato. Y si hubieses estado seguro de mi amor, cosa que comprendo que no ocurrió, no te habría importado ninguna de las cicatrices que obtuviste y que yo considero medallas al honor, a la valentía.

—Voy a ser inflexible en lo que ya te recalqué anoche. El pasado no será removido. Conténtate con que te haya permitido verme así. Con este horror que tú quieres legitimar. Sé bien cómo estoy, Violet, y no soy ningún necio para que me convenzas de lo contrario. Ninguna mujer estaría con un hombre como…

—¡Detente! No digas una palabra más, porque vas a poner en entredicho mi amor, mis palabras y lo todo lo que significas para mí. Y como no quiero discutir después de una noche tan placentera, nos adecentaremos, bajaremos a desayunar y luego me acompañarás al pueblo para ir de compras, tal y como sugeriste.

—Dije que Prince iría contigo. Mi rodilla me ha estado dando muchos problemas y tengo asuntos del ducado que atender esta mañana.

—Bueno, por lo que veo todo no puede ser fabuloso. Pero dado que tenemos toda la vida por delante he decidido que tendré paciencia contigo. Te moldearé poco a poco.

Él se rio.

—¿Qué soy ahora, arcilla en tus manos, mujer?

—Todos los hombres lo son en las manos adecuadas —se reafirmó ella.

—¿Morin te dijo eso?

—Ella lo dijo y yo lo comprobé anoche.

—Presuntuosa… —la acusó.

—¿Quieres ponerlo a prueba?

—¿Qué se te ocurre? —preguntó con picardía.

—Quiero que me acompañes al pueblo, te prometo que no andaremos más que lo estrictamente necesario, y que te dejaré trabajar por la tarde.

—No puede ser.

—¿No?

—No, me duele demasiado la rodilla y tengo mucho trabajo pendiente.

—¿Y si me arrodillase —ella comenzó a descender para terminar en esa posición—, e hiciese algo así? —Violet sostuvo la erección de su marido en la mano y luego abrió la boca dispuesta a darle placer.

Antes de que pudiera darse cuenta, Bram había saltado hasta la otra punta de la habitación. Violet se quedó asombrada. Aseguraba que le dolía la rodilla, pero el salto que dio…

—Creo que va a seguir siendo que no, duquesa.

—¡Pero si tú lo deseas! —lo acusó. Había visto el deseo más crudo en los ojos de su esposo. ¿Por qué se había apartado de ese modo?

Violet se puso de pie con toda la dignidad que pudo reunir. Se sentía… mal. Humillada. ¡La acababa de despreciar! Morine le aseguró que ningún hombre era capaz de desechar un regalo así. Imposible que se resistieran a ese tipo de placer, dijo la cortesana.

Bram lo acababa de hacer.

—Violet, de verdad… —El dolor que veía en sus ojos lo hacía sentir miserable.

—No digas nada —lo instó, mientras se acercaba a por la bata.

En un momento su marido estuvo a su espalda para envolverla en sus brazos. ¡Infierno! No podía estar más rígida ni aunque se convirtiese en un palo.

—Deseo todo lo que me ofrezcas. Quiero todo lo que tenga que ver contigo, pero debo atender una cuestión urgente esta mañana, y te prometí que irías de compras y derrocharías una buena cantidad de dinero que ayudará a las familias del pueblo.

La sintió relajarse contra su torso.

—Tienes razón. No he debido comercializar con el placer que puedo ofrecerte. Eso nos denigra a ambos. Solo… lo siento.

—No te disculpes. Haremos el amor esta noche.

—¿A la luz de las velas? —indagó.

Bram le dio la vuelta y la colocó a su frente.

—Como desees, Violet.

—Está bien. —Se recompuso.

Sellaron el acuerdo implícito con un beso que acabó siendo un encuentro carnal rápido y muy satisfactorio para ambos.

Ah. Violet se dio cuenta de que la cortesana no le mintió cuando le dijo que las desavenencias con un hombre era mejor arreglarlas en la cama, porque el esfuerzo que empleó Bram para resarcirla fue hercúleo y maravilloso.

***

Bram casi la había arrojado a los brazos de Prince cuando terminaron de desayunar. La había despedido desde las escaleras. Desde luego que era un duque muy aplicado y el trabajo que tenía pendiente sería importante.

—Nunca he ido de compras con una dama —le dijo Prince, quien iba sentado a su lado en la calesa. El nuevo carruaje que el duque encargó hacía un par de días tardaría en llegar a Corby. Por el momento se tenían que seguir conformando con lo que había.

—Me siento culpable.

—¿Por qué, Su Gracia? Si es que me permite la pregunta.

—Bram tenía mucho trabajo y no me he ofrecido a ayudarlo. Soy excelente con las cuentas. La difunta duquesa me enseñó todo lo que sé —presumió.

Vio al mayordomo sonreír de lado.

—El duque no necesita ayuda para esto. Estará complacido con que usted disfrute de una mañana placentera. Almorzaremos en la posada del pueblo, si le parece bien. Le pediré un comedor privado y…

—¿Es usted de los que cree que una mujer no debería usar su cerebro, Prince? —preguntó irritada.

—Por supuesto que no, Su Gracia.

—¿Entonces por qué no aceptaría Bram mi ayuda?

—Porque… bueno…. Él… —Dios, qué lio más espantoso había creado con una sencilla afirmación sin importancia.

—¿Debo suponer que es mi esposo quien no permitiría que husmease en sus asuntos?

—¡Sí! Digo, no. ¡Oh, cielos! ¿Cuál era la pregunta?

Violet se percató de que el sirviente había empezado a sudar. Una gota, más que considerable, le resbalaba por el contorno derecho del rostro.

—Usted ha insinuado que mi esposo no necesita mi ayuda «con esto» —preguntó acusadora.

—Con su trabajo.

—¿Así que como soy una mujer, soy torpe y carente de inteligencia y no puedo ayudarle con su trabajo?

—¡Por Dios, no! Usted es su duquesa. Desde que la vi, supe que era una mujer con muchos méritos, brillante, si me permite el atrevimiento, Su Gracia.

—Hay algo extraño hoy. Bram estaba tirante durante el desayuno, como si… No sé cómo definirlo, pero sentí que me estaba despachando del castillo a toda prisa. Ahora lo veo a usted nervioso y no dejo de preguntarme por el motivo.

—No la entiendo, Su Gracia.

—¿Ah, no? —siguió interrogándolo—. Una vez le advertí que yo sería duquesa y que le vendría bien mantener mi amistad, así que… ¿Está seguro de que estoy exagerando la situación?

—Yo… me limito a seguir las órdenes de su esposo. El duque dispuso que usted tenía que ir al pueblo a visitar las tiendas y que él tenía asuntos que…

—¿Qué asuntos, señor Prince? —inquirió cuando el otro se quedó callado.

—Pues, no me compete saber los detalles de dichos asuntos, Su Gracia.

—No puede tratarse de otra mujer… —comenzó a decir para sí misma, recordando que él le aseguró que no había tenido amantes, pero y si…—. ¿Mi esposo se está despidiendo de alguna antigua amante?

—¡Cielo santo, Su Gracia! El duque no haría eso.

—¿Despedirse de una amante después de casarse conmigo?

—Llevar a otra mujer a la casa donde vive usted mientras no está. Sería un crimen atroz. Yo mismo lo enfrentaría en su nombre.

—Ah… Así que puede haber una amante. —No preguntó. Lo afirmó.

—¡Cielos! Esta conversación está resultando incómoda.

—Lo que está siendo incómodo es estar aquí haciendo suposiciones que cada vez me hacen sentir más… insegura. Quiero saber qué está haciendo exactamente mi marido. Tenía mis sospechas sobre que Bram me estaba ocultando algo, pero usted me lo ha confirmado. ¡Dé la vuelta, Prince! —le ordenó en un tono muy ducal.

—¡No! —exclamó demasiado fuerte y con muchísimo nerviosismo.

—¿Por qué no? —Ah, ella era peor que un perro persiguiendo un hueso. ¡Qué desastre!

—Porque… porque… ¡Por Dios! Esto iba a ser una excursión donde usted sonreiría mientras yo le sujetaba todo lo que quisiera comprar, luego alquilaríamos un carruaje y traeríamos las compras a casa… ¿Cómo nos hemos desviado tanto del camino? —se preguntó a sí mismo.

—Porque mi esposo está despidiéndose ahora mismo de su amante y quiero verlo con mis propios ojos, así que o da la vuelta de inmediato o le juro por Dios que salto de la calesa y…

—Pero… —Se escuchó lo que iba a sonar como una queja u otra excusa. Violet optó por no decir nada más, se puso de pie y lo miró amenazante—. ¡Se lo ruego, no lo haga! —Detuvo la calesa de inmediato y se afanó en agarrarla por el brazo para que no se cayese.

—Dé la vuelta, Prince.

—Si lo hago Blackmore…

—¿Qué? ¿Qué le hará mi esposo si permite que yo lo pesque con su amante?

—El duque no tiene ninguna amante, se lo juro por mi vida.

—Dé la vuelta ahora mismo —insistió.

Prince valoró sus opciones. Ella era decidida. Eso siempre le había fascinado, pero su terquedad iba a meterlo en un buen lío… Uno monumental.

—El duque se enfadará muchísimo y no solo conmigo, Su Gracia…

Violet se dispuso a bajar de la calesa en ese momento.

—Iré andando.

—¡La llevaré! —claudicó desvalido—. Que sea lo que Dios quiera —musitó por lo bajo el sirviente.

No tardaron demasiado en llegar de nuevo al castillo. Cuando divisó la entrada principal, vio a Bram en el porche, esperándola. Bajó de la calesa sin ayuda. La mirada asesina que le dio el duque a Prince fue digna de admirar.

Violet se colocó delante de él y con un gesto de lo más audaz logró esquivar a su marido, para dejarlo atrás y comenzar a correr hacia el despacho de Bram.

Si había una mujer con él, Violet la encontraría, luego mataría a Bram y sería una duquesa viuda, joven y muy rica.

Cuando abrió la puerta del despacho estuvo a punto de desmayarse, porque lo que vieron sus ojos no lo hubiese esperado jamás.

¡Bram estaba loco! Demente. No había otra explicación posible. Acabaría en prisión, o peor, ingresado en Betlam. Y lo que les hacían a los pacientes en ese sanatorio mental era una verdadera tortura.

¡Se había casado con un hombre demente!

La cosa no podía ir a peor… ¿o sí?

***

Bram creyó que su esposa no se marcharía nunca. Casi la había tenido que subir él mismo en la calesa, porque aunque al duque le encantaban los besos que su mujer le daba, el tiempo apremiaba y esa despedida duraba demasiado.

Esperaba a varios visitantes y no deseaba que Violet se inmiscuyese en ese asunto urgente que tenía que atender.

La había dejado en buenas manos, dado que Prince la protegería en caso de necesidad, y ella tenía permiso —aunque no lo necesitase— para gastar cuanto quisiera. Eso la mantendría entretenida durante buena parte del día. Incluso le había sugerido a Prince que la retuviese con la excusa de un almuerzo en la posada por si él no terminaba pronto, cosa que no deseaba hacer, pues deseaba tomarse su tiempo con lo que estaba por acontecer.

Finalmente se quedó solo en el castillo. Les dio el día libre a buena parte de los sirvientes y los invitó a regresar bien avanzada la tarde, cuantos menos testigos hubiese, mejor.

Bram se metió en su despacho y no pasaron más de veinte minutos cuando al fin escuchó un carruaje acercarse. Cogió su bastón y se dio prisa en salir a recibir a sus invitados.

Dos antiguos militares que sirvieron bajo su mando se apearon del carruaje, luego se dispusieron a sacar la valiosa carga que transportaba en su interior. Uno era alto y robusto, con el pelo pelirrojo. El otro menos notable físicamente, con el pelo rubio. Ambos eran hombres endurecidos como el propio Bram. Militares a los que el duque les confiaría su propia vida. Los había puesto a trabajar como parte del personal de seguridad para un destacado miembro del Ministerio del Interior, dado que, como duque, tenía muchos contactos. Los dos exmilitares estaban devolviéndole el favor por su intervención.

—Encantado de saludarte, Maitland —le dijo Bram en tono serio al hombre amordazado y atado de pies y manos que tenía arrodillado frente a él.

Hablaba, pero se trataba de gritos ininteligibles dado que se amortiguaban con la mordaza.

—¿Ha dado problemas, muchachos? —les preguntó a sus compañeros del ejército.

—Nada que no pudiésemos corregir con un par de puñetazos. Espero que no lamente que se le entreguemos un poco magullado, coronel —respondió el primero. El pelirrojo.

Era extraño escuchar su antigua graduación. Parecía que había pasado toda una vida.

—No es nada en comparación con lo que pretendo hacer con él.

—¿Dónde lo quiere, lord Bram?

—Ahora es un puñetero duque, su viejo título de cortesía ya no es válido —le advirtió el otro hombre al primero.

—¿Y cómo debo llamarlo? —indagó el rubio.

—No tengo ni idea, por eso me dirigí a él como coronel.

—¿Muchachos? —interrumpió la conversación Bram—. Hay cuestiones que merecen… atención —les hizo saber mientras miraba con fijación a Maitland, quien no había parado de gritar sin que sirviese de nada.

—Por supuesto, su realeza —dijo uno de los militares.

Bram gimió. No era un príncipe ni un rey.

—El modo de dirigirse a mí, según mi rango, es Su Gracia o Su Excelencia, pero como lo uséis, os daré vuestro merecido después de terminar con esa escoria —dijo Bram en alusión a Maitland—. Ahora, al despacho con él. Tengo una divertida fiesta en la que eres el invitado de honor, querido amigo.

Los dos militares lo sujetaron por las axilas y lo levantaron del suelo para transportarlo al lugar en el que lo quería tener el duque.

Lo ataron a la silla de inmediato y se fijaron en la escena que había preparado Bram. Instrumental que los tres militares conocían bien. Tenazas, cuchillos, una sierra… ¡Qué carnicería!

—¿Va a interrogarlo, coronel? —sondeó el pelirrojo.

—Eso pretendo.

—¿Le cortará un par de dedos? —preguntó el otro militar.

—Solo si no coopera —respondió Bram.

—No comience por la lengua. Y si los dedos no lo hacen cantar, acuérdese de que unas tenazas en cierta parte de su anatomía lo instarán a contarle sus más sucios secretos —recomendó el rubio.

—Lo sé —dijo con una sonrisa torcida Bram. Él había presenciado multitud de interrogatorios tácticos en sus días de militar. Conocía el modo de infligir dolor.

—¿Nos necesita para algo más?

—Hay pastel y vino en la cocina, confío en que encontréis solos el camino, como comprenderéis tengo aquí mucho trabajo.

—¿Ha pensado dónde lo enterrará cuando termine, coronel? —Al rubio no le apetecía ponerse a cavar.

—La zanja está hecha, solo os necesitaré para cargar el cuerpo. —Pareció que Bram le acabase de leer la mente sobre eso de cavar un agujero.

—¿Le sigue dando problemas la rodilla? —preguntó el pelirrojo, dado que el otro ya estaba en la puerta dispuesto a ir en busca de ese pastel y el vino que le habían ofrecido.

—Hoy no. Me veo capaz incluso de atizarlo con ella.

El militar se rio grotescamente y luego lo dejó a solas con el conde de Maitland, Perry Storm, quien fuese el mejor amigo de su hermano Tommy, y un miembro de la propia familia para Bram.

—Lo que mejor se les da a los villanos es hacer parecer malvados a los buenos, Maitland. De eso sabes mucho, ¿verdad?

Los gritos llenos de pánico, que no habían sido silenciados mientras los militares hablaban de la suerte que el conde iba a correr, se hicieron más estridentes.

—Es inútil que sigas gritando. En mi casa no hay nadie más que los que has visto. Bueno, hay personal en las cuadras, pero dudo que te oigan gritar. Mi duquesa… Mi Violet —precisó para fijarse en la cara que componía el conde— está de compras. No sabía si mi esposa tendría fuerzas para soportar un largo paseo por las tiendas después de una noche fogosa… Pero Violet es… ¿Cómo la llamabas en tus cartas? Ya lo recuerdo, libidinosa por naturaleza. Ardiente, provocadora. Necesita la atención de los hombres… La pobre no sabe lo que hace, es de esas mujeres que no pueden controlar su cuerpo y desean más y más. ¿Recuerdas esa parte en la que me pedías que no se lo tuviese en cuenta si en verdad la amaba?, ¿donde me explicabas que Tommy trató de resistirse a su embrujo cuanto pudo, pero que ella era muy insistente y deseaba ser duquesa a toda costa? Aunque mi preferida es aquella misiva en la que decías que incluso tú mismo habías tenido que ser fuerte ante su sensualidad, una muy retorcida que ella manifestaba sin pudor. Quemé las cartas, pero tengo grabado a fuego lo más suculento.

» Curioso… Fue interesante descubrir que después de que ella pasase por la cama de tantos caballeros, estos le permitiesen seguir virgen… ¿Sería que pedí un milagro navideño, Maitland, y el Creador me lo concedió? ¿Uhm? ¿Qué opinas? Porque mi esposa llegó a mí tan pura como la dejé. —Él conde gritaba como si quisiera hablar para explicarse, pero Bram no precisaba sus explicaciones—. Tienes razón, estamos muy crecidos para creer en patrañas, especialmente yo, dado que he visto la muerte de cerca y la busqué con desesperación después de que mi hermano se quitase la vida. Lo que no tengo claro es si Violet fue responsable de algo, o tú le metiste todas las ideas a Tommy en la cabeza. Ya sabes, la culpabilidad y esas cosas. Siempre estuviste muy celoso de todo lo que tenía mi hermano, incluso de mí. Nos odiabas con todas tus fuerzas, al fin lo veo. —Maitland negaba con la cabeza—. No me había dado cuenta de lo bastardo que eras hasta que Violet se presentó en mi puerta decidida a convertirse en duquesa… Por supuesto no tenía que sorprenderme, ella solo deseaba ese título… ¿Uhm? —El conde gritó todavía más fuerte. Bram hizo como si lo estuviese entendiendo—. Sí, sí, por

supuesto. Un título y toda la satisfacción que pudiese encontrar. Porque ella era una libertina y no tenía la culpa de ser como era. Había mujeres que tenían ese problema, y no tenías la fuerza necesaria para ingresarla en un sanatorio. Tú mismo tuviste que reprenderla en más de una ocasión. Ella era tan buena que nos engañó a todos.

»¿Recuerdas esa apreciación tuya? Yo sí, porque leí esa carta justo antes de entrar en batalla con los rusos, contra las tropas francesas. ¿Y qué decir de mi hermano? Pretendía casarse con ella pero necesitaba mi permiso y nunca sería capaz de pedírmelo. Temías que hiciese una barbaridad porque estaba loco por Violet. Y la hizo. Pudiste impedir que se quitase la vida, pero imagino que tuviste miedo de que Violet viese lo que yo ya sabía, que mi hermano era el mejor de nosotros tres, y por eso decidiste dejarlo seguir con su plan… Jugaste con la culpa que sentía por haberse enamorado de la prometida de su hermano. —Bram aplaudió con fuerza—. ¡Eres un gran amigo! ¡El mejor de todos! Y lo que no alcanzo a comprender es que con todas las taras y fallos que tenía Violet, cómo fuiste capaz de ofrecerte a casarte con ella… ¿Cuántas veces? ¿Dos, tres? Creo que ya sé cómo funciona tu mente. Un acercamiento muy preciso fue cuando ella estuvo más débil, justo inmediatamente después de que mi hermano muriese. Y ella te rechazó, lo supongo.

»Tú ya habías sembrado la duda en mí. Yo te consideraba como si fueses mi propio hermano y nunca dudé de tu palabra. ¿Por qué hacerlo? Tommy y yo te queríamos y nunca diste muestras de ser hostil, pero… ¡Ah, las mujeres! Ellas lo cambian todo. Y Violet es fascinante, brilla como el mismísimo sol. ¡Sigamos con la historia de tu traición! —dijo animadamente—. Con Tommy muerto te convertiste en un gran amigo para ella. El único a quien podía acudir, y cuando mis padres fallecieron… Ahí ya tuviste vía libre para no ser tan cuidadoso con respecto a ella. Dime, Maitland, ¿rezabas cada noche para que yo pereciera en la batalla?

»Apuesto a que lo hacías incluso arrodillado, los domingos ibas a la iglesia solo para ver si te concedían tu deseo, porque no tardaste en comprender que en el corazón de Violet, solo estaba yo. Mi muerte era lo único que podía permitirte tenerla, pero ya ves, querido amigo, tuve la osadía de seguir con vida. La suerte que tuviste es que no puse en duda ni una vez tu relato, porque las misivas que recibía de mi hermano indicaban que se había enamorado de ella, y Tommy también decía que ella era tentadora y que no había podido resistirse… Erais dos diciéndome casi lo mismo, pero sospecho que eran tus propias palabras tratando de envenenar la mente de mi hermano. He estado tan ciego contigo, Maitland, que pese a saber quién era Violet, no me atreví a cuestionarte. Nos hemos conocido desde que íbamos en pañales, tu padre era el mejor amigo del mío, así que era lógico que lo fueses de mi hermano y mío… Sabías que Tommy no me traicionaría jamás. En su corazón solo estaba yo, por eso decidió quitarse de en medio y tú precipitaste las cosas, porque un ducado tiene más peso que un condado para una mujer ambiciosa como Violet. En algún punto debiste comenzar a creerte tus propias mentiras, porque no sabes quién es Violet y me dejé cegar por ti.

»¡No llegaste a conocer a Violet! Todos estos años y nunca supiste quién era ella. ¡Debiste alegrarte mucho de que me tomase mi tiempo para regresar a casa! Porque imagino que cuando consultabas las bajas y no veías mi nombre, te ponías nervioso… Ya sabes, porque yo

regresaría y tendrás que darme explicaciones, pero no lo hice. La guerra me dejó devastado, herido más allá de lo que puedas imaginar. Saber que Violet tentó a Tommy, tal y como me hiciste creer en tus magistrales misivas, me golpeó muy duro. Luego llegó el suicidio de la persona más importante para mí, y el gran final fue la muerte de mis padres. ¿Tuviste algo que ver ahí? —Vio a Maitland mover la cabeza para negar con fuerza—. Ya no sé qué pensar. Pero supongo que no importa. Dado que no ha hecho falta interrogarte y he leído todos los cargos de los que se te acusa, solo cabe que pagues tu deuda, y como juez, jurado y verdugo, te condeno a muerte, Maitland. Me has hecho perder un tiempo precioso con la mujer a la que amo y que me ha demostrado que me amaba sin contención. —Bram se sonrió—. Llegó a mi casa dispuesta a todo. Conversó con la cortesana, Morine, que te ayudó a iniciarte en el mundo carnal, recuerdo que mencionaste en una de tus cartas que te cruzaste con Violet saliendo de casa de Morine… ¿Uhm? ¿Te acuerdas, tú? Me dijiste que sospechabas que había encontrado un amante que la cortesana le proporcionó, debido a esa dolencia que la hacía extremadamente lujuriosa. No, Maitland. Violet mantenía el contacto con Morine porque esa mujer era amiga de mi madre y Violet estaba al corriente, pero más allá de eso, decidió que debía seducirme y complacerme, por eso estuvo recibiendo clases de una mujer que sabía todos los entresijos del placer. Lo hizo por mí, Maitland. Me lo confesó después de casarnos.

»No la merezco. Sé que no soy digno de Violet. No merezco a esa gran mujer que es mi duquesa, pero no devolveré el regalo tan grande que me ha hecho la vida. Y jamás se enterará de cómo me dejé envenenar la mente y no luché por ella, por saber la verdad. Porque estarás muerto y yo yaceré cada noche con la mujer a la que codiciabas con todas tus fuerzas, por la que no te importó que mi hermano acabase poniendo fin a su propia vida porque no podía manejar la culpa que sentía en mi nombre, por haberse enamorado de mi prometida. Tommy era tu mejor amigo, confiaba al igual que yo, en ti. Lo que nos hiciste no tiene perdón, de igual modo que no merezco la absolución por no haber tenido fe en Violet. Mi penitencia será adorarla hasta mi último aliento, no permitir que derrame ni una sola lágrima más mientras viva, por nada ni por nadie. Pienso ser su fiel y leal súbdito hasta que el diablo me llame. Tu pago por la traición hacia mi hermano, hacia Violet y hacia mí será la muerte.

Bram se dispuso a ir hacia su escritorio para coger una pistola. Afinó el oído. Alguien se acercaba. Se movió hasta la ventana y divisó la calesa donde Violet y Prince viajaban en dirección a la puerta del castillo.

Los dos militares entraron en tropel en el despacho sin llamar.

—Coronel, tenemos visita —lo alertó el pelirrojo.

—Lo veo.

—¿Quiere que nos deshagamos de los visitantes?

—Es mi duquesa, viene con mi mayordomo.

—¿Qué hacemos? —inquirió el rubio.

—Quedaos aquí, trataré de averiguar lo que ocurre y en un abrir y cerrar de ojos estaré aquí… terminando el trabajo. Vigiladlo, si hace algo raro le disparáis sin aviso.

—Por supuesto —dijeron los antiguos militares.

Bram salió a toda prisa del despacho con la idea de que su esposa se marchase nuevamente al pueblo con Prince. Seguramente se había dejado algo olvidado. Más tarde ajustaría cuentas con Prince por la interrupción.

La vio bajar de la calesa llena de sonrisas. Su sirviente parecía compungido. En cuanto se dio cuenta de que ella había entrado en el castillo y que corría hacia el despacho… Mal asunto.

—Esto no es lo que parece —dijo a su espalda Bram cuando logró interceptarla.

Pero Violet estaba viendo a dos hombres con aspecto feroz apuntando a su amigo Perry, quien estaba amoratado, amordazado, y con las manos anudadas tras el respaldo de una silla.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó—. ¿Todo esto es porque me pidió matrimonio?

—No lo entiendes.

—Explícamelo —preguntó con los brazos en jarras.

—¿Muchachos? —Hizo un gesto rápido con la cabeza para hacerles entender que tenían que largarse del despacho. Los dos se marcharon de inmediato—. Ajustaremos cuentas luego, Prince, porque te di una misión muy fácil —le dijo a su mayordomo, quien estaba a su lado.

—Lo siento, Su Gracia. Su duquesa es muy testaruda y no hay nada que se pueda hacer cuando toma una decisión.

—Sí, eso lo sé. Lo sabemos bien Maitland y yo —dijo Bram, mientras miraba al maldito bastardo que había tenido la suerte de que lo interrumpieran.

—Con permiso. —Prince se marchó de allí.

Violet se acercó a Perry y le quitó la mordaza.

—¡Está loco, Violet, huye antes de que te haga daño a ti también! —le ordenó Perry.

—Imagino que no quieres que mi duquesa sepa la verdad sobre ti. ¿Uhm, Maitland?

—Soy culpable de amarla con todo mi ser. Nada más. Y ella lo sabe —se excusó el otro.

Bram avanzó raudo al ver que su esposa estaba tratando de aflojar las cuerdas que mantenían a Perry atado a la silla.

—No puedo consentir que lo liberes, mi amor, él sería capaz de matarme para poder tenerte al fin. Ya se salió con la suya cuando Tommy falleció. No tentemos a la suerte.

—¿Qué? —La duquesa de Blackmore se quedó atónita. Dejó de luchar con las ataduras de Perry para prestarle atención a su esposo.

—Tu esposo tiene unas teorías de lo más inquietantes, querida. —Se atrevió a opinar Maitland, lo que le valió que Bram le atizase dos derechazos en el rostro.

—Detente, por amor de Dios. —Violet lo agarró por la espalda para evitar que siguiese pegándole a Perry.

—¡Quiere matarme, Violet! —la avisó el conde.

—¿Qué está sucediendo aquí, Bram? —La duquesa necesitaba una explicación clara.

—Me contó una sarta de mentiras sobre ti —dijo el duque sin detenerse a pensar en todo lo que ello rebelaría.

—¿Y las creíste? —Era una pregunta retórica. Ella ya suponía la respuesta a eso. Violet estaba segura de tener el rompecabezas frente a los ojos, pero no era capaz de descifrarlo todo. Maitland debía ser el responsable del distanciamiento entre ambos, no había otra explicación para que su marido mantuviese cautivo a su mejor amigo y que además le atizase.

—Las misivas de Maitland, eran muy convincentes. Y Tommy me contaba algunas cosas que daban credibilidad a sus mentiras. Pero sé que mi hermano no hablaba por él, sino que Maitland urdió un buen plan que no fui capaz de ver.

Ella tragó saliva y se llevó una mano al corazón.

—Me dijeron que eras una Bestia…

—Tú me bautizaste con ese nombre —le recordó su esposo.

—Y pese a saber que estabas amargado y eras desagradable, vine aquí.

—No sigas por ese camino, Violet, no sabes lo que Maitland nos hizo a Tommy y a mí. Te deseaba a toda costa y permitió que mi hermano terminase con su vida, porque pese a que él sabía lo que Tommy se proponía, no actuó. No pidió la ayuda de mi padre para salvar a mi hermano, porque pretendía deshacerse de la competencia. Tras la muerte de un futuro duque al que Maitland temía que pudieses amar solo por el título, esperó a que la guerra siguiese su cauce y yo cayese. Envenenó tanto la mente de mi hermano, como la mía.

—¿Es cierto eso, Maitland? —le preguntó, pero de nuevo ella sabía que la palabras de Bram eran verdaderas.

—No he hecho más que amarte, Violet. Nunca en mi vida quise algo o a alguien como a ti —dijo a modo de explicación el aludido.

Ella tuvo que buscar una silla para tomar asiento.

—Lo siento, amor. No quería que te enterases de eso, amor mío. —Su esposo estaba junto a ella, con la mano en su hombro, apretándoselo levemente.

—¿Qué te dijo de mí, Bram? —exigió saber.

—Deja el pasado donde está.

—No. Dímelo. Merezco saber la verdad.

—No nos hará bien a ninguno de los dos. No he llegado hasta aquí para perderte.

—Dilo de una vez, o saldré por esa puerta —la señaló con el dedo— tan rápido que ni lo verás venir pese a haberte avisado.

Bram suspiró.

—¿Me abandonarás? ¿Después de lo que hemos pasado, Vi? ¿Así acabará?

—No, no me iré, Bram. No soy débil, ni me rindo de buenas a primeras. Creo que eso ya lo he demostrado con creces.

—No va a gustarte lo que te cuente.

—Lo sé y aun así vas a explicármelo todo. Yo merezco saber la verdad.

Él afirmó con la cabeza.

—Tommy me escribió al poco de marcharme. Se sentía fascinado contigo. No creí que fuese algo pasional, pero con el paso del tiempo me confesó que estaba irremediablemente

loco por ti y que no podía soportarlo, porque no me traicionaría. Que tú eras buena, tentadora, pero que no lo hacías aposta, solo eras así.

—Pero yo no…

—Lo sé —la frenó.

—Eran palabras de Maitland, las mismas que me dijo cuando Tommy falleció… —Ella miró al conde, quien rehuía su mirada—. ¿Por qué? —le preguntó al que había sido un pilar en su vida. Alguien a quien consideró su fiel protector. La traición era grande.

—Te amaba, Violet, y no me veías. Primero Bram, pero él se marchó y los compromisos se podían romper. Yo estaba a tu lado, pretendía que comprendieses que yo era mucho mejor que el segundo hijo de un duque. Bram se marchó y te dejó atrás, lo veía fácil, pero Tommy se metió por el medio. Tenías al alcance de la mano a un duque. Lo eras todo para mí y aproveché la culpa que sentía Tommy. No pretendía que muriese, sabía que no estaba bien, pero no imaginé que él…

—Sí lo sabías. Nos conocías bien a ambos y por eso todo te salió tan bien —intervino Bram—. Sabías qué palabras decirme, qué palabras debía enviar Tommy para que toda esa patraña tuya tuviese sentido. No trates de hacerte el inocente, porque no lo eres.

—¿Qué te decía de mí? —le preguntó a su esposo.

—Paralelamente a las cartas de Tommy, Maitland también me hacía llegar sus palabras. Siempre correctas, impolutas, donde me hacía saber que tú no tenías la culpa de ser una seductora, que no debía culparte porque no te dabas cuenta de lo que hacías. Luego insistió en que tenía la sospecha de que deseabas un ducado a toda costa…

—Y tú le creíste… —susurró sin dar crédito a lo que escuchaba.

—No solo eso —intervino en ese punto Maitland—. Le explicaba lo que veía en ti, el libertinaje que corría por tus venas, cómo tras la muerte de Tommy decidiste vengarte de todos yendo de lecho en lecho, disfrutando del placer carnal. Y lo convencí, Violet. No cuestionó ninguna de mis mentiras —alardeó el conde con satisfacción.

Violet se levantó y abofeteó a Maitland con todas su fuerzas. Se giró, su sigiloso esposo estaba detrás de ella.

—Debería hacer lo mismo contigo —le escupió a Bram—. Tú me condenaste sin duda alguna, sin darme opción a una defensa justa. Incluso un asesino tiene derecho a enfrentar los cargos. Te lo dije una vez. No. Tú sencillamente dejaste de escribirme porque yo era la culpable de la muerte de Tommy, cosa de la que él —dijo en alusión a Perry— me convenció, y me dejaste a mi suerte. Me presenté en tu puerta y toda tu ira cayó sobre mí porque yo era la

mujer que se había encamado con todo caballero bien dispuesto. ¡Ahora entiendo lo que ocurrió en nuestra noche de bodas! —exclamó alterada—. Maldito seas, Bram. Eres peor que una bestia. Maldito sea Maitland por sus pecados. Pudríos los dos en el infierno.

Violet dio un paso hacia la puerta, que permanecía abierta, pero su esposo la abrazó con fuerza.

—Por eso no quería remover el pasado. No puedo perderte, Violet. No puedo —suplicó roto.

—No puedes perderme porque nunca me has querido. Nunca me has amado, Bram.

—Estaba en la guerra, Violet. Con la muerte a cada paso, pisándome los talones. Tú estabas aquí. Yo sabía lo magnífica que eras, Tommy no paraba de decirme que eras única, que te amaba y que empezaba a pensar que el sentimiento podía ser correspondido. Maitland también escribía y Tommy daba credibilidad a ciertas sospechas que él vertía contra ti. Por favor, no me abandones, mi amor. No ahora. Soy culpable de ser un estúpido, pero por Dios, Violet, que confiaba en Maitland como si fuese mi propio hermano.

—¿Y yo qué? ¿Era culpable de los cargos?

—Lo sé, lo sé, mi amor… Pero en tus cartas eras diferente, me narrabas lo que hacías y no eras la muchacha tímida que dejé en casa. Eras audaz, hablabas de un modo… y yo… Eras demasiado para mí, siempre lo fuiste, mi amor. Te juro que viviré cada día para ti y solo para ti —le dijo mientras una lágrima se le escapa del ojo.

—No te lo perdonaré jamás, Bram. No puedo…

—Y yo no puedo dejar que te marches. ¿Por qué crees que no regresé cuando la guerra terminó, amor mío? Porque pudiste haberle disparado a Tommy, y yo te seguiría queriendo igual. Pudiste haber envenenado a mis padres, y te amaría con la misma fuerza con la que lo hago. Te juzgué erróneamente por actos que nunca cometiste y pese a creer que eras culpable, no pude más que rendirme a tus pies cuando te vi. Te daría lo que pidieses, Violet. Soy débil en lo que a ti se refiere. Puse en duda tu honor, y me arrancaría un brazo si con ello pudiese enmendar mi error, pero jamás dejé de amarte. Ni un solo instante. Te lo rogué, me prometiste que sucediese lo que sucediera, no me dejarías atrás. Anoche mismo lo hablamos, hace unos minutos has dicho que no te irías, te lo suplico, Violet. No ahora que te tengo.

—Bram, por Dios… Yo… —No sabía qué hacer. La traición era tan grande que dolía muchísimo.

Cerró los ojos. Maitland. Ella había creído muchas cosas dichas por él porque confiaba en su mejor amigo, en quien nunca le había dado motivos para no hacerlo. Siempre servicial, atento, amable, amoroso… Sin mácula. Perry era un hombro sobre el que llorar, que la

sanaba.

—Quédate, conmigo, dame opción a demostrarte que no miento. Haré lo que me pidas… —La desesperación que escuchaba en la voz de su marido la había hecho ponerse a llorar. Nunca habían tenido opciones. Primero la guerra, luego Tommy, para después llegar Maitland. Violet cerró los ojos una vez más. No sabía qué pensar. Lo amaba con todas sus fuerzas. Lo odiaba también por lo que les había hecho a ambos al creer las mentiras de Maitland.

—Encantador —dijo una voz—, pero si no eres mía no serás de nadie. —Tanto Violet como Bram ladearon la cabeza para ver al conde de pie, con una pequeña pistola en la mano. Perry había logrado desprenderse de las cuerdas que ataban sus manos para, seguidamente, sacar una pistola de una funda tobillera, con la que ahora les apuntaba. Ella gritó con todas sus fuerzas, el duque se movió con rapidez para protegerla con su propio cuerpo.

—No olvides que te quiero, amor mío. Nunca dejaré de amarte, ni aquí ni en la otra vida —le dijo Bram en el momento en el que se escuchó amartillar la pistola. Estaba preparado para morir por ella.

Un disparo resonó en la estancia. Bram se quedó sin respiración. Violet gritó una vez más.

Lo siguiente que ocurrió fue que el conde cayó al suelo mientras se llevaba la mano que tenía libre al corazón. Cayó fulminado a causa de un disparo, todavía con los pies anudados.

Bram miró de inmediato en dirección a la puerta. Prince estaba de pie, con otra pistola en la mano.

—Mi puntería sigue siendo excelente, incluso después de tantos años. El ejército me sentó bien. —Como soldado raso, de esos que no podían comprarse una comisión, Edgar Prince estaba destinado a morir en la primera batida de la primera batalla de la guerra, pero no. Supo mantenerse con vida, aunque una sola vez necesitó ayuda pues estuvo a punto de morir. El señor Prince acababa de saldar la deuda contraída con el duque, cuando este último lo salvó de ser masacrado por cuatro villanos en Badajoz.

—¿Pero qué…? —comenzó a preguntar el duque.

—No podía marcharme sin saber lo que ocurrió realmente en el pasado. Es el deber de un sirviente conocer todos los secretos —lo interrumpió su mayordomo—. Aunque había escuchado retales de la situación, ya sabe, por todo eso de sus pesadillas, cuando se despertaba en medio de la noche gritando el nombre de su esposa y le rogaba que lo amase. —Los ojos de Prince abandonaron los del duque para centrarse en Violet—. Por cierto, es verdad, cada palabra dicha por Blackmore —usó el título del duque en confianza— no dejó de amarla ni un solo instante. Lo he visto languidecer durante nueve largos años porque no lograba dejar de amarla, por más que me consta que lo intentó.

—Yo no hice nada malo, no alenté a Tommy. Tampoco a Maitland —dijo ella.

—Y por eso su esposo, pese a que habían tratado de convencerle de todo lo contrario, seguía amándola, porque en su interior sabía que usted era buena, justa y maravillosa, pero a veces son quienes más amamos, los que más daño nos hacen. Usted misma lo acaba de ver. Ese bastardo, espero que me disculpe el exabrupto pero es lo que es ese hombre muerto, logró engañarlos a todos, incluida usted misma. ¿Cuántas veces le habló mal de mi patrón?

—Lo hizo, pero yo no me di por vencida.

—Es cierto, Su Gracia. Pero usted no estuvo en una guerra, donde un hombre es puesto a prueba y pierde la fe en todo lo bueno que hay en este mundo. Ni tiene un hermano que se quitó la vida por enamorarse de la prometida de su hermano menor… Bueno, eso ha sonado raro, pero espero que me haya entendido al emitir la comparación. Usted tampoco perdió a sus padres poco después de la muerte de un hermano. Blackmore presentaba las condiciones idóneas para que jugaran con sus emociones. Y tiene que valorar, aunque le duela, que él la creyó culpable de los cargos que presentó Maitland en su contra, y pese a ello se casó con usted y decidió dejar a un lado el pasado.

Esa reflexión de Prince la hizo buscar los ojos de su marido.

—¿Cuándo decidiste dejar el pasado enterrado exactamente?

—En cuanto apareciste por la puerta. Fui hostil con la idea de probarte, no te mentiré, solo para ver si te marchabas, pero rogando que no lo hicieras. En cuanto te vi supe que no podría dejarte escapar.

—Cambiaste de actitud al día siguiente de nuestra noche de bodas, Bram —le recordó. Ella suponía que era porque descubrió que era virgen. Así que no confió en ella sin esa prueba. Violet no sabía a qué atenerse.

—Ahí supe que Maitland había mentido como un bellaco, porque incluso impura como él dijo que eras, yo te quería para mí. Cualquier defecto, Violet, cualquiera que hubieses tenido lo habría pasado por alto porque te amo más que cualquier convicción o sensatez. Pero no lo tenías, eras inocente de todo —se apresuró a decir intuyendo que ella apostillaría eso último rauda—. Y debes saberlo, aunque hubieses sido una villana, la peor del mundo, te habría amado y hubiese hecho arder el mundo por ti si fuese necesario. Así es como te amo.

—Bien —intervino el mayordomo—, saque a su esposa de aquí, Su Gracia. Es evidente que está enfadada pero que con el tiempo lo perdonará. Tengo que sacar… los desperdicios.

—¿Violet? —Bram necesitaba la confirmación de su esposa.

—No, no me iré, Bram —le dijo. Eso lo tranquilizó. Él confiaba en su palabra.

—Hay que llamar al magistrado —dijo el duque, mientras Violet seguía pensando en lo que había sucedido y no podía creérselo. Maitland los había envenenado a todos. A Bram, a Tommy, a ella misma… No podía dar crédito a lo que había sucedido.

—Los muchachos se han ocupado de ello, les he dado instrucciones mientras usted y su esposa hablaban. Supe que iba a matar a ese presuntuoso en cuanto lo vi desatarse las manos y echar mano de la pistola —dijo Prince.

—¿Sabías que ibas a matarlo? ¿Dejaste que me apuntara con un arma, aunque podías haber intervenido antes?

—Sabía que alguien acabaría muerto, no tenía claro si su esposa acabaría matándoles a los dos, creo que yo lo hubiese hecho en su lugar, pero al final supongo que ha fallecido el que más se lo merecía.

—No es momento de ser gracioso, viejo carcamal.

—No pretendía serlo. Además, no se queje tanto, Su Gracia, porque su esposa ha visto que estaba dispuesto a sacrificar su vida por ella y eso hará que lo perdone un poco más pronto.

Bram buscó a Violet con la mirada. Su esposa le sonrió tímidamente. Regresó la mirada a su mayordomo.

—Supongo que tengo que darte las gracias por quedarte a espiarnos, pero sigo sosteniendo que tuviste que haber actuado más rápido.

—La conversación entre usted y su esposa me tenía absorto. No pretendía interrumpirles disparando hasta que no fuese estrictamente necesario.

—Sí y no lo lamento —se metió en la conversación Violet—. Pero tú —dijo mirando a su marido— lamentarás haber puesto en duda mi honor, porque de aquí a que perezcas serás…

Blackmore le puso un dedo en los labios para silenciarla.

—Si te quedas conmigo, seré tu esclavo, tu más leal esclavo, mi amor.

—Más te vale… —le dijo con seriedad.

Entonces su esposo la besó y ella comprendió que Bram podría ser el mismísimo Ángel Negro y ella tampoco dejaría de amarlo.

Había llegado demasiado lejos por el amor que le inspiraba ese gran hombre que creyó en quien no debía. Tenían todo el tiempo del mundo para pensar en el futuro y olvidar el pasado. No sería fácil, pero Violet lo intentaría. Bram valía la pena. El amor que sentían el uno por el otro, merecía el esfuerzo.

—Me quedaré y lucharé a tu lado —ratificó una vez más intuyendo que Bram se sentía temeroso por si ella cambiaba de opinión.

—Te quedarás y lucharé por ti, para demostrarte que no iba de farol. Te amo y te venero, amor mío.

La volvió a besar con ardor, pero el carraspeo del señor Prince puso fin a la muestra de afecto.

Todo iba a salir bien. ¡Tenía que salir bien!

Bram y Violet habían pasado por demasiado como para tirar por la borda todo el esfuerzo.

El perdón era fácil de pedir, complejo de otorgar. Los dos tenían que convivir con el pasado y lo harían, porque la vida del uno sin el otro era impensable.

Los duques de Blackmore estaban destinados a estar juntos. Siempre había sido así. Habían vencido a la adversidad, a un villano insospechado. Incluso el señor Prince se había dado cuenta del destino que merecían los dos enamorados, así que pondrían todo su empeño para que su amor perdurase durante toda la eternidad.

# Epílogo
# La condición del perdón

Unos meses más tarde.

Violet era un poco retorcida. Bueno… bastante retorcida. ¿Por qué? Pues porque desde que su esposo le juró por su vida que sería el mejor hombre del mundo, ella había estado poniendo a prueba sus límites.

Empezó con cosas pequeñas, como que la acompañase a la iglesia todos los domingos, que la escoltase haciendo unas pequeñas compras… Y él, solícito y lleno de amor, había cumplido con cada pequeñez.

Se dijo a sí misma que no abusaría del poder que Bram le estaba confiriendo, pero cuando le pidió que fueran juntos a Londres, para disfrutar de la temporada y lo animó a tomar el asiento que le correspondía en el Parlamento, lo hizo creyendo que tendría que forzarlo.

No hizo falta. Aunque Violet sabía que estar en Londres sería un suplicio para él, accedió con suma facilidad.

Así que durante los meses sucesivos, la pareja fue presentada oficialmente en sociedad. Bueno, su matrimonio. Acudieron a bailes, a conciertos, fiestas privadas, al teatro… Bram no se quejó ni una sola vez, y eso que sabía que a su marido no le gustaba la ciudad ni un poco. Mucho menos participar en las actividades sociales. Y ciertamente comenzaba a ser molesto verlo tan complaciente. Violet necesitaba ponerlo a prueba de algún modo. Incluso cuando ella le pidió bailar un vals porque deseaba danzar entre sus brazos una pieza que se consideraba escandalosa, él no hizo mención a que la rodilla le pasaría factura… Cosa que ocurrió y que Violet lamentó muchísimo.

Él se había convertido en un cordero manso y después de comprobar que su marido tenía una palabra que valía su peso en oro, ella deseaba que Bram regresase. Necesitaba ese término medio, donde Blackmore no era tan complaciente, pero tampoco tan bestia como lo fue.

Esa noche, habían decidido quedarse en la casa de Mayfair que la familia de Bram le

legó con las otras pertenencias del título. No salieron. Cenaron a solas en el fastuoso comedor, bajo la supervisión del señor Prince, a quien le gustaba Londres mucho menos que a Bram y no tenía reparos en hacérselo saber a los duques a cada rato. Después de cenar una sopa de cebolla y faisán a la miel con patatas, bebieron clarete en la biblioteca donde jugaron una agradable partida de ajedrez. Quedaron en tablas, pero ella sabía que su esposo no había querido ganarla, porque trató por todos los medios de perder y él no se lo permitió.

Después de conversar y jugar, Bram tuvo la cortesía de darle un tiempo para prepararse para ir a dormir… Con todo lo que ello implicaba.

Violet se había puesto un camisón de seda rojo que dejaba muy poco a la imaginación, pues era completamente transparente donde tenía que cubrir sus senos y su feminidad.

Cuando Bram entró en la habitación que compartían, esa era la del duque, se quedó parado. Más que estar asombrado por el aspecto tan delicioso que Violet presentaba, con el pelo suelto y vistiendo esa indecente prenda de ropa, lo que le había descolocado fue observar lo que su duquesa sostenía entre las manos.

—Violet… —comenzó a decir, tentativamente.

—¿Sí, mi amor? —preguntó con inocencia.

—¿Qué te propones?

—Creía que era más que evidente. Somos tú, yo, y una cama… ¿necesitas más instrucciones, mi duque? —preguntó sin dejar de lado ese papel de absoluta inocencia.

—Has mencionado tres elementos, y son cuatro, dado que veo lo que portas en las manos. ¿Debo asustarme?

—¿Por qué? ¿Acaso no me juraste que serías el mejor de los maridos, el hombre más solícito del mundo? ¿No aseguraste que te dedicarías a vivir únicamente para complacerme en cada uno de mis caprichos o necesidades? —le recordó.

—Sí, lo hice, pero… —Se quedó un momento pensativo al darse cuenta en el tono en el que ella había emitido dichas reflexiones—. Tengo la sensación de que me estás recriminando… ¿Mi buena voluntad y disposición hacia ti?

—Por supuesto que no. ¿Qué mujer en su sano juicio se quejaría de un esposo como el que yo tengo?

—Sigue sonando como si estuvieses enfada y eso que llevas en las manos…

—¿Te refieres a esta cuerda? —Ella levantó el enser para mostrárselo mejor.

—¿Qué te has propuesto?

—Morine habló de ciertas prácticas, un poco más obscenas por las que tengo curiosidad.

—¿Eso incluye tener a tu duque atado a la cama, Violet? —preguntó con recelo.

—Bueno… Mi esposo prometió hacerme feliz en cada una de mis peticiones. ¿Te estás replanteando los términos en los que nos reconciliamos finalmente, mi amor?

—Sospecho que sea cual sea mi respuesta vas a irritarte.

—Probablemente —coincidió ella.

—Entonces seré franco. Sí, Violet, esa cuerda con la que esperas atarme al cabecero de la cama me supone un gran problema. Uno insalvable, por lo que considero que finalmente tendremos que replantearnos algunas cuestiones sobre la gran promesa que te hice.

—Juramento —recalcó, dado que para Violet un juramento suponía mayor nivel de compromiso que una promesa.

—No voy a dejar que me ates. Es mi última palabra.

—¿Lo es?

—Sí.

—¿Aún a riesgo de que me enfade muchísimo y te acuse de no darme todo lo que deseo?

Bram suspiró. Su respuesta, sospechaba, iba a causarle un gran problema con la mujer a la que amaba, pero tenía que ser sincero. No le importaba bailar, asistir a tontas funciones, incluso había acudido al Parlamento lleno de ilusión, pero… ¿una cuerda? No.

—Sí, Violet. Considero que ese es el límite que no puedo rebasar.

—Muy bien, entonces permite que te diga los términos en los que debería regirse nuestro matrimonio.

—Te escucho. —Se preparó para lo peor.

—A partir de ahora, no habrá obediencia ciega por parte de ninguno de los dos.

Cuando algo no nos guste, lo discutiremos para llegar a un justo entendimiento.

—Sigue —la animó. Violet le parecía razonable. Y lo increíble de la situación resultaba ser que Bram, no se había abalanzado sobre ella en cuanto entró y la vio tan… Exquisitamente perversa. Aunque en verdad esa cuerda era lo que mantenía a salvo a la duquesa de su lujuria.

—Creo que sería el momento de establecer un pequeño debate sobre esto… —Tensó la cuerda entre las manos y Bram se puso nervioso.

—No. No claudicaré. No habrá cuerdas ni privación de libertad de movimiento.

—Ah… Así que no quieres ver cumplida una de mis fantasías más secretas.

—No —negó inflexible. Su esposa chasqueó la lengua.

—Está bien, supongo que no sabré lo que es que mi esposo me haga el amor mientras estoy completamente a su merced, atada, mientras confío completamente en… ¡Bram, tu rodilla! —gritó cuando él la alzó en los brazos y la dejó sobre la cama.

Violet comenzó a reírse debido a la rapidez y violencia con la que su marido estaba desembarazándose de la ropa.

—He cambiado de opinión, mi amor. ¿Quién soy yo, más que un cariñoso esposo que juró cumplir todos los caprichos de su esposa?

—Por supuesto… Nada tiene que ver que sea yo la que acabe atada al cabecero de la cama mientras tú ideas el juego que mediará entre ambos, ¿verdad? —La ironía le quedó muy acertada por el tono que empleó en su conjetura.

—Por supuesto que no. Yo me debo a ti y solo a ti —dijo, al tiempo que le sujetaba las dos manos sobre la cabeza para comenzar a hacer un nudo a fin de mantenerla atada justamente del modo al que su duquesa había aludido.

Cuando terminó su labor, se separó para admirar su obra.

Dios, la visión que tenía frente a sí mismo… Mil pensamiento de lo más atrevidos invadían su mente. Desde empezar a usar la pecaminosa boca de Violet sobre su virilidad, a seguir besándola y lamiéndola con el fin de escucharla gemir hasta acabar agotado por el esfuerzo… Extasiados los dos.

¡Qué delicia!

¡Cuántas posibilidades!

¡Qué gran noche iba a ser esa!

Y lo fue… vaya si lo fue… ¡Por Dios!

Fin.

# Sobre Sarah Worth

Sarah Worth es una escritora española que ve amor, peleas, condes, duques y damas por doquier. Se ha decidido a escribir bajo un pseudónimo para ver qué tal funcionan sus historias románticas.

Tal y como prometió, ha habido romance, bastante humor, algo de drama para mantener el interés, y un final feliz y cerrado.

¿Qué hay de la próxima historia?

Habrá más, seguro, porque ha contado con el apoyo de numerosas lectoras que le han dado ánimos para seguir escribiendo.

¡Gracias!